



# LA ILUSTRACION MODERNA



ESPASA Y C<sup>IA</sup> EDITORES  
BARCELONA



## SUMARIO

<b>Texto:</b> Nuestros propósitos, por M. . . . .	2	<b>SECCIÓN CIENTÍFICA.</b> —Conocimientos e invenciones útiles, por E. DE MIRRE . . . . .	30
Esbozo, por JOSÉ M. <sup>a</sup> DE PEREDA (ilustraciones de APELES MESTRES) . . . . .	5	Mesa revuelta . . . . .	31
El fotógrafo, por ALFONSO DAUDET . . . . .	8	Recreos instructivos, por JULIÁN . . . . .	32
Canto del Norte, poesía, por J. FEDERICO MONTADAS . . . . .	11	<b>Grabados:</b> Laboremus, escultura de J. ROTO . . . . .	1
El fomento de los animales, por MELITÓN GONZÁLEZ (ilustraciones del mismo) . . . . .	12	Esperando . . . dibujo del pintor JOSÉ LLOVERA . . . . .	9
Cantares . . . . .	15	Larnaca en Chipre, dibujo de H. CORRODI . . . . .	13
Nuestros grabados . . . . .	16	El regreso del bautizo á principios de siglo, cuadro de José LLOVERA . . . . .	16 y 17
¡Soledad! novela española, por CEFERINO SUÁREZ BRAVO (ilustraciones de J. CARRINETY) . . . . .	23	Todo por el arte, novela viva, por APELES MESTRES . . . . .	29
		Tomás Alba Edisson . . . . .	31
		<b>MÚSICA:</b> Gavota para piano, por C. MARTÍNEZ IMBERT . . . . .	19

## SECCIÓN DE ANUNCIOS

EDICIÓN MONUMENTAL

# CRISTÓBAL COLÓN



SU VIDA.—SUS VIAJES.—SUS DESCUBRIMIENTOS

POR

**José María Asensio**

*Director de la Real Academia Sebillana de Buenas Letras; correspondiente de la de la Historia*

ESPLÉNDIDA EDICIÓN

ILUSTRADA CON MAGNÍFICAS OLEOGRAFÍAS, COPIA DE FAMOSOS CUADROS DE ARTISTAS ESPAÑOLES

TALES COMO

Balaca, Cano, Jover, Madrazo, Muñoz Degraín, Ortego, Puebla, Rosales, Soler

Esta edición monumental consta de dos elegantes tomos en folio, y se publica por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas al precio de UN REAL la entrega en toda España. El coste total de la obra es de 240 reales.

IMPORTANTE

Al final de esta obra se reparte á los señores suscriptores una primorosa CARTA GEOGRÁFICA que detalla minuciosamente los viajes y descubrimientos llevados á cabo por el gran ALMIRANTE.

# EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

POR

**Miguel de Cervantes Saavedra**

Espléndida edición adornada con láminas debidas al reputado artista RAMÓN PUIGGARI, y un mapa de los lugares recorridos por el héroe manchego. Forma dos elegantes tomos en folio menor. Precio 48 reales.

ti- 30  
 31  
 32  
 1  
 9  
 13  
 16 y 17  
 29  
 31  
 19

# LA ILUSTRACIÓN MODERNA



LA  
ILUSTRACIÓN MODERNA

---

REVISTA DEDICADA Á LAS FAMILIAS

REDACTADA POR

DISTINGUIDOS LITERATOS ESPAÑOLES

É ILUSTRADA POR REPUTADOS ARTISTAS

NACIONALES Y EXTRANJEROS



MF MEROTECA  
MUNICIPAL



TOMO I.—AÑO I

BARCELONA

Espasa y Compañía, Editores

221, CALLE DE LAS CORTES, 223

1892







## ÍNDICE LITERARIO

- ALARCÓN (FRAY ARCÁNGEL DE).— Villancico, pág. 971.  
ALARCÓN (PEDRO ANTONIO DE).— La Nochebuena del poeta, 932.  
ALCÁZAR (BALTASAR DE).— La cena jocosa, poesía, 912.  
AROLAS (J.).— Abd-el-Kader, poesía, 212.  
AURA BORONAT (A.).— Chocolate, té y café, 94.  
B.— Memorandum, todos los números.  
BARÓ (TRODORO).— Esteban March, 40.— José Ventura, 71.— Salvador Martínez Cubellis, 107.— El prólogo de Bailén, 267.— Un papa catalán, 364.— Manolito Gázquez, 613.  
BECQUER (GUSTAVO ADOLFO).— Rima, 587.— Rima, 714.— El monte de las Ánimas, 715.  
BERTÓN DE LOS HERREROS (MANUEL).— Epístola moral sobre las costumbres de nuestro siglo, 80.  
BURGOS (JAVIER DE).— Oda de Horacio, 363.  
CAMPOAMOR (RAMÓN DE).— No hay dicha en la tierra, dolores, 102.— La dicha de la muerte, 182.— Porvenir de las almas, dolores, 884.  
COLOMA (LUIS).— El Viernes de Dolores, 392.— Medio Juan y Juan y medio, 516 y 548.  
COLLELL (JAIME).— Soliloquio de un huérfano, poesía, 275.— La Rábida, 653.  
COROLEU (JOSÉ).— Las beldades españolas juzgadas por los extranjeros, 271 y 307.— Una señorita china graduada, por el profesor Douglas, traducción, 459, 491, 523, 556 y 588.— Tapujo, Estropajo y Donald, traducido de la obra *Celtic fairy tales*, de *Joseph Jacobs*, 847.  
DAUDET (ALFONSO).— El fotógrafo, 8.— La visión del juez de Colmar, 68.— El sitio de Berlín, 331.— El muchacho espía, 420.— Arturo, 964.  
DUQUE DE RIVAS.— Recuerdos de un grande hombre, poesía, 621, 650, 685, 720, 748 y 782.  
FELIU Y CODINA (JOSÉ).— En Madrid, 202.— La chula triste, 260.— Un par de zapatillas, 815.  
GAUTIER (EMILIO).— La miel, 619.  
GERUNDIO (FRAY).— La perra de Julianita, poesía, 487.  
GOETHE.— El rey de Tule, poesía, traducción, 428.  
GONZÁLEZ (MELITON).— El fomento de los animales, 12.— Los lisados, 49.— Limpios y amarrados, 179.— Los extremos se tocan, 238.— La linterna mágica, 336.— Justa y Itulina, 368.— La electricidad, 434.— Pelotarismo, 571.— Colombinas, 762.— La ópera, 861.  
HUGO (VÍCTOR).— La abuela, poesía, traducción, 330.  
JAMES (DR. CONSTANTINO).— El tocador: La piel, 43.— Manos y pies, 264.— La boca, 683.— El rostro, 913.  
JULIÁN.— Recreos instructivos, todos los números.  
LE ROUX (HUGO).— El ciego, 484.  
LONGFELLOW (ENRIQUE).— ¡Excelsior! poesía, traducción, 148.  
LLOPIS BOFILL (M.).— Mildew, 74.— Malvasia, 584.  
M.— Nuestros propósitos, 2.  
MARTÍNEZ DE LA ROSA (FRANCISCO).— Epístola, poesía, 845.  
MARTÍNEZ PEDROSA (FERNANDO).— Las señoras del café, 875.  
MELIDA (JOSÉ RAMÓN).— Viaje por España, en 1492, 676, 708, 741, 776, 787, 809, 841, 869, 939 y 972.  
MENDOZA DE VIVES (MARÍA).— Las llaves perdidas, tradición popular, 292, 324 y 356.  
MICHELET (J.).— El arenque, 903.  
MIER (E. DE).— SECCIÓN CIENTÍFICA: Conocimientos e inventos útiles, 30.— Las nubes, 62.— La lluvia, 124.— Las golondrinas, 142 y 168.— Creso y Solón, 388.— Las nieblas, 699.— Parsifal, de Ricardo Wagner, 885, 905, 945 y 967.  
MESTRES (APRILES).— Todo por el arte, novela viva, 29, 61, 93, 125, 157, 189 y 221.— Un valiente, cuento vivo, 413.— Junto al polvorín, cuento vivo, 509.— El amigo fiel, cuento vivo, 605.— De una hermosa dama e dos enamorados paladines, endecha viva, 669.— Nochebuena en Cataluña, 989.  
MUNTADAS (J. FEDERICO).— Canto del Norte, poesía, 11.— Débbora, poesía, 391.  
MUÑO (ÁNGEL).— Chocolate, té y café, 94.  
PARDO BAZÁN (EMILIA).— El premio gordo, 900.  
PEREDA (JOSÉ MARÍA DE).— Esbozo, 5 y 35.  
PIPERREK (PABLO).— Retorno de la feria, poesía, 554.— Romería a Montserrat, 645.  
RAMEAU (JUAN).— La pesca de las sanguijuelas, 298.  
RAMÍREZ PAGÁN.— En la Natividad de Cristo, poesía, 944.  
ROD (EDUARDO).— Nuestra Señora del Campo, 196 y 228.  
ROMEA (JULIÁN).— Un suspiro, poesía, 775.  
SILVA (CARMEN).— Un error, 46, 76, 111, 173 y 204.  
SOLÍS (DIONISIO).— La pregunta de la niña, poesía, 70.  
SUÁREZ BRAVO (CEFERINO).— ¡Soledad! 23, 53, 89, 115, 153, 183, 213, 243, 277, 313, 343, 371, 405, 437, 467, 497, 529, 561, 595, 625, 657, 691, 725, 755, 787, 817 y 851.— El ángel bueno y el ángel malo, 836.  
TINSEAU (LEÓN DE).— El loro, 804.  
TOLSTOI (CONDE LEÓN).— Lo que hace vivir a los hombres, 915, 953 y 981.  
TOMÁS SALVANY (JOSÉ).— El ruiseñor y el pavo real, poesía, 275.  
TRUEBA (ANTONIO DE).— San Pedro me valga, cuento, 100 y 132.— No hay patria fea, 452.  
ÚBEDA.— Dios y el hombre, poesía, 951.  
VIDAL DE VALENCIANO (C.).— La casa paterna, traducción, 103 y 136.  
VILLIERS DE L'ISLE ADAM.— Los fantasmas del señor Redoux, 164.  
ZAMORA CABALLERO (EDUARDO).— SILUETAS MODERNAS: Narciso Serra, 581.— Julián Rimea, 772.  
ZORRILLA (JOSÉ).— Oriental, poesía, 522.— Oriental, poesía, 822.  
Cantares, 15 y 39.  
La moda de París, 58, 122, 219, 282, 378, 444, 507, 601, 666, 733, 825, 891 y 986.  
La nieve, 979.  
Los insectos dañinos, 209, 234 y 304.— Las hormigas, 400 y 429.— En Mongolia, 425.  
Mesa revuelta, todos los números.  
Nuestros grabados, todos los números.  
Romancero general, romance antiguo, 464.

## ÍNDICE LITERARIO

### MÚSICA

ARNAU (LUIS).—Mazurca para piano, 568.

BRETÓN (TOMÁS).—Sardana de la ópera *Garín*, 84.

DOMENECH ESPAÑOL (MIGUEL).—Oriental, 339.

GAY (JUAN).—*Mignon*, para piano, 402.—Cantos misteriosos, 859.

MALATS (J.).—, "., 689.

MARTÍNEZ IMBERT (C.).—Gavota para piano, 19.—Historieta, 634.

PEDRELL (FELIPE).—Canción popular del siglo xv, 753.—Antiguo canto de la Sibila, 923.

SCHUBERT.—Andante de la sonata en *LA mayor* (De una sonata del *Adour*), 241.

SCHÜMANN (ROBERTO).—Canción de primavera, 465.

VILALTA (EMILIO).—Minueto, 149.





## ÍNDICE ARTÍSTICO

	Pág.		Pág.
Ábside moderno de la iglesia de Montserrat. . . . .	657	El prestidigitador, cuadro de A. Souza. . . . .	225
Ala de la claustrilla del antiguo convento de Montse- rrat. . . . .	655	El primer amor, cuadro de Karl Hoff. . . . .	529
Aldeana del campo de Tarragona. . . . .	312	El regreso del bautizo a principios de siglo, cuadro de José Llovera. . . . .	16 y 17
Aldeana maragata. . . . .	311	El toque de la oración, cuadro de José Wopfner. . . . .	161
Aldeana romana, acuarela de José Moragas y Pomar. . . . .	369	El toro se acuesta.— El toro se levanta, dibujos de Me- lité González. . . . .	285
Apuntes del natural, dibujos de Dionisio Baixeras. 297 y 303	617	El último ensayo, cuadro de T. Margitay. . . . .	961
Armadura de Colón, en la Armería Real de Madrid. . . . .	617	El viejo músico. . . . .	945
Aspecto del Parque de Barcelona el día de la batalla de flores. . . . .	641	Empresa dificultosa, cuadro de P. Massani. . . . .	367
Barcelona.— Escalera que da al patio de la Audiencia. . . . .	976	Enemistro del Dante y Matilde, cuadro de Alberto Maignan. . . . .	865
" Exterior de Santa Águeda. . . . .	975	En el acuario de Berlín.— Delante de las serpientes, dibujo de F. Gehrke. . . . .	193
" Fachada antigua de la Audiencia. . . . .	972	En el baile, por Madraro. . . . .	273
" Fachada de Santa María del Mar. . . . .	973	En el día del santo, cuadro de A. Ricci. . . . .	751
" Puerta de la Catedral, llamada de San Ivo. . . . .	974	En el pinar, cuadro de M. Nonnenbruch. . . . .	497
; Bonitos frutos! cuadro de G. Belleri. . . . .	489	En el restaurante, cuadro de Francisco Gómez Soler. . . . .	528
; Buenos días! cuadro de L. Wittich. . . . .	560	En la poltrona, cuadro de José M. Tamburini. . . . .	401
Cabeza de estudio, cuadro de Gabriel Max. . . . .	777	En los días del Directorio, de un grabado antiguo. . . . .	553
Canción de cuna, cuadro de H. Lauenstein. . . . .	545	En un ángulo del jardín, por Casanova. . . . .	274
Caracas. . . . .	713	En una mañana de primavera, cuadro de Otto Strudel. Esperando... dibujo del pintor José Llovera. . . . .	65 9
Cazador de leones, grupo escultórico de A. Vallmitja- na Abarcá. . . . .	449	Esperando la procesión, cuadro del pintor José Llovera. . . . .	929
Celda del padre guardián fray Juan Pérez, en la Rá- bida. . . . .	844	Estudiando música, cuadro de C. Walter. . . . .	201
Córdoba.— Interior de la catedral. . . . .	778	Felicidad conyugal, por Kohlschütter. . . . .	33
" Portada del Hospital de Niños Expósitos. . . . .	780	Fernando Martínez Pedrosa, retrato por J. Diéguez. . . . .	875
" Puerta de la catedral. . . . .	777	Gerona, 1809, grupo de Antonio Parera. . . . .	465
" Tras altar mayor de la catedral. . . . .	779	Granada.— Bajo relieves del retablo de la capilla real de Granada que representan la entrega de las llaves de esta ciudad a los Reyes Católicos. . . . .	681
" Vista del puente romano y fuerte de la Ca- lahorra. . . . .	776	" Episodio de la conquista de Málaga.— Re- lieve de la sillería del coro de la catedral de Toledo. . . . .	745 711
Cristóbal Colón, retrato que se conserva en la Biblio- teca Nacional. . . . .	623	" Espada de Bouabill. . . . .	711
; De él!... cuadro de Tito Conti. . . . .	513	" Jarrón árabe de la Alhambra. . . . .	747
De las doce a la una... por N. Morál. . . . .	828 y 829	" La antigua Alhóndiga o Casa del Carbón. . . . .	712
De las nubes al chocolate, por N. Morál. . . . .	541	" La toma de Loja.— Relieve de la sillería del coro de la catedral de Toledo. . . . .	743
De «La Vicaría» de Fortuny. . . . .	307 y 310	" Patio de la Alhambra o de los Arrayanes, en la Alhambra. . . . .	709
De una hermosa dama a dos enamorados paladines, endecha viva por Apeles Mestres. . . . .	668	" Patio de los Leones en la Alhambra. . . . .	680
De un cuadro de Worms. . . . .	310	" Puerta de la Alhambra. . . . .	679
Distinción, acuarela de José Llovera. . . . .	145	" Rendición de Marbella.— Relieve de la si- llería del coro de la catedral de Toledo. . . . .	742
Don José Pereda, retrato, por J. Pahissa. . . . .	35	" Rendición de Moctezuma.— Relieve de la sillería del coro de la catedral de Toledo. . . . .	744
Dulce secreto, por Adolfo Hering. . . . .	81	" Tipo.— Morisco. . . . .	272
El amigo fiel, cuento vivo, por Apeles Mestres. . . . .	605	" Vista general de la Alhambra. . . . .	676
El bautizo, cuadro de S. Viniegra. . . . .	737	" Vista interior de la Alhambra. . . . .	677
El canario muerto, cuadro de L. Cabrera. . . . .	273	Guerrero oriental, cuadro de Antonio Fabrós y Costa. . . . .	233
El Domingo de Ramos, por Arcadio Mas y Fondovilla. . . . .	41	Haciendo el tema, dibujo de Carlos Fröschell. . . . .	858
El general Brune en casa de Camilo Desmoulins, cua- dro de F. Flameng. . . . .	209		
El maestro Tomás Bretón, retrato por J. Diéguez. . . . .	83		
El manguito, cuadro de M. <sup>re</sup> Vigée Lebrun. . . . .	97		
El niño mimado, cuadro de Francisco Sims. . . . .	113		
El oráculo de las flores, cuadro de Herman Koch. . . . .	257		

# ÍNDICE ARTÍSTICO

	Pág.		Pág.
Idilio, cuadro de Dionisio Baixeras..	289	Noticias del día, cuadro de Pablo Weimar.	73
José M. de Pereda, retrato, por J. Pahissa.	35	Olivar en Olesa de Montserrat, cuadro de José Mas- riera.	169
Joven catalana, dibujo de Román Ribera.	297	País: Un cementerio, cuadro de Modesto Urgell.	705
Julán Romen, retrato por J. Diéguez.	772	Palos.— Puerta de los Novios.	843
Junto al polvorín, cuento vivo, por Apeles Mestres.	509	Pastora, cuadro de Agrassot.	75
Juventud, cuadro de Enrique Nordenberg.	265	Pena de azotes «Boria avall», cuadro de F. Galofre Oller.	321
La bendición de los campos, cuadro de Laureano Ba- rrau.	769	Primera lección de lectura, cuadro de F. Defregger.	979
Laboremus, escultura de J. Roig.	1	Primer amor, cuadro de Carlos Hoff.	529
La declaración dogmática de la Inmaculada Concep- ción de María, pintura en la iglesia de San Francisco el Grande de Madrid, por Eugenio Oliva Rodrigo.	137	Proyecto de monumento á los mártires de la patria, por Venancio Vallmitjana.	577
La despedida de Agir, cuadro de Adriano van der Werff.	129	Restos de viejas construcciones en Montserrat.	646
La hilandería «La hiladora», cuadro de Antonio de Fe- rrer y Corriol.	495	Retratos de los Reyes Católicos en la fachada de los Estudios Mayores ó Universidad de Salamanca.	723
La hija de Jairo, cuadro de L. Feldmann.	353	Retratos de SS. MM. el rey don Alfonso XIII y la reina doña María Cristina, por Francisco Mas- riera.	673
La hora del almuerzo, cuadro de Muller.	477	Ricardo Wagner, retrato por J. Diéguez.	921
La inmaculada Concepción de Murillo.— Museo del Louvre.	308	Salvador Martínez Cubells, retrato por J. Diéguez.	108
La lectura, cuadro de J. Sant.	188	San Lucas escribiendo el Evangelio que le dicta la Santísima Virgen María, cuadro de Clemente O. Skilberg.	286
La limosna, cuadro de P. A. Cot.	241	San Luis Gonzaga, imagen escultórica de José Reynés.	801
La muerte de la Santísima Virgen, pintura en la nave mayor de San Francisco el Grande, por José Mar- celo Contreras.	329	¡Santa noche! cuadro de J. Schrader.	937
La nao «Santa María».	609	¡Soledad! ilustraciones de J. Cabrinety, 23, 53, 89, 115, 153, 183, 213, 243, 277, 313, 343, 371, 403, 437, 467, 497, 529, 561, 595, 625, 691, 725, 755, 787, 817 y 851	
La Natividad de Cristo, dibujo de Apeles Mestres.	944	Sevilla.— Alcázar.	810
La nidada, dibujo de J. Giacomelli.	393	La Giralda.	813
La puchera en el arte.	797	Portada del convento de religiosas de Santa Paula.	812
La Rábida.— Imagen de Ntra. Sra. de los Milagros.	841	Retablo y altar de la capilla de los Reyes Ca- tólicos en el Alcázar.	811
Larnaca en Chipre, dibujo de H. Corrodi.	13	Torre del Oro.	809
La Santísima Virgen con el niño Jesús, escultura de Rafael Atché.	208	Tipo veneciano, cuadro de J. Lieck.	335
Las carabelas «Pinta» y «Niña».	609	Tívoli.— Gruta de Nerón y el templo de Vesta.	417
Las llaves perdidas, ilustraciones de Pellicer Mont- seny.	292, 321 y 356	La «villa» de Este.	433
La taberna, cuadro de Salvador Martínez Cubells.	105	Rocco Pio.	424
La trilladora, estatua por A. Vallmitjana Abarca.	49	Todo por el arte, novela viva, por Apeles Mestres, 29, 61, 93, 125, 157, 189 y 221	
La vieja encajera, fotografía del natural, por Antonio Borrell Vidal.	823	Toledo.— La catedral, interior de la capilla Mayor.	871
La Virgen con el niño Jesús, cuadro de E. van Hove.	785	San Juan de los Reyes, abside.	872
La Virgen de los concellers, retablo de Luis Dalmau.	881	Santa María la Blanca.	870
León en acecho, escultura de A. Vallmitjana Abarca.	141	Tomando el fresco en verano, cuadro de L. C. Nichtin- gale.	833
Lo que hace vivir á los hombres, ilustraciones de Pe- dro Eriz.	915, 933 y 981	Tomás Alba Edison, retrato, por J. Diéguez.	31
Mala noticia, cuadro de G. Mantegazza.	897	Una beldad tarraconense.	271
Malos naipes.— Buenos naipes, cuadro de W. Hassel- bach.	385	Una canción del tiempo viejo, cuadro de D. Vautier.	361
¡Mamá es mía! cuadro de Roberto Beysghlag.	433	Una niña española, por Sohn.	309
Mandolinata, cuadro de Conrado Kiesel.	585	Un valiente, cuento vivo, por Apeles Mestres.	413
Marina de guerra española.— Corbeta Nautilus, escue- la de guardias marinas.	835	Vestalina, testa de estudio, por Gabriel Max.	481
Muchacho catalán, dibujo del natural, por Dionisio Baixeras.	303	Vista de la montaña de Montserrat.	649
Muchachos en el baño, de una fotografía instantánea.	237	Zaragoza.— Aljafería: Puerta de la mezquita.	941
Narciso Serra, retrato por J. Diéguez.	593	Fachada y torre de la Seo.	940
¡No te asustes! cuadro de Federico Morgan.	127	Puente de piedra sobre el Ebro.	939





VIAJES, LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MÚSICA, MODAS

SEMANARIO DEDICADO Á LAS FAMILIAS



ESCULTURA DE J. ROIG



## NUESTROS PROPÓSITOS



**E**n todo el Continente Americano y en la mayor parte de los pueblos de Europa existe la más absoluta igualdad ante la ley para todas las clases sociales: ricos y pobres, sabios é ignorantes, nobles y plebeyos, gozan de los mismos derechos civiles y políticos. Respecto á la igualdad de derechos en lo civil, la aprobación es general y completa; en lo que se refiere á la igualdad política, los pareceres andan discordes, pues hay quien opina que no debieron ser llamados á ciertas funciones de la vida pública los que no gozan de la independencia suficiente y de la instrucción necesaria para desempeñarlas sin daño para ellos y sin peligro para el bien común. Pero sean cuales fueren las opiniones que sobre el particular se profesen, supuesto que el hecho existe, toda persona de buen sentido y de recta conciencia habrá de convenir en que el patriotismo, el sentimiento de caridad y el de amor á la conservación del orden social, nos aconsejan poner al pueblo en aptitud de desempeñar con el mayor acierto posible, las difíciles funciones que le confía la constitución democrática de las sociedades modernas.

No hay ejemplo de que en ninguna parte la clase proletaria pidiera los derechos políticos de que se halla hoy revestida; y como la atribución de derechos implica la imposición de deberes, fuera inicuo, además de imprudente, haber aumentado los de aquella considerable porción de la sociedad sin facilitarle los medios de salir airoso en el desempeño de las obligaciones cívicas anexas á los nuevos fueros de que ahora disfruta. Contrajeron este compromiso los que por convicciones doctrinales le abrieron de par en par las puertas de los derechos individuales, y habría injusticia en no reconocer que se apresuraron á cumplir este deber, no perdonando medio para adoctrinar al pueblo por ellos emancipado. Esta obligación ¿la cumplen desinteresadamente, sin que les guíen en su tarea miras personales ó de partido? Si éstas fueran nuestras convicciones, nos limitaríamos á contemplar tan dulce espectáculo y á aplaudir los éxitos de los que en él tomaran parte. Desgraciadamente una convicción contraria acongoja nuestro ánimo, inquieto por el porvenir de nuestra agitada sociedad.

Los políticos que invitaron al pueblo á intervenir en los asuntos de interés general se reservaron siempre para sí su representación, dejándole á él la facultad sólo de elegir sus apoderados, que hablan y obran en su nombre, curándose poco de atemperarse á sus deseos y sujetarse á su voluntad. Si ellos creyeran que la clase proletaria se hallaba en condiciones de representarse á sí misma, no se anticiparan á dotarla de un derecho de representación que aquélla no pedía. Por esto los políticos partidarios del sufragio universal rechazan el mandato imperativo, es decir, que el apoderado acomode sus actos á la voluntad del poderdante. Por esto tras de un plebiscito que confirma ó crea un poder, viene un movimiento

popular que lo derriba; tras la aprobación de una ley hecha por los elegidos del sufragio universal, viene el *referendum* que la anula.

Las personas de buena fe, desilusionadas de la política, ajenas á los manejos de los que de ella viven y con ella medran, que van siendo muchas, desean librar á las masas de la inicua explotación de que son objeto, y á este fin se ha formado una poderosa corriente encaminada á favorecer la representación de las clases por sí mismas, por individuos de su seno, por los que viven de su vida, conocen sus necesidades y participan de sus aspiraciones. Fuera imposible y sería peligroso, caso de ser posible, confiar á la clase proletaria la representación pública de sus intereses,—función que implica también la intervención en los intereses ajenos,—sí antes no se la preparaba para desempeñar este difícil cometido, no con sabiduría, pero sí con inteligencia, con elevación de miras y conciencia rígida. A esta preparación hemos de contribuir todos, puesto que á todos nos interesa como miembros de esta sociedad, y á todos obliga la condición de hombres y la calidad de cristianos, que nos convierte en hermanos de nuestros semejantes, sin distinción de clases ni de fortunas.

Unos de buena fe y otros maliciosamente, son muchos los que creen que las clases directoras cumplen con su deber para con el pueblo que llamaron á tan graves y trascendentales funciones, extendiendo la instrucción hasta el punto de hacerla obligatoria para todos. Pero hombres pensadores de todas las escuelas, de acuerdo con los dictados del buen sentido, negaron desde un principio que la enseñanza elemental, ni aun la superior, fueran garantía suficiente contra los abusos de la libertad y el mal uso del sufragio universal; y lo que fueron temores de inteligencias previsoras son hoy ya tristes enseñanzas de la experiencia.

La estadística criminal, que es la experiencia en guarismos, nos dice que la criminalidad ha aumentado espantosamente desde que se extendió la instrucción, que la proporción es mayor entre los que saben leer y escribir, y por confesión de los más famosos criminales se sabe que la idea del crimen y los medios de ejecución se los sugirieron sus habituales lecturas. Para que fructificaran aquellas perversas sugerencias, era necesario que cayeran en terreno abonado por corrompidas costumbres, y de esta preparación se encargaron también escritores sin conciencia, en busca unos de fáciles aplausos y otros de abundantes lucros.

La corrupción empezó por arriba y de arriba le vinieron al pueblo los perniciosos modelos y los malos ejemplos. La escuela literaria llamada realista llevó sus desnudeces primeramente á los salones, y de escote en escote ha llegado á los talleres transformada en escuela pornográfica. Desgraciadamente la aparición de aquella escuela coincidió con la moda de la instrucción universal obligatoria, que creó en los hijos del pueblo una necesidad sin curarse de los medios de satisfacerla, y escritores ávidos y corrompidos se encargaron de llenar este vacío. Abandonada á tales manos, lo que debió ser educación humanitaria, se convirtió en explotación codiciosa y egoísta. A pretexto de ilustrar y divertir al pueblo se le ha entontecido y corrompido, lo que consideramos mucho más inicuo que volverlo al estado de esclavitud de que le sacó el cristianismo: aquella era la esclavitud del cuerpo; ésta es la esclavitud del alma, de la parte más noble de nuestro ser.

Los que de buena fe creyeron que bastaba enseñar á leer al pueblo para ponerlo en condiciones de ejercer sus nuevos derechos con rectitud y sabiduría, cayeron en el error de confundir la instrucción con la educación. La educación, si es buena, le preparará á desempeñar con acierto sus deberes de ciudadano; pero el que sea buena no depende de que lea sin discreción, sino de que lea lo que le instruya ó le deleite mejorándolo, cultivando su entendimiento, fortificando su conciencia, iluminando su razón, fomentando sus generosos instintos, despertando sus nobles sentimientos, ahogando en su corazón las aviesas pasiones; en una palabra, haciendo al hombre digno de su divino origen. Las clases directoras de la sociedad actual se hallan obligadas, á nuestro juicio, á darle al pueblo buenos ejemplos y saludables lecturas, procurando á su vez buscar para sí lo que enseña deleitando y lo que deleita ense-

ñando, evitando cuidadosamente lo que corrompe, lo que afemina, lo que extravía la razón y apaga la fe, lo que fomenta los odios y ahoga la misericordia, lo que convierte en imagen de la bestia al que fué hecho á imagen de Dios.

En estos momentos nótase en todos los pueblos de Europa un movimiento de reacción contra la abominable literatura y las degradadas artes que durante un cuarto de siglo, y con satánica exageración en nuestros días, han sembrado por todas partes la liviandad y el mal gusto. Hombres eminentes separados hasta ahora por sus pasiones políticas, por sus opiniones filosóficas y por sus creencias religiosas, únense para combatir aquella epidemia moral, ya estimulando el celo de los gobiernos, ya creando asociaciones que podríamos llamar de templanza espiritual, ya fundando publicaciones sanas que, en las manos del pueblo, reemplacen á las que le dañan. Nosotros también nos proponemos contribuir, en cuanto alcancen nuestras fuerzas, á esa meritoria obra de purificación y saneamiento general, y á este fin fundamos esta Revista, destinada, como decía nuestro ilustre Balmes, á «ahogar el mal con la abundancia del bien,» en todas las esferas sociales.

Así en lo que se refiere á las artes como á las letras procuraremos que no se publique nada que ofenda la moral, ni la decencia, ni el pudor, ni el buen gusto de las personas más exigentes en estas materias. Y como por desgracia, muchos escritores y artistas modernos están inficionados del virus materialista, no vacilaremos en acudir á los de épocas pasadas, en busca de obras maestras, siempre que la necesidad nos obligue á ello, pues las que merecen nombre de tales son eternamente bellas. Abonan también esta resolución el ejemplo de la culta Grecia y el consejo de nuestro insigne Séneca, gloria de Roma y orgullo de España. Grecia, reuniendo en los jardines de Academo, accesibles á todos, las obras maestras de sus preclaros artistas, formaba el gusto de la plebe indocta y depuraba el de las clases cultas familiarizándolas con aquellos modelos incomparables de la belleza escultórica. Séneca, representante de un pueblo más pensador que artista, condena los escritos que sirven sólo para alimentar la soberbia y no para corregir ningún defecto ni inspirar la más modesta virtud.

Nuestros propósitos se reducen, pues, á seguir el camino trazado por seguros guías en la excursión que vamos á emprender por el vasto campo de las ciencias, las artes y las letras, si el favor del público corresponde á nuestras esperanzas premiando nuestros buenos deseos. Y sea cual fuere el éxito de nuestros esfuerzos, siempre nos cabrá la satisfacción de haber cooperado á una obra buena, de humanitaria transcendencia y de general utilidad, ya que, en opinión de un insigne filósofo, la cultura intelectual al joven le comunica prudencia, al viejo le da consuelo, es riqueza para el pobre y le sirve de adorno al rico.

M.







## ESBOZO



El sujeto de él no es producto castizamente español; pero, á tuertas ó á derechas, ya le tenemos acá, y tan aclimatado como otras muchas cosas que por españolas pasan; porque en España viven y crecen y hasta se multiplican; y si no se acomodan rigurosamente á nuestro genuino modo de ser, vamos nosotros acomodándonos á ellas, y tanto monta.

No apareció sobre la haz de esta tierra por la obra lenta y gradual de una gestación sometida á las leyes inalterables de la naturaleza, sino por el esfuerzo violento de un cultivo artificial, semejante al que produce los tomates en Diciembre, y los pollos vivos y efectivos sin el calor de la gallina. Trájele la arbitraria ley de una necesidad de los tiempos que corren; un antojo de las gentes de ahora, que exigen, para alimento de su voracidad, no los manjares de ayer, succulentos, pero en grandes y muy contadas dosis, sino la comidilla incesante, la parvidad continua, estimulante y cáustica, que mantenga el apetito en actividad perenne.

Dándole, pues, carta de ciudadanía en España y estudiándole un poco desde aquí para filiarle en justicia, puede afirmarse, sin asomo de duda, que descende en línea recta de aquel modestísimo *gacetillero* ó *localista*, que pocos años hace ejercía el precario oficio, á la callada y á escondidas de las gentes, por respeto al proverbial quijotismo español, que le tenía en poco y le sumaba con todos los «holgazanes vagabundos» y demás «gentes de mal vivir y perniciosas»; de aquel excelente muchacho que de higos á brevas y en casos muy extraordinarios, se veía, con una mano en el bolsillo y en la otra el sombrero de copa alta, á la puerta de una oficina pública, pidiendo veinte veces y en voz baja licencia para entrar un poco más adentro, con los modestos fines de preguntar á un oficial de cuarta clase, ó á un agente de policía de los más ínfimos, si eran ciertas las noticias corrientes entre el público, sobre este robo ó aquel descalabro, en la seguridad de ser respondido á la quinta ó sexta acometida, con una desvergüenza ó un bufido que le causaban angustias y trasudores, muy merecidos en su humilde entender; pero que aun le parecían cosa de chanza si á la salida de allí, y después de llegar en volandas á la redacción, le era lícito escribir, para el número del *día siguiente*, un sueltecillo á este tenor: «Con noticias de buen origen, pode-

mos confirmar (ó desmentir) las que circulan media semana hace, en plazas, tertulias y cafés, acerca de esto ó de lo otro.»

Así nació, de golpe y porrazo, y por aquí vino ese personaje, ó mejor dicho, esa institución con fuero propio y jurisdicción sin límites, que se hombría con los poderes públicos y campa por sus respetos donde quiera que cae como llovido del cielo. ¡Que le vayan á él con bufidos y sofiones aquellos desabridos funcionarios que cerraban las puertas á su padre! Por mucho menos que ello, por la más leve torpeza ó la menor tardanza en suministrarle las noticias que desea y ha pedido, les hará temblar con una amenaza fulminante: se lo dirá al gobernador, se lo dirá al ministro, ó al jefe del Estado, si es preciso, si le apuran un poco «y vuelve á suceder eso.» Para él no hay estorbo allí que le detenga ni razones que le contraríen. Toda la casa es suya, y entra por ella como en lugar conquistado, sin contestar á los porteros que le saludan reverentes, preguntando por quién le acomoda y colándose donde le da la gana.



Para lo usual y ordinario, hasta tiene su poco de oficina en lo más inaccesible del vulgo, y más *sagrado* del local, con las noticias que desea sobre la mesa ya, para que no tenga más trabajo que el de apoderarse de ellas. Si le parecen poco, también tiene, por tener de todo, el derecho de llamar al funcionario que necesite para que le dé más, y el de introducirse en el despacho del jefe, que le servirá gustosísimo después de haberle agasajado con un abrazo, dos *regalias* y un puñado de caramelos. Las noticias adquiridas de este modo, noticias relacionadas á menudo con lo más hondo y más secreto de la política ó de la administración del Estado, noticias de *sensación* las más de ellas, se publicarán pocas horas después en la segunda ó tercera edición de las varias que hace cada día el periódico que le paga. Cuando no quiere molestarse en ir á recogerlas á los centros respectivos, los funcionarios de la Nación, los mismos que acostumbran á recibir con cara de vinagre y poco menos que á escobazos al manso contribuyente que da lo que ellos consumen, cuidarán de enviárselas á la redacción con la súplica de que perdone por lo poco, y mande lo que le acomode.

En la vía pública trabaja con igual suerte y se despacha con el mismo desparpajo. Si se rompe ó se vuelca el andamio de una fachada, antes de que el perniquebrado albañil lance en el suelo el primer quejido, ya está á su lado él, lápiz y cuartillas en ristre, no para levantarle ni socorrerle, por de pronto, sino para acosarle á preguntas. «¿Cómo se llama usted?—¿Cuántos años tiene?—¿Cuántos hijos?—¿Es viudo?—¿Dónde vive?—¿De dónde es?—¿Cómo fué la caída?—¿Se rompió la cuerda?—¿Se volcó el andamio?—¿Quién tuvo la culpa?—¿El propietario por mezquino?—¿El arquitecto por descuidado?»

Después llegará la camilla, se conducirá el albañil á la Casa de socorro, y él irá delante y entrará en la casa antes que el enfermo; y mientras el médico va palpando en éste lo que está lesionado y lo que no lo está, irá interrogándole él, para anotar las respuestas con su lápiz sempiterno: «¿Es rotura?—¿Es dislocación?—¿De la tibia?—¿Del fémur?—¿Tiene fiebre?—¿Es de cuidado?—¿Sanará?...»

Hasta que, hartó él de preguntar y no cansado el otro de responder, lárgase de allí sin apurarse gran cosa por la suerte del albañil, aunque al leer más tarde en el periódico la



relación del suceso con todos sus pelos y señales, cualquiera creería «de la casa» al relatante, por lo que plañe y gim: la caída y trueno contra los inhumanos que construyen ó dirigen edificios, sin mirar por la salud y la vida de los míseros obreros que los ayudan con su trabajo peligroso.

A un incendio llega antes que el sonido de las campanas que le anuncian, y mucho antes, por supuesto, que las bombas, las mangueras y el piquete; y tampoco por ansia caritativa, que este particular no le apura á él cosa mayor. Lo que le importa es averiguar antes que nadie, para ser el primero en publicarlo, cómo y por dónde empezó la cosa; qué gentes viven allí; qué hacen y por dónde salen ó se tiran para salvar el pellejo; cuántos huesos se quebrantan en estos trances ó cuántos muebles se hacen añicos; qué mangueras, qué autoridades, qué personas conocidas ó qué fuerza de la guarnición han sido las primeras en llegar; y mientras unos dan órdenes, casi siempre al revés, y otros las cumplen como mejor les parece, y este bombero trepa fachada arriba hincando las uñas en las grietas y resaltos de la pared, si no tiene mejores asideros, ó se destaca en lo más alto, á la claridad imponente de la voraz hoguera sobre el negro fondo del estrellado cielo, esgrimiendo el hacha para derribar la cumbre del tejado; ó asoma otro por la chamuscada puerta del balcón entre espesa columna de humo con chispas para respirar un poco de aire oxigenado que no hay adentro; ó sudan el quilo en la calle los hombres que mueven los brazos de la bomba, ó dirigen la pesada boquilla de la manga; ó amontonan muebles desvencijados, ropas y colchones, jaulas, sombrereras y cacharros, entre el vocerío de los que mandan con derecho y de los que tachan los mandatos por lujo de tachar; de los ayes lamentosos del herido, el gemir de las mujeres delante de sus ajuars destrozados; del golpear de las culatas del piquete sobre los duros adoquines, y del continuo rumor de toda aquella compacta é hirviente muchedumbre que se bambolea y oscila como un pedazo de mar, él va y viene, y entra y sale y se desliza y cuela por todos los resquicios de la masa, y atraviesa la línea de soldados, y salta por encima de la cordillera de montones y de las henchidas mangas, y todo lo atropella y vence, para saber antes, si es posible, que ningún otro de su oficio, cómo se llaman el bombero del tejado, y el hombre que se rompió una clavícula, y el vecino que salió por el balcón; de dónde son nativos, de qué viven y cuál es su estado; qué mote tiene el ratero detenido por el gobernador, y por qué se le detuvo, etc., etc. En seguida y volando, á la redacción para dar á luz aquello poco, y volver al sitio del siniestro para recoger á escape las notas de lo que vaya aconteciendo, hasta que el incendio se apague por el esfuerzo de los hombres ó por falta de materia en qué cebarse.



Entonces una parrafada de *última hora*, y por remate de todo, un resumen de lo acontecido, con la tasación de daños y lágrimas compasivas en recuerdo de los perjudicados y contusos; una descarga de reflexiones acerca del mal servicio de incendios, otra de loores para las «dignas autoridades» y demás personas que han sido complacientes con él, y una alabanza especial para el heroico bombero del tejado.

J. M. DE PEREDA.

(Concluirá).



## EL FOTÓGRAFO

Como parecía familia de muy modestos recursos, y todo su mobiliario cogía en un simple carretón, se les hizo pagar por adelantado el alquiler; un alquiler de estos que se pagan para servir de papel secante á paredes nuevas; pues el quinto piso que habitan pertenece á una casa recién construida, en una de esas anchas vías á medio urbanizar llenas de rótulos y montones de grava y escombros, y solares cercados sin edificar. Todo huele á pintura fresca en estas tres pequeñas piezas donde la luz del día penetra directa y cruda haciendo resaltar la desnudez de las paredes. He aquí el taller con su pequeña galería que semeja una campana de vidrio, con su chimenea prusiana apagada y fría con un montoncito de *coque* preparado para encenderlo, sólo si viene alguien. Colgados de la pared hay los retratos de la familia: el padre, la madre, los tres niños, sentados, de pie, juntos, separados, en todas las posiciones posibles: además algunas fotografías de monumentos, de paisajes llenos de sol. Todo esto es de cuando eran ricos, de cuando papá se dedicaba á la fotografía por recreo. Pero ahora... ahora están arruinados, y el padre, no teniendo oficio, procura convertir en tal su pasatiempo de los domingos.

La máquina, que los niños rodean con temerosa admiración, ocupa el sitio de honor en medio del taller, y en sus relucientes piezas de metal nuevo, en sus grandes lentes cristalinas, parece haber absorbido todo el lujo y esplendor de la casa, pues los demás muebles son pocos, y con ser pocos, viejos, además de rotos y carcomidos. La madre, va con un mal vestido ajado de seda negra y un retazo de encaje en la cabeza: un traje de esos que cuadran muy bien detrás de un mostrador sin parroquianos. Pero el padre se ha querido dar un aspecto así algo artístico, con una especie de chaqueta de terciopelo, para impresionar á las gentes sencillas; y con esa lustrosa y llamativa prenda de desecho, su ancha frente llena de ilusiones y sus ojos bonachones un poco asombrados, hace un efecto de nuevo por el estilo del de la máquina. ¡Y cómo toma la cosa en serio, el pobre! Es cosa de oírle cuando dice á los niños:

—¡Cuidado con entrar en la cámara oscura!

¡La cámara oscura!... ¡Oh!!...

La verdad es que el pobre hombre está muy preocupado: pagado el alquiler, la leña y el carbón no le queda nada; y si no suben parroquianos, si el aparador de abajo no pesca alguien al paso, ¿qué van á comer los niños por la noche? Con la ayuda de Dios ha logrado al fin dejar completa la instalación del establecimiento: nada queda ya para enlustrar ó arreglar. Ahora todo depende del transeunte.

¡Angustiosa espera! El padre, la madre y los niños, todos están en el balcón espiando á todos los que pasan. ¡Qué diantre! ¡entre tantas personas como cruzan por la calle, bien habrá un aficionado que se decida! Pero ¡ca! la muchedumbre va y viene en todos sentidos á lo largo de la acera... y nadie se detiene. ¡Ah! sí; he ahí un caballero que se acerca al escaparate, va mirando los retratos uno después de otro, parece satisfecho... va á subir. Los chicos, entusiasmados, hablan ya de encender la chimenea. Pero la madre los contiene prudentemente; —No todavía.

Hace bien. El caballero prosigue su camino mirando aquí y allá.



ESPERANDO...

DIBUJO DEL PINTOR JOSÉ LLOVERA

TOMO I.—2.

Pasa una hora, pasan dos; empieza á caer el día, el cielo se nubla por momentos; pero vamos, como el piso es muy alto, todavía podrían sacarse excelentes pruebas. El caso es que no viene nadie.

Á cada momento una emoción, una alegría frustrada, pasos que se oyen en la escalera, que llegan hasta la puerta y... de repente, se alejan. Después llaman... preguntan por el inquilino que antes ocupaba el piso. Las caras comienzan á ponerse serias y las lágrimas acuden á los ojos.

—Esto es imposible, dice al fin el padre, esto no puede ser sino que nos han quitado el cuadro de abajo. Vê, niño, vê á verlo.

Á los pocos momentos vuelve el niño consternado: el cuadro continúa en su sitio, pero como si no estuviera, porque nadie se fija en él, y además... llueve.

Efectivamente, sobre el envidriado del taller empieza á caer la lluvia con un murmullo burlón. En la calle todo son paraguas abiertos: la gente entra en casa, óyese el cerrar de ventanas. Los niños tienen frío, pero no hay que pensar en encender la chimenea que contiene sólo un último montoncito de carbón. La consternación reina silenciosamente en la familia. El padre pasea á grandes pasos crispando los puños: la madre, para ocultar su llanto, entra en el cuarto oscuro. De repente, uno de los niños, que aprovechando una pausa de la lluvia se ha asomado al balcón, llama á los cristales apresuradamente desde fuera, gritando:

—¡Papá, papá! abajo hay una señora que mira nuestro aparador.

No se engaña: es una señora, pero toda una señora. Mira las fotografías, vacila, levanta la cabeza... ¡Ah! si los pares de ojos clavados sobre ella desde arriba tuvieran cada uno un poquito de imán ¡cómo la harían subir de cuatro en cuatro los escalones!

Al fin la señora se decide, entra, sube... va á llegar... ¡Pronto! un fósforo, encender la chimenea: los niños que pasen al otro cuarto; y mientras el padre abrocha bien su traje, la madre, sonriente de emoción, corre á abrir la puerta...

—Sí, señora, aquí es, aquí... Puede usted pasar... tenga usted la amabilidad de sentarse... aquí... aquí estará mejor.

Es una señora del Mediodía, algo habladora, pero muy complaciente, pues se hace retratar de cuerpo entero, de perfil.

La primera prueba sale mal. ¡Bueno! no hay sino empezar otra vez. Y la señora meridional vuelve á poner el codo sobre la mesa y á apoyar la barba en la mano, sin asomo de mal humor.

Mientras el fotógrafo le arregla los pliegues de la falda y las cintas de la cofia, óyense risitas contenidas y pequeños empujones en la puerta vidriera. Son los niños que se amontonan para ver á su padre que mete la cabeza debajo el paño verde del aparato y queda así inmóvil como una bestia del Apocalipsis con un ojo único grande, transparente. Cuando ellos sean grandes, todos querrán ser fotógrafos, todos. ¡Por fin! he aquí una prueba bien sacada, que el operador enseña, mojada todavía, con aire de triunfo. La señora confiesa que se reconoce en aquellas manchas blancas y negras, encarga doce retratos, los paga adelantados y se va muy contenta. Apenas cerrada la puerta ¡viva la alegría! Los niños, que han salido de su escondite, bailan formando rueda alrededor de la máquina. El padre, emocionado de su primera operación, enjuga majestuosamente la frente con el pañuelo. Como va anocheciendo, la madre sale apresuradamente á comprar algo para la comida, que ha de ser la comida inaugural, y compra también (conviene llevar las cosas en regla) un gran libro verde en el cual queda inscrita en hermosa letra redondilla aquella primera operación, con la fecha, el nombre de la señora y la cantidad que entra en caja. ¡Doce francos! Verdad es que entre el pastel inaugural, las otras provisiones, carbón, azúcar y bujías la cifra de gastos ha igualado exactamente á la de ingresos. Pero, vamos, si se han recaudado doce francos hoy, el primer día, día de instalación, y además lloviendo, ¿qué no será mañana? Pasan la velada haciendo proyectos. Parece imposible los proyectos que llegan á caber en un pisito de tres habitaciones.



Al día siguiente, el tiempo está espléndido, pero nada, ni una persona en todo el día. ¿Qué vamos á hacer? ¡si el comercio es esto precisamente! Además, queda todavía un poco de pastel y los niños pueden acostarse con el estómago no vacío del todo. Al día siguiente, nadie. Las paradas en el balcón empiezan otra vez, pero sin éxito alguno: la señora del Mediodía viene á buscar su docena de retratos, y se acabó. Aquella noche hay que empeñar un colchón para comprar pan. Pasan dos días... pasan tres... ¡la miseria! El desventurado fotógrafo vende su chaqueta de terciopelo; réstale sólo vender la máquina y entrar de dependiente en cualquier almacén. La madre está desolada, los niños ni siquiera tienen ánimo de asomarse al balcón.

De pronto, un sábado por la mañana, cuando menos lo esperaban, oyen llamar á la puerta; ¡es una boda! toda una boda que ha subido los cinco pisos para hacerse retratar: el novio, la novia y los testigos: todos ellos excelentes personas que no se han puesto más que un par de guantes en toda su vida y desean perpetuar la memoria de tal acontecimiento.

Aquel día, pues, entran en caja treinta y seis francos y al día siguiente el doble: la fotografía está en marcha. Y este es uno de los mil dramas del pequeño comercio parisiense.

ALFONSO DAUDET.

## CANTO DEL NORTE

(SIGLO X)



**D**e una colina que está cubierta  
De fría escarcha  
Frithioff, al frente de sus guerreros,  
Al llano baja;  
Y entre sus *nordmen*, con ceño torvo  
Sigurd aguarda  
De sus contrarios el fuerte empuje,  
Firme en la playa.

—  
¡Las estaturas de los guerreros  
Cuál se agigantan  
Entre las sombras caliginosas  
De la mañana!  
Sienten los héroes, inextinguible  
Sed de venganza;  
Fieros rencores el fuego encienden  
De sus miradas.  
Tras pausa breve, su férreo brazo  
Frithioff levanta  
Trémulo de ira, veloz blandiendo  
La aguda lanza,  
Y á su enemigo dirige airado  
Estas palabras:  
— Enhorabuena que ruegue el débil:  
El fuerte manda:  
¡Vil extranjero! Sal sin demora  
De esta comarca. —  
Sigurd responde: — Desdén me inspiran  
Tus amenazas:

Ni ¿qué me importa que estos desiertos  
Sean tu patria?  
Es siempre mía la tierra en donde  
Siento mi planta.  
— De Odín soy hijo — con voz de trueno  
Frithioff exclama; —  
Mis regocijos y mis delicias  
Son las batallas;  
Mi grito es « Siempre, siempre adelante, »  
¡Ay, si me aguardas! —  
Sigurd replica: — Si estas laderas,  
Si estas montañas  
Se derrumbasen, no cejaría  
Sigurd de Islandia.

—  
Cúbrese el cielo de nubes grises  
Y nubes pardas;  
De helada nieve caen los copos  
En abundancia;  
Luchan los hombres furiosamente  
Junto á la playa;  
Fuerte ventisca ciega sus ojos,  
La mar avanza...  
Sobre la orilla buitres y cuervos  
Baten sus alas;  
Gritan los hombres, el viento silba,  
Los cuervos graznan...  
¡Con ansia esperan festín sangriento  
De carne humana!

J. FEDERICO MUNTADAS.



## EL FOMENTO DE LOS ANIMALES



La escena representa un gabinete del Ateneo Glúteo Semafórico Español.

Tiene la palabra un señor de esos que se dejan la calva y los anteojos para tener más razón en sus argumentos.

Oigámosle.

—Hay necesidad de fomentar la raza canina; el perro es el compañero del hombre, su guardián, su amigo más fiel; la historia está llena de hechos heroicos realizados por perros de distintas clases; hay perros que salvan la vida á los náufragos, á caminantes envueltos en nieve; la fidelidad del perro es mayor que la de los políticos de oficio, sin que con esta comparación trate de molestar á nadie, ni siquiera á los tales políticos. El gobierno, señores,

hace mal en descuidar un asunto, al parecer baladí, pero que en el fondo es de una gran trascendencia social. En Francia hay cada año tres ó cuatro exposiciones caninas.

Las últimas palabras convencen al auditorio.

¿Francia *dixisti*? Pues basta. Por ahí debió empezar el orador calvo. Esta es la razón más poderosa. Si lo hace Francia debemos imitarlo nosotros.

Unos artículos á tiempo en dos ó tres periódicos, diciendo que *la pública opinión de que nos hacemos eco ve con disgusto la apatía del gobierno ante la decadencia de la raza canina.*



Una conferencia en el Timbis-Club dada por el señor conde de la Mangansila acerca de «El perro considerado en sí mismo y con relación á la situación financiera actual.»

Cuatro desocupados que corran la voz por las tertulias de las de Truco y Salmuera, en el te de las de Zahorí y en la tila de la baronesa de Pa Sucat.

Ya tenemos elementos más que suficientes para organizar una exposición perruna bajo la protección y curatela de la excelentísima señora duquesa de Wax Vestas.

La misión del Ayuntamiento queda reducida á dar permiso y ceder unos terrenos para



LARNACA EN CHIPRE.—DIBUJO DE H. CORRODI

dicha exposición, adherirse también á tan gran idea y ofrecerse en todo lo que se pueda hacer en obsequio á un asunto que ha de proporcionar grande afluencia de perros á la Corte.



Esto no quita para que los municipales sigan dando la bola en la puerta de la misma exposición, pero, aparte este detalle, el hecho es que los perros mejor criados y más inteligentes salen del concurso con una medalla ó con un diploma de honor para colocar en su

despacho, y así se estimula á sus amos para que la raza mejore de continuo.

Digo lo mismo de las aves. Tenemos exposiciones donde se premia al canario más sonoro, al mirlo mejor músico, al loro más hablador y al catatúa más hábil.

De caballos, no digamos.

La humanidad está decidida á fomentar toda casta de bichos.

Pero en este deseo constante de perfeccionar al gorila y convertirlo en un ser tan perfecto como *el homo sapiens*; de hacerse servir á la mesa por un oso, y de conversar con una cotorra instruida en el grado de bachiller, no observa la humanidad que á medida que los animales se perfeccionan el hombre viene muy á menos.

Nadie se cuida de mejorar la raza humana, y si alguno fuera al Ministerio de Fomento con la embajada de una exposición donde se premiara á los hombres robustos y fornidos, lo mandarían á un manicomio.



El hombre primitivo fué un atleta, dicen.

Hoy es un chisgarabís que no puede con su alma.

Los excesos y malas costumbres acabarán por hacer del hombre un ser tan enclenque, que su naturaleza, falta de vigor, se niegue á producir cabello; su piel será cada vez más nacarada; los dientes se mudarán en la edad de la lactancia, después serán rudimentarios y, por fin, desaparecerán. El hombre sabrá por referencia que Noé, Nabucodonosor, Cánovas y Peris Mencheta, tenían unos huesecillos en la boca, así como hoy sabemos por referencia también que Saúl



era velludo, aunque no tanto como Vifredo.

Siguiendo la decadencia iniciada ya desde hace muchos años, el sexo feo será todavía más feo; sin señal ninguna de barba, la cabeza pelada como una olla y la boca sin dientes como buzón de correos.

Se suprimirán las peluquerías y en su lugar se abrirán estudios de pintura donde por un precio módico se pintará en la cabeza de cada cual un capricho al óleo.

Pero la cosa no puede parar aquí. Sin dientes, la alimentación será deficiente. Los huesos irán perdiendo dureza y acabarán por desaparecer. El hombre quedará convertido en una especie de pulpo. En un *malacopterigio* ó cosa así.



Tal organización no es apropiada para seguir viviendo sobre el duro suelo. El caracol y la babosa lo hacen gracias á la secreción viscosa con que van pulimentando el camino.



Entonces el hombre, como si lo viera, se meterá en el agua y se pasará á los anfibios.

La humanidad tendrá esa evolución; la merece y la presiente.

La afición á los baños de mar que hoy se nota en todas las esferas sociales es la prueba más concluyente.

Lo peor del caso serán las graves consecuencias que al hombre puede traer su conversión en calamar.

Será pasto de los peces de mayor representación náutica.

Sobre la superficie sólida de la tierra campearán por sus respetos todos esos animales que hoy tratamos de fomentar é instruir.

Ellos serán los que en sus ratos de ocio cojan una lanchita y vengán á pescarnos.



¡Ingratos!

El hombre-calamar tendrá que habitar en aguas del Ecuador en invierno. En los meses de canícula emigrará en grandes bandadas y se irá á veranear al Mediterráneo y al Cantábrico.

Esta será la mejor época para la pesca del hombre.

Los gorilas, ó los que fueren, encargados de ocupar nuestro suelo, pondrán en sus tratados de pesca:

«MES DE JULIO: Ábrese la pesca del hombre. El mejor cebo para este delicado calamar es el oro. En las costas de Francia se pescan españoles exquisitos.»

La evolución viene á pasos agigantados.

Medios tenemos para detenerla: Menos horas de café; más ejercicio; más amor al trabajo; menos vicios y más honradez.



MELITÓN GONZÁLEZ.

## CANTARES

Si los honores mudan  
nuestras costumbres,  
váyanse los honores,  
vengan las virtudes;  
porque sin ellas,  
las pompas de este mundo  
son muy funestas.

Desde que el mundo es mundo  
si bien lo observas,  
no hallarás nuevo vicio,  
ni virtud nueva;  
que en todos tiempos  
ha habido muchos malos  
y muchos buenos.



## NUESTROS GRABADOS

### LABOREMUS

ESCU LTURA DE J. ROIG

¡*Laboremus!* ¡Trabajemos! dice la encantadora niña que el diestro escultor Juan Roig ha modelado con mano cariñosa. En sus pocos años comprende ya que la santa ley del trabajo es condición indispensable para la vida, y que sin trabajar, en las muchas variadas formas que tiene el trabajo, no podemos obtener la consideración de nuestros semejantes. El trabajo es, además, el pan cotidiano que pedimos á Dios primero y que alcanzamos luego ó con la labor de nuestras manos ó con los esfuerzos de nuestra inteligencia. Véase con qué atención la hermosa niña atiende á los puntos de la calceta y cómo descuida el divertirse, de lo que es indicio cierto la muñeca tendida á sus pies. Naturalidad en la actitud, verdad en la expresión, elegancia en las líneas, todo esto reúne la estatua que reproducimos. Este es el realismo de buena casta, el realismo español que pinta con exactitud la vida y que de todo sabe sacar saludables enseñanzas. En *Laboremus* hay asunto y hay talento de ejecución. El padre de familia se revela en el tema: el artista da pruebas de que lo es de veras en la manera como lo ha realizado en esta sentida y linda estatua.

### ESPERANDO...

DIBUJO DEL PINTOR JOSÉ LLOVERA

A la primera mirada se adivina que espera á alguien la hermosa joven pintada por la hábil mano de José Llovera. Y este alguien interesa á su corazón, llena su alma con el sentimiento que tiene poder de endulzar las amarguras de este valle de lágrimas y que es la esencia y la vida del hogar doméstico. A su prometido aguarda la joven, que escucha ansiosa, pegado el oído á la puerta, conteniendo los latidos de su pecho, para mejor percibir el más liviano rumor de sus pisadas. Su elegante gorrita, la pañoleta que lleva cruzada, el aire todo de su traje, hasta el mismo aire de su figura y rostro, nos traen á la memoria el período de la Revolución francesa, en que el terror dominó por todas las comarcas en aquella nación ilustre. Singular coincidencia, que se advierte á veces en la historia. La sencillez del traje mujeril producía el mayor contraste con los uniformes pomposos y chillones con que se engalanaban los improvisados señores de entonces, monarcas de un día, porque la ola revolucionaria, que no paraba un instante en su marcha, levantaba hoy á unos para hundirles mañana en la desgracia ó acabar con su existencia bajo el filo de la guillotina. Traje parecido al que lleva la donosa joven de la pintura de Llovera, usaron las damas que afrontaron el poder de Robespierre, de Barras y de los tiranos y tiranuelos que sojuzgaron á Francia en las épocas del Terror y del Directorio. A su lado las modas greco-

romanas, mal copiadas de la antigüedad, aumentaban el abigarrado conjunto de períodos que han procurado al arte y á la literatura gran caudal de asuntos para sus producciones. Raro parecerá, y con todo es un hecho, que junto al sencillo vestido de la doncella, tan diestramente dibujado por Llovera, pudiesen verse los vestidos escuetos, abiertos por uno de los lados, las diademas con pompones de plumas y flores, y los mantos salpicados de lentejuelas ó mosqueados con bordaduras, al modo de los usados por las divinidades olímpicas en los vasos etruscos y griegos.

### LARNACA EN CHIPRE

DIBUJO DE H. CORRODI

¡Qué triste nombre el de «Larnaca!» puesto que esta palabra significa ¡tumba! Este nombre, empero, nos representa al mismo tiempo una parte de la historia de la ciudad. Con las tumbas de mármol de los antiguos y poderosos moradores, han construido los modernos sus pobres murallas, y sobre las ruinas de su antiguo esplendor existen hoy miserables cabañas. La antigua *Kition*, en cuyo lugar se levanta la pequeña ciudad y puerto de Larnaca, ya que la ciudad propiamente dicha se halla á un cuarto de hora de distancia en el interior, fué un sitio famoso en la historia. Los fenicios la edificaron y de ellos fué siempre su residencia principal, aun después que los comerciantes y traficantes griegos hubieron invadido la isla de Chipre. Hoy existe solamente la rada, á la cual da importancia la ciudad, y Larnaca continúa siendo el puerto mejor y la plaza comercial de la isla, á pesar de que los buques han de quedarse muy afuera por la escasa profundidad de su playa. La pequeña ciudad y puerto de Larnaca es también la residencia del comisario británico y de los cónsules extranjeros. Sus suntuosas moradas se alzan majestuosas entre la hilería de casas de la playa, y ofrecen con las palmeras y cipreses, el olivo y la parra un pintoresco conjunto, del cual ha sacado el artista un estudio que representa la entrada de un palacio construido sobre el mar. Una beldad oriental rodeada de sus favoritas palomas aumenta el poético encanto del paisaje.

### EL REGRESO DEL BAUTIZO Á PRINCIPIOS DE SIGLO

CUADRO DE JOSÉ LLOVERA

Casa principal, excusado parece advertirlo, es la que sirve de teatro á la escena del regreso de un bautizo, pintado por Llovera con su acostumbrada galanura y elegancia. Es una morada aristocrática, una de aquellas sin duda que al decir de nuestro insigne sainetero don Ramón de la Cruz habían sustituido con cornucopias





EL REGRESO



EL BAUTIZO Á PRINCIPIOS DE SIGLO. — CUADRO DE JOSÉ LLOVERA

Ayuntamiento de Madrid





los petos y lanzas que en siglos anteriores decoraban los aposentos y les daban autoridad. De la prosapia ilustre de los padres del infante, de sus padrinos y acompañantes hablan también las magníficas basquiñas bordadas de sedas de colores que usan las damas, y aquellos holgados casacones que llevan los hombres también con sendas bordaduras y que imprimían señorial aspecto á los varones de cara venerable. Que entre holandas vió la luz del día el recién cristianado lo proclaman igualmente sus pañales en que se emplearon encajes de Flandes, sino los primorosísimos que entonces se hacían en Cataluña, al boliilo y á la aguja. La magnificencia del aposento, la brillantez de los acompañantes, del padre y padrinos, no le distrajeran al artista de poner en su cuadro las tiernas notas de la abuela sentada junto á la cama, que contempla la escena con profundo regocijo interior; del hijo mayor de la casa á quien el padre acaricia como indicándole que todos han de tener parte igual en su corazón, y del niño segundo que llega orondo trayendo el hacha del bautizo y contento por representar papel en la ceremonia. Llovera, que tanta predilección muestra por Goya y por las cosas de su tiempo, es goyesco en este cuadro en que las galas del color y de una ejecución elegante sirven para embellecer el asunto y para imprimirle fisonomía genuinamente española. Goya y don Ramón de la Cruz, los pintores inmortales de la España de comienzos del siglo, inspiraron al artista, quien al seguirles paga tributo de veneración al arte nacional.

#### EL INVENTOR EDISON

En el *Harper's Magazine* ha publicado Mr. Jorge Parsons Lathrop un interesante artículo, que bien podría titularse, repitiendo una frase muy gráfica de este escritor: *De cómo inventan los inventores*.

A pesar de que el tal trabajo es de aquellos que, cual suele decirse, no tienen desperdicio, las condiciones materiales de esta publicación nos obligan á hacer de él un simple compendio á vuela pluma.

Cuéntanos Mr. Parsons que el rasgo característico de Edison es la extremada facilidad de abstracción que le hace capaz de aislar de súbito su espíritu, en medio de la conversación más animada, á pesar de su genio naturalmente jovial y expansivo. Las transiciones intelectuales más laboriosas para el vulgo las realiza con una sencillez asombrosa, y gracias á este gran dominio que ejerce sobre sus facultades, le es dable aplicar simultáneamente la atención á los más minuciosos pormenores de varios problemas.

Esta ingénita sencillez obsérvese en todas sus cosas: en su lenguaje, en su vestido y en sus maneras. En el vasto laboratorio establecido en su magnífica morada de Llewellyn Park, en Orange, Nueva Jersey, no se toleran visitas importunas. Nada le place tanto como pasar allí las noches de claro en claro dedicándose á sus estudios, ó comer un bocado á la hora del almuerzo en un banco atestado de instrumentos y piezas de maquinaria.

Un día fué el articulista á visitarle ofreciéndole algu-

nas de sus obras, y díjole muy serio Edison:—*¿Queréis ver mi novela?* Y entrególe un tomito, á modo de vademecum, en el cual se veía una multitud de diseños acompañados de notas rápidamente trazadas con lápiz. Todas sus páginas llevaban apuntada la fecha en que se habían llenado. Si no formaban propiamente una novela, eran en cierto modo unas Memorias científicas, en las cuales podían seguirse paso á paso las investigaciones, los ensayos y los triunfos de Edison, así al crear nuevos aparatos como al perfeccionar los antiguos. En aquel librito se veían gráficamente descritos sus peculiares procedimientos.

Asombraríanse de seguro muchas personas que legítimamente se precian de ilustradas, si leyesen la lista completa de los inventos de Edison, aun prescindiendo de los muchos que tiene proyectados, entre los cuales figura uno muy notable para perfeccionar la telegrafía eléctrica submarina.

Edison descende de una familia holandesa que emigró de Europa en 1730. Su padre vive todavía, y es tan robusto, que llevando á cuestas la friolera de 84 años, aun anda por término medio diez millas diarias. De él ha heredado sin duda el portentoso vigor que le permite soportar impunemente el extraordinario trabajo físico é intelectual á que dedica su existencia.

A la edad de doce años vendía periódicos en las estaciones de los ferrocarriles; cansóse de tan poco lucrativa profesión, y fundó un periódico por él escrito, compuesto é impreso, que era como un noticiero ó conjunto de noticias relativas á los caminos de hierro, y tuvo por lectores á los empleados de éstos. El famoso ingeniero Roberto Stephenson mandó tirar del tal periódico una edición especial para su uso. Edison dice que, á pesar de la escasa importancia de la publicación, estaba muy ufano de ella, considerándose ya todo un periodista.

Edison refiere modestamente un verdadero rasgo de genio que tuvo en aquella época. Había trabado amistad con un cajista del periódico *La Prensa libre*, logrando de él que todos los días le proporcionase pruebas de sus artículos; dedicóse á leerlos y á apreciar su respectiva importancia, midiendo por ella el pedido de ejemplares. Llegó á ser tan ducho en esto, que nunca se equivocaba en sus previsiones. Un día entrególe su amigo una prueba del periódico en la cual leyó una noticia impresa casi toda en letras muy gordas. Aquella lectura fué para él una verdadera revelación. Consistía la nueva en el primer parte de la batalla de Pittsburg, en el cual se contaba que ascendía á 60,000 el número de muertos y heridos.

Apenas se hubo enterado, corrió á encontrar al telegrafista y propúsole el regalo de todos los números del próximo semestre del *Harper's Weekly*, el *Harper's Monthly* y un diario á su elección, si quería telegrafiar á todos los jefes de estación pidiéndoles que en la pizarra del andén donde apuntan las horas de entrada y salida de los trenes, anunciaran al público las noticias de la gran batalla. El telegrafista aceptó el trato. Hasta aquí todo iba á pedir de boca; pero las dificultades empezaron cuando el pobre muchacho fué á la administración del periódico, en donde no quisieron darle mil quinientos

números al fiado. Preguntó por el propietario, entró en su despacho y repitió la petición. El propietario, «hombre alto, enjuto y de penetrante mirada,» contempló un momento de hito en hito, luego cogió una pluma, escribió dos líneas en un volante y se lo tendió diciendo:—*Anda á la administración y te los dardn.*

Edisson pensó reventar de júbilo. Contrató á tres chicos compañeros de oficio para que le ayudasen á llevar los periódicos, fueron á la estación y metieron en el tren. El telegrafista había cumplido su palabra. Merced á las noticias publicadas en las estaciones, reinaba en todas ellas una efervescencia extraordinaria. Los periódicos eran literalmente tomados por asalto. Empezó vendiéndolos á cinco céntimos y acabaron por pagárselos á más de peso duro.

Este hecho produjo tal impresión en su espíritu, que llevado de su admiración por la electricidad, se hizo telegrafista. Entretanto, su negocio había tomado tanto vuelo que necesitaba cuatro chicos para ayudarle en la venta de periódicos, y todos los años podía enviar á sus padres unos quinientos duros de sus ahorros.

Entonces la telegrafía eléctrica estaba en su infancia, escaseaba el personal y podía ganarse un buen sueldo sin poseer grandes conocimientos. Colocáronle primeramente en Indianópolis, en donde trabajaba durante el día. Por la noche recibía los telegramas de la prensa, con un compañero suyo llamado Parmley. El telegrafista era un beodo empedernido, que al poco rato dormía á pierna suelta, y ellos tenían que reemplazarle del mejor modo que sabían. Sucedió una noche que recibieron un largo telegrama transmitido por un telegrafista muy diestro de Cincinnati, el cual se despachaba con tal presteza, que á duras penas podían seguirle con la pluma ni con la memoria. La necesidad aguza el ingenio, y en aquella ocasión inspiró á Edisson su primer invento, sugiriéndole la idea de poner en comunicación dos aparatos, de modo que mientras el primero indicaba cuarenta palabras por minuto, el segundo sólo transmitía veinticinco. Más adelante vinieron unas elecciones presidenciales, empleáronse un par de horas en traducir un telegrama ansiosamente esperado, la prensa puso el grito en el cielo, hiciéronse averiguaciones y se descubrió el enredo.

Edisson explicó á su amigo varias particularidades relativas á sus muchos inventos, lamentándose de paso de la ligereza con que se hace esta palabra sinónima de descubrimiento.

—Descubrir no es inventar, dijo. En el descubrimiento hay siempre algo de accidental y fortuito, mientras que el inventor obra por medio de un procedimiento rigurosamente deductivo. Casi todos mis inventos son hijos de prolongadas vigilias consagradas al estudio y de una larga serie de ensayos encaminados á conseguir un objeto concretamente definido.

No desecha jamás una idea sólo por parecer harto atrevida, y, cuando ha realizado su invento, lo analiza en todos sus aspectos para averiguar todas las conclusiones que de él pueden deducirse, apuntándolas en

aquel librito de memorias que él titula su novela. Los cálculos los hace de memoria, por complicados que sean, y no por alarde, sino porque la fuerza del hábito ha hecho que le sean más fáciles de este modo. Dice que el invento que ha exigido de él más estudio, perseverancia y energía de voluntad ha sido el de la luz eléctrica, acerca del cual imaginó una porción de teorías, ensayándolas y desechándolas sucesivamente hasta que encontró la exacta y definitiva.

Tiene una extraordinaria afición á la lectura, no sólo de las obras científicas que se van publicando, sino también de las puramente literarias que alcanzan mayor fama.

Termina Mr. Parsons su artículo con un interesante diálogo que tuvo un día con Edisson y que reproduce textualmente por su mucha importancia. Decía Edisson:

—No puedo creer que la materia sea inerte y esclava de una fuerza externa; antes se me figura que el átomo está dotado de cierta parte de la inteligencia primitiva. Fijaos en las mil combinaciones que ejecutan los átomos del hidrógeno con los de otros elementos, formando las más diversas sustancias. ¿Diréis que las realizan sin inteligencia? Cuando estas combinaciones son útiles y armoniosas, ved qué elegantes formas y qué espléndidos colores producen y qué grato aroma exhalan muchas veces, como para expresar su satisfacción. Por el contrario, en la enfermedad, la muerte, la descomposición y la impureza, la disgregación de los átomos se anuncia en el acto por un olor nauseabundo. Reunidos en ciertas formas, los átomos constituyen animales de orden inferior y, por último, se combinan en el hombre, que representa la total inteligencia de todos los átomos.

—Pero ¿de dónde creéis que dimana esa inteligencia? le preguntó su interlocutor.

—De un poder superior á nosotros.

—¿Entonces creéis en una inteligencia creadora, en un Dios personal?

—Mucho que sí. Casi me atrevería á afirmar que su existencia podría probarse por medio de la química.

Tan categórica contestación inspira á Mr. Parsons las siguientes reflexiones á las cuales no podemos menos adherirnos:

«Ciertamente predispone el ánimo á graves meditaciones y le colma de gozo al mismo tiempo, eso de que el insigne genio, el vigoroso representante de la ciencia americana, el gran exponente de la ciencia aplicada, el brillante y fecundo inventor que ha pasado la vida estudiando el mundo físico, se haya remontado á la creencia en Dios desde un medio en el cual tan á menudo se oscurece la percepción de las cosas espirituales.»

Estas palabras recuerdan aquellas tan famosas de Francisco Bacon: «Una instrucción escasa guía al ateísmo; pero una instrucción profunda conduce á la piedad.»



# ¡SOLEDAD!

NOVELA ESPAÑOLA

POR D. C. SUÁREZ BRAVO

PRÓLOGO

LA SEDICIÓN



Tuvieron Marte y Amor  
un día grandes combates,  
en unas reales fiestas  
en las cortes de Amurates.  
(Romance).

Si mis lectores no tienen otra cosa mejor que hacer, retrocedan conmigo hasta la mañana de un día y de un año, de los cuales ni ellos ni yo quisiéramos acordarnos, y plántense en las calles de Madrid poco después de la salida del sol.



El día era uno de los buenos del mes de Junio: cubría el cielo ligera capa de nubes y agitaba las arboledas de los paseos suave y cálida brisa del sur. Las calles estaban todavía solitarias. La gente acomodada y rica de Madrid, poco madrugadora por hábito, se hallaba entregada al sueño, y la mayor parte de los balcones se veían cuidadosamente cerrados. Algunos, sin embargo, aunque pocos, de casas de nada pobre apariencia, comenzaban á abrirse prematuramente, asomándose á ellos personas que á medio vestir alargaban la cabeza para examinar la calle, con expresión entre asustada y curiosa, cuchicheando entre sí, y de cuando en cuando se quedaban inmóviles, señalando un punto del horizonte como si sintiesen algún ruido anormal y lejano.

Sonaban, en efecto, á intervalos, por el lado de poniente, detonaciones sospechosas que luego parecían repetirse, aunque más débilmente, en otras direcciones. Algo extraordinario ocurría sin duda en la capital de España. Los jornaleros que iban á su trabajo, las criadas que salían á hacer las primeras provisiones domésticas, las pocas gentes que suelen animar al Madrid que se despereza á los primeros rayos del sol, caminaban como recelosas y con la vista inquieta, parándose á cada instante hasta mezclarse con los grupos de curiosos que se formaban poco á poco delante de las tiendas y de las porterías medio abiertas. De su actitud era fácil deducir que comentaban algún suceso grave, aunque todavía misterioso.

Pero el cuadro comienza á animarse. Con marcha precipitada, desemboca en la calle una persona sobre la cual se fija ansiosamente la atención general. Es un oficial que acude sin duda á cumplir algún acto perentorio del servicio. ¿Por qué tan sencillo y rutinario accidente provoca de tal modo la espectación y fija la curiosidad? El militar avanza con rapidez. Saliendo de una calle transversal, un grupo de hombres del pueblo, en actitud que trascendía á sedición, se adelantan como para cortar el paso, pero al llegar á la acera por donde el oficial iba á pasar, se detienen todavía irresolutos. Algunos llevaban escopetas. El oficial, que se encontraba á pocos pasos, palidece ligeramente, pero no detiene su marcha, y al atravesar por delante del grupo, clava en él los ojos, con la expresión intensa que dan á la mirada las supremas resoluciones del ánimo. Los hombres cohibidos le dejan pasar, pero inmediatamente se rehacen de aquella primera impresión.

—¡Tírarle, tírarle! gritan algunas voces; pero el militar, sin alterar el paso, tuerce por una calle y desaparece. Los amotinados, un momento indecisos, se disponen á seguirle; pero antes de llegar á la calle, algunos tiros que parecían disparados en los mismos sitios que debía atravesar el oficial, acompañados de gritos siniestros, les obligan á retroceder llenos de pánico. La calle queda limpia de curiosos que se refugian asustados en las tiendas y portales, y esperando en acecho detrás de las puertas ocasión de averiguar lo que aquello significaba.

No tarda en tener explicación el suceso. Por la calle que acaba de doblar el militar, desemboca desordenadamente un pelotón de soldados ebrios, con los fusiles todavía humeantes, los uniformes desabrochados, los rostros lívidos y dando gritos roncacos que querían ser aclamaciones políticas. La naturaleza del grupo y su aspecto siniestro es toda una revelación. Se trata de soldados que han roto el freno terrible de la disciplina y que, locos de su propia libertad, acaban de hacerla efectiva por medio del asesinato de uno de sus oficiales, que dejan á sus espaldas tendido en un charco de sangre. Al desembocar en la calle, dirigen á uno y á otro lado la mirada ansiosa, con signos evidentes de indecisión y como aterrados de su propia independencia. Uno de ellos, que hace de jefe de motín, al ver desierta la calle, da la señal de retroceder, pero los demás gritan: ¡Adelante! resolución en apariencia atrevida, pero en reali-

dad hija del pavor que les inspira la idea de pasar por delante de su oficial asesinado. Por instinto se lanzan en dirección de las afueras, adonde, sin embargo, no llega ninguno, pues por el camino se van refugiando en las casas que consienten en darles asilo ó donde se lo toman.

Pero el rumor de la fusilería, alternando con los solemnes estampidos del cañón, se hace más perceptible y más nutrido. Los balcones se van abriendo poco á poco y llenándose de curiosos. De las casas sale más gente, pero gente que no circula y permanece estacionada en las aceras, cerca de las puertas, en previsión de lo que pueda ocurrir. A ratos, y aunque en muy escaso número, aparecen otros grupos de paisanos con aspecto de revoltosos, los cuales dirigen inútilmente á uno y otro lado la vista, como para comunicar el fluido de la rebelión, y se encaminan con paso incierto hacia donde suena el rumor del conflicto. Allá, más lejos, se ven relumbrar fusiles y se siente movimiento de tropas que marchan en la misma dirección. El silencio de las cornetas habla con más elocuencia que si dieran al viento sus notas penetrantes. Van al combate.

Pero, ¿contra quién? Entre los grupos suenan muy á menudo las palabras «revolución, jarana, sublevación militar.» El hecho es que los bulliciosos retozos de la política en aquel turbulento período, habían fermentado hasta producir lo que producen siempre los fermentos políticos, una sedición. Porción no escasa de españoles se estaban matando sin saber por qué, excitados los menos por el calor de su temperamento, y los más por instigadores ocultos que esperaban en la sombra á que la sedición se convirtiese en revolución triunfante para ponerse al frente y beneficiarla.

Hacia los barrios del sur el incendio había prendido, aunque muy débilmente, en el combustible popular. Dejando al historiador la narración de los principales sucesos de aquel día, que tuvo graves consecuencias en la política española, á fuer de observadores libres vamos á conducir á nuestros lectores á uno de los lugares de la refriega.

En la encrucijada que formaban tres calles al enlazarse, una compañía de soldados, reparándose lo mejor que podían en los portales y huecos de las puertas y detrás de los restos de una barricada que acababan de tomar, disparaban sus fusiles sobre un grupo de insurrectos que desde el tercer piso y buhardilla de una casa de ángulo muy saliente pronunciado, estaban haciendo en sus filas lastimosos blancos. Al abandonar la barricada se habían atrincherado en aquella fortaleza urbana, de donde era muy difícil desalojarlos, sin sacrificar á algunos pobres soldados. Aunque pocos, estaban mandados por un joven vestido con elegancia, que si bien se presentó el último, no tardó en señalarse como el primero por su audacia y su agresiva tenacidad. Los soldados que le vieron retirarse el postrero, le veían ahora disparar sobre ellos casi á cuerpo descubierto desde el balcón de aquella casa que enfilaba la calle. En cuanto asomaba el bulto tiraban sobre él, pero sin conseguir nunca hacer blanco, y eso que aquel demonio llevaba descuidadamente rodeado al cuello un pañuelo de seda encarnada, no sabemos si para empapar el sudor ó como distintivo de sus opiniones rojas. Tal vez el furioso deseo que les inflamaba de acabar con él, les hacía errar la puntería.

El capitán de la compañía, joven de veintitrés á veinticuatro años, muy querido de los soldados por su bondadoso carácter, y de valor acreditado, ardía en deseos de apoderarse de la casa, pero al propio tiempo deseaba economizar la sangre. Urgía, sin embargo, hasta por humanidad, poner fin á aquel ojeo, y los mismos soldados lo comprendieron así.

—Mi capitán, dijo un sargento, nos están cazando como conejos. ¿Por qué no vamos á tomar la casa y á echar á esos pillastres por los balcones?

En esto, un soldado que había descubierto un poco el cuerpo, cayó atravesado de un balazo.

Este incidente acabó con las vacilaciones del capitán.

—A ver, alférez Ibarra, dijo con voz firme á uno de sus subordinados; salga usted con la mitad de la compañía y apodérese á la carrera de la casa. Yo le sigo á usted con la otra mitad. Cuidado con cometer atropellos. A los que se rindan, cuartel.

El destacamento partió al galope, arrimándose á la pared. Dos soldados cayeron en el camino. Cuando le vió penetrar en la casa, el capitán, con el resto de la compañía, recorrió rápidamente y sin ninguna baja, el mismo trayecto y se situó debajo de los balcones.

Tenía la casa apariencias de estar habitada por gente rica. El capitán situó alguna fuerza en la escalera y se quedó en medio de la calle para vigilar los contornos. La sedición se había iniciado en los cuarteles y era preciso estar muy alerta.

Todos los balcones y ventanas, á tiro de bala, se veían cerrados, menos aquellos de donde tiraban los revoltosos, y aun de éstos no se hacía ya fuego desde que la tropa penetró en la casa. Algunos que aquí y allí entreabría la curiosidad, los cerraba inmediatamente el miedo. Los cañones y los fusiles zumbando en el espacio, proclamaban con aterradora evidencia que la lucha proseguía encarnizada en otros puntos de la ciudad.

Disparos que sonaron dentro de la casa, mezclados con otros ruidos entre los que sobresalían gritos de espanto femeniles, revelaron que los soldados habían dado al fin con los rebeldes. En efecto, al poco tiempo salieron á la calle trayendo, ó mejor dicho, arrastrando á cuatro, entre los cuales venía el del pañuelo encarnado.

Tendría éste como poco más de veinte años. Era bajo y delgado, de fisonomía ardorosa y expresiva. A pesar de que su traje estaba desgarrado por varias partes (tal era la ira con que los soldados le habían puesto la mano encima), conocíase que le vestía uno de los primeros sastres de Madrid. Aunque muy pálido, conservaba todavía bastante dominio sobre sí mismo para dar á su rostro una expresión de reto, que no era la más á propósito para aplacar á sus vencedores.

—Ahí está el del pañuelo encarnado, gritaron los soldados al verle aparecer. Ese infame viene chorreando sangre. ¿Por qué no le han echado por el balcón? ¡Muera! ¡Muera!

En la represión de los motines la acción militar tiene por necesidad que subdividirse; cada calle es teatro de una batalla, cada pelotón de soldados es á veces un cuerpo independiente que obra por su propia iniciativa. La disciplina en estos casos no puede dejar de debilitarse, obligando á los jefes por la misma fuerza de las cosas á dejar alguna expansión á las iras y á las represalias de la soldadesca.

Por otra parte, en el caso que vamos narrando, el capitán, lo mismo que los demás oficiales, participaban de la indignación de toda la compañía, así es que no oponían más que una resistencia débil y de forma al terrible acto que se disponían á ejecutar los soldados.

Algunos de éstos se arrojaron furiosos sobre el joven, le arrastraron á la acera de enfrente y retirándose pocos pasos, prepararon sus fusiles.

En esto, uno de los balcones del cuarto principal de la casa atacada, se abrió de repente y de él salió una voz de mujer que con acento de suprema angustia, acento que no hay pluma capaz de describir, pronunció estas palabras:

—Señor capitán; ¡por la Virgen Santísima! ¡Sálvele usted!

Todos volvieron maquinalmente la cabeza hacia el sitio de donde acababa de salir aquella



voz, y vieron en el balcón, de rodillas y con las manos juntas en actitud de apremiante súplica, como si fuera la imagen de la misericordia, á una joven de sin igual belleza. Su actitud y la expresión de su rostro, de tal modo encarnaban en aquel terrible cuadro, que oficiales y soldados se quedaron como petrificados y mudos ante la inesperada aparición.

Arrimado á la pared, con la camisa desgarrada y procurando todavía mantenerse erguido, el joven que era causa de esta escena extraordinaria, paseaba con ojos extraviados á un lado y á otro miradas de angustia, como una fiera acorralada.

Pero en toda colección humana, hay temperamentos sanguinarios, y en escenas como la que vamos refiriendo, éstos son casi siempre los que se imponen.

La voz grosera de un soldado rompió el encanto que embargaba los ánimos.

—¿Estamos en un teatro ó estamos peleando? ¡Compañeros, vamos á despachar á ese granuja!

Estas palabras sacaron al capitán de la extática contemplación de la joven. Plantándose espada en mano y de un salto entre sus soldados y la víctima, á quien cubrió con su cuerpo, exclamó con acento imperioso:

—¡Abajo esos fusiles!

—No, no. ¡Muera! ¡Muera! gritó el mismo soldado, secundado por algunos otros.

El oficial, con la mirada chispeante, tendió de una cuchillada al soldado rebelde. Este acto de atrevida energía, arredró á los demás, que bajaron las armas, preparadas ya para disparar sobre el joven.





—¡Compañeros! exclamó el capitán con voz vibrante, matar al enemigo rendido es un asesinato y una cobardía, y vosotros no sois ni asesinos ni cobardes. Este perverso merece la muerte, pero la ley se la dará. No permitiré que os deshonréis imitando á los que hemos venido á combatir. ¿Qué diferencia habría entonces entre ellos y nosotros?

Estas palabras, y más que las palabras el continente viril y resuelto de su jefe, á quien, como ya hemos dicho, profesaban gran cariño los soldados, produjeron el efecto deseado.

—Es verdad. Tiene razón. ¡Viva nuestro capitán! ¡Vivan los valientes! exclamaron todos, pasando, como acontece con frecuencia en estos casos, de un sentimiento sanguinario al sentimiento opuesto.

El peligro estaba conjurado; como que los soldados, en aquel momento, se hubieran dejado matar por salvar la vida del que poco antes deseaban con tanto ardor atravesar á balazos.

El capitán formó la compañía, colocando en medio á los presos, y dió la voz de «¡marchen!» Al partir dirigió sus ojos al balcón. La joven, cuyo traje y atavío revelaban que debía pertenecer á las primeras clases sociales, estaba de pie, algo retirada hacia dentro, con los ojos clavados en el capitán. Cuando las miradas de uno y otro se encontraron, ella se llevó las dos manos al corazón. Esta mímica expresiva, que así podía ser manifestación de profunda gratitud como de otro sentimiento más hondo y más tierno, removi6 el alma del capitán, harto agitado ya desde la aparición de la joven. Una sensación inexplicable, dulcísima y aguda al mismo tiempo, recorrió todo su ser.

Es verdad que á sus naturales atractivos, unía la joven en aquel instante, una expresión que iluminaba su rostro. Parecía que el corazón se le escapaba por los ojos, para volar hacia el capitán.

Esto duró lo que dura un relámpago. Pero del choque de dos miradas puede brotar un incendio.

El capitán tuvo al fin que volver la cabeza, y el balcón se cerró y desapareció la visión.

No habiendo ya por allí enemigos que combatir, el oficial se incorporó á su batallón y entregó los presos, no extrañando que el joven del pañuelo encarnado no le dirigiese al separarse una sola palabra, ni siquiera una mirada de gratitud.

En realidad el capitán estaba persuadido de que el joven no le debía nada.



# TODO POR EL ARTE

NOVELA VIVA, POR APELES MESTRES



1.—« La Exposición se nos viene encima! »  
Y Miguel Ansias—pintor luminista-impresionista—  
sale al campo en busca de *cuadro*.



2.—« Pues señor, hélo aquí... ¡qué grandiosa simpli-  
cidad! ¡qué efectazo! »



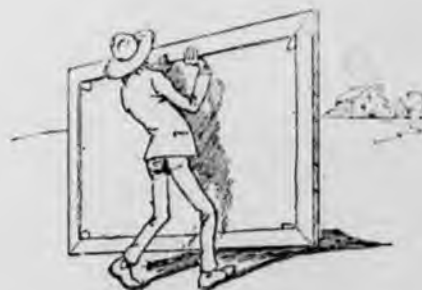
3.—Y con sus pertrechos á cuestas se posesiona del  
campo de batalla...



4.—y á la primera sesión deja casi terminada la obra.



5.—Casi, entendámonos: mañana habrá que volver  
para suprimir algunos detalles inútiles.



6.—Y viendo no lejos de allí una casa solariega, á  
ella se dirige en demanda de albergue para el cuadro.

(Continuad.)

## SECCIÓN CIENTÍFICA

## CONOCIMIENTOS É INVENCIONES ÚTILES

Procedimiento sencillísimo para conocer los vinos fuchsinados.—  
El mejor medio de empotrar el hierro en la piedra.—Aplicación del serrín en medicina.—Higrómetro químico.

Seguramente se hallan en las revistas y publicaciones científicas numerosos procedimientos para conocer la presencia de la fuchsina en el vino; pero la mayor parte ofrecen el inconveniente de exigir conocimientos especiales de química ó el de dar indicaciones bastante dudosas. Entre los primeros, son los más empleados por los químicos los de Falières, Fordos y Husson, los cuales, aunque sencillos y de resultado satisfactorio, piden reactivos que no se encuentran en todas partes y además largas manipulaciones para la evaporación y costosos aparatos de destilar.

El que vamos á indicar, debido á E. Puerta, es de una sencillez verdaderamente notable, y da lugar á transformaciones tan marcadas y características, que pueden apreciarse con exactitud, hasta por las personas menos peritas en observar el efecto de los reactivos. Tiene la ventaja sobre otros muchos, de no necesitar para el experimento sino una cantidad insignificante de vino, unas cuantas gotas; se ve en seguida el resultado, y el reactivo es tan sencillo, que no hay localidad en donde no se encuentre, abundando por lo general, en todas partes la cal.

Está basado el procedimiento en la propiedad, que posee el agua de cal, de apoderarse de la materia colorante de los vinos naturales, al paso que no ejerce acción alguna en la fuchsina ni en los demás colores extraídos de la hulla.

Necesitamos, pues, para hacer la experiencia, unos cinco centímetros cúbicos del vino sospechoso, esto es, poco más de lo que queda en un vaso, después de apurado, y una cantidad próximamente doble de agua de cal. Basta echar ésta en el vaso, que contiene el vino, para que se verifique la reacción; el color rojo del vino, desaparece, quedando en su lugar otro verdoso sucio y formándose copos del mismo color. Si se tratara de un vino blanco, cuya coloración no fuera debida á la anilina, se verificará el mismo fenómeno. Cuando, al contrario, el vino esté fuchsinado, persistirá el color y los matices serán rojo ó amarillo, aun después de echar el agua de cal, más ó menos fuertes, según sea mayor ó menor la cantidad de sustancia nociva colorante que contenga, persistiendo más el color primitivo del vino en los más teñidos de un modo artificial.

Lo anterior basta para lograr el objeto apetecido; pero si se quisiera más exactitud y precisión, se puede

obtener empleando indistintamente reactivos muy usados en las artes ó la industria: los ácidos nítricos y clorhídrico. Si al líquido verdoso de que hemos hablado, se agregan unas cuantas gotas de uno de los ácidos antedichos, y el vino es natural, reaparece su color primero, aunque menos intenso; mas si contiene anilina, el color que tenía el vino antes de ensayarle y que no desapareció por la adición del agua de cal, se torna amarillento, debilitándose con el tiempo.

\*\*\*

De todos los medios propuestos para empotrar el hierro en la piedra, dos eran los preferidos por su sencillez y economía: el azufre y el plomo fundido. Ambos, sin embargo, presentan tales inconvenientes, que los constructores ansiaban encontrar una sustancia, que, resultando barata, obviara, no obstante, aquéllos. El principal del azufre es el aumento de volumen que experimenta, llegando en muchos casos á agrietar las piedras. Omitimos indicar las reacciones químicas y las acciones eléctricas, que según muchos, se originan, y con mayor energía cuando la unión está sometida á la influencia de la humedad; de todos modos, y á no ser por un cuidado de conservación esmeradísimo, toma la piedra un aspecto en extremo desagradable. El plomo, por el contrario, á causa de su ductibilidad, va dejando un hueco, no sólo alrededor de la piedra, sino también en la parte contigua á la pieza de hierro empotrada; y esto, por pequeños que sean los esfuerzos de flexión á que la barra de hierro esté sujeta; siendo, por tanto, preciso, para que haya verdadero empotramiento, machacar de vez en cuando el plomo, para que rellene perfectamente el hueco que queda entre la piedra y la barra de metal.

Asegúrase que con el cloruro de zinc se obtienen excelentes empotramientos; pero hasta ahora resultan muy caros para que permitan su aplicación industrial.

El material que parece resolver el problema, es sencillamente el cemento hidráulico; baratura, sencillez en su empleo, buen aspecto y sobre todo solidez, son las ventajas más salientes del nuevo método. Aunque tratándose de materiales de construcción, no puede afirmarse en absoluto que un material es más económico que otro, dependiendo esencialmente de la localidad en que ha de emplearse; no es, sin embargo, arriesgado asegurar que este cemento es poco costoso. Está tan generalizado su empleo, que sin detenernos en las otras dos ventajas indicadas sólo insistiremos en la capital, esto es, en la solidez.

Según vemos en el *Engineering News* se han hecho ensayos comparativos entre los tres métodos apuntados.

Omitimos los detalles, que no interesarán á los lectores, de la calidad de la piedra, del número y diámetro de las barras, etc., consignando solamente los resultados. Sometidos por la acción de una gran palanca á esfuerzos de tensión, pudo extraerse una barra de las empotradas con azufre, y otra con plomo; de las unidas con cemento sólo una pudo aflojarse algo, y las demás se rompieron al intentarse la extracción.

\*\*\*  
Vamos á indicar una aplicación del serrín: su empleo en medicina por el doctor M. H. Thomas. El serrín, limpio del polvo y de los fragmentos de madera que suele contener, empapado después en una sustancia medicamentosa antiséptica, se aplica luego, ya seco, ya húmedo. La sustancia antiséptica suele ser el ácido fénico ó el sublimado corrosivo, y los casos en que presta mejores servicios, los de fractura con llaga ó herida; sirve entonces para mantener la inmovilidad y para absorber los líquidos. Parece que el serrín presenta propiedades absorbentes notables; las curas son fáciles, sencillas y nada dolorosas, por manejarse aquél con facilidad, y no adherirse como las hilas y el algodón en rama.

\*\*\*  
Todos conocemos los higrómetros, que, con el nombre de flores ó figuras barométricas, se venden, por ínfimo precio, en bazares y tiendas, y que señalan por la variación de su color, el buen tiempo, el variable y la lluvia.

## MESA REVUELTA

Se lee en los cuentos de *Un soldado viejo* que Esgarrachupas era un perdido, que gastaba más que tenía. Llegó á entraparse con todos los vecinos de su lugar, que lo perseguían sin dejarlo á sol ni á sombra. Una tarde corrió la noticia de que había muerto de repente; que, amortajado de fraile capuchino, se hallaba depositado en la iglesia, y que lo enterrarían cuando el cura volviese de predicar de un pueblo inmediato. Los acree-

Muchos sabrán que están fundados en la propiedad, que poseen las sales de níquel y de cobalto, de cambiar

de color cuando varía el grado de humedad del aire; mas aun para éstos será quizás desconocida una aplicación, que de esta propiedad hemos visto hacer, y que produce excelente efecto decorativo, á la vez que indica la variación del tiempo. Consiste en la pintura de los vidrios de un balcón ó ventana con disoluciones de aquellos metales.

Después de trazar los contornos del dibujo con barniz ó pintura negra se les da color apropiado, valiéndose de las disoluciones siguientes:

Amarillo.—Cloruro de cobre, una parte; gelatina, 10 partes; agua, 100 partes.

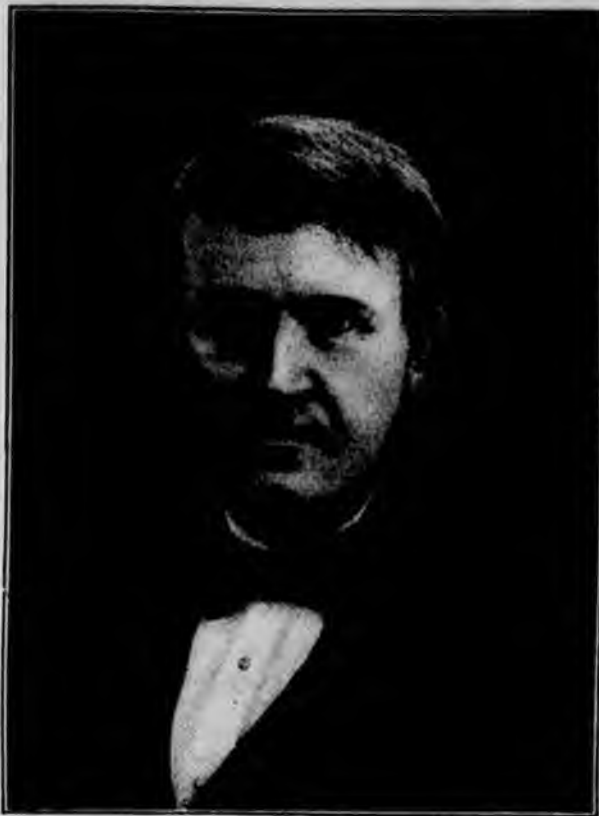
Azul.—Cloruro de cobalto, una parte; gelatina, 10 partes; agua, 100 partes.

Verde.—Cloruro de cobalto, una parte; gelatina, 20 partes; agua, 200 partes; óxido de níquel, 75 partes; cloruro de cobre, 25 partes.

Quando el tiempo es húmedo, las tres mezclas están incoloras, y dejan penetrar en la habitación toda la luz. Si es seco, aparecen los tonos correspondientes á las distintas mezclas, habiendo absorción de luz al atravesar ésta las partes pintadas, y disminuyendo, por consiguiente, su intensidad en el interior de la habitación.

Con las mismas disoluciones pueden iluminarse grabados, pintar tapices, etc., obteniéndose satisfactorios resultados.

E. DE MIER.



TOMÁS ALBA EDISON

dores se acercaban al muerto, que tenía casi cubierta su cara con la capucha, y perdida la esperanza de cobrar, echándola de generosos, aunque deseando ardiere en los infiernos, exclamaban:

—¡Pobre Esgarrachupas! Para que salga del purgatorio, le perdono lo mucho que me debe.

El sacristán Furigafías, que lo velaba, añadía siempre:



—¡Dios se lo pague! Yo también le presté una peseta.

Llegó la noche, el monago se durmió en un confesionario, se olvidó cerrar la iglesia, y entró en ella, para robarla, una cuadrilla de ladrones. Calcularon que, habiendo un cadáver de cuerpo presente, nadie se atrevería a sorprenderlos y podrían pacíficamente repartirse el dinero que acababan de quitar a unos ricos comerciantes que volvían de ferias. Se sentaron en el suelo formando corro alrededor del muerto, que alumbraban cuatro velas: vaciaron un saco de onzas de oro: al ruido se despertó el sacristán, el difunto se incorporó, extendió los brazos, dió un grito, y los ladrones huyeron espantados, abandonando el tesoro.

Furigañas y Esgarrachupas se convinieron en que éste

se haría el muerto para que le perdonasen las deudas, como lo consiguió. Se durmió en el ataúd, lo despertó el sonido del precioso metal al caer en las losas del templo, le deslumbró el brillo, y no pudo contener el ademán ni la exclamación que asustaron a los bandidos. El sacristán y el perdido cerraron la iglesia y se repartieron el dinero.

Como Furigañas no quiso perdonar la deuda a Esgarrachupas, al repetirle: «Dame mi peseta,» lo oyó por el ojo de la llave de la puerta de la iglesia Galdrapas, el más valiente de los ladrones, que se había acercado a ver lo que pasaba, echó a correr, y lleno de miedo, les dijo a sus compañeros:

—¡Tantos muertos se han levantado, que a peseta les ha tocado!

## RECREOS INSTRUCTIVOS

### I

—¡Qué veladas tan fastidiosas! encerrados aquí, oyendo cantar los grillos y algún sapo, cansados todos de andar recibiendo el sol, y sin ganas de hablar, te aseguro que echo de menos las noches de invierno en la ciudad, pues en ellas se ve gente y se oye cantar algo mejor que el rin-rin de los grillos.

—No digas eso, Clarita; de ti depende ahuyentar el fastidio y no lo haces.

—¿Pues cómo?



—¿No recuerdas que papá trajo el sábado un número de un nuevo semanario ilustrado? ¿por qué no nos entretenemos ensayando los pasatiempos instructivos con que nos brinda?

—¡Caramba! ¡y es verdad! ¡lo había olvidado! a ver, trae, trae; ¿qué es lo primero que hay?

—Mira: un experimento de física.

—Y ¿qué me importa a mí la física?

—¡Mucho, amiga mía! en primer lugar, distrae, luego nos enseñará algo nuevo, y además, según dice el prospecto, varía hasta lo infinito esos pasatiempos y habrán para todos los gustos.

—¡Veamos, pues.

—El primer *recreo* consiste en hacer flotar siete tapones de corcho en situación vertical y juntos encima del agua; probemos. Dice que para conseguirlo basta colocar los corchos formando haz sujetándolos con la palma de la mano; luego se sumergen enteros y juntos en el agua dejándolos un ratito hasta que se llenan de agua los poros del corcho; una vez están ya bien húmedos, se vuelven a colocar en el agua metiéndolos hasta la mitad... ¿ves? ya sale; pero ¿por qué te ríes, loquilla?

—¡Es chistoso! ¡figúrate en lo que estaba pensando! si toda la familia de Rodríguez se metiese juntita al río, así sin moverse y sin chistar, como verdaderos tapones de corcho, nos ahorraríamos de oír los chillidos espeluznantes de los chiquillos, los gritos destemplados de la mamá y el vozarrón de contrabajo del señor Rodríguez. Y la diversión sería mayor si pudiésemos persuadir al primo, el de la cara de luna, a que imitase a los corchos, él que no sabe nadar... ¡y es tan pesado!

—¡Qué ideal eres insufrible, Clarita.

—Pero clarita como me llamo; ya verás como le vamos a poner en aprietos más de una vez, haciendo que nos ayude en estos pasatiempos; ¡qué suplicio para él! —JULIÁN.

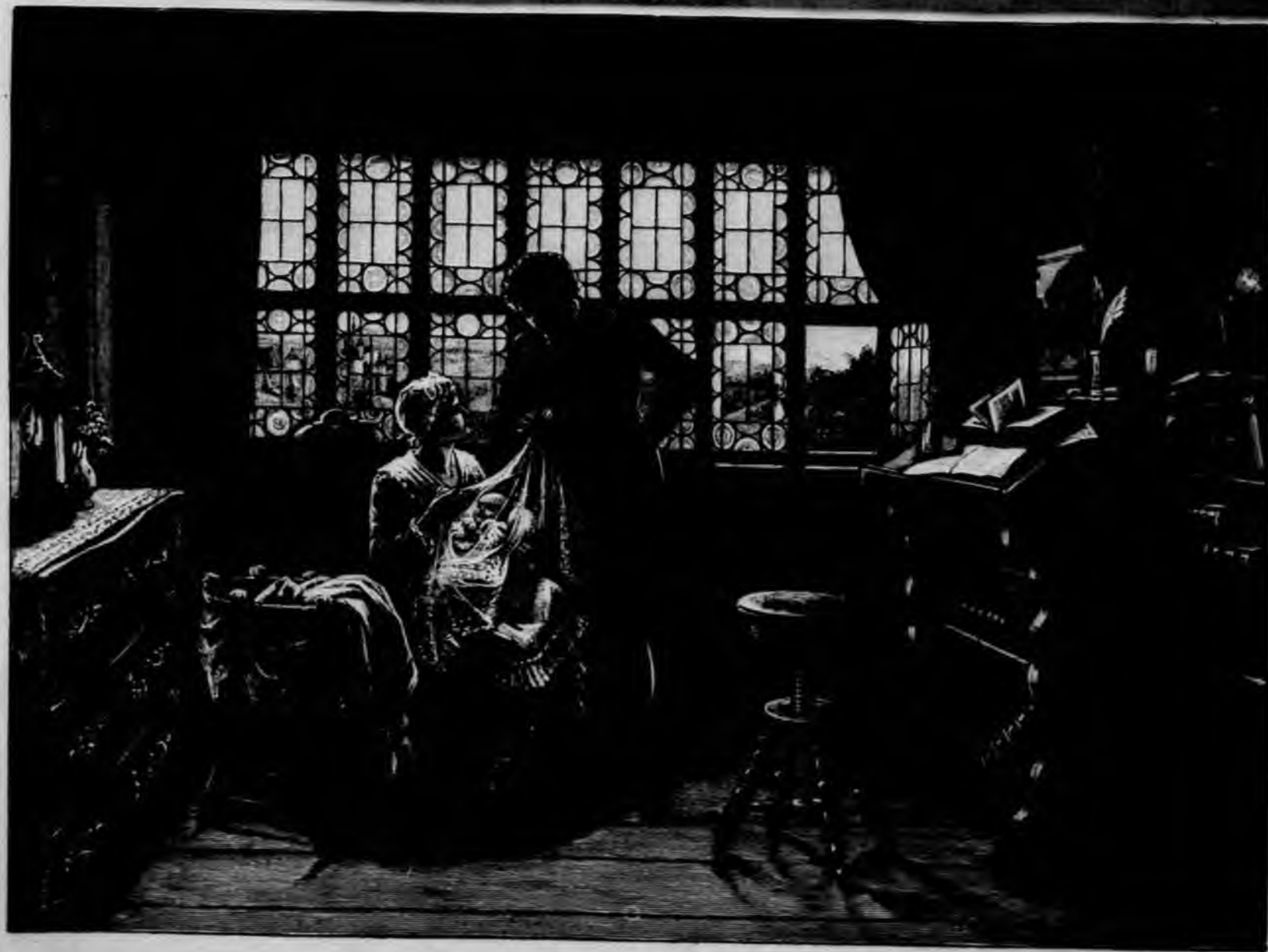
### ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que a nuestro juicio sean dignas de ello. Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios a precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse a los *Sres. Espasa y Comp.<sup>ª</sup>*, Editores, Cortes, 221 y 223, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.



FELICIDAD CONYUGAL.—CUADRO DE P. KOHLSCHÜTTER

Ayuntamiento de Madrid





## MEMORÁNDUM

**S**UCESOS de gran significación han ocurrido últimamente en Europa, y de ellos daremos sucinta idea á los lectores de LA ILUSTRACIÓN MODERNA. La pacífica Bélgica ha entrado en un período de agitación que puede llegar hasta la perturbación del orden público. El partido liberal, ganoso de recobrar el poder del que le tienen alejado los electores hace ocho años, agitó las masas trabajadoras de las cuencas carboníferas, induciéndolas á que pidieran el sufragio universal. Como el derecho electoral está consignado en aquel Estado en su Constitución, para alterar sus condiciones era necesario introducir una reforma en el Código fundamental. Temeroso el gobierno de que la agitación llegara á turbar la paz pública, hizo suya la reforma. El Parlamento la ha acordado y se ha resuelto que el 14 de este mes se verifiquen las elecciones para la Asamblea constituyente. ¿Qué saldrá de la reforma? Difícil se hace predecirlo, puesto que así el partido liberal como el conservador están interiormente divididos en lo referente á la extensión del derecho electoral, pues mientras personas importantes de ambos partidos no temen llegar hasta el sufragio universal, son muchos los que retroceden ante tan radical reforma.

En Italia no se halla medio de constituir un gobierno fuerte, á causa de la composición de la Cámara, pues en ella no hay un partido que por sí solo ofrezca sólida mayoría al gabinete que en él se apoye. Tras cortina del actual ministerio Giolitti, se encuentra el radical Crispi que, como es sabido, hubo de ceder el puesto al marqués de Rudini.

El gabinete inglés acaba de obtener un señalado triunfo con la adopción por parte de la Cámara de los Comunes, en segunda lectura, de la ley para el régimen interior de Irlanda, ó lo que apellidan los ingleses *local government*. Divididos los separatistas irlandeses, sin programa definido los gladstonianos, la mayoría de aquella Cámara ha aceptado el bill del gobierno, que concede razonable autonomía á la isla hermana, sin exponerle á la anarquía que habría de resultar de una mayor independencia.

El reino de Dinamarca ha celebrado con regocijadas fiestas las *bodas de oro* de sus soberanos. El pueblo ha desempeñado papel principal en todos los actos dedicados á mostrar á sus reyes que compartía el contento de que ellos se hallaban poseídos, por razón del aniversario que se conmemoraba. Fueron espléndidos los divinos oficios que se celebraron en la iglesia de Palacio, á la que se trasladaron los reyes en una magnífica carroza, regalo de los obreros de Copenhague. El séquito era brillantísimo y en él figuraban el emperador de Rusia, el rey de Grecia y el príncipe de Gales. El rey de Dinamarca, Cristiano IX, duque de Schleswig Holstein, nació en 8 de Abril de 1818 y subió al trono en 1863, sucediendo á su primo Federico VII. En 26 de Mayo de 1842 casóse con Luisa Guillermina Federica, hija del landgrave Guillermo de Hesse Cassel, nacida en 7 de Septiembre de 1817. La hija mayor de los reyes daneses, Alejandra Carolina, es esposa del príncipe de Gales; la segunda, María Sofía, hoy



María Teodorowna, se halla casada con el emperador de Rusia, y la tercera, Thira Amelia Carolina, es mujer del duque de Cumberland. De los hijos, el mayor, Cristiano Federico, es príncipe real, y, por lo tanto, presunto sucesor al trono; el segundo, Guillermo Cristiano, ocupa el trono de Grecia con el nombre de Jorge I, y Waldemaro, el tercero, pertenece á la marina real danesa.

En nuestra España el *modus vivendi* concertado con Francia, á la vez que ha respondido á un deseo casi unánime, no ha dejado satisfechos á algunos centros que representan la producción nacional. Mientras se debate el mayor ó menor acierto del gobierno en este arreglo, no puede dejar de consignarse que el *modus vivendi* ha sido acogido con alza de los valores españoles en las Bolsas de París, Madrid y Barcelona. Aun cuando á veces colosales especulaciones son causa de las alzas y bajas en los valores públicos, por regla general la Bolsa es el barómetro que indica el malestar ó bienestar que se sienten, ó que se prevén cuando menos, en el mundo de los negocios. De todos modos, las íntimas relaciones que existen entre España y Francia aconsejaban que sus gobiernos, sin dejar de acudir á la defensa y á la protección de sus intereses económicos, buscaran el medio de hacer cesar la guerra que se había entablado y que ocasionaba perjuicios á los dos países, perjuicios que sin disputa eran mayores para Francia que para España, porque muchas de las industrias de lujo francesas tenían ya cerradas en gran parte de momento, y se les hubieran cerrado más en lo futuro, los mercados españoles, en los cuales venden sus productos por cantidades considerables.

La muerte nos ha arrebatado á dos hombres ilustres, el duque de Fernán Núñez y el señor don Manuel Silvela. Cristianamente entregaron su espíritu al Señor, el primero en Aranjuez el 24 de Mayo y el segundo en Madrid el 25. Pertenecía el señor duque á la más alta nobleza y tenía el ducado de Fernán Núñez por su esposa doña María del Pilar Loreto Ossorio y Gutiérrez de los Ríos, poseedora además de otros ilustres títulos, algunos de ellos con grandeza de España. Fué el duque de Fernán Núñez aficionado á las artes y protector de cuantos las cultivaban, lo propio que de los escritores señalados por su ingenio. Como los insignes próceres de los tiempos de Felipe III y Felipe IV, honrábase con recibir y agasajar á los que podían mostrar la ejecutoria del talento, que juzgaba merecedora de figurar al lado de los pergaminos de la aristocracia, como así lo han pensado siempre los nobles españoles. Las fiestas que dió en su palacio de Madrid alcanzaron renombre, no tanto por el fausto, que fué peregrino, cuanto por el sello de buen gusto artístico que sabía imprimirles. En más de una ocasión las honraron con su presencia nuestros reyes é infantes. En Madrid inició, y contribuyó á que se realizaran, mejoras que obtuvieron el aplauso de todos.

Figura de primera talla en la moderna política española ha sido la del señor don Manuel Silvela. Durante el período revolucionario, en el que fué ministro, dióse ya á conocer por sus opiniones, que se apartaban de las que dominaban entonces en las regiones políticas. Disgustado de lo que pasaba, fijó los ojos en don Alfonso XII, anheloso de que se restaurase el trono legítimo de España, de que se restaurase la autoridad y de que alcanzara la paz y el orden la trabajada nación española. Este fué el período más brillante en la carrera de don Manuel Silvela, en quien se juntaban la perspicacia y madurez de juicio del hombre de Estado con la vivacidad y el ingenio del hombre de letras. Con placer recordaba siempre los tiempos en que se dedicaba á ellas preferentemente y en los que con el pseudónimo *Velista* daba á luz sabrosos artículos, ya para censurar el *Diccionario* de la Academia, ya para narrar aventuras de viajes ó para otros entretenidos y provechosos asuntos. El mismo que censuró con acre pluma á los autores de una de las ediciones del *Diccionario de la Lengua* por su pobreza de vocablos en punto á cocina y gastronomía, salió más tarde á la defensa de otra edición novísima, con gran gallardía en los ataques que á dicho fin enderezó contra un publicista más gracioso y paradójico que justiciero, el cual había maltraído á la Academia y á los académicos con motivo del último *Diccionario*.—B.



JOSÉ M. DE PEREDA

## ESBOZO

(CONCLUSIÓN)

**G**RAN teatro es un incendio *gordo* para lucir su diligencia y su sagacidad un hombre así; pero aun hay otros que se prestan mejor al ejercicio de los raros talentos que posee por privilegio singular de su naturaleza y por ley de la costumbre que le ha formado: verbigracia, los crímenes ruidosos, las *causas célebres*. ¡Aquí es donde hay que verle para admirarle en toda la pompa de su absoluto poder y señorío! Adonde va el juzgado instructor, allí está ya él, que también es juez y magistrado y Audiencia y Tribunal Supremo y cuanto hay que ser; allí está desde mucho antes, mano á mano con el supuesto criminal, ó testigo, ó cómplice, cuyas declaraciones se buscan.

—¿De cuántas puñaladas mató usted á su víctima?

—¡Señor!... Yo no he matado á nadie: bien lo sabe el juez.

—¡Qué juez ni qué niño muerto! Aquí no hay más juez que yo, ni más tribunal que el que yo represento, que es el tribunal de la prensa, el de la conciencia pública; y público y notorio es que usted la hizo, por lo que nadie más que usted ha de pagarla. Conque, á cantar de plano.

—Repito que soy inocente.

—¿En dónde se hallaba usted á las ocho de la mañana del día siete de Febrero del año próximo pasado?

—¡Yo qué sé?

—¿Qué señas tenía cierta mujer que en aquella ocasión, y mientras usted saludaba al *Espatarrao*, pasó por la acera de enfrente?

—No recuerdo nada de eso.

—Ya lo recordará usted en el patíbulo. ¿De qué color eran las botinas de la *barbiana*, con quien usted se detuvo, en la misma calle, ocho meses después, al rayar el medio día, y por qué, al despedirse, fijó usted la mirada en el balcón de un tercer piso, y ella dijo que sí con un movimiento de su cabeza?

—Tampoco hago memoria de cosa alguna de esas.

—¿Y tampoco recuerda usted quién era la señora recatada que salió en compañía de un caballero muy elegante, con el cuello del sobretodo alzado y el ala del sombrero muy caída sobre los ojos?

—¿De dónde salían esas personas?

—Del portal mismo de la casa del interfecto, tres horas después de cometido el crimen. ¿De qué piso bajaban? ¿A dónde iban, y por qué al extremo de la calle se cruzaron con un hombre, y este hombre arrojó en aquel instante la colilla del cigarro que fumaba, y al arrojarla tocó con el codo el brazo de la señora, y la señora volvió la cara hacia él?

—Pero ¿por qué he de saber yo esas cosas?

—Porque el hombre de la colilla era usted, y la señora recatada y el señor que iba con ella, sus cómplices y encubridores de usted, como se irá demostrando poco á poco.

—¡Por los clavos de Jesucristo!... Pero, señor, aunque fuera cierto que tirara yo una colilla en este sitio que usted dice y tropezara con el brazo á una señora al mismo tiempo, y esa señora se volviera para mirarme, ¿qué tiene todo ello de particular ni qué ver con el crimen cometido tres horas antes... no sé en dónde?

—Por esa puerta falsa quiere la justicia histórica dar escape á la responsabilidad criminal de usted; pero á mí no me la da esa señora con vuelillos y hopalandas... Y vamos adelante. ¿Á qué hora de aquella misma noche entregó usted un envoltorio al presidente del Consejo de Ministros?

—¡Yo!...

—Usted, sí. Ya ve usted como todo se sabe. Y ¿á qué otra, sobre poco más ó menos, tuvo usted una entrevista con el Nuncio y le dió una carta que le había proporcionado un gentilhombre de palacio á instancias del embajador de Rusia?

—¡Qué barbaridad!

Es verosímil que mientras el periodista anda empeñado en un interrogatorio como éste, llegue la justicia á cumplir con su deber, y que, advertido de ello el preguntante, responda altanero al funcionario que se lo advierte:

—Que aguarde.

Porque se han dado casos en que la justicia le obedezca y espere á que él concluya.

Después del interrogatorio, á la redacción para echarle á la calle corregido y anotado, ó, como si dijéramos, puesto en la salsa estimulante que el público apetece y saborea; y si le conviniese para sus fines, antes ó después de este trámite, á la presidencia del Consejo de Ministros ó á la del Tribunal Supremo. Si el presidente está ocupado, que se desocupe; si descansando, que perdone pero que le reciba. Él necesita verle y le verá. Y le ve al fin. Se





ve con el encumbrado personaje inaccesible á la masa anónima de los simples mortales; y no sólo le ve así, sino que le interroga y le amonesta por lo torcida que anda la vara de la justicia en lo del crimen aquel, y hasta le habla del envoltorio de marras en la entrevista del *Jetas* con el Nuncio, y de la carta del gentilhomme y de las intrigas del embajador de Rusia, sin que nadie le tire con algo ni se amontone siquiera.

En el juicio oral tendrá lugar y asiento de preferencia señalados por el poder judicial para que tome y haga á su gusto notas y semblanzas, y pueda, después del juicio, ofrecer al público, para que se deleite con ello, los nuevos rumbos que va tomando el negocio criminal en la causa aparte que sigue él á los procesados.

Con igual derecho y con idénticas prerrogativas acudirá á las solemnidades académicas si son públicas, y si no lo son, á recoger las notas que se le proporcionarán de lo que unos hagan y de lo que digan otros, para dar cuenta minuciosa de todo ello, y fallar él en seguida *ex cátedra*, háyase tratado en el concurso de agricultura, de matemáticas, de navegación ó de teología. Á él lo mismo le da, porque de nada de ello entiende jota; pero es listo y posee el arte de aparentar que de todo entiende mucho, y con ello le sobra para desempeñar airoosamente su cometido.

Al salir los ministros de un consejo, ó un grupito de diputados de un conciliábulo, ya está él á la puerta para echarles el alto y pedirles cuenta de lo que se haya dicho y acordado en la *secreta* reunión.

En cuanto llega un personaje de nota, ó publica un documento *de sensación*, ó produce con su palabra ó con sus actos una excisión en el Parlamento, le pide la correspondiente *interview*; y sin aguardar la respuesta se le planta delante y le somete á la tiranía de sus inevitables interrogatorios: «¿Á qué ha venido usted?—¿Qué día salió de París?—¿Cuál fué el verdadero objeto de la conferencia que celebró usted el día tantos con el embajador de Alemania en aquella capital?—¿Qué juicio han formado los hombres eminentes de ese gobierno sobre la última crisis del nuestro?—Al publicar usted la carta que tanto da que decir hoy ¿se propuso únicamente satisfacer una necesidad de su conciencia política ó entró por algo en sus planes el deseo de molestar al gobierno y de hacer más apurada su situación?—¿Fué obra de su propio y exclusivo impulso ó por acuerdo también de los amigos políticos de usted?—En este caso, ¿tiraban ustedes solamente á herir ó tiraban á matar?—Los motivos en que declaró usted fundar su acto ¿son los únicos y verdaderos? ¿No hay otros reservados de muy distinta naturaleza?—¿Puede darse algún crédito á la versión, corriente en los pasillos, de que la inesperada discrepancia de usted reconoce por causa eficiente el haberle negado el Presidente del Consejo, en la última modificación ministerial, una cartera que le tenía ofrecida?»

Tampoco aquí se le tira con nada ni se le niega la más insignificante de las respuestas que pide.

Si en aquel día ó en el anterior ha andado rebotando en las columnas de la prensa periódica algún escandalillo con iniciales transparentes, ó se ha descubierto un ingenio de chispa en el teatro ó en la noveía... á ello en seguida para echarlo desnudo á la calle antes que envejezca entre las veladuras del misterio. Al marido ultrajado: ¿Qué causas pudieron influir en el origen de los sucesos que acarrearón la catástrofe? Y así. Al banquero en quiebra: si tuvo parte la política en el desastre; á cuánto asciende el pasivo y el activo; de qué pelaje son las víctimas más numerosas, y si están resignadas, etc., etc. Al autor dramático ó al novelista: si es verdad que «en sus principios» fué guardia civil, ó seminarista, ó teniente de Estado Mayor; que robó una bailarina y se batió á navaja con uno de orden público; que escribe boca arriba, y que en su pueblo come la carne cruda y duerme en el pajar...

Cualquiera que entienda un poco en achaques de la débil naturaleza humana, pensará que ese hombre, que no ha cesado de moverse, de ver, de hablar y de escribir en todo el santo



día de Dios, caerá desplomado en la cama á las primeras horas de la noche. Pues no señor; es también corresponsal de diez ó doce periódicos de provincias, y después de haber enviado por el correo otras tantas correspondencias de su puño y letra, á última hora, es decir, á las dos ó las tres de la mañana, cuando ya nada queda que husmear en las tertulias de los ministerios y se han apagado las candilejas de los escenarios del otro mundo, correrá al telégrafo, y allí, con la velocidad del rayo, mandará hasta los últimos confines de la península, la quinta esencia de cuanto ha averiguado desde que se levantó de la cama, para que se desayunen con ello, pocas horas después, los suscritores de los periódicos provincianos que le pagan este inapreciable servicio.

En suma, que no conoce el cansancio ni las puertas cerradas; está en todas partes y á todas las horas del día y de la noche, presenciando todos los sucesos que sean narrables en letras de molde... ó esperando que acontezcan, porque solamente suponiéndole dotado de un prodigioso instinto de adivinación ó de presentimiento puede concebirse la puntualidad con que asiste á cuanto ocurre en todas partes, público ó secreto, grande ó chico, fausto ó infausto.

Tampoco hay distancias para él. En cualquier estación del año las salva, de balde y *en primera* (otro privilegio asombroso en ese feudo proverbial de las compañías de ferrocarriles!), ó, como la necesidad lo exija, á ratos (de balde también, por supuesto); y ya está *allá* gimiendo sobre los estragos de un terremoto, ó las víctimas de una epidemia, ó los despojos de un naufragio; cantando los triunfos de la ciencia en la inauguración de un artefacto; describiendo la pompa de una fiesta excepcional, ó inventariando moños é intrigüelas en tal ó cual punto «de cita veraniega para las damas distinguidas de nuestro mundo elegante.»

Pero aun alcanzan mucho más los alientos de este hombre, de ordinario simple fisgón *al menudeo*. Cuando la ocasión lo pide, sabe elevar su oficio á las alturas de la epopeya; y es de admirar entonces cómo un día, porque en lo más remoto del mundo pasa ó va á pasar algo que no se ve á todas horas ni en cualquiera parte, atraviesa mares y montañas, arrostra

los peligros de las tempestades y de los climas insalubres; y en la diestra el lapicero, espada de este conquistador de nuevo cuño, después de haber *residenciado* al capitán del buque ó á los guías de la montaña ó del desierto, como preámbulo de la obra que le preocupa y le arranca de su hogar, si es que le tiene, acomete al Sha de Persia, ó á un Rajá de la India, ó á un salvaje patagón, por señas, si no puede de otro modo, y le desocupa la conciencia sobre las cuartillas de papel de su cartera inagotable.

El suceso que le lleva á tan lejanos confines es, por lo común, una guerra bárbara entre dos grandes naciones por un «quítame esas pajas.» Ya está debidamente instalado en el cuartel general de uno de los ejércitos beligerantes. Es *plaza montada*; y si no tiene ración



y lecho en la tienda del general en jefe los tendrá en la que la sigue. Antes de darse la batalla ya tiene él contados los combatientes de cada lado, con sus respectivos elementos de pelea, descritas las condiciones del terreno y pronosticado el éxito definitivo. Suena el primer cañonazo, y él, después de consultar su reló, consigna el gran momento en sus cuartillas. Desde entonces, y como si su oficio fuera el de guerrear, olvidado de los peligros que corre, todo es ojos y actividad para cumplir con su deber, no de cronista escrupuloso sino de noti-

ciero diligente; y se le verá entre el polvo y el humo de la batalla correr de acá para allá, movido del ansia de ver las cosas más salientes por sí mismo y de anotarlas con el mayor lujo posible de pelos y señales. Y si deduce de algunas de ellas, extrañamente desastrosas en su campo, que en el frontero se estrena un nuevo artificio bélico, será capaz de meterse bajo los fuegos enemigos y de no parar hasta ver con sus propios ojos el aparato mortífero y el modo de funcionar. Si lo consigue, ¿qué victoria como ella? Pero consígallo ó no, exista ó no exista el artificio, cuélese ó no se cuele en el campo enemigo, que éste pierda ó gane en la batalla, él, siempre infatigable y con el estruendo del último cañonazo aún en los oídos, saldrá del revuelto y ensangrentado campo á todo correr de su cabalgadura; y atravesará llanos y desfiladeros, y andará leguas y leguas sin punto de reposo hasta la más próxima estación telegráfica ú oficina de correos. Allí, quizá sin haberse desayunado todavía, coordinará sus apuntes, y, en la forma conveniente á sus propósitos, los enviará á su destino. Al día siguiente, vuelta á empezar la misma dura faena con ligerísimas variantes hasta la terminación de la contienda... si antes no ha terminado él de vivir por obra y gracia de algún mal tropiezo con que no soñaba en la borrachera de su insaciable y peligrosa curiosidad.

¡Á tal extremo puede llegar, y ha llegado más de una vez, la manía de este nuevo caballero andante, para quien, hallándose en el ejercicio de su libre profesión, tampoco rigen las comunes leyes del Estado!

Y todo ello, en definitiva, lo grande y lo chico, lo serio y lo cómico, de este sujeto ¿por qué y para qué?... Pues *por* el ansia, como ya se ha apuntado, de ser el primero en recoger hechos y dichos *para* que el periódico que le paga no sea el segundo en venderlos en la vía pública á un tropel de haraganes y desdeñosos y á otros tantos lectores impacientes que han de olvidarlos, apenas engullidos, por el hambre de otros nuevos, y que aun hallan cara la ración en la miseria que les cuesta, de un *perro chico*.

Verdaderamente son dignos de más altos destinos el ingenio, la frescura y las fatigas sobrehumanas que se necesitan, y de ordinario se emplean, para desempeñar á conciencia el oficio de *reporter*.

J. M. DE PEREDA.

Santander, Febrero de 1892.

## CANTARES

Nada contiene el mundo  
que sea durable,  
excepto la inconstancia  
que es lo constante;  
sigue esta regla,  
y no hallarás errada  
jamás tu cuenta.

—  
Como las esperanzas  
son los laureles,  
que sin dar fruto á nadie  
siempre están verdes;  
y en su verdura  
se mantienen los bobos  
por lo que dura.

Si la memoria pierdes  
cuando estás alto,  
haces ver que no vales  
lo que has logrado.  
¡Fortuna loca,  
siempre eres enemigo  
de la memoria!

—  
Hay algunos devotos  
de ciertos santos,  
que la devoción dura  
lo que el milagro:  
quien necesita  
pide y ofrece á todos,  
y luego olvida.

## ESTEBAN MARCH



¡DÍCESE que nada nuevo hay en el mundo, y no falta quién afirma que por mucho que inventen novelistas y poetas no llega á lo que pasa en la vida real. Nuestro buen Cervantes imaginó aquella chistosa aventura, en la que Don Quijote, sin otro vestido que la camisa, no tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos y con seis dedos menos por detrás; largas y flacas las piernas, llenas de vello y no nada limpias, en la cabeza un bonetillo colorado grasiento, revuelta la manta de la cama en el brazo izquierdo y en la derecha la desenvainada espada, dió cuchilladas á todas partes y en especial á los cueros llenos de vino, soñando que peleaba con su enemigo el gigante del reino de Micomición; y lo que inventó Cervantes convirtiendo en héroe al Hidalgo Manchego, dormido, soñando y con los ojos cerrados, lo hizo despierto, sin soñar y con los ojos abiertos, Esteban March, célebre pintor nacido en Valencia á fines del siglo xvi.

Fué discípulo del murciano Pedro Orrente, que estuvo mucho tiempo en Valencia, donde ejecutó varios cuadros; y tanta fué la predilección de March por los asuntos bélicos, que se le conoció, y se le conoce, por el pintor de las batallas. Convirtió su taller en arsenal, colgando de las paredes instrumentos de guerra que había ido recogiendo con afanosa solicitud; las espadas y dagas formaban juego con los alfanjes, las lanzas estaban al lado de las flechas, los arcabuces junto á las pistolas; y no faltaban arneses y cascos y rodela y piezas de armadura y atabales y clarines y banderas, que daban aspecto nada pacífico al local. Cuentan que era March de genio algo lunático y atronado, y en lo cierto debieron estar los que tal afirmación hicieron.

Si en aquellos tiempos hubiésemos vivido y en su taller entrado, conociéramos á Juan Conchillos Falcó y á Luis Sotomayor, ambos valencianos, discípulos suyos y destinados á figurar entre los buenos pintores; sorprendiendo al primero ocupado en la preparación de los colores para el maestro y al segundo contemplando el esbozo de una batalla. Como es difícil que dos jóvenes se estén callados, probable fuera que sostuvieran animada conversación y que Conchillos preguntase:—¿Llevas á cabo tu propósito?—No puedo aguantar por más tiempo el extravagante humor de March, y á Madrid paso en la confianza de que el asturiano Carreño, pintor de fama, ha de darme lecciones. ¿Qué piensas hacer?—¿Pues qué he de hacer sino aguantar, porque en todas partes se tropieza, y en todos los campos graniza, y no se llega sin sudores al fin del aprendizaje? Sudar aquí ó allí, todo es sudar; y ya que aquí estoy, aquí me quedo, pues si por ser mis apellidos ilustres en Castilla y Valencia, parece que debiera ser joven de poco aguante, el deseo de aprender me fuerza á tolerar al maestro, porque no todos saben lo que él sabe y raro es el hombre sin defectos.

Al entrar March callan los discípulos y le miran de reajo. Se acerca al comenzado cuadro,





EL DOMINGO DE RAMOS

CUADRO DE A. MAS Y FONDEVILA

TOMO I.—6.



lo contempla, da vueltas por el taller, y Conchillos y Sotomayor se aproximan á la puerta sin apartar la vista del maestro, quien comienza á gesticular y á dar voces; descuelga luego con mano nerviosa uno de los clarines en cuyo tubo mete el aire de sus pulmones, esforzándose en darle la fuerza del vendabal para que los arrancados sonidos sean agudísimos; suelta después el clarín y toma la caja, cuya piel martiriza con las baquetas; y tras golpe en seco y redobles, toca á embestir; se apodera de una cimitarra, espada ú otro instrumento de guerra, y comienza á descargar cuchilladas por todo el aposento, siendo las paredes blanco de sus despiertas iras, como los pellejos del tinto lo fueron de las soñadas de Don Quijote; y ni aun los trastos con tanto afán coleccionados están seguros, pero sí los discípulos, porque al empezar la descomunal pelea han tomado la escalera sin contar los peldaños. Cansado, sudoroso, los ojos echando chispas, tira el arma, coge la paleta y pinceles, y trabaja en la comenzada batalla con ardor al antes igual empleado en acuchillar las paredes.

Estrambótico era el proceder del pintor valenciano, pero se ajustaba á la recomendación de Horacio: si quieres conmoverme necesario es que comiences por sentírte conmovido. Hay que convenir en que March exageraba el precepto y que sus discípulos obraban cuerdamente echando á correr en cuanto veían al maestro próximo al entusiasmo. Al pintar batallas hacía maravillas, y bien ganó el renombre con que sus contemporáneos le distinguieron y la posteridad ha conservado. El gran Ribera fué su modelo y logró asemejarse su estilo; y aunque su pintura sea más basta, algunas de sus cabezas de viejos pueden figurar al lado de las del *Spagnoletto*. Tenía la pincelada fácil, había frescura en el colorido y verdad en sus obras, y si bien pintó con maestría lienzos de asuntos religiosos, fué en las batallas donde sobresalió, en particular cuando las ejecutaba en pequeño, pues entonces su pincel sabía fijar el humo, el polvo y la densidad de la atmósfera. Firmó muchos cuadros con el nombre de *Esteve*.

Parece que March era bastante desbaratado en el gobierno de su casa y en el de su persona, y que sólo trabajaba cuando le daba por ahí ó la necesidad le agujoneaba; en lo cual se parece á bastantes artistas, que por desordenados y perezosos están siempre en íntimas relaciones con la escasez, pudiendo sostenerlas más gratas con el bienestar. Casado era y su mujer pasaba la pena negra y á veces hambre, pues se cuenta que algunos días la dejaba sin comer. Si las reyertas fuesen alimento, de harturas hubiera padecido la esposa de March, porque aquéllas eran frecuentes; y con penas, hambre y reyertas no es de extrañar que su carácter se volviese áspero y viviese el matrimonio en guerra, ya que en paz no era posible; librándose batallas cuando March, que solía salir por la mañana y no volvía hasta muy á deshora, era recibido con desagrado que provocaba tempestades, que á pocos lances solían descargar sobre la mujer. La pobre pidió consuelo y consejos al confesor, quien se los dió de prudencia, diciéndola que lo llevase por amor de Dios, pues veía imposibilitado el remedio, y que no recibiese á su marido ásperamente, sino con mucha caricia y amor. Aunque el consejo se dió en el siglo xvii, pueden aprovecharlo las mujeres de nuestro siglo y de los venideros, y siguiéndolo se ahorrarán muchos disgustos, que en el matrimonio tiene gran aplicación el proverbio que dice, que si la palabra es plata el silencio es oro, y en él más vale callar que responder á tiempo. Cierta día salió March tempranito de su casa sin dejar providencia alguna para comer, y no regresó hasta la una de la madrugada; pero esta vez había pensado en la cena y traía unos peces, en los que fijaron la hambrienta mirada su mujer y Conchillos.—Que los frian luego y á cenar, ordenó March.—La mujer se dispuso á obedecer de muy buena voluntad, pero para freir peces se necesita aceite y no le había en la casa.—Anda corriendo por aceite, dijo el pintor á Conchillos, quien le contestó:—Señor, ¿á dónde tengo de ir por el aceite si están ya todas las tiendas cerradas?—Pues dame el aceite de linaza, replicó el pintor, que por Dios que se han de freir con él.

La orden fué obedecida; se puso en el fogón una cazuela, le echaron aceite de linaza, y cuando hirvió, los peces; y al quedar fritos, todos se sentaron á la mesa; mas al comer el primer

bocado, March, su mujer y Conchillos pusieron gesto avinagrado, comenzaron á hacer visajes, se les revolvió el estómago y pensaron echar los redaños, porque el pescado en tal aceite frito no resultó manjar pero sí apestoso vomitivo. Furioso el maestro cogió la cazuela con su contenido y tiróla por la ventana; Conchillos se apoderó del alnife en que se había hecho el pistrage y lo echó tras la cazuela, quedando luego espantado de su osadía, sin que le tranquilizara la actitud de su maestro que á él se dirigió, le abrazó, le levantó y le dijo: — Bien te has portado, valiente, — palabras que no acabaron con el miedo del mancebo, que temía que March le enviase á la calle por donde habían salido la cazuela y el fogón. No fué así y más valió.

—¿Qué cenamos? preguntó la mujer. — ¡Cuernos fritos! contestó March; ¿qué mejor cena que esta fiesta? — Y dicho esto á acostarse fué, exagerando el consejo de Cervantes de cenar poco, pues nada cenó, entre otros motivos porque no había cena.

«Con esta extravagancia, dice Palomino, vivió nuestro Esteban March, pero lo cierto es que especialmente en las batallas hizo cosas estupendas y dignas de eterna memoria, de que hay muy repetidos ejemplares, que yo he visto en dicha ciudad — Valencia — en poder de algunos aficionados. Murió en ella por los años de 1660, siendo ya de crecida edad.» El mentado biógrafo cita como obra excelente de March *La Cena*, cuadro que en su tiempo estaba en la capilla de la Comunión de la iglesia parroquial de San Juan del Mercado, en Valencia, ciudad que posee las mejores pinturas de Esteban. Don Pedro de Madrazo dice que merecieron elogios otros cuadros de asuntos religiosos ejecutados para conventos de Valencia; y, según Ceán Bermúdez, la casa real poseía muchos lienzos de historia sagrada, batallas y países de March, que adornaban algunas piezas del palacio del Buen Retiro. Hay frescura en el color, verdad en los efectos y soltura en el pincel, que unas veces recuerda á Orrente y otras á Ribera. El Museo del Prado posee ocho cuadros suyos, entre ellos el retrato del pintor Juan Bautista del Mazo, yerno de Velázquez.

Su hijo y discípulo Miguel March le imitó como pintor, no en sus extravagancias, y produjo obras dignas de alabanza; pero la muerte le sorprendió á la edad de treinta y siete años, en 1670, cuando las artes podían esperar mucho de su talento.

TEODORO BARÓ.



## EL TOCADOR

### I

#### LA PIEL

La piel no es solamente el envoltorio de todo nuestro ser, que se distingue por la figura de sus tejidos y la diversidad de sus matices; es además un aparato de percepción, cuyos instrumentos son las papilas nerviosas que forman la trama de su superficie. Y estas papilas, á su vez, son el desarrollo de los nervios que van y vienen del cerebro, formando la maravillosa cadena por la cual el mundo físico se enlaza con el mundo sensorial. Para defender esta trama nerviosa del contacto de los agentes exteriores, está extendida encima de ella una especie de barniz diáfano, llamado epidermis, que la protege sin disminuir su exquisita impresionabilidad.

La epidermis se secaría muy pronto, si no estuviera humedecida sin cesar por una especie de líquido viscoso, que segrega unas pequeñas glándulas llamadas *folículos sebáceos*.

Los *hotentotes* y los *cafres*, para evitar que bajo el

sol abrasador de las regiones que habitan se les seque la piel, inundan su cuerpo con un cosmético que les ofrecen los árboles que allí más abundan: este cosmético es el aceite de palmera, que les protege, al mismo tiempo que de los rayos solares, de las picaduras insoportables de los mosquitos, ahuyentados por la fetidez de aquella untura.

Los habitantes del Norte, como los rusos y los suecos á quienes el frío riguroso, cortando las secreciones, secaría también la piel, recurren á un cosmético indígena, el sebo, de un olor sobradamente pronunciado.

Otra función incesante de la piel es la eliminación de ciertos principios y la absorción de otros en proporciones cuyo equilibrio constituye la salud. Esta doble y delicada función se realiza por millares de imperceptibles aberturas, de que la piel está acribillada, y que se llaman *poros*.

Así, pues, todo cuidado es poco para que la superficie de la epidermis se halle siempre completamente libre, ya que el menor obstáculo á su permeabilidad

puede ocasionar perturbaciones más ó menos graves. En prueba de ello, vamos á citar un experimento que hemos verificado repetidamente, siempre con igual resultado.

Revistamos los cuerpos de varios animales, entre ellos conejos, de una untura viscosa (disolución concentrada de goma, de gelatina ó terebentina). Estas sustancias, inofensivas por su naturaleza, aglutinaban los pelos, y al secarse, dejaban el cuerpo del animal preso en una especie de cáscara impermeable. Por este procedimiento, los movimientos del pecho y el juego de los principales órganos quedaban absolutamente libres: únicamente la piel quedaba incommunicada con la atmósfera. Pues bien, aquellos animales morían como asfixiados en muy pocos días. Para estar bien seguros de no engañarnos acerca la causa de aquel accidente, sustituimos en otros animales á la untura, un pequeño vestido ó funda de tela impermeables, de *caoutchouc*, que interceptara también toda comunicación con el aire. También estos animalitos se pusieron muy malos, y algunos acabaron por sucumbir. Hay que añadir que todos, tanto en este experimento como en el primero, experimentaron una gran baja de su temperatura normal.

Así, pues, desde que las funciones transpiratorias de la piel son turbadas ó suspendidas por la obstrucción de los poros, toda la economía se resiente de ello. Es indudable, pues, que para evitarlo, todos estamos en el caso de utilizar los cosméticos más adecuados.

De todos los cosméticos el *jabón* es el primero y el más indispensable, el que disuelve las sustancias provenientes del exterior ó de la misma piel, las cuales, estas últimas sobre todo, son insolubles en agua pura. El empleo del jabón es, pues, irremplazable.

El jabón empleado por los romanos era blando ó semilíquido, pues el álcali contenido en las cenizas que servían para confeccionarlo era la potasa, y con la potasa sólo pueden hacerse jabones faltos de consistencia. El jabón que ahora usamos es duro porque en vez de la potasa usamos la sosa.

Un marseles, á últimos de la Edad Media, descubrió que bastaba poner en contacto una grasa con una sal alcalina, para obtener un compuesto soluble en el agua y capaz de limpiar perfectamente la tela; y de la tela á la piel, la transición es fácil. Marsella ha sido siempre el emporio de la fabricación de jabones, privilegio que debe especialmente al aceite de oliva y de otras especies que su suelo produce en abundancia. Las grasas, convenientemente depuradas, pueden reemplazar al aceite sin desventaja: así con grasa de caballo puede hacerse un jabón excelente.

Hoy el arte de la jabonería parece haber llegado al último límite de perfección. ¿Hay nada más seductor que estos jabones transparentes que vemos brillar en los aparadores y que parecen preparados con puro ámbar? Y muchos, al esplendor de la forma, reúnen la suavidad del perfume.

Desgraciadamente el progreso, como siempre, ha traído consigo el fraude. Así, mientras ciertos jabones dejan una sensación dulce y aterciopelada, por decirlo así, otros, al contrario, tienen un dejo áspero y seco. Y ya no hablamos, por supuesto, de los jabones *pómez*, y otros de la misma especie que, á causa del polvo á ellos incorporado, obran á la manera de una lima ó de un raspador. Hablamos solamente de los que suelen llamarse jabones de tocador. Sus diferencias proceden de ciertas particularidades en el modo de fabricarlos.

En unos casos, en la operación de la ebullición, se procura que ésta sea suficientemente intensa, para hacer desaparecer de la pasta todo rastro de elemento cáus-

tico; y estos son los jabones que se llaman *en caliente*. En otros casos, la temperatura se mantiene poco elevada con objeto de dejar en la pasta un exceso de causticidad que aumenta su volumen: y son los jabones *en frío*. Sólo los primeros reúnen cualidades apetecibles. Los segundos queman la piel, ó al menos le comunican esa rubicundez que caracteriza las manos de nuestras fregonas, y que es el horror de nuestras elegantes. Verdad es que, en compensación, estos jabones acrecientan considerablemente los beneficios del vendedor.

De manera que la elección de un jabón bueno, realmente higiénico, no es cosa tan sencilla. Y aumenta las dificultades de la elección, el no existir caracteres exteriores que permitan distinguir de un modo cierto y á primera vista un jabón *en frío* de un jabón *en caliente*; en realidad, el valor respectivo de diversos jabones, no puede apreciarse verdaderamente sino después de haberlos usado, y por tanto, cuando ya es algo tarde para escoger.

Sin embargo, he aquí algunas señales que distinguen á los jabones de buena clase:

La pasta es perfectamente homogénea: puesto en el agua, la disolución que resulta no pasa de la superficie: su espuma es untuosa, persiste por mucho tiempo y desaparece sin dejar residuos grumosos en el cutis: expuesto al aire, se seca con alguna lentitud, pero conservando siempre la suavidad de su perfume.

Pero, ¿por qué titular los jabones *de malva*, *de malvasisco*, *de lechuga*, etc., siendo así que no entra en su composición ni una sola gota del jugo de aquellas plantas? y gracias que no entre, pues de lo contrario resultaría una cosa detestable; pero no hay razón para que se dé á entender que aquellos jugos existen en la pasta y que son ellos los que le comunican su untuosidad. Hay que tomar, pues, estos títulos como meras libertades de denominación.

También es menester desconfiar, en cuanto á jabón, de las seducciones de la baratura. Se ven, por ejemplo, unos jabones de *aceite de coco*, cuyo volumen y hermoso aspecto al lado de su bajo precio los hacen verdaderamente tentadores. Pues bien, su volumen y aspecto lo deben á la enorme cantidad de agua contenida en su pasta. Apenas uno empieza á servirse de dicho jabón, ve que se le derrite entre las manos mal limpiadas, dejando tras de sí un olor desagradable, que después cuesta mucho hacer desaparecer.

Hay que tener cuidado hasta con el color del jabón que se escoge. Muchas personas, particularmente las mujeres, sienten marcada preferencia por los jabones rosados. A estos jabones las rosas les prestan ciertamente su perfume, pero el color lo deben al *bermellón* ó *cinnabrio*, que es una *sal de mercurio*: y esto da un poco que pensar. Se nos dirá que la proporción del mercurio contenido en la pasta es tan ínfima, que no puede ocasionar ningún mal serio. ¿Quién sabe? Precisamente el agente venenoso se encuentra allí en las mejores condiciones para ser absorbido, pues cuando uno se lava, los poros están completamente abiertos.

Los perfumistas se defienden diciendo que emplean sales metálicas porque los álcalis que entran en la confección de los jabones atacan las tinturas vegetales y las descomponen. Esto es verdad; pero lo reprochable es que, á pesar de ello, se quiera dar á entender á la gente con medias palabras, cuando no con afirmaciones positivas, que el principio colorante de tal ó cual jabón proviene del reino vegetal.

Las personas á quienes el mercurio asusta demasiado, pueden escoger entre los demás jabones. Los verdes deben su tinte al óxido de cromo; los amarillos á la pasta de achiote; los oscuros al caramelo; los violados



á la anilina; sustancias inofensivas todas ellas. Hay, en fin, los jabones blancos que, como su nombre indica, no contienen ningún principio colorante.

Ultimamente el célebre perfumista M. Piver, ha descubierto la manera de dar á los jabones el color de rosa sin emplear mercurio ni otro metal alguno. Desgraciadamente, el procedimiento que emplea es hasta ahora un secreto de fabricación.

Las parisienses gustan extremadamente de bañarse, y son raras las que en el baño no ponen una ú otra mezcla. Pero estas mezclas son nada, comparadas con las recetas de los antiguos, algunas de las cuales parece que tenían el privilegio de reparar las injurias del tiempo. Así tenemos los milagros atribuidos á Medea sobre Jasón y aun sobre otros, metiéndoles en decocciones de hierbas con el objeto de rejuvenecerles. Muchos no quieren ver en esto más que una alegoría alusiva á los conocimientos que aquella maga poseía sobre la virtud reconstituyente de las aguas minerales: entonces la famosa caldera sería simplemente un baño. Circe, la hechicera, se contenta, según Homero, con verter sobre la cabeza de Ulises preciosas esencias. En fin, más simplificada con el tiempo la manera de hacer las cosas, la célebre romana Poppea, para conservar su belleza, no usó otro artificio que el bañarse en leche de burras: las burras que servían para eso eran quinientas, se nutrían con plantas aromáticas, y seguían á la señora en todos sus viajes. ¡Cuán lejos estamos ahora de estos refinamientos más ó menos mitológicos! Es cierto que todavía se habla de los baños de leche de M.<sup>me</sup> Tallien, pero eso ya pasó también á la historia. Los únicos baños de leche que ahora se toman en París están preparados no con leche natural, sino con *leche virginal*.

¿Qué significan estas palabras? Significan simplemente tintura de benjuí, que echada en agua ordinaria, se descompone y precipita su aceite esencial bajo el aspecto de líquido lácteo.

Un baño así arreglado es de recreo y utilidad al mismo tiempo, pues el benjuí es un excelente cosmético; pero es menester precaverse de las sofisticaciones. Hay una, especialmente, que dió lugar al siguiente hecho que hemos oído de boca del mismo doctor que intervino en él:

«Prescribí—nos dijo—á una joven que vino á consultarme, un baño de Barèges. A las pocas horas recibí un billete en estos términos: «Venid corriendo: vuestro baño me ha envenenado: mi cuerpo está ya negro.» Fué á toda prisa, como es de suponer, y encontré á la joven en cama dándose por muerta. Su piel, efectivamente, era ya la de una mujer de la raza negra. Lo primero que pedí fué la botella cuyo contenido sirvió para dar el baño, y no ví en ella nada de particular. Pero junto á ella ví un frasco con este rótulo: *Baño de belleza*, el cual contenía algo todavía de un líquido blanquecino. Entonces supe por la camarera que la víspera su señora había tomado un baño en el cual se había echado el contenido del frasco. Esto fué para mí

una revelación. Entonces dije á la enferma: «Tranquílcese usted; un tercer baño ligeramente acidulado hará desaparecer los estragos de los dos primeros, ó mejor dicho, del primero que es el único culpable de la metamorfosis; pues contenía plomo que quedó pegado al cuerpo de usted, y al día siguiente se ha combinado con el azufre que contiene toda agua de Barèges.» Y para desvanecer toda duda eché en el frasco el agua de Barèges que quedaba en la botella; la mezcla resultó negra como la tinta. La joven se rió de su pasado terror y me prometió no volver á hacer cosas semejantes, aunque quizás con la reserva mental de continuar haciéndolas con más cuidado.»

Sírvanos, pues, de experiencia este hecho, y tengamos presente que numerosos análisis han probado que muchas leches más ó menos *virginales*, ó llámeseles como se las llame, están saturadas de plomo: y en los tratos entre el cuerpo y tales sustancias venenosas, la salud nunca ha de salir ganando.

Además, para obtener un baño higiénico y agradable al mismo tiempo, no es necesario recurrir á preparaciones hechas de antemano y que no sabemos lo que contienen: uno mismo puede preparárselo.

Si se trata de un sencillo *baño de limpieza*, basta poner en el agua del baño un kilogramo de *salvado*, para que aquella se ponga untuosa y suave, y limpie la piel perfectamente. A falta de *salvado*, puede ponerse almidón en cantidad de unos 500 gramos; pero como el almidón no contiene gluten, limpia menos la piel.

Añádase á cualquiera de estos baños ó á un simple baño ordinario, un frasco de agua de Colonia, de espliego ó de cualquier agua de olor y se obtiene un *baño aromático*.

Si se quiere un *baño alcalino* no hay más que hacer disolver de 250 á 300 gramos de subcarbonato de sosa en el agua, y esto se llama en nuestros establecimientos baños de Vichy.

Los *baños de mar* se imitan echando en el baño cuatro ó cinco kilogramos de sal común.

Como la mayor parte de las aguas minerales, así como las del mar, contienen un principio untuoso, éste se reemplaza en lo posible con un kilogramo de *gelatina*: pero antes hay que hacerla disolver en cinco kilogramos de agua hervida, y se obtiene un *baño gelatinoso*.

Para las personas nerviosas están indicados los *baños de tila*. Para prepararlo, se echan dos ó tres puñados de flor de tila en un recipiente lleno de agua hirviendo, y después de algunos segundos se arroja todo en el baño, del cual se desprenderá, mientras uno lo está tomando, un vaho aromático que obrará como fumigación.

Finalmente, por más que esto sorprenda á muchas personas, el baño más agradable de todos es el preparado con *ácido sulfúrico*. De 250 á 300 gramos de este ácido en el agua del baño, la transformarán en una especie de aceite emulsionado.

No nos ocupamos de los *baños sulfurosos*, *turcos* ni de *vapor*, porque éstos son ya medicinales, y nuestro objeto ahora no ha sido otro que tratar de los baños higiénicos.

DR. CONSTANTINO JAMES.





## UN ERROR

FOR

CARMEN SILVA

(LA REINA DE RUMANÍA)

**H**ABÍASE desencadenado una tormenta del mes de Noviembre. ¿Soplaba el viento del puente ó del parque? La verdad es que enfilaba la calle en ambas direcciones y que á doquiera que uno se volviese parecía soplar de allí con mayor fuerza. No se había encendido aún el gas, y en las ventanas de las casas brillaban sólo raras luces, con excepción de la habitación de la condesa Ritholm, que estaba completamente iluminada. Una doncella elegantemente vestida atraviesa el salón con una lámpara en la mano, pasa al gabinete, se encarama en un escabel para alcanzar el quinqué, que arregla en seguida, y una vez hecho, vuelve á remontarlo con la mayor brevedad posible.

Más que los ligeros pasos de la doncella, la luz viva, de dos lámparas con reverberos, que entró en el salón, distrajeron de sus meditaciones á una señora que estaba sentada al piano, y cuyas hermosas manos, entre el crepúsculo, divagaban por el teclado, traduciendo sus pensamientos en lenguaje musical. Junto á ella había papeles de música hacinados; ante ella una partitura abierta, que leía sin duda cuando las sombras de la noche le obligaron á encerrarse en sus propias meditaciones. Levantóse con la lentitud y la calma peculiares de los hijos del Norte. El vestido de seda negro que llevaba era tan tupido y flexible al par que no producía el menor ruido. Un velo de encaje negro, que le cubría cabeza y hombros, sujeto en el pecho por un ramillete de violetas, encuadraba un óvalo purísimo de palidez transparente. Arrugas imperceptibles había en su frente, y una cabellera abundante, separada en dos ondas rizadas, se agrupaba sencillamente detrás de su cabeza. ¿Eran grises los cabellos? No, mas sí de un rubio ceniciento, en el que no se descubría ninguna cana entremezclada. Dió algunos pasos sin apresuramiento y se entró en el camarín y echó una mirada á la mesa de té, puesta cerca de la chimenea entre dos sillones confortables. El samovar de plata cantaba ya. Abrió la dama la tapa de la caja del té y aspiró su aroma. Finísimas arrugas no perjudicaban en nada la delicadeza de su nariz: pequeña era su boca y apretada como si se cerrase frecuentemente por virtud de pensamientos solitarios. Con todo, los pupitres elegantes colocados cerca del piano, indicaban que en el salón se hacía música de conjunto. Las paredes del gabinete estaban tapizadas de terciopelo granate, oculto en verdad por una multitud de cuadros y singularmente por dos grandes lienzos, ante los cuales se veían lámparas con reflectores. En un caballete había un retrato, una deliciosa testa de niña, que se encontraba repetidamente encima de la mesa-escritorio, ya de fotografía, ya en acua-

rela, ó en miniatura, con vestido de amazona unas veces, otras con traje de baile ó tocado de novia. Una fotografía, al parecer la última, sin marco aún, la presentaba entre dos niños que tenían su parecido.

Una soberbia tapicería tapaba el espejo de la chimenea. Por todas partes se encontraban libros, y cerca de la *chaise-longue*, una mesa con tapete de cachemira, llena de folletos y periódicos, con una lámpara á propósito para trabajar, con reverbero verde, venía á ser mudo testimonio de largas horas empleadas en serios estudios. Flores y hojarasca servían de adorno á la única ventana de la estancia, y su aroma llenaba aquel espacio silencioso. Abrióse una antepuerta en el sitio más oscuro del salón y apareció una cabeza canosa.

—¿Nada tiene que encargarme la señora condesa?

—Nada; gracias. Podéis iros al concierto, Laura, pues me han dicho que será magnífico.

—¡Qué lástima que la señora condesa haya de quedarse en casa precisamente esta noche!

—Esto no importa, Laura. Ya me desquitará la compañía de M. de Asmar, además de que los florentinos me han prometido tocar en casa el cuarteto que ejecutarán en el concierto.

—¿Entonces puedo irme? Buenas noches, señora.

—Buenas noches, Laura. Si retiráis tarde, me habré acostado ya y no os necesitaré.

Un murmurio algo regañón se oyó tras de la antepuerta, que cayó suavemente, quedándose sola la condesa. Tomó entonces una linda plegadera de marfil y se puso á cortar las hojas de un libro, que iban volviendo sus finos dedos, mientras pasaba la vista por ellas, sin leerlas. Pasos de hombre que resonaron en el salón colorearon finamente sus mejillas con un delicado carmín que le devolvió al instante el encanto de la juventud. Acaso el resplandor rojizo de una llama de la chimenea coloreaba su hermoso rostro.

Los pasos eran ligeros, como de persona discreta. El recién llegado paróse ante los rayos luminosos de la primera lámpara, y sin haber dicho palabra alguna, volvió bruscamente el botón.

—Perdona, Eduvigis; esta lámpara humea atrozmente y la mesa está cubierta de negro de humo. Buenas noches. ¿Cómo estás?

Sonrióse la condesa por la solicitud de su nuevo huésped, quien la siguió al gabinete.

—No me parece que tengas ganas esta noche de que toquemos á cuatro manos. Así, pues, voy á instalarme en el ángulo de la chimenea.

El recién venido tenía los movimientos y la palabra rápida de un joven; jóvenes eran también su aire distinguido y su fuerza de voluntad razonable, mas su cara ovalada coronábanla cabellos canosos, cortados al rape; blanqueaba también su fino bigote, y las manos, más aún que sus facciones, descubrían su edad.

—Estás muy contento. ¿Tal vez porque has de marcharte mañana?—dijo la condesa con cierto inconsciente tonillo de disgusto.

—Alégrome de que no haya de marchar hasta mañana y de que tenga el honor de pasar la velada contigo.

Callaron ambos por algunos momentos. Después de diez días en que venía él cada noche á tomar el té en la casa, por primera vez se deslizaba entre ambos como un embarazo inconcebible. ¿Érase pena ó simplemente tristeza por la separación próxima?—No puede ser esto,—pensaba M. de Asmar, mientras que Eduvigis le preguntaba con tono algo contenido:

—¿Has concluido todos tus negocios? ¿les has dicho adiós á todos tus amigos?

—A todos,—replicó él;—bien sabes los que me quedan después de veinticinco años de ausencia.

—No obstante, para una amistad verdadera no ha de existir noción del tiempo.

—En cierto sentido, el tiempo no existe en verdad,—continuó él con cierto tono burlón,—sólo que no sabemos elevarnos siempre á semejantes alturas filosóficas.

—No siempre quizás, pero en los momentos de la vida que marcan una fecha, ya es otro cantar. Al verte, he sentido que el tiempo estaba suprimido, porque en aquel primer instante ha revivido para mí nuestra común infancia.

—Pero ¿de quién hablas? De mí, de tí ó de Wolff (\*), puesto que bien sabes que tú y yo no hemos sido niños al mismo tiempo.

Su voz habíase vuelto seca, y con sonrisa algún tanto amarga, repuso:

—El segundo instante te demostraría, con evidencia cruel, hasta qué punto me habían metamorfoseado aquellos años, cuya existencia hemos querido negar.

—¡Celoso!—dijo la condesa levantándose para moderar la fuerza de la lamparilla del samovar.

Contemplábala él, que se había levantado asimismo, resolviéndose á dejar el sombrero encima de un mueble.

—Estos sistemas no son prácticos,—dijo acercándose á la mesa del té.—En mi casa, en Singapoore, introduje yo algunas mejoras en el mío. Siento no haberme acordado de esto, porque te hubiera hecho arreglar una lamparilla de mi invención.

La condesa sonrió.

—Pues yo estoy contenta de este sistema imperfecto. No tengo tanta ambición como tú... ó necesidad de mudanza.

—Pero así corres siempre el riesgo de quemarte los dedos.

—Hasta ahora no me he quemado.

—Pues sin querer ser profeta de malas nuevas, estoy cierto de que te quemarás.

—Cuando te hayas marchado, no haré el té. Laura sabe hacerlo mejor que yo.

—Esto es para mí un honor especialísimo que aprecio tarde, como muchas otras cosas. Y mira, el té me gusta poquísimo, lo cual no debería decírtelo ¿no es verdad? Sobre todo después de tu revelación.

—¿Por qué me preguntas lo que has de hacer ó no hacer? Antes yo debería pedirte consejo.

Nuevo silencio. No contestó él al último cumplido, ó porque no lo hubiese entendido, ó porque sencillamente lo aceptase. Poco á poco un color encendido se extendía por las sienes de la condesa. El silencio tenía algo de penoso que le oprimía la garganta.

—Nuestra conversación va dormida hoy,—dijo ella al fin.

—Mejor que mejor.

—¿Por qué?

—No tengo afición á las conversaciones que van por camino trillado.

—Pues para mí sólo hay los caminos trillados. No he sabido abrirme caminos nuevos, como tú.

—Esto no te era posible.

—¡Quién sabe! ¿Si hubiese empezado á tiempo?... Antes me encontrabas muy hermosa vestida de hombre.

—¿Yo? ¿Cuándo?

—Hace muchísimo tiempo, pero yo no lo he olvidado, y con frecuencia después, aun ahora, todos estos días, mujer vieja como soy, he sentido así como algo del temor respetuoso que en su infancia le inspiraba el gran Joaquín. Los hombres no tenéis memoria.

—Raramente para esas cosas pequeñas.

—En otra época, nada de lo que á tí te tocaba era cosa pequeña para mí.

—¡En otra época! ¡Es lisonjero esto! Por fortuna no soy tan susceptible como suponen. ¡Pero dispénsame!...

Se levantó en seguida y acercóse al reloj barroco puesto encima del escritorio.

(\*) Este nombre corresponde al español de Lupo ó Lope.

(Continuará).



LA TRILLADORA

ESTATUA DE A. VALLMITJANA ABARCA







## LOS LISIADOS

**L**a cuestión social no termina en los *anarquistas* ni en los *andrajosos*, sectas ó agrupaciones tenidas hasta ahora como las más avanzadas.

Otra llamada de los *lisiados* acaba de salir al palenque social. En Liverpool se ha verificado un *meeting* de gran trascendencia.



Así se expresó el cojitranco Litofractor que inauguró la sesión:

«Cojos, mancos, tuertos, ciegos, paralíticos y demás imposibilitados; el día de nuestra regeneración social se aproxima. Aquí tenéis telegramas de todas las poblaciones más importantes del mundo civilizado; telegramas de adhesión incondicional á la gran idea que hoy nos reúne. El movimiento en la opinión está hecho. Tenemos la fuerza de la razón, y ésta se impone. Todos hemos venido al mundo con los cuatro remos sanos, y, sin embargo, la fati-

lidad ha querido privarnos á unos de una pierna á otros de los brazos.

»La humanidad, en su egoísmo, olvida ó pasa por alto que, mientras unos tienen capacidad física para trabajar y labrarse un porvenir, otros estamos destinados á arrastrarnos por el suelo como reptiles. Esos anarquistas que tanto blasonan de la nivelación social, son unos burgueses encubiertos, son nuestros principales enemigos. Disponen de cuatro remos en perfecto estado de conservación y tienen libres los caminos que otros emprendieron para crearse una posición desahogada. Ellos llegarán, por lo tanto, adonde nos está vedado llegar á nosotros por la ingrata naturaleza.

»¿Cuál es la conducta que debemos seguir? La contestación es lógica; dejarlos á ellos cojos y mancos como nosotros, ya que nosotros hemos perdido toda esperanza de igualarnos á ellos.

»La dinamita, la melinita, la ruborita, la plancastita, el yoduro de ázoe y un sin fin de explosivos recientemente inventados nos ahorrarán la mitad del camino.

»¡Guerra á las piernas y á los brazos! Un cartucho de dinamita en la pantorrilla de un sano le convertirá en *lisiado* y tendremos un prosélito más.

»Afortunadamente tenemos á nuestra disposición los torpedos terrestres automáticos. Nuestro campo de operaciones serán las aceras de las calles y los paseos públicos.

»Cuando la humanidad entera ande con muletas, el triunfo de los *lisiados* será un hecho.

»Contamos con eminencias científicas que han de estudiar otros torpedos automáticos



para colocar en los llamadores de las puertas, en las manezuelas de los coches y en las barandillas de las escaleras con el objeto de arrancar brazos a los protegidos por la naturaleza.

»Esta es la verdadera igualdad, esta es la doctrina santa de los *lisiados*.

»Se abre la sesión para que cada uno de los presentes proponga cuanto estime conveniente al logro de nuestros fines.»



Seguidamente hizo uso de la palabra el manco de ambas manos Tannino.

Dijo que la reforma social propuesta por el cojitranco

Litofractor le parecía poco amplia. Que aun cuando pueda conseguirse la transformación de la humanidad en cojos, mancos y tullidos, como cada uno tenemos más ó menos talento, siempre resultará que los más avisados serán más hábiles, tendrán mayor disposición para el trabajo y serán preferidos.

Propuso, como consecuencia, el reparto de la masa encefálica. Una vez todos *lisiados*, abrir el cráneo á todo bicho viviente, echar las seseras en un montón y repartir después un determinado número de gramos á cada uno.

La asamblea prorrumpió en una tempestad de aplausos.

Habló después Microhomo, un zapatero de portal de pequeñísima estatura, jorobado y patizambo.



Algunos delgados y altos protestan.

El presidente Litofractor logra restablecer el orden, alterado un tanto por la proposición de Microhomo.



Expresóse en términos violentísimos y agresivos contra los anarquistas, llamándoles verdugos y explotadores de los *lisiados*. Termina demostrando que las diferentes estaturas hacen al hombre apto para determinados trabajos, y que no se llegará á una nivelación social perfecta si no se adopta una estatura general y se obliga á que todo el mundo se recorte á la medida que dicte la Asamblea de *lisiados*. Propone la suya como módulo.



Sube á la tribuna Folkplast, manco, según declara, á consecuencia de cierta enfermedad que también le dejó calvo como un plato sopero.

Después de un brillante exordio, hace observar que todo calvo se ve obligado á gastar peluca y, siendo este un gasto del que están exentos los peludos, no habrá una perfecta igualdad si no se declara la guerra á todos los que tengan pelo.

Propone meter la cabeza en agua regia á los que no presentan un cráneo tan pelado como el suyo.

El presidente promete tomar en consideración cuanto han dicho los *lisiados* en sus respectivos discursos, y propone enviar telegramas dando cuenta del *meeting* á las asambleas de *lisiados* de París, Londres, Bruselas, Berlín, Roma, San Petersburgo, Madrid y Lisboa.

Terminó la reunión con el mayor orden, sin más ruido que los choques secos de las muletas y piernas de palo sobre el pavimento.

Tenemos entendido que los anarquistas están sumamente disgustados con esta nueva masa social que viene á barrenar la suya.

Nosotros, en nuestra modesta opinión, creemos que la razón asiste por completo á los *lisiados*, y que los procedimientos propuestos para lisiar al resto del género humano es un adelanto que ha de reportar grandes bienes á la sociedad.

¡Vivan los *lisiados*!



MELITÓN GONZÁLEZ.



## NUESTROS GRABADOS

### FELICIDAD CONYUGAL

POR P. KOHLSCHÜTTER

Adivinará el título de este cuadro quien lo mire con alguna detención. Esposos han de ser los dos jóvenes que con tan tierno cariño contemplan al infante colocado en el regazo de la madre. Sus rostros muestran la placida alegría de los matrimonios que viven en la paz de Dios. Primer fruto de bendición será aquel niño envuelto en finos pañales, y protegido por delicadísima gasa á fin de preservarle aún de las más livianos molestias. Para hacer más pintoresco el cuadro, ha buscado el pintor para sus personajes y para la escena una época que le permitiese dar mayor galanura al asunto. La vieja Alemania aparece reproducida en los trajes de marido y mujer, en los muebles que se ven en la estancia, en el fondo de cristales que esparce por ella la luz del día. El desempeño, por lo cuidadoso, va al par con la ternura y delicadeza del tema, destinado á ensalzar, por modo más ó menos directo, la felicidad de que gozan acá en la tierra los matrimonios cristianos.

### DON JOSÉ MARÍA DE PEREDA

Publicamos en este número el retrato del insigne novelista español don José María de Pereda. No vamos á escribir aquí su biografía ni menos á enumerar sus méritos literarios, porque no cabe esto en los estrechos límites en que hemos de encerrarnos ahora. ¿Quién no conoce en España, y en muchos países del extranjero, al autor de *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, *De tal palo tal astilla*, *El sabor de la tierruca*, *Sotileza*, *La puchera* y tantas otras novelas, regocijo y embeleso de cuantos saben saborear las bellezas de un libro bien pensado y magistralmente escrito? Pereda es digno descendiente de los novelistas picarescos españoles en punto á pintar con fidelidad las escenas y los tipos que pululan por la pintoresca región montañesa y también los cuadros y figuras que hogaño se hallan en los distintos círculos de la corte. Pereda, además, continúa la hermosa lista de novelistas modernos castellanos que abrió la Fernán Caballero, y en la cual, á la verdad de que antes hemos hecho mérito, se une un fondo alimentado en las doctrinas católicas, lo cual hace que sus novelas puedan señalarse como libros á propósito para penetrar en el hogar doméstico. Del autor son pintura exacta sus libros. Como ellos, es severo en su modo de pensar, sobrio en el expresarse, siente hondo y habla poco; mas cada una de sus palabras va recta al corazón ó á la inteligencia. De su amistad ha de estar orgulloso quien haya tenido la fortuna de merecerla. Que es español castizo lo dice su mismísimo rostro, trasunto de un alma que parece ser la de un hijodalgo castellano de los siglos XVI ó XVII. A su bondad y al cariño que siente por este Semanario debemos el haber podido publicar el *Esbozo*, que escribió ex profeso para sus páginas, y que de fijo habrá sido leído con singular gusto por las personas que comprendan los méritos de una castiza prosa castellana.

### EL DOMINGO DE RAMOS

POR ARCADIO MAS Y FONDEVILA

Pocos pintores catalanes han logrado en tanto grado como Mas y Fondevila, fundir en sus cuadros el estudio

del natural viviente con una exquisita idealidad que dimana del talento mismo del artista. Odia éste las vulgaridades por modo tal, que aun copiando el busto de un pilluelo, con fidelidad prodigiosa, pone en él un cierto ambiente que le quita todo lo repulsivo que en la realidad pueda ofrecer, sin alterar, empero, en lo más mínimo su semblante. Esto hicieron también Zurbarán, Murillo, Velázquez y todos los inmortales maestros de nuestra pintura. En el cuadro de Mas y Fondevila, que reproducimos con singular gusto, se ve representada la fiesta de *El Domingo de Ramos*, con verdad en la disposición general y en los tipos de las garridas catalanas que llenan todo el lienzo, y á la vez con la idealidad á que antes hemos hecho referencia, ó ilámesele elegancia de dibujo y colorido. Aquellas jóvenes son lindísimas, lindas como se las puede entrever en sueños, acaso más hermosas de lo que suelen ser por lo común en las iglesias de nuestras aldeas, cuando en ellas se reúnen en las grandes festividades católicas, á pesar de lo cual no son mentirosas, porque Mas y Fondevila ha conservado en sus rostros el tipo de la tierra, embelleciéndolo algo si se quiere, dándole líneas clásicas para hacerlo más atractivo y más simpático en todos los tiempos. Siempre esta pintura, sumamente armoniosa, será contemplada con gusto, porque sus bellezas son de todas las épocas, no dependen de accidentes que varían con el cambiar de los años y de los siglos. El delicado sentimiento esparcido en ella contribuye á imprimirle la belleza perenne, que es una de las prendas capitales en las obras del arte y de la literatura.

### LA TRILLADORA

ESTATUA POR A. VALLMITJANA ABARCA

Valiente es la concepción de esta obra escultórica. En ella está representada la trilla por medio de una robusta joven que recuerda las mujeres campesinas de Millet y de Bretón, y que está tratada con la holgura de maestros contemporáneos del aliento del francés Chapu. A quien la examine detenidamente no se le ocultará que su joven autor, dotado de envidiable talento, sin perder nunca de vista el carácter moderno que es necesario imprimir á la escultura del siglo XIX, tenía muy fijos en la mente ejemplos antiguos, ya que en toda la estatua se nota un laudable deseo de aproximarse lo más posible á la ejecución desembarazada y grandiosa de Miguel Ángel. Aquella cabeza, modelada con perfecto estudio del natural, sin detalles pequeños que la achiquen; aquel vestido que más que tal ha de llamarse ropaje, con un partido de pliegues soberbio por sus magníficas líneas, propiamente escultóricas; la sencillez de la actitud, sacada con grande tino de la verdad misma; el movimiento de los brazos de la robusta joven empujando la horca con que ha de aventar las mieses; toda la estatua, en una palabra, procede del gran maestro de la escultura moderna, sin que se advierta en ella el menor resabio de imitación, antes acusando una potente personalidad artística en el joven escultor Vallmitjana Abarca, que la ha compuesto y la ha ejecutado de una manera tan hábil como brillante. La labor del campo sale engrandecida en esta obra, que su autor destina á la próxima Exposición Nacional de Bellas Artes.



# ¡SOLEDAD!

NOVELA ESPAÑOLA

POR

D. C. SUÁREZ BRAVO

## CAPITULO I

PARALELAS

Juan Ruiz y Pedro Medina,  
dos hidalgos sin blasón,  
tan uno del otro son,  
cual de una zarza una espina.  
(Zorrilla).

En una sociedad de Madrid,  
club ó casino, como quieran ustedes

llamarle, estaba un joven en hora de muy poca concurrencia, removiendo pensativo los tizones de la chimenea.

Llamábase Ricardo Cabañas. Era bajo y delgado, de fisonomía expresiva, aunque marchita, y mirada inquieta. Verdadero hijo de Madrid en lo físico, ya nos irá descubriendo el relato su semblanza moral.

Los desesperados golpes que descargaba sobre los leños, acompañados de alguna de las interjecciones, que la gente que se llama de buena sociedad no ha vacilado en tomar del vocabulario de las tabernas, ponían de manifiesto que al joven le pasaba algo que á él le debía parecer muy grave, siquiera no lo fuese en realidad.

Ya hemos dicho que era hora de muy poca concurrencia, es decir, que no era la hora en que la gente ordenada y trabajadora se va á la cama. Harto se sabe que los salones de los casinos no brillan ni se animan, sino cuando las luces de los hogares se apagan. Otro rasgo imitado de los sitios que frecuentan las gentes de mal vivir.

Pero Ricardo no estaba solo: á cierta distancia le contemplaba hacia algún rato otro individuo. Era un hombre que así podría tener veinticinco años como cuarenta, vestido con exquisita pulcritud de hombre serio, sin un átomo de polvo en su traje, sin un solo pelo

indisciplinado en su barba y en su cabello, sonrosado, nítido y reluciente. Parecía, salvo el tamaño, una figura de adorno, escapada del mostrador de una perfumería.

Pasado un breve rato de contemplación maliciosa, acercóse de puntillas á Ricardo, que seguía aporreando ferozmente los tizones, y le dijo al oído:

—¿Está usted contando cuántos reales tienen cuatro mil duros?

Volvióse el joven y miró al recién llegado con ojos distraídos.

—¡Hola, insigne Camporredondo! ¿Conque ya sabe usted?...

—Sí, Ricardo. Sé que ha hecho usted ayer, como de costumbre, la vida del hombre malo. Es decir, que ha jugado usted...

—Y he perdido. ¿Qué quiere usted? Es una costumbre de la cual no puedo corregirme. El mal está en que he jugado sobre mi palabra, y mi palabra... no vale, no digo yo cuatro mil duros, pero ni cuatro cuartos.

—Y por lo visto, ese compromiso de juego le preocupa á usted...

—¿A mí? dijo Ricardo arrugando los labios con desdeñosa afectación, ni por pienso. A quien podría dar qué pensar es á mi tesorero, á mi ilustre progenitor el señor don Gabriel Cabañas, pero éste no se halla en el caso de inquietarse por tan poca cosa... La caja está bien repleta.

Camporredondo acarició sus lustrosas patillas, y dijo procurando dar á sus ojazos una expresión talleyránica:

—¡Ya! ¿Pero tiene usted la llave?

—¡Oh! exclamó Ricardo levantándose con aire que no dejó duda á su interlocutor de que había puesto el dedo en la llaga. ¡Pues si yo la tuviera! Papá se cierra á la banda. Los usureros no quieren ya prestarme, ni aun con escritura de depósito. Si no encuentro esos cuatro mil duros voy á quedar deshonorado. Usted me conoce, Camporredondo... No he cometido nunca la simpleza de pagar mis deudas... Dejo ese cuidado á mi posteridad, si es que la tengo... que lo dudo... Pero una deuda de juego debe ser satisfecha antes de veinticuatro horas... Deuda de juego, es sagrada.

El aire de burlesca declamación con que el calavera pronunció estas palabras, inflamó á su interlocutor, el cual con tono de oráculo y como aquel que se dispone á derramar perlas de su boca, comenzó diciendo:

—Doctrina inconcusa. La sociología y la economía política están acordes en ese punto. Es una ley invariable...

—No venga usted á dar discursos á quien necesita dinero, dijo interrumpiéndole cruelmente el calavera.

Camporredondo era hombre benigno y tan contento de sí propio, que nada le desconcertaba. Así es que bajó pacientemente el brazo que tenía extendido en actitud dogmática y dijo sonriendo:

—No sea usted fogoso, joven Ricardo. Ya probaré á usted que mi amistad sabe dar algo más que palabras.

—¿Será capaz de darme cuatro mil duros? Yo necesito tapar inmediatamente la boca á ese pedantón de Céspedes, que me los ha ganado.

—Esa boca ya está tapada.

Y al decir esto, Camporredondo metió la mano en el bolsillo interior de su levita, sacó de él una cartera de legítima piel de Rusia, y de ésta un papel plegado, que presentó ceremoniosamente á Ricardo con sus sonrosados dedos.

El joven se arrojó sobre el papel, le desdobló y leyó con asombro un recibo en toda regla firmado por Céspedes.

—¡Oh, generoso Pilades! exclamó abrazando con truhanesca efusión á su protector. ¡Oh amigo incomparable! ¡Oh fénix del desinterés y de la magnificencia! ¡Oh Mecenaz insigne! ¡Oh!...



Aquí se paró en seco, dióse una palmada en la frente, y prosiguió cambiando de tono y clavando en su interlocutor dos ojos que chispeaban de malicia:

—¡Qué pifia! ¡Misericordia! ¡Qué pifia! ¿Qué va usted á pensar de mí? ¡Qué quiere usted! Reminiscencias del antiguo régimen. Vamos á ver. Sentémonos. ¿Qué quiere usted de mí?

Debía estar muy en el orden de las ideas de Camporredondo esta clínica interpretación; porque lejos de mostrar enojo, se sentó, sonriendo siempre, al lado de Ricardo.

—Aseguro á usted, dijo, bajo palabra de honor...

—¡Bah! ¡bah! Circunloquios á un lado. Esos son buenos para el Congreso. Vamos al negocio. ¿Qué es lo que yo tengo que dar á usted, á cambio de este servicio?

—Usted tiene..., contestó Camporredondo no sin haber antes echado una mirada discreta á su alrededor, usted tiene una hermana.

Y se quedó mirando á Ricardo para estudiar el efecto que le habían hecho sus palabras. Ricardo no dió señales ni de disgusto ni de sorpresa.

—¡Ah! dijo. Ya lo creo. ¡Gran bocado, amigo Camporredondo! ¡Cáscaras! Aspira usted á establecerse sólidamente.

—No puede negarse, que su hermana de usted, tiene dotes...

—No generalicemos. Mi hermana tiene una dote de tal calibre, que por la esperanza de ponerle la mano encima, bien puede un hombre práctico sacrificar cuatro mil duros. ¿Eh? Me parece que estoy en la cuestión.

Camporredondo hizo un gesto que ni negaba ni afirmaba.

—¡Huin! murmuró Ricardo. ¡En qué negocio tan endemoniado se ha metido usted!

—¿Cómo es eso? exclamó alarmado Camporredondo. ¿No habré yo hecho bien mis cálculos?

—No, no, usted ha calculado perfectamente. Sólo que en mi casa hay ciertos elementos que los hombres positivos no suelen tomar en cuenta, y con los cuales, sin embargo, es preciso contar.

—¿Y cuáles son?

—Verbigracia, la virtud. ¿Eh? ¿qué le parece á usted?

Camporredondo se quedó con la boca abierta.

—El desinterés. ¡Como usted lo oye!

Camporredondo abrió además los ojos.

—Y probablemente... el amor, prosiguió Ricardo.

Su interlocutor volvió de nuevo á alarmarse.

—¿Su hermana de usted está enamorada?

—Hasta ahora, no creo... Pero me llevaré gran chasco, si ella no piensa que el amor es un ingrediente indispensable para el matrimonio.





El rostro de Camporredondo volvió á recobrar su plácida serenidad.

—Ya procuraremos que ese ingrediente no le falte, dijo con fatuidad, echando una mirada al espejo que tenía enfrente.

—¡Pse! observó Ricardo encogiéndose de hombros y mirando con insolencia á Camporredondo. Creo que el género á que usted pertenece, no es el llamado á enternecerla; pero de todos modos, eso es cosa de usted... Lo que sí debo decirle, es que para obtener la mano de Luisa, es preciso contar antes con su madre y esa sí que es dura de pelar.

—Supongo que doña Elena es una persona razonable.

—Razonabilísima. No porque sea mi madrastra de hecho y de derecho, dejaré de hacerla justicia.

—¿Y su influencia en la familia es tan decisiva?

—Diré á usted. La que ejerce sobre papá es más grande de lo que parece, pero la que ejerce sobre Luisa no tiene límites, y como Luisita hace de papá cuanto le da la gana...

—¿Conque don Gabriel la quiere tanto?

—Estoy por decir que no quiere tanto á su caja.

—¡Hombre! ¿qué modo de exagerar! exclamó Camporredondo con sinceridad.

—¡Ya le hubiera negado á ella los cuatro mil duros!... Verdad es que la pobre Luisa sólo le pide para sus pobres.

—Veo que su educación necesita perfeccionarse.

—En suma, respetable hombre público, el negocio en que se ha metido usted, es un mal negocio. Cuente usted con mi concurso hasta la pared de enfrente...

—¡Oh! su concurso de usted...

—Sí; es un concurso... de acreedores. Siento tener que decírselo á usted, añadió Ricardo levantándose; pero ha echado usted cuatro mil duros á la calle.

—Usted se chancea, Ricardito, dijo Camporredondo sin abandonar su tono melifluido, aunque mordiéndose los labios. No es que yo tenga intención... Pero usted mismo lo ha dicho, deuda de juego, es sagrada.

—Es que mi deuda de juego, incomparable amigo, contestó cínicamente el calavera, ha venido á convertirse, gracias á usted, en una deuda ordinaria, y yo, como ya le he dicho, endoso siempre esas deudas á la posteridad.

Camporredondo tragó la píldora lo mejor que pudo y contestó con imperturbable serenidad:

—Descartemos por ahora ese incidente y vamos á la cuestión. No puedo creer que mi pretensión ofrezca serias dificultades. Usted conoce mi posición. Soy diputado y desde los bancos del Congreso se puede subir á las mayores elevaciones... Mi fortuna privada, aunque incipiente, aseguro á usted que no es despreciable y debe redondearse algún día con la sucesión de un padre, de quien soy único heredero y que, como usted sabe muy bien, tiene una riqueza sólida...

—¿Y por dónde quiere usted que yo sepa... No conozco á Camporredondo padre.

—¡Cómo! ¿No conoce usted á don Bruno Camporredondo?

—¡Hombre! exclamó Ricardo con sorpresa burlona. Conozco mucho á un don Bruno Campo, que no es redondo, es...

Iba á añadir «usurero» pero contra su costumbre, pudo contenerse.

—Mi padre es un hombre de gustos sencillos, dijo Camporredondo, como quien se decide á enseñar un divieso, y no usa por economía más que la mitad de su apellido.

—¿Conque es usted, según eso, hijo del famoso don Bruno? ¿Y eso tenía usted oculto?

Al decir esto Ricardo, puso la mano sobre el hombro á Camporredondo, mirándole con aire burlón.

Aunque muy vanidoso, Camporredondo era ante todo hombre de negocios. La expresión dulcísima de su fisonomía se agrió un poco, pero no tardó en recobrar su calma ordinaria.

—¿Y ha hablado usted á don Bruno de sus proyectos matrimoniales? volvió á decir Ricardo.

—Hasta ahora no.

—Pues mire usted... ya el negocio presenta mejor aspecto... mucho mejor. Empiezo á creer que no ha colocado usted mal sus cuatro mil duros.

—¿De veras? dijo Camporredondo sonriendo.

—Tome usted mi consejo... Confíe usted á don Bruno su atrevido pensamiento y que él se entienda con papá.

—Por don Gabriel Cabañas, no tengo yo ningún cuidado... pero ¿y su hermanita de usted?... ¿y su madrastra?...

—Nada... Déjeme usted, dijo Ricardo con tono decisivo. Ahora tomo el negocio por mi cuenta. Seremos cuñados. Y usted me conviene... usted tiene todo lo que se necesita para medrar... y yo, á mi vez, necesito quien me lance á la vida pública... usted me pondrá en movimiento... usted me dará el puntapié indispensable... Por supuesto, un puntapié metafórico...

—¿Esas tenemos? ¿Conque también ha penetrado la ambición en esa cabeza ligera?... Ya habían llegado á mi noticia ciertas aventuras políticas...

—¡Peliagudas! ¿Pero qué quiere usted? Donde haya ruido, donde haya peligro, donde haya escándalo, búsqieme usted á mí. No es cuestión de ideas, sino de temperamento. Venga usted conmigo. Voy á presentarle á mi hermana... Este es un preliminar indispensable... Por el camino le diré á usted cómo debe conducirse...

—Abajo tengo mi coche.

—Mejor. Yo he vendido el mío... Como es ya el tercero ó el cuarto, papá me condena á andar á pie.

El coche de Camporredondo, que aunque de un caballo, era nuevo, reluciente y vistoso como su dueño, llegó en un abrir y cerrar de ojos á la casa de Ricardo.

Cuando subían los dos amigos la espaciosa escalera, bajaba por ella un joven de fino bigote negro, ojos expresivos y buen talle. Aunque su traje era el traje ordinario de las personas que se llaman decentes, le llevaba con natural distinción y soltura. No debía ser normal en su fisonomía, el color algún tanto encendido, que en aquel momento inflamaba sus mejillas.

Al cruzarse con Ricardo, las miradas de uno y otro se encontraron.

—¡Él es! dijo para sí el que bajaba. ¿Pertenece también á la familia este perillán?

Por su parte Ricardo iba pensando mientras subía:

—¿Dónde diablos he visto yo esta cara?

(Continuará).





## LA MODA DE PARÍS

**P**ARÍS se agita y se divierte. Los bailes se suceden uno tras otro, las fiestas á las fiestas, los estrenos á los estrenos, los conciertos á los conciertos. Las mujeres han descubierto el movimiento perpetuo, conforme lo dice un ingenioso escritor, puesto que se van de diversión en diversión, sin tregua ni reposo, nunca fatigadas, siempre coquetuelas y elegantes.

Las ventas de beneficencia que ahora se están llevando á cabo, en esta estación primaveral, ofrecen particular atractivo por la brillantez de los trajes y la animación de las conversaciones.

Los maestros y maestras en el arte de la costura, aprovechan estas ocasiones para hacer alarde de su talento.

¡La modista! ¡Qué papel desempeña en la vida elegante! ¡Qué puesto ocupa en la existencia moderna! De su inventiva depende el triunfo de las reinas de la moda; ¡cuántas horas se pasan en las salas en donde confeccionan los admirables vestidos, dignos de ser llevados por las opulentas damas de Venecia! Revelar los secretos de estas cosas de la coquetería es cometer una indiscreción.

Que nos lo perdonen M.<sup>ms</sup> Lipman, las artistas que sacan obras maestras, tales como las que se han visto estos días en sus salones, y que no tienen, por lo tanto, derecho para mantener el anónimo.

Hablemos primero de dos deliciosos modelos destinados á una elegante y aristocrática princesa romana. Uno de ellos es de crespón flor de lis: la falda con cola va marcada por tres líneas de lacitos formados por cintas de raso color de marfil. Al corpiño, que se pierde bajo la falda, lo realzan soberbios encajes que caen en cuadro sobre la espalda, y se pierde delante en ancho cinturón en cinta *pekiné*, de raso y moaré, la cual por detrás forma un nudo mariposa con largos



Vestido de *soirée* de M.<sup>ms</sup> Lipman



colgantes. Las mangas, muy holgadas, son asimismo de cinta *pekiné* y terminan en el codo con un moño de encaje.

El segundo modelo, exquisito por su sencillez, es de muselina brochada, crema, mosqueada con ramitos de flores de malva y llevando al pie dos volantitos con encajes. El corpiño, graciosísimo, se ajusta al talle por un cinturón de cinta colores de malva y crema, y tiene un cuello alto, rodeado de encaje, que simula por delante una pañoleta.

Manda la moda en el día que se ensanchen los hombros. Las mangas, enormes, se presentan hinchadas: las bertas y pañoletas de encaje redondean el pecho, mientras se alarga el talle, ciñéndolo muy bajo, y se adelgaza todo el cuerpo merced á lo escueto y apretado de la falda. La de seda, adornada con encaje y cintas, se ajusta al modo de un guante. Empléanse para ello el raso Luis XV, la seda Pompadour, la batista de matiz en armonía con el del traje. Compuestos por mujer artista, como M.<sup>me</sup> Josselin, estos vestidos, tan elegantes como los que pudo inventar el siglo XVIII, imprimen aspecto airoso á la dama que los lleva.

M.<sup>me</sup> Josselin posee el arte de saber envolver á las señoras entre aérea batista y vaporoso encaje. La ropa blanca de verano que exhibe es lindísima y en ella emplea las sedas de la India de matices finos, con golilla y vuelos de preciosísimo encaje, hábilmente aplicado al tejido. Con la batista blanca y la batista de color compone batas de extraordinario buen gusto. Es imposible describir la variedad y el buen gusto de sus peinadores y batas de mañana.

En punto al tocado impera la fantasía. Los sombreros son ó muy altos ó muy bajos: las alas anchas ó estrechas, á voluntad de la dueña, preséntanse muy movidas y se acomodan al rostro de la que los usa con toda libertad, sin cuidar de lo que ordena la moda. Habrá, pues, gran diversidad de formas y de adornos en las carreras del Gran Premio y en las estaciones balnearias.

Para estos actos de la vida elegante M.<sup>me</sup> Julia ha inventado sus mejores modelos. Figúrense mis lectoras un delicioso sombrero de paja de Italia, con las alas suavemente onduladas, coronado por un penacho de plumas sujeto por lazo de terciopelo negro. Otro de los sombreros de esta casa está hecho en paja de fantasía, azulada, con manojos de *bleuets* y de plumas negras, sembrados de alas y antenas de azabache. Por fin, hay otro de paja, color madera, con lazo de terciopelo color de peonia y amapolas en pompón, y otro, de paja asimismo, verde mar,



Bata ó deshabillé de M.<sup>me</sup> Josselin



con casquete de paja de Italia, rodeado de cintas verde mar y crema. Citemos todavía otro sombrero para un bonito traje en *foulard* de las Indias, crema, listado y con flores de malva. El sombrero tiene este último color y lo adorna un nudo coquetón de terciopelo, tinte marfil y un ramo de pervincas.

Para los paseos matutinos, viajes y excursiones M.<sup>me</sup> Julia ha compuesto una serie de gentiles toquillas realzadas con encajes de Brujas y flores.

He ahí la descripción de nuestros grabados de modas:

Uno de ellos representa un elegante traje de baile de la casa Lipman, *rue de la Paix, 2*. Es de seda brochada, con tornasol aurora y verde agua y larga cola redondeada. El cuerpo, que es muy gracioso, lleva escote cuadrado y va suelto por delante y por detrás. Un cinturón de terciopelo *miroir*, fondo verde agua, produce una bonita línea y reduciéndose se sujeta al lado con un ramo de flores. Las mangas, muy ahuecadas, son también de terciopelo *miroir*, fijadas por un brazalette bordado. El mismo bordado sigue las líneas del escote.

El segundo grabado representa un elegante *deshabillé* de M.<sup>me</sup> Josselin, *rue Louis le Grand, 25*. Es de crespón de China, color de trigo, suelto por delante y formando por detrás pliegues á lo Vatteau, que descienden formando cola. En el cuello, de forma ligeramente cuadrada, va un soberbio galón color crema, ricamente bordado en oro, el cual sirve también de cinturón, pasando por debajo del pliegue Vatteau. Las mangas de ángel ó con grandes vuelos, muy originales, son de encaje que cae en cascada por ambos lados, produciendo lindísimo efecto. Confeccionado en crespón verde agua ó malva, con el propio galón, crema y oro, este *deshabillé* constituye uno de los más hermosos vestidos que puedan llevarse dentro de la casa.

El tercer vestido, modelo del sastre para señoras, Redfern, *rue de Rivoli, 242*, es de *foulard*, fondo paja con ramos estampados que adornan toda la parte baja de la falda y que ascienden en ramos más pequeños. El cuerpo ajustado está puesto al bias sobre el pecho y realzado con flores que van asimismo en lo alto de las mangas. Este vestido, inventado para las carreras del Gran Premio, debe ser llevado con una capellina color de paja de Italia, adornada con plumas de igual color y una rama de lirio. La sombrilla es amarilla también con flores de igual clase entremezcladas en el encaje. Se usarán guantes de piel de Suecia.



Vestido de Redfern

# TODO POR EL ARTE

NOVELA VIVA, POR APELES MESTRES

(CONTINUACIÓN)



7. — «¿Me haría usted el obsequio, señora, de guardarme este cuadro hasta mañana?»



8. — «Déjelo ahí, en el corral, que es donde estorbará menos.»



9. — Pasado el primer momento de estupor, los muchachos vuelven á sus juegos sin acordarse más del cuadro.



10. — «¡A la una, á las dos, á las tres!...



11. — Tan recia fué la arremetida, que el primero arrastró al segundo.



12. — ¡Fortuna y grande fué que entre sus cabezas y la tapia se encontrara providencialmente *eso*!

(Continuad.)



## SECCIÓN CIENTÍFICA

## LAS NUBES

El vapor de agua disuelto en la atmósfera é invisible en los días serenos para nosotros, se condensa y toma una forma visible. ya al encontrar una corriente de aire de temperatura más baja, ya al elevarse á cierta altura, en donde reina ordinariamente más frío. A esta reunión de vapores, perceptibles á nuestra vista, se denomina nubes, de una palabra latina (*nubes*), que significa en este idioma lo mismo.

Las diversas apariencias que ofrecen más constantemente han recibido también nombres especiales, distinguiéndose entre ellos los cirros, de *cirrus*, voz latina, que denota franja ó rizo; cúmulos, de *cumulus*, montón; estratos, *stratus*, cama, y nimbos, de *nimbus*, palabra también latina, como las demás, que equivale á la nuestra de velo ó nube espesa. Los cirros, pues, con arreglo á su significación, son nubes pequeñas blanquecinas, ó franjas sueltas, semejantes á la lana cardada. Estas son las que se elevan más en la atmósfera, por cuya razón se creía hace mucho tiempo que se componían de partículas acuosas heladas, ó de copos de nieve. Los viajes aerostáticos que se han hecho en nuestra época desde el de los señores Barral y Bixú en 27 de Julio de 1850 hasta la fecha, han dado ocasión á confirmar plenamente esta sospecha, habiéndose averiguado que los cirros, en efecto, se componían de cristales de hielo aéreo, visibles en ciertas circunstancias y existentes é invisibles en otras, según su espesor y tenuidad. Esta clase de nubes anuncian de ordinario mudanza de tiempo.

Los cúmulos son nubes redondas, semejantes á montañas superpuestas unas á otras, más comunes en el verano que en el invierno, y por la mañana que por la tarde. Cuando su número aumenta, y, sobre todo, cuando aparecen juntamente con los cirros, hay que esperar lluvias ó tempestades. Los estratos son capas horizontales de nubes, que se presentan en las regiones más bajas de la atmósfera, y que, por efecto de la perspectiva, parecen bandas estrechas. Son más comunes á la puesta del sol, desapareciendo á su salida, y más en otoño que en primavera. Finalmente, los nimbos, ó nubes de lluvia ó de tempestad, no ofrecen forma ninguna característica, distinguiéndose sólo por su color oscuro y uniforme, y por las franjas de sus bordes.

No se sabe con certeza la altura máxima á que pueden llegar las nubes en la atmósfera, porque sería preciso llegar hasta las más altas, lo cual no ha sido dado al hombre hasta ahora, como lo demuestra la deplorable ascensión del *Fénix* de 15 de Abril de 1875, en que perecieron dos sabios, que se elevaron á una altura de 8,000 metros, salvándose sólo el tercero. Se

estima, sin embargo, que por término medio ascienden á 1,400 metros en invierno, y de 3 á 4,000 en verano. Estas leyes están sujetas á muchas excepciones, porque en la Etiopía se han visto nubes tempestuosas á 212 metros del suelo, y Gay-Lussac, á una altura de 7,016 metros, observó encima de él cirros que parecían de una altura inmensa.

Los colores de las nubes varían hasta lo infinito desde el negro hasta el blanco. Por la mañana temprano y por la tarde, esto es, á la salida y puesta del sol, las nubes toman colores vivísimos, que nosotros llamamos arreboses, viéndose á veces otras violáceas, azuladizas y amarillentas, según su espesor, su situación respecto á nosotros, y su relación con los rayos del sol, que sufren en ellas reflexiones, refracciones y absorciones, que las hacen tomar esos variados matices.

Las nubes parecen inmóviles á veces, y animadas otras de una velocidad más ó menos grande. Constituyen en ocasiones un espesor considerable de muchos miles de metros, habiéndose hecho viajes aéreos que han atravesado masas de vapores, de más de 5,000 metros.

Las nubes se forman en cualquier hora, en todas las estaciones del año y en cualquier paraje, ya sea sobre la mar ó sobre la tierra. Sin embargo, más allá de la zona ó faja del ecuador terrestre, esto es, de la parte de nuestro globo más expuesto á los ardores del sol, región de calmas, adonde no llegan los vientos alisios, en las cuales reina una temperatura tan cálida como húmeda, se engendran como en una inmensa caldera masas enormes de nubes, que se distribuyen por todas partes, ya hacia los polos, en donde se convierten en nieve, ya hacia las regiones templadas, en donde se presentan trayendo el agua y las tempestades. De América vienen á nuestra Europa montañas vastísimas de nubes, que atraviesan el Atlántico y gran parte de la Europa, dispensándonos la lluvia, tan benéfica para los campos. Tal es la cantidad asombrosa de vapores que se acumulan en el Nuevo Mundo, que atraviesan los mares descargando constantemente agua, y llegan hasta nosotros, y pasan más allá vertiéndola siempre á torrentes, aunque es de suponer que durante el trayecto, y por la fuerza de atracción que ejercen las grandes masas sobre las menores, se van deshaciendo y renovando á un tiempo en su larguísimo curso.

Uno de los fenómenos más curiosos que nos ofrecen las nubes es el de su dirección, diversa á veces y aun opuesta, y la distancia aparente á que se encuentran unas de otras, que suele ser invariable. La explicación de esos movimientos en desigual sentido se funda en las observaciones hechas desde la tierra, y confirmadas des-



pués en los aires, de que en nuestra atmósfera reinan a diversas alturas vientos distintos y hasta opuestos.

Puede suceder, pues, que á la altura de 1,000 metros corra un viento Sur, y 1,000 metros más arriba otro Norte, Este, ú Oeste, que arrastren respectivamente á las nubes en la dirección en que soplan. Así se comprende que no sea idéntica su velocidad respectiva, sino, al contrario, muy variable, y que haya ocasiones, en que algunas corran con ligereza, y otras se ostenten completamente inmóviles. Respecto al segundo de estos fenómenos, esto es, respecto á la altura sensiblemente igual, en que esas capas de nubes se mantienen, la razón no puede ser la misma. Los sabios suponen, para explicarlo, que corrientes continuas de aire cálido ascendente las mantienen á su altura respectiva, y que la inmovilidad, en sentido vertical, esto es, de arriba abajo, es sólo aparente.

A juicio de estos sabios las nubes tienden constantemente á descender, hacia la tierra con más ó menos lentitud, pero su parte inferior se disipa y desaparece sin cesar en las capas más calientes de aire, que atraviesan, mientras que su parte superior acrece á su vez en proporciones iguales, con los nuevos vapores que se condensan.

Las nubes no llevan siempre sólo en su seno vapores acuosos ni tenues partículas de nieve ó de hielo, ni granizos más ó menos voluminosos. En ocasiones arrastran cantidades enormes de polen ó harina muy ligera de las flores, sobre todo de árboles coníferos (pinos, pinabates, etc.), y la lluvia que despiden es amarillenta; otras veces llevan también en su seno grandes cantidades de arenas y cenizas de los volcanes, en cuyos casos el agua que vierten en forma de lluvia aparece gris ó roja. Las lluvias llamadas de sangre suelen tener este

origen, ó bien la aparición de innumerables mariposas, que ponen sus huevos derramando un líquido, que, mojado por la lluvia, se asemeja á manchas de sangre. Tampoco son imposibles otras lluvias con el singular acompañamiento de sapos ó de peces, aunque los primeros no suelen volar asustados por los aires en el seno de las nubes, sino que se albergan en la tierra y se presentan inopinadamente en verano en número extraordinario; pero las lluvias de peces son posibles y aun auténticas, puesto que las trombas absorben en ocasiones el agua de las lagunas y de los estanques y los peces que viven en ellos, despidiéndolos luego á larga distancia de su punto de partida.

En el seno de las nubes se forman también las grandes tempestades, las trombas terrestres y marítimas, los truenos, los rayos, la nieve y el granizo, aunque la explicación de cada uno de estos fenómenos meteorológicos exige por su importancia capítulo aparte. No hay nubes sólo en nuestro planeta, porque en otros, en Marte y en Júpiter, se han observado con repetición ciertas manchas variables, que indican su existencia, así como también grandes espacios de un blanco brillante hacia los polos, demostrando que hay en ellos también nieves. La luna, en cambio, nuestro satélite, no ofrece señal alguna de ellas.

La causa esencial de las nubes es el calor, que, según sus grados, evapora el agua que las compone, condensa el vapor acuoso invisible, mueve los vientos que las transporta de un paraje á otro, y las mantiene á cierta altura de la tierra.

Nosotros ignoramos la causa de estos fenómenos, porque desconocemos la naturaleza íntima del calor y sólo vemos sus efectos. Sólo Dios que lo creó, lo sabe.

E. DE MIER.

## MESA REVUELTA

Según el último almanaque de Gotha, entre los soberanos actualmente reinantes, el de más edad es el Papa, que tiene 80 años cumplidos; siguiendo después Cristián IX, rey de Dinamarca, que tiene 74 años, y la reina de Inglaterra 70. El más joven es Alfonso XIII, rey de España, que sólo cuenta 6 años; después Alejandro I de Serbia, que tiene 13; Carlos I de Portugal, 26, y Guillermo II de Alemania, 31.

\*\*\*

En Francia, desde hace veinte años, la República ha tenido 26 ministerios con un total de 130 ministros. De éstos, 31 están en el Senado, 18 en el Congreso, 49 han muerto, y 22 se han retirado de la vida política.

\*\*\*

Durante el año 1890, Francia exportó 4.665,100 galones de cognac (cada galón son 4  $\frac{1}{8}$  litros). Por otra

parte, la estadística oficial nos dice que los destiladores de cognac sólo produjeron en dicho año 853,579 galones. De lo cual resulta que más de las cuatro quintas partes del cognac que sale de Francia no es tal cognac. Los franceses, cuando se quejan de que se les envían vinos falsificados, deberían acordarse de esos guarismos.

\*\*\*

Pónganse algunos pedacitos de madera, que más ó menos groseramente figuren peces, en una cubeta que contenga agua. Para el caso pueden servir las maderas de los fósforos de cocina. Colóquense en forma de estrella no muy distantes los unos de los otros. En el centro de esta estrella póngase un pedazo de jabón cortado en punta. En seguida se verá que los peces se alejan separándose bruscamente, como si el jabón les horrorizara. Para que vuelvan no hay más que poner en el agua un terrón de azúcar: todos los peces correrán precipitadamente hacia él.



## RECREOS INSTRUCTIVOS

### II

—¿Qué haces aquí, Sofía? ¿vas a preparar una *soda refrescante*? no vendrá mal: todavía recuerdo los deliciosos ratos que pasábamos en la Exposición Universal de Barcelona; ¡qué agradable y refrescante me parecía la bebida norteamericana que nos servían cerca del puente! ¿y qué es la *soda*?

—Querida Clarita, me disparas a boca de jarro tantas preguntas que no puedo responder a ellas a un tiempo: primero querías averiguar qué es lo que estoy haciendo: pues a ello te contestaré que estoy cargando un cañón.

—¿Un cañón! ¿eso llamas a una botella? ¿y la pólvora va a ser la *soda*? no sé lo que te propones con ello como no sea darme una broma.

—No es broma: ya lo verás; en primer lugar te explicaré que Juanito por poco se vuelve ciego esta tarde al disparar un cañoncito de bronce cargado con pólvora: el tal cañoncito dió un estampido más fuerte que el del

do; cuando estemos en la mesa colocaré la botella encima de dos cañitas y servirán de cureña, y una vez en situación vertical, el agua tocará al ácido tártrico, que no pudiendo encontrar salida por las paredes de la botella, lanzará el tapón con furia, produciendo una explosión y rodando la botella hacia atrás encima de las cañitas como una verdadera pieza de artillería.

—Bien pensado: ¿y quién será la víctima del disparo? ¿el canario?

—La víctima será la mamá de Juanito, pues lo menos va a romper una docena de botellas probando el experimento; pero vale más eso que no abrasarse la vista con pólvora.

—Guarda tu máquina de guerra, Sofía; y ya verás qué sorpresa damos al gato mientras duerme en el sofá; ¡apuntén, fuego! pero no, mejor será decir: ¡apuntén!... ¡agua va! porque se trata de un cañón... mojado.

JULIÁN.



disparo de un fusil y pasó silbando junto a su oreja lastimándole un poco el cuello y dejándole más asustado que un salvaje cuando oye la primera detonación de un arma de fuego. Figúrate que ha caído de espaldas destrozándose los pantalones en la parte más ancha; y ha llegado aquí con un aspecto tan lastimoso que de momento creímos todos que de veras estaba herido; no fué más que el susto, pero ya basta para que tome horror a la pólvora; y para consolarle, enseñándole al mismo tiempo un sistema de artillería completamente inofensivo, estoy preparando esta botella cuyo disparo se efectuará encima de la mesa con toda solemnidad.

—A ver, a ver, cuéntame el misterio.

—Es muy sencillo: esta botella de forma regular, y de paredes resistentes se presta admirablemente a producir el efecto de un cañón; la he llenado de agua hasta la altura del primer tercio de su cabida, en esta agua he hecho disolver un poco de bicarbonato de sosa del que trajeron para tí cuando tenías el estómago algo estragado por la fruta... Cállate, no me interrumpas; ya ves que no se trata de *soda refrescante*; los polvos de ácido tártrico del otro paquete, los coloco dentro de este tubo de cartulina, y como taco me servirá un poco de papel chupón; este cartucho lo suspendo por un bramante delgado al alfiler clavado en el tapón de corcho: la abertura del tubo la coloco hacia arriba y tapo la botella, herméticamente cuidando que la parte baja no toque al líquido

### CHARADA

*Prima y dos tiene dos sexos,  
Pues el y la se le aplican,  
Y con lentes biconvexas  
Autorcillos inconexos  
Sus excelencias explican.  
A él, débense los trajes,  
Y a ella, algún desengaño...  
Mas, lector, no hagas visajes;  
Continuare sin ambages  
Este enigma un tanto extraño.  
Dor, te digo que es muy chino:  
Prima y tres el suizo caza;  
Aunque seas adivino,  
Lector, que no hallas, opino,  
El todo, sin añagaza.  
Pues bien, sabrás que resulta  
Un vestido vegetal,  
Que emplea la turbamulta,  
Sea sabia ó sea estulta,  
Para el bien y para el mal.*

### ACERTIJO

.	.	.	.	.	.	.	.	.	.	NA
.	.	.	.	.	.	.	.	.	.	NA
.	.	.	.	.	.	.	.	.	.	NA
.	.	.	.	.	.	.	.	.	.	A

Sustituir los puntos por letras de manera que el total forme cuatro nombres propios.

### ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que a nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios a precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse a los *Sres. Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y a las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.



EN UNA MAÑANA DE PRIMAVERA.—CUADRO DE OTTO STRÜKEL

Ayuntamiento de Madrid





## MEMORÁNDUM



**S**e ha resuelto ha poco en la Gran Bretaña una crisis que ha causado gravísimos perjuicios á la industria y de la que han salido también con las manos en la cabeza los obreros que la provocaron. Aludimos á la terminación de la huelga de los mineros de Durham que ha durado algunas semanas. Quisieron los dueños de minas rebajar en un siete por ciento el jornal de sus operarios, á lo cual se veían forzados por la baja considerable que había experimentado el carbón. Negáronse los mineros á aceptar la rebaja y se declararon en huelga. Su prolongación trajo á todos perjuicios incalculables. Agotados los escasos recursos con que contaban los obreros, la miseria fué penetrando en sus familias, sin que pudieran librarse de ella, á pesar de las privaciones que se impusieron. La falta de carbón, elemento vital de la industria, hizo que á los pocos días hubieran de cerrarse las fundiciones, los talleres de industrias metalúrgicas y muy en breve las fábricas que hay en toda la región, movidas por el vapor. Al fin los mineros no pudieron resistir por más tiempo, y desoyendo las excitaciones de los agitadores que les habían conducido á la situación en que se encontraban, y dando oídos á personas prudentes que les aconsejaban lo contrario de lo pregonado por los perturbadores socialistas, acordaron volver de nuevo al trabajo de las minas. La situación, sin embargo, había empeorado aún más en el tiempo que duró la huelga, y los dueños de minas hubieron de exigir ya una reducción mayor que la del siete por ciento. Gracias también á la intervención de las personas á quienes hemos aludido, convínose al fin que la rebaja de los salarios se fijase en el diez por ciento, mas poniendo los dueños la salvedad de que no respondían de si en breve se verían obligados á subirla hasta un trece ó un quince por ciento, lo cual había de depender de la marcha que siguieran los negocios, y por consecuencia, del precio á que se vendiesen los carbones. Los mineros de Durham, pues, han pasado días angustiosos, han luchado con la miseria, han agotado todos sus pobres recursos, habrán tenido que vender ó empeñar ropas, muebles y acaso los objetos más queridos, y después de todo esto se han encontrado en que debía fijarse en un diez por ciento la reducción que ellos no quisieron admitir en sólo un siete, cuando se lo pidieron los propietarios ó arrendatarios de minas. Esta es la historia de todas las huelgas, aparte del acompañamiento de odios y violencias que llevan consigo.

\* \* \*

Siempre en el tapete la cuestión de la guerra europea, cuantos sucesos ocurren que al parecer puedan convertirse en la chispa que encienda la pólvora, atraen la atención de todas las naciones de esta parte del mundo y principalmente de los hombres que en ella dirigen

TOMO I.—9.



los negocios públicos. Así ha pasado con las fiestas de Nancy, á las que de momento se concedió una importancia y una trascendencia que después les han quitado casi los mismos que habían afirmado lo primero. Nancy, ciudad rayana con la frontera de Alemania, había de ser visitada forzosamente con motivo de las fiestas por gran número de alsacianos y loreneses, singularmente de todos los que, mal avenidos con el yugo alemán, esperan verse libres de él cuando Francia salga victoriosa en una guerra con el potente imperio creado por Guillermo I y por el príncipe de Bismarck. Temíase que sirvieran las fiestas de pretexto para manifestaciones ofensivas á Alemania y que en Nancy brotara la chispa que produjese la explosión, por todos tan temida. El gobierno francés, con buen acuerdo, redujo toda la parte militar, al objeto de evitar aquellas manifestaciones, á un desfile de tropas por delante del presidente M. Carnot, que fué á Nancy expresamente para la circunstancia. A la vez que se hacía esto y que se advertía en el presidente y en el gobierno francés el deseo de no dar ocasión para un rompimiento, los periódicos alemanes, que al principio habían clamado contra las fiestas de Nancy considerándolas como una provocación más ó menos clara, cambiaron los calificativos, y á los actos que tenían por importantes y significativos, los llamaron luego insignificantes y hasta inocentes. Desvaneciése, pues, el nublado, que acabaron de disipar la conducta observada por M. Carnot, por las autoridades de Nancy, por su población y por los forasteros, que en número de ciento cincuenta á doscientos mil habían acudido á ella, al decir de la prensa francesa.

Mientras estas fiestas se celebraban, el gran duque Constantino de Rusia, que se hallaba en Contrexeville tomando aquellas aguas, fuése á Nancy, según manifestó, para saludar de incógnito al presidente de la República francesa, con quien tuvo una breve entrevista. Bien se comprenderá que esta visita, á la víspera ó en el día mismo de la entrevista que habían de tener en Kiel los emperadores de Rusia y de Alemania, hubo de llenar de contento á los franceses, quienes vieron en dicho acto el fin, por parte del Czar, de quitar importancia á la conferencia de los dos soberanos en el referido puerto. Que la visita del gran duque Constantino no se redujo á un simple acto de cortesía parece casi excusado consignarlo. Que tuvo alguna intención asunto es de presumirlo, pero acaso se le atribuya un alcance mayor del que en realidad tiene. La prensa inglesa, que examina siempre con seriedad y con perspicacia la política extranjera, entiende, en general, que la visita á Nancy del gran duque significa que Rusia acudiría en un caso dado al socorro de Francia. Hace años que los dos imperios se están mirando, arma al brazo, atentos á que ninguno de los dos acreciente el poderío que tiene actualmente en Europa.

\* \* \*

En Francia sigue el ayuntamiento de París aumentando la serie de sus desatentados acuerdos. Aquel cabildo municipal, que con tanta predilección mira á la *Commune* y á los comunistas, acaba de votar un crédito de doscientos mil francos al objeto de conmemorar con una fiesta suntuosa el centenario del 10 de Agosto de 1792. ¡Tristísima jornada y más triste recordación todavía! ¿Qué pretende conmemorar el ayuntamiento de París? Un suceso ignominioso en sus anales, actos de barbarie llevados á cabo en odio á los reyes y á la nobleza, y ejecutados en nombre de una mentida libertad. El día 10 de Agosto de 1792 el populacho de París se arrojó sobre las Tullerías, y el bondadoso ó débil Luis XVI prohibió á los guardias suizos y á los nobles que le rodeaban que hiciesen fuego para contener á los amotinados. El acto magnánimo del rey no apaciguó en nada el furor de los revolucionarios, quienes se lanzaron contra los nobles y los suizos y los degollaron sin piedad, mutilándolos de la manera más espantable y paseando luego por las calles de la gran ciudad, como trofeo del vergonzoso triunfo, cabezas, piernas y brazos de los infelices asesinados, colocados en la punta de las picas. Pretende el ayuntamiento de París que este suceso trajo la caída de la

monarquía, y por ende quiere celebrarlo con músicas, fuegos de artificio y toda suerte de regocijos. El desdichado Luis XVI abandonó sus habitaciones de las Tullerías con toda su familia y se refugió en la Asamblea legislativa, cuyas sesiones se verificaban al extremo del jardín del citado palacio. La Asamblea tomó al rey y á la familia real bajo su protección, y cómo cumplió su empeño nos lo dice la historia. *Vengo aquí para evitar un gran crimen*—dijo el rey.—*Me creo seguro en medio de los representantes de la nación, y permaneceré aquí hasta que se restablezca la tranquilidad.* «Diez y seis horas pasó encerrado en un cuarto, mientras los diputados rompían en el salón vecino la corona de Francia, y el pueblo por fuera asesinaba á los últimos defensores de la monarquía,» según palabras de un historiador muy inclinado á ver con buenos ojos las etapas por que pasó la Revolución francesa. Es bien sabido cómo concluyó este terrible drama. El rey Luis XVI murió en la guillotina el 21 de Enero de 1793. Estos son los hechos sobre los cuales debería echar un velo el ayuntamiento de París, en vez de recordarlos y celebrarlos.

\* \* \*

En los Estados Unidos de América se ha marcado la disidencia en que se encuentran Mr. Harrisson, presidente de aquel Estado, y Mr. Blaine, que por tantos años ha sido ministro, y con la cual se inicia la lucha que se declarará entre los dos por aspirar uno y otro á la presidencia de la República. En la América Meridional, Venezuela es teatro de uno de los dramas políticos que tan frecuentes han sido y son en aquellos países. El presidente Palacio quiere prolongar su permanencia en el poder, trata de erigirse en dictador á nombre de la libertad y del bienestar de su pueblo, y esto ha dado motivo ó pretexto á una insurrección, cuyo término se hace difícil predecir, en medio de las contradicciones y de las exageraciones de los telegramas que se reciben, y en los cuales cada una de las partes se atribuye siempre la victoria.

\* \* \*

En nuestras Cortes síguese tratando del presupuesto. Ha terminado la huelga que habían iniciado los operarios empleados en los talleres de los caminos de hierro del Norte. Era de prever que así sucedería, puesto que en el Consejo de la Compañía figuran personas que han dado elocuentes pruebas de cuanto se interesan por el bien de la clase obrera, y que, por consiguiente, no hubieran dejado de atender peticiones fundadas y justas, aun escogiendo para hacerlas valer un camino que, como hemos dicho antes, consideramos deplorable y expuesto siempre á gravísimos males.—B.



## LA VISIÓN DEL JUEZ DE COLMAR



ANTES de prestar el juramento de fidelidad al emperador Guillermo, el juez del tribunal de Colmar señor Dollinger, cuando entraba en la Audiencia con su toga puesta, su ancha barriga, los labios abiertos y su gruesa barba doblada en tres pliegues graciosamente dispuestos sobre el blanco cuello de muselina, se creía el más feliz de los hombres.

—¡Ah, con qué gusto voy á dormir un rato!—parecía decirse al tomar asiento.

Y en verdad que era agradable verle estirar las gruesas piernas y arrellanarse en el gran sillón sobre el fresco y blando cuero al cual debía, á pesar de sus treinta años de magistrado, su continuo buen humor y la blancura de su tez.

¡Pobre Dollinger! Aquel blando asiento ha sido su perdición. Estaba tan cómodo en él, se adaptaba tan bien á su cuerpo el sitio que ocupaba, que antes que abandonarle ha preferido ser prusiano. El emperador Guillermo le dijo:—Continuad sentado, señor Dollinger.—Dollinger continuó sentado, y hoy le vemos consejero del tribunal de Colmar, administrando sin reparo justicia en nombre de Su Majestad Berlinesa.

A su alrededor nada ha variado; siempre el mismo tribunal monótono y sombrío, siempre la sala de sesiones con los bancos lustrosos, las desnudas paredes, el ordinario murmullo de los abogados, la débil luz que penetra por las altas ventanas con cortinas de sarga, y el enorme crucifijo polvoriento con los brazos extendidos y la cabeza inclinada. Al pasar el tribunal de Colmar á Prusia no se ha modificado en lo más mínimo; también en el fondo del pretorio hay el busto de un emperador... pero no importa, Dollinger se cree desterrado; es verdad que le place arrellanarse en el sillón, hundirse en él cómodamente; pero no halla ya el delicioso sueño de otros tiempos, y cuando por casualidad dormita durante algún juicio es presa de espantosas pesadillas.

Sueña que se encuentra en la cima de una montaña parecida al Honeck ó en lo alto de la Alsacia... ¿Qué hace allí, solo, vestido con la toga de magistrado, sentado en su gran sillón, en aquellas inmensas alturas desde donde no se ven más que diminutos y raquíticos árboles y torbellinos de pequeños insectos?... No lo sabe; estremecido, espera con sudor glacial las terribles angustias de la pesadilla. El sol espléndido y rojizo se alza majestuoso en el otro lado del Rhin, detrás de los picos de la Selva Negra, y á medida que va subiendo de los más profundos valles de Tham y Munster, de un lado á otro de la Alsacia, llega un sordo murmullo, un ruido de pisadas y de carruajes que aumenta y se acerca. A Dollinger se le parte el corazón. Por la larga carretera que serpentea las laderas de la montaña ve venir hacia él un lúgubre é interminable cortejo; es el pueblo alsaciano en masa, que se ha dado cita allí, en aquel nuevo Volga, para emigrar solemnemente.

Abren la marcha largos carros tirados cada uno por cuatro bueyes; los mismos que se ven en la época de la cosecha colmados de gavillas, marchan ahora llenos de muebles viejos, ropas y aperos de labranza. Son las anchas camas con sus accesorios de indiana, los grandes armarios, las artesas, el torno para hilar, las sillitas de los niños, las poltronas de los ancianos,



todos los arrinconados montones de reliquias sacadas de sus escondrijos, que esparcen por doquier el polvo sagrado del hogar. Viviendas enteras marchan con ellos; por eso parecen gemir á medida que avanzan; por eso los bueyes los arrastran con tanta fatiga, como si la tierra se pegara en las ruedas, como si los secos pedacitos que de ella han quedado en rastros, arados, azadones y rastrillos, haciendo la carga doblemente pesada, convirtieran el viaje de partida en desarraigo de viejos y copudos árboles. Sigue detrás la multitud silenciosa, compuesta de gente de todas clases y edades, desde los ancianos con tricornio que se apoyan temblando en el bastón, hasta los rubios y rizados chiquillos con calzones y tirantes; desde el paralítico abuelo llevado en hombros por robustos mozos, hasta los niños de teta que las madres aprietan contra sus pechos; todos, los sanos y los achacosos; los futuros soldados del año próximo y los que han hecho la horrible campaña; coraceros mutilados arrastrándose sobre las muletas; valientes artilleros, pálidos y extenuados mostrando aún en sus uniformes hechos jirones el moho de las casamatas de Spandau; todos van pasando por el camino á cuya orilla se halla el juez de Colmar sentado, y al pasar junto á él vuelven el rostro con expresión terrible de cólera y desprecio.

¡Infeliz Dollinger! Quisiera esconderse, quisiera huir, imposible; el sillón está incrustado en la montaña, el asiento de cuero en el sillón y él en el asiento. Entonces comprende que está allí como en la picota, que le han colocado tan alto para que todos vieran su vergüenza... El desfile va siguiendo, y aparece un pueblo y otro pueblo, los de la frontera suiza conduciendo inmensos rebaños; los del Saar empujando sus duros instrumentos de hierro en sus vagones de minerales; luego las ciudades, un pueblo entero de obreros, curtidores, tejedores, urdidores, menestrales, curas, rabinos, nobles, magistrados... ya viene el Tribunal de Colmar con su presidente á la cabeza. Y Dollinger, muriéndose de vergüenza, quiere taparse la cara con las manos, pero éstas se hallan paralizadas; quiere cerrar los ojos, pero sus párpados permanecen abiertos, inmóviles; es menester que presencie aquel espectáculo; que le vean, que no pierda ni una sola de las miradas de desprecio que le dirigen los emigrantes...

Un juez en la picota. ¡Qué horrible situación! Pero lo más horrible es que entre la multitud pasan también sus propios hijos y ni uno solo quiere reconocerle. Su mujer y sus hijos bajan la cabeza. ¡Parece que se avergüenzan de que esté allí! Hasta Miguelito, el menor, á quien adora, marcha para siempre sin mirarle siquiera. Tan sólo su antiguo presidente se detiene un momento para decirle en voz muy baja:—Dollinger, venid con nosotros, no os quedéis aquí, amigo mío...—Pero Dollinger no puede levantarse, y en vano llama y se agita en su asiento... El cortejo desfila durante largas horas, y cuando al anochecer se va alejando, todos aquellos lindísimos valles sembrados de chimeneas y campanarios permanecen silenciosos. La Alsacia en masa ha emigrado. Sólo el juez de Colmar continúa allá arriba, clavado en la horrible picota, sentado, inmóvil...

...De repente cambia la escena y ve á su alrededor muchas luces, largas hileras de sepulturas, negras cruces y un fúnebre cortejo. Es el cementerio de Colmar el día de un grande entierro. Doblan las campanas de la ciudad; el consejero Dollinger ha muerto. La muerte ha realizado lo que al honor no le fué posible; ella ha separado de aquel blando asiento al inmóvil magistrado; ella ha sepultado al hombre que se creía permanecer siempre sentado en su sillón.

No cabe dolor más horrible que el imaginarse muerto y llorarse á sí mismo; Dollinger, con el corazón destrozado, asiste á sus propios funerales; y lo que le desespera más aún que la misma muerte es que entre el gran número de sus acompañantes no ve ni un solo amigo ni un pariente; ni un solo vecino de Colmar, todos prusianos. Soldados prusianos forman el piquete; magistrados prusianos presiden el duelo; los discursos que sobre su tumba se pronuncian prusianos son, y hasta la tierra con que le cubren y que él encuentra tan fría, ¡ay! también es tierra prusiana.



De pronto la multitud se separa respetuosa, y un brillante coracero blanco se aproxima al cadáver; parece que lleva una corona de siemprevivas. A su alrededor se oyen varias voces de «¡Es Bismarck... es Bismarck!» El juez dijo para sí tristemente:—«Mucho honor me hacéis, señor conde, pero si tuviera á mi lado á Miguelito...»—Una estrepitosa carcajada le impide acabar la frase, carcajada convulsa, feroz, horrible, prolongada.

—¿Qué ocurre? se pregunta horrorizado el juez. Se levanta, mira... es el asiento de cuero que M. de Bismarck acaba de depositar religiosamente sobre su tumba, con la siguiente inscripción alrededor:

AL JUEZ DOLLINGER,  
HONOR DE LA MAGISTRATURA SENTADA  
IMPERECEDEROS RECUERDOS

Por todos los ámbitos del cementerio se oye una espantosa carcajada, y esta pesada burla prusiana resuena en el fondo de la tumba, donde aplastado por un eterno ridículo llora de vergüenza el magistrado.

ALFONSO DAUDET.

## LA PREGUNTA DE LA NIÑA

—Madre mía, yo soy niña,  
no se enfade no me riña,  
si fiada en su prudencia  
desahogo mi conciencia  
y contarle solicito  
mi desdicha ó mi delito,  
aunque llena de rubor.

Pues Blasillo el otro día,  
cuando mismo anochece,  
y cantando descuidada  
conducía mi manada,  
en el bosque, por acaso,  
me salió solito al paso,  
más hermoso que el amor.

Se me acerca temeroso,  
me saluda cariñoso,  
me repite que soy linda,  
que no hay pecho que no rinda,  
que si río, que si lloro,  
á los hombres enamoro,  
y que mato con mirar.

Con estilo cortesano  
se apodera de mi mano,  
y entre dientes, madre mía,  
no sé bien qué me pedía;  
yo entendí que era una rosa,  
pero él dijo que otra cosa,  
que yo no le quise dar.

¿Sabe usted lo qué decía,  
el taimado qué quería?  
Con vergüenza lo confieso;  
mas no hay duda que era un beso;  
y fué tanto mi sonrojo,  
que, irritada de su arrojo,  
no sé cómo no morí.

Mas mi pecho enternecido  
de mirarle tan rendido,  
al principio resistiendo,  
él instando, yo cediendo,  
fué por fin tan importuno  
que en la boca, y sólo uno,  
que me diera permití.

Desde entonces, si le miro,  
yo no sé por qué suspiro,  
ni por qué si á Clori miro  
se me abrasa el rostro en ira,  
ni por qué, si con cuidado  
se me pone junto al lado,  
me estremezco de placer.

Siempre á orillas de la fuente  
busco rosas á mi frente,  
pienso en él y me sonrío,  
y entre mí le llamo mío;  
me entristezco de su ausencia,  
y deseo en su presencia  
la más bella parecer.

Confundida peno y dudo,  
y por eso á usted acudo.  
Dígame, querida madre,  
si sentía por mi padre  
este plácido tormento,  
esta dulce que yo siento  
deliciosa enfermedad.

Diga usted con qué se cura  
ó mi amor ó mi locura,  
y si puede por un beso,  
sin que pase á más exceso,  
una niña enamorarse  
y que trate de casarse  
á los quince de su edad.

DIONISIO SOLÍS (1).

(1) Dionisio Solís y Villanueva nació en Córdoba el año 1774 y murió casi olvidado en Madrid en 1834, después de haber merecido de sus apasionados el sobrenombre de *León moderno*. Estudió humanidades en Sevilla, se dedicó á la música para ganarse la subsistencia, y finalmente fué apuntador en el Teatro de la Ópera de Madrid. Distinguióse más por sus traducciones que por sus obras originales, y muy particularmente por sus refundiciones de comedias del teatro antiguo. Entre sus poesías líricas las hay muy delicadas, citándose entre las primeras la que ofrecemos á nuestros lectores.

## JOSÉ VENTURA



ENDIGABA en el Ampurdán un niño nacido en Alcalá la Real, provincia de Jaén, el 2 de Febrero de 1818. Su padre, sargento segundo de infantería, le había traído á la provincia de Gerona al ser destinado de guarnición á la plaza de Rosas. De los tiempos pasados recordaba el niño las penosas marchas y la vida en el cuartel, tras la que había venido la miseria presente. Para sustentarse pedía limosna, pero en cuanto sirvió para algo entró de aprendiz en casa de un sastre. Sólo tenía una aspiración, noble, honrada, santa: que el trabajo le diese el pan de cada día en vez de dárselo la caridad.

El niño, emancipado de la pobreza, se había convertido en joven; el joven sin familia tuvo necesidad de amar para llenar el vacío que había en su corazón; y amó á la hija de un músico llamado Juan Liandrich y fué correspondido. Al sentir el amor sintió el arte, y en sus conversaciones con el músico notó que se agitaba en su mente algo para él desconocido, á pesar de que formaba parte de su ser; algo que era crisálida y quería transformarse en mariposa para volar y bañarse en luz; algo que tenía voz, pero no humana, y le decía: «Tú también eres artista.»—¿Puedo ser músico?—se preguntó.—Quiero serlo,—se contestó. Y lo fué. Por algo se ha dicho que querer es poder.

Comenzó á estudiar el solfeo, dedicando á esta tarea cosa de medio año; después aprendió un instrumento, y al poco tiempo una de las *coblas* del Ampurdán contó con un músico más, que se llamaba José Ventura, á quien sus amigos designaban por *Pep*. Aquellas orquestas que tocaban en las plazas é iban á los pueblos cuando las fiestas, llevando la alegría con las melodías de las *sardanas* y *contrapás*, se componían de muy pocos músicos, siendo los instrumentos característicos el caramillo, el tamboril y la cornamusa.

Las sardanas son en Cataluña lo que el zorzico en las Provincias Vascongadas y la muñeira en Galicia: el baile de la tradición, de los recuerdos; el baile de nuestros antepasados, el nuestro, el de nuestros hijos, en el cual está encarnada la tierra donde hemos nacido. «Es nuestro baile nacional, dice Pella y Forgas en su notable *Historia del Ampurdán*: saludad este círculo que rueda, y sea en vosotros el respeto para estos hombres, unidos, graves y siguiendo en marcha regular y varonil, al mismo compás y con igual viveza que dos mil años hace, cuando sus antepasados se batían, invasores, al pie de las pirámides de Egipto. Depuestos odios y rencores los que danzan se dan las manos, ya dejadas aparte las edades, condiciones y la fortuna; que es maravilla la fraternidad que esta antiquísima danza inspira.»

A Mistral, el gran poeta de la Provenza, parecióle la sardana, que le admiró, de origen griego; pero Pella y Forgas dice que los sardos, llamados *sardana* y *saritanau* por los egipcios, la aprendieron en Asia, y dieron su nombre á la danza ampurdanesa. José Ventura al tocar la sardana la sentía, y al sentirla comprendió por intuición que siendo esencialmente ampurdanesa no podían dominar en ella los motivos exóticos, que nada decían á los nacidos en los Pirineos y en los valles y costas del Ampurdán. Comenzó por convertir la *cobla* en orquesta y adoptó de las del Rosellón la *tenora*, instrumento que llegó á dominar hasta tal punto, que es difícil nazca quien le iguale. Cuando tocaba la *tenora*, el Ampurdán cantaba, porque en aquellos sonidos había lágrimas, sollozos, sonrisas, carcajadas, quejidos, voces de alegrías, esperanzas, desengaños, sueños de amor, los rugidos de la tramontana, los bramidos del mar, los besos de

las olas á la arena, el susurro del aura, el murmulio de la fuente, los trinos de los pájaros, el aleteo de las mariposas, el arrullo de las tórtolas, el perfume de las flores. No puede explicarse el efecto que producía la *tenora* tocada por *Pep*: parecía que suspendía la vida real y que vivíamos la del espíritu mientras duraba su canto.

Pella y Forgas dice que «de pueblo en pueblo avivó la memoria de los ancianos; y más de una vez, al resplandor del fuego del hogar, sorprendió una antiquísima melodía que de generación en generación iba repitiéndose al compás de la cuna ó al monótono acompañamiento que la doncella daba con la criba, cual la mujer pelásgica de Homero, al preparar el pan de la familia. Sacó de las *payesías* del Ampurdán los mejores motivos de sus más notables y celebradas sardanas, en las cuales, resucitando, acaso sin saberlo, la idea primitiva de los *coros*, unió el canto á la música para describir y ensalzar la tierra ampurdanesa ó la vida y fatigas de la agricultura. El buen sentido del pueblo aplaudió su música, porque tenía lo que se llama el sabor de la tierra.»

*Pep* compuso sardanas como cantan los pájaros, porque gozaba primero componiéndolas y después al ejecutarlas y al oirlas. Jamás se le ocurrió que sus composiciones pudieran producirle dinero, porque le bastaba la retribución que obtenía como director de su orquesta y con que ésta fuese la primera; y lo logró. Diciendo *Pep* se sabía á quién se nombraba; como cuando se hablaba de la *cobla* se entendía la suya, porque lo era por antonomasia y no podía ser confundida con otra. Eran únicos, sin rival, inseparables, no podían existir sino compenetrándose; y cuando murió *Pep*, murió la *cobla*. Los instrumentos siguieron sonando, pero como cañas secas sin hojas y sin savia movidas por el viento. Faltaba el alma, faltaba *Pep*. Las sardanas que compuso acaso pasen de cuatrocientas, entre ellas algunas notabilísimas.

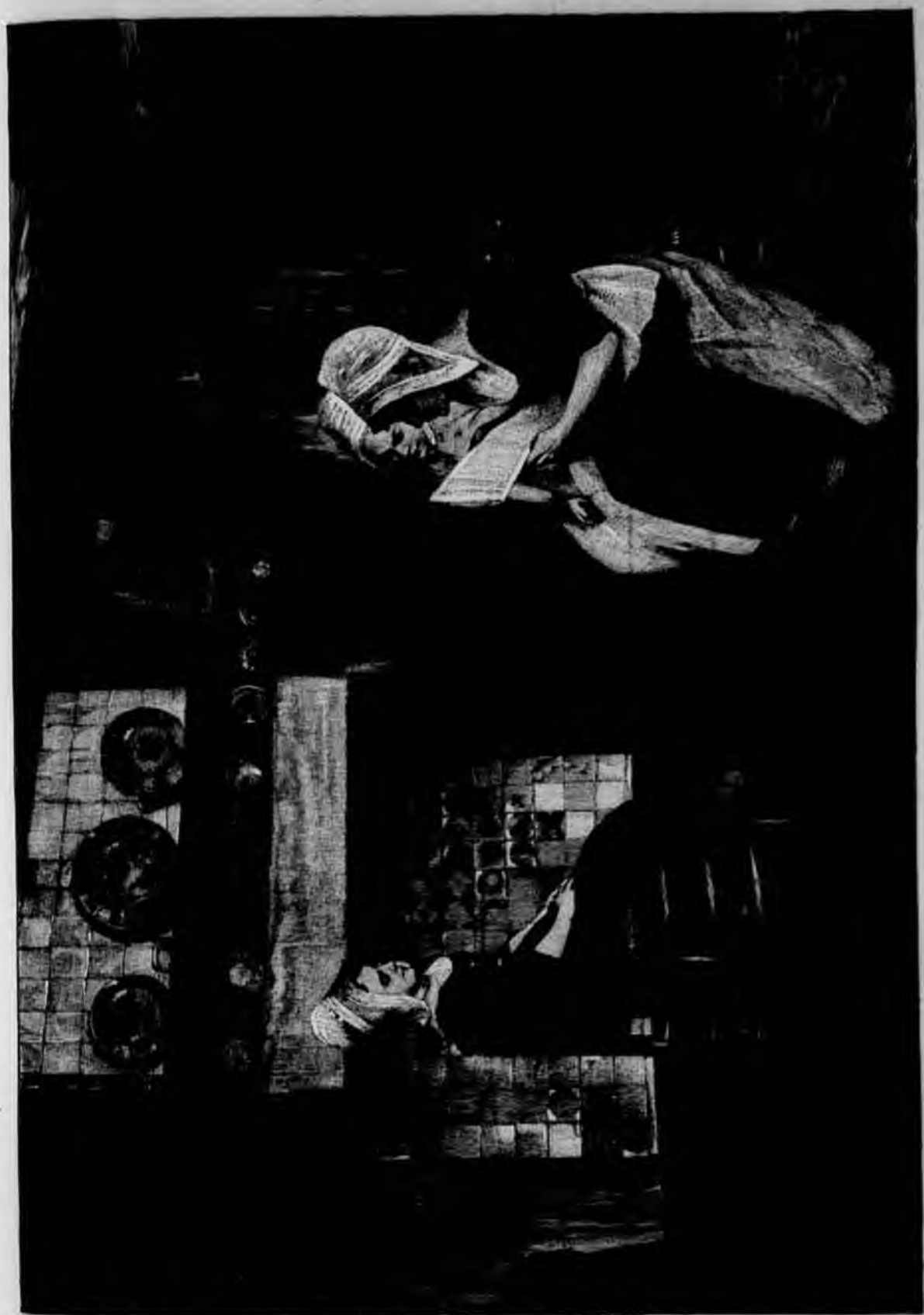
La obra que más fama le ha valido en el Ampurdán y fuera de él, es el coro *Arre Moréu*, aplaudido en Cataluña, en el Rosellón, en la América latina y en los Estados Unidos. El *Arre Moréu* es agreste como los Pirineos, suave como la hierba de sus prados, poético como las arboledas que se miran en el Muga, lleno de color como las flores, perfumado como los naranjales. Aquella composición tiene una cualidad típica, que la ha hecho popular: es esencialmente ampurdanesa.

Es hermoso el Ampurdán y *Pep* fué su cantor. Tuvo la suerte de dar forma á esas melodías que están en el aire, en el murmullo de los cristalinos arroyuelos, en los bramidos de las tempestades, en los labios de la madre que duerme al hijo amado, en el corazón del enamorado adolescente, y las convirtió en sardanas. La sardana y la barretina son ampurdanesas, y como ampurdaneses quiero consignar una protesta contra los que deshonoran la barretina convirtiéndola en símbolo de la república. El llamado *gorro frigio* no es tal cosa, sino el casquete rojo que en Francia se obligó á llevar á algunos presidiarios para distinguirlos de los operarios que con ellos trabajaban; y al regresar á París indultados, los jacobinos, los sanguinarios, los héroes del Terror, los que gobernaron por medio de la guillotina en nombre de la libertad, igualdad y fraternidad, adoptaron aquel distintivo de infamia como signo de la república. No; la honrada barretina ampurdanesa, de origen griego, no puede tener nada de común con el casquete del presidiario.

José Ventura era de estatura aventajada, enjuto de carnes, facciones bien delineadas, mirada viva, moreno de color y usaba bigote y patillas cortadas á rape. Apenas salió del Ampurdán, y contentándose con lo que tenía, ni siquiera le atormentaron las aspiraciones á la gloria y á la fama. Cuando llegaban hasta él los aplausos tributados á su mérito, los recibía con sencillez no fingida, porque nacía de su modestia. Murió el 24 de Marzo de 1878. Ya hemos dicho que *Pep* halló en las sardanas un lenguaje musical que por medio de los sentidos llegaba al alma. Su nombre vive y es muy popular, porque después de su muerte se ha comprendido lo mucho que valía por el inmenso vacío que ha dejado.

TEODORO BARÓ.





NOTICIAS DEL DÍA.—CUADRO DE PABLO WEIMAR





## MILDEW

Esta voz suena ingrata á nuestros oídos, porque *mildew* significa uno de los enemigos de la vid, y la vid representa la riqueza más extendida y más importante de España. Produce nuestro suelo en abundancia trigos, descendientes poco afortunados de aquellos que un día constituyeron el granero de Europa; sustenta hermosos olivares que nos proporcionan excelentes aceites; nos ofrece una gran variedad de frutas que alegran la vista y deleitan el paladar y el olfato; produce granos, legumbres y tubérculos. Tiene producciones de diversos y aun opuestos climas, desde las propias de las regiones tropicales hasta las peculiares á los países fríos.

Pero todas ellas, ó bien no constituyen un ramo importante de riqueza, ó bien sufren más ó menos la competencia de sus similares del extranjero. Sólo el vino no tiene competencias, sólo el vino vence, sólo él triunfa. La vid es la planta genuinamente propia de nuestro suelo, y el vino la producción agrícola eminentemente nacional. Declararse, pues, enemigo de la vid, casi vale tanto como declararse enemigo de España.

*Mildew* es un nuevo combatiente que ha venido á unirse á los muchos que ya combatían la vid. Es un soldado que forma en las filas en que pelean *floxera* y *antracnosis*, *dematophora*, *vibrosea* y *black-root*.

El origen del *mildew*, como el de algunos pueblos de la antigüedad, se pierde en las nebulosidades de la historia. Autores hay que aseguran ser conocida ya su existencia desde remotos tiempos, y que los israelitas y más aun los romanos, conocieron ya esta enfermedad de la vid, añadiendo que estos últimos aconsejaban las fumigaciones odoríferas y acres para librar de ellas á las cepas.

Sea lo que fuere de estas opiniones, lo que podemos afirmar es que el *mildew*, que agota nuestros viñedos, fué importado á Europa desde los Estados Unidos de América. No contenta ésta con habernos regalado la *floxera* (terrible regalo), nos proporcionó también el *mildew*. De aquellas tierras vírgenes y no fatigadas por el continuo laboreo; de aquellas llanuras en que toda fertilidad parece tener su asiento, y en alas del vapor, fué transportado el *mildew* á Francia en 1878.

Cobijado bajo los pámpanos de las vides americanas, introdujose sigilosamente en las comarcas francesas, pasando su presencia desapercibida hasta que sus efectos lo denunciaron bien pronto al furor y á la ira de los unos y á la observación y al estudio de los otros.

Del departamento de *La Gironde*, en el cual se presentó por primera vez, corrióse á otros departamentos, y no bastando á su voracidad las comarcas francesas, salvó el valladar pirenaico y apareció de improviso en nuestros viñedos en 1884, causando su presencia vivísima alarma entre los viticultores.

*Mildew* ó *mildiu*, llamado por los naturalistas *peronospora*, es una criptógama de forma fungoidea, que, bajo la apariencia de un diminuto hongo, ataca las cepas. Por lo regular aparece primero sobre el lado inferior de las hojas como un fino polvo, como una mancha blanca, recordando una eflorescencia salina. Se infiltra en el

tejido de las hojas, que se decoloran, secan y caen; penetra en las células de la madera, que toma una apariencia negruzca, y por último, hace cesar el desarrollo del fruto.

Sus efectos son terribles, mayormente cuando las circunstancias favorecen la propagación de este parásito, y si las invasiones son muy continuadas, pueden producir la muerte de la cepa.

Las invasiones tienen dos géneros de causas; unas predisponentes, que son la blandura constitucional de las hojas y las lesiones ocasionadas por las variaciones termométricas é higrométricas sobre las superficies de aquéllas; y otras determinantes, que son el calor y el agua, los cuales favorecen el desarrollo de los esporos sobre la epidermis dañada.

Créese que los gérmenes de esta enfermedad se esparcen por la atmósfera; que los esporos flotan continuamente en el aire, aguardando una ocasión propicia para el ataque, y que el aire, en cuyas ondas van envueltos, se encarga de transportarlos, y ora es el céfiro suave quien, acariciando los pámpanos, deposita traidoramente en ellos gérmenes de muerte, ora es el violento aquilón quien los lleva á grandes distancias, emponzoñando las cepas con su halito morboso.

*Mildew* ataca algunas veces de un modo paulatino y sucesivo, invadiendo gradualmente una comarca, como quien anda con paso lento, pero seguro, y confía en el éxito de su empresa; otras ataca de improviso, como enemigo que asalta sin que hubiésemos notado su presencia. Bastan á veces algunos días de lluvias, de humedades ó de nieblas persistentes para que el *mildew* se desarrolle de un modo rápido en las cepas más frondosas y al parecer más sanas.

Este parásito tiene sus gustos y sus preferencias. A un cielo azul y despejado, á una atmósfera caliente, á ese sol espléndido que á millones nos manda sus rayos, que todo lo envuelven, que todo lo desecan, que todo lo inflaman, prefiere los cielos brumosos, los cielos grises, esas nieblas azuladas y diáfanas que como inmensas gasas se arrastran por valles y montañas; las tierras húmedas, las continuas lloviznas, los rocíos abundantes y los ambientes empapados de frescura. Los fuertes calores, sin embargo, inmediatamente después de lluvias ó nieblas, favorecen la invasión.

*Mildew* es un enemigo que dista mucho de ser invencible. Se han ensayado con éxito contra él varios procedimientos, y la experiencia ha demostrado los excelentes resultados que se obtienen con la aplicación de procedimientos en los que el sulfato de cobre entre en parte principal.

Mi distinguido amigo, el señor don Rafael Roig y Torres, propone para combatir el *mildew* las fórmulas siguientes:

### TRATAMIENTOS LÍQUIDOS

#### Primera fórmula.

Agua clara.	1 hectolitro.
Sulfato de cobre.	300 gramos.

*Segunda fórmula.*

Agua. . . . .	1 hectolitro.
Sulfato de cobre. . . . .	500 gramos.
Cal viva en piedra. . . . .	200 .

Para la primera fórmula conviene emplear agua clara ó de lluvia; las aguas sucias ó turbias no sirven para el caso.

El sulfato de cobre ha de ser puro y estar perfectamente cristalizado. Han de preferirse los cristales gruesos, y no emplear sulfato de cobre en polvo más ó menos fino.

Para disolver el sulfato de cobre se introduce éste en un pequeño recipiente de madera, cobre ó tierra cocida, vidriado interiormente y destinado sólo á este objeto, á ser posible; se vierte agua caliente y se agita hasta que los cristales de sulfato cúprico queden disueltos. Esta disolución, que puede ser muy concentrada, se vierte luego en agua clara, obteniendo dos, tres ó más hectolitros de líquido para aplicar á las cepas, según sea la cantidad de sulfato de cobre disuelto.

Para preparar la segunda fórmula se echan algunos terrones de cal viva en piedra en una pipa aserrada por mitad ó en un depósito cualquiera de agua; se disuelve la cantidad de sulfato indicada y se vierte luego en agua clara y limpia, procedente del depósito, y en cuyo fondo se procurará que haya cal constantemente; de modo que el líquido no ofrezca la apariencia de la lechada de cal, porque contiene de esta sustancia pequesíma cantidad, lo suficiente sin embargo para preparar la fórmula de éxito seguro contra el *mildew*.

## REMEDIO EN POLVO

Como no es posible en todos los viñedos disponer del agua que exige la aplicación de sustancias en forma líquida, se pueden emplear: el polvo Carrère que ha dado excelentes resultados, toda preparación cuprica bien elaborada y el azufre mezclado con sulfato de cobre finamente pulverizado y en la proporción siguiente:

Azufre de superior calidad. . . . .	36 partes.
Sulfato de cobre puro. . . . .	4 .

La aplicación de sustancias pulverulentas se ha de

efectuar aprovechando la mayor ó menor humedad de la atmósfera, y sobre todo el rocío. Después de un tiempo lluvioso es época oportuna para realizar estas operaciones.

Los tratamientos han de ser preventivos; en nuestro país, aun cuando reine un tiempo seco y no se observe

la menor señal de *mildew*, conviene efectuar la primera aplicación después del 15 de Mayo. La salvación de los viñedos depende en gran parte de la aplicación de los remedios preventivamente.

No hay necesidad de interrumpir los tratamientos, caso de ser necesarios durante la época de la floración.

Empleando los remedios líquidos, no se deben suprimir los azufrados de la vid en su época correspondiente. Si se aplica el remedio en polvo, se podrán suprimir los azufrados contra el *oidium*.

Efectuando el primer tratamiento en la tercera década de Mayo, se puede dar el segundo entre el 15 y 20 de Junio, á no ser que antes sea preciso uno intermedio, según la intensidad de la invasión peronosporica y las condiciones climatológicas.

Dos ó tres tratamientos generales bastarán seguramente durante toda la campaña; si el tiempo es húmedo, con intervalos de grandes calores, convendrá efectuar

un cuarto tratamiento. De todos modos es prudente que el último tratamiento, caso de exigirlo las circunstancias, se efectúe lo más tarde quince días antes de la vendimia.

Si posible fuera, debiéramos hacer con este incómodo huésped lo que con ciertas gentes; esto es, mandarlo al punto de su procedencia bajo partida de registro.

Pero dada la imposibilidad de llevar á cabo tal propósito, no nos queda otro recurso que combatirla sin descanso. Valgámonos de todas armas, que todo recurso es lícito tratándose de un enemigo de tal calibre; empleemos la astucia ó la fuerza, según convenga, hasta lograr su completo exterminio, que si fué afortunado en el nuevo continente no lo sea en el antiguo, al que ha venido, á fin de que no pueda poner como divisa en su escudo la antigua inscripción de las onzas españolas: *In utroque felix*.—M. LLOPIS Y BOFILL.



PASTORA.—CUADRO DE J. AGRASSOT



## UN ERROR

POR

CARMEN SILVA

(LA REINA DE RUMANÍA)

(CONTINUACIÓN)

**T**u reloj anda muy atrasado. Cuando sali del hotel del Norte eran ya las siete y media dadas, y este reloj señala esta misma hora en este momento.

Hizo marchar los indicadores. Eduvigis le observaba y sus ojos graves adquirieron una expresión maliciosa que no se le escapó á M. de Asmar, porque se había puesto los lentes para arreglar el reloj, á causa de ser muy miope.

—Confiesa que tus ojos dicen: ¡Maniático!

—¡Oh, no! A lo más dicen: ¡Siempre el mismo!

—Sí, este sentimiento minucioso del orden y de la regla ha de parecer ridículo á una mujer de mundo; mas cuando se vive, como yo vivo, lejos de los países civilizados, las cualidades mejores degeneran en manías.

—Esta idea no se me había ocurrido. ¿Estás cierto, Joaquín, de que yo naciese para ser una mujer de mundo?

—Por lo menos, tal es el resultado de tu educación.

Eduvigis vió en esta frase un reproche dirigido á su madre, reproche que se le ocurrió á Joaquín, pero que no había querido expresar.

—Y vamos á ver: ¿qué entiendes tú por mujer de mundo?

—Lo que tú eres.

—Entonces seré para ti sólo un tipo general y no una individualidad.

Echóle él una de aquellas miradas rápidas algo duras, que á ella la habían ya inquietado. En las noches pasadas experimentó la dulcísima impresión de que los dos se comprendían, que, por vez primera en su vida, uno de ellos no tenía más que empezar un pensamiento para que el otro lo completase. Había ella creído que él leía en el fondo de su alma y que la juzgaba digna de su amistad, y ahora, no obstante, parecíale que todo había sido un error.

—¿Sabes, Joaquín, que siento hoy un deseo vivísimo: el de referirte mi vida antes de una separación que puede ser definitiva? Hete ahí que volvemos á ser tan extraños el uno para el otro como el primer día en que nos vimos de nuevo.

—Apariencia únicamente, Eduvigis. Lo que deseabas contarme puedes decirlo con la misma seguridad que si hablastes contigo misma.



—Imposible en este instante. Se ha cerrado la puerta y la llave se ha extraviado.

—Ya la encontraremos: la velada es larga aún. ¿Tienes noticias de tu hija? ¿La veré en Roma?

—Hoy no me ha escrito, pero mira aquí su última fotografía, que he recibido habrá dos horas: ella y sus hijos.

Acercóse él á la lámpara y contempló por largo rato el retrato. Eduvigis en la sombra estudiaba las variaciones de su fisonomía. Una emoción violenta contrajo su cara, tras de lo cual sonrió:

—Tu hija nada tiene de tí, absolutamente nada. Nadie diría que fuese hija tuya: tampoco recuerda á Wolff. A mi madre se parece con sus ojos grandes y su boca sonriente, pero este niño sí que es tú misma, rasgo por rasgo. Cuando le coloque sobre mis rodillas, imaginaré tener á la pequeñita Eduvigis que se encaramaba á cada triquitraque, para devorarme con sus miradas serias y obligarme á que le narrase cuentos de hadas.

Habíase ella acercado, y con él miraba la fotografía.

—Contabas tan bien, Joaquín, que aun ahora reproduzco palabra por palabra tus historietas, con gran alborozo de mis nietos, después de haberme servido de ellas para la misma Silvia, la cual muchas veces se ha sentado cabe mis pies, con el mayor de sus niños, deseosa de escucharlas nuevamente. Yo intercalo en los cuentos la descripción de los países en donde Joaquín se encuentra, aunque él sólo me haya favorecido con sus regalos y poquísimo con sus cartas. Cada regalo tiene su historia particular; el chal, el cuchillo de marfil, la cajita de sándalo, el biombo japonés; en una palabra, todo cuanto de tí procede ha servido de pretexto para narraciones inacabables. De este modo te hemos sentido siempre entre nosotros.

Su voz habíase velado ligeramente.

—He escrito siempre con regularidad á Wolff, ¿no viene á ser esto lo mismo?

Eduvigis no entendió ó no quiso entender esta pregunta suplicante. Él seguía examinando los retratos.

—Tú tenías también rizos como estos,—dijo él al fin, como si no hubiese contado con una respuesta,—idénticos, y yo los enredaba en mis dedos mientras te refería mis cuentos.

—Sí, á mí esto me gustaba, mientras que Wolff me tiraba del pelo y yo acababa por pegarle. Me atormentaba siempre, y el gran Joaquín venía á poner paz entre nosotros.

—Creo que el juez era con frecuencia injusto,—dijo con emoción M. de Asmar;—les tenía manía á las niñas y protegía á su hermanito, el favorito de su madre.

—No importaba esto, porque á mí me ponía orgullosa ver que tomabas partido en contra mía.

—Me llenas de confusión retrospectiva. ¿Puedo preguntarte por qué?

—No, á la verdad. Sin embargo, somos ya gente vieja y podemos hablar en broma de tales chiquilladas. Tu censura no era más suave que tus elogios. Como verdadera hija de Eva, sabía que se quiere perfecto lo que se coloca más alto.

—¡Qué bien sabes arreglar las cosas! Entendías ya de esto en la época de que hablas, y ya me parecías menos niña que mi pequeño Wolff, tan loco y tan aturdido. ¡Pobre chico! Aun me parece verle ponerse colorado cuando se quedaba corto ante tus respuestas. Por esto apelaba á los golpes, porque le humillaba que un muchacho se quedase por debajo en una pelea con una señorita.

Habíase sentado M. de Asmar al pie de la *chaise-longue*, vuelta la espalda á la lámpara. Eduvigis, cruzados los brazos, se apoyaba en el respaldo acolchado de un sillón, agitando con los dedos las puntas de su mantilla de encaje:

—¿Comenzaste muy pronto á amar á Wolff?—preguntóle.

—¡Qué pregunta tan delicada!



Miróla él fijamente: tenía ella clavados los ojos en la llama del hogar, como si quisiese leer allí alguna cosa. De su rostro había huido la alegría; hubiérase dicho que por él había pasado el viento del otoño. Él no quería verla de este modo; há poco su cara de otros tiempos le sonreía maliciosamente. Ella había querido á Wolff: esto tenía que ser por fuerza y lo contrario era imposible. Hoy día, viuda, lloraba aún al difunto marido, de donde su expresión dolorosa.

— ¡Qué cosa tan rara que guarde tan pocos recuerdos de un tiempo en que, no yo, porque me hallaba ya lejos de la infancia, pero tú y mi hermano erais niños! Iba sólo á tu casa durante las vacaciones de la Universidad, y con todo recuerdo muy bien una escena en la que Wolff se había cortado el dedo y tú llorabas amargamente y sin que se pudiera consolarte.

— Porque era yo la culpable. Los dos cogimos juntos un cuchillo y de golpe noté la herida y que brotaba sangre. Creía que me iba á acusar, y muy al revés, dijo que él mismo se había causado el daño. Me callé por miedo de ser castigada. A partir de aquel día no le atormenté más, porque se había mostrado superior á mí en valor. ¿Recuerdas que en aquellos días tú me llamabas Hañdí? Me gustaba tanto este nombre que para oírlo hubiera pasado por sobre ascuas.

— Y tú me echabas los brazos al cuello diciéndome: ¡Mi Jo querido!

La evocación de estas memorias había devuelto á su cara toda la juventud.

— Sí, es verdad, así te llamaba, — dijo ella sonriendo.

— Mas cuando volví de la Universidad, ya no se habló de esto.

— Me tenías demasiado intimidada. Creía que lo sabías todo, porque te habías examinado. Por otra parte, yo era ya una mujercita... de nueve años.

— Es cierto. A los veintiún años era doctor en Derecho. ¡Dios mío! ¡Cómo se mostraba orgullosa mi pobre madre, aunque sintiese por mí más admiración que ternura! Su hijo verdadero, su único rayo de sol era Wolff. ¡Cuán dichosa hubiera sido á haber vivido bastante para ver que eras su mujer!

— Por tu madre has conservado, Joaquín, un verdadero culto. Wolff hablaba tan poco de ella, que para mí casi fué una persona extraña.

— A su muerte tenía Wolff quince años y pensaba sólo en él como todos los chicos mimados. Sintió, empero, lo que había perdido, y esto me consta porque pasó conmigo el año inmediato. Iba aún al Instituto, y mi madre, al morir, me hizo responsable de su felicidad. ¿No he cumplido, acaso, mi deber? ¿No he preparado la felicidad de Wolff?

Eduvigis se calló. Inquieto por este silencio repitió la pregunta.

— Dime, Eduvigis, ¿ha sido muy feliz?

— No sé, — contestó ella con voz ahogada, — si los hombres que se le parecen conocen nunca la verdadera felicidad.

— Tú quieres decir que ha sido desdichado.

Temblaba su voz tanto, que la condesa se apresuró á responder con otra pregunta:

— ¿No te escribió acaso sobre el accidente de que fué víctima un año después de nuestro matrimonio?

— ¡Que se había roto la pierna!

— ¿Esto es todo lo que te dijo?

— ¡Escribía tan poco, y eran tan breves sus cartas! Por ellas nada llegaba á saberse.

La condesa sonrió con melancolía.

— Por lo común, su secretario le llevaba la pluma.

— Pero á este singular secretario no se le ocurrió nunca escribir por cuenta suya al pobre desterrado y derramar un poco de maná en su desierto.

— Ya, ¿pues este desierto no eran los trópicos y sus maravillas? ¿Podía venir el maná de nuestros arenales de la Pomerania?

—Nunca he comprendido por qué de un modo tan absoluto abandonasteis la ciudad por el campo. Al principio juzgué á mi hermano tan celoso de la belleza de su mujer, que quería ocultarla á todas las miradas; mas persistiendo en este sistema, aumentóse mi asombro. A decírtelo, Eduvigis, con franqueza, imaginé que no te hubieras sometido nunca.

—¡De verdad!—repuso ella con una amargura tal, que renovó el malestar de su interlocutor.

Levantóse M. de Asmar, y puso en la chimenea algunos leños que se inflamaron en seguida chisporroteando.

—¿Ves?... De este modo ha de hacerse. La leña bien colocada, el aire circulando por debajo, ó de lo contrario el fuego no se enciende.

—Sí,—dijo ella distraídamente,—los hombres piensan en arreglar hábilmente la leña de su chimenea, y no les inquieta poco ni mucho el árbol que entregan á las llamas.

—El árbol ha sido hecho para arder ó para morir inútilmente.

—Sí, pero el secreto está en saber *cuándo*.

—Todo consiste en saber *por qué*.

—Como nadie le pide su opinión, sino que se le trata como cosa inerte, se puede suponer siempre que se ha estado cruel con él.

M. de Asmar estaba aún inclinado sobre el fuego; volvióse bruscamente. Las facciones de Eduvigis tenían la frialdad del mármol.

—¿Por qué vivisteis en el campo?—preguntó él casi brutalmente.

—Porque Wolff se había fracturado la cadera de tan mala manera en aquella caída, que se quedó cojo para siempre. Desde entonces le fué imposible montar, cazar, bailar y hasta dar paseos á pie. El tiempo tenía que ser muy bueno para que pudiera salir sin muleta. Esto le contrarió muchísimo, porque no conocía otros placeres.

Hablaba ella con calma, con indiferencia, con su voz melodiosa y dulce como el murmurio del agua corriente. Ni un músculo de su cara se agitaba y se hubiera dicho que ni siquiera respiraba.

M. de Asmar se apoyó en la chimenea.

—¡Cojo!—repitió, contraídas las cejas, fija la mirada en el suelo. Al fin levantó la cabeza.

—Y ¿qué hacía?

—Jugábamos á los cientos, al ecarté, al dominó: salía mucho en carruaje, guiando él mismo, y esto constituía su mayor distracción.

—¿Y su hija?

Iluminóse el rostro de la condesa.

—¡Sí, Silvia! Cuando Silvia hubo crecido, cambiaron las cosas y le ayudaron á matar horas. Enseñóla á montar á caballo, y se estaba desde medio día en el picadero hasta que la niña ejecutaba bien los ejercicios de alta escuela y los saltos más peligrosos, y que merecía algún elogio de aquel profesor severo.

—Y tú ¿le enseñabas lo demás?

—Todo cuanto me era posible, Joaquín. Toca bien, aunque no como una maestra.

Él se sentó, y ella se deslizó hacia el sillón, en donde se apoyó.

(Continuad).

# EPÍSTOLA MORAL

SOBRE LAS COSTUMBRES DEL SIGLO

A MI QUERIDO AMIGO EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON VENTURA DE LA VEGA

**O**h siglo del vapor y del buen tono!  
Oh venturoso siglo diez y nueve...  
ó, para hablar mejor, décimonono!

Si alguna pluma cáustica se atreve  
á negar tus virtudes y tu gloria,  
yo la declaro pérfida y aleve.

¿Cuándo ha visto en sus páginas la historia,  
sea en la antigua edad, sea en la media,  
tantas acciones dignas de memoria?

¡Y qué saber! Si Dios no lo remedia,  
tendrá cada varón dentro de poco  
montada en su nariz la enciclopedia.

Mozuelo á quien ayer hacia el coco  
bestial pasiega, y sin ajeno auxilio  
ni andar podía ni limpiarse el moco,

Hoy desafia á Homero y á Virgilio,  
ó con él comparado, si gobierna,  
era un mal aprendiz Numa Pompilio.

Hay quién echa á Demóstenes la pierna  
de la elocuencia gárrula prendado  
que aprendió en los cafés... ó en la taberna;

Á otro basta nombrarle diputado,  
aunque su nulidad sea notoria,  
para que él se repite *hombre de Estado*.

Hasta un pinche que en docta pepitoria  
perdices ó besugos condimenta,  
de sabio alcanza ya la ejecutoria;

Que si á la parca víctimas aumenta  
la ciencia culinaria, sabrosa muerte  
es morir con su sal y su pimienta.

Escribir y crear es nuestro fuerte,  
no hay poste ya sin cartelón impreso,  
ni prensa ociosa, ni punzón inerte.

¡Así se compran páginas al peso,  
pagando medio duro por arroba,  
para envolver los dátiles y el queso!

Uno invoca á las brujas en su trova;  
otro sigue á Aristóteles y á Horacio;  
otro pinta á los héroes con joroba.

Aquel pulsa la lira en un palacio;  
aquel otro rasgando la bandurria  
muestra en un bodegón su cartapacio.

Ya nos posea el júbilo ó la murria,  
á todos nos ataca esa manía,  
esa especie de métrica estangurria,

Y lo mismo en la dulce poesía  
que en moral, en política, en hacienda,  
nuestro estado normal es la anarquía.

«El genio por doquier se abre una senda.»  
Asentada esta máxima, ¿qué importa  
que ya ningún cristiano nos entienda?

Así también la muchedumbre absorta  
sus goces multiplica intelectuales  
con tantas coplas como España aborta.

Así quizás en públicos corrales  
involuntaria risa nos asedia  
cuando ejecutan dramas sepulcrales,

Y hoy que tanto se ríe en la tragedia,  
no es maravilla si se deja alguno  
de que le hagan reír en la comedia.

Mas dejando en su tema á cada uno,  
Hugos y Tasos, Góngoras y Ovidios,  
decidme, y perdonad si os importuno:

¿Cuándo persas, ni sármatas, ni lidios  
hilaron tanto y tan delgado en esto  
de acumular gabelas y subsidios?

Ello es verdad que con amargo gesto  
suspiran más de dos por un sistema  
que á lo justo reduzca el presupuesto.

Ello es verdad que rústico anatema  
fulmina audaz contra el avaro fisco  
el pobre ganapán que cava ó rema,

Y cuando alza el orgullo un obelisco  
exclama en su dolor: ¡yo lo he pagado  
con la postrer oveja de mi aprisco!

Mas ¿quién es un pechero mal criado  
para meter impertinente el cuezco  
en el *Sancta Sanctorum* del Estado?

Humille al suave yugo su pescuezo,  
y al sueño lo atribuya buenamente  
cuando el hambre le arranque algún bostezo.

Pues ¡no faltaba más! ¡que un insolente  
su bienestar prefiera... verbigracia,  
á las arduas cuestiones del Oriente!

Harto tiene que hacer la diplomacia  
si ha de avenir con el bajá del Nilo  
á un tal Abdul Mejid, sultán de Tracia.

¡Es grave la cuestión! Pende de un hilo  
si ha de ser del vecino, ó tuya, ó mfa  
la pesca del caimán y el cocodrilo.

Arreglemos primero á la Turquía,  
no sea que del uno al otro polo  
arda la guerra asoladora impta.

Á bien que *Metternich* se pinta solo,  
y *Palmerston* es hombre que lo entiende  
para eso de enjergar un protocolo,

Y después que conjuren aquel duende  
y al bajá y al sultán protocolicen,  
protocolizarán á los de aqueude.

¡Oh! mármoles y bronces eternicen  
al que inventó tan linda panacea,  
aunque algunos ingratos la maldicen.





DULCE SECRETO  
CUADRO DE ADOLFO HERING





Lo que antes en diez años de pelea,  
en un par de semanas hoy se ajusta  
con polvos y papel, tinta y oblea.

Otorga el flaco lo que al fuerte gusta;  
la guerra es ya de pura ceremonia,  
y aunque truene el cañón nadie se asusta.

«Venga, dice el inglés, esa colonia,  
y el prusiano y el ruso y el austriaco  
se reparten el reino de Polonia.

Si esto no agrada al infeliz polaco,  
¡paciencia! Era mal clima la Siberia;  
mejor campa en el Vístula el cosaco.

Así en el archipiélago se feria  
á Otón un cetro, y á Coburgo en Flandes;  
así muere absoluto el rey de Iberia,

Y en su cartera así los hombres grandes  
del universo encierran el destino  
desde el hercúleo mar hasta los Andes.—

Acaso algún espíritu mohino  
más daño que á la pólvora y al hierro  
atribuya al papel y al pergamino.

«Si al fin, dirá, la albarda y el cencerro  
ha de imponer al débil, el potente,  
si le han de dar al cabo pan de perro,

«Más vale pelear como valiente  
y á lo menos salvar la negra honrilla,  
como dijo aquel príncipe excelente.»—

¡Grosero error! Doblemos la rodilla,  
oh santo *Protocolo*, en tus altares.  
¡Vitor!... Eres la octava maravilla.

Y no porque á los bélicos azares  
sucedan los primores de la pluma,  
faltan héroes. ¡Nos sobran á millares!

De tal renombre la grandeza suma  
apenas se otorgaba en otra era  
al audaz vencedor de Moctezuma.

Hoy lo arreglamos ya de otra manera:  
proclamas y periódicos sin cuento  
conceden ese título... á cualquiera.

¿Y qué diré, oh Ventura,—que el momento  
ya llegó de nombrar el ciudadano  
á quien mi carta dirigir intento;—

Qué diré del prodigio sobrehumano  
de valer hoy millones los billetes  
que ayer menospreció todo cristiano?

Vé á la *Bolsa* y, sin miedo á los corchetes,  
verás improvisar su bienandanza  
á quien sabe mover los cubiletes.

¡Doloso cebo al necio Sancho-panza  
á quien sepulta en súbito naufragio  
viento falaz que le auguró bonanza!—

«¡Maldito sea, exclamarás, el agio,

peste de las modernas sociedades  
más fiero que el buhón en su contagio!

»¡Dichosas las pretéritas edades  
do fué desconocido! ¡A buen seguro  
que lo sufrieran Jerjes ni Milciades!»

Mas ¿qué hicieras, replico, en el apuro  
de ser ministro, dí, y en el erario  
no hallar para remedio un peso duro?

¡Oh! no cabe sistema tributario  
que iguale ni con mucho al arte eximia  
que convierte el papel en numerario.

¿Y cómo reprobar la nueva alquimia  
cuando con ella el alto *financiero*  
si no salva al Estado... lo vendimia?

¿Y qué importa que gima el pueblo entero  
mientras jugando al *alza* y á la *baja*  
la bursátil legión nada en dinero?

Que no á todos es dable la ventaja  
de comprar al futuro y al contado  
sin un real en la bolsa ni en la caja.

Al bolsista chambón, desventurado,  
que paga una primada en cada *prima*,  
¿quién le manda meterse en tal fregado?—

Pero aunque esta verdad nos cause grima,  
el maldito interés es una plaga  
que nunca el hombre se echará de encima.

Yo mismo, mal coplero, que á la zaga  
del Venusino que ilustraba al Lacio  
en dulce son que persuadiendo halaga;

Yo que, imperito imitador rehacio  
de Rioja insigne, cuya docta pluma  
dió á la hispana región segundo Horacio,

Oso epistolizar—¡audacia suma!—  
y en vano forcejeó con la carga  
que ya mis hombros frágiles abruma,

Cuando escribo estos versos de botarga,  
y con algo de miel los elaboro,  
que á secas la verdad es muy amarga,

No de gloria fugaz al almo coro  
demando la merced: sólo me impulsa  
la golosina... de la *Rosa de oro*:

Y aunque peque mi sátira de insulsa,  
me quedará más frío que la nieve  
si el adusto areopago me repulsa.—

Mas, por si tal ocurre, quiero en breve  
dar á mi carta fin, que es ya prolija  
y tal vez hoy se lean ocho ó nueve.

Así, aunque mucho queda en la balija,  
adiós, Ventura amable; siempre tuyo,  
como sabes... *et cetera*... y concluyo  
antes que el auditorio me lo exija (1).

MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS.

(1) Esta sátira, dirigida en forma de epístola á Ventura de la Vega, escrita hace medio siglo, parece de ayer, tan semejantes son los vicios y flaquezas de la generación presente con los que entonces dominaban en la sociedad española. La diferencia está sólo en el más y en el menos. Esta composición fué premiada por el *Liceo de Madrid* en público certamen, y es, según el P. Blanco, lo mejor de Bretón en este género literario. Sus pasajes más salientes han llegado á hacerse populares, y pocos aficionados á la literatura dejan de saber de memoria los primeros tercetos. «Nunca, añade el crítico agustino, volvió á estar Bretón tan inspirado en composiciones de esta índole.»

Don Manuel Bretón de los Herreros nació en Quel, en la Rioja, en 19 de Diciembre de 1796. De estudiante que era en Madrid, se hizo voluntariamente soldado en el último período de la guerra de la Independencia. En un lance personal tuvo la desgracia de perder aquel ojo izquierdo, cuya falta, que prestó á su fisonomía un aspecto característico, le inspiraba, andando el tiempo, alguno de sus más geniales chistes. Sucesivamente le ocuparon la administración, el periodismo y los cargos de director de la *Gaceta* y de la Biblioteca Nacional, pero sin abandonar su carrera de escritor dramático, que le granjeó sus mayores glorias. Siendo secretario perpetuo de la Real Academia Española, falleció en Madrid el día 8 de Noviembre de 1873.

## NUESTROS GRABADOS

### EN UNA MAÑANA DE PRIMAVERA

CUADRO DE OTTO STRÜKEL

Tiene algo de idílico el cuadro pintado por O. Strükel. El autor se ha complacido en mostrar a la naturaleza adornada con sus mejores galas. Sereno el firmamento, floridos los árboles, la lozanía imperando en todo, parece que ante semejante espectáculo el pecho del hombre ha de abrirse también a la expansión y gozar con las imponderables bellezas derramadas en los campos por el Creador del mundo. Los niños y el rebaño puestos debajo del árbol en flor del primer término, respiran el sentimiento de paz y de tranquilidad que llena todo el cuadro, dibujado con gran conocimiento del paisaje, como lo prueban especialmente los grupos de árboles.

### NOTICIAS DEL DÍA

CUADRO DE PABLO WEIMAR

Dos chicas holandesas emplean el día de fiesta, lo cual descubre su traje dominguero, haciendo visita a una tía suya. Agotados los recursos corrientes y molientes de la conversación, el tiempo malo, el estado de la salud de la familia, los chismes de la vecindad, las dos muchachas no saben cómo alimentar la conversación, y se les ocurre coger el periódico y entretener a su tía con la lectura que trae. Encuentran poco socorrida la lectura, ya que no les interesan las nuevas políticas y casi menos las llegadas de barcos, los precios de los artículos de comercio, etc., etc., con la añadidura, además, de que, aun cuando hayan aprendido a leer en la escuela, no andan ellas muy sueltas en hacerlo, antes repetidamente se ven obligadas a silabear, sobre todo cuando tropiezan con vocablos algo estrambóticos para sus oídos. Y la tía no les va en zaga en no interesarse por la lectura, gracias a que en el mismo día cae el aniversario de un suceso para ella tristísimo y que la trae cariacontecida. La tía vería con gusto que las muchachas la dejaran a solas con sus melancolías y a las jóvenes les placiera mucho más que el leer irse a bromear con otras compañeras suyas.

Este es el tema que el pintor alemán Pablo Weimar ha escogido para el bonito cuadro que reproducimos. Holanda fué antes y es todavía ahora un país en extremo pintoresco, por el aspecto de sus viviendas, por haber conservado el pueblo en los muebles de sus habitaciones algo de las formas antiguas y por haber conservado todavía más sus trajes característicos, que aun hoy recuerdan los de los personajes de Gerardo Dow y de Peter de Hoogh. De ahí la afición que por Holanda sienten algunos artistas europeos contemporáneos, quienes, ansiosos de ser verdaderos en sus lienzos y por lo tanto de sacar en ellos la verdad real, cuidan también de que ofrezcan rasgos que la aparten de la monotonía y vulgaridad de hogaño. Esto ha hecho Pablo Weimar en su interesante cuadro «Noticias del día», sencillo, expresivo, y con detalles que señalan bien el sitio en donde pasa la escena. Interior holandés es el que ha pintado, declarándolo, además de su aspecto general, el vasar que corre por encima de la chimenea con fuentes y platos que un inteligente ceramista calificará acto continuo por obra de los alfareros de aquellas comarcas. Las tres figuras del cuadro hablan, como suele decirse; mas se antepone a todas la que está leyendo el periódico, tan donosa como exacta en el ligero mohín que hace su cara por consecuencia de la atención que ha de poner en los endiablados caracteres de imprenta.

### PASTORA

POR J. AGRASSOT

Uno de los más pintorescos trajes populares de España

le sirve de pretexto al pintor valenciano Agrassot para presentar una agraciada pastora y para pintar un cuadro sumamente simpático. El artista ha procurado la verdad del traje y hasta la verdad del tipo, pero luego se ha echado a fantasear por los espacios de la imaginación con lo cual su pastora ha resultado algo semejante a las Cintias y a las Lelias, a la misma Diana de Jorge de Montemayor y a aquella Galatea que

junto al agua se ponía  
y las ondas aguardaba,  
y al verlas llegar huía;  
pero a veces no podía  
y el blanco pie se mojaba.

Cabrera de blancos pies y blancas manos, aunque viviese en aldea, sería sin duda la que le sirvió de modelo al artista valenciano, o por lo menos tal la vió en su imaginación y así la pintó en el lienzo; cabrera poco acostumbrada a pisar terrones; cabrera algo y aun mucho ideal, quizás por esto de interés artístico superior al que hubiera inspirado si el pintor la hubiese copiado con el desaseo que suele ser obligado acompañamiento de las pastoras de verdad en los campos y en los prados. Salió así la pintura mucho más elegante y más adecuada para engalanar un lujoso camarín en el que no haría mala figura junto a ricas colgaduras de raso y a sillones tapizados de lo mismo. Que está ejecutada con fácil pincel lo revela la reproducción que publicamos sacada directamente del original, digno del lisonjero renombre que su autor se ha ganado entre los artistas españoles contemporáneos.

### DULCE SECRETO

CUADRO DE ADOLFO HERING

Lindísima pintura en verdad, pintura que tiene algo, en la simplicidad y sobriedad de sus líneas, de la escuela francesa de David, que en España tuvo también sus imitadores y que recuerda aún más las delicadas pinturas de M.<sup>me</sup> Vigée Lebrun. Según las modas del Imperio visten, al parecer, las dos jóvenes que se comunican el agradable secreto. Expresivos son sus rostros, así en la que cuenta el caso, como en la que atentísimamente lo escucha. ¿Qué pueden decirse? ¿Quién no lo adivina? De fijo que es asunto de amores el que constituye el secreto, puesto que lo revela el aire regocijado, quizá algo serio al par, de la hermosa joven que escucha la confidencia, en la cual, a buen seguro, le comunica su amiga que alguien está pensando de amor por ella, alguien que no sólo no le es indiferente, sino que se ha insinuado en su corazón y en él ya gobierna con la suave tiranía del dios Cupido. Expresado el asunto con admirable sencillez, con gran conocimiento del dibujo, con un vigor en los rostros que pueden apreciar bien nuestros lectores, encuéntrase doblemente interesante la pintura de Adolfo Hering, obra en la que el autor no hace exclusivamente alarde de su destreza, puesto que muestra al par un espíritu pensador que procura en sus cuadros algo más que una mera recreación del sentido de la vista.

### EL MAESTRO TOMÁS BRETÓN

Poco podríamos añadir a los datos biográficos que la prensa barcelonesa ha dado a luz estos días pasados al hacer el juicio crítico de la ópera *Garín*, considerada por los inteligentes como uno de los más notables acontecimientos registrados en los fastos musicales de España.

No pudiendo dedicar sino algunas líneas al insigne maestro cuyo nombre repiten hoy todos los labios, sólo nos proponemos fijar la atención en uno de los varios aspectos de esa figura artística tan interesante y digna de estudio.

Bretón recuerda con melancolía, no exenta de cierto



orgullo por todo extremo legítimo, que al perder, á la temprana edad de ocho años, á su padre, modesto panadero de Salamanca, su familia quedó poco menos que sumida en la indigencia, y, dos años después, ya había mejorado su posición, gracias á la constante laboriosidad por él desplegada en tan críticas circunstancias. En efecto, á los diez años, ya tocaba Bretón el violín con suficiente destreza para ayudar á la manutención de su madre y sus hermanitos y... para pagar la suscripción á la *Historia Universal* de César Cantú.

Esta afición á los estudios serios que ilustran y robustecen el entendimiento, es uno de los rasgos más notables de su carácter. Cuando sus habituales tareas le han dado vagar para ello, ha se dedicado á sanas y nutritivas lecturas que han ejercido una grande influencia en el desenvolvimiento de su reflexivo espíritu. Dedicóse desde la mocedad al estudio de la música clásica con una constante afición que rayaba en manía, y al de la historia del arte á cuyo cultivo le llamaba una vocación irresistible.

Mucho se ha escrito acerca de la existencia de los grandes artistas que, las más de las veces, puede compararse á un verdadero calvario. Él sabía muy bien los rudos combates y los acerbos sinsabores que le esperaban en tan ardua carrera, y sin embargo, la emprendió con la magnánima resolución del hombre que siente arder en su pecho un amor inextinguible al arte que avasalla y fascina su alma. Entonces aprendió la suya, por rigurosa experiencia, cómo se aquilata y se acrisola el mérito en la batalla de la vida. Sintió el torcedor de la duda que nublaba los rosados horizontes soñados por su fantasía, cual si un genio maléfico se complaciera en desalentar y enflaquecer su brioso espíritu. Sufrió la feroz tiranía de la necesidad, que le obligaba á abandonar las serenas regiones del arte para descender á las prosaicas regiones de la vida real, librando su subsistencia en el mero ejercicio de la profesión que le proporcionaba el pan cotidiano.

Cuando fué á Roma pensionado por el gobierno, y le fué dable consagrarse por entero al estudio de las obras que han inmortalizado á los grandes compositores, debió de experimentar su alma la inefable voluptuosidad que siente el que nació artista al hacer de tan atractiva tarea el embeleso y el objeto exclusivo de su existencia.

De allí pasó luego á Alemania, respirando una nueva atmósfera artística y recibiendo nuevas impresio-

nes, cuya influencia no podía menos de ser en alto grado provechosa á una inteligencia tan poderosamente asimiladora como la suya.

El día que creyó haber atesorado fuerzas bastantes para acometer la atrevida empresa de ensayarse en la música dramática, reveló luego sus miras y sus aficiones en la elección de los asuntos. Mientras estuvo pensionado en Roma escribió *Guzmán el Bueno*, ópera en un acto que obtuvo en Madrid un éxito extremadamente lisonjero; establecido ya en la corte, compuso el precioso poema sinfónico *Alhambra*, y más adelante escogió para sus óperas dos grandes asuntos tomados de dos popularísimas leyendas nacionales.

Hoy que la música vuelve al buen sendero, huyendo de la rutina y del convencionalismo en que había caído en nuestro siglo, ha se recordado que todos los genios de primer orden han encontrado el más fecundo manantial de inspiración en las anónimas creaciones de la musa popular; en las leyendas y los cantos que la tradición ha conservado lozanas y candorosas, transmitiéndolas de una á otra generación al través de los siglos. De estas fuentes han brotado los poemas nacionales; de ellas ha de manar la inspiración para la genuina ópera nacional cuando Dios sea servido permitirnos la solución de tan arduo problema.

Bretón va, como otros respetables maestros españoles, en pos de este ideal que á todos tienta y cautiva. Es una laudabilísima tendencia, por más que no parezca cercano el día del triunfo.

Entretanto es indudable que Bretón ha dado con su nueva partitura un paso de gigante, pues *Garin* señala un progreso estupendo respecto á los *Amantes de Teruel*, por la mayor decisión con que ha entrado al componerla en la novísima escuela musical. Exagerado fuera sin duda negar el carácter ecléctico de esta notable obra, que tan delirante entusiasmo ha producido en Barcelona. Si tan pronto hubiesen sido coronadas por un triunfo completo las valerosas tentativas del compositor castellano, bien podría alabarse de haber obrado un milagro.

Sea como fuere, Bretón no es solamente un insigne compositor, sino también un gran carácter.

Como hombre, es digno de admiración; como español, es acreedor á nuestro cariño, y como artista, merece un aplauso entusiasta, que sinceramente le tributamos.—K.



EL MAESTRO TOMÁS BRETÓN



# GARIN

DEL MAESTRO

## TOMAS BRETÓN



### SARDANA (1)

8.<sup>a</sup> Allegro.

PIANO.

(1) Esta pieza forma parte de la ópera *Garin*, para piano, original del maestro Tomás Bretón, y publicada por la casa editorial de música de Romero, de Madrid.



*dol:*

2.<sup>a</sup> vez.

This page contains five systems of musical notation for piano. The notation is written on grand staves (treble and bass clefs joined by a brace). The music includes various note values, rests, and dynamic markings. The first system shows a melodic line in the right hand and a rhythmic accompaniment in the left hand, with a dynamic marking of *p*. The second system features a melodic line with trills and a rhythmic accompaniment, with dynamic markings of *cres.* and *p*. The third system shows a melodic line with trills and a rhythmic accompaniment, with dynamic markings of *f* and *pp*. The fourth system features a melodic line with trills and a rhythmic accompaniment, with dynamic markings of *p* and *pp*. The fifth system shows a melodic line with trills and a rhythmic accompaniment, with dynamic markings of *cres.* and *pp*.





First system of musical notation, featuring piano (p) and dynamic markings *cres.* and *dim.*

Small musical notation fragment, likely a continuation or a separate line.

Second system of musical notation, featuring piano (p) and dynamic markings *dim.* and *pp*.

Third system of musical notation, featuring piano (p) and dynamic markings *cres.* and *pp*.

Fourth system of musical notation, featuring piano (p) and dynamic markings *cres.* and *pp*.



First system of musical notation. It consists of a single melodic line on a treble clef staff and a piano accompaniment on a grand staff (treble and bass clefs). The piano part features a steady eighth-note bass line. The melodic line has eighth-note patterns with slurs and dynamic markings *cres* and *dim.*. There are also some rests and a small 'y' marking.

Second system of musical notation. It continues the melodic line on a single staff and the piano accompaniment on a grand staff. The piano part has a more active bass line with eighth notes. The melodic line includes a triplet of eighth notes. Dynamic markings *f* and *ff* are present. A slur with an '8' indicates an eighth-note pattern.

Third system of musical notation. It continues the melodic line on a single staff and the piano accompaniment on a grand staff. The piano part has a steady eighth-note bass line. The melodic line includes a triplet of eighth notes. Dynamic markings *f* and *ff* are present. A slur with an '8' indicates an eighth-note pattern.

Fourth system of musical notation. It continues the melodic line on a single staff and the piano accompaniment on a grand staff. The piano part has a steady eighth-note bass line. The melodic line includes a triplet of eighth notes. Dynamic markings *f* and *ff* are present. A slur with an '8' indicates an eighth-note pattern. The system concludes with a double bar line and the marking *D.C. %*.



# ¡SOLEDAD!

NOVELA ESPAÑOLA

POR

D. C. SUÁREZ BRAVO



## CAPITULO II

ELLA Y ÉL

«¿Qué hacéis, la blanca niña,  
hija de padre traidor?»

*Romance.*

Para demostrar que el color que teñía las mejillas del que bajaba la escalera no era su color habitual, y que alguna causa puramente fisiológica las había inflamado, véanle mis lectores en la calle, una hora antes.

Efectivamente, su rostro no tiene á la sazón aquel matiz encendido; pero en su manera de atravesar las calles, en su sombrero echado sobre los ojos y en los encontrones que pega á los transeúntes que le estorban el paso, se ve que va preocupado, muy preocupado. Lleva la cabeza baja, como aquel que, después de haber tomado su resolución, marcha á ojos cerrados á luchar contra un obstáculo, á afrontar la vista de algo que le desagrada.

Los lectores que le han visto salir de la casa de Ricardo, no pueden ya dudar, al ver la dirección de su marcha, que á ella dirige sus pasos. Pero antes de entrar en la casa parece que vacila.

TOMO I. — 12.

La casa era un edificio señorial, con escudo de armas á la puerta y ancho vestíbulo. Un portero vestido con librea vergonzante se paseaba por el portal. El joven traspuso resueltamente la puerta de ingreso, no sin haber antes contemplado un instante el escudo de armas.

—¿El señor don Gabriel Cabañas? preguntó al portero.

—Tenga usted la bondad de esperar un momento, dijo éste.

Mientras el portero subía á preguntar si el amo estaba ó no estaba visible, el joven se paseaba agitado de un lado á otro. Si al salir tenía el rostro animado y encendido, al entrar sucedía todo lo contrario. Estaba un poco pálido y contraído de facciones.

—El señor está en casa, dijo el portero desde lo alto de la escalera.

El joven subió con paso febril. La puerta de la habitación estaba abierta, y un criado con librea completa esperaba detrás, en actitud respetuosa.

Cuando entró el joven la puerta se cerró, introduciéndole el criado en un gran salón cubierto de retratos y de cuadros antiguos.

—¿A quién anuncio?

—Anuncie usted á don Eduardo Pérez de Velasco.

El criado se quedó inmóvil.

La atención del joven se fijó entonces en él. Era un anciano alto, de facciones bondadosas, en las cuales se retrataba en aquel momento una emoción inexplicable.

Sin dejar de examinarle, el joven insistió:

—¿No ha oído usted? Anuncie á don Eduardo Pérez de Velasco.

El criado se irguió, no sin cierta majestad, y con acento noble en el cual vibraba el sentimiento, pronunció estas palabras:

—Anunciaré al señor marqués de la Puente.

El joven (á quien daremos en lo sucesivo, en uso de nuestro derecho, el nombre familiar de Eduardo) se quedó sorprendido.

—¡Cómo! ¿usted me conoce! exclamó sin dejar de mirar al anciano.

Pero de repente se abalanzó á él, cogió sus dos manos, y le dijo enternecido:

—¡Tú eres Santiago!

—Sí, señor marqués. Sí, amo mío; contestó el anciano llorando. Yo soy Santiago, el que le ha tenido á usted tantas veces sentado sobre sus rodillas...

—Y me contaba las proezas de mis antepasados... Era yo entonces muy niño; pero te he reconocido. Hay recuerdos de infancia que no se borran nunca. Pero ¿cómo te encuentro aquí?

Santiago contestó dando un suspiro.

—¡Oh, señor marqués!...

Eduardo se encogió de hombros, y dijo con aire de brusca indiferencia:

—Déjate de marquesearme, Santiago... Esa es ya historia antigua.

—Pues por lo mismo... exclamó Santiago, cual si defendiera cosa propia. Los títulos son como los árboles, señor marqués; los más viejos son los que tienen más raíces... ¡Pues no faltaba más! Hace cuatrocientos años que son marqueses los Pérez de Velasco.

—Sí. Nuestro árbol genealógico comienza en Fortún Velasco el Membrudo (ya ves que no he olvidado tus historias), que mató con su propia mano diez y seis moros en la toma del castillo de Villalva, y concluye en Eduardo Pérez de Velasco, empleado con diez mil reales en la administración de un ferrocarril.

Santiago, escandalizado, se hizo una cruz, mientras exclamaba:

—¡Oh, qué tiempos! Pero usted, señor don Eduardo, era oficial... y oficial de mérito. Usted ha ganado la cruz de San Fernando. ¿Por qué ha dejado usted esa carrera?

—Porque esa carrera se ha convertido en galope desenfrenado, y ya sabes que mi carácter es pacífico. Pero dejemos esto. No creía yo encontrarte en esta casa.



—Ni yo pensé nunca entrar en ella. Cuando murió su señor padre, y usted, pobre huérfano abandonado, entró á expensas de uno de sus deudos en el colegio militar, mi aflicción fué tan grande que caí enfermo y me llevaron al hospital.

—¡Es posible! exclamó Eduardo conmovido. ¡Pobre Santiago! ¡En un hospital, tú, el último y el más fiel servidor de nuestra casa! ¡Y yo no supe nada!

—Tranquílcese usted. No estuve mucho tiempo en él. Un alma caritativa y buena me sacó de allí, me asistió en mi larga enfermedad, cubrió con mano generosa todas mis necesidades. Un ángel, señor marqués, un ángel de bondad. Cuando me puse bueno ¿qué había de hacer? me eché á los pies de mi generosa bienhechora para decirle que dispusiera de mi vida.

—¿Conque era una mujer?

—¡Sí, doña Elena, la esposa de don Gabriel, del falso administrador, cuyos torpes manejos han privado á usted de toda su hacienda!

Esto lo dijo Santiago en voz baja; pero con tono de indignación concentrada. Luego prosiguió:

—Doña Elena me ofreció un puesto en esta casa, que era la nuestra... digo que era la de usted...

Eduardo, á quien habían anublado un poco el rostro los recuerdos suscitados por Santiago, le atajó al llegar aquí:

—No digas más. Yo hubiera hecho lo mismo en tu lugar. La gratitud te obligaba á no rechazar la oferta... ¡Ah! prosiguió pasando sus ojos por aquel vasto salón. Esta es la que fué nuestra casa en Madrid...

—Y debía ser de usted todavía. Ahí tiene usted la galería de retratos de la familia. Toda la hacienda de la casa ha pasado á manos de don Gabriel, por medios... Pero debe usted conocer esa historia.

—He hecho lo posible por ignorarla. No he querido que el odio hiciese más agudas mis tristezas. Además, yo no echo de menos la opulencia... Harto sabes tú que estoy acostumbrado á las privaciones desde la infancia. ¿Te acuerdas de los gritos de júbilo que me arrancaban los sables de madera que me fabricabas pacientemente cuando era niño?

—¡Vaya si me acuerdo! contestó Santiago animándose. Como que solían estrenarse siempre sobre las espaldas del fabricante.

—¿Piensas tú que en situación más próspera me hubieran hecho el mismo efecto los juguetes más costosos? Créeme; Dios guarda compensaciones para los mayores infortunios... Sé confusamente que don Gabriel ha representado en el drama de la ruina de nuestra casa un papel poco... airoso.

—Sí, dijo Santiago indignado, bajando siempre la voz; el de traidor. ¿Querrá usted todavía agradecersele?

—¡No! Mi longanimidad no llega á tanto. Cabalmente por eso me ves aquí.

Estas palabras inquietaron al honrado anciano.

—¡Cómo! dijo acercándose. ¿Abriga usted quizá algún propósito vengativo?...

—No, no: tranquilízate. Ya te he dicho que soy pacífico y no guardo rencor á don Gabriel; pero de esto no se sigue que quiera estarle agradecido.

—No comprendo.

—Lo creo. Yo tampoco lo comprendo gran cosa. Anda, anúnciame á don Gabriel. Ya charlaremos después largamente.

Santiago, antes de irse, quiso besarle la mano á Eduardo.

—¿Qué haces? exclamó éste abrazándole y cediendo á los dulces sentimientos que había despertado en su alma aquel inesperado encuentro. En mis brazos... mi fiel amigo... honrado y noble protector de mi infancia. ¿Lo ves? te has propuesto sacarme de mis casillas y lo has conseguido. Estoy llorando como un chiquillo. Vamos, añadió desprendiéndose de los brazos



de Santiago y revistiéndose de un aire de cariñosa autoridad. Basta de flaquezas... vé á avisar á don Gabriel que estoy aquí.

—Obedezco, señor marqués, dijo el criado inclinándose respetuosamente.

Mientras se alejaba enjugándose los ojos, el buen viejo iba diciendo para sí:

—Bueno será avisar también á la señora.

Eduardo procuró serenarse; pero la vista de Santiago había despertado en su corazón dolores dormidos, sentimientos que no había podido domar sino á fuerza de cristiana filosofía y de ingénita bondad de carácter. Al encontrarse en la casa en que había nacido, con aquel resto vivo del hogar paterno, y rodeado de objetos que proclamaban el pasado esplendor de su familia, el poderoso sentimiento de la sangre y de la raza se levantó en su corazón. La idea de que podía ser arrojado de aquella morada como un extraño, le punzaba el alma.

Con objeto de tranquilizarse, paseó la vista por los retratos de sus venerables antepasados. Entre ellos había guerreros, estadistas y hasta escritores insignes. Uno de ellos llamó particularmente su atención. Con la mano izquierda puesta arrogantemente en el pomo de la espada y con el dedo índice de la derecha extendido en actitud imperativa, la figura de aquel cuadro atraía las miradas por la enérgica severidad de sus facciones y de su porte. Aunque se veía que no estaba pintado por Velázquez, el artista había sabido estampar en ella el sello de un carácter y de una época. Tenía debajo un rótulo que decía:

FARFÁN PÉREZ DE VELASCO

Comendador mayor de la Orden de Santiago

Eduardo recordó entonces que aquel ilustre ascendiente suyo había hecho precipitar de lo alto de los torreones de Uclés á un escribano que le engañó, y la actitud del retrato conmemoraba este acto de justicia casi feudal.

(Continuad).



# TODO POR EL ARTE

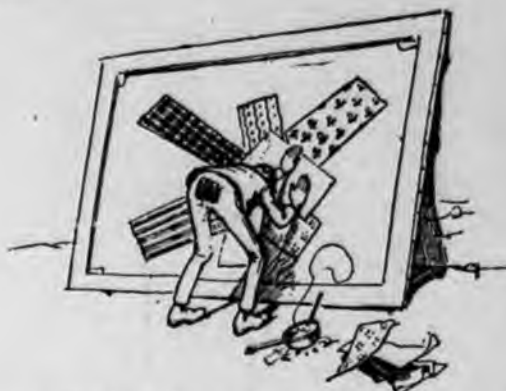
NOVELA VIVA, POR APELES MESTRES



(CONTINUACIÓN)



13.—Pero ¡consideren las almas sensibles cómo se alborotaría la del pintor al día siguiente!



14.—«¡Y la Exposición se nos viene encima!... Reparemos el daño lo mejor que podamos y todo sea por el arte.»



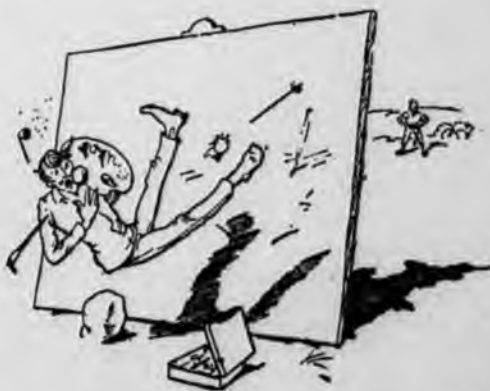
15.—Pero ¡claro está que de lo hecho ayer no puede aprovecharse un solo brochazo!...



16.—«¡Nada, nada! vuelta á empezar y sea todo por el arte.»



17.—«¿Qué será aquello tan raro?—se dice un rabadán;—¡á qué lo tumbó!»



18.—Y no lo tumbó, es verdad, pero á un mismo tiempo hirió gravemente á la obra y al artista.

(Continuad.)

## ECONOMÍA DOMÉSTICA

### CHOCOLATE, TÉ Y CAFÉ

#### CHOCOLATE

El chocolate hizo su aparición en España en el siglo XVII. En el acto se hizo popular. Las mujeres, y sobre todo los frailes, se declararon amantes de la nueva bebida, dulce y aromática, y en menos tiempo que hoy se hace una tarea, se puso el chocolate de moda.

Las costumbres no han cambiado. El chocolate es a España lo que la cerveza es al alemán y al inglés, y lo que es el café para los belgas.

No hay casa en nuestro país en donde no se tome chocolate a diario.

No hay español que pueda decir que no ha tomado nunca chocolate, y en cada provincia hay una fábrica, por lo menos, de reputación y fama.

Hay quien toma chocolate dos veces al día, y curas conozco yo que lo toman tres, con ó sin canela.

Todavía existe en algunos pueblos la patriarcal costumbre de ofrecer un pocillo de chocolate al que va de visita por la tarde á una casa, y en muchas familias no se toma más chocolate que el que se hace á mano en la propia casa, que indudablemente es el mejor, aunque no haya ganado medallas en ninguna Exposición ni contenga cromos entre los pliegues de su envuelta.

El chocolate tiene de bueno, además de sus cualidades físicas, la excesivamente moral, de haber dado renombre a muchos pueblos, que sin su chocolate costaría hasta trabajo hallarlos en el mapa.

Que no se den por aludidos Astorga ni Calatayud, sobre todo el primero, que, como complemento de sus riquísimos chocolates, fabrica las celebradas mantecadas y envía á sus hijos, que en su vida han visto el mar, á vender pescado en los puestos de *fresco* de la corte.

No es del chocolate en su trato continuo con los españoles del que yo quiero ocuparme, sino del chocolate en el extranjero, en donde ha llegado la fabricación á aventajar á la nuestra y en donde el consumo aumenta de día en día, muy especialmente en Francia.

Ana de Austria, mujer de Luis XIII, fué quien declaró de texto en Francia el sabroso chocolate español, con el auxilio de los frailes franceses, que recibían de sus colegas españoles muestras de chocolates y la fórmula técnica para hacerlo. En los comienzos de la Regencia llegó á estar en Francia más en uso que el café, que, recientemente importado allí también, se consideraba como una bebida de lujo y de curiosidad, mientras que el chocolate representaba, y con razón, un alimento sano y agradable.

Brillat-Savarin, en su excelente obra sobre los *Classiques de la table*, recomienda el chocolate como una sustancia tónica, estomacal y muy digestiva; dice que las personas que lo toman con regularidad gozan de buena salud, y además, proclama el chocolate con ámbar, como un gran específico para las personas á quienes rinde la fatiga por trabajos intelectuales ó excesos más ó menos reprobables. O lo que es lo mismo, y siempre según el

autor de la *Fisiología del gusto*: todo aquel que haya apurado con ansia la copa de la voluptuosidad; el que haya pasado la noche estudiando ó exprimiendo su inteligencia de algún modo; el hombre de talento que se siente en un momento dado medio imbécil ó imbécil del todo; aquel que siente que hay humedad en el aire, ó que se aburre ó que se sofoque al respirar; el que se vea dominado por una preocupación ó por un disgusto que le prive de la facultad de pensar, que todos y cada uno se propinen un cuartillo de chocolate con ámbar, en la proporción de sesenta á setenta y dos granos de ámbar por libra de chocolate, y verán lo que es bueno, porque penas y fatigas desaparecen.

A este chocolate se le puede llamar el chocolate de los tristes, y, como se ve, resulta una panacea milagrosa para toda clase de entuertos de esta pícara vida.

Lo que yo no sé, es si haciendo tomar mucho chocolate de esa marca á nuestros hacendistas, economistas, bolsistas y demás gente del gremio financiero, se conseguiría que bajara el cambio. Nada se pierde por probar, y yo me encargo de costear el ámbar para cien tomas de chocolate.

Va siente mi pluma comezón por campear en su terreno, y dejando ámbar, canela y vainilla aparte, que son los afeites de los chocolates coquetones, voy á terminar con la fórmula oficial y técnica del chocolate para ser tomado en seguida.

Para una taza, onza y media de chocolate, que se ralla en polvo fino y se disuelve en una cacerola, á medida que se va calentando y removiendo sin cesar con una espátula de madera. Se deja cocer á fuego lento durante un cuarto de hora para que la disolución adquiera consistencia, y se sirve muy caliente.

Una monja con quien tuve ocasión de departir de cocina, allá en Zamora, cuando yo ejercía mando por los años 1884 en la provincia, me aconsejó que tomara el chocolate como ella lo hacía para la comunidad.

Cocía el chocolate la hermanita en una chocolatera de barro, la víspera por la noche, y lo dejaba descansar hasta el día siguiente, en que lo calentaba al baño-maría.

Por este sistema, el chocolate tiene más sabor, se reconcentra el aroma y adquiere una suavidad especial al paladearlo.

Puedo dar fe que es exquisito el chocolate por este procedimiento, y al precio que me costó la receta se la cedo al paciente lector.—ÁNGEL MUÑOZ.

#### TÉ

El uso del té se ha generalizado mucho, pero son muy pocas las personas en nuestro país que lo toman bien servido.

No hay más que una manera de hacerlo y es la siguiente:

Calientese la tetera echando en ella agua hirviendo y desocúpese después poniendo tantas cucharaditas colmadas de té cuantas sean las tazas que quieran hacerse.

Sobre las hojas depositadas se echará de nuevo en



muy corta cantidad agua hirviendo dejándola reposar por espacio de tres ó cuatro minutos y cuidando de tapar bien la tetera. Transcurrido este tiempo vuelta á echar agua hirviendo en la medida que sea necesaria.

Servido el té puede obtenerse más añadiendo otra vez agua hirviendo, pero nunca deben utilizarse las hojas que hayan de este modo desprendido su aroma. Todas las teteras son buenas á condición que puedan cerrarse herméticamente. Se preferirán, sin embargo, las de barro cocido ó las de piedra barnizada, si no se tiene plena confianza en la bondad de algunos metales que suelen emplearse en su fabricación.

Conviene que la vasija donde se hierva el agua sea de hierro con baño interior de porcelana.

Es necesario desechar los nocivos, todos los llamados té verdes y perlas. Los té negros cuando no están pintados son los únicos sanos y aromáticos. Entre los mejores el Suchong de la China y el de la hoja menuda de Ceilán, que es ligeramente acidulado.

Tomará una bebida tónica, agradable y excelente quien siga al pie de la letra la anterior prescripción.

Es la única que puedo recomendar porque no sé otra en el arte de la cocina.

No será ocioso advertir que entre las personas que pasan por inteligentes, las teteras chinas pasan por ser las mejores.—A. AURA BORONAT.

CAFÉ

Dije en una ocasión que el Director de *El Mercan-*

*til Valenciano*, Paco Castell, fué quien me enseñó á mi á hacer café.—El procedimiento es sencillísimo. En un puchero de barro—ha de ser puchero y de barro—se pone á cocer el agua necesaria. Cuando cuece á borbotones, se echa el café, medido según el gusto del que lo va á tomar, y se tapa la boca del puchero con una servilleta, bien empapada en agua fría y hecha una pelota. A los tres ó cuatro minutos se destapa el puchero, se vierten en él dos ó tres cucharadas de agua fría, y con el auxilio de finísimo colador se trasvasa el líquido del puchero á una cafetera de mesa. Y á tomarlo en seguida.

El café así hecho, así sea de segunda clase, sabe mejor y es más café que el mejor de todos los mokas, hecho en alguna de esas mil cafeteras que para uso del vulgo necio han inventado y siguen inventando los hojalateros de todos los países y muy particularmente los rusos.

Ahora falta advertir que para tomar buen café, lo primero que se necesita es gastarlo de buena calidad y en cantidad suficiente, pues cuando el café es malo, ó está mal tostado ó se emplea en cantidad insuficiente, no hay cafetera ni procedimiento que lo hagan bueno. Nos parece buena mezcla la que se forma con partes iguales de moka y puertorrico. Hay quién recomienda la mezcla de tres especies distintas: á nosotros nos va bien con las dos antes indicadas, poniendo una cucharada de las de sopa colmada por cada taza de café.—A. MUÑOZ.

RECREOS INSTRUCTIVOS

III

—Voy á confiarte una cosa, Sofia, pero... ¡debes asegurarme que á nadie se la dirás! ¡prometes guardar el secreto? Si mamá lo supiera ¡Dios mío!

—Pero ¿qué es? dímelo pronto si no quieres que alguien nos interrumpa.

—¡Dios me libre de ello! ¡la que se iba á armar!

—Vaya, no me alarmes ahora con esos aspavientos y dímelo de una vez: ¿será otra de tus bromitas?

—No, no; es muy cierto, demasiado cierto; pero ¿me prometes guardar el secreto?

—Ya te he dicho que sí: conque acaba, que ya me tienes inquieta.

—Pues bien, te lo diré: hace algún tiempo que siento algo que me da escalofríos, y parece que tengo una hinchazón; algo que me molesta...

—¿Pero en dónde?

—En la garganta: temo haber atrapado la difteria á consecuencia de la visita que hicimos á la hija del jardinero.

—¡Pobre muchacha! ¡tan bonita y tan amable y morirse ahora! pero tú no tienes nada, Clarita, porque en tantos días ya se te podía haber desarrollado: será una ligera angina.

—Será lo que Dios quiera, pero no digas una

palabra, porque sino, hoy no me deja mamá ir de paseo.

—Y hará muy bien: mira, por de pronto voy á examinarte la garganta, y luego, por prevención, tomas una ó dos pastillas de Nielk, cena poco, acuéstate temprano, y mañana Dios dirá.

—Pero es que me van á poner la cuchara sobre la lengua, cosa que me da horror y me revuelve el estómago; y si es el médico, tiene unos dedos que apestan á tabaco: en fin, prefiero...

—¡Preferirás enfermar de veras á que te miren la boca! ¡qué tontería! Aguarda, que ahora recuerdo un sistema sencillo y cómodo para echar rayos luminosos dentro de las fauces, como las llama el doctor en ciernes, nuestro vecino: mira; pongo una vela delante de la concavidad de una cuchara de plata... ésta, que está brillante, casi nueva: ahora, abre bien la boca y... chica, ¡qué claro se ve! pero no te rías, que soplas y apagarás la vela... ¿no te lo decía yo? no veo más que la entrada de la laringe un poco irritada, pero sin puntos blancos ni cosa que lo parezca; haz unas gárgaras con agua y vinagre y se te pasará; pero cuidadito con el aire; no debes tener aprensión ninguna; gracias á Dios nada hay diférico en tu linda y fresca boca; lo que hay es un sistema de dientes capaz de... ¡ah picarona, que te adivino lo que has comido!



—¿En el olor?

—¡Quia! ¡has comido uvas!

—¿Cómo lo conoces?

—En que tienes todavía una semilla de uva en el intersticio de dos muelas: y la quito con la cabeza del alfiler; veo que *el miedo a la difteria no guarda la vina*, pues has ido a merodear por allí. Lo que has de hacer es tener mucho juicio, porque la prudencia evita muchas enfermedades: ahora que no hay temor te diré que la difteria es temible en alto grado, porque las manchas lardáceas que la forman son venenosas,



y al disolver su virus la saliva, lleva al estómago su infección, del estómago a la sangre y de la sangre al cuerpo...

—Y del cuerpo a la familia y al pueblo entero... ¡Dios nos asista! Ya veo que es cosa de tener cuidado; y dime ¿por qué da tanta luz la bujía poniéndola delante de la cuchara?

—Porque así constituye un verdadero *espejo ustorio*, cuya concavidad bruñida reúne la luz en un haz, cuyo foco es tan poderoso que llegaría a encender la madera si reflejase los rayos del sol. Arquímedes, el gran físico de Siracusa, dice que incendió las naves romanas en el puerto, poniendo en las murallas grandes espejos ustorios; ya ves si tienen eficacia los focos de luz cuando se saben utilizar.

—Sí: ya lo veo: de modo que si llegas a mirarme la boca sirviéndote de la cuchara a la luz del sol, me

quemas la lengua: ¡no están mal los tales espejitos históricos!

—No, mujer: *ustorio*, nombre que, según he leído, deriva del latín *ustoris* y significa el «que quema.»

—¡Vaya unas cosas que sabes, Soffa! ¿y cómo te las arreglas para ser tan marisabidilla?

—El secreto es muy sencillo: leyendo mucho y recordando lo más posible.

—Así lo haré yo; pero eso en el invierno: ahora estoy muy ocupada.

Y Clarita, después de haber dicho esto con una seriedad digna de mejor causa, fué a sentarse bajo el emparrado abanicándose majestuosamente como una diosa, mientras su excelente hermana, sonriendo al ver las *ocupaciones* de Clarita, se preparaba para dar la comida a todos los habitantes del arca de Noé confiada a sus cuidados.—JULIÁN.

Solución a la charada anterior:

COR-TE-ZA

Solución al acertijo:

BARCELONA.—TARRAGONA.—GERONA.—LÉRIDA

#### CHARADA

*Prima y cuarta*, comen todos que empleen ó no *dos prima*: *dos y cuarta* en buenos modos sin mediar tacto de codos ciertos diálogos anima.

*Tres y una*, ya en sazón pudo ser en el Edén causa de una sinrazón y signo de insurrección que al Mal le supo muy bien.

*Cuarta y tres* ¡vaya un bichito! no es tonto pero muy frío, desechado por feito; y a la *tercera* yo evito porque en sus aguas no fio.

La *prima* con desaliento próximo a perder la vida dirá el árabe sediento. ¡Y tiene tan dulce acento la *primera* repetida!

Es alegoría antigua, es socrática visión que entraña una vida ambigua; el *todo*, amigo, averigua y me darás la razón.

#### ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que a nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que considere de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios a precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse a los Sres. *Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados todos los derechos artísticos y literarios.—IMP. ESPASA Y COMP.<sup>a</sup>



EL MANGUITO  
CUADRO DE M.<sup>ra</sup> VIGÉE LEBRUN







## MEMORÁNDUM

**O**TRA vez nos vemos precisados á hablar de huelgas. La que se ha declarado en los últimos días en el llano de Barcelona y que ha hecho necesario poner en estado de guerra el territorio de la Capitanía general de Cataluña, tiene por origen las diferencias suscitadas entre los fabricantes y los operarios de estampados. Los demás obreros la han secundado muy flojamente; algunos se han limitado á holgar durante algunas horas; muchos ni siquiera á esto han llegado, como ha ocurrido con los obreros de artes y oficios, los cuales, con rarísimas excepciones, han acudido todos á los talleres. Entre los fabricantes y los operarios de estampados se debate sólo la cuestión que, al escribir estas líneas, lleva trazas de acabarse pronto. Por lo que hace á horas de jornal y á salario muéstranse los fabricantes dispuestos á una transacción que satisfaga á los trabajadores. No ocurre lo mismo con otro punto capital y en el que la transacción no es posible ó se presenta, por lo menos, difícilísima. Este es el de la libertad por parte del patrono de tomar á los obreros que quiera, sin que haya de atender á si pertenecen ó no á la asociación ó asociaciones obreras. Los fabricantes no pueden abdicar de este derecho justísimo, como no deben tampoco ahora despedir de sus establecimientos á los obreros no asociados, á quienes admitieron libremente y que les han prestado muy buenos servicios. Los patronos de Inglaterra han transigido en muchos extremos, mostrándose conciliadores, pero ni en la huelga de los *Docks* de Londres, ni en las huelgas mineras que ha habido en aquel rico país, han consentido nunca en aceptar la imposición de las sociedades obreras y *Trades Union*, de ocupar exclusivamente á sus asociados. El día en que esto hicieran quedarían atados de pies y manos. Por ello, antes que admitirlo, se han asociado —como lo han hecho igualmente los fabricantes de estampados del llano de Barcelona— para oponer á la resistencia de los trabajadores, la resistencia de los patronos. El obrero es libre de irse á trabajar al establecimiento que le acomode: libre ha de ser igualmente el patrono para admitir en sus talleres á los operarios que le plazca. Es fuerza que se convenzan de esto nuestros trabajadores, ofuscados muchas veces por las predicaciones de gentes que ni pertenecen á su clase, ni tienen interés en procurarles el bienestar, antes al contrario, arrastrarles á la rebelión por aquello del viejo refrán, á río revuelto, ganancia de pescadores. Esperamos que el buen juicio se sobrepondrá á la excitación de las pasiones y que acabará en breve la huelga de los estampadores. Con motivo de ella se han ejercido violencias, impidiendo la circulación de tranvías, y se intentó llevar á cabo un acto de venganza, que por fortuna pudo frustrarse, y que, de haberse realizado, hubiera arrojado un negro borrón sobre Barcelona y sobre su clase obrera.



\* \* \*

Ha fallecido en Madrid el Excmo. Sr. D. Víctor Arnau, á quien debe Barcelona su edificio de la Universidad literaria. El Sr. Arnau, publicista de gran talento y que manejaba con primor el habla castellana, siendo uno de los jefes de la Dirección general de Instrucción pública cooperó al planteamiento de la ley del ramo de 1857 conocida por Ley Moyano. Como Rector de esta Universidad pudo observar por sí mismo los defectos de que adolecía el ruinoso convento del Carmen, en donde se encontraba instalado aquel establecimiento docente, y se propuso dotar á nuestra capital de un edificio adecuado para la enseñanza universitaria. Sin su carácter resuelto, sin la influencia de que justamente gozaba en el ministerio de Fomento, la Universidad nueva no se levantaría á buen seguro en la izquierda del Ensanche, en donde se encuentra. Encomendó los planos al distinguido arquitecto don Elías Rogent, y en Junio de 1863 él mismo dió principio á las obras, que continuaron hasta la terminación del edificio. El señor Arnau prestó además servicios de trascendencia á Barcelona, puesto que fué una de las ilustradas personas que abogaron en pro del ensanche ilimitado, en contra de la opinión que entonces sustentaba el ramo de guerra de un ensanche por zonas. Los hechos, con admirable elocuencia, han dado la razón al señor Arnau y á los demás que con él votaron en el expresado concepto. En su cátedra de la Universidad central, en el periódico, en todas partes sostuvo con ciencia y con ingenio las doctrinas conservadoras, haciendo una brillante campaña en su defensa durante el periodo revolucionario de 1868 á 1874, en el *Diario de Barcelona*, que se honra en contarle en el número de sus más insignes colaboradores. ¡Dios haya premiado en una vida mejor los méritos del señor don Víctor Arnau en la tierra!

\* \* \*

Asunto de largas discusiones ha sido la declaración de la derecha monárquica de la Cámara francesa de los diputados, con motivo de las excitaciones de Su Santidad el Papa León XIII para que los monárquicos de la nación vecina reconociesen el régimen de la República y le prestasen obediencia. La derecha, presidida por el duque de Dodeauville, dice, en uno de los párrafos principales de su declaración: «Como católicos se inclinan respetuosamente ante la Autoridad infalible del Padre Santo en materia de fe. Como ciudadanos reclaman el derecho que tienen todos los pueblos de decidirse libremente sobre todas las cuestiones que afectan al porvenir y á la grandeza de su país.» En este asunto muchos periódicos no católicos se han puesto resueltamente al lado del Papa, porque han sabido examinarlo con una imparcialidad que les ha faltado á no pocos periódicos católicos y monárquicos, que se sentían más ó menos ofuscados por las pasiones políticas. Huelga en la declaración de la derecha monárquica la salvedad de que acepta la infalible autoridad del Papa en materia de fe. Ni otra cosa cabía siendo católicos los firmantes y queriendo permanecer en el gremio de la Iglesia, ni Su Santidad León XIII ha hecho ninguna de aquellas declaraciones dogmáticas, *ex cathedra* que la Iglesia, también por dogma, tiene por infalibles. Se ha ceñido á dar un consejo á los católicos franceses, como se lo dió á los católicos irlandeses en lo más crudo del *boycottage*, como se lo ha dado á otras naciones, con su autoridad paternal, con su ciencia y con su experiencia de los hombres y de las cosas. Desea el Padre Santo que los católicos de Francia, en donde no se vislumbra por ahora la posibilidad de una restauración monárquica, se acerquen á la República, sin que renuncien á sus ideales políticos, y si para lograr que con su influencia y hasta con su intervención en el gobierno del Estado, cese la guerra desatentada que á la religión católica y á sus ministros están haciendo los radicales, que por tanto tiempo tienen secuestrado el poder. El *Journal de Genève*, diario protestante y republicano, pero que trata con gran seso los asuntos religiosos y políticos de todo orden, opina que el Papa se dirigió particularmente, ó mejor dicho exclusivamente, á los obispos y clero de Francia para que adoptasen términos

de benevolencia con la actual República. Nosotros entendemos que su voz va encaminada á todos los católicos franceses, eclesiásticos y legos, sin excepción, en el sentido que hemos expresado, y el cual no envuelve ni la más remota exigencia de que los monárquicos hayan de renunciar á su opinión de que la monarquía es la única forma de gobierno que asegura el orden, la libertad verdadera y el bienestar de los pueblos. No ha pretendido esto el sabio pontífice León XIII. Ha buscado sólo un camino por el que, aceptando el estado actual de cosas de la nación transpirenaica, estado en el cual no se vislumbra, repetimos, posibilidad de mudanza en largo plazo, pudiese dejarse sentir la influencia de los católicos en la política y se lograra poner término á la persecución que sufren los obispos, los sacerdotes, los frailes y hermanas y todas las instituciones, en una palabra, que dependen de la Iglesia católica, apostólica y romana.

\* \* \*

Olvidadas ya las fiestas de Nancy, descontada, asimismo, la entrevista en Kiel de los emperadores de Rusia y de Alemania, el centro de Europa se ocupó en la última semana en otros regocijos, ó sea en los que se verificaron en Buda Pesth con motivo del aniversario de la coronación del emperador Francisco José como rey de Hungría. El espectáculo que ha dado aquel pueblo ha sido soberbio y en él se han reproducido las fiestas legendarias de que hablan los viejos poemas y los cantares de gesta. Como en los tiempos de la *Ilíada* y la *Odisea*, asáronse bueyes enteros en los prados inmediatos á Buda Pesth, y se trincharon luego para repartirlos entre la muchedumbre, que los remojó, además, con copiosas libaciones. Tiene todo esto un sabor patriarcal, un aire de pueblo primitivo, que no le quita el haber habido, por causa de los efectos de la alegría y del vino, algunos pequeños tumultos en que se repartieron mojicones de lo lindo y aun diz que algunos sablazos de plano. No turbó esto, empero, el regocijo á que se entregó el pueblo húngaro, quien en esta ocasión dió otra vez pruebas del espíritu irreconciliable que le anima en contra del Austria y de los austriacos. Cuéntase que el emperador Francisco José consintió en que no se izase el pabellón austriaco en la torre más alta de la ciudad, pero que en cambio tampoco quiso que ondease allí el pabellón húngaro. Quedáronse, pues, las torres sin banderas, detalle característico que acusa la situación particular en que se encuentra el imperio de Austria-Hungría. Al mismo tiempo era festejadísimo y aclamado en todas partes el emperador, así en calles y plazas por todo el pueblo, como en palacio por los nobles magiares, quienes se presentaron vistiendo sus gallardos y pintorescos trajes nacionales, produciendo un efecto de majestad y de riqueza superior quizás al que ofrecen las cortes de Europa en sus más espléndidas recepciones.

B.



## SAN PEDRO ME VALGA

### I



PERICO reventaba de gozo cuando tomó la licencia militar, y con ella colocada en un reluciente canuto de hojalata, que pendía de una ancha cinta de seda de color de fuego, tomó el camino de su tierra.

Pero el gozo se le cayó en el pozo cuando en el camino se puso á pensar, primero, que por mucho que escatimase el dinero que llevaba, no le alcanzaría para el viaje, y segundo, que después de andar siete años de viga derecha, tendría que doblar el espinazo sobre la tierra de pan llevar así que llegase á su pueblo. Sin embargo, después de lanzar un «¡San Pedro me valga, qué trabajos voy á pasar en la vida de paisano después de pasar tantos años en la de soldado!» se tranquilizó y recobró su alegría pensando en Juanilla, que era una chica de su pueblo que le miraba con buenos ojos cuando fué á coger el chopo, y esperaba su vuelta hacía siete años, resistiendo la violencia del bruto de su padre, que quería casarla con otro porque el otro era más rico que Perico.

Así en el pueblo como en el regimiento era Perico conocido con el apodo de San Pedro me valga, porque esta frase era la muletilla obligada de su conversación, como una blasfemia ó una necedad es la de las tres cuartas partes de los españoles del sexo feo, sin excluir, por supuesto, á los que blasonan de señoritos ó señorones bien educados. Y no se crea por esto que Perico fuese un hombre como Dios manda en punto á creencias y prácticas religiosas, porque desgraciadamente en este punto no tenía el diablo por donde desecharle.

Cuando allá por el año 1868 cayó quinto, Perico rezaba, oía misa todos los días de precepto, se confesaba una vez al año, y, por supuesto, creía en Dios y los santos á pie juntillas, sin pasarle siquiera por el pensamiento la bestialidad de que habiéndonos dado Dios en esta vida luz suficiente para escoger entre el bien y el mal, ha de tratar en la otra del mismo modo á los que escogieron el mal que á los que escogieron el bien; pero así que, poco después, corrió la voz en periódicos y libros y discursos de que no había Dios, y hasta se dijo en el Congreso de Diputados, y hasta el Gobierno convino en que, en efecto, no le había, Perico, por mal nombre San Pedro me valga, como se añadía al nombrarle en una sumaria que se formó con motivo de una cachetina que él y otro soldado armaron sobre si había Dios ó dejaba de haberle; Perico, repito, dió por completo crédito á aquella voz, y no volvió á rezar, ni á oír misa, ni á confesarse, si bien no abandonó su antigua muletilla de ¡San Pedro me valga!

Tal como acabo de pintarle era Perico cuando tomó la licencia y emprendió la vuelta á su pueblo pensando en muchas cosas, y sobre todo en su leal Juanilla, que esperaba su vuelta hacía siete años.

### II

El santo portero del cielo encomendó un día el cuidado de la portería á uno de sus amigos de más confianza, que creo que fuese San Pablo, y entró á hablar al Señor de un asunto que al parecer le interesaba mucho.



El Señor le recibió con mucha benevolencia y le preguntó qué se le ofrecía.

—Señor, contestó San Pedro, vengo á hablarle á V. M. en favor de un pobre diablo á quien, en conciencia, debo proteger, y estoy muy agradecido, porque, si bien es un majadero que ha dado crédito á la voz, casi oficial, que ha corrido en España de que no hay Dios ni Santa María, siempre se está acordando de mí y hasta invocando mi protección con la frase ¡San Pedro me valga! tan repetida, que con ella por apodo se le conoce en todas partes.

—Ya sabes, amado Pedro, cuánto te he estimado siempre, pues apenas dejaste la barca para seguirme, sané á tu suegra de una grave enfermedad que la tenía en peligro de muerte.

—Mucho, Señor, agradecí á V. M. aquello, por más que malas lenguas hayan dicho que si negué después á V. M., fué porque estaba resentido de aquel favor.

—Yo nunca he creído tales hablillas del vulgo.

—El vulgo, Señor, es necio, como dijo Lope de Vega, y bestia, como dijo Ruiz de Alarcón.

—Amado Pedro; algo de exageración hay en las calificaciones del vulgo, ó pueblo como ahora se le llama, olvidando que, como dijo don Alonso el Sabio, pueblo es el conjunto de todos los ciudadanos, grandes y chicos. Al vulgo hay que juzgarle por el fondo, y no por la forma de lo que piensa y dice. Así es que cuando en sus narraciones habla de entidades y cosas santas, materializándolas y discutiéndolas en forma vulgar y apropiada á entidades y cosas viles, no hay en ello profanación ni impiedad, porque el fondo es elevado, respetuoso y bueno, y la forma la única de que el pueblo puede valerse. Pero volviendo á tu protegido, dime, amado Pedro, ¿qué es lo que deseas para él?

—Deseo, Señor, que me conceda V. M. facultades para proporcionarle algún medio por el cual pueda hacer méritos para que se le perdonen los pecados y se salve.

—Concedidas tienes esas facultades, amado Pedro, y dejo á tu discreción el medio que te parezca más adecuado para salvar á ese pobre pecador.

San Pedro dió las gracias al Señor por lo que acababa de concederle, y descendiendo á la tierra, le salió al licenciado al camino.

—Buenos días, amigo Perico, dijo al licenciado con mucha benevolencia.

—¡San Pedro me valga! exclamó Perico, encantado de la amabilidad y el aspecto venerable de aquel anciano. Muy buenas las tenga usted, abuelito; ¿está usted bueno?

—Bueno, á Dios gracias.

—¿Y la parienta, y...?

—Por lo visto, ¿no me conoces, amigo Perico?

—Es verdad, abuelito, que no tengo esa honra.

—Pues yo soy San Pedro.

—¡San Pedro me valga! exclamó Perico, apresurándose á quitarse la gorriilla de cuartel y arrodillándose á los pies del santo Apóstol, que con mucho amor le hizo levantarse y ponerse la gorra, porque el camino estaba hecho un barrizal y corría un gris de lo fino.

—Antes de todo, hijo mío, te diré que veo con satisfacción que no eres tan malo como parecía, pues si no creyeras en Dios, tampoco creerías en los santos.

—No haga usted caso, señor, de aquellas tonterías que á uno se le metieron en la cabeza.

—Pero, hombre, ¿es posible que tú creyeras que no había Dios?

—Ya ve usted: como en las Cortes mismas y hasta por los del Gobierno se dijo que no le habla, ¿qué había de hacer un pobre soldado como yo al oír hombres tan sabios, sino creerlos ó matarlos? La verdad es que yo no estaba muy seguro de que no le hubiera, y prueba de ello es que no dejé ni un solo día de andar á cada paso con ¡San Pedro me valga! ¡Por vida del santo de mi nombre!

—Pues has de saber, hijo, que á eso vas á deber el no condenarte, aunque, como dijo el otro, lo decías maquinalmente. De todos modos, muchos méritos tienes que hacer para que Dios te perdone todos tus pecados y te salves.



—¿Y cómo, señor, me he de componer para hacerlos?

—Eso, amigo Perico, es cuenta tuya. Yo, todo lo que puedo hacer por tí, es proporcionarte un instrumento que á la vez pueda ser de salvación ó condenación, según el uso que tú hagas de él, pues el uso depende sólo de tu voluntad.

—¿Pongo, por ejemplo, darme un saco de onzas de oro, que, empleadas bien, pueden salvarme, lo mismo que empleadas mal pueden condenarme?

—De saco se trata, hijo, pero no es saco de onzas de oro ni Cristo que lo fundó, sino éste, que, como ves, está vacío y tiene una virtud maravillosa.

Al decir esto, San Pedro sacó de debajo de la túnica y dió al licenciado un saquito vacío, que cabía en un puño, y sin embargo, tenía elasticidad tal, que cabía en él aunque fuera una persona mayor.

—¡San Pedro me valga, qué morral tan mono! exclamó Perico al ver el saco, que tenía sus correas y todo para suspenderle á la espalda, é inmediatamente se le colocó sobre el morral en que llevaba su corto equipaje.

—Conque, dígame usted, señor, añadió, cuál es la maravillosa virtud que este morralito tiene.

—Es la virtud de la atracción. Cada vez que digas: «Cosa tal ó cual, ¡al morral!» la cosa vendrá al morral inmediatamente.

—¡San Pedro me valga, qué maravilla! exclamó Perico asombrado. ¡Pues con un morral como éste bien puede uno hacer méritos para salvarse!...

—¡Y también para condenarse! interrumpió el Santo melancólicamente. ¡Tu salvación ó tu condenación dependen de tu voluntad! ¡No lo olvides, hijo mío, y Dios quiera que con la llave que dejo en tus manos se te abra la puerta del cielo, y no la del infierno!

Al decir esto, San Pedro desapareció súbitamente sin que Perico supiera por dónde, y Perico continuó su camino, maravillado de la aparición y del obsequio con que el santo de su nombre le había favorecido.

ANTONIO DE TRUEBA.

(Concluírá).

## NO HAY DICHA EN LA TIERRA (1)

DE niño, en el vano alíño  
de la juventud soñando,  
pasé la niñez llorando  
con todo el pesar de un niño.  
Si empieza el hombre penando  
cuando ni un mal le desvela:

¡Ah!

*La dicha que el hombre anhela,  
¿dónde está?*

Ya joven, falto de calma,  
busco el placer de la vida,  
y cada ilusión perdida  
me arranca, al partir, el alma.  
Si en la estación más florida

no hay mal que al alma no duela:

¡Ah!

*La dicha que el hombre anhela,  
¿dónde está?*

La paz, con ansia importuna  
busco en la vejez inerte,  
y buscaré en mal tan fuerte  
junto al sepulcro la cuna.

Temo á la muerte, y la muerte  
todos los males consuela:

¡Ah!

*La dicha que el hombre anhela,  
¿dónde está?*

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

(1) Don Ramón de Campoamor y Campoosorio nació en Navia (Asturias) el 24 Septiembre de 1817. Huérfano de padre desde la niñez, y aspirante á jesuita en la adolescencia, á los veinte años fué á Madrid á estudiar medicina, ciencia que descuidó para dedicarse á la poesía, siendo asiduo frecuentador del entonces célebre Liceo. Ingresó en la política afiliándose al partido moderado, ocupando distintos cargos públicos, entre otros los de gobernador de Alicante y de Valencia. Sostuvo reñidas luchas con la democracia, y hoy figura en el partido conservador. Es uno de los pocos poetas cuya fama ha traspasado la frontera de España. Sus poesías más características son las *Doloras*, palabra inventada por él, y una de las cuales publicamos hoy.



## LA CASA PATERNA <sup>(1)</sup>

DIFERENTES veces había intentado ir á Kalmert para ver de nuevo la casa en que nací y los sitios donde se deslizaron los quince primeros años de mi existencia; pero llegado el momento de ponerlo en ejecución, sentíame sin fuerzas para ello. Se comprende: en dicha ciudad se había realizado el acontecimiento que determinó la dispersión de mi familia, y en aquella casa experimentó mi corazón la primera herida profunda de mi existencia, la muerte de mi padre, y por lo mismo, temía fundadamente que la vista de aquellos sitios produjera en mi espíritu una impresión por demás dolorosa. Esto influyó en que fuera aplazando de un año á otro la realización de mi proyecto, con la firme esperanza de que en el siguiente había de hallarme con más fuerzas: así transcurrieron veinte, es decir lo mejor de la vida. Al cabo, cierta mañana del mes de Enero, como descubriera, en tanto me estaba peinando, un mechoncito de canas, que ocultaran hasta entonces mis rubias guedejas, dije para mí:—Llegó la hora.—Y aquella misma mañana tomé el tren, á fin de poder estar de regreso en Bois-le-Duc, á la caída de la tarde.—¡Veinte años! iba pensando durante el viaje, contemplándome en los cristales del coche.—La barba, la gordura y el sol de Borneo han hecho en mí tan profunda mudanza, que no habrá de seguro quién me conozca y pueda distraerme del proyecto, al par triste y agradable, de este mi viaje: respecto del particular puedo estar completamente tranquilo. Los hechos confirmaron mis presunciones.

Nevaba: la campiña estaba totalmente tapizada de blanco: el tren poco menos que vacío: los escasos viajeros que en la estación de Kalmert se apearon tomaron asiento en los carruajes y se fueron: por lo que á mí hace, emprendí solo y á pie el camino de la ciudad, y pasados cinco minutos, presa de una intensa curiosidad y dominado por una impaciencia que tenía no poco de penosa, me encontré en la desembocadura de la calle Mayor.

Me detuve, y miré delante y en derredor poseído de grandísima admiración.

Reconocía la calle y los edificios; pero lo mismo éstos que aquélla me parecían absolutamente cambiados: la calle más estrecha; las casas empuñecidas; las paredes cual si hubiesen envejecido no de veinte, de cien años; todo oscuro, todo lúgubre, todo macilento; me parecía hallarme en una ciudad víctima de terrible azote, en la cual hasta los mismos edificios se mostraban melancólicos y afligidos. Seguí adelante, reconociendo á cada paso que daba, aquí una esquina, allí una ventana, allá una puerta, más lejos una tienda, que sus-

(1) Este fragmento, que conocemos por la traducción de Edmondo de Amicis, forma parte de las «Memorias de Guillermo van Minden.»

citaban en mi mente mil dormidos recuerdos de los años de mi infancia, y pasados breves momentos encontréme en el centro de la ciudad, en medio de gran número de señoras y caballeros que, por ser domingo, terminada la misa de doce, salían del templo lo mismo que veinte años antes. Cinco minutos bastaron para que reconociera á más de cien personas. ¡Cuán cambiadas sin embargo! En los primeros instantes me parecía imposible que bastara tan breve espacio para producir tan profunda mudanza en todo un pueblo, y llegué á presumir que una causa para mí desconocida había auxiliado poderosamente la destructora mano del tiempo. Aquellos á quienes dejara con la cabeza negra, la tenían gris; los que dejé con canas, la tenían blanca como la nieve; éstos andaban encorvados; aquéllos con menos firmeza en las piernas. El tiempo, pasando por encima de aquellas gentes como enemigo airado y caprichoso, había saltado un oio á éste, arrancado á otro la abundante cabellera, derribado la dentadura á aquél, chupado al de más allá los carrillos antes carnosos y mofletudos. Compañeros de escuela, flacuchos antes y delgados como un junco, encontrábalos ahora rechonchos y gordiflones, hasta el punto de que no los habría reconocido, á no ser por la expresión de su rostro: chiquillas que viera ir á la escuela con la merienda en la cesta, ligeras y juguetonas como mariposas, estaban convertidas en mujeres juiciosas y respetables, rodeadas de tiernas criaturillas: señoras que había dejado rebosando frescura y juventud, estaban envejecidas, arrugadas, encorvadas, y ocultaban el rostro bajo un velo negro y espeso: familias numerosas, reducidas á tres ó cuatro individuos: caras que se habían borrado completamente de mi memoria; fantasmas de antiguos maestros de primeras letras, que creía muertos hacía muchos años; juvenzuelos que vi en brazos de las niñeras, trocados en tenorios junto á las puertas de los cafés; una numerosa chiquillería para mí del todo desconocida; una infinidad de parejas matrimoniales que jamás habría previsto ni siquiera imaginado; una muchedumbre de personas que habían crecido, empequeñecido, adelgazado, enflaquecido, engordado, desmerecido, hermo-seado, embellecido, y que, sin embargo la semejanza de los cambios en daño ó en provecho, parecían todas tristes y malhumoradas, y despertaban en mi pecho un sentimiento intenso de lástima y compasión viéndolas desfilar pareja á pareja y familia por familia á lo largo de aquellas callejuelas tortuosas y oscuras, y desaparecer luego una en pos de otra en el interior de los estrechos portales de aquellas casas diminutas. Al cabo de algunos minutos me hallaba completamente solo.

Atravesé varias calles, constituidas por casucas que nada tenían de alegre, y al cabo llegué á *aquella*, y vi *aquella* casa.

Intensa fué la emoción que su vista me produjo; pero logré vencerla y dominarme con poco esfuerzo.

Busqué con la mirada las puertas de las casas del huevero, de la lechera, de la frutera, del tabernero: todas se hallaban cerradas ó entornadas: la calle desierta: la nieve sin la huella de una sola pisada.

Acerquéme á la puerta del zaguán de mi casa: asoméme á la portezuela: nadie.

Entré: la puerta de la casilla del portero estaba cerrada: seguí adelante muy despacio á lo largo de un emparrado que se extendía hasta el pie de la escalera.

Hasta aquel instante sólo sentí leves latidos en el corazón; pero en cuanto me hallé delante del vestíbulo de mi casa, en aquel reducido espacio en que estaban reunidos los más íntimos y más intensos de mis recuerdos; cuando distinguí la puerta del despacho de mi padre; aquella escalerilla; aquella azoteíta; aquellas ventanas que adornaban los sarmientos de la parra, —todo cual lo dejara yo en otro tiempo,—sentí que el corazón se me oprimía á impulso de una emoción violenta, y sin que pudiera evitarlo se me llenaron los ojos de lágrimas.

Miré hacia las ventanas: no vi persona alguna. Volví la cabeza en dirección á la casilla del portero: nadie. Todas las puertas cerradas, todo cubierto de nieve, y seguía nevando á más y mejor.





LA TABERNA

CUADRO DE SALVADOR MARTÍNEZ CUBELLS



¡Cómo me saltaba el corazón! ¡Cuánta gente en medio de aquella soledad! Los antiguos médicos de la familia atravesaban el zaguán; las criadas descendían por la escalera con la esportilla colgada del brazo; mis compañeros de infancia retozaban en el vestíbulo; el conferenciante de latín con su holgada levita negra, como sus anchos pantalones, aparecía inesperadamente por el extremo del emparrado; mi padre salía del despacho, guardando los espejuelos en el estuche; mi madre desde la ventana me hacía señas para que me guardara de los rayos del sol de medio día; mi hermana cuidaba las flores del jardín; mi hermano leía en alta voz en su habitación; la gata vieja trepaba ligera á lo alto de la parra; mis pajarillos gorjeaban alegres encerrados en lindas jaulas: todo se movía; todo hablaba; todo me miraba; y yo permanecía allí, bajo el influjo de aquellas mil miradas; bajo la presión de aquellas voces distintas, dominado por un inexplicable sentimiento de ternura, de melancolía, de estupor, sin saber resolverme entre marcharme ó permanecer en aquel lugar.

Un copo de nieve que desde la cima de un árbol vino á caer á mis pies desvaneció aquellos fantasmas, volviéndome al mundo de la realidad. Entonces empecé á contemplar aquellos sitios con verdadero detenimiento y atención. ¡Qué pequeño lo veía todo! Aquella casa que siempre me había parecido un vasto edificio, no era más que una casuca de villorio: el emparrado, que juzgara elevadísimo, era tal que casi alcanzaba á él con el sombrero: la pared de cerca de la huerta, que nunca creí que pudiera saltarse, la habría pasado sin más esfuerzo que levantar la pierna: me parecía haberme convertido en un gigante; que mi persona constituya un obstáculo, un estorbo, y sin saber por qué lo sentía en el alma. Casi me daba pena el considerar que había crecido tanto. Antojábaseme que cuantos objetos me rodeaban habían de decir:—¿Quién es este hombrón? No le conocemos.—Ciertos lejos y ciertos fondos del jardín y del zaguán se habían aproximado; las paredes de cerca estaban menos apartadas: no sabía explicarme el porqué de haber contemplado durante tantos años, en aquel espacio por demás angosto y reducido, encantadoras imágenes de llanuras, de valles, de caminos interminables, y experimentado las gratas emociones de afortunado viajero, recorriendo en los días lluviosos los sitios comprendidos entre el extremo del zaguán y el opuesto extremo del jardín.

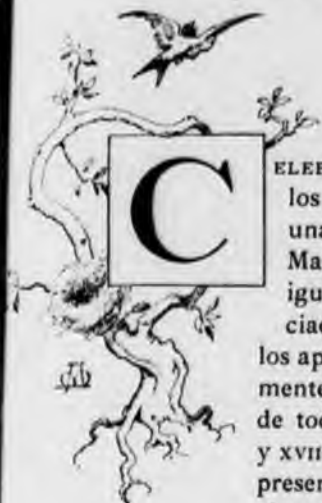
Empujé la verja de éste: estaba abierta: entré. La nieve tapizaba todos los andenes, los setos de mirto, los acirates de flores, los canalizos de riego; y sin embargo, todo lo reconocí á la primera ojeada. Vi de nuevo la ventanita del despacho de mi padre, á la cual se había asomado, hacía veintitrés años, una mañanita del mes de Abril, diciéndome con voz clara y animosa:—Guillermo, en este momento cumplo los setenta y cuatro.—Vi de nuevo el cenador de jazmines debajo del cual me había preparado para mi primera comunión, y en cuyo interior permanecí largas horas, inmóvil y pensativo, cierto día en que, volviendo de la escuela, había visto por vez primera un cadáver. Vi de nuevo el menguado cañaveral que durante algunos años me proveyó de lanzas y espadas para el pequeño ejército de chichuelos desarrapados que peleaba bajo mis órdenes con los *bandidos* de la parroquia de San Ambrosio.

Traducción de

C. VIDAL DE VALENCIANO

(Concluiré).

## SALVADOR MARTÍNEZ CUBELLS



Celebrábase el año 67 en Valencia, patria de tantos pintores eximios, cuya gloria los artistas nacidos en aquella hermosa tierra recuerdan en el presente siglo, una Exposición regional de Bellas Artes que fué visitada por don Federico de Madrazo, hoy decano de los pintores españoles, quien tiene el privilegio, al igual que lo tuvo don Carlos Luis de Ribera, de que su nombre sea pronunciado con respeto y gratitud por todos los artistas. Madrazo y Ribera recuerdan los apellidos de familias ilustres en la pintura, por haber contribuido poderosamente al renacimiento artístico y sido sus individuos maestros en esta centuria de todos los pintores que guardan las tradiciones de los genios de los siglos xvi y xvii. Llamóle á Madrazo la atención un lienzo en el cual el retratado estaba presentado en actitud de pintar, obra en la que pudo apreciar á un tiempo ejecución y parecido, por conocer á don Francisco Martínez, cuyo retrato contemplaba. A Martínez, nacido en Paiporta, se le llamaba y llama en Valencia el *Pastoret*, por haber sido pastor, oficio que también fué el de su padre; y como mientras apacentaba el rebaño combatía el aburrimiento haciendo cayados en los cuales tallaba con un cuchillo figuras que revelaban disposición artística, aunque no educación, sucedió que hubo personas que en sus toscas obras se fijaron y dijeron al padre que era lástima que quien tales cosas hacía no fuese enviado á Valencia á estudiar el dibujo; y el padre, que muchas veces había admirado gozoso la habilidad de su hijo, siguió el consejo y á Valencia le envió, donde al cabo de dos años obtuvo una pensión que, á pesar de ser pequeña, le bastó para atender á sus modestas necesidades. Aficionóse á la restauración, arte muy difícil porque exige al que lo ejerce la anulación de la propia personalidad artística para identificarse en la del pintor cuyo cuadro restaura, no sin haber estudiado antes su manera y procedimientos; arte que suprime la pincelada porque exige que sólo se llenen los deterioros del tiempo y de la incuria, y que además reclama tanta habilidad como paciencia, cualidades que posela Martínez. Hasta principios del siglo la restauración se hacía empleando los mismos colores al óleo que se usaban entonces, sin tener en cuenta que era más limitado el número de los que conocían y gastaban los antiguos, de lo cual resultaba que al ejercer el tiempo su acción sobre la parte restaurada, ésta aparecía con matices diferentes del original, por efecto de la natural transformación de colores metidos al restaurar que en aquél no existían. Para obviar tales inconvenientes don Juan de Ribera comenzó á restaurar en Madrid con los colores usados en los siglos xvi y xvii y no otros, sirviéndose del aguarrás y de la almáciga, procedimiento que también siguió en Valencia el señor Martínez, y que hoy es el empleado por todos los inteligentes, porque tiene condiciones de duración, permanencia de los matices y permite levantar con facilidad en todo tiempo la parte restaurada sin deterioro del original; ventajas que no ofrece la restauración por medio de la pintura al óleo. Además, como con aquel método los restauradores se ven obligados á preparar personalmente los colores al aguarrás, son muy difíciles las alteraciones debidas á la adulteración y á los procedimientos industriales que ennegrecen las pinturas.

Muchos son los cuadros salvados por Martínez de la destrucción: también se dedicó á la enseñanza, y con citar entre sus discípulos á Ferrándiz, Agrassot y Amérigo, queda dicho que su sistema era muy sólido. Preguntó Madrazo quién había pintado el retrato, y como le

contestasen que el hijo de Martínez, joven que llevaba cumplidos los veintiún años, pues había nacido en Valencia el 9 de Noviembre de 1845, quiso felicitar al padre, á quien dijo que el retrato era lo mejor que había en la Exposición, palabras que Martínez oyó con alborozo por pronunciarlas persona que tan alto puesto ocupaba en el arte. Don Federico mostró deseos de dar la enhorabuena al autor, y le fué presentado un joven flacucho, barbilampiño, de ojos vivos, nariz pronunciada, labios finos y aspecto simpático, que oyó con emoción, respeto y gratitud las frases laudatorias de Madrazo, y en particular la indicación que le hizo de que fuese á su taller cuando estuviese en Madrid, invitación muy de agradecer, porque no era prodigada.

A la corte había venido por primera vez don Salvador Martínez Cubells, el año de 1864,



SALVADOR MARTÍNEZ CUBELLS

con motivo de celebrarse una Exposición de pinturas en un barracón improvisado en el local donde hoy se levanta el edificio en el que está situado el café de Fornos, que forma esquina con la calle de Alcalá y la de Peligros, y expuso dos cuadros titulados *El baile* y *Visita del novio*, que compró el marqués de Campo, por precio más en relación con la oscuridad del principiante que con la nombradía que más tarde debía adquirir su autor. Hallábase éste en Madrid sin más garantía de subsistencia que el trabajo y los pocos recursos que podía enviarle su padre, y si sus aficiones hubieran necesitado estímulo, en la necesidad lo hallaran. En Valencia había pintado varios cuadros, entre ellos dos apóstoles y dos evangelistas, que están en la iglesia de Cullera. En Madrid fué al Museo, y al hallarse delante de las obras de los grandes maestros, vió ensancharse los horizontes del arte hasta lo infinito; y comprendiendo que le quedaba mucho por estudiar, emprendió la tarea con resolución nacida de su voluntad y con la seguridad

del éxito que le daban las enseñanzas que había recibido en el taller de su padre.

Fué en este período su existencia trabajosa y dura, y asemejóse á Ribalta, gloria de la pintura española, en que el amor impidió el decaimiento y mantuvo la esperanza. Era íntima su amistad con Muñoz Degrain, como él valenciano, como él llamado á la celebridad, como él enamorado y en situación pecuniaria parecida; y como ambos tuviesen afición extremada á la ópera y sus recursos no fueran sobrados, en vez de gastar una peseta, que era lo que costaba la entrada á la cazuela del teatro Real, idearon la manera de reducir el precio á la mitad. Iba uno de ellos al teatro al comenzar la función, y á las diez se marchaba pidiendo la contraseña, que dejaba en sitio convenido, que era debajo de una de las puertas del teatro, donde el otro la recogía y presenciaba la segunda mitad de la función, y variando el turno cuando la obra se repetía, en dos sesiones oían la ópera entera.

Como todos los pintores noveles, durante este período pintó Cubells varios cuadros y algún retrato, mostrándose más deseoso de colocar los primeros y de hallar quién le encargase los



segundos que exigente en el precio, porque en los tiempos difíciles del artista, tiene más valor una peseta que mil en la época de prosperidad. En aquel entonces se sacó á oposición la plaza de primer restaurador del Museo Nacional de Pinturas, dotada con 3,000 pesetas; se presentó Martínez Cubells junto con otros veintitrés opositores, y gracias á lo que había aprendido al lado de su padre obtuvo el codiciado puesto, para él tanto más ambicionado cuanto aseguraba su posición y le permitía contraer matrimonio con la mujer á quien amaba. Desde principios del 69 hasta la fecha ascienden á un centenar los cuadros del Museo que ha restaurado, entre ellos *La Virgen leyendo en su habitación*, de Van Eyck; *La Crucifixión*, de Van der Weyden; *Las fraguas de Vulcano*, de Velázquez; *La Virgen con el niño Jesús*, de Gossaert; *La Virgen del pajarito*, de Murillo; *Cristo en la cruz*, de Goya; *Los jugadores*, del mismo autor; *Nolli me tangere*, de Giulio Romano; *La Transfiguración*, de Rafael, copiada por aquel su discípulo; el *Retrato de Alberto Dürero*, hecho por el mismo autor; *La Sacra Familia*, de Aníbal Caracci, dos retratos del Tiziano; *El triunfo de la Religión*, *La Caridad*, *Los doctores de la Iglesia*, y *La prestación del diezmo*, de Rubens, y otros de Elsheimer, Tomás Moro, Ribera, Van Dick, Tintoreto, Andrea del Sarto, etc.

Los trabajos de un restaurador de Museo son muy apreciados por los académicos, bajo cuya dirección están, y por el director; pero como su principal mérito consiste en que cuando llegan al público desaparezcán, esto es, en que no se conozca cuál es el cuadro restaurado y el que se ha conservado intacto, la nombradía del restaurador no pasa del Museo y de la Academia, á menos que un suceso extraordinario ponga á plena luz su personalidad; y esto le sucedió á Martínez Cubells. Fué mutilado el famoso cuadro *San Antonio* de Murillo, que está en la catedral de Sevilla, y robada la imagen del Santo, apareciendo luego el fragmento del lienzo en Nueva York; y si bien no se tienen noticias del robo ni de cómo fué á parar el lienzo á los Estados Unidos, se sabe que se recuperó gracias á la honradez y entusiasmo artístico de un marchante. Tanta resonancia había tenido la mutilación del incomparable cuadro del gran pintor sevillano, que su restauración debía inmortalizar al que la llevase á cabo con éxito, y de España y del extranjero se hicieron hasta unas doscientas ofertas al Cabildo de Sevilla, por artistas más ganosos de fama que de estipendio; pero aquél, con buen acuerdo, se dirigió á la Real Academia de San Fernando para que designase el restaurador, y la Academia, sin vacilación, nombró á Martínez Cubells, quien tomó el tren y se fué á Sevilla, donde le esperaban en la estación representantes del Cabildo y de otras corporaciones, deseosos de conocer y saludar al artista cuya importancia había patentizado la elección de la Academia. Y como terminaba la primavera y el calor se hace sentir en aquellas tierras, Martínez Cubells, á quien su modestia no le había advertido la probabilidad de que personas principales saliesen á recibirle, en mangas de camisa se había puesto, aprovechando la circunstancia de estar solo en el vagón, y á la ventanilla estaba asomado movido por curiosidad natural en el que llega por primera vez á ciudad tan importante y celebrada, cuando oyó que pronunciaban su nombre y lo repetían; y sin darse cuenta de lo que aquello significaba, se hizo presente, se puso con apresuramiento la americana, bajó del tren y se halló rodeado de los comisionados, que no debieron formar muy buen concepto de una eminencia artística que viajaba en mangas de camisa, y sin duda temieron por la obra de Murillo, temores que aumentaron cuando, llevado á que examinase el mutilado cuadro y el fragmento, en vez de ponderar la importancia de la restauración y sus dificultades, mostró la calma del consumado artista que tiene completa seguridad en sus fuerzas y en sus medios, en vez de la impresionabilidad del aficionado ó la ponderativa locuacidad del charlatán. Fué necesario forrar el cuadro, que ya lo había sido á principios de este siglo; pero como en aquel entonces los procedimientos eran muy primitivos, habían resultado muchas bolsas, que se habían hecho desaparecer rajando el lienzo en los puntos donde estaban. Las primeras operaciones de la restauración, en particular el empleo del raspador para levantar la suciedad que había resistido á la acción del aguarrás y del alcohol, aumentaron la zozobra del Cabildo; pero cuando Martínez Cubells puso mano á la paleta y á los pinceles, desaparecieron los



temores y vino el júbilo, porque la obra de Murillo renacía con toda su frescura y celestial belleza y desaparecía hasta el último rastro de la unión del fragmento al resto del lienzo. También restauró el cuadro de Murillo, *El bautismo de Cristo*, encerrado en un marco que está unido al de *San Antonio*; y la tarea comenzada á fines de Mayo terminó á mediados de Octubre con general satisfacción y aplauso. El Cabildo mandó acuñar una medalla de oro con la siguiente inscripción: «Al señor don Salvador Martínez Cubells, restaurador insigne del cuadro de San Antonio, de Murillo. El Cabildo de la Santa Metropolitana y Patriarcal Iglesia de Sevilla. 1875.» Además le entregó un relicario y un pergamino en el cual, en términos muy expresivos, consigna el alto concepto que el artista le merece y el esmero con que la restauración fué llevada á feliz término. El ayuntamiento le declaró hijo adoptivo de Sevilla y le regaló un reloj de oro con inscripción. Martínez Cubells no tuvo otra remuneración que el sueldo que le correspondía como restaurador del Museo de Pinturas y el abono de los gastos de fonda y ferrocarril. En 1887 le fué concedida la gran cruz de Isabel la Católica.

En la Exposición del año 67 presentó el cuadro *Los Carvajales*, que obtuvo mención honorífica y compró el conde de Pino Hermoso, para quien pintó otro cuadro de iguales dimensiones que representa un episodio del cerco de Valencia, el momento en que don Jaime el Conquistador es herido en la cabeza por una flecha. En la del 71 mereció tercera medalla por un retrato, y en la del 76 segunda medalla por otro retrato. Como le molestara ser muy citado como restaurador y poco conocido como pintor, se propuso pintar un cuadro de alto vuelo y comenzó á poner mano en el titulado *La educación del príncipe don Juan*. Cierta magnate, que á su taller fué, preguntó asombrado al ver comenzado el lienzo de quién era, y aumentó su sorpresa el saber que Cubells lo pintaba. Hizose lenguas del cuadro en varias casas aristocráticas, y sus alabanzas contribuyeron á que se le encargasen retratos, género en el que sobresale, en particular en los de hombres. *La educación del príncipe don Juan*, que hoy está en el Senado, obtuvo primera medalla en la Exposición del 78, y es por el dibujo, la composición, el color, y en particular la pincelada, de legítima casta española; y si Cubells, en vez de haberse inspirado en asunto sólo conocido de eruditos y que no tiene ninguna importancia ni trascendencia histórica, por haber malogrado la muerte las esperanzas que en el tierno hijo de los Reyes Católicos se cifraban, se hubiese fijado en tema conocido y popular, como Rosales en *El testamento de Isabel la Católica*, cuya factura la obra de Cubells recuerda, ésta hubiera valido á su autor la popularidad que la acertada elección del asunto, unida al mérito, ha ganado á otros pintores. El 81 presentó *La vuelta del torneo* y el 84 *Guzmán el Bueno*, cuadros ambos comprados por el Estado, enviado el primero á Valencia y el segundo á Zaragoza. En la Exposición del 87 *Doña Inés de Castro* le valió otra medalla de primera clase. Además pintó en 1888 tres santos jesuitas últimamente canonizados, lienzo que tienen en Chamartín de la Rosa los padres de la Compañía de Jesús, que se lo encargaron; *La ida al torneo*, propiedad de don Manuel G. Longoria; *La pena del talión*, que posee don Anselmo González del Valle, y *Fausto y Margarita*, comprado por el conde de Casa Roja. Durante sus excursiones veraniegas ha ejecutado al vuelo algunos cuadros de caballete que dan idea exacta de las costumbres y carácter de la montañosa región del Norte, y *La taberna* es otro de los lienzos pintados en momentos de ocio. El banquero señor Lafitte posee algunas de estas obras. En San Francisco el Grande tiene la «Impresión de las llagas de San Francisco» y los evangelistas «San Lucas y San Marcos», que están en la cúpula principal y en la cúpula de la capilla de las Órdenes militares, en cuyas obras tuvo que sujetarse á la composición ideada por don Carlos Luis de Ribera. Los retratos que ha pintado pasan de trescientos, y los cuadros del Estado y de particulares que ha restaurado, de dos mil; obra inmensa que revela la laboriosidad del artista valenciano. En 6 de Julio de 1891 fué elegido académico de la de Bellas Artes de San Fernando y recibido en la sesión celebrada el 29 de Noviembre de 1891. Fué tema de su discurso *La escuela valenciana de pintura*, y le contestó don Rodrigo Amador de los Ríos.

TEODORO BARÓ.



# UN ERROR

FOR

CARMEN SILVA

(LA REINA DE RUMANÍA)



(CONTINUACIÓN)

— En fin, le persuadí á Wolff que pasásemos dos años en la ciudad, al objeto de completar la educación de Silvia y casarla. Me encontré otra vez en medio del trato de los humanos y pude hacer un poquillo de música, mientras él fumaba ó jugaba á naipes.

— Vuestro salón se puso á la moda, y de él hablaron los periódicos.

— Se censuró á Wolff porque recibía á todo el mundo, suprimiendo la distinción de clases, — dijo la condesa sonriendo. — Y no fué allá por cierto, sino en el campo, donde Silvia encontró un marido en su primo, el heredero del mayorazgo.

— Mejor iba así, ya que no teníais hijos.

— Nunca he deseado un hijo.

— ¿Por qué?

— Porque Wolff muy pronto lo hubiera apartado de mí para hacer de él un soldado.

— He vivido en un tiempo en que un brillante oficial enamoraba á la más hermosa criatura de nuestra corte: á ella no le disgustaba en nada ni él ni su carrera.

— Bien dices, Joaquín: buena es aquella carrera para los que, á toda costa, quieren casar á una señorita, á fin de alejarla del príncipe...

Eduvigis hablaba lentamente, apoyando las palabras. Su cuñado se levantó bruscamente y fué hasta el extremo de la pieza. Al volver paróse ante ella.

— Y ¿tú querías huir también de aquel vecindario peligroso?

— Sí, quería marchar, — dijo ella con los ojos bajos.

Volvióse él á la mesa-escritorio, y en la semi-oscuridad comenzó maquinalmente á poner en orden fotografías y papeles.

— ¿Por qué has tú...?

No acabó la frase.

— ¿Por qué? — exclamó ella volviendo la cabeza — ¿Por qué no te hiciste actriz ó mendiga antes que casarte con mi hermano, á quien no amabas? Esto quieres tú decir. ¿Quieres que te responda con sinceridad? ¿Recuerdas el día en que llamaste á mi puerta y entraste en mi

camarín en el momento en que un rayo de sol iluminaba mis flores? Estaba yo de pie delante de mi mesita llena de cartas y acababa de empezar una dirigida á Taussig, en la cual le preguntaba si me creía con talento bastante para arriesgarme á emprender la carrera de artista.

Calló Eduvigis, alzóse, y su mano se apoyó en el caballete.

—¿Recuerdas,—continuó ella,—que tú me obligaste á sentarme de nuevo? Me dijiste que Wolff me quería con delirio, y que se haría saltar la tapa de los sesos si no prometía ser su mujer. Notando que vacilaba, me tomaste ambas manos como si me las quisieras triturar: me repetiste que la vida de tu hermano estaba en mi poder, que tú habías jurado á vuestra madre velar por él como por un hijo.

—¿Sé yo acaso qué pude decir en aquella hora de terrible angustia? Creí que le amabas como él te amaba,—murmuró Asmar.

—Te engañaste doblemente. Tu hermano había amado antes varias veces: y amó después, y su mayor amargura, cuando se sintió enfermo, nacía de la memoria de sus triunfos.

—¿Amargura?

—Veamos,—prosiguió ella con un tono que se había convertido en dulce,—¿qué podía ayudarle á soportar su destino? No tenía ni la educación moral ni la instrucción; el arte y la ciencia le eran extraños. La vida debía pesarle forzosamente mucho, y yo no era en modo alguno la mujer indicada para aligerarle la carga. En nada simpatizábamos.

—No podía yo adivinar,—replicó Asmar secamente,—que vuestra unión pudiese tomar tan mal cariz, ni que tú irías al altar pálida y tranquila, encerrando en el corazón un amor imposible y prohibido, para ser allí perjura.

—¿Qué pretendes decir?

—¿No me has confesado hace un momento que querías alejarte por causa del príncipe? Tenías miedo de tí misma.

—¡Sí, pero no como imaginas! ¡Ah, Joaquín! vosotros, los hombres, no sabéis leer en el corazón de una señorita. Es preciso explicároslo todo, palabra por palabra, y aun así no lo entendéis. De buena gana me hubiera arrojado á tus plantas para decirte que prefería la muerte á aquel matrimonio, pero tú habías sido siempre mi oráculo y nadie me había enseñado á decir que no. Aquella misma mañana mi princesa había venido á hacerme una terrible escena, llamándome fría coqueta, seductora sin escrúpulos, que procuraba atraer hacia sí á los hombres con su música y sus miradas, para hechizarlos y perderlos. ¡Ni aun hoy puedo pensar en esto!...

Ocultó por un instante su rostro entre sus blancas manos, que juntó luego con fuerza.

—No tenía quién pudiera darme un consejo, nadie más que tú. Lo que Wolff era en realidad lo comprendí el día en que me dió á entender que debíamos dejar la corte. Desde quel momento nunca más volví á abrirle mi corazón.

Cayeron sus brazos en una actitud de desolación tal, que M. de Asmar volvió la cara para no verla.

—¿Crees tú que mi posición de dama de honor era muy agradable y muy fácil?—repuso ella algo más calmada.—¡Estar de servicio desde la mañana hasta media noche, y siempre en evidencia cuando yo gustosa hubiera huído de todas las miradas, acosada siempre, atormentada, objeto de sospechas y calumniada! Declame con frecuencia: ¡Si fuese fea como un demonio y si tocase como una colegiala, charlarían y se reirían de mí en vez de escucharme! Pero cuando tocaba me olvidaba del universo entero, y ni por miedo al patíbulo hubiera dado una nota falsa. Cada vez que alzaba la vista, allí tenía el príncipe devorándome con miradas abrasadoras; la princesa palidecía, poníase colorada, lloraba de rabia y de celos. Tú te acercabas para decirme que llevaba conmigo tesoros de riqueza y de felicidad bastantes para enriquecer á uno sin que yo me empobreciese. Todos mis tesoros, por desgracia, se transformaron en arena y guijarros, como en los cuentos, porque nadie acertó á descubrirlos.





EL NIÑO MIMADO.—CUADRO DE FRANCISCO SIMM





—Quisiera que no hubiésemos vuelto á hablar de todo esto,—dijo él con voz entrecortada. —¡Hablame formado en mi corazón una tan dulce imagen de la vida de ambos! ¡Sentíame tan dichoso por haberte visto de nuevo! Sólo pedía volver á mi soledad y morir allí. ¿Ves, Eduvigis?—su voz se había puesto dura y breve,—tú hablas de tí y de tus sufrimientos ¿por qué no has sabido olvidarlos ante los míos? Pesares egoístas quebrantaron tu corazón, en vez de sufrir con lo que él sufría. Dices que no tenía instrucción ni educación, ¿qué tratas de decir con esto? Era hombre de mundo, y los placeres de los ricos fueron sus placeres. Si no sabía apreciar el arte ni la música ¿dejaba de ser por eso un valeroso oficial, un mozo inteligente y un corazón de oro?

La mirada de la condesa le había puesto inmóvil: en su fisonomía no aparecía rastro alguno de amargura sino un doloroso espanto. Así la juzgaba él. No podía ella, sin embargo, defender su propia causa; no podía hacer su propio elogio; enumerar los muchos placeres que con su iniciativa había procurado á un marido de carácter agrio y gruñón; los viajes hasta los confines de Europa, durante los cuales había soportado frecuentemente su humor atrabiliario, pensando sólo en distraerle. Menos podía ella dejar entender que á la postre sus padecimientos le exasperaron de tal suerte que hasta llegó á echarla en cara su propia salud. Joaquín había conocido á Wolff con la aureola de la juventud y juzgádole con el ciego afecto de un hermano hacia un ser idolatrado, en quien veía todo cuanto le restaba de la familia. Había ella cometido ya la falta de hablar demasiado. ¿A qué haber removido estos sufrimientos, sepultados en el fondo de su alma y de los que nada sospechaba su propia hija, porque la condesa había sabido pintar á su padre como un ser ideal?

—¿Por qué no viniste nunca, ya que le querías tanto?—exclamó ella al fin.

—Porque él no lo deseaba. Pero ¿qué importa todo esto, Eduvigis? ¿A qué hablar de estas viejas tonterías? Por fortuna las había evitado hasta esta última entrevista y ahora han podido ellas más que yo.

—Perdón,—repuso ella fríamente,—es culpa mía. He cometido una gran falta, mas no podía saberlo por adelantado.

Ambos callaron por largo rato. Al fin Joaquín se levantó: latió el corazón de Eduvigis hasta partirsele. Pensó que iba á coger el sombrero y á marcharse. ¡Toda su vida, esta montaña de sufrimientos y de errores, habría, pues, de pesar sobre su alma! Pero él no salió sino que se fué hacia el grupo de plantas contiguo á la ventana, y con tono de voz distinto, dijo mientras tocaba las hojas de una palmera:

—Estas palmeras cultivadas en invernáculo me causan siempre pena desde que las ví en su patria. Allá abajo debo parecer yo lo que ellas parecen aquí.

—¿Y con todo amas aquellas comarcas extrañas? ¿Por qué compadesces á mis palmeras?

—Sí, las quiero, porque sólo allá puedo ser yo del todo feliz, y esto es gran fortuna para el ser humano. ¿Te sientes tú nunca tan venturoso como cabe el piano? En Singapore soy egoísta de veras, ermitaño y solterón: en Europa nadie puede ser una cosa del todo porque no se le deja que lo sea.

—¿Y no echas jamás de menos el país natal?

—Nunca he tenido hogar de veras. En Ritholun, mientras vivió mi padrastro, se me aguantó y nada más, y en seguida el tutor de Wolff ocupó su puesto. Nací, como no ignoras, en Pasewalk, donde se hallaba de guarnición mi padre. Cuando murió tenía dos años; volvióse mi madre á Mecklemburgo, casóse de nuevo y se me puso en el colegio. Todo esto es muy poco interesante: perdóname, puesto que los viejos chocan.

—¿Has trabajado siempre sin descanso?

—No en verdad: no he tenido nunca la actividad devoradora, antes he descansado con frecuencia, según tú dices. No demasiado tampoco, ya que me empujaba hacia adelante la idea del escaso capital que contenía mi herencia paterna.

—¿Querías enriquecerte?

—No: ahorraba cuanto podía de mis ganancias para hallarme algún día en situación de casarme con joven á quien amase.

Por instantes Eduvigis se quedó sin respirar: mas pronto repuso con una calma que semejaba responder á su propio asombro:

—Es muy natural. También tendrás tu novela, á bien que yo no había caído en ello. ¿Es la heroína una japonesa, una javanesa ó alguna negra de Australia?

Asmar la miraba fijamente.

—Eduvigis, por Dios, ¡si aun no había dejado Europa! ¿Mis confidencias te inspiran, al parecer, escaso interés?

—Por ventura, ¿no lo tiene el objeto de tu amor? ¿Una chica pobre, sin dote, una hija del pueblo á la que querrías formar para tí? Los hombres de gran corazón hacen frecuentemente estas tonterías.

Los ojos tristes de Joaquín fijábanse más aún en ella.

—No, no pertenecía al pueblo y mi novela es interesantísima.

—Cuentámela, entonces.

—Será preciso que hable de mí mismo y he perdido el hábito de hacerlo, aparte de que lo tengo por cosa de mal gusto. Y además, la joven en cuestión, ¿me perdonaría si hablo de ella?

—¿Vive todavía?

—Pues ya lo creo. No trates de adivinar quién es, porque no la has conocido. Habíala visto muchas veces antes de soñar en que la amase. ¡Es cosa rara! Fuerza es que lo tome de más lejos. Has de saber que en otros tiempos fui desgraciado, tan desgraciado, que á los trece años quise envenenarme. ¿No lo crees? En tu lugar haría otro tanto. Ha poco hablabas del culto que profesaba á mi madre. Sí, un culto y á la vez una ternura celosa. Cuando se casó con el padre de Wolff, el viejo Ritholm, rompióse mi corazón de niño. La desesperación de un niño es terrible. Un día, en las vacaciones, me encontraba en casa, es decir, en Ritholm. El padre de Wolff no ocultaba la aversión que sentía por mí, y por vez primera noté que mi madre amaba apasionadamente á mi hermanito, mucho más que á mí. Hubo una escena... después de tantos años, ni siquiera á tí puedo referírtela. Cogi una caja de fósforos y me escondí en una granja deshabitada, en donde puse los fósforos en un vaso de agua, que me bebí luego, echándome en la paja. Aguardando la muerte, se me agolparon á la memoria los recuerdos de mis numerosas faltas, apoderóse de mí el arrepentimiento, corrí hacia mi madre, se lo confesé todo y le rogué que me perdonase antes de que muriese. La muerte no vino. Entonces por vez primera díjome mi madre que debía vivir para ser el protector y el rodrigón de mi hermano, porque su padre era anciano y ella se sentía débil y enferma. Desde aquel día comprendí que me era necesario querer ardientemente á Wolff para no odiarle, y ardientemente le he querido... ¡Dispénsame, Eduvigis! Tomaría con gusto una taza de este té, que se halla á punto desde una hora, y ya que no me la ofreces, la cojo.

(Continuad).



# ¡SOLEDAD!

NOVELA ESPAÑOLA

POR

D. C. SUÁREZ BRAVO

## CAPITULO II

ELLA Y ÉL

(CONTINUACIÓN)

Naturalmente, Eduardo no pudo dejar de comparar su situación con la que había inspirado aquella pintura; viniendo á esta conclusión: ahora el escribano hubiera acabado probablemente por dejar en cueros al noble comendador mayor.

—Sombras ilustres, pensó el joven paseando una mirada melancólica por aquella severa galería que representaba el glorioso pasado de su raza; reconozco que habéis dejado á vuestro último descendiente dignos ejemplos que imitar, pero, ¿dónde están ya los torreones de Uclés?

Una tosecilla que oyó detrás le sacó de su distracción, y al volver la cabeza se encontró frente á un hombre como de sesenta años, de ojos pequeños y vivos, cara redonda, pelo blanco y hocico algo saliente como el de la zorra. Vestía irreprochable traje negro. En la mano izquierda, que jugaba con movimiento que parecía convulsivo, con la cadena de su reloj, lucía un grueso diamante.

A fuer de hombre práctico, don Gabriel no se cuidó nunca de averiguar qué se había hecho del joven Eduardo, del hijo único de su antiguo poderdante. Sabía que debía andar por el mundo, pero en el orden de sus ideas no cabía que pudiese ligarle á aquel joven ninguna especie de obligación moral. Pero cuando Santiago pronunció el nombre de el marqués de la Puente, el Creso vaciló en recibirle. Aunque estaba seguro de poder probar siempre á los ojos



de la ley su coartada, pareciale á él mismo violento presentarse como señor de aquella casa, ante el descendiente legítimo de sus antiguos dueños, del hijo del que se la había entregado, no para que la poseyese, sino para que la administrase. Por otro lado, la conciencia es una llama interior que se puede sofocar, pero que es muy difícil extinguir por completo, y la presencia de Eduardo hacía terribles cosquillas en el alma del capitalista.

Sin embargo, presintiendo un peligro en aquella inesperada visita, comprendió, como hombre experimentado, que no sólo no adelantaba nada con huir el cuerpo, sino que su situación le obligaba á adelantarse á recibir lo que viniese. Fiaba en su sangre fría, en su astucia y en la inexperiencia de Eduardo. Por el momento todo se reducía á dar un aire natural y corriente á aquella entrevista, en el fondo violenta y embarazosa, y á ver venir.

—¡Oh! ¡Señor marqués de la Puente! dijo inclinándose con aire de profundo obsequio; tanto honor por esta casa...

Eduardo saludó fríamente con un movimiento de cabeza. Don Gabriel fingió no advertir esta desdeñosa y poco tranquilizadora entrada en escena, y continuó con zalamería:

—Veo que está usted mirando esos cuadros. Se concibe el interés que han debido de inspirarle á usted. Y á propósito, siempre he estado deseando una ocasión de verle, para decirle, que todos esos antiguos retratos de familia son de la propiedad de usted, y están á su disposición. Yo no he entendido, al adquirirlos, adquirir otra cosa que el honor de ser su depositario.

Eduardo recibió el agasajo de muy mal talante, y no se cuidó de disimularlo; pero don Gabriel, decidido á captarse á toda costa la voluntad del joven, fingió no advertir el fruncimiento de cejas y la expresión de fría y muda repulsa con que fué acogida su oferta.

—Tome usted asiento, dijo señalando á Eduardo un sillón y ocupando el sofá contiguo.

—Mi presencia en esta casa, comenzó éste, que deseaba terminar cuanto antes la enojosa entrevista, debe causarle á usted sorpresa, señor Cabañas.

—Aseguro á usted que no. Esta casa es y ha sido siempre de usted, señor don Eduardo.

Si el joven hubiera ido á reclamar su herencia ó alguna parte de ella, tan vulgarísima fórmula, dada la respectiva situación de los dos interlocutores, sería un excelente pie; pero otras eran las intenciones de Eduardo, como vamos á ver.

—Voy á explicarle á usted, dijo con el mismo aire de fría altanería, los motivos que me han obligado á venir á hablarle. Dulce es para todo corazón bien nacido agradecer los favores que recibe; pero el favor deja de serlo cuando es ocasionado á causar desagrado á la persona á quien se dispensa.

—Aseguro á usted que no comprendo... ¿Cuándo y cómo he tratado yo de favorecer á usted? Hechos, señor don Eduardo.

Cabañas era sincero en aquel momento.

—Vamos á los hechos, dijo Eduardo. Yo era oficial del ejército. Habiéndome aconsejado razones que á usted no le importan, pedir el retiro, presenté mi solicitud al ministro de la Guerra. Mis compañeros tuvieron noticia del caso, y se presentaron al ministro, para que no diese curso á mi instancia. Prometiéndolo así el ministro, y yo, después de muchos pasos inútiles, había tenido ya que renunciar á mi propósito, cuando inesperadamente recibo despachada mi solicitud; pero tan bien despachada, que se me concedía el retiro, con el empleo inmediato. ¿Qué le parece á usted?

—¡Oh! dijo don Gabriel con naturalidad. Creo que la cosa no tiene nada de extraordinario...

—Quizá. Pero vamos al segundo hecho. Deseando y aun necesitando ocupar útilmente las veinticuatro horas diarias de que podía disponer en mi nueva posición, pretendí una modesta plaza que se hallaba vacante en una administración de ferrocarriles. Acudí tarde, como sucede siempre á todos los que pretenden desprovistos de favor: la plaza estaba ya dada.

El director, sin embargo, prometió tenerme presente, y me despidió con aquella fría sonrisa, que quiere decir, para toda persona medianamente versada en la lectura de los semblantes: No se moleste usted en volver por aquí.

—¡Es posible! exclamó don Gabriel. Si yo hubiera sabido...

—Pues, como si usted lo hubiera sabido, porque á los tres días me cayó en las manos, como llovido de las nubes, el nombramiento para la plaza que estaba ya dada. Esto empezó á darme que pensar.

El rostro de don Gabriel siguió impasible.

—Sin embargo, murmuró, no veo en eso tampoco nada digno de fijar la atención... La cosa puede explicarse naturalmente.

—Sí, la explica el tercer hecho que paso á referir á usted. Yo había olvidado por completo que mi padre me había dejado un título de marqués. Me convenía olvidarlo, primero, porque mi padre, por motivos que usted sabe mejor que yo, no me dejó con el marquesado los bienes destinados á darle decoro, y segundo, porque suponía que mi título habría caducado por no haber yo cumplido con los requisitos que la ley exige para la transmisión. Es decir, por no haber solicitado ésta, ni haber pagado el impuesto consiguiente.

—La suposición de usted era fundadísima, dijo don Gabriel.

—¿No es verdad, señor Cabañas? Pues imagine usted mi sorpresa, al saber por una casualidad, hace dos ó tres días, que la solicitud se había presentado á nombre mío y el impuesto había sido satisfecho también á mi nombre en las oficinas del Estado.

—¡Es posible! dijo don Gabriel.

—Como usted lo oye.

—Pues en los asientos ha de constar naturalmente el nombre de la persona que ha hecho el pago en representación de usted.

—Consta, en efecto. Esa persona... es don Gabriel Cabañas. Es usted.

—¡Qué está usted diciendo! exclamó don Gabriel con admiración.

Pero Eduardo, para quien el asunto no podía ser dudoso, siguió sin hacer alto en la sorpresa de su interlocutor.

—Con esta pista, era ya fácil dar con el ser misterioso que había sacado inesperadamente á flote mis anteriores pretensiones.

Don Gabriel era hombre astuto, que sabía cogerlas al vuelo; pero ciertas delicadezas no estaban al alcance de su estómago moral. Las últimas palabras de Eduardo, le hicieron caer en quién era la persona que había hecho aquellas obras de misericordia, colgándoselas á él. —Es Elena, es mi mujer, pensaba. No puede ser otra. A ella sola se le ocurren estas cosas. Luego este joven tiene razón. Todo eso lo he hecho yo, puesto que lo ha hecho mi costilla.

De aquí, á atribuirse el mérito, no había, dado su carácter, ni siquiera un paso.

—Sería pueril, señor Velasco, dijo con tono modesto é insinuante, continuar negando la participación discreta que me he permitido tomar en los hechos que acaba usted de referir. Creo, sin embargo, que ellos demuestran el vivo interés con que sigo todos sus pasos.

El joven marqués de la Puente en el interior de su corazón había otorgado perdón sincero al mandatario infiel que sembró su niñez de espinas y su juventud de amargas decepciones; pero parecióle odioso é insoportable que intentara todavía pesar sobre su existencia, persiguiéndole con sus beneficios. Necesitaría ser un santo (y Eduardo, aunque de cristianos y nobles sentimientos, no llegaba hasta ahí), para resignarse á la humillación de aceptar pequeñas limosnas, de quien le debía grandes y solemnes restituciones.

Levantóse, pues, al oír las últimas palabras del hábilidoso hombre de negocios, y dijo, midiéndole de arriba á abajo con mirada altiva:

—Pues cabalmente mi visita tiene por objeto rogar á usted que en lo sucesivo me deje andar solo.

—¡Cómo! dijo don Gabriel un poco desconcertado, á pesar de su aplomo, levantándose también. ¿Qué quiere usted decir?...

—Quiero decir, señor Cabañas, prosiguió Eduardo, que si usted puede tener motivos para querer representar el papel de protector mío, yo los tengo, y muy graves, para no aceptar el papel de protegido de usted.

—Ese lenguaje, señor don Eduardo... murmuró don Gabriel.

—No olvide usted, le interrumpió el joven irguiéndose y con aire de severa y amarga dignidad, que soy el marqués de la Puente. Este es el único resto de herencia paterna que usted me ha dejado. Respétele usted.

Esta especie de declaración de guerra acabó de alarmar á don Gabriel, que á fuer de hombre práctico desconocía por completo los resortes por que se mueven los caracteres elevados, y no concebía que la visita de Eduardo y su actitud beligerante no tuviesen otro alcance más positivo que el que resultaba de sus palabras. Aunque vano, don Gabriel era muy flexible, y además, la presencia del joven marqués de la Puente ejercía sobre él cierta especie de fascinación. Así es que, haciendo su cuerpo un arco, respondió con tono humilde é insinuante:

—Yo respeto en usted, señor marqués, nobles infortunios que he procurado inútilmente evitar, pero que hasta cierto punto excusan la vivacidad de sus palabras. No se deje usted llevar de falsas apariencias. Mis actos como administrador de su casa pueden arrostrar impunemente la publicidad, y aunque su señor padre difunto los ha aprobado, pronto estoy, si usted lo desea, á dar nueva cuenta de ellos.

—No he venido, dijo Eduardo sin cambiar de actitud, á pedirle á usted cuentas. Lo que mi señor padre ha autorizado con su firma, tuerto ó derecho, yo he de respetarlo. Pero si usted ha tenido mandato en otro tiempo para dirigir los asuntos de mi familia, yo no se lo he dado á usted para mezclarse en los míos. Nada más tengo que decir á usted.

Al acabar de pronunciar estas palabras, el joven se dirigió á la puerta.

Aunque un poco más tranquilizado, no entraba en los cálculos de don Gabriel que la entrevista concluyera en tan malos términos, y dijo siguiendo á Eduardo:

—Perdone usted... pero las palabras acerbadas que usted me acaba de dirigir exigen de mi parte una explicación...

Eduardo, que se hallaba ya en el umbral de la puerta, se volvió, y dijo encarándose con el desconcertado millonario:

—Ya le he dicho á usted que no he venido á oír explicaciones. Si me he impuesto la violencia de penetrar como un extranjero en esta casa, que fué la casa de mis padres, es porque...

Al llegar aquí el joven calló de repente, y vivísima emoción se pintó en su rostro. Por la puerta que había dado paso á don Gabriel, entraban, adelantándose hacia él, dos mujeres. Una de ellas, la más joven, al ver á Eduardo, lanzó una exclamación de sorpresa, y en su rostro se retrataron las mismas impresiones poco más ó menos que en el de Eduardo.

Don Gabriel volvió la cabeza y al encontrarse con su mujer y con su hija se mordió los labios con gesto contrariado, pero como estaban ya cerca, hizo de necesidad virtud y colocándose entre las dos y señalando á una y á otra, dijo presentándolas á Eduardo:

—Mi mujer.. Mi hija...

Luego, volviéndose á éstas y señalando al joven con el mismo aire de obsequiosa cortesía, balbuceó:

—El señor marqués de la Puente.

Eduardo, que estaba ya, como hemos dicho, en los umbrales de la puerta, se adelantó algunos pasos é hizo un saludo profundo á las dos recién venidas. Su fisonomía había cambiado por completo: al frío disgusto que fruncía sus cejas y daba á sus miradas una expresión sombría, había reemplazado singular animación que iluminaba sus ojos y encendía sus mejillas. Era indudable que la vista de la joven que acababa de entrar, había obrado



en él esta transformación. ¿La joven y él se conocían? Mirando á aquélla más ruborizada y conmovida todavía que el mancebo, se completaba la convicción.

Era la esposa de don Gabriel una señora como de poco más de cuarenta años, y que todavía conservaba grandes restos de belleza. Tenía hermosos ojos negros llenos de bondad, rostro muy bien perfilado y buena presencia, vestía con sencillez, que parecía quizá exagerada, si no la hiciera olvidar la natural distinción de su persona.

En cuanto á su hija, era su vera efigies, pero animada por el fuego de los veinte años, y con una gracia de expresión, de esas que se sienten y no se describen. Su tez de un blanco mate, sobre la que brillaban dos ojos dotados de singular hechizo, estaba teñida á la sazón de vivísimo carmín. Era más bien alta que baja y la esbeltez de su talle nada debía al corsé.

Rompió el silencio un poco embarazoso que siguió á la presentación, la voz dulce de la señora de Cabañas.

—El señor marqués de la Puente, dijo, no es ni debe ser un extraño para nosotras. Luego, dirigiéndose á Eduardo, añadió con voz ligeramente trémula: Así es que habiendo sabido por Santiago que estaba usted con mi marido, me he apresurado á venir con Luisa, á hacerle á usted los honores de esta casa, donde será siempre recibido como merece el último descendiente de sus antiguos señores.

—Quisiera ver en mi pellejo al comendador mayor de Santiago, pensó el pobre Eduardo, subyugado por la presencia de la hija y obligado por la manera franca con que la madre afrontaba la situación, á decir algo.

—Señora, balbuceó inclinándose, los penosos recuerdos que en mí ha podido despertar esta morada, me obligan á agradecer doblemente la bondadosa acogida que en ella se me dispensa.

—¡Qué cambio de tono! decía entre sí confundido don Gabriel. ¡No hay como las mujeres para salir de estos apuros! Luego añadió en voz alta dirigiéndose á su mujer: —¡Conque conociais al señor don Eduardo?...

—¡Oh! sí, contestó ésta.

—¡Yo no! repuso con viveza Luisa. Es la primera vez que tengo el honor...

No concluyó su frase, porque una mirada de Eduardo añadió nuevo fuego á sus mejillas, que tenía ya como brasas.

—Aquí está aquella voz que sonaba constantemente en mis oídos, pensó Eduardo. Música de Mozart. Y por cierto que ha dado una nota falsa...

—¿Y á qué debemos el placer de verle á usted por aquí? preguntó Elena.

Eduardo contestó maquinalmente:

—Negocios que tenía que arreglar con el señor Cabañas...

—Sí, sí... es verdad, se apresuró á decir éste.

Una nube de inquietud pasó por el semblante de la esposa de don Gabriel.

Sintió el joven algo parecido á remordimiento, de haber de engañar á aquellas dos mujeres, y añadió indeliberadamente:

—Diré á usted, señora... Quizá usted no ignora que desde hace algún tiempo me ha salido un protector misterioso, que adivina mis deseos, y los satisface.

—¿De veras? dijo doña Elena con imperceptible sonrisa. ¿Y cómo quiere usted que yo sepa?... ¿Y ha averiguado usted quién es ese protector misterioso?

—¿Ese protector, es papá? preguntó Luisa con encantador aturdimiento, dirigiéndose á Eduardo.

Este hizo una señal de asentimiento con la cabeza.

La mirada de gratitud que Luisa dirigió á su padre, penetró al corazón del joven.

—¿Conque es mi marido? dijo Elena. Le felicito y me felicito por ello. Y usted ha venido...

—Sí, he venido...

Los ojos de Eduardo tropezaron con el retrato de don Farfán, que clavaba en él su mirada



severa é indignada. Parecía que estaba dando orden de precipitarle desde lo alto del torreón de Uclés.

—He venido... repitió el joven vacilando, y sin saber qué responder.

—A darle las gracias á papá, ¿no es verdad? volvió á decir Luisa con su genial vivacidad.

—Efectivamente, señorita, contestó Eduardo inclinándose con resignación y sin atreverse á mirar á don Farfán, he venido á darle las gracias.

—Espero, señor Velasco, que esto nos proporcionará el gusto de ver á usted á menudo por aquí, dijo doña Elena. ¿Usted no tiene familia en Madrid?...

—Ni en ninguna parte, señora, murmuró con tristeza el joven.

—Pues aquí hay personas, prosiguió la esposa de don Gabriel con voz más insinuante, que harán cuanto puedan, no para hacer sus veces, que eso sería en ellas demasiada ambición, sino para procurar que usted no sienta tanto la soledad.

—Me precio de no ser ingrato, dijo Eduardo encontrándose sin fuerzas para resistir, y lo sería ciertamente si no aceptase con reconocimiento tan bondadosas ofertas. Si ustedes me dan su permiso...

El joven deseaba romper aquel encanto y sustraerse á la lucha de sentimientos que le agitaba.

—¿Se marcha usted? murmuró Luisa con acento que quería decir, ¿tan pronto?

—Hasta la vista, dijo doña Elena.

El joven se despidió, cambiando antes una mirada con Luisa. Dios sabe lo que ambos se dijeron con aquella mirada. Los ojos hablan mucho y pronto.

—Voy subyugado, pensaba Eduardo al dirigirse á la puerta. ¿Será destino de familia?

Don Gabriel le acompañó, abrumándole á cumplidos y ofrecimientos.

Cuando éste se retiró, Eduardo se volvió rápidamente á Santiago, que le había abierto la puerta y le había seguido hasta la escalera, diciéndole en voz baja:

—No dejes mañana de venir á verme. Tengo que contarte muchas cosas. Ahí tienes mis señas.

Y sacando una tarjeta se la entregó.

—No faltaré, señor marqués, contestó el anciano.

En la mitad de la escalera, se encontró con Ricardo y Camporredondo que subían, suscitándole la vista de Ricardo memorias que ligaban perfectamente, como veremos luego, con las que acababan de agitar su corazón, en el salón histórico de la que había sido su casa.

(Continuará).



## NUESTROS GRABADOS

### EL MANGUITO

CUADRO DE M.<sup>me</sup> VIGÉE LEBRUN

Es graciosísima la figura que pintó en este lienzo M.<sup>me</sup> Vigée Lebrun, artista de peregrino talento, que brilló en la escuela francesa á fines del siglo pasado y comienzos del actual. Dícese que en ella se retrató la autora, realizando á la verdad un lindo cuadro de género, lleno de vida, de movimiento y expresión. La citada artista pintaba con un vigor en el modelado, de que da cabal idea el rostro de la agraciada señora y que recuerda la factura de los mayores maestros en el arte, y era á la vez elegante, como lo dicen asimismo la disposición y todas las líneas del bonito cuadro que publicamos reproducido por medio del grabado. El manguito que lleva la dama le ha dado el nombre con que es conocido.

### LA TABERNA

CUADRO DE SALVADOR MARTÍNEZ CUBELLS

Los hombres que en la taberna pintada por Martínez Cubells beben y brindan, traen á la memoria, con sus historiados trajes, aquellos tercios de Flandes que tan famosos se hicieron en España y fuera de ella. Aire flamenco tienen los vestidos de aquellas gentes, que parecen serlo de guerra, por lo que van armados. A Baco por un lado y al Amor por otro rinden culto, ya que así lo demuestran sus actitudes y la expresión de sus rostros al dirigirse á la hermosa muchacha que hace oficios de tabernera. Bien merece los chicleos que de fijo le enderezan los parroquianos, según el ánimo del autor del lienzo, porque, aparte de ser bella, preséntase compuesta y engalanada, como no suelen hacerlo en tanto grado las de su clase. Con ser muy agradable la impresión que en conjunto produce este lienzo, auméntase el agrado con los méritos de desempeño que en él se advierten examinándolo en detalle. Todas las figuras están estudiadas con grande inteligencia y tratadas con perfecto conocimiento del dibujo, sobresaliendo en particular la del bebedor, puesto casi de frente, y la de la tabernera, en la cual hemos celebrado ya la elegancia, que asimismo aparece en toda la pintura. Martínez Cubells, artista de gusto cultivado, como lo dice en otro lugar su biógrafo, tan diestro en juzgar las obras de la pluma como las del pincel, no puede dejar de imprimir á todos los asuntos que desarrolla la distinción, que es siempre compañera inseparable de las creaciones propiamente artísticas.

### SALVADOR MARTÍNEZ CUBELLS

RETRATO POR DON FEDERICO DE MADRAZO

De un retrato del incomparable maestro don Federico de Madrazo, hemos sacado el que reproducimos en este número. Los retratos de don Federico, como le llaman en España por antonomasia todos cuantos se ocupan en cosas de arte, son maravillas de verdad y de aspecto aristocrático. El parecido es exacto, y así ocurre

TOMO 1. — 16.

con el de Martínez Cubells, mas no el parecido que podríamos llamar vulgar y ordinario que saca la máquina fotográfica, sino aquel que revela á la vez el alma de la persona retratada, ó su bondad de corazón, ó su inteligencia penetrante, ó su porte y costumbres aristocráticas. Estos son los retratos que conservan siempre interés y que no se convierten en caricaturas con el transcurso de los años. La holgura de la pincelada, la sobriedad en poner el color, acrecienta en los retratos de don Federico Madrazo los méritos superiores en la interpretación del natura á que nos hemos referido, todo lo cual ha valido á su autor el puesto elevadísimo, el primer puesto que hoy ocupa entre los artistas españoles de esta centuria. Con gusto, pues, hemos reproducido este retrato, que figurará sin duda entre los mejores que han salido de su paleta.

### EL NIÑO MIMADO

CUADRO DE FRANCISCO SIMM

Vida y verdad hay en esta pintura. El niño que es objeto de los solícitos cuidados de todos, es el niño mimado de la casa, y será pronto el tiranuelo, si no hay quien lo corrija y enderece. Las excesivas caricias alienan las malas inclinaciones de la niñez, la cual necesita con frecuencia que la corrección firme, aunque bondadosa en el fondo, de los padres destruya los vicios, que de otro modo van tomando en ella carta de naturaleza. El chiquitín del cuadro no puede aún comprender que se le ha de permitir cuanto fuere de su gusto, mas su natural instinto ya le lleva á rebelarse, llorando y chillando, contra todo lo que se oponga á sus antojos. Todos penden de él, todos á él se dedican, le miman, en una palabra, y dicho se está que han de ahorrarle cuanto pueda producirle disgusto, y más si temen que haya de originarle un berrinche. Todas las figuras del cuadro expresan esto con la verdad que antes hemos señalado.

### ¡NO TE ASUSTES!

CUADRO DE FEDERICO MORGAN

El pintor inglés Federico Morgan expuso en una de las últimas exhibiciones de bellas artes verificadas en Londres, el lindo y tierno cuadro que publicamos en este número. Una madre se entra en el agua para bañar á su hijito, y como éste siente miedo, le dice: *¡No te asustes!* para animarle y tranquilizarle. Tienen los ingleses particular predilección por los asuntos en los que la familia sale embellecida y ennoblecida. La madre que aguanta en brazos el niño revela una delicada ternura, que hace en extremo interesante el cuadro. Es la madre de familia que, cuando tiene enfermo á algún hijo, sorbe la pócima que le ha recetado el médico, para que el chiquitín lo haga á su vez y recobre la salud, con el auxilio de la Providencia. Federico Morgan dibuja con gran firmeza, conforme lo acreditan las figuras, y pinta con pastosidad en el modelado, según lo dice también la reproducción que damos y que se ha sacado directamente del lienzo.

## LA MODA DE PARÍS



Sombrero para señora  
de M.<sup>me</sup> Thirion

París, cuya caridad es inagotable, responde siempre al llamamiento de los que padecen, y así lo ha hecho recientemente en las fiestas á beneficio de las víctimas del deber. Al golpe de su varilla mágica, se ha transformado el Bosque de Bolonia en el país de las hadas, y las mujeres elegantes, han ido allá para arrojar el oro y las flores á los desgraciados. Los carruajes se convirtieron en verdaderas cestas de rosas, de peonías y de claveles.

La fiesta de las flores nos presagia los hermosos días de Auteuil y de Longchamps, en donde las damas brillan en todo su esplendor antes de marcharse á las lejanas orillas del mar. París después ya no será París: la invadirán los extranjeros de todos los países que encuentran siempre en aquella ciudad irresistible atractivo.

Antes de dar el adiós á la ciudad quiere dejar la parisiense el recuerdo de sus elegantes invenciones. Si ha de creerse á Worth, el profeta de la moda, las señoras que tienen en sus manos el cetro de la elegancia, van á adoptar el traje del Imperio. Aquel

maestro en la moda, acaba de componer en este género una serie de modelos, de una gracia y de una fantasía incomparables.

Para la noche, imagine una funda sedosa de larga cola, que marque el cuerpo cual si fuese un guante. Un corpiño bordado de oro y perlas finas ajusta la parte alta del busto, de donde cae una segunda tela de gasa ligera y vaporosa. Alrededor del escote, va puesta una berta, en aplicación, que cae sobre las voluminosas vueltas de terciopelo.

Para las recepciones diurnas, *five ó clock* y *garden parties*, he ahí un traje que tiene verdadero sello de elegancia. Sobre una especie de funda de faya, color malva, muy ajustada, sujeta al talle por ancho cinturón de terciopelo, cae una segunda tela de crespón, malva, ligeramente fruncida alrededor del pecho y que forma por detrás un pliegue Watteau con larga cola. Alrededor de los hombros, va dispuesto un plegado de terciopelo tapado con punto de Venecia. Una camiseta del mismo punto, con transparente verde cubre los hombros. Las mangas en crespón, enormes, terminan en un largo puño, cubierto de punto y que cae sobre la mano.

Citemos además un soberbio traje, inventado por Worth con motivo del matrimonio de M.<sup>te</sup> de Morhenheim, hecho en sarga de seda. Este magnífico vestido se halla realzado con encajes antiguos dispuestos en almenillas, subiendo del lado á la cintura. Un doble cuerpo acompaña esta saya; uno de ellos es un hallazgo felicísimo, con su parte delantera que termina con unas vueltas á modo de papalina, sobre una camiseta de raso, tinte marfil, bordada de oro y perlas finas. El cuerpo más alto tiene unas grandes vueltas, que se abrochan al lado sobre un chaleco flojo, de raso color de marfil.

Si Worth realiza la renovación de nuestros vestidos, Virot cam-



Sombrero para señorita  
de M.<sup>me</sup> Thirion



bia de arriba á bajo el mundo de nuestros sombreros: los cascos, adquiriendo proporciones más razonables, no son ni demasiado altos ni demasiado bajos: las alas onduladas, y vueltas con la caprichosa fantasía que Virot sabe poner en todas sus obras. Adórnalos muchas plumas Mefistófeles, antenas de azabache, rosas, adormideras de todos colores, desde el rojo encendido y el púrpura hasta el malva rosado.

Citaremos, á modo de ejemplo, el lindo sombrero *Marqués* en paja negra, realizado con un lazo muy alto de *guipure* de Venecia y con dos ramos de flores de alelí, y además el *Mercurio*, muy coquetón, en paja de tono marfil, sencillamente adornado con dos alitas negras puestas delante en forma de *aigrette*. En un bonito sombrero color de malva le va muy bien un ramo de glicina y un lazo malva.

Los niños y las niñas tienen también su parte en la elegancia. M.<sup>me</sup> Thirion, el hada de los niños, ha inventado preciosos trajes, como verbigracia, un vestido Imperio, en seda Luis XV con florecillas, rodeado de un volante de encaje.

Completaremos nuestras noticias diciendo, que M.<sup>me</sup> Thirion tiene el buen sentido de vestir los niños á la francesa; esto es, con vestido corto, dejando para los ingleses el molestarlos con largas faldas. Por lo demás ¿no es acaso á nuestras hadas parisienses, que las gentes de todos los países acuden á pedir las graciosas modas con que la juventud se engalana hoy día?

*Descripción de los grabados.*—Para satisfacer los deseos de gran número de nuestras lectoras, hemos rogado á M.<sup>me</sup> Thirion, 1, boulevard de la Madeleine, que nos facilitase algunos bonitos modelos de sombreros y de trajes para niñas. Gracias al concurso de esta hábil modista podemos publicar en este número los siguientes figurines:

Uno de los sombreros para señorita de trece á catorce años está confeccionado en paja de fantasía, de tres tintas mezcladas, verde, amarilla y crema; el casco de una altura mediana es de paja verde y tiene delante un magnífico lazo de terciopelo.

El segundo sombrero es de paja color de piel de Rusia, casco plano sujeto por una cinta color de trigo, rodeándolo la misma cinta, que viene á formar delante un lazo alto y muy coquetón. Florecitas amarillas circuyen el sombrero á modo de una corona.

El abrigo para niña es de forma muy nueva y muy hermosa. Es de paño gris con pliegues delante y fruncido por detrás, canesú de faya crema cubierto con un rico *guipure* antiguo. Un magnífico galón crema también tejido con oro y realizado por un motivo griego, rojo viejo y verde, formando relieve, sigue las líneas del canesú y se prolonga hasta abajo del abrigo. Las mangas, muy anchas, terminan con un ancho embudo, estilo Luis XIII, de *guipure* antiguo con transparente de faya crema. El mismo galón, puesto como brazalete, une la manga á este característico adorno.

El sombrero que acompaña á éste vestido es de jipijapa con un lindo lazo de moaré rosa, en medio del cual se hallan colocadas ramitas de espino blanco.

El traje de *bebé* se compone de un vestidito de batista fondo crema listado de rosa, adornado al extremo con tres volantitos y con encaje en el cuello y en las mangas cortas. Las mangas largas forman parte de la camisita de batista. La gran *capeline* de paja está forrada de seda rosa y adornada con flores sujetas por un lazo de cinta crema.



Abrigo, vestido y sombreros para niños de M.<sup>me</sup> Thirion

## SECCIÓN CIENTÍFICA

### LA LLUVIA

Inmensa, y por tanto incalculable, es la cantidad de agua existente en la tierra. Las fuentes que brotan de su seno, los arroyos que se forman de éstas, los ríos, reunión de fuentes y de arroyos, y la vasta extensión de los mares, que cubren las tres cuartas partes de la superficie de nuestro globo, con una profundidad variable, y en muchos lugares desconocida, ya que con sondas de más de 8,000 metros no se ha logrado alcanzar el fondo, encierran este líquido precioso, origen primero de la lluvia. Añádanse á esto las innumerables lagunas, sembradas en nuestro suelo, las nieves, la muchedumbre infinita de vegetales y de seres animados, en cuya organización entra el agua como elemento capital, y así podremos concebir una idea más ó menos vaga, pero exacta en cuanto á la cantidad de agua de nuestro planeta, en un momento cualquiera. Las mismas lluvias impregnan á la tierra y á los cuerpos no animados que la pueblan.

Esta masa inconmensurable de líquido sufre también la influencia del calor, que tantas maravillas produce, y es uno de los agentes más activos y fecundos de la naturaleza. El agua se halla sujeta, como todo lo creado, á la ley de la vida, esto es, á recibir modificaciones importantes de su estado para servir con ellas á la subsistencia de los demás seres, y á llenar fines excogitados por el Hacedor del universo.

El agua, pues, bajo la influencia del calor, y en virtud de su constitución íntima, que nos es desconocida aun cuando sepamos los elementos de que se compone, pasa del estado líquido al gaseoso, y desaparece elevándose de la tierra á los aires. Mientras conserva la forma líquida, su peso específico y las leyes de la gravedad la mantienen sobre la tierra; pero al pasar al estado gaseoso, merced á esa misma ley, que rige en los gases como en los líquidos, circula por la atmósfera en estado de vapor, y sube más ó menos en ella, según su peso. Se comprende desde luego que si nuestros sentidos pudiesen percibir el cúmulo de vapores que se levantan de la tierra, se nos presentarían como una inmensa humareda, mucho más sensibles en unos parajes que en otros. Nada vemos, sin embargo, de ordinario, aunque esos vapores se hagan perceptibles á veces en la primavera, cuando hay escarchas ó después de grandes lluvias, si el sol se muestra claro, y deja el viento que esos vapores se reflejen en alguna superficie próxima á nosotros.

Esos vapores, ó gases acuosos, á medida que ascienden en la atmósfera, son arrastrados en distintas direcciones por los vientos, y cuando se amontonan, y la frialdad los condensa, se hacen visibles para nosotros en forma de nubes. Éstas son á veces tan pesadas, que sólo distan de la superficie de la tierra doscientos ó trescientos metros, elevándose otras á grande altura, puesto que algunos aeronautas, á la distancia de más de cinco

mil metros de la tierra, han observado nubes tan elevadas, que, á pesar de hallarse tan lejos de la superficie de nuestro globo, la vista no advertía diferencia sensible en cuanto á su alejamiento, miradas desde la tierra ó desde el globo.

El aire absorbe tanta mayor cantidad de vapores acuosos cuanto es más grande su calor; pero cuando la temperatura baja, esos vapores se condensan, tornan á su estado líquido anterior, y caen en gotas más ó menos voluminosas y más ó menos rápidas. Este fenómeno constituye lo que llamamos lluvia, palabra derivada de la latina *pluvia*, que significa lo mismo. Aunque las nubes preceden casi siempre á las lluvias, puede llover sin haber nubes, por la condensación repentina de los vapores acuosos invisibles, que llenan la atmósfera; y, aunque en casos raros, se han visto ejemplos de esta clase en Argelia y otros puntos.

Tampoco caen las gotas de agua que forman la lluvia con la misma igualdad en todas partes. En los países fríos las gotas son pequeñas y poco rápidas, aumentando en volumen y en rapidez á medida que nos acercamos á los países ecuatoriales. El agua cae en estos parajes á modo de torrentes impetuosos, formando por su tamaño y continuación verdaderos chorros, que inundan el suelo en breves instantes y en cantidad prodigiosa. Puede llover en verano ó en invierno, con calor ó con frío, si bien sabemos todos que los aguaceros del verano, hasta entre nosotros, son por lo general mucho más copiosos. La razón del hecho de llover con más fuerza en verano que en invierno, y en los países cálidos más que en los fríos, se explica, como hemos dicho antes, porque el aire absorbe tanta más humedad cuanto es más cálido, bastando la temperatura baja en unos grados para que esos vapores se precipiten en forma de lluvia torrencial sobre la tierra. Las ascensiones aerostáticas, que se han hecho en nuestra época, han demostrado que á veces llueve á cierta distancia de la tierra, y el agua de esa lluvia no llega á caer en ella, por tropezar en su trayecto con capas de aire cálido, que la evaporan de nuevo. No en todas partes llueve lo mismo, y en algunas este fenómeno de la lluvia es desconocido. En el Egipto, por ejemplo, no llueve ó llueve muy poco, y en el Perú sucede lo mismo, porque los vientos reinantes en este país soplan comunmente del Sudeste, pierden parte de su humedad al atravesar la América Meridional, y acaban de secarse al llegar á las montañas más frías de la cordillera de los Andes, en donde los vapores acuosos que quedan se transforman en lluvia ó en nieve. En las regiones en donde abundan los bosques, son las lluvias más frecuentes, así como en las surcadas por ríos numerosos, ó llenas de estanques ó de lagos, porque en estos parajes la evaporación es mucho más activa. Al contrario, en los lugares alejados de las costas y en los desiertos desprovistos de vegetación, la lluvia es nula ó rarísima.

# TODO POR EL ARTE

NOVELA VIVA, POR APELES MESTRES

(CONTINUACIÓN)



19.—Lo de la quijada es lo de menos. Lo que le duele al desdichado Miguel Ansias es lo otro... ¡Otro día perdido!



20.—«¡Y la Exposición se va acercando á pasos agigantados!...» Paciencia, y vuelta á enderezar entuertos.



21.—Al día siguiente hubiera quedado la obra quizás terminada, á no soplar un viento tan recio que obliga al artista á abandonar el trabajo.



22.—Y esta vez lo echó redondo cuando al regresar al corral vió el cuadro en este ó parecido estado.



23.—«¡Qué le hemos de hacer! ¡Todo sea por el arte!... Mañana volveremos á las andadas.»



24.—Y volvió, en efecto; pero con tanto calor que no reparó en un buey que comenzó á mirar con malos ojos aquel para él sospechoso armatoste.

(Continuará).



La cantidad de agua que cae en una región se mide por medio de un instrumento llamado *pluviómetro*, que consiste en un embudo, que recibe el agua de la lluvia y que se pone en comunicación con un depósito. Este instrumento, de diversas formas, y más ó menos perfeccionado, indica por medio del cálculo la cantidad de agua producida por la lluvia, una vez conocida la superficie de la boca ancha del embudo y la cantidad de agua recogida en el depósito. Se hace una proporción entre la superficie del embudo y la de la región, que ha de conocerse por necesidad, formando los dos términos primeros, y la cantidad de agua recogida en el depósito el tercero, y deduciéndose luego por las reglas ordinarias la cantidad de agua que ha debido caer en esa región. Este cálculo, sin embargo, no puede ser nunca más que aproximado, porque para que fuese exacto sería preciso conocer también la extensión que abarca la lluvia y la intensidad de la misma; dos cantidades, á la verdad, que pueden ser muy variables. Con arreglo, pues, á estos cálculos, más ó menos exactos, hechos en distintos parajes, se ha averiguado que en Australia la cantidad anual de lluvia que cae es tan pequeña, que no llega á 40 centímetros, al paso que en otros países, como, por ejemplo, en algunos valles del Asia Central, el agua llega en un solo día á la altura de 37 centímetros; la altura media del agua caída anualmente se eleva á 17 metros, esto es, treinta y tantas veces más que en la zona templada de Europa, en donde está nuestra España. En invierno, entre nosotros, y en primavera es cuando cae mayor cantidad de agua, variando mucho según las distintas localidades, puesto que es sabido que en las regiones de

la costa cantábrica llueve casi todo el año, y en la costa oriental de España sucede lo contrario. En todas partes la escasez de lluvia ha aumentado á medida que han desaparecido los bosques, observándose así en la América, en Australia, en España y en las distintas islas sembradas por los mares. Las ciudades, situadas en valles, entre colinas y el mar, son las que reciben mayor cantidad de aguas por las lluvias.

España es, en lo general, un país seco y árido, aunque otra cosa se haya dicho en contrario, como lo confiesa el mismo Mariana en el primer capítulo de su Historia. Nuestra nación, sin embargo, es esencialmente agrícola, y la lluvia es, por consiguiente, el beneficio que más frecuentemente pide al cielo el labrador español. Nuestras cosechas se pierden, en lo general, por falta de agua, y poquísimas veces por exceso de ella. Nuestros ríos son cortos, poco caudalosos y torrenciales por lo común. Los árabes construyeron algunos canales de riego en las provincias meridionales y orientales de España, pero después harto se ha hecho conservándolos, sin añadir á esas obras ninguna otra que las iguale en utilidad é importancia. Gran parte del agua que cae en forma de lluvia ó que corre entre nosotros, se pierde completamente en la mar sin aprovecharla el hombre en lo más mínimo. Este clamor constante de los labradores, y esta necesidad tan sentida entre nosotros, no ha sugerido, sin embargo, á ningún gobierno ni hombre político la idea de remediar ese daño. No obstante, cuanto se predique sobre nuestra agricultura es inútil si falta el agua.

E. DE MIER.

## MESA REVUELTA

En un folleto publicado por M. J. de Benko, capitán de fragata de la marina real austriaca, nos participa una curiosa particularidad de las islas Filipinas. Hasta 1845, los habitantes de aquellas islas tuvieron su calendario un día atrasado respecto al calendario europeo. Las causas de este aparente retraso son fáciles de comprender. Estas islas fueron consideradas durante mucho tiempo por los españoles como islas del hemisferio occidental, y sus habitantes no vacilaron en adoptar el calendario importado por los traficantes que venían de las islas de América.

El mismo autor menciona lo que sucedió á los compañeros de Magallanes, que al llegar á Europa después de su viaje de circunnavegación notaron que se les había perdido un día por el camino.

Pero volviendo á las islas Filipinas, ha sido menester allí la intervención de las autoridades civiles y religiosas para poner el cálculo del tiempo en armonía con el calendario europeo, de manera que en 30 de Diciembre de 1844 salió un decreto (descubierto recientemente y reproducido en el folleto de M. Benko), *suprimiendo el*

*día 31 de Diciembre*. Resultó, pues, que el día siguiente del 30 (que debía ser martes, 31), fué miércoles, 1.º de Enero. M. de Benko recuerda una confusión de igual género que tuvo lugar en los primeros años de la colonización de Alaska, donde los americanos venidos del Oeste contaban con un día de retardo respecto á los rusos venidos del Este. De manera que una parte de la población celebraba el domingo cuando para la otra era ya lunes.

\*\*\*

Antes de empezar á subir una escalera hay que detenerse y aspirar por la boca una buena cantidad de aire. Después súbanse los escalones respirando solamente por la nariz. En cada rellano nueva parada con aspiración de aire, y después nueva ascensión respirando por la nariz.

Respirado por la boca el aire frío ejerce pernicioso influencia en las membranas de la garganta y de los pulmones; prodúcense irritaciones é inflamaciones locales, dolores de muelas, resfriados, bronquitis, etc. Los

gérmenes que infectan generalmente el aire de las ciudades penetran todavía más fácilmente al pasar por las fosas nasales.

\*\*\*

Para que la leche se conserve inalterable no hay más que llenar de la misma una botella y sumergir hasta el cuello en agua que se hace hervir durante un cuarto de hora. Retírese después la botella y tápese en seguida escrupulosamente, y, para mayor seguridad, lácrese, con el fin de impedir toda comunicación de la leche con el aire exterior. De este modo la leche puede conservarse por más de un año.

\*\*\*

La mejor manera de impedir que las lámparas echen humo es mojar la mecha en vinagre fuerte, dejándola después secar bien. La llama será clara y brillante.

\*\*\*

Para purificar el aire de una habitación basta colocar en ella un cántaro de agua. Dentro de algunas horas ésta habrá absorbido todos los gases respirados y quedará impura por ellos. Cuando más fría sea el agua más á propósito será para absorber aquellos gases. Á la temperatura ordinaria un lebrillo lleno de agua absorberá gran cantidad de ácido carbónico y gas amoníaco.



¡NO TE ASUSTES!

Para hacer bandolina tómense 50 gramos de membrillo y hiérvanse en dos vasos de agua hasta su reducción á la mitad. Mientras todavía está caliente pásese por un tapiz: rásese encima un pedacito de jabón blanco del tamaño de una avellana. Bátase bien esta mezcla y aromatícese con algunas gotas de la esencia que se quiera. Esta bandolina dará brillo y lisura al cabello.

\*\*\*

Para juzgar de la salubridad de una habitación, tómense 500 gramos de cal apagada al aire y secada al horno ó por cualquier otro medio. Se pesan 500 gramos de ella y se colocan en un plato en la habitación sospechosa durante veinticuatro horas. Después se pesa otra vez, y si ha aumentado su peso en más de un gramo, aquel recinto no es habitable.

\*\*\*

Para limpiar guantes de piel, frótese ligeramente jabón blanco en seco sobre un pedazo de flanela: iguálese bien la capa pasando por encima

un lienzo cualquiera. Móntese entonces el guante en una forma, ó, si no se tiene ésta, se mete un palo en cada dedo, frótese con la flanela enjabonada y quedará limpio.

## RECREOS INSTRUCTIVOS

### IV

—¿Quieres decirme para qué has mandado traer de la ciudad tanto papel de seda?

—Adivínalo.

—¿Será para envolver sombreros? ¿no? pues para guardar frutas... ¿tampoco? entonces, ¿para qué? no alcanzo á comprender tu objeto.

—Voy á formar una *fauna japonesa aérea*.

—¿Qué te enredas ahí? ¿es un nuevo cuento de *abracadabra* como el que nos referiste ayer?

—No: Clarita: *fauna* es el conjunto de animales de una región; y si es aérea ya supondrás que se trata de reproducir animales para que floten en el aire.

—Me gustará saber qué clase de animales te propones hacer flotar.

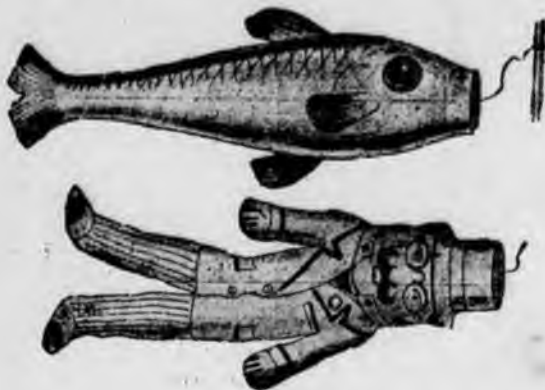
—Muchos podría copiar, pero me contentaré con dos por ahora; un pescado y el primo.

—¡El primo! ¡tratarle de animal! ¡qué locura se te ocurre!

—Como no es planta ni piedra, animal ha de ser.

—Creo que en esto tienes bastante razón.

—Ya ves, pues, voy á juntar muchos pliegos de papel fuerte y ligero, como el que llamamos de *seda* y tiene cola suficiente para rechazar la humedad: más propiamente se le llama papel de *tela de cebolla*, y sirve para escribir cartas voluminosas y ligeras para que no resulte caro el porte. Juntadas dos largas tiras por medio de la goma arábica, para lo cual basta humedecer un borde pegando el otro seco encima, procurando que la juntura sea lo más estrecha posible, ten-



dremos dos tiras en que, colocadas ya una encima de otra, se dibujará el perfil de un pescado, un dragón ó el primo, ó lo que se quiera, siempre que tenga formas sencillas; luego se corta el perfil señalado un poco más ancho, siguiendo con la tijera á la vez las dos tiras, después se pegan los dos patrones por todo el contorno, excepto en la boca del pez, que ha de quedar abierta y circular, para que entre el aire; á esta boca se aplica un borde de alambre cocido, bien delgado, de los que llaman *patas de araña*, reforzándolo con una banda del mismo papel: se coloca otro alambre formando diámetro, fijándole en la circunferencia por medio de dos ó tres vueltas, cubiertas con otro papel engomado: en el centro de la circunferencia se ata un bramante de unos 20 centímetros de longitud y éste se fija en una caña alta sujeta á la balastrada, procurando que la boca del pez esté expuesta contra la dirección del viento: á cada ráfaga que sopla, se introduce el aire por la boca del pez, éste se hincha tomando posiciones inverosímiles y parece que está vivo y coleando, además de que con el frote y los sacudimientos produce un ruido particular. Para aumentar la ilusión se pinta el pescado, ya bien seco y fijo, y se le ponen unos enormes ojos, agallas, escamas, etc., todo lo que se quiera: los chinos y japoneses gustan mucho de este género de diversión, y en ciertas fiestas populares de aquellos países se ven por los aires los animales más fantásticos y de proporciones más colosales hechos de tafetán y de caoutchuc: cuando sopla el viento vas á ver cómo se retuercen y se estremecen estos peces cual si estuvieran vivos y los chicos

de tres leguas á la redonda van á venir á extasiarse ante tal extraño espectáculo.

—Pero el primo... Sofía.

—Por hoy perdonaremos al primo, pero á la primera tontería que haga, le ponemos en efígie á tomar el fresco.

—Entonces tiemblo por él, porque antes de concluir el primer pez ya habrá merecido el castigo.

—Deja que nos ayude y así no es tan fácil que cometa tonterías.

—Es inútil: va á encontrar la goma pegajosa... ¡él que es tan *gomoso*! y el trabajo pesado... tratándose de papel de seda... y quizá le ponga de mal humor el saber que se llama á ese papel de *tela de cebolla*... es capaz de olerlo para cerciorarse bien.

—Chica, creo que haces al cuervo más negro que sus alas; pero en fin, ya veremos si hoy danza ó no por los aires.

JULIÁN.

Solución á la charada anterior:

MA-RI-PO-SA

#### ESFINGE

Hay una palabra de dos sílabas que se emplea en las artes, en el comercio y en la diplomacia.

Es calificativo, es signo de relación, signo de valor artístico y comercial, y por ella se han inmortalizado grandes hombres en la paz y en la guerra; esa palabra, sin embargo, puede descender tanto, que unida á otras forma la frase de mayor censura social; y no digo más porque la esfinge dejaría de serlo.

#### CHARADA

No serás *todo* al revés  
adivinando *una dos*,  
abundante como miés  
por estas calles de Dios.

En el campo y la ciudad  
hay el *todo*, y sirve mucho,  
y en toda oportunidad  
para pegarla... al más ducho.

#### ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que considere de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.





*De una fotografía de los Sres. Ad. Braun y C.<sup>ta</sup>, en Dornach (Alemania).*

LA DESPEDIDA DE AGAR  
CUADRO DE ADRIANO VAN DER WERFF





## MEMORÁNDUM

---

**D**ECÍAMOS en una de estas revistas que en la República de Venezuela se estaba dando un espectáculo que ha sido muy frecuente en todas las repúblicas del Sur de América, y sobre lo mismo escribe un periódico belga, de gran seso, que «las revoluciones que de algunos años á esta parte están desolando la América del Sur se parecen todas.» En Venezuela se ha realizado ahora un drama que ha tenido fundamento casi idéntico al de la última sublevación de Chile y que ha pasado por parecidas etapas, aun cuando por fortuna no ha presentado en tanto grado los caracteres trágicos que revistió la guerra civil chilena. Bien avenido el presidente Palacio con las dulzuras del poder, quiso, como Balmaseda en Chile, retenerlo, y en él se quedó infringiendo la Constitución del Estado y tomando por pretexto que era preciso reformarla á fin de evitar al pueblo venezolano la agitación producida por frecuentes elecciones presidenciales. Al empezar la dictadura de Palacio inicióse la insurrección que acaudilló el general Crespo, á quien se designaba para sucederle en la presidencia. Noticias exageradas unas, falsas otras, confusas las más, se recibieron en Europa por espacio de meses, sin que pudiese sacarse en claro cuál era la verdadera situación de los dos bandos. Al fin el telégrafo anunció que las tropas de Crespo habían vencido en Valencia y en Bolívar, que se hallaban á las puertas de Caracas y que habían pedido parlamentar. Esto era la derrota del presidente Palacio y de los suyos, y así fué, de modo que muy pronto dijeron las noticias telegráficas que el dictador había abdicado sus poderes en el vicepresidente. Ahora se añade que ha escapado, llevándose todos los fondos que había en el Tesoro, pero esta nueva ha de acogerse á beneficio de inventario y esperarse, por lo tanto, á que venga confirmada.

\* \* \*

La revolución y las revueltas han traído á los Estados de la América Meridional la desastrosa situación económica en que se encuentra. El Brasil, que va de mal en peor desde el destronamiento del anciano emperador don Pedro, lucha con toda suerte de apuros financieros, y gracias á su riqueza natural va conllevando la situación sin llegar á una bancarrota. Otro tanto le pasa á la República Argentina, y malos han de ir los negocios en la que tiene vecina cuando telegramas de Montevideo dicen que van á aplazarse por tres meses los vencimientos, es decir, una moratoria, recurso que se adopta únicamente en trances muy apurados y cuando se han agotado todos los medios de mejorar, ó mejor dicho, de salvar el estado financiero.

TOMO I.—17.



En Europa, Bélgica ha salido bien por ahora de la borrasca que habían traído las elecciones generales. Los católicos han triunfado afortunadamente, y M. Beernaert, presidente del ministerio, jefe de aquel partido y uno de los hombres de Estado más serios y de más talento de aquel país, ha logrado un triunfo tanto más notable y significativo en cuanto los liberales tocaron generala con motivo de las elecciones, reunieron todas sus fuerzas y lucharon denodadamente, hasta con las armas de la violencia, que en semejantes lides merecen enérgica censura. En Bruselas perdieron los católicos, es cierto, puesto que desdichadamente las grandes capitales son hoy centro de todos los elementos levantiscos, los cuales, con las ideas de gobierno que hoy dominan, pueden realizar á mansalva una propaganda antisocial, antirreligiosa y destructora de cuanto constituye el nervio y el alma de las sociedades. Otro tanto ocurre en París, Lyon y otras grandes poblaciones, en donde también las que se llaman ideas avanzadas, cuando muchas veces señalan un espantable atraso y retroceso, encuentran numerosos partidarios y sostenedores. Pero si los católicos han perdido la batalla en Bruselas, en cambio la han ganado en el total de la nación y hasta en ciudades de gran vecindario como Amberes, Gante, Brujas, Malinas, Namur, Audenarde, Hassel, Dinant y otras muy importantes en el punto de vista mercantil, industrial y agrícola. Los vencidos se entregaron en Amberes y en algún otro punto á las reprobables demostraciones á que hemos aludido antes, atacando las casas de las personas conocidas por sus opiniones católicas, rompiendo los cristales de balcones y ventanas y cometiendo otras tropelías, al extremo de que en uno de los círculos católicos los socios se vieron obligados á defenderse revólver en mano. En sus manifestaciones de alegría, allá en donde triunfaron, no se contuvieron tampoco en los límites que exige el respeto á las opiniones de los demás, antes insultaron á los católicos, á los eclesiásticos y á los religiosos, y recorrieron las calles cantando la *Marsellesa* y la *Carmañola*, canciones jacobinas que tienen en todas partes sentido revolucionario y señalan aspiraciones contrarias á las que simbolizan instituciones sancionadas por la voluntad de los pueblos. La lucha, que es vehemente, no ha acabado, pues, sino que proseguirá en la tribuna, en la prensa y en todos los lugares de discusión. Por dicha, son hombres dotados de grande entereza M. Beernaert, presidente, como hemos dicho del Consejo, y M. de Burlet, ministro del Interior, ilustres defensores ambos de las doctrinas católicas y del partido que en Bélgica las sostiene.

También Inglaterra tendrá que proceder en breve á elecciones para la Cámara de los Comunes, que será disuelta antes de acabarse el mes de Junio. El conservador marqués de Salisbury, con Mr. Balfour, que tanta energía demostró en los asuntos de Irlanda, tendrán frente á frente al octogenario Mr. Gladstone con los partidos radicales á su lado. Es difícil predecir de parte de quién se declarará la victoria, porque si bien el marqués de Salisbury ha dado elocuentes pruebas de talento político en los asuntos exteriores y Mr. Balfour ha conseguido que por lo menos materialmente se llegase á la pacificación de Irlanda, Mr. Gladstone cuenta con partidarios de valía y tiene en su favor á todos cuantos figuran en los partidos liberales, apoyándole también los radicales más adelantados, porque esperan conseguir de él mucho más de lo que les concedería lord Salisbury. La batalla será asimismo reñidísima, sobre todo en algunos distritos electorales.

El famoso ex canciller del imperio alemán príncipe de Bismarck ha dado nueva ocasión á la prensa para hablar de su persona con motivo del viaje que ha hecho á Viena para concurrir á la boda de su hijo el conde Herberto de Bismarck con una señorita de la nobleza austriaca.

En Dresde ha sido el príncipe objeto de calurosas pruebas de simpatía, y en Viena se le ha recibido con entusiasmo en el que se han distinguido los estudiantes, cantando canciones patrióticas alemanas. A los gritos de «¡viva Bismarck!» se unían los de «¡viva Schœnerer!» el diputado antisemita, y «¡fuera los judíos!» de modo que la llegada del ex canciller se aprovechó para hacer una nueva manifestación en contra de los judíos, que degeneró en tumulto, siendo precisa la intervención de la policía y que ésta descargara algunos sablazos de plano para disolver los grupos y contener á los manifestantes más alborotados. No podía serle muy grato al príncipe que su persona sirviera de pretexto para una manifestación antisemita. En todas partes se ha mostrado reservadísimo, con lo cual es de presumir que su viaje no dará origen á ningún cambio de notas diplomáticas, ni influirá tampoco, por ahora, en la marcha política del imperio alemán.

\* \* \*

Se ha declarado en España otra huelga acaso de mayor trascendencia que las promovidas por los obreros. Los empleados de telégrafos, quejosos de algunas disposiciones dictadas recientemente en el ramo de comunicaciones, se negaron, á lo mejor, á transmitir los partes. Los mismos hilos telegráficos les sirvieron á maravilla para mancomunarse y casi en un momento dado suspender el servicio. Decía alguien, y decían ellos también, que no se hallaban en huelga porque todos habían acudido á sus puestos, pero la verdad es que huelga había, y muy manifiesta, puesto que no se cursaban los telegramas. Así ha permanecido nuestra nación por algunos días—hasta que cesó esta situación—incomunicadas las provincias entre sí y todo el país con el extranjero. Los daños que esto ha debido producir son incalculables, porque hoy la industria y el comercio trabajan contando con la rapidez de las comunicaciones y sobre todo con la facilidad de transmitir noticias y dar avisos en breves horas por medio del telégrafo. Calcúlese qué contratiempo tan grave ha sido para grandes empresas y para los banqueros, comerciantes é industriales que se ocupan en negocios de mucha cuantía, hallarse privados por espacio de algunos días de un medio de transmisión que utilizan con frecuencia. Cesando en su trabajo los empleados de telégrafos sabían que quedaba en suspenso, ó que por lo menos habría de llevarse á cabo en muy malas condiciones, un servicio público íntimamente ligado con la vida de la sociedad moderna. Por esto hemos indicado antes que su huelga, porque al fin y al cabo no es otra cosa, ofrecía mayor trascendencia que las huelgas de los obreros en las minas, fábricas, muelles y talleres. Téngase en cuenta, además, que se trata de funcionarios del Estado, á quienes no les está permitido por las disposiciones vigentes abandonar sus puestos ó cesar en el desempeño de ellos, que viene á ser lo mismo, sin la autorización de sus jefes, so pena de incurrir en fuertes responsabilidades. Sean cuales fueren las quejas que los telegrafistas pudiesen tener del gobierno, no hay medio de excusar en modo alguno la decisión que tomaron y la conducta que siguieron.

B.



# SAN PEDRO ME VALGA

(CONCLUSIÓN)

## III



La curiosidad natural en el hombre, ni Juanilla, bastaron en muchas horas de penoso camino para distraer el pensamiento de Perico de aquella aparición y aquel obsequio, que le ocupaban por completo.

Pasando el licenciado por la calle real de un pueblo le vino de repente á las narices una deliciosa tufarada de chuletas, jamón frito, pollo asado, pan tierno, vino de Valdepeñas y otras porquerías por el estilo; y tratando de averiguar de dónde provenía aquel olor, se encontró junto al escaparate de una pastelería, lleno de toda clase de manjares.

Instintivamente echó mano al bolsillo para comprar siquiera una chuleta y un panecillo, pero se encontró con que su caudal iba ya tan mermado, que no permitía andar en fiestas con él, y se decidió á separarse de la pastelería sin comprar nada.

Separábase, en efecto, con el dolor con que se separa la uña de la carne, y de repente le ocurrió la idea de ensayar la maravillosa virtud del morralito en algo de lo que contenía el escaparate de la pastelería, por ejemplo, en un pollo tan doradito y mantecoso que estaba diciendo comedme, en un roscón de pan candeal y en una botella de vino, que debía hacer muy buenas migas con el pollo.

Decidido á hacer este ensayo, acercóse más al escaparate, y apenas dijo: «Pollo, botella y pan candeal, ¡al morral!» las tres cosas aparecieron en el morral como por encanto.

Perico se apresuró á salir del pueblo con tan grata compañía, y tumbándose sobre la verde y olorosa hierba, en un ribazo de la orilla del camino, merendó en grande, y luego continuó su jornada tan consolado, sin ocurrírsele siquiera que el primer uso que había hecho del instrumento de salvación ó condenación, que San Pedro había puesto en su mano, había sido una picardía.

¡Esto de creer muy santo y muy bueno el llenarse la tripa á costa ajena es muy común en este pícaro mundo!

Haciendo picardías como ésta y aun mucho mayores, continuó San Pedro me valga su viaje, hasta que al fin descubrió el campanario de la iglesia de su pueblo, lo que le causó indecible alegría.

Andando, andando apresuradamente para llegar á la colina desde donde se descubría el pueblo entero, llegó á aquel sitio y exclamó:

—¡San Pedro me valga, qué hermoso me parece mi pueblo al volver á verle después de siete años de ausencia!

Unos chicos que andaban por allí jugando al toro le oyeron esta exclamación y le vieron el canuto de la licencia, y echaron á correr al pueblo anunciando que venía San Pedro me valga, de quien habían oído hablar mucho, y no dudaban fuese aquel licenciado.

Momentos después no se oía en el pueblo más que «¡San Pedro me valga viene! ¡San Pedro me valga está ahí!»

Oír esto Juanilla y salir como una bala al encuentro de Perico todo fué uno. La pobre había penado siete años esperando aquel instante.



Cada abrazo pelado que ella y Perico se daban valía un doblón; pero hete que llega el padre de Juanilla, que ya he dicho era muy bruto, y siempre se había opuesto á que su hija se casara con San Pedro me valga, porque su candidato á la mano de Juanilla era otro muy rico, pero muy bruto, que la chica no quería, y al ver á Juanilla abrazando públicamente al licenciado, la puso de poca vergüenza que no había por dónde cogerla, y le pegó un puntapié que por milagro de Dios no la derrengó.

San Pedro me valga tuvo tentaciones de hacer una barbaridad con el padre de Juanilla, pero se aguantó sin hacerla, porque por la peana se adora el santo. Lo que sí hizo fué dedicarse á andar por el pueblo pintando la mona con su morral, que en lugar de hacer instrumento del bien, continuaba haciendo instrumento del mal, ó cuando menos de pueril entretenimiento. Vaya un par de muestrecitas de ello:

Se iba todas las mañanas por la plaza del mercado, y con decir: «Cosa tal ó cual, ¡al morral!» hacía la compra sin gastar un cuarto, llevándose á casa el morral lleno de lo mejorcito que se presentaba en la plaza, con lo cual se daba una vida de príncipe.

Entraban dos amigos en una taberna á beberse, en amor y compañía, una botella de cerveza; les sacaba la tabernera y les ponía sobre la mesa la botella y un par de vasos; San Pedro me valga, que lo observaba con su morral á la espalda, trasladaba invisiblemente á su morral la botella en el momento en que los dos amigos estaban distraídos, preparándose con un rato de conversación á desocuparla; los dos amigos reparaban en que había desaparecido la botella, y entre: «Si tú la has escamoteado.» «El que la ha escamoteado eres tú.» «Gastas bromas muy pesadas.» «Tú eres el que las gastas.» se armaba entre ellos la gorda, y salían de la taberna á estacazos, con gran regocijo de San Pedro me valga, que luego celebraba la gracia brindando á la salud de ellos con el contenido de la botella.

Perico determinó pedir solemnemente la mano de Juanilla al padre de la muchacha, y al efecto se presentó en casa del viejo é hizo su petición en debida forma, llevando, por supuesto, á la espalda el consabido morral, que era su compañero inseparable, como que por eso en el pueblo le llamaban ya el del morral, en lugar de San Pedro me valga.

El viejo le despachó con cajas destempladas, diciéndole, para mayor insulto, que lo que él buscaba era no tanto la mano de la chica como los mil ducados en onzas de oro con que pensaba dotarla, y al efecto tenía en la cómoda en un saquito.

San Pedro me valga salió de casa del padre de Juanilla jurando que el viejo se las había de pagar todas juntas, y como al salir viese á Juanilla asomada á la ventana, hecha un mar de lágrimas al ver que con su novio se alejaba su esperanza de casarse con él, pues naturalmente á la chica le sucedía lo que á todas, que se alampaba por casarse, le ocurrió de repente la idea de vengarse del viejo llevándose la chica y el saquito de onzas de oro destinado á dotarla. Apenas dijo: «Juanilla y su dote cabal, ¡al morral!» volaron al morral Juanilla y el saquito de onzas de oro.

San Pedro me valga echó á correr con carga tan preciosa, y el viejo, desesperado con aquella fechoría, tanto más cuanto que Juanilla parecía aprobarla, pues no gritaba pidiendo socorro, cogió la escopeta, la cargó con bala y siguió al fugitivo, que tomó el camino por donde había vuelto del servicio militar.

Como el viejo tenía las piernas más pesadas que San Pedro me valga, llegó á la colina que precedía al pueblo cuando ya el fugitivo la había traspuesto; pero como le avistase desde lo alto de la colina, le apuntó con la escopeta, disparó, y San Pedro me valga cayó al suelo.

El viejo corrió á sacar á su hija del prodigioso morral del raptor, y se encontró con que Juanilla y San Pedro me valga estaban muertos, traspasados de parte á parte por una misma bala, con la particularidad de que el morral había desaparecido, como si el alma de su dueño se le hubiese llevado consigo al volar al infierno ó adonde hubiese ido.

Lo único que había logrado el viejo con la barbaridad que acababa de hacer era recobrar el saquito de onzas de oro, que recogió y se llevó, ofendiendo el muy bestia á la curia con estas calumniosas palabras:

—Vamos, que ya tengo con que untar la mano á jueces y escribanos para que echen tierra al homicidio y al parricidio que acabo de cometer.

Si yo hubiese estado allí le hubiese dicho:

—Grandísimo desvergonzado, ¿cuándo se ha visto en el mundo que jueces y escribanos echen tierra á ningún asunto criminal ni litigioso, por más que se quiera untarles la mano? Es verdad que los jueces de primera instancia tienen tan poco sueldo que necesitan ser unos santos para no tener la mano untable; pero aunque la tuvieran, hay de tejas arriba otro juez que, de seguro, te condena á las calderas de Pero Botero cuando comparezcas á su presencia.

Perico y Juanilla llegaron juntos y asidos amorosamente de la mano á las puertas del cielo, Perico con el consabido morral á la espalda, y Juanilla pidiendo á Dios que la uniese para siempre con Perico en la otra vida, ya que no había podido ser en ésta.

Aunque las puertas del cielo sólo estaban entreabiertas, se escapaban por ellas resplandores tan divinos, tan embriagadores aromas y tan deliciosas músicas, que Perico no pudo menos de exclamar:

—¡San Pedro me valga, qué divinamente se debe estar ahí dentro!

San Pedro, que estaba vuelto de espaldas á la portalada, y por tanto de cara al cielo, para gozar de aquellas delicias desde la puerta, cuyas entreabiertas hojas eran de oro y diamantes, se volvió vivamente al oír aquella exclamación; conociendo sin duda por ella al que llegaba á la portería, y dijo á Perico con mucha seriedad:

—Aquí no hay San Pedro ni San Pablo que valga para el que tan mal como tú se ha portado en la tierra.

—Pero, señor, le replicó Perico, consternado por aquel recibimiento, ¿en qué me he portado yo mal?

—¡Pues, hombre, podías haberte portado peor! Puse en tu mano un instrumento de salvación ó de condenación, dejando á tu voluntad el empleo que de él habías de hacer, y sólo le has empleado en picardías, en vez de emplearle en obras buenas.

—¡Por vida del morral de mis pecados!... No sé yo qué obras buenas se podían hacer con este morral.

—Muchas, y lo suficiente meritorias para que al llegar aquí te abriera de par en par las puertas del cielo.

—Pero, señor, dígame usted cuáles podían haber sido, que yo no caigo en ellas por más que cavilo.

—Te indicaré sólo algunas de ellas, que, como suele decirse, para muestra basta un botón. Apenas continuaste tu camino con el morralito maravilloso á cuestas, viste que un pobre barquero municipal había caído en un río y pedía auxilio, porque se ahogaba por momentos.

—Es verdad; pero si no le auxilié fué porque yo no sabía nadar, ni la disposición de la orilla del río me permitía alargarle una mano ni una rama de árbol para que se asiera y se salvara.

—Podías haber dicho: «Barquero municipal, ¡al morral!» y el barquero hubiera ido á tu morral y se hubiera salvado.

—Es verdad, señor, pero no me ocurrió eso.

—Si hubiera sido alguna picardía, ya te hubiera ocurrido, que para las picardías no te ha faltado ingenio. Más adelante viste que un menestral caía de un andamio, y en lugar de decir: «Menestral, ¡al morral!» con lo que aquel pobre hubiera caído en sitio blando y no hubiera dejado desamparados á su mujer y siete hijos, que cabían bajo un celemin, te callaste como un muerto, y le dejaste caer en un montón de piedras, donde se rompió el bautismo.

—Tampoco me ocurrió hacer eso.

—Por lo visto á ti nunca te han ocurrido más que picardías. Pasando por las cercanías de otro pueblo viste correr á un hombre, y oíste gritar á una mujer diciendo que aquél era un bribón que se llevaba una bolsa de torzal que contenía los ahorros de toda su vida; y en lugar de decir: «Bolsa de torzal, ¡al morral!» también te callaste como un zorro, y dejastes que el ladrón escapara con la bolsa, y la pobre robada quedara en la miseria.

—Pues, señor, le aseguro á usted que tampoco entonces me ocurrió...

—¡Es mucha casualidad, hombre, que nunca te hayan ocurrido más que bribonadas! No, cuando se trataba de ingeniosidades para llenar la tripa y divertirse, no carecías de ingenio.

—Pero, señor, si usted quería favorecerme proporcionándome un instrumento de salvación, ¿por qué no me proporcionó uno que no lo fuera á la vez de salvación y de condenación como este pícaro morral?

—Este morral es la conciencia humana que Dios da á todo hombre, dándole con ella la elección del bien ó del mal, ó lo que es lo mismo, la elección del cielo ó la del infierno. Tú elegiste el infierno, y ya puedes tomar el portante en busca de él.

—¡El infierno! exclamó Perico aterrado. ¡San Pedro me valga, qué vida voy á pasar allí eternamente separado de ésta y en compañía de su padre!... ¡Malhaya el morral que usted me regaló, y vaya con doscientos mil de á caballo, ya que sólo me ha servido de perdición!

Perico, al decir esto, se arrancó de la espalda el morral y le tiró por encima de la cabeza del santo portero á la parte de adentro de la puerta, cuyas hojas, como ya he dicho, seguían entreabiertas, sin duda para que lo que entreviesen por ella los que llegaban á la portería aumentase en unos el dolor de no permitírseles la entrada, y en otros el gozo de permitírseles.

San Pedro reparó en Juanilla al aludir á ella Perico, y distraído en tranquilizarla un poco, porque lloraba sin consuelo al oír que Perico iba al infierno, no reparó adónde había ido á parar el morral, y mucho menos se acordó de quitarle la maravillosa virtud de atracción que le había dado al regalársele á Perico.

Lo que decía San Pedro á Juanilla para consolarla un poco era que sólo estaba condenada á pasar una temporada en el purgatorio por haber abrazado á Perico, y algunas otras cosillas por el estilo, en que suelen incurrir las chicas que quieren demasiado á los novios.

Cuando Perico se hizo cargo de que su leal Juanilla no iba á entrar inmediatamente en el cielo, como él había creído hasta entonces, su dolor no tuvo límites, y ya sólo pensó en ver si encontraba algún rasgo de ingenio que le facilitase aquella entrada.

De repente exclamó Perico: «Mi Juanilla leal, ¡al morral!» y de repente se encontró Juanilla dentro del morral y por tanto dentro del cielo.

Suscitóse disputa entre Perico y San Pedro sobre si aquello era ó no válido, y decidieron someter la cuestión á la decisión del Señor, entrando San Pedro á exponerle lo que pasaba.

La decisión del Señor fué ésta:

«En la tierra dije que mucho sería perdonado á los que habían amado mucho. El rasgo de amor con que tu antiguo protegido ha facilitado la entrada en el cielo á su amada es digno de que le sean perdonadas muchas de las culpas que me habían obligado á condenarle al infierno. Que pene en el purgatorio siete años esperando reunirse con su amada, como su amada esperó siete años en su pueblo natal aguardando reunirse con él, y pasado ese tiempo, ambos se reunirán en el cielo por toda una eternidad.»

En tanto que San Pedro me valga tomaba el camino del purgatorio, y Juanilla se sentaba al lado del Señor, entonando ambos cánticos de gratitud y de esperanza, el glorioso portero del cielo lloraba de santa alegría, contemplando una vez más la misericordia y la sabiduría del Señor.

ANTONIO DE TRUEBA.





## LA CASA PATERNA

(CONCLUSIÓN)

**D**ETRÁS de cada mata surgía un fantasma: de cada objeto brotaban centenares de recuerdos; recuerdos de personas que ya no existían, de palabras empeñadas á gentes que se habían borrado de mi memoria, de hechos en que se amalgamaban y confundían lo real y lo ideal, de efectos de luz, de mañanitas nubosas, de perfumes embriagadores, de lecturas, de fantasías, de remordimientos infantiles, de propósitos de enmienda, de ramajes de plantas que seguían determinada dirección, de insectos columbrados desde aquel sitio sobre el tronco de un árbol, de los primeros inesperados y misteriosos hervores de la sangre, experimentados al ver que hacia mí venía por entre la sombra y la verdura, la leve, graciosa y blanca figura de una primita de trece años, con la cual había soñado aquella misma noche. Y cuanto más avanzaba, más vivas y con mayor relieve se me representaban las imágenes. Ni me acordaba de la nieve, ni pensaba siquiera en que mirándome alguien desde las ventanas, podía tomarme por loco ó por ladrón. Mi corazón y mi pensamiento vivían en lo pasado. Me parecía escuchar mil voces distintas que, suaves y rumorosas, me llamaban por mi nombre, ó con sonos lastimeros me decían mil cosas, á las cuales contestaba yo confusamente tratando de justificarme, y prometiendo no sé qué, y miraba en derredor dominado por un sentimiento de respeto y de compasión cual si aquel jardín fuera un cementerio, y las desigualdades del suelo, cubiertas por la nieve, frías tumbas que guardaran ocultas en sus entrañas numerosos cadáveres.

En semejante disposición llegué á un pequeño cobertizo existente en el extremo del jardín, y sentándome debajo de él, contemplando las ventanas, comencé á meditar. Sin saber cómo, mis pensamientos me conducían á reflexionar con tristeza respecto de la vanidad de las cosas humanas.—¡Cuánto he envejecido! me decía. Si en mi niñez, cuando corrteaba por este jardín, me hubiese vaticinado alguno lo que más tarde ha acontecido, habría imaginado que me esperaba la dicha más completa. Y sin embargo, hoy me hallo más lejos de esa ventura de lo que lo estaba entonces. De estos sitios salí con el corazón colmado de ambiciones y esperanzas, temiendo casi que no fuese suficientemente larga la vida y bastante capaz el mundo para lo que pretendía hacer y gozar, y la verdad es que, transcurridos breves años, de vuelta á ellos joven aún, no experimento más deseo que el de terminar mi juventud alejado del mundanal ruido, en un albergue solitario, sin más compañía que la de mi familia y mis libros. Innumerables afanes, contadas satisfacciones de amor propio, y nada más.



LA DECLARACIÓN DOGMÁTICA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA  
PINTURA EN LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO EL GRANDE DE MADRID

POR EUGENIO OLIVA RODRIGO

TOMO I. — 18.

Apenas emprendido el gran viaje, me hallo ya de vuelta. Nada más ambiciono que la paz de la vida y de la conciencia. Ni siquiera percibo el amargor de los desengaños. Falsos amigos, esperanzas engañosas, vanidad, glorias pasajeras, placeres fugaces, menguadas pasiones de la vida que hasta el presente viví, todo lo veo al presente bajo mis pies, contemplándolo sin pena ni enojo. Y no es, no, que sienta desprecio por cosa alguna, ni que acuse á alguien, ni que me crea mejor que los demás; nada menos que esto: siento sólo una gran fatiga, un cansancio inmenso, un invencible deseo de soledad y quietud. Quien sienta pasión por el mundo, láncese á él con los brazos abiertos, ábrase paso, brille, triunfe, embriáguese: la envidia no arrancará á mi corazón el más leve suspiro. Nada más le pido al mundo que un poco de aire, y un poco de verdura, y á Dios las fuerzas indispensables para resistir las sugerencias de la tentación el día en que me encuentre solo en la tierra...

En aquel momento vi aparecer detrás de los cristales de una de las ventanas un rostro cuyas facciones me impedían distinguir los copos de nieve que con abundancia iban cayendo.

Parecióme que me estaba mirando.

Comprendí entonces que era deber mío marcharme, ó subir á la casa para dar cuenta de mi presencia en aquellos sitios, reflexión que me dió valor para hacer lo que no habría osado realizar en un principio, es decir, solicitar permiso para visitar el interior de aquella morada.

Sali, pues, del jardín, tomé por la escalera arriba, llamé á la puerta, y abriéndose ésta en seguida, pude ver un rostro entre curioso y sorprendido, que de fijo me estaba aguardando. Era el dueño de la casa: un hombre como de cincuenta años, de bondadoso aspecto, detrás del cual asomaba la cabeza una señora de edad proporcionada á la suya, y de rostro dulce y melancólico que parecía su mujer.

Revelé mi nombre, y expuse mi deseo, haciendo de todo brevísimas explicación.

Aquél no les era del todo desconocido: la emoción que se traslucía mejor que en mis palabras en lo trémulo de mi voz, les convenció respecto de mis sentimientos, y me invitaron á entrar.

Lo hice.

¡Oh amadas, bendecidas, inolvidables paredes de la casa donde nací! Excepción hecha de ellas, todo lo demás era distinto; pero aun así, reconocílo todo inmediatamente, hasta los más insignificantes rincones, y lo vi, ocupando cada cosa su sitio como en mi niñez. Voces mil, brotando de distintos puntos, me llamaban al par, diciendo:—¡Guillermo! ¡Guillermo! ¡Guillermo!—Está aquí.—Allí está.—Ya ha vuelto.—Es Guillermito.—¿Y mamá?—¿Y mis hermanos? ¿Dónde están? ¿Dónde habéis ido? ¿Qué habéis hecho?—Con todo, desde los primeros momentos á todo se sobrepuso la imagen de mi padre. Veíale aparecer en el marco de todas las puertas; escuchaba sus pasos en el interior de cada habitación; se hallaba á la vez en todas partes, y cual si se reflejara en cien espejos á la vez, veía de él cien imágenes al mismo tiempo: aquí, sentado delante de la mesa, rayando con el auxilio del cuadradillo mis cuadernos para las composiciones; allí, apoyado en el mármol de la chimenea, enseñándome á declamar, con apropiada entonación, unos versos de un gran poeta; más lejos, puestos sus cinco sentidos en la colocación de un pequeño cuadro, en el cual había puesto un informe dibujo de una batalla que borraré yo á los cinco años, y que estimaba él como revelación de un genio. Cada rincón, cada palmo de pared me traía á la memoria una de sus palabras, una de sus ocupaciones, uno de sus hábitos. Y cuanto más adelantaba en aquellas habitaciones uniformemente iluminadas por una luz macilenta y mortecina, proveniente del reflejo de la nieve, crecía y se hacía más viva y más intensa su imagen, hasta el punto de estremecerme de pies á cabeza, cual si volviéndome de improviso hubiese debido encontrármelo delante de los ojos. De nuevo vi la sala en que lanzó mi madre un gemido desgarrador el día en que, saliendo el anciano doctor del aposento de mi padre, le dijo en voz sumisa:—¡Valor, señora; considere usted que este camino todos lo debe-



mos seguir!—Pasando delante del gabinete del lado, vime á mí mismo á la edad de seis años, tendido en la cama, acometido por el garrotillo, en las ansias de la muerte, en tanto que mi padre, secándose frecuentemente las lágrimas, trazaba con el lápiz mi retrato, y mi madre, arrodillada á la cabecera, tenía cogida una de mis manos que besaba apasionadamente, ahogando sus sollozos con los pliegues de la colcha. ¡Cuántas imágenes, cuántas reminiscencias de enfermedades, de duelos, de pavoras, de cuentos de hadas y aparecidos, de juguetes destrozados, de vestidos que usaron mi madre y mi hermana, que años y años hacía habianse borrado de mi memoria! Cada vez que ponía el pie en una nueva habitación, me veía obligado á detenerme para resistir á la oleada de recuerdos que se me echaba encima con impetu poderoso. Una ventana del último gabinete retrajo á mi pensamiento una vaga reminiscencia, uno como ensueño de cierta disputa, causa de no pocas lágrimas, con un hermano mayor, que murió á los cinco años, del cual recuerdo solamente dos ojazos negrísimo y penetrantes, que siempre me estaban mirando. Al compás que andaba, íbase aclarando mi memoria como el cielo al disiparse la niebla, y en consecuencia hacíanse manifestos los más primitivos albores del juicio y de la conciencia, y veía con completa claridad el porqué de muchas manifestaciones de mi espíritu que se revelaron muchos años después, y por encima de aquel fondo luminoso de mi infancia se movían y amontonaban confusamente las figuras del mundo variado y tumultuoso que conociera en mi adolescencia, y más tarde, en los primeros años de mi juventud, irreprochables perfiles de hermosas mujeres; testas gloriosas de poetas inspirados; rostros enérgicos de soldados aguerridos; ciudades populosas, mares lejanos, y gabinetes repletos de mapas y de libros en los cuales había sudado y gemido, en tanto que mi madre lloraba; y sentía que en mi pecho crecía un remordimiento, no sé de qué, una tristeza, un temor, un afán de caer de hinojos y de llorar, que materialmente me ahogaba.

Por último llegué al gabinete más apartado.—Nuestro cuarto de dormir, dijo el dueño de la casa abriendo la puerta. Era el mismo en que había muerto mi padre. Quedéme en el umbral; pues sentí que las fuerzas me faltaban. Había vislumbrado un lecho en el sitio en que estuvo el de mi padre, y me parecía que aun estaba en él, yerto, lívido, con el crucifijo en la mano, entre dos cirios ardiendo. Aquel bondadoso caballero comprendió lo que pasaba en mi corazón, y se retiró discretamente. Entonces me arrojé al interior del aposento, y caí de rodillas al pie de la cama. ¡Jamás, jamás, por mucho que viva, se borrarán de mi memoria aquellos momentos! Parecióme sentir entre las mías la mano helada de aquel pobre viejo, cual si en aquel instante acabara de fallecer; viniéronseme á la memoria sus postreras palabras, sus postreros movimientos, su última mirada buscándome á mí, á su amado Guillermo, al menor de sus hijos, al cual dejaba en el mundo solo y desvalido, y del cual hablaba con amargura en los últimos días de su vida! Sólo entonces, recordando su larga existencia de trabajo y de sacrificio, pude comprender cuánto valió aquel hombre; cuánto le debían mi cabeza y mi corazón, y conocí que no le había amado tanto como se merecía; que en mis sentimientos respecto de él hubo más respeto que ternura; que había sido injusto, desagradecido, y le pedí perdón con las manos cruzadas, vertiendo abundantes lágrimas, y besando apasionadamente el borde del lecho, como quince años antes besaba su rostro inanimado.

Así permanecí durante un rato, pensando y reflexionando, y en aquellos momentos, para mí solemnes, se decidió la suerte de mi existencia.

Repuesto de la primera acometida del dolor, preguntéme por qué anidaba en mi corazón tan profunda tristeza; por qué me sentía cansado de la vida; por qué mirando á lo porvenir lo veía todo triste y oscuro; por qué hasta los más risueños recuerdos de la infancia me tronzaban el alma; qué debía hacer para reanimar mi moribunda juventud, y hacer que resucitaran mis muertas esperanzas; qué me faltaba para ser dichoso; qué vida debía ser la mía de aquella hora en adelante. Y de todos los sitios de aquella casa, del jardín, de la huerta, del

vestíbulo, aquellas voces que al entrar cariñosamente me saludaron, me dijeron de consuno: —¿Y lo preguntas? Pues es muy sencillo. Debes reedificar el templo derruido; reconstruir la casa antigua; restablecer cada cosa en su sitio; resucitar el Guillermo de otros días, y con él sus hermanos; recomponer los destrozados juguetes; rayar con auxilio del cuadradillo los cuadernos para las composiciones y recitar los versos de aquel gran poeta. ¡Guillermo, es indispensable que vuelvas á empezar!—Muchas veces se me había ocurrido; mas en aquella ocasión era mi casa quien me lo decía; era mi amado jardín quien me lo aconsejaba; era un ruego que me dirigía mi padre difunto, y por vez primera en la vida mi alma atribulada respondió rebosando amor y decisión. De pronto, como por arte de encantamiento, iluminóse mi inteligencia; cuanto en derredor existía me parecía transfigurado; un nombre mucho tiempo hacia querido á mi corazón, asomó á mis labios como grito jubiloso, y tres veces consecutivas exclamé:—¡Luisa! ¡Luisa! ¡Luisa! mirando en derredor cual si estuviera allí el espíritu de mi padre y pudiera oírme. É incorporándome de pronto, salí del aposento rejuvenecido; firme, sereno, iluminada la frente por la esplendorosa luz de la aurora de una nueva vida.

Y en tanto que me despedía agradecido de aquel digno caballero, y atravesaba las restantes habitaciones, y bajaba la escalera, y pasaba por debajo del emparrado, me parecía que las mil voces de la casa susurrasen alegres y regocijadas:—¡Adiós, Guillermo! ¡Adiós, Guillermo! Es él: Es el bondadoso Guillermo que va á reedificar el templo derruido, á reconstruir la casa antigua, á emprender de nuevo el camino abandonado. ¡Hasta la vista, querido Guillermo!—Y en cuanto, habiendo llegado al extremo de la calle, volví la cabeza para mirar por vez postrera la casa, velada á mis ojos por la nieve que de cada vez caía más espesa y abundante, y dirigí la vista á la ventana de la última habitación, parecióme distinguir la imagen venerable de mi padre que bendiciéndome decía:—¡Adiós, Guillermo, hijo mío! ¡Bendito seas ya que vas á levantarme nueva casa, y á darme nueva vida! ¡Hasta muy pronto, amado Guillermo!—Y no bien me hallé de vuelta en Bois-le-Duc, corrí á casa del padre de Luisa y le hice la petición que hacia no poco tiempo esperaba.

Otros quince años han transcurrido desde aquel día: cuento al presente cuarenta y cinco, y en mi cabeza abundan las canas. Pero he reedificado el templo derruido, y se han realizado todos mis deseos. Vivo en Dreter, en una linda casita con su vestíbulo, su jardín con cobertizo en el fondo, y un largo emparrado. Desde la habitación en el piso bajo, en la cual estoy escribiendo, veo á mi Guillermo que cuenta diez años, y juega y alborota en el vestíbulo con sus compañeros de escuela; á su hermana Julia, que cuida las flores del jardín; oigo á mi primogénito Alberto que lee en alta voz en su gabinete del primer piso, y á mi adorada Luisa que desde la ventana hace señas á Guillermo para que se guarde del sol de medio día. Veo al conferenciante de latín apareciendo de repente por el fondo del emparrado; á la gata vieja que trepa ligera á lo alto de la parra; á la criada que vuelve de la compra llevando la esportilla colgando del brazo, y á los pajarillos que trinan gozosos en sus lindas jaulas: ábreanse las puertas y se cierran, todo se mueve, todo habla, todo respira vida y alegría, y todo me recuerda mi vieja casita de Kalmert. Yo mismo, sin darme cuenta de ello, he ido adquiriendo los ademanes de mi padre, su manera de andar, sus gestos, la entonación de su voz, con todo lo cual me hago á veces la ilusión de que soy él, veinte años más joven, y de que mi espíritu ha pasado á aquel Guillermo que veo triscar en el jardín; y con los ojos de la imaginación contemplo otro Guillermo que vendrá después, y otro, y otro, y una interminable hilera de Guillemos que se pierde en lontananza y se desvanece en el fondo de un horizonte azulado y esplendoroso, y me siento feliz, é imagino ser inmortal.

Y no es, no, que deje de pensar en la muerte: acuérdome con frecuencia de ella; pero no como en los días de mi juventud en que la veía con sus sentimientos de tristeza mezclado de terror; no, hoy la contemplo con la tranquilidad del obrero laborioso satisfecho de sí mismo,

que, sentado á la mesa de modesto festin, considera que más tarde ó más pronto le será dado descansar de sus afanes y fatigas, puesta la cabeza sobre una almohada en la cual no se tienen ensueños horrendos ni horribles pesadillas. Lo único que se me ocurre, cuando pienso en tales cosas, es decirme á mí mismo: quisiera morir en primavera; en la postrera habitación de mi casita; abierta de par en par la ventana que mira al jardín; teniendo al lado á mi Luisa adorada, y en derredor á los hijos de mi corazón; con fuerzas para conocerlos, para llamarlos por sus nombres, para abrazarlos uno del otro en pos hasta el postrer instante, y decirles á todos, antes de cerrar los ojos:—Hijos del alma, cuando lleguéis á los treinta, y comencéis á sentirlos cansados de la vida, reedificad la casa vieja, y emprended de nuevo el camino con valor y decisión.

Traducción de  
C. VIDAL DE VALENCIANO



LEON EN ACECHO

ESCULTURA DE A. VALLMITJANA ABARCA





## LAS GOLONDRINAS

**M**UCHAS causas influyen en nosotros para que miremos con predilección á las golondrinas. Nos visitan en la estación del año más agradable, cuando los árboles se llenan de hojas, de flores los campos, de nueva vida, en general, toda la naturaleza bajo los rayos más ardientes del sol, y cuando el labrador vislumbra ya, conocido el estado de la siembra, la recompensa que ha de obtener en premio de sus continuos é inseguros trabajos. Es un ave, además, que vive en nuestra compañía y se complace con ella, anidando en nuestras casas y haciéndonos testigos de sus amores, de la cría y educación de sus hijos, y de la agilidad y de la resistencia sorprendentes de sus alas incansables. No nos infiere daño alguno, sino al contrario, nos recrea y nos ayuda, librándonos de muchos insectos que nos atormentan, ó que perjudican á nuestro sustento y á nuestros muebles y moradas. Las emigraciones de estas avecillas, el instinto admirable que algunas demuestran en la construcción de sus nidos, el cariño que sienten por sus hijos y hasta el canto ó la garrulería de algunas especies han inspirado siempre interés y afición á los poetas y á los hombres observadores.

Sin embargo, aunque las golondrinas son cosmopolitas y hasta populares, y á pesar de las visitas que nos hacen todos los años, reina notable confusión en el vulgo acerca de sus variedades y costumbres, aplicándolas nombres impropios, consecuencia natural de la falta de claridad de las ideas que las representan. Aquí en Madrid, en donde debiera hablarse con más propiedad, no se separan con la distinción debida la golondrina propiamente dicha, el vencejo y el avión, no obstante sus notables diferencias. La palabra vencejo, suele aplicarse á las dos últimas especies indicadas, al avión y al vencejo propiamente dicho, y en Andalucía, al contrario, se distingue el avión del vencejo y de la golondrina, y suele aplicarse también este último nombre al vencejo propiamente dicho.

Todas estas aves pertenecen á los llamados *fisirrostrós* ó *hiantes* de los latinos, cuyas palabras indican que están caracterizadas por la anchura extraordinaria de su pico. Son pequeñas por lo común, de cuerpo alargado, pero fuerte, de cabeza grande y aplastada, de alas largas y puntiagudas, de patas cortas y generalmente de poca fuerza, de pico pequeño,

corto, aplastado y mucho más ancho en su base que en su punta, teniendo la abertura muy grande, llevando en ambos lados series de sedas muy tiesas, y ostentando por lo común una faringe enorme, comparada con las demás aves. Las golondrinas son los representantes más característicos de los fisirrostrós, descollando por su pequeñez, por la elegancia de sus formas, por su pecho ancho, cuello corto y cabeza aplastada. Su pico es casi triangular y su abertura se extiende hasta los ojos. Sus piernas son cortas y delgadas y sus alas largas y puntiagudas, compuestas de diez y ocho plumas, nueve primarias y nueve secundarias, y la cola de doce rectrices, siendo mucho más largas las externas, por cuya razón es ahorquillada. Los órganos de las golondrinas se asemejan mucho á los de los pájaros cantores. Carecen de buche, y el color de su plumaje, sin variedad de colores, ofrece un brillo metálico particular, cuando se hallan en libertad y gozan de plena salud.

El avión, clasificado aparte por los naturalistas bajo el nombre de martinete negro ó de muralla (*cypselus apus*), es el mayor de todos, puesto que tiene de 17 á 18 centímetros de largo, y 45 de punta á punta de las alas. Éstas, no extendidas, sino pegadas al cuerpo, miden 15 centímetros y 7 la cola. El color de su plumaje es negro de hollín, y blancuzca ó cana la garganta. Sus ojos son pardo-oscuros, y negras sus patas y su pico. La golondrina propiamente dicha, la *hirundo* rústica ó de chimenea de los naturalistas, tiene sólo 33 centímetros de punta á punta de las alas abiertas, midiendo éstas, unidas al cuerpo, 12 centímetros y 9 la cola. Toda su parte superior es de un negro azulado de brillo metálico, la frente y la garganta de pardo castaño, distinguiéndose la última por una ancha banda negra, siendo todo lo demás de la parte inferior de su cuerpo rojizo amarillento algo claro y ofreciendo en las cinco plumas rectrices externas de cada lado y en sus barbas internas manchas blancas y redondas. Por último, el vencejo ó golondrina de ventana, ó de muralla, es la más pequeña de las tres, distinguiéndose por el color de su cuerpo, de un azul negro en la parte superior y blanco en la albardilla y en toda la parte inferior. Se ve, pues, que estas tres aves se diferencian por su tamaño y por su color, así como por sus costumbres, y por la época y duración de sus emigraciones. El avión, casi siempre acompañado, y á veces en bandadas más ó menos numerosas, es la que chilla y alborota sobremanera por la mañana temprano y por la tarde, volando siempre por las alturas, y elevándose á distancias considerables. La golondrina discurre por las calles, y á veces es su vuelo muy rastrero, y el vencejo es, en lo general, poco visible para nosotros, á no ser en la proximidad de los grandes edificios, en donde hace su nido, ó voltijando sobre los estanques.

El avión nos visita á principios de Mayo, abandonándonos á fin de Julio, ó lo más tarde á principios de Agosto, porque si bien se ven algunos después de esta época, no son de nuestro país, sino los que vienen de territorios más septentrionales, retardados por alguna causa. La mayor parte de estas aves atraviesan el África y llegan hasta el Cabo de Buena Esperanza. Sus viajes se hacen en grandes bandadas, de noche, desapareciendo todos de repente de lugares en donde abundaban sobremanera el día antes.

Uno de los hechos más curiosos de los aviones y menos conocidos en España es el de las excursiones nocturnas que hacen todos, cuando no crían, y sólo los machos en la época de la incubación. Por la tarde, después de ponerse el sol y de revolotear con grande algazara alrededor de las torres y por las calles, se elevan en los aires á mucha altura, dando gritos, en bandadas de quince á veinte, y desaparecen por completo unos veinte minutos después de la puesta del sol. Al día siguiente, á la salida de este astro, se les ve bajar desde las alturas, no ya en bandadas sino dispersos, para encerrarse de nuevo en sus agujeros. Durante el día, en nuestra España y en los países cálidos, descansan en sus guaridas; no así en las comarcas septentrionales, en donde no paran nunca. Se cree que es el ave de vuelo más rápido de nuestro territorio, habiéndose calculado que puede atravesar en cinco minutos un espacio de sesenta millas. Corta el aire con facilidad y ligereza, no advirtiéndosele nunca el menor

cansancio, agitando sus alas á veces con tal rapidez que la vista no puede seguir sus movimientos, aunque en otras ocasiones las extiende y parecen inmóviles. En cambio es uno de los animales más torpes en el suelo, porque ni sabe ni puede andar, y lo único que hace es arrastrarse con trabajo. Sus uñas le sirven para agarrarse á las paredes y para defenderse de sus semejantes. Su oído y su vista son excelentes, sobre todo la última, causando verdadero asombro verlos volar en bandadas, persiguiéndose unos á otros, gritando y alborotando, poseídos del amor ó de la ira, pero sin tropezar nunca, ni siquiera con los hilos telegráficos y telefónicos, que cruzan por todas partes las grandes capitales, encontrándolos á cada momento cuando vuelan bajos, y sorteándolos en sus evoluciones con una presteza y una exactitud verdaderamente maravillosas. Es de carácter pendenciero, aturdido y violento, y no vive en paz con ninguna otra ave, ni siquiera con las de su especie. Los machos, sobre todo en el tiempo

del celo, se pelean con tal encarnizamiento, que caen en tierra á veces, y ofrecen sangrientas heridas hechas por las uñas de sus rivales.

Hace su nido en los agujeros de las paredes ó en las hendiduras de las murallas y de los edificios elevados, rellenándolo de plumas, de pedacillos de lana y de otras sustancias análogas cogidas al vuelo ó robadas de otros nidos. Dispone estos materiales sin orden alguno, juntándolos con su saliva viscosa, que se solidifica con la mayor rapidez. Mientras vive y no se lo impide alguna causa poderosa, vuelve todos los años al mismo nido, y lo defiende valerosamente de sus enemigos. Los huevos, dos en número, son alargados, casi cilíndricos y obtusos en sus extremos. Sólo la hembra los cobija, alimentándola el macho si hace buen tiempo. Cuando llueve, se ve obligada la hembra á abandonar su nido para buscar insectos. Los dos padres dan de comer á los hijos, que crecen con mucha lentitud.

La cría comienza á fines de Mayo ó principios de Junio, dejando el cascarón los polluelos en el mes de Julio, y comenzando á volar á fines del mismo. Vive de insectos, que caza á veces á grandes alturas, y bebe también, aun cuando algunos hayan asegurado lo contrario. Sólo se baña cuando llueve, no como las golondrinas. Aunque siempre está en movimiento y no cesa nunca de correr, ha habido algunas de estas aves cautivas que han durado seis semanas en completo ayuno. Su principal enemigo es el halcón jerifalte, y en otros países algunas aves de rapiña de la misma especie. En España suele presentarse otro avión, llamado alpino por los naturalistas (*cypselus suelba*), mayor que el descrito, con la garganta y bajo vientre blancos, asemejándose al anterior en sus costumbres, y sin otra diferencia que su predilección por las montañas.

La golondrina rústica ó de chimenea, nos visita á los españoles, sobre todo á los de la parte meridional de nuestra península, desde los primeros días del mes de Febrero, permaneciendo entre nosotros hasta Septiembre ú Octubre, y regresando entonces al África. La verda-







DISTINCIÓN  
ACUARELA DE JOSÉ LLOVERA

TOMO I.—19.

Ayuntamiento de Madrid



dera patria de estas graciosas avecillas, no es, sin embargo, el África, porque no anidan en ella, ni se les oye cantar, ni crían á sus hijuelos. Sus facultades físicas y su instinto son sin duda admirables, demostrándolo así la facilidad y persistencia de su vuelo, y las evoluciones á que se entrega, ya deslizándose con la mayor velocidad, ya deteniéndose de improviso, subiendo, bajando, rozando el agua ó la tierra, y elevándose luego de tal modo que se pierde por completo de vista. Pasa sin detenerse y tropezar por aberturas muy estrechas, y bebe y se baña volando. Para descansar elige lugares salientes, adonde llega sin trabajo y desde donde arranca con la misma facilidad. Allí alisa y limpia sus plumas, se calienta al sol y entona sus canciones. Todos sus movimientos y posturas son elegantes y graciosas. Comienza sus correrías antes que las demás aves, no posándose en tierra sino cuando se ocupa en buscar materiales para su nido. Su modo de andar es torpe y desgraciado. De todos los sentidos, el que más descuella en esta avecilla es el de la vista. Aliméntase de insectos pequeños, de dípteros, neurópteros, mariposas y coleópteros, absteniéndose de cuantos tienen aguijón venenoso. Caza siempre al vuelo, y parece incapaz de proporcionarse parada el sustento, explicándose así que, cuando llueve y se ocultan los insectos que constituyen su presa, se vea obligada á volar rozando la tierra, y esforzándose por todos los medios posibles en sacarlos de sus guaridas y hacerlos tomar el vuelo. Su alimento es muy copioso y muy rápida su digestión, devolviendo las partes indigestibles, como las alas, las escamas y las patas de los insectos.

Se ha averiguado, en virtud de las observaciones de Spallanzani y de otros naturalistas, valiéndose para ello de señales que les han puesto, que siempre vuelven al mismo nido, y lo que es más importante y habla mucho en su favor, que observan una fidelidad conyugal poco común en los animales, puesto que han regresado á sus nidos la misma pareja que los había construido, y por tanto no suceden los hijos á los padres en su disfrute, sino, al contrario, la nueva progenie ha de construirlos en otra parte, cuando llega la época de los amores. La golondrina, para hacer su nido, suele preferir las habitaciones humanas, ya bajo las cornisas, ya en los cobertizos, en las cuadras, en los graneros, en las campanas de las chimeneas, en las ventanas, en una palabra, en donde pueda abrigarlo por lo alto del viento y de la lluvia. Su figura representa casi siempre un cuarto de esfera, de paredes muy espesas y de borde superior horizontal, un poco más elevado que su punto de inserción. Suele medir 22 centímetros de diámetro y 11 de profundidad. Los materiales de que se compone, son tierra ó barro, que lleva en su boca y que aglutina con su saliva, entremezclándolo de pelos y troncos de hierbas que le dan más consistencia. Tarda unos ocho días en acabarlo, llenando lo interior de troncos finos de hierbas, de pelos, plumas y otras sustancias blandas. Si el nido antiguo sufre algún detrimento, se repara con el mayor cuidado, renovándose su parte interior todos los años. La puesta es en Mayo, y los huevos cuatro ó seis, de cáscara delgada, blancos, con puntos grises y pardo-rojizos. La incubación dura doce días, y si hace mal tiempo y la hembra se ve obligada á buscar su alimento, diez y seis ó diez y siete días. Los polluelos son muy feos, con una boca enorme, pero en cambio crecen rápidamente, pudiendo abandonar el nido á las tres semanas, si les ayudan las circunstancias. Es un espectáculo muy curioso observar á las golondrinas nuevas, enseñadas y vigiladas por sus padres con una ternura incansable, hasta que pueden abandonar su nido sin temor, y vivir por su cuenta. La hembra hace otra puesta á principios de Agosto.

E. DE MIER.

(Concluirá).



## ¡EXCELSIOR!

(DE LONGFELLOW) (1)

NEGRA descende la noche,  
y entre sombras y entre hielos,  
pobre aldea de los Alpes  
cruza gallardo mancebo;  
enarbola una bandera;  
la bandera dice: ¡Excelsior!

Su frente es pálida y triste;  
su mirar, lampo siniestro;  
su voz, cual clarín de plata,  
que hace resonar los ecos,  
repitiendo á todas horas  
en extraño idioma: ¡Excelsior!

En apacibles hogares  
brillar ve plácido fuego;  
arriba, cumbres nevadas,  
cual fantásticos espectros,  
y abrió su labio un sollozo,  
y sigue gritando: ¡Excelsior!

«Tente, le dice una hermosa;  
la sien reclina en mi seno;  
descansa,» y asoma el llanto  
á sus ojos hechiceros.  
Pero el doncel, sin mirarla,  
marcha suspirando: ¡Excelsior!

«¡Guárdate bien de las ramas  
que tronchó el rayo al abeto!  
Guárdate, dice el anciano,  
de traidores ventisqueros.»  
Mas ya en la cima lejana  
oye resonar: ¡Excelsior!

Al rayar la tarda aurora,  
cuando en pausado concierto  
los monjes de San Bernardo  
elevan á Dios sus ruegos,  
suena una voz desgarrada  
que á lo lejos grita: ¡Excelsior!

Corre el fiel can presuroso,  
y en tumba de nieve envuelto  
halla al audaz caminante;  
y aun con sus crispados dedos  
ase la extraña bandera  
donde estaba escrito: ¡Excelsior!

Helado, inmóvil, sin vida,  
pero siempre noble y bello,  
yace el animoso joven;  
y del alto firmamento  
voz dulcísima descende:  
¡Excelsior! clamando, ¡Excelsior!

Traducción de  
TEODORO LLORENTE.

(1) Enrique Longfellow nació en Portland (Estados Unidos de América) el 27 Febrero de 1807. Fué profesor de lenguas vivas en la universidad de Brunswick y en la de Cambridge, donde substituyó al célebre Ticknor. Alternaba sus trabajos de profesor con viajes á Europa, cuyas lenguas estudió, y con el cultivo de la poesía en todos sus géneros. De ahí que traéjiera del español al inglés las *Coplas de Jorge Manrique*, haciéndolas preceder de un estudio sobre la literatura española, y que diera á luz otras producciones imitadas ó inspiradas en literaturas extranjeras. Pero las que hicieron su fama de gran poeta fueron las que expresaban sentimientos norte-americanos, como su célebre poema *Evangelina* y la poesía que hoy publicamos, que ha sido traducida á todos los idiomas. Murió en Cambridge en 1882.

# MINUETO

POR

EMILIO VILALTA



Dedicado á los señores suscriptores á LA ILUSTRACIÓN MODERNA

Tiempo de Minueto

PIANO:





*tando* **FIN**

**TRIO:**

*Energico.*

*rall.* *deciso* *energica*

*cres.* *ff* *dim.* *rall.*



D. C. al



# ¡SOLEDAD!

NOVELA ESPAÑOLA

POR D. C. SUÁREZ BRAVO

## CAPÍTULO III

EXPLICACIONES

— Ya mi suerte se suaviza.  
— No te fies, voto á tal,  
porque tras del carnaval,  
viene siempre la ceniza.  
(Comedia Anónima).

A las nueve de la mañana del siguiente día, ya estaba Santiago llamando discretamente á la puerta de la habitación de Eduardo. Vivía éste en una casa de huéspedes limpia y tranquila, encaramada en el cuarto piso de casa nueva y alegre, situada en una calle estrecha y de poco tránsito que corría á lo largo de una de las fachadas laterales del histórico palacio de los duques de Montilla. Una salita con balcón al mediodía, que por su elevación permitía gozar la vista de la parte más amena y pintoresca de las afueras de la capital, y un dormitorio,

TOMO I.— 20.



constitulan toda la vivienda. Aunque el detalle no sería largo, nuestros lectores nos excusarán si, apartándonos de los modernos moldes, omitimos la descripción del mobiliario. Básteles saber que no había allí ni un solo resto del antiguo esplendor del inquilino, ni un cuadro, ni una estatua, ni un sillón, ni un tapiz. Las borrascas humanas habían arrojado á Eduardo á las playas de la vida, completamente desnudo y sin ningún lazo externo que le uniese con el pasado.

Aunque era madrugador, se levantó aquella mañana antes de la hora acostumbrada. La visita del día anterior tenía completamente avasallado su espíritu. Miraba el reloj, se ponía al balcón, tomaba un libro, lo volvía á dejar, volvía á mirar el reloj. Por fin oyó, dando un suspiro de satisfacción, llamar á la puerta de su cuarto.

—Adelante, dijo impaciente; y entró el suspirado Santiago.

—La hora es un poco matutina, señor marqués, dijo saludando respetuosamente, pero no tengo otra de que disponer.

—Hace dos que te estoy aguardando, contestó el joven. Conque siéntate y charlemos.

Santiago se negó obstinadamente á tomar asiento delante del que consideraba como su amo de derecho. Nacido en la casa de los marqueses de la Puente, lo mismo que sus padres y ascendientes, para él no había otra dinastía legítima de amos más que ella.

—Yo no me canso de estar de pie, dijo el anciano. Como que ese es mi oficio. Pregúnteme usted cuanto quiera, que por cansancio no he de dejar de responderle.

—¿Y tú no tienes nada que preguntarme, Santiago? ¿No deseas saber, qué es lo que me llevó ayer á la casa de don Gabriel Cabañas?

—Sí que lo deseo, y mucho; todavía no he vuelto del asombro que me causó verle á usted en aquella morada.

—Óyeme, y verás si tú no hubieras hecho otro tanto en mi caso.

El anciano oyó con señales de vivísimo interés la relación que hizo Eduardo de los motivos que le obligaron á presentarse en casa de su antiguo administrador, y de su entrevista con éste.

Cuando concluyó, Santiago dijo moviendo la cabeza:

—Esos rasgos revelan claramente su procedencia. Créame usted, señor marqués. Don Gabriel no es hombre que se cuida de los asuntos de nadie, más que de los suyos. Todo eso, como si lo viera, es obra de doña Elena... de la señora. Se conoce que ella no le pierde á usted de vista, y si estuviera en su mano devolverle toda su hacienda...

—¿Qué me cuentas? Ahora me haces caer en algunas circunstancias de nuestra entrevista... ¿Conque ese protector misterioso era doña Elena?...

—Yo no lo sé; pero me atrevería á jurarlo. ¡Oh! es una mujer como hay pocas. ¿Qué tiene de extraño que vele sobre usted, cuando ha velado sobre mí, con quien no le ligan, ni con mucho, las mismas obligaciones? ¡Pobre señora! Ninguna culpa tiene de los manejos y enjuagues de don Gabriel; pero al fin es su mujer, es madre de su hija, y se ve obligada á soportar el fausto y las riquezas con que la abrumba. Yo, que soy uno de los agentes de sus limosnas, sé lo que ganan con ello los pobres... pero, no importa... Ella merecía como nadie ser feliz, y no lo es... Y eso, que si hay santas en el mundo...

—Lo creo, Santiago, lo creo, exclamó Eduardo con efusión. Ayer la vi por primera vez; pero te aseguro que se ha captado todas mis simpatías... ¡Y es claro! añadió impetuosamente levantándose y accionando con calor; á una hija como Luisa, correspondía irremisiblemente una madre como doña Elena.

Santiago se quedó con la boca abierta, mirando á su amo, que se paseaba agitado de un lado á otro de la estancia.

—¡Cómo, señor marqués! ¿Conoce usted á la señorita Luisa?

—¡Que si la conozco, Santiago! contestó Eduardo, parándose delante del asombrado anciano. Desde hace dos años y medio no trato á nadie con más intimidad.

La sorpresa de Santiago subió de punto.

—¡Qué está usted diciendo! Eso no puede ser... ¿Conque ve usted tan á menudo á la señorita?

—Entendámonos. Lo que es verla... no la he visto más que una vez; pero te aseguro que vale por mil.

—A ver, á ver, señor. Cuénteme usted eso.

—Bien quisiera hacerlo, ¿pero cómo podría yo ahora darte una idea de aquella escena? Las ideas se amontonan en mi cabeza... No se traza fácilmente un cuadro como aquél. Oye, sin embargo.

Y ampliando algunos detalles y omitiendo otros, el joven hizo una animada pintura de los preliminares y de la escena trazada en nuestro prólogo.

—La joven del balcón, dijo Eduardo poniendo remate á su narración, era Luisa. El capitán, era yo. ¿Necesito decirte más?

—¿Y sabe usted quién era, exclamó Santiago que había escuchado sin pestañear, el revoltoso á quien salvó usted la vida? Era Ricardo Cabañas, hermano de la señorita.

—¡Calle! En efecto, ayer subía la escalera de... su casa, cuando yo bajaba. Aunque no le volví á ver desde aquella memorable mañana, le conocí al momento. ¿Conque ya tenías noticias del suceso?

—Sí por cierto, aunque á cien leguas de imaginar que era usted el valiente capitán que salvó la vida á ese mala cabeza. ¿De modo que desde aquel día?...

—Desde aquel día, Santiago, quedé perdidamente enamorado de la joven del balcón. No puedo arrancarla, ni de aquí, ni de aquí, exclamó Eduardo apasionadamente, señalando la cabeza y el corazón.

—¿Pero no la volvió usted á ver?

—No. La busqué inútilmente por todas partes; la imagen de mis sueños no parecía en ninguna. Pregunté en la casa del balcón, y allí supe que la familia que ocupaba el cuarto durante aquellas terribles ocurrencias se había marchado á América.

—Sí, era la familia del brigadier Acuña, hermano de la señora. Allí se encontraban Luisa y su hermano Ricardo casualmente cuando estalló el motín. Al enterarse del jaleo, Ricardo se escapó para tomar parte en él, y, gracias á usted, no tuvo el desastroso fin que merecía. Hay una Providencia para los perdidos. A poco tiempo de haberle usted soltado, pudo escaparse...

—¿Quieres creer que estuve tentado por irme á América, en pos de mi desconocida?

—¡La hubiera usted hecho buena!

—Pero, ¿cómo es que no pude dar con ella á pesar de mis pesquisas?

—Porque la mayor parte de ese tiempo lo ha pasado la familia de don Gabriel fuera de Madrid. La señorita comenzó á ponerse delicada, y como es el mimo de la casa... Y ahora, recordando fechas, me hace usted pensar si habrá cogido su mal en aquel balcón...

—¡Huy! no me lo digas... El caso es que ayer, al verme, se puso como una amapola... ¡Cuidado si estaba hermosa! Tengo la seguridad de que me reconoció... Dime, Santiago... ¿Tú no has notado en Luisa ninguna inclinación?... ¡Vamos...! ¿Sabes si su corazón es libre?...

La expresión de ansiedad y alarma con que el joven dirigió esta pregunta hizo sonreír á Santiago.

—¡Ah! Ahora, después de lo que usted me acaba de decir, no me atrevería á asegurarlo...

—Pero en fin, ¿tú no has observado si algún otro amor?...

—Lo que yo he observado y todos los de la casa, es que ha dado muchas calabazas... Golosos no faltan, porque el bocado es apetitoso; pero ella... nada. Con su madre siempre á sus devociones y á sus limosnas... ¡Poco miedo tiene don Gabriel de que quiera metérsele

monja! Pero, señorito, ¿qué hace usted? dijo el anciano entre risueño y conmovido, al ver que Eduardo le echaba los brazos al cuello.

—¡Ay, Santiago! ¡Me vuelves el alma al cuerpo! ¡Tenía tal miedo de hacerte esta pregunta!

—¡Vamos! pensaba Santiago moviendo la cabeza con aire de íntima satisfacción. Ni frailes descalzos me hacen á mí creer que en esto no anda la mano de Dios... ¡Cuando la señora se entere!

Luego repuso en voz alta:

—Y vamos á ver, señor marqués, ¿qué piensa usted hacer?

Eduardo se quedó parado mirando al anciano y rascándose la cabeza.

—¿Qué te parece á ti que debo hacer, Santiago?

—¿Y á mí qué me pregunta usted? Supongo que pensará usted repetir la visita de ayer.

—¿Tú me lo aconsejas?...

—¡Oh! yo no le aconsejo á usted nada... Sin embargo, la situación de las cosas ha cambiado mucho de ayer á hoy... Si ayer tuvo usted ánimo para traspasar aquellos umbrales, hoy que puede usted estar seguro de ser bien recibido...

—Santiago, dijo Eduardo gravemente; ayer los atravesé llevando en el corazón los sentimientos propios de un marqués de la Puente. No iba á aquella casa á demandar favores, sino á rechazarlos; no iba á enseñar al infiel mandatario el rostro de un amigo, sino el gesto ceñudo de un amo indignado; no á solicitar de él un pacto deshonesto, sino á demostrarle que si hoy es fácil reducir á la pobreza á los hombres de mi estirpe, no lo es tanto humillarles. Ahora, ya lo veo, la situación ha cambiado; ahora, dentro de esa casa, en la cual mi propio decoro me veda entrar de otra manera que como amo, hay un ser caro á mi corazón que me llama, y me seduce, y me arrastra. ¿Qué debo hacer? No lo sé. En mi espíritu luchan encarnizadamente dos sentimientos contrarios. Me había ya acostumbrado á considerar á Luisa como un ser fantástico cuyo recuerdo embellecía mi vida; pero ahora, que sé que vive y alienta, no concibo ya la existencia sin ella, y me sobresalto al pensar que pueda dar su mano y su cariño á otro hombre. Pero ¿cómo salvo el abismo que nos separa? ¡Cuántos sentimientos nobles no tengo que atropellar para dar satisfacción á mi amor! Pero ¿has visto desdicha igual á la mía? ¡Ahora se le antoja á mi desconocida, al ángel de mis sueños, ser hija de don Gabriel!

(Continuad.).





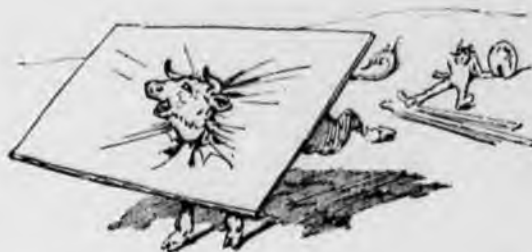
# TODO POR EL ARTE

NOVELA VIVA, POR APELES MESTRES

(CONTINUACIÓN)



25.—Tan sospechoso parecióle, que acabó por embestirle sin decir oste ni moste, como el más zafio de los bueyes.



26.—Y derribando al infeliz artista, echó á correr por aquellos benditos prados con el cuadro á guisa de cepo.



27.—Lo cual parecióle al boyero una broma pesada de *aquel señor*.



28.—El cual boyero, después de probar al *señor* con argumentos — contundentes en grado sumo — que hay bromas que merecen palos...



29.—Acudió en auxilio del pobre animalito, que apuraba en vano todos los recursos para deshacerse de aquel estorbo.



30.—«¡Cero y van tres!... ¡Sea todo por el Arte!»

(Continuad).

## NUESTROS GRABADOS

### LA DESPEDIDA DE AGAR

CUADRO DE ADRIANO VAN DER WERFF

La renombrada galería de pinturas de Dresde posee numerosos cuadros del artista holandés Adriano Van der Werff, que como pintor de la corte vivió en Dusseldorf y en Rotterdam á fines del siglo XVII y principios del XVIII. A doce llegan los lienzos de este pintor que figuran en la citada galería, y uno de ellos, el más notable sin duda, es *La despedida de Agar*. El carácter peculiar de las pinturas de Van der Werff, la hermosa composición de las figuras, la viviente expresión de sus colores y el fondo con pais y celaje apropiados al drama bíblico representado en el cuadro, aparecen muy bien reproducidos en el excelente grabado que publicamos en este número.

### LA DECLARACIÓN DOGMÁTICA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA

PINTURA EN LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO EL GRANDE  
DE MADRID, POR EUGENIO OLIVA RODRIGO

Suceso insigne en la historia de la Iglesia católica apostólica y romana fué la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de la Virgen María que hizo el Santo Pontífice Pío IX, de imperecedera memoria. Esta proclamación colmó de inefable júbilo á los católicos del universo entero, pero más especialmente acaso á los de España, en donde de luengos tiempos era ya piadosa creencia lo mismo que Su Santidad definió por dogma de la verdadera Iglesia de Jesucristo. En las universidades, sucesoras de las de Salamanca y Alcalá que tan alto pusieron el renombre de la ciencia española, singularmente en la filosofía, la teología y el derecho, juraban los licenciados al recibir la investidura, que defenderían la Concepción Inmaculada de la Virgen Santísima, concebida sin pecado original. La Purísima Concepción tiene por patrona la ínclita orden de Carlos III, que adoptó los colores blanco y azul, que son los de la Virgen en el referido misterio, y puso en el anverso de la cruz su imagen como espejo de los caballeros que la llevarán en su pecho. El solemne acto de la declaración dogmática, representado de modo que revistiera la mayor grandiosidad y llegara á lo sublime, hasta donde puede alcanzarlo el hombre por medio de la pintura, fué el asunto que el artista don Eugenio Oliva Rodrigo hubo de interpretar en los colosales paramentos de San Francisco el Grande, de la iglesia que trazó en 1760 el lego Francisco Cabezas y que completó Sabatini en 1784. Este templo es hoy día una suerte de galería de la pintura religiosa de España en el siglo XIX, por haber trabajado en decorar su nave y sus vastas capillas los más ilustres pintores que hemos tenido en esta centuria. El señor Oliva Rodrigo, uno de ellos, ha desarrollado con verdadera magnificencia el asunto de que hablamos, dándole un carácter que recuerda en parte las obras más valientes de los fresquistas de los siglos XVII y XVIII. La hermosa figura del papa Pío IX sobresale en el trono, desde donde dirige su vista al emperador, en el que sobre nubes aparece la imagen divina de la Santísima Virgen, rodeada de angélicos coros que entonan sus alabanzas. Grupos hábilmente distribuidos en el plan

terreno, precisan los pormenores del suceso conmemorado por medio de la pintura y dan á ésta variedad y movimiento. Las condiciones de San Francisco el Grande no permitían sacar de esta vasta composición una fotografía directa, de manera que para darla á conocer á nuestros lectores ha sido preciso encargar al mismo autor un dibujo que fuese trasunto de ella, lo más exacto posible. La circunstancia de haberlo hecho el mismo señor Oliva Rodrigo dice que el trasunto ha de existir en verdad en el dibujo, ejecutado con superior facilidad y elegancia y que reproducimos fielmente.

### LEÓN EN ACECHO

ESCULTURA DE A. VALLMITJANA ABARCA

El rey del desierto está alerta atisbando el momento de arrojar sobre su presa. ¡Ay del infeliz que caiga bajo sus garras! La potente fuerza de la fiera le arrancará la vida en segundos y le destrozará como si fuese débil masa de alfenique. Vallmitjana Abarca, que es hoy en España, sin disputa alguna, el primer escultor de animales, ha interpretado admirablemente en esta escultura la actitud y la expresión del león, que ha presentado, á la vez, con la majestad que le caracteriza en todos los momentos, ora cuando parado muestra su soberbia melena, ora cuando corriendo la agita formando como una aureola alrededor de su cabeza. Del natural, merced á un paciente estudio, ha sacado el joven artista todos los detalles de la escultura, lo cual se advierte en la calidad de la piel, en la manera como están acusadas todas las líneas en el cuerpo de la fiera, y sobre todo en la cabeza, parte de difícil ejecución y en la que se estrellan escultores dotados, por otro lado, de envidiable talento. Vallmitjana Abarca, que sabe reproducir con gran exactitud y con portentosa vida los perros, compañeros del hombre, el pesado elefante en posturas variadísimas y otras bestias, en ninguna, acaso, se muestra tan hábil artista como en el león, que ha sido objeto más cariñoso de su constante estudio en esta especialidad. Este escultor, con tener ya fisonomía propia en el género, sigue con gran fortuna las huellas de Caín y de Barye, artistas franceses que gozan de renombre europeo por su talento y habilidad en la interpretación escultórica de la vida de los animales.

### DISTINCIÓN

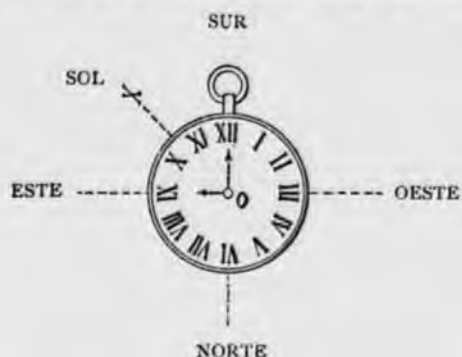
ACUARELA DE JOSÉ LLOVERA

La elegancia, conforme lo hemos dicho en alguna otra ocasión, es el distintivo de los dibujos y de las pinturas de este artista, que con igual facilidad maneja el lápiz que el pincel. La dama que va en este número es prueba evidente de nuestro aserto. Distinguido es su rostro, en el que se advierte una delicada corrección de líneas; distinguida su actitud, sumamente natural á la vez, y distinción hay igualmente en su traje sencillo y de buen gusto. El señor Llovera ha dibujado y pintado un número considerable de tipos femeninos, sacándolos de todas las clases sociales, y formando con ellos una galería variadísima en la cual sale retratada la mujer española, con rasgos exactos tomados del natural y á la vez con el sello que el citado artista imprime en todas sus obras.

## MESA REVUELTA

Un procedimiento de orientación bastante exacto y recomendable, es el que consiste en determinar, cuando hay sol, los cuatro puntos cardinales y los intermedios con el auxilio de las divisiones de un reloj de bolsillo.

Supongamos que se trata de orientarse por este medio, sabiendo que el reloj señala las nueve de la mañana.



A esta hora, aun le quedan al sol tres horas de curso antes de llegar al Sur. Ahora bien, en virtud del principio: que la traslación angular del sol durante una hora, corresponde á media hora sobre el reloj, la traslación de dicho astro durante tres horas está representada por tres medias horas. Luego poniendo el radio  $OX \frac{1}{2}$  en la dirección del sol, el mismo reloj dará la dirección de los cuatro puntos cardinales, (XII el Sur, VI el Norte, III el Oeste, y IX el Este).

Durante la noche, marca igualmente la luna los puntos cardinales; pero esta operación es bastante difícil, y no la exponemos más que como simple noticia.

Cuando la luna está en su lleno, á las seis de la tarde se encuentra al Este; á media noche al Sur; á las seis de la mañana al Oeste, y alumbra durante toda la noche.

En su cuarto creciente, cuando aparece como una media luna con las puntas vueltas á la izquierda, á las seis de la tarde está al Sur; á media noche al Este, y no alumbra más que durante la primera parte de la noche.

\*\*\*

Un tamborilero tenía una mujer tan contraria á su opinión, que nunca cosa que le rogaba podía acabar con ella que la hiciese. Una vez, yendo de un lugar para otro, porque había de tañer en unos desposorios, y ella caballera en un asno con su tamborino encima, al pasar de un río, díjole:—Mujer, cantad; no tangáis el tamborino, que se espantará el asno.—Como si dijera tállelo, en ser en el río sonó el tamborino, y el asno, espantándose, púsose en el fondo, y echó la mujer al río; y él, por bien que quiso ayudalle, no tuvo remedio. Viendo que se había ahogado, fuéla á buscar río arriba. Díjole uno que estaba mirando:—Buen hombre, ¿qué buscáis?—Respondió:—Mi mujer que se es aho-

gada.—Señor, ¿y al contrario la habéis de buscar?—Sí, señor; porque mi mujer siempre fué contraria á mis opiniones.

\*\*\*

Vino un gentilhombre á la corte á posar en una venta que la ventera era viuda, la cual tenía una hija de quince años, y como fuese en invierno, ya después de haber cenado, estándose todos calentándose alrededor del fuego, dijo la ventera:—¿Qué hay de nuevo en la corte, señor?—El gentilhombre, por reírse, le respondió:—Lo que hay de nuevo, señora, es que ha mandado su majestad, por falta que hay de gente para la guerra, que las mujeres ancianas casen con mancebos, y las mozas con hombres ancianos.—¡Ay! dijo la hija, en verdad, señor, que su majestad no hace lo que debe, ni parece bien ese mandamiento.—Respondió la ventera:—Calla, rapaza, no digas eso; que lo que su majestad manda está bien mandado, y parecerá bien á todo el mundo; y Dios le alargue la vida.

\*\*\*

Venido un embajador de Venecia á la corte del gran turco, dándole audiencia á él juntamente con otros muchos que había en su corte, mandó el gran turco que no le diesen silla al embajador de Venecia, por cierto respeto. Enterados los embajadores, cada cual se sentó en su debido lugar. Viendo el veneciano que para él faltaba silla, quitóse una ropa de majestad que trafa de brocado hasta el suelo, y asentóse encima de ella. Acabando todos de relatar sus embajadas, y hecho su debido acatamiento al gran turco, salióse el embajador veneciano, dejando su ropa en el suelo. A esto dijo el gran turco:—Mira, cristiano, que te dejas tu ropa.—Respondió:—Sepa tu majestad, que los embajadores de Venecia, acostumbran dejarse las sillas en que se asientan.

\*\*\*

Según la estadística criminal de la mayor parte de las naciones de Europa, la embriaguez influye en la criminalidad en las siguientes proporciones:

En los actos de violencia cometidos contra las personas, golpes y heridas, muertes y asesinatos, el 88 por 100.

En la vagancia, mendicidad, etc., el 79 por 100.

En los ataques á la propiedad, robos con fractura, depredaciones, destrucciones, incendios, etc., el 77 por 100.

En los robos, abusos de confianza, estafas, falsificaciones, el 70 por 100.

En los ataques públicos al pudor, tentativas de violación, violaciones consumadas, el 53 por 100.

En resumen, la embriaguez proporciona un contingente de un 75 por 100, como término medio, en todos los crímenes reunidos.

\*\*\*



Para quitar las manchas de café sobre tela de seda ó de lana, se extiende sobre la mancha una capa de glicerina, luego se lava con un pedazo de lienzo muy limpio, embestado con agua de cisterna ó destilada, que sea tibia, continuando la operación hasta que desaparezca la mancha. En este punto, se plancha la tela por la parte opuesta, hasta que quede bien seca. Los colores más delicados resisten este procedimiento.

\*\*\*

La reina de Inglaterra, para demostrar que sus súbditos del imperio de la India no le interesan menos que los del reino unido de la Gran Bretaña, ha tomado algunos á su servicio que la acompañaron en la excursión que en invierno último hizo á la isla Hyères. Estos nuevos servidores de la reina Victoria llamaron mucho

la atención de los que acudieron á ver y saludar á Su Graciosa Majestad, particularmente uno de ellos, que adornaba su cabeza con un turbante amarillo y calzaba babuchas encarnadas. Parece que este singular personaje, durante el viaje de la reina á Francia, se empeñó en beberse el aceite de las lámparas del wagon, y en su inquieta inmovilidad tiró el cordón de alarma, lo que produjo la detención del tren y la consiguiente molestia á los pasajeros.

\*\*\*

El doctor Enrique Heiss, de Viena, asegura que se combate la jaqueca, y hasta se la cura, comprimiendo el estómago con la mano de modo que resulte comprimida la arteria aorta.

## RECREOS INSTRUCTIVOS

### LA CONSTRUCTORA DE MUÑECAS

Conociendo por triste experiencia la fragilidad de las muñecas, puesta en razón inversa de la robustez de los dedos infantiles, nada tiene de extraño que dure tan poco una muñeca, así salga de la primera entre las mejores fábricas de París. Mientras las destructoras permanecen en la ciudad, menos mal, pues todo se reduce á mermar una vez más el peculio del bondadoso papá.

Mas cuando la industria indígena del pueblo donde la niña homicida está veraneando se reduce á la producción de pelotas de cáñamo y balas de granito, cuando un río separa al pueblo del resto de la humanidad, y por añadidura viene ancho, hondo y rojizo por las lluvias torrenciales, ¿cómo hacerlo para reparar el daño causado en la muñeca, tan linda ayer, y hoy tan mustial! Pero no hay que apurarse: yo me propongo enjugar más de una lágrima que no por ser pequeña deja de ser ardiente; yo tengo la seguridad de que mi intervención salvará los días de más de una preciosa muñeca, y si no es posible remediar el daño... y bien! se construirá otra é intervendrán en su confección todos los individuos de la familia, como *niños grandes* que son.

Al mismo tiempo que he de dar indicaciones sobre ese importante asunto, así, de resbalón, haré que se fijen en cosas al parecer insignificantes, muchos que abusan de la síntesis y se olvidan del análisis; acostumbrados á que se lo den todo hecho en las ciudades, hay quiénes no saben hacer cosa alguna fuera de lo que constituye su profesión, y al menor contratiempo se encuentran más aislados que un moro cojo en el centro del desierto; es preciso conocer bien muchas de las cosas que nos rodean, no despreciar nada, sacar partido de todo, y aprender á servirse útilmente de las maravillosas facultades con que Dios dotó á nuestro espíritu y nuestro organismo material; todos somos Robinsones, y la ciencia nos debe servir, no como adorno de erudición sino como inducción práctica para hacer más llevadera nuestra accidentada existencia.

Enseñaremos á hacer muñecas y muchas otras cosas más, y estamos seguros de antemano de la pequeña y efectiva gratitud de todos nuestros lectores.

JULIÁN.

Solución al esfinge anterior:

NOTA

Solución á la charada:

GO-MA

### CHARADA

Llevar con distinto fuero  
una tres, dama y guerrero.  
Hace dos dos prima prima  
á su mamá dando grima.  
Tres, una, y hasta dos tres  
en un buque oyes y ves.

### JEROGLÍFICO



### ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y á las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados todos los derechos artísticos y literarios. — IMP. ESPASA Y COMP.<sup>a</sup>





EL TOQUE DE LA OR



CUADRO DE JOSÉ WOFFNER







## MEMORÁNDUM

---

**D**EL centro de Europa han vuelto á soplar vientos de guerra, pareciendo que se hallaba nublado el horizonte. Por fortuna estos presagios de borrasca duraron poco, y aun cuando algunos agoreros políticos anuncian para dentro de breve término una desatada tormenta, como esto se ha repetido ya muchas veces, sin que viniese la conflagración, también podemos esperar que por ahora acontecerá lo mismo. Bismarck ha afirmado que el equilibrio de Europa era inestable, y Crispi, el hombre de Estado italiano, en un artículo que publicó en los Estados Unidos, asegura que la guerra es inevitable, que vendrá muy pronto y que Francia la está empujando en su afán de desquite desde 1871. Muy de temer es que al fin estalle la guerra entre Francia y Alemania, que puede complicarse luego; mas, como declamos en otra ocasión, todos la temen, y por lo mismo evitan en lo posible un rompimiento. Éste vendrá, acaso, en el instante menos pensado, quizás por algo pequeño que sea la chispa con la cual se prenda fuego á la pólvora que por tantos años se está almacenando.

El viaje del rey Humberto á Berlin ha dado nueva ocasión para que los rumores de que hablamos volviesen á ser la comidilla de todos los días. Con todo, este viaje, á lo que se transparenta, llevaba un fin hasta cierto punto distinto. Italia no puede sostener los armamentos que ha hecho. Su tesoro está exhausto por causa de los gastos inmensos que le han ocasionado los preparativos belicosos y su condición de potencia en la triple alianza. Italia necesita ó la guerra pronto ó el desarme, so pena de caminar á una inminente ruina. De esto se habrá tratado en Postdam, mas probablemente sin resultado inmediato. ¿Lo tendrá en breve?

\* \* \*

Los rumores belicosos produjeron de momento alguna baja en las bolsas que tienen la epidermis muy fina. Coincidieron casi con ellos las noticias de Marruecos, en donde Inglaterra anda buscando del Sultán concesiones favorables á los súbditos ingleses y más particularmente á su comercio. Según cuales fueren, España y Francia no podrían mirarlo indiferentes ni impasibles, antes al contrario, habrían de acudir en defensa de sus intereses, al objeto de impedir que el otro lado del estrecho de Gibraltar se convirtiese en una suerte de colonia de la Gran Bretaña. Otras naciones europeas podrían tener asimismo que ver en el asunto, enredándose así por aquel lado la madeja política. También por dicha resultaron falsos los rumores

de que los ingleses habían desembarcado en Tánger, y hasta ahora lo único cierto es que su enviado lucha con la política capciosa de los marroquíes, sin haber podido lograr todavía lo que constituye la aspiración del gobierno de lord Salisbury, quien, según hemos dicho otras veces, mira con especialísima predilección la política exterior. El estado interior del país que dirige permite á gobernantes y á súbditos tender la mirada por todo el mundo con el objeto de extender aún más los inmensos dominios del Imperio Británico.

\* \* \*

En la lucha electoral que se ha abierto en aquella nación en los primeros días de Julio, acaso influya en beneficio de Mr. Gladstone el accidente de que fué víctima el ilustre octogenario, en Chester, al pasar por delante del club liberal. Una mujer del pueblo, obrera según parece, le arrojó con fuerza un trozo de pan de jengibre que le dió en uno de los ojos, causándole una herida en la córnea y algunos rasguños en la nariz. Es prodigioso el vigor de Mr. Gladstone en edad tan avanzada. A pesar de la herida, del dolor que le causaría y de la emoción que hubo de producirle, peroró cerca de una hora en favor del candidato liberal de Manchester, y sólo después se retiró á su casa para cuidarse, conforme se lo previnieron los médicos. Esta circunstancia no dejará de procurarle algunas simpatías, aun cuando en el fondo nada signifique el hecho aislado de una mujer colérica, imbuida probablemente de las ideas socialistas, y furiosa contra Mr. Gladstone, porque no las protegía y empujaba como desearían ella y los que piensan de igual modo.

\* \* \*

La policía francesa, que en los últimos tiempos no ha dado pruebas de ser muy lista, cree haber descubierto á los anarquistas autores de la voladura del restaurán Very, en el bulevar de Magenta, en donde, conforme no ignoran nuestros lectores, servía de camarero Lherot, el denunciador de Ravachol. Los llamados Mathieu, François y Meunier, á quienes, junto con los esposos Bricou, se atribuye la perpetración del hecho, han escapado á Londres, sin que haya podido detenerseles en el momento en que escribimos estas líneas. Créese que se han refugiado en Escocia, y se dice que cuentan con personas de cierta notoriedad que les han procurado protección y dinero. Estas noticias han coincidido casi con el fallo del jurado reunido en Montbrisson, por el que se condena á Ravachol á la pena de muerte por asesinato. Sobre esto dice con gran oportunidad *Le Journal de Gênevè*:

«Ravachol, en quien los jurados de París habían reconocido circunstancias atenuantes, ha sido condenado á muerte en Montbrisson. Se ha escrito tanto en libros y en periódicos, se ha declamado tantas veces en las asambleas populares sobre que la bandera política, es decir, la bandera roja, ampara todas las mercancías, que una acción criminal en sí llega á ser excusable y gloriosa cuando se realiza á la sombra de esa bandera. Hay que pasmarse de que en lo más bajo de la sociedad se haya tratado de eso y de los medios de sacar partido de ello.

»Se ha visto que para tener el derecho de saquear y de matar casi impunemente, bastaba titularse anarquista (es un delito, dice el diputado barón Imbriani Poerio, atreverse á asegurar que el anarquismo es un crimen), y se ha podido observar que declarar odio á muerte á la sociedad en la persona de cada uno de sus individuos es de todas las circunstancias atenuantes la más segura.

»Y de esa necesidad ha derivado una nueva secta de malhechores más arrogantes, más habladores que los otros, hombres cínicos que, aferrados á una doctrina, tratan desde muy alto á los jueces y á los diputados, dirigen los debates en caso necesario, lo confiesan todo y se envanecen de lo que han hecho, y muy altivos, cuando al día siguiente de la audiencia pueden leer sus frases reproducidas por los periódicos, muy ufanos de saber que las saborean innumerables lectores y lectoras, disfrutan de su gloria con goloso afán, consolándose de que



puedan morir halagados por la idea de que les vengarán sus amigos y de que algún día se les levantará una estatua en alguna plaza pública.

»Los jurados de París, que viven dentro de los rayos de ese sol del mundo, han concedido á Ravachol circunstancias atenuantes. Los de Montbrisson, empero, menos sutiles ó menos prudentes, juzgando sin rencor y sin miedo, á usanza de otros tiempos, han tratado á ese hombre como merecía; mas esto no impedirá que la prensa anarquista escriba; no impedirá que los *meetings* anarquistas se reúnan bajo la enseña de la libertad de reunión y de imprenta, á las barbas de la policía, y que continúen educando á los futuros Ravacholes.»

Pone el dedo en la llaga con estas sensatas frases el diario republicano, del que las tomamos. La represión será ineficaz mientras no se quiera prevenir los delitos y crímenes de la índole de los cometidos por Ravachol y sus secuaces. La propaganda malvada continuará haciendo prosélitos, víctimas diríamos mejor, y con todo no se impedirá que continúe en su obra nefanda; no se prohibirán, como lo dice aquel periódico ginebrino, ni los periódicos ni los *meetings* que defienden las ideas anarquistas. Todos saben cuán fuerte es el contagio del ejemplo. Por espíritu de imitación se cometen crímenes, como se ejecutan otros actos más ó menos inofensivos. Y sin embargo, los actuales gobernantes, en todos los países, no quieren emplear medios preventivos al objeto de evitar tamaños males. ¿Qué le pasará al mundo yendo por este desatentado camino? Dios lo sabe, y de Él, más que de los hombres, hemos de esperar el remedio.

\* \* \*

La agitación antisemita promovida en París por Eduardo Drumont y por el periódico *La libre parole*, de que es director, ha tenido en los últimos días un episodio de sangre. Un duelo entre el marqués de Morés, amigo de Drumont, y el capitán Mayer, judío, terminó con la muerte del último. A esto se halla ocasionado la bárbara costumbre del desafío, condenada severamente por la Iglesia y que tan extendida, por desgracia, se encuentra en la nación vecina. A un acto de venganza se reduce en último término el duelo, sean cuales fueren las ceremonias de que se le revista. Y con frecuencia el escarnecido, el vilipendiado, muere en el mal llamado campo del honor, matando su alma para lavar la afrenta que pudo haber recibido en su honra. Una parte del público ha clamado en París contra el marqués de Morés, mientras otra le defiende, y á ambas podría preguntárseles: ¿qué hubieran hecho si se hubiesen trocado los papeles, si Morés hubiere muerto por consecuencia del desafío, y si Mayer hubiese sido el matador? Probablemente entonces se hubieran trocado también los papeles en el público y en la prensa que se han ocupado en aquel trágico suceso, triste síntoma del estado de las pasiones y de las costumbres en la nación francesa.—B.



## LOS FANTASMAS DEL SEÑOR REDOUX



UNA noche de Abril de uno de estos últimos años, el señor Redoux, apreciableísimo ciudadano de París y ex-alcalde de una población del centro de Francia, se encontraba en el Baker-street de Londres.

Este respetable padre de familia, quincuagenario, razonablemente grueso, alegre, expansivo y al mismo tiempo hombre de negocios sumamente práctico, no podía, con todo, al hallarse solo y concentrado en sí mismo, escapar á la persecución de ciertos fantasmas que á veces surgen del cerebro de los más importantes industriales. Dicen los alienistas que el cerebro de un industrial retirado de los negocios es un mundo de misterios, cuando no de horrores. Así, pues, cuando el señor Redoux, retirado en su gabinete, se abandonaba á turbias imaginaciones de las que nunca habló palabra á persona alguna, sucedía á menudo que la quimera descuidadamente acariciada iba volviéndose despótica y avasalladora hasta el punto de imponer su *realización*. Pero apenas el más ligero incidente de la vida real venía á despertar sus sentidos, el señor Redoux, perfectamente dueño de sí mismo, sabía disipar la quimera con un profundo suspiro. De manera que aquella propensión morbosa no le traía grandes consecuencias. Pero hacía ya tiempo que, como hombre circunspecto y ordenado que era, y desconfiando de este punto flaco de su temperamento, se había impuesto un régimen de sobriedad, y procuraba evitar toda emoción que pudiera suscitar en su cerebro cualquiera aparición importuna. Se abstenía principalmente de beber, por temor de que la embriaguez le llevara *entonces á realizar* uno de aquellos pruritos insensatos de que se avergonzaba al día siguiente.

Aquella noche, pues, el señor Redoux se había distraído de sus propósitos, y, sin pensarlo, se había permitido comer muy bien en casa del comerciante con quien, á los postres, había cerrado el pingüe negocio objeto de su viaje á Inglaterra, sin advertir que los insidiosos vapores del Oporto, del Jerez, de la cerveza y del *Champagne* iban empañando poco á poco la lucidez de su espíritu. De pronto, una instintiva prudencia le hizo retirarse á su casa, siendo todavía temprano, y cuando estaba en camino de ella le sorprendió un repentino chubasco. Fué á refugiarse bajo un portal, que por casualidad fué el del famoso Museo Tussaud, y una vez allí, ¡bah! para matar el tiempo y estar en sitio abrigado, hasta un poco por curiosidad, el bueno del ex-alcalde tiró el cigarro y subió á ver las figuras de cera.

Al momento de entrar en la larga sala, sitio de extraña reunión de todos aquellos personajes ficticios, de inmovilidad dudosa, con vestidos heterogéneos y llamativos, coronados la mayor parte de ellos, especie de macizos figurines de la historia, Redoux se estremeció. Allí, en el fondo, sobre el estrado del cuarto de los horrores, y dominando toda la sala, había visto un objeto: era el aparato que, según atestiguaban auténticos documentos, sirvió un día en Francia para ajusticiar al rey Luis XVI. Precisamente aquella noche los directores del Museo habían sacado dicho aparato del reservado en que lo tenían para mandar hacer en él algunas reparaciones necesarias: parece que la base se carcomía.

Al aspecto de la máquina, cuya procedencia sabía por el prospecto, el oportunista-liberal (gracias tal vez á lo bien que le había ido todo aquel día) se sintió inclinado á cierta genero-

sidad moral hacia el rey mártir. Sí; prescindiendo de todas las opiniones y dispuesto á condenar cualquier exceso, su corazón se conmovía en favor de la augusta víctima evocada por aquel aparato histórico. Y como en su naturaleza inteligente, bien definida, pero demasiado impresionable, las emociones se hacían en seguida profundas, el señor Redoux apenas alargó una vaga mirada á la abigarrada multitud de personajes de cera cubiertos de oro, de seda, de perlas y de púrpura. Dominado por la impresión de *aquella* guillotina, meditando sobre el gran drama del pasado, vió allí cerca un zócalo sobre el cual se alzaba un Shakespeare de cera de parecido más ó menos aproximado, y se sentó en un banco junto á él, como buenos compañeros.

Á los temperamentos exuberantes cualquiera emoción les hace expansivos; así es que el ex-alcalde, al advertir en el mismo banco un vecino (francés, según todas las apariencias) que parecía reflexionar como él, dirigióse á aquel compatriota probable y, en tono de lamento, pronunció, como para tantear el terreno, algunas palabras vagas sobre «la impresión casi triste que causaba *aquella* siniestra máquina, *respetando la opinión de cada cual*.»

Pero, mirando con atención á su interlocutor, el buen señor calló de repente un poco mortificado, pues comprendió que se había dirigido á una de esas engañosas figuras que los directores de tales museos sientan maliciosamente en los bancos destinados á las personas de verdad.

En seguida oyó avisar en voz alta que era hora de cerrar el Museo. Las luces fueron apagándose, y los últimos curiosos, al retirarse, como á pesar suyo, echaban una última mirada en derredor, esforzándose en resumir sus impresiones.

\* \* \*

Aquella impresión malsana del señor Redoux, mezclada con cierta excitación mórbida, le había penetrado hasta lo más íntimo, transformándose en una obsesión de intensidad inusitada, en una especie de cascabeleo que sentía dentro de su cráneo. Ni siquiera intentó resistir á la invasión.

—¡Oh! pensó, ¡quién pudiera darse á sí mismo (sin peligro, por supuesto) las terribles sensaciones... ¡porque debieron ser terribles!... que experimentó el buen rey Luis XVI sobre la tabla fatal!... Figurarse ser él mismo... Oír otra vez, con la imaginación, el redoble de los tambores, la frase del cura Endeworth de Firmont... Después, desahogar la generosidad moral dándose el lujo de compadecer... pero allí mismo, con la sinceridad de la impresión, y prescindiendo de las opiniones políticas... á aquel digno padre de familia, á aquel hombre demasiado bueno, demasiado generoso, con el cual él, Redoux, se encontraba ciertas semejanzas... ¡Qué bellas lágrimas podrían derramarse! ¡qué sublimes instantes aquellos! Pero para darse este placer era menester, ante todo, poder estar solo delante de aquella guillotina. Entonces, en secreto, sin ser visto de nadie, se entregaría con toda libertad al deleite de la emoción solitaria...

—¿Cómo lo haré? pensaba el dignísimo señor Redoux.

Tal era el estrambótico fantasma que cabalgaba en su espíritu, ya propenso á esas fiebres, y desvanecido ahora por los vapores de los vinos franceses y españoles.

Contemplaba la parte inferior de los montantes, cubierta aquella noche con una funda que ocultaba la cuchilla, sin duda, pensaba el señor Redoux, para evitar la vista de ella á las personas muy impresionables, que ciertamente no tienen empeño alguno en ver cosas como estas. Esta vez, no había remedio, la manía *quería* ser realizada y, venciendo las sombras de toda dificultad, sugirió al señor Redoux una astucia luminosa.

—¡Bravo!... ¡esto es!... murmuró. Después llamaré á la puerta hasta que me abran... Tengo fósforos, me bastará un mechero encendido... media luz trágica. Luego diré que me he dormido, daré media guinea al mozo... la cosa lo vale.

La luz del crepúsculo se iba apagando en la sala: en un extremo se veía moverse el farol del guardián: las sedas, los oropeles de las figuras lanzaban destellos: el guardián se fué acercando al señor Redoux: éste, de pronto, se puso inmóvil mirando al vecino de cera: su



sombrero de anchas alas, sus manos sanguíneas, su faz rubicunda, sus ojos medio entornados, fijos, los pliegues de su larga levita, toda su persona envarada, sin respiración, hubieran engañado á cualquiera. Así es que en aquella casi oscuridad el guardián del Museo, al pasar junto al señor Redoux, sea que no se fijara en él, sea que lo tomara por una nueva adquisición del Museo, le pasó ligeramente el plumero por encima como á las demás figuras y se alejó. Un momento después cerráronse las puertas, y el señor Redoux, triunfante, pudiendo al fin realizar una de sus fantasmagorías, quedó completamente solo en las azuladas tinieblas de la sala, sembradas de puntos brillantes.

Caminando de puntillas por entre aquellos misteriosos personajes, llegó hasta el estrado y subió lentamente los escalones hacia la lúgubre máquina que dominaba toda la sala. Redoux cerró los ojos para *recordar mejor la escena*, y no tardaron en rodar por sus mejillas gruesas lágrimas. Al derramarlas pensaba en aquellas que fueron la única defensa que del rey hizo el viejo Malesherbes, cuando al ir á pronunciar su discurso rompió en llanto ante la Convención Nacional sin poder articular ni una sola palabra.

— ¡Desventurado monarca! exclamó Redoux sollozando; ¡cuánto debiste sufrir y qué bien comprendo tus sufrimientos!... Pero desde niño te habían inclinado mal... Fuiste una víctima de la necesidad de los tiempos... ¡Cuánto te compadezco desde el fondo de mi corazón! Un padre de familia puede comprender á otro... *tu único delito fué el ser rey...* pero ¿por ventura no he sido *yo alcalde*?...

Y el compasivo burgués añadía con voz de sollozo, y con ademán de sostener á alguien:

— ¡Vamos, ánimo, señor!... Todos somos mortales... Dígnese V. M...

Después, mirando la tabla y moviéndola, murmuraba:

— ¡Y pensar que él se estiró aquí mismo!... Parece que nuestra estatura era casi igual... y que era también grueso como yo... Y la tabla está todavía firme... Ya sobre ella el rey ¿qué pensaría en aquellos supremos momentos? ¡En tres segundos su mente habrá recorrido... siglos enteros!... ¡Ea! yo no tengo que temer aquí á Sansón; me tiendo un poquito... sólo para saber... para sentir... moralmente, es claro...

Diciendo esto el dignísimo señor Redoux tomó una expresión resignada, casi sublime; se inclinó poco á poco... y se echó sobre la báscula tentadora, de manera que pudo contemplar la curva cóncava de las dos medias lunas, la superior y la inferior, separadas como una boca abierta.

— Meditemos... meditemos aquí, decía Redoux, ¡qué angustias debió pasar!

Y llevaba el pañuelo á los ojos.

La tabla se prolongaba en plano inclinado hacia los montantes. Redoux, para ponerse mejor, hizo un pequeño movimiento hacia arriba, y se encontró justamente con el cuello apoyado en la media luna inferior.

— Sí, rey desgraciado, te comprendo... y me consuela pensar que una vez aquí ya te queda poco que sufrir...

Dicho esto, al querer levantarse, hizo un movimiento, y oyó á la derecha de su cabeza un ligero ruido seco: *errrik*. Era la media luna superior que, tocada sin duda en su resorte por el movimiento del ex-alcalde, se deslizaba y bajaba á aprisionar su cabeza.

A tal sensación, el dignísimo señor Redoux forcejó á derecha é izquierda: era tarde: había caído en la ratonera. Por más que sus manos tentaban los montantes, el resorte libertador no parecía.

¡Cosa singular! este incidente le volvió al instante á la realidad. Después, sin transición, se puso blanco como el yeso, y sintió que la sangre corría por sus arterias con horrible velocidad; sus ojos turbios y extraviados rodaban vertiginosamente con loco terror: rechinaba de dientes y su cuerpo frío y tembloroso se envaraba. Porque si bien en su fantasmomanía se había dicho á sí mismo que el *verdugo Sansón no estaba allí* y que nada tenía que temer,

el caso era que á siete pies de altura sobre su cuello estaba suspendida la cuchilla con un peso de cien libras encima; que toda la montura estaba carcomida y los resortes enmohecidos, y que palpando los montantes á la ventura como estaba haciendo, se exponía á tocar el botón que hace caer la cosa.

Entonces... entonces su cabeza iría á rodar á los pies de cera de aquellos fantasmas que ahora le hacían el efecto de una especie de público que aplaudía la ejecución, pues los reflejos del farol vacilando sobre aquellas fisonomías animaba su impasibilidad. Todos aquellos ojos le observaban y parecían aguardar...—¡Socorro!—gritó ya con estertor; pero no se atrevió á gritar de nuevo temiendo que la sola vibración de su voz bastara á...!! Y esta idea fija ponía su frente lívida, estiraba sus mofletes bonachones: sentía hormigueos en el cráneo, y era que en medio de aquel silencio sepulcral y ante el horroroso absurdo de una muerte como aquella, sus cabellos y su barba iban poniéndose blancos, blancos... Los minutos le envejecían como si fueran años. De repente sintió un crujido... y quedó desmayado. Al volver en sí, al cabo de dos horas, el frío sentimiento de su situación le hizo saborear una nueva especie de tortura íntima, hasta que súbitamente oyó el roer de un ratón en los montantes, y entonces le dió un síncope de verdad.

Al abrir los ojos se encontró medio desnudo en un sillón del Museo, rodeado de mozos y de obreros que le friccionaban con paños calientes, le hacían aspirar álcali y vinagre y le daban golpes en las palmas de las manos.

—¡Oh!... balbuceó con horror al mirar con aire extraviado la guillotina en el estrado. Luego, más repuesto, murmuró:—¡Qué sueño!... ¡qué noche... bajo la espantosa cuchilla!

Después, en pocas palabras, quiso explicarse: «Movido por la curiosidad... había querido ver... había resbalado en la tabla... las medias lunas le habían cogido la cabeza... le habían hecho perder el conocimiento.»

—Se ha alarmado usted sin motivo, caballero, le dijo el mismo empleado que le había pasado el plumero la noche anterior.

—¿Sin motivo?... logró decir penosamente el señor Redoux con un nudo en la garganta.

—Sí: porque las medias lunas no tienen resorte, y, con un poco de maña, usted mismo podía separarlas sin gran esfuerzo. En cuanto á la cuchilla... dijo el mozo sonriendo y quitando la funda vacía, hace dos días que está á componer.

À estas palabras el señor Redoux se puso en pie, miró y quedó con la boca abierta.

Después, al verse casualmente en un espejo envejecido de diez años, dió silenciosamente y con lágrimas (esta vez sinceras) en los ojos, tres guineas á sus libertadores, tomó el sombrero y salió del Museo dirigiéndose al hôtel á hacer su maleta.

Al llegar á París por la noche fué á que le tiñeran el pelo antes de entrar en su casa, y no dijo ni una palabra de la aventura.

Hoy ocupa alta posición en una de las Cámaras y se sujeta rigurosamente al régimen adoptado contra los fantasmas. El respetable *leader* jamás ha olvidado aquella lamentable noche.

\*  
\*  
\*

Hace pocos años, encontrándose el señor Redoux en un salón, en medio de un grupo en que se comentaban los lamentos de ciertos periódicos sobre la muerte de un desterrado de estirpe real, uno de los miembros de la extrema derecha pronunció de repente las siguientes comprometedoras palabras (¡todo se sabe!) mirando al ex-alcalde en el blanco de los ojos:—Créanme ustedes, señores, los reyes, difuntos y todo, tienen á veces una manera... desdeñosa de castigar á los farsantes que se atreven á procurarse el hipócrita deleite de compadecerlos.

À estas palabras el dignísimo señor Redoux, como buen entendedor, sonrió... y mudó de conversación.

VILLIERS DE L'ISLE ADAM.

# LAS GOLONDRINAS

(CONCLUSIÓN)



Cuando llega el momento de la emigración al África, golondrinas jóvenes y viejas se juntan en grandes bandadas, en los cañaverales de los estanques y lagunas, hasta que toman el vuelo por la tarde, después de la puesta del sol, obedientes á una señal que dan las más viejas. Algunas, por causas desconocidas, ó por accidentes que les sobrevienen, se quedan entre nosotros durante el invierno, como sucede también á las codornices y á algunas otras aves de paso. Spallanzani, en su viaje por las Dos Sicilias, cita varios ejemplos. Los principales enemigos de las golondrinas son algunos halcones, especialmente los jerifaltes, y en nuestras habitaciones las ratas, los ratones, las comadreas y demás alimañas de esta especie. El hombre suele respetarlas, sobre todo los habitantes de las aldeas y de las casas de campo, no así los de las grandes ciudades. En Madrid, por ejemplo, casi no se ven golondrinas más que en el estanque del Retiro ó en los despoblados, al revés que en Sevilla, en cuyas casas abundan, á pesar de los toldos de los patios y de la costumbre de vivir el verano en los pisos bajos. La moda de los sombreros, que tan poco favorece á las mujeres cuando se compara con la mantilla española, ha sido fatal á las inocentes golondrinas en los últimos años, porque la costumbre de adornarlos con aves, ha hecho perecer millares de ellas, unas veces en su estado y con sus colores naturales y otras transformadas por el arte en aves desconocidas y completamente inverosímiles. Pero hay que bajar la cabeza, porque la moda lo manda y sobre todo la moda de Francia. Brehm, en su obra sobre las aves, afirma, citando pruebas, que algunas golondrinas han vivido cautivas años enteros, alimentándolas como á los ruiñesores. No es esto, sin embargo, lo ordinario, porque necesitan muchos cuidados, y por regla general mueren á los pocos días de cautiverio.

El vencejo habita en los mismos países que la golondrina, aunque no sube tanto hacia el Norte. En la Siberia, si hemos de atenernos al testimonio de algunos viajeros dignos de crédito, á pesar de su grande extensión, abunda sobremanera, emigrando al centro del África y al mediodía del Asia, en cuyos parajes vive durante el invierno. Nos visita algunos días después que la golondrina, dejándonos también mucho más tarde, puesto que en Andalucía se ven en Octubre y hasta en los primeros días de Noviembre. Viven aisladamente, no en bandadas más ó menos numerosas, como sucede en la época de su emigración, en los países cálidos en la estación del otoño. Es menos sociable y menos familiar que la golondrina, habitando casi siempre en los grandes edificios, sobre todo en los que se hallan aislados, y de aquí que en Madrid se observen principalmente en el Palacio Real, en el Ministerio de la Gobernación, en la Puerta de Alcalá y en otras construcciones análogas. Su vuelo es algo más lento que el de la golondrina y el avión, y no tan irregular como el de ambos, viéndosele muchas veces con las alas extendidas, sin agitarlas con la precipitación y la violencia que las otras dos especies, con las cuales no se confunde casi nunca, ni para viajar ni para la construcción de sus nidos. Generalmente vuela más alto que la golondrina ordinaria. Se supone que su alimento es igual





OLIVAR EN OLESA DE MONTSERRAT  
CUADRO DE JOSÉ MASRIERA



al de las demás golondrinas, ignorándose también si, como ellas, caza á grande altura insectos desconocidos. Abstiénese asimismo de los que están armados de aguijón venenoso; demostrándolo así el testimonio de Nauman, que cita el hecho de haber dado una abeja á un vencejo, que murió á los pocos instantes. Aunque por lo común anida en los edificios, como antes hemos dicho, utiliza también las montañas, en cuyas anfractuosidades y peñascos se establecen en ocasiones numerosas colonias. Tardan unos quince días en construir sus nidos, semiesféricos y de abertura muy pequeña, acumulándose muchos en los mismos parajes, y regresando á ellos cada año las parejas que los hicieron. Su entrada es muy pequeña y de forma circular, no excediendo nunca en su tamaño del volumen de su cuerpo. La hembra hace dos ó tres puestas, de cuatro á seis huevos cada una, muy blancos y de cáscara muy delgada. Los padres crían á sus hijuelos como las demás especies, favoreciéndoles el tiempo seco y perjudicándoles las lluvias, aconteciendo á veces que, si se adelantan los fríos, abandonan los padres los pequeñuelos, que se encuentran en los nidos muertos de hambre. A pesar de esto, el cariño á su progenitura es aún más acendrado que el de las demás especies, citándose casos de arrojarlos los padres en las llamas por cumplir con la obligación de dar de comer á sus hijos. Los polluelos vuelan ya á los diez y seis días de nacer, regresando por la noche á su nido, donde se recoge toda la familia, á veces en número de cuatro ó seis, y siendo difícil de comprender las trazas de que se valen para no ahogarse en un espacio tan reducido. Los vencejos nuevos suelen equivocarse de nido, en cuyo caso reciben amonestaciones tan contundentes que no vuelven á incurrir en su yerro.

Spallanzani refiere un suceso curioso ocurrido con los vencejos en el convento de capuchinos de Vignolo, situado á 15 millas de Módena. Estos religiosos tenían la costumbre de regalar cada año á un vecino de la ciudad citada dos ó tres docenas, que cogían en los nidos del convento, aprovechando la noche para cazarlos. Una vez el encargado de llevarlos á Módena se puso en marcha inmediatamente después de su captura, y, por su torpeza ó por un accidente cualquiera, los dejó escapar antes de llegar á su destino. El primer uso que hicieron de su libertad fué volver á Vignolo, adonde llegaron antes de romper el día, y en el momento en que los capuchinos estaban congregados en el coro. Los gritos y la algazara de estas aves alrededor del convento y á una hora en que no acostumbraban hacerlo, excitaron la curiosidad de los religiosos que, habiendo visitado los nidos que despoblaron la víspera, se admiraron de verlos ocupados como antes. Es de suponer, por tanto, que entre los vencejos nuevos, cogidos por los capuchinos, había algunos adultos, padres ó madres, que guiaron á los demás, orientándose en el país á pesar de la oscuridad de la noche.

El jerifalte y el esmerejón, los buhos y lechuzas, las comadrejas, las ratas y los ratones les hacen una guerra á muerte, aunque ningún enemigo es para ellos tan molesto como el gorrión. Su única defensa es, como indicamos antes, hacer al nido una abertura tan estrecha, que no pueda penetrar el usurpador, porque si no tropieza con este obstáculo, sin hacer caso alguno del terror y de los aspavientos de las miserables despojadas, se introduce dentro del hogar conyugal, recibe á picotazos á sus desolados dueños, apropiándose el nido ajeno sin miedo y sin vergüenza, y en ocasiones comiéndose los huevos y matando á picotazos á los pequeñuelos.

De propósito hemos omitido los distintos métodos empleados para cazar á estos inocentes animales, que tantos servicios nos prestan y que tan acreedores son á nuestro amor y protección. Sin embargo, no nos parece inoportuno decir algo de los nidos de golondrinas salanganas, que, como es sabido, son uno de los manjares más apetitosos para los chinos.

Por largo espacio de tiempo se ha ignorado por completo la naturaleza y composición química de estos nidos, que se pagan á precios fabulosos por los gastrónomos del Celeste Imperio, y que son uno de los platos obligados en los banquetes ostentosos. No sólo se desconocía particularmente la causa de la afición que los chinos les manifiestan, sino hasta el lugar



ó los lugares en donde se cosechaban las aves que los construían y los parajes determinados en donde sólo podían encontrarse, explicándose ahora esto porque las autoridades consultadas sobre la materia eran viajeros poco escrupulosos y veraces, ó gentes desprovistas de instrucción y llenas de preocupaciones. No es de extrañar, por tanto, que se hayan emitido diversas opiniones sobre este asunto, más ó menos destituidas de fundamento, ya que unos suponían que los materiales de su construcción eran unas algas ó fucos empleados por las golondrinas, otros que la carne de ciertos

pulpos preparada convenientemente por ellas, y hubo algunos, por último, que atribuían las propiedades succulentas de esos nidos á sustancias gelatinosas diseminadas en la superficie del mar, semejantes al *spermaceti* ó á la freza de algunos peces. Las investigaciones de Bernstein, basadas en el examen químico de esos nidos, y en observaciones recientes hechas por navegantes modernos más ilustres y concienzudos, han rasgado ya el velo que cubría este problema, resolviéndolo en lo más sustancial, aunque no en todos sus detalles.

La golondrina que lo construye es muy parecida á la nuestra, aunque habita de preferencia en las islas asiáticas de la Sonda. Los materiales de que se vale para construirlos, no son otros que su propia saliva, secreción que se desarrolla extraordinariamente en estas aves en la época del celo, muy parecida á goma arábiga disuelta y espesa, y que, como ésta, posee propiedades en sumo grado aglutinantes. La anatomía de muchas de estas aves en el tiempo de sus amores, lo ha demostrado así sin dejar lugar á dudas.

El sitio elegido para la construcción de sus nidos es ordinariamente la pared interior de ciertas cavernas peñascosas, casi inaccesibles, que se hallan en las costas de estos mares. Las bocas de muchas de estas cavernas desaparecen en la pleamar, y las golondrinas, durante el flujo, aprovechan la retirada instantánea de las olas para penetrar en ellas. Una vez en lo interior de las mismas, y señalado el paraje en donde han de fabricarlos, comienzan trazando con la lengua una figura de herradura, base de su obra. Como la sustancia que segrega su boca se solidifica en seguida, les sirve de punto de apoyo y de cimiento para proseguir su trabajo, hasta formar una cavidad suficiente para albergar la nueva progenie.

Los holandeses, en la isla de Java, explotan estos nidos de una manera algo parecida á la que se usa en Islandia para la cosecha de las plumas de los patos llamados *eider*. Suspéndese una cuerda de un árbol ó de otro apoyo sólido, y por ella bajan los naturales que se dedican á esta faena, no exenta, como es fácil de comprender, de gravísimos peligros. La cosecha se remite luego á la China, en cuyo imperio, según afirman los viajeros, entran anualmente muchos millones de nidos, representando un valor de unas trescientas mil libras esterlinas.

Los datos expuestos hasta ahora sobre estas interesantes avejillas, compendiados hasta el extremo, porque de otro modo ocuparían lugar desmesurado, serían incompletos, sin embargo, si no termináramos este artículo haciendo algunas ligeras reflexiones que constituyen su verdadero y esencial complemento. De la observación de la naturaleza, cuando se hace sin preocupaciones, se obtienen verdades y enseñanzas útiles, que fortalecen nuestras creencias, y que, bien aprovechadas, nos hacen mejores de lo que somos. El Creador de todos los seres, al sacarlos de la nada, hubo de proponerse, con su inteligencia infinita, fines que nosotros ignoramos, pero que, atendiendo á su divino Autor, han de llevar también su inmensa grandeza. Cada ser creado ha de llenar una misión en este mundo, y todo él, en su conjunto como en sus partes, ha de acomodarse á su objeto. El estudio de lo particular y de lo aislado, laberinto en que se pierden tantos sabios, no debe hacernos





olvidar nunca la totalidad del universo, el papel que cada cosa ha de representar en él, y las relaciones que los seres creados tienen entre sí, como instrumentos de otra causa más alta.

A la golondrina ha tocado, pues, la obligación de contener en sus límites debidos el número infinito de los insectos, que, sin ellas y otros causantes de su destrucción, en vez de elementos de orden, lo serían de desorden y de ruina en la naturaleza. Todos sus órganos, la disposición de ellos, su vida y costumbres están dirigidas á este objeto primordial. Su pico, de enorme abertura, su saliva aglutinosa, su vista extraordinaria, la agilidad y la constancia admirable de su vuelo y la voracidad de su apetito dan á entender con toda claridad el estrago formidable que hacen en el mundo de los insectos. Su cabeza aplastada, la suavidad de sus plumas y la escasisima superficie que ofrece su cuerpo volando, la acomodan con la mayor perfección al destino que se le ha señalado sobre la tierra.

El papel de insecticida, que ha tocado á la golondrina, explica también la veneración de que es objeto en todos los pueblos, sean cuales fueren sus creencias, y las tradiciones piadosas que corren sobre ellas, y que se fundan conocidamente en los beneficios que dispensan al género humano. La ciencia y la tradición se hallan, pues, de acuerdo para que protejamos á estas aves, en vez de ofenderlas ó destruirlas, ya que la misión que desempeñan nos toca tan de cerca y tanto nos interesa. Las poblaciones en donde abundan son más hospitalarias y de mejores costumbres que aquellas otras que las ahuyentan ó las persiguen. Es, pues, un deber nuestro dispensarles nuestro amor, no sólo porque nos conviene, sino también porque los alardes de crueldad con animales inocentes que nos favorecen, demuestran evidentemente maldad en nuestro corazón y perversidad vituperable en nuestros instintos. La confianza que nos muestran viviendo en nuestra compañía, frecuentando nuestras casas, haciéndonos testigos de sus juegos, de sus amores y de sus cuidados paternos, y depositando en nuestras viviendas las prendas más queridas de su cariño, nos imponen la obligación moral de corresponder digna y humanamente á su confianza. Así se comprende que sólo falten á ella la glotonería de los chinos, que destruye sus nidos por millones, ó la voracidad, aún mayor y más sin conciencia de la moda, que las ha sacrificado sin piedad á sus caprichos.

E. DE MIER.





# UN ERROR

POR

CARMEN SILVA

(LA REINA DE RUMANÍA)



(CONTINUACIÓN)

Con paso rápido se encaminó á la mesa, de donde trajo una taza que ofreció á Eduvigis. Ésta meneó la cabeza, y dijo:

—Pero ¿y tu novela?

—Luego, déjame que tome un bizcocho. El hablar vacía el estómago, sobre todo cuando no se tiene costumbre de hacerlo.

Eduvigis no contestó. En estos momentos, las convenciones mundanas no existían para ella, sólo pensaba en él, inmóvil, olvidada de sí misma en medio de su ensueño. Desocupó él lentamente la tacita, miró las pinturas exclamando: «¡Son lindas!» interrumpió un movimiento maquinal que había hecho para buscar la boquilla para el cigarrillo, y cogió de nuevo la silla.

—Hace treinta años, no soñaba ni por asomos que algún día hubiese de referirte mi novela. Dime primero qué ha sido en realidad tu infancia, punto sobre el cual nada había querido saber hasta hoy, por temor de que no pudiese enterarme de él con sangre fría. ¿Fuiste feliz ó desgraciada? ¿Preferías la casa de tu madre ó el colegio, puesto que estabas en el colegio hace treinta años si no me equivoco?

—Prefiero no hablar de esto... tú te me escaparías, de lo cual sientes deseos, porque te duele ya haberte levantado la visera. ¿Dices que es inútil hablar? Esto no daña á nadie. ¿Y no encuentras un verdadero bienestar hablando con entera confianza, una vez en la vida, á una criatura humana?

—Abrir el corazón á los demás es acaso para las mujeres una necesidad de vuestro natural. A los hombres no nos pasa lo mismo.

—Si fuera esto necesidad de la vida femenina, confieso que he permanecido toda mi vida fuera de la naturaleza. Nadie me ha preguntado nunca la menor cosa; nadie ha parecido interesarse poco ni mucho en lo que pensaba. Muchos se entusiasmaban con mi talento é imaginaban comprender lo que decían mis dedos en el teclado, cuando sólo oían un eco de ellos mismos. ¡Los hombres son tan cándidamente egoístas!

—No todos.

—Mira, Joaquín, nosotras, las mujeres, no vemos el mundo tal cual es, sino tal como nos lo muestran. Vivimos casi encerradas en la ciudadela de nuestro interior: el hogar es nuestro universo, y cuando este hogar permanece frío y vacío...

—A vosotras toca encender el fuego.

—Joaquín, nunca la chispa ha brotado por ella sola. Han de ser dos para sacarla.

—No me sostendrás,—dijo él con amarga risita,—que Wolff fuese frío, puesto que yo fui testigo de su pasión ardorosa hacia tí. Era un loco, un aturdido y déspota, pero frío... ¡eso nunca!

—Le conociste cuando era todavía casi niño. A mí no me has conocido nunca, porque de lo contrario no se te hubiera podido ocurrir la infeliz idea de que entre nosotros pudiese brotar la chispa de un amor verdadero y duradero.

—Entonces, en efecto, eras ni más ni menos que una fría coqueta, puesto que aceptabas sus obsequios, te mostrabas buena con él, le escuchabas de buen grado y te complacías en admirarle á caballo. ¡Era tan buen jinete!

—Es cierto, ni más ni menos de como hubiera admirado á mi hermano. Háblale mirado siempre con ojos de hermana.

—Vosotras, las mujeres, llamáis á esto «ojos de hermana!» ¡Sois incomprensibles!

—Peor para nosotras. Sólo á nosotras nos toca sufrir cuando no se nos comprende.

—El egoísmo probablemente ciega á las mujeres para que no vean los sufrimientos de que son causa.

Los labios de la condesa temblaron ligeramente.

—Entiendo yo que si la felicidad nos hace mejores, la desgracia nos vuelve malos. Cuando se siente el peso de grandes sufrimientos, todo el mundo se convierte en más egoísta y más frío para con aquellos que, por ventura, esperan apoyo y consuelo.

—Pero ¿qué sufrimientos debía soportar la mujer de Wolff? No era él por cierto brutal. ¡Dios mío! acaso tú fuiste educada demasiado brillantemente para aquel carácter tan sencillo; ¡pero te amaba y era bueno, leal y recto!

Lágrimas humedecieron los ojos de Asmar.

Eduvigis respondió con calma glacial:

—Tú no tienes en cuenta para nada las circunstancias que precedieron á nuestro matrimonio.

—Ni las sé ni quiero saberlas.

Levantóse y se dirigió al extremo de la estancia junto á la palmera.

—Yo soy más valerosa que tú,—repuso ella tras de un breve silencio,—podría mirarte frente á frente la novela de tu juventud sin quedar transformada en piedra ni caer muerta.

—He ahí lo que son las mujeres,—exclamó él, volviendo á su sitio con una sonrisa nerviosa, mientras su cara se mantenía de un color gris pálido como si acabase de escapar de un peligro mortal.—Su mano primero juega con un estilete y amenaza arrancarnos los ojos, y después dicen con cariñosa voz infantil: «Cuéntame tu historia.» Ante todo importa que la historia lo sea de dolores, para que estos corazoncitos duros sientan un agradable cosquilleo que les haga saltar lágrimas. Recuerda, Eduvigis, que en tu infancia te regañé una vez: lloraste, cogiste mi mano, y antes que pudiese adivinar qué ibas á hacer, ¡la besaste. Al día siguiente encontré en mi cuarto un ramo de flores que tú sola eras capaz de arreglar. Así son las mujeres, y nosotros, pobres locos, nos dejamos hechizar con las flores que nos dan, y nos juzgamos muy fuertes, sin advertir que se nos guía con un hilillo de seda.

—¿Desde aquella fecha, opinas tú que era una fría coqueta?

—No entonces precisamente; después lo noté.

—¿Allá, entre los malayos? ¿Sabes, Joaquín, que te pareces á un joven pintor, conocido mío, á quien le dijo su maestro que le faltaba el sentido del color, y que se pasaba las noches de claro en claro pensando en qué podía consistir el color? Le aconsejé que no pensase en ello por la noche, sino que pasease de día y que mirase los campos y las flores. Tú has descubierto mi defecto más feo, cuando estuviste bien lejos de mí y después de haberme olvidado.

—Me acordé de tu madre, y bien se puede juzgar de una hija por su madre.



—¡Pero si yo me parezco á mi padre, rasgo por rasgo! Además, tú nada sabías de mi situación respecto de mi madre. Era yo sobrado orgullosa para no decir de esto ni una palabra á nadie. Y después de todo, era mi madre.

—¿Habías, pues, adivinado sus planes?

—¿Qué planes?

—Me he expresado mal. Al darte la educación brillante que tienes, llevaba sobre todo móviles egoístas é interesados. Tú hubieras podido advertirlo.

—Quería ella que brillase á toda costa. Si no hubiese tenido disposición para la música, me hubiera, sin embargo, clavado en el piano para que aprendiese á tocar, costase lo que costase. Me crió, mas no me educó. Nunca se comunicaron nuestras almas, jamás cambiamos nuestros pensamientos. Reducíanse sus consejos á lo referente al mundo, á los medios de brillar y de triunfar en él. El día precisamente en que me regañaste, me dijiste todo lo contrario de lo que me decía mi madre. Comprendí que tenías razón; recordáronme tus palabras á mi padre, siempre llorado; despertaste todo lo que se hallaba encerrado y dormitando en mi alma. Por esto te besé la mano sin hablar. Deseaba que hablastes más y me hubiera tenido por afortunada siendo tu discípula.

Una fuerte ráfaga de viento sacudió la doble ventana y, penetrando por la chimenea, lanzó á la alfombra algunas ascuas. M. de Asmar se inclinó para quitarlas.

—Son peligrosas estas chimeneas que no están apropiadas á nuestros climas, pero el hombre lo quiere imitar todo, pueda ó no pueda.

La condesa sonrió.

—Si no imitásemos nada, pasaría aún con nosotros lo que pasa con los chinos.

—¡Aun!... Es gracioso esto refiriéndose á los chinos y á su alta civilización.

—Los europeos no tienen la fortuna de encontrar gracia á tus ojos. Empiezo á creer que tu novela, la mujer misteriosa que ha llenado tu existencia, ha proyectado su sombra sobre todas nosotras y te ha hecho formar la espantable opinión que tienes sobre las mujeres en general y las europeas en particular.

—Las mujeres de allá reúnen poderoso atractivo para un hombre aficionado á la naturaleza y á la verdad.

—Las chinas en particular, con sus pies deformados, me parecen tipos de fidelidad á la naturaleza.

—Admitido, Eduvigis,—dijo él sonriendo,—en los países en donde he estado de cónsul he conocido á los indígenas como tú puedes haberles conocido. Sidney, por ejemplo, es ciudad casi europea; Singapore... Mas he notado el escaso interés que te tomas por los pormenores geográficos y etnográficos, sin lo cual te hubiera ofrecido algunas de mis obras. El alma que habla por la música ó que brilla en los ojos es el único estudio que te interesa.

—No merezco estas burléas, si bien las acepto de tu parte, siquiera como señal de mejor humor.

—Este buen humor va á desaparecer si miro el reloj. Son más de las once y de veinticinco años acá me he acostado siempre á las once.

—Pero, Joaquín...—iba á protestar seriamente Eduvigis, cuando notó la expresión ligeramente burlona de sus ojos.—A las once, enhorabuena; pero el meridiano aquí es distinto. Cuando den las once allá abajo consentiré en que te retires.

—¿Crees que es muy difícil hacer este cálculo?

Sacó entonces del bolsillo un elegante libro de memorias. Todos los objetos de que se servía tenían una rara elegancia, nada vulgar. Cada uno mostraba un sello propio en el que se veía, por decirlo así, la marca del dueño.

Con una vivacidad que no le era habitual, Eduvigis se levantó y cogió el libro, antes que M. de Asmar hubiese podido sacar el lápiz.

—¡Confiscado!—dijo ella.

De repente se puso toda encendida. Un perfume familiar evocó en ella recuerdos que á poco más le producen un desvanecimiento. Aquel perfume especial, que él usaba en otro tiempo, ¿cómo hubiera podido ella olvidarlo? Bruscamente le pareció que se hallaba sentada en sus rodillas, en el parque de Ritholm, que él se burlaba de ella y le decía que pronto le crecería la barba porque le había besado. Tenía ella entonces cinco años. Cuarenta semejaban haberse borrado al influjo de aquel suave perfume. Mas no, no se habían borrado. Eduvigis se encontraba, á pesar del cúmulo de pensamientos que se agolpaban á su cabeza, tranquila, é impasible al parecer, en el sillón. Era ella de verdad, la gran señora amable y sonriente, cuyo vestido negro y mantilla recordaban todavía su luto de viuda. ¿Y él? Miróle ella: había caído en su sillón y semejaba que había envejecido en un instante.

—Verdaderamente esta semiclaridad acaba por ser enervadora,—dijo ella, queriendo verle á toda costa.—¿Quieres que llame ó prefieres tomarte tú mismo la pena de traer una de las lámparas del salón?

—Lo mejor sería que te dejase dormir y que yo fuese á hacer otro tanto, pero hágase tu voluntad.

Trajo una de las lámparas, que puso en la chimenea, frente al espejo. Eduvigis quitó de ella tan rápidamente la pantalla, que él la contempló estupefacto. Nada dijo de momento y se limitó á volver á su asiento.

—Sí, es mejor,—dijo él,—ver bien claro cuando se habla de nuestra juventud. Sin esto, uno podría imaginar que sigue siendo joven.

—¿Tú olvidas que me debes tu novela?

Sacó él su reloj.

—Concédeme una hora y tendrás la novela.

—Pues bien, ¿sean dos en todo?

—Eduvigis, he concedido siempre la mayor estimación á la mujer de Wolff. Confíesame, antes de darnos el adiós, si amaste al príncipe; tengo en tí sincera confianza, y sé que no mentirás. Después de esto, no te haré ninguna otra pregunta. Mira, no quiero morir llevando en el alma la fea sombra que has proyectado sobre la imagen de la mujer de Wolff. Sería demasiado amargo el haber uno vivido engañado durante toda su vida. Sobrado amargo es ya lo que me pasa. Quisiera no haber vuelto porque habría conservado la ilusión de que Wolff halló el paraíso en la tierra.

—¿No pones tú la verdad por encima de todo?

—Si hacemos juegos de palabras, mañana estaremos aún en el mismo punto. La verdad de hoy, es mentira mañana; pasado mañana, engaño; el cuarto día, traición, y el quinto, preocupación indiscutible.

—No hablo de una verdad general, sino de ésta en particular,—repuso ella con tristeza.

—Toda mi vida he puesto la verdad por sobre todo; esto parece tonto como todas las grandes frases, mas aplicado á la existencia cotidiana, no es cosa muy frecuente. Para mí no había más superior que la justicia, y por esto he caído en más errores que ningún otro.

Eduvigis seguía callada, y sin duda M. de Asmar no esperaba que le respondiese, puesto que su aire era más el del que hablaba consigo mismo que el de dirigirse á ella. Eduvigis deseaba apartarse, meterse en un rincón de la sala, para no perturbar sus meditaciones.

—La desdichada tendencia que nuestra raza tiene á analizar sin descanso los motivos de sus propias acciones se apoderó de mí en seguida. Tanto qué estudiar encontraba en mí ser que raras veces salía de mí mismo. Por esto, más tarde, un lugar extraño tuvo para mí tanto encanto; más tarde, digo, después del corto espacio de tiempo en que viví realmente, en que amé. ¿Tú quieres saber lo que *ella* era? Era un ser delicado, un alma genial, que se ignoraba á ella misma y que despreciaba cualidades divinas para subir más arriba en la escala de las

vanidades humanas. En vez de estudiar las obras de Dios, aprendía ella de memoria todas las formas que el hombre puede revestir, los mil matices de sus vicios. No, no estaba ella creada para mí, ni yo para ella. Mas tú querrás saber qué pasó, porque todo esto no es novela. Una novela que merezca este nombre ha de excitar la curiosidad. Pues bien: yo, el héroe, me iba una noche (la acción pasaba aquí, pues he vuelto al punto de partida) me iba al teatro. ¿Sabes lo que son las bañeras? Ignoro si aquí las hay, pero es lo cierto que era mi sitio predilecto, porque desde ellas se ve sin ser visto. Lo que ví era una flor recientemente abierta, cosa tal vez menos maravillosa de lo que me parecía. Cada día se abren flores soberbias que se han visto antes pimpollos, que uno, acaso, ha amparado contra manos brutales. A su vez, uno alarga la mano hacia ellas, quisiera poseerlas, y juzga que la vida no tiene valor alguno si no puede obtenerlas!

—¿Pero tú la conocías ya?—dijo la condesa haciendo un esfuerzo.

—Sí, la conocía; pero aquella noche sentí la ilusión de verla por vez primera. ¡Fué una revelación! Desde aquel momento, resolví alcanzar una posición que me permitiese casarme y ser el dueño de aquella perla incomparable.

—¿Por esto elegiste la carrera de cónsul? ¿Fué, pues, en aquella época?

La voz de Eduvigis ibase volviendo ronca.

—Su vista me embriagaba, me transportaba, como si estuviese envuelto sin cesar en una armonía celestial. Pero no necesito desplegar ante ti toda la gama de la pasión, puesto que has de saber lo que es.

—Sí, lo sé,—murmuró ella.

Miróla él largo rato como si quisiese arrancarle el enigma, leer en ella lo que temía saber.

—Así,—dijo él al fin,—¿es cierto que llevabas otra imagen en el fondo del corazón y que mi pobre hermano no logró desalojarla de él?

—Ni vivo, ni muerto, y ¡Dios me lo perdone!... Pero, Joaquín, tú también, ¿tú fuiste fiel á tu amor? ¿Qué me echas, pues, en cara?

—No, Eduvigis, no le fui fiel, porque la fidelidad hacia *ella* envolvía una infidelidad hacia otro. Ni una sola vez, en las largas y dolorosas noches de mi soledad, he consentido que mis pensamientos la envolvieran con sus ternuras, porque quería ser leal hasta el fondo del alma. No he amado á ninguna otra mujer, pero no la amé más. Hoy puedo ofrecerle una amistad tranquila; en otro tiempo hube de poner el mar entre ambos.

—¿Era ella tan indigna de ti que no pudieses hacerla tu esposa?

—La historia no es tan sencilla, repuso él con fugitiva sonrisa; te he pedido una hora de paciencia. Ella era artista, digámoslo claro, cantatriz, y había firmado una contrata, á pesar de haber empleado yo toda mi influencia para evitar que se encadenara por tal manera. Su negativa no entibió mi amor; acaso la empujaba á ella su familia. El primer adiós que hubo de darme pronto me llenó de dolorosos presentimientos. Sin embargo, la juventud es rica de esperanzas.

—¿Erais, pues, novios? ¡Novios, mientras que tú obrabas como si fueses libre, desperdiciando acaso en otras la convicción de que eran amadas por ti!

—¿Qué otras?

—¡Oh!—dijo ella de un modo evasivo,—he oído hablar de una mujer que durante muchos años creyó que te interesabas por ella.

—No, no éramos novios. Tuve escrúpulo de que se ligase la pubertad falta de experiencia. Más tarde, en mi forzado destierro—habiendo sido nombrado cónsul en Trieste después de haber abandonado la diplomacia—acabé por felicitarle de aquel compromiso que le puso en relación con hombres de mérito. Antes de mi marcha, creí haber leído una vez en sus ojos que me amaba. Nosotros, los hombres, somos tan orgullosos, nos forjamos tantas ilusiones, con frecuencia... mas su última mirada, en el instante en que en la escalera volvía la cabeza



para mirarla otra vez, me dejó tranquila el alma. Uno juzga á los demás por sí mismo, había imaginado que no podía ella tener aquellas miradas más que para un solo hombre, y en esta convicción viví seis meses allá abajo. Se me nombró cónsul, lo cual me permitía casarme con ella. Durante este tiempo había llegado ella á la edad núbil. El trayecto de Trieste á Berlin fué para mí un ensueño de alegría... ¿Te fastidio?

Eduvigis le escuchaba, ansiosa.

—Y cuando llegaste ¿había muerto? ¿te había sido infiel? ¿qué?... dí, ¿qué?

—¡Paciencia! Soy viejo hoy y acostumbrado á más largos viajes; á pesar de mi felicidad, éste me parece largo. Al llegar, encontré... á un amigo, que había ido á mi encuentro, en el camino de hierro, para revelarme... á propósito de ella.

Levantóse, dió una vuelta de arriba abajo y se paró frente á la ventana.

—¡Dios de mi alma, qué noche! Él había contraído deudas, se había ligado con malas compañías, amenazaba con matarse... todo porque amaba á la mujer á quien yo también amaba, mas no se atrevía á declarárselo; sabiendo mi pasión por ella, aun cuando ella correspondiese á mi amor. Entonces, yo fui á pedir su mano para él.

—Decididamente, naciste para negociar matrimonios,—dijo Eduvigis con tono agrio.—¿Lograste cerca de la mujer amada el mismo éxito que tuviste conmigo?

—Absolutamente,—respondió con melancolía.

—Ella, pues, no te amaba.

—En efecto, y esto era lo más triste. Mientras le hablaba, latía mi corazón ante la tímida esperanza de que iba á responder, no: el hombre, tú lo has dicho muy bien, es siempre egoísta. Deseaba ver otra vez aquella mirada, los rayos de sus ojos, ante los cuales me había extasiado meses enteros. Ella, empero, me examinó, fría, cruel, burlona. Cuando me hubo encargado que le llevase el *si* al otro, escapé por corredores y escaleras y al través de las calles. Llegué á mi cuarto y quedé desvanecido... Hablemos de cosas más agradables,—dijo él con voz apagada, pasándose la mano por la frente.—No podré referirte una verdadera novela, porque tengo poca imaginación, y las grandes desdichas son siempre la misma simplicidad.

Pareció como que la condesa no le entendiese; sumida en sus pensamientos murmuró:

—Mas tú acaso le has hecho una grande injusticia. Yo puedo ser juez en el asunto. ¿Quizás te amaba y juzgó que le eras traidor?

—No, Eduvigis, las mujeres tienen sobrada penetración. Conocía bien mis sentimientos hacia ella; pero ni me amaba á mí, ni á su marido, según parece, sino á un tercero. Entonces ni lo soñaba.

—¡Dios mío!—exclamó Eduvigis, y miró á su alrededor, como espantada.

(Concluirá).



## LIMPIOS Y AMARRADOS

(EN TOLEDO)



Los aspirantes á ingreso en la Academia General Militar, por su grado de suficiencia, se dividen á sí mismos en *limpios* y *amarrados*.

En el argot del cadete y del aspirante, *limpio* significa carencia de conocimientos; cerebro que, como en el papel blanco, nada se ha escrito todavía.

*Amarrado*, y también *apistonado*, significa todo lo contrario.

Entre el *amarrado* y el *limpio* hay una serie continua de gradaciones difíciles de caracterizar, pero los extremos de esa serie tienen señales tan típicas, tan precisas, que se les distingue á la simple vista y mucho antes de que abran la boca.

Véase como.

El *limpio* toma la papeleta que le cupo en suerte: marcha lentamente al encerado y allí la

lee y vuelve á leer repetidas veces, porque en ella encuentra algo que no le suena, que nunca oyó en clase ni vió en el índice del autor de texto.

Por su mente pasa la idea de la reclamación ante la autoridad competente, suponiendo que aquella teoría, para él nueva, no se pide. Pero no tiene seguridad y se aguanta.

Alza la cabeza, mira al encerado y no le parece que salió suficientemente limpio de manos del ordenanza. Toma la esponja ó bayeta y, frota que frotarás, lo deja bruñido.

Empieza á escribir, con muy buena letra, el cálculo á la altura de su nariz, todo lo más. Casi se tocan la punta de la nariz, la tiza y el encerado. Borra luego los dos rengloncitos escritos y los vuelve á escribir con mejor letra, si cabe; y cuidado que la anterior era buena.

El limpio es excesivamente pulcro en la construcción de figuras geométricas. Ninguna línea recta queda hecha de primera inten-



ción. La traza despacio y, aun cuando le salga perfecta, la borra y vuelve á trazar más larga, más corta, más ancha, más delgada ó con otra inclinación.

Pero llega un momento en que se le viene á las mientes el inevitable *batacazo*, el disgusto consiguiente de sus padres, la vergüenza (que la tiene aunque blasone de lo contrario) de presentarse sin el uniforme en el pueblo y tal vez ante su novia... Por muy terne que quiera ser, el *limpio* desmaya y entra en el período del sopor.



Apoyado sobre la pierna derecha; metida la mano izquierda en el bolsillo del pantalón; rascando con el índice el yeso que conserva entre los otros dedos de la derecha, mientras mira las partículas que desprende, hay un momento en que su imaginación se reconcentra en aquel trozo de tiza,

como si el universo entero estuviera reducido tan sólo á yeso para encerados.

¿Quién no conoce al *limpio* en esta posición?

Su silueta tiene algo así como de pájaro enfermo ó de sauce.

Es un joven en lá menor.

De su inmovilidad le saca la voz de un vocal que, conociendo la situación del aspirante, le dice con el tono más dulce y cariñoso posible:

— Señor de Polinomio... ¿Se siente usted indispuerto? ¿Quiere sentarse un rato y meditar mientras descansa?

— No... recuerdo, contesta el chico.

Deliberan en voz baja vocales y presidente y, como resultado, el examinando obtiene el permiso para retirarse del examen.

En la puerta le esperan dos ó tres amigos, tan *limpios* como él, que le acompañan en el sentimiento.

El duelo se despide en el Zocodover.

\* \* \*

El *amarrado* ya es otra cosa.

No es ningún grandullón sino un simpático niño de ojos grandes y separados de su naricita.

Se presenta decentito, pero no elegante.

Chaqueta gris, chaleco gris más oscuro y pantalón de un gris entre el de la chaqueta y el chaleco. Se comprende que pronto quiere dejar el terno que viste y por eso no se ha querido hacer otro.

En un periquete se entera del contenido de la papeleta.

Sin fijarse en las nebulosas de yeso del encerado empieza á escribir el cálculo arriba, muy arriba, para lo cual estira su cuerpecito cuanto puede dar de sí y hasta se pone de puntillas.

Ya le falta poco para llenar la pizarra.





Se arrodilla en el suelo, sin fijarse en que se ensucia el traje. Se levanta con yeso en los labios, rodillas, manos y cejas.



—Me falta encerado, dice al tribunal con aire de vencedor.

—Bien, puede usted ir explicando lo que tiene puesto.

El *amarrado* empieza á explicar y llama la atención de todos los vocales, que le escuchan casi sonrientes de simpatía por un chiquitín que desarrolla el binomio de Newton en una edad en que sólo se concibe el desarrollo del cordel para bailar la peonza.

La clase se ha llenado de espectadores.

El pequeño *traga-teoremas* es conocido como un *empollón* de porvenir entre sus colegas.

—Está muy bien, está muy bien, le van diciendo los examinadores.

El chico respira con toda la fuerza de sus pulmones; se engalla y acaba por

contestar con cierta familiaridad científica, como de igual á igual.

Entusiasmado, explicando las muchísimas aplicaciones de los polígonos estrellados, no oye, hasta la tercera vez, la voz del presidente que le dice:

—Puede usted retirarse.

Detrás salen catorce ó quince amigos y conocidos. Palmadas en la espalda, apretones de manos y enhorabuenas.

Contra su costumbre, el *empollón* pagará esta tarde la convidada á los amigos.

Un chico de horchata ó limón con barquillos. Que aproveche.



MELITÓN GONZÁLEZ



## La dicha de la muerte

¡Sarcasmo ruin de la suerte  
para el alma adolorida  
no ver hermosa la vida  
sino al dintel de la muerte!

E. FLORENTINO SANZ.

### I

— ¡Niño! á quien guarda el maternal cuidado,  
pues que mi pecho tras la dicha va,  
tal vez la dicha encontraré á tu lado.

LA MADRE

— « ¡Llorando el niño entre mi seno está:  
*id más allá!* »

### II

— ¡Hermosas! solo en extranjera tierra  
prestadle dicha á quien tras ella va,  
pues tantas dichas vuestro amor encierra.

LAS HERMOSAS

— « ¡Triste del ser que idolatrando está:  
*id más allá!* »

### III

— ¡Magnates! hoy vuestra piedad imploro,  
loco mi pecho tras la dicha va,  
si el oro da la dicha, prestadme oro.

LOS MAGNATES

— « Ved que amagándoos el puñal está:  
*id más allá!* »

### IV

¡Ancianos! presa de infernal batalla  
mi pecho en pos de la ventura va,  
¿ni al borde mismo de la tumba está?

LOS ANCIANOS

— « ¡Ni al borde mismo de la tumba está!  
*id más allá!* »

RAMÓN DE CAMPOAMOR.





# ¡SOLEDAD!

NOVELA ESPAÑOLA

POR

D. C. SUÁREZ BRAVO

## CAPITULO III

EXPLICACIONES

(CONTINUACIÓN)

El desconsuelo con que Eduardo pronunció estas palabras hubiera divertido á Santiago, si éste pudiera dejar de tomar en serio los sentimientos con tanto abandono expresados por su querido amo.

—No se apure usted, señor. Ya me habían pasado por la cabeza muchas de las cosas que usted acaba de decir; pero pienso también, que por algo ha hecho Dios que Luisa y usted se



tropezaran en el mundo de un modo tan... ¡vamos! yo no sé cómo decirlo; pero confieso que la cosa es para hacer mella en un guijarro. Dios me guarde de aconsejar á usted que vaya ni que no vaya... pero deje usted las cosas correr. ¡Quién sabe!

Interrumpió á Santiago una criada, que entró con una carta que acababan de traer para Eduardo.

El joven la abrió, pasó por ella los ojos, y una sombra de disgusto oscureció su rostro.

—¡Qué fastidio! murmuró echando el papel sobre la mesa.

—¿Le dan á usted alguna mala noticia?

—No, pero no tengo humor para fiestas. Mi tía, la duquesa de Montilla, me invita para el baile que da mañana.

—Si no tiene usted ganas, no vaya.

—No puedo dejar de asistir. El duque, su difunto marido, ha sido el único pariente que me tendió una mano en la desgracia. Él fué quien sufragó los gastos de mi carrera. Una descortesía á su viuda, tendría olor de ingratitud.

—¿Frecuenta usted la casa?

—No. Las visitas oficiales de aniversario y nada más. ¡La condesa tiene tantos amigos!

—¡Poco alboroto arma ese baile entre la gente de pro! También don Gabriel ha recibido invitación.

—¿Irá Luisa? exclamó gozoso Eduardo.

—Su padre, á quien halaga mucho lucir sus millones en las moradas aristocráticas, está empeñado en que vayan las señoras; pero éstas, como siempre, se resisten...

—¡Qué lástima! exclamó el joven con sentimiento.

—¡Quién sabe todavía, señor marqués! dijo el criado mirándole con intención. Pero ya es hora de dejar á usted. ¿Tiene usted algo que mandarme?

—Nada, Santiago. Yo también voy á mi oficina.

Eduardo y el anciano se separaron.

Cuando aquél pasaba por delante del pórtico del palacio de Montilla, una dama de porte distinguido salía de él para subir á un coche cuya portezuela abría un lacayo sombrero en mano.

Al ver á Eduardo, la dama se detuvo.

—¿No ha recibido usted mi invitación? dijo alargándole la mano.

—Ahora mismo, duquesa.

—¿Quiere usted que le lleve á alguna parte, marqués? No me importa dar un rodeo.

—Gracias, contestó Eduardo algo confuso. Voy aquí cerca, á...

Y el joven se detuvo.

—Está bien, articuló la dama sonriendo y entrando en el coche.

Desde él volvió á dar la mano á nuestro héroe, y le dijo con amabilidad:

—¡Cuidado! Que no falte usted. Allí estará todo Madrid.

—No faltaré, contestó el joven.

El magnífico tronco partió al trote, mientras Eduardo murmuraba entre dientes:

—¿Por qué no he querido decirle que iba á la oficina? ¡Ah, ya caigo! Es porque me ha llamado marqués... La verdad es que marqués y oficina casan mal. Preferiría que todo el mundo me llamase Eduardo. ¿No es verdad que sería mucho mejor, insigne don Farfán?

Y siguió su camino tarareando filosóficamente el aire de una ópera en voga y pensando en Luisa.

Poco más ó menos á la misma hora en que esta conversación tuvo lugar, doña Elena entraba en el despacho de su marido. Daba á don Gabriel bastante quehacer el manejo de su cuantioso caudal, y hallábase á la sazón metido entre papeles.

Reinaba en el despacho el lujo serio que es de rigor en casi todos los de los hombres de negocios afortunados en sus empresas. Sillones de cuero de Rusia, gran mesa de palo santo, bronce en la chimenea, tapicería de Aubusson en las puertas y balcones, cuadros de actor en las paredes. Don Gabriel no era, ni con mucho, hombre de iniciativa en cosas de gusto, pero era vanidoso, y copiaba buenamente lo que veía en las casas de sus colegas en opulencia. Todos los objetos que le rodeaban, objetos de precio, proclamaban la prosperidad de sus negocios. No faltaba en el espacioso despacho una lujosa estantería llena de libros vestidos por Ginebra y demás celebridades en el arte de la encuadernación; pero este mueble á nada le comprometía, porque don Gabriel, á fuer de hombre práctico, sólo leía la *Correspondencia* «para saber lo que pasaba» y el listín de la Bolsa para tomar el pulso al juego del crédito y poner á la mejor carta.

Debía doña Elena llegar muy á tiempo, porque en cuanto la vió su marido, dejó la pluma, se ajustó sobre la calva su gorro ricamente bordado, se levantó de la mesa, y, sentándose en un sillón, invitó á su mujer, por medio de un signo, á que hiciese otro tanto.

—Has adivinado mi pensamiento, dijo quitándose el gorro y pasándose la mano por su pelado cogote y por la frente, indicio en él de grave preocupación. Ayer no quise decirte nada por no obligar á retirarse á Luisita, pero ahora, que estamos solos, tengo que hacerte una pregunta. ¿Quién es ese genio benéfico, que protege los pasos y lleva á feliz término todas las pretensiones del marqués de la Puente?

Doña Elena miró á su marido y contestó, mientras una sonrisa triste pasaba fugazmente por su rostro:

—¿Por qué me lo preguntas, Gabriel? ¿Acaso no lo has adivinado?

—Eres tú, Elena, repuso don Gabriel. Tú eres quien, aprovechando mi crédito y mi influencia, me has puesto en la necesidad de representar ayer el papel de protector misterioso de ese joven.

—Ha quedado huérfano y pobre; nos hemos enriquecido con su herencia... ¡Por medios naturales y lícitos, claro está!

—¡Oh! En cuanto á eso... Yo no tengo la culpa de que, primero su tío y después su padre, hayan sido dos derrochadores... dos pobres visionarios... Me pedían desde el extranjero, donde se obstinaban en vivir por no reconocer al gobierno establecido, cantidades inverosímiles... ¿Qué había de hacer? Mientras se trató de administrar, fui buen administrador; pero cuando se trató de buscarles dinero, sustituyó al administrador el hombre de negocios... y procuré hacer el mío. El ser hombre de honor, no implica la necesidad de ser tonto.

La brutal naturalidad con que el capitalista pronunció estas palabras, contrajo penosamente el semblante de doña Elena, que procuró apartar la conversación de aquel punto delicado.

—Las mujeres no entendemos de estas cosas, dijo con acento breve. Me basta saber que tú no eres capaz de haber rodeado á tu mujer y á tu hija de un fausto que pueda ruborizarlas.

—Mira, Elena, exclamó don Gabriel moviéndose con impaciencia en su sillón. He visto muchas veces á la pobreza ruborizada; á la prosperidad y al fausto, nunca. La riqueza todo lo cubre... Pero como tú vives en un mundo imaginario...

Doña Elena hizo un gesto de disgusto tan pronunciado, que el capitalista creyó deber neutralizar la crudeza de su observación.

—¡Oh! No creas, añadió, que desapruebo que te intereses por ese joven... Yo hubiera hecho lo mismo si se me hubiera ocurrido... pero tiene uno tantas cosas en qué pensar... Pero ¿crees tú que nos conviene que frecuente nuestra casa?

—¿Ves, acaso, en ello, algún peligro?

—¿Peligro? ¡Quiá! Si hubieras oído nuestra conversación antes de vosotras llegar... Es verdad que después...

—¿Vino á pedirte cuentas? dijo doña Elena mirando á su marido.

—¡Oh, no! exclamó Cabañas con abandono. Las cuentas las tengo yo siempre preparadas... ese es mi fuerte. Pero, añadió mascullando un poco las palabras, como las apariencias... son las apariencias, y él se figura que yo debía tirar por la ventana la fortuna que su padre y su tío se empeñaron en ponerme entre las manos... ¿Pero qué te propones haciéndole venir á nuestra casa?

Doña Elena contestó en voz baja, clavando una mirada penetrante aunque temerosa en su marido.

—Si consiguiéramos que Luisa y él se aficionaran...

—¿Eh?... exclamó don Gabriel dándose una palmada en la frente y con la expresión que debe tener aquel que tropieza de repente con el premio gordo de la lotería. Tienes razón... muchísima razón... Yo andaba buscándole á Luisa un conde ó un marqués... Has tenido una magnífica idea... Un marqués genuino é incontrovertible... Sería, además, matar dos pájaros de un tiro. Las leyes están en mi favor; pero la situación de ese joven es interesante, algo novelesca; y si quisiera, no habrían de faltarle abogados que desenterrasen alguna ley olvidada, sólo por el gusto de darme un mal rato.

—Añade, dijo doña Elena, que nuestra querida hija tendría un esposo que sabría hacerla feliz. Yo, como comprendes, tengo noticias de Eduardo. Sobre todo, él entraría naturalmente en posesión de una gran parte de la herencia de sus padres, que la suerte puso en tus manos, sin culpa ninguna de su parte.

—Tú siempre pensando por lo alto... Pero esta vez has pensado bien... Yo soy bastante rico para poder realizar tus sueños benéficos y tus ilusiones de madre... Además, ya sabes que Luisa es mi flaco... No dirá esa caprichosuela que la sacrificamos... Vamos, espero que á éste no le dirá que no... Un novio con todas las distinciones, hasta la del infortunio...

Don Gabriel no cabía en sí... Sobre que el proyecto halagaba su vanidad, parecíale á todas luces el más redondo de todos sus negocios, porque por un lado acallaba sus temores de ver atacada algún día la base y el nervio de su fortuna, y por otro, encontraba en él la mejor garantía de felicidad para su hija, único amor capaz de disputar en su corazón la palma á la riqueza. Entusiasmado con la idea, se levantó para tirar del cordón de la campanilla.

—Voy, dijo, á llamar á la futura marquesita á ver qué cara pone...

Doña Elena le detuvo, diciéndole:

—¿Qué vas á hacer? Luisa no debe saber nada mientras no conozcamos las intenciones de Eduardo.

Don Gabriel, que tenía alta idea de la prudencia y el tacto de su mujer, desistió de aquel movimiento.

—¿Le crees capaz de rehusar un palmito y sobre todo una dote como la de Luisa? ¡Era lo que me quedaba que ver!



—Mira, estos son asuntos que entendemos mejor las mujeres, respondió doña Elena. Ahora que sé que mi proyecto te parece bien...

—¡Que si me parece bien! exclamó don Gabriel entusiasmado. Es un gran negocio y una buena acción... dos cosas que tú sola eres capaz de conciliar... Eduardo es un gran partido para Luisa y para mí... Esta boda nos consolidará. Si consigues llevar á feliz término esta negociación... No tuerzas el gesto ni me pongas dificultades... Eduardo aceptará. ¿Pues qué ha de hacer? Yo tengo talegas para enterrar todos sus escrúpulos... Tu idea me ha puesto de buen humor... (Decía esto don Gabriel restregándose las manos y moviéndose con impaciencia de un lado para otro). Justo es que Luisa me indemnice de los terribles disgustos que me da el pillo de su hermano...

—¿Alguna otra calaverada?... Ya se ve: le has dejado volar antes de tiempo...

—¿Qué quieres? Harto me pesa no haber seguido tus prudentes consejos... Pero ya no tiene remedio... Me dejé arrastrar por la corriente... Le he educado á la moderna... es decir, no le he educado... y él se encarga de castigarme y de castigarse á sí propio... Pero no hablemos de esto... No quiero ponerme de mal humor... Elena, es preciso que no dejes este proyecto de la mano.

—Eso no te inquiete, dijo doña Elena levantándose, déjale de mi cuenta.

—¡La idea es magnífica! murmuró don Gabriel al verse solo, restregándose las manos. Las mujeres tienen para estas cosas más olfato que nosotros. Un título de marqués auténtico da siempre consideración en el mundo, y el de marqués de la Puente es el que me hace más al caso. El mancebo se me presentó en actitud hostil, que me puso en alguna inquietud, pero si entra en la familia, ya no podrá quejarse del antiguo administrador de su casa, que en un sentido... lato, ha estado trabajando hasta ahora para él.

Y aquí el banquero soltó una carcajada, que quería decir muchas cosas.

(Continuará).



## NUESTROS GRABADOS

### EL TOQUE DE ORACIÓN

CUADRO DE JOSÉ WOPFNER

Poético lienzo en verdad inspirado por el toque de *Angelus*, que tantas maravillas ha hecho brotar de los pinceles cristianos. ¡Qué tranquilidad reina en el lago! ¡Qué hermosa paz en el firmamento y en todo el cuadro! Las dos Hermanas que se ven en la barca han pasado el día a la parte opuesta del lago, ocupadas en comprar provisiones para su convento y en otros menesteres en que han debido desplegar su actividad y su celo. Después de la fatiga y del calor del día, se embarcan regocijadas para regresar al claustro, sintiendo el bienestar de aquella hora y la suave y refrescada atmósfera del lago que conforta su cuerpo. El agua parece cristal de tersura inmaculada; las orillas van perdiéndose al caer el sol, cuyos últimos rojizos rayos apenas resplandecen ya en el horizonte; la luna se levanta pálida y melancólica; quietud y reposo se siente por todas partes. En uno de estos silenciosos momentos, en que sólo se percibe el batir del remo sobre las aguas, oyesse lejana una campana que llama a la oración. Es el toque de *Angelus*, de la hermosa oración con que la cristiandad saluda todos los días a la Reina de los Cielos. Al sonar las primeras campanadas las dos Hermanas se ponen de pie

y rezan: les acompañan en su rezo el pescador que va en la barca y la gentil muchacha que rema, el primero plegando sus manos y la segunda alzando el remo, para que nada perturbe la oración de la tarde. El silencio es tan profundo que sólo se nota el débil rumor de las gotas que caen del remo. Este instante ha escogido para su precioso lienzo, tan bien pensado como bien compuesto y sentido, el pintor alemán José Wopfner, de Munich. Todo es hermoso en esta obra pictórica, de la que damos una excelente reproducción; las figuras de las Hermanas, de religioso aspecto y perfectamente dibujadas; las del pescador y la doncella, que forman dos simpáticas siluetas; el agua del lago, el celaje y el fondo, que desperfila una isla dando carácter al paisaje. El que está cansado del mundo, el que busca paz para un corazón que ha sufrido mucho, puede hallar refrigerio material y moral en la placidez de un lago como el pintado por Wopfner, fiel trasunto de los que encuentra el viajero en el centro de Europa.

### OLIVAR EN OLESA DE MONTSERRAT

CUARO DE JOSÉ MASRIERA

José Masriera, que figura entre nuestros primeros paisajistas, ve siempre la naturaleza adornada con sus mejores y más hermosas galas. De ahí el carácter brillante y sonriente de sus países. Al tema más sencillo y al parecer insignificante sabe sacarle la poesía que contiene, la cual pone también en la pintura. A la vez no es Masriera convencional por ningún concepto, ni deja de copiar la naturaleza con la mayor verdad a veces, hasta con minuciosidad

extraordinaria. De todo ello resulta el encanto particular que hay en sus obras y que se advierte también en el *Olivar en Olesa de Montserrat* que hoy reproducimos. Nótese con qué exactitud están copiados los olivos, de los cuales bien puede afirmarse que Masriera conoce al dedillo lo que suele llamarse la anatomía del vegetal. Las movidas líneas de aquellos árboles dan movimiento al paisaje, al que imprime grandiosidad el fondo, en el cual se hallan perfectamente indicadas la distancia y la perspectiva aérea.

### LA LECTURA

CUADRO DE J. SANT

Interesantísima ha de ser la lectura que está haciendo una de las tres bellas jóvenes del cuadro de J. Sant, pintor inglés, á juzgar por la atención que ponen

en escucharla dos de ellas y por el afán con que lee la tercera. Las expresiones, con ser iguales en el fondo, es decir, con manifestar todas la atención que las tres señoras ponen en la lectura, son también variadas y parece que vienen á indicar el carácter de cada una de ellas. Reflexiva indica ser la que lee y que no se reduce al recorrer las páginas del libro á una mera curiosidad vulgar, antes leyendo medita los conceptos y ve el alcance y la significación que tienen. Más la curiosidad que otra cosa semeja mover á la que acerca el rostro y el cuerpo al libro, como si quisiese anticiparse á la lectura de su compañera. La del fondo sigue también con interés la narración ó cuento, pues tal será, sin duda, la materia del libro, mas ya lo hace con cierta calma. El grupo es en extremo simpático y los excelentes méritos de desempeño pictórico que existen en este cuadro, que ha figurado en una de las últimas Exposiciones de Bellas Artes, en Londres, los deja ver la reproducción que publicamos, sacada directamente del original.

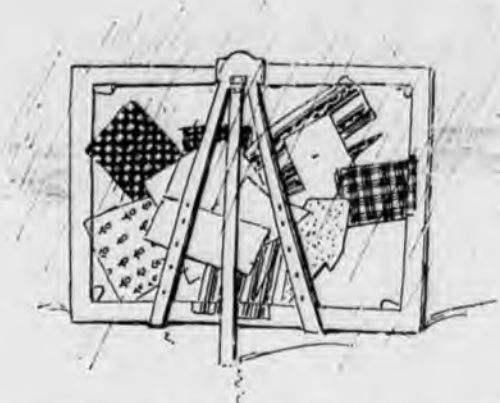


LA LECTURA

# TODO POR EL ARTE

NOVELA VIVA, POR APELES MESTRES

(CONTINUACIÓN)



31.—¡Y vuelta á pintar!—Bien es verdad que el tiempo se presenta amenazador... ¡pero no hay horas que perder!



32.—Y llueve á torrentes... ¡pero tenemos ya la Exposición encima!—Y la riada invade el llano...



33.—'Todo sea por... ¡Adiós, Madrid! el agua arrastra el cuadro que á su vez arrastra al artista...



34.—...el cual cree encontrar en él una tabla de salvación.



35.—¡Tabla débil por cierto! ¡Aquí se perdió todo!



36.—Afortunadamente todo se ha salvado, ya que la riada, al decrecer, deja cuidadosamente colgados de un árbol al uno y al otro.

(Concluir).



## MESA REVUELTA

La sed es la necesidad, deseo natural ó apetito de beber. La fisiología considera la sed como una sensación interna, que nos advierte la necesidad de alimentos líquidos ó de bebidas. La disminución de la parte acuosa de la sangre parece ser la causa productora de la sed. La membrana mucosa que tapiza la boca, la garganta y la laringe es la que nos advierte, por su resección, la necesidad de sustancias líquidas, y los nervios sensitivos de estos órganos son los encargados de transmitir al cerebro este estímulo local. Todas las causas que contribuyen á gastar la parte acuosa de la sangre, ó todas las que hacen á la sangre más estimulante, contribuyen también al acrecentamiento de la sed. Por eso cuando se suda ó se aumenta mucho la transpiración, bien por lo elevado de la temperatura, bien por los ejercicios á que nos dedicamos, aumenta la sed.

Los fisiólogos distinguen tres clases de sed: la sed propiamente dicha, la de la alimentación y la que procede por causa de enfermedad. La primera, que aparece de una manera periódica y que se presenta con más ó menos intensidad, ha sido considerada como un fenómeno puramente sensitivo y llamado local, porque se le apaga fácilmente, para lo que no es de absoluta necesidad el beber, bastando muchas veces poner en contacto de la boca ó de la laringe, líquidos ó cuerpos refrescantes, ó hacer llegar á la sangre el agua por otras vías que no sean las digestivas. La segunda variedad es consiguiente á la introducción de alimentos en el estómago, á sus cualidades más ó menos estimulantes, á su cantidad y á su grado de humedad: se presenta durante la comida y más generalmente algún tiempo después de la ingestión de los alimentos. La tercera variedad, en fin, procede del estado del mal general que proviene de la abstinencia absoluta de bebidas.

En el hombre que goza de buena salud, la sed se manifiesta por intervalos variables, que dependen, ya de la naturaleza y cantidad de los alimentos, ya del grado de calor de la atmósfera y de la mayor ó menor intensidad de la transpiración cutánea. Esta sensación, siempre desagradable, si no se la satisface en seguida, se convierte pronto en una necesidad apremiante, que llega á convertirse en poco tiempo en una molestia angustiosa é insoportable; la boca y la garganta se resecan y llegan á inflamarse. La secreción de la saliva y la del mucus bucal se disminuyen ó se suspenden. Si la sed se prolonga, los labios, cada momento más secos, toman un tinte rojo; los movimientos relativos á la fonación se ejecutan con dificultad, la respiración se acelera y la especie de tormento que esta necesidad fatigante constituye se manifiesta por una inquietud más ó menos viva y por una agitación marcada en los miembros.

La sed varía con la edad. Es muy frecuente en los niños, menos en los jóvenes y menos en los adultos y en los viejos. El sexo influye también en su manifestación; es más viva y frecuente en la mujer que en el hombre.

El calor atmosférico aumenta la energía de la sed y acelera su presentación, produciendo estos mismos efectos el aire seco. Todos los movimientos, todas las acciones conducen á un resultado análogo, y el hombre ocioso bebe mucho menos que el que tiene una vida activa. En el estado de enfermedad, la sed puede estar aumentada (*polydisia*), ó disminuida, suspendida ó abolida (*adipsia*). La sed está aumentada en gran número de enfermedades, principalmente en las afecciones febriles, la diabetes, en la mayor parte de las inflamaciones del estómago y del intestino delgado, en la hidropesía, la tisis. En otras enfermedades, por el contrario, la sed está disminuida ó anulada. De los medios de combatir la sed trataremos otro día.

\* \* \*

Como el célebre teólogo Abanzit tenía fama de no haberse encolerizado nunca, algunas personas se dirigieron á su criada á fin de cerciorarse de la verdad del hecho. Esta les dijo que, á pesar de hacer ya treinta años que estaba á su servicio en clase de criada, podía asegurar que nunca, durante tan largo tiempo, le había visto encolerizado. Le ofrecieron dinero para que le hiciera incomodar y lo aceptó. Sabiendo cuánto le gustaba estar cómodo en la cama no la hizo. Aperciéndose de ello Abanzit y á la mañana siguiente hizo notar á la criada: ésta contestó que en efecto se había olvidado, á lo cual nada contestó. Aquella noche tampoco le hizo la cama y el teólogo al día siguiente repitió la observación, á lo que respondió la sirvienta con malos modos una excusa que improvisó. Por último, el tercer día le dijo: «Usted no ha hecho todavía mi cama; no parece sino que se ha propuesto no hacerla nunca y que le molesta este servicio. Pero con todo no hay ningún mal en ello; pues me voy acostumbrando.» Entonces la criada, arrojándose á sus pies, le confesó lo ocurrido. Este rasgo es digno de Sócrates.

\* \* \*

Momentos antes de empezar una batalla librada por Federico II rey de Prusia, un oficial de húsares se apoderó, á la vista del monarca, de un destacamento enemigo. Contento el rey de tan buen augurio, se le acercó y abrazóle diciendo:—Os hago caballero del *mérito* y doy mil escudos. Y al propio tiempo se quitó la cruz de su pecho y se la dió.—¿Y los mil escudos? se atrevió á preguntar el húsar.—No los llevo conmigo, repuso el monarca, pero basta mi palabra.—Señor, añadió el húsar, va á tener lugar la batalla, si V. M. la gana, no es fácil que se acuerde más de mí, y si la pierde, no se hallará en estado de pagarme.—Entonces el rey sacó su reloj y le dijo:—Toma, ahí tienes una prenda.—Después de la victoria, se la devolvió y éste le hizo entregar mil escudos y le nombró teniente coronel.

\* \* \*

Decía el general Castaños que las mejores amas secas eran los asistentes. Llegan á encariñarse con los niños y á formar parte de la familia. Fué un oficial á presentarse al gobernador del castillo de Monzón; no lo encontró, y le recibió la señora; el oficial alabó la hermosura de varios niños que la rodeaban, y al exclamar ésta:—¡Si hubiera usted conocido otro niño que se me murió!—la interrumpió un asistente que, apoyado en la puerta de la habitación, dudaba entre salir y entrar:—¡Quial como el *probe* Pepico ya no tendremos *nenguno*.

\* \* \*

Para hacer desaparecer las manchas amarillas llamadas hepáticas, se recomienda la composición de 2 gramos de borraj, disueltos en 16 gramos de agua de rosas y 16 de flor de naranjo. Humedézcanse con ella las manchas tres ó cuatro veces al día, dejándolas secar por sí solas, y desaparecerán á los pocos días.

La misma disolución, pero en la proporción de 2 gramos de borraj por 60 de líquido, se recomienda para hacer desaparecer esta rubicundez en la nariz pro-

pia de ciertas jóvenes delicadas y pletóricas, y que es resultado de la delicadeza de los vasos capilares de la piel.

También es eficaz el borraj contra los sabañones, usándolo por fricción en forma de ungüento, que se forma con 8 gramos de borraj y 30 de ungüento.

\* \* \*

Del tomate puede hacerse una confitura excelente, de gusto más delicado que la de grosellas. Se escogen los tomates más carnosos, se echa encima de ellos agua hirviendo, se machacan, se pasan por un colador de cocina para retener los granos de los tomates y se pone todo el resto en un cazo ó caldera, añadiendo un peso igual de azúcar que antes se había hecho disolver en el agua precisamente indispensable para ello, y no en más. Para darle perfume y un gusto agradable, puede añadirse al azúcar ron, vainilla ó corteza de limón. Esta confitura exige cocer dos horas y media ó tres. Puede servirse cuando el tomate haya perdido por completo su gusto propio. Es menester, mientras cuece, moverla constantemente, sino se quema.

## RECREOS INSTRUCTIVOS

### LA CONSTRUCTORA DE MUÑECAS

Así como hay chiquitines hermosos, de fino cutis y sedosa cabellera, los hay también muy poco favorecidos por la naturaleza y tienen aspecto desagradable, mirada turbia y crespos cabellos; si se trata de muñecas debéis preferir siempre las que tienen más artístico carácter, porque en las ficciones del arte es lo bello siempre digno de admiración y cariño; mas tratándose de personas desechad toda prevención y enamoraos del alma, si es hermosa, aun cuando tenga por medio expresivo una fisonomía poco agraciada.

Dicho esto, vamos á ocuparnos de nuestra flamante industria instalada alrededor de una mesa, teniendo por director al papá, por modista á la mamá y por obreros más ó menos hábiles á los hermanitos y vecinos.

Se trata de construir una muñeca barata y que tenga cierto viso aristocrático: se puede conseguir empleando pacientemente todos los medios que indicaré, no olvidando nunca que la habilidad y paciencia del obrero suplen con ventaja las mejores herramientas: es preciso no olvidar que en Suiza los pastores labran en madera con la sola ayuda de un cuchillo tosco verdaderas maravillas de talla; relojes, estatuillas, grupos de flores, aves y peces, y un sin fin de objetos útiles y curiosos, salen de manos de esas gentes sencillas para ir á los grandes centros comerciales donde se pagan á buen precio y son objeto de los elogios de las personas inteligentes.

Las muñecas son generalmente modeladas en pasta de cartón piedra, formada por una mezcla de yeso y papel reducido á pasta por la maceración y compresión; las hay también de porcelana, pero éstas son frágiles y caras. Nuestra muñeca será exclusivamente campestre y no por esto carecerá de cierta gracia: las flores del campo tienen el color tan encendido como las de invernadero, aunque sean más humildes.

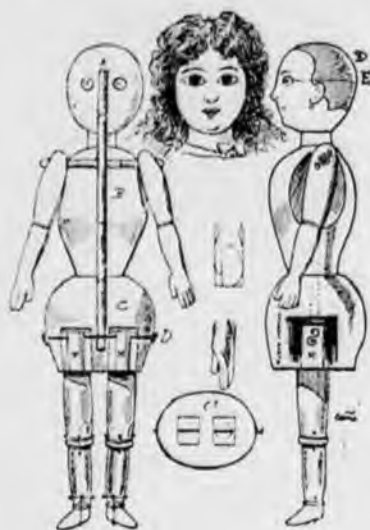
Podemos tomar como primeras materias las siguientes: caña de diferentes calibres, bien rectas, para formar el armazón A; luego varias horquillas para asegurar las cañitas: estas horquillas deben ser de alambre cocido, pues de no ser así se romperían al doblarlas.

El cuerpo, ó busto, formado de dos piezas, puede ser de madera blanda como el chopo; también se emplea con el mismo objeto un nabo seco, suficiente voluminoso para darle la forma indicada en B y C. Para impedir que se desforme se le da una capa de yeso desleído en cola dejándolo secar bien antes de manejarlo. La cabeza se modela en otro esferoide de nabo ó en un corcho grande de los que sirven para tapar toneles, pero cegando los agujeros con la pasta de yeso y cola. Las piernas se forman enchufando cuatro cañas de diferente diámetro, unidas á los huecos sacados en el plano CA. El dibujo que acompaña estas indicaciones nos dispensa de dar más detalles sobre la construcción en general.

Para abrir los agujeros en la madera y en la caña,

se enrojece al fuego una aguja de hacer calceta, asiéndola con un trapo para no quemarse y se va pasando en el punto que se quiere abrir.

Después que se ha asegurado bien el armazón con horquillas, hilo fuerte y un trozo de aguja de hacer cal-



ceta D, se procede á terminar la cabeza, que es lo más importante: encima de la primera capa de yeso, alisado con polvos de piedra pómez, se da otra mano de blanco mezclando con él un poco de bermellón para que imite el color de carne; poniendo en el sitio de las mejillas más bermellón y fundiéndolo con un pincelito seco. En el sitio de los ojos se clavan dos alfileres de cabeza de cristal, azules si la muñeca ha de ser rubia, ó negras si ha de ser morena. Luego se traza la forma de la nariz y la boca con bermellón rebajado; con amarillo, negro y blanco mezclado, se perfilan las cejas y pestañas; se llenan con blanco los cuatro triángulos que forman los ojos, y ya sólo falta colocar la peluca; si se quiere dar un baño de cera á la cara se pueden hacer fundir bujías en el baño maría, ó sea en un pequeño puchero metido en otro grande lleno de agua y expuesto al fuego; cuando se han fundido las bujías se quitan las mechas y se sumerge la cabeza de la muñeca, volviéndola á sacar en seguida, procurando que no gotee; la esperma debe cubrir enteramente la cabeza y ésta se sumergirá de modo que la cara vaya arriba para que las gotas queden en la parte posterior y puedan cubrirse con la peluca. Ésta se forma con el biso del matz, con el cual se hallan todos los tonos del cabello. Se forma un casquillo de papel delgado y fuerte que ajuste con el cráneo de la muñeca en el sitio señalado E, y luego se pegan con cola las gudejas, partiendo de la frente abajo y del centro hacia los lados.

Los demás detalles van indicados en el dibujo: y si este sistema de fabricación de muñecas no es sencillo, me habré equivocado mucho.

He de advertiros que entre otras cosas he fabricado también muñecas y conozco el paño; lo difícil es pintar

las facciones, pero se consigue buen resultado con paciencia y ensayando antes en otras superficies convexas, como por ejemplo, las de las patatas.

Para recomponer las muñecas que han recibido algún coscorrón, pueden servir las indicaciones anteriores; y en todo caso se pegan con cola algo enfiada las grietas, se sujetan las partes separadas dando vueltas á la herida con bramante, se pule luego la cicatriz con polvos de piedra pómez y se pinta como el resto.

Otro día daremos indicaciones para construir monigotes caprichosos; la variedad que debe darse á esta sección de recreos instructivos nos obliga á alternar los pasatiempos.

JULIÁN.

Solución á la charada anterior:

PE-PI-TO

Solución al jeroglífico:

SI, SI, LA REDOMA RELAMÍ



## ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en **La Ilustración moderna**, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

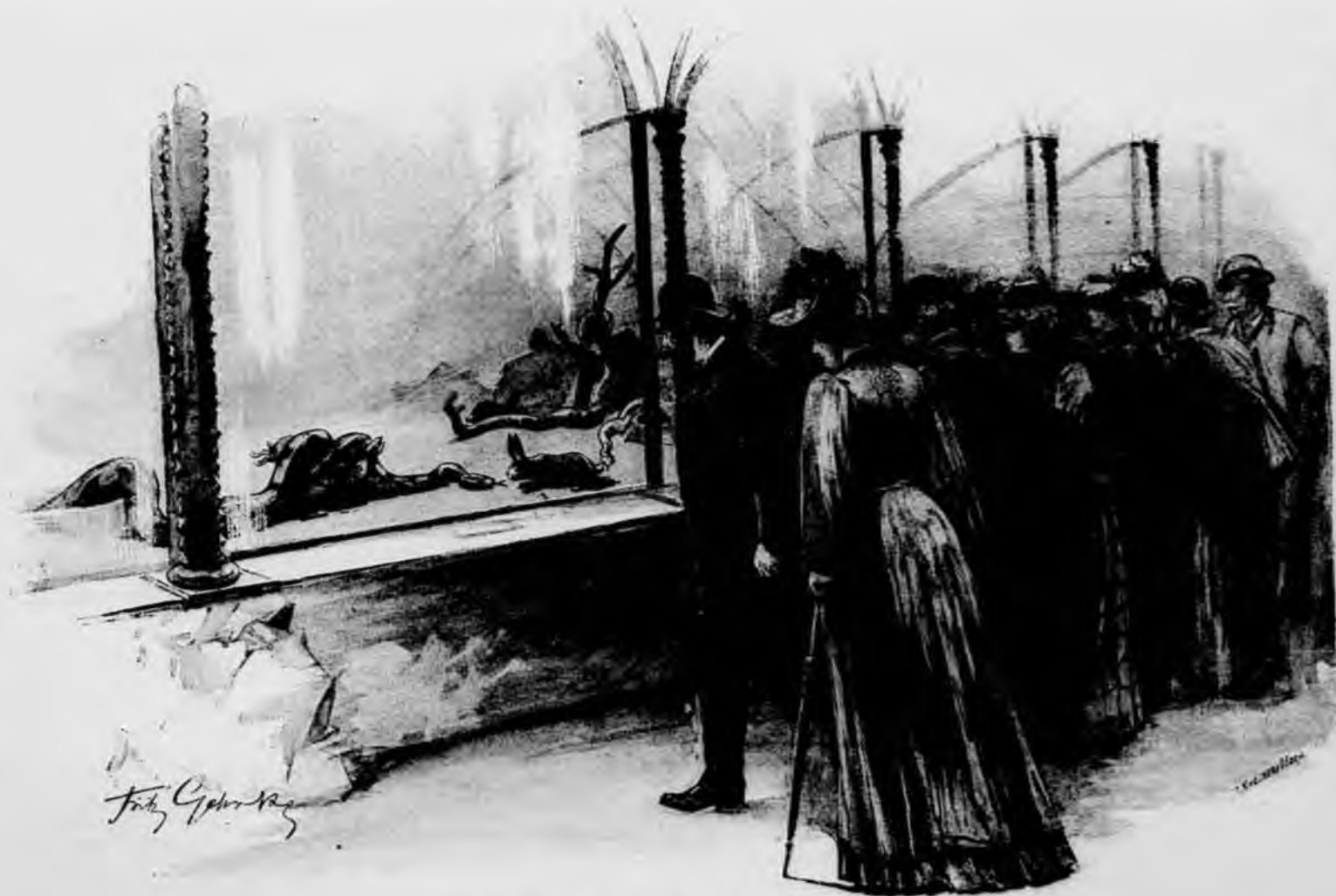
Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los Sres. **Espasa y Comp.**, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y á las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados todos los derechos artísticos y literarios. — IMP. ESPASA Y COMP.<sup>a</sup>





EN EL ACUARIO DE BERLÍN. — DELANTE DE LAS SERPIENTES

DIBUJO DE F. GEHRKE





## MEMORÁNDUM



**C**UANTOS hubiesen podido creer, de buena fe, que Su Santidad el papa León XIII al dirigir á los católicos monárquicos de Francia las recomendaciones de que hablamos en otro número, no había procedido con la superior elevación de miras que resplandece siempre en las palabras del Vicario de Nuestro Señor Jesucristo en la tierra, se habrán convencido de cuán errados iban, después de la carta enviada por el Papa al obispo de Grenoble monseñor Fava. ¡Qué alteza de conceptos resplandece en ella! ¡Qué mirada más perspicaz y atenta á lo que reclaman en nuestros días los verdaderos intereses de la Religión católica, apostólica y romana! No tratamos de hacer política, dice el sabio y venerable León XIII; pero cuando la política está enlazada con los intereses religiosos, como en la actualidad en Francia, el Pontífice Romano tiene la misión de determinar la conducta más á propósito para defender los intereses religiosos. El Papa no exige de nadie que renuncie á sus ideales políticos, conforme ya lo habíamos hecho notar, pero recomienda que se luche con las armas espirituales para combatir todo cuanto hoy conduce al desorden y á la disolución social. Elevándose por encima de los partidos, con un lenguaje de una serenidad admirable é impregnado de profundo sentimiento cristiano, el Padre Santo hace un llamamiento á todas las personas honradas, creyentes ó incrédulas, pero rectas en su modo de pensar y de sentir, al objeto de que trabajen para devolver á la nación francesa la tranquilidad interior y la paz de las conciencias perturbada por la persecución de los sectarios. Los periódicos franceses, hasta los menos inclinados por sus ideas á aplaudir lo que procede del Vaticano, han manifestado su admiración por los conceptos y por el lenguaje de la expresada carta.

\* \* \*

La propaganda sectaria que en Francia, aparte de haber cometido otros desaguisados, ha expulsado á las Hermanas de los hospitales y ha convertido en laica la enseñanza, sigue en este último particular produciendo resultados funestos para la cultura social. Con la abolición de las creencias se ha suprimido el respeto á los mayores, padres y profesores, y de ahí que los alumnos en las escuelas de aquella clase no pongan freno alguno á sus instintos y á los apetitos de la sensualidad. Un periódico de París reproduce un fragmento del informe emitido por el doctor



Laurent, médico inspector de las escuelas del distrito noveno, que merece llamar la atención muy detenidamente. Dice el citado doctor que desde que desempeña el cargo de inspector había notado, al examinar á los muchachos, que apestaban á tabaco. Expúsolo así al director de la escuela mencionada, y su contestación le dejó estupefacto, puesto que le confesó que de los alumnos menores de doce años, fumaba por lo menos una tercera parte entre los diez y los doce, y más abajo un número de ellos que le era difícil precisar. Para que pudiese convencerse el inspector por sí mismo, el director mandó llamar á seis alumnos, de once años el más joven y aun no de quince el más crecido. Cedamos la palabra al doctor Laurent, porque el relato no tiene desperdicio:

«Quedéme solo con ellos, dice, con el pretexto de examinarles, y al breve rato metí mano en el bolsillo, como quien busca algo.

«—¡Qué fastidio! exclamé con aire de mal humor; he olvidado el tabaco.

«Espontáneamente cuatro muchachos sacaron tabaco de su bolsillo y me lo ofrecieron.

«Quedé ahora plenamente convencido.

«El abuso del tabaco en las escuelas ofrece graves inconvenientes, cosa evidentísima y que nadie pondrá en duda. Dientes cariados y amarillos, aliento fétido, bronquitis tan tenaces como precoces, dispepsias á la edad en que se devora, son cosas comunes entre los niños fumadores. A lo cual he de añadir los efectos producidos por el tabaco en la inteligencia y en la moralidad de los niños.»

Sobre este último extremo procura datos elocuentes el director de la escuela. Los alumnos que fuman vuélvense perezosos, pierden la energía y no toman interés por nada. Pierden al propio tiempo la memoria y no tardan en darse á la bebida. De las consecuencias del alcoholismo nada hemos de decir, porque son patentes, por desdicha, en todos los pueblos y más que en el nuestro en los septentrionales. He ahí adónde se llega suprimiendo del corazón y de la cabeza del niño la enseñanza religiosa que pone un freno al primero y dirige y fortifica la segunda. El espíritu sectario que predomina en Francia ha de traer males sin cuento á aquella nación, que fué en otros tiempos la defensora de la Iglesia. Los resultados los está ya tocando, y de la podredumbre que oculta la instrucción laica levanta sólo una punta del velo el doctor Laurent en su informe.

\* \*

El regionalismo, que en todas partes asoma la cabeza, despertando en los pueblos energías dormidas, que es causa de la lucha que existe entre Austria y Hungría y de la agitación que reina en Irlanda, ha aparecido también en Suecia y Noruega. Este último reino aspira, como Irlanda, á tener una representación propia. Este conflicto, que existe de largo tiempo, se ha agravado hace poco. El rey Oscar se negó á dar su sanción á la ley votada por la Storting sobre la reforma consular, y según la cual habría en los países extranjeros cónsules suecos y cónsules noruegos. En consecuencia de esta negativa, M. Steen, jefe del ministerio noruego, presentó la dimisión, y la mesa de la Cámara noruega envió al rey un mensaje en súplica de que concediese su sanción al acuerdo. S. M. el rey Oscar contestó por escrito que se atendía á su primera resolución y que se negaba á sancionar el proyecto en que se concede á Noruega una representación popular propia. Los radicales están disgustados y preparan manifestaciones en honor del ministro Steen. No puede predecirse aún cómo concluirá esta campaña, que hombres reflexivos temen que acabe rompiéndose los lazos políticos que unen á los dos pueblos. De todos modos, empieza para Suecia y Noruega un período de fuerte agitación en el que se desatarán las pasiones, y que por ende se halla ocasionado á originar serios disgustos á comarcas, por otro lado, de natural pacífico, y en muchas de las cuales gozan sus moradores de una vida casi patriarcal.

\* \* \*

El motín de las verduleras en Madrid relegó á segundo término la huelga de los agentes de Bolsa. Ésta ha terminado con la Real Orden en que se dice que no se recaudará el impuesto, que le ha dado pretexto, hasta que se publique el Reglamento para su exacción y recaudación. También se han apaciguado las placeras, de quienes tanto temía Cervantes, según lo dice en su *Don Quijote*, por ser gentes de condición alborotada. En este motín se ha dado nuevamente el caso de salir maltrecho el señor Gobernador de la provincia, por el abuso que se hace ahora de presentarse las primeras autoridades en los puntos en donde ocurre una asonada ó un amago de incendio, como si fuesen meros agentes de orden público. Las autoridades superiores deben reservarse para los casos en los cuales su aparición sea realmente necesaria y no exponerse á percances como el que ha sufrido el señor marqués de Bogaraya, que tienen un lado cómico muy marcado y que se hallan ocasionados á poner por los suelos la dignidad de elevados funcionarios.

\* \* \*

Al fin las Cortes han aprobado los presupuestos generales del Estado para el año económico de 1892 á 1893. Hácense en ellos importantes economías, introdúcense reformas casi radicales, establécense nuevos impuestos, todo para llegar á la nivelación tan suspirada de los gastos y de los ingresos. El Gobierno ha mostrado en este particular energía y espíritu muy levantado, que deberá emplear también más adelante si quiere vencer las resistencias que se le atravesarán al paso cuando trate de llevar á cabo los numerosos acuerdos que constituyen la Ley de presupuestos.



## NUESTRA SEÑORA DEL CAMPO



ACE ya algunos años el pueblecito de Broc, que había sido una antigua y grande población, fué destruído por un terrible incendio. Sus habitantes, como todos los de la Gruyère, eran laboriosos, honrados, acomodados y de sencillas y pacíficas costumbres. Casi puede asegurarse que el único verdaderamente malo que había entre los jóvenes del pueblo era Simón Vedille, el hijo del vaquero más acomodado de aquellos contornos. A tal punto llegaba su atrevimiento en sus pesadas bromas, que era conocido y temido en muchas leguas á la redonda como una verdadera calamidad. Pero á quien particu-

larmente desesperaba el muchacho era á su padre, hombre de probidad y muy arreglado, si bien con excesivo apego á sus bienes, que el hijo disipaba:—¿De qué me sirve? repetía á menudo el anciano Vedille, que sospechaba lo que pasaría después de su muerte, ¿de qué me sirve poseer varias quintas, ciento cincuenta vacas, seis toros, una casa recientemente agrandada y respetables créditos con las personas más solventes de la Gruyère? Cuando yo muera, este desgraciado lo echará todo por la ventana, y yo habré trabajado durante mi afanosa vida todo para que él acabe arruinado, en un hospital ó tal vez en la cárcel...—Estas ideas no le daban punto de reposo. Algunas veces, las personas con quienes se relacionaba, le decían para bienquistarse con él:

—¡Qué feliz sois, señor Vedille!... ¡El año ha sido bueno, y también ha resultado premiada en el último concurso una de vuestras vacas!...

Vedille contestaba quejumbroso:

—Sí, es verdad, los negocios marchan bien, mis ganados prosperan, mis vacas y mis quesos son excelentes; pero con todo, no soy feliz; ese Simón...

Y cuando le daba por hacer confidencias, añadía:

—¡Ah! ¡si su madre no hubiese muerto, se hubiera criado de otra suerte!... Pero ¡qué queréis!... Quedé solo con él... Es verdad que de ello no tiene él la culpa de ser lo que es, y quizá en el fondo no es peor que los otros... Quiere divertirse y nada más...

Una vez por este registro, parecía que le habían dado cuerda y llegaba á fastidiar á cuantos le escuchaban. Unas veces dirigía grandes cargos contra su hijo y otras le excusaba. Ante esas contradicciones los que le oían exclamaban:

—Decididamente el pobre Vedille envejece... ya chochea...

Entre padre é hijo había frecuentes disputas. A veces Simón, después de dos ó tres días de jaleo, se retiraba borracho á su casa, oliendo á kirsch como una botella destapada; el padre le llenaba de injurias:

—¡Ah! ¡grandísimo bribón, pillo, borracho, miserable!... ¿Te parece que si yo me hubiese portado como tú, tendrías ahora las comodidades de que disfrutas y podrías holgazanear á tu gusto?... ¡Te caería la cara de vergüenza si tuvieras corazón... pero no le tienes, no le tienes!...

Simón no perdía del todo la cabeza con la borrachera; más bien le volvía agresivo, y hacía



bromas y burlas presentándose de intento insolente con el único objeto de exasperar á su padre. Entonces el anciano, pálido por la cólera, no hallando ya palabra con que apostrofarle, se arrojaba sobre él; pero á pesar de ser aún robusto, tener el pequeño cuerpo seco, la cabeza tostada, la mirada dura como la de los monigotes que los aldeanos de Gruyère esculpen en sus cucharas para la nata, y sus largas y velludas orejas con sortijillas de oro, no podía con él, pues ese demonio de Simón, de formas hercúleas, era como una roca; con sus manazas se libraba de su padre como quien se quita una mosca de encima, eso sí, riendo y sin incomodarse, mientras que el pobre hombre, exasperado, echando espumarajos por la boca y no queriendo reconocer su impotencia, se obstinaba en repetir la embestida, gritando al hacer vanos esfuerzos:

—¡Maldito seas!... ¡Maldito seas!...

Simón, que en nada creía, ni aún en la maldición de un padre, levantando las espaldas, decía:

—¡Bueno, hombre! ¡está bien!... puedes maldecirme; esto no quita que yo sea el más fuerte de los dos...

No era tan sólo Simón un borracho y un camorrista, era también un grandísimo calavera. Á todas las muchachas daba promesa de matrimonio, y sabía engatusarlas con palabras melosas y más aún con las miradas de sus ojos grises, magnéticos como los de un gato ó de una serpiente, en cuyo fondo había una especie de pequeña llama que siempre ardía. Esta llama, esta chispa, este no sé qué, era lo que causaba tantos estragos: no podían resistirla, tan grande era el encanto que aquellos ojos causaban, tan grande era el incendio que producía en el corazón: y cuando reparaban los estragos que ocasionaba, casi siempre era ya tarde. Así es que más de un padre colérico y desesperado alborotó la casa de los Vedille; y amenazó al mozo con recibirle á tiros si le veía rondar por los alrededores de su casa. Pero á Simón no le amedrentaba nadie, pues no temía á las balas ni á cosa alguna; siempre hallaba un medio de forzar la puerta ó la ventana, y más de una infeliz lloró amargamente por haber hecho caso de sus palabras. Las amenazas no le causaban ningún efecto. Cuando el padre ó la hija le hablaban de matrimonio, disparando una carcajada, repetía su frase favorita:

—¡A mí no me la pega nadie!...

Sus amores duraban pocas semanas; en cuanto terminaban ya empezaba otros nuevos. Y repetía satisfecho:

—En la variedad está el gusto.

Había en él, sin embargo, un algo invariable, y era la íntima amistad que desde muchos años profesaba á su vecina, la pobre paralítica Anita Bujard, la hija del carretero.

Cuando eran niños, y Anita andaba todavía ligera, jugaban juntos, y con tanta cordura que no parecía el mismo. Tanto llegaron á simpatizar los dos chiquillos, que su amistad preocupaba un tanto á Vedille, porque los Bujard no eran ricos y tenían un número extraordinario de hijos. Consolábase, con todo, al pensar que le quedaba tiempo de sobra para prevenir este peligro, y que por otra parte lo más probable era que aquella multitud de Bujards pequeñitos, que se desarrollaban como si fueran hongos, se esparcieran pronto, entrando de criados lejos de allí, y que una vez se hubiese marchado Anita, Simón ya no se acordaría más de la muchacha. Pero cuando Anita llegó á los diez años cayó enferma; enflaquecía, palidecía y se quejaba de grandes dolores en todos sus miembros; por fin, un día se metió en cama y no quiso salir de ella. Como el médico, el doctor Napoleón Lupin, no le hallaba síntoma de enfermedad alguna, los padres de la muchacha decían al principio que sólo tenía pereza; pero les fué preciso reconocer que era otra cosa, un mal misterioso que nadie podía imaginar, una dura prueba que Dios les mandaba.

Anita creció de esta manera, inmóvil dentro de las blancas sábanas, pero hermosa, verdaderamente hermosa, con su transparente cutis de señorita, cabellos largos y rubios, grandes

ojos de un azul de lino, casi siempre melancólicos, y manecitas blancas y delicadas que apenas tenían movimiento. Cada uno de sus hermanos, según su destino, marchó al extranjero, quien á Francia, quien á Inglaterra, quien á Alemania, quien á Rusia; y de vez en cuando mandaban al resto de la familia algún dinero, producto de sus ahorros. La muchacha quedóse, pues, sola al cuidado de sus ancianos padres.

La ternura no es la cualidad que más distingue á la gente del campo, cuya vida es una incesante lucha con la tierra, con los vientos que les perjudican, con el sol que les abrasa, con las prematuras heladas y con otros mil accidentes que amenazan de continuo sus cosechas, no es de extrañar que esta vida contribuya tanto á endurecer el corazón. La familia de los Bujard, que, como todas, era interesada, tenaz y egoísta, no pudo conformarse de pronto con la triste suerte de su hija, que, como es natural, era para ellos pesada carga, y sus quejas repercutían en la delicada existencia de la joven enferma, cuyo corazón, á causa del continuo reposo y de las largas horas de dulces ensueños, era cada día más tierno y apasionado. Pero tan amable, tan dulce, tan sufrida era la pobre parálitica, que con todo y ser una carga, nadie podía aborrecerla, y por fin sus padres, olvidando lo mucho que les costaba aquella niña que de ningún modo podía ganarse el sustento, amáronla en su desgracia, y ya no volvieron á pensar que tal vez su muerte sería un gran alivio; hasta Bujard acabó por decir:

—Si curara, nos abandonaría como los demás... ¿Y qué sería entonces de nosotros, pobres viejos?...

Visitábala muchas personas que, sin darse de ello cuenta, iban á la casa atraídas por los encantos de la muchachuela; por las noches de invierno no faltaba gente á la *reunión* que se formaba alrededor del blanco lecho de la enferma. Los criados traían botellas de vino nuevo. Aquello no parecía en verdad la casa de una enferma; se bebía, se charlaba, en tanto que el duro leño chisporroteaba en la vieja estufa. Durante el verano, á menos que el trabajo apremiara mucho, tampoco la dejaban sola. Por lo demás, ella no se fastidiaba nunca; pasaba largas horas contemplando el espectáculo que bajo aquel cielo azul se ofrecía á sus ojos; la redonda cima del Moleson con sus verdes laderas, las viejas casas de Gruyère, que parecían adormecidas en la colina alrededor del castillo; á lo lejos, las nuevas construcciones de los baños de Montbary y más cerca la diminuta ermita de Nuestra Señora del Campo, cuya blancura se divisaba al través de espesa arboleda. ¡Qué magnífico paisaje! ¡qué deliciosa quietud, qué esplendorosa verdura y qué delicados perfumes flotaban por el aire!... Los montañeses que habitan aquel país lo aman sin darse cuenta de ello, lo admiran sin comprenderlo. Pero la joven Anita comprendía y saboreaba aquellas delicias con reflexión; bien es verdad que no podía hacer otra cosa. Leía cuantos libros le entregaban los amigos, y recordando lo leído, lo contaba y comentaba de un modo tan sorprendente, que era la admiración de cuantos la oían; hasta el mismo cura, el maestro y el farmacéutico celebraban las sabias respuestas y el extraordinario talento de la muchacha.

—¡Qué lástima que una joven tan linda esté siempre enferma! repetían á porfía. Si estuviese sana valdría indudablemente mucho más que todas las del pueblo.

Y á menudo se preguntaban unos á otros:

—¿Es posible que andando el tiempo, cuando esté ya más crecida, no cure de su enfermedad?

Pero el doctor Napoleón Lupin había declarado formalmente que no curaría nunca, y como el doctor no solía equivocarse, se desesperaba ya de verla sana.

Pues bien, la persona que con más asiduidad visitaba á Anita, era el perverso Simón Vedille, quien, excepción hecha de las semanas que pasaba completamente achispado, raras veces dejaba transcurrir dos días sin ir algún rato á echar un párrafo con la muchacha. Presentábase allí muy amable y con cierta sonrisa de bonachón, que no le era por cierto habitual, y permanecía allí tranquilo á la cabecera de la cama, con las gruesas manos en las rodillas, como un perro de presa á los pies de su dueño. Entonces era muy razonable, y

cuando la muchachuela había oído hablar de sus calaveradas él bajaba la cabeza para escuchar los sermoncitos que le echaba. Atemorizado como un colegial pillado *in fraganti*, hacía dar vueltas al sombrero y repetía para disculparse:

—Sin duda alguna, Anita, sin duda que iría mejor si fuera de otra manera... Pero soy así... ¿Qué quieres que le haga?

En verano iba á buscarle rosagos, á los que era muy aficionada; llenábase de gozo el muchacho cuando ella le decía:

—¿Ves, Simón? cuando tengo aquí estas flores, me parece que me encuentro en lo alto del Moleson.

Aquel calavera que abandonaba á todas las muchachas, permanecía fiel á ésta hasta el extremo que sus compañeros de jolgorio, para hacerle rabiar, le pedían noticias de su buena amiga. Pero en cuanto á esto no toleraba bromas y la emprendía á puñetazo limpio; y como pegaba de firme, pronto les hacía callar. Además, aquella gran amistad por Anita era objeto de continuas habladurías:

—Á buen seguro que si no estuviera enferma, decían las gentes... ó si curase...

Y se sacaban de este inverosímil *si curase*, una tras otra, toda la serie de consecuencias imaginables; algunos, los más buenos, decían:

—Se casaría con la chiquilla y sentaría la cabeza.

Otros más escépticos:

—Haría con ella lo mismo que con las demás.

Quien resolvía el caso diciendo:

—Como no ha de curar...

Á pesar de todo Anita, que desde la edad de doce años quedó inmóvil en la cama, no cesaba de hacer magníficos proyectos para la época en que, según su modo de expresarse, volvería á encontrar las piernas. Cuando Simón le traía rosagos, decíale sonriendo:

—Cuando estaré buena iré yo misma á buscarlos... Sí, hasta lo más alto del Moleson.

El domingo, al oír las campanas y contemplar desde la ventana á sus amigas, que vestidas en traje de fiesta y con el devocionario en la mano pasaban por la calle, solía decir:

—En cuanto esté curada, iré á oír misa todos los domingos como las demás.

Á veces añadía:

—También iré muy á menudo á rezar en la capilla de Nuestra Señora del Campo.

Pero transcurría un año y otro año y Anita no curaba.

Sin duda que lo que más deseaba era rezar en la capilla de Nuestra Señora del Campo.

Y esta pequeña ermita blanca, que desde tantos años se presentaba esbelta á su vista, entre el follaje en verano ó entre la nieve en invierno, siempre inmóvil en su retiro, le atraía como una amiga desconocida. Parecíale que aquella Virgen, siempre misericordiosa para con los que sufren, la amaba mucho; pensaba muy á menudo en ella, y poseía una imagen suya en una estampita puesta en marco dorado y colocada sobre la cama. Y con tanto pensar en la Virgen, concibió una idea y una esperanza:

—¿No podría ser que la Virgen fuera más poderosa que el doctor Napoleón Lupin? se dijo.

Cómo se le vino esto á la imaginación es cosa difícil de averiguar; tal vez se le ocurrió después de haber soñado que recogía flores en torno de la capilla; ¿quién sabe? la chiquilla no se dió nunca exacta cuenta de ello. Lo que sí sabía con certeza es que aquella idea no se apartaba de su imaginación, que la esperanza crecía sin cesar, que había llegado ya el caso de no poder pensar en otra cosa. Durante mucho tiempo no se atrevió, sin embargo, á confiárselo á nadie. Se habrían burlado de ella; porque, ¿quién era capaz de creer que la Virgen estuviese dispuesta á hacer un milagro en favor de aquella infeliz y pobre muchachuela que ni aun podría ofrecerle algunos cirios?

Con todo, llegó á ser tan vehemente el deseo, que ya era imposible ocultarlo, y después



de preguntarse si confiaría el secreto á su padre ó al cura, resolvió, movida por un extraño impulso del corazón, dirigirse al incrédulo Simón Vedille. Sucedió, pues, que un día quedóse Simón más tiempo del acostumbrado junto á la cama de la muchacha, y ésta le dijo:

—Escucha, Simón; se me ha ocurrido una idea y quisiera hablarte. Pero es menester que me des palabra de no decírselo á nadie.

—Te lo juro, respondió Simón.

—Pues bien, ¡hela aquí!... se me ha figurado que si el día de la fiesta de la Virgen, alguien me llevara á su capilla, me pondría buena... Y me parece que has de ser tú el que has de llevarme...

Simón de pronto hizo con la cabeza un gesto de negación.

—Mucho mejor sería, dijo, llamar á uno de los más famosos médicos de Lausanne ó de Ginebra.

Pero Anita no quería; esto costaba muy caro; su padre no haría un gasto tan enorme sin tener la seguridad del éxito; además, bien sabía la muchacha que su enfermedad no era de las que curan los médicos. Simón, entonces, viendo que su resistencia entristecía á la niña, cedió, y acabó por prometerle lo que pretendía. No le hizo mucha gracia esta promesa, porque temía que en cuanto se divulgara, se burlarían miserablemente de él. ¡Era posible que un joven como Simón, que no creía en Dios ni en el diablo, que se emborrachaba en la taberna, mientras los demás iban á la iglesia, que era un perdis, se viera metido en un milagro! Pero, nada, Anita hacía de él lo que quería, y el caso era que no tenía valor para negarle lo ofrecido.

Llegó por fin la fiesta de la Virgen, y Simón, ayudado por Bujard, que tenía por un capricho aquella ocurrencia de la chiquilla, la colocó en un carretoncito y, como la primavera era fría, la madre la abrigó con muchos chales; luego emprendieron el camino. Anita estaba pálida, y con sus grandes ojos azules abiertos miraba asombrada todos los objetos que á su vista se presentaban: los árboles que empezaban á brotar; las primulas que ya estaban en flor á orillas del camino; el río, que pasaron sobre un puente de madera; los pájaros que cantaban saltando de rama en rama; las mariposas que revoloteaban sin cesar, y los insectos que zumbaban al sol.

El fresco del campo helaba sus mejillas, y la madre le arreglaba los chales, descompuestos por los vaivenes del vehículo. Simón repetía con ansiedad de vez en cuando:

—Hay que tener cuidado que no se enfrie.

Las personas que vestidas con el traje de los días de fiesta hallaban por el camino, quedaban admiradas, reíanse y bromeaban:

—¡Toma! Simón Vedille ahora se ha hecho enfermero... ¿Entrará en la capilla?... ¡Él que ha jurado no poner jamás los pies en ninguna iglesia!...

Poquito á poco llegaron á la ermita. Bajaron la niña del carrito á fuerza de brazos, y como no podía estar sentada, la tendieron sobre las baldosas de la iglesia, sin sacarla del colchón. Al cabo de un instante empezaba la misa; los fieles que á ella habían acudido admiraban aquel grupo singular que instintivamente les atraía. Tan sólo Anita habíase desvanecido en una especie de éxtasis, á causa de la inmensa alegría que las palabras divinas le producían. Simón estaba al principio de pie con el sombrero en la mano y con cierto embarazo propio de aquel que no está con libertad en un sitio; más tarde, cuando vió que todos se arrodillaban, también se arrodilló. Indudablemente no creía que aquellas ceremonias pudiesen curar á Anita; pero con todo, sin explicarse la causa, estaba conmovido y esperaba con secreta impaciencia que terminara el santo sacrificio.

EDUARDO ROD.

(Concluirá).



ESTUDIANDO MÚSICA.—CUADRO DE C. WALTHER

## EN MADRID



A chispa eléctrica, correveidile y zarandillo de nuestros tiempos, ha vivido cuatro días emancipada de su servidumbre, convertida en llama fatua y danzando por los hilos telegráficos, de los que esta corte es el ovillo, lo mismo que un mono funámbulo en la cuerda floja. Madrid, al ver que el rayo conductor de sus pensamientos se mudaba en pavesa inútil, no se ha conmovido, á decir verdad, muy hondamente; pero reconozcamos, hoy que el apuro ya pasó, que además de los extensos párrafos que el reportismo alborozado ha consumido en relatar el suceso, éste merecía un espectáculo de mayor alarma y el acompañamiento de alguna que otra endecha, dirigida á comentar las hazañas *fin de siècle* del fluido rebelde, ora refugiado en el misterio de las pilas, ora disparado por la longitud de los hilos, para regresar portador de respuestas cómicas é incongruentes á preguntas atribuladas y graves de toda gravedad.

La incomunicación parecía habernos vuelto á aquellos tiempos ya olvidados, y aun para muchos desconocidos, que pintaba un empleado viejo, ingerto en covachuelista y amante de la lentitud en las comunicaciones, el cual decía:

—Mire usted; á mí en Marzo del treinta y tres me dejaron cesante, y hasta Diciembre no llegó á Zamora la nueva de mi cesantía.

Cuatro días hemos estado recordando en los cafés y en los círculos aquel dulce pasado de los telégrafos ópticos, venerables aparatos con aspas y pesas, que gesticulaban desde la cima de una torre. Aquellos telégrafos que nos hablaban por muecas y ademanes, como los sordo-mudos, antes que Bréguet enseñara á los modernos el deletreo y Hughes les instruyese en el triquitraque parlante que cualquier telegrafista de hoy entiende al oído sin que le haga falta leer en la cinta azul.

Pero he dicho que Madrid no ha experimentado conmoción notable al encontrarse aislado del resto de la Península, y bien se lo explica cualquiera; que no están para sorpresas ni estremecimientos estos días que vivimos, en que las novedades gordas son plato diario, y en que no ha habido otro remedio que convertir en espectáculo curioso el conflicto más espantable. Tal vez por ahí se vaya al desarme de esta civilización en pie de guerra á que nos ha conducido la extremidad de nuestros pensamientos y de nuestras querellas. El día que una batalla no ocasione más trajín ni más cuidado que un sarao, se levantarán los campamentos y se arrinconarán las municiones.

Ya, por de pronto, hemos adelantado algún paso en ese camino: la huelga se ha hecho burguesa. La de los telegrafistas es una clase que vive á la parte de acá de la sociedad, en el hemisferio donde la dinamita se emplea tan sólo para buenas obras. Y eso prueba que la lucha no está únicamente donde pretenden los apóstoles del *meeting*, sino que está en todas partes porque en ninguna época como en ésta de estertor de un siglo ha tenido mayor realidad aquello de que nadie está contento con su suerte.

\* \* \*

Al concluir las hablillas de la huelga, Madrid se ha dado razón de que el calor aprieta rigurosamente, de que entre San Juan y San Pedro ya estamos en los treinta y seis grados, y de que el único que aquí no huelga es el verano.



La gente de rango y fortuna se aleja de sus salones, llevándose tras de sí el séquito de sus remedadores, cohorte infeliz de siervos que corren jadeantes en derredor del carro triunfal del lujo, para ser atropellados por él, sin obtener piedad ni gloria. Esta es la época en que el sesenta por ciento hidrófobo anda por esos hogares desencadenado y ahito. Las joyas van á los armarios del usurero, que las traslada al Monte; las mermadas rentas del quiñón remoto sufren una reducción para todo el año; la paga del ruin destino entra á descuento; en el juzgado municipal se celebran á la carrera los famosos juicios convenidos; y así, detrás de los potentados, se desatinan por esas calles en busca del *sleeping*, los enjambres de esas abejas que huyen de su colmena, familias locas, tributarias de la moda, que se aniquilan por darse un lustre en el que no llega á reflejarse el sol.

Entre los que pueden y los que quieren van dejando á Madrid despoblado. Suenan todavía la música de la última recepción, chispea el *champagne* del último *lunch*, los cronistas perfumados anuncian bajo la fe de sus seudónimos las últimas bodas aristocráticas de la temporada, y esos rumores espirantes del gran mundo que se desbanda, llegan á confundirse con el clamor de las verbenas, que son la alegría y el desahogo de los que no veranean en playas y balnearios.

La de San Juan es de todas ellas la más solemne y regocijada. Ahí, en el Prado, se hacinan las buenas hembras, los mazos de claveles y los tiestos de la morisca albahaca. Las buñolerías se llenan de humo y de sombras; anda por todos lados la fusilería de chanzas verdes y el rasguñar de primas y bordones, y se atropella el gentío bullicioso y trasnochador, desde las verjas del Botánico hasta la Cibeles. La pobre Cibeles, próxima á una mudanza forzosa, preside la función, encaramada sobre las ruinas de la que fué su fuente, como un inquilino desahuciado de esos que sacan sus muebles en medio del arroyo, después del lanzamiento, y se quedan filosóficamente sentados encima del montón, para que el día siguiente lo refieran los papeles.

Cierto que si la diosa tuviese dentro de su cabeza de piedra, tan hermosamente esculpida, unos cuantos gramos de cerebro que la permitiesen filosofar, consideraría que no sólo para las deidades de su estofa ha llegado la hora de las mudanzas. La verbena que preside, dista asimismo gran trecho de ser aquella típica fiesta de fuste español, que gozaron nuestros tatarabuelos. Allí, en la calvera que un decreto municipal acaba de abrir en la alturilla de un montículo quebrado, estuvo erigida durante siete años la pagoda flamenca, aquel angosto y feísimo teatro Felipe, donde el pueblo ha aprendido convencionalismos y amaneramientos, en los modelos de cigarreras descocadas, Menegildas sisonas, *ratas* y chulapas. De allí han salido trocadas en *couplets*, y tangos, y cante pateado la bonachona seguidilla con que Ramón de la Cruz terminaba sus sainetes, y la vaga canturía de malagueñas y soledades, en mal hora traída á los tablados públicos desde los patios y rejas de la candente Andalucía.

El pueblo ha querido hacer bueno el ejemplar que de él mismo le han pintado los falsos retratistas, y la mala copia ha enmendado el buen original. La verbena se ha convertido en *juerga*, á la cual acuden todos con voluntad y deseo de correrla.

Tras de la de San Juan, viene la de San Pedro, y en seguida comienza la sarta de verbenas de barrio y calle, en las que dominan los mismos rasgos y notas; la gallardía indígena con el adobo y la corrupción postiza, el alborozo inocentón y espontáneo con el alarde pretencioso y nada artístico.

El *barbián* ha sucedido al manolo, y la chula ha heredado á la maja. Las verbenas se irán del todo cuando la guitarra españolísima, de sones blandos y cariciosos, que todavía por gracia de Dios se escuchan, acabe de ser vencida por el acordeón y la ocarina, dos instrumentos cosmopolitas que hacen coro al estridente piano de manubrio, y juntos conspiran por destrozar la armonía y hasta el compás de la música de nuestra tierra.

JOSÉ FELIU Y CODINA.



# UN ERROR

FOR

CARMEN SILVA

(LA REINA DE RUMANÍA)

(CONCLUSIÓN)

**J**OAQUÍN prosiguió como si no estuviese ella presente:

—Vino entonces el período difícil, los días en que me fué preciso desacostumbrarme de relacionar con ella todas mis impresiones y todos mis sentimientos. Si cuando menos por medio de la imaginación hubiese podido vivir junto á ella, me hubiese tenido por dichoso; mas esto no podía hacerlo porque era un crimen. Fuíme á ultramar. Con frecuencia una ola me traía su recuerdo; mas las olas se estrellaban en el barco y en la orilla. Allá cambié de vida, entregándome á la investigación y al trabajo, y poco á poco volvieron mis pequeñas alegrías: las espléndidas coloraciones de los trópicos, mi casa original, el maravilloso jardín que arreglé á su alrededor, el mar, la pesca... el mar, que me recordaba mi infancia y no mi amor, el sol dorando los campos, el cielo inmenso extendiendo sobre mi cabeza su bóveda majestuosa... Así pasaron los años: convertíme casi en un viejo, y ahora, al pensarlo, no sé qué ha podido traerme aquí. Mi hermano había muerto hacía mucho tiempo... el día en que recibí esta noticia fué para mí un día malísimo, ¡Dios sea loado! bien lejos está. Su mujer se había convertido en una persona extraña para mí y á su hija nunca la he visto.

—¿Y qué has pensado de la mujer de tu hermano al verla nuevamente?—interrumpió Eduvigis.

—¿Es acaso la viuda de mi hermano? Por lo menos no me ha causado esta impresión, sino que me ha asombrado. Es una gran señora que sigue su camino; la joven brillante se ha transformado en artista eximia, que ha soportado sola las penas; mas Wolff no ha dejado rastro alguno en su existencia.

La condesa sonrió nerviosamente y se sintió molesta. ¡Qué montaña había él levantado entre ambos después de la conversación amigable de la víspera! Iba faltándole la sangre fría: alzóse y se dirigió á la pieza contigua. Joaquín permaneció inmóvil, como petrificado en su sitio. Llegaban arpegios á sus oídos, el preludio de una fantasía de Chopin. A la fantasía siguió una polaca, luego una marcha fúnebre, todo de Chopin, de Chopin exclusivamente, tocando ella como jamás lo hubiese hecho. Él no perdía una nota, abrumado en su admiración.

—¡Ah! ¡es ella misma! No es ni la mujer ni la viuda de nadie,—murmuró acercándose

al piano,—sino una individualidad poderosa que no puede ser esclava de nuestras estrechas preocupaciones. Tiene el derecho de hacernos desgraciados á todos, porque hemos sido sobrado audaces al pretender apoderarnos de su vida.

Estremeci6se Eduvigis, pero al oír la voz de Joaquín encontrábase él junto á ella, apoyada la mano en el pupitre del piano y mirándola. Ella parecía seguir sus propios pensamientos.

—¡Si pudiste arrancar su recuerdo de tu corazón, no la amabas! Cuando se ama esto es imposible,—dijo ella con tono áspero.

—¿No has apartado tú nunca el pensamiento del otro?

—¡Nunca!

—¡He ahí la mujer á quien idolatraba mi hermano!

Alzó ella los ojos.

—¡Ah!—dijo muy tranquila, casi con frialdad,—nunca lo sospeché, porque vió en mí siempre una serenidad perfecta. Tú no creerás, Joaquín, que era yo la más alegre de los dos. Si soñaba en distracciones, eran para él, jamás para mí, porque mi corazón estaba herido; pero cuantos me veían envidiaban mi humor siempre igual. Por lo demás, puedes estar tranquilo: su hija le ha adorado y lo que me pediste lo hice. Wolff nunca se lamentó de otra cosa más sino de que tenía poco corazón, y decía que lo habían paralizado mis perpetuos ejercicios musicales. Hasta decía que su vida hubiera tenido más interés si de vez en cuando le hubiese dado motivos para estar algo celoso.

—Lo imagino,—dijo Joaquín con amargura,—cuando me represento la mujer de mi alma, mi mayor tesoro en la tierra, fría conmigo, un pedazo de mármol en vez de un corazón viviente. ¿Ves, Eduvigis? No tienes tú la menor idea de lo que es el amor, ó no habrías caído en el error de creer que podías hacerle feliz. Aquel á quien amabas ¿no te enseñó á observar tu propio corazón?

—No, porque lo había pisoteado,—contestó Eduvigis con energía.—Me desdeñó en el instante en que me hallaba dispuesta á consagrarle todo mi ser. ¿Qué piensas tú que siente entonces un carácter orgulloso, una mujer amante?

—¿Te desdeñó? ¿Y cómo te imaginabas tú, pues, el porvenir con él?

La condesa hizo vibrar un acorde raro, parecido al son de las cuerdas de un arpa, sonrió ligeramente é inclinó la cabeza, siguiendo, diríase, el sonido que iba perdiéndose.

—Como el cielo,—murmuró ella.

—Advierto,—dijo él con triste sonrisa,—que no se muere uno por causa de un monstruoso error.

Habíase echado en un sillón, caídos los brazos.

—Has sobrevivido á tu amor, ¿por qué habías de morir ahora siendo ya todo cosa pasada?

—Porque uno puede sacrificar su propia vida y clavarse el puñal en el pecho, mas es asunto de no notar demasiado tarde que se ha hecho inútilmente.

—Y ¿tú lo has notado?

—Eduvigis, pienso que amaba á mi hermano más que á mí mismo, puesto que, al confesarme su pasión hacia la mujer elegida de mi corazón, fuí á pedirla para él y se la entregué el día mismísimo en que había soñado que sería mía. Estaba junto al altar cuando mi hermano y ella cambiaron los anillos, y me desterré en seguida. ¡Vuelvo, y vuelvo para descubrir que he estado sordo y ciego, que he cometido un error irreparable, que he sacrificado vanamente mi felicidad, y que mi mismo amor era también sólo un error cruel!

Ocultó el rostro entre sus manos. Habíase levantado la condesa, pálida como un fantasma y semejante á una flor rara, abatida por el viento otoñal; cayó de rodillas ante él, le apartó del rostro las manos y las apretó fuertemente contra su pecho.

—Joaquín, Joaquín mío, á ti solo he amado, á ti únicamente durante toda mi vida. Me entregué á la desesperación al creer que me desdeñabas. Cuando me dijiste: «Haz dichoso á



mi hermano,» probé de hacerle feliz. La lucha fué terrible, lloré días y noches y huyó de mí el sueño. Joaquín, te he amado desde el primer despertar de mi alma. Tú lo eres todo para mí. ¡Te he querido lo más que pueda quererse, después de Dios!

La sangre se le agolpó en la cabeza á M. de Asmar. No pudiendo proferir una palabra, la estrechó con fuerza contra su pecho. Ella le dejó hacer su voluntad, humedeciendo con lágrimas sus hombros. Los labios de Joaquín llegaron hasta sus cabellos. Eduvigis fué la primera en hablar.

—Ya ves, Joaquín, que no tienes razón para morir. Por tí me sacrificué, por tí exclusivamente. No pudiendo ser tu mujer, quise ser tu hermana, y con afecto verdadero de hermana hice cuanto se me ocurrió para hacerle soportable la vida á Wolff. Siempre he sido digna de tí. Era una parte de tu alma, y sin saberlo completé tu sacrificio. Ahora estas amarguras han pasado, y soy la mujer más dichosa del mundo porque no me has despreciado. Mas, ¿por qué no me dijiste la verdad? Mi desesperación no hubiera sido tan grande. Lo que he hecho, por tí lo he hecho, creyendo en que te era indiferente, y pensando sólo en mi larga y pesada existencia: «¿estará contento de mí?» Hoy tú vuelves, y á la vez me anonadas y me transportas al cielo, ¡todo en un instante! Todos mis sufrimientos quedan borrados, como si no hubiesen existido. ¡Mi vida ha sido hermosa y feliz porque tú me has amado!

Acariciaba él sus cabellos y su rostro, esforzándose para hablar, pero sin poder hacerlo. En ella, por lo contrario, parecía que se habían roto todos los diques, derribado todas las barreras. La ternura casta, por tanto tiempo oculta, salía á borbotones de su alma, con la fuerza de la juventud. Necesitaba desahogarse por lo que había padecido, cuando no contaba con el apoyo de una palabra ni de una mano amiga. Como hubiera podido hacerlo en otro tiempo, derramaba á sus pies todos los tesoros de su corazón puro y virginal.

—¡Haidí!—murmuró él muy bajo.

—¡Y oír de tu propia boca que había sido una fría coqueta, ahora, tras de tantos años!... Joaquín, no merecía yo esto. Tú no conocías mi terrible situación; no podías imaginar qué cosa es verse perseguida por los homenajes de un hombre, bajo cuya dependencia te encuentras, y no poder decir de ello una palabra sola á alma viviente para no rebajar á aquel de quien coméis el pan; esperar en alguien, ver en él su salvador, y cuando llega, al lanzarse el corazón hacia él, oírle decir: «¡Sé la esposa de mi hermano!» De su hermano, opuesto á él en todo.

—Estuve loco...

—No, tú fuiste el mismo, Joaquín; el hombre á quien había amado é idolatrado, aquel que no se acordaba nunca de sí propio, y que este instante me ha devuelto.

Levantóse, indecisa todavía si iría á confiar al piano las emociones de su alma. De pronto, el salón quedó á oscuras; un solo hilo de luz venía del *boudoir*. Joaquín, inmóvil hasta entonces, fija la mirada, volvió en sí.

—¡Las lámparas!

—¡Déjalas! ¿Qué te importan en tal momento estas pequeñas cosas?—dijo ella casi impaciente.

A pesar de lo cual, fuése él al *boudoir* y trajo la lámpara que había en la chimenea, adoptando las disposiciones oportunas para que á su vez no volviese á dejarles en la oscuridad. Con esto se había calmado. Eduvigis seguía aún apoyada en el piano, como él la había dejado, con idéntica exaltación en la mirada. Al contemplarla así un dolor agudo suspendió casi los latidos de su corazón. Mas hallábase acostumbrado á dominarse.

—He comenzado la noche,—dijo él como soñando,—por bajar la luz de una lámpara que humeaba, y la acabo impidiendo que se apague. La noche está adelantada y es preciso que marche mañana á las ocho.

Su voz estaba de tal modo alterada, que se extendió como una sombra por el rostro de

Eduvigis. Sus palabras de amor y de fidelidad le parecían ahora un sueño, y se sentía inclinado á llorar, á llorar todavía, sin cesar nunca.

—¡Cuántas veces, allá abajo, mis ensueños me conducirán aquí! ¡Cuántas veces seré huésped movable de este salón!

Eduvigis sonrió para no sollozar.

—¡Naturalmente!

—Tu vida es rica en satisfacciones: la he compartido algunos días. Tú eres un centro que atrae á muchos, entre quienes figuran gentes distinguidas y de talento. También yo me siento satisfecho de mi existencia, que, sin embargo, no es otra cosa más que la vida monótona del célibe.

Paróse un momento como aguardando una protesta, que no vino, y prosiguió luego con calma:

—Las flores son mis delicias. He aclimatado la rosa de Europa en mi jardín. Además encuadernar; porque no habiendo podido encontrar en París, ni en Berlín, ni en Londres un libro á mi gusto, resolví aprender el oficio. Cuando quieras, Eduvigis, tener un libro bien encuadernado, envíamelo.

No respondió ella nada, pero quedaron velados sus ojos brillantes.

—Mis horas de escritorio son cortas, duermo poco, y, con todo, siempre me falta tiempo. Una ocupación lanza á la otra.

—O tú te lanzas á tí mismo,—repuso ella con forzada sonrisa.

Un frío glacial se apoderaba de ella; era la reacción que sigue á todas las emociones apasionadas.

Sin interrumpirse, continuó él su pensamiento:

—Tenemos poca sociedad; á otros no les bastaría; pero yo me encuentro mejor allá que en Europa.

Esta última frase tenía el tono de una pregunta; mas ¿qué podía responder ella? ¿Rechazarla ó aceptarla?

—¿No has deseado nunca abandonar el mundo en que vives?—preguntó él bruscamente, mirándola.

Una timidez inexplicable le apretó la garganta á Eduvigis y la sangre le coloreó las mejillas.

—¡Oh, no!—dijo al fin.

Volvió Joaquín la vista, demasiado tarde sin duda, porque también se le encendió el rostro. Eduvigis buscaba un asunto de conversación indiferente, pero cuanto se le ocurría relacionábase con algo que quería evitar.

—¿Por qué vas á Roma?—preguntó al último.

—Para ver á la hija de Wolff,—contestó él distraído.

Y, encendiéndosele aún más el rostro, prosiguió:

—Para aprender á conocer á tu hija.

Parecióle á Eduvigis que un viento frío había atravesado por la cámara. Las palabras «la hija de Wolff» sonaban con dureza en sus oídos, como si jamás las hubiese escuchado. «¡La hija de Wolff!»

Joaquín permanecía inmóvil junto á la chimenea; ambos, hablando, habían entrado en el gabinete. A Eduvigis le temblaban las piernas; ¿qué significaba esto? Irguióse para que el temblor no invadiera todo su cuerpo. Él la buscó con su mirada, y de nuevo suavemente, con la dulzura que de su boca había pasado á sus ojos, exclamó:

—¡Qué hermosa eres, más hermosa que antes! Naciste para la majestad: las líneas de tu cara han llegado á la mayor perfección.

—¡Joaquín!—dijo ella tapándose el rostro con las manos,—me confundes: ¡una vieja como yo!

—Para mí no eres vieja: la diferencia entre los dos es siempre la misma. ¿Ves?—y cambió la entonación de su voz,—esta velada me ha dado más que mi larga vida toda entera. Te he tenido en mis brazos y he oído de tu boca lo que no puedo creer con sangre fría. ¡Me has amado de verdad!

—No, Joaquín, no es esto, no te he amado... te amo todavía.

Miróla él irresoluto.

—Fuerza es que me marche,—dijo cogiendo bruscamente el sombrero,—Eduvigis, mi pequeña Haidi, es preciso que me vaya lejos, bien lejos y para siempre...

Inclinóse él hacia la mano de ella para besarla. Vaciló ella un instante; una ola de púrpura subió hasta su frente. Eduvigis puso la otra mano en el hombro de él.

—No, Joaquín, tu no marcharás así; tú me llevarás contigo. ¿Lo quieres?



LA SANTÍSIMA VIRGEN CON EL NIÑO JESÚS

ESCULTURA DE RAFAEL ATCHÉ





EL GENERAL BRUNE EN CASA DE CAMILO DESMOULINS. — CUADRO DE F. FLAMENG



# LOS INSECTOS DAÑINOS

## I

La polilla.—Las pulgas.—Los pulgones.—Las hormigas

### LA POLILLA

La polilla es un insecto del orden de los lepidópteros, cuyos estragos tan sólo pueden compararse con los que causan las ratas y los ratones.

Las polillas dañinas son las siguientes:

Polillas del paño	Tinea sarcitella.	Fabr.
» de los tapices	» tapezalla.	Gat.
» de las pieles	» pelliarella.	Gat.
» del cuero	» crinella.	Tr.

Cuando son larvas, que es cuando son temibles, cortan con las mandíbulas el hilo ó el pelo que les sirve de alimento y forman con ellos una envoltura, dentro de la cual sufren la metamorfosis. Estos insectos no destruyen nunca los productos epidérmicos en tanto que éstos se conserven sobre los animales; pero, en cambio, las lanas almacenadas, los cueros y las pieles que se conservan para envolturas, son el objeto predilecto de sus destrucciones.

Vamos á indicar varios medios para destruirlas:

#### 1.º Tintura china:

Pimienta de España ó coloquíntida molida.	1 gramo
Alcanfor.	1 »
Alcohol de 80º.	8 »

Se deja en infusión durante diez días, se exprime y se filtra. Rocíense con este líquido las ropas y las pieles que se deseen conservar, y envuélvanse inmediatamente con una tela compacta, de modo que queden muy apretadas. Esta tintura es la que emplean los rusos para conservar las pieles.

2.º El ácido fénico impuro hace desaparecer fácilmente la polilla: basta para ello empapar con este líquido una esponjita que se introduce en un frasco de ancha abertura, y colocarle en los armarios que deben encerrar los objetos que se trata de conservar. El olor del ácido fénico es muy fuerte, pero no tiene nada de desagradable.

3.º Otro medio consiste en dar una ligera capa de espíritu de trementina en unas hojas de papel colocadas sobre los muebles y demás objetos atacados por la polilla. También se pueden rociar con el espíritu de trementina las pieles y los tejidos de lana, así como los cajones ó cestos que los contengan. Para que desaparezca el olor desagradable de aquella sustancia, basta exponer los tejidos á la acción del aire.

4.º Hay muchos comerciantes en paños y lanas que

TOMO I.—27.

colocan pedacitos de alcanfor del tamaño de una nuez moscada en unos papeles y sobre los estantes de sus tiendas; con esta precaución, y limpiando además los tejidos cada dos, tres ó cuatro meses, se libran de la polilla. Mejor que el alcanfor son los polvos de naftalina, cuyo olor no resiste ningún insecto.

5.º Cuando la polilla se ha convertido en mariposa, puede destruírsela colocando en el suelo, en medio del aposento, una gran palangana llena de agua, y tomando la precaución de cerrar perfectamente las ventanas. Las mariposas se ahogan en la palangana.

Las larvas de la polilla de granos son de un amarillo casi blanco, y tan delicadas, que no pueden sufrir el menor choque. Viven en el interior de los granos de trigo que reúnen en pelotones con el auxilio de finísimos hilos, entre los que dejan espacio suficiente para poder circular fácilmente. Una vez sujetos los granos, construyen su capullo de seda blanca, que les sirve de vestido y que arrastran consigo, no sacando más que la cabeza para roer los granos más próximos. En las capas superiores es donde hacen siempre estragos. Cuando se pasa mucho tiempo sin removerse los montones de trigo, se ve que todos los granos de la superficie están atados por una especie de redcilla y forman una compacta corteza. Si se intenta romperla, escapa la polilla refugiándose en las paredes vecinas, donde espera el momento favorable para continuar la obra destructora. Cuando el trigo está atado por la polilla gusano, el fondo del montón queda completamente lleno de granitos blancos, parecidos á la flor de la harina y producidos por los residuos de los granos rotos y por las deyecciones de los gusanos; si se mete la mano en el montón se quedan en ella. Cuando ha llegado el momento de la metamorfosis la larva abandona el montón de trigo, se introduce en las grietas de los muros, y, una vez allí, hila un capullo de la forma y tamaño de un grano de trigo, del cual sale ya convertida en mariposa.

El mejor medio para librarse de la polilla consiste en someterla á continuas sacudidas, que acaban por destruirla. Se alcanza este resultado por medio del harnero mecánico insecticida de *Dayère ó mata-polillas*.

En defecto de este instrumento, se evitan los perjuicios que causa en el granero la polilla, arrojando con fuerza con la pala los granos contra el muro.

Para evitar que se apolille el trigo y demás cereales, queda todavía otro medio sencillo y seguro, que consiste en cubrirlos con una capa de polvo de carretera del grueso de dos á tres milímetros.

### LAS PULGAS

La pulga común (*Pulex hominis*) es un insecto del orden de los dípteros. Las hembras ponen de ocho á



doce huevos ovoides lisos, del tamaño de la cabeza de un alfiler, algo viscosos, blancos, y los dejan caer al suelo. Estos huevos se encuentran generalmente en la ropa sucia, en los muebles viejos, en las grietas del entarimado, en el serrín, etc. Determinadas condiciones favorecen el desarrollo de estos insectos; así, se las encuentra, por ejemplo, casi siempre en habitaciones sucias ó abandonadas, en los bosques, en ciertas playas frecuentadas por bañistas y pescadores.

Se emplean para destruirlos unos polvos insecticidas á base de flor de pelitre ó de ajeno, ó bien el petróleo. También se combaten con éxito dejando secar á la sombra menta acuática, que se mete en un saquito y se coloca entre los dos primeros colchones. El olor de aquella planta basta para hacer perecer los molestos insectos.

La pulga del perro es mucho mayor que la común ó del hombre; quedan ordinariamente los huevos de este insecto adheridos á los pelos del animal. Esta especie puede pasar del perro al hombre.

Se destruyen por medio de polvos insecticidas (pelitre estafisagra), baños sulfurosos, jabonosos ó con una mezcla de bencina. Se recomiendan las virutas de pino para lechos de las perreras.

#### LOS PULGONES

Se reconocen fácilmente estos insectos por los dos cuernos ó pezones que, situados en la extremidad del abdomen, se dirigen hacia arriba. Estos pezones segregan un líquido de un sabor dulce de azúcar muy buscado por las hormigas; de ahí el nombre de *vacas de hormigas* con que son conocidos aquellos insectos; viven en los rosales, los saúcos, los pequeños olmos, los álamos, los nogales, los melocotones y las habas; roen las hojas y las ramas, cubriendo la superficie del excremento, sobre el que no tarda en pegarse el polvo de la atmósfera.

Muchos son los procedimientos indicados para librar á las plantas de los pulgones que sustentan; se ha propuesto la supresión de las ramas invadidas; las rociadas de agua salada; las fumigaciones de tabaco practicadas con un aparato especial; también se ha empleado el zumo del tabaco en proporción de un litro por cada ocho de agua. Esto se ha de hacer antes que el mal tome gran incremento. Se pasa sobre las ramas una esponja empapada en aquel líquido, ó bien, si es posible, se sumerge la extremidad de las ramas en un vaso que lo contenga.

En cuanto al pulgón del manzano, M. Bossin emplea el siguiente procedimiento: Quita del pie del árbol invadido una capa de tierra de algunos centímetros, y la sustituye por una de carbón de leña triturado, de unos 10 centímetros de espesor. Extiende luego sobre el tronco de los árboles una lechada compuesta de guano, azufre y cal diluida en agua, y repite esta operación al cabo de diez días, después de los cuales alcanza el resultado que se propone.

Otro medio se aconseja también para combatir aquel insecto; consiste en poner alrededor de los árboles in-

festados, cal muerta que ocupe un espacio de 20 centímetros en una circunferencia de 50 de diámetro.

El pulgón lanífero desaparece para siempre si se planta junto al manzano la *Tropaeolum majus* (capuchina común), y se procura que se desarrolle esta planta á lo largo del árbol.

En cuanto al pulgón del peral hay distintas opiniones, unos aconsejan que se frote la corteza con arena fina y se rellenen las grietas con lechada de cal, otros que se pase ligeramente la llama por la corteza; los hay que aconsejan que se moje superficialmente dicha corteza y que se insufla polvo de pelitre en las grietas, y por último, los hay también que dan como seguro las lociones con lejías alcalinas débiles ó untar la parte con aceite de lino secante ó coaltar.

En algunos países se acostumbra plantar al pie de las paredes destinadas á los perales cultivados en espaldares, puerros, cebollas y ajos; se cree que la presencia de estas plantas basta para precaverse del pulgón.

Se puede, además, emplear otro procedimiento que consiste en hacer hervir un kilogramo de hojas de alcachofa en diez litros de agua. Regad ligeramente con esta decocción los melocotones, los árboles y las plantas invadidas. Los árboles en los que se emplea este tratamiento recobran el color y vegetan con nuevo vigor.

El pulgón negro es uno de los más temibles enemigos de las cucurbitáceas, especialmente de los melones y cohombros; M. Leoncio de Gambertye tuvo la idea de emplear, en vez de la encamadura de estiércol, la cascá recién sacada de los hoyos y con la cual cubría el suelo. El éxito fué completo; ni un solo pulgón reapareció.

Este procedimiento podría también emplearse para la destrucción de otras especies de pulgones.

En los invernáculos se obtiene la destrucción de los pulgones machos encendiendo por la noche una lámpara recubierta de una campana de un tejido de alambre finísimo, impregnada de alquitrán ó de liga. Los pulgones machos revolotean alrededor de la lámpara donde se quedan pegados y no tardan en perecer.

James Ingrand propone otro medio, que consiste en tomar hojas de laurel almendra que contienen un principio análogo al ácido prúsico, molerlas y colocarlas por la noche á la entrada del invernáculo esparcidas por los pasillos, entre las macetas, sobre los cajones y en cantidad proporcional á las dimensiones del local. En un invernadero de 7 metros de largo por 4 metros de ancho, empléase medio hectolitro de hojas molidas que se guardan en depósito para renovarlas á medida que se van destruyendo. Cuando sólo hay algunas plantas atacadas, esparcir en los invernáculos 500 gramos de hojas molidas y dejarlas allí por espacio de siete u ocho horas. Las horas de la noche bastan para destruir los pulgones, piojos y cochinillas, y para que se sequen y caigan convertidos en polvo.

Otro de los medios indicados es el empleo del jabón. El modo de aplicarlo consiste en preparar una solución de esta sustancia en agua (1 parte de jabón por cada 10 de agua) y lavar con un pincel las partes invadidas por los insectos: se pueden también sumergir en un vaso de agua jabonosa, pero tan sólo por espacio de algunos

segundos, y las ramas de las hojas atacadas. Si una operación no es suficiente se repite la lavadura ó la inmersión, y de este modo el éxito es seguro.

Todavía hay otro procedimiento más económico, que consiste en sustituir el jabón por el acfbar, cuya sustancia es mucho más barata. Se disuelve un gramo de acfbar en un litro de agua, y con una brocha ó pincel se embadurnan todas las partes del vegetal invadidas por los pulgones. Si se ha preparado gran cantidad de dicha solución, la sobrante se puede utilizar para inmergir en ella las semillas, los guías, los rodrigones, las latas para espaldares ó bien echarla en los surcos infectados por las linazas ó regar con ella las legumbres devoradas por las larvas, con tal que estas plantas sean cultivadas para aprovechar sus raíces ó sus granos y no sus hojas.

Por último, se preconiza el agua amoniaca de las fábricas de gas, para destruir esos animales. Con ella se rocían las hojas, las ramas y los troncos, de manera que resulten lavados. Practicándose esta operación una vez en Marzo y otra en Junio, se obtienen muy buenos resultados, el agua que cae al pie de los árboles y penetra en la tierra mata los insectos que ésta contenga; si se emplea el agua de las fábricas de gas es necesario mezclarle agua ordinaria, á fin de no quemar las hojas.

M. Cloëz ha inventado un licor insecticida cuya fórmula es como sigue:

Raíces de cuasiamara cortadas en pedacitos.	5 gramos
Semillas de estañisagra pulverizadas.	1 "
Agua.	150 "

Se hierve la mezcla hasta reducirla á cien gramos y se cuela. Este cocimiento sirve para embadurnar los vegetales atacados por el pulgón.

#### LAS HORMIGAS

Estos insectos se conocen ordinariamente por las obreras ó hembras imperfectas que no tienen alas y ejecutan los trabajos de estas pequeñas ciudades llenas de vida que se encuentran al pie de los árboles frutales y en los tiestos ó macetas donde se cultivan flores. Son muy molestos, pues atacan los frutos, roen una infinidad de sustancias é introduciéndose en las viviendas, causan perjuicio en las provisiones. Particularmente en el campo es donde se sienten con más fuerza las incomodidades que ocasionan.

Las especies provistas de aguijones pueden producir unas picaduras en general de poca importancia; las que carecen de estos órganos, cuando se introducen por los vestidos, causan en la piel un escozor más ó menos

fuerte, que desaparece después de una lavadura de agua clara ó mezclada con aguardiente.

Vamos á exponer los distintos medios de destrucción que contra estos insectos se han empleado:

I. Un buen medio de destrucción es el empleado por los jardineros. Consiste en colocar una botella de agua azucarada ó con miel al pie del árbol invadido, ó bien ponerla en una rama del mismo. Como las hormigas son muy aficionadas á todas las sustancias que contienen azúcar, se introducen en la botella y se ahogan. Es preciso tener cuidado de renovar el líquido de vez en cuando.

II. Se puede impedir que las hormigas se encaramen á los árboles colocando alrededor de los tallos un anillo de algodón en rama; también se les intercepta el paso untando la base del árbol con una sustancia pegajosa, por ejemplo, con pez ó liga; se obtiene el mismo resultado colocando alrededor del árbol un lazo ó atadura de paja embebida en agua con una disolución de acfbar. Cuando se hace uso de sustancias viscosas para impedir que las hormigas suban á los árboles, es necesario retirar de vez en cuando las que han quedado pegadas.

III. Otro de los procedimientos empleados es el siguiente: se coloca en la entrada del hormiguero un tiesto embadurnado interiormente con miel. Cuando un gran número de hormigas ha penetrado en el interior del vaso, se las mata fácilmente echándole agua ó pegando fuego.

IV. Puede obligarse á las hormigas á que abandonen el hormiguero echando en él agua disuelta con un poco de aceite, revolviendo á menudo ó mejor aun colocando pedacitos de cerafolio verde ó de hinojo común en los agujeros por donde salen las hormigas.

V. Para arrojarlas de los armarios en que han penetrado, colócase en ellos un plato con hojas de ajeno verde sobre el cual se echará un poco de agua hirviendo, cerrando luego el armario ó bufet. Las hormigas huirán en seguida para no volver; si no se tiene ajeno, póngase en el último compartimiento del mueble un limón, que se deja corromper, ó bien polvoréese con poso de café.

VI. Las hormigas penetran alguna vez en las colmenas para coger la miel; si se quiere evitarlo, colóquense sobre un banco de madera sostenido por cuatro pies de hierro. El extremo de cada pie debe apoyarse sobre una piedra honda que pueda llenarse de agua. Esta barrera líquida bastará para impedir por completo la invasión.

VII. Cuando las hormigas se han fijado en una maceta ó tiesto de flores, para quitarlas basta regar á menudo la planta, de modo que se conserve húmeda la tierra, y desaparecen muy pronto de su hormiguero.—\*\*\*

## ABD-EL-KADER

Pronto crecerá la luna,  
mi caballo tendrá sed,  
y beberá en tu laguna,  
puerto de Babeloné;

Mas en las aguas traidoras  
la luz perderá y la vida,  
que son aguas matadoras  
de laguna maldecida.

Son aguas de amargas hieles,  
pues en ellas los cristianos  
abrevaron sus corceles  
y laváronse las manos.

¡Argel!... ¡ciudad de dolores  
enlutada de pesares!  
¡Tú serás cuna de flores  
a la orilla de los mares!

Oprimida no resistes  
a las huestes extranjeras;  
¡tus pilotos están tristes,  
sentados en las riberas!

Bien pronto, ciudad amada,  
te verán los ojos míos,  
como flota engalanada  
de fortísimos navíos,

Que con mil flámulas puestas,  
y mil broncos tronadores,  
quiere celebrar las fiestas  
de sus reyes vencedores.

Alzarás arcos dorados  
vestidos de hermosas granas  
a mis árabes montados  
en tus yeguas africanas.

Yo, a quien noble origen dan  
los califas fatimitas,  
predicaré el Alcorán  
en una de sus mezquitas;

Y otra vez rica serás  
en buques y en marineros,  
y en los mares dormirás  
sin cadenas de extranjeros.

¡El desierto es mar de arenas  
con golfos y tempestades!...  
Hijos de las nazarenas,  
¿qué halláis en sus soledades?

Idólatras de tesoros,  
¿qué encontráis en sus regiones?...  
La muerte entre amargos lloros,  
y rugidos de leones.

Vuestras madres son crueles,  
que os besan en las mejillas  
al partir de los bajeles  
para ver nuestras orillas.

Que os envían a morir,  
y en lugar de deteneros,  
os dan besos al partir,  
y os dicen que sois guerreros.

Allí tenéis claras fuentes  
y muy deleitosos ríos;  
os bañáis en sus corrientes,  
y templáis vuestros estíos;

Tenéis frescas hermosuras,  
y allí les cantáis amores,  
apurando tazas puras  
de aromáticos licores.

Ellas visten ricas sedas,  
y en magníficos estrados,  
respiran las auras ledas  
de jardines regalados.

Pobre tienda es nuestra casa;  
desiertos son los caminos;  
aquí hay sol que nos abrasa,  
y un viento de torbellinos.

Las hijas de las arenas  
llevan trenzas prolongadas;  
que en las espaldas morenas  
caen como desmayadas:

Y en sus festines nupciales,  
su cabello han adornado  
con vidrios y con corales,  
y con dientes de pescado.

Volved a vuestras guaridas,  
extranjeros ambiciosos,  
y volved a las queridas,  
que os esperan por esposos.

Abandonad nuestras playas,  
ó temed nuestros puñales;  
heridos con azagayas,  
seréis pasto de chacales.

Mis árabes son osados,  
no ignoráis su fortaleza,  
y en corceles estimados  
cabalgan con más destreza.

Yo he jurado a mis destinos  
arrancar en mis furoros  
de los muros argelinos,  
las banderas tricolores.

J. AROLAS (1).

(1) Arolas nació en Barcelona en 1805, pero fué educado en Valencia, donde murió en 1849. Desde joven se dedicó a la carrera eclesiástica y profesó en las Escuelas Pías. Como la mayor parte de los poetas románticos, le fué de grande utilidad la educación clásica que había recibido. Las composiciones que mayor fama le adquirieron fueron las llamadas orientales, que el P. Blanco califica de «dechado de inspiración colorista, tal como nunca se vió en castellano, y que solamente podría encontrarse en las canciones persas y arábigas, cuya disposición imita y cuyo lenguaje, abrasador como las arenas del desierto, hizo suyo el poeta escolapio.»





# ¡SOLEDAD!

NOVELA ESPAÑOLA

FOR

D. C. SUÁREZ BRAVO

## CAPÍTULO IV

LA DUQUESITA

« Ricorditi di me che son la Pia. »  
(*Dant. Purgat.*)

Todas las gentes elegantes de Madrid se codeaban al siguiente día, ó á la siguiente noche, en los salones de la duquesa de Montilla. Pertenecía ésta por su clase y nacimiento á la vieja sociedad del blasón, y por sus hábitos é inclinaciones al improvisado mundo de la política, del dinero y de los goces. Tránsfuga de la nobleza de linaje, con cuyas tradiciones había roto por

completo, usufructuaba, sin embargo, en medio de la sociedad mundana en que vivía, el histórico prestigio de su nombre y de sus cuarteles. Las revoluciones, que todo lo pueden deshacer, y el oro, que es capaz de hacer tantas cosas, no pueden, sin embargo, hacer ni deshacer tiempo, y el tiempo es el que penetra los nombres y las familias de aquella cualidad generosa é incorruptible, que como el rancio de los vinos, ninguna ficción es capaz de reemplazar en la estimación de los hombres.

Tenía la duquesa de Montilla hermosura y juventud tenaces. Viuda á los cuarenta años, edad en la que otras mujeres comienzan á hacerse viejas, entabló no sin éxito un duelo á muerte contra el tiempo, y llevaba ya bastante años disfrutando casi sin rival del cetro de la belleza y de la moda. Como Diana de Poitiers y como Ninon, tenía atractivo más peligroso que el de las beldades jóvenes, porque estaba regido por el cálculo y elevado á la categoría de ciencia. Era difícil trazar en sus hechizos la línea divisoria entre lo verdadero y lo falso. Tenía todavía buen talle, que la maternidad no había deformado, y hermoso busto de formas clásicas. Aunque hija del Mediodía, era rubia, y si bien su blanco y carmín no tenían de ella más *que el haberle costado su dinero*, la verdad es que parecía suyo, cosa que muy rara vez acontece, pues según suele verse de lejos, diríase que con esta clase de afeites no se proponen los que los practican más que engañarse á sí mismos. El perfil de su rostro conservaba aún la firmeza y suavidad de la juventud, y á sus ojos de cincuenta años nadie les echaría arriba de treinta. Sobre esta base hacían prodigios las aguas, los reactivos y cosméticos sabiamente administrados.

Era público que la condesa tenía un amante, un triunfador de las modernas capas sociales, mezcla de bolsista y de hombre político. Lenguas benévolas (que aunque en escaso número, no faltan nunca en el mundo á fin de que haya de todo) querían cubrir estas relaciones de bastantes años de fecha, con un matrimonio secreto, pero la cosa no se veía clara. Aunque carecía del orgullo de estirpe, la condesa era vana y prefería probablemente servir de pasto á la murmuración, á legitimar el vínculo que la enlazaba con un hombre que se llamaba García. Fácil le hubiera sido regalar á su amante una de esas parodias de aristocracia que los políticos se adjudican unos á otros y que no regatean á los afortunados de la tierra. García, por otra parte, era hombre de influencia propia, muy capaz de obtenerle por su solo esfuerzo; pero la vanidosa patricia aborrecía los títulos improvisados, con los cuales se mezclaba sólo por afán de brillar en todas partes.

El baile en el palacio de los conde-duques de Montilla era el gran acontecimiento de Madrid y se hicieron locuras por obtener invitaciones, que por otra parte no fueron escaseadas. Tenía esta fiesta de mundo además un grande aliciente. La condesa se había al fin resignado á presentar en la sociedad madrileña á su hija única, de quien se contaban maravillas, y á quien nadie conocía, porque había vivido desde muy niña en compañía de su tía la princesa de Vanderlinden, en un castillo de Holanda. La princesa se resistió cuanto pudo á separarse de su sobrina, pero ya en la edad en que había entrado la duquesita, no podía negarla á la escena en la que estaba llamada á representar uno de los primeros papeles, ni su madre podía consentirlo. Creían muchos que este paso significaba en la condesa una especie de retirada á Yuste, pero otros opinaban que cuando consentía que apareciese este nuevo astro en su firmamento, era porque tenía la seguridad de no ser eclipsada.

La aparición de la duquesita en el baile no dió enteramente la razón á los que opinaban así, y el numeroso concurso que se apiñaba en los vastos salones tuvo que reconocer que la hija, además de la juventud, tenía encantos que hubieran hecho muy temible su concurrencia para la madre, aun en la hipótesis de que ésta hubiera podido quitarse veinte ó veinticinco años de encima. Su presencia produjo verdadera sensación. Todos los convidados se amontonaban para verla pasar en la primera vuelta que dió por los salones, acompañada de su madre y seguida de un grupo de jóvenes que andaban á su alrededor para hacerse ver en su

radio luminoso. Desde aquel momento no hubo más asunto de conversación en el baile. Sin embargo, conviniendo todos, con mayor ó menor entusiasmo (que en esto de gustos es siempre rara la unanimidad) en que Blanca era preciosa, la impresión general fué que no era *simpática*. Casi todos los convidados coincidían en que su mirada era fría y si es no es altanera. Huelga decir que las mujeres no dejaron de explotar como ellas saben hacerlo este reparo de la opinión pública, y al día siguiente todo Madrid sabía que la duquesita no era en lo físico inferior á lo que había sido su madre, aunque con un género de belleza muy distinto; pero que no era simpática.

Eduardo, que llegó cuando ya la fiesta se hallaba en todo su apogeo, discurrió algunos momentos distraído por los salones; pero el paso se hacia difícil, de tal modo se apretaba en ellos el abigarrado concurso. Como ignoraba lo que todo Madrid sabía, la venida de Blanca, pensó que lo que le importaba ante todo era hacerse ver de su tía, para obrar después conforme le pareciese más oportuno, quedándose ó marchándose según se lo aconsejase la distracción ó el aburrimiento.

Después de atravesar varias salas, enderezó su rumbo por instinto á las que estaban más llenas, y dió al fin con la duquesa y su hija, que rodeadas de una nube de cortesanos, desempeñaban como podían su doble papel de dueñas de la casa y reinas del sarao.

La condesa acogió á Eduardo con amable sonrisa.

—Blanca, dijo á su hija, te presento á tu primo, el marqués de la Puente.

Dichas estas palabras y hecha la presentación, siguió recibiendo corte.

Eduardo no había visto nunca á su prima y apenas tenía noticias de ella. Era Blanca un tipo delicado y aristocrático, quizá demasiado aristocrático. Pasaría por irreprochable el perfil de su rostro si no fuera por el corte de su nariz tal vez excesivamente aguileña. Negros eran sus ojos, ornados de poblada pestaña, y el color oscuro de su cabello ligeramente rizado lo parecía aún más, sobre el blanco, delicado y mate de su frente. Un poco fría y altiva encontró también Eduardo la expresión de su semblante, á pesar de la amable cordialidad con que le tendió la mano. Rodeaba la parte superior de su hermosa cabeza un aro de oro con un grueso diamante, y en su vestido, que renunciamos á describir porque no nos sentimos con vocación de modistos, se advertía el esfuerzo por unir lo rico á lo elegante, sin caer en lo llamativo.

No diremos que Eduardo se sintió deslumbrado, pero sí que por primera vez de su vida experimentó algo parecido al orgullo, al considerar que aquella beldad, rodeada de tantos y tan seductores atractivos, tenía su sangre y que ella daba muestras de reconocerlo.

Después de las primeras frases truncadas que sirven generalmente de introducción á esta clase de presentaciones, Blanca dijo con aire serio y tranquilo:

—Eduardo, tengo que reñirle á usted.

Luego añadió volviéndose á su madre con graciosa naturalidad:

—¿Permite usted que dé una vuelta por los salones con mi primo?

—Sí, hija mía, respondió la condesa. Cuidado, marqués. Hago á usted responsable de los olvidos de Blanca. Mire usted que tiene muchos bailarines inscritos en su *carnet*.

La joven apoyó su delicado brazo en el de Eduardo, y haciendo un saludo de reina al grupo masculino que la rodeaba, se lanzó con su primo en aquel revuelto piélago de perfumes y selería.

A su paso todas las miradas se fijaban con interés y curiosidad en la brillante pareja, sobre todo en la duquesita, que, como hemos dicho, había causado sensación.

Debatíase mucho la respectiva hermosura de la madre y de la hija; pero la juventud de Blanca decidió la victoria en su favor, si bien con protesta de los íntimos de la madre, de que sólo por la diferencia de edad cedían el campo. Todos, sin embargo, estaban acordes en que la hija era menos amable, atribuyendo los menos á timidez é inexperiencia lo que la generalidad calificaba de orgullo.



En cuanto á nuestro héroe, no tenía motivos para ser ni de una ni de otra opinión, si se le aplicaba el refrán que dice que cada cual habla de la feria según le va en ella.

Sigamos, para demostrarlo, á la pareja, y oigamos su conversación, que comenzó Eduardo de este modo:

—Vamos á ver, prima, comience usted á reñirme. Me muero de curiosidad de saber en qué he podido desagradar á Blanca Toledo, á quien tengo la fortuna de ver hoy por primera vez.

—Va usted á saberlo. Pero,—y al decir esto, Blanca se detuvo con un movimiento genial y gracioso,—¿es ahora costumbre en España que los hijos de hermanos se traten de usted?

—No lo es, Blanca, contestó Eduardo, conmovido á pesar suyo por aquel inesperado tributo pagado, por quien menos lo esperaba, á los lazos de la sangre. Empiezo por enmendar mi yerro, pidiéndote perdón. Vamos ahora al motivo por el cual tienes que reñirme.

—De ese no obtendrás gracia tan fácilmente. Hace quince días que estoy aquí. Tú y mis primos los Silvas sois mis parientes más allegados. Los Silvas han venido á verme. Tú no has parecido. ¿Se puede saber, caballero, por qué me ha gratificado usted con ese acto de desvío?

—De modo, que tú sabías, Blanca, dijo Eduardo tristemente, que andaba por el mundo un hijo de la hermana de tu padre?

—¿Pues no lo había de saber? Aunque ausente de España desde muy niña, he tenido siempre cuidado de que me enterasen de todo lo concerniente á mi familia. Con esto me hacía creer á mi misma que me hallaba en el palacio de Montilla y no en tierra extranjera. ¡Oh! tengo yo todas esas cosas en la punta de la uña. Y te advierto, además, que soy muy fuerte en genealogías.

Todo esto lo decía la duquesita con donaire serio, pero lleno de encanto.

—Está bien, Blanca. Dios te conserve ese espíritu de familia en medio de la sociedad en que vas á vivir. Pero permíteme una pregunta: ¿Por qué extrañas mi alejamiento, conociendo, como al parecer conoces, las tristes vicisitudes de mi casa?

La duquesita se encogió de hombros.

—¡Bah! ¿Acaso has perdido con tus rentas los derechos de la sangre? Porque seas... ¡Vamos! Diré la palabra que á mí me asusta menos que á tí, por lo visto... Porque seas pobre, dejas por eso de ser primo mío y marqués de la Puente? Diré más. Aunque no fueras mi próximo pariente, ¿dejarías por eso de ser de los *nuestros*?

La altivez patricia y un poco infantil de estas palabras hizo sonreír á Eduardo.

—Sabe, Blanca, dijo, tratando en vano de cubrir bajo un disfraz de amable indiferencia los melancólicos pensamientos que en su corazón suscitaba la conversación, que debo la conservación de mi título de marqués á la limosna de un corazón noble. Otro día te contaré esa historia.

—¿Y quién puede privarte á tí de ser marqués? No me quedaría más que ver. Sería como privarte de ser hijo de tu padre.

—No te falta razón; pero yo daría cualquier cosa porque todo el mundo se olvidara de que tengo ese título, como procuro olvidarlo yo mismo.

Blanca dirigió á Eduardo una mirada de asombro y reconvención. Aborrecía Eduardo los subterfugios y aprovechó aquella circunstancia para fijar valerosamente su situación á los ojos de su prima.

—¿Te parece bien, Blanca, dijo con sonrisa que á pesar suyo tenía sus puntas de amarga, que figure el nombre del marqués de la Puente con cuarenta duros al mes en la nómina de una oficina?

La duquesita se detuvo un momento y fijó en su primo una mirada estupefacta y compasiva.

—No me parece bien, dijo en voz baja, prosiguiendo su marcha; pero me parece peor

que no hayas recordado, antes de consentir en eso, que hay en el mundo personas de tu sangre que tienen millones de renta.

—Diré, para consolarte, Blanca, que tu padre cuidó del pobre huérfano, hijo de su hermana, y que á su costa hice mis estudios.

—Pero... ¿y después?

—Después que me hallé en estado de bastarme á mi propio, dijo Eduardo con aquel acento frío y tranquilo que no admite discusión; he creído no deber depender más que de mí propio.

Eduardo creyó notar un pasajero estremecimiento en el brazo de su prima.

—Bien está, murmuró ahogando un suspiro. Como sospecho que no has de corregirte en este punto, quédese aquí para siempre. Tendremos que sacrificar nuestros deberes á tu orgullo. Pero, mi pobre Eduardo, exclamó pasando bruscamente del tono serio al tono jovial, ¿cómo te arreglas para vivir con tan poca cosa? Te confieso que lo que me dices me llena de humillación. ¿Quieres creer que yo gasto en un mes en alfileres el doble de lo que tú empleas en tu vida de todo el año?

—Y aun me sobra dinero, contestó Eduardo, esta vez sin mezcla ninguna de amargura y con natural y risueña ingenuidad. ¡Oh! si vieras mi presupuesto... Y el mío no es como el de los ministros de Hacienda... El mío es un presupuesto verdad.

—A ver, á ver, cuéntame eso, dijo Blanca con risa alegre y expansiva.

¿Sería ilusión? Parecióle á Eduardo que después de haber quemado sus naves, esto es, después de haber confesado á Blanca su pobreza, el brazo de la joven se apoyaba con más abandono en el suyo y que la expresión algún tanto fría y altiva de sus ojos se habían suavizado con ligero matiz de ternura. De todos modos era evidente que reinaba ya entre los dos aquella confianza que ni el mismo parentesco logra á veces establecer con años de trato.

(Continuad).



## NUESTROS GRABADOS

### EN EL ACUARIO DE BERLÍN.—DELANTE DE LAS SERPIENTES

DIBUJO DE F. GEHRKE

La ciudad de Berlín posee un magnífico acuario, en el cual, además del número, la variedad y la importancia de los ejemplares, llama la atención de los visitantes la manera pintoresca como se halla dispuesto y construido. Sin olvidarse nunca la seriedad científica, se cuida también de excitar la curiosidad y el interés de toda clase de espectadores. Así se hacen populares, ó poco menos, nociones que de otro modo no saldrían del círculo de los sabios y de los eruditos. El acuario de Berlín cuenta veinticinco años de existencia, puesto que se fundó en 1867, y desde esta fecha se han introducido en él á cada año mejoras importantes. Las vivientes escenas que un artista puede sorprender entre el público parado delante de los cristales, las ha copiado con gran verdad por medio del lápiz el dibujante F. Gehrke. En este número reproducimos una de estas escenas, en la cual se ve un grupo de diversas personas que contemplan las serpientes en uno de los compartimientos del expresado acuario.

### ESTUDIANDO MÚSICA

CUADRO DE C. WALTHER

Es un encanto y una maravilla de verdad la expresión de la niña que toca el piano siguiendo con profunda atención la solfa puesta ante sus ojos. Tanta atención pone en el estudio que ni siquiera repara en lo que está haciendo su travieso hermano, quien pulsa el teclado á su antojo, dando notas que no están en la lección de música. Por idéntica verdad á la que se advierte en el rostro y en toda la cabeza de la niña se recomienda su actitud. El cuerpo descansa con naturalidad sobre la silla. Vivo es también el movimiento del chiquillo, que forma un bonito grupo con su hermana. Esta pintura pertenece al género que podríamos llamar de familia, tan felizmente cultivado por los pintores alemanes. Estudian éstos el natural, mas no caen en las vulgaridades y en las groserías del naturalismo. Son realistas por su fidelidad, idealistas por la intención que llevan, en contadas ocasiones ofensivas á las buenas costumbres. Aquella niña estudiosa y aquel niño juguetón hacen simpática la vida de familia, puesto que ha de ser corona de un matrimonio cristiano el poseer una hija laboriosa y buena, como lo será, sin duda, la que sirvió de modelo á C. Walther para el hermoso cuadro que publicamos en este número.

### LA SANTÍSIMA VIRGEN CON EL NIÑO JESÚS

ESCULTURA DE RAFAEL ATCHÉ

Ocupa el tímpano de la iglesia del Hospital de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús la escultura del laureado escultor Rafael Atché, que reproducimos en este número. Inspirándose en la imaginería románica y gótica, compuso el medio punto de manera que en el centro, debajo de una hornacina que hace oficio de dosel, estuviesen la Santísima Virgen y el Niño-Dios, y en los espacios que quedan á los lados sendos ángeles en actitud de adoración. Hay en la Virgen y en el Niño la severidad y simplicidad de líneas de las esculturas cris-

tianas de la Edad Media, á la vez que en el modo de tratar los paños, en el modelado de las carnaciones, en la corrección del dibujo ha aprovechado su hábil autor las enseñanzas del arte moderno. Lo mismo se advierte en los dos ángeles, dispuestos con rigurosa euritmia, como en los mejores ejemplares del arte románico y gótico, y al par estudiados en sus diversos pormenores con el mismo sentimiento moderno que se advierte en el conjunto de este alto relieve. El espacio del tímpano queda perfectamente llenado y el sentimiento religioso que produce el grupo y cada una de sus imágenes corresponde á maravilla con el carácter que debe tener una escultura colocada en el ingreso de la Casa del Señor. Atché, que ha ejecutado trabajos preciosos, cuenta el que damos entre los mejores que ha compuesto y esculpido.

### EL GENERAL BRUNE EN CASA DE CAMILO DESMOULINS

CUADRO DE F. FLAMENG

El artista francés, autor de esta obra, ha presentado en ella una tierna escena doméstica en la espantable época del Terror, durante la Revolución francesa. Los hombres que en aquellos días demostraban poseer instintos de fiera, convertíanse en mansos corderos en el interior de la familia, ante los inocentes juegos de un niño. ¡Contraste asombroso, en verdad, que ocurre muchas veces en el corazón humano! Aquel Camilo Desmoulins que con otros de sus secuaces inundó de sangre todas las comarcas de Francia; aquel hombre que llevó á la guillotina á seres tan inocentes como los reyes Luis XVI y María Antonieta, á la piadosa hermana del rey la princesa Isabel, al químico Lavoissier, al mariscal de Mouchy, á Andrés Chenier y á tantas otras víctimas de la ira y del furor revolucionario, aquel mismo hombre, en la familia, dejaba por momentos sus instintos de hiena, y se amansaba al influjo de la inocencia de una débil criatura. Desmoulins, como Danton, y más tarde Robespierre, fueron ahogados al fin por la misma sangre que derramaron, muriendo en la guillotina que había sido instrumento de odio y de inicuas venganzas. De Julio de 1793 á Julio de 1794 fué tiranizada Francia por el Comité de Salvación Pública y por el Tribunal Revolucionario. El 31 de Marzo de 1794 fueron acusados aquellos á quienes Saint-Just llamaba corruptos, siendo envueltos en el proceso Danton, Camilo Desmoulins, Herault de Sechelles, Chabot, Chaumette y otros. La Convención facultó al Tribunal para condenar sin trámite alguno á los acusados que intentaran turbar el orden, entre quienes se incluyó á Danton y á Desmoulins, que pidieron con enérgica voz la presentación de sus acusadores, mostrando en aquellos instantes una entereza que hubieran debido emplear antes en bien de la patria y del género humano. En consecuencia, el 5 y 13 de Abril fueron llevados á la guillotina los terroristas de Agosto y de Septiembre de 1793. Las figuras del general Brune y de Camilo Desmoulins le sirvieron de pretexto á F. Flameng para componer un cuadro que da idea de un interior francés en los años citados, y al cual podría ponerse otro título cualquiera, ya que, salvo algunos rasgos típicos de los personajes representados, en lo demás puede ser ése imagen de cualquier padre ó abuelo cariñoso en los días nefastos del Terror.



## LA MODA DE PARÍS

La *rue de la Paix* es uno de los sitios más curiosos, en estos días en que concluye la estación, puesto que allá se exhiben los trajes más lujosos. Los bailes, los *raouts*, el gran premio, las *garden-parties*, y luego los grandes matrimonios constituyen otros tantos pretextos para que las hijas de Eva hagan gala de su coquetería.

Con estos motivos acuden todos los años á aquella predilecta calle, para elegir nuevos atavíos, que los maestros del gusto y de la moda inventan para ellas. Así, de las tres á las siete, hay allí un hormiguo incesante, un ir y venir del mejor tono, codeándose las más grandes damas con las más ricas extranjeras. Salen de casa Doucer para entrar en casa Worth ó se van á casa Guerlain para descubrir el secreto de mantenerse siempre jóvenes y elegir el perfume de su agrado, fino, penetrante y á la vez discreto, que el perfumista compone adrede para su uso, demostrando particular habilidad para comunicar á cada mujer un atractivo distinto, un encanto especial que las asemeje á las flores ideales de que son viviente imagen.

Las elegantes que acudieron estos días á casa de Doucer pudieron admirar los preciosos vestidos que éste hábil *modisto* ha confeccionado para los últimos días de la estación. Párese estos trajes á una aparición, merced á las telas aéreas de que están hechos y que se convierten todavía en más ligeros con encajes y cintas deliciosas. En ninguna ocasión gozan en tanto grado de favor los encajes y las cintas como en esta época y nada traduce mejor la gracia en el adorno femenino. A los vestidos apretados, estos movidos adornos les quitan la tiesura. No son los trajes suntuosos y grandiosos de las recepciones del invierno sino el atavío coquetón y seductor de las reuniones familiares. La falda es corta y apenas llega al suelo; el cuerpo fruncido lleva encajes y cintas; las mangas en forma de globo, hasta el codo, terminan con vueltas de encaje; una cinta ciñe el talle, y helo ahí todo, nada en resumen y un efecto lindísimo en realidad.

He aquí algunos de los trajes ultra-parisienses inventados por Doucer, el más parisiense de nuestros *modistos*.

Uno de ellos estaba confeccionado con granadina de color de trigo, rodeada la falda de entredoses de fino guipure, con un pequeño abollado de lo mismo. El cuerpo, lo propio que las mangas muy voluminosas iban adornadas de entredoses, por entre las que se veía el cutis, y una ancha cinta, en crespón de China, escocesa, crema y malva, formaba la cintura y el cuello. Otro de los trajes, realmente encantador, hallábase confeccionado con crespón de China, de una fina transparencia, con grandes flores estampadas, de una suave entonación malva-rosa. Tres minúsculos abollados de muselina malva adornaban la falda y el cuerpo, fruncido, y además sujeto por un corpiño hecho en cinta malva con lazos de la misma especie bordados de oro. Las mangas, muy voluminosas, eran de muselina de seda malva, plegada en acordeón y terminando en el codo por un brazal en cinta. Por una maravilla podría señalarse otro traje en batista blanca, listada, con una chaquetilla, de las llamadas *figaro* en guipure de Irlanda, que dibujaba las líneas graciosas del talle, ceñido éste por una ancha cinta escocesa, crema, rosa y verde. Muy coquetuelo aparecía también otro de seda maíz, sembrada

de pervincas con volantitos, cuello y cinturón en seda de color de ámbar. Citaremos, por fin, otro vestido de heroína de novela, hecho de batista rosa, listado en toda su longitud de entredoses de Valenciennes. Las grandes mangas, listadas igualmente, concluían en el codo y un ancho cinturón escocés rodeaba el talle atado á los lados formando un lazo.

Lo escocés triunfa hoy día. En lana se empleará en los más elegantes vestidos de viaje, con una mantita adecuada; en seda se transformará en adornos ó en camisetas. En las estaciones termale será éste el traje clásico de las más coquetas concurrentes á ellas. En los días en que el tiempo se presente algo fresco, las damas frioleras se pondrán sobre la camiseta el chaquetón zuavo, de paño ó terciopelo bordado, que disfruta de tanta boga en estos momentos.

En París cada modista tiene su moda, ó por la menos su manera de interpretarla. Para convencerse de esto, basta entrar en los talleres de M.<sup>me</sup> Lippmann, en donde se transforma y perfecciona el corte de los vestidos femeniles, y en donde se inventan todas las monadas que llaman luego la atención en los salones de los casinos á la moda, en las fiestas campestres y en las reuniones de los castillos.

Véase, entre otros, un admirable vestido hecho para la reina María Pía de Portugal. Es de crespón de China, color crema, bordado y lleno de encajes, recurso precioso que adorna la parte inferior de las sayas y sube por el frente y por los lados formando como unos escudos hasta la cintura. El cuerpo, adornado con idénticas bordaduras, concluye en punta por detrás y forma por delante una chaquetita que se abre sobre una chorrera de encaje antiguo. El cuello y el cinturón de terciopelo completan el conjunto de este vestido que, junto con otros hechos por M.<sup>me</sup> Lippmann, será llevado por la más graciosa y la más elegante de las soberanas. Terminemos esta revista llamando la atención de nuestras lectoras hacia el pequeño abrigo que las mismas modistas han compuesto para la joven y encantadora reina Amelia, la que, como mujer de gusto que es, tiene siempre en aprecio nuestras modas parisienses.

Figura el grabado un abrigo monísimo, de encaje y guipure antiguo. La primera pelerina va montada sobre un gran abollado de cinta, color de mármol, sobre la que cae el segundo volante, que se prolonga por delante formando pechinas rodeadas de cinta. El sombrero, de paja de fantasía en su entonación natural, se halla realzado por un penacho de plumas negras.



Abrijo de M.<sup>me</sup> Lippmann

# TODO POR EL ARTE

NOVELA VIVA, POR APELES MESTRES

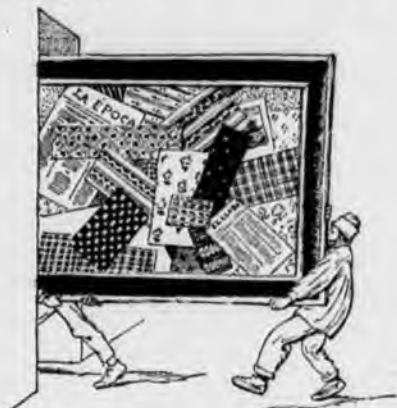
(CONCLUSIÓN)



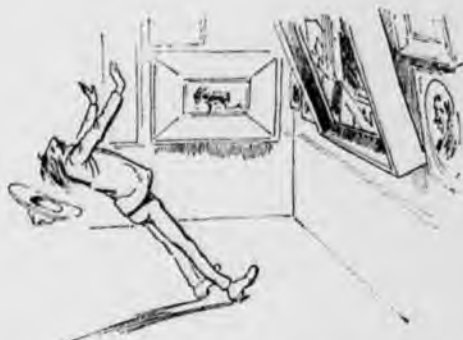
37.— Para terminar: que el cuadro fúe llevado al taller, donde sufrió la última reparación y recibió los últimos retoques.



38.— Y quedó terminado pocas horas antes de que se cerrase el plazo de admisión de obras para la Exposición.



39.— Las precisas para que le pusieran marco y lo llevaran al Palacio de las Bellas Artes.



40.— ¡Qué vernissage, Dios clemente, para el pobre Miguel Ansias! Le habían encuadrado su obra al revés y así había sido expuesta!!!



41.— Mientras el desdichado artista era llevado a su casa, al parecer moribundo, un milord millonario se paraba sorprendido ante su cuadro...



42.—... y se dirigía gravemente a la Administración en demanda de la dirección de Miguel Ansias.





43.—«Joven: mi creer hasta hoy que mi ser el hombre más excéntrico; osté lo ser más que yo. Mi pagar un millón de sterling por su cuadro, por ser lo más raro que haber visto.»



44.—Y Miguel Ansias, milagrosamente curado de su síncope, salta de la cama gritando: «¡Todo sea por el Arte!»

## MESA REVUELTA

La bebida es cualquier líquido simple ó compuesto, natural ó elaborado, que se bebe ó es propio para beberse. Las bebidas pueden dividirse en cuatro clases: 1.<sup>a</sup> *bebidas acuosas*; 2.<sup>a</sup> *bebidas alcalinas ó acidulas*; 3.<sup>a</sup> *bebidas fermentadas*; 4.<sup>a</sup> *bebidas aromáticas*.

El agua representa por sí sola la clase de *bebidas acuosas*; y por consiguiente, no admitimos en ella, como hacen algunos, las *bebidas acidulas* y ciertas *bebidas aromáticas*. Muchísimas son las condiciones que modifican los efectos del agua sobre el organismo. El agua, destinada para reparar las pérdidas que hacen experimentar á la economía la transpiración, la exhalación pulmonar y las secreciones líquidas, es más ó menos usada según los climas y según el hombre se ha creado más ó menos gustos, más ó menos necesidades extra-naturales. Forma la base ó el excipiente de todas nuestras *bebidas*, y siempre es ella la primera asimilada, llevando á la circulación los principios solubles que contienen los alimentos y acelerando de este modo la aparición de sus efectos. El agua es, después del aire, el elemento más imprescindible para el hombre. Cuando vive en una atmósfera húmeda, en la cual es casi nula la transpiración, al paso que la piel y la mucosa pulmonar se hallan en contacto con el vapor acuoso, siendo la sed en general poco viva, y tendiendo las influencias atmosféricas á debilitar rápidamente los órganos, no es el agua pura la bebida más conveniente: entonces conviene asociarla con algunos principios tónicos. Y por el contrario, en los climas cálidos, en las atmósferas secas, y sobre todo cuando reinan vientos desecados á su paso por un continente árido, el cuerpo experimenta una enorme pérdida de líquidos, y la sed imperiosa que se despierta hace que el viajero mire el agua como un don del cielo.

Los efectos fisiológicos del agua varían según sus caracteres físicos y químicos y según las condiciones en que se encuentra la organización cuando se bebe. El agua pura, y que contiene cierta cantidad de aire, es agradablemente ligera para el estómago; y al contrario, se digiere difícilmente y es muy pesada cuando no contiene aire, como el agua destilada, por ejemplo. Así los habitantes de las montañas muy altas que viven cerca de los ventisqueros y beben agua de nieve ó de hielo derretido, buscan con ansia el agua de los arroyos cercanos, prefiriendo apagar con ella su sed, por cuanto el terreno por donde corren aquéllos es más accidentado, y consiguientemente más batida ó aireada su agua.

Según Boussingault, la falta de oxígeno en el agua, ó sus escasas proporciones es la causa de los bocios ó papaveras.

Para que el aire se mezcle en suficiente cantidad con el agua, basta dejar este líquido uno ó dos días en vasijas destapadas y poco profundas.

Cuando el agua contiene cierta proporción de sales calizas, magnésicas ó aluminosas, se hace de difícil digestión, perturba las funciones del estómago y determina varios accidentes morbosos. Algunos autores la achacan en este caso la producción de los bocios, siendo de notar que en los Alpes, las comarcas calcáreas ofrecen más ejemplos de esta enfermedad que los terrenos graníticos.

El agua de lluvia, no alterada por ningún principio extraño, y que se ha saturado de aire en su paso por la atmósfera, es, por tanto, la mejor de todas; y en todos los puntos donde se carece de aguas puras de manantial, ó éstas son escasas, se debe procurar la provisión de aguas pluviales estableciendo cisternas, aljibes ó depósitos.

Cuando el agua se saca de un pantano ó laguna, ó

cuando por un concurso fortuito de circunstancias se ha desarrollado en ella el miasma pantanoso ó palúdico, determina en los que la beben efectos análogos á los que produce el vapor acuoso en suspensión en el aire de los distritos pantanosos, y bajo su influencia se desarrollan las calenturas intermitentes, aun cuando no haya pantanos en las cercanías.

El agua tomada en una temperatura poco inferior ó igual á la de la sangre, es difícilmente resistida por el estómago y ordinariamente da náuseas; á una temperatura más elevada mueve fuertemente la transpiración y la exhalación pulmonar, debilitando sensiblemente y produciendo la atonía de los órganos digestivos. Sin embargo de esto, entre los antiguos, y sobre todo en Roma, el agua caliente era de uso habitual como *bebida*; bebían agua caliente á todas horas y hasta en la comida, atribuyéndole, respecto de la digestión, virtudes precisamente contrarias á las que hoy reconoce en ella la higiene fisiológica.

El agua fría, ó sea á una temperatura cercana al punto de congelación, es tónica. Contrabalancea ventajosamente los efectos de los climas cálidos, y tomada con prudencia es en ellos muy útil para moderar el exceso de la transpiración y comunicar resorte y elasticidad á la fibra. El hielo que se deja licuar en la boca no es más que una *bebida*, la bebida fría por excelencia. Obra como poderoso sedante en ciertas afecciones nerviosas, y produce el efecto de un enérgico astringente; así es que se emplea con buenos resultados en las hemorragias. En la boca y en las vías digestivas ocasiona una reacción poderosa, que generalmente es favorable para la digestión; y así es que el beber frío ha sido recomendado siempre, y con razón, por los autores. Con todo, la ingestión de los helados ó del agua de nieve mientras se hace la digestión, turba esta función en muchas personas, determinando á veces accidentes muy parecidos á un ataque de cólera morbo ó á un envenenamiento por las sales de plomo ó de cobre. Igual efecto se nota en ciertas condiciones atmosféricas, aun cuando el estómago esté vacío; y este efecto puede producirse hasta epidémicamente, como se notó hace unos veinte años en París, y posteriormente en algunas otras capitales populosas, donde se abusa mucho de las *bebidas* heladas.

La reacción que sigue á la fusión del hielo en la boca hace que lejos de apagar la sed aumente ésta después de haberla paliado algunos instantes. El agua de nieve, cuando se bebe en mucha cantidad, acaba por activar la transpiración y debilitar, efecto que se advierte sobre todo en las montañas, donde la menor

presión atmosférica hace más rápida la evaporación. Cuando se bebe mucha agua fría, mientras se suda y la circulación es muy acelerada, como después de un ejercicio muy violento, se corre riesgo de determinar, ya una afección pulmonar ó pleurética, siendo grave, ya accidentes intestinales, como cólicos, etc., ya un cólera tal vez incurable en los países donde reina esta enfermedad, ya por fin una muerte casi repentina, cual de ella refieren varios casos los autores. Cuando se bebe agua helada, en moderada cantidad, y luego se emprende una carrera ó se hace algún ejercicio violento, nada hay que temer respecto de la salud.

En los países meridionales, en los cuales la sangre es rica y se halla siempre bastante tonificada, el agua pura reemplaza ventajosamente casi todas las demás *bebidas*; pero en los climas húmedos y fríos, ó en las estaciones de este temple, el agua predomina demasiado en la sangre para que pueda ser útil añadirle todavía más agua sin volverla tónica. Aun en los climas meridionales convendrá muchas veces asociar al agua algunos principios aromáticos para contrarrestar la opresora influencia del calor húmedo.

\*\*\*

Llegándose al rey Filipo, padre del Alejandro, algunos familiares de su casa á decille, que desterrase ciertos maldicientes que decían mal dél, respondió: «eso sería añadir leña al fuego, y que fuese difamado entre gentes extrañas; tanto más que ellos lo hacen por una de dos cosas: ó por probar mi paciencia, ó porque enmiende mi vida. Cuanto á lo primero, si en mí no hay eso que ellos dicen, en no querer yo castigarlos se prueba mi paciencia; y si lo hay, téngoles que agradecer, pues procuraré de enmendar mi vida.» ¡Oh, sabia y discreta respuesta, y tan pocas veces usada!

\*\*\*

Los bordados en colores no se deben enviar á la lavandera sino limpiarlos en casa. Para eso se les sumerge en un lebrillo de agua tibia, en la cual se habrá echado una cucharada de las de postres de esencia de trementina. A los diez minutos de inmersión se lavan los bordados, lo que se hace con suma facilidad y sin necesidad de flotar mucho y sin que pierdan el color.

\*\*\*

En la estación del ferrocarril de Morata de Jalón pidió un labrador billete para conducir su burro.

—¿Y para usted? le preguntó el empleado.

—Yo, replicó, no lo necesito; iré *montao*.

## RECREOS INSTRUCTIVOS

—Pero dime, Sofía: ese señor don Segundo que llegó ayer, y que fué tu profesor ¿no te parece que va un tanto atrasado en lo que se refiere á la moda? ¡parece un verdadero maestrillo!

—Cierto es, amiga Clarita, que su traje no anuncia las bellas cualidades que posee don Segundo, pero atién-

deme bien: tú eres bonita como un sol, y aunque algo aturdida, tienes un carácter bueno y amable; da gracias á Dios porque tu rostro y figura están en armonía con tu alma, y también porque la fortuna de nuestros padres permite que los mejores y más bien cortados trajes realcen tus prendas personales.

—Ya entiendo la lección, *doña Segunda*; esto quiere decir que si yo valgo un poco se lo debo a mis padres y a mi modista.

—Algo, algo, Clarita; recuerda que a la princesa llamada *Pellejo de asno* nadie la solicitaba cuando tenía su belleza oculta. Pero, aquí tienes a don Segundo.

—Señoritas, siento mucho haber interrumpido la conversación; pero si en algo puedo serles útil, tendré mucho gusto en complacerlas.

—El trabajo será fácil, don Segundo, porque sólo Clarita no tiene nada que agradecer a usted todavía.

—Gracias, buena Sofía; usted es un certificado viviente de mi buena voluntad; pero su hermana de usted y el primo ya me han acogido con cierta sonrisa que llamaré benévola... y esto me basta.

—Don Segundo, no interprete usted mi sonrisa con *segunda* intención; en cuanto al primo le diré que... es un elegante primo, pero no sabe gran cosa: usted podrá amañarle.

—¡Libreme Dios! parece demasiado *inteligente* para necesitar los buenos oficios de nadie.

—Vaya, don Segundo, no formemos una triple alianza usted, mi hermana Clarita y yo contra el pobre primo: verdad que es muy aficionado a las herraduras, pero esto no es extraño; hoy es de buen tono ser *sportmen*, como dicen ellos.

—Pues le hablaré de caballos, si esto le interesa más: ahora, aunque se ría de mí, esto no importa; si todos fuésemos iguales no nos podríamos distinguir fácilmente unos de otros, como los arengues de un banco.

—Y diga usted, don Segundo, ¿no nos leerá usted algo de sus obras? Supongo que traerá usted grandes cargamentos de papel, como de costumbre.

—¡No faltaba más! Traigo una porción de apuntes que tendré el gusto de leer durante los días de lluvia, a falta de otra cosa.

—No, señor, no; Sofía dice que los escritos de usted pueden ser escuchados en los días más hermosos de primavera.

—Sofía es muy buena, y me enorgullezco de haber sido su maestro. En cuanto al primo, he de confesar que ya hemos tenido una escaramuza.

—¡Tan pronto!

—¡Qué le haremos! Su papá de usted me invitó ayer a dar una vuelta nocturna por la carretera: el primo nos acompañó; la conversación vino rodada sobre mil asuntos, y poco a poco llegó a tratarse de ingleses, y por consecuencia de los excéntricos y originales. El primo, sin acordarse de que son sus patronos naturales, puesto que el Jockey-Club es una invención puramente inglesa, quiso sentar la mano a los que no son como el vulgo de las gentes, y trató tan mal como pudo a los que tenemos la desgracia de pensar de distinto modo que sus congéneres, así es que debí decirle: ser original no creo que constituya un delito: yo lo soy bastante; pero ya sabéis que es más difícil la originalidad que la imitación: excéntrico también lo soy, por desgracia; pero son los *excéntricos* en mecánica las piezas que empujan a las ruedas y las ponen en útil movimiento; soy además muy distraído, pero esto proporciona *distraición* a los demás.

—¿Y qué contestó el primo?

—Se limpió el polvo de las botas con el pañuelo, y luego con el mismo pañuelo se enjugó el sudor de la cara, esta fué su contestación; pero no le quiero mal: Sofía me pidió por el indulgencia y se la concederé plenaria, porque el primo es un cazador que tira con balas de goma.

—Pero Sofía, ¿en qué estamos pensando! ¿y el *recreo* del día?

—No apurarse: que yo no interrumpiré estas tareas;

voy al cuarto y vuelvo en seguida con un *recreo* de los que acostumbran ustedes a practicar, con muy buen acuerdo.

—Hélo aquí: este dibujo, que representa una testa



griega, lo agrandaréis con cuadrícula sobre una hoja de cartulina, y después con el cortaplumas se irá quitando todo lo que ha de resultar blanco; luego se pega por detrás del disco una hoja de papel semitransparente, y tendremos una pantalla del más puro dibujo griego cuya silueta va a producir muy buen efecto encima de la pared oscura, poniendo detrás del disco una lámpara: esta noche probaremos el efecto.

—Pues manos a la obra; y guardamos la palabra de usted.

—¿Qué palabra?

—Dijo que leería algunos tratados de ciencias y artes familiares.

En efecto, uno de ellos se titula *El Preguntón* y dará margen a una porción de entretenimientos provechosos.—JULIÁN.

#### Solución a la charada jeroglífica anterior:

CA-RRE-TE-RO

#### PROBLEMA DE GEOMETRÍA

Hacer pasar una circunferencia por tres puntos determinados. Trazada la circunferencia, buscar el centro exacto.

#### ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que a nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios a precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse a los *Sres. Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y a las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.





EL PRESTIDIGITADOR. — CUADRO DE A. SOUZA





## MEMORÁNDUM

**G**UERRAS, ASOLAMIENTOS, FIEROS MALES podríamos escribir por epígrafe de esta crónica, porque á la verdad en los últimos días sólo casi registran desastres los anales de Europa y de América. Los franceses han sufrido un nuevo revés en el Tonkín, que habrán de añadir á los muchos que han experimentado en aquel inhospitalario país. En Venezuela la guerra civil continúa todavía y las esperanzas de haberse terminado que hicieron concebir por algunos días los telegramas de la prensa norte-americana é inglesa se han desvanecido. Palacios y Crespo siguen batallando, sin que hasta ahora, por lo que se sabe, ninguno de ellos haya obtenido una victoria decisiva. En los Estados Unidos los huelguistas de Hones-tead, en Pensilvania, y la policía trabaron una batalla campal, de la que resultó la derrota de la última, que quedó encerrada y presa, espectáculo muy característico de aquella nación, en la que se suceden de continuo las cosas más opuestas y los hechos más estrambóticos y anacrónicos. A la vez que ocurría esto, en uno de los más pintorescos lagos de la Suiza, el lago Lehmann, en el pueblecillo de Ouchy, hace explosión la máquina del vapor *Mont Blanch* y el siniestro causa numerosas víctimas, creyéndose debido el desastre en no pequeña parte, si no en todo, á la codicia de los dueños del barco, que no habían hecho reparar la máquina conforme lo reclamaba su estado de deterioro, lo cual, empero, posteriormente ha sido negado. Tras de esto, á los pocos días, un enorme alud desprendido del *Mont Blanch*, se despeña sobre la población de Saint-Gervais, en la Alta Saboya, y ocasiona la casi total destrucción del pueblo y muchas víctimas también, algunas de las cuales fueron á parar al vecino río Arve. Espantoso espectáculo, al que se hallan expuestos muchos de los pueblos pulcros, pintorescos, bellísimos que hay en aquel país y en Suiza, que en tanto grado atraen al viajero deseoso de hallar reposo, porque en ellos, al lado de las bellezas naturales, encuentra el bienestar que le procura un confort, en el que son maestros los habitantes de la referida nación, y un trato sumamente amable, en el cual se descubren todavía, en algunos puntos, rastros de costumbres patriarcales.

El terrible y temido Ravachol ha expiado sus crímenes en el patíbulo. Es innegable que el gobierno francés se hallaba atemorizado con motivo de esta ejecución, pues creía que los anar-



quistas no la dejarían llevar á cabo sin intentar alguno de sus horribles golpes. No ha sucedido así, por dicha para la sociedad, y Ravachol ha muerto, sin haberse producido ningún desorden. ¡Qué contraste tan conmovedor entre el fin de este feroz anarquista y el del reo que hubo de sufrir también la última pena en nuestra ciudad! Murió el primero impenitente, afirmando que no profesaba religión alguna, y fué al cadalso chillando y gritando, acaso como cantan y alborotan los que tienen miedo, y resistiéndose hasta el último instante, porque pensaba que todo acaba en esta vida. Por lo contrario, el reo de Barcelona se presentó como modelo de condenados arrepentidos y contritos, se confesó fervorosamente y recibió la sagrada comunión, y subió al banquillo fatal con una serenidad que emocionó profundamente á todos los circunstantes, y entre ellos al sabio y piadoso jesuita P. Goberna, que le auxilió en aquel doloroso trance. ¡Dios en su infinita misericordia le habrá perdonado y concedido á su alma corona de inmarcesible gloria!

\* \* \*

Francia y Alemania, que no cejan nunca en sus luchas y que no perdonan ocasión para mortificarse mutuamente, hállanse ahora en nueva discordia por un acuerdo que acabará de agriar los ánimos, si bien no es fácil que produzca la guerra europea. Nos referimos á la proyectada Exposición Universal para el año 1900, primero del siglo xx. De ella se habló en Berlín, quizás con anterioridad á París, pero el gobierno francés se adelantó en sus acuerdos al gobierno prusiano. El orgullo de Francia no quiso ceder ante la nación que retiene á Alsacia y Lorena por derecho de conquista, y el ministerio francés ha acordado oficialmente, antes de que lo hiciera el ministerio de Prusia, que en el año 1900 se celebre en París una Exposición Universal internacional como las que se han ido verificando cada once años, en 1867, 1878 y 1889. Este acuerdo ha producido en el imperio de Alemania, y singularmente en Berlín, una impresión desastrosa, de la cual se participa también en mucha parte en Viena y en toda el Austria. Como hemos dicho, no es probable que ésta sea la gota de agua que haga rebosar el vaso trayéndonos la tan temida guerra, mas sí ha de ser nuevo germen de antagonismos entre las dos naciones. Según como anduviesen las cosas, es casi seguro que los varios Estados del imperio alemán no acudirían con sus obras de arte y productos científicos é industriales á la Exposición de París del 1900. Tal vez también, si de aquí á entonces no se desbarata la triple alianza, tendría Alemania poder bastante para lograr que sus dos aliadas Austria-Hungría é Italia, dejasen asimismo de acudir al concurso internacional, con lo que éste resultaría muy mermado, puesto que las dos últimas naciones en especial, han representado siempre papel brillante, ó por lo menos muy vistoso, en cuantas Exposiciones han acudido. Veremos si Berlín persiste en la idea de celebrar una Exposición de igual clase en 1900, en cuyo caso la lucha tendría que ser forzosamente muy empeñada. Bajo el concepto de su situación en Europa, goza París de grandes ventajas, que le da también el carácter cosmopolita de la ciudad, y por consecuencia, las probabilidades de vencimiento, bajo el punto de vista de la popularidad de la empresa estarían en favor suyo. Las Exposiciones realizadas en el centro de Europa han tenido hasta hoy día escaso éxito, conforme se vió en la Exposición Universal de Viena en 1873, y según ocurre ahora con la de música y teatro, abierta en la propia capital, la que, si bien interesantísima por su contenido, cuenta con pocos visitantes, relativamente hablando, según noticias que tenemos por buen conducto.

\* \* \*

Las Cortes, y más particularmente el Congreso, atraen en España la atención general. Las oposiciones están empeñadas en practicar el *obstruccionismo*, á fin de impedir que se conviertan en leyes los proyectos sobre aumento de las tarifas en los ferrocarriles y de empréstito. No hemos de hacer política en estas crónicas, porque nuestro semanario no lleva este fin,

antes al contrario, vive apartado de las luchas candentes de los partidos; mas no podemos menos de lamentar que el gobierno, que en intereses económicos está procediendo con una seriedad que reconocen sus mismos contrarios, se vea imposibilitado de hacer aprobar dos proyectos que han de resultar beneficiosos al país, originando el primero un alivio sensible á las empresas de ferrocarriles, ya harto quebrantadas por distintas causas, y procurándonos el segundo una mejora en los cambios, necesaria igualmente para el comercio y la industria y para toda España en general. Es posible que las peticiones dirigidas de distintos puntos á las Cortes para que aprueben el aumento en las tarifas de los caminos de hierro hagan cambiar de conducta, en mayor ó menor grado, á la oposición republicana, á la cual se debe en parte principalísima la obstrucción de que nos dolemos, porque su fin es derribar, aun cuando sólo logre amontonar ruinas.

\* \*

Prosiguense en Inglaterra las elecciones para el Parlamento, apareciendo que van equilibradas ó poco menos las fuerzas de las dos grandes agrupaciones, á juzgar por los datos que se reciben. Es muy factible que de mantenerse semejante situación el día en que se cierran las urnas, el partido irlandés fuese en la Cámara de los Comunes quién decidiese en las votaciones entre conservadores unionistas y gladstonianos, como ocurrió ya en otra época.

\* \*

Tenemos en puerta el cólera morbo, que en Francia está ya haciendo algunas víctimas. ¡Dios quiera librarnos de este azote, que acabaría de empeorar nuestra situación! En el Oriente se desarrolla con una intensidad que pone espanto en las personas reflexivas.

B.



# NUESTRA SEÑORA DEL CAMPO

(CONCLUSIÓN)



UCEDIÓ, pues, que en el preciso momento en que el sacerdote dijo: *Amén*, Anita se levantó de la cama y exclamó:

—¡Bien sabía yo que la Virgen me curaría!... ¡Os aseguro que ya estoy buena!... Será menester que me traigan un vestido porque quiero regresar á pie!

Entonces el gran aliento del milagro estremeció á todos los fieles. Algunas mujeres se desmayaron; algo impalpable, divino acababa de penetrar en la capilla. Los padres de Anita se habían abrazado con efusión y lloraban de alegría. Simón, pálido como un cadáver, oía en su interior un murmullo misterioso y miraba á la chiquilla con mezcla de admiración y de terror. Las exclamaciones y gritos de alegría aumentaban de uno á otro banco, mientras el sacerdote, los dos vicarios y los monaguillos, en medio de su confusión, comenzaban de nuevo sus oraciones.

Cuando la emoción empezó á descender, una joven de aquellos contornos prestó sus vestidos, y con ellos pudieron vestir á Anita en la sacristía, de donde se la vió salir sola, derecha, andando con paso vacilante, pero seguro, con paso de niño robusto, pero que no tiene aún completa seguridad en sus movimientos. Nadie había salido de la capilla, y se oían sólo palabras entrecortadas, que formaban un vago y piadoso murmullo.

Anita y los que le acompañaban se pusieron en marcha. Simón iba delante arrastrando el carrito. Anita daba el brazo á sus padres, que repetían sin cesar:

—Ha de quedar con nosotros siempre, aunque esté del todo buena... No, no, no conviene que vaya á servir como las otras.

La noticia del milagro había llegado á Broc y el pueblo en masa se hallaba en el camino queriendo ver y tocar á la muchacha. Algunos, incrédulos empedernidos, repetían:

—¡Es imposible, completamente imposible!...

—¡Sin embargo, no hay más que creerlo, respondían otros, puesto que lo vemos!

El doctor Napoleón Lupin murmuraba:

—¡Con seguridad, nunca hubiera creído lo que ha pasado!...

Y nadie prestaba oídos al farmacéutico, que pretendía explicar científicamente la milagrosa cura de Anita, y probar, con acopio de citas de autores, que en nada había intervenido en el hecho la Virgen.

Anita Bujard estaba ya tan buena, tan restablecida de su enfermedad, que nadie, al verla pasar alegre y ligera por las calles del lugar, hubiera creído que había pasado tantos años paralítica; así es que muchos exclamaban:

—En verdad que es una linda muchacha... y si la Virgen no se hubiese apiadado de ella, á buen seguro que el doctor Napoleón Lupin no la habría curado.

Porque hay que advertir que la fama del doctor perdía mucho con el milagro de la Virgen. Si una misa y una plegaria daban mejor resultado á los enfermos que las visitas de los médicos, ¿por qué gastar el dinero con éstos?... En cambio la devoción á Nuestra Señora



aumentaba considerablemente y nadie hacía caso ya de las malas razones que alegaba el boticario, obstinándose en probar que nada tenía de sobrenatural la cura de Anita. ¿Por ventura el milagro no era manifiesto, patente, incontestable?... Había tenido lugar en pleno día, á la vista de todos los fieles, sin que fuera posible engaño alguno. ¿Se podía dudar de la buena fe de aquella chiquilla que á la vista y presencia de todos había pasado más de doce años en cama? En vano, pues, se agitaba el boticario explicando historias de la Salpêtrière, hablando de aquel célebre médico de París que hace centenares de milagros como aquél. Todos le contestaban:

—Pues, diga usted, ¿por qué el doctor Lupin no ha podido nunca hacer que levantara ni tan siquiera el dedo meñique?

Á estas razones quedábase el pobre boticario sin saber qué decir, porque los razonamientos más sutiles nada prueban contra la evidencia y hay cosas que los sabios no quieren comprender. La actitud más reservada del doctor era sin duda la más conveniente; no negaba el milagro; decía en voz humilde:

—No lo entiendo, he ahí mi opinión... Pero esto no ha de impedirme el seguir curando pulmonías y el recomponer como antes las piernas fracturadas!...

Como es natural, la modesta capilla de Nuestra Señora del Campo adquirió con la historia del milagro gran renombre; desde entonces todos querían poseer algún objeto de la Virgen; los impotentes, los ancianos achacosos, los mancos, los ciegos, todos aquellos por los cuales nada podía hacer la ciencia, y aun muchos más que sufrían enfermedades comunes y querían ahorrar la cuenta del médico y del farmacéutico. Hubo personas que no repararon en pedir á la Virgen cosas mucho menos indispensables que la salud; así el antiguo maestro Lepeautre, que desde algunos años buscaba un tesoro en algún sitio de los alrededores de Moleson, tuvo el atrevimiento de dirigirse á la Virgen á fin de conocer con exactitud el sitio en que se hallaba... ¡Inútil trabajo! la Virgen permanecía inmóvil. Y cada plegaria sin fruto era un triunfo para el boticario, que hacía burla de ello:

—¡Ya lo veis!... Se acabó... ¡Ya no hay milagros!... Por muchas misas y muchos cirios que paguéis, esto se ha acabado.

Y poco á poco volvía á ganar terreno, por lo menos entre los descontentos, entre aquellos que habían echado á perder sus pantalones permaneciendo arrodillados sobre las baldosas de la capilla. ¿Por qué pudiendo obrar milagros la Virgen no había obrado más que uno?...

Y comentando el milagro pasaban insensiblemente á ocuparse de las personas que en él habían figurado. Menester es confesar que respecto á este punto no se acababan nunca los comentarios. ¡Qué ocurrencia más singular la de la Virgen mezclando en aquel caso milagroso al ganapán de Simón Vedille!... ¡Cuidado que por ser la única vez en que la Virgen había querido mostrar todas sus bondades la cosa era original!... Un atrevido y desvergonzado muchacho como Vedille parecía natural que apartara á la Virgen de los milagros... Luego se preguntaban cómo tomaría Simón las cosas, y cada cual hacía por cuenta propia una infinidad de pronósticos y comentarios. Unos, las gentes sencillas, decían:

—¡Es indudable que se convertirá!... ¡la verdad es que no puede menos! Después de todo el muchacho no es un estúpido, y habiendo visto tal prodigio...

Otros, los maliciosos, que sólo ven el mal en todas partes, exclamaban:

—¿Él, él convertirse?... ¡Nunca!... ¿Sabéis lo que ocurrirá?... Pues que perderá á la chiquilla de la misma manera que ha perdido á las demás... ¡Ya veréis en qué para la santita!...

Algunas personas más perspicaces aventuraban una suposición, diciendo:

—Se casará con ella.

—¿Pero, replicaba algún personaje importante, su padre no consentirá nunca semejante enlace... ¿Creéis verosímil que un hombre como él permita que su hijo se case con una niña sin un cuarto como Anita?...

—¡Una muchacha que la Virgen protege! observaban los más piadosos.

—Una vez puesta á protegerla bien podía darle un buen dote; no le había de costar tanto...

Los más maliciosos apuntaban que si obstáculo había de haber al casamiento, no vendría ciertamente de parte del padre de Simón Vedille, quien se daría por muy contento con ver á su hijo mudar de vida.

—¡Vaya un regalo! Un holgazán con toda suerte de vicios...

Tales eran, en resumen, las opiniones que corrían de boca en boca por el pueblo.

Por otra parte, la extraordinaria conducta de Simón se prestaba á toda clase de comentarios: el día siguiente al milagro no fué á casa de los Bujard, donde Anita se entristecía esperándole; y pasó ocho días en una borrachera. Fué una semana memorable; nunca hubo en Broc tantas burlas pesadas, tanto escándalo y tantas riñas y pendencias. El vino y el kirsch manaban sin parar en las tabernas, y el padre de Simón, desesperado, viendo que su fortuna se escapaba á todo correr, fué á consultar á un abogado de Bulle, á fin de saber qué camino tomar para privar á su perverso hijo del derecho de disipar libremente sus bienes. De pronto una mañana hallaron á Simón completamente despejado, con una cinta azul, emblema de la templanza, en el ojal. Todos dijeron para sí:

—¡Se vuelve loco!... ¡El milagro le ha trastornado la cabeza!... ¡No sabe lo qué está haciendo!...

Anita, por su parte, no estaba tan contenta como era de esperar, después de haber alcanzado dicha tan grande.

—No parece sino que echa de menos su enfermedad, decían las gentes.

Lo cierto era que, desde que podía andar y que Simón no la visitaba, no encontraba la vida tan alegre como había creído. No se preguntó la causa de su desencanto, pero todo le parecía monótono y melancólico. Antes, desde su cama, cuando Simón estaba á su lado, los árboles eran más verdes, el Moleson más alto, y el cielo más azul. Y ahora, andando por el camino, tan ágil como las demás muchachas, pero sola, sentíase presa de una amargura que de todas partes le llegaba y la envolvía como enlutado velo; el paisaje era triste hasta en los días serenos; los árboles se quejaban de un mal misterioso; las flores que cogía no brillaban ni exhalaban aquella poesía que animaba las que Simón le traía... En una ocasión, hallándose sentada delante de su casa, vióle pasar borracho y bamboleándose, con ojos encendidos y estúpidos. Dirigióle una mirada vaga, y con paso inseguro se adelantó hacia la muchacha. Ésta, palideciendo, entró en su casa y echó el cerrojo. Simón llamó; pero ella, llorando muy bajito con el delantal en la cara, no respondió. Nunca le había visto en aquel estado, con el rostro encendido, el traje en desorden, el andar pesado y la mirada feroz; ¡mil veces más valía no volverle á ver!... Otro desengaño como aquel de los árboles y de las flores... ¡Ah! no había duda ya, la enfermedad era una dicha muy grande para ella. Y la pobre Anita se enternecía recordando las dulces horas que había pasado en su estimada camita, al hablar con Simón, cuando éste la visitaba, ó al pensar en él cuando no estaban juntos, contemplando la marcha de las nubes, que tan bellos dibujos describen en el horizonte.

Con todo, nuevas sorpresas estaban reservadas aún á las buenas gentes de Broc, y nuevas metamorfosis debía sufrir todavía Simón Vedille. La cinta azul permaneció pocos días en el ojal; el emblema de la templanza había desaparecido cuando empezaba á dar buen ejemplo. De nuevo comenzaron las bromas, como nunca escandalosas y desenfrenadas. El público rumor de que Simón se volvía loco aumentaba sin cesar y ya todos por tal le tenían.

—Será el calor, decían algunos; el sol de Mayo es siempre muy malo.

—Será su milagro, decía bromeando el boticario; no le ha digerido todavía.

El padre de Simón, tanto más desesperado cuanto que había creído formalmente en la conversión de su hijo, se lamentaba lloriqueando en todas las casas de la vecindad.

—¡Cómo va perdiendo el pobre hombre! decían.

Él, que tan bien sabía manejarse en todo, estaba ahora lleno de inquietudes y sin saber qué partido tomar. Siempre consultando con su abogado de Bulle, cuyas consultas le costaban un ojo de la cara; tan pronto quería declarar la incapacidad de su hijo como no; y muchas de las personas que codiciaban sus riquezas, que le odiaban á causa de su dureza, se burlaban de él, diciéndole:

—¡Ahí tenéis lo que vale echárselas de guapo!... En el fondo bien merecido tiene lo que le acontece, y si su hijo acaba por ponerle en la miseria, ya veréis como será más humilde en los últimos días de su existencia!...

Porque en ninguna parte la caridad es la virtud que más abunda.

Por fin, una mañana, después de roncar por espacio de seis horas, Simón se levantó completamente sereno. Saludó con cierta amabilidad á su padre, que habiéndose propuesto no dirigirle nunca la palabra, porque las amonestaciones de nada le servían, no le devolvió el saludo. Simón entonces salió de la casa sin decir adónde se dirigía. Poco á poco siguió el camino por el que había acompañado algunas semanas antes á Anita en el pequeño carrerón; los campesinos que segaban hierba junto á la entrada de Nuestra Señora, vieron con asombro que entraba en la blanca capilla. Y él, que nunca oraba; él, que no lloró en su vida, permaneció allí mucho tiempo rogando con gran fervor á la Virgen, y llorando sin cesar. ¿Qué le acontecía? Nadie lo supo jamás, como no se supo tampoco el cómo ni el por qué curó Anita Bujard: estos hechos sobrenaturales son siempre un misterioso secreto entre la Virgen y la persona á quien protege. Pero sea lo que quiera, después de permanecer por más de una hora hasta quebrarse las piernas sobre las piedras de la capilla, lo mismo que un niño puesto de rodillas, regresó muy pensativo al lugar. Las casas de Gruyère parecían adormecidas bajo el ardiente sol del medio día, y á lo lejos, frente al castillo, desplegábase como larga cinta el «camino de las lágrimas», aquel sendero en el cual la última condesa de Gruyère veía pasar diariamente á su infiel marido cuando iba á la cita. Simón nunca había pensado en aquella antigua historia, pero aquel día se le vino de repente á la imaginación, recordándole el día en que Anita huyó al verle pasar tambaleándose por delante de su casa. Es que así como todas las lágrimas son amargas, todos los dolores también tienen algo de común...

Simón llegó por fin delirante á casa de los Bujard; detúvose un momento contemplando la ventana de Anita. Mil distintas ideas se revolvían en su cerebro. ¿Qué era de la pobre chiquilla desde que no la veía? ¿Era feliz después de su curación? ¿Tendría novio?... Siendo tan linda y protegiéndola la Virgen, no tardaría en tener uno...

—Sin duda, decía Simón para sí, ha olvidado ya mis visitas; ¿cómo no, si me ha visto borracho y le he dado miedo? De modo que si entro en su casa tal vez tenga mala acogida, porque soy un perdido, un joven á quien una muchacha decente no ha de atreverse ni á mirar siquiera...

Mientras así reflexionaba, apareció en el dintel de la puerta el padre de Anita cargado con una rueda que debía entregar á un parroquiano.

—¡Calle! ¡Simón! exclamó. ¡Mucho tiempo hace que no te había visto, muchacho!... ¿Nos has olvidado ya?... ¿Quieres entrar un rato en casa?

Simón balbuceó una excusa y se alejó en dirección opuesta á la que había tomado Bujard; pero luego desanduvo lo andado; la casa le atraía; contemplaba el jardinito cuyas flores, que parecían abrirse más risueñas desde que Anita las regaba, eran de aquellas antiguas que sólo se encuentran en los jardines de los pueblos y de las que se ignora el nombre. Sonreíanle abriendo todas sus corolas, llamábanle y perdonábanle. De manera que, después de vacilar otro instante, empujó el encañizado que cerraba la verja y penetró en el jardín. En un pequeño pabellón cubierto de dulcamaras y clemátides construido por Bujard vió á Anita que ribeteaba un delantal. Adelantóse sin ser visto por la muchacha, mas luego que ésta percibió



el ruido de las pisadas de Simón, que avanzaba por el caminito, dió un chillido y palideció; luego se puso ligeramente colorada y dejó caer la labor. Era fresca y hermosa como las flores de su jardín; también sonreía y perdonaba; bien claro se adivinaba en sus azules ojos ocultos bajo largas pestañas; á pesar de todo, tenía miedo. Simón también estaba como asustado; fué preciso todo el esfuerzo de que era capaz para adelantar un poco; y si tomó asiento al lado de la joven, fué más bien que por audacia, porque le flaquearon las piernas. Entonces le dijo con voz muy débil:

— Anita, ¿quieres ser mi esposa?...

La joven, de pronto vivamente emocionada, no pudo pronunciar ni una sola palabra; pero al fin murmuró:

— Ya sabes que hace mucho tiempo que te amo, Simón.

Los dos permanecieron silenciosos; durante breves instantes sólo se oyó en la quietud de los campos el ruido de su respiración fatigosa. El silbido de un mirlo vibró en el aire. Luego Anita, recobrando la palabra, con voz angustiosa preguntó:

— Pero, ¿qué dirá á eso tu padre?...

La ordinaria fisonomía de Simón reapareció súbitamente, tomando una expresión de brutal energía y de fiera independencia, y exclamó:

— Mi padre dirá lo que le dé la gana, eso no me importa; soy mayor de edad y dueño de mis actos.

Anita, sin embargo, movió la cabeza en señal de duda.

— No, no, repuso; no quiero que el asunto tome este camino... No quiero entrar á viva fuerza en tu familia, mucho más rica que la mía... Si tu padre no me quiere, será preciso obedecerle...

Simón, un tanto apaciguado, se levantó diciendo:

— Pues bien, voy á hablarle inmediatamente... Tengo el presentimiento de que no le ha de disgustar que tome estado...

En efecto, su padre le escuchó sin interrumpirle y le dijo:

— Está bien.

Reflexionó un instante y luego añadió:

— Los Bujard no tienen un cuarto; tú hubieras podido hacer un casamiento brillante... pero la chiquilla es muy agradable... Además, no quiero contrariarte...

De nuevo volvió á reflexionar y después de un momento de vacilación, repuso:

— Tengo que hacerte una advertencia: en estos últimos años has gastado muchísimo dinero en tus calaveradas... Es menester, pues, que no me pidas luego la dote de tu madre; te la he dado ya con creces...

— Nada reclamaré, contestó Simón.

Una vez quedó solo el padre del muchacho, decía frotándose las manos de gusto:

— Después de todo no hago tan mal negocio... En primer lugar Simón tendrá que arreglarse... luego si se hubiese casado con una joven muy rica, no podía excusarme de soltar los cuartos... Y de esta manera soy yo quién se queda con el dinero si vuelve de nuevo á hacer calaveradas...

Cuando, divulgada por el pueblo la noticia, llegó á ser el tema de todas las conversaciones, las gentes del lugar no podían explicarse que Simón hubiese ido á la capilla; ni cómo se habla determinado á casarse con Anita; ni cómo el padre del muchacho, siendo tan avaro, podía consentir el matrimonio, sin oponer la menor resistencia. Indudablemente había en todo eso algo de maravilloso. Por esta vez al boticario, siempre burlón, nadie le replicaba cuando decía:

— ¿Veis? esto sí que es un milagro de la Virgen... Sí, un verdadero milagro... mucho mayor que la cura de la chiquilla...

EDUARDO ROD.



GUERRERO ORIENTAL  
CUADRO DE ANTONIO FABRÉS Y COSTA

# LOS INSECTOS DAÑINOS

## II

Los mosquitos.—El gorgojo.—Las chinches

### LOS MOSQUITOS

Los mosquitos se crían en las aguas estancadas; vense en ellas gusanillos cabeza abajo que se arrojan al fondo bruscamente cuando algún ruido les asusta. Estos gusanillos son los embriones ó larvas de estos insectos aéreos que llamamos mosquitos. Es verdaderamente curioso en la vida de este insecto el momento en que, convertido en ninfa, rompe la envoltura y sale del agua. La envoltura ó cáscara nada ligeramente, el insecto la rompe, la abre y forma con ella una especie de lancha en medio de la cual se yergue, sirviéndole á la vez de mástil, de vela, de piloto y de pasajero. Para llegar á la orilla necesita un poco de aire; si la brisa es demasiado recia el buque naufraga y el insecto perece en el momento en que iba á entrar en el más grato período de su existencia.

Los mosquitos ordinarios (*Culex pipiens*) son unos insectos de pequeñas dimensiones, pero de una voracidad increíble, pues buscan sin descanso la sangre del hombre y de los animales. La trompa de que están provistos es muy larga y contiene un chupador; cuando se introduce en los tejidos los irrita, produciendo una comezón muy fuerte y una hinchazón que es á veces el punto de partida de graves complicaciones. Parece que estos fenómenos se deben á la introducción en la piel de una pequeña cantidad de saliva irritante que segrega el insecto.

Cuando hace calor y humedad es cuando molestan más los mosquitos, se introducen en las habitaciones y en las cuadras y se dan á conocer por el agudo y especial zumbido que producen.

Cuando las picaduras son fuertes y numerosas, causan el insomnio y aun á veces calentura; el escozor que producen no cesa por mucho que se froten, pues sólo el alivio es momentáneo y á veces aumenta y se agrava el dolor. Éste varía por otra parte según la naturaleza de la región en que se halla la picadura y la sensibilidad del punto atacado.

No se ponen en curación las picaduras de los mosquitos sino cuando son muy graves y numerosas; los efectos que en ellas producen el amoníaco, el vinagre y el aguardiente no son generalmente convenientes; se recomiendan las lavaduras de percloruro de hierro ó las unturas con glicerina fenicada; si la inflamación es muy intensa, se puede untar la parte inflamada con una grasa y cubrirla con una cataplasma.

Los medios de preservarnos de estos molestos insectos son los siguientes:

I. Uno de los procedimientos indicados consiste en hacer fumigaciones con paja húmeda, tabaco, etc., en el interior de las habitaciones; pero esto tiene el inconveniente de no impedir que vuelvan los mosquitos en cuanto se renueva el aire, cuya renovación es indispensable. En resumen, con esta operación se vicia el aire y se produce la tos en las personas y animales que habitan el local donde se ha efectuado.

II. También se aconseja el cloruro de cal, para impedir que aquellos insectos penetren en las habitaciones; debe emplearse seco y colocarle en unas tablitas cerca de las puertas y de las ventanas.

III. Por último, cuando los mosquitos han invadido una habitación, pueden cerrarse las ventanas y colocar en ellas, una hora antes de acostarse, un farolito de vidrio con la mecha encendida; su parte exterior se untará previamente con miel desleída en vino ó con agua de rosas. Los insectos, atraídos por la luz, se pegan á la miel y perecen al punto.

### EL GORGOJO

El gorgojo (*Calandria grunaria*) mide de 2 á 3 milímetros de largo y de uno á uno y medio de ancho, y es de color gris y forma elíptica. Se reconoce por su cabeza, que se prolonga hacia adelante á manera de hocico saliente. Este insecto se aparta de la luz y del ruido; cuando uno se dispone á cogerle se deja caer como muerto y conserva la inmovilidad hasta que cree pasado el peligro. En el trigo es donde se encuentra; pero no es probable que en estado de perfecto insecto se alimente de este cereal. Es, sin embargo, indudable que la hembra se introduce en los montones de trigo y hace en la cubierta del grano, generalmente en el surco, una picadura de poca apariencia, en la cual deposita un huevo. La cría empieza en Abril y termina por Octubre; la larva se nutre de la materia amilácea del grano hasta el momento en que se convierte en mariposa; ésta pasa á ser insecto perfecto, aparece en la superficie del trigo y se reproduce de nuevo. El macho muere luego de la fecundación; la hembra vive hasta fines de Octubre. En un solo año una hembra puede producir de 6,000 á 20,000 huevos.

Fácilmente se echa de ver cuán peligrosa es para el trigo una reproducción tan considerable, y este peligro es mayor si se tiene en cuenta que el gorgojo vive en el interior de los granos, y sólo tomando una regular cantidad del trigo sospechoso con la mano y pesándola, se conoce, si se encuentra ligero, que está atacado por aquel



insecto. Cuando los gorgojos se hallan en circunstancias favorables para su desarrollo, la pérdida en peso que ocasionan puede llegar hasta un 65 ó 75 por 100.

Pocas veces se queda el gorgojo en la superficie del trigo, pues se le encuentra á algunos centímetros de profundidad. También se le halla en las hendiduras de las paredes y en los huecos de las tablas de los graneros. Se conoce que un montón de trigo está atacado por el gorgojo removiéndole con la pala por espacio de algunas horas antes de examinarle; de este modo los insectos abandonan el montón para refugiarse ya á lo largo de las paredes del granero, ya en los listones que á este objeto se habrán plantado en el montón. Entonces es posible conocer el daño que han causado aquellos insectos por el número de los que abandonan sus viviendas. Cuando se compre trigo téngase siempre en cuenta la estación del año en que se verifica; pues desde la primavera hasta el otoño el gorgojo se reproduce, y si el trigo no ha de molerse hasta principios de invierno quedará tiempo sobrado á aquel insecto para cometer sus fechorías.

Hace cerca de un siglo que se vienen estudiando los medios para destruir este temible animal. Duhamel, Hales, Deslandes, Mathieu de Dombasle y Dufour han aconsejado procedimientos muy distintos unos de otros.

I. Se asegura que el gorgojo abandona los graneros, si en ellos se depositan sustancias de olor fuerte, como, por ejemplo, heno tierno, cáñamo que no esté marchito ni vareado, ajeno, harina de judías, flores de saúco, hojas verdes de nogal, tallos de menta, y el alquitrán con que se han embadurnado las tablas que se introducen en los montones de trigo.

II. Habiendo un campesino dejado por casualidad algunos vellones de lana en un granero de trigo candeal, al poco tiempo se vieron llenos de gorgojos. Entonces se le ocurrió cubrir con lana sus trigos, y dos días después estaba llena de gorgojos. Según parece, atraídos estos insectos por el olor que despiden el churre de la lana, perecen envueltos en ella.

III. Se recomienda remover con la pala frotada antes con ajo los granos atacados. El modo de hacerlo es el siguiente: al lado del principal montón de trigo atacado se hace un montoncito y se remueve con la pala el primer montón. De este modo los gorgojos se refugian en el segundo montón, y con una escoba se llevan á él los que tratan de apartarse; se repite esta operación por espacio de algunos días consecutivos, se echa sobre la pequeña pila agua hirviendo y quedan destruidos los insectos. Esta operación se hará al empezar la primavera; da mejor resultado aun substituyendo el montoncito de trigo por otro de avena. Es natural que con este procedimiento no desaparezcan las larvas que se hallan en el interior del trigo.

IV. Hay quien asegura que es preciso lavar los granos en 250 kilogramos de agua que tenga en disolución un kilogramo de ácido clorhídrico.

V. Se recomienda también la cal viva, el sulfuro de carbono, el ácido fénico ó el ácido sulfúrico.

VI. Se aconseja igualmente que los granos atacados se pongan á secar en una estufa.

VII. Todos los medios indicados son menos seguros que el que consiste en sustraer los granos de la acción del aire, de la luz, del calor y de la humedad. En efecto, la experiencia ha demostrado que el ensilaje de los granos, cuando ha sido bien hecho, no permite que las larvas causen daño alguno y que los gorgojos se multipliquen.

León Dufour, inmediatamente después de la recolección, colocaba el grano limpio y seco en toneles, cuyo disco superior era reemplazado por una tapa ó cubierta que se adaptaba bien apretada por una gruesa piedra; ponía los toneles derechos en hilera y cerrados á lo largo de las paredes del granero, en el cual cerraba las contraventanas; los granos puestos en toneles, resguardados por completo del aire, que es el vehículo de los principales agentes de destrucción, y de la luz, que desarrolla gran número de gérmenes nocivos, no contienen ni un gorgojo, no se calientan, se conservan limpios, brillantes, con buen color, y son excelentes para la alimentación y siembra.

VIII. Cuando un granero está invadido por los gorgojos es indispensable que se consuma cuanto antes el trigo; en cuanto está vacío, es preciso limpiarle muy bien, conservarle lo más limpio que sea posible, lavando las paredes y el suelo varias veces durante el año, y haciendo tapar por un albañil todas las hendiduras y grietas, de manera que sea imposible la reaparición de aquellos insectos, y aun sería conveniente dejar vacío el local durante un año por lo menos.

No hay que limitarse á estos cuidados aislados. Débese, al mismo tiempo, atacar al enemigo en todas sus trincheras, en las granjas y en los graneros. Sin estas precauciones, no se habrían aún expulsado los gorgojos de un lado, cuando ya deberíamos volver á empezar la operación por el otro.

#### LAS CHINCHES

La chinche de las habitaciones (*Cimex lectularius*) es un insecto lepidóptero, oval, velludo y ordinariamente gris, pero que toma un color rojo luego de haber chupado la sangre. Presenta en el centro del metatórax una glándula piriforme roja, que se abre entre las piernas posteriores y segrega un líquido de olor desagradable. Durante el día se esconden en las hendiduras de los entarimados y de las camas, detrás de los cuadros y de las cortinas; su forma aplastada les permite meterse en las más estrechas grietas; cuando se apaga ó desaparece la luz salen de sus viviendas; muy raras veces se las encuentra en el cuerpo y en los vestidos. Este insecto se multiplica con rapidez extraordinaria; los huevos son de forma elíptica y llenos de asperezas que les impiden resbalar del sitio en que han sido depositados.

La picadura de este insecto es dolorosa, y á menudo produce una pequeña ampolla en medio de la cual se ve un punto oscuro.

Se han propuesto gran número de procedimientos para destruir las chinches:

I. *Polvo de pelitre* (1).— Este polvo se prepara

(1) En los mismos establecimientos donde se venden los fuelles ó sopladores expenden el polvo en cajas ó paquetes; pero el

haciendo secar en la estufa flores de *Pyrethrum caucasicum* ó *Pyrethrum roseum* y pulverizanse. Este polvo presenta una particularidad: á pesar de la acción rápida y mortal que produce en los insectos, no es peligroso para el hombre, y se puede colocar en los muebles y en la cama sin cuidado alguno. Se echan los polvos sobre los objetos que se trate de preservar del insecto, por medio de un pequeño fuelle; á veces ya se le encuentra en el comercio en unas cajitas en forma de fuelle, que basta apretar por la punta para hacerlo funcionar. Para una cama son precisos seis gramos del polvo, debe ser limpia y debe repetirse la operación dos veces al año.

II. Se puede aplicar por medio de un pincel á todos los puntos infectados una infusión de hojas verdes de nogal machacadas.

III. Cómprense diez céntimos de ajeno verde, machaquense bien, póngase en infusión en un litro de agua fría y aplíquese con el pincel en todos los sitios atacados por la plaga.

IV. Se cree que el mastuerzo (*Lepidium rurale*) colocado debajo las camas atacadas por el insecto, tiene la propiedad de matarlo ó por lo menos de hacerlo desaparecer.

V. También podemos librarnos de las chinches por medio de un tejido de mimbre de 45 á 50 centímetros de altura y de una anchura igual á la de la cama. Se coloca este tejido de un modo vertical entre los colchones y la cabecera; por la mañana la persona encargada de hacer la cama, levanta el tejido de mimbres, lo sacude sobre el suelo y mata las chinches que se han refugiado allí.

#### VI. Polvo Bugpoison contra las chinches.

Alcohol. . . . .	700 gramos.
Esencia de trementina. . . . .	25 "
Alcanfor. . . . .	2 "
Sublimado. . . . .	6 "

Por medio de una esponja ó un pincel empapados en este líquido, úntense los sitios infectados.

VII. Hay ciertos gases que pueden utilizarse contra las chinches; esto se hace produciendo gas sulfhídrico en los aposentos infectados, pero este procedimiento tiene una desventaja, que consiste en que el gas sulfhídrico ataca las piezas de metal, oro, hierro, acero, etc., que se hallan en la habitación.

VIII. Se ha propuesto también el ácido sulfuroso, que puede producirse quemando azufre en tubo en el aposento invadido, cerrándolo herméticamente; la combustión del azufre se hace sobre un brasero de tierra. Repítase dos veces esta operación por espacio de veinticuatro horas, y renuévase luego el aire.

Caléntese un poco en dos ó tres crisoles una mezcla de cal y sal amoníaco; repítase esta operación dos veces por espacio de veinticuatro horas: ábranse las ventanas

gran consumo que hoy se hace de él, ha tentado á los falsificadores, y muchas veces se sustituye el pelitre por la manzanilla de Persia ó otras sustancias inertes. Por medio de estas falsificaciones, se ha desacreditado el mejor y más cómodo de los insecticidas, enemigo mortal de todos los insectos é inofensivo para el hombre y también para los animales que no sean insectos.

y sacúdanse los libros, las cortinas y los cubrecamas. Échese un poco de esencia de trementina en las hendiduras de los muebles y de la cama. No tan sólo se destruyen las chinches sino hasta los huevos.

La saturación del ácido sulfuroso por medio del alcali impide que aquél, por la acción del oxígeno y el vapor acuoso del aire atmosférico, se transforme en ácido sulfúrico, el cual, después de impregnado en los objetos, quemaría el papel y la ropa.

El ácido sulfúrico penetra en las hendiduras y en las grietas. Se ha de tener la precaución de no dormir en el cuarto hasta que, renovado el aire varias veces, haya desaparecido el olor del ácido sulfuroso y del gas amoniacal, ó sea hasta el cabo de dos ó tres días.

IX. Cuando las chinches han invadido el pavimento y los ensamblajes de los cuarteles, de las barracas ó de los hospitales, el polvo de pelitre es insuficiente y se emplea en su lugar la siguiente solución:

Bicloruro de mercurio. . . . .	1 gramo.
Clorhidrato amoniacal. . . . .	2 "
Agua común. . . . .	2 "

Se le añade luego una cantidad de orcaneta suficiente para colorarle. Por medio de un pincel, se hace penetrar el líquido en todas las hendiduras que pueden servir de refugio á aquellos insectos y se tapan luego. Esta preparación es venenosa para el hombre.

X. Se puede también librar los ensamblajes y las paredes de aquellos insectos, frotando las grietas y las paredes con una esponja impregnada en una solución de 2 por 100 de jabón blando por un litro de agua.

Se colocan en una caldera cien partes de agua en peso y dos partes de jabón blando, se pone luego la caldera sobre un fogón encendido y se deja hervir; quítense después todas las cortinas del aposento, y háganse con un cuchillo más anchas las grietas de las paredes que no lo sean suficiente para que penetre el agua al interior; si la cama es de madera descompóngase en sus diversas piezas y quítense los ensamblajes, tómese una esponja grande, parecida á las que sirven para lavar las patas de los caballos, átesela con una cuerda á un bastón de 40 centímetros de largo, sumérjase en una disolución de jabón hirviendo y lávense repetidas veces de arriba á abajo las paredes del aposento, y en particular los sitios en que abundan las hendiduras, teniendo cuidado de sumergir cada vez de nuevo la esponja en el líquido, el cual, para que obre eficazmente, debe mantenerse siempre muy caliente y si es posible en ebullición; lávense las diversas piezas de madera de la cama, así como todo el ensamblaje si fueren objetos preciosos; expónganse á la acción del aire y del sol durante el tiempo necesario para que se rompan los huevos del insecto y frótese en seguida. Lávense también en la misma disolución hirviendo las hendiduras que se encuentren entre los ladrillos, en el techo, en el entarimado y en los ensamblajes; cámbiense las fundas y las cortinas y póngaselas al sol por espacio de algunos días; renuévese el jergón, si lo hay, y pásense en agua hirviendo las telas y la lana de los colchones, y por último, tápanse las grietas de las paredes con una almáciga compuesta de greda y cola animal, y luego

cuélguense las cortinas del modo acostumbrado. Esta disolución no despidе mal olor, es muy barata, no es peligrosa para la salud y está al alcance de todos.

XI. Se destruyen instantáneamente las chinches y sus huevos, embadurnando las paredes y las maderas con una disolución que contenga un 5 por 100 de ácido fénico.

Cuando han sido invadidas las paredes y se desea colocar nuevo papel pintado, es muy conveniente poner

un 5 por 100 de ácido fénico en la cola que para aquella operación se emplee.

XII. También se ha indicado añadir á la cola de 30 á 35 por 100 de esencia de trementina; si la mezcla no está bien hecha mancha el papel.

XII. Por fin, se emplea una mezcla de petróleo (1 parte) y agua (100 partes) para pintar los techos y las paredes.

\*\*\*



MUCHACHOS EN EL BAÑO  
DE UNA FOTOGRAFÍA INSTANTÁNEA



## LOS EXTREMOS SE TOCAN



—Tengan *ustés* mu *güenos* días.

Yo no sé hablar porque, zapatero á tus zapatos, como dijo el otro, y yo soy *pión* de albañil, *pa* lo que *sofrezga*, pero voy á *iciles* á *ustés* una cosa porque sí; porque puedo y tengo *sastifación* *pa* eso y *pa* mucho más; digo yo. Y si en algo falto *ustés* *disimulen*, porque uno no tiene *lastrución* aparente *pal* caso; pero es lo que se dice: *ca* uno es *ca* uno y *denguno* es más que *naide*, y *masiáu* sabemos *toos* que tras del último no va *denguno*; *esa* es mi tema: uno ya va *pa* viejo, y á otra cosa me ganarán; pero en punto de lo que estamos tratando, no hay quién, hoy por hoy, se entiende; por algo ha *estao* uno en el servicio catorce meses día por día, y no fui cabo segundo interino porque *toas* las cosas de este mundo *tien* sus *arrodeos*, como *ice* el *reflán*, que en Madrid hay mucha gente y *ca* uno va á su negocio; así es que, es la que yo digo, ú el hombre es hombre ú no hay caso. Uno está *inorante* de *muchis-mas* cosas, pero es por su cuenta y razón, ¿me comprenden? Pero como yo soy perro viejo, como quien dice, si alguno me viene con que si verdes las han *segáu*... Adiós, que te vaya bien. Y no es hablar por

hablar, porque la mentira no dura hasta que aparece la *verdá*; ni son *figuraciones* mías, porque las cosas son como son y no de otra manera; la *verdá* no *tié* más que un camino y de *ná* sirve que yo me empeñe en que ha de ser así ú asá, porque de *toas* maneras será lo que sea y *ná* más. Y que no sirve darle vueltas, cree uno estar bien en su sitio y *antigual* que es *too* lo contrario, y eso no es otra cosa sino que no hay en el día de hoy, mayormente, *prencipios* *pa* el *judiadero* honrao, y ahí está la *maldá* de las gentes y de las *presonas*. Yo soy un nadie, pero si yo fuera, pongo por comparación, Gobierno ú cosa así, también digo; por supuesto que de menos nos hizo Dios, que nos hizo de *laná*, y que ésa no hay quién me la vuelva, porque es la fija.

En fin, me *paice* que *mabrán* *ustés* comprendido, por más que no soy ninguna persona leida ni escrita, pero yo soy así como soy; al pan, pan, y al vino, vino, y *ná* más. Conque, si *sofrece* alguna chapuza, poner unos ladrillos en el *soláu* ú desatancar el....., con perdón, Endalecio López, calle del Rosario, ocho, me *tien* *pa* lo que gusten mandar. Y si no, no *tien* más que preguntar por *El Castelar*, que es como me llaman por mal nombre.

\*\*\*

—¡Ah! señores diputados: las prepotentes páginas de la historia: la vertiginosa carrera de los tiempos, destruyendo á su paso los altos muros y las quinientas torres de Antioquia; los

jardines de Dafne, impregnados de paganismo, junto á las abrasadas arenas del desierto reveladoras de la unidad divina á los sacerdotes del espíritu; el rocío matinal que desciende de los aires sobre la verde hierba nacida entre las junturas de las piedras. Los cedros del Líbano, bendecidos por el profeta, que Alejandro usó para lecho donde debía juntar los dioses de Grecia con las ideas de Oriente; el beso de las tibias auras á la luz del sol espléndido, y al eco de los arroyos parleros con el plo de los nidos repletos entre los primaverales effluvios de la naturaleza; los emperadores de Asiria, dueños de las orillas del río hierático, recibiendo las inspiraciones, irradiadas por los astros de aquel cielo, y las ideas contenidas en misteriosos jeroglíficos; el suicidio de Cleopatra por no verse atada al carro de su vencedor Augusto. La península del Sinaí con sus numerosos y religiosos recuerdos; Moisés fundador de una democracia y de una república, admitiendo la única excepción de sus comunicaciones con el Eterno; las mariposas meciéndose sobre las flores y sobre las hojas tiernas recién brotadas de las yemas, sobre los nidos cincelados entre el follaje; las divinidades de Grecia y Roma aniquiladas por la mano hercúlea de las hordas del Septentrión; el torrente Cedrón, donde corrieron las lágrimas de David; la menuda lluvia disolviendo los terrenos cretáceos, como se disolvió la orden de los templarios por las maquinaciones de los reyes; la incesante movilidad de los ríos, por la indestructible ley de la gravedad, para reconquistar en el proceloso mar su verdadero puesto, como reconquistó Saladino á Jerusalén, destruyendo la obra de Godofredo de Bouillon, después de derrotar á los francos en Tiberiades; el movimiento religioso levantado por nuestras razas occidentales separadas por el feudalismo; la naturaleza inmóvil en medio del movimiento; una en medio de la variedad; sujeta á la muerte y eterna, sujeta al límite é infinita; difundida en la inmensidad del espacio y concretada al átomo incoercible é hipotético; desde los gases impalpables, que se desvanecen, hasta las sólidas cordilleras de los Andes y del Himalaya donde la nieve blanquea las bocas de los volcanes; desde los infusorios y microorganismos movidos por la circulación sanguínea de un ser infinitamente pequeño, hasta la nebulosa que lleva en germen orbes infinitos, y hasta la vía láctea, cuyo resplandor llega á nosotros después de millones de siglos; en todo este centro ¡ah! no sucede el aniquilamiento de una sola molécula, y, sin embargo, se aniquilan pueblos como los de Oriente, como se han apagado astros en nuestro sistema solar, como han desaparecido floras y faunas en nuestra corteza terrestre, como desapareció Napoleón en Waterloo, como desaparecieron Federico Barbarroja en las fatales aguas del Cidno y don Rodrigo en las del Guadalete.

Esta es, en síntesis, la situación político-económica de nuestro país. A grandes rasgos os he trazado el camino que ha de guiarnos á la felicidad de nuestra querida patria.

He dicho.



El copista,  
MELITÓN GONZÁLEZ.

## NUESTROS GRABADOS

### EL PRESTIDIGITADOR

CUADRO DE A. SOUZA

Chinos y japoneses son muy hábiles en los ejercicios de gimnasia y prestidigitación. Cachazudos en grado superlativo, ensayan una suerte durante horas, días, meses y acaso años, con lo cual logran ejecutar trabajos de una delicadeza y de una dificultad asombrosa. Las leyes del equilibrio parece como que no rezan con ellos, ó por lo menos de tal modo saben sacar partido de las mismas, que los espectadores en general juzgan poco menos que prodigioso lo que no es más que una inteligentísima aplicación de aquellas leyes. En las manos, sobre la nariz, en apoyos inverosímiles hacen sostener por largo espacio de tiempo objetos ligerísimos, que el común de los mortales no logra siquiera mantener en equilibrio por breves instantes. A la rapidez en los movimientos se deben otras suertes que ejecutan chinos y japoneses, y que de ellos han tomado los europeos; tales como la de las mariposas en fino papel de fumar, escena que reproduce el cuadro que va en este número. El prestidigitador, vestido con su lujoso traje oriental, ocupa el centro de la estancia, y á él convergen las miradas de todas las personas que se encuentran en ella, á quienes el artista ha presentado ataviados los hombres con los bordados casacones de fines del siglo XVIII ó principios del XIX y á las damas ora con la clásica mantilla española—lo cual descubre el lugar de la escena—ó con la cofia recargada de lazos y plumas. El conjunto del cuadro es elegante, bien dispuestos los grupos y animada la expresión de todas las figuras.

### GUERRERO ORIENTAL

CUADRO DE ANTONIO FABRÉS Y COSTA

El artista Antonio Fabrés, que ha ejecutado la vigorosa pintura que pueden ver nuestros lectores en este número, ha estudiado con vivo cariño, siguiendo las huellas del inolvidable Fortuny, los tipos y las escenas del Oriente, las cuales le han prestado interesantes asuntos para sus lienzos. Interés ofrece el que reproducimos, interés que se concentra en la soberbia figura del guerrero que domina todo el cuadro, aun cuando en él aparece otra figura, casi oculta en segundo término, y otros pormenores. La mujer tendida en el suelo, el aire del personaje y algunos otros signos que se ven en el cuadro, nos hablan de guerra, de botín y de triunfo. Aspecto de vencedor, aun agitado por el hervor de la lucha, presenta el guerrero, que viste con el esplendor propio de las razas orientales. Rica es la cota que cubre su robusto cuerpo y adornada con primorosas bordaduras. Sus armas defensivas, la rodela y el casco, pregonan la pericia de los armeros de la Persia, del Turkestan, del Afghanistan y de otras comarcas del Asia, quienes han conservado admirablemente las tradiciones de sus antepasados, labrando hoy armas que por la decoración y por la mano de obra semejan debidas á pasadas centurias. La rodela está damasquinada con gran primor en la orla que la rodea y allá se va con las que cincelaron y damasquinaron en nuestra España los armeros moriscos y mudéjares y también los maestros cristianos. Cincelado y damasquinado hay igualmente en el casco, adornado para mayor gala con las características plumas de pavo real. De esta arma defensiva forma parte el almofar, que preserva la nuca y ambos lados de la cabeza y que ya usó el Cid Campeador, según lo reza su *Poema*, como lo llevaban todos los guerreros de su época en Europa. Por sencilla se señala la espada, cuyo mayor valor se cifraría en el buen temple de su hoja. El rostro del guerrero, los bordados de su traje, los primores de

las armas los ha interpretado Antonio Fabrés con una verdad y un vigor que no hemos de encarecer, porque el grabado los revela de un modo elocuente. A Fortuny nos recuerda este artístico trabajo, y con ello hemos hecho su más subido elogio y el del artista que lo ha llevado á cabo y cuyas pinturas son justamente celebradas donde quiera que se exponen. Fabrés, que comenzó modelando el barro y manejando el cincel, los abandonó luego por los pinceles con buen acuerdo, porque uno de los principales méritos de sus cuadros consiste en la riqueza y armonía del color.

### MUCHACHOS EN EL BAÑO

DE UNA FOTOGRAFÍA INSTANTÁNEA

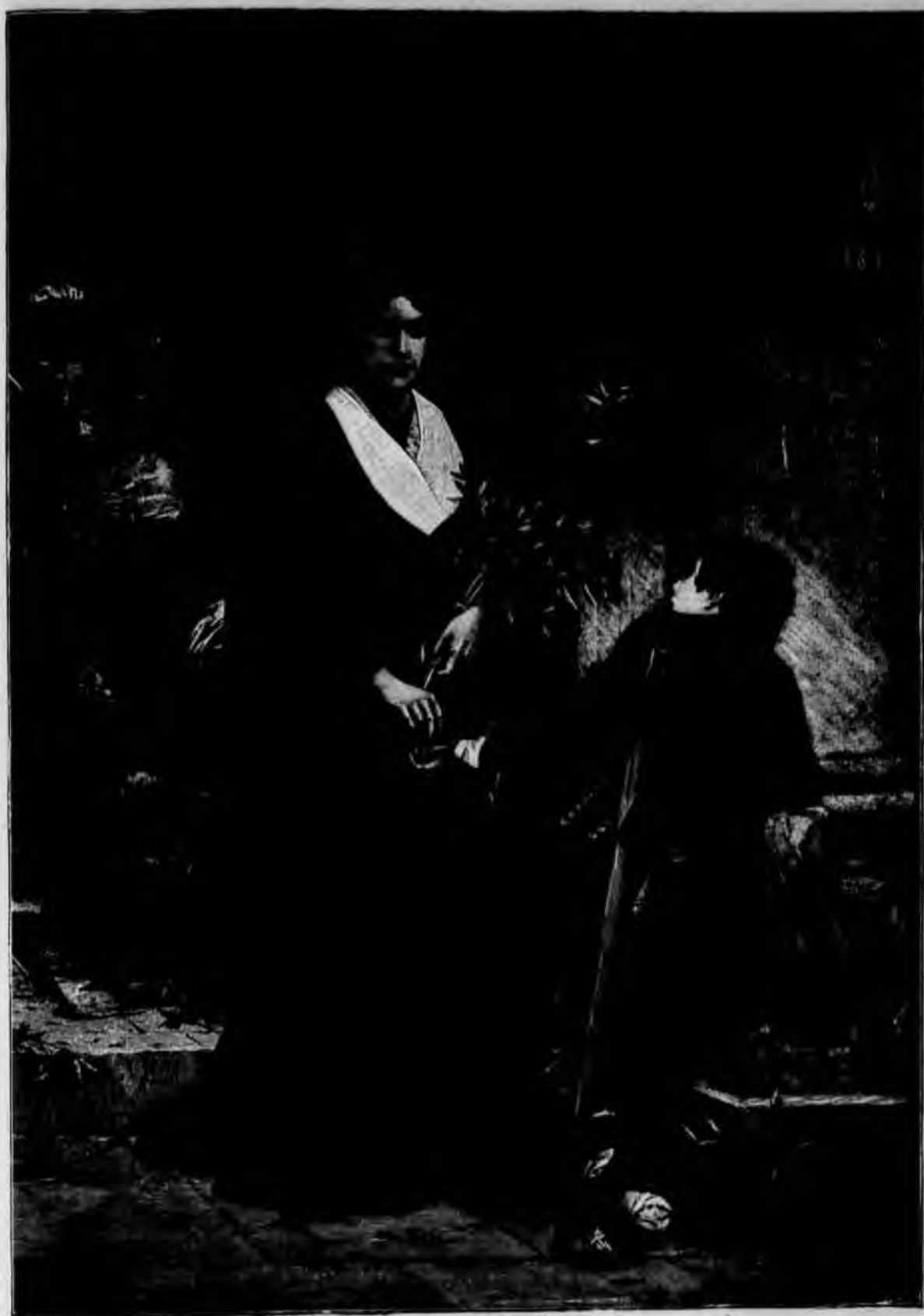
Indudablemente este bonito grabado despertará en muchos lectores el recuerdo de su infancia. ¡Qué alegría causaba en las tardes de asueto del verano el salir de la ciudad para bañarse en un estanque ó en un sitio á propósito del río con algunos compañeros! ¡Qué delicia meterse dentro del agua cuando apretaba el calor, y qué diversión la que allí se encontraba! Los tres muchachitos de este grabado se han reunido á la orilla de un precioso lago rodeado de bosques, cuyas verdes y transparentes aguas brillan á los rayos del sol convidando á refrescante baño. Uno de ellos está todavía en la barquita, que sabe dirigir muy bien; los otros dos se han desnudado ya y se hallan dentro del agua, que por lo visto les es un elemento del todo familiar. Parece que aguardan todavía á otros compañeros que han de compartir con ellos las delicias del baño, y á los cuales divisan ya. Por lo tanto, pronto va á empezar un alegre chapuceo y resonarán en el bosque los gritos y las risas de la alegre gente menuda, hasta que lo avanzado de la hora les obligue á abandonar el líquido elemento para volver á sus casas por el camino ordinario. Toda esta animada escena la reproduce con verdad admirable el grabado que publicamos, sacado de una fotografía instantánea. Con esta clase de procedimiento los retratos fotográficos tienen una vida y una expresión que dejan embelesado á quien los contempla.

### LA LIMOSNA

CUADRO DE P. A. COT

Un músico ambulante, lisiado, se ha puesto cabe la puerta de la iglesia para implorar la caridad de los fieles que salgan de los divinos oficios. Una joven arrogante, vistiéndolo el traje popular de una de las más poéticas comarcas de Francia, acaba de cumplir en día de domingo de Ramos el precepto dominical y ha recogido además en el templo la rama de olivo bendito, que los cristianos guardan en sus casas para que les libre de las malignas asechanzas. La gallarda y hermosa joven se encuentra con el muchacho, que mueve su corazón al sentimiento, y le pone una moneda en la mano, con la humildad de quien hace la caridad como Jesucristo lo aconseja, ó sea ignorando la mano izquierda lo que ejecuta la derecha. Este asunto lo ha compuesto y desarrollado con grandiosa sencillez el pintor P. A. Cot, dando particular importancia á la figura de la piadosa y caritativa doncella, y estudiando especialmente la serena y simpática expresión de su rostro. Con el lisiado forma un grupo en el que contrastan ambas figuras y para el cual acaso recordó el autor el imponderable lienzo de Santa Isabel curando á los leprosos, de nuestro insigne Bartolomé Esteban Murillo. No hay copia, ni siquiera imitación marcada de esta pintura en la de P. A. Cot, mas se descubre, á nuestro juicio, que recordó la obra del maestro español, que la tuvo muy presente y que acaso la estudió para pintar la que reproducimos en este número.





**LA LIMOSNA**  
CUADRO DE P. A. COT

Ayuntamiento de Madrid



## De una sonata del ADOUR

Andante.

Schubert.

The musical score is written for piano and consists of seven systems of two staves each. The key signature is one sharp (F#) and the time signature is 2/4. The tempo is marked 'Andante.' and the composer is Schubert. The score includes various musical notations such as notes, rests, accidentals, and dynamic markings. The first system starts with a piano (pp) marking. The second system includes a piano (p) marking and a crescendo (cresc.) marking. The third system includes a piano (pp) marking. The fourth system includes a piano (pp) marking. The fifth system includes a piano (pp) marking. The sixth system includes a piano (pp) marking and a crescendo (cresc.) marking. The seventh system includes a piano (pp) marking.



This page contains a musical score for a piano piece, consisting of seven systems of staves. The notation includes various musical symbols such as notes, rests, and dynamic markings. The dynamics include *cresc.*, *f*, *p*, *pp*, and *dimin.*. The score is written in a key with one sharp (F#) and a 2/4 time signature. The notation is complex, with many beamed notes and slurs, indicating a fast and technically demanding piece. The first system shows a *cresc.* marking and a *f* dynamic. The second system shows a *p* dynamic and a *dimin.* marking. The third system shows a *pp* dynamic. The fourth system shows a *f* dynamic and a *pp* dynamic. The fifth system shows a *pp* dynamic. The sixth system shows a *pp* dynamic. The seventh system shows a *pp* dynamic. The score is written in a key with one sharp (F#) and a 2/4 time signature.



# ¡SOLEDAD!

NOVELA ESPAÑOLA

POR

D. C. SUÁREZ BRAVO

## CAPITULO IV

LA DUQUESITA

(CONTINUACIÓN)

Ensimismados en su cháchara confidencial, atravesaban los dos jóvenes la dorada multitud sin sospechar la atención de que eran objeto. Si Blanca era el grande interés, la primera novedad de la fiesta, Eduardo vino á ser á su vez el héroe de la noche. Además de sus cualidades físicas, tenía nuestro héroe aquella distinción nativa que no es capaz de dar ninguna escuela y que nace del carácter y de los sentimientos, quizá de la sangre. ¿Quién es capaz de

señalar límites precisos á la misteriosa virtud de la transmisión y de la herencia? ¿Por qué el hábito de la superioridad, que produce naturalmente una determinada manera de ser que se traduce por actos externos, no ha de transmitirse como se transmiten los caracteres, las enfermedades y hasta las manías?

Sin dejarse embriagar por su triunfo, Eduardo saboreaba no sin placer aquellos instantes, que compensaban en parte las amarguras y decepciones de su niñez y de su juventud. Blanca, primera representación en aquel baile de la nobleza de sangre, de la opulencia y de la hermosura; en cuya persona se fundían todos los prestigios del pasado y del presente, le envolvía en su radio luminoso, convirtiendo la misma pobreza, que él juzgaba implacable disolvente de sus timbres de familia, en piedra de toque que aquilataba su valor.

Reía Blanca sin afectación al oírle referir á Eduardo los apuros y estrecheces de su vida, y éste, quizá por primera vez, los recordaba con jovial abandono, gozando de encontrar un corazón parecido al suyo en el despego por las riquezas. Tal vez no partía esta conformidad de sentimientos de un mismo origen; tal vez en el desprecio de su prima había un refinamiento de orgullo de raza, mientras que en el suyo entraban además otros componentes de mejor ley depurados en el crisol de la desgracia, pero el joven se sentía envuelto en una atmósfera de atracción y de luz que no le quitaba, sin embargo, la libertad de espíritu suficiente para mantenerse en los límites que su situación y sus sentimientos le imponían.

Fuera de esto, era verdaderamente curioso y hasta fenomenal, que la pareja que arrastraba tras de sí todas las miradas encendidas ó por la envidia, ó por el deseo, ó cuando menos por la admiración, en aquella atmósfera saturada de vanidad, estuviera alegremente entretenida en tejer un idilio á la pobreza. Eduardo, que era observador, sonreía de cuando en cuando para sus adentros, al considerar el teatro en que su prima y él estaban representando aquella escena singular; al ver cómo hacían el primer papel, entre tantos millones que pugnaban por hacerse visibles, sus pobres cuarenta duros mensuales. ¿Cómo dejar de consagrar á su seductora prima un sentimiento de profunda gratitud por aquel inesperado desquite?

Cuando más arrastrado se sentía por los atractivos de semejante situación, verdaderamente ocasionada á marcar la firmeza de sus sentimientos, tropezaron sus ojos con otros que estaban fijos en él con expresión de profunda tristeza y celoso reproche. Al encontrarse con aquella mirada, súbita turbación se apoderó del corazón del mancebo, como si realmente se encontrara cogido en flagrante delito de infidelidad. Desde aquel momento ya no hubo para Eduardo en todo el baile más que aquellos dos ojos, que ejercían sobre él la atracción que ejerce sobre el navegante perdido en noche oscura el faro que ve brillar á lo lejos en las sombras.

Luisa, que no pensaba ir al baile, al saber por Santiago (que halló modo de darle la noticia) que Eduardo concurriría, no pudo resistir la tentación de presentarse en el palacio de Montilla. Fácil le fué decidir á su madre, deseosa siempre de complacerla, y mucho más en materia en que su hija no solía poner á prueba su ternura. No pudo ser parte la premura del tiempo á que Luisa dejase de improvisarse una primorosa *toilette*, que realizaba sus gracias, porque, como dice el refrán vulgar, en casa llena pronto se guisa la cena, y la juventud y la belleza excusan mucha modista.

Entraron doña Elena y su hija en los aristocráticos salones de Montilla en momentos en que ya no se hablaba en ellos de otra cosa que de la nueva y brillante estrella que había aparecido en el dorado firmamento del gran mundo. La duquesita lo llenaba todo. Aunque sin dejar de dirigir sus ojos en busca de Eduardo por entre aquel torbellino de cabezas, experimentaba Luisa viva curiosidad de conocer á la que era causa, ó por lo menos pretexto, de la fiesta y objeto de todas las conversaciones.

Habían recorrido ya algunas salas madre é hija, confusas de encontrarse en medio de una sociedad que deliberadamente no frecuentaban. Don Gabriel, que las acompañaba á su entrada en el baile, se había quedado conversando en un corrillo de hombres de negocios.



En esto, Ricardo, que espiaba el momento oportuno, llegó acompañado de su acólito Camporredondo, á quien no había tenido ocasión de presentar á su madrastra y á su hermana el día de la conversación que ya conocen nuestros lectores.

Doña Elena, para quien no era recomendación el ser presentado por Ricardo, recibió al hijo del usurero con helada cortesía. Luisa, distraída, correspondió con un movimiento automático al meloso cumplido de Camporredondo.

Pero la vanidad de éste no era fácil de desconcertar, y sostuvo por algún rato solo la conversación con toda especie de lugares comunes. El baile debía ser naturalmente el tema obligado de su retórica de peluquería.

—¡Delicioso! ¡delicioso! decía contoneándose y echando hacia atrás una de las solapas del frac para poner á buena luz los gruesos botones de brillantes de su camisa. Es una fiesta que dejará memoria en la sociedad madrileña. Quizá la condesa ha abierto demasiado la mano á las invitaciones... Se lo acabo de decir á uno de sus íntimos, que lo es mío... y se lo diré á ella en cuanto la vea... La concurrencia ¡vamos! es... *un peu melangé*. Pero, ¿qué había de hacer la pobre Laura? Además, como aquí hay dos poderes, uno público y otro secreto... Pero, chitón. No he dicho nada... *Ne touchons pas à la femme de César*... Mas convengamos en que el golpe de vista es espléndido... Y hay que excusar el afán del gran mundo madrileño por concurrir á esta *soirée*. ¿Qué persona decente sale mañana á la calle teniendo que confesar que no ha pasado la noche en el palacio de Montilla? ¿Y no han visto ustedes á la duquesita? Es encantadora. No arrebatará á su madre el cetro de la hermosura... ¡Oh! eso no... Yo soy partidario de la duquesa y no creo que me ciegue la amistad... Pero confieso que la duquesita es una belleza distinguida... y su *toilette* verdaderamente deliciosa. Obra maestra de Worth... Pero, ahí la tienen ustedes...

En efecto, Blanca y Eduardo, en plena confianza, aparecieron en uno de los extremos del salón. Fortuna fué para Luisa que todas las miradas se hubiesen dirigido hacia la aristocrática pareja, pues de otro modo no hubiera pasado inadvertida la palidez que repentinamente alteró su semblante.

—¿No es verdad que está preciosa? seguía diciendo el insustancial protegido de Ricardo. Fíjense ustedes en el diamante que lleva en la cabeza y que vale una fortuna... ¡Oh! No hay que extrañarlo; Blanca... Porque la duquesita se llama Blanca... Yo la traté en París y espero tener pronto ocasión de renovar con ella mis relaciones. Pues, como digo, Blanca es sin duda ninguna, por riqueza y nacimiento, la primera heredera de España...

En este momento los ojos de Eduardo tropezaron con los de Luisa.

—El joven que va con ella, proseguía Camporredondo, más bien que desconcertado complacido de que le dejaran á él solo el peso de la conversación, es un primo carnal suyo... joven distinguidísimo... Yo le conocí también en París. Los dos primos se han criado juntos... y esto explica su intimidad... Hay quién habla ya de matrimonio, pero yo tengo motivos para creer que hasta ahora...

Aquí Camporredondo se detuvo para dirigir una mirada de sorpresa á sus dos mudas oyentes. Y el caso no era para menos. En aquel mismo instante pasaba la pareja por delante de ellos, y Eduardo saludaba con profunda inclinación de cabeza á las dos damas.

—¡Oh! ¡oh! exclamó Camporredondo sin perder el aplomo y sin notar el hermoso carmín que teñía las mejillas de Luisa. He dado un paso en falso... veo que el acompañante de la duquesita es un conocido de ustedes... Y yo charlaba... y charlaba... ¡Oh! eso no está bien, señoras, eso no está bien.

—Conocemos muy superficialmente á ese joven, dijo doña Elena mirando á su hija, que seguía con la vista á la duquesita y á Eduardo, y en cuyo semblante se reflejaba una emoción extraordinaria.

No se escapó el saludo á Ricardo, que charlaba con otros calaveras de su edad á poca dis-

tancia, ni tampoco la turbación de su hermana. Así es que acercándose á ésta, le preguntó con aire aparentemente distraído:

—Parece que conocéis al acompañante de la duquesita. ¿Quién es?

—El marqués de la Puente, se apresuró á decir doña Elena.

Ricardo se quedó pensativo.

Doña Elena, que deseaba hablar con su hija, saludó á Camporredondo y se alejó con pretexto de buscar á su marido, llevándose á Luisa. Camporredondo, que no entendía de indirectas, quiso seguirlas, pero Ricardo le detuvo.

—Mire usted que las damas se van solas, dijo Camporredondo, pugnando por soltarse de la mano de Ricardo.

—Hombre, déjelas usted ir, y se lo agradecerán: tenemos que hablar.

Y cogiendo del brazo al contrariado pretendiente, que creía á pies juntillas que Luisa y su madre le echarían de menos, prosiguió Ricardo en voz baja:

—¿Sabe usted quién es ese marqués de la Puente?

—¿Pues no lo he de saber? ¿Ignora usted que yo soy uno de los *habitués* de la casa? El marqués de la Puente es un primo de la duquesita, joven de gran fortuna... Se habla de matrimonio entre los dos primos; pero eso es prematuro. Yo sé de buena tinta...

—Usted no sabe de la misa la media, respetable hombre público, dijo Ricardo con tono burlón. El marqués de la Puente no tiene una peseta... Los bienes de su casa están ya en otras manos, verbigracia en las de don Gabriel Cabañas y don Bruno Campo.

—¿Habla usted seriamente? Mi padre no tiene más propiedad raíz que yo.

Y Camporredondo celebró su agudeza con una carcajada de satisfacción.

—Es verdad, dijo Ricardo encogiéndose de hombros, don Bruno recibió la merced en especie contante y sonante.

—¿Conque este joven es el marqués de quien don Gabriel fué administrador?

—De él no, porque ya no tenía nada que administrar. Lo fué de su tío y de su padre... ¿Va usted comprendiendo?

—Comprendo, que en efecto, me he equivocado... hasta cierto punto. Pero demos que ese joven no tenga una peseta... ¿Es esa razón para que yo deje de hacer *mi corte* á su hermana de usted? Es usted un incongruente, Ricardito; permítame usted que se lo diga.

—Y yo le digo á usted, Eleuterito, con permiso ó sin él, que es usted un inocente. No hay quién me saque de la cabeza que aquí hay gato encerrado. Y sino vamos atando cabos. Hace tres días, cuando usted y yo subíamos la escalera de nuestra casa, la bajaba el sujeto de quien estamos hablando. ¿No lo recuerda usted?

—Bien puede ser; pero no hago memoria...

—Pues yo la hago perfectamente, aunque no por completo; porque estoy seguro de haber visto su cara antes en alguna parte, y no puedo caer en dónde. Ya tenemos aquí el primer cabo. Luisa, como de costumbre, no pensaba venir al baile, á pesar de los deseos de papá; pero á última hora saca á mi madrastra de sus casillas, hace trabajar á las modistas día y noche y atropella por todas las dificultades para presentarse aquí...

—Ya está el cabo segundo, dijo Camporredondo cada vez más complacido de su ingenio, vamos al tercero, Ricardo.

—Ese es más que cabo, es sargento. Da la casualidad que en este baile, Luisa tropieza con el individuo de la escalera... Da la casualidad que se conocen y se saludan... y por último, ¡casualidad también! Luisa se pone de mil colores al verle.

—Hombre, pues yo no he observado...

—Pero lo he observado yo, que no paso el tiempo en mirarme á mí propio como usted. Pues bien, al oír hace un momento el nombre del marqués de la Puente, todos estos cabos, para mí, quedaron atados. Yo sé cómo andan las cosas por mi casa y sé que un matrimonio

entre el marqués y Luisa, sería considerado allí, aunque por diferentes motivos, como un verdadero negocio. ¡Vaya! ¡Ya lo creo!...

—¿Pero no tenía usted tanta confianza en la intervención de mi padre?...

—Aun después de eso, las faldas pueden darnos mucho que hacer... Con todo, por ahí es preciso darle... Conviene que don Bruno trate á papá como acostumbra á tratar á sus acreedores... ¿Estamos? ¡Yo no me dormiré en las pajas... y cuando me propongo una cosa!... Además, ¿cómo voy á poder vivir en mi casa, si todos se hacen virtuosos? Lucharemos, ¡voto á cribas! Pero es preciso que usted me ayude, aunque no sea más que por no perder sus cuatro mil duros.

Camporredondo era tan cínico como vano y comprendió la utilidad de estimular el entusiasmo de su socio.

—No piense usted en esa futesa, dijo con un gesto de soberbio desdén. Yo tengo todavía muchas tareas á la orden de usted.

—¡Eso es saber tratar un negocio! contestó Ricardo con el aire picaresco y descarado que le era habitual. Acepto el endoso. Pero ¿sabe usted que la duquesita es una chica soberbia? He ahí una mujer por la cual sería yo capaz... ¿qué sé yo? hasta de ser hombre de bien. ¿Usted frecuenta la casa?

—¡Calle! ¿Quiere usted requerirla de amores?

—No por cierto. Ya sé yo que no es bocado para mí. Pero hay en ella un no sé qué... vamos, que se goza en contemplarla.

—Ahora van á irse al Sotillo, magnífica residencia donde suelen pasar una temporada en las primaveras. Yo soy íntimo de García, y si usted quiere ser invitado...

—Le cojo á usted la palabra.

Los dos compinches siguieron engolfados en su conversación, abriéndose paso por medio de la concurrencia cada vez más apretada. Al llegar á una sala de espacio más desahogado, Ricardo se detuvo y señaló á Camporredondo un grupo que conversaba de pie en uno de los ángulos. Componían este grupo doña Elena, Luisa, don Gabriel y Eduardo.

Habiéndose separado este último de Blanca, obligada á cumplir un compromiso de baile, no pudo resistir al deseo de acercarse á Luisa. Desde el momento en que se tropezaron sus ojos, ya el joven no fué dueño de apartar de ella su pensamiento. Su amor, tanto más poderoso cuanto que era el primero y el único que había sentido, se despertó con ímpetu avasallador al choque de aquella mirada en la cual se figuró leer cuanto su corazón deseaba. Acosado por irresistible deseo de acercarse á ella, no fué parte á disuadirle de esta resolución el muro de hielo que sus desdichas de familia levantaban entre él y don Gabriel.

Doña Elena y su marido estaban disuadiendo á Luisa, que quería marcharse pretextando un violento dolor de cabeza, cuando vieron á Eduardo dirigirse á ellos y renovar con palabras atentas y voz conmovida su reciente conocimiento.





Algunas frases de su hija acababan de poner á doña Elena en el secreto de lo que pasaba. Conocía ya el conmovedor episodio del balcón y la tenaz huella que de él guardaba el corazón de Luisa, así es que cuando momentos antes le reveló ésta, con angustiado acento, que el héroe de aquella terrible aventura era Eduardo, lo comprendió todo, y al paso que compartía las alarmas de la apasionada doncella (aunque apreciando los hechos con más calma), admiraba la extraña coincidencia que venía á fundir en un mismo nombre la novela de la hija y la de la madre. Doña Elena no podía dejar de presumir, como Santiago, que la mano de Dios andaba en el asunto.

El abatido corazón de Luisa se recobró algún tanto con el inesperado paso dado por Eduardo. No se necesitaba menos para volver á iluminar con los rayos de la esperanza la negra noche de sus desilusiones. Al ver del brazo en íntima confidencia al elegido de su corazón con la brillante duquesita, su instinto de mujer enamorada midió rápidamente toda la extensión del peligro que amenazaba su amor; pero la venida de Eduardo, que abandonaba voluntariamente por acercarse á ella la órbita luminosa de su prima; de Eduardo, á quien ningún deber ni consideración social obligaba á dar aquel paso, hizo desaparecer en parte sus recelos y entrar un poco de calma en su turbado corazón. Por de pronto experimentó un vivísimo sentimiento de gratitud hacia Eduardo, sentimiento que se reflejaba en el extraordinario brillo de sus hermosos ojos.

La venida del joven lisonjeó también mucho á don Gabriel, cuyos planes y deseos ya conocen nuestros lectores. Así es que le acogió con grande efusión de cumplidos, de que aquél apenas se dió por entendido. Excusado es decir que doña Elena experimentó un gozo casi tan grande como el de su hija.

Tal era, poco más ó menos, la situación moral de las personas que componían el grupo que Ricardo y Camporredondo estaban examinando á alguna distancia.

—Observe usted á mi hermanita, decía el primero al segundo. Le digo á usted que aquí hay plan. No se necesita ser lince para conocer que Luisa y el marqués no se ven ahora por primera vez. En esto anda la mano de mi madrastra. No hay quién me lo quite de la cabeza.

—Vamos, Ricardo, me parece que está usted viendo visiones, respondió Camporredondo. Posible es que su hermana de usted y ese joven se hayan encontrado en alguna parte... todo, pues, se reduce á un mero acto de cortesía. Pero usted tiene una imaginación...

—Y usted tiene unos ojos... Pues yo juraría que Luisa y el marqués se quieren... No hago tampoco gran caso de miraditas... pero conozco á mi hermana y sé cómo ha tratado hasta ahora á cuantos se han acercado á ella. Le aseguro á usted que esto es muy distinto. Y no digo nada del marquesito, que abandona la compañía de la reina del baile, de la que apalea tantos millones, y tantos títulos, y tantos atractivos para venir á caracolear alrededor de... ¡Vamos! Le digo á usted que esto no es natural. Luisa es seguramente una linda chica, y cuando echa á un lado su gazmoñería sabe ponerse como la primera... Me parece que su *toilette* y sus brillantes no hacen mala figura en el baile... Como que papá Cabañas no encuentra nada caro para ella... Pero Blanca Toledo no es saco de paja, y además, es duquesa genuina, y no sé cuántas veces grande de España, y tiene renta colosal, y por contera parece que no hacía mala cara al primo... ¡Hola, hola! La cosa marcha. El marqués saca á bailar á Luisa. ¿Qué dice usted á esto?

La orquesta tocaba los primeros acordes de una contradanza, y Luisa y Eduardo salían, en efecto, del brazo para el salón de baile. Ambos estaban muy conmovidos. Eduardo creía soñar al sentir bajo la suave presión de su brazo á la querida imagen de sus ilusiones, no inferior en la realidad á las pinturas de su fantasía. Luisa estaba hechicera, y el brillo de sus ojos, iluminados por la felicidad, hacía palidecer las luces de los brillantes que rodeaban su blanco y delicado cuello. Eduardo, resuelto á pasar el Rubicón, no se atrevía á hablar por temor de romper el encanto de aquella suspirada y deliciosa situación. La lengua no era capaz de expresar lo que sus ojos y los de Luisa se decían.

Llegados al salón de baile, la casualidad, que se entretiene muchas veces en hacer diabluras, puso la duquesita en la pareja que debía hacer con ellos *vis á vis*. Blanca, al verlos, saludó con un ligero movimiento de cabeza á Eduardo, y sin hacer caso de los chichisbeos que la rodeaban y que procuraban ligar con ella conversación, examinó á Luisa de arriba á abajo con mirada fría y persistente. Intentó Luisa hacer frente á aquella mirada, pero la vista de la duquesita introdujo de nuevo la alarma en su corazón. Parecía á la sencilla joven imposible sostener la competencia con aquel astro de primera magnitud. Aun prescindiendo de sus gracias naturales, había en el porte de Blanca y en todos sus movimientos un no sé qué, un matiz de superioridad que se sentía y no se explicaba. No parecía fácil disputarle la palma de la hermosura, pero era imposible disputarle el cetro de las voluntades. Advertíase allá en el fondo de su limpia mirada algo como esa nube de vaga tristeza que los poetas imprimen en las razas dominadoras que se extinguen, y semejava, en medio de aquellos salones patricios invadidos por la democracia, el último de los Mohicanos perdido en las solitarias florestas de América.

—¡Qué hermosa está su prima de usted! dijo Luisa con sincera admiración, si bien suspirando interiormente.

—Celebro que le parezca á usted bien, contestó Eduardo. Aunque próximos parientes, no nos conocíamos, pero en menos de media hora nos hemos hecho muy amigos. Le aseguro á usted que tiene un nobilísimo corazón. Ahora, en cuanto á hermosura, eso va en gustos. Para mí hay quién la supera en esta misma sala.

La pasión que brillaba en los ojos del joven no dejaba duda acerca de la intención de sus últimas palabras.

—¿De veras? dijo Luisa ruborizándose. Aun como galantería, la cosa me parece que peca de exagerada.

—No lo crea usted, contestó el joven con franca naturalidad. A mis ojos no hay hermosura capaz de eclipsar la de usted.

—¡Oh, Eduardo! murmuró Luisa con voz temblorosa. Eso es mucho decir.

—¿Y por qué? ¿Hay hermosura que pueda sostener la comparación con la hermosura de la mujer que se ama?

La pobre Luisa estaba tan turbada y se sentía tan feliz que no se atrevía á alzar los ojos, por temor de que todo el mundo leyera en ellos lo que pasaba en su corazón.

—¿Me ama usted, Eduardo? dijo con voz tan queda, que sólo el oído de un amante podía adivinar sus palabras.

—Ahora toca á ustedes.

Esta voz repetida á su alrededor hizo volver en sí á la dichosa pareja, que ejecutó maquinalmente una de las figuras de la contradanza.

Al cambiar momentáneamente de dama con el bailarín de la pareja frontera, una voz le dijo á Eduardo al oído:

TOMO I.—32.



—¡Distráido!

Era la voz de Blanca.

No pasó la acción inadvertida á la mirada perspicaz de Luisa. Los celos, que en el fondo suelen ser ciegos, parecen dotados en los accidentes del don de segunda vista.

Cuando la enamorada pareja volvió á su puesto, Luisa, que no sabía disimular, preguntó á Eduardo:

—¿Qué le ha dicho á usted su prima?

—Me ha llamado distraído.

—¡Mucho se interesa por usted!

—Yo se lo agradezco y no echaré en saco roto el aviso. Óigame usted, Luisa, que con usted hablo aunque mire para otro lado, por si acaso hay aquí personas que nos observan.

Y acercándose un poco más á su pareja, prosiguió Eduardo bajando la voz aunque con acento penetrante, fingiendo mirar y jugar distraído con los dijes de la cadena de su reloj:

—Sí, Luisa, yo la amo á usted desde el día de inefable recuerdo en que se me apareció usted en aquel balcón, como la imagen de la misericordia, para decirme estas palabras que están siempre resonando en mis oídos: «¡Señor oficial, por la Virgen Santísima, sálvele usted!»

—Y usted le salvó, prorrumpió Luisa con entusiasmo. ¡Era mi hermano!

—¿Se acuerda usted, Luisa? dijo el joven olvidando todo disimulo.

—¡Pues no me he de acordar, Eduardo!

—¡Vamos! ¡En baile, en baile! volvieron á decir en torno suyo.

Los dos enamorados, cogidos de nuevo en flagrante delito de distracción, se adelantaron á ejecutar la figura. En el primer cambio de dama, Eduardo se quedó breves instantes al lado de la duquesita, que le preguntó en voz baja y con expresión indefinible:

—¿La amas?

—Sí, contestó el mancebo.

Cuando volvieron á su puesto Luisa y Eduardo, éste, comprendiendo la mirada interrogativa de su pareja, le dijo:

—¿Quiere usted saber lo que me ha preguntado Blanca?

—Sí quiero, respondió la doncella.

—Pues me ha preguntado si la amo á usted.

—¿Y usted ha contestado?...

—Que sí. ¿He hecho mal?

—No, Eduardo, murmuró la joven con el rostro encendido por la felicidad. Es la única persona del baile á quien yo podría desear que usted se lo dijera.

—Y ahora, ¿me cree usted?

—No tenía ningún motivo para sospechar que usted quisiera engañarme. Ahora que veo la brillante esperanza que usted me sacrifica, ¿cómo no he de creerle?

—Y si me pregunta Blanca si soy correspondido, ¿qué le digo?

—Ahora nos toca á nosotros, se apresuró á decir la joven poniéndose su mano temblorosa en la de Eduardo.

—¿Qué le digo? repitió el joven en el momento de partir para enlazarse con la pareja que les hacía *vis á vis*.

—¡Que sí!... murmuró Luisa estrechando dulcemente la mano de Eduardo.

Todo esto pasó como un sueño, sueño delicioso del cual despertó al joven la voz de Blanca, que al tiempo de hacer con él la cadena le preguntó rápidamente:

—¿Eres feliz?

Cuando Eduardo iba á contestar ya había desaparecido su prima.

Al volver á su sitio la pareja se encontró con Camporredondo, que con su acostumbrado aplomo reanudó al lado de Luisa el insulso monólogo de que ya hemos dado á nuestros



lectores una muestra. La ocasión no podía ser más desventurada, y aun por eso mismo el malicioso Ricardo, que no tenía motivos para sospechar que entre su hermana y Eduardo las cosas hubieran ido tan de prisa, sugirió aquella maniobra á su protegido. Luisa contestaba sólo con algunos monosílabos, los absolutamente necesarios para que su silencio no degenerase en grosería, y miraba furtivamente á Eduardo, que en su interior maldecía al importuno que en tan mala sazón venía á romper bruscamente el más interesante diálogo de toda su vida. Luisa no dejaba, sin embargo, de examinar de soslayo á la duquesita, que parecía siempre más ocupada de ellos que del enjambre que zumbaba á su alrededor.

Por fin terminó la contradanza sin otros accidentes dignos de contarse. Mientras Eduardo conducía á Luisa á la sala, algún tanto apartada, en que habían quedado doña Elena y don Gabriel, Luisa, que se veía por fin libre de la molesta compañía de Camporredondo, dijo á su amante con voz breve:

—Eduardo, nos vamos á separar, y Dios sabe cuándo volveremos á tener ocasión de hablar-nos. Por eso me apresuro á pedirle á usted un favor.

—¿Puedo yo negarle á usted nada, Luisa? contestó el joven con apasionado acento.

—No lo sé. El gozo que llevo en el corazón es muy grande, pero no es menos grande la inquietud. Su prima de usted me da miedo, muchísimo miedo. Prométame usted no verla.

—¡Imposible, Luisa! contestó Eduardo pasando de la ternura á la seriedad. Óigame usted.

Y refirió á la joven con brevedad y retardando el paso, las obligaciones que le ligaban á la familia de Montilla y algunos de los pormenores más importantes de su conversación con Blanca en aquella noche.

—Si mi corazón no fuera enteramente de usted, dijo Eduardo concluyendo, si en él quedara alguna reliquia para Blanca, ¿le hubiera declarado á usted mis sentimientos delante de ella?

—Confieso, Eduardo, que ha sido una gran fineza, y no sabrá usted nunca hasta qué punto me ha penetrado el corazón. Con todo...

—¿Qué haría usted en mi caso?

Á estas palabras, impregnadas de ansiosa ternura, contestó Luisa después de breves instantes de vacilación:

—Cumpla usted con su deber, Eduardo.

—¿No tiene usted confianza en mí?

—¡Oh, sí! pero desconfío de mis méritos para luchar con la duquesita. Sin embargo, en algo estoy segura de aventajarla...

—¡Luisa!

—¿Cuándo nos volveremos á ver?

—Muy pronto. Por ahora no extrañe usted que proceda con alguna reserva. Vea usted lo que vea, fle usted en mi corazón, que no puede dejar de latir por usted mientras le aliente la vida.

Aquí tuvieron que interrumpir su diálogo los dos amantes, por hallarse ya en la presencia de doña Elena y de don Gabriel. La primera, que creyó leer en el semblante de entrambos lo que ella deseaba, hizo cuanto pudo por sostener la conversación; pero la llegada de Ricardo y Camporredondo decidió á Eduardo á despedirse, no sin confirmar á Luisa con el mudo lenguaje de los ojos cuanto acababa de decirle.

Vagó algún tiempo por los salones, saboreando interiormente las dulcísimas impresiones de aquella noche memorable, que casi siempre lo es en la vida del hombre la hora del primer amor correspondido, y más para Eduardo, que había pasado soñando dos años y medio con aquel dichoso momento.

Después de recorrer maquinalmente algunas salas, volvió á los alrededores de aquella en

que había dejado á Luisa, pero ya no la encontró. Buscóla entonces por todo el baile, pero no dió con ella ni tampoco vió á Ricardo y á su acólito.

Sin duda se habían retirado.

Pensó entonces Eduardo en hacer lo mismo. Deseaba encontrarse solo, pero ¿podía hacerlo sin despedirse de Blanca? ¿no debía á su amable prima las primeras satisfacciones del único día quizá que podía señalarse en el libro de su vida con raya blanca?

No era difícil dar con la duquesita. Donde la concurrencia era más densa, allí estaba ella. Su éxito había ido creciendo con el examen, y ya los partidarios de su madre tenían que batirse en retirada. Nadie quería marcharse sin saludar, ó por lo menos conocer, á aquella belleza altiva, que sin ser de más estatura que el vulgo de las mujeres, parecía que se levantaba veinte codos sobre todas. Las mismas que podían atreverse á ser sus rivales reconocían interiormente que había en la belleza y en el porte de Blanca Toledo algo indefinible que la diferenciaba de las demás. Por su parte, los hombres hallaban naturalísimo que fuese orgullosa una joven con tantas gracias, tantos títulos y tantos millones.

Al llegar á un saloncito forrado de damasco oscuro, Eduardo la vió de pie, un poco apartada de su madre, que hablaba con un señor muy condecorado. Sin duda algún ministro. Rodeaban á Blanca los jóvenes más brillantes de la sociedad madrileña y contestaba como distraída y ensimismada á los cumplidos con que la asaeteaban por todos lados. Al ver á Eduardo, la joven salió del corro sin afectación y se dirigió á él.

—Vengo á decirte adiós, Blanca, dijo nuestro héroe.

—¿Te retiras, Eduardo? contestó la duquesita. ¿Tan pronto?

—Ya sabes que no tengo la costumbre de trasnochar, replicó el joven sonriendo.

—Haces bien. Eres libre y... eres feliz. ¡Quién pudiera hacer lo mismo! Espero que nos veremos.

—¡Oh! ya vendré...

—No seas egoísta. Mañana nos vamos al Sotillo y allí pasaremos un mes. El viaje no es largo, conque...

—Gentes de Madrid y fiestas, allí no os faltarán.

—No importa, cuento contigo. ¡Mira que estoy sola! ¡muy sola!

La extraña expresión de cansancio y de amargura con que Blanca pronunció estas palabras, conmovió á Eduardo.

—Está bien, prima, contestó con seriedad. No faltaré.

Aquella noche soñó Eduardo, que persiguiendo la dicha por cerros, montes y valles, había conseguido al fin atraparla dentro de una casa muy grande y muy llena de gente. Al tenerla asida, un coro de carcajadas, que sonó al mismo tiempo, le obligó á echar una mirada á su alrededor. Creía hallarse en el palacio de Montilla, pero se encontró con sorpresa en Leganés.

(Continuará).



## MESA REVUELTA

Los ingleses han discurrido imitar ciertas aguas minerales mezclando bicarbonato de sosa con el agua. Esta bebida, que ellos llaman *soda-water*, excita ligeramente el estómago, emperizado por los excesos de la mesa, y neutraliza los ácidos que en él se han acumulado, al paso que, por el ácido carbónico que se desprende, obra propiciamente sobre el estado nervioso, que por lo general se encuentra pésimo después de una orgía. Las bebidas alcalinas producen además buenos efectos sobre el aparato urinario, y son particularmente útiles en un país donde se usan mucho los condimentos ácidos y donde es muy común la gota. Obra entonces como las aguas minero-medicinales ácidas ó carbónicas.

Las bebidas ácidas son especialmente provechosas en los países cuyas condiciones atmosféricas activan mucho las funciones de la piel, y son, por consiguiente, una causa de sed. Estas bebidas se hacen á veces anti-sépticas ó antipútridas por la naturaleza de los ácidos que contienen. El oxicato (agua acidulada con vinagre) ó la vinagrada, es una bebida bastante agradable, que refresca mucho por algún tiempo, pero que no conviene tomar cuando uno se halla expuesto á sudar mucho. Con efecto, el vinagre es un sudorífico, y según nota Parent-Duchatelet, el oxicato produce siempre un sudor abundante, y por lo mismo debe ser contado entre los debilitantes. El zumo de limón, al contrario, se opone á la transpiración, y por esto una limonada helada es, en igualdad de circunstancias para una persona que está sudada, más peligrosa que un vaso de agua de nieve. Pero el agua de limón tomada con prudencia es una bebida esencialmente higiénica ó saludable. Otro tanto diremos del ácido sulfúrico diluido en agua; sin embargo, la limonada sulfúrica, si es demasiado ácida, irrita el estómago mucho más que el limón. Ambas limonadas son antipútridos eficaces, y de los cuales echa mano diariamente la medicina. Finalmente, la limonada sulfúrica ha sido preconizada (tal vez con mayor ardor del que se merece) contra los accidentes saturninos ó ocasionados por la ingestión de los preparados de plomo. Con todo, si esta eficacia no es tan poderosa como se ha dicho, á lo menos parece ser un buen medio profiláctico ó preventivo, si se emplea con perseverancia, y se debe aconsejar su uso oportuno y graduado á los individuos que por su profesión se hallan expuestos á las enfermedades saturninas.

Con el agua suelen mezclarse también los ácidos tartárico, nítrico, oxálico, carbónico, etc., dando lugar á otras tantas especies limonadas. El agua mezclada con el ácido carbónico se encuentra en la naturaleza. El manantial más célebre está en Selters, ducado de Nassau; es vulgarmente conocida con el nombre de agua de Seltz, y se imita artificialmente, combinando por compresión cinco volúmenes de gas ácido carbónico

con un volumen de agua. Su acción es análoga á la del *soda-water* de los ingleses, sobre todo cuando es artificial, pues para facilitar la combinación de mayor volumen de gas, suele emplearse ordinariamente un poco de carbonato de sosa. El agua de Seltz natural bien conservada, aprovecha mucho en ciertas gastralgias, durante el embarazo, y en estado nervioso acompañado de hastío á los alimentos, sin inflamación de la mucosa, ni síntomas biliosos.

Además de estas bebidas ácidas, que son las más usadas, hay otras que se preparan con el zumo de ciertas frutas ó con sustancias varias, según los países. Úsanse, sobre todo, en los pueblos de los países cálidos, y algunas tienen ciertas propiedades más ó menos tónicas ó restaurantes debidas á los elementos que las constituyen.

Ahora hablaremos de las bebidas fermentadas, que son aquellas en que la fermentación ha desarrollado cierta cantidad de alcohol. Úsanlas casi todos los pueblos, hasta los más salvajes, y algunas de ellas las da la naturaleza, como el vino de palmera, bebida agradabilísima muy común entre los trópicos y que se extrae de dos variedades de sagú.

Bajo el punto de vista higiénico, las bebidas fermentadas se dividen en dos clases: 1.ª Las que tienen el alcohol mezclado con una gran cantidad de agua, como el vino, la cerveza, la cidra, etc.; y 2.ª las que tienen el alcohol casi puro, como los varios aguardientes, las mezclas de azúcar y alcohol aromatizado que se llaman licores, y en una palabra, todas las bebidas alcohólicas, producto de la destilación, y que por esta causa se llaman también destiladas.

El uso moderado de las primeras, y señaladamente del vino (preferible á todas las demás) es útil, y en ciertos casos llega á ser para el hombre una condición esencial de existencia. En tales bebidas, el alcohol se encuentra temperado por un excipiente que mitiga su acción excitante, y asociado con principios tónicos, alimenticios y de provechosisima influencia en el organismo. Manantiales de salud y de fuerza para el que las sabe usar sobriamente, en manos de un inteligente facultativo pueden ser preciosos recursos para casos apurados y para conservar una vida pronta á extinguirse, cuando los alimentos groseros ya no son asimilados ó cuando son necesarios principios más enérgicos y más sutiles para reanimar la máquina desfallecida. El primer efecto del aguardiente y demás licores análogos es una excitación del sistema nervioso y de la circulación, que parece ser la expresión más alta de los efectos del vino y demás bebidas simplemente fermentadas. Pero esa excitación es pasajera y cede pronto su puesto al estupor y al colapso, resultante de la congestión sanguínea hacia el cerebro é indudablemente también de cierta acción específica sobre el órgano. Sólo mezclán-



dolas, pues, con agua, se podrán obtener de tales bebidas algunos buenos efectos, y así y todo aun no reemplazarán al vino. Son, no obstante, de gran utilidad para los ejércitos, para los que viajan, etc., á causa de la cantidad de alcohol que contienen en cierto volumen, y en razón también de su precio relativo mucho menor. Mezcladas con aguas de mala calidad, corrigen su mal gusto y hasta sus propiedades malsanas. En un caso extremo, y á falta de alimentos, pueden por algún tiempo sostener las fuerzas, reanimar el cuerpo embotado por el frío ó rendido por el cansancio, y sacar á un hombre, á un ejército de un mal paso, retardando el desaliento y la desmoralización, consecuencia casi inevitable de la debilidad ó del extenuamiento físico. El aguardiente, por tanto, es un recurso extremo; sólo es útil por excepción, y en puntos á los cuales no es posible transportar vino.

\*\*\*

En una de las últimas guerras que sostuvieron los polacos contra los turcos y los tártaros, estos bárbaros tomaron por asalto la ciudad de Trembowla; como eran muy numerosos y crueles, esparcieron por la población una espantosa alarma. Después de varios asaltos sangrientos, y en el momento de dar el último, tanto más temible cuanto que la brecha estaba ya abierta, la guarnición, débil y extenuada por la fatiga, casi dispuesta ya á rendirse, abandonando de este modo los niños á la esclavitud y á una segura muerte los ancianos, una intrépida polaca, llamada Kasanowska, se presenta empuñando las armas y, seguida de algunas amigas valerosas, llama á los guerreros al honor, y, ora con elogios, ora con reproches elocuentes, hace que se avergüencen de su cobardía y que renazca la esperanza; entusiasma á los ciudadanos; convierte en intrépidos á los más pusilánimes; en esforzados á los más débiles, y el fuego de su mirada de héroe penetra en los corazones. La multitud contesta á sus palabras con el grito unánime de: ¡Victoria, libertad! que resuena en todas partes. Armanse todos, se precipitan en tropel siguiendo á la heroína y cargan á los bárbaros, á quienes asombran, derrotan y dispersan causándoles innumerables pérdidas.

\*\*\*

Una cierta dama valenciana, ultra que era muy sabia, tenía una tacha, y era que á veces hablaba más de lo que era menester. Un día estando en sarao, tomóle un desmayo, y fueron corriendo á decirlo á su marido, diciéndole que su mujer estaba sin habla, el cual, como lo oyese, dijo: «Déjala estar, que si eso dura, será la mejor mujer del mundo.»

\*\*\*

Contendiendo un portugués y un castellano en Sevilla, sobre cuál era mejor rey, el de España ó el de Portugal, vino á desmentille el portugués; por do el castellano le dió una cuchillada. Después el mismo castellano aportó á Lisboa. El portugués, al verle, fué á tomar parecer de un presidente, que si le daría otra cuchillada al castellano; respondióle que no; pero que juntase con él, y que le dijese que cuál rey era mejor,

el de España ó el de Portugal; y que si decidía que el de España, que le diese una cuchillada, y si el de Portugal, que lo dejase estar. Ido el portugués, interrogó al castellano su demanda, el cual respondió que el rey de Portugal era mejor rey. Dijo el portugués. «¿Por qué no defiendes tu rey, majadero? Respondió el castellano: «Porque cada gallo en su gallinero canta.»

\*\*\*

—¿Sabe usted lo qué es criterio? le preguntó el músico mayor de un regimiento á un alumno.

Y éste contestó:

—No me venga usted con cosas de botica.

\*\*\*

Un filósofo de la antigüedad decía que los hombres habían nacido para la vida de acción y para el gobierno del mundo; y que á este fin los dioses les habían dado el valor en los combates, la prudencia en los consejos, la moderación en la prosperidad y la constancia en la mala fortuna; que las mujeres sólo habían nacido para el descanso y el retiro, pues toda su virtud consiste en ser desconocidas, sin ser injuriadas ni alabadas; y la más virtuosa es sin duda la que menos había dado que hablar. Así es que las apartaba de la república para encerrarlas en el hogar doméstico. De todas las virtudes, sólo les concedía un pudor extremo; ni tan siquiera les reconocía la buena reputación que parece inherente á la honestidad de su sexo, y reduciéndolas á una ociosidad que él creía muy laudable, no les otorgaba otra gloria que la de no tener ninguna.

\*\*\*

En cierta batalla de Nápoles, teniendo un soldado á su enemigo debajo de sí, y con la boca en tierra para darle de puñaladas, rogábale, que le dejase volver de pechos arriba, y entonces que le matase. Preguntóle por qué; y respondió: «Por que si me hallaren mis amigos muerto, no se avergüencen de verme las heridas en las espaldas.» Entonces el vencedor, viéndole en cuánto apreciaba la honra el vencido, no sólo le perdonó, mas quiso fuese su amigo para siempre.

\*\*\*

En casa Coeterinam de Anveres se está puliendo un diamante de extraordinarias dimensiones: mide 7 centímetros de largo, por cinco de diámetro. Cuando esté enteramente tallado, quedará reducido á la mitad, y será del grueso de un huevo de pichón, es decir, el de mayores dimensiones, después del Gran Mogol, que es propiedad del Shah de Persia, que pesa 274 quilates. Éste no pesará más de 200. El tallado durará algunos años, y costará más de 200,000 francos. Lo que valdrá el diamante, no se puede calcular.

\*\*\*

Dos baturros pidieron en una fonda de Zaragoza cubiertos de á veinte reales. Les gustó tanto la sopa, que le dijeron al mozo:

—Mira, tráenos todo el duro de sopa.

\*\*\*

El café llamado nervino se prepara mezclando 15 gramos de café tostado y molido con 5 de bicarbonato de sosa por taza, y será más sencillo echar los 5 gramos de bicarbonato de sosa en una taza de buen café azucarado. Se recomienda para combatir las dispepsias, gastralgias, histerismo, jaqueca, etc.

\*\*\*

Para excitar el apetito á la vez que para normalizar las funciones digestivas, se aconseja un vino preparado de esta manera:

Vino de Málaga. . . . . 450 gramos.  
Jarabe de corteza de naranjas amargas. . . 150  
Tintura alcohólica de nuez vómica. . . . . 2

De esta preparación se toma una cucharada grande una hora antes de cada comida.

\*\*\*

Para quitar las manchas de tinta en el cuero, se mojan con una esponja mojada en dos partes de agua y una de ácido sulfúrico, frotándolas hasta que desaparezcan, y luego se lava con agua. Conviene recordar que el ácido sulfúrico quema la piel, si no se maneja con mucha precaución y diluido como se ha dicho.

\*\*\*

Para limpiar el mármol se lava con una disolución

de 60 gramos de cloruro de cal en un litro de agua. Mójese un paño en esta disolución, pásese varias veces por la superficie del objeto que se quiera limpiar, y á las dos horas se lava otra vez, pero con agua clara.

\*\*\*

Fija una mirada tranquila en la hora decisiva; será la última hora para el cuerpo, pero no para el alma. Contempla los objetos que te rodean como los muebles de una posada donde te encuentras de paso... Aquel día, el último de tu vida que tanto te hace temblar, será el día de tu nacimiento en la vida eterna.—SÉNECA.

\*\*\*

Con la piedra de toque de la desgracia el hombre conoce la bondad de sus parientes, de su mujer, de sus servidores, así como la fuerza de su inteligencia y de su alma.—HITOPADESA.

\*\*\*

Vosotros, los que ocupando el gobierno, estáis puestos para el cumplimiento de las leyes ¿no es esta una situación que os da el cielo para servir de pastores á los pueblos? Escoged prudentemente personas que merezcan vuestra confianza. No castigéis á la ligera, y medita mucho tiempo antes de fallar. Pero sobre todo no busquéis hombres elocuentes para juzgar á los culpables, sino hombres justos, moderados y sinceros.—CHOS-KING.

## RECREOS INSTRUCTIVOS

### VI

—¿Y de calor, cómo estamos?

—Bien provistos, don Segundo; creo que van á traer los pucheros de la cocina á la galería, y el sol bastará para hacerlos hervir: ¿ha visto usted qué bochorno?

—Hay que confesar que aprieta de veras el señor Febo, pero al fin y al cabo no hace más que cumplir con su obligación.

—Á propósito: ya llegó la heladora y vamos á tener sorbetes hoy mismo: Clarita habrá realizado su ideal.

—¡Qué gustol

—¡Yo por mi parte ya no pienso más que en trozos de hielo, en el Polo Norte, en ventisqueros y bancos, en la *Mer de Glace*, en el Chimborazo, en el Nevado de Sorata, en fin, en cuanto me representa fresco, frío, agua y hielol

—¡Cosa más singular! Ahora nos hace felices lo mismo que en invierno nos hacía desgraciados. Cuando venga el frío, aquel que pone las narices como tomatitos maduros, maldeciremos del Polo Norte y de todos esos refrigerios que pasan por la imaginación de Sofía.

Pero en fin, supuesto que vamos á producir hielo en abundancia, podremos hacer varios y curiosos experi-

mentos: por cierto, que recuerdo allá cuando la Exposición de París, la extravagante impresión que me produjo el calor sofocante que se sentía, junto á un pabellón donde hacían mucho ruido: acerqueme para ver qué era aquello; el interior parecía un infierno; máquinas moviéndose casi á oscuras; chispas de fuego y olor penetrante á ácidos; algunas hombres como ciclopes fantásticos iban de un lado á otro con sus trajes mojados y sus caras ennegrecidas.

Pregunté qué hacían allí con aquel calor insoportable; pero me arrepentí de haberlo preguntado, pues el nombre de Raoul Pictet, puesto en una placa, me lo explicó todo: hacían hielo.

Sin querer recordé en aquel momento una caricatura de Bertall que representa á un pobre faquín sudando á mares bajo el peso de una enorme cesta llena de trozos de hielo; ¡qué refresco para el pobre hombre!

Esta es la vida, amigas mías; todo son contrastes y apariencias raras; pero lo cierto es que si las cosas se presentasen tales como son nadie se tomaría la molestia de estudiarlas; recuerdo que en mi infancia uno de los más vehementes deseos que tenía era el de ir á recoger colores azules y morados, de esos tan hermosos que se ven en las montañas lejanas. El día que llegué al

monte y le vi igual á todos los montes y colinas, sin pizca de azul ni violeta, me quedé tan desilusionado como el árabe cuando se desvanece en el horizonte abrasado el engañoso espejismo de un oasis.

—Y diga usted, don Segundo, ¿le parece cosa de cuidado el tabardillo que pescó ayer el hijo del guarda?

—No, Clarita; creo que sudando mucho y refrigerando la cabeza, como se hizo en los primeros momentos, se le pasará sin consecuencias.

—Es que este sol es capaz de cocer vivos los peces del río.

—No sería la primera vez que se ha comido pescado cocido al sol; pero volviendo á lo del tabardillo, por lo que les pueda convenir, les diré que deben abstenerse en lo posible de salir después de las ocho de la mañana



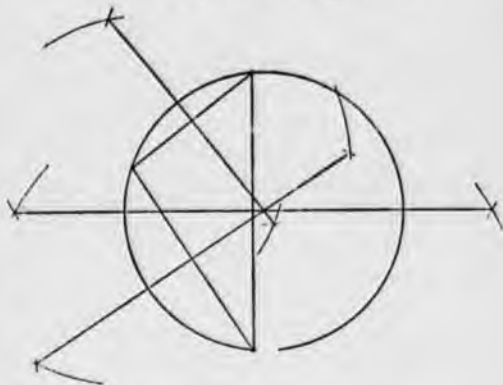
hasta las once: á estas horas el sol no es más fuerte pero es más dañino, pues en su luz, descomponiéndola, se ha observado que predomina el color violeta, que es el traidor elemento químico de la luz que produce las insolaciones.

Ahora, para *refrescar* un poco las ideas, vamos á hacer un experimento basado en el calor, así como se hace fuego para fabricar el hielo. Haremos hervir agua en una copa. Para conseguirlo se llena de agua una copa de cristal, cubriéndola bien ajustada con un papel fuerte, que rebase algo los bordes de la copa. Luego se aplica con cuidado á la llama de una bujía: arde el papel que no está en contacto con el agua, y ésta hierve pronto, impidiendo con su evaporización que se queme el papel. Llega el momento en que la presión del vapor separa el papel, y entonces es preciso terminar la experiencia invirtiendo la copa. Como saben ustedes, los sólidos y los líquidos, dilatados por el calor, producen gases, y éstos se desarrollan en volúmenes muy supe-

riores á la masa productora. Así se explican las explosiones, que consisten en una dilatación instantánea de los gases, que adquieren una masa considerable y por ende una fuerza expansiva y destructora.

¡Si al menos en toda ocasión se sirviese el hombre de esas fuerzas para producir el bien!—JULIÁN.

#### Solución al problema de geometría



#### LOSANGE CABALISTICO



Sustituir los puntos de la cruz central con letras, de modo que se lea de arriba abajo y de derecha á izquierda un nombre muy célebre en la Atenas antigua y en la moderna.

Transformar los demás puntos en letras de modo que se lean por orden los siguientes conceptos: 1. Letra; 2. Una parte física de la tierra; 3. Astro, nacionalidad y nombre de un buque; 4. Nombre griego usado con frecuencia en un libro muy conocido; 5. Solución de la losange; 6. Deidades mitológicas; 7. Edad esperada y temida; 8. Astro; 9. Letra célebre en la historia contemporánea.

#### ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en **La Ilustración moderna**, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y á las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.





EL ORÁCULO DE LAS FLORES.—CUADRO DE HERMAN KOCH



**I**  
ocu  
par  
Est  
pre  
su  
ocu  
cole  
vigi  
el s  
cun

vele  
Mr.  
ace  
La  
prin  
ha s  
line  
de c  
Los  
Mr.  
le p  
plan  
Pón



## MEMORÁNDUM

**I**NGLATERRA es uno de los raros países de Europa en que se observa escrupulosamente el descanso dominical. Todo se halla cerrado el domingo en el Reino Unido, talleres, cafés, teatros, hipódromos, y hasta los partidos políticos están de vacaciones en aquel día. Así ha ocurrido en las últimas elecciones para el Parlamento, las cuales se suspendieron el domingo para proseguirlas el lunes inmediato. Esto forma contraste con lo que pasa en los demás Estados europeos. En la generalidad de ellos, lejos de descansar la política el domingo, se elige precisamente este día para las elecciones, con el pretexto de que así pueden ir mejor á emitir su voto los que están ocupados en algún trabajo. Pretexto sólo, al fin y al cabo, ya que no hay ocupación, destino ni trabajo alguno que no deje siquiera al día algunas horas para acudir al colegio electoral. Los periódicos liberales ingleses hablan ahora de reformas en la ley electoral vigente en su país, y proponen que la elección se verifique en un solo día, señalando para ello el sábado, con el fin de que el domingo quede libre completamente para el reposo y para cumplir los deberes religiosos.

\* \* \*

Decididamente ha sido derrotado en aquella nación el gabinete de lord Salisbury. Preveíase ya antes de que se disolviera el actual Parlamento que los liberales, acaudillados por Mr. Gladstone, lograrían grandes ventajas; creíase en su triunfo; pero no dejaban de abrigarse acerca de él algunas dudas. Los resultados de hoy han confirmado las predicciones de entonces. La lucha ha sido reñida. Conservadores y liberales han acudido á las urnas sacudiendo los primeros la indiferencia ó apatía que es mal de aquel partido en todos los pueblos. Gladstone ha sacado al fin mayoría, que es de cuarenta votos sabidos, á la fecha en que escribimos estas líneas, y que puede ascender á cuarenta y cinco según fuere el escrutinio de algunos colegios de condados apartados de Londres, de los que no se habían recibido aún los guarismos exactos. Los conservadores, en consecuencia, tendrán que abandonar el poder cediendo el puesto á Mr. Gladstone, que no caerá en lecho de rosas, porque serán mayúsculas las dificultades que se le presentarán en su gobierno. La primera pregunta que todo el mundo se hace es la de si se planteará el *Home rule* irlandés, y en caso de hacerlo qué extensión le dará Mr. Gladstone. Pónese en duda también si la Cámara de los Lores aprobará este proyecto en el caso de que la



votación le sea favorable en la Cámara de los Comunes. Además el jefe liberal habrá de contar con una mayoría algo indisciplinada por consecuencia de la diversidad de opiniones políticas, lo cual ha de ser motivo de que en no pocas ocasiones haya de acudir á convenios entre las diversas fracciones, que poquitas veces dan resultados plausibles en política.

La Gran Bretaña, con motivo de las elecciones de que hablamos, ha dado pruebas de reunir cualidades muy distintas de las que tienen los pueblos continentales para el régimen parlamentario y para hacer uso juicioso de la libertad que las leyes le conceden. La contienda, como hemos dicho, ha sido empeñada; los ánimos se hallaban acalorados en muchos puntos, sobre todo en Irlanda; y á pesar de esto el orden no se ha perturbado, y únicamente en algunos lugares han tenido lugar manifestaciones que á veces traspasaban los límites legales, entrando en los de la violencia, pero sin que llegasen á perturbar la marcha de la nación, conforme en casos tales sucede en el continente, al que no pueden aplicársele, dígame lo que se quiera en contra, principios ni reglas que en aquellas islas dan buenos resultados.

\* \* \*

Horribles han sido los motines que han ensangrentado las calles de Astrakán con motivo del cólera. La ignorancia y el carácter arrebatado de los pobladores de Oriente ha dado origen á innumerables desgracias. Como ocurre siempre en pueblos atrasados, corrió la voz de que los médicos habían forjado una epidemia que no existía y de que enviaban á los hospitales, para envenenarlas, á personas que se hallaban buenas y sanas en sus casas ó que en perfecta salud discurrían por las calles. Dos médicos perecieron á mano airada, víctimas de la multitud irritada, y á un ayudante de cirugía, á quien tomó por médico, le dió un bárbaro martirio. Arrastrado por aquellas hordas feroces, fué agarrotado, untado de nafta y de otras materias que se empleaban para desinfectar, llevado luego á una hoguera y quemado vivo. El hospital de coléricos fué incendiado al rumor de los gritos y de canciones que vociferaba aquella desencadenada muchedumbre. Las tropas hubieron de contenerla haciendo fuego contra los grupos, los que huyeron á la desbandada cuando vieron caer heridos por las balas á algunos de los que los formaban. A latigazos persiguieron á los fugitivos los cosacos á caballo. Con tal proceder la epidemia se desarrolla y aumenta, pues es sabido que el cólera es una de las enfermedades que más importa combatir en los primeros síntomas, caso en el que logra la ciencia ventajosos resultados, que no puede obtener si se dejan pasar aquellos momentos preciosos.

\* \* \*

El Etna ha tenido una formidable erupción que continúa todavía. Las poblaciones inmediatas se hallan amenazadas por la lava en ignición, y por las lavas que el volcán arroja continuamente. El espectáculo es sorprendente, como lo son siempre estos grandes cataclismos de la naturaleza. Al pie del Etna, como al pie del Vesubio, existen levantadas lindas poblaciones que parecen burlarse del peligro que las amenaza. Parece imposible que en los mismos campos en donde existieron las ciudades de Pompeya y Herculano, que en el año 79 de Jesucristo sepultó una erupción del cráter de la Somma, hoy apagado, en el Vesubio, el hombre siga construyendo casas, quintas y poblaciones como Torre del Greco, adonde alcanzan los torrentes de lava, cuando aquel volcán tiene una erupción fuerte como la última allá por el año 1870, que puso en espanto á la misma ciudad de Nápoles. El Etna tiene todavía mayor actividad que el Vesubio; sus erupciones son más frecuentes, aunque tal vez por su topografía no puedan producir daños tan considerables como originaría el volcán de Nápoles, según fuere la dirección que tomaran las materias candentes vomitadas por su actual cráter.

\* \* \*

Las Cortes de España se han cerrado sin haberse aprobado los proyectos de aumento de tarifas de los caminos de hierro y de empréstito. El gobierno del señor Cánovas obtuvo un voto de confianza, mas á pesar de este apoyo no juzgó oportuno, sin duda, el presidente del Consejo, prolongar las sesiones de las Cámaras y seguir luchando contra la obstrucción de republicanos é integristas. Con esta oposición saldrán perdiendo los verdaderos intereses del país y las muchas personas que tienen puestos sus ahorros en valores del Estado ó de ferrocarriles. Del 2 de Febrero de 1891, en que empezó la legislatura, hasta el día 18 de Julio, en que se suspendieron las Cortes, se celebraron 251 sesiones, siete de ellas secretas; se formularon 709 preguntas, 125 interpelaciones, 321 peticiones de expedientes y otros documentos. Se votaron en el Senado 68 proyectos de ley, 21 presentados por el gobierno y 47 de iniciativa parlamentaria, y en el Congreso 49 de los primeros y 42 de los segundos. El número de cartas enviadas con franquicia postal hasta 1.º de Julio ascendió á 878,523, y el de cuartillas gastadas por los taquígrafos, al de 270,000 próximamente.

Casi al mismo tiempo que se cerraron las Cortes, emprendieron el viaje á San Sebastián SS. MM. el Rey y la Reina regente. Aquella ciudad, que profesa profundo cariño á nuestros reyes, los recibió con muestras de gran regocijo. Los baños y el clima en verano de San Sebastián son favorables al Rey niño, que por fortuna goza de excelente salud, que cjalá le conserve el cielo por luengos años. La estancia de la corte es una mina para aquella hermosa ciudad, adonde con tal motivo acuden forasteros de España y de Francia, entre ellos las familias de Madrid más distinguidas en la aristocracia, en la banca y en la política, lo propio que conspicuos literatos y artistas.

B.





**L**os que iban al cafetucho á jalear á las *cantaoras*, no tenían sospecha de que sobre aquella tarima repiqueteada y al compás desatado del bastón y de las palmas, la pobre Crisanta se moría por dentro.

El perdido que la había llevado al catafalco, ese sí que hubiera podido saberlo con todos sus puntos y puntas, á tener el alma en el almarío, según Dios manda, y no, como la tenía él, rodando por fuera y corriendo temporales.

El tuno era guapo y de un hablar muy sabroso; enamoraba como un galán de comedia fina, y cuando se había deslizado, que se deslizaba todos los días y todas las noches, yéndose á mentir amores á la fulanita de acá ó á la de más allá, y la Crisanta lo descubría, porque los corazones piadosos hubiesen corrido á servirle esa miel, entonces el buena pieza acertaba á darse tan linda maña para sacar el indulto y las cuatro pesetas que siempre le hacían falta, que ella volvía á caer en el arañuelo y á entregarle, además de las cuatro pesetas, el corazón y la vida, pues no los conservaba para otro, ni alentaban sino para recibir caricias y agradecer engaños de aquel grandísimo tunarra.

Cuando él la enamoró, ya se sabía ella de memoria todas las desazones que la aguardaban. Érase la Crisantita en aquellos días hermosos de su primavera riente, una moza feliz y alborozada como un repique de Pascua florida, y aunque la tiraba lo chulo y le placía andar con la cabeza al aire por lucir los veinte céntimos que, un día sí y otro no, iba á gastarse en la tienda de la peinadora, todavía hubiera podido lograr provecho honrado de su porte señorial y llegar con su gentileza adonde por gentiles han llegado otras. Pues como, en efecto, el verla por la calle era cosa que daba deleite, y vista por detrás parecía una señorita, y vista por delante



era positivamente un serafín, bebían muchos los vientos por ella, y la requebraban tocando á boda. Pudo ser tendera de ultramarinos, y sastra con escaparate á la calle de la Cruz, y hasta farmacéutica, que hubo un estudiante, de Guadalajara él, cuya memoria no ha de olvidarla en todos los años que el chico viva.

Pero hubo de ser el truhán de autos quien se llevase aquella palma; todo porque era barbero, con su *pan y toros* muy aplanchado sobre las sienes, y porque era decididor y arañaba una guitarra y sabía cantares.

La enamoró por pura fanfarronada de habérsela quitado á los demás, y se casó con ella sólo por gozar el día de fiesta con que se solemnizó la boda en los Viveros, donde hubo danza y merienda, y séquito pintorreado de pañolones de Manila.

Al día siguiente, ya, como si á tal iglesia no hubieran ido; y al mes, como si la casa de los novios la hubiera barrido un viento africano. Y no corría aún mediado el mes tercero, cuando la Crisanta ya aparecía encaramada en el patíbulo del cafetu-



cho; allí, cantando melancolías que los imbéciles del bronce tomaban por música de *juerga*; allí, junto á los bigardones de voz de cabrito, que ganaban la cena chillando *jiplos*, y entre la zalagarda loca de mentecatos que arrojaban al tablado sombreros y cucharillas.

Porque él, su marido, le había dicho á ella:

—Con ese duro que te pierdes ayudarías á la casa.

Y ella, por ayudar á la casa y porque se pasease como un caballero aquel holgazán de sus pecados, fué y aceptó el duro diario que la ofrecían en el cafetucho, á cambio de *peteneras* y *soleares*.

La pobrecilla conservaba su palmito de cara tan fresco y agraciado; su cabello oscuro, de matices azulados; sus ojos donde parecían haberse refugiado sus negrísimas penas; su voz sonora, desmayada, temblorosa, raudal de perlas y lágrimas.

Allí se pasaba las horas, cantando desde el anochecer hasta que la policía entraba en la zahurda á despejarla de *flamencos* trasnochados. Cantaba, pero su pensamiento huía, andando todo Madrid, de tabuco en tabuco, de madriguera en madriguera.—¿Dónde estaría él, engañándola, vendiéndola, robándole el cariño que ella le pedía por Dios y por la Virgen de los Dolores?... Muchas veces ya sabía ella adónde enviar aquel pensamiento suyo desconsolado, herido, que dejaba gotas de sangre en el aire que atravesaba; entre las hieles que bebía, frecuentemente llegaba al labio un nombre... Pero, ¿qué importaba el nombre! Estrujábalo al pronunciarle, y al siguiente sorbo ya la envenenaba otro nombre. ¡Eran tantas!... ¡eran todas las mujeres las que al ingrato de su marido le cautivaban más que ella!... ¡ella, tan enamorada, tan dulce, tan sumisa, porque hasta sufría y le perdonaba las injurias que recibía de su boca, de su brazo y de su bastón... un bastón de ébano con puño de plata, que ella le había regalado. ¡Y si no hubiesen sido más que injurias! Pero Crisanta hubiera podido mandar á aquel botarate más de diez veces al juicio oral, si hubiese mostrado cómo la lastimaba en ciertos días de brutal refriega. Mas nadie, nadie sabía una palabra de eso. Sobre su cuerpo, señalando las blancas carnes, cubiertas por la falda holgada y por el pañuelo de largos flecos, allí estaban ocultas las cicatrices que las gentes no adivinaban.

Todo eso iba pensándolo la Crisanta, mientras á sus pies crujía el terremoto del público encandilado y subían á envolverla como una polvareda de escándalo todas las interjecciones del diccionario gitano. Parecía la pobre *cantaora*, allí en aquel vil proscenio, uno de esos pájaros á los cuales quitan los ojos con un alambre candente para que trinen mejor y regalen más.

Decían los admiradores, que cuando ella se arrancaba con el ¡ay!... quejumbroso y dilatado que es el penacho de la copla, no había quién la ganara á darlo *jondo* y sentido.

Y no sabían esos catedráticos, de la misa la media. Aquel era un ¡ay! de mentirijillas. Si Crisanta hubiera dejado que se exhalase el ¡ay! de veras, el que sentía, el suyo, el que se quedaba prisionero en su pecho, desgarrándolo y abrasándolo... ¡aquel sí que habría parecido *jondo* y arrancara á los mármoles de los veladores lágrimas de misericordia!

Los devotos que apetecían de la *cantaora* algo más que oirla de lejos, la obsequiaban con macitos de flores rojas, porque era sabido que á ella le agradaban. Siempre, desde antes de ir á la vicaría con el bribón del rapista, se la había visto con una flor roja prendida en el centro del pecho, sobre la cruz del pañuelo, al nacimiento del escote; tenía afición á esa gala, y en cuanto comenzaba la tierra á producirlas, brotaba en el arranque de su garganta morenilla y enhiesta aquella mancha roja, que daba tonos de energía poderosa á su peregrino semblante. Una rosa ó un clavel... con preferencia un clavel, nunca faltaba adornando su pecho. Se miraba al espejo que colgaba, vencido hacia adelante, sobre el tablado de los *jiptos*, y como se veía hermosa, aun experimentaba así, como el consuelo de una promesa que le



1 Espinosa

hiciese el cristal empañado. Aquel espejo era su amigo; de él recibía esperanza y valor para seguir penando y queriendo al descastado que la tenía tan menospreciada, y allá, en el último rincón del pecho, escuchaba ella una voz que la hablaba medrosamente de enmiendas y arrepentimientos del ingrato. La pobrecita aun tenía fe. Había que oirla, cuando cantaba, mirando al techo como para quebrantarlo, dejando las notas suspendidas en el espacio, arrancándose por seguidillas gitanas, aquella que era así:

¡Madre de los Dolores.  
Dolorosa mía!...  
¡Que tú sola en el mundo conoces  
la esperanza mía!

Pero...

La víspera de San Isidro, cuando iba anocheciendo, la Crisanta acababa de echarse á los hombros el pañuelo fino, para irse al cafetucho, y en eso entró el rufián que la traía un manojito de tres claveles.

—Toma estos claveles, para que te adornes.

¡Qué beso el de Crisanta, no á él, sino á las flores! A él, no se atrevió; pero entre las hojas húmedas de los claveles se dejó el alma. ¡Él la traía flores! ¡Qué rayo de gloria entraba en su casa!...

No; no era gloria lo que venía. Porque él siguió hablando con su voz melindrosa, lenta, que parecía un aire rastrero:

—¿Qué dinero tienes ahí?

—Pues... ninguno.

—Es que voy á pasar la noche en la Pradera...

Se le heló á ella la sangre. Ya veía claramente que la dicha aun no llamaba á su puerta.

—Vamos, que dinero tendrás...

—¿Te lo niego nunca? Hoy no lo hay en casa.

—¡Si tú lo buscaras!

—¿Dónde?...

—Ya sabes... Ese es asunto tuyo.

¡Ya sabes!... Crisanta lo entendió todo, y por su espíritu y por su cuerpo pasó devastadora la tempestad. ¡Qué cólera, qué vergüenza, qué desprecio!... ¡Qué frío en las venas, qué mortadura en el corazón, qué vértigo en la cabeza!... Y luego ¡qué dolor!... ¡cuánto dolor!... El del último insulto, el del irredimible desengaño.

Cayó de hinojos delante de aquel agresor cobarde, juntó las manos levantándolas por encima de los claveles que se había prendido al pecho, y pronunció ahogándose:

—¡Juan!...

Juan le volvió las espaldas y se marchó á la Pradera.

Ella se puso de pie, buscó el cuchillo, y hendiendo los claveles rojos, se atravesó el corazón.

JOSÉ FELIU Y CODINA.

Madrid, Mayo 1892.



# EL TOCADOR

## II

### MANOS Y PIES

La belleza de las manos es indudablemente el más noble de los atractivos corporales. Hay muchas mujeres del pueblo que tienen una boca preciosa, bellísimos ojos, hermosa tez; pero es rara la que tiene bonitas manos. Es claro que influyen en ello las faenas rudas en que han de emplearlas; pero el sello de raza entra por mucho. Así, pues, en los salones aristocráticos es donde suelen verse manos que reúnen las siguientes perfecciones:

Dedos algo prolongados, que presentan en las articulaciones pequeños hoyuelos, si la mano está estirada, y ligeras prominencias si está encogida. La desigualdad entre los dedos es proporcionada; así el pulgar no pasa de la articulación central del índice: éste concluye precisamente bajo la uña del dedo de en medio: a mitad de la altura de dicha uña concluye el anular; finalmente el meñique llega hasta la articulación superior del anular. La mano, en conjunto, se presenta algo rolliza; la piel que la cubre es fina, blanca y lisa, sin pliegues acentuados y sin venas muy salientes.

Y ahora hablemos de las uñas: porque así como no hay bonita boca con dientes feos, tampoco puede haber buenas manos con malas uñas.

La belleza de las uñas consiste en su semitransparencia, así como en su forma ligeramente combada y nivelada con la pulpa de los dedos. Su porción exterior ó libre debe ser corta y redondeada: su borde delicadamente incrustado en la carne del dedo, y la tenue película que le circunda, lisa é intacta.

El conocimiento de todos estos detalles es provechoso para dirigir bien la tijera cuando uno se corta las uñas.

Una mano de perfecta belleza es, naturalmente, rara; pero cada mano tiene sus atractivos que, cuidándolos bien, pueden suplir á los que le faltan.

El primer cuidado y el principal debe ser la limpieza: y vamos á fijarnos en una particularidad de la misma. Entre el extremo de la uña y la carne queda un hueco donde tiene lugar una secreción grasienta que, junto con las impurezas del aire y de los objetos exteriores que uno toca, forman un ribete negruzco de muy mal efecto. Para limpiarlo hay quien usa una especie de espiga de metal con la cual rasca el interior de la uña; pero esto ofrece el peligro de ir agrandando el hueco, haciendo cada vez más difícil su limpieza. Vale más concretarse sencillamente al cepillo, que limpia bien la uña sin descarnarla.

En cuanto á cosméticos para la mano el más antiguo y acreditado es la *pasta de almendras*, ó sean almendras reducidas á polvo finísimo después de extraída su

parte oleosa. Es útil, sobre todo en tiempo de frío ó calor extremado, pues ya se sabe que las temperaturas muy pronunciadas en uno ú otro sentido atacan la piel en seguida y la agrietan, y, privada ésta de su untuosidad natural, se presenta reseca y ruda. Entonces la *pasta de almendras* le presta su albúmina vegetal, que constituye, además, un perfume muy agradable.

Hoy se usa más todavía una preparación llamada *Pasta de la Reina* y también *Pasta de miel*, porque en ella el jarabe de miel sirve de excipiente á las almendras pulverizadas. La *Glicerina jabonosa* de Piver es sumamente agradable.

Muchas señoras completan el tocado de sus manos friccionando las uñas con *jugo de limón*, cuya ligera acidez aumenta la transparencia natural de aquéllas. Otras recurren al *vinagre rojo*, que es una maceración de rosas encarnadas en vinagre muy fuerte. Con él pretenden realizar la bella imagen de los *sonrosados dedos* que desde Homero los poetas atribuyen á la Aurora.

Todos estos cosméticos son inofensivos; sin embargo, los dos últimos tienen un inconveniente: el ácido del limón ó del vinagre que sirven para la fricción, al tocar la película que circunda á la uña, la reseca y la arruga, y puede acabar por descarnarla. De modo, pues, que para dichas fricciones los ácidos deben usarse con ciertas precauciones, y hay que dejarlos, al menos por algunos días, desde que empiecen á producir el citado inconveniente.

La belleza del pie es de índole diferente, aunque no muy inferior, á la de la mano. Ésta, como órgano de prehensión y de tacto, funciones siempre delicadas, está dotada también de cierta delicadeza de formas y de movimientos, y posee dedos finos y flexibles. El pie es órgano de locomoción y de equilibrio, y por esto debe ser proporcionado al volumen del cuerpo y á su peso, y á las necesidades de la marcha. Un pie grande es realmente cosa poco agradable, sobre todo en una mujer, pero no es menos cierto que las señoras muchas veces para tener el pie pequeño llegan á hacer cosas que ni que fueran chinas. ¡Qué lástima que no se inspiren más bien en los admirables modelos que nos legó la escultura antigua!

Entonces sabrían que la línea del pie debe recordar la elegante forma del elipse; que la planta debe curvarse en ligera bóveda, y que el talón, que representa uno de los pilares de aquélla, así como la extremidad de los dedos representa el otro, no debe ser demasiado plano ni muy prominente.

Pero ellas prefieren atornillarse el pie con un calzado estrecho y corto, y de esto resulta que los dedos, violen-



JUVENTUD. — CUADRO DE ENRIQUE NORDENBERG

TOMO I. — 34.

tamente amontonados unos sobre otros, ceden en el punto de su menor resistencia, y quedan mal puestos y deformados. El beneficio líquido de esta especie de mutilación del pie es la aparición de callos y durezas.

Pero las señoras van más allá todavía: con el fin de aparentar mayor estatura, usan el calzado con tacones muy altos, exageración que da lugar á nuevos inconvenientes. El pie queda entonces puesto en falso, pues en vez de obrar conforme á su estructura se convierte en un plano inclinado, y esto trasciende á la apostura y al buen aire en el andar, pues el pecho queda proyectado hacia adelante haciendo todo el cuerpo mala figura. Y en el andar todo es pena y fatiga, porque cambiando el centro de gravedad, todo el cuerpo pesa sobre la punta del pie.

Puede suceder, finalmente, que la uña del dedo pulgar, á fuerza de apretarse y doblarse contra la punta del calzado, acabe por irritar la piel y clavarse en ella produciendo el *uñero*, á cuya formación coadyuva también la presión lateral ejercida sobre el pulgar por un calzado estrecho.

Pero hay aún otra causa más poderosa y frecuente de los *uñeros*: al cortar la uña del pulgar uno se contenta generalmente con extirpar su parte saliente sobre el dedo, sin tener la precaución de esmochar á cada lado las dos puntas que resultan de aquel primer corte; pues bien, estas puntas, apretadas por el calzado, acaban por introducirse en la carne y producir el *uñero*.

Por otra parte, tampoco hay que cortar la uña ras con ras de la carne, porque entonces ésta, privada del apoyo que en el acto de andar debe prestarle aquella, iría á amontonarse sobre el corte de la uña hiriéndose á sí mismas, y se produciría igualmente el *uñero*.

Pero si al fin el *uñero* está ya formado ó en vías de formarse, basta introducir entre carne y uña unas pequeñas hilas, para impedir que las dos superficies se toquen y se irriten; y se dejan allí hasta que la uña, suficientemente crecida, cubra la carne y la proteja.

Los pies están sujetos á otra afección menos dolorosa que el *uñero*, pero muy deplorable por otros conceptos, y es el exceso de transpiración, acompañada, como va casi siempre, de insoportable fetidez. Hay personas en las que el menor ejercicio provoca en los pies un sudor tan abundante como indiscreto por el olor desagradable con que se revela hasta al través del calzado. Y es vana toda limpieza, por cuidadosa que sea; el

cambio frecuente de ropa interior, fumigaciones aromáticas, polvos absorbentes, nada vale; y como por otra parte los secantes demasiado enérgicos que suprimen bruscamente toda secreción pueden repercutir de mala manera en el interior afectando algún órgano importante, de ahí que uno se halla entre la incertidumbre de no hacer lo bastante y el peligro de haber hecho demasiado. He aquí una fórmula de éxito probado, si no para suprimir del todo aquella secreción, para atenuarla al menos y hacerla soportable:

#### BAÑO DE PIES ACIDULADO

Agua templada. . . . . 3 litros.  
Ácido sulfúrico. . . . . 5 gramos.

Échese en un lebrillo de porcelana ó barro vidriado y mézclese.

Se meten los pies en este baño, teniéndolos en él durante unos diez minutos: después se retiran y se secan como en los baños ordinarios.

De momento no se experimenta más que una sensación astringente; pero después de algunos baños se nota una disminución de sudor en los pies. Puede tomarse un baño cada tres ó cuatro días, y, si es necesario, la dosis del ácido puede llegar hasta 8 ó 10 gramos por baño.

Hemos hablado de los *callos* y *durezas* como resultado de llevar el pie comprimido por el calzado. Su tratamiento paliativo ya se sabe que consiste en ablandarlos en un baño caliente, extirpando después la parte saliente y dura con un pequeño bisturí ó navaja. En cuanto á tratamiento curativo, si es que lo hay, ha de confiarse á un hábil pedicuro. Y no hablamos de este tratamiento, como no hemos hablado del de las verrugas y excrecencias de la mano, sino para prevenir la opinión contra ciertas recetas preconizadas como verdaderos específicos, y que, por el contrario, son muchas veces agentes muy peligrosos.

Se recomienda como eficaz é inofensiva la siguiente fórmula:

Ácido salicílico. . . . . 1 gramo.  
Extracto de cáñamo indio. . . . . 25 centigramos.  
Colodión. . . . . 12 gramos.


Mañana y noche se pasa un pincel mojado con la mezcla por encima del callo. A los ocho días se lava y se hace saltar, y si ha quedado la raíz se la untan otros ocho días y se lava.

DR. CONSTANTINO JAMES.



## EL PROLOGO DE BAILEN

(16 DE JULIO DE 1808)



**E**l rey intruso había entrado en Madrid; Zaragoza estaba sitiada; pero cuando mi mujer se ponía triste y me decía que los tiempos eran duros, cosa que ya sabía; que pasaríamos hambre, cosa que me temía, porque todo escaseaba y quien tenía dinero lo escondía, le contestaba que al final la victoria sería nuestra, fundándome en que si habíamos vencido á los moros, necesariamente habíamos de vencer á los franceses. Cuando se recibió la noticia de que los somatenes catalanes les habían derrotado en el Bruch, le dije: —¿Ves cómo vencemos? Con la derrota del Bruch no le queda más recurso al rey José que volverse á Francia y decir á su hermano Napoleón que no se atreva con los españoles, porque somos invencibles, nosotros, los que derrotamos en las Navas de Tolosa á Miramolin y á sus centenares de miles de guerreros. — Aquella tarde celebramos el triunfo del Bruch comiendo un gazpacho, y antes un huevo frito, el único que quedaba. No se extrañe que yo hablara siempre de las Navas, porque cerca del sitio de la batalla vivía en una casita aislada y bastante deteriorada, pero muy blanca, gracias al restregón de cal que dos veces al año daba á sus paredes; y de niño había oído decir: «Aquí estuvo la tienda del rey Verde; por ahí vino el rey de Navarra y rompió á hachazos las cadenas; el rey de Aragón atacó por ese lado; el de Castilla se hallaba en aquel sitio cuando dijo: «Arzobispo, arzobispo: yo é vos aquí muramos;» y el arzobispo don Rodrigo de Toledo le contestó: «Non quiera Dios que aquí murades; antes aquí habedes »de triunfar de los enemigos.» Y triunfaron. Aun hoy no puedo explicarme que no hablaran el castellano como nosotros. Sabía dónde estaba el Campo de Matanza; en fin, todo lo que á la batalla se refería: y eso lo sabíamos todos.

El día siguiente, 16 de Julio de 1808, festividad de la Virgen del Carmen, que siempre me valga y en particular á la hora de mi muerte, era el aniversario de la gran batalla; y como en casa no había qué comer, en vez de acostarme me fuí al río. El Guadalquivir y yo somos tan amigos, que me ha revelado todos sus secretos, y sé dónde están los sitios peligrosos, los vados, en qué remansos se esconden los mejores barbos y tencas, y era tan diestro que les obligaba á morder el cebo aunque estuviesen ahitos, y siempre regresaba á casa con buena provisión de pescado, que muchas veces nos sacaba de apuros. Caminé con muchas precauciones, porque se decía que los franceses andaban por los alrededores y que los españoles se movían para coparles. Á la una de la madrugada estaba á orillas del Guadalquivir: comencé la pesca, los peces picaron, eché fuera el aparejo y me salió un francés de caballería, que en su lengua, que no entiendo, me dijo cosas que tampoco entendí; pero como supuse que no serían buenas, eché á correr y el francés detrás. Viéndome perdido me zambullí en el río, seguro, á fuer de buen nadador, de alcanzar la orilla opuesta; el soldado llegó al río, me descerrajó un tiro; perdió tierra el caballo y quedó con las patas en seco y la parte delantera en el agua hasta el pretal; y como el movimiento fué brusco, el francés cayó en el agua y el caballo libre fué

nadando hasta la orilla opuesta á tiempo que á ella yo llegaba. De un salto lo monté, y excitándole con las piernas, con las manos y con los gritos le puse al galope. El caballo debía ser español, porque pareció que me entendía. El francés había logrado salir del río y extendía hacia mí los dos puños crispados por la rabia.

—¡Alto! me ordenaron, y obedecí, porque quien mandaba era un español montado en un potro cordobés, con el traje de los vaqueros y larga pica.—¿Eres tú, Fernando?—Yo mismo, Federico, contesté.—Pues eres el hombre que necesita el general.—¿Qué general?—Don Teodoro Reding.—¿Están aquí los nuestros?—Sí.—Pues los franceses deben estar al otro lado.—No perdamos tiempo.—Durante el trayecto supe que los ejércitos españoles estaban maniobrando, que pronto se iba á armar buena, probablemente en Bailén, y que el general Castaños era quien lo dirigía todo. El día anterior Reding había engañado á los franceses haciéndoles creer que tenía pocas fuerzas, y como parte de las de aquéllos, mandadas por el general Vedel, se habían dirigido á Andújar, sólo quedaban las de los generales Liger-Belair y Gobert, á quienes Reding se proponía atacar. Á las dos menos minutos me hallé en presencia de don Teodoro, á quien dijo mi acompañante:—Mi general, Fernando es el hombre que necesita V. E.—Á todo eso ignoraba para qué servía yo. Reding, que era un suizo muy español, estaba á caballo y detrás muchos jefes y oficiales.—¿Conoces todos los vados del Guadalquivir?—Todos los de esta comarca.—¿Conoces alguno que no diste mucho de la barca?—El más cercano á ella es el del Rincón, que dista cosa de media legua.—El general llamó con la cabeza á uno de sus ayudantes, dió órdenes y toda la división se puso en movimiento.—Tú conmigo, me dijo el jefe de los lanceros de Utrera y Jerez, un guapo joven. Guíanos al vado del Rincón.—Parte del ejército se detuvo al llegar á la barca y comenzó á pasar el Guadalquivir á las tres de la madrugada, pero en las alturas que dominan la barca quedaron dos batallones, algunos jinetes y dos cañones. Nosotros continuamos hasta el vado y pasamos sin dificultad á la orilla opuesta. ¡Qué noche tan hermosa y tan clara! El cielo estaba tan transparente que mirando arriba hubiéramos visto á la Virgen del Carmen rodeada de ángeles, si nuestra mirada hubiese alcanzado. En cuanto hubimos pasado el río comenzaron los movimientos. Muchos soldados eran bisoños, como los del regimiento de Antequera, y había bastantes paisanos. Muchos jinetes llevaban los trajes del país y garrochas por armas. Aquello era muy bonito, porque todos llevábamos el uniforme del patriotismo, y yo ya me consideraba tan militar como el general, á pesar de que era un soldado mojado, porque aun no se me había secado la ropa. Los que dejamos en la otra orilla dispararon unos cuantos cañonazos á los franceses á manera de recado, y no sin sorpresa se enteraron de que habíamos pasado el río. Nos contestaron haciendo fuego desde los atrincheramientos y el reducto que días antes habían levantado para sostener su posición frente á Menjíbar, y nosotros replicamos con un vivo cañoneo.—Buena se ha armado, me decía Federico, que con dificultad lograba dominar el potro que montaba.—Buena, contestaba yo. Y como me viese bajar la cabeza al silbido de una bala me preguntó:—¿Tienes miedo?—No sé si es miedo, pero conste que me he encomendado á Dios y á la Virgen del Carmen, que he rezado el acto de contrición y que cumpliré con mi deber.—Llegó un ayudante á escape, se oyeron toques de corneta, los oficiales levantaron en alto las espadas, algunos batallones se pusieron en movimiento y se encendieron los atrincheramientos de los franceses vomitando plomo, que no detuvo á nuestros soldados, quienes contestaban y avanzaban apoyados por la artillería. Cuando estuvieron cerca echaron á correr y ví lo siguiente: mucho humo, muchas llamaradas, nuestros soldados que con la distancia parecían ratas que se metían dentro del reducto y de los atrincheramientos. Después oí gritar: ¡Viva España! ¡Viva el rey! y la bandera española se desplegó arrogante donde antes estaba la francesa. Los de Utrera y Jerez alzaron las picas y encima de ellas los sombreros, y dieron vivas tan fuertes que nadie hubiera dicho que estaban en ayunas, como todos. En la parte opuesta ví á los franceses que se alejaban con mucho orden, haciendo nutrido

fuego de fusilería para apoyar la retirada. El capitán don Miguel Cherif, nieto de los Cherifes de Tafílete, cuyos abuelos se habían acogido á España, mandaba algunos jinetes de Farnesio; se volvió á nosotros, y dijo:—Voluntarios andaluces, ¡á ellos! ¡Viva el rey!—Estaba hermoso cuando eso dijo. Los de Útrera y Jerez metieron espuelas á los caballos y yo arrimé al mío unas cuantas patadas, y la caballería se echó encima de los franceses, quienes nos hicieron frente y nos soltaron tal granizada de balas que varios de los voluntarios andaluces quedaron en el campo, y mortalmente herido don Miguel Cherif. No pudimos acorralarles y nos contentamos con hostigarles.—¿Con qué te bates tú? me preguntó el jefe de los voluntarios.—¡Calle! pues es verdad que no tengo armas.—Coge ese sable de aquel francés muerto.—Me apeé y me costó apoderarme del sable que el cadáver sujetaba. Era un capitán de coraceros, joven, hermoso, que tenía el corazón atravesado de un balazo; estaba con los ojos abiertos mirando al cielo.—¡Pobre hombre! Dios le perdone, dije; y al volver á montar á caballo pensé que aquel francés debía ser bueno. Recogí su casco y me lo puse.

La infantería se movió para hostigar á los franceses. Los de Antequera se portaron muy bien, á pesar de ser bisonos.—Veremos por dónde sale hoy el sol, les dijeron los de Jerez.—Pues por donde siempre, por Antequera, y será sol de victoria.—Tomamos la cuesta de Mangalobo, pasamos el Guadiel, y como apenas traía agua, no pudimos apagar la sed, que era mucha, porque el aire ardía. Hay que confesar que los franceses, á pesar de estar en retirada, se batían bien. A veces lográbamos dispersarles, y entonces cargaba sobre ellos la caballería, pero se rehacían y nos hacían frente, si bien no lograba impedir que les empujáramos hacia la meseta de Bailén.

—Esos son otros franceses, dijo Federico, apoyándose en los estribos vaqueros para erguirse y ver bien.—Los que se retiraban hicieron alto, creció el fuego y nuevos batallones se desplegaron.—Nueva acción tenemos. Deben ser los de Gobert, que habrá acudido en auxilio de sus paisanos desde Bailén al oír el cañoneo.—Mal punto han elegido para darnos nueva batalla, porque es el de las Navas.—Parece que allí debe estar el general francés.—Pues en mal sitio está, porque allí fué donde hubo mayor destrozo de moros, y por eso se llama Campo de Matanza.—¡El general!—Vino como una exhalación don Francisco Javier Abadía, mayor general, seguido de sus ayudantes; paró en seco su caballo y gritó:—¡Voluntarios andaluces: hoy es el aniversario de las Navas de Tolosa! No podemos ser vencidos. Nos deshonoraríamos y deshonoraríamos á aquellos héroes.—¡Venceremos!—El general desapareció y se notó movimiento en todo el ejército y se oyeron vivas. El recuerdo de las Navas electrizaba á los españoles, cuya acción paralizaron un momento el calor, el hambre, la sed, la vigilia, el cansancio y los refuerzos recibidos por el enemigo. Se rompió el fuego y ganaron terreno. Gobert mandó dar una carga á los coraceros, que parecían moles de plata, porque sobre sus corazas y espadas y cascos daban los rayos del sol. Arrollaron á dos escuadrones nuestros de caballería ligera y á dos batallones de milicias que encontraron desprevenidos, y creyendo seguro el triunfo cayeron sobre los guardias walonas y los regimientos de la Reina y la Corona, mejor dicho, los caídos fueron ellos, porque los suizos y españoles, escalonados, les contuvieron con un nutrido fuego y les obligaron á volver grupas. Oyóse en la caballería el grito de ¡á ellos! y algunos escuadrones cargaron al trote largo y mi caballo me llevó, y durante unos segundos oí un ruido infernal de sables que chocaban, y detonaciones y balas que silbaban, y gritos y lamentos. Cuando pude darme cuenta de lo que ocurría, ví que los coraceros se habían metido de nuevo en la línea francesa, y observé en ésta mucho movimiento y agitación.—¿Qué pasa? nos preguntamos.—Debe ser el general Gobert el muerto.—Ha caído en el Campo de Matanza.—El general estaba observando la línea de los españoles cuando le hirió de muerte una bala de fusil, disparado, según los franceses, por un guerrillero que estaba oculto entre unas matas. El enemigo comenzó á vacilar mientras nosotros evolucionábamos sobre sus flancos; y entonces el general Dufour, que tomó el mando, ordenó la



retirada hasta el cerro de la Harina, cerca de Bailén, donde formó en batalla para detenernos sin lograrlo, pues á pesar de las cargas de los coraceros seguimos avanzando y acosándoles de cerca.

El calor era asfixiante y lo aumentaban algunas mieses incendiadas por las bombas y granadas francesas. Nos habíamos visto obligados á combatir largo rato respirando fuego, haciendo fuego, recibiendo fuego, rodeados de fuego y teniendo fuego en nuestras sedientas bocas y gargantas. La victoria había sido completa, y Reding, á fuer de prudente, no quiso exponerse á malograrla, y á las dos de la tarde ordenó el regreso á Menjíbar para que no se aumentasen las víctimas del calor y cansancio que habían quedado en el campo de batalla. Repasó tranquilamente el Guadalquivir con los equipajes del campamento del general francés Liger-Belair y unos cuantos prisioneros. Perdimos un oficial, 34 soldados muertos, 6 y 125 respectivamente heridos, 3 contusos y algunos extraviados. Las pérdidas de los franceses debieron ser mucho mayores. La Junta de Granada recompensó á Reding con el empleo de teniente general. El triunfo de Menjíbar fué el anuncio de la batalla de Bailén, que ganamos tres días después. Aquello fué bueno.

Yo volví á mi casa después de haber participado del rancho de los soldados, con buena provisión de pan, tres chorizos, unas sardinas saladas y una lonja de jamón que me regaló Federico, montado en el caballo que había ganado al francés, con el casco y el sable. Por cierto que al verme mi mujer atrancó la puerta tomándome por un enemigo, y para convencerla de que quien llamaba era su marido, tuve que apearme, dejar el sable y quitarme el casco.—¿Estás loco? me dijo.—No: soy un héroe. Hemos vencido.—Le conté la acción de Menjíbar, que la entusiasmó, pero cuando narré la parte que en ella había tomado se echó á reir y exclamó:—¿Tú? ¿Tú?—Lo que equivalía á:—No lo creo.—Cierto, repliqué, que soy hombre pacífico, y si quieres cobarde, pero cuando se trata de defender á la patria y á la madre todos somos valientes.

TEODORO BARÓ.



# LAS BELDADES ESPAÑOLAS

JUZGADAS POR LOS EXTRANJEROS



Una beldad tarraconense

Dice un escritor norteamericano, hablando de la proverbial hermosura de las españolas, que al que regresa de un viaje á nuestro país, pregúntanle todos á porfía: —¿Qué os han parecido las españolas? ¿Son, en efecto, tan bellas como pregonaba la fama?

Y, á renglón seguido, declara que justa y merecida debe ser ésta cuando todos los turistas que después de recorrer nuestro país publicaron sus impresiones de viaje, pusieron en primer lugar, como las que por lo gratas é intensas habían dejado más honda huella en su ánimo, las que les produjeron la sin par belleza de nuestras compatriotas.

Todos los escritores extranjeros que visitan nuestra tierra, todos los autores de *Guías de España* se despepitan por tratar este simpático y socorrido asunto. Palacios, museos, teatros y paisajes vienen á formar como la decoración artística, ó como el fondo del cuadro en el cual brilla radiante la soberana hermosura de la mujer española.

La española, eclipsando con sus fascinadores hechizos todas las maravillas naturales y artísticas que la rodean.

Es una verdadera apoteosis. Los hijos de la brumosa Albión y los soñadores germanos olvidan aquí las ideales beldades del Norte cantadas por Shakespeare y Goethe, haciéndose lenguas de las expresivas facciones y la incomparable donosura de nuestras compatriotas. Los flamencos encuentran en Galicia poetizados y sublimados los frescos y vigorosos tipos que el pincel de Rubens trasladó al lienzo; los artistas y los eruditos se extasían contemplando en las alamedas y los miradores de Andalucía milagrosamente resucitadas las Fátimas y las Zoraidas de los cantares agarenos.

En verdad, compréndese muy bien que así sea. Hacer la descripción de España sin hablar de la belleza de las españolas, fuera como tratar de la California sin mencionar sus minas de oro; como pintar el Niágara, prescindiendo de sus cascadas; como olvidar el Partenón en un viaje á Grecia, ó las pirámides en una excursión á Egipto. La maravilla de España es la española.

Mr. Enrique T. Finck decía, en un artículo publicado en el *Scribner's Magazine*, que sus observaciones personales no le permitían adherirse á la harto difundida opinión de que las mujeres del Norte de España no son tan seductoras como las andaluzas. No niega que éstas suelen ser más animadas y, si se quiere, más graciosas que las castellanas; pero añadiendo en seguida que las hijas de Castilla no carecen, ni mucho menos, de donaire, y las madrileñas suelen tener la fisonomía más correcta de perfil y más delicadamente cincelada que las sevillanas.



Granada.—Tipo morisco

Por regla general, los escritores extranjeros, ganosos de clasificar y caracterizar los tipos femeninos de las varias regiones en su viaje visitadas, dicen que esta tarea, ya de suyo ardua, lo es por todo extremo en España, á causa de las especiales condiciones del clima, que obligan á las mujeres á preferir el retiro de sus frescos patios á la caldeada atmósfera de las calles.

Costumbre es esta muy poética y característica de la cual sacó gran partido Fernán Caballero en sus preciosas descripciones de escenas andaluzas. ¡Qué despilfarro de gracia, de afabilidad y de ingenio el que se hace en esas recepciones!... Si es que cabe realmente el despilfarro en la ostentación de esos dones celestes.

Tanto le apura á Mr. Finck esta dificultad, que casi echa de menos aquellos tiempos





EL CANARIO MUERTO  
CUADRO DE L. CABRERA



en que podían estudiarse los tipos femeninos en las corridas de toros, envidiando á Teófilo Gauthier, que trazó allí aquel croquis tan admirable de la malagueña. Federico Soulié, si mal no recuerdo, ha hecho una inspirada descripción del contraste que tuvo ocasión de observar en una corrida, entre dos interesantes tipos femeninos: una francesa rubia, impresionable, idealmente bella, que apartaba los ojos del redondel, temerosa de desmayarse, y una española peregrinamente hermosa, de rojos labios y ojos incendiarios, que aplaudía á rabiar las hazañas del toro y los rasgos de temeridad de los diestros.

«¡Cómo cambian las cosas! exclama melancólicamente Mr. Finck. En la actualidad son pocas las mujeres que asisten á este popular espectáculo, en comparación de las que entonces lo frecuentaban.»

No nos parece tan verídico este escritor cuando dice que ya no se las encuentra como antaño formando animados corros en los alrededores de las catedrales, porque también ellas van desacostumbrándose de frecuentar la casa del Señor.

Si esto es verdad ó mentira, dígalo la profana costumbre de los galanes que asedian las puertas de los templos para ver salir de ellos á las damas, sin otro objeto, las más de las veces, que dar comida á los ojos. Negar que las españolas siguen frecuentando las iglesias como en tiempo de nuestras madres, no hay duda que es rebelarse contra la evidencia. La verdad es, por el contrario, que en casi todas las poblaciones subalternas no tienen otro punto de asidua reunión, siendo los deberes de sus cofradías y sociedades benéficas y el arreglo de los altares, piadosas ocupaciones que todas aman y practican.

Tengo para mí que la mejor época del año, en este punto de vista, para un escritor ó un artista extranjero, debe ser la octava del Corpus. La espléndida serenidad del cielo, la tibieza de la temperatura, el verdor de los árboles que empiezan á vestir nuevo follaje y el aroma de las flores, que en esta tierra bendita brotan á manta de Dios, anuncian entonces la resurrección de la naturaleza, pasajera y aletargada durante un invierno que, en muchas partes, parecería primavera á los hijos del Norte.

¡Qué precioso marco para el religioso cuadro de la procesión! En los balcones de la carrera, cubiertos de vistosas colgaduras, ¡cuántos y cuán animados grupos de hermosas ostentando en sus trajes las elegantes novedades de la alegre estación que empieza! Esto sin contar el agasajo y el baile tradicionales.

Y precisamente España es uno de los países en donde más se baila por bailar. Aquí son infinitas las personas apasionadas por la danza, hasta el punto de hacer, si á mano viene, un verdadero viaje por satisfacer este gusto, sin que se les haya ocurrido nunca el trascendentalismo de la liviandad, al entregarse á un placer que aman con tal delirio.

Parodiando una manoseada frase, podríamos decir, con la venia de nuestros lectores: —Dime cómo bailas y te diré quién eres. Aunque cayeron en desuso las típicas danzas de otros siglos, tendiéndose en esto, como en todo, á una monótona y fastidiosa uniformidad, todavía pueden hacerse interesantes observaciones que revelan en este terreno el carácter, el temperamento y la educación de los pueblos.

Ocioso fuera decir que no á todos los extranjeros les es dable hacer estas observaciones, sobre todo si no es algo larga su permanencia entre nosotros.

Bien es verdad, que hasta cierto punto suelen encontrar un fácil desquite á este impedimento frecuentando los paseos públicos. De ahí que en todas las lenguas del orbe se haya visto colmada de bendiciones la española costumbre, por cuya virtud no hay población, grande ó chica, que no tenga su correspondiente parque, alameda ó jardín; punto predilecto de reunión para las damas, purgatorio de los galanes y paraíso de los extranjeros, que pueden



En el baile, por Madrazo



observar allí á su sabor las que llamó un escritor británico: *fan-and-eye flirtations*. La frase no puede ser más propia y expresiva, pues gráficamente describe aquella coquetería instintiva, inconsciente como el canto del ruiseñor, que combina las formidables descargas de unos ojos bellos con el arte de manejar el abanico, resultando de ahí aquella seducción, aquel hechizo irresistible que aprisionan al admirador como aprisionó á Marte la red de Vulcano.

Las citas y los galanteos de que fueron teatro en todos tiempos esos delicioso parajes, los han pintado muy gallardamente nuestros dramaturgos, como es de ver, entre mil ejemplos que pudiéramos citar, en *El acero de Madrid*, de Lope, y en las *Mañanas de Abril y Mayo*, de Calderón, en donde dice don Pedro:

Y he de ir al parque, porque  
su apacible sitio ameno  
de las flores y las damas  
es el cortesano imperio.

Desde la ilustre patricia que pasa como un fugaz metéoro muellemente arrellanada en el coche, luciendo sus lujosas galas al par que su majestuosa hermosura, hasta la hija del pueblo que, contenta y bulliciosa como un pájaro, va departiendo con su novio sin fijarse en el estrépito que la rodea, todos los tipos femeninos de la población van desfilando ante los ojos del espectador, absorto de contemplar tanta belleza.



En un ángulo del jardín,  
por Casanova

Madrid y Barcelona son las dos localidades en donde, por efecto de un especial conjunto de circunstancias, han encontrado siempre los extranjeros más cosmopolitismo en el carácter y en las costumbres. La Puerta del Sol, la Carrera de San Jerónimo, la calle de Alcalá y otras de la villa y corte; la Rambla y el Paseo de Gracia se han citado infinitas veces en libros y revistas del extranjero, como sitios análogos á los bulevares parisienses, al Corso romano, etc. El teatro Real de Madrid y nuestro Liceo citanse también naturalmente como excelentes observatorios para el turista que desea hacer estudios comparativos de la belleza femenina.

A este propósito se ha hecho notar que las niñas españolas no conocen aquella pudibunda timidez que caracteriza á las francesas, á las alemanas y aún más á las inglesas. Al decir de un escritor yankee, por la natural franqueza de la mirada y decente soltura de los movimientos se parecen mucho más á las norteamericanas, lo cual atribuye á la caballeresca cortesía con que las tratan los españoles y los norteamericanos. Añade el mismo escritor que, al poner por primera vez los pies en España, una joven americana podría dudar de ello, viendo el descaro con que las miran los hombres en la calle, en los carruajes públicos y en todas partes. Pero dice á continuación que la impertinencia de mirar á una mujer de hito en hito no se considera en España como una grosería, pues las españolas lo toman sencillamente como un cumplido, como un justo tributo que pagan los hombres á su belleza.

Todos los escritores citan, como es natural, entre los tipos más interesantes de la corte á la manola, á cuya sensible desaparición se han dedicado elegíacas frases. ¡Qué ha de haber desaparecido! Lo que pasó de moda fué su traje tradicional, como pasaron las calzas atacadas y los tricornos; pero la manola, la típica y deliciosa manola de Goya y Ramón de la Cruz, aun anda por esos mundos trastornando sesos y enardeciendo corazones, tan viva, tan fresca y tan decidora como en sus mejores tiempos.

(Continuad).

JOSÉ COROLEU.

## EL RUISEÑOR Y EL PAVO REAL

Cierto pavo á un ruiseñor  
gritaba de esta manera  
en la alegre pajarera  
de un jardín encantador:

— Pajarillo baladí  
de mis victorias testigo,  
á compararte conmigo  
¿quién diablos te mete, dí?  
Yo alcanzo altas proporciones;  
tú, por mucho que te empines,  
no pasas de mis chapines  
ó sean mis espolones.  
Yo soy gallardo, vistoso,  
y ostento, por rico traje,  
el iris en mi plumaje,  
la palma en el cuello airoso.  
Tú, que cabes en un puño,  
con plumaje que no brilla,  
pareces, más que avecilla,  
el terrón de algún terruño.  
Mas me inspiras compasión,  
y por no verte en un potro,  
digo, en fin, que entre uno y otro  
no es dudosa la elección.  
Si te ofende esta verdad,  
ó no hallas que te convenza,  
mira, y ponga tu vergüenza  
el sello á mi majestad.—

Dijo, y el ave infatuada  
desplegó, cerrando el pico,  
el espléndido abanico  
de su cola matizada,  
mientras, lleno de rubor,  
voló á un álamo elevado,  
confuso y avergonzado  
el humilde ruiseñor;  
y ardiendo en nobles deseos  
de olvidar aquel desaire,  
comenzó á poblar el aire  
de bellísimos gorjeos.

Antes que á ellos diera fin,  
solitario paseante  
acertó en el mismo instante  
á cruzar por el jardín,  
y escuchando la armonía,  
en arrobos celestiales,  
¡ni aun vió del pavo real  
la arrogante gallardía!

Recapacita, lector,  
lo que de contarte acabo,  
y dí si quieres ser pavo  
ó canoro ruiseñor.

JUAN TOMÁS SALVANY.

## SOLILOQUIO DE UN HUÉRFANO

Cafan las hojas, en lluvia deshecha;  
cantando unos curas, vinieron acá,  
y dentro una caja muy larga y estrecha  
mi padre llevaron allá, más allá...

Volieron las nojas y flores del huerto,  
mis dos golondrinas llegaron ayer;  
mi hogar sólo queda tan triste y desierto...  
¡Qué tardan los muertos, Dios mío, en volver!

El sol de este Mayo no trae alegría,  
sus rayos ¡qué beso tan frío me dan!...  
¡Oh! ¡qué lejos se van, madre mía,  
los que se mueren, ¡qué lejos se van!

JAIME COLLELL, PBRO.

## NUESTROS GRABADOS

### EL ORÁCULO DE LAS FLORES

CUADRO DE HERMÁN KOCH

A las flores acuden los enamorados en repetidísimos casos. Sirvenles con frecuencia como medio de comunicación, á modo de telegrafo óptico, merced á la significación convencional que se ha dado á determinadas flores. Difícilmente ningún otro medio supera á la flor para hacer un delicado presente á la persona amada. Una rama cortada de un rosal en flor ó de lila, un ramo de flores bien dispuestas, son recibidos siempre con agrado cuando son indicio ó prueba de cariño, y más si éste llega ya á los límites del amor. Éste, que tiene tantas cosas de niño, gózase á veces en interrogar á las flores, aun cuando no ignora que estos oráculos nada valen ni nada significan. Es un pasatiempo durante el cual se piensa en el ser querido. Tal ocurre con la linda flor llamada margarita, cuyos pétalos arrancan las muchachas enamoradas, así como al acaso, preguntándoles: «¿me quieres? ¿no me quieres? ¿mucho? ¿poco? ¿locamente?» Y si por azar, tras de esta pregunta, salta el último blanco pétalo, regocíjase el corazón de la doncella como si hubiese podido leer en el pecho mismo de su novio. Tal hace la que ha pintado en una barca, á la orilla de un poético lago, el pintor de Munich, Hermán Koch, artista por la destreza con que está dibujada la única figura del cuadro, y poeta por el delicado sentimiento que en él se nota. En Alemania, como en Francia, también es muy popular entre las mozas casaderas la costumbre de sacar oráculos de los pétalos de las margaritas, costumbre que ha inspirado bonitas obras al arte y á la poesía.

### JUVENTUD

CUADRO DE ENRIQUE NORDENBERG

Juventud y vida respira la escena pintada por el artista alemán Nordenberg. En los años juveniles se encuentra la donosa joven que arregla una planta en una maceta para engalanar la habitación con el adorno mejor y más bello que la Providencia ha puesto en manos del hombre, pues nada supera en belleza y galanura á las plantas y á las flores. Vida, y por ende juventud, respiran las enredaderas del balcón y las plantas que asoman por él, dando interés á un cuadro que de otro modo casi parecería insignificante. ¡Qué bien la joven da á conocer en su actitud, en su rostro, el cuidado que emplea en colocar en la maceta una débil planta! Hay cierta poesía en esta obra, poesía sencilla, hasta casera, como la que, según lo hemos hecho notar otras veces, se encuentra en muchas obras de pintores alemanes.

### EL CANARIO MUERTO

CUADRO DE L. CABRERA

Fijaron mucho la atención los inteligentes en artes, en la Exposición celebrada en 1891 en Barcelona, en el cuadro de unos frailes en oración, original de un artista cuyo nombre hasta entonces apenas era aquí conocido. Tenía aquel lienzo dos cualidades capitales por donde atraía las miradas de todos. El pensamiento estaba perfectamente interpretado: los frailes se hallaban en oración y sus rostros y actitudes denotaban el fervor de sus almas. Como factura veíase en la obra un pincel fácil y firme, que así copiaba habilmente la figura humana, como reproducía efectos de luz con exactitud ex-

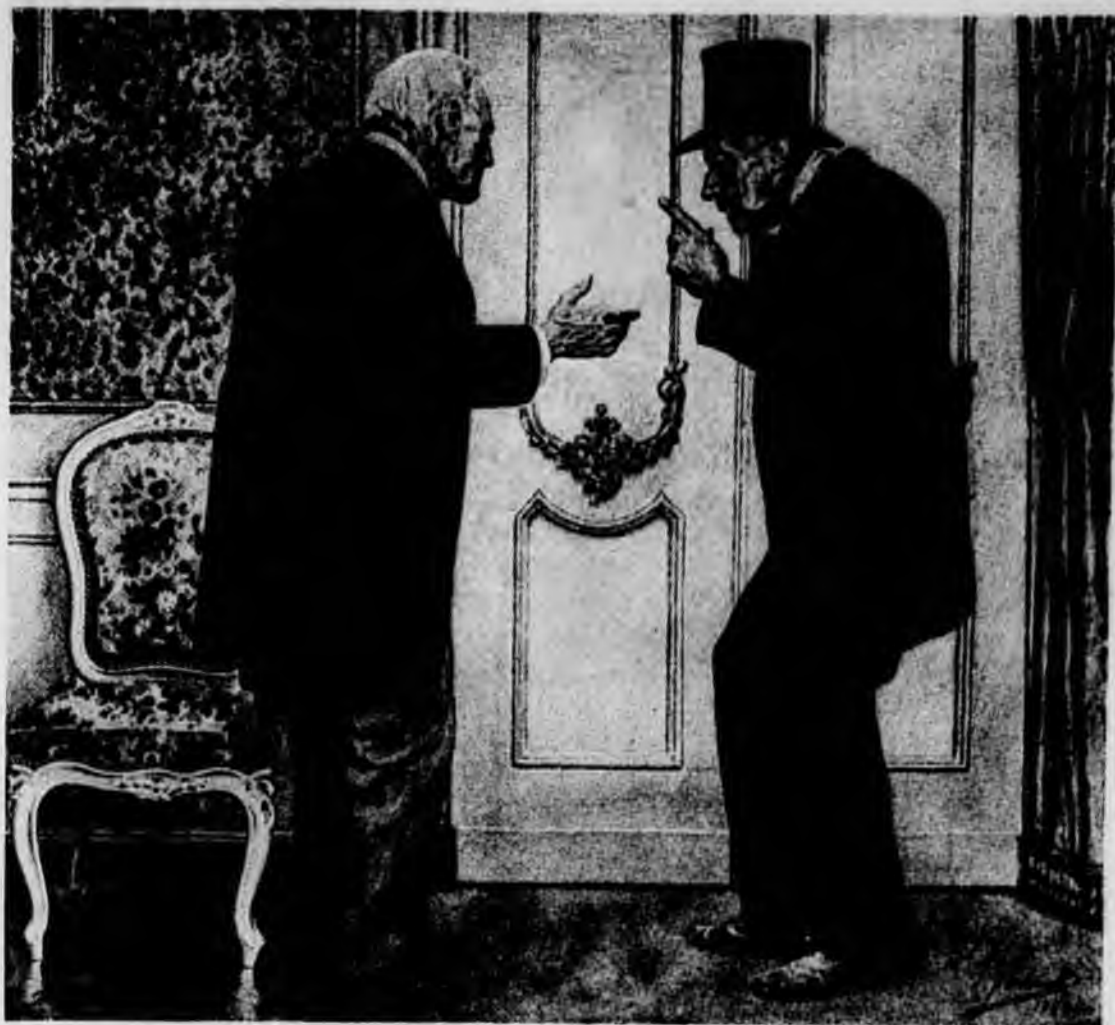
traordinaria. Así, pues, profanos é inteligentes aplaudían el cuadro de Cabrera. Aunque no de idéntico aliento, no desmerece el que damos hoy del que figuró en la Exposición barcelonesa de Bellas Artes. Es un lindo cuadro de gabinete, apropiado para adornar en una elegante salita ó camarín. También su asunto es de aquellos que interesan á todo el mundo. ¿Quién no ha tenido un canario ó un jilguero que divertían el hogar con sus alegres trinos? ¿Quién no ha pasado momentos de verdadero disgusto por habersele muerto un perro ó un gato, que acudían alrededor de la familia en el comedor, en la sala ó en cualquiera de las dependencias de la casa, en donde se congregaba? Querido por tal manera sería el canario que se les ha muerto á los dos niños del cuadro y cuyo cadáver contemplan tristes, casi á punto de gimotear, por la pena que están pasando. ¡Lo que harían para volverle á la vida si estuviese en su mano conseguirlo!... Cabrera ha pintado esta escena con verdad y sentimiento encantadores. Son lindísimas las cabezas del niño y de la niña, retratos probablemente ambos según lo revela su misma encantadora espontaneidad. La expresión es también muy exacta, singularmente en la niña, acaso la más apesadumbrada, porque ya en sus tiernos años se revela en ella el delicado corazón de la mujer. La reproducción da perfecta idea del cuadro, en el cual un colorido sobrio y valiente realza los méritos del asunto y del dibujo. Cabrera, como buen español, ha puesto en él rasgos que derivan de los maestros de España, antiguos y modernos.

### SAN LUCAS ESCRIBIENDO EL EVANGELIO QUE LE DICTA LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

CUADRO DE CLEMENTE O. SKILBECK

Este místico cuadro, que estuvo de manifiesto en una de las últimas Exposiciones de Bellas Artes de Londres, pertenece á la moderna escuela inglesa llamada pre-rafaelista. Los que la siguen estudian privilegiadamente las pinturas anteriores á Rafael y de un modo particular las de Andrés Massaccio, Filipino Lippi, Lucas Signorelli y fra Angélico de Fiesole. Buscan llegar á la profundidad de expresión, á la vez que á la sinceridad pictórica de aquellos artistas italianos, poniendo algunas veces empeño en asemejarseles en el desconocimiento de principios y reglas que después del Renacimiento no le es lícito descuidar á ningún artista pintor. Algunos de sus corifeos han ejecutado obras preciosas por el sentimiento y por la firmeza del dibujo. El estudio de los maestros anteriores á Rafael adviértese de una manera particular en las composiciones, sobre todo en Dante Rosseti, artista poeta á quien ha de llamarse el prohombre de la mencionada escuela inglesa. No entra en ella de lleno Clemente O. Skilbeck, autor del hermoso cuadro que reproducimos en este número, mas procede sin disputa alguna del expresado grupo, y á la contemplación de las obras mejores que ha dado luz se debió tal vez que compusiera y pintara el cuadro de *San Lucas escribiendo el Evangelio que le dicta la Santísima Virgen María*. La composición está muy bien dispuesta, son expresivas las dos imágenes de la Virgen y san Lucas, y en todo el lienzo se descubre el aroma místico que demandaba el asunto. Skilbeck no desprecia como Rosseti las reglas técnicas, á que antes nos hemos referido, sino que, muy al contrario, cuida con esmero de los efectos de la perspectiva lineal y aérea y de imprimir relieve al modelado de los cuerpos. El fondo del cuadro contribuye á darle un carácter severo.





# ¡SOLEDAD!

NOVELA ESPAÑOLA

POR

D. C. SUÁREZ BRAVO

## CAPITULO V

MAL FIN DE FIESTA

Ajustemos, pues, la boda,  
y casémonos á escote.  
(Bretón).

Don Gabriel se levantó al día siguiente de excelente humor y hasta sin los flatos y acedías que solían atormentarle y que ordinariamente pagaban sus dependientes. El plan de Elena le sonreía cada vez más, y como veía que Eduardo, lejos de necesitar espuela, parecía, por el contrario, el más deseoso de realizarle, ya que su obsequiosa solicitud por Luisa durante el

baile daba margen en este punto á las más halagüeñas suposiciones, no cabía en sí de satisfacción. En vez de sentarse, como hacía ordinariamente en cuanto entraba en su despacho, enfrente de la mesa á liquidar las operaciones del día anterior y á preparar las del corriente, comenzó á pasear por la habitación restregándose las manos, como si aquel negocio tuviera á sus ojos importancia superior á la de los que solían ocuparle. Los dos ó tres dependientes que trabajaban en la cámara inmediata, y con quienes de ordinario desfogaba á primera hora todas sus contrariedades de salud, de familia y de negocios, estaban admirados de la novedad. Si hubieran visto la cara risueña de su patrón no habrían dejado de preguntarse unos á otros qué nueva mina había descubierto; pero como el paseo no explicaba la naturaleza del móvil, no sabían qué pensar.

Era don Gabriel aficionado por temperamento á no poner tiempo entre los planes que concebía y su ejecución, pero comprendiendo que el que llenaba en aquella sazón su magín, no era de los que exigían iniciativa y actividad, sino, por el contrario, prudencia y calma para ver venir, tuvo que refrenar sus impacencias; aunque sin poder darse la tranquilidad precisa para dedicarse á sus ordinarias tareas. Después de medir la estancia por algún tiempo, se puso á mirar distraído á la calle por los cristales del balcón, siempre dando vueltas en la imaginación al proyecto que tanto le halagaba. Apenas pasó dos ó tres minutos en esta actitud, su fisonomía cambió de repente, reemplazando á la sonrisa que la iluminaba un gesto de desagrado. Había visto á un hombre atravesar la calle como si se dirigiese al portal de su casa.

—¿Vendrá á verme? dijo entre sí retirándose del balcón. Hace lo menos cuatro años que no parecía por aquí. Pero es él, no tengo duda. ¿Qué diablos me querrá? ¡Bah! es posible que haya cruzado la calle en este sitio por casualidad...

La incertidumbre no duró mucho. Santiago entró al poco rato á decir que don Bruno Campo deseaba hablar al señor.

—Díle que no puedo recibirle. Que venga otro día. Que ahora estoy muy ocupado, prorumpió el banquero de muy mal humor; pero cuando iba el criado á cumplir sus órdenes, otros pensamientos le movieron, sin duda, á revocarlas.

—Mira, díle que pase, murmuró con voz breve.

—¿Quiere el señor recibirle aquí en su despacho? dijo Santiago.

—No, contestó don Gabriel, éntrole en la pieza de al lado.

Y deseoso de terminar cuanto antes una visita que debía serle poco grata, entró el primero en la habitación designada.

Era ésta una salita en la que el banquero solía recibir á los que venían á hablarle de negocios, y en ella los muebles, las colgaduras y los cuadros guardaban relación con la opulencia del dueño.

No tardó en aparecer el visitante, hombre como de sesenta años y con cara de ave de rapaña. Cubría su cabeza mugrienta peluca y vestía un traje raído, que era todo él una pura mancha. Verdadero traje de mendigo de levita. Contrastaba la humilde sordidez de su atavío con la expresión dura y enérgica de su rostro. Tenía la ceja espesa y negra todavía, ojos punzantes y de mirada insolente, nariz acaballada, boca sin labios, cara afeitada, pero con cinco ó seis días de barba.

Al entrar en la lujosa habitación, echó á su alrededor una mirada burlona, semejante á la que debió echar Diógenes sobre el fausto de Platón, y dejando sobre una silla su sombrero sin forma y sin color, dijo con tono breve y familiar plantándose delante del capitalista:

—Buenos días, Gabriel. ¿Estás bueno? Yo también. Sentémonos.

Y uniendo al precepto el ejemplo se arrellanó en un sillón.

Una contracción de disgusto y de repugnancia se dibujó en el rostro del dueño de la casa; pero sin duda debía tener sus razones para disimular.

—Vamos al negocio, añadió don Bruno sin cuidarse del efecto que hacía su persona y su visita en el millonario. Ya sabes que yo soy inglés.

—Sí, de Mondoñedo, dijo don Gabriel sentándose á su vez, deseoso de poner término cuanto más antes á la desagradable conferencia. Yo también me precio de expeditivo, con-que... despacha.

—Ya conoces á mi hijo, dijo don Bruno tomando medio polvo de tabaco por las narices y repartiendo la otra mitad entre su labio superior y su camisa.

—Sí, le conozco, á pesar de que no lleva tu apellido.

Una sonrisa de satisfacción alumbró el rostro acerado y frío de don Bruno.

—¡Vaya si lo lleva! exclamó regodeándose. Sólo que lo lleva aumentado. ¡Oh! es un mozo lleno de adquisividad. Figúrate. Del Campo á secas que yo le transmití, ha hecho un Campo redondo. No contento con esta mejora, se agregó después el apellido de su madre, que era Cogolludo. Y aquí tienes como de un padre que apenas se llama Campo, ha salido un hijo que se llama Camporredondo y Cogolludo.

Y don Bruno soltó una carcajada.

—Te digo que le conozco, repitió secamente don Gabriel. Ya sé que le has dado una educación brillante en el extranjero... que es diputado... y qué sé yo cuántas cosas más.

—Lo que me ha costado lo sé yo... y las personas que han venido á pedirme dinero... Pero no estoy arrepentido... Es mi hijo... y basta... Además, no tengo otro... No se porta bien, ni medio bien conmigo; pero yo tengo la culpa. Le dí alas para volar y él se ha remontado tanto que ya no me conoce.

—¡Hola! ¿Esas tenemos?

—Sí... Ha dado en el flaco de despreciar á su padre... ¡Oh! ¡Es un canalla!... ¡Un pillastre sin corazón! Te digo que está llamado á una gran fortuna, á una gran posición.

Y don Bruno añadió sin transición y con el tono más natural y corriente del mundo:

—Te pido para él la mano de tu hija.

Don Gabriel pegó un respingo sobre su asiento, como si le hubiera picado una víbora.

—¡Eh! ¡qué estás diciendo! exclamó.

—Me parece que no hablo en griego, dijo don Bruno mirando fría y tranquilamente al millonario. Que te pido para mi hijo la mano de...

—Ya lo he oído, articuló don Gabriel interrumpiéndole con gesto avinagrado.

—Yo voy siempre derecho al bulto.

—Yo también, y voy á probártelo. No ha lugar á lo que pides. Hablemos de otra cosa.

El tono agrio y cortante con que el capitalista dió esta respuesta no alteró á don Bruno.

—No por cierto, hablenos de la misma. Yo he prometido á mi hijo que la boda se haría, y la boda se hará. Vamos á ver... ¿cuánto das tú á la chica?

—Nada, Bruno, dijo con mal disimulada impaciencia don Gabriel. No te canses. Yo tengo otros proyectos. Un hijo que desprecia á su padre... ¡Lindo regalo!

—Tomará lecciones de respeto del tuyo. ¿Con la riqueza te han venido los escrúpulos? Á buen tiempo...

—¡Oye! exclamó don Gabriel, cuyo carácter era vivo, aunque hacía todo lo posible por contenerse, ¿has venido á insultarme?

—Si te irritas, peor para tí, continuó el usurero sin abandonar su aire de imperturbable soflama. El que no conserva su sangre fría negocia mal. Yo vengo, sin embargo, dispuesto á echar la casa por la ventana.

Y arrimando más su sillón al de don Gabriel, dijo encarándose con éste:

—Vamos á ver, ¿cuánto vale la chica?

El cinismo de esta pregunta acabó de exacerbar la bilis de don Gabriel, herido en sus dos



fibras sensibles, en su vanidad y en el amor de su hija. Así es que, levantándose exasperado, rompió en este violento arranque:

—¿Crees que mi hija se compra como se compran las pieles de los infelices á quienes desuellas? ¿Te parece que yo la he criado para nuera de un usurero mugriento como tú? Aunque tuvieras diez veces más doblones de los que has amasado explotando la miseria, tu hijo no sería mi yerno. Ya sabes lo que necesitabas saber. Puedes largarte.

Un rayo de ira pasó por los ojos de gavilán del usurero; pero era hombre muy dueño de sí mismo y contestó con tranquilidad:

—Se te ha subido el humo de la vanidad á la cabeza y es preciso dejarle salir. Sin embargo, añadió silbando las írases, bien harías en guardar esas ínfulas de soberbia para los que no te conocen. ¿Has fabricado acaso tu fortuna haciendo obras de caridad? ¡Me llamas usurero mugriento!... ¿Y por qué? Porque prefiero tener mi guardarropa en moneda contante. Cada cual tiene sus gustos; pero desengáñate, el mejor sastre de Madrid no conseguirá que dejes de ser un usurero como Bruno Campo.

—¡Usurero yo! exclamó don Gabriel con indignación.

—Sí, y aún algo peor que eso. Yo pongo á mi dinero el precio que me acomoda. El que viene á tratar conmigo ya sabe á lo que se expone... pero no he abusado como tú de la confianza ilimitada de una familia, para irle arrancando á pedazos todo cuanto poseía por medios que tú y yo sabemos.

—¿Y te atreves á echármelo en cara? dijo alarmado el millonario, bajando la voz.

—Tu soberbia me obliga á refrescarte la memoria. Cuando tenías necesidad de Bruno Campo, para hacerle el testafierro de tus préstamos y tus ventas simuladas, no usabas ese tono arrogante.

—¡Calla! murmuró asustado don Gabriel. Mi mujer y mi hija pueden estar cerca...

—Cuando me obligabas, continuó el usurero, sin hacer caso de los gestos y señas que le hacía su interlocutor para que bajase la voz, á firmar aquellas cartas, en las cuales me hacía de pencias para prestar dinero al quinientos por ciento ó para comprar por uno lo que valía diez, explotando el coco del secreto... ¿Te acuerdas?

Don Gabriel, que durante estas palabras había ido á cerrar las puertas de su despacho temeroso de que su familia ó sus dependientes oyese al usurero, que levantaba de propósito la voz, se volvió á éste con tono ya casi suplicante.

—¿Pero tú te has propuesto escandalizar en mi casa? ¡Calla con mil diablos! Yo hice lo que cualquiera otro hubiera hecho en mi lugar... ¿Me servías tú acaso de balde? ¿Quién te ha puesto en zancos sino yo?

—Es verdad; pero yo sé andar en ellos sin marearme, replicó el usurero con el mismo tono sosegado pero ya ferozmente agresivo. Yo en tu caso hubiera comprendido que no podía desairar á Bruno Campo sin exponerme á un fracaso. ¿Estamos?

—¿Amenazas también?

Don Bruno se levantó, y midiendo á su aterrado consocio de arriba abajo con su mirada punzante, dijo levantando el brazo y el dedo índice á la altura de la sien:

—Ó te resignas á ser mi consuegro ó hago quebrar el capital de consideración pública que gozas malamente.

—Mira lo que haces, Bruno, dijo don Gabriel siguiendo al usurero, que después de tomar su sombrero se dirigía á la puerta; tú has tenido en ese negocio tanta parte como yo.

—Yo no tengo consideración que perder, contestó cínicamente don Bruno, volviéndose. Yo no tengo, ni quiero tener, más que dinero. Tú te has empeñado, además, en tener honor, artículo vaporoso que un soplo de tu asociado puede disipar como el humo.

—Vamos, Bruno, sé razonable. No abuses de mi aversión al escándalo.

El tono persuasivo con que el capitalista pronunció estas palabras no conmovió al usurero.

—¿Ajustamos la boda? dijo fijando su mirada hostil en don Gabriel.

—¡No, mil veces no! contestó éste sin vacilar. Yo no negociaré jamás con la felicidad de mi hija. Pídemme cualquier otra cosa.

—Ya sabes que soy inflexible, como mi profesión.

—Vas á sembrar la desolación en mi casa...

—Tú me has dado la semilla.

—Eres un hombre sin entrañas.

—Esa es precisamente mi especialidad, articuló don Bruno encogiéndose de hombros y caminando hacia la puerta.

Luego volviéndose, añadió:

—Reflexiónalo bien. Ó aceptas mi proposición ó te quito la máscara.

Don Gabriel creyó necesario apelar al último recurso.

—Vamos, Bruno, dijo en voz baja. ¿Qué precio pones á tu silencio?

El rostro del usurero permaneció impassible y desdeñoso.

—Ya te lo he dicho, contestó. Es precio fijo. Ó la boda, ó el escándalo y la deshonra.

Y dicho esto, puso la mano sobre el picaporte.

—¡Pero, oye!... exclamó con voz suplicante don Gabriel agarrándole de la levita.

Don Bruno se volvió, y acentuando las palabras, repitió:

—¡Ó la boda, ó la deshonra!

Dicho esto, abrió la puerta y desapareció.

El millonario dió dos ó tres vueltas por la estancia sin conciencia de lo que hacía y luego se dejó caer sobre una silla llevándose las manos á la cabeza.

(Continuad).



## LA MODA DE PARÍS



En el campo, en las estaciones balnearias, á orillas del mar se ostentan en estos días las gracias de la moda más que en la misma ciudad de París, de donde, sin embargo, salen todas las elegancias y los trajes más lindos y coquetones. En los balnearios más concurridos se verifican todos los días una especie de certámenes, en los que la opinión concede el premio á tal ó cual vestido, que siempre procede de alguna modista ó *modisto* parisiense, ó que ha sido inspirado por algunas de las creaciones de estos hábiles artistas.

Ahora, por ejemplo, M.<sup>me</sup> Pelletier-Vidal tiene en su casa, calle de la Paix, 19, una encantadora colección de *petites toilettes* para el campo, muy sencillas, mas no por esto, y acaso por esto mismo, menos elegantes que las más lujosas. Son de batista, de linón, de seda ligera, ó de preciosos crespones de algodón, cuyas tintas parecen ideales por lo finas. Los adornos de encaje ó de muselina de seda, combinados con gran fortuna por aquella diestra modista, acentúan la gracia del cuerpo y dan á la falda redonda, sin cola, como más propia para andar por los campos, una coquetería superior á cuanto pueda decirse para encarecerla. Para usarlos á orillas del mar, M.<sup>me</sup> Pelletier corta deliciosos trajes en lana de color crema ó de otra entonación clara, con camisas de diferentes colores, y además pequeños cuellos de paño encarnado, velado con guipure ó bien del mismo paño de una tinta pálida, azufre, crema, verde agua con encajes blancos. Todo esto ofrece un aspecto ideal, vaporoso, muy á propósito para proyectarse sobre las vigorosas tintas del mar y de la playa, singularmente durante las poéticas horas del crepúsculo vespertino.

Aconsejo á mis lectoras que durante el estío usen en algunas prendas de ropa blanca la batista ó el linón, de medios tonos ó de colores muy finos. Para las señoras que han de viajar mucho ó hacer excursiones es preferible todavía la seda, que tiene la ventaja de no arrugarse casi metida en los mundos y maletas, y reemplaza además al chaleco de franela para las que son propensas á los resfriados. M.<sup>me</sup> Josselin posee muy lindos modelos de esta especie de ropa blanca ó interior, todos de muy buen gusto.



Hablaba no há muchos días de los trajes de los niños y niñas, y ya entonces dije que M.<sup>me</sup> Thirion se distinguía en esta especialidad, que requiere un gusto muy exquisito. En los últimos días tuvo expuesto en sus salones un soberbio traje que ha confeccionado para un príncipe real. Se compone de una calza de seda crema y de una túnica del propio tejido, realzado por un cuello Luis XIII, en guipure antiguo hecho á mano. Las mangas iban adornadas de unas vueltas á lo mosquetero, que imprimían un sello particular al traje. El cinturón que sujetaba la túnica era de hermosa piel de color de crema. El conjunto encantaba por su distinción y por su novedad y elegancia.

En estos días de calor no estará de más que recomiende á mis lectoras la *Véritable Eau de Ninon*, gracias á la cual desaparecen las arrugas, con la misma rapidez con que la esponja mojada borra la señal de la tiza en una pizarra. La belleza de una mujer no se altera, y así se consigue que la abuela, vuelta á la primavera de la vida, pueda ser tomada por la hermana de la nieta, sobre todo si á las lociones de la expresada agua añade el empleo regular del *Duvet de Ninon*. Este polvo de arroz exquisito comunica á la epidermis una blancura diáfana, condición ordinaria de las mujeres hermosas de la Noruega ó de las vaporosas hijas del Támesis.

Con estas precauciones y un traje parecido al que voy á describir, y que reproduce nuestro grabado, difícilmente podrá haber mujer fea. Muy dura habrá tenido que estar con ella la naturaleza, para que no pueda vencer las desventajas de su físico. El traje á que aludo ha sido ejecutado para una joven y graciosa reina por M.<sup>me</sup> Lippman, 2, calle de la Paix, en París. Está hecho en crespón color de trigo con rayas muy delgadas de azul pálido. La falda tiene tres líneas de lacitos aplanados, fondo paja con aguas, imitación de mármol; el cuerpo, muy gracioso, va sujeto por ancho cinturón de cinta, también paja, con jaspeado semejando mármol; dos valonas de encaje separadas por lazos de cinta se hallan fijadas al cuello de terciopelo, color de maíz. Del mismo terciopelo son las mangas, muy voluminosas, de las que sale encaje sujeto al codo. El sombrero es de paja de Italia, modelo de Virot, ligeramente acanalado por delante y teniendo dos rosas cerca de los cabellos. Un coquetón lazo de terciopelo verde, surmontado de antenas, sujeta dos largas plumas amazona, de color de trigo dorado. Guantes paja pálida, medias caladas y zapato barnizado completan este lindísimo traje.

---

## MESA REVUELTA

Las bebidas fermentadas, consideradas aisladamente, ofrecen caracteres que importa conocer. El vino es más ó menos fuerte ó espirituoso, sin que al parecer dependa de la proporción de alcohol semejante propiedad: es más ó menos azucarado, más ó menos ácido, y contiene tanino en proporciones variables. El vino es tónico, esencialmente bueno para sostener las fuerzas, y poco excitante, cuando no es muy espirituoso. Cuando es añejo, entonces se revelan con la mayor eficacia sus ventajosas propiedades. Los vinos dulces y muy alcohólicos de los países meridionales poseen estas virtudes en alto grado; pero cuando añejos ó muy rancios, llegan á ser tan fuertes, que conviene usar de ellos con suma parsimonia, y hasta abstenerse completamente según las circunstancias.

Los vinos tintos son generalmente menos excitantes que los blancos, y los menos excitantes entre todos son los del Rhin y Burdeos, prescindiendo del *aguapít* ó *aguachirle* que apenas merece el nombre de vino.

Los vinos blancos y los claretes son generalmente espirituosos y conmueven profundamente el sistema nervioso. Son poco tónicos, y conviene no servirse de ellos en la preparación de los vinos medicinales. La única propiedad higiénica que tienen es ser diuréticos, debiéndose la producción de este efecto á la gran cantidad de tártaro de potasa que contienen. Parent-Duchâtelet en su *Mémoire sur les débarradeurs*, cuenta que los descargadores ó faquines de Bercy beben de seis á ocho litros de vino blanco diarios y se abstienen del aguardiente; al paso que los de la Rapée beben casi igual cantidad de vino tinto y seis ú ocho copas de aguardiente, pero no usan el vino blanco; y añade que entre los cargadores y descargadores del puerto de Bercy se observan frecuentes casos de *delirium tremens*, mientras que esta afección es rarísima en la Rapée. En el Anjou y la Turena, cuyos vinos blancos son muy espirituosos, todos los hombres que beben con exceso experimentan tempranamente el temblor que acompaña á la locura de los borrachos. Otro tanto se observa en Suiza, al paso que este efecto es mucho más raro en los países donde es más usual el vino tinto. Cuando el vino blanco contiene natural ó artificialmente gas ácido carbónico, obra como estupefaciente y turba en muchos la digestión.

Los vinos amarillos ó pajizos y secos, son tanto más excitantes cuanto más meridional es el clima que los produce. Estos vinos son los más ordinariamente empleados como condimentos para solicitar la acción del estómago. El principal y el más alcohólico de ellos es el vino de Madera, que contiene hasta un 24 por 100 de alcohol. Estos vinos no convienen á las personas irritables.

Los vinos pajizos, moscateles y azucarados son bastante excitantes y nutritivos.

En cuanto á la consistencia, los vinos claros y limpios deben ser siempre preferibles á los turbios ó espesos, que contienen, en general, muchas impurezas y son de digestión laboriosa.

Respecto al sabor, los vinos dulces contienen un principio nutritivo que no se halla en los vinos secos; se detienen más que éstos en el estómago; no estimulan tanto esta viscera; empalagan en cierto modo, y empachan ó quitan el apetito. Los vinos dulces no convienen á los estómagos que digieren con lentitud. Como encierran partes todavía fermentescibles, pueden causar acedías. La embriaguez que provocan va acompañada de indigestiones. Grecia, España é Italia son los países donde se cosechan los vinos dulces, como son los moscateles y las malvasías.

Los vinos cocidos se hallan, con muy corta diferencia, en el mismo caso que los dulces.

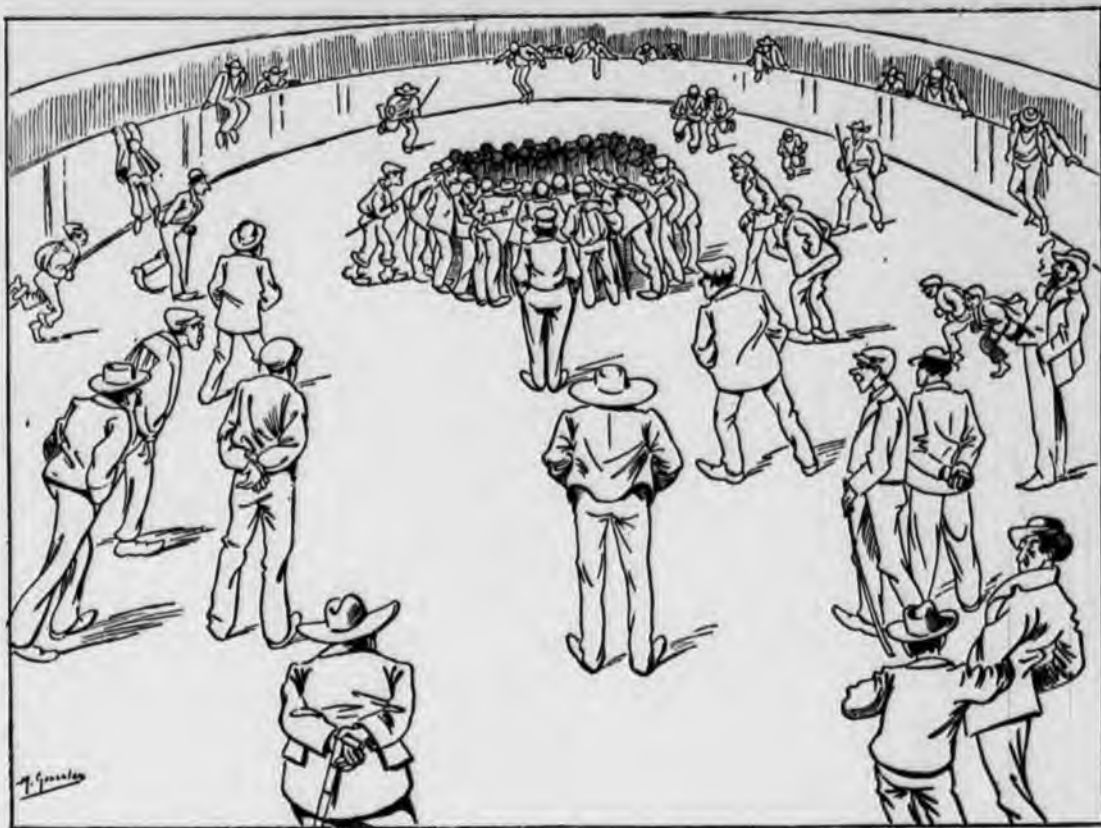
Los vinos naturalmente ácidos ó agrillos, como el chacolí y otros, son picantes, y muchas veces producen cólicos, particularmente á las personas que no están acostumbradas á su uso. La autoridad debe prohibir severamente la expendición de los vinos acedados.

Los vinos confeccionados con uvas inmaduras llamados vinos verdes, son ásperos, acerbos, carecen de perfume y son tan malsanos como los vinos nuevos ó recién preparados. La aspereza del vino puede obviarse dejando evaporar el zumo de la uva, si es demasiado acuoso, y echando en él un poco de azúcar en bruto para reemplazar la materia sacarina que falta.

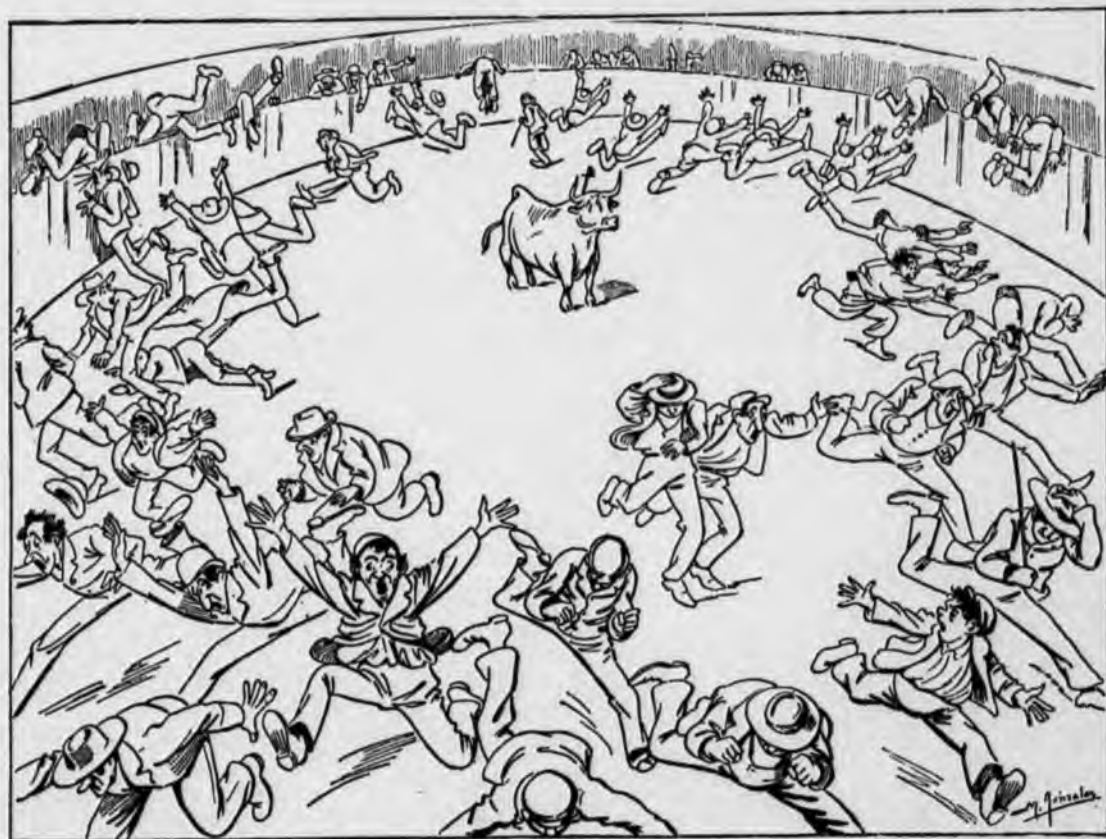
El perfume ú olor particular varía según los vinos: los hay que impresionan agradablemente el olfato, y otros de olor ingrato y repugnante. Los primeros, tomados con moderación, suelen ser muy sápidos, tónicos y reparadores.

La edad de los vinos influye marcadamente en sus cualidades y efectos. El vino nuevo, cuya fermentación no está terminada, es ingrato al paladar, de digestión penosa y causa acedías é irritaciones gastro-intestinales. El vino, para ser higiénicamente potable, debe tener á lo menos un año. Los vinos añejos ó rancios son más claros, más sápidos, más digeribles, más perfumados y bajo todos conceptos superiores á los nuevos ó recién obtenidos. Conviene, sin embargo, suma moderación en su uso. La embriaguez de los vinos añejos no va tan frecuentemente acompañada de indigestión como la de los vinos nuevos.

La patria de los vinos es otra de las circunstancias de más notable influencia. Por regla general, los vinos son tanto más ricos en alcohol, más azucarados y más perfumados, cuanto más cercanos están al Ecuador los climas que los producen, y cuanto más meridional es la exposición del terruño. Así es que los vinos más generosos se hallan en las regiones intertropicales. Los vinos de las regiones templadas ya son inferiores á los prime-



EL TORO SE ACUESTA



EL TORO SE LEVANTA



ros, y en los países septentrionales, donde á duras penas medra la vid, los vinos no dan casi nada de alcohol, ni tienen aroma, ni azúcar. Los vinos exóticos más generosos son los de Chipre, Candia, Lachryma-Christi, Oporto, Frontignan, Ciotat, etc.; y entre los indígenas gozan de merecida fama los de Málaga, Jerez, Rota, Sitjes y otros puntos de la costa española.

La mayor ó menor cantidad de alcohol que con-

tienen los vinos es mirada, con razón, como el regulador de su fuerza ó actividad. Sépase, sin embargo, que las solas proporciones de alcohol que dan los vinos en la destilación, no son siempre datos bastantes para poder determinar su efecto estimulante respectivo: es preciso atender, además, al modo de combinación natural del alcohol. Es probable que en algunos vinos, que destilados dan mucho alcohol, y sin embargo, son poco



SAN LUCAS ESCRIBIENDO EL EVANGELIO QUE LE DICTA  
LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

CUADRO DE CLEMENTE O. SKILBECK

excitantes, las materias resinosas y la materia extractiva en exceso neutralizan en parte los efectos de aquel elemento espirituoso, combinándose con él.

\*\*\*

Mientras un astrólogo predicaba en medio de la plaza pública, que conocía el porvenir, se introdujo furtivamente un ladrón en su casa. Uno de los oyentes, que no ignoraba lo que ocurría, dijo al pretendido adivino:—Compadre, ¿cómo voy á creer yo que tú adivinas el porvenir, cuando veo por mis propios ojos que ignoras el presente, pues si lo conocieras, correrías sin pér-

dida de momento hacia tu casa para echar á un ladrón que en ella se ha introducido?

\*\*\*

Encargaron á una criada que no recibiera las visitas mientras sus amos permanecían en la mesa. A cuantos llegaban les decía:

—Los señores no están: están comiendo.

\*\*\*

Sabido es con cuánta dificultad pueden hacerse señales en el vidrio, tanto, que los vidrieros, cuando se ven obligados á señalar en dicha materia, acuden al dia-

mante, con lo cual hacen cisuras que difícilmente pueden corregirse. Para evitar esto se mezclan:

Blanco de España. . . . . 15 gramos  
Sulfato de cobre. . . . . 15 "

Con todo ello se forma un lápiz capaz de teñir permanentemente al cristal ó vidrio más pulimentado, y después con un trapo cualquiera se borra en seguida; cuando se quiere que reaparezca, basta echar el aliento para que se hagan visibles los caracteres trazados, y todo ello sin herir el cristal. Esta sencilla preparación es muy útil para diversas industrias sobre cristales.

\* \* \*

Nada hay que aliente tanto á un enfermo como las muestras de afecto que recibe de sus amigos; nada hay mejor para su salud... Los prudentes consuelos vienen á ser remedios hasta para el mal físico; lo que levanta el espíritu, aprovecha al organismo.—SÉNECA.

\* \* \*

Pocos hombres hay que tengan bastante sinceridad

para defender la causa que prefieren: la mayor parte pertenecen á los más fuertes.—SALUSTIO.

\* \* \*

Evita todo lo posible contradecirte; el que no está de acuerdo consigo mismo no está de acuerdo con nadie.—DIONISIO CATO.

\* \* \*

Entre un adulator pérfido y un amigo, hay la misma diferencia que entre una cortesana y una mujer honrada.—HORACIO.

\* \* \*

Nada hay que sea completamente inútil para el hombre; en la desgracia nos sirven muchas cosas que habíamos desdenado.—PETRONIO.

\* \* \*

Reprende á los amigos cuando os halléis á solas con ellos, alabadlos cuando os halléis en público.—PUBLIUS SYRUS.

## RECREOS INSTRUCTIVOS

### VII

—Vamos á leer lo de *El Preguntón*.

Este nombre lo puse, recordando la insaciable curiosidad de los niños y... de las niñas también.

La curiosidad, cuando no es desmedida, sirve para inclinar el ánimo al conocimiento de las cosas nuevas; sin ella, el estudio sería insoportable, pero debe reprimirse para que no degenera en una pasión ridícula y perjudicial.

#### EL PREGUNTÓN

—¿Cómo gobiernan el rumbo los pájaros, y cómo flotan en la atmósfera siendo más pesados que ella?

—El ave constituye un verdadero buque: tiene proa, que es la cabeza; casco y puente, que es el cuerpo; velas, que son las alas; maquinaria, que es el sistema nervioso, alimentado por el calor del estómago, y timón, que es la cola; flota en la atmósfera, porque careciendo sus pulmones de diafragma, penetra el aire por la boca hasta los últimos vasos nerviosos, y así queda, por decirlo así, el ave inundada de aire caliente, que es menos denso que la atmósfera y restablece el equilibrio; además, como el ave presenta una superficie de flotación superior á su masa, la misma densidad del aire le sostiene, y así se comprende que ciertas aves de grandes alas y cuerpo relativamente pequeño, como el albatros y el águila, se sostienen largo rato encima de las ondas atmosféricas sin mover las alas, constituyendo á la vez verdaderos globos aerostáticos con su paracaídas.

—Entonces, sabiendo cómo vuelan las aves y por qué, es extraño que no se hayan construido máquinas para volar.

Si el barco imita al pez, ¿por qué el hombre no imita al pájaro?

—Es oportuna, Sofía, su observación; pero la comparación entre el pez y el ave no es exacta: el agua es más densa que el aire, y por consiguiente, ofrece resistencias mecánicas que son verdaderas palancas: ¿cuando nadamos no sirven nuestras plantas de pies como verdaderos remos ó paletas de rueda? El agua de río, siendo menos densa que la del mar, y ofreciendo menos resistencia al movimiento, obliga al nadador á multiplicar sus esfuerzos y en ella flota con más dificultad.

Pues bien, además de esto, el barco sólo tiene una parte sumergida en el medio líquido, mientras que el ave está rodeada de la atmósfera por todas partes; el hombre, para volar, necesitaría unas alas que representarían veinte veces la superficie de su cuerpo, y para sostenerlas solamente, su musculatura es débil; mucho menos podrá moverlas. Además, él no puede sustituir los fluidos que contiene su cuerpo por otros más calientes y ligeros (me expreso en términos vulgares para hacer la idea más comprensible).

Se ha ensayado muchas veces regularizar la navegación aérea...

—¿Y no se ha conseguido?

—Sofía, le diré en confianza que yo he vivido en Meudon; que allí hay un gran taller de *aerostación*; y en uno de mis paseos solitarios ví... que el problema está resuelto, pero no puedo decir más sobre él.

—Pues entonces...

—Amiga Clarita cada cosa en su tiempo; la sociedad no está preparada para recibir la tremenda sacudida que la aerostación ha de producirle. Vamos a otro párrafo.

—¿Dicen que el diamante es el más duro de todos los cuerpos y puede romperse de un martillazo?

—Sí: es el más duro, pero no el más tenaz: *duresa*, en términos físicos, indica la fuerza de cohesión latente en los cuerpos, que sin acción extraña raya y hace mella en otros menos duros; así el diamante raya a muchos otros minerales tenidos por muy duros; pero la *tenacidad*



indica la resistencia a fraccionarse cuando se golpea el cuerpo fuertemente, lo cual supone al mismo tiempo cierta elasticidad de las moléculas; así el hierro, que es mucho menos duro que el diamante ó carbono puro, se deja golpear impunemente cuando es homogéneo porque tiene más tenacidad.

La *duresa* podríamos representarla por un avaro empedernido, y la *tenacidad* por un mendigo que le acosa sin descanso, y así tendríamos una lección de física moral, si al fin cediese aquél a los ruegos de nuestro pordiosero.

—Pues entonces, ¿cómo puede labrarse el diamante?

—Con polvos de otro diamante, frotando con rapidez sobre un disco de acero lubricado con aceite.

—Tal vez será una tontería lo que digo, pero á mí me gustan los diamantes más que cualquier otra cosa.

—Eso se dice porque antes no se ha pensado bien en las consecuencias; pero no vayamos á sermonear ahora: el diamante es carbón puro, es decir, carbón de piedra cristalizado por la naturaleza: es muy hermoso, pero no vale lo que cuesta: son preferibles los bloques negros del carbón, gracias á cuya combustión viajamos rápidamente en la tierra y en el mar, y se fabrican los infinitos objetos necesarios á la vida.

—Entonces todo es carbón; porque el otro día pregunté de dónde salían los colores de anilina y me dijeron: del carbón; luego me aseguraron que también de él se saca azúcar, y vinagre, y qué sé yo cuántas cosas más.

—Naturalmente: sucede con el carbón lo mismo que con el agua, sólo que esta transformación es más lenta; del hielo al agua, del agua al vapor, del vapor al agua, del agua al hielo y así sucesivamente; si tomamos un terrón de azúcar algo húmedo, y dentro una vasija estrecha lo sometemos al fuego vivo por bastante tiempo, irá evaporándose el agua que contiene y acabará por convertirse en carbón.

—Lo probaremos.

—Es fácil el experimento y pronto lo veríamos realizado; pero mientras, para aprovechar la luz, nos dedicaremos á dibujar geométricamente un diamante con sus facetas, cosa fácil y que produce buen efecto llenando de negro el fondo. Muy lindo es el diamante, señoritas, pero sin la luz nada sería; su mérito consiste en refractar la luz: así, nuestra inteligencia, si no se pule con el estudio, y si no la ilumina Dios con sus luces sobrenaturales, vale menos que un grano de arena perdido en la playa.

JULIÁN.

#### Solución á la losange cabalística

P  
M A R  
S I R I O  
T E Ó T I M O  
P A R T H E N O N  
S I R E N A S  
S E N I L  
S O L  
N

#### FUGA DE VOCALES

J.n.t. .l .g. s. p.n..  
. l.s .nd.s .g.rd.b.  
. .n v.rl.s ll.g.r h..  
p.r. . v.c.s no p.d..  
. l bl.nco pi. s. m.j.b.  
(G.I. P.I.)

#### ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y á las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados todos los derechos artísticos y literarios. — IMP. ESPASA Y COMP.<sup>a</sup>







CUADRO DE

Ay



BAIXERAS

amiento de Madrid







## MEMORÁNDUM

---

**S**IGUE hablando el príncipe de Bismark, que no ha sabido guardar la nobleza del silencio. Los desahogos que se ha permitido en sus discursos han reducido su figura, para cuya grandeza le bastaba la parte principal que había tomado el ex canciller en la formación del imperio de Alemania. Nótase, desde que hubo de dejar el poder, que siente la nostalgia de él, que no puede vivir sin tener la autoridad absoluta de que había gozado durante el reinado del emperador Guillermo I y que compartía con este soberano. A cada instante hace alarde de sus méritos como una especie de manifiesto para reconquistar el poder perdido. «En 1870,—ha dicho en Kissingen,—hicimos resonar todos los martillos en el yunque en que forjamos el Imperio; fuimos á buscar la Alemania unida en medio de los batallones franceses. — Los míos me aconsejan que calle, pero yo no permitiré que se me ordene el silencio.»

\* \* \*

En Bélgica los liberales aprovechan todas las ocasiones para molestar á los que no piensan como ellos. Hace pocos días en la ciudad de Gante se verificaba la ceremonia de la entrega de una bandera á la liga católica antisocialista, cuando los socialistas invadieron el local y se apoderaron de la bandera haciéndola pedazos. Siguióse, como es de suponer, una lucha entre los católicos, que se defendían, y los socialistas, que les atacaban, maltratándoles y haciéndoles, en su ira, todo el daño que podían, hasta que intervino la policía é hizo despejar el salón en donde se verificaba el acto. Es natural que á los socialistas belgas les duela que se organicen asociaciones católicas para combatir el socialismo, porque tarde ó temprano dejarían las filas de éste sin soldados. La doctrina cristiana y católica es el remedio más eficaz para contener la invasión de las ideas socialistas, que casi siempre son sólo manifestación de concupiscencias y de afán de goces materiales. Las creencias contrarias ahogarían el rencor que hoy germina en los corazones de los que quieren destruir la actual sociedad, para organizar otra á su gusto, si pudieran hacerlo, y volver á los días nefastos de la Revolución Francesa.

\* \* \*

Marruecos vuelve á estar sobre el tapete en la política de Europa. Aparte de las noticias referentes á la insurrección de tribus que pueden amenazar á Tánger, y contra las cuales es de

luengos tiempos impotente el gobierno del Sultán, ha sido estos días materia de larga discusión en los periódicos la embajada que estuvo en Fez llevando á su frente al diplomático de la Gran Bretaña sir Carlos Ewan Smith. Juzgaba este diplomático, á quien se diputa por hombre muy hábil, que le sería relativamente fácil hacer un tratado entre S. M. Cherifiana y el gobierno inglés, para facilitar la entrada de los productos de su nación en los puertos marroquies. Sir Carlos negociaba, según manifestó, en beneficio de todos los Estados de Europa y de América, puesto que á todos debían alcanzar las ventajas que obtuviese para la Gran Bretaña. Sin embargo, no lo creerían así las principales naciones europeas, ya que casi todas miraron con desconfianza los trabajos de sir Smith, y algunas, Francia entre ellas, se presentaron en oposición abierta. La verdad es que el afán de Inglaterra por meter el pie en el imperio de Marruecos explica las prevenciones de que hablamos. La ocupación del Egipto por la expresada potencia no es nada á propósito para llevar la tranquilidad al ánimo de los hombres que dirigen la política exterior en las principales naciones de Europa. Como se comprenderá, todo lo que se roce con Marruecos tiene grande importancia para España, la cual no podría nunca ver con indiferencia que dominase en el otro lado del Estrecho la nación que posee la plaza de Gibraltar en nuestra misma península. El fracaso de sir Carlos Ewan Smith, que no ha logrado concertar el tratado, deja el asunto en la misma situación en que antes se encontraba.

\* \* \*

Han empezado en España las fiestas en celebración del cuarto Centenario del descubrimiento de América por Cristóbal Colón. Huelva las inaugura en nuestra nación, por tener contiguo el pequeño puerto de Palos, de donde el día 3 de Agosto de 1492 salió la pequeña flotilla mandada por Colón, y en la que se embarcaron los Pinzones, que tanto hicieron en favor del insigne navegante, después de sus augustos protectores los Reyes Católicos. La carabela *Santa María*, que ha construido el gobierno español expresamente para las fiestas del Centenario, será saludada por los barcos de guerra de casi todas las naciones del mundo, acto grandioso del que podrán formar idea los que presenciaron en el puerto de Barcelona los homenajes tributados por las escuadras de todas las naciones á S. M. la Reina Regente cuando visitó en 1888 la Exposición Universal de nuestra ciudad, aun cuando no se reunirán ahora en Huelva, ni el número de buques, ni los magníficos acorazados que en aquella memorable ocasión anclaron en el puerto y en la rada de Barcelona. La carabela *Santa María*—que con tal nombre la bautizó Colón antes de empezar el viaje, movido por su espíritu cristiano, pues antes se llamaba la *Gallega*—después de visitar varios puertos españoles, junto con la *Pinta* y la *Niña*, que se construyen en nuestro astillero, se dirigirá á la Exposición Internacional que se celebrará en Chicago, con el mismo objeto de conmemorar el descubrimiento de América.

\* \* \*

La importancia y la significación de este Centenario, las ha puesto de relieve con elocuente frase Su Santidad el Papa León XIII, en carta dirigida á los arzobispos y obispos de España, Italia y ambas Américas, para que la Iglesia se asocie á esta conmemoración. ¡Qué profundidad hay en los conceptos del Sumo Pontífice! ¡Qué espíritu de amor y paz universal!

«No sería lícito,—dice León XIII,—en esta universal demostración de honor que permanciese silenciosa la Iglesia, la cual por su institución y tradiciones se ha esforzado siempre, complaciéndose por ello, en aprobar y favorecer toda obra elevada y honesta. Pues si reserva los mayores honores á aquellos hombres que grandes por la bondad de sus costumbres y santidad de su vida aspiran á la vida eterna, no por esto tiene en menos á aquellos otros varones, en cuya grandeza de espíritu y fuerza de ánimo ve resplandecer los destellos de divinas



virtudes. Existe, además, otra causa altísima que nos impulsa á honrar la memoria de la inmortal empresa, y es la de que habiendo pertenecido Colón á la religión católica, que guió sus acciones, todo el género humano es grandemente deudor á la Iglesia que lo inspiró. En todos tiempos hubo hombres fuertes y sabios que con constancia y valor se dedicaron al descubrimiento de tierras ignoradas; pero entre aquéllos y el varón cuya memoria honramos existe una gran diferencia. Porque realmente el espíritu de Colón no se sentía sólo inflamado por el deseo de descubrimientos científicos y aspiraciones filantrópicas, objetos dignos sin duda de alabanza, sino que fué guiado especialmente por la grande idea de derramar sobre nuevas tierras los esplendores del Evangelio de Jesucristo.

»Esto podría parecer poco verosímil á aquellos que no penetran en el íntimo examen de los acontecimientos; pero parece evidente á los grandes ingenios y á las almas que se elevan á la concepción de los grandes móviles de la fe cristiana. Es indudable que Colón había enlazado el sentimiento de religión con el estudio de la naturaleza y conformado, confortándolo, su espíritu á los preceptos de la religión cristiana. Por esto habiendo imaginado su mente, merced al estudio hecho de la astronomía y de antiguos documentos, que más allá de los confines conocidos del mundo debían existir espacios de tierra todavía inexplorados, su alma cristiana contemplaba esa gran multitud de hombres sumergidos en las tinieblas de la superstición y de la vida casi salvaje.»

Hace el Papa subido elogio de la reina Isabel, «que puede decirse haber adivinado, como ningún otro, la mente de aquel grande varón,» y hace notar que «las circunstancias de los tiempos hacen más maravilloso aquel suceso singular, porque Colón descubre la América precisamente en los días en que se aproximaban grandes tempestades para la Iglesia católica, en el antiguo continente. Procurando siempre encontrar en los acontecimientos humanos la vía de la Providencia, bien podemos decir que por especial designio de Dios, surgió aquel personaje para compensar en parte los daños que más tarde cayeron sobre el universo católico.»

Precisa el sabio Pontífice con frase, que en lo exacta y sentida no puede ser superada, el espíritu cristiano que animó en todos los instantes á Cristóbal Colón, y dice que en las regiones por él descubiertas, nada le pareció más urgente que alzar en ellas el sacrosanto madero de la cruz, y hacer resonar el nombre del Redentor. Y al ordenar preces especiales para el mes de Octubre, concluye este memorable documento, que recomendamos á nuestros lectores, diciendo: «Por lo cual, admirando la grandeza del hecho, la importancia y variedad de las ventajas que de él se han derivado, reconocemos y veneramos más sublimemente el designio del Eterno, del que se deriva el descubrimiento del Nuevo Mundo. Y por esto al celebrarse dignamente las solemnes fiestas colombianas, á los honores civiles deben unirse las preces de la santa religión, como al primer anuncio del descubrimiento inesperado se elevaron públicas gracias al Señor. Siguiendo el ejemplo de ilustres pontífices, nos asociamos para celebrar tan fausta memoria.»

B.

# LAS LLAVES PERDIDAS

TRADICIÓN POPULAR

I



ON la cabeza, con la cabeza, y no dará tan fuerte! ¡Vaya una manera de llamar! diríase que quieren echar la puerta abajo. Espere quien sea, que con un gris que corta como una espada no he de salir desnudo... ¡Esta es otra! ¡pues con la prisa y la oscuridad no me ponía los gregüescos al revés!... ¡Que se esperen digo, que no soy sordo, ó juro por una legión de á caballo dejar al que llama á la luna de esta noche, aunque sea el *sursum corda*!

—¡Por Dios, Corro, no hables así, que ni de fuera pueden oírte, ni con jurar adelantas nada! dijo el suave acento de una mujer contestando á las des-templadas voces del que primero hablara.

Este, murmurando palabras no de la mejor escuela, tiró los calzones, cuya embocadura en aquel momento no hallaba, y embozándose en una manta jerezana que á los pies de la cama tenía, pasó á otro aposento, palpó en la sombra, encaramóse en un banco de madera, y mirando por un postiguillo que sobre una puerta abría, exclamó:

—¡Pues! ¿quién otro había de ser sino el compadre?... ¡Por vida de un alijo de tabaco, que si no nos uniera el sacramento, rompo á su merced el del bautismo!... ¿Conque se olvidó sus llaves sobre la tarima del brasero, al sacar con ellas las castañas del rescoldo? ¡Que no fueran las tales llaves toros de ocho años á ver si su merced las guardaba mejor!... ¿Y en qué huronera, santo varón, ha estado metido hasta ahora, que llevamos un siglo de sueño?... ¡Con la vecina de arriba desollando á todo Dios!... ¡Bah! su merced no apedrea; pero guarda las capas, como dicen que hacía san Sebastián ó san Jerónimo, ello fué uno de los doce.

En tanto que desde el ventanillo así desbarraba el llamado Corro, su mujer, en el cuarto inmediato, golpeaba el pedernal con el eslabón para encender luz.

—No enciendas, Fina, que el olor de la pajueta te daña; si están las llaves donde dice ese bendito ya las encontraré. ¡Cuidado que para ser grandes, cual serán las de la puerta otomana, siempre las tiene perdidas! dijo el hombre, bajando del banco y buscando á tientas sobre la copa del brasero.

—Justo, aquí están, añadió luego, y volviendo á su atalaya prosiguió: Ponga su merced el tabardo y recoja sus llaves... ¡Vaya, que si san Pedro descuida las suyas como su merced, le quitan el oficio!... ¡Eh, eh, no se vaya tan ahina, que tengo que decirle!... Óigame bien, compadrito de todos los diablos, y no eche mis palabras en saco roto... Esta es la segunda vez que olvida el abridero de su puerta; á la tercera dejo á su merced así donde está, tomando el fresco como las veletas de la torre, aunque se convierta en carámbano y con el viento se petrifique.

Y cerrando de golpe el ventanillo, saltó del banco y se dirigió al lecho, diciendo con toda claridad:

—¡Juro por todos los demonios del resguardo, que á otro olvido del compadre le mando al infierno!

—¡Corro, por Dios, no jures!

—No te enojés, mujer, que te juro por mi alma no jurar más.

Y tirando la manta metióse en el lecho, tapándose hasta las narices.

Era este hombre como de sesenta años, aunque plantado tiempo hacía en el medio siglo. Cuando de edades se trataba, decía á una vecina que tenía al dedillo la de todo el mundo:

—Cincuenta años tengo, tía Marizápalos, y no me saque más. ¡Caracoles! diríase que de diezmos se trata y para pagar menos amenguo la cosecha. Su merced, como es del tiempo del rey Wamba, quiere hacerme su contemporáneo. Pues yo le juro...

La señora Fina se interponía y el juramento no pasaba adelante.

Sin embargo, como el tío Corro no poseía gran estatura y era delgado como el alambre y como él resistente y duro, doblándose y retorciéndose según las circunstancias, y tenía además una fisonomía graciosa y de facciones aniñadas, con unos ojillos negros picarescos y retozones, podía pasar, á pesar de sus cabellos grises y su malicia de Matusalén marrullero, por un joven de cincuenta, que respetabilidades hay de más edad y peso que no consienten llegar á tanto.

En el barrio no se le conocía por su nombre de pila, sino por el apodo de *Conejito*, llevándole desde la infancia, época en que, aleccionado por su padre, comenzó el contrabando, oficio en el que salió consumado.

El apodo le cuadraba á las mil maravillas, pues nadie cual él sabía agazaparse y agazapar tras peñón ó cañada una ó más acémilas cargadas hasta las orejas, burlando así á los sabuesos del resguardo. Y como conocía cual los rincones de su casa todos los escondrijos del monte, desde Calpe hasta Sierra Morena, y las grutas y ensenadas de la costa desde Algeciras á Almería, aunque retirado de tan aperreado vivir, era buscado con frecuencia para algún alijo de importancia; casos de empeño, en que ya fuese por mar ó por tierra, siempre quedaba airoso el tío Conejito.

Su verdadero nombre era el de Francisco Sánchez, ó tío Corro Sánchez; así le llamaban los más cortesés, pues en los tiempos de esta historia al que no tenía señoría ó don no se le daba, honrándole, cuando más, con el título de *maese*, si de maestro en algo servía, ó de *tío*, si la edad era provecta, aunque el parentesco datase de Adán.

Hoy que todo se ha democratizado no sucede lo mismo, y por una de esas anomalías propias de la igualdad que atravesamos, no hay sirviente ó sirvienta que no quiera llamarse don ó doña, poniendo pleito al amo si no le da el tratamiento.

Pues como decía, y perdóneseme la digresión, el tío Corro Sánchez, sin poseer grandes estudios, tenía más letra menuda que un breviario. Nacido en el último año del siglo xvii precedió en escepticismo á los enciclopedistas que dieron nombre, y algo más que nombre al siglo xviii; aunque temeroso el tío Conejito de los señores de la cruz verde, se guardaba muy bien de decirlo. Sólo se franqueaba alguna vez, y podía hacerlo sin miedo de delación, con su mujer la señora Fina.

Ésta no se le parecía. Huérfana desde niña, educada por un tío materno, cura de un pueblo de la sierra de Ronda, había crecido al amparo del sacerdote, que con su digna sombra y buenos ejemplos abrigó, sin hacerla fanática, las facetas de aquella naturaleza privilegiada por la sencillez, bondad y virtudes.

Aunque con una figura en extremo agradable, é infinidad de pretendientes, Serafina no se casó. El sacerdote no le encontraba partido á propósito; el cariño y el egoísmo se hermanaban en él para retenerla, y el agradecimiento y la docilidad en ella para bajar la frente y encadenarse al lado del anciano que de padre le servía. Cuarenta años tenía la señora Fina cuando murió el sacerdote, á quien por su largueza para con los pobres hubiera debido pintársele, como á la caridad, con el corazón en la mano. Serafina quedó de nuevo sola y en la más solemne pobreza, que es la peor de todas las soledades, y con una salud delicada, inconveniente grande para ganarse por sí sola la subsistencia.



El tío Conejito, que de tiempo inmemorial proveía de tabaco al sacerdote, única é inocente distracción del anciano, pues con ser andaluz y de la serranía, ni cazador ni caballista era, prendado de la señora Fina y compadecido de su aislamiento, ofrecióle su morena diestra, que ella aceptó con la condición precisa de dejar el contrabando.

El pretendiente, que tenía ya, como suele decirse, cubierto el riñón, accedió á ello, buscó entre sus influencias, que no le faltaban poderosas, colocación en Málaga, y establecióse de casero, con habitación franca, en una de esas casas de vecindad denominadas corrales.



Son éstos, edificios destartados, inmensos caserones á modo de convento, donde en distintas celdillas, anchas ó estrechas, buenas ó malas, se encierran como en colmena infinidad de familias de trabajadores pobres, pero honrados, que de eso cuida de informarse el casero. Tiene, además, éste la obligación de cobrar los alquileres, lo que no deja de costarle trabajo, que el número de los morosos sobrepuja al de los puntuales; debiendo, á semejanza del alcaide ó gobernador de una fortaleza, mantener la más estricta disciplina entre aquella heterogénea multitud, mosaico viviente y extraño encerrado en el radio mismo de la población, si bien en alguno de sus arrabales.

La casa ó corral en que imperaba el tío Conejito estaba en la parte alta de la ciudad, á la derecha del Guadalmedina y cercana al convento de la Trinidad, del que tomaba nombre el barrio.

La habitación del casero, frontera á la puerta de la calle y con ventanas á un gran patio, era, aunque baja, como la torre del vigía en el castillo; desde ella se veía quién entraba y salía en el corral y quién subía y bajaba por los dos ramales de la escalera que conducían á los pisos altos. Cuando el tío Conejito no estaba sentado á la puerta de su vivienda, estaba la señora Fina tras los cristales y visillos de una reja, desde donde lo atisbaba todo, haciéndose presente, cuando comenzaba alguna disputa para cortarla con su autoridad.

Era el patio especie de ejido, en cuya limpieza alternaban las inquilinas de la casa y en el cual tenían derecho de tomar el sol en invierno y el fresco en verano. Allí jugaban los chiquillos, y como gallinas que escarban la tierra, se revolcaban cuando reñían; allí cosían las jóvenes, hilaban ó hacían calceta las ancianas; los que estaban delicados ó convalecientes de alguna enfermedad jugaban á la brisca ó al tute; las madres peinaban á sus hijos, y las mozas que deseaban lucir sus cabelleras también las desataban en el patio sin miedo de los curiosos. Era, en fin, aquel sitio el punto de reunión, el gran mentidero de los de la casa, donde se desollaba al prójimo como la cosa más natural del mundo. Cuando el frío arreciaba, la aristocracia del corral se reunía desde las ánimas á la *quedada* en la habitación del casero; donde ni de la casa, ni del barrio, ni del casco mismo de la ciudad se dejaba honra á vida.

Fácilmente se comprenderá que á la llegada de la señora Fina aquel foco de hablillas y murmuraciones sufrió notable cambio.

Sin herir la susceptibilidad de nadie y defendiendo siempre á la persona atacada, demostró desde el primer momento la casera que aquella especie de solaz estaba en completa contradicción con sus sentimientos. En consecuencia, los maldicientes comenzaron á retirarse, acabando por fraccionarse la tertulia, convirtiéndose de uno en varios círculos, instalados en distintas viviendas, donde sin veto alguno se podía murmurar libremente.

Sin embargo, eran tan innatos en la señora Fina el agrado, la bondad y la cortesía, que nadie se atrevió á murmurar de su rigidez de principios, respetándola hasta el punto de no calificarla, ni aun los más mordaces, con el apodo del marido. Verdad era que la señora Fina, sobre hacer favores á todo el mundo, tenía en sí tanta dignidad y señorío que, sin saber

cómo, cautivaba las voluntades. A pesar de sus caracoles sobre las sienes, peinado poco distinguido, bastaba verla con su saya morada (gastaba hábito de Jesús), su jubón negro, su pañuelo de linón bordado al cuello y su mantilla de sarga negra, corta hasta la cintura, guarnecida de ancho felpón con escaroladillo de encaje hacia el rostro, para tomarla, aunque de pueblo, por una verdadera señora.

Al principio de estar en la ciudad no había vez en que, al salir á la calle, no le dijera algún majo:

—¡Viva nuestro padre Jesús y la mantilla serrana con lo que cobija!

Después, más conocida, se limitaban á saludarla por su nombre, bajando la montera hasta el suelo.

Bien conoció la señora Fina que había descendido con su casamiento; pero peor era morir de hambre. Además, no dejaba de ser meritorio á los ojos de Dios apartar á un hombre del mal camino, donde pudiera alcanzarle alguna bala perdida ó algún cierto y largo proceso.

En los tres primeros años de matrimonio tuvo la señora Fina dos niños, que murieron á los seis años, y á los cuales sacó de pila el compadre de las llaves olvidadas.

Era éste antiguo amigo del tío Conejito, á quien el contrabandista llenaba de improperios, cuando no tenía otro á quién prodigarlos, queriéndole, sin embargo, con el alma, á pesar de la diversidad de sus gustos y caracteres. El tío Pedro Robles era imponente como un entierro y triste y grave como un miserere, mientras el compadre Conejito pudiera compararse por lo alegre á una pandereta en movimiento. Conejito se había criado en buenos pañales, con sobra de pan y al abrigo paterno; el otro... He aquí cuál había sido su vida:

Huérfano desde la infancia, mendigaba de día, guareciéndose de noche en el atrio de alguna iglesia. Su sueño dorado era juntar dinero para dejar aquel oficio poco en armonía con sus inclinaciones. A los diez años de edad pudo realizar su proyecto. Reunió unos cuantos reales con los cuales compró siete cenachos, tres pares de ellos de mayor á menor, y el séptimo, como el padre de todos. Cuando los tuvo, hizo su *toilette* compuesta de dos solas prendas: camisa y pantalón. La primera de cregüeta basta, de cuello desabrochado que dejaba al aire libre una garganta robusta y el comienzo de un pecho de atleta; el segundo, de color indefinible, sujeto á la cintura, por falta de botones, con una tomiza, y arrollado por abajo hasta media pierna. Éstas, como los pies, estaban completamente desnudas. Después cogió el cenacho grande, cuya asa larga y flexible, aunque no amorosa, pasó por cima de la frente á modo de diadema, bajándole por detrás de las orejas, no hacia el pecho como tocado de esfinge, sino por la espalda, hasta dar el cenacho en las corvas. De los otros seis colocó tres en cada brazo: primero el más pequeño, y sobre el asa de éste, la de los otros, quedando entre cenacho y cenacho espacio bastante para no chafar ó deslucir cuanto en ellos se colocara.

Armado con esos útiles, la cabeza erguida como un vencedor, las manos en las caderas y los brazos en arco cual asas de jarra morisca, comenzó á pasear mañana y tarde la alhóndiga, carnicería, plaza de la Verdura y demás sitios públicos donde se vendía y compraba, alineándose con otros chicos de su clase, cual él ataviados, al paso de los transeuntes, esperando á que alguno le llamara para llevarles por la mañana la compra ó *el avío*, y por la tarde el pescado para la cena. Como era servicial en extremo y se contentaba con lo que darle querían, pronto tuvo clientela, pasando cinco años en el oficio de charranzuelo.

Aquí es menester hacer una advertencia. Aunque en aquellos puntos de la costa se llama charranzuelo al chiquillo desarrapado, haragán y de mal vivir, y del mismo modo al que armado de sus cenachos se gana la subsistencia haciendo mandados ó vendiendo por las calles pescado, frutas ú hortalizas, hay entre uno y otro la distancia que media entre la pobreza laboriosa y honrada y la truhanesca y repugnante ociosidad. El uno inspira confianza, el otro hastío. Ambos han tenido por lecho la dura tierra, por pabellón el espacio, hollando con pie desnudo el fango de las calles; pero el uno siente en sí la inspiración del bien, pasando á fuerza

de trabajos y privaciones por extrañas fases hasta acabar á veces como la crisálida, por desplegar el vuelo en más altas esferas. El otro, esclavo de la holganza á que le induce la blandura



del clima, ama como el reptil el cieno en que mora, de donde sale sólo para ser por el vicio, escoria de la sociedad, ó por el crimen, carne de grillete.

A los quince años el charranzuelo honrado, vestido con decencia, era marinero en una barca pescadora, y á los cuarenta patrón de un falucho de aguda y estrecha quilla, que le hacía ligero cual nave de pirata.

Desde aquella época databa la amistad de ambos compadres.

Aun siendo Robles pobre marinero, casóse, ganoso del cariño de que estaba sedienta su alma, con una joven como él, pobre y honrada, la cual murió á los cinco años de matrimonio, dejándole un solo hijo. Otro menor que el primogénito había

precedido á su madre en el paso á la eternidad. El marinero, al verse viudo y con un tierno niño concentró, como no hacen muchos, en él todo su amor, criándole á su lado en la barca, á la que se apegó el chicuelo como el marisco á la roca.

Pedro Robles tenía un lustro menos que su compadre; era alto, vigoroso y fuerte; con manos poderosas, pecho de bronce, cuello de toro y unas facciones bastas; pero con hermosos ojos negros y fisonomía abierta y franca, aunque sombreada por una tez morena de suyo, y curtida, además, por los soles y vientos de los mares.

Era de ver, cuando algún día festivo salían de paseo ambos compadres, el tío Conejito, perfilado como un abate joven, con zapatos de hebilla, media como la nieve, calzón negro sujeto bajo las rodillas con cenojiles bordados, chupa como el calzón, y la larga coleta gris enjaulada en redecilla de fino torzalete, rematando el traje con montera acairelada y capa de seda.

El tío Pedro llevaba pantalón y larga chaqueta de paño azul; al cuello pañuelo negro pasado por una sortija de similar, que fué de su esposa; sombrero de huile, recio tabardo de paño burdo en invierno, y en todas épocas un arete de oro en la oreja izquierda.

Comía á bordo, cenaba en algún bodegón, y tenía para pasar la noche un cuartito en el piso alto de la casa. La hija de una vecina que al lado vivía le cuidaba la ropa, y su amor y solaz eran el falucho y los compadres, pues al hijo de su corazón le perdió en una borrasca.

Trazado aunque imperfectamente el boceto de estas tres figuras, entremos en materia.

MARÍA MENDOZA DE VIVES.

(Continuad).





APUNTES DEL NATURAL, dibujos de DIONISIO BAIXERAS



Joven catalana



Marinero



Marinero

TOMO I.—38.



Muchacha de la marina



## LA PESCA DE LAS SANGUIJUELAS

**M**AGDALENA era una joven de quince abriles, alta, rubia y hermosa, de una hermosura precoz y exuberante, tanto, que á la edad en que las niñas suelen hacer la primera comunión, ella poseía una plenitud de formas que admiraba á cuantos la veían. Sus pasos eran largos, hombrunos, y sus brazos se movían como las aspas de un molino de viento. Era caprichosa y extremada: hablaba á borbotones sonoros como los de una fuente, y miraba las cosas ó con mucho entusiasmo ó con mucho desprecio, nunca con indiferencia. Parecía como si en aquel cuerpo virginal se agitaran treinta y seis almas todas á la vez, y estaba en vibración permanente y un sí es no es inquietante, como máquina que trabaja á una presión muy elevada; pero en cambio tenía momentos adorables de tiernísima calma.

Sus padres, modestos rentistas de Passy, consintieron en que fuera á pasar algunas semanas en un villorrio de las Landas, en casa de una tía rica, propietaria de extensos bosques y de prados, donde la chica podría galopar y revolcarse á su placer. Esta tía, viuda desde hacía muchos años, era uno de esos tipos de mujer meridional, fría y reservada, al lado de los cuales resultaría expansivo un árabe sordo-mudo; así, pues, no hay que decir cuánto chocarían á la buena señora las turbulencias de la sobrinita, que al momento de llegar á la casa ya quiso guardar patos, montarse en zancos, domar un pollino y adiestrar un sapo, todo á la vez, y acabó por alborotar la población con sus gritos y sus gestos y sus innumerables travesuras. Se entusiasmaba por cualquier motivo. Veinte veces al día exclamaba entusiasmada:—¡Cáspita, qué bueno es esto!—Su tía se ganaba con ello unas jaquecas espantosas, y sólo gozaba de algún descanso cuando Magdalena estaba en la iglesia: de modo que se aprovechaba de cualquier cosilla para mandarla á confesar ó á hacer penitencia.

Una mañana salió á paseo en compañía de una aya que sus padres habían mandado con ella; poco á poco se fué separando de su acompañante, y así que la hubo perdido de vista, echó á correr como una loca al través de prados y arboledas hasta llegar á orillas de una balsa, donde vió á un viejo campesino con las piernas metidas en el agua: aquel viejo, seco como una rama muerta, y con una cara que más que de piel humana creyérase revestida de cuero cordobés, parecía tener cien años. Estaba inmóvil.

—¿Será eso un ser viviente? pensó Magdalena; y para asegurarse de ello gritó: ¡Buenos días, buen hombre!

El viejo volvió lentamente la cabeza, pareció vacilar un poco, y al fin contestó:

—Buenos días, señorita.

—¿Está usted tomando un baño de pies?

—No, no...

—Pues, ¿qué es lo que está usted haciendo aquí?

—Estoy pescando sanguijuelas.

—¿Pescando qué?...

—Sanguijuelas.

—¿Para comerlas?

—No, señorita, no; las vendo.

—¿Y se paga mucho eso?

—Hay temporadas... A veces, á sueldo una: otras veces por dos me dan tres sueldos.

—¿Se encuentran muchas por esos charcos?

—Sí: en las aguas de esta comarca abundan mucho.

—¿Y con qué se pescan? Porque yo no veo que tenga usted ningún armatoste.

—Caramba, las pesco con mis piernas. Mire usted...

Metió la mano en el agua y arrancó de su pierna derecha un animalito verde rayado de negro que estaba pegado á ella. La joven lo miró con mucho interés.

—¿De manera que esto pica hasta hacer sangre? preguntó.

—¡Ah! naturalmente.

—¿Cuántas pueden cogerse en un día?

—¡Psé! Con unas piernas como estas ya es mucho cuando uno llega á la docena, dijo el viejo volviendo hacia Magdalena su cara surcada de profundas é innumerables arrugas, con dos ojos extraños, cuasi blancos.

—¡Qué bueno es eso! exclamó Magdalena como de costumbre.

Y distraídamente metió en el agua una rama de acebo erizada de espinas que había arrancado, tocando por casualidad la pierna del buen hombre.

—¡Hola! dijo éste, ya pica otra.

Metió la mano en el agua con precaución, pero quedó maravillado al no encontrar nada en la pierna.

—Me engañé, murmuró algo avergonzado.

El viejo no había visto la rama de acebo. ¿Estaría ciego? Para averiguarlo, la joven volvió á aproximar silenciosamente la rama á la pantorrilla del pescador de sanguijuelas.

—¡Ya vuelve! ¡ya vuelve! exclamó radiante el buen hombre; ¡y cómo pica!

Magdalena no podía contener la risa. Indudablemente el hombre estaba ciego, pues tomaba las punzadas del acebo por picaduras de sanguijuela.

—Esto sí que es bueno de veras, pensaba la chica volviendo los ojos para no soltar la carcajada, y se lo he de contar á mi tía. Pero, ¿y si me manda otra vez á confesar?...

Y continuó largo rato entreteniéndose en engañar al pobre anciano. ¡Cuidado si acudían las sanguijuelas! ¡y qué manera de morder!

—¡Estas son las buenas! ¡estas son las buenas! decía cada vez el viejo con gran entusiasmo.

Pero cada vez también, al no encontrar ninguna, quedaba sumamente desconcertado: hasta que metió rápidamente la mano para pescar una que mordía de firme, y lo que agarró fué la rama de acebo.

Magdalena soltó la rama dando un grito y quiso huir; pero le remordió la conciencia.

—Tomad, buen hombre, dijo poniendo en la mano del ciego una pieza de cinco francos, tomad eso por todas las sanguijuelas que hubierais podido pescar.

Pero el pescador se levantó temblándole las escuálidas piernas, pálido, con un supremo resplandor en sus velados ojos, y quitándose el sombrero dijo nerviosamente:

—Señorita, me llamo Karistou, y soy concejal de este municipio desde hace veintisiete años... No vivo de limosnas.

Dicho esto, tiró la moneda de plata en dirección adonde se hallaba Magdalena, dió media vuelta, volvió á ponerse el sombrero, y se sentó de nuevo en la orilla de la charca, aguardando



gravemente á las sanguijuelas golosas que no se dejaban coger, porque no gustaban ya de sus piernas desecadas.

Magdalena se marchó llorando amargamente: por la tarde no quiso comer y por la noche no pudo dormir, comprendiendo que había hecho una cosa muy mala.

A la mañana siguiente, sin necesidad de que su tía se lo dijera, fué á confesar con el cura del pueblo: exageró su pecado, diciendo con la mayor buena fe que había faltado al quinto mandamiento de la ley de Dios matando, ó poco menos, á un anciano indefenso; y al séptimo despojando de sus bienes á un desgraciado. El resultado fué que hubo de estar pasando el rosario hasta las dos de la tarde.

Acabada la penitencia, con los ojos todavía encarnados de tanto llorar, echó á correr hacia la balsa de las sanguijuelas, y allí encontró otra vez al viejo concejal, tieso como una garza y con las huesosas piernas metidas en el agua. Magdalena se acercó despacito, tímidamente:

—Buenos días, señor Karistou, balbuceó con voz temerosa, ¿no me perdona usted?

El viejo volvió un poco la cabeza flaca y curtida por el sol, pero no contestó.

—¡No! ¡no me perdona! continuó la joven. ¡Y yo que venía á suplicárselo con tanto afán! ¡Se lo aseguro!... Si usted pudiera verme sabría que estoy llorando de veras... ¿quiere usted que me arrodille á sus pies para pedirle perdón?... ¡Oh! ¡lo haría muy contenta!... ¡Ya me tiene usted de rodillas... y le digo que me remuerde mucho la conciencia por lo que hice... mucho... mucho!...

Realmente se había arrodillado y se conocía que iba á romper en sollozos. Entonces el viejo le dijo:

—Pero, ¡por Dios! señorita, ¿cómo es posible que haya tomado usted esto tan en serio?... Pero, vamos, si se empeña en obtener mi perdón, la perdono de muy buena gana...

—¡Ah! ¡Bravo, señor regidor! exclamó la chica saltando y batiendo palmas.

Después se dejó caer sentada en la orilla de la balsa al lado del campesino, diciéndole:

—¿No es verdad que usted y yo vamos á ser muy buenos amigos? ¿sí?... Cuénteme usted muchas cosas, su edad, su vida, ¿cómo fué que llegó usted á ser concejal?

El buen edil no acababa de fiarse. Pero la voz de Magdalena era tan dulce, su juventud despedía tal perfume de inocencia, que poco á poco el viejo fué desatando su lengua, haciendo una porción de confidencias que su nueva amiga escuchaba con la mayor solicitud.

¿Su edad? ¡Pronto tendría ochenta años! ¿Por qué había llegado á concejal? Porque sabía leer y escribir, y en el pueblo eran raros los que poseían tanta sabiduría. ¡Sabía muchas cosas Karistou! Sabía el nombre del actual ministro de la Guerra, y se lo dijo á Magdalena, que quedó muy maravillada.

Y charla que te charla, fué contando sus desventuras, que no eran pocas desde hacía algún tiempo. No le era posible acabar de reunir el dinero para pagar su contribución; le faltaban siete francos justos, y necesitaba tenerlos antes de fin de Septiembre. Y no era cosa de bromas, no; si no pagaba puntualmente la contribución, era seguro que fracasaría en las próximas elecciones municipales. Precisamente, como no podía trabajar á causa de su ceguera, procuraba pescar sanguijuelas. Si él se decidiera á tender la mano, indudablemente tendría lo necesario, pues era muy querido en el pueblo y había prestado grandes servicios á sus convecinos. Pero ¿y su dignidad? ¡Mendigar!... eso nunca; antes moriría en la miseria; y añadía con cierto retintín que su padrino había sido juez de paz.

Pero el caso era que aquel día las sanguijuelas no mordían: no había pescado nada todavía. Levantóse, y apoyado en un bastón dió algunos pasos dentro de la balsa agitando el agua con sus grandes pies huesosos.

—Esto lo hago, dijo á guisa de explicación, para despertar á los animalitos, pues siempre hay muchos que duermen entre los juncos.

Después volvió á su sitio, hundiendo un poco más las piernas en el agua, y esperó con resignación.

Magdalena, enternecida, le miraba con sus ojos grandes, luminosos, llenos de bondad, y sentía un gran deseo de reparar el mal que había hecho á aquel pobre viejo tan digno y tan desgraciado al mismo tiempo. Hacer algo por él, hacerle feliz procurándole aquellos siete francos que le faltaban para la contribución, esto era lo que ella deseaba. Pero ¿cómo, si él nada quería aceptar? No se le ocurrió otra cosa sino rezar tres Padrenuestros para que todas las sanguijuelas de la charca fueran á parar á las piernas de Karistou.

De repente preguntó:

—Siete francos, ¿cuántas sanguijuelas representan?

—Cosa de ciento ochenta.

—¡Ciento ochenta! Cuando menos estará usted tres meses para recogerlas.

—Mucho me lo temo, dijo Karistou suspirando; luego añadió: ¡Ah! si yo tuviera mis pantorrillas de veinte años.

—La presa sería mucho mayor ¿no es verdad?

—¡Ya lo creo! Cuando yo tenía carnes llegaba á pescar cincuenta cada día. Las sanguijuelas son como las personas, gustan de los buenos bocados.

—¡Bah! exclamó Magdalena riendo.

Entonces le ocurrió una idea feliz; fué una inspiración súbita que puso radiantes de alegría sus dulces ojos de rubia.

Rápidamente, con sus dedos ligeros que temblaban de impaciencia, desató sus zapatos, y echando una mirada en derredor por el campo, se quitó gallardamente las medias. Después de un momento de vacilación:

--Está ciego, y bien ciego, se dijo.

Y se levantó las faldas. Sus hermosas pantorrillas rosadas se reflejaban en el agua.

Al meter los pies en ella la impresión del frío le arrancó un pequeño chillido.

—¿Qué tiene usted, señorita? preguntó el viejo.

—Nada... nada... una avispa que me ha picado en el cuello...

—¡Ah! en este tiempo corren muchas.

Magdalena fué metiendo poco á poco en la balsa sus piernas hasta la rodilla, pero con grandes precauciones para evitar que el ruido del agua llamara la atención del anciano campesino. ¡Estaba tan contenta! Hubiera llorado de felicidad; allí sentada junto á Karistou, temblaba de placer. De pronto, á pesar de su decisión, se le escapó otro chillido medio ahogado.

—¿Otra avispa? preguntó el bueno del ciego.

—Sí... sí... contestó la joven arrancando una sanguijuela de su pierna izquierda. Vamos, pensó, no duele tanto como yo creía.

Después, muy satisfecha, dijo en alta voz:

—Tome usted, Karistou, aquí tiene usted una.

—¿Una qué?... ¿una sanguijuela?...

—¡Vaya!

—¿Y cómo la ha cogido usted?

—¿Yo?... pues... es muy sencillo; con la mano. Estaba nadando, nadando... aquí, á flor de agua... y la he cogido.

—¡Caramba! esto sí que es raro... generalmente no se cogen así... ha sido mucha maña la de usted...

—Tendré que buscar otra mentirilla, pensó Magdalena. ¡Mire usted! ¡mire usted! Aquí tiene otra que le estaba mordiendo en la pierna.

—¿A mí?

—Sí, señor. ¿No la sentía usted?

—Absolutamente... Bien es verdad que á mis años la piel es ya poco delicada.

—¡Otra todavía!

—¿Cómo es esto?...

—¡Ay, ay, ay! señor Karistou; usted no se fija y va á dejar que escapen muchas.

—¡Ay! bien veo que tengo la carne muerta.

Por este procedimiento la joven dió al viejo unas veinte sanguijuelas tomadas de sus frescas piernas. Al fin de la jornada Karistou estaba radiante de alegría, y Magdalena más radiante que él todavía.

—Con pocos días como hoy, señorita, decía el concejal disponiéndose á partir, pago de sobra todas las contribuciones.

—¡Vaya si las pagará usted, señor Karistou!

Y se despidieron dándose cita para el día siguiente, en que la pesca fué igualmente milagrosa, lo mismo que el resto de la semana. Bien lejos estaba el pobre Karistou de sospechar la verdad de todo aquello. Precisamente las mujeres de la comarca tenían un miedo horrible á las sanguijuelas; ninguna de ellas, ni la más pobre, se hubiera atrevido por nada del mundo á meterse de piernas en la charca.

El viejecillo parecía reverdecir. Una tarde dijo á Magdalena un sí es no es conmovido:

—Vamos, me engañaba; aun no estoy muerto del todo.

—¿Pues qué creía usted?...

—Nada... Sólo que suele decirse que cuando uno no es capaz de pescar sanguijuelas es porque está próximo á morir.

Magdalena le hubiera abrazado de buena gana; pero se limitó á redoblar las precauciones para que no descubriera la verdad.

Un día, de repente, oyeron detrás de ellos rumor de pasos, y en seguida una voz de mujer exclamando:

—¡Santo Dios! ¡Mi sobrina de piernas en la balsa de las sanguijuelas!

Era la tía que, después de pronunciar estas palabras, estuvo á punto de desmayarse. Pero quien se desmayó de veras fué Karistou. Lo había comprendido todo.

—Es usted una habladora, tía, exclamó la sobrina, y me temo que acaba de cometer usted una falta muy grande. Tendrá que confesarse de ello...

Karistou estaba tendido en la orilla sin sentidos. El golpe de aquella emoción acabó de destruir la escasa vida que le quedaba.

Con brazo vigoroso Magdalena levantó al pobre pescador de sanguijuelas, que entreabrió los ojos, y con mucho trabajo logró echar á andar apoyado en el hombro de la muchacha. Una vez llegado á su casa, dos vecinos le pusieron en la cama, donde quedó sin movimiento. Magdalena no quiso apartarse de la cabecera haciendo inútiles esfuerzos para retener las lágrimas.

—Ya se curará usted, Karistou, decía con su voz virginal al ver que el anciano iba perdiendo las fuerzas. Sí, usted se curará y volverá á ser regidor. ¡Vaya! Mi tía y yo haremos una campaña para que le nombren alcalde segundo; y le prometo una cosa; cuando me case, el casamiento será aquí en el pueblo, y usted reemplazará en mi boda al primer alcalde. Sí, sí, señor Karistou; se pondrá usted una hermosa faja tricolor, se lo juro á usted...

De pronto calló... juntó las manos, se puso un poco pálida... y suavemente cayó arrodillada junto á la cama. Karistou había muerto con la sonrisa en los labios.

JUAN RAMEAU.



## NUESTROS GRABADOS

### IDILIO

CUADRO DE DIONISIO BAIXERAS

Los Pirineos catalanes y nuestra costa de Levante

son lugares en los cuales el pintor Dionisio Baixeras ha ido á buscar temas para sus cuadros, conquistando envidiables triunfos en su patria y en el extranjero, puesto que en el mismo Salón de París han sido celebradísimas sus obras. Dotado de espíritu de observación, atento á buscar rasgos característicos de las gentes de aquellas comarcas, estudiando con amor sus hábitos y sus costumbres, entresacando de la naturaleza y del hombre la mucha poesía que frecuentemente se encuentra en ellos, puede decirse que ha militado en la escuela de la verdad á la vez que por el fondo ha sido ferviente entusiasta de lo ideal. En efecto, sus pastores de los Pirineos y sus marineros de la costa de Cataluña son de una exactitud maravillosa, trasuntos fieles del natural, conforme lo proclaman sus tipos, sus actitudes, el aire genuinamente catalán de cada uno de ellos. Al propio tiempo ¡qué sentimiento en casi todos los asuntos que ha tratado! ¡Cómo se siente la grandiosidad de la naturaleza así en sus marinas como en sus paisajes de los Pirineos! ¡Qué suerte de grandeza

hay en aquellas modestas figuras, grandeza debida al medio ambiente en el cual viven y se mueven! Baixeras ha sorprendido á nuestros marinos en los momentos más típicos de su vida, ya cuando sentados á orillas del mar, junto á sus barcas de pescar, parecen como absorbidos en la contemplación de aquel inmenso espacio de agua; ya cuando en las mismas barcas, en horas tranquilas, se entregan á la conversación con otros camaradas, recordando hechos de su vida marinera. En los Pirineos ha encontrado asimismo temas parecidos en el fondo, aunque en las líneas completamente disimilares. Díganlo sus pastores, proyectándose con sus rebaños sobre un fondo de altísimas montañas, con un celaje que

presagia una de las tormentas frecuentes en aquellos sitios. Dígalo el *Idilio* que hoy damos, idilio entre pastores de verdad, idilio realista por lo que del natural hay en él, pero del cual se exhala un aroma que procede del corazón y que viene á ser un cántico al amor, que empieza á nacer en las almas jóvenes de aquellos dos pastorcillos.

### APUNTES DEL NATURAL

DIBUJOS AL LÁPIZ, POR DIONISIO BAIXERAS

Los varios dibujos de Baixeras que hemos reproducido fielmente y que insertamos en este número, prueban lo que antes hemos dicho, ó sea el cariño con que estudia los tipos y las costumbres de nuestro Principado. Para todos sus cuadros reúne buen caudal de estos apuntes, sacados con lápiz firme, con cabal conocimiento del dibujo, puesto que el citado artista dibuja tan bien como pinta. Los esbozos que pueden ver nuestros lectores reúnen vivo interés, así para el inteligente en artes, que sabrá apreciar sus muchas bellezas, como para el profano, quien admirará en ellos la verdad y la vida de los tipos retratados. Aquel muchacho con el gorro catalán calado hasta las orejas, á pesar de estar trazado con poquísimas líneas, habla, conforme se dice vulgarmente. Los marineros parecen arranca-



MUCHACHO CATALÁN.—Dibujo del natural, por DIONISIO BAIXERAS

dos de la misma playa de Levante ó reproducidos con una máquina fotográfica instantánea, ¡tanta es su exactitud! Al par de esto, son todos ellos simpáticos, atraen la vista, circunstancia que brilla también en la pintura de Baixeras, quien huye de fealdades que tanto le agradan á la escuela naturalista, á que pertenece sin disputa por las razones que hemos dado, y no emplea nunca ni el pincel ni el lápiz en temas que puedan ser contrarios ó puedan ofender las creencias, los sentimientos y lo que constituye el hermoso fondo del carácter catalán. Así alcanza una doble victoria, la del que produce una obra artística y la del que lleva á cabo una obra buena.

## LOS INSECTOS DAÑINOS

### III

Las avispas.—El saltón.—Las moscas

#### LAS AVISPAS

Se conocen muchas variedades de estos insectos. La avispa común (*Vespa vulgaris*) es negra con bonitas manchas de amarillo vivo. La avispa roja (*Vespa rufa*) es algo más pequeña que la anterior, tiene el abdomen rojizo con fajas maculadas y grises. El zángano (*Vespa cabro*) es algo más pequeño que las mencionadas, tiene amarilla la parte anterior de la cabeza, y el tórax y el abdomen presentan también manchas amarillentas.

Las avispas viven en sociedad en sus nidos, que construyen en el suelo, en los troncos de los árboles y entre las ramas; los fabrican de una sustancia análoga al papel de estraza. Estos insectos atacan los frutos de los jardines en cuanto están ya maduros; lo mejor en este caso es dejar los frutos atacados en el árbol, y de este modo los insectos acabarán de consumirlos, descuidando los demás, que madurarán perfectamente y podrán recogerse intactos.

El aguijón de las avispas y de los zánganos no es arpado como el de las abejas, así es que lo retiran casi siempre de la herida. No obstante, la picadura de estos insectos, y en particular la del zángano, causa un dolor muy intenso y á veces produce también complicaciones de carácter grave. El peligro es mayor ó menor según el sitio de la picadura. Se citan algunos casos de muerte casi repentina que ha tenido lugar á consecuencia de picaduras de las avispas en el fondo de la boca, y esto ha sido posible porque en el interior del fruto que la víctima se había dispuesto á comer se hallaba oculta la avispa, y la hinchazón producida en la parte atacada había ocasionado la asfixia. Se dice que bastan seis picaduras del zángano para matar á un caballo. Para calmar el dolor que producen aplicase sobre la llaga un poco de cal viva en polvo ó una pequeña compresa empapada en amoníaco líquido; á falta de esto se machaca perejil y se aplica su jugo sobre la llaga con un poco de tierra fina; se indica también una solución de percloruro de hierro, la glicerina fenicada, el agua blanca y el vinagre como sustancias que pueden producir un resultado más ó menos satisfactorio.

Para destruir las avispas se indican varios medios y entre ellos los siguientes:

I. Se preservan los frutos de los ataques de las avispas colgando en las ramas del frutal una ó dos botellas llenas hasta la mitad de una especie de jarabe compuesto de azúcar y miel, y como las avispas son muy aficionadas á esta mezcla, una vez han entrado en la botella se ahogan en el líquido que contiene.

II. Se puede destruir un gran número de estos insectos por medio de dos tablas superpuestas, untando

previamente con miel las dos caras ó superficies que deban tocarse; se mantienen á cierta distancia una de otra, separándolas por medio de una varita que pueda quitarse desde lejos valiéndose de un cordel; las avispas se introducen entre las dos tablas á fin de devorar la miel, y cuando ya se ha reunido en ellas un gran número de aquellos insectos se separa la varita y los insectos perecen aplastados. Esta trampa ha de funcionar dos ó tres veces cada día.

III. Entre las paredes que sostienen los emparrados, y entre las cepas, conviene que se cultiven tomates; el olor de esta planta hace apartar á las avispas, que tan á menudo devastan de un modo desastroso los más hermosos racimos de uvas.

IV. También se puede destruir un gran número de aquellos insectos sumergiéndolos en agua de jabón; este procedimiento consiste en colocar en la entrada del avispero una campana melonera, bajo la cual se pondrá una vasija llena en sus dos terceras partes de agua de jabón.

V. Asimismo puede destruirse un gran número de estos insectos colocando un vaso lleno de agua muy azucarada y que contenga una cantidad de ácido arsenioso, junto al avispero.

VI. Para librarse de avisperos, échese en ellos durante la noche agua hirviendo mezclada con algunas cucharadas de aceite, ó bien introdúzcase una mecha impregnada de azufre, y pegando fuego á un extremo de la misma los insectos perecerán asfixiados.

VII. También sirve el echar en el avispero una copita de petróleo, después de lo cual se cierra la entrada con un tapón formado con trapos ó papeles empapados con aquel líquido, y colocar sobre dicho tapón un peso cualquiera que lo mantenga sujeto. Á las pocas horas no quedará ninguna avispa con vida en el avispero.

#### EL SALTÓN

Este insecto (*Melolontha vulgaris*) es una verdadera plaga para la agricultura. Durante la noche come las hojas de los árboles, y si se reúnen en número considerable, gran parte de los jardines ó bosques objeto de sus devastaciones presentan en pleno verano, despojados del verde de las hojas, el mismo aspecto que en invierno.

I. Para conjurar el peligro, M. Pirrot, conservador del bosque de Boloña, ha hallado el medio de exterminar estos insectos. Hace arder aceite, producto de la destilación de gas, del cual se desprende gran cantidad de humo muy espeso. Aquellos insectos no pueden soportarlo; los que sospechan el peligro que les amenaza huyen para no volver y los otros perecen envueltos en los vapores deletéreos.

II. Para destruir los saltones y otros insectos alados, colócase en el centro del campo ó jardín un viejo tonel

abierto por un lado, embadurnando la cara interior de las maderas que le componen con brea líquida. En el fondo del tonel se coloca una lamparilla encendida.

Los insectos alados de toda especie, atraídos por la luz, se precipitan hacia la lamparilla, revoloteando á su alrededor; tocan las paredes del tonel, y sus patas, antenas y alas se pegan en la brea cayendo en el fondo del mismo. Con sólo comprar algunos céntimos de brea, se recoge cada mañana un excelente abono.

III. Algunas veces basta agitar con fuerza los árboles y las ramas, donde, como es sabido, dormitan los saltones. Entonces se cogen los que han caído y se les arroja al corral, donde los pollos les devoran en seguida, ó bien se les sumerge en un cuezo lleno de agua y se hacen desaparecer. Evítase enterrarlos vivos, porque las hembras depositarían en la tierra una multitud de huevos y tendríamos muy pronto una hambrienta posteridad que no tardaría en devastar los árboles vecinos, pues por muy considerables que sean los destrozos que cometan aquellos insectos, todavía son menores á los cometidos por las larvas, conocidas con el nombre de *gusanos blancos*, que viven en el suelo y devoran las raíces sin distinción.

IV. Cuando se sospeche que los gusanos blancos han invadido un campo, puede destruirse una multitud de estos parásitos, removiendo el suelo y conduciendo á ella las aves de corral. Si se ha tenido cuidado en privar á estos animales de su ordinaria comida, consumirán gran cantidad de aquellos gusanos.

V. El riego de las fresas con agua que contenga algunos gramos de aceite de petróleo, destruye ó aleja los gusanos blancos.

#### LAS MOSCAS

Estos insectos son del orden de los dípteros, y si bien por sí solos no son venenosos, no dejan de ser algunas veces temibles, tanto en el estado de larva como en el de gusano perfecto. Cuando larvas, buscan con avidez las sustancias alimenticias y algunas veces penetran en los órganos del cuerpo humano; cuando son insectos perfectos, además de su proverbial importunidad, pueden convertirse en dañinos y dar lugar á accidentes muy temibles. Esto acontece cuando se han nutrido con materias animales en estado de descomposición y que, viniendo á colocarse en ciertas partes del cuerpo que se hallan en contacto con el aire, inoculan en ellas sustancias pútridas de las que están impregnadas sus trompas y sus patas. El *carbunco* ó *pústula maligna* puede originarse en estas condiciones, y varias especies de moscas son agentes de esta terrible inoculación. Este peligro se presenta principalmente durante el verano en los sitios vecinos á los locales donde se encuentran desperdicios de animales en estado más ó menos completo de descomposición.

Las distintas especies de este género son muy numerosas; se pueden citar, sin embargo, las siguientes:

1.º La *mosca común* (*Musca doméstica*) es de color de ceniza con abigarrado de negro; se presenta ordinariamente en verano en el interior de las habitaciones.

Insecto importuno por esencia, persigue al hombre y á los animales por todas partes, se arroja sobre toda sustancia húmeda y azucarada, sorbe el pus de las llagas y el sudor que baña la superficie de los animales.

2.º La *mosca bovina* (*Musca bovina*) sólo se diferencia de la anterior en que ésta se sitúa en los establos más bien que en las habitaciones. Se pone con preferencia sobre los ojos, las narices y las orejas de los animales, en todas partes en donde encuentra materia líquida que chupar; las llagas y su supuración son su alimento predilecto. Es frecuente ver animales domésticos que enflaquecen, pierden las carnes y que producen menor cantidad de leche bajo la influencia continua de los repetidos ataques de estos insectos.

3.º La *mosca azul* (*Musca vomitoria*), que deposita los huevos sobre la carne cocida ó cruda, y es la pesadilla de los cortantes.

4.º La *mosca dorada* (*Lucilia Ciesar*), que habita en las más inmundas cloacas.

5.º La *mosca carnívora* (*Musca carnaria*), la mayor de todas; es gris con manchas y rayas negras. Sus larvas constituyen, junto con la especie precedente, los gusanos de pescar. Parece preferir todas las sustancias que despiden mal olor y que les atraen las plantas fétidas.

Modo de destruirlas:—I. Para librar las habitaciones y las cuadras de moscas se recomienda que se conserven estos sitios lo más frescos que sea posible y que se tengan cerrados y á media luz, porque durante las horas de calor las moscas prefieren el aire libre. Al cabo de diez minutos déjese penetrar un rayo de luz por el lado en que da el sol, y se observará que las moscas se apresuran á salir por la ventanilla.

II. Un manojo de ramas de saúco, de helechos ó de boj atrae de tal modo las moscas, que lo cubren por millares, sobre todo durante la noche; entonces se coge el manojo con cuidado y se lleva fuera del local.

III. Una varilla de hierro de cortina ó una tabla que se ha tenido el cuidado de untar con miel ó melaza, las atrae y las retiene prisioneras. Las moscas son en extremo golosas de materias azucaradas; se precipitan sobre la superficie de la tabla y sus patas y sus alas quedan allí pegadas; con los continuos esfuerzos que hacen para librarse perecen extenuadas. Cuando la superficie de la tabla está llena por completo de moscas se rasca bien con un cuchillo de madera y se le vuelve á dar una segunda capa de melaza. Procediendo de este modo, se destruyen en poco tiempo todas las moscas de un aposento. El gasto que esto ocasiona es insignificante.

IV. Suspéndense en las cuadras y caballerizas dos tablitas articuladas en forma de V, untadas con miel, y de vez en cuando se cierran, para destruir las moscas que en ellas se han pegado.

V. Se asegura que el olor producido por la coniza (*Conyza ambigua*) y la meliloto (*Melilotus officinalis*), que se ponen á secar en pequeños manojos en las habitaciones, hace desaparecer estos insectos.

VI. En América se libran de estos importunos huéspedes por un medio muy cómodo. Colocan en el techo de los aposentos unas tiras de calicó empapadas con ácido cresílico, residuo de la fabricación del ácido fénico.



co. Cuesta algo acostumbrarse al olor que produce este ácido, porque es muy fuerte, pero tiene la ventaja de ser muy higiénico, y en tanto que la atmósfera está impregnada de aquellos vapores los importunos insectos desaparecen por completo.

VII. En el campo puede librarse de las molestias de aquellos insectos permitiendo la circulación del aire en los aposentos y colocando en las ventanas un bastidor provisto de una tela metálica.

VIII. Veneno para las moscas.

Madera de acacia. . . . .	8 gramos
Melaza . . . . .	125 "
Agua. . . . .	500 "

Se hace hervir la madera machacada en el agua, se la filtra y se le añade la melaza.

IX. El *papel mata-moscas* se prepara mojando papel secante en regular cantidad en este cocimiento. Para emplear este papel, se le coloca en un plato y se le mantiene siempre húmedo.

Emético. . . . .	1 gramo
Miel. . . . .	40 "
Agua. . . . .	200 "

Se disuelven la miel y el emético en el agua, y se emplea esta disolución para preparar el *papel mata-moscas*.

X. Madera de acacia. . . . .	30 gramos
Polvos de nuez vómica. . . . .	5 "
Agua. . . . .	1000 "

Se hace hervir todo junto durante media hora, se cuela y se añade al líquido:

Ácido arsenioso pulverizado. . . . .	1 gramo
Azúcar. . . . .	40 "

Se empapan con este líquido las hojas de papel secante, y se dejan luego secar.

XI. El aceite de laurel tiene un olor muy fuerte que no es agradable á las moscas, y como por otra parte este olor no molesta, se puede emplear perfectamente para apartar aquellos insectos; en efecto, basta para impedir que penetren en un local, embadurnar las paredes y las maderas con aquel aceite. También se puede por este mismo procedimiento preservar los marcos y otros objetos dorados de las inmundicias de aquellos insectos.

XII. Se cree que el olor que despiden el cloruro de cal aparta las moscas de las cuadras.

XIII. Para impedir que los caballos sean atormentados, picados y martirizados por los molestos insectos, particularmente cuando se hallan aquéllos en estado de reposo, fróteselos con un poco de aceite concentrado de laurel, teniendo cuidado de frotar más especialmente en los sitios por los que las moscas tienen cierta predilección. Sólo cinco céntimos de este aceite bastan para untar un caballo tres días. Su empleo no sólo no ofrece peligro alguno, sino que constituye un ligero estimulante muy favorable para los caballos y tiene la facultad además de conservar la belleza de su pelo.

XIV. También se puede sustituir este procedimiento por una disolución de 60 gramos de asa fétida en un vaso de vinagre y dos de agua. El olor fuerte del asa fétida hace huir las moscas, y basta lavar ligeramente

á los animales con esta disolución para preservarles por completo de aquellos insectos. El asa fétida es una goma resinoso que no tiene acción nociva para el organismo.

XV. En las caballerizas, en los establos, etc., es conveniente producir humo de hojas de calabaceras secas, quemadas sobre carbón encendido. Las moscas huyen en seguida, y las que no huyen perecen. Si hay en el local pájaros, es preciso quitarlos antes de la fumigación; después de la operación también es conveniente no entrar en el local si se quiere evitar el dolor de cabeza.

XVI. Para librar á los caballos de las picaduras de las moscas y de los tábanos, basta frotarles con hojas de marrubio negro ó balota fétida (*Ballota nigra*), planta de un olor de odre y que crece en las orillas de los caminos.

XVII. Los importunos insectos se introducen á veces en las orejas de los caballos, y para evitarlo se acostumbra poner á éstos una especie de gorras de trapo basto muy apretadas. Esta mala costumbre hace sufrir inútilmente á los animales, porque para apartar las moscas de la cabeza de los caballos, basta introducir en la cavidad interior de las orejas una ó dos gotas de aceite de enebro. Si se repite esta operación dos veces durante la semana, no hay cuidado que se acerquen moscas á las orejas del caballo.

XVIII. Para librar de las moscas á los animales que pacen ó que trabajan en los campos, cerca de los bosques ó en las breñas, se aconseja que se laven suavemente los cuerpos de los animales domésticos con un cocimiento de hojas verdes de nogal; se las tritura y muele, luego se las pone en infusión en un litro de agua fría, y se aplica en el vientre del caballo, donde las moscas están fijas; en el mismo instante que se aplica la infusión, todas perecen. La acción preservativa de este líquido dura unos quince días.

XIX. También se puede emplear del mismo modo un cocimiento de tabaco, de benzina y de petróleo en suspensión con agua jabonosa.

XX. Para matar las moscas hágase un cocimiento de acacia y miel con esencia de jabón. Este procedimiento da excelentes resultados, no ofrece ningún peligro, y su coste es insignificante.

XXI. Se quitan las moscas de los pedazos de carne, sometiéndolas antes á una atmósfera de ácido sulfuroso, que se obtiene quemando á su alrededor mechas azufradas.

*Picaduras de las moscas.*—He aquí un medio excelente para curar las picaduras de las moscas venenosas: si el agujón ha quedado en la herida, quítesele en seguida; luego apriétela para hacerla sangrar, porque la sangre arrastrará consigo por lo menos parte de los líquidos depositados en ella; séquese la llaga, y lávese inmediatamente con mucha agua y luego con una disolución de polvo de Knos; este polvo es muy usado en Inglaterra y se compone de:

Cloruro de cal. . . . .	3 partes
Sal marina. . . . .	8 "

Pónganse 30 gramos de esta mezcla en un vaso de agua.—\*\*\*

# LAS BELDADES ESPAÑOLAS

JUZGADAS POR LOS EXTRANJEROS

(CONCLUSIÓN)



De «La Vicaría», de Fortuny

No falta quién ha dicho de ella que su tipo corresponde en España al de la griseta parisiense, con la salvedad de que la griseta de las riberas del Manzanares es infinitamente más linda y graciosa que la manola de las márgenes del Sena. No sé hasta qué punto es equiparable la desenfadada mujer de rompe y rasga de los barrios bajos de Madrid á la griseta cantada por Alfredo de Musset y Enrique Murger, para la cual la humilde guardilla del barrio latino, compartida con un mísero y alegre estudiante, era muchas veces la antesala del palacio entrevisto en momentos de hambre ó en las horas de celoso despecho. Nuestras manolas no comprenderían la jerga artística de aquellas semi-ilustradas criaturas, trocadas muy á menudo en loretas por el capricho de un potentado vicioso. No suele la manola prodigar sus favores

á las futuras lumbreras del foro y de las Academias. En el pueblo nació y en el pueblo vive y ama. *Yo me peino para los toreros*, dice una canción famosa. Lo que da por largueza de corazón no lo comprara un nabab con los tesoros de Golconda.

Este tipo vivirá en Madrid mientras viva la mujer del pueblo, en tanto que Mimí, aquella tierna Mimí que tantas lágrimas hizo derramar á las burguesas parisienses en el último acto de las *Scènes de la vie de Bohème*, ha muerto.

Que en España no abundan las rubias es una perogrullada sólo tolerable en las *Impresiones de viaje* de los extranjeros; que los ojos azules no escasean tanto como las cabelleras de oro, tan comunes en el Norte, es cosa vulgar de puro sabida; mas lo notable es que, por punto general, estemos los españoles tan prendados del tipo nacional femenino, que la Musa popular no tiene voz sino para ensalzar á las morenas. Bien lo dice aquel cantar que empieza:

Moreno pintan á Cristo,  
morena la Magdalena...

y aquel otro, menos vulgar que dice:

Morena tiene que ser  
la tierra para claveles,  
y la mujer para el hombre  
morenita y con desdenes.

El español quiere que la mujer sea ante todo muy mujer. La poesía que busca en ella es la que brota del fuego de las entrañas, de la vehemencia del querer, de la constancia y energía de un amor á prueba de contrarios. Nuestros romances y cantares, nuestras comedias y novelas lo pregonan á voz en grito. Tal beldad que en el Norte parecería un portento de perfección, sería aquí por muchos calificada de *sosa*. Las condiciones de raza y de clima tienen mucho que ver con el temperamento artístico de los pueblos.

Hase buscado nuestro tipo ideal de la belleza femenina en las obras de los grandes pin-

tores españoles, y en verdad que se vieron y desearon los que se habían figurado dar cima á tanta empresa sin más que pasar revista á las obras maestras de los museos castellanos y andaluces. Finck no acierta á explicarse cómo el gran Murillo, tan realista en sus cuadros de costumbres, prescindió por completo de la realidad al pintar sus Vírgenes, olvidando que la madre del Redentor pertenecía á la raza semítica. Habiendo notado la coincidencia de que el Ticiano, el Tintoretto, Veronese, Guido Reni y otros célebres artistas italianos pretendían idealizar los tipos femeninos pintándolos rubios, dice que Murillo debió de sufrir



La Inmaculada Concepción de Murillo. — Museo del Louvre

el contagio de la moda. Y á este propósito recuerda que las italianas de aquel tiempo solían teñirse el pelo.

Yo tengo para mí que no hay necesidad de achacar el fenómeno á una causa tan trivial y pasajera para dar con la solución del problema. La belleza mística debe ser plácida, serena y casta, y el buen sentido aconseja representarla exenta de aquellos hechizos que despiertan las pasiones terrenales. Quien dice *hechizo* dice cosa diabólica y *non sancta*.

Aun así, vese correr bajo el cutis de las Vírgenes de Murillo la ardiente sangre española que circulaba por las venas de sus modelos. No se nace y vive impunemente bajo el cielo espléndido y centelleante de nuestra España.

Podría escribirse un abultado volumen coleccionando los ditirambos y las reflexiones que han inspirado á los escritores extranjeros, no ya la hermosura y gracia, sino meramente los ojos de nuestras compatriotas. En esto sí que podemos decir, sin asomo de encarecimiento, que el Creador les ha otorgado un verdadero monopolio. Dice un hijo del Norte que, antes



de poner los pies en nuestro suelo, parecíanle por todo extremo hiperbólicas las leyendas amorosas y los romances trágicos de la literatura popular española; mas cuando vino acá y tuvo ocasión de ver los ojos de las españolas, comprendió perfectamente que, sin ser sarraceno, se hiciese un hombre matar á impulso del amor ó de los celos inspirados por una mirada tan embriagadora.

Lord Byron dice en su *Child-Harold*, apostrofando á los poetas orientales: «Enseñadnos esas huries á las cuales apenas permitís respirar el aire libre, temerosos de que el amor llegue á ellas en alas del viento. ¿Osaríaís compararlas á esas hijas de España, cuya mirada es á un tiempo tan sombría y brillante? Ahí está el paraíso de vuestro profeta con sus vírgenes celestes cuyos negros ojos brillan con angelical blandura.»

A este tenor podrían citarse muchos otros ejemplos sacados de autores célebres que no han desperdiciado nunca la ocasión de tratar este simpático asunto, haciéndolo siempre con lírico entusiasmo.

Dice Mr. Finck que cada nación está predestinada á llenar un especial cometido estético y que á España le ha incumbido el de producir el tipo más perfecto de belleza y gracia personales, transmitiendo á Europa los rasgos más admirables de los semblantes orientales y africanos, especialmente los negros y rasgados ojos, los prolongados párpados y las bien dibujadas cejas, sin rival en la tierra.

También ensalza con entusiasmo la profusa cabellera de las españolas y la gracia inimitable con que la adornan, prendiendo de ella un clavel ó una rosa, tocado más elegante y deslumbrador que las fastuosas diademas de perlas y brillantes. No extraña que no las imiten las mujeres de otras naciones, porque acontece con el arte del arreo personal, dice, lo que con todas las artes: la sencillez de estilo es el colmo de la perfección y, por lo tanto, la más rara de las cualidades.



Una niña española, por Sohn

«Todas las españolas, añade, son graciosas, comparadas con las demás mujeres, pero á todas vencen y eclipsan las andaluzas por la gentileza de sus movimientos. Así me explico que, siendo comunmente más hermosas las madrileñas que las sevillanas por la armoniosa regularidad de sus facciones, las españolas del Norte consideren como la más grata de las lisonjas el verse comparadas á las andaluzas. Ocioso fuera buscar entre los más lindos y graciosos animales del país un andar, un garbo y apostura comparables á los de las sevillanas, gaditanas, malagueñas y granadinas. Compararlas con los cisnes y los pájaros no es enaltecerlas, sino hacer un cumplido á los pájaros y á los cisnes. Mueven el cuello, el busto, el cuerpo todo con una elasticidad maravillosa de puro inconsciente, cimbreándose como el sauce á los besos de la brisa. En la suavidad de los movimientos y en su natural soltura, exenta de todo artificio, estriba principalmente la esencia de aquella gracia característica de las españolas, y que todas sin excepción ostentan, hasta las más rústicas aldeanas. Por si alguno me tildare de exagerado, citaré en mi apoyo el testimonio de M. Campion, el cual, describiendo un baile de campesinos que vió en Zaragoza, dice:—«Valses, polkas, mazurkas, los bailaban con una agilidad y una gracia que no había notado jamás en Francia. El más torpe y pesado de aquellos paletos daba quince y falta al más afamado danzarín de Londres.»

He transcrito literalmente estos párrafos, porque expresan á maravilla lo que no digo ni pudiera decir por mi cuenta, sin exponerme á ser tachado de patriótica parcialidad en mi juicio. Estos dos escritores de raza anglosajona compendian las vivas y halagüeñas impresiones que experimentaron en nuestro suelo centenares de turistas procedentes de las brumosas regiones del Norte. Es un efecto que se concibe muy bien, teniendo en cuenta el extraordinario

contraste que debe hacer en su ánimo el tipo de nuestras compatriotas con el de los postreros recuerdos que las suyas les dejaron impresos en la memoria.

Teófilo Gauthier dice que ha visto en España admirables cabezas y soberbios tipos, de los cuales los pintores de la escuela española no han sacado, ni con mucho, todo el partido posible, y que á un artista de talento le proporcionarían una dilatada serie de valiosos estudios, tanto más notables cuanto que tendrían el atractivo de la novedad. Si viviese hoy el gran crítico francés, de seguro que no haría este reproche á los artistas españoles.



De un cuadro de Worms

Lo que hay es que, por su dicha, este es un manantial de inspiración realmente inagotable.

En lo que están unánimes franceses, ingleses, alemanes y norteamericanos es en deplorar la prisa con que van desapareciendo nuestras costumbres más típicas y tradicionales. Ha habido turista que ha pasado noches enteras rondando por las calles de las ciudades andaluzas por el gusto de ver á una enamorada pareja pelando la pava, y cansado de andar sin haber sorprendido ninguna de esas amorosas pláticas, volvió derrengado á su hotel, exclamando: — Vaya, los galanes andaluces ya no comen hierro.

Esta es una decepción de aquellas que cuentan en las impresiones de viaje de un turista sediento de contemplar escenas características y que abandonó sus lares relamiéndose de gusto á la anticipada visión de unos cuadros que había visto descritos por otros más afortunados viajeros.

Esos lamentos suelen ir acompañados, como es natural, de una letanía de invectivas contra la niveladora y prosaica influencia de los ferrocarriles que, uniformando las costumbres de los pueblos y confundiendo las razas, tienden á borrar los rasgos típicos que fueron antaño el mayor encanto de los viajes en el continente europeo.

Excusado es decir con qué furor prodigan sus anatemas al desgarbado sombrero francés, que contra toda razón y justicia, y con hartito menosprecio de la tradición y del buen gusto, ha destronado á la airosa é incomparable mantilla. Gauthier, hablando de esto, pierde los estribos hasta el punto de exclamar en un arranque que en él bien pudiera calificarse de antipatriótico, que parece mentira que las españolas sacrifiquen de este modo una prenda tan típica y elegante al asqueroso sombrero parisiense. Germond de Lavigne dice que el tal sombrero es la bandera del mal gusto y ruega al cielo que le haga sucumbir en una lucha tan inverosímil. Mr. Finck dice que es un gusto asistir á las grandes funciones religiosas, porque en ellas las mujeres llevan mantilla, y que esta misma circunstancia le reconcilió á medias con el bárbaro espectáculo de las corridas de toros.



De «La Vicaria», de Fortuny

No creo que ninguno de mis lectores se sienta tentado de contradecir tan sensatas y competentes opiniones. Sin embargo, á todos se les ocurrirá de fijo una observación capaz de explicar, ya que no de justificar por completo, un fenómeno tan deplorable en el doble punto de vista estético y patriótico. No hay duda que el sombrero francés desluzca la graciosa belleza de nuestras compatriotas; no hay duda que con el dineral que anualmente gastan por este motivo, podrían llevar riquísimas mantillas, dejando de satisfacer al extranjero un enorme y ridículo tributo y protegiendo al par una antiquísima industria nacional que está dando las boqueadas. Pero no sé cómo podría compaginarse y armonizarse la histórica mantilla con los vestidos hechos según las modas que en París inven-

tan y los demás pueblos servilmente adoptan. Y volver á los trajes de antaño no hay duda que es una quimera. Por triste que sea la confesión, hemos de convenir en que vamos aceleradamente á la uniformidad en todas las cosas. No seré yo quien lo celebre, pero no me gusta forjarme ilusiones.

Sea como fuere, es evidente que el genio nacional, en lo que toca al traje y atavío de las personas, está batiéndose en retirada. Sus postreros vestigios hay que buscarlos en la Maragatería, en el sur de Astorga, entre las pasiegas de la región santanderina, en el fondo de Galicia, y entre las breñas de las más recónditas y fragosas comarcas de nuestro montuoso suelo. Allí donde abundan las vías de comunicación y es asiduo el trato con las grandes capitales, van desapareciendo á toda prisa los trajes y las costumbres de nuestros mayores.

Por fortuna las mujeres del pueblo, por varias y muy distintas razones, permanecen más



Aldeana maragata

fieles á la tradición nacional que las señoras de la aristocracia y de la clase media. Las manolas de Madrid, aunque no vistan como en tiempo de Goya, las cigarreras de Cádiz y de Sevilla, las aldeanas de Castilla la Vieja, del reino de León, de Galicia, etc., aun inspiran entusiastas páginas á los turistas extranjeros por sus típicos y proverbiales atractivos.

Todos los extranjeros que han viajado por España convienen en que Cataluña es la región que más se ha asimilado las costumbres de sus vecinos los franceses, así en el vestir como en los hábitos más comunes é importantes de la vida. Algo hay de ello, y sin duda que no cabe atribuirlo exclusivamente á razones topográficas, pues hay condiciones de raza que han dado al desenvolvimiento de la civilización en el antiguo Principado un sesgo y una tendencia muy distintos de los que tuvieron en Castilla. No trato de inferir de este hecho ninguna consecuencia favorable ni desventajosa para Castilla ni para Cataluña. Me ciño á recordar el hecho.

Comentando esta circunstancia, los escritores extranjeros no podían menos de hacer notar las diferencias que observaban entre el tipo físico de las catalanas y el de las españolas del Mediodía. Cediendo á fascinadora influencia que ejerce la belleza andaluza en el ánimo del



observador, algunos encontraron á las catalanas escasamente dotadas de la gracia española, en tanto que otros las proclamaban peregrinamente hermosas.

Uno de los más apasionados admiradores de las andaluzas dice que en Barcelona y en la montaña catalana ha visto muchas mujeres tan bellas como las que más lo sean en otras regiones de la península, con la particularidad de que en éstas no vió jamás la tez fresca y sonrosada de las catalanas. Parece imposible que puedan conservar la finura del cutis tenién-



Aldeana del campo de Tarragona

dolo siempre expuesto á los ardorosos rayos del sol de España, sin más defensa que un pañolito coquetamente echado sobre la cabeza.

En suma, sienten todos tal admiración por nuestras paisanas, que difícilmente se atreven á decidirse por unas ú otras, declarándolas á todas hechiceras y proclamando que el principal atractivo, la más irresistible seducción de la española consiste en que es ante todo y sobre todo muy mujer.

Conformes de toda conformidad.

J. COROLEU.



# ¡SOLEDAD!

NOVELA ESPAÑOLA

POR

D. C. SUÁREZ BRAVO

## CAPITULO VI

CAMBIO DE PUNTERÍA

Los mal aconsejados mercaderes,  
mujeres toman ya por granjería,  
como toman agujas y alfileres.

(Quevedo.)

Quedó aturdido don Gabriel, como el que recibe un porrazo en la cabeza, con la inesperada pretensión de su antiguo consocio, pero decidido á no sacrificar la felicidad de su hija

TOMO I.—40.

á tan brutal imposición. Conociendo, sin embargo, la tenacidad de carácter del usurero, en cuya cabeza fundida á martillo entraban con dificultad las ideas, pero por lo mismo las que una vez entraban no salían á tres tirones, se exprimía su caletre fértil en recursos para hallar alguna salida al conflicto, ó por lo menos para aplazarle. La experiencia de la vida le había enseñado que el tiempo suele ser gran inventor de soluciones, y que dificultades de todo punto invencibles atacadas de frente se dejan á veces fácilmente rodear por la astucia y la habilidad; pero los términos en que don Bruno le había planteado el dilema eran de tal manera angustiosos y precisos, que no dejaban aparentemente campo á la estrategia, y lo que más le alarmaba era la prisa que mostraba el usurero en ver realizado su plan.

—Le conozco, pensaba don Gabriel moviéndose inquieto en el sillón y atormentando convulsivamente los sellos de su cadena, como si de ellos hubiera de brotar la chispa capaz de iluminarle; es terco como un mulo, y además, cuando concibe una idea, no le gusta poner tiempo entre ella y la ejecución. ¿Pero quién diablos se la habrá sugerido? ¿Su hijo? Pudiera ser. Anoche se hizo presentar en el baile, y anduvo mariposeando alrededor de Luisa. Por cierto que me ha parecido un ente fastidiosísimo... y ahora caigo en que el presentador fué Ricardo. ¡Brava recomendación! ¿Si andará mezclado en la intriga esa mala cabeza?... Andará. Como si lo viera. ¿Podría ese desdichado desperdiciar la ocasión de dar un nuevo disgusto á su padre? ¡Entre qué gentes se negocia la dicha de mi pobre hija! *O la boda ó la deshonra*. Todo, hasta la deshonra, antes que... Pero sepamos primero qué papel desempeña mi señor hijo en esta grosera maquinación.

Don Gabriel tiró de la campanilla.

—¿Está en casa el señorito Ricardo? preguntó al criado que acudió á la llamada.

El criado hizo una señal afirmativa.

—Dile que venga aquí. Tengo que hablarle. ¿No lo has oído? insistió el banquero al ver que el doméstico no se movía.

—Bien sabe el señor, balbuceó el pobre hombre, que el señorito no gusta de que le despierten en las primeras horas de sueño.

—¡En las primeras horas de sueño y son más de las once de la mañana!... Sí, sí, ya estoy, dijo don Gabriel sin dejar hablar al criado, que quería explicarse. Habrá entrado en casa como de costumbre, á la hora en que salen de la suya las gentes honradas, y ahora estará en lo mejor de su sueño. Está bien, está bien. *Mea culpa*. Yo iré á despertarle.

Antes de terminar su frase, ya estaba don Gabriel camino del aposento de su hijo, en el cual muebles y objetos se mezclaban en aquel triste desconcierto, que es sello peculiar de la vivienda de todo joven desordenado.

—Puedes retirarte, dijo al criado que le seguía.

Y cerrando la puerta de la habitación se dirigió á la cama en que dormía Ricardo y le sacudió sin ceremonia.

El joven lanzó un gruñido y un taco de los más plebeyos y se incorporó en el lecho, dispuesto sin duda á solfear al servidor atrevido que se tomaba con él tan insólita libertad; pero al ver á su padre se contuvo, y exclamó restregándose los ojos:

—¡Vaya un modo de despertar á las gentes! Y á una hora como ésta... Cuando estaba soñando que era duque... consorte.

—Hace cuatro que me he levantado yo, dijo don Gabriel disimulando lo mejor que pudo su mal humor y su mortificación de padre, por aquel recibimiento irrespetuoso, que no debía, sin embargo, sorprenderle.



—¡Ya! pero tú perteneces al antiguo régimen. Los modernos vivimos de otro modo.

—Si yo hubiera tenido la costumbre de levantarme á la misma hora que tú, te verías obligado á dormir por la noche, como hacen todos los que trabajan para vivir, á no ser que te hubieses dedicado á sereno. Pero éste es ya un mal sin remedio, y hartó lo está pagando el que tiene la culpa de ello. Dejemos esto. Tengo que hablarte.

Al ver á su padre sentado al lado de su cama, con aire algún tanto solemne, Ricardo se incorporó sobre un costado y se dispuso á ver venir. Presentía, aunque vagamente, el objeto de la conferencia, y se proponía conducirse con mucha diplomacia.

—¿Sabes, dijo don Gabriel, afrontando la cuestión sin circunloquios, cuáles son las pretensiones de tu camarada Camporredondo, y con qué objeto se hizo presentar por tí á tu madre y hermana, en el baile de la duquesa?

—Ya comprenderás, papá, contestó Ricardo, que yo no se las he preguntado. Me pidió que le presentase, y como se trataba del hijo de un amigo tuyo...

Don Gabriel reprimió un gesto de disgusto, y repuso interrumpiendo á su hijo:

—Bien está. No es mi ánimo reñirte por ello, aunque hubiera sido mejor que nos hubieses consultado. Pero vuelvo á mi pregunta. ¿Sabes lo que pretende ese... Camporredondo?

—¿Es decir... que él pretende algo?

—Sí, pretende casarse con Luisa.

—Don Bruno ha dado ya el golpe, pensó Ricardo.

—¿Qué te parece?

—¿Y para qué quieres saberlo? Esa es cuenta tuya.

—Repito que quiero saber tu parecer.

—No creía yo que mi voto pudiera tener algún peso en esta cuestión de familia; pero en fin, puesto que te empeñas, te diré que á mí no me parece mal. Ciertó, añadió como respondiendo á la mueca de involuntario desagrado que se pintó en el rostro de su padre, que Camporredondo es tonto de remate y que pasar la vida á su lado no debe de ofrecer grandes atractivos; pero es buen mozo... á su modo, y como las mujeres tienen acerca de este particular puntos de vista distintos de los nuestros, tal vez mi hermana le encuentre muy de su gusto.

—¡Hum!...

—Lo dudas... y yo también, si he de ser franco. Pero si el hombre, aunque muy amable... demasiado amable, no se distingue por sus cualidades simpáticas; el matrimonio, te lo he oído decir muchas veces, es asunto de razón y de conveniencia, y bajo este aspecto Camporredondo es lo que se llama un buen partido. No tuerzas el gesto. En materia de negocios corta un pelo al aire, y ya tiene capital propio, que en sus manos, te lo aseguro, crecerá como la espuma. Y no hablemos del que le espera cuando la desapiadada parca le ponga en posesión del gato de don Bruno, que es un gato de mucha cola.

Aquí al banquero le dió un ataque de tos.

—Agréguese á esto, siguió Ricardo fingiendo no advertirlo, que es padre de la patria, tiene una posición política, y el día menos pensado le tendremos de ministro.

—Bien, bien, todo eso que dices podrá ser. Yo, por mi parte, vería ese enlace con gusto (don Gabriel pronunció esta frase con el gesto del que toma una purga, pero se había propuesto también ser diplomático); mas comprendes que soy padre, y ante todo debo mirar por la felicidad de mi hija, y consultar su voluntad. Ya sabes que Luisa ha rechazado muchos y buenos partidos, y temo que con éste no hemos de ser más afortunados.

—Supongo que no la educáis para monja. Pero, vamos, yo conozco bien á mi hermana. Como os vea á su madre y á tí firmemente decididos...

—Por mi parte, dijo don Gabriel con acento triste pero resuelto, no violentaré jamás en este punto su voluntad.

Ricardo fijó la vista en el autor de sus días, y creyó advertir que había completa conformidad entre el gesto y las palabras que acababa de pronunciar.

—Pues lo que es de parte de mi madrastra, murmuró como hablando consigo mismo, no hay que esperar resolución más enérgica. Pero, en fin, hasta ahora Luisita no ha sido consultada. ¿Quién sabe? Las mujeres son entes de capricho, y el hijo de don Bruno Campo, sin redondear, tiene un físico bastante vistoso... es lo que se llama un hombre guapo, y cuida su persona con mucho mimo... Tal vez llegue en el cuarto de hora de mi hermana. Mueves la cabeza con aire de duda. ¡Cáspita! Yo confieso que tampoco las tengo todas conmigo. La presentación en el baile fué un verdadero fiasco. Mi hermana sólo tenía ojos y atención para otra personita, que ha aparecido en su órbita desde hace pocos días... Para el marqués de la Puente... ¿He dicho algo, papá?

Ricardo murmuró estas palabras fijando sus ojos maliciosos en el banquero, que se movía inquieto en su silla como si hubiera alfileres en el asiento.

—Puesto que no te agrada que hable de ese sujeto, prosiguió, haz cuenta que no he dicho nada.

—¿Y por qué había de desagradarme? dijo con viveza don Gabriel. Además, ¿quién hace caso de tus ligerezas y tonterías?

—Sea lo que se quiera, tú no has venido insólitamente á despertarme tan de mañana para tomar consejo de mí en tan arduo asunto.

—No, seguramente; pero á cambio de los grandes disgustos que me has dado, y que me han envejecido antes de tiempo, espero de tí un servicio. Aunque tú no hayas sugerido al hijo de don Bruno la desventurada idea de entrar en nuestra familia, de lo que me acabas de decir y de tu intervención en los preliminares de este negocio, infiero que te has prestado á favorecer su proyecto. Pues bien, sabe que este proyecto puede colocarme á mí, y por consiguiente á vosotros, en grave conflicto. Ten juicio una vez en tu vida, y puesto que travesura no te falta, procura apartar á Camporredondo de su loca idea, porque ya te lo he dicho, y te lo vuelvo á repetir, nada será capaz de obligarme á violentar la libre elección de mi hija, y por otra parte, mis esperanzas de que consienta de grado en esta unión son tan débiles como las tuyas. Haz que Camporredondo desista, sin dejar que las cosas vengán á una ruptura, ruptura que, por razones que tú no puedes alcanzar, es ocasionada á inconvenientes muy graves. No te digo más. Si accedes á mi ruego (ya que he perdido la autoridad moral que necesitaría para ordenártelo), obrarás en provecho propio, y además yo procuraré recompensártelo con el único género de recompensa que tú sueles estimar.

Más que las palabras de don Gabriel, el tono grave y profundamente triste con que las pronunció, hubieran hecho impresión en cualquier otro espíritu menos viciado y frío que el de Ricardo; pero éste, sin dejarse seducir por la promesa final que por venir de su padre no estaba de ningún modo en relación con la incesante y devoradora necesidad del vicio que más le dominaba, que era el juego, púsose mentalmente á calcular sobre cuál de los dos lados de la balanza le convenía echar el peso de su influencia. Como acontece á todas las personas de vida irregular, las previsiones de lo porvenir no ejercían sobre él ningún influjo, y sólo sentía con apremio el deseo de dar alimento inmediato á su pasión absorbente. Dada la situación de las

cosas, esperaba encontrar, por el momento, mucho más propicia la bolsa de Camporredondo que la de su padre, porque el primero, jugador como él, aunque de género más cauteloso, se hallaba empeñado en una partida de millones, y por algunos miles de duros no había de comprometer su éxito; mientras que don Gabriel, por mucho que se alargara, habla de guardar, á fuer de proveedor normal de sus necesidades y á fuer de padre, mucha mayor parsimonia. Todo esto y mucho más lo pensó Ricardo con la rapidez con que el pensamiento formula y resuelve los más arduos silogismos, y decidido á engañar á su padre, cosa que por hábito y por temperamento moral no le costó gran violencia, contestó como quien se resigna á hacer un sacrificio:

—Bien está, papá, bien está. Haré cuanto pueda para que Camporredondo desista de su empeño y no te ponga en el caso de desairarle; pero te aconsejo que no fíes mucho en mi intervención, porque él no es hombre que abandona fácilmente un negocio, digo, una idea, y sospecho además que *il suggeritore* de ésta, es don Bruno, el poco venerable autor de sus días.

Como saben nuestros lectores, Ricardo no decía la verdad; pero soltó malignamente la especie por si acaso, ya que la actitud de don Gabriel comenzaba á lanzar su espíritu intrigante por otros caminos.

El mortificado banquero fingió mayor seguridad en las promesas de su hijo de la que realmente abrigaba; pero en el estado en que se hallaban las cosas creyó ser esto lo más hábil. Realmente su conferencia no tuvo por objeto lograr algo decisivo, sino jugar una carta sin grande esperanza de ganarla, pero seguro al menos de que el perderla no aumentaría las dificultades de su situación.

En esto se engañó el hombre práctico, como vamos á ver. Apenas dejó su padre la habitación, Ricardo saltó de la cama y se comenzó á vestir muy preocupado por alguna de las especies vertidas por aquél en la conversación. Llamó al criado especialmente dedicado á su servicio, y mientras le iba pidiendo por señas, ó por medio de interjecciones que no son para escritas, sus prendas de vestir ú objetos de tocador, volvía y revolvía en el magín la misma idea.

Ricardo conocía el carácter decisivo y poco melindroso de su padre, y no había entrado en sus previsiones que pudiese adoptar, ante las intimaciones de don Bruno, la actitud virtuosa y resignada en que le acababa de ver.

—¡Que nada será capaz de obligarle á violentar la voluntad de Luisa! Esto dijo más de una vez y con aire que, yo que le conozco, me parece revelar decisión firme de cumplirlo. No cabe duda que don Bruno ha debido apretarle; pero el amor que profesa á su hija, y quizá también el temor de que doña Elena prefiera echarlo todo á rodar antes que consentir en que la niña sea sacrificada, le obligan á hacer de necesidad virtud. ¡Qué lástima! ¡Una intriga tan bien urdida! Si el fantasma del escándalo no le arredra hemos hecho un agujero en el agua... ¡Y yo que estaba pensando en hacer otra sangría al bolsillo de Camporredondo!... Me encuentro con el agua al cuello y alguna vez la maldita suerte se ha de cansar de volverme la espalda. ¡Ah! ¡soberbia idea! Me parece que he vuelto á dar con la embocadura del negocio... Por aquí es por donde hay que apretar.

Sin duda el recurso que se le vino á las mientes tenía á sus ojos carácter decisivo, pues su rostro se desarrugó y acabó de vestirse tarareando una aria de Verdi, que en aquella sazón imperaba en los carteles del Teatro Real.

Era la hora del almuerzo y se presentó en el comedor, en el que se encontraban ya todos los miembros de la familia. Contra lo que solía acontecerle, pues los mancebos de mala vida



están siempre en el hogar paterno ceñudos y desabridos, Ricardo se mostró aquella mañana por todo extremo locuaz y amable con su madrastra y sobre todo con Luisa. Don Gabriel, que estaba por el contrario triste y taciturno, le observaba de reojo sin atreverse á creer que aquel cambio en las maneras del hijo pródigo fuese debido á la grave conversación que acababa de tener con él. Era visible, sin embargo, que una corriente misteriosa, que un pensamiento común, tanto más poderoso cuanto más cuidaba de no aparecer en los labios, enlazaba á todos los comensales, aunque con manifestaciones distintas. Los ojos de Luisa brillaban de felicidad: diríase que estaba todavía oyendo las protestas de amor que Eduardo le dirigió en el inolvidable sarao de la duquesita. Doña Elena sentía el gozo interior del que ve próximo á realizarse un sueño por mucho tiempo acariciado. La expresión comunicativa y amable de su hijastro le causaba grata impresión, á veces oscurecida por ligera nube de inquietud. Ricardo sostenía casi solo la conversación, y aunque muy atento y solícito con su padre y su madrastra, era evidente que á quien se proponía principalmente conquistar, anudando los lazos de la confianza fraternal, algo relajados por su culpa, era con Luisa. Don Gabriel, como ya indicamos, triste y preocupado, veía, sin embargo, con secreta complacencia, la inusitada amabilidad de su hijo, que le autorizaba á esperar que el paso dado con él en aquella mañana no había sido enteramente infructuoso. Ni la madre ni la hija, absorbida cada cual por una idea dominante, advirtieron el melancólico mutismo del banquero.

*(Continuará).*



## MESA REVUELTA

La princesa Lubomirska se salvó, gracias á una serenidad asombrosa, de un peligro inminente. Paseaban un día en trineo á la sombra de un inmenso bosque; á la vuelta de un estrecho camino encontráse de pronto en presencia y á pocos pasos de distancia de un oso que, acosado por el hambre, se presentaba muy temible. Al acercarse el monstruo, el caballo se espanta, se encabrita, comienza á dar saltos y vuelca el trineo. El oso se adelanta; el hieduque de la princesa, esforzándose para salvarla, se interpone entre ella y el terrible enemigo; le ataca, pero su sable se rompe. Entonces comienza una desigual lucha; el oso abraza al polaco con sus grandes patas. De pronto, y sin perturbarse, coge la princesa dos pistolas que habían caído del trineo, se adelanta detrás de la terrible fiera, dispara en las orejas los dos tiros, y la derriba muerta á sus pies.

\*\*\*

Hay personas que viven en pocilgas, que duermen mal, que visten de un modo miserable, y que están aún peor alimentados; que además sufren el rigor de las estaciones; que se privan de la sociedad, y que pasan los días en la soledad; que sufren por el presente, por el pasado y por el porvenir; cuya vida es una penitencia continua, y que han hallado de este modo el secreto que les conduce á su perdición por el camino más penoso: los que esto hacen son los avaros.

\*\*\*

Saliéndose el rey Chiquito de Granada, y su madre con él, con mucha morisma de estima, por entregar la ciudad al rey don Fernando, subidos en un recuesto y volviéndose hacia Granada, tomaronse todos á llorar.

A lo cual dijo la madre del rey:—En verdad, señores, que hacéis bien en llorar; que ya que no peleasteis como hombres defendiendo vuestra patria, conviene que lloréis ahora como mujeres al dejarla.

\*\*\*

Un regidor que discutía con el albañil sobre la altura de la pila de una fuente para que bebiesen las caballerías, resolvió la cuestión diciendo:

—Adonde yo alcanzo llegan todos los burros.

\*\*\*

Cuando las manchas de tinta son recientes, para que desaparezcan de las telas blancas, basta generalmente lavarlas con agua y jabonarlas; despues ya no queda más que quitar la señal de la mancha formada por el óxido de hierro, mojándola en ácido sulfúrico ó clorhídrico muy dilatado en agua. Si las manchas son antiguas, es preciso aumentar la cantidad de ácido, en proporción de una parte de ácido por diez de agua, poco más ó menos; también se puede, en este caso, emplear sal de acederas, ó bien el ácido oxálico, pero solamente para las telas blancas de algodón ó de lino. El vinagre blanco muy fuerte conviene mejor para las telas de color. Cuando las manchas resisten al empleo de la sal de acederas, es necesario, despues de frotarlas ligeramente con esta sustancia, añadir una sal de estaño, el cloruro, por ejemplo, ya disuelto, y frotar de nuevo durante algunos momentos.

\*\*\*

El primer castigo del culpable, es que la conciencia le juzga y no le absuelve nunca. — JUVENAL.

## RECREOS INSTRUCTIVOS

### VIII

—Estoy en duda, don Segundo, sobre lo que se refiere á una palabra rara, que tiene varias transformaciones.

—¿Cuál es, Sofía?

—Empieza la duda en Morfeo, dios del sueño, y sigue en amorfo, morfina y metamorfosis; todas estas palabras me parece que tienen relación, pero no sé á punto fijo el valor de cada una.

—Es fácil averiguarlo: *Amorfo* significa un cuerpo que no tiene figura determinada: así, pues, el polvo amorfo es el que, visto con el microscopio, presenta diferentes formas de cristalización, no siendo ninguna

la característica del conjunto: *morfina* es un producto derivado del opio, ó sea la exudación de la adormidera ó cascajo; y ese producto del que hoy se abusa, por la propiedad que tiene de insensibilizar el cuerpo humano ante la acción del dolor físico, no es más que una cristalización del opio y un derivado de la adormidera. Tiene, como veis, relación con el nombre mitológico que se atribuye al dios del sueño, porque en realidad el opio adormece, aunque no sin peligro. *Metamorfosis* deriva de dos palabras griegas, *meta*, que significa objetivo, y *morfosis*, que indica forma; es decir, que se trata de obtener una forma, y como los cuerpos la tienen ya, desde el momento en que se busca obtener otra, se sobreentiende que se trata de transformarla ó metamor-

fosearla; quizás no conocen ustedes las metamorfosis de Aristóteles, ni tampoco las de Ovidio, ni las que soñaron Cyrano de Bergerac y Swedenborg al tratar de la humanidad de los mundos subterrestres. Todos esos escritores dieron en explicar los fenómenos de nuestra ulterior existencia por medio de metamorfosis, suponiendo que nuestra vida transitoria en este planeta es una transformación de otras anteriores, y las que siguen un cambio de las actuales. Pero esto no puede interesar mucho á ustedes y doy por terminada la lección.

—Al contrario, don Segundo, nos interesa eso de las metamorfosis, y quisiéramos saber qué fueron antes algunos de nuestros conocidos.

—Amigas más; yo no doy valor ninguno en absoluto á las teorías de los sabios: fuera de Dios, nada hay que sea la verdad pura; todas esas disquisiciones filosóficas sólo sirven para dar fe de la imaginación y el ingenio de nuestros cosmógrafos, que son más poetas que los poetas mismos; pero si se trata de sacar partido de tales teorías para reír un rato á costa de los extravíos de los sabios, bien puede suponerse, por ejemplo, que una duquesa orgullosa y bella tiene reminiscencias de pavo real; un faquín podría descender de un elefante; un traidor de melodrama, de una serpiente venenosa; un hombre excesivamente bueno, de un cordero de blanquísimo vellón; un saltimbanquis, de un mono; un criado fiel, de un perro; un glotón, de un cerdo, y así sucesivamente; estos datos, puramente fantásticos y que no tienen valor mirados á la luz de la razón y del sano criterio, nos podrán servir para ejercitar la imaginación dibujando los varios trámites por que pasa un animal hasta convertirse en tipo humano determinado; ahí



van varios dibujos que explican la supuesta metamorfosis de un gallo hasta convertirse en espadachín.

—¡Qué bien! cualquiera creería que es verdad viéndolo así pintado.

—Amigas más, con el lápiz se hace lo que se quiere; ya recordáis la fábula aquella del león y el hombre en la feria.

—No; ¿qué fábula es?

—Una de las más ingeniosas de Esopo, el insigne esclavo griego que hizo hablar á las bestias para enseñar moral á los hombres; en un cartelón de feria había figurado un pintor la lucha descomunal de un hombre con un león, y como el pintor al fin era hombre, resultaba el león vencido; acertó á pasar por allí un león, y se supone que dijo: «á ser león el pintor, el hombre sería el vencido,» lo cual prueba que se pinta lo que se

quiere y no hay que dar nunca valor absoluto á las pinturas.

—Pues nos gusta esto de las transformaciones.

—Naturalmente; para eso Dios dotó á nuestra inteligencia del sentimiento de lo maravilloso que nos hace suponer siempre algo más grande y extraordinario que lo que vemos; y esto mismo, que ahora sólo nos sirve de pasatiempo, en otras ocasiones nos da idea de la grandiosa y hermosísima textura de lo infinito, de que es el Todopoderoso origen, fin y coronamiento.

Y ahora, pido mil perdones por esta digresión filosófica, que podría, siendo escuchada por otros oyentes, causar el mismo efecto narcótico de la planta adormidera, de que hablaremos más tarde y no sin algún provecho.

JULIÁN.

Solución á la fuga de vocales del número anterior:

Junto al agua se ponía  
y las ondas aguardaba,  
y en verlas llegar huía,  
pero á veces no podía  
y el blanco pie se mojaba.

(GIL POLO).

#### CHARADA

*Prima repetida es triste  
y por demás natural;  
dos y dos abunda mucho  
en la zona tropical.  
Es la cuarta flor asiática;  
dos tres, cosa singular  
que se pega y se despeg  
y da vueltas... por detrás.  
En cuatro uno mucho llueve  
y da el sol á todo dar,  
y tres cuatro bien imita  
del relojito el tic-tac.  
Una tres vive en Bolivia;  
una dos, aún más allá,  
y cuatro tres viste á todos  
los hijos de Eva y Adán;  
el tres da gusto, afinado,  
si es su vibración normal,  
y el todo es muy mejicano;  
lector, ¿lo acertaste ya?*

#### ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

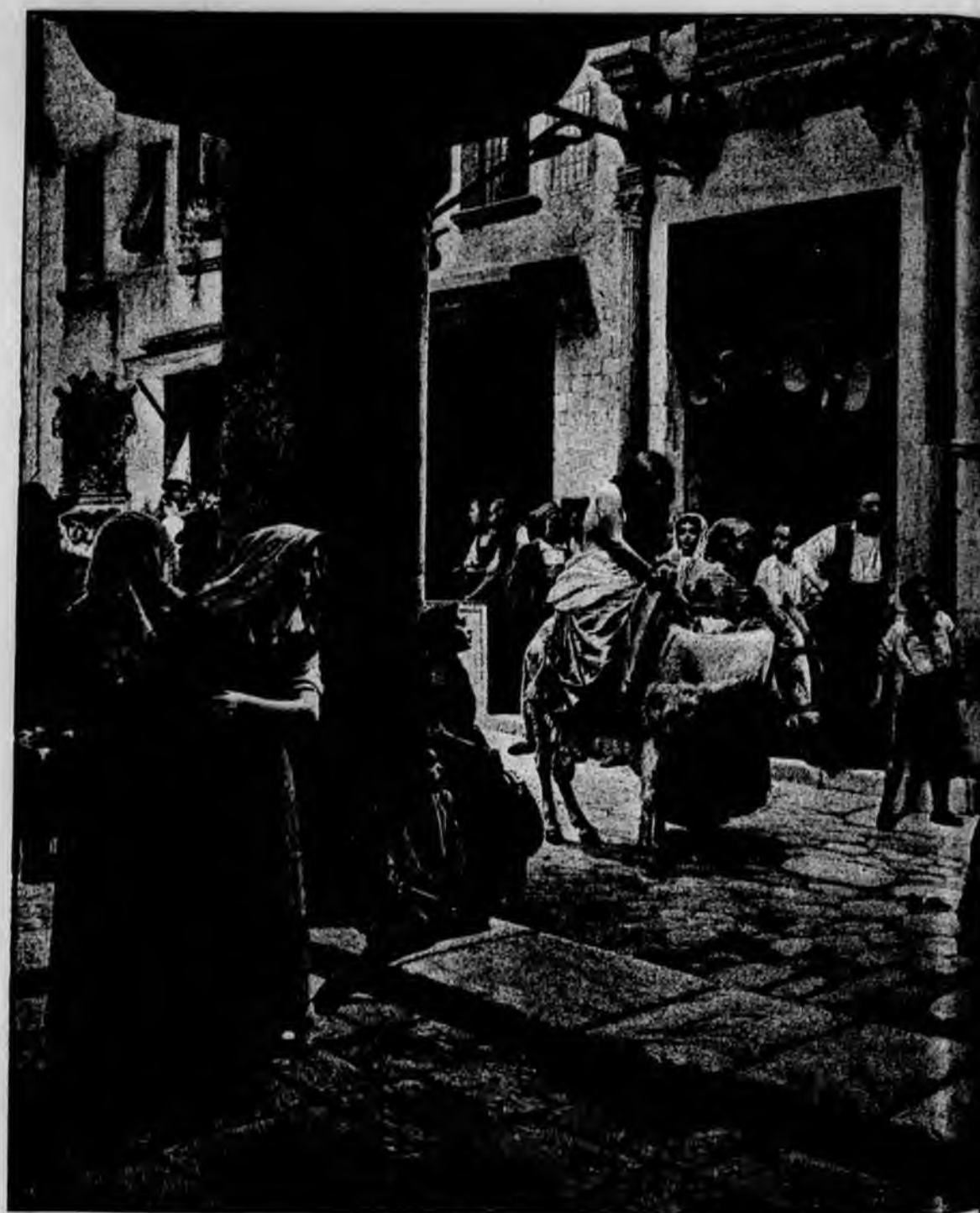
Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los Sres. *Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y á las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.







PENA DE AZORIA AVALL»  
CUADRO DE OLLER









## MEMORÁNDUM

---

**H**A sido preciso que *Le Journal de Bruxelles*, periódico belga católico que no procede nunca con apasionamiento, hiciera luz sobre lo ocurrido en Uganda, para que pudiera verse que los conflictos allí ocurridos fueron obra de los propagandistas protestantes. Razón tenía, pues, el gobierno de Francia en protestar contra tales hechos, protesta á la verdad nada sospechosa, pues nadie dirá que los gobernantes de la nación vecina sientan cariño hacia los católicos y hacia cuanto de ellos deriva. Una cuestión con el reyezuelo de aquel país fué el origen, ó mejor, el pretexto del conflicto. El capitán Lugard distribuyó fusiles Snider y pólvora á los protestantes, lo cual exasperó á los católicos y les puso en guardia. La *East Africa Company* se puso del lado de los protestantes, y de lo que se desprende de las noticias recibidas, desde su fuerte hizo fuego contra los católicos. Éstos hubieron de defenderse y de rechazar el ataque, atacando á su vez el fuerte de la Compañía, que los recibió á cañonazos, mientras el partido protestante embestía contra la colina de Rubaga, en la cual se hallaba situada la misión francesa é incendiaba la iglesia. En una isla se refugiaron los católicos, y contra ellos se envió al capitán Williams con una ametralladora Maxim. La isla fué atacada, treinta y dos embarcaciones echadas á pique y pasados á cuchillo de trescientas á cuatrocientas personas entre hombres, mujeres y niños. Así proceden las sectas evangélicas en su obra de colonización. Cuando topan con el menor obstáculo, y sobre todo cuando los católicos se oponen á sus predicaciones y á sus actos, los barren á cañonazos. Compárese el distinto proceder de las misiones católicas, en las cuales todo es dulzura y espíritu verdaderamente cristiano. Los protestantes aniquilan las poblaciones en donde se establecen: los católicos procuran su desarrollo, favoreciendo á sus pobres habitantes, y abriendo su inteligencia á la luz del Evangelio.

\* \* \*

Ha sido comidilla, en los últimos días, de los periódicos europeos, en particular de los franceses é ingleses, las ejecuciones llevadas á cabo en Sofía por sentencia de un tribunal militar. Milaroff, Alejandro Karaguloff, Popoff y Garghieff fueron ahorcados, sin que pudiesen obtener su indulto del ministro Stambuloff, las gestiones que practicaron los representantes de algunas potencias. Los mencionados reos habían sido condenados á muerte por participación en el asesinato del ministro Beltcheff. Los diarios franceses han puesto el grito en el cielo y han prodigado al príncipe de Bulgaria y á Stambuloff los epítetos más terribles.

En su concepto aquellas ejecuciones han de llamarse verdaderos asesinatos. Los periódicos ingleses opinan de muy diversa manera. El *Daily News* dice que Stambuloff juega hoy su cabeza, puesto que si sus adversarios llegasen á dominar un día siquiera estaría perdido. Añade que el partido ruso le proporciona todos los pretextos que él desea, ya que este partido derribó del trono al príncipe Alejandro y le amenazó de muerte; él mismo fué el que asesinó á Beltcheff, y no es posible dudar de que le alientan en sus abominables empresas los súbditos y hasta los funcionarios del Czar. El diario de Londres concluye afirmando que «Stambuloff será respetado si se muestra firme y severo.»

El *Daily Chronicle*, otro importante órgano de la prensa inglesa, manifiesta que el príncipe Fernando y el ministro Stambuloff tienen firmeza en sus convicciones. La situación en que la Bulgaria se encuentra explica el rigor de las medidas que se emplean contra los conspiradores y que no á veces, por ser muy dolorosas y sensibles, dejan de ser fundadas y justas. En esta severidad ven los periódicos ingleses un acto de legítima defensa por parte del actual gobierno búlgaro, mientras que los franceses, quizás por el cariño excesivo que en ellos se ha despertado en favor de Rusia, la consideran como una espantable tiranía. ¿Por qué no aplican los franceses idéntico criterio á medidas extremas que con frecuencia dicta el gobierno ruso contra los que se separan de las creencias de la Iglesia heterodoxa-griega ó contra los judíos, á quienes se trata con mucha mayor dureza que la que pudo haberse empleado en las épocas de mayor persecución de la Edad Media?

\* \* \*

Es muy probable que Berlín abandone la idea de celebrar una Exposición internacional en el año 1900. Son muchas las corporaciones á las que se ha consultado que se muestran muy poco favorables á la idea, si no del todo contrarias. Pesan las ventajas y los inconvenientes y hallan que los últimos aventajan á los beneficios. El gasto sería enorme, no sólo por parte del Estado si que también por el de los particulares. Se llevaría á cabo en Berlín una fiesta grandiosa, un espectáculo soberbio; pero ni la industria ni el arte adelantarian nada, porque hoy no necesitan de aquella clase de ferias para hallarse al corriente de todos los cambios y de todos los adelantos. Es muy probable, en consecuencia, que los alemanes dejen del todo el campo libre á los franceses para que éstos organicen en 1900, á orillas del Sena, una Exposición que en lo vasta, suntuosa y entretenida se adelante á las de 1878 y 1889. Como ya dijimos, París reúne condiciones que no existen en ninguna otra capital europea para atraer en su recinto, con cualquier pretexto, una masa de gente cosmopolita, que por sí sola asegura beneficios positivos, si no á la industria de Francia, por lo menos á las industrias parisienses, y singularmente á las fondas, restaurantes, cafés, teatros, circos y lugares, en una palabra, en donde se come, se bebe, se ríe y se goza.

\* \* \*

Los calores que en Julio y Agosto se sienten por estas latitudes no son nada en comparación con los que han de sufrir los habitantes de los Estados Unidos. Casi puede decirse que en Europa, aun en los países meridionales, nos hallamos en una deleitosa primavera. Véase sino lo que de Nueva York le telegrafian á un periódico de París con fecha 30 de Julio. Según el parte á que nos referimos, durante toda la semana se había notado un calor intensísimo, que el día 29 fué excesivo, ya que en la avenida 5.<sup>a</sup>, en el *Reform Club*, marcó el termómetro la friolera de 48° centígrados á la sombra. A 42 se ha visto distintos días la columna termométrica. Por causa de tan alta temperatura ocurrieron numerosas muertes repentinas, muchas más muertes súbitas de las que hubo en las epidemias de 1846 y 1867. Los niños, en especial, son víctimas del calor. Por las noches era casi imposible dormir, porque el cuerpo ardía y no había medio de soportar siquiera el contacto de las sábanas ó de las almohadas. Diéronse

frecuentes casos de insolación, ó bien de postración de fuerzas, cayendo muertos muchos caballos en medio de las calles. Estos calores se han sentido particularmente durante la última semana de Julio en todo el país situado al Este del Mississipi.

\* \* \*

En Francia se ha procedido á la renovación de la mitad de los consejos generales que representan un papel parecido á nuestras diputaciones provinciales. De 90 consejos generales, 79 tenían mayoría republicana y 11 de ellos, únicamente, mayoría conservadora. En las elecciones han llevado gran ventaja los republicanos, lo cual era de prever ante las disensiones reinantes en los partidos que pueden procurar contingente á los conservadores.

\* \* \*

Mr. Gladstone se ha sentido algo enfermo y el anuncio de su estado produjo viva inquietud en los liberales ingleses. El famoso hombre de Estado ha tenido sólo un resfriado, mas á los ochenta y tantos años cualquiera indisposición presenta carácter serio, y por lo tanto se explica la intranquilidad de sus partidarios, máxime después de las batallas que han librado para entronizarle en el poder. La pérdida de Mr. Gladstone sería fatalísima al partido liberal inglés tal como se halla constituido, puesto que la cohesión más ó menos sólida que ahora tiene la debe principalmente al prestigio del futuro primer ministro. Sin él, esta cohesión desaparecería en pocos segundos, ya que ninguno de los otros hombres de viso en el partido liberal lograría mantener unidas, ni siquiera por corto tiempo, huestes tan disimilares.

B.





# LAS LLAVES PERDIDAS

TRADICIÓN POPULAR

(CONTINUACIÓN)

## II



AN pasado pocos meses; serían las nueve de una noche de Junio. La señora Fina, su esposo y el tío Pedro estaban sentados en la habitación de la ventanita inspectora. Iluminábalos apenas la luz de un velón de azófar, colocado sobre una mesa en la pieza anterior, cuya puerta abría al patio.

El velón tenía dos mecheros, pero el uno viudo de toda luz y la otra entristecida por la pantalla cual si luto llevase por su compañera.

Los tres estaban pensativos y silenciosos; de pronto gimieron agriamente los goznes de la puerta y penetró en la primera estancia una mujer. Para orientarse del camino que seguir debía, alzó la pantalla y después de mirar en torno volvióla á su sitio.

—Adelante, tía Marizápalos, y sepamos lo que pasa en el mundo, dijo el casero.

—María Gonzalo me llamo, y no de otro modo; y dé su merced á cada cual lo que le pertenece, exclamó entrando en la pieza interior la recién llegada.

Era ésta una viejecita arrugada como una pasa, limpia como un oro, y animada y pizpireta como ella sola. Vestía falda de percal floreado, jubón negro, pañuelo de luto al cuello y á la cabeza mantellina parda, de basta franela. Al entrar destocóse sin ceremonia, sacudió su mantilla, doblóla y la puso con cuidado sobre el alto respaldo de un sillón de badana, donde la dejó posada cual ave en percha.

—¡Jesús! dijo alisándose con ambas manos la cabeza blanca como el pico más alto de Sierra Nevada, y el plateado y grueso moño de picaporte sujeto con negro listón; vengo muerta, pero contentísima de mi trabajo. La capilla queda como una tacita de plata. ¡Válgame Dios y qué de polvo tenía! ¡Si el gandul encargado de ella merecía castigo por su desidia!

El tío Conejito tendió el brazo, y sin moverse de su asiento, acercó una silla á la tía María. Ésta le dió las gracias, sentóse y dijo sonriendo:

—Si no puede negar su merced que me quiso.

—¡Yo! exclamó el tío Corro, no lo creas, Fina; nunca he sido plato de segunda mesa, y con la tía María lo hubiera sido de cuarta, que esta hija de Satanás ha enterrado tres maridos.

—Y su merced no fué el cuarto porque no le quise: de ahí viene la ojeriza y el llamarme Marizápalos, cuando antes me llamaba Marirrosas.

—Falso, falso; nunca quise semejante estantigua, tatarabuela de Belcebú.

—Como si no tuviéramos la misma edad: yo nací...

—Cuando Matusalén.

—Y su merced dos años antes, y sino que nos miren á ambos la boca.

—Yo no soy caballo.

—No lo digo por ofender, sino porque en la mía no falta un diente, y la de su merced tiene más troneras que castillo ruinoso.

—Porque de puro vieja ha echado nueva dentición.

—¿Y por qué no quise su merced á mi Corro? Cuando joven no era feo, dijo sonriendo la casera.

La tía María, acercando su silla y bajando la voz, repuso:

—No lo quise por hereje.

—¡Alto ahí! exclamó Conejito: sepa la tía Marizápalos que no estoy tan falto de obligaciones como su merced, para ir de iglesia en iglesia rosario en mano, ó plantarme cual poste ante el medallón del muelle sirviendo de estorbo á los transeuntes, y haciendo como que rezo á los Santos Mártires en él colocados para proteger la mar. Tanto caso harán ellos de las plegarias de su merced, como hice yo de sus carantoñas cuando pretendía pescarme. Y sepa, en fin, que soy más cristiano que su merced, que me bautizaron dos veces, una la comadrona y otra el cura. Y le juro por todos los demonios del resguardo...

—Corro, basta.

Pero el tío Corro, sin hacer caso de su esposa, prosiguió:

—A otra como ésta, canto de plano; y sepa, tía Barrabás, que la oración pública se pierde como el humo en el aire; que la buena es la que se hace á puerta y ventana cerradas, como encargaba que así se hiciera San Agustín ó Santo Domingo, que de esto no estoy cierto; y sepa...

No dijo más; la señora Fina, cansada de tirar á su marido del brazo, se levantó y le tapó con la mano la boca; luego, volviendo á sentarse, dijo:

—Eres incorregible; jurando ofendes á Dios, y con tus citas el buen sentido. Jesucristo fué quien dijo eso de la oración... Tía María, no tome usted á mal las palabras de ese bendito, que no llevan mala idea.

—Ya lo sé, y por eso las oigo como á cigarra en verano que, si no da fastidio, causa sueño. Pero diga su merced algo, tío Pedro, que está siempre más metido en sí que pájaro enfermo, y más silencioso que bandurria sin cuerdas. Díganos, al menos, en lo que pensaba.

—¿En qué he de pensar, repuso el tío Pedro, sino en mi mujer y mis hijos?

—¡Jesús! ¡al cabó de tantos años! murmuró la anciana.

—Tía María, replicó el patrón, la vela que se moja ó se rifa en la tempestad la enjuga el sol y la remienda el marinero; no sucede lo mismo con el corazón que perdió en la borrasca cuanto quería.

—Es verdad, añadió la casera, el tiempo seca las lágrimas como el sol el rocío; pero no siempre trae el consuelo de las penas; el consuelo lo da Dios con la esperanza de ver en el cielo á los que aquí perdimos.

—Allí nos encontraremos todos vestidos y calzados, dijo el tío Conejito.

—Menos vuestra merced, murmuró la tía María.



—Menos la vieja Marizápalos, que dará un batacazo en el infierno, que estremecerá el mundo; replicó el casero devolviéndole la banderilla que acababa de plantarle.

—Pues, como decíamos, murmuró la señora Fina, el consuelo es la esperanza; si no fuera por la que tengo de encontrar en el cielo á mis niños, lloraría por ellos día y noche, que nadie sabe lo que se quiere á los hijos.

—¡A los hijos y á la mujer, si fué buena! añadió el tío Pedro, y prosiguió exaltándose por grados: Siempre que el trabajo no me ocupa, tengo á mi Paula en el pensamiento. Ahora mismo, mientras el compadre y la tía María estaban dime que te diré, como ondas que van y vienen, yo la veía con el niño en los brazos, vestida de negro como la Soledad, pálida y triste como la puso la dolencia, salir cada tarde á esperarme á la playa. Así la he visto años y años; todas las mujeres del mundo hubieran pasado ante mí sin reparar yo en su hermosura. En tanto, mi Ciriaco crecía fuerte como un trinquete, fresco y sonrosado como la ola que enciende el sol; á los diez y siete años su cara era la de su madre, risueña como la aurora y más hermosa que las flores con que se adornaba el día festivo. Entonces comencé á verla en él. Pero una tarde de Noviembre, de pronto inesperada racha despertó al mar que dormía, y el mar se levantó furioso cual gigante que quiere comerse la tierra y subir al cielo. Mi hijo y otro muchacho corrieron á tomar rizos á la vela; pero el viento pudo más y nos tumbó en el charco, coronándonos con la embarcación. De cinco que éramos, tres salimos como Dios quiso; dos faltaban, mi hijo y su compañero; sin duda les cogió la vela y bajaron al fondo donde quedaron con la barca... Por mucho tiempo estuve como loco, buscando por la playa, para darle tierra, el cuerpo de mi Ciriaco; Dios no quiso que pareciese. Más tarde, á bordo del falucho, cuando la obligación no me retenía, me echaba sobre la borda mirando atento el fondo del mar por si en él divisaba á mi hijo. A veces me parecía verle envuelto en la vela; luego miraba bien, y era un celaje del espacio y mi propia imagen... Después he reflexionado, y no lo busco en el mar, que arroja ó devora lo que traga, sino mirando al cielo, donde viven los buenos que mueren.

—Es verdad, en el cielo le encontrará el compadre, como á su Paula, que Dios tiene misericordia de todos los que aman y creen, recompensándoles con usura, aunque en el mundo les pruebe con penas y dolores, dijo la señora Fina.

—Por eso, añadió el Conejito, mandó al patriarca Caifás que le sacrificase su hijo.

—¡Abraham, querrás decir! Y fué para probar su obediencia, replicó la señora Fina.

—¡Como si su Divina Majestad no supiera que había de obedecerle! ¡cuidado que el susto del santo patriarca debió ser bueno!

—¡Corro! Si te oyeran extraños dirían...

—Que es un hereje, añadió la anciana interrumpiendo á la casera.

Ésta prosiguió:

—No es hereje, sino un infeliz ganoso siempre de broma... Pero aun no sabemos qué capilla es ésa que ha dejado su merced reluciente como plata bruñida.

—¡Jesús, santa cristiana! ¿no sabe que es víspera de los Santos Mártires, y que por estar restaurándoles su parroquia llevarán mañana de la catedral, donde están depositadas, las imágenes de plata de los dos santos, en procesión á los Martiricos, donde habrá solemne oficio y sermón?

—¡Á los Martiricos! Nunca he estado allí.

—Como vive su merced más metida en casa que galápago en concha, no es extraño; pero yo la enteraré, que tengo tan vivo en la memoria como lo que he hecho hoy todo lo referente á nuestros santos, desde que los Reyes Católicos les fundaron la parroquia llamada *Los Mártires*.

—Como que vió su merced poner la primera piedra, dijo Conejito.

La anciana miróle de soslayo y prosiguió:



—Allá por los años de 1630, un varón piadosísimo, en una huerta que llevaba el nombre de Perdida, y que perdida debía tener por lo muy pedregoso del terreno, fundó una ermita bajo la advocación de los Santos Ciriaco y Paula; fundóla en aquel sitio, que está á dos pasos de aquí, en este lado del río, hacia el arroyo de los Ángeles, por creerse, no sin fundamento, que allí, atados á unas palmas, sufrieron el martirio los dos santos. Pocos años después la ermita, convertida en capellanía, se arruinó; reedificándola y engrandeciéndola en 1687 unos mercaderes de calle Nueva, amigos del tío Corro, y tal como la dejaron aquellos devotos se conserva hoy, á pesar de haber transcurrido 132 años. En el día el cuidado y limpieza de la ermita, que para eso dejaron renta dichos señores, está á cargo del tío Roque Pérez, quien sin duda por no trabajar, se metió ayer en cama.

—Con calentura, observó la casera, calentura y fuerte; hoy he subido á verlo y deliraba.

—Porque aun le duraría el vapor del mosto, añadió la anciana.

—¡Infeliz! Acaso ha cogido un tabardillo.

—Una turca y grande fué lo que cogió ayer. Todos sabemos que el día que cobra las toma soberanas, dijo la tía María.

—Mi mujer, añadió Conejito, defendería hasta á Judas Tadeo, el que vendió á Jesús.

—¡Isariote, tío Corro, Isariote! exclamó riendo la vecina.

Luego prosiguió:

—Mosto ó calentura, como el tío Roque no podía cumplir con la obligación y su mujer no se atrevía á dejarlo enfermo, me rogó que hablase á su cuñado Andrés, el que entró hace poco lego en la Trinidad, para que fuese, en vez del tío Roque, á preparar la ermita. Yo accedí gustosa, que les quiero, aunque sé del pie que cojean ambos; y hablé al hermano Pérez, quien con anuencia de sus superiores pasó allá conmigo, y la tía Blasa, aquella mujerona más alta que una torre, con más vanidad que cuerpo y más hambre que un galgo de amo ruin, y entre los tres hemos dejado los Martiricos como un oro... Y ahora me voy, que he de preparar el traje de gala...

—El unto para volar es lo que preparará su merced, dijo Conejito.

La anciana, como si no oyese, siguió:

—Tengo, además, que hacer examen de conciencia; al rayar el alba quiero estar en la Trinidad para confesar y recibir á Dios antes de ir á los Martiricos.

Y levantándose tomó su mantilla, acercóse á su antagonista y con aire solemne, díjole:

—Tío Corro, mañana es día de indulgencia plenaria, arrepíentase de sus culpas y haga confesión general, recordando que, si los culebrones viven siglos, también mueren.

El casero enarboló una silla; pero la anciana huyó el cuerpo y salió riendo.

Poco después despidióse el tío Pedro; su compadre le acompañó hasta la puerta de la vivienda que cerró con llave; luego, al coger el velón, exclamó:

—¡Por vida de un alijo de tabaco! ¡pues no se ha dejado el compadre las llaves sobre la mesa!

Y abriendo de nuevo, gritóle desde el umbral agitando en el aire el objeto olvidado:

—¡Eh! ¡compadrito de mis pecados, venga su merced por el abridor de su puerta!



El patrón, que pisaba ya el primer peldaño de la escalera, retrocedió, tomó dos gruesas llaves que alargó el tío Corro, diciéndole en voz alta:

—¡Caracoles! si no las veo á tiempo pasa su merced la noche en la escalera, como dicen que las pasaba en su propia casa san Donato ó san Bruno.

—San Alejo, gritó una voz desde el patio.

—Lo mismo da, replicó Conejito dirigiéndose á los que tomaban el fresco; ello es que con ser mi compadre de la mar y llamarse Pedro, no le parece al santo sino en la calva. Tome su merced los llaves y préndaselas al cuello como esquila de manso y no las perderá tan aína.

Los del patio, animados por las bromas del casero, dirigieron mil chanzonetas al patrón, quien, sin contestarlas, sumióse por la escalera.

Cuando ambos esposos estuvieron solos y con puertas y ventanas cerradas, dijo Fina:

—¿Es posible que siendo como eres bueno te empeñes en parecer lo contrario?

—¿Pues qué hago yo?

—Hablar con poco respeto de las cosas santas, y aquí para entre nosotros, no creer como yo quisiera.

—Fina, no nos metamos en honduras; si me porto bien contigo, si te doy cuanto gano para que socorras callandito al vecino pobre y hasta á la tía María, no exijas más; que eso de creer, ó no creer, no está en uno, como no está el ser alto ó bajo, feo ó hermoso. ¡Y mira tú si es antiguo eso de tener sus dudas! que uno de los doce, no lo nombro porque no digas que le cambio el bautismo, cuando resucitó el Señor, aunque le veía y hablaba, no creía que fuera el Maestro hasta que Jesús le enseñó las manos y el costado; y además, otro santo varón, de aquellos de pluma, decía, no sé á quién: «Cuida de tí si pudieras, que en muriéndote tú, tú sólo mueres.»

—¡Esa es mi pena, que estemos en la otra vida en distintos sitios!

—Allá será lo que tase un sastre.

—No, Corro, no... ¡Ay, que Dios no te toque el corazón!

—Pues mira, ocasiones de sobra ha tenido para ello. Una vez en que con un caballejo negro como alma de escribano y más veloz que estrella que se corre, iba yo con dos corachas de tabaco del Brasil, huyendo de cierta partida como liebre de los cazadores, al pasar por delante del cementerio de una aldea me tiré del jaco, y agazapándole tras unas matas, dijele:—Hijo mío, no resuelles, y espérame aquí, quieto como difunto.—Y por el sitio en que no daba la luna escalé la tapia y entré en el cementerio. ¡Caracoles! no puedo negar que los pelos se me pusieron de punta; al pie de la barda, como para darme el quién vive, estaba un muerto metido en su caja, esperando sin duda que al amanecer le dieran tierra. A pocos pasos se veía el hoyo; miré alrededor: todo el cementerio estaba con la luna claro como el día; la puerta era una reja y por ella podían descubrirme si no jugaba el todo por el todo; no vacilé más; cargué con el muerto, que pesaba como un monte, le eché en la zanja y me tendí en el ataúd con más miedo que vergüenza. Dos de los tunantes que me seguían metieron la mano por la reja y recorrieron el cerrojo que chirrió como un condenado; entraron en el santo corralón, lo pasearon sin chistar, miraron con respeto la caja y lo que contenía, apartáronse de la zanja para no caer en ella, y se retiraron en silencio para no despertar á los difuntos. Cuando estuvieron lejos, como cerraran con el cerrojo la reja y yo no quisiera hacer ruido, salté de nuevo el bardal, sin que el muerto me dijese: «vuélveme á mi casa,» monté en mi caballo y me dirigí adonde iba, riéndome de la sorpresa que deberían tener los enterradores al ver que el muerto les había ahorrado parte del trabajo.

—Corro, ¿no sabes tú la pena que me das hablando así!

—¿Me quisieras más bien como la tía María, que prepara el examen de conciencia desollando á todo Dios? No, Fina. Dios detesta la hipocresía, y como yo no soy filisteo...

—Fariseo, querrás decir.

—Eso es, fariseo como muchos que están en las iglesias *mea culpa, mea culpa*, y luego al prójimo contra una esquina, pienso lo que pienso y creo lo que creo: que si un santo dijo, ver y creer, bien puedo decirlo yo.

—Corro, la Virgen y Dios sólo se aparecen á los pastores y á los santos penitentes; á los primeros, por su sencillez de corazón, y á los segundos...

—Porque tienen el estómago falto de lastre.

—Me matas con tus bromas impías.

—Pues se acabó la discusión, que no quiero matar á nadie y menos á mi mujer. Mi gusto fuera poder decir con toda mi alma: «Creo en Dios Padre, todopoderoso,» que yo te juro, por esa luz que nos alumbra, que si lo decía no sería de boca, sino por creerlo y sentirlo tan de firme como aquellos cristianos á quienes ni el hierro ni el fuego, ni los tigres y leones les hacían vacilar.

—¡Ellos dichosos que creían sin ver! ¡Desdichados aquellos á quienes ciega Satán para hacerlos suyos!

—¡Caracoles, que ni un padre misionero! Mira, Finita, dejaremos esto para otro día, y me darás, si quieres, la capa basta.

—¿Vas á salir?

—Me rogaron ayer que dirigiese cierto asuntillo, y como tomé algo á cuenta, no puedo excusarme. Conque no me esperes levantada ni estés con cuidado, que todo irá bien.

—Dios lo quiera: Él te guíe y te toque en el alma.

—Amén, dijo el tío Corro poniéndose su capa.

Luego abrió su puerta, que cerró tras sí, y del mismo modo la del corral, que distó mucho de hacer ruido como el cerrojo del cementerio.

MARÍA MENDOZA DE VIVES.

(Concluirá).



LA MUERTE DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

PINTURA EN LA NAVE MAYOR DE SAN FRANCISCO EL GRANDE

POR JOSÉ MARCELO CONTRERAS



# LA ABUELA

(DE VÍCTOR HUGO)

O h, madre de nuestra madre!  
¿Estás durmiendo?... ¡Despierta!  
Otras veces en tus sueños  
murmuras y baluceas,  
y parece que aun dormida  
hablas con alguien y rezas;  
mas hoy estás tan inmóvil  
como una virgen de piedra,  
y á tus labios silenciosos  
ni el aliento vida presta.  
¿Por qué más sobre tu pecho  
hoy inclinas la cabeza?  
Dínos, ¿qué daño te hicimos  
para que ya no nos quieras?  
Mira: la pálida lámpara  
se extingue; el hogar humea;  
y si no quieres hablarnos  
como solías, abuela,  
lámpara, hogar y nosotros  
moriremos de tristeza.»

«¿Qué dirás, cuando despiertes  
de ese letargo, y nos veas  
á nosotros dos ya muertos,  
muerto el fuego, la luz muerta?  
También entonces tus hijos  
sordos serán á tus quejas;  
para que resucitemos  
al cielo harás mil promesas,  
y bien habrás de abrazarnos  
para darnos vida nueva.»

«Tiéndenos tus manos frías  
que nuestras manos calientan,  
y de antiguos trovadores  
cántanos coplas añejas.  
Háblanos de los guerreros  
que servían fadas bellas,  
y á sus damas les llevaban  
en vez de flores, banderas;  
dínos el nombre amoroso  
que era su grito de guerra;  
dínos cómo se conjuran  
los fantasmas. ¡Ay, abuela!

cuéntanos aquella historia  
de un monje que vió en su celda  
á Lucifer por los aires  
volar con alas siniestras;  
dínos á quién el demonio  
teme más en su caverna;  
á los mandobles de Orlando  
ó á los salmos de la Iglesia.  
Vén; enséñanos tu Biblia  
con sus láminas tan bellas,  
los santos de azul y de oro,  
y el cielo con tanta estrella,  
y el Niño, el buey y los Magos...  
y esas latinas sentencias  
que á Dios hablan de nosotros  
descríbanos letra á letra.»

«La luz oscila y se apaga,  
descienden las sombras densas;  
quizás ya por la ventana  
malos espíritus entran...  
Tú, que el miedo nos quitabas,  
hoy nuestro pavor aumentas.  
¡Cielos! ¡tu mano está fría!  
A veces, con ansia tierna,  
nos hablabas de otro mundo  
do cada paso nos lleva,  
de la gloria, del sepulcro,  
de la vida pasajera,  
y de la muerte... ¡la muerte!  
¿Qué es la muerte? ¿No contestas?»

Y oyéronse largo rato  
sus sollozos. Y risueña  
rayó al fin la blanca aurora,  
y no despertó á la abuela.  
Dió al aire lúgubres sonos  
la campana de la aldea,  
y un pastor vió aquella noche,  
por la mal cerrada puerta,  
delante del santo libro,  
junto á la cama desierta,  
dos niños arrodillados  
que rezaban con voz trémula (1).

Traducción de  
TEODORO LLORENTE.

(1) Víctor Hugo, el más famoso poeta francés de este siglo, nació en Besançon el 26 Febrero de 1802. Hijo de un general del primer Imperio, le siguió, de niño, en sus expediciones por Francia y el extranjero, denotando ya sus diversas composiciones su rara disposición por la poesía. Pero su presentación al gran público data de 1822, en que editó sus *odas*, á las que siguieron las *baladas*, las *orientales* y multitud de trabajos distintos, hasta que en 1830 hizo representar su drama *Hernani*, cuyo reñido y ruidoso triunfo fué el del romanticismo en Francia. Reconocido jefe de esta escuela literaria y rodeado de gloria, siguió escribiendo celebrados dramas, novelas, siendo la más famosa *Nuestra Señora de París*, y otros trabajos que le valieron ser admitido en la Academia Francesa en 1841. Después su imaginación le llevó á la política, y gobernado por aquélla fué realista, imperialista, liberal, monárquico, republicano, reaccionario, candidato á la presidencia de la República, demagogo, y proscrito por el golpe de Estado de 1851. Entonces en Jersey y en Guernessey escribió muchas de sus obras más celebradas: *Los castigos* (poesías político-literarias), *La leyenda de los siglos*, *Los Miserables* (novela social). Caído el Imperio volvió á París, siendo nombrado individuo de la Asamblea de la paz, donde promovió un espantoso tumulto con su discurso en defensa de Garibaldi, y hubo de dimitir. En 1872 publicó su *Año terrible*, y se afilió al partido radical de la República, mostrando simpatías por la *Commune*, y siendo nombrado senador. *El arte de ser abuelo* y *Torquemada* son sus obras de vejez. Su octogésimo aniversario y después su muerte en 22 de Mayo de 1885 dieron lugar á imponentes manifestaciones en París. Fué enterrado civilmente en el Panteón.



## EL SITIO DE BERLÍN

**P**ASEÁBAMOS un día con el doctor V. por la avenida de los Campos Eliseos, y del espectáculo de tantos muros agujereados por las granadas y de tantas aceras destrozadas y hundidas por la metralla deducíamos la historia del sitio de París. Poco antes de llegar á la plaza de la Estrella detúvose el doctor, y señalando una de las grandes casas de la esquina agrupadas con ostentación alrededor del Arco de Triunfo, me dijo:

»—¿Ve usted aquellas cuatro ventanas cerradas? Pues en los primeros días del mes de Agosto, de aquel terrible Agosto del año pasado, preñado de tempestades y de desastres, fui llamado allí para asistir á un enfermo atacado de una apoplejía fulminante.

»Era la familia del coronel Jouve, coracero del primer Imperio, anciano loco por la gloria y el patriotismo, que desde principios de la guerra se había trasladado á la avenida de los Campos Eliseos, á una habitación con balcones á la calle... ¿A qué no acertáis el motivo?... Para poder presenciar la entrada triunfal de nuestras tropas... ¡Pobre hombre! La noticia de Wisembourg le sorprendió al levantarse de la mesa, y al leer el nombre de Napoleón al pie del boletín de la derrota, cayó al suelo como herido por un rayo.

»Al llegar á la casa hallé al antiguo coracero echado sobre la alfombra de la habitación, con la cara ensangrentada é inerte, como si hubiese recibido un horrible batacazo en la cabeza. Puesto de pie debía de ser muy alto, porque tendido en el suelo su figura era imponente y majestuosa. Tenía hermosas facciones, soberbios dientes y la cabeza cubierta de canas completamente rizadas. A pesar de sus ochenta años no aparentaba más allá de sesenta... Junto á él, de rodillas y llorando amargamente, hallábase su nieta. Se le parecía tanto, que al verla al lado del abuelo creía contemplar dos bellísimas medallas acuñadas con un mismo molde, con la sola diferencia de que una era muy vieja, llena de tierra y algo borrosa en sus contornos, y la otra reluciente, limpia y suave, con todo el brillo de una acuñación reciente.

»El dolor de la niña me conmovió. Era hija y nieta de militares, puesto que su padre formaba parte del Estado Mayor de Mac-Mahon, y la imagen de aquel anciano tendido en el suelo evocaba en su alma otra imagen no menos horrible.

»Procuré, por mi parte, tranquilizarla cuanto pude; pero en el fondo no abrigaba casi ninguna esperanza. Tratábase de una tremenda hemiplejía, y á los ochenta años no es fácil salir de ella bien librado. En efecto, por espacio de tres días continuó el enfermo en el mismo estado de inmovilidad y de estupor... Entretanto llegó á París la noticia de Reischoffen. Ya

recordará usted la extraña manera como esto tuvo lugar; hasta al anoecer todo el mundo creía que habíamos alcanzado una gran victoria, veinte mil prusianos muertos, el príncipe real prisionero, etc., etc... Nunca he podido explicarme cómo parte de aquella corriente magnética, tal vez un eco de aquella alegría nacional, llegó hasta el pobre sordo-mudo, en el limbo de su parálisis. El caso es que aquella tarde, al acercarme á su cama, no me pareció el mismo hombre. Presentábanse sus ojos casi del todo claros, la lengua era menos pesada; hasta tuvo fuerzas para sonreír al verme y dos veces tartamudeó:

» — ¡Vic...to...ria!

» — ¡Si, coronel, victoria inmensa!

» Y á medida que le daba pormenores del grandioso éxito alcanzado por Mac-Mahon, veía cómo sus facciones se suavizaban, perdiendo la sequedad y tirantez de antes, y cómo su rostro se animaba de nuevo.

» Al salir de la habitación hallé á la jovencita que, pálida, de pie delante de la puerta, me aguardaba sollozando.

» — ¡Pero si se ha salvado! la dije tomándole las manos.

» La desgraciada niña casi no tuvo valor para contestarme. Acababan de anunciar el verdadero Reischaffen. Mac-Mahon en retirada, el ejército destrozado por completo... Por un momento nos miramos consternados. La niña se desesperaba pensando en su padre, y yo temblaba por aquel anciano. A buen seguro que no resistiría la nueva sacudida... Y con todo ¿qué partido tomar?... ¿Dejarle la alegría, las ilusiones que casi le habían devuelto la vida?... En este caso era preciso mentir...

» — Pues bien, mentiré, me dijo la heroica niña enjugándose con viveza las lágrimas.

» Y radiante de alegría, entró en el aposento de su abuelo.

» Ardua tarea era la que se había impuesto. Durante los primeros días no nos salió mal el embuste. El pobre hombre estaba débil y se dejaba engañar como un niño, pero al recobrar la salud las ideas se le presentaron más claras. Hacíase indispensable ponerle al corriente del movimiento de las tropas, por medio de un resumen de los boletines militares. Daba verdadera lástima contemplar aquella bellísima criatura inclinada día y noche sobre el mapa de Alemania, clavando pequeñas banderas y esforzándose en combinar toda una campaña gloriosa. Bazaine dirigiéndose á Berlín, Froissart en Baviera, Mac-Mahon en el Báltico. Para todas estas cosas me pedía consejo, y por mi parte la ayudaba en cuanto podía; pero la verdad es que el abuelo era quien nos guiaba en estas invasiones imaginarias. Había conquistado tantas veces la Alemania durante el primer Imperio, que anunciaba todos los movimientos por anticipado. «Ved ahí dónde se dirigirán ahora... He ahí lo que van á hacer...» Y naturalmente, sus pronósticos se cumplían al pie de la letra, lo que bastaba en gran parte para ponerle orgulloso y satisfecho. Desgraciadamente, por más cuidados que tomáramos y por más batallas que ganásemos, nunca lo verificábamos con bastante rapidez, porque aquel viejo era insaciable... Cada día al entrar en su casa recibía la noticia de un nuevo hecho de armas.

» — Doctor, hemos tomado Maguncia, me decía la joven recibíendome, con una sonrisa desgarradora.

» Y al mismo tiempo oía al través de la puerta una voz alegre que gritaba:

» — La cosa marcha... la cosa marcha... Dentro de ocho días entraremos en Berlín.

» Cuando decía esto los prusianos se hallaban ya á ocho días de París... Entonces nos preguntamos si sería mejor trasladarlo á provincias; pero al salir á fuera, por el estado en que se encontraba el país, al instante se hubiera enterado de todo, y le hallaba yo muy débil y demasiado torpe aún á causa de la gran sacudida que había sufrido para dejarle conocer la verdad. Decidimos, pues, no salir de París.

» El primer día del bloqueo subí á aquella casa (lo recuerdo perfectamente) muy conmovido, con la angustia mortal que á todos nos causaba el cierre de puertas de París, la batalla



en las murallas, y nuestros arrabales convertidos en fronteras. Hallé al pobre viejo sentado en la cama, orgulloso y lleno de júbilo.

»—¿Qué tal? me dijo, ¡por fin ha comenzado el sitio!

»Le miré estupefacto.

»—¡Cómo, coronel! ¿sabe usted que?...

»Su nieta, entonces, vino hacia mí y me dijo:

»—¡Oh, sí, doctor!... ¿No sabe usted la gran noticia?... El sitio de Berlín ha comenzado ya, dijo sacando un alfiler con aire reposado y tranquilo.

»¿Cómo era posible que sospechara nada? No podía oír los cañonazos de los fuertes. No podía ver el revuelto y siniestro aspecto de la infortunada capital. Lo único que vela desde su cama era uno de los lados del Arco de Triunfo, y en su habitación, á su alrededor, una serie de objetos de baratillo de la época del primer Imperio que parecían á propósito para mantener sus ilusiones. Retratos de generales, grabados representando batallas, el rey-niño de Roma; luego las grandes, esbeltas y macizas consolas adornadas con trofeos de cobre, llenas de reliquias del Imperio, medallas, bronce, un pedazo de roca de Santa Elena debajo de un globo de cristal, varias miniaturas representando todas ellas una dama de ojos claros y rizados cabellos, en traje amarillo de baile, con mangas ahuecadas.

»Y todos estos objetos, las consolas, el rey de Roma, los generales, las damas con trajes amarillos, de esbelto talle y de alta cintura, con el envaramiento distintivo de la elegancia en 1806... formaban una atmósfera de victorias y conquistas que contribuía mucho más que cuanto podíamos decirle, á hacerle creer con ingenuidad infantil en el sitio de la capital de Prusia.

»A partir de aquel día nuestras operaciones militares quedaron en extremo simplificadas. La toma de Berlín era sólo cuestión de tiempo; de vez en cuando, si el pobre anciano se aburría mucho, leíasele una carta de su hijo; carta imaginaria, por supuesto, porque estábamos in-comunicados, y desde el desastre de Sedán el ayudante de campo de Mac-Mahon fué conducido á un fuerte de Alemania. Ya puede usted figurarse la desesperada situación de aquella tierna niña, que careciendo por completo de noticias de su padre y sabiendo que se hallaba prisionero, privado de todo y tal vez enfermo, se vela obligada á hacerle hablar en fingidas y alegres cartas, algo cortas, como las escribiría un soldado en campaña marchando victorioso en país conquistado. Algunas veces le faltaban fuerzas para ello y se pasaban semanas enteras sin noticias del ayudante. El anciano coronel se inquietaba, no dormía, y entonces llegaba á toda velocidad una carta de Alemania que la niña leía, con fingida alegría y reprimiendo el llanto, junto á la cama del enfermo. El coronel la escuchaba con religioso silencio, sonriendo con aire de inteligente. Y aprobando unas cosas y criticando otras, nos explicaba los pasajes oscuros. Pero lo verdaderamente notable eran las supuestas contestaciones que dirigía á su hijo:

»No te olvides nunca de que eres francés, le decía... Sé generoso con los infelices. No contribuyas á que la invasión sea para ellos una carga insoportable...» Y aquí venían un interminable número de advertencias, de deliciosos sermoncitos sobre el respeto que merecen las propiedades, la galantería que debe usarse para con las señoras; en fin, un verdadero código de honor militar para uso de conquistadores. También á veces añadía algunas consideraciones generales sobre la política y las condiciones con las que debía estipularse la paz con los vencidos. Respecto á este punto menester es confesar que no era exigente:

»La indemnización de guerra, y nada más... ¿De qué nos serviría tomarles algunas provincias?... ¿Es posible, por ventura, ensanchar nuestra patria con territorios germanos? ¿Serían nunca franceses?...»

»Dictaba estas frases con voz segura y tan claramente se echaba de ver la ingenuidad de sus palabras llenas de amor patrio, que era imposible escucharle sin conmovirse.

»Mientras tanto el sitio adelantaba sin cesar, pero ¡ay! no era el de Berlín, por desgracia...

Habíamos llegado al bombardeo, al horroroso frío, á la peste y al hambre; pero gracias á nuestros cuidados, á nuestros esfuerzos y á la infatigable ternura que se prodigaba en torno de aquel anciano, ni un solo instante fué turbada su serenidad. Hasta los últimos días pude proporcionarle pan blanco, carne fresca, que tal vez sólo para él se hubieran hallado. Nada, en verdad, puede concebir usted más conmovedor que los almuerzos de este abuelo tan inocentemente egoísta; el buen anciano, metido entre sábanas, alegre y risueño, con la servilleta debajo de la barba, junto á él su nieta, algo pálida á causa de los ayunos, dirigía las manos del abuelito, dábale de beber, ayudándole á comer todos aquellos alimentos que para los demás eran fruta vedada. Animado entonces por la comida y satisfecho, en su bien calentado gabinete, contemplando al través del balcón el helado cierzo de invierno y la nieve que se arremolinaba en las ventanas, acordábase el antiguo coracero de las campañas del Norte, y por centésima vez nos refería la desastrosa retirada de Rusia, donde no podía comerse otra cosa que galleta helada y carne de caballo.

»—¿Entiendes tú, chiquilla? ¡comíamos carne de caballo!

»Ya lo creo que lo entendía; hacia dos meses que no se alimentaba de otra cosa... Sin embargo, á medida que entraba en la convalecencia nuestros trabajos con el enfermo eran cada día más dificultosos. Aquel entorpecimiento de todos los sentidos y de todos los miembros que tanto nos había favorecido hasta entonces empezó á disiparse. Ya dos ó tres veces las terribles descargas de la puerta Maillot le habían hecho dar un salto en la cama, y el hombre estaba siempre en acecho como perro cazador. Nos vimos, pues, obligados á inventar la victoria final de Bazaine en Berlín y las salvas hechas en los Inválidos para celebrar tan fausto suceso. Otro día en que trasladamos la cama muy cerca de la ventana (creo que era el jueves de Buzenval) pudo ver perfectamente á algunos guardias nacionales que se reunían en la Avenida de la Grande-Armée.

»—¿Qué son estos soldados? preguntó el buen hombre.

»Y advertimos que refunfuñaba:

»—Mal porte tienen, mal porte.

»Es verdad que no añadió ni una palabra; pero esto bastó para que comprendiéramos que desde aquel instante era indispensable tomar grandes precauciones. Desgraciadamente no se tomaban bastantes.

»Una tarde, al llegar yo allí, acercóseme la niña muy perturbada y me dijo:

»—¡Mañana entran!

»¿Estaba abierta la habitación del abuelito? No sé; el caso es que después, recordando todos los detalles, me vino á la memoria que aquella noche la fisonomía del anciano presentaba un aspecto extraordinario. Es muy probable que nos oyera. Pero nosotros hablábamos de los prusianos y el infeliz no pensaba más que con los franceses, cuya entrada triunfal aguardaba impaciente desde muchísimo tiempo. Mac-Mahon bajando entre flores y música por la avenida, su hijo al lado del general y él, ¡pobre anciano! en el balcón, de gran uniforme como en Lutzen, saludando las agujereadas banderas y las águilas ennegrecidas por la pólvora...

»¡Infeliz coronel! Se imaginó que tratábamos de evitar que presenciara el desfile de nuestros soldados al objeto de que no sufriera una emoción demasiado fuerte; por esto, sin decir una palabra á nadie, á la mañana siguiente y á la hora precisa en que los batallones prusianos penetraban con cierto temor en la larga vía que conduce desde la puerta Maillot á las Tullerías, la ventana de aquella casa se abrió poco á poco y apareció el coronel con su casco, su gran levita, en una palabra, con toda la antigua y gloriosa herencia de coracero y veterano de Milhaud.

»Todavía no acierto á comprender el esfuerzo de voluntad y el repentino impulso de vida que llegaron á ponerle de pie y de gran uniforme. Lo cierto es que él estaba allí detrás de la baranda, admirándose de ver las anchas avenidas tan silenciosas, las persianas de las casas

cerradas, y París lúgubre como un gran lazareto. En todas partes banderas, sí, pero, ¡cosa más rara! todas ellas blancas con cruces encarnadas, y ni un solo curioso para recibir á nuestros soldados.

»Por un instante creyó que se engañaba... pero pronto allá á lo lejos, detrás del Arco de Triunfo, oyó un confuso rumor, y á la luz del naciente día vió una línea negra que iba avanzando... y luego poco á poco pudo distinguir las brillantes puntas de los cascos, los pequeños tambores de Jena empezaron á batir, y por debajo del Arco de la Estrella, acompañada del pesado movimiento de las secciones y del chocar de los sables, rompió la marcha triunfal de Schúbert...

»Entonces, en medio del aterrador silencio de la plaza, se oyó un grito, grito terrible de: «¡A las armas!... ¡á las armas!... ¡los prusianos!» Y los cuatro hulanos de la vanguardia pudieron contemplar allí arriba, en aquel balcón, al gran anciano tambalearse, mover los brazos y caer desplomado al suelo. El coronel Jouve dejó de existir para siempre.»

ALFONSO DAUDET.



TIPO VENECIANO.—CUADRO DE J. LIECK



# LA LINTERNA MÁGICA

## CUATRO PALABRAS AL PÚBLICO



1



2



3



4

Señores:

El origen de la linterna mágica, se pierde en la oscuridad de los tiempos. Hay quién asegura que su luz, anterior á la del sol, perteneció á un mundo por todos desconocido.

Hoy hago uso de este aparato de proyección, para hacer desfilar ante ustedes los personajes de una escena sucedida hace pocos días.

Atención, señores; empieza el relato.

Estamos en Madrid.

En la primera vista, señores, pueden observar el verdadero retrato de dos pretendientes á la mano de una señorita joven, hermosa y heredera de una inmensa fortuna. Entrambos no se conocen personalmente, á pesar de abrigar idénticas aspiraciones.

El de la izquierda es el doctor Gómez, el preferido de la bella madrileña. El otro es un arrogante y apuesto militar.

En la segunda pueden admirar la fiel efigie de Fifita, la rica doncella. Su corazón pertenece al doctor Gómez, al cual ha jurado ser su esposa ante Dios y los hombres.

Pasemos á otra vista.

En lugar de su prometido Gómez, una mañana entra como una bomba el otro pretendiente, Roldán Percol, que sin preámbulos se arrodilla, dispara una ardiente declaración de amor, ignorando que la bella Fifita había colocado ya su corazón.

Conmovida y con sorpresa, empieza por levantarle de aquella posición. Con buenas palabras logra calmarle, y poco á poco le hace tragar la píldora de que su amor pertenece por entero al doctor Gómez, con el cual será en breve indisolublemente unida.

Roldán se retira, con el solo pensamiento de conocer á su rival, y á toda costa quiere encontrarle aquel mismo día.

Estamos en la cuarta vista.

Roldán ha encontrado una sencilla estratagema para conocer á su rival, y fácilmente logrará satisfacer su curiosidad, puesto que la *Gula de Madrid* le da la dirección del doctor

Gómez con el cual tendrá una consulta médica, fingiéndose enfermo.

En la quinta vista, señores, pueden ver al fogoso Roldán metido en un rápido *simón* que le conduce á casa del doctor.

¡Cuántas cosas proyecta su mente!

Lo cierto es que quiere convencerse por sí, de la superioridad en belleza y juventud de su rival, puesto que ha sido preferido por Fifita.

Atención á la sexta.

Llega á la habitación del doctor Gómez con el firme propósito de conversar con él, pretextando una consulta; llama á la puerta, y una criada sale á preguntar, quién, cómo y qué desea.

Habiendo dicho que deseaba una consulta médica le hacen esperar en el despacho, en tanto que la criada entra por las habitaciones de la casa á dar aviso á su amo.

En este interregno, Roldán observa los diferentes objetos que le rodean. Cuadros artísticos de renombrados autores adornan las paredes: todo respira buen gusto, tanto en los muebles como en su colocación.

Lo que le deja estupefacto es un gran retrato al óleo, pintado de mano maestra, de la hermosa Fifita. Frente á dicho prodigio de arte queda embelesado, hasta que los pasos del doctor le avisan para seguir el papel de enfermo.

Y vamos con la octava vista.

Entra el doctor, un señor sesentón, con grave continente. Saluda á Roldán, y después de cortesés preliminares, le pregunta por su enfermedad. Y después de mirarle la lengua, hace su diagnóstico y le receta un ligero purgante.

Roldán paga la consulta, se despide y enfila la puerta, sonriendo y contento del resultado.

En la novena vemos á nuestro Roldán que, no encontrando *Simón* ni *Manuela*, corre presuroso á casa de Fifita á suplicarle una explicación del extraño fenómeno de amar á un viejo sesentón que puede ser padre de ambos.

La bella Fifita le recibe con amable sonrisa; Roldán se ríe del mal gusto y la dirige alguna que otra sátira.

Fifita se indigna, y asegura que Roldán padece una lamentable equivocación, y para disuadir al obstinado, toma de una pequeña mesa un *álbum* de retratos, y abriéndole, presenta una página en donde están, en un lado, el retrato del doctor Gómez (padre) y en el otro el del doctor Gómez (hijo).



5



6



7



8



9

## LA LINTERNA MÁGICA



10



11

—¿Lo reconoce usted? dice indicando al padre.

—Perfectamente.

—Pues bien, ese es el retrato de mi futuro suegro!!...

Roldán se queda como la mujer de Lot.

La boda se ha verificado.

Señores; la última vista.

Al siguiente día del himeneo del doctor Gómez con la bella Fífitá, se encontró un cadáver en la fuente de la Teja.

Desde luego se comprendió que se trataba de un suicidio, pues sobre el finado había este lacónico y expresivo escrito:

*Muero por Fífitá.*

Señores; la explicación ha terminado. Apago la linterna.  
Buenas noches.

MELITÓN GONZÁLEZ.



12





# ¡SOLEDAD!

NOVELA ESPAÑOLA

FOR

D. C. SUAREZ BRAVO

## CAPITULO VI

CAMBIO DE PUNTERÍA

(CONTINUACIÓN)

Indudablemente, en el diabólico magín de Ricardo había germinado é iba tomando cuerpo alguna idea, para cuya realización necesitaba atraerse la confianza de su hermana: cuál era ésta, pronto lo vamos á ver. Acabado el almuerzo se retiró á su cuarto, y sintiéndose soñoliento y no siendo por otra parte hora á propósito para ver á su paniaguado, se tumbó sobre una butaca, quedándose dormido con el puro en la boca y con el sueño de la inocencia. La

hora de las once en que su padre le había despertado era, para sus hábitos, demasiado matutina, y hasta las cinco no se desprendió de los brazos de Morfeo. Apenas despierto, consultó el reloj, se levantó de la butaca y se lanzó á la calle, dirigiéndose al casino, donde esperaba encontrar á Camporredondo. Hallábase éste, en efecto, en el gabinete de lectura, leyendo los periódicos ingleses, pues aunque los asuntos políticos de España andaban por tales caminos que despertaban interés y lástima en toda Europa, Camporredondo hacía gala de no saber de lo que pasaba á su alrededor más que lo que le contaban *The Times* ó *The Standard*. La única sección de los periódicos españoles que se permitía leer diariamente era el boletín de la bolsa.

Al sentir que Ricardo le tocaba en el hombro, Camporredondo se levantó, dejando á medio leer una interesante reseña de las revueltas de Madagascar. Su compinche le llevó á una sala solitaria y le dijo en voz baja, después que ambos hubieron tomado asiento:

—Y bien, ¿ha visto usted á don Bruno?

—No, no le he visto, contestó Camporredondo; pero me prometió que esta misma mañana haría la petición en toda regla á su padre de usted. ¿Sabe usted si lo ha hecho?

—Aunque por noticias indirectas, casi puedo asegurar á usted que cumplió su palabra.

—Seguro estaba yo de ello. ¿Y qué? Supongo que será asunto terminado.

—¿Eso cree usted?

—Usted tenía tal confianza en la eficacia de ese paso...

—Es que el mejor tirador yerra alguna vez la puntería, y además, se me figura que no hemos apuntado al verdadero blanco.

—No entiendo...

—Ya lo irá usted entendiendo. Pero ante todo, necesitamos saber qué es lo que pasó en la entrevista de los autores de nuestros días. ¿Tiene usted ahí su coche?

—Me está esperando á la puerta.

—¿Don Bruno se encontrará en casa?

—A no ser que algún negocio importante le obligue á salir, en ella se encuentra siempre.

—Sí, al cuidado de su alma, dijo Ricardo riendo y señalando con la mano derecha el bolsillo. Convendría verle cuanto antes.

—Pues ahora mismo.

Los dos asociados salieron, y embutidos en el reluciente *milord*, llegaron en pocos minutos á la casa del usurero.

Ocupaba éste un cuarto casi miserable y de poquísima luz, en una calle estrecha del interior de Madrid. Camporredondo, que sólo por lo apremiante del caso se había resignado á llevar al que esperaba hacer su hermano político á aquella especie de trampa, en la que tantos infelices necesitados habían dejado la piel, refería á Ricardo, al subir tropezando la oscura escalera, sus inútiles esfuerzos porque su padre cambiara de vivienda y se instalara de un modo más *confortable* y más en armonía con su posición.

—¿Qué quiere usted? decía con tono lastimero. No es posible luchar con una manía de viejo...

—No, hombre; de avaro, contestó Ricardo tirando de la campanilla, que tuvo que buscar á tientas.

Don Bruno los recibió en una sala que rechaza toda descripción, porque en ella no había más que una mesa y algunas sillas de paja. No podía, pues, decirse que estaba sucia, porque la suciedad no tenía objetos en que darse á luz. La sensación única que producía aquella habitación desnuda era una sensación de frío. Había motivos para admirar el poder de Dios, que conservaba á un ser sano y enérgico en aquella atmósfera tísica y viciada.

Don Bruno clavó una mirada inquisidora sobre Ricardo, á quien desconoció, por hacer ya algunos años que no le había visto.

—Es mi futuro hermano político, dijo Camporredondo, señalando á su acompañante una

silla para que se sentara y ocupando él otra, después de sacudirla dos ó tres veces con su pañuelo.

El usurero, que no se movió de la suya situada frente á la mesa, en la cual no había más objetos que un tintero, que debía ser de vidrio, una pluma y un cuaderno mugriento lleno de números, que contenía probablemente toda su contabilidad, contestó con sonrisa equívoca:

—¿Tu hermano político? Muy pronto lo has dicho. Gabriel está muy mareado y no se contenta para yerno con menos de un marqués.

Sonrió Ricardo maliciosamente al oír esta observación de don Bruno, que, atendidas sus sospechas, tenían mucha más exactitud de la que podía figurarse el usurero, y éste prosiguió:

—Yo fui á verle con intenciones pacíficas y sin sospechar que pudiera ser mal recibida mi petición. Tenía mis motivos para pensar así, y además, iba dispuesto á soltar en arras del contrato lo que él hubiera tenido en otro tiempo por una gran fortuna; pero el hombre se me puso por las nubes. Siempre fué vanidoso, pero desde que se ha echado á la vida de gran señor, se ha vuelto además tonto. No se ofenda usted, joven, si hablo con esta confianza, dijo el usurero volviéndose á Ricardo. Su padre de usted y yo hemos vivido con mucha intimidad y nos tratamos con franqueza.

—¡Qué he de ofenderme, hombre, qué he de ofenderme! A mí la franqueza me gusta mucho. Ese es mi flaco. Prosiga usted.

La clínica jovialidad de esta salida, no dejó de sorprender á don Bruno, el cual, después de echar una mirada de sorpresa, no exenta de curiosidad, prosiguió pausadamente su relación, dirigiéndose, ya á uno, ya á otro de sus dos oyentes:

—Según acabo de decir, yo iba de moro de paz, y sin ánimo de que riñéramos; pero el hombre me echó al rostro tales bocanadas de soberbia, me trató tan de alto á abajo, olvidando historias que debieran obligarle á bajar el tono conmigo, que sin perder los estribos, porque yo no los pierdo nunca, me vi en la necesidad de atarle corto y hacerle entender sin rodeos ni contemplaciones, que yo no iba allí á pedir sino á exigir.

—¡Bravo! exclamó Ricardo.

Volvió el usurero á mirar al joven con expresión indefinible y continuó volviéndose á su hijo:

—Figúrate que me habló de tí en términos tan desdeñosos y tan como si no fueras mi hijo, y á mí me trató con tan poco miramiento...

—¿Pues qué le dijo á usted? preguntó Ricardo.

—Me llamó usurero mugriento y no sé qué lindezas más. De cualquier otro lo hubiera tolerado. El dinero es una mercancía, y yo á nadie obligo á tomar el mío. El que encuentra que le doy caro, dueño es de ir á buscarle á otra tienda. Si acepta libremente el precio que yo le pongo, es porque le tiene cuenta. Bien agradecidos y contentos se van los que le reciben. Verdad es, que cuando se trata de pagar, cambia la decoración, y me ponen de usurero y de hombre sin entrañas que no hay más que pedir; pero éste es un desahogo natural que yo perdono, aunque sin entermecerme, porque el negocio es asunto de razón y no de sentimiento. No quieren acabar de comprender que todo contrato de préstamo tiene dos partes, y que el *toma* de la primera, trae consigo irremediablemente el *daca* de la segunda. De todas maneras, es un contrato libre, en el que no hay, ni puede haber engaño. ¡Usurero! Palabra sin sentido común, que oigo como quien oye llover.

—Lo de mugriento fué sin duda lo que á usted le picó, observó Ricardo.

—Mucho menos, dijo encogiéndose de hombros don Bruno. Porque, lo que yo le dije á Gabriel: cada cual tiene sus gustos, y yo prefiero tener mi guardarropa en dinero contante y sonante. ¡Cuántos recientemente vestidos por Caracuel, han estado ahí, donde usted se encuentra, pidiéndome de rodillas que les sacara de apuros, agarrados á las faldas de esta levita pecadora que usted ve, prenda comprada en el Rastro hace treinta años!



—¡Venerable antigüedad!

—Pero, padre, dijo Camporredondo con gesto contrariado, hay que vivir en el mundo, y la verdad es que el traje que usted lleva no es decoroso... no es decente.

—¡Quita allá! replicó don Bruno. Las modas de vestir cambian á cada momento, pero la moda del dinero no cambia nunca. Más de una vez, cediendo á tus importunidades, he salido de mi casa decidido á vestirme de nuevo y á gastar, ¿qué sé yo? catorce... diez y seis y hasta veinte duros; pero al llegar á la sastrería siempre he pasado de largo y me he vuelto á mi casa halagado por esta idea, para mí más gustosa que el mejor traje de París. He ganado veinte duros.

—Pero, en fin, dijo riendo á carcajadas Ricardo, ¿por qué en boca de mi padre le escocían á usted los epítetos de usurero mugriento, de que *in genere* se gloria?

—Porque él no tiene derecho á hacer conmigo el melindroso, á propósito del mayor ó menor interés á que acostumbro hacer mis préstamos, si se tiene en cuenta que hemos hecho juntos negocios hasta más peliagudos... Negocios lícitos, ¡pues es claro! porque los negocios siempre lo son. Dios da al hombre el primer duro para que se industrie con él y sirva de imán que atraiga el dinero de los tontos. ¡Pero atreverse él á decirme en mis barbas que no quería emparentar con el hijo de un usurero! Esto me llegó á lo vivo; y como advertí que la vanidad tenía ofuscado su entendimiento, le amenacé con hacer públicos los manejos que fueron la base de su fortuna, planteándole crudamente la cuestión en estos términos: ¡O la boda ó la deshonra!

—¡Eso es! dijo Ricardo como si se tratara del gran turco. ¿Y la amenaza hizo efecto?

—Á juzgar por las muestras, mayor del que yo podía esperar. Lloró, suplicó, me ofreció dinero... Por esta buena pieza, dijo don Bruno señalando á su hijo, desprecié la ocasión de hacer un buen negocio. Pero yo soy así... cuando me tocan en lo vivo... ni barras de oro me conmueven.

—Pero ¿en qué quedaron ustedes? ¿Consintió?

—No; pero le dejé muy blando. Consentirá.

—Pues sepa usted... que no consiente.

La seriedad con que Ricardo pronunció estas palabras, hizo fruncir el ceño al prestamista.

—¿Y cómo lo sabe usted? Gabriel no es hombre tan sin experiencia, que vaya á consultar asuntos de esta especie con un mala cabeza... Además, no es verosímil que haya referido á usted...

—Sea por lo que sea, interrumpió Ricardo con tono decisivo, él me habló del asunto; aunque sin referirme la entrevista celebrada con usted, y me aseguró terminantemente que por nada de este mundo violentará la voluntad de su hija.

—¿Acaso su hermana de usted necesita ser violentada para casarse con Eleuterio? dijo don Bruno, á quien no se le había ocurrido, ni por un momento, que su hijo pudiera no ser del agrado de una mujer.

—¡Bien dicho! ¡Cosas de Ricardo! afirmó Camporredondo acariciándose las patillas con aire de conquistador.

—Á no ser que esté ya encaprichada por otro...

—Usted lo ha dicho, don Bruno, usted es hombre de pesquiá. Mi hermana está más que encaprichada, enamorada de otro que no es su hijo de usted, el cual, si no estuviera siempre mirándose á sí propio, ya lo habría visto como yo. Bien se lo hice notar antes de ayer en el baile de la duquesa. Mi hermana está enamorada de otro, que además es marqués...

—¡Diablo! exclamó don Bruno.

—Y por añadidura... es marqués de la Puente.

—Ese era el título de la familia cuyos bienes administró... con tanto provecho, su padre de usted...

—¿El marqués de quien estamos hablando es hijo del principal de mi padre?...

—Por supuesto, no tendrá una peseta, observó don Bruno fijando con aire jovial sus ojos de gavilán en Ricardo.

—Dejémonos de pullas, dijo éste con su acostumbrado cinismo. El hecho es que la plaza está ocupada.

Don Bruno se volvió á su hijo:

—Ya lo estás viendo. La niña quiere á otro. Mujeres de sobra hay en el mundo. Busca por otro lado. Tienes dónde escoger.

—Es que yo creo... que el asunto pudiera todavía enmendarse.

—¿Lo oye usted? dijo Camporredondo mirando á su padre.

—Pero, hombre, ¿después de lo que acabas de oír, todavía insistes en casarte con la chica? Los jóvenes de ahora tenéis más estómago que los de mi tiempo.

—El matrimonio es un negocio como otro cualquiera.

—Pero éste resultaría para tí un mal negocio. Créeme.

—Vamos á ver. ¿Cuánto cree usted que puede dar don Gabriel á su hija? pregunto Camporredondo á su padre.

Don Bruno se volvió á Ricardo, como para pedirle rectificación, en caso de que sus cálculos no resultaran exactos.

—Pues me parece que Gabriel podría, sin gran desacomodo, soltar... por de pronto, diez millones.

Ricardo asintió con una inclinación de cabeza.

—Creo haberme quedado corto... Gabriel ha hecho grandes negocios en estos últimos tiempos con el gobierno y está muy rico.

—¿Y usted piensa, dijo Camporredondo dirigiéndose á Ricardo, que el asunto tiene todavía arreglo? ¿Cree usted que don Gabriel?...

—Por ahí no hay nada que esperar. Es preciso cambiar la puntería y obligar á Luisa á consentir en darle á usted su mano. Me comprometo á intentarlo, y, lo que es mejor, á conseguirlo.

—Pues á ello y cuente usted... con mi gratitud.

Ricardo sacó tranquilamente la petaca y ofreció un cigarro á sus dos interlocutores.

—No lo gasto, dijo don Bruno, pero le tomo.

Y se lo metió en el bolsillo.

—Pues como usted indicaba hace poco, amigo Camporredondo, y aquí Ricardo lanzó una columna de humo, estamos tratando de un negocio y conviene fijar bien las condiciones. Usted va á caza de diez millones, soberbia pieza que no se presenta á tiro todos los días. Si yo la pongo al alcance de su escopeta, ¿qué es lo que voy ganando?

—Fije usted el precio.

—Eso es hablar. Pues bien; mi precio, es un precio fijo. Sobre los cuatro mil duros que usted me ha dado ya...

El usurero, al oír esta enormidad, miró á su hijo con lástima y asombro.

—Sobre estos cuatro mil duros, repito, me dará usted diez y seis mil el día en que Luisa consienta en otorgarle á usted su blanca mano.

—¡Pero eso es un robo! exclamó don Bruno. ¡Qué manera de echar miles de duros por la boca! No parece sino que el dinero brota del suelo como la alfalfa. ¡Si ustedes hubieran tenido que ganarlo! Diez y seis y cuatro, veinte mil duros. ¿Y para qué? ¿No te avergüenzas (esto lo dijo el usurero volviéndose á su hijo) siendo como eres joven, rico... guapo; el retrato de tu madre á quien llamaban el sol de Mondoñedo, de comprar á una mujer á dinero contante, corriendo el peligro de que ésta te dé... lo que mereces? ¿Y qué decir de esta mala ralea, prosiguió encarándose con Ricardo, que vende á su hermana como Judas vendió á su Maestro.

—Pero, padre, considere usted que son diez millones.

—¡Diez millones!... Mucho, mucho dinero es, pero...

—Diez millones... y lo que pueda venir después, que quizás será otro tanto, añadió Ricardo.

—¡Qué borrachera de millones! Es para hacer perder la cabeza... En fin, yo me lavo las manos. Con este negocio no cargo yo, y eso que me precio de tener buenas espaldas.

—¿Conque... cerramos el trato? dijo Ricardo levantándose.

—Queda cerrado, contestó Camporredondo imitándole.

Uno y otro se despidieron del usurero; pero éste, antes de que transpusieran la puerta, llamó aparte á su hijo y le dijo en voz baja:

—Mira á ver si puedes hacer que rebaje dos mil duros... ó por lo menos mil... ó quinientos... lo que puedas. Como te vea sostenido...

—Está bien, está bien. Pierda usted cuidado.

—Espera.

Y sacando del bolsillo el cigarro que le acababa de dar Ricardo, dijo á su hijo bajando todavía más la voz:

—¿Será habano?

—Legítimo. Cada uno de esos cigarros cuesta aquí una peseta.

Mientras se alejaba su hijo, don Bruno quedó diciendo para sí:

—¡Una peseta! Ya me darán medio real por él, en el café de enfrente. ¡Y hacen un negocio loco!

*(Continuará).*





## NUESTROS GRABADOS

### PENA DE AZOTES «BORIA AVALL»

CUADRO DE F. GALOFRE OLLER

De la pena de azotes decían nuestros jurisconsultos que, á fuer de infamante, debía considerarse muy grave, y que por esta razón no solía imponerse sino en castigo de delitos torpes y degradantes.

En lo cual se atemperaron á la doctrina jurídica proclamada más tarde por Filangieri, cuando dijo que las penas infamantes sólo debían imponerse en castigo de delitos infamantes también por su naturaleza. Y esto así, porque la ley no establece la infamia, sino que la proclama y sanciona, ratificando el fallo de la opinión pública y haciéndolo á todos notorio.

A esos tales imponían nuestras antiguas leyes una manta de azotes, que se administraba paseando al reo montado en un asno por las calles acostumbradas en la respectiva localidad y dándole el verdugo en cada esquina con la penca en las espaldas desnudas.

A veces el instrumento del suplicio era una vara, una correa, ó una disciplina, siempre partiendo del principio de que el reo no debía morir de resultas de la aplicación de esta pena, impuesta con suma frecuencia á los condenados á galeras ó á otros castigos análogos, que recordaban el del laboreo de las minas del Estado, tan á menudo citado en las leyes romanas.

Estaban exentos de la pena de azotes los individuos del brazo militar, como llamaban nuestros antepasados á los nobles; privilegio de que disfrutaron también en Roma los veteranos y los decuriones.

No gozaban de esta exención las mujeres, no obstante la debilidad de su sexo y lo inmoral que resultaba el espectáculo de su flagelación.

Todo esto podría corroborarse con muchos documentos fidedignos. Por no caer en prolijidad nos contentaremos con citar tres ejemplos tomados de los *Dietarios* del Municipio de esta ciudad, correspondientes al siglo XVII, y que elegimos con preferencia á los de otras épocas, por ser aquella á la cual se refiere la escena pintada por el señor Galofre.

Las noticias á que nos referimos, traducidas literalmente del catalán, dicen de este modo:

«1604. *Sábado, 14 de Agosto.*—En este día fué ejecutada la sentencia de muerte en las personas de tres saltadores de caminos que robaban en las costas de Garraf. Fueron azotados, desorejados y ahorcados.»

«1605. *Jueves, 17 de Marzo.*—En este día fué ejecutada sentencia de muerte en la persona de Andrés Lagessa, alias Antoni Negre, del reino de Francia, por foragido y homicida, y fué azotado, desorejado y ahorcado.»

En 17 de Febrero de 1609, apuntábase en el *Dietario* la sentencia ejecutada en las personas de varios delincuentes, leyéndose en la misma nota:

«Los demás fueron condenados á azotes, habiendo entre ellos una mujer inculpada de brujería.»

Antiguamente la cárcel estaba situada en la costanilla ó bajada que aun hoy lleva su nombre, y la triste comitiva descendía en tales casos hacia la plaza del Ángel, cruzándola en derechura á la calle de la Boria. De ahí vino la frase *passar Boria avall*, que en sentido recto significa ejecutar la pena de azotes, y en lenguaje figurado sacar á la vergüenza á uno, metiéndole en un lance en el cual, por cortedad ó por otro motivo, tiene que sonrojarse.

Tal es el asunto del cuadro del artista Galofre Oller, en el cual tanto se ha ocupado la prensa barcelonesa, y del cual puede decirse que Barcelona entera ha querido contemplarlo, yendo como en peregrinación al Salón

Parés, donde se hallaba expuesto. Hubo momentos en los cuales llegó á interrumpirse la circulación en la calle de Petritxol, á causa del gran número de personas que esperaban á la puerta, pues hubo necesidad de hacerlas entrar por tandas.

Galofre Oller ha sabido sacar gran partido del asunto, presentándolo de una manera pintoresca, que fué su principal objetivo, sin que pretendiese dar á su obra mayor alcance, sin convertirla, por lo tanto, en una condenación de la pena de azotes. Comprendió que el tema interesaría al público, como así sucedió, y lo adoptó para su cuadro desarrollándolo con superior habilidad, sobre todo en los efectos de perspectiva. Hábilmente colocado en el Salón Parés producía el efecto de la realidad y esto contribuyó al éxito popular que obtuvo. De los notables méritos pictóricos que en él resplandecen da idea la reproducción que publicamos en este número.

### LA MUERTE DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

PINTURA EN LA NAVE MAYOR DE SAN FRANCISCO EL GRANDE, POR JOSÉ MARCELO CONTRERAS

Es esta una de las interesantes pinturas que adornan la grandiosa iglesia de San Francisco el Grande en Madrid. El artista José Marcelo Contreras, trató el asunto siguiendo las huellas de los grandes pintores españoles, particularmente de Murillo y Zurbarán. Hablando el P. Pedro de Rivadeneira en su *Vida y misterios de la Virgen María*, de las súplicas que antes de su muerte dirigió esta Soberana Señora á su Divino Hijo, añade: «Oyó el Hijo los piadosos ruegos de su Madre y envióle un ángel con la nueva de su muerte y con una palma en señal de la perfecta victoria que había alcanzado del pecado, del demonio y de la misma muerte.» Y escribe más adelante: «Había la Virgen deseado ver en esta hora á los sagrados Apóstoles que á la sazón vivían y andaban predicando las victorias y gloria de su Hijo por el mundo, y echarles su bendición antes de salir de él, y el Señor, á quien todas las cosas están sujetas y obedecen por ministerio de ángeles ó de otra manera, se les trajo para consuelo de Ella y de los mismos Apóstoles que se hallaron presentes, y con ellos otros varones apostólicos.» Ambos pasajes están representados en la pintura que reproducimos, en la cual se encuentra la severidad y el sentimiento propios del asunto.

### TIPO VENECIANO

CUADRO DE J. LIECK

En alguno de los canales de Venecia descubriría el artista alemán J. Lieck la gallarda mujer del pueblo que su pincel trasladó al lienzo y que publicamos en este número. El tipo femenino en el Véneto tiene no pocos puntos de semejanza con el de la mujer en algunas comarcas de España. El cabello y los ojos negros como la endrina, son sus rasgos distintivos, y acaso su mayor belleza. Para que la semejanza en su aire general se aproxime más á las mujeres de la parte oriental de España, usan también las venecianas el pañolón y el pañuelo, cubriendo con el primero casi todo el cuerpo, algo al modo de nuestras malagueñas y gaditanas, y colocándose el segundo á la cabeza ó echado al cuello, cuando el calor les molesta. El atezado rostro de las venecianas allá se va también con el color de las andaluzas. Por tal podría tomarse la que vió Lieck y de la que sacó el busto vigoroso y expresivo objeto de estas líneas.

## MESA REVUELTA

La cerveza es una bebida preparada con cebada germinada; luego tostada y groseramente molida, de la cual se extrae el principio azucarado braceándola ó trabajándola en el agua hirviendo. Concéntrase por medio de la ebullición este primer producto, al cual se le añade lúpulo, y en seguida se deja fermentar. En ciertos países, y señaladamente en la América del Norte, se mezclan con estos ingredientes botones ó yemas de pinabete. La cerveza es más ó menos alcohólica y más ó menos tónica. Cuando no ha fermentado bastante, produce á veces cólicos con entumecimiento ó pesadez de vientre, disentería, iscuria y flujos uretrales que se parecen mucho á la blenorragia. Estos accidentes se precaven generalmente en gran parte tomando un poco de aguardiente después de haber bebido la cerveza.

La cerveza, medianamente fuerte y bien fermentada, es una bebida higiénica, que conviene sobre todo á las personas nerviosas, á los que están expuestos á dolencias inflamatorias, á los que no pueden hacer mucho ejercicio y á aquellas en quienes la acción del vino no es contrabalanceada por los esfuerzos musculares; á las mujeres que crían y suelen tener mucha sed, y á las embarazadas, á las cuales cura muchas veces los hastíos que sufren; y por último, á los niños, en quienes obra como bebida tónica y á la vez poco excitante. Acúsase á la cerveza de producir pesadez y obtusión, así del cuerpo como del espíritu, en los pueblos que la beben habitualmente. Con todo, estos defectos no son ciertamente comunes en todos los pueblos del Norte; y así es que en las provincias de Alemania donde se usa el vino, no se nota más ligereza de espíritu que en aquellas donde se bebe sólo cerveza.

La sidra y la perada ó sidra de peras, son bebidas cuyo principal mérito consiste en poder ser preparadas en un país donde la uva no llega á madurar, donde abundan poco los cereales y donde el agua potable es mala. La sidra bien hecha no causa daño alguno; pero suele ocasionar diarrea en las personas que no están acostumbradas á beberla.

La hidromiel es hoy día poco usada en Europa. Es probable que sus propiedades difieran muy poco de las del vino de miel, cuyo uso es muy higiénico, según refieren los autores.

Las principales bebidas alcohólicas obtenidas por destilación son: el aguardiente, que se extrae del vino, del orujo, de la sidra y de varios cereales; el ron, sacado del zumo fermentado de la caña de azúcar; el kirschwasser, de la pequeña guinda; el ginebra, de la cebada fermentada con bayas de enebro, etc. Todos los licores, bien fuertes, bien edulcorados con azúcar, producen los mismos efectos, generalmente más nocivos que provechosos. El embrutecimiento físico y moral, la demencia y una muerte prematura, suelen ser los efectos de toda bebida fermentada; y las bebidas destiladas producen

estos efectos tristísimos con mucha más prontitud é intensidad. Naciones enteras, razas enteras de hombres, han desaparecido víctimas del aguardiente. Aunque la afición á las bebidas fermentadas es común á todos los pueblos, no hay duda en que el clima favorece ó contraría, según los casos, el desarrollo de esta afición.

La inferioridad de la inteligencia parece ser también una condición del exceso en la pasión por los licores fuertes, tan característica en ciertas razas; y este furor no puede en parte alguna ser más extremado que entre los negros de la costa de África. La raza roja del continente americano y las tribus de la Oceanía han manifestado siempre igual pasión, siendo cosa averiguada que estas últimas tribus conocían la preparación de ciertas bebidas fermentadas antes de que penetrasen en su territorio los europeos. Por otro lado, las razas bárbaras, pero inteligentes del Norte, oponían el uso de las bebidas alcohólicas al riguroso clima de su país, al paso que el legislador de Oriente encontraba en las costumbres de su pueblo un fondo de sobriedad que le puso en el caso de poder vedar á sus discípulos y á sus guerreros el uso de las bebidas que embriagan. Y es que, en efecto, el marino que en nuestros mares y hasta en las puertas de Holanda ó de Normandía, no podría pasar sin una buena ración de aguardiente, sucumbe en poco tiempo si conserva la misma costumbre en el clima de las Antillas ó de Batavia.

El soldado francés, por ejemplo, si está en campaña en el Rhin, ó aunque no sea más que en el centro de su país, necesita vino ó aguardiente para sostener sus fuerzas; y en la Argelia, el alcohol debe ser ya sustituido por el café, ó á lo menos guardarse, para que, unido con los amargos, sirva á fin de combatir el miasma de las lagunas. El soldado ruso herido, consumía en los hospitales de Francia una cantidad de alcohol que habria sido más que suficiente para dos soldados franceses robustos y en plena salud. El soldado español es el más sobrio; aunque aficionado al vino, no lo es tanto al aguardiente, y sabe pasarse con facilidad sin este peligroso difusivo. Por último, la constitución individual y ciertas profesiones hacen también que la economía sea más ó menos refractaria á las influencias del alcohol.

De cincuenta años acá el uso del aguardiente se ha extendido de una manera deplorable en España y más aún en Francia y otros países de Europa. Este uso era ya común en los países donde no se cultiva la vid, y cuyo clima, generalmente húmedo, hace á sus habitantes menos impresionables á los efectos del aguardiente; pero el tal uso, ó mejor dicho, el tal abuso, se ha generalizado tristemente en los grandes centros de población y sus cercanías.

No nos atrevemos á establecerlo rotundamente; pero quizás (como piensan algunos higienistas filósofos), sería llegado ya el caso de oponer leyes suntuarias á esa propaganda de un vicio que tan lastimosos efectos causa en

Inglaterra y Francia, y si (según dicen) los ingleses miden su efecto y la generosidad de su política con la Irlanda por la disminución de los derechos de puertas sobre el aguardiente, ¿no sería digno de los gobiernos continentales seguir el opuesto rumbo, ensayar una saludable reforma, y ver de regular, desde el punto de vista de la higiene pública, la venta de los espirituosos, por el estilo que se reglamenta la venta de los venenos? Sí; porque veneno es el alcohol considerado como bebida; y aún es más que veneno, es un fuego líquido.

\* \* \*

Federico el Grande, rey de Prusia, vestía con tal sencillez que casi rayaba en descuido, hasta el extremo que un mercader holandés lo tomó por un dependiente de jardinero. Hallóle el rey solo en los jardines de Sans-Souci, y se había divertido enseñándole las curiosidades. El extranjero sacó la bolsa y quiso remunerarle el trabajo.—No hay que dar nada, dijo Federico; el rey lo ha prohibido.—El rey no lo ha de saber, repuso el holandés.—Sabe todo lo que ocurre; añadió el rey. Luego le despidió.

\* \* \*

Una mujer cultiparlista es el azote de su marido, de sus hijos, de los amigos, de los criados y de todo el mundo. En la elevación sublime de su genio, desdeña los deberes de esposa, y comienza á convertirse en hombre, al modo de la señorita de l'Enclos. Fuera de su casa es siempre ridícula y justamente criticada, porque no puede dejar de serlo el que sale de su estado y no está llamado por la naturaleza á pertenecer al que quiere tomar. Todas estas mujeres de gran talento no pasan por superiores más que entre los necios. Nadie ignora el artista ó el amigo que dirige la pluma ó el pincel de estas mujeres cuando trabajan; nadie ignora el discreto literato que les dicta en secreto sus oráculos; toda esta charlatanería es indigna de una mujer de su casa. Si tiene verdadero talento, las pretensiones la destruirían; su dignidad consiste en ser ignorada; su gloria consiste en poseer el afecto de su esposo; sus placeres deben consistir en la felicidad de su familia.

\* \* \*

Oyendo un presidente á un querellante fuera del juicio, ausente la parte contraria, atapóse con la mano el un oído, y después que el querellante hubo propuesto ante él su causa y dicho todo lo que había de decir, dijo al presidente:—¿Hame oído bien vuestra señoría?—Respondió:—Bien, por cierto; mas este otro oído guardo para oír á vuestro contrario.—Dando á entender que el juez no ha de determinar cosa ninguna sin primero oír las dos partes, para del todo quedar satisfecho.

\* \* \*

Caminaba un sastre de noche y le agarraron la capa por detrás. Temiendo lo mataran, no se atrevió á moverse, hasta que al salir el sol volvió poco á poco la cabeza, y vió se había enganchado en una zarza. Sacó las tijeras y cortó heroicamente el arbusto, diciendo en tono trágico:

—Lo mismo haría si fueras un hombre.

O el artesano no era aragonés, ó el cuento lo inventó algún labrador para burlarse de los sastres, que nunca han tenido fama de valientes.

\* \* \*

Merece ser conocida, por lo curiosa, la fabricación de las agujas. Para ella se emplea hilo de acero de la mejor calidad. Una vez desbastado el acero y pasado por la hilerá, se le parte en pedacitos iguales. Estos pedacitos pasan á las manos de otros obreros que, en un yunque, aplanan lo que debe ser la cabeza de la aguja: hecho esto se pasan por el fuego para recocer el acero, y después otro obrero, armado de un punzón, hace, sobre el yunque, un agujero en el cabo aplanado, que es el ojo de la aguja: á cada lado del ojo se practica, con la lima, una pequeña ranura destinada á recibir el hilo, y finalmente se hace la punta lo cual se consigue pasando el extremo opuesto al ojo por una piedra de esmeril que da vueltas movida por una rueda de mano. Esta última operación, á causa del polvillo que levanta, era muy perjudicial para los obreros; pero este inconveniente desapareció merced al invento del obrero inglés Prior, en 1809, consistente en un mecanismo que echa el polvo en determinada dirección por medio del viento de un soplete. Acabada así la aguja, ha de sufrir todavía otras operaciones como el temple, el pulirla, el desengrasarla y afinarla. La perfección de las agujas no sólo consiste en lo fino y templado del acero, sino en que la punta esté verdaderamente en el eje de resistencia, y también en que el ojo no rompa el hilo por el roce. Estas excelencias son precisamente las que han dado fama á las agujas inglesas de buena marca.

\* \* \*

El rob de nueces verdes tiene la propiedad de hacer transpirar (cuando de ello hay necesidad), de fortificar el estómago y de precavernos contra todo contagio. Se hace del modo siguiente: Tómese una regular cantidad de cáscaras de nueces verdes, se las machaca en un mortero, al objeto de obtener el jugo. Procédase luego á clarificar este jugo, haciéndole hervir durante algunos minutos y filtrándole con una tela. Mézclense luego dos partes del jugo de nueces con una parte de miel espumosa y cuézase á fuego lento en una olla barnizada, hasta que tome la consistencia de la miel. Si no se puede sacar con facilidad el jugo de las cáscaras de las nueces molidas, humedézcanse con un concentrado cocimiento de otras cáscaras de nuez. De este rob pueden tomarse desde cinco hasta diez y ocho gramos.

\* \* \*

Todos los hombres pueden llegar á ser mejores, pero no todos quieren serlo. ¿Qué hombre hay cuyos esfuerzos hacia el bien hayan sido infructuosos? ¿Qué hombre no ha encontrado la práctica de la virtud más fácil, desde el día en que ha empezado á practicarla? No es porque sea difícil que no la practiquemos, sino que es difícil precisamente porque no nos atrevemos á practicarla.—SÉNECA.



## RECREOS INSTRUCTIVOS

### LA PINTURA

Los colores se preparan de varias maneras, al temple, al óleo, á la aguada y al pastel.

Se puede pintar fácilmente, y con pocos colores que se hallan en todas partes, al temple, empleando el yeso, el azul ultramar, el bermellón, el amarillo, la tierra sombra y las cenizas verdes.

Pónense los colores en polvo y se mezclan con cola disuelta en agua caliente; se empieza á pintar por los tonos fuertes, se continúa por los medianos y se acaba por los toques claros.

El rojo y amarillo dan el anaranjado; el azul y el amarillo, el verde; el rojo y blanco dan el tono rosa; el azul, blanco y tierra sombra, el gris.

Para pintar un objeto se llenan los contornos con el tono medio; luego se dan los toques oscuros, después los reflejos y últimamente los toques claros: en general los reflejos son calientes ó amarillentos si el objeto tiene entonación fría ó azulada, y viceversa, son fríos en el oscuro si en los claros presentan entonación caliente.

Como los colores al temple se aclaran mucho de



tono al secarse, es preciso tomar un ladrillo y ensayar en él los tonos, que al secarse rápidamente por la absorción de la arcilla cocida, indican el tono justo.

Con esos colores, y siguiendo nuestro sistema, pueden decorarse las paredes, habiendo dado encima del enjalbegado una mano de yeso con cola y un poco de azul para templar la crudeza del blanco.

Supongamos que se quieren pintar frutas: si son manzanas ó peras, se llena el contorno del tono medio, es decir, verde con blanco y amarillo, y luego se saca el oscuro con tierra sombra, se dan unos toques de bermellón en la parte más amarillenta, y se sacan claros con blanco y amarillo en las partes brillantes. Si son racimos de uvas moscateles, se preparan con verde amarillento agrisado, y se dan toques de amarillo de oro en el oscuro, y toques de azul con blanco en el claro. Estos principios son aplicables á todas las frutas: y en todo caso nunca deben pintarse inventadas pudiendo copiarlas del natural.

Todo objeto que tenga relieve convexo forma tres zonas de claro-oscuro muy marcados: el claro, el gris y

el oscuro con reflejo: el gris ocupa las tres cuartas partes del objeto, el oscuro la tercera parte y el claro la cuarta parte.

Debe empezarse por pintar objetos sencillos y poco á poco atacar las dificultades progresivamente.

JULIÁN.

Solución á la charada anterior:

CHO-CO-LA-TE



Tres quinta trabaja mucho,  
sesta, doble lauro alcanza,  
seis cuatro dice: «ya escucho»,  
y al nene, dos, se abalanza.  
Con seis una le contesta  
la muchacha al militar,  
y con la cinco protesta  
el que quiere protestar.  
Cinco prima es italiana,  
como prima dos y tres;  
alguien con la cuarta gana  
aunque piense con los pies.  
El todo en los libros sacros  
hallarás sin remisión,  
si eres ducho en simulacros  
de pura imaginación.

### ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en **La Ilustración moderna**, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

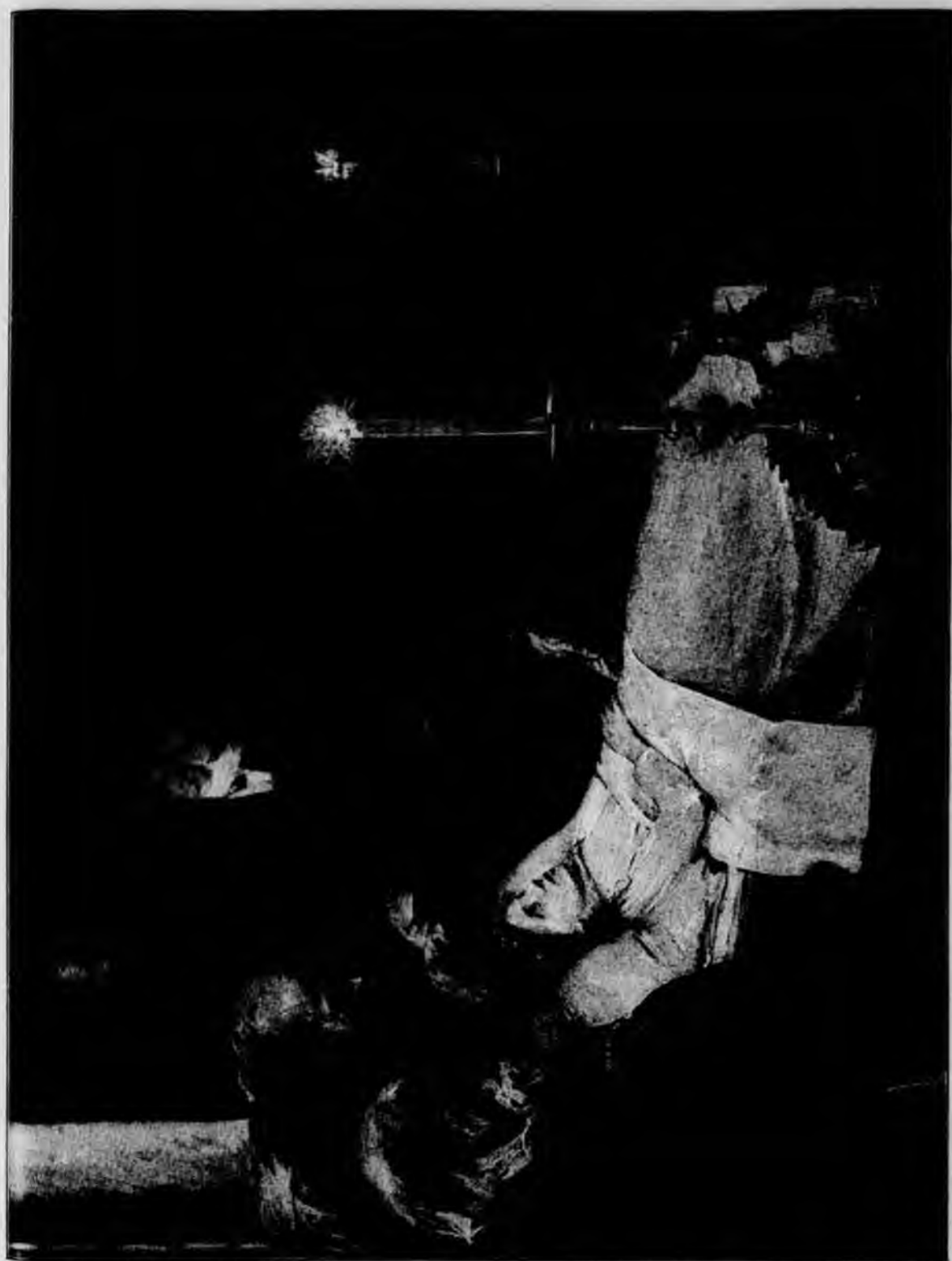
Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los **Sres. Espasa y Comp.<sup>ta</sup>**, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y á las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

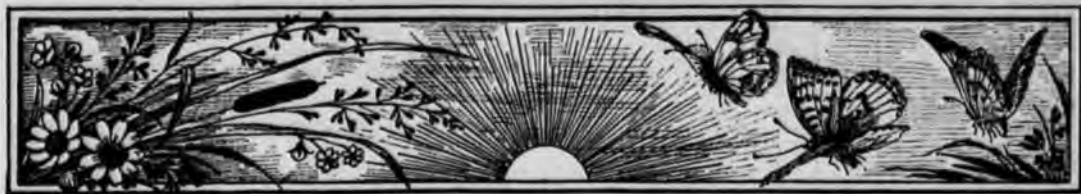
Reservados todos los derechos artísticos y literarios. — **IMP. ESPASA Y COMP.<sup>ta</sup>**



LA HIJA DE JAIRÓ. — CUADRO DE L. FELDMANN







## MEMORÁNDUM

---

**H**A terminado en Huelva la primera parte de las fiestas del Centenario del descubrimiento de América. Sin ánimo de denigrar lo que allí se ha hecho, bien puede afirmarse que todo cuanto se ha llevado á cabo está muy lejos de corresponder á la grandeza del suceso conmemorado. Previmos bien al afirmar que aquellas fiestas estarían muy lejos de eclipsar las que se celebraron en el puerto de Barcelona con motivo de la venida de Sus Majestades el Rey y la Reina regente, para inaugurar la Exposición Universal. Ni por el número de los barcos ni por las naciones representadas, el espectáculo de Huelva se ha igualado al de nuestro puerto. La verdad es que en 1888 se trataba de festejar á los mismos augustos monarcas de España, y ahora en Andalucía no se realizaba más que un simulacro recordatorio de la salida de Cristóbal Colón del puerto de Palos el día 3 de Agosto de 1492.

Hasta la misma desgraciada circunstancia de no haberse podido celebrar misa en Palos, contribuyó á amenguar la significación y la importancia de aquellas fiestas. Sobre quién tuvo la culpa de que no hubiese en aquella iglesia sacerdote preparado discuten todavía los periódicos, y es probable que aun hablarán algunos días, después de lo que todo quedará olvidado. Es triste, de todos modos, que á la citada conmemoración le haya faltado el acto religioso, cuando la religión fué el alma de la empresa del insigne navegante, conforme lo dice el Papa León XIII, en la admirable epístola, que extractamos en otro número. Separar la religión cristiana del descubrimiento de América es á todas luces imposible, y así lo ha comprendido el Presidente de los Estados Unidos Mr. Harrisson, quien no ha olvidado la parte religiosa que ha de haber en las manifestaciones de Europa y América sobre un hecho de tanta trascendencia en la civilización del género humano.

Mr. Harrisson invita al pueblo de su nación á que acuda á las iglesias, «á expresar á la divina Providencia su gratitud por la fe sólida del explorador, y por la protección é inspiración divinas que han dirigido la historia de los Estados Unidos y colmado de beneficios al pueblo americano.» Al transcribir este párrafo el diario republicano ginebrino *Le Journal de Genève* no deja de hacer notar, con celebrable criterio, que el presidente americano no teme asociar la religión á las fiestas patrióticas del Centenario, dando así una lección á algunos jefes de Estados europeos, quienes en sus arengas no se atreven á pronunciar nunca los nombres de Dios ni de la Providencia.

\* \* \*

Otro periódico extranjero hace notar, á propósito de las fiestas colombinas, que en todas las naciones, al escogerse los festejos, se ha dado importancia singular á la parte retrospectiva. España y los Estados Unidos, puestas de acuerdo, han construido las naos *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña*, procurando que resultasen exacto trasunto de las que aparejó Colón y en las que se embarcó con sus fieles auxiliares los Pinzones. En Génova, en Madrid, en Barcelona y en algún otro punto prepáranse cabalgatas de carácter histórico, referentes á los sucesos ocurridos con motivo del descubrimiento de América. En nuestra corte se organiza la Exposición histórico-americana, de índole retrospectiva, y en la que figurarán ejemplares de gran valor histórico y artístico, desde el siglo xv al siglo xviii, espacio de tiempo señalado por la Comisión organizadora de dicho Certamen. En todas partes, pues, ó se reconstituye lo más fielmente el pasado para exponerlo á la vista del pueblo ó se allegan monumentos de centurias fenecidas para estudiar en ellos el carácter exacto de su civilización. Comentando esto, añade el periódico á que aludimos: «¿Será acaso que todos, absolutamente todos, volvamos la vista al pasado en busca de la fe ardiente que animó á los hombres de entonces, nosotros que nos sentimos carcomidos y abatidos por la duda, por el escepticismo y por la indiferencia?»

\* \* \*

Ya dijimos que la República, tal como la entienden los que hoy manejan las cosas de Francia, ha triunfado en las elecciones para los Consejos generales, recientemente verificadas. Los católicos que se adhirieron á la República han sido vencidos en todas partes, con excepciones contadísimas. Y es que los republicanos franceses no quieren oír hablar de catolicismo por ningún concepto, y por lo tanto, no admiten á aquellos candidatos. El catolicismo no les permitiría continuar su inicua obra de perversión y desmoralización, y por esto no lo aceptan en ninguna forma, ni siquiera viniendo representado por los que lealmente, profesando tales creencias, han juzgado que debían aceptar la actual forma de gobierno de la nación vecina.

Por otro lado, el resultado de las citadas elecciones es deplorable en el fondo. He ahí lo que acerca de ellas escribe *Le Figaro* de París, que de algún tiempo acá tan tierno se muestra hacia la República y los republicanos: «El resultado, dice, del escrutinio de 21 de Julio se resume en una palabra: descomposición. El oportunismo, esto es, la candidatura oficial más desvergonzada, el tráfico de todo, de las contribuciones, de los ingresos de toda clase, de las plazas de peones camineros se muestra con la sonrisa en los labios y las manos cruzadas sobre la barriga. Es el triunfo del estercolero. Acaso se encuentre algún escultor que reproduzca esta apoteosis.»

\* \* \*

El príncipe de Bismarck prosigue en su campaña de oposición. Lo cierto es, en medio de todo, que las ovaciones á su persona se han repetido en uno y otro punto, y que hace poco Berlín ha sido teatro quizás de una de las mayores. Dirigiase el ex canciller á Varzin, y al hallarse en la estación de la capital del Imperio, unas cinco mil personas la habían invadido, entonando la canción *Deutschland über alles* (Alemania sobre todo) y vitoreándole ardorosamente. Cubrióse de flores el vagón en que viajaba, y el príncipe dirigió la palabra á la multitud para decirle entre otras cosas lo siguiente: «En el transcurso de mi viaje, que emprendí para asistir á una fiesta de familia y por recreo, he visto que casi en todas partes se halla borrado el recuerdo de 1866, y que, por lo contrario, en todos los Estados no prusianos de Alemania y hasta en Austria, está más vivo que nunca el recuerdo de 1870.» Bismarck acude, pues, siempre que se le ofrece coyuntura propicia, á refrescar la memoria del pueblo alemán sobre la participación que tuvo en la unidad de Alemania y en la formación del Imperio. ¿Qué

resultado va á producir su oposición? Desde el momento se asegura ya, y esto lo dice el mismo *Reichsanbote* (El Mensajero del Imperio) que en los círculos políticos los ánimos se hallan muy divididos, y que hasta entre los militares se marcan las diferencias, pronunciándose unos en favor y otros en contra del príncipe. A la estación de Berlín acudieron militares, como se ha notado también la presencia de ellos en otras de las etapas seguidas por Bismarck en su viaje. ¿Será aventurada la suposición de que el actual canciller Caprivi se consideraba quebrantado ante la persistencia en la oposición del ex canciller y que se hallaba pronto á abandonar su puesto? Es muy probable que estas noticias se deban á suposiciones intencionadas de los periódicos franceses, los cuales ponen particular empeño en tergiversar las cosas de Alemania y se muestran dispuestos siempre á molestar con su política al emperador Guillermo II, quien en el día,—dígase lo que se quiera en contra,—tiene en sus manos las riendas de la gobernación del Estado en su poderoso Imperio. Y como los periódicos franceses son los más leídos en el continente de Europa, en comparación con los de otros países, de ahí que repetidamente nos resulten mentirosas las nuevas que publican de Alemania, viéndolas al través de los espejuelos negros que usan de continuo aquellos escritores y periodistas.

\* \* \*

Anunciábase en París que había fallecido M. Lamache, uno de los siete fundadores, con el ilustre Ozanam, de las Conferencias de San Vicente de Paul. En medio de la podredumbre de la sociedad contemporánea, corre ligera la pluma por el papel cuando puede estampar el nombre de un varón como M. Lamache, á quien el Señor habrá ya concedido la gloria en premio de sus virtudes y del bien que hizo al fundar las Conferencias. ¡Cuántos recuerdos evoca este nombre! ¡Cuántas desgracias aliviadas, cuántas familias reconfortadas, cuántos seres salvados de la miseria material unas veces y otras muchas de la miseria moral, más terrible todavía y destructora! ¡Bien haya la memoria de aquellos siete cristianos hombres! ¡Bien haya la de Lamache, que figuró entre ellos y que procuró á la sociedad del siglo XIX, por medio de las Conferencias de San Vicente de Paul, únicamente ocupadas en socorrer al prójimo, un áncora de salvación en las espantables borrascas por que han pasado en esta centuria todas las naciones del mundo!

B.





# LAS LLAVES PERDIDAS

TRADICIÓN POPULAR

(CONCLUSIÓN)

## III



A noche estaba, aunque tranquila, anubarrada.

En aquel entonces el alumbrado de la población reducíase á pocos faroles en las principales calles y plazas, y alguno que otro en los arrabales, donde sin los retablos y nichos de los santos, ante los que ardía por algunas horas amarillento cabo de cera, ó farolillo de luz mortecina, hubiera permanecido todo en la más completa oscuridad. Así se encontraban antes de la *quedá*, ciudad y barrios, muy á gusto de los que *mascaban hierro* ante las rejas de sus novias y de los truhanes que, ganosos de aligerar de capa y dinero á algún desdichado ó solitario transeunte, se apostaban en los esquinzos y recodos de estrechos y tortuosos callejones, escollos y bajíos de aquel mar de tinieblas, de los cuales se ven restos en la árabe Toledo, la morisca y oriental Granada y alguno que otro punto de Andalucía.

Aunque en Junio amanece temprano, aun no alboreaba cuando el tío Corro, saboreando su triunfo por haber burlado la vigilancia de ciertos sabuesos del resguardo, y desempeñado su cometido á satisfacción propia y de sus clientes, entró en su calle embozado hasta las narices, cual galán enamorado que no quiere ser conocido.

La calle estaba silenciosa como un sepulcro y oscura como boca de lobo; sin embargo, los ojos de Conejito, avezados á sondear la lobrete, creyeron descubrir algo que se movía en la puerta de su casa. Paróse en su camino, requirió una de dos pistolas que cargadas de sal en el cinto llevaba, más bien con idea de inutilizar por el pronto, que de herir mortalmente al que le atacase, y con voz firme é imperiosa preguntó:

—¿Quién va?

—Ni van ni vienen; vecino de esta casa que espera en calma chicha racha favorable para entrar en ella; respondió una voz de hombre algo enronquecida.

—¡Por vida de cien corachas del Brasil, que si no habla pronto su merced, le envío una andanada que le impida salir á la mar por tiempo largo! ¿Qué hacía á estas horas en la calle? ¿no se fué á dormir en su cuarto? dijo el casero abriendo la puerta.

—Compadre, replicó el patrón, me pasa un caso raro; si á mal no lo tiene, entraré en su estancia y lo sabrá todo.

La señora Fina esperaba levantada á su esposo; al verle con el compadre sobresaltóse; mas tranquilizóla luego la cara de pascua de Conejito y la maliciosa sonrisa con que dijo:

—No sé lo que pasa al compadre; de seguro al salir de aquí se fué á picos pardos, y en algún garito perdió sus llaves.

—Perdidas las tengo pero no en mal lugar, sino muy santo, dijo el patrón sentándose y exhalando un gemido.

Conejito y Fina sentáronse á par suya, é instándole para que comenzase, prestaron atención.

Volvió á suspirar el antiguo marinero, y pasándose las manos por la frente, dijo á corta diferencia de este modo:

—Me fui de aquí, entré en mi cuarto, y como cada noche, me entregué al sueño. No sé el tiempo que dormiría; ello es que al despertarme creí llevar un siglo de descanso. Vestíme á oscuras y abrí la ventana para conocer por las estrellas la hora; pero el cielo tenía un cariz más oscuro y siniestro que el horizonte en tiempo de tempestad. Sospechando que las nubes retardaban el día y debiendo estar temprano á bordo, cogí mis llaves, cerré mi cuarto, bajé á tuestas las escaleras, abrí la puerta de la calle y me lancé á ella como bote á la mar.

No había caminado cien pasos cuando sentí cánticos religiosos, y ví venir de la parte de la ciudad hacia este lado resplandor de luces; eran hachas y cirios, con que multitud de gente acompañaba las efigies de plata de los Santos Mártires. Como hacia mí se dirigían, lleno yo de sorpresa y respeto, apretéme contra la pared para verla pasar. ¡Virgen santísima! Jamás verá el mundo procesión mejor ordenada. Delante iban los chicuelos, después las mujeres...

—Tras la inocencia, la tentación; luego seguirá el pecado, exclamó Conejito.

—Calla, dijo con firmeza y autoridad la señora Fina.

El tío Pedro, como si no les oyera, prosiguió:

—Entre las jóvenes divisé una alta, pálida, vestida de negro, con un niño en los brazos; la cabeza de aquel ángel reposaba en el hombro de la que le sostenía; yo quise gritar: ¡Paula! ¡Paula! y correr hacia ella; pero mi lengua permaneció muda y yo sin movimiento como buque varado. Seguían á las mujeres hombres de todas clases, mucha parte de los gremios, cruces y pendones, curas y frailes; todos con la cabeza baja, el rezo en los labios y la luz en la mano. Cuando callaba el canto, que unas veces parecía de serafines, otras de súplicas y lloro, empezaba el rezo, levantándose con él un murmullo acompasado y monótono como el de las olas rompiendo sin fuerza en riscosa orilla. Yo estaba atónito, al pasar el gremio de los míos, uno de los jóvenes que llevaban los cordones del estandarte me pareció mi hijo, aunque éste era sonrosado y el otro tenía la color difunta. Con todo, iba á lanzarme á él, cuando no sé quién me puso un cirio en la mano, y cogiéndome por el brazo, me ingirió en la fila. Así unos tras otros, salimos al campo, tomando hacia el arroyo de los Angeles.

No sé lo que por mí pasaba; no podía rezar, ni hablar, ni exhalar un suspiro; parecía que una losa me apretaba el corazón, y sin embargo, caminaba erguido como el palo mayor de la nave en mar tranquila. De pronto miré á uno y otro lado y me estremecí: mi sombra era la sola que se extendía por la campiña como la luz del faro sobre el mar; los demás no tenían sombra... Este prodigio me espantó, y un sudor frío recorrió mi cuerpo. Sin embargo, las imágenes de los santos y la cruz redentora estaban allí y deseché todo temor. Así llegamos al arroyo, y las palmas, cuyo nacimiento nadie recuerda, las palmas, á semejanza del sol, resplandecían con luz propia, llenando el contorno de una claridad blanca y rosada parecida á las auroras del estío. Allí hicimos alto y hubo un canto de gloria. Luego entramos todos en la ermita permaneciendo de pie y en dos filas hasta pasar las andas llenas de luces y flores donde se llevaba á los dos Mártires.

La capilla parecía un ascua de oro; los nimbos de los santos centelleaban con los reflejos temblorosos y diamantinos que despiden los astros en las noches de invierno serenas y oscuras. Hubo un instante que creí perder el sentido: los clérigos con sus rizadas sobrepellices; los frailes con sus hábitos de distintas órdenes; las damas principales con sus faldellines de seda y sus mantos con blondas; los grandes señores con sus placas y cruces y los pobres con sus trajes humildes, formaban un todo imponente y maravilloso que ofuscaba la vista y conturbaba el pensamiento.

El altar, las flores que le coronaban, las luces que en él resplandecían y las imágenes de

ángeles y santos, veíalo yo á través de ligera neblina. Formábala el humo del incienso. Yo miraba cómo al columpiarse los incensarios dejaban, ya á un lado, ya á otro, blancos borbotones de vapor, los cuales, como indecisos en el camino que seguir debían, parábanse un instante, levantándose luego á modo de culebrinas que suben, rompiéndose unas veces para formar grupos, cual las nubes que se fraccionan, y dilatándose otras como sutil celaje sobre la cabeza de aquellos fieles, remontándose al fin en la altura como la oración y el espíritu de los buenos.

Recobréme al tomarme un lego trinitario el cirio que en la mano tenía.

Entonces reparé que el oficio había empezado y predicaban. Corrido de mi distracción, me senté en un escaño que á mi espalda tenía y fijé la vista en el púlpito que estaba frontero y en el religioso que lo ocupaba. Era el padre fray Diego Andrade de la Trinidad. Aunque muy desfigurado, conocíle al punto por su color macilento, sus mejillas hundidas y su frente calva con los dos blancos copos en las sienes.

Desde joven me había confesado con él, hasta que lo mandaron á Cádiz. Un siglo hubiera estado escuchándole.

Concluido el sermón y rezadas las tres Avemarías terminó el oficio; la gente comenzó á salir y los legos de la Trinidad á apagar las luces.

En un remolino que formaron en la puerta los que salían, creí ver á la mujer del niño y al mancebo del estandarte; quise acercarme á ellos; pero otra oleada de gente me volvió atrás, y cuando llegué á salir todo había desaparecido.

Fuera de la ermita miré á uno y otro lado con asombro.

¿Dónde estaba aquella multitud? Hubiérase dicho que instantáneamente se la había tragado la tierra, como la mar á la barca con mi hijo! Acaso me los escondía la lobreguez de la noche; ¿pero, y el rumor de sus pisadas no hubiera dicho: por ahí van? Y luego, ¿cómo damas de tanto porte, y señores de pro, iban sin criados y lacayos que con hachas ó linternas les alumbrasen el camino?

Así discurría yo avanzando asaz confuso, cuando el reloj del convento de los Ángeles de Miraflores dió la una, repitiéndola momentos después los relojes de la Trinidad y Santo Domingo. ¿Adónde iba yo á aquella hora? Lo mejor era volverme á mi casa.

En aquel momento recordé que había olvidado las llaves sobre el banco en que sentado estuve.

Era preciso volver á la ermita y volví.

La puerta estaba cerrada; cogí una piedra y comencé á llamar. Yo mismo tenía miedo del ruido de los golpes, cuyos ecos resonaban por las cañadas de la sierra como debe resonar el último día la trompeta del juicio en el fondo de los panteones.

Pero, ó la capilla estaba desierta, ó á los legos que en ella vi los había ensordecido el Señor para probar mi paciencia.

Cansado de alborotar en vano, me vine á casa y me senté en el umbral esperando á alguno de los que se recogen tarde para entrar con él.

—Compadrito, dijo el tío Corro, á estar menos seguro de que prefiere su merced la salobre del mar á la sangre de Jesucristo, diría que ha empinado el codo, tomando una que ni la de Josué.

—Noé, querrás decir, apuntó Fina.

Conéjito prosiguió:

—¡Cristiano! ¿qué procesión había de haber á media noche, sin que se supiera y alborotase con ello el mundo? ¿Ni cómo había de caber en la ermita tanta gente?... Su merced despertaría como dice, se lanzó á la calle, y con la manía de meterse las llaves en el bolsillo, de donde se le han salido cien veces, se le salieron una más, ó llevándolas en la mano para evitar lo primero, las dejó caer, se percató de que no las tenía, y volvió á casa por si las había dejado



puestas; no encontrándolas, se sentó aguardando á que pasasen, como aquel borracho, que viendo dar vueltas á la calle esperaba á que llegase su casa para meterse en ella. Y esperando, esperando, se durmió su merced y soñó todo eso.

El patrón, algo amostazado, repuso:

—No soy amigo de porfías. Apenas amanezca, iré á la Trinidad y veré...

—¿A quién? interrogó Conejito.

—Al hermano Pérez, para que venga conmigo á la ermita, y sino al lego que recogió mi luz y al que reconocería entre mil: un mozo largo y delgado á manera de mástil, el cerquillo más negro que la tempestad, la cara triste como día sin sol y la cruz azul y roja sobre el pecho como santa esperanza en el corazón. Si los legos no quieren oirme, acudiré á fray Diego Andrade, y sino al mismo guardián.

Al toque de una campana levantóse de improviso el patrón, exclamando:

—¡La misa de alba; allá voy!

La señora Fina abrió la ventana y apagó la luz del velón: comenzaba á amanecer.

—Corro, dijo llamando aparte á su esposo, no dejes solo al compadre; hay algo en su cara que me da miedo; acompañaile á la Trinidad, que allá me iré tras de vosotros.

—Te juro por cien corachas del habano, que si el compadre no está loco, se halla en camino. ¡Poquito se reirán los legos con el relato de la procesión y las llaves perdidas! Ya estoy viéndole en romance como á Gonzalo del Carpio ó al moro Muza.

—Basta de dislates y acompañaile á la Trinidad, murmuró Fina con impaciencia.

El marido, mirándola serio, repuso:

—Ya voy, caracoles, que está su merced más grave que un muerto y más inflamable que pólvora seca.

—Perdona, Corro, no quise ofenderte; pero te suplico que vayas, dijo Fina con blandura.

—Si ya voy, mujer, si ya voy, murmuró Conejito poniéndose la capa y alcanzando al patrón en el patio.

Cuando ambos compadres llegaron al convento acababan de abrir la iglesia. Ellos fueron los primeros en entrar. El tío Pedro, acercándose á un lego que con un manojo de llaves en la mano se dirigía á otro lado, díjole:

—¿Quiere su merced hacerme el favor de llamar al hermano Pérez?

El lego obedeció.

—Hermano Pérez, dijo al divisarle el patrón, en los Martiricos, en el banco frontero al púlpito, he dejado dos llaves, una más recia que otra, ambas unidas por una cadenita de hierro: si su merced no lo tiene á mal, podría darme la llave de la ermita, ó venir conmigo para recogerlas.

El lego contestó:

—Ayer tarde se limpió toda la capilla y nada vimos.

—No las perdí ayer tarde, sino en la función de esta noche, añadió el tío Pedro.

Abarcóle el lego de pies á cabeza con la más impertinente curiosidad, y apartando luego del patrón la vista, díjole con desdén:

—Desde ayer tarde tengo las llaves de la ermita: si el aguardiente con que habréis matado el gusanillo se os ha subido á la cabeza, dormid la mona y dejadme en paz.

—¡Aguardiente él! exclamó Conejito; si se desayuna con galleta mojada en la mar.

—Pues si no está bebido estará loco, dijo el lego.

—El bebido ó el loco será su merced, respondió indignado el tío Pedro.

El hermano Pérez crecióse y con aire altanero repuso:

—Ea, largo de aquí ó le arrojó del templo como Jesús arrojó á los mercaderes.

Y el lego alzó el brazo con aire de amenaza.

—¿A mí? exclamó el patrón. ¡Una andanada que me echase á pique! Lo veríamos.

El lego fué á descargar el golpe; mas Conejito, con la rapidez del pensamiento, le detuvo el brazo diciendo con brío:

—¡Vaya, hermano, que para aspirar su merced al sacerdocio tiene poca paciencia y menos cortesía! Calma, calma, y no hagamos la casa de Dios campo de pelea.

Estas palabras llegaron á oídos de un trinitario que desde lejos viera la acción del lego.

Éste, al sentirse aislado, volvióse colérico; mas deteniéndose súbito bajó los ojos avergonzado. Acababa de divisar al religioso. Era nada menos que el guardián, anciano de cerquillo blanco como su hábito y de mejillas frescas y sonrosadas como las de un niño. Acercóse al grupo y poniendo la mano sobre el hombro de Conejito preguntó sonriendo:

—¿Qué pasa aquí?

Sorprendido el tío Corro tardó en responder, y adelantándosele el lego dijo:

—Sepa su paternidad que este hombre, y señaló al patrón, ebrio ó demente, porfía haber estado esta noche en los Martiricos donde dice haber perdido las llaves de su casa.

—¿Y queríais convencerle de lo contrario á bofetones? observó el religioso.

Y volviéndose al patrón preguntóle con quién y cómo había entrado en la capilla.

—Con la procesión que venía de la ciudad. Divisé de lejos el resplandor de las luces, paréme sorprendido, la ví atravesar el Guadalmedina y cuando se dirigía hacia...

—Ya me lo contaréis despacio, dijo el guardián interrumpiéndole y mandando al lego que trajese las llaves de la ermita.

Cuando las tuvo llamó á otro hermano de piernas largas como los cigarrones, y entregándoselas mandóle ir y volver sin pérdida de tiempo á los Martiricos, recorrer toda la capilla y traer dos llaves que allí debían haber quedado.

El lego zancudo partió de prisa, alzándose el hábito para correr más; el hermano

Pérez se retiró mohino y el padre guardián se llevó á la sacristía al patrón seguido del tío Corro y la señora Fina, que llegara en aquel momento.

En la sacristía, sentado el religioso en un escaño y á su lado el tío Pedro, repitió éste, sin faltar en un ápice, cuanto contado había en la habitación del casero. Al terminar su relato llegó el lego enviado á los Martiricos; seguíanle la tía María y algunos otros curiosos.

Al divisar al lego, preguntóle sencillamente el guardián:

—¿Se encontraron?

—En el brazal derecho del banco que mira al púlpito. Aquí las tiene su paternidad, replicó el lego presentándole dos llaves.

—¡Si yo no soñaba! exclamó el patrón vivamente conmovido.

La punzante sonrisa que durante la relación del tío Pedro vagara por los labios de Conejito helóse al oír al lego y ver las llaves que tan conocidas le eran. Pálido y mudo, apoyóse en la pared, porque las rodillas le flaqueaban.

—No, no mentís, dijo el guardián al patrón; pero tampoco mentía el hermano Pérez negando esos hechos.

El antiguo marinero se irguió súbito para protestar de lo que oía.





UNA CANCIÓN DEL TIEMPO VIEJO.—





- CUADRO DE D. VAUTIER

El trinitario prosiguió:

— Por un misterio que sólo Dios alcanza y de una manera maravillosa, habéis entrado en un sitio cerrado desde ayer á todo ser viviente. Habéis entrado á media noche, entre preces y cantos, luces y espíritus que no son de este mundo, pues el padre Andrade y el lego que decís há dos años que murieron.

— ¡No viven!... Luego toda aquella multitud, la mujer del niño, el mancebo del estandarte... ¡Ah, sí, sí, eran ellos! gritó con violento arranque el patrón desplomándose en el escaño y doblándose sobre sí mismo cual libro que se cierra.

Hubo un momento de profundo estupor. Dominóle el religioso levantándose y diciendo al tío Pedro:

— Alentad, hermano, erguid la frente y decidnos, si podéis, dónde están las sepulturas de los dos Mártires.



El interpelado no respondió.

El tío Corro y su esposa, que lo escuchaban todo de pie, se acercaron para incorporarle; cuando lo hubieron conseguido, creyéndole presa de un síncope, comenzaron á frotarle los pulsos y hacerle respirar vinagre. Después de haberle prodigado otros muchos socorros, el guardián, que lo miraba atento, tocóle las sienes, túvole la mano largo rato sobre el corazón, y al fin, irguiéndose pálido como un cadáver, dijo con voz profundamente alterada:

— Hermanos, Dios ha querido hoy probarnos su omnipotencia por medio de este hombre de fe ardiente y corazón sencillo, haciéndole ver en vida parte de su gloria, y llamándole á sí, apenas nos ha dado testimonio de su verdad... Cuanto hagamos para que se recobre es inútil: está muerto.

— ¡Muerto! exclamaron los circunstantes.

El guardián siguió:

— El dichoso que habrá encontrado ya el premio de su fe. Porque Dios dijo á los hombres: «De todos los que aman, creen y esperan es el reino de los cielos.»

Y murmurando el *sub venite*, bendijo el cadáver y comenzó una plegaria. Todos se arrodillaron, repitiendo á su vez la oración dominical.

Cuando la confusión que excitó aquel suceso se hubo calmado, el guardián dió algunas órdenes, y mandando despejar la sacristía, se retiró.

La tía María fué la primera en salir, ganosa de vociferar el milagro. La señora Fina, pálida, trémula y con el corazón opreso, miró á todos lados buscando á su esposo. No hallándole en la sacristía pasó á la iglesia: allí, en una capilla apartada y oscura, ante un gran crucifijo, le encontró de hinojos, hiriéndose con ambas manos el pecho y repitiendo con voz contrita:

— ¡Creo, creo en Dios Padre todopoderoso!

Entonces la mujer piadosa cayó de rodillas, y levantando la mirada y los brazos á la altura, dijo con viva gratitud, aunque anegada en llanto:

— ¡Gracias, Dios mío!

MARÍA MENDOZA DE VIVES.

## ODA DE HORACIO

*Iustum et tenacem propositi virum.*

**D**e ciega plebe el vocear insano  
no conmueve al varón constante y justo,  
ni tuerce sus propósitos adusto  
el ceño del tirano;  
ni el austro, que del Adria remugiente  
su rabia en la onda muestra;  
ni de Jove potente  
la fulminante vengadora diestra.  
Si los orbes se hundieran,  
las ruinas impertérrito le hirieran.

Pólux así y el vagaroso Alcides  
han de la luz á la región subido;  
así Augusto, á la par enaltecido  
de entrambos adalides,  
se recrea con célica ambrosía.

A la coyunda atados,  
así tu carro un día,  
Baco, arrastraron tigres no domados:  
de Marte así en el coche  
Rómulo huyó los reinos de la noche.

Al verle en medio el celestial congreso  
Juno así en grato asiento prorrumpiera:  
—Ilíon, Ilíon, una extranjera  
y un juez torpe y avieso  
polvo hicieron tus torres colosales;  
que cuando lo pactado  
negó á los inmortales  
Laomedonte falaz, te entregó el hado  
con tu caudillo impío  
de Minerva al rigor y al furor mío.

De la adúltera griega el huésped altivo  
no ostenta ya su gracia y donosura,  
ni la casa de Príamo perjura  
al formidable argivo  
de Héctor contrasta ya con los blasones.  
Fin á duelo prolijo  
se dió y á discusiones;  
y de odio exenta, el detestado hijo  
de la frigia consorte,  
yo entregaré á los brazos de Manorte.

Que á beber llegue el néctar regalado;  
que á ocupar venga el tachonado asiento  
de los dioses á par, yo lo consiento,  
mientras que Ponto airado  
entre la Italia é Ilíon retumba,

reine el frigio doquiera  
feliz, mientras la tumba  
de Paris y Príamo la fiera  
con su rugir insulte,  
do sus cachorros sin temor oculte.

Enhorabuena el Capitolio erguido  
la frente alza de brillo y gloria llena:  
leyes imponga Roma enhorabuena  
al medo sometido:  
dilate altiva porque al mundo asombre  
hasta el clima lejano  
la fama de su nombre,  
donde estrecho profundo al africano  
separa de la España,  
y á los campos que el fértil Nilo baña.

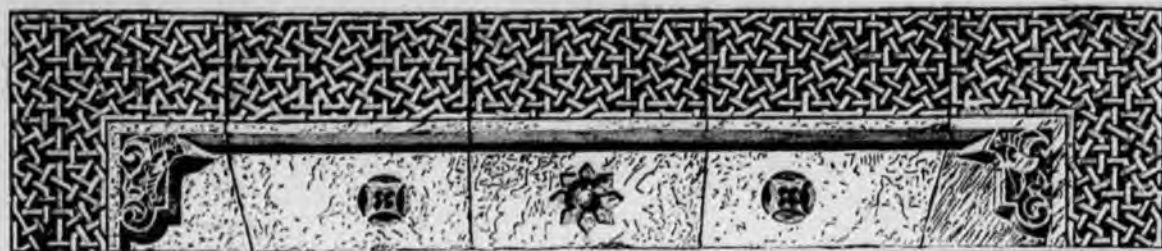
No con ardor sacrilego y osado  
ose apropiarse el escondido oro;  
desprecie fuerte el pérfido tesoro,  
muy mejor colocado  
en las entrañas de elevada sierra;  
sus armas, sus pendones  
extienda de la tierra  
al último confín, de las regiones  
que bruma eterno hielo,  
hasta do Febo abrasa el mustio suelo.

Pero que no, del próspero destino  
y su piedad ufanos y seguros,  
reparar piensen de Ilíon los muros:  
los hijos de Quirino  
con funestos auspicios renacieran,  
y con horrible estruendo  
de nuevo hundidos fueran,  
de Júpiter supremo conduciendo  
yo la hermana y la esposa  
la hueste nuevamente victoriosa.

Si veces tres sus torres levantara  
de bronce el rubio Dios, tres con el fuego  
en polvo los tornara el valor griego:  
tres cautiva llorara  
al esposo y los hijos la matrona.  
Mas ¿dó elevando el vuelo,  
vas, musa juguetona?  
Deja, deja las pláticas del cielo,  
y no portento tanto  
liviana amengües con tu humilde canto.

Traducción de  
F. JAVIER DE BURGOS.





## UN PAPA CATALAN

**D**EBEMOS recordar con santo y noble orgullo que en el siglo iv gobernaban el mundo dos españoles: en lo espiritual san Dámaso, papa, y en lo temporal Teodosio, emperador romano, nacido éste en Itálica, ciudad próxima á Sevilla, cuyas ruinas inspiraron la famosa oda. No sé de otra nación que pueda ostentar título de gloria igual al que tiene España por haber dado á un tiempo á la Iglesia un Vicario de Jesucristo, al cielo un santo y al imperio un soberano, calificado éste de Grande por los historiadores.

Por los años de 304 vino al mundo san Dámaso, un año después de comenzada la persecución de Diocleciano (303), tan terrible y sangrienta que se la conoce por Era de los Mártires; y á los nueve años de nacido (313) el Edicto de Milán daba la paz á la Iglesia. La cruz, suplicio infamante antes de morir en ella Jesucristo, habíase convertido en el Lábaro con el cual Constantino coronó su estandarte y venció á Magencio en la batalla del puente Milvio. De la niñez de san Dámaso poco se sabe. Su padre, Antonio, fué á Roma con su familia, compuesta de su mujer y dos hijos, el mayor Dámaso y la menor Irene, y como hubiese enviudado recibió órdenes religiosas, siendo agregado como presbítero á la parroquia de San Lorenzo. Dámaso, de puras costumbres y rara erudición, también abrazó el estado eclesiástico, sirvió en la misma iglesia que su padre, y fué, según san Jerónimo, el modelo que á todos se les proponía para imitar. Cuando se reunió el concilio de Nicea, cuya primera sesión se celebró el 19 de Julio de 325, san Dámaso tenía veintiún años. A este tan famoso concilio, no pudo asistir el papa san Silvestre por su avanzada edad, y envió como legados á Osio, otro español, obispo de Córdoba, y á Vito y Vicente, presbíteros de la Iglesia romana. Osio presidió el concilio en nombre del Papa, y algunos le atribuyen la altísima honra de haber dictado la profesión de Fe, el Credo, aprobado por todos los Padres, excepción de diez y siete arrianos, que luego quedaron reducidos á cinco. En vida de san Dámaso la Iglesia pasó de las catacumbas al concilio de Nicea, el primero ecuménico, al cual asistieron trescientos diez y ocho obispos de todos los puntos del mundo, entre ellos muchos venerados hoy en los altares, siendo en gran número los que ostentaban en su cuerpo las gloriosas cicatrices del martirio sufrido por la fe de Jesucristo. En un trono se colocaron los Evangelios; y Constantino, que llevaba manto bordado de oro y adornado de piedras preciosas, se sentó en una pequeña silla de oro que para su uso se había colocado en el centro de la sala. El emperador, que había concedido á los obispos que se pusieran en camino para asistir al concilio caballos de posta, que sólo por imperial permiso

podían usar los particulares, mantuvo durante dos meses á los prelados, sacerdotes, diáconos y acólitos reunidos en Nicea.

El emperador Constancio, sucesor de Constantino, influido por los arrianos, arrojó de la silla de san Pedro al papa Liberio; y el día mismo que le cogieron para llevarle al lugar de su destierro, san Dámaso, que era entonces diácono de la Iglesia romana, se obligó con juramento ante el pueblo, con todo lo restante del clero, á no recibir otro papa mientras viviese Liberio, á quien acompañó algún tiempo en Berca de Tracia, donde le sirvió de mucho consuelo; y el desterrado Papa le anunció que le sucedería en la Silla Pontifical. Liberio pudo volver á Roma, y se sirvió de los consejos y pericia de san Dámaso en todos los negocios difíciles de la Iglesia. Murió el 9 de Septiembre de 366, y el 15 del mismo mes fué elegido papa san Dámaso, que contaba sesenta y dos años, no encontrándose persona más digna de ocupar la Santa Sede.

San Ambrosio dice que fué elegido para el pontificado por juicio divino; san Jerónimo, dirigiéndose á Pamachio, escribe de él, entre otros muy grandes loores, que fué virgen, como verdadero y bienaventurado pontífice de la Santa Iglesia, limpio y sin mancilla, y el concilio de Calcedonia le llama ornamento y gloria de Roma. Graves disgustos tuvo, pero su confianza en Dios, su firmeza, su caridad y sabiduría le dieron fuerzas para confundir á sus enemigos, que unas veces acudieron á la violencia, otras á la calumnia y muchas á la intriga. Un historiador, Artaud de Montor, dice que fué tolerante con toda suerte de injurias personales, pero jamás consintió que la Iglesia fuese injuriada, y con exquisito tacto supo distinguir perfectamente las ofensas dirigidas contra su persona, que siempre perdonó cuando no se inferían al dogma de que era representante. El año 369 ó 370 juntó en Roma un concilio de muchos obispos para atajar al arrianismo, y un segundo en la misma ciudad en 373, al que asistieron noventa y tres obispos, y en el cual se confirmó la fe de Nicea. En 377 reunió otro concilio también en Roma. El de Aquilea se juntó el año 381. Cuidó San Dámaso de desterrar las herejías del mundo cristiano, de reformar las costumbres y cortar los abusos que se habían introducido entre los fieles; y queriendo el emperador Teodosio que reinara en el imperio la uniformidad de la fe de Nicea en toda su pureza, publicó una ley en que advertía que solamente serían reputados católicos los que siguiesen la fe que enseñaba el papa san Dámaso. San Jerónimo le escribía: «Como yo hago profesión, Santísimo Padre, de no seguir á otro capitán que Jesucristo, estoy inviolablemente unido á la comunión de Vuestra Santidad, que es decir de la Cátedra de san Pedro. Sé que la Iglesia ha sido edificada sobre esta piedra; cualquiera que come el cordero fuera de esta casa es profano; el que no esté dentro del Arca de Noé perecerá en el diluvio.» El maestro Alonso de Villegas dice en su *Flos Sanctorum*: «Con estas diligencias del santo pontífice Dámaso se vió en la iglesia de Dios todo en paz y quietud, ayudando para ella el emperador Teodosio, que también era español.»

El padre Croiset se expresa en el *Año Cristiano* en los siguientes términos: «Su caridad era universal; no hubo quién no experimentase sus efectos. Para asegurar más bien la paz que había procurado á la Iglesia con su celo y sus cuidados, juntó en Roma un concilio de muchas provincias de Oriente y Occidente, en el que se encontraron san Ambrosio de Milán, san Valeriano de Aquilea y san Ascolio de Tesalónica; y los orientales llevaron consigo á san Jerónimo, el que, lleno de estimación y veneración á tan gran santo, se quedó con él para servirle de secretario y ayudarle á responder á las consultas que le enviaban los concilios de diversas iglesias. El santo Papa le había ya consultado muchas veces sobre varias cuestiones de la Escritura y le había ya empeñado á corregir la versión latina del Nuevo Testamento para hacerla conforme al griego, con cuyo motivo hizo una nueva versión, que la lengua latina adoptó después para el uso público, que se llama *Vulgata*.

Edificó algunos templos en Roma, uno dentro de la ciudad en honor de su compatriota san Lorenzo mártir, nacido en Huesca, y otro en la Vía-Ardentina, donde consagró el sitio

llamado la Platonía, que fué algún tiempo sepultura de san Pedro y san Pablo. Ordenó que el sacerdote, antes de comenzar la Misa, dijese la Confesión, y mandó, por consejo de san Jerónimo, que se dijera *Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto* al fin de cada salmo. Las verdaderas obras de san Dámaso se imprimieron en París en 1672. Federico Ubaldini había publicado una edición en 1630, y en Roma se hizo otra en 1638. En 1754 dió á luz la suya el canónigo Antonio María Merenda. Murió san Dámaso un miércoles, día 11 de Diciembre de 384, á la edad de ochenta años, habiendo ocupado la silla de san Pedro diez y ocho años, tres meses y once días. Fué sepultado en la Basílica de los Apóstoles, que él fundó, donde estaban enterrados su madre y su hermana, pero después sus restos fueron trasladados á la iglesia de San Lorenzo in Dámaso, también por él edificada. «San Jerónimo, dice el padre Croiset, hace de él un magnífico elogio: le llama amante de la castidad, doctor virgen de la Iglesia virgen, hombre excelente y hábil en las santas Escrituras; y Teodoreto nos le representa como un pontífice de una eminente santidad y uno de los más grandes y más santos Papas de la Iglesia...»

En nuestra pequeñez no podemos expresar el asombro que causan tantas cosas y tantos hombres extraordinarios que suceden y viven desde el nacimiento de san Dámaso hasta su muerte. Tienen lugar las últimas persecuciones contra los cristianos; Constantino da la paz á la Iglesia; se celebra el primer Concilio Ecuménico y en él se dicta el símbolo de la Fe, el Credo; aparece y muere Arrio, cuya falsa doctrina perturba el imperio, da lugar á persecuciones, y san Dámaso logra que renazca la paz. Un emperador se llama Constantino, otro Teodosio. San Jerónimo hace la traducción de la Biblia conocida por *Vulgata* y es secretario de san Dámaso. San Atanasio era obispo de Alejandría, san Valeriano de Aquilea, san Ascolio de Tesalónica, san Potamor de Heraclea, san Pafnucio de la alta Tebaida, san Eustaquio de Antioquía, san Espiridión de Trimonte, san Asclepas de Gaza, san Eutropio de Andrinópolis, san Pablo de Neocesárea, san Alejandro de Alejandría, antes de serlo san Atanasio; san Simeón de Seleucia y Etesifonte, y habiendo sufrido el martirio, le sucedió su hermano san Sadoste, también martirizado por Sapor II, rey de Persia, que comenzó en 340 una persecución que regó sus Estados con la sangre de los cristianos, muriendo por la fe, entre muchos otros, san Miles, san Daniel, santa Barela ó Rosa. Durante la infancia de san Dámaso sufrieron los cristianos la persecución más terrible y más gloriosa para la Iglesia, que es la décima suscitada por Diocleciano y Maximiano, conocida por la Era de los Mártires. En su tiempo vive santa Elena y descubre, en su piadosa excursión á Jerusalén, el Sepulcro y la Cruz del Salvador, y Constantino escribe á san Macario, obispo de la ciudad santa, una carta disponiendo que en el lugar del hallazgo se construya una basílica que exceda en hermosura y magnificencia á todas las demás iglesias y á los mejores edificios de las demás ciudades. De su siglo son san Juan llamado Crisóstomo, que quiere decir *boca de oro*; san Bretanión, san Evagrio, san Eulogio, san Basilio, san Gregorio, san Melecio, san Pelagio, san Barceno, san Eusebio. Ocuparon la silla pontificia desde el nacimiento de san Dámaso hasta su elevación al pontificado, san Marcelino, san Marcelo, mártir, san Eusebio, san Melquiades, san Silvestre, san Marcos, san Julio, san Liberio y san Félix, mártir. Durante el pontificado de san Dámaso era obispo de Milán san Ambrosio, el que tres años después de la muerte de aquél debía bautizar en dicha ciudad á san Agustín, convertido á la fe de Cristo con gran júbilo de su madre santa Mónica; acto en el cual, según la tradición, exclamó san Ambrosio: *Te Deum laudamus*, contestando san Agustín: *Te Dominum confitemur*, y prosiguiendo alternativamente hasta concluir himno tan sublime. Con ser tantos los santos citados, muchos más son los omitidos.

San Dámaso fué español, unos dicen que nacido en Tarragona, otros en Guimaraens, Portugal, que entonces formaba parte de España: Marineo Selenio le hace hijo de Madrid. En el Bullario (*Tauronensis*, editio MDCCCLVII) se consigna que san Dámaso era español, y que algunos creen había nacido en Roma. Pujades se funda, entre otras razones, para señalar la patria de san Dámaso, en unas palabras del Breviario viejo de Barcelona que dicen: *Damasus*



*Papa, natione Hispanus, ex agro Emporitano* (Dámaso, Papa, de nación español, del campo Emporitano), y en la aserción de Antonio Geraldino, protonotario apostólico, de que san Dámaso era catalán, del lugar de Argelaguer. Se originó la duda de si el Argelaguer donde nació san Dámaso era el del Ampurdán, á media hora de Besalú, ó el del campo de Tarragona. Recordando que el Ampurdán formó, durante la dominación romana, parte de la España tarraconense, se hallará natural que se dijera de san Dámaso que era tarraconense, aunque hubiese venido al mundo en el Ampurdán. El inolvidable don Antonio de Bofarull observa, al tratar el asunto, que nunca ha existido el pueblo de Argelaguer en el campo de Tarragona, y si sólo el de Argelaga. La tradición y muchos autores dicen que fué español; el Breviario viejo de Barcelona consigna que fué del campo Emporitano, y Geraldino señala el pueblo de su nacimiento Arguelaguer, que existe en el Ampurdán. Mientras otra cosa no se pruebe, los ampurdaneses debemos reclamar para nuestra hermosa comarca la gloria de haber nacido en ella san Dámaso.



TEODORO BARÓ.



EMPRESA DIFICULTOSA.—CUADRO DE P. MASSANI

## JUSTA Y RUFINA

**J**USTITA y Rufinita Calandraca veían pasar la edad de sus ilusiones sin haber recibido la patente de elegantes yendo siquiera un año á San Sebastián.

Decididas á no pasar este verano en la corte, se arrojaron á los pies de su papá, suplicaron, lloraron y hasta le tiraron pellizquitos en las pantorrillas para enternecerle.

Don Urso accedió después de una semana de asedio, pero con las condiciones siguientes:

Estar en San Sebastián sólo diez días.

Hacer el viaje en segunda, con billete de ida y vuelta.

No bajar á comer en ninguna fonda del tránsito.

No ir al teatro en todo el próximo invierno y suprimir el postre durante cuatro meses.

No hacerles más que un solo traje á cada una de sus hijas.

La última condición era la más dura, porque, ¿quién se atreve á presentarse en el *boulevard* dos días seguidos con el mismo traje?



Conferenciaron largamente ambas hermanas sin ver solución para tan gran apuro.

Pero un cerebro en prensa discurre lo imposible, y Justita y Rufinita resolvieron presentarse con ocho trajes, por más que, según convenio con su papá, sólo se harían dos, uno para cada hermana.



ALDEANA ROMANA

ACUARELA DE JOSÉ MORAGAS Y POMAR





Justa se hizo un traje entero blanco y Rufina negro.

Así se presentaron la primera tarde en la Concha, pasando por dos señoritas francesas, que es el *desiderátum* de nuestras elegantes (!).

Al siguiente día, Justa se puso el traje negro y Rufina el blanco.

Los veraneantes creyeron que cada una de las hermanas tenía un traje blanco y otro negro, es decir, cuatro trajes entre las dos.

Dos ó tres días estuvieron cambiándose de traje, hasta que una noche de gran concurrencia en el *boulevard* decidieron estrenar vestido. Y así lo hicieron presentándose una con un



cuerpo negro y falda blanca; la otra cuerpo blanco y falda negra. Bien contados ya llevaban, las dos hermanas, presentados seis trajes.

Quedaba otra combinación, realizada uno de los últimos días para despedida.

Justa, que se había presentado últimamente con cuerpo negro y falda blanca, cambió por cuerpo blanco y falda negra. Rufina lo contrario.

Y he aquí cómo estas dos señoritas lograron hacer creer que tenían ocho vestidos entre las dos.

Sin embargo, hay muchas personas que no tienen más ocupación ni sirven para otra cosa que para analizar si Fulano lleva alpargatas de pelotari ó si Perengano usa calcetines color verde digerible, y algunas de éstas corrieron la voz de haber descubierto la artimaña. Unos las llamaron *las de Sol y Sombra*, otros *las de Ron y Marrasquino*, y alguno acertó con sus nombres comparándolas á las Santas Justa y Rufina de un cantar popular muy conocido.

El sexo débil tiene debilidades como las de Justa y Rufina; debilidades no sólo perdonables sino adorables. Pero ¡ellos! ellos son peores, y sus debilidades son imperdonables, porque no pertenecen á su sexo.

MELITÓN GONZÁLEZ.

## NUESTROS GRABADOS

### LA HIJA DE JAIRO

CUADRO DE L. FELDMANN

El autor de este lienzo ha tomado por tema los siguientes versículos del Evangelio de san Lucas:

«Y vino un hombre llamado Jairo, que era príncipe de la Sinagoga, y postrándose á los pies de Jesús, le rogaba que entrase en su casa.

»Porque tenía una hija única como de doce años, y se estaba muriendo...»

«Aun no había acabado de hablar, cuando vino uno al príncipe de la Sinagoga y le dijo: Muerta está tu hija, no la molestes.

»Mas Jesús cuando esto oyó, dijo al padre de la muchacha: No temas, cree tan solamente y será sana.

»Y cuando llegó á la casa, no dejó entrar consigo á ninguno, sino á Pedro, y á Santiago, y á Juan, y al padre, y á la madre de la muchacha.

»Y todos lloraban y la plañían. Y él dijo: No lloreis, no es muerta la muchacha, sino que duerme.

»Y se le burlaban sabiendo que era muerta.

»Mas él la tomó por la mano y dijo en alta voz: Muchacha, levántate.

»Y volvió el espíritu á ella y se levantó luego.»

Con profundo sentimiento ha tratado el autor L. Feldmann este asunto. Es majestuosa la cabeza y toda la figura de Nuestro Señor Jesucristo y hay verdad naturalista al par que una expresión ideal en la resucitada hija de Jairo. Todos los circunstantes con sus actitudes y sus rostros contribuyen á imprimir á la escena la grandeza y el sentimiento religioso que ha de tener, según los citados versículos del Evangelio. Feldmann, á juzgar por esta pintura, pertenece á la escuela que se inició en Alemania y que ha pasado después á Inglaterra y Francia, que trata de implantar en la pintura religiosa una suerte de naturalismo, singularmente en los personajes que rodean al Salvador. Tomando pie de lo que hicieron los pintores del siglo XVI, quienes al ejecutar temas del Evangelio vistieron á sus personajes con trajes de la época en que vivían y del lugar en que habitaban, reproduciendo el Veronés, por ejemplo, patricios venecianos y hombres del pueblo como los que se veían en la plaza de San Marcos, y así por semejante modo Rubens y Rembrandt en sus respectivos cuadros, han querido ahora tratar también los pintores contemporáneos idénticos asuntos, sacando de la realidad viviente las piadosas figuras que rodean á Jesús en estas escenas. Feldmann no ha llevado á la exageración este criterio, al revés de lo que han hecho algunos pintores franceses del día, de gran talento pictórico, quienes, verbigracia, al pintar al Señor en casa de Levi lo han presentado rodeado de judíos, retrato de personas de esta religión muy conocidas en los círculos parisienses. El pintor alemán, que siente con vigor, se ha contenido en el límite en que, traspasándolo, podía ser irreverente el cuadro, lo cual no acontece en el suyo, que, antes al contrario, respira un espíritu cristiano y una idealidad dignos del mayor encomio, por cuyo motivo lo reproducimos en este número.

### UNA CANCIÓN DEL TIEMPO VIEJO

CUADRO DE B. VAUTIER

Mientras hila el copo la hermosa doncella que se ve

en este cuadro, está cantando una vieja canción que escucha atentamente la anciana sentada cerca de ella. Todos los países poseen un rico tesoro de estos cantos, en los cuales el espíritu nacional se halla íntimamente encarnado. Todos ellos tienen cierta melancolía, circunstancia que se nota hasta en los más regocijados y á la que ayuda poderosamente la música, por lo común en tiempo lento y con notas sostenidas, que á veces se pierden como si fuesen á morir en el espacio. Las narraciones que en ciertos casos forman el tejido de estos cantos, constituyen como unos esbozos de drama, de un sentimiento vivísimo, y en los que el amor desempeña principal papel. ¿Será también canción de amor la que dice la garrida doncella? ¿Avivará en ella esperanzas, y por lo contrario recuerdos tristes en la anciana que la escucha? El artista ha pintado el tema con mucha elegancia, que se nota en todos los detalles, y á la vez le ha impreso una cierta melancolía, muy acorde con el carácter que, conforme hemos dicho, suelen tener en todos los pueblos del mundo las hermosas canciones del tiempo viejo.

### EMPRESA DIFÍCIL Y TOSA

CUADRO DE P. MASSANI

¡Qué verdad respiran los dos viejecitos de este cuadro! Tipos italianos, hábilmente copiados por el autor, ofrecen un carácter simpático, porque revelan ser uno de esos matrimonios que han vivido largos años sin una nube que empañara el horizonte conyugal. El animado viejo quiere todavía dar muestra de que los años no le han embotado los sentidos, y para acreditarlo pretende enhebrar una aguja, para lo cual se requiere buen pulso y buena vista. No es la empresa fácil, y por esto su mujer le contempla sonriendo, en la seguridad de que ha de acabar por pasarle el hilo y la aguja, dándose por vencido. La expresión de las dos figuras está interpretada con peregrino ingenio, viéndose éste, además, en todos los pormenores de esta interesante pintura.

### ALDEANA ROMANA

ACUARELA DE JOSÉ MORAGAS Y POMAR

Con gusto damos un trasunto de esta acuarela, original del joven artista Moragas y Pomar. Discípulo aprovechado de su señor padre don Tomás, ha dado á conocer desde que se dedicó al arte un buen gusto y una distinción, que en parte dimanaban del estudio de las obras de nuestro malogrado paisano Mariano Fortuny. Moragas y Pomar trata con notable pericia el difícil género de la acuarela, que no admite retoques. Excelentes cualidades de desempeño, bajo el concepto de la elegancia en el color, que existen en el trabajo que reproducimos, no pueden verse en el grabado, en el cual queda, sin embargo, una cierta grandiosidad en el modo de tratar el tema. El autor no se ha limitado á estudiar con exactitud una aldeana de las inmediaciones de Roma, tipo escultórico como los que se ven en aquella comarca, sino que, además, ha puesto en el fondo detalles que contribuyeran á su caracterización, tales como los fragmentos arquitectónicos, junto á los cuales se halla sentada la hermosa matrona.





# ¡SOLEDAD!

NOVELA ESPAÑOLA

POR

D. C. SUAREZ BRAVO

## CAPITULO VII

EL PLAN DE UN DRAMA

A esa historia de escándalo y de mengua  
allá en tu corazón abre un abismo,  
que no suba jamás hasta la lengua.  
(Zorrilla).

Urgía mucho á Ricardo la ejecución del diabólico proyecto que meditaba. Implacables acreedores le asediaban, poniendo á cada instante á prueba su habitual desenfado, y por otra

parte se sentía devorado por la fiebre del jugador, siempre fértil en locas combinaciones para atrapar la fortuna y en sueños monstruosos de goce y despilfarro. El combate con el azar, poder misterioso y terrible que ninguna lógica pudo jamás encadenar, ejercía sobre él vertiginosa atracción, atracción que rara vez permite á los que se dejan envolver en su torbellino el uso de la razón y el libre albedrío. Las emociones agudas del tapete verde eran una necesidad de su existencia. Aunque de un modo insidioso, deslizábase entre sus turbulentas imaginaciones la figura de Blanca; pero no para calmarlas, sino para darlas mayor fuego. Soñaba con riquezas fabulosas, capaces de hacer contrapeso á las condiciones que le faltaban para poder flotar, como otros, en la órbita de la altiva deidad. Sin estar enamorado se sentía atraído hacia ella y deseaba vagamente renovar la sensación de admiración y encanto que experimentó al verla por primera vez.

El plan que se le había ocurrido para obligar á su hermana á casarse con Camporredondo, era de fácil ejecución; pero al mismo tiempo debía ofrecer en el orden moral algún inconveniente muy delicado, puesto que arredraba á un mozo tan sin escrúpulos como él. Aunque cruel y desatentado en todas sus determinaciones cuando las necesidades del vicio le aguijoneaban, dos ó tres veces, aprovechando una ocasión propicia, había intentado dar el asalto y otras tantas le paralizó invencible repugnancia. Tres días pasó caracoleando alrededor de su hermana, amable, bromista y fraternal como no lo había estado nunca, esperando que la conversación le abriese camino para introducir de soslayo la cuestión que no se atrevía á plantear de frente, y el tercer día acabó como el primero, sin haberla siquiera desflorado. La familia, agradablemente sorprendida al verle en contraposición con sus hábitos, tan casero, complaciente y razonable, sin entregarse enteramente á la esperanza, consideraba el hecho como un buen síntoma que parecía indicar que no era un ser radicalmente pervertido é incapaz de reforma.

Luisa, como más joven y más inexperta, propensa á creer, midiéndola por la suya propia, en la naturaleza amante de los demás, veía con mal disimulado regocijo el cambio que se advertía en las maneras de su hermano, correspondiendo á sus arrumacos con el ingenuo y cariñoso abandono de un alma inocente. Por otra parte, la felicidad de los corazones puros y no amargados por la hiel de la experiencia, suele ser siempre creyente, y Luisa, como nuestros lectores no ignoran, era entonces feliz. No dejaba de amargar su dicha alguna vaga inquietud. En las últimas palabras que Eduardo le había dirigido en el baile se traslucía un secreto, un obstáculo que impedía por el momento su aproximación, que obligaba al joven á no repetir la visita en que ambos se reconocieron. Luisa no dejaba de dar vueltas en su imaginación á la idea importuna. Pensó en consultar con su madre este punto negro, pero ¿no implicaba esto desconfianza en las promesas de Eduardo? Prefirió, pues, esperar á que los sucesos se encargasen de descifrar el enigma. ¿Qué era esta nubecilla al lado de la hermosa certidumbre de ser amada? ¿Qué en comparación del inverosímil é inesperado triunfo conseguido sobre aquella altiva beldad, reina del baile, y que parecía nacida para reinar sobre los corazones? No es, pues, de extrañar que en esta situación de espíritu, en esta atmósfera de suave luz que la envolvía, se encontrase dispuesta á no ver en la conducta de su hermano ninguna intención oculta.

Menos dispuesta doña Elena á dejarse arrastrar por las apariencias, observaba los manejos de su hijastro con recelo, pero sin sospechar que pudiesen ocultar ningún pérfido lazo. Mayor inquietud le causaba el semblante taciturno y grave de su marido, tan fuera de sazón después del franco regocijo y fogoso entusiasmo con que se había asociado á su proyecto de unir á Luisa con Eduardo. Cambio por cambio, á la vigilante madre le inquietaba mucho más el de su marido que el de Ricardo, si bien algunas veces le asaltaba una idea que no dejaba de producirle sobresalto, la idea de una posible relación entre los dos.

Había en la casa otra persona que espiaba con escama, aunque desde sitio algo más apartado, la extraña conducta de Ricardo. Este era Santiago. No pudiendo influir en él los

lazos de la sangre y en actitud, por lo tanto, de apreciar las cosas con más frialdad, se dijo á sí mismo, desde que advirtió el juego del mancebo:—Este pillo medita alguna infamia.—Concebir esta sospecha y constituirse en plantón vigilante del señorito, sin que le arredrase ejercer el espionaje, hartó justificado por la bondad de la intención, fué todo uno. Al ver á Ricardo, para quien hasta entonces la casa paterna sólo era como especie de posada para comer y dormir, y eso no todos los días; siempre ajeno á toda expansión de familia, pasarse el día y parte de la noche sin salir, ora metido en su cuarto, ora charlando y bromeando con su hermana donde quiera que la encontraba, ora paseando por el salón de los retratos que ya conocen nuestros lectores, con el puro en la boca y en actitud meditabunda á guisa de matemático que persigue la solución de algún difícil problema, buscando ostensiblemente ocasiones de hablar con Luisa y ganarse su confianza, el buen Santiago se afirmaba en sus sospechas. Agravaba éstas el ver que, en los días á que nos estamos refiriendo, recibía Ricardo á hora determinada la visita de Camporredondo, con quien se encerraba en su cuarto. Varias veces se acercó Santiago á la puerta y aplicó el oído á la cerradura para ver si pescaba algo de la conversación, pero hablaban tan bajo, que únicamente pudo coger alguna palabra suelta y vacía de sentido; sólo en el tercer día de este teje maneje oyó distintamente esta frase de Ricardo, que le puso en terrible aprensión:—Mi hermana cederá, no tenga usted cuidado.

—¡Hum! murmuró el buen anciano al retirarse temeroso de ser sorprendido. Ya me lo daba el corazón. Aquí se está urdiendo alguna intriga, alguna iniquidad... Yo no sé lo que es, pero sospecho que se trata de forzar la voluntad de la señorita... ¿Cómo? Eso es lo que hay que averiguar. De la cabeza de ese mozo endiablado se puede esperar cualquier picardía... ¿Querrá casarla con el camarada que está encerrado con él? Bien le conozco; es hijo de aquel don Bruno que fué en otro tiempo amigo de don Gabriel... Algún perdido de su especie. ¡Calle! ¿Y no tendrá algo que ver con esto la inesperada visita de don Bruno, que hace años no parecía por aquí? Por cierto que don Gabriel, que estaba de muy buen humor cuando le recibió, tiene desde entonces mucho peor cara que cuando hace una mala jugada de Bolsa; mucho peor, porque en tales casos suele ponerse gruñón é intratable, y ahora se ha vuelto mudo y está triste como un *miserere*. Como que quizá no se atreva á decir que no á un hombre con quien... Me parece que voy viendo claro en este oscuro negocio. Daría parte de mis sospechas á la señora... pero no me atrevo. ¡Pobre señorito Eduardo! Tengamos de ojo á esta gente, y si la cosa apura ya veremos qué es lo que conviene hacer.

Interrumpió el soliloquio de Santiago la llegada de Ricardo, que salía á despedir á Camporredondo á la antesala. Todavía estuvieron cerca hablando breves instantes los dos camaradas, pero tan bajo, que no pudo el fiel criado quedarse ni con una sílaba del coloquio. Camporredondo se marchó, y Ricardo con aire meditabundo se dirigió al salón de los retratos, que se puso á medir de arriba á abajo con paso acelerado. Santiago no se atrevió á seguirle hasta allí, pero desde la antecámara, unida por un corredor recto á la puerta principal del salón que estaba abierta, veía al joven cruzar en direcciones opuestas, con los brazos echados atrás y la cabeza baja.

Era ya el cuarto día, y Ricardo, cada vez más apremiado por los angustiosos plazos de sus trampas y por el punzante aguijón de su vicio dominante, había decidido dar el asalto antes de que viniera la noche. Así se lo había dicho á Camporredondo y así se lo había prometido á sí propio; pero á pesar de la travesura de su espíritu y de la escasez de sus escrúpulos, no sabía verdaderamente cómo empezar.

—¡Qué diablos! pensaba en sus adentros. Yo no me conozco. Hace días que estoy dando vueltas alrededor de esta chicuela, buscando una ocasión de soltarle el toro, y no sé qué escrúpulos estúpidos me detienen siempre que me dispongo á hacerlo. Ya se ve, ¡Luisa es tan inocente y tan buena! anda ahora tan por las nubes con la novela de su amor, que seguramente lo que voy á hacer con ella es una brutalidad... Y la verdad es que yo á Luisa la



quiero bien, y me disgusta mucho afligirla... Luego, parece que lo hace el demonio, cuando me resuelvo á obrar, se me viene á las mientes aquel lance peliagudo de las barricadas... aquella escena del balcón... Como que si no hubiera sido por ella... Vamos, echemos á un lado estas tonterías... La vida es la vida, y yo tengo que cumplir con mis compromisos de hombre... Necesito cuanto más antes los diez y seis mil duros de Camporredondo, por una porción de razones... y puesto que para obtenerlos hay que pasar por este camino, pasemos cerrando los ojos y caiga el que caiga... La caridad bien ordenada... Voy á ver si Luisa está sola en su cuarto, y puesto que no hay otro remedio, le haré tragar la pócima como Dios... No, como el diablo me dé á entender. Empezaré diciéndole que... Pero no, nada de preámbulos. Es mejor quemar las naves desde el principio y decir de sopetón...

Aquí Ricardo, que accionaba automáticamente mientras iba formulando este perverso raciocinio, fué interrumpido por una risotada y una voz argentina, que pronunció detrás de él estas palabras:

—¿Pero, hombre, te has vuelto loco, ó es que quieres entrar en el teatro?

Ricardo se volvió y se encontró con Luisa.

Las enamoradas que no tienen ocasión de ver á sus amantes se vuelven balconeras, aunque, como Luisa, no lo sean por hábito. En los días que siguieron al baile, Luisa aprovechaba todo momento en que se encontraba libre para salir al balcón con la esperanza de que Eduardo fuese movido por el mismo deseo, á pasearle la calle y á continuar el coloquio amoroso con el mudo lenguaje de los ojos. La joven ignoraba que su amante fuese oficinista, y salía precisamente en las horas en que el pobre Eduardo, atado á su bufete, se encontraba en la imposibilidad de dar gusto á los pies, que más de una vez, aunque fuera de sazón, le habían arrastrado en los días anteriores, y aun en aquella misma mañana, á dar vueltas por los alrededores de la casa de su amada.

Cuando Ricardo entró en el salón, cuyos balcones estaban abiertos, no vió á su hermana que se hallaba fuera inclinada sobre la baranda, ni ésta vió á Ricardo, hasta que, cansada de mirar á un lado y á otro sin resultado, entró dentro y le sorprendió de espaldas moviendo los brazos como actor que ensaya un papel.

Las palabras de Luisa fueron para Ricardo un rayo de luz. Así es que, vuelto de su primera sorpresa, exclamó:

—¿Que si quiero entrar en el teatro? Algo hay de eso, pero no como actor sino como autor. Pero déjame, estoy en la fiebre de la inspiración.

Y volvió á continuar su paseo gesticulando con mímica exagerada, mientras combinaba su plan.

—Pero vamos á ver, dijo Luisa riendo siempre. ¿Quieres dejar de dar vueltas y decirme qué nueva locura es esa?

Ricardo se detuvo delante de Luisa y exclamó con seriedad un tanto cómica:

—Sábetete que estoy componiendo un drama... No te rías... Un drama de la vida íntima. Un drama que me dará veinte noches...

—¿De insomnio?

—Te digo que será una obra trascendental. Ahora estoy batallando con las dificultades del plan; pero el pensamiento... ¿Quieres que te diga el pensamiento?

—Veamos. Si es tuyo, no dejará de ser original.

—Originalísimo, pero lleno de verdad.

Ricardo recalcó intencionadamente estas palabras, y continuó:

—Dicen que tengo mala cabeza. Vas á juzgar... Figúrate que el héroe principal de mi obra, es un padre que tiene una hija...

—Es claro. Es lo menos que puede tener un padre. Veo que el asunto comienza con novedad, dijo Luisa sin dejar de reír.

—No formes juicios precipitados. La hija es una joven inocente, bonita, que adora á su padre...

—¿Y nada más que á su padre? Hombre, eso es muy poco teatral.

Ricardo se quedó mirando á su hermana y dijo rascándose la cabeza:

—Aun no tengo eso bien pensado... ya veremos más adelante... Pues como te iba diciendo, es una niña candorosa, un poquillo entonada, algo caprichosuela... como tú, *verbi gratia*.

—Gracias.

—Hay de por medio un pretendiente á quien la niña no ama; pero que está perdidamente enamorado de la dote de la niña, que es de grueso calibre.

—Pues no habiendo amor, no puedes casarlos sin exponerte á una silba.

—Psé. Te diré que los casamientos por amor están ya un poco fuera de moda. ¿A tí te continúan gustando?

—¡Vaya una pregunta! dijo Luisa ruborizándose. No se trata de mí, sino de tu heroína. Te lo digo porque esa es la regla.

—¡Ya! pero no hay regla sin excepcion. Vas á verlo. El padre, que como ya te he dicho, es el héroe de mi drama, se ha conquistado, merced á sus grandes riquezas, una posición respetable en la sociedad madrileña; pero (ya sabes que los héroes de teatro tienen muchos peros) el origen de sus riquezas es un poco... vamos... es un poco... escabroso.

—Quiere decir, observó Luisa, á quien sin saber por qué comenzaba á disgustar la historia y deseaba abreviarla, que no ha hecho su fortuna por medios honrados.

Ricardo se quedó mirando á su hermana con aire, entre embarazado y truhanesco, y murmuró después de breves instantes de vacilación:

—¡Pues!... Tu frase es un poco viva... Pero en rigor define mejor que cualquiera otra la verdadera situación del personaje. Hazte una idea de ésta... verás si es dramática. Mi héroe desea conservar á toda costa la estimación de las gentes y el cariño y el respeto de su mujer y de su hija, á quienes adora, y que tienen ideas... un poco á la antigua... ¿Comprendes? Pero el pretendiente á la dote le pone en una alternativa terrible.

—¿Por qué no le manda á paseo? dijo Luisa, cada vez más descontenta del antipático plan de su hermano, y con más deseo de poner fin á la confidencia.

—Ya lo haría él de buena gana, pero ahí está el busilis, contestó Ricardo. Figúrate que el novio tiene un padre, que ha servido á mi héroe de testaferro para llevar á cabo las operaciones, legales si se quiere, pero de moralidad... problemática, que fueron la base de su riqueza... Desde aquí puedes ya ver el nudo de la intriga. El testaferro, que á fuer de alquiler de enjuagues, va derecho á su negocio sin contemplaciones, le presenta á mi héroe el siguiente dilema desnudo: O consientes en casar á la niña con mi hijo, ó descorro el velo que cubre los orígenes de tu opulencia, á fin de que las gentes te señalen con el dedo y hasta que tu propia familia se avergüence de tí. ¿Qué te parece?

Ricardo dijo todo esto con los ojos fijos en su hermana, como el médico que, después de administrar la primera dosis de una pócima, estudia los efectos en el semblante del enfermo, para ver si hay necesidad de repetirla.

Luisa se había quedado suspensa.

Las últimas explicaciones de Ricardo empezaron ya á despertar en su ánimo malestar indefinible. Ajena por ideas y por educación á las torpezas que acababa de oír, y sin haber sorprendido las analogías, que otro espíritu menos inocente y desprevenido no hubiera dejado de hallar entre la situación de su familia y la del siniestro engendro de su hermano, se hallaba en la situación de ánimo del que, presintiendo un peligro vergonzoso, repugna aún más averiguarlo que sufrir sus consecuencias. Al ver su hermoso rostro pasar alternativamente del color de la púrpura al de la azucena, el cruel Ricardo se disponía á completar con los últimos

toques su odiosa parodia; pero fué interrumpido por su hermana, que con acento breve y firme le dirigió estas palabras:

—Mira, Ricardo, ya que te empeñas en que tome por lo serio tus locuras, oye el consejo que te voy á dar. Sacrifica á la hija, si así te viene bien; pero que ignore siempre la verdadera situación de su padre. Los hijos no deben saber nada que menoscabe el cariño y el respeto que deben guardar á los que les dieron el ser.

Dicho esto, y con un ademán de expresivo disgusto, que obligó á Ricardo á tragarse la contestación que tenía ya al borde de los labios, la joven volvió la espalda y se alejó con paso precipitado. Algún tanto desconcertado el calavera con este arranque inesperado de su hermana, que era la misma dulzura, no hizo nada, sin embargo, por detenerla, y se quedó inmóvil mirándola alejarse y desaparecer por la puerta del salón, que comunicaba más inmediatamente con sus habitaciones.

Pasados breves instantes en esta actitud, murmuró encogiéndose de hombros y con risa maligna:

—Me parece que el golpe está dado. La pobrecilla lleva el dardo en el cuerpo y no se lo sacará á tres tirones.

La situación de ánimo de Luisa ni justificaba ni desmentía el juicio de su hermano. Cuando entró en su cuarto, trató ella misma de darse cuenta de la penosa sensación de que se sentía molestada, pero del examen febril á que sometió las palabras de Ricardo, no pudo sacar ninguna conclusión lógica capaz de precisar su intención. La opinión que tenía formada de su padre difería de tal modo del personaje creado por la aviesa fantasía de su hermano; entre la situación de su familia y la del supuesto drama existía, según su juicio, disparidad tan notoria, que la idea de que pudiera haber relación directa entre una y otra no había asaltado su mente sino bajo la forma de nebulosa y vaga sospecha. Lo que le parecía menos oscuro, era que la confianza de Ricardo miraba evidentemente á fines que no tenían nada de literarios. Su manera de acentuar las palabras en algunos de aquellos pasajes más delicados del supuesto drama; la expresión intencionada é interrogadora de sus ojos; su insistencia en determinados detalles; lo insólito, dados sus hábitos y aficiones nada literarias, de la consulta; acusaban fines é intenciones poco en relación con el objeto aparente de ella. Pero en cuanto la sospecha intentaba tomar cuerpo en su imaginación, todos los sentimientos puros y rectos de su alma se amotinaban para cerrarle el paso, creyendo que hacía una ofensa mortal á su padre por el solo hecho de someterla á juicio, aunque fuese para rechazarla. Su madre había procurado mantenerla siempre apartada, no sólo de las impurezas de la vida, sino también de cuanto pudiese contribuir á abrirla los ojos acerca de los medios con que don Gabriel se había levantado en hombros de la fortuna. ¿Qué podía haber de común entre el héroe del imaginario drama de Ricardo y el autor de sus días, á quien ella había mirado siempre por el prisma del respeto y cariño filial más acendrados? Además (y ésta era una de las razones á las cuales su espíritu se aferraba con más insistencia, contra los asaltos de la duda y de la sospecha), ¿dónde estaba la principal analogía, la que debía constituir el enlace necesario entre las respectivas situaciones de la familia imaginaria y la familia real, es decir, el pretendiente? No sólo no tenía ella noticia de que en aquellos momentos pretendiera nadie su mano, sino que estaba segura de que lo mismo sucedía á su madre, pues atendida la clase de confidencias recientes que habían mediado entre las dos, no era verosímil que ésta hubiera dejado de indicárselo. Faltaba, pues, un personaje absolutamente necesario para que resultara la analogía. Entre el drama y la historia había esta diferencia fundamental. Esto completaba la certidumbre y echaba por tierra los cavilosos fantasmas evocados por la maligna y desarreglada imaginación de su hermano.

Pero á pesar de todo este trabajo silogístico del amor filial y de la razón, Luisa se sentía turbada y con el corazón oprimido. No cesaba de decirse á sí misma que su inquietud no



tenía fundamento, que el drama de Ricardo era una creación caprichosa, un fantasma sin enlace ninguno con la realidad; que si era feliz antes de oirla, no había motivo para que dejase de serlo después de haberla oído; que aquella excitación de sus nervios, que aquel velo sombrío con que veía ahora cubiertas las radiantes imágenes de sus ensueños y esperanzas, eran ilusiones de otra ilusión, y carecían de sentido común; á despecho de todos estos argumentos, no volvía la dicha, ni siquiera la tranquilidad. Cuando dejándose arrastrar por el misterioso pánico de que se sentía poseída, miraba frente á frente la esfinge evocada por la confidencia de Ricardo, su corazón se oprimía más fuertemente. La perspectiva de ver á su padre deshonorado á los ojos del mundo, y sobre todo á los de Eduardo, le era de todo punto insoportable, y para conjurarla no le parecían superiores á la energía de su voluntad los más crueles sacrificios, sin excluir el sacrificio de su amor; pero inmediatamente arrojaba de sí la siniestra sospecha y volvía á encastillarse en sus optimismos, acusando su imaginación de fantástica. Así, después de una hora de sordo batallar, consiguió una tranquilidad relativa, más bien por cansancio físico que por verdadera victoria moral. Por de pronto, aquella tarde el piano quedó ocioso, el interesante libro que estaba leyendo no fué ni siquiera abierto, el fino lienzo que cubría el bastidor en que bordaba no se levantó. No hizo más que moverse de un lado para otro, sin norte fijo, procurando recobrar su serenidad á fin de que sus padres no advirtiesen nada al presentarse en la mesa á la hora de la comida, teniendo por primera vez en su vida que apelar á toda la energía de su ánimo para que el semblante no la hiciese traición. Este esfuerzo no fué completamente infructuoso. Cuando entró en el comedor, sus padres no advirtieron en ella novedad aparente. Verdad es que don Gabriel y doña Elena, cada uno por su causa, no estaban para fijarse en el semblante ni en las acciones de los demás. El primero, preocupado siempre con las consecuencias posibles de la demanda de don Bruno, continuaba encerrado dentro de sí mismo, y doña Elena, alarmada al ver á su marido tan silencioso y taciturno, concentraba en el estudio de las causas que pudieran serlo de aquella mudanza, la atención que habría necesitado para advertir diferencias más ó menos sensibles en el gesto y en las maneras de su hija.

En cambio Ricardo no dejó de observar de reojo á su hermana en todo el curso de la comida. Por de pronto sus esfuerzos por animar la conversación entre los dos, resultaron infructuosos, y eso que visiblemente Luisa hacía todo lo posible por corresponder con este deseo, á fin de disimular mejor la verdadera situación de su ánimo; pero las palabras se le venían á los labios como violentadas, y por añadidura no se sentía ya arrastrada por aquella dulce corriente de cordialidad fraternal de los días anteriores. Los arrumacos de Ricardo ya no eran á sus ojos moneda de legítima ley, y comenzaban á inspirarle miedo, presintiendo en ellos un lazo.

No se le escapó á Ricardo la novedad, como tampoco la visible huella que el rudo combate moral de aquella tarde había dejado impreso en el suave rostro de Luisa.

Acabada la comida sin más incidentes, el joven se retiró, repitiendo para sus adentros:

—No tengo duda; el dardo ha dado en el blanco. La idea ha sido buena. Pero, ¿por qué no estoy contento del diablo que me la inspiró?

(Continuad).



## LA MODA DE PARÍS

---

**P**OR acá y acullá, diseminadas, se encuentra á las parisienses, á quienes devora el entusiasmo por la locomoción. Han abandonado su casa, su habitación elegante y confortable con el mismo deleite con que el escolar abandona el colegio cuando se concluye el curso. Huyendo de la gran ciudad se han ido lejos en busca de placeres, que son en todas partes los mismos, que les siguen donde vayan, así en el fondo de los valles como á orillas de los lagos y del Océano.

En la estación actual sólo saben encontrar la felicidad fuera de su casa. Derrúmbanse las montañas, se van á pique los barcos en las límpidas aguas de un lago, nada las asusta ni las detiene: el tiempo marcha, corre hacia lo desconocido y otro tanto hacen las mujeres. Esta vida errante, obligatoria para las parisienses, exige multitud de vestidos, de accesorios y de perifollos que varían al infinito, según las playas y las latitudes.

En las costas de la Bretaña y de la Normandía priva el vestido de paño ó de sarga color de crema, con chaqueta abierta sobre una camisa de una tinta pálida, lo cual forma el traje clásico en las horas de paseo por la playa. En el Mediodía, en Sables, Royan y Biarritz domina el traje de batista ó de piqué, el cual reemplaza la lana sobrado pesada en aquellos climas en que pica el sol.

Este último vestido, inventado recientemente por una de nuestras más hábiles modistas, es elegante y práctico, por lo que lo indicamos á las señoras elegantes, ansiosas de hallar alguna novedad parisiense. Compónese de larga falda, chaqueta con mangas voluminosas, que se estrechan hacia el puño, todo ello confeccionado en piqué rayado, de tono crema, blanco ó nankín. Una camiseta de seda paja, malva, verde agua ó azul pálido completa la armonía de este traje sencillísimo, pero coquetón y muy parisiense, el que debemos á M.<sup>me</sup> Pelletier-Vidal, inventora de los más hermosos atavíos femeninos. Al par que este vestido, hemos notado varios otros para los días sombríos y fríos que al parecer nos reservan las últimas semanas de este verano. Uno de ellos es lindísimo, de una lana pardusca realzado con tejido escocés á cuadros verdes, y el segundo no le va en zaga, puesto que hasta resulta ser más elegante, confeccionado en paño de color de polvo, con cinturón y adornos de terciopelo color de pensamiento.

A la hora de la comida, abandonando los trajes de excursiones y de playa, vistense las señoras con telas finas, *merveilleux* ó seda con flores, crespón, batista y granadina, llenas de cintas y encajes, con mangas en globo acabando en el codo, y guantes de piel de Suecia de tintas claras. Es bellísima en este género una *toilette* inventada por la referida M.<sup>me</sup> Pelletier-Vidal, en seda brochada rosa seca y musgo, con volante de encaje y un pequeño plegado de cinta. El cuerpo simula un fichú María Antonieta adornado de encajes, cruzado por delante y sujetándose por detrás, para caer á modo de faja sobre las faldas.

También los sombreros cambian todos los días en manos de nuestras modistas en renombres, las cuales corren siempre tras de una forma nueva, de un adorno inédito, que acrecienta la belleza de sus parroquianas. Así M.<sup>me</sup> Julia acaba de inventar encantadores sombreros, en





paja natural, con flores sujetadas por medio de encajes y de cintas para los días calurosos, ú otros más oscuros en paja escocesa de tintas variadas, en relación con el vestido, y engalanados con alas metidas en un gracioso lazo de terciopelo. Para el Casino recomienda preciosas capellinas de paja de Italia, rodeadas de encaje, en el que asoman plumas ó flores.

La página de modas que publicamos en este número, representa dos vestidos de verano, dibujados con sujeción á los numerosos y hermosos modelos inventados por M.<sup>me</sup> Pelletier-Vidal, 19, calle de *la Paix*, acompañados de dos coquetones sombreros de M.<sup>me</sup> Julia, 7, *bulevar des Capucines*.

El vestido de la derecha es de señorita y está hecho en crespón, con pequeños tableros azul y rosa viejos: un volantito rodea la falda, que es redonda y arrastra por detrás. El cuerpo, plegado, lo adorna guipure antiguo, sobre transparente rosa y va sujeto al talle por una cinta de terciopelo negro, anudada detrás y que cae en largas tiras. La toca que la acompaña es obra de M.<sup>me</sup> Julia y hace furor en estos momentos á orillas del mar. Es de paja escocesa, adornada de terciopelo rosa y azul viejo, formando lazo por delante con dos plumas, á manera de pompón.

El segundo traje, destinado á una señora joven, está hecho en crespón de color azufre, la falda sin cola guarnecida con tres pequeños volantes. El cuerpo, que es preciosísimo, se compone de una chaqueta de guipure antiguo con aplicaciones bordadas de mucha riqueza, abriéndose sobre una camiseta de muselina de seda, paja, ceñida al talle por un cinturón de guipure, también bordado. Las mangas, muy sopladas, se hallan sujetas al codo por un largo puño de guipure y bordados. El sombrero adecuado á este vestido, constituye una novedad en el otoño, para los días frescos del mes de Septiembre. M.<sup>me</sup> Julia lo compone con un modelo de tinta que vaya bien con el vestido, tal como el que representa nuestro dibujo, que es de encaje, con fondo de paja de arroz negro, y un ligero turbante de terciopelo, color de maíz, que rodea la copa y que termina en un mazo de plumas rematado en un plumero negro.

---

## MESA REVUELTA

M. Henri Martel cuenta en los siguientes términos sus impresiones de una visita que hizo á la cárcel de Gante:

«Son las nueve de la mañana; las rejas de hierro se abren para dar paso á un coche celular escoltado por gendarmes. Este coche contiene una docena de desgraciados detenidos el día anterior por lesiones, por robo ó por homicidio. La mayoría de ellos son víctimas del aguardiente ó de otras bebidas alcohólicas. Y cada día el siniestro carruaje lleva á la prisión su contingente de hombres, muertos para la sociedad y la familia. De los detenidos hoy, el primero en comparecer en las oficinas de la cárcel, para que su nombre sea inscrito en el registro del crimen y de la infamia, es un soldado, joven de 22 años, detenido por golpes y lesiones graves inferidas hallándose en estado de embriaguez. Nunca ha sido procesado, fué honrado hasta ahora, pero si continúa bebiendo es bien seguro que acabará siendo ladrón y asesino. Entretanto su carrera militar está rota para siempre, y esta carrera, siendo el joven, inteligente é instruído como era, podía conducirle á los mejores destinos. Además su uniforme le obligará ahora á comparecer ante un tribunal militar, un consejo de guerra que le hará pagar caras las copas de aguardiente, causa de su perdición.

»El segundo contesta al llamamiento con cierta desfate: es ya muy conocido en los calabozos y cuartelillos: ha sufrido diez y nueve condenas y sólo tiene treinta y un años. Tronera y perezoso, no trabaja nunca, roba para satisfacer su pasión por el maldito aguardiente, y lleva en sí todas las huellas del embrutecimiento: sucio, haraposo, despidiendo un hedor insoportable.

»El tercero llora y responde temblando á las preguntas del empleado: tiene cuarenta y cinco años, es zapatero, casado y con cinco niños pequeños. Ganaba lo suficiente para ser feliz con su familia, pero se entregó á las bebidas alcohólicas y en ellas gasta lo que debería ser el sustento de su mujer y de sus hijos. A causa de esto la miseria y las disputas han penetrado en aquella familia, antes modelo de bienestar y tranquila armonía. Borracho, ha causado á su mujer cinco heridas con la cuchilla de zapatero, y ha herido también á dos de sus niños, que querían defender á su madre al verla en el suelo ensangrentada. Y ahora el desgraciado se desespera, llorando menos por el castigo que pueden imponerle que por la profunda miseria en que se van á hallar sumidos su mujer y sus hijos.

»El otro detenido es un hombre de unos sesenta años, que parece tener ochenta por los estragos que han hecho en él los excesos de toda clase á que vive entregado. No tiene profesión ni domicilio, desde hace veinte años mendiga y roba para poder beber aguardiente, y cuenta treinta y cinco condenas. Perteneciente á una familia muy distinguida, ocupaba una posición social muy respetable, y poseía una bonita fortuna que ha disipado en orgías y otros excesos. Acabó por emborracharse todos

los días de una manera tan escandalosa, que su familia hubo de repudiarle, y ahora, atontado, embrutecido por el alcohol, parece no darse cuenta de su vergonzosa situación: ha robado los instrumentos de trabajo con que un honrado obrero ganaba el pan de cada día, y los ha vendido para saturarse de aguardiente.

»Este otro es un hombre en la fuerza de la edad, treinta y cinco años, de constitución hercúlea: herrero de oficio, ganaba pingües jornales, llevando con ellos el bienestar á su mujer y á sus hijos, á los que abandonó hace seis meses para irse á Francia con una cualquiera que le ayudó á disipar el dinero que él había ganado á costa de tanto trabajo, y que debía salvar á su familia de la miseria en un caso desgraciado. Después de algunas semanas de orgía, volvió sin un céntimo al lado de su mujer, que se lo perdonó todo con una bondad y una dulzura increíbles; y es que esperaba que su marido volvería á los antiguos hábitos de trabajo: ¡cuánto se engañaba! Siguiendo las nuevas costumbres contraídas, no volvía á casa sino borracho como una sopa, dejó por completo el trabajo y llegó á vender los vestidos de su mujer para procurarse el fatal aguardiente. Por fin, agotados todos los recursos, sin poder beber más, sin siquiera poder comprar pan, fabricó unas llaves falsas y fué á robar á su antiguo dueño. Detenido en flagrante delito de robo con fractura, de noche, en casa habitada, ha incurrido en la pena de veinte años de trabajos forzados. Y ahora, ahogado por el llanto de la desesperación, apenas puede contestar á las preguntas del empleado: invoca con angustia á su mujer y á sus infortunados hijos, y maldice de sus malas costumbres y del aguardiente, causas de su desgracia; ¡pero es tarde!

»Todavía comparece otro, uno de los mejores mineros de carbón, de los que mejores jornales sacaban. Éste, débil de carácter, se dejó arrastrar por unos compañeros suyos, malos trabajadores, y con ellos tomó parte en distintas huelgas. En los *meetings* le seducían las ideas expuestas por ciertos oradores que, aparentando defender los intereses de los obreros, en el fondo no defendían sino su propia ambición, su afán de llegar al poder, valiéndose de los obreros como de instrumento al que hoy acarician y que desprecian mañana. ¡Desgraciados los que siguen los consejos y excitaciones de tales gentes! sólo comprenderán lo que éstos valen y el bien que les quieren, cuando vean la miseria suceder al fruto de un trabajo honrado. Si todo el dinero perdido en las huelgas se hubiera puesto en ahorro, representaría millones de francos suficientes para convertir á los obreros en propietarios de las minas. Pero eso no se lo han dicho ni se lo dirán nunca esos que predicán en los *meetings*. Ya se sabe que tiempo de huelgas es tiempo de aguardiente ó de otras bebidas análogas, en detrimento del bolsillo, de la salud y de la tranquilidad del obrero. Esto fué lo que sucedió al minero que tenemos delante. Al cabo de algunas semanas de huelga, tenía contraído

el repugnante vicio de las bebidas fuertes, al mismo tiempo que había concebido horror al trabajo, y cuando la huelga terminó, abandonó a su familia para irse a la ciudad a buscarse trabajo más cómodo, imbuído por las promesas de un charlatán. Pero no encontró tal trabajo, pasaba los días en las tabernas, donde agotó los pocos recursos que le quedaban, olvidando, como todos los borrachos, que dejaba a su familia en la miseria. En una taberna precisamente fué donde anteayer robó el semanal de un obrero. Al día siguiente, la policía, que buscaba al ladrón, le encontró durmiendo la mona en medio de la calle: la mayor parte del dinero robado lo había gastado ya en bebidas el mismo día.

» En fin, otro de los detenidos, es un maquinista de treinta y siete años, casado y con tres hijos. Nunca ha sido procesado, y es la primera vez que pone los pies en una cárcel. En el paroxismo del dolor se tira de los cabellos, tiene los ojos encendidos por haber llorado toda la noche y parece presa de violenta fiebre. Después de tres días de ausencia en los que gastó todo lo ganado en una quincena, volvió ayer a su casa ebrio y extraordinariamente sobreexcitado por el alcohol. Habiéndole su mujer dirigido algunos merecidos reproches, él las emprendió con el modesto mobiliario que poseían, destruyéndolo todo, incluso la cuna de su hijo menor, y cada vez más enloquecido, cogió un hierro de la chimenea, lo tiró con furia a la cabeza de su mujer, dejándola muerta en el acto, y perdido ya todo freno hubiera hecho lo mismo con sus niños, si el ruido y los gritos no hubieran atraído a los vecinos, que llegaron a tiempo para salvar a los pequeñuelos y detener al padre.

» Y este crimen, como los anteriores, no son crímenes cometidos por éste o aquél, sino crímenes del aguardiente, que por sí solo basta a llenar todas las cárceles y presidios del mundo.»

\*\*\*

Se dice algunas veces de una persona que aparenta estar meditando profundamente que « parece Mario meditando sobre las ruinas de Cartago. » Mario, famoso guerrero romano, nació en Arpino de padres pobres y oscuros. En el año 621 de Roma, durante el sitio de Numancia, el valor, la aptitud y el espíritu de disciplina de Mario merecieron la atención y la estima de Escipión Emiliano, quien le confió importantes comisiones desempeñadas por Mario de una manera tan brillante que pronto fué la admiración de todo el ejército.

Su ambición igualaba a su talento, y pronto no disimuló sus pretensiones al consulado. Efectivamente fué seis veces cónsul y obtuvo repetidos honores de triunfador. Viejo ya, quiso, a pesar de sus achaques, tomar el mando del ejército mandado por el Senado romano contra Mitridates, rey del Ponto. El Senado escogió a Sila: Mario se hizo nombrar por el pueblo, y ésta fué la señal de una guerra civil que bien pronto puso a Roma a fuego y sangre. Mario, desterrado de Roma y acosado por las facciones contrarias, tomó un navío que le proporcionaron sus amigos y pasó al África; pero el gobernador de la provincia romana donde desembarcó le ordenó marchar de allí. — « Vé y dí a tu señor, dijo

Mario al enviado, que has visto a Cayo Mario desterrado y fugitivo errar entre las ruinas de Cartago. »

\*\*\*

Dos lugareños del bajo Aragón pidieron en un café de Zaragoza magras con tomate; les contestaron que no había, pero que les servirían otra cosa.

— Pues bien; venga una tortilla de huevos con tocino.

Como tampoco se la proporcionaban, preguntaron impacientes qué podrían tomar. Les manifestaron que les sacarían ron, marrasquino, menta, coñac, etc. No entendiendo lo que significaban nombres tan raros, creyeron que se burlaban de ellos; y le dijeron furiosos al mozo:

— Tráenos un par de alpargatas a cada uno y nos iremos para no volver más aquí.

\*\*\*

En un banquete de amigos se suscitó la cuestión de los grandes comedores y se citaron ejemplos de apetito prodigioso.

— Todo eso que cuentan ustedes no vale nada, dijo un militar de los presentes; yo tengo en mi compañía un soldado que sin gran esfuerzo se come una vaca entera.

Muestras de incredulidad en todos los comensales; pero el capitán insiste y propone una apuesta que es aceptada por sus compañeros. El día señalado van todos a la fonda convenida. El capitán, a fin de que el tiburón de su compañía tuviera el apetito más aguzado y permanente, había mandado aderezar con varios guisos y salsas los diferentes trozos de la vaca. Siéntase a la mesa el soldado, y un guiso tras otro despacha con admirable celeridad las tres cuartas partes de la res. Los de la apuesta, que se hallaban presentes, empezaron a darla por perdida, y mucho más cuando oyeron que el soldado decía:

— Mi capitán, me parece que ya puede usted mandar que me traigan la vaca, de lo contrario no respondo de que gane usted la apuesta.

Y era que el tragón del soldado había creído que los platos que hasta entonces le habían servido eran sólo para hacer boca.

\*\*\*

Siendo un viejo demasíadamente avaricioso en las cosas del servicio de su casa, lo era en extremo y fuera de compás en esto: que si veía encendidas dos lumbres, mataba la una, y si candela fuera de la mesa ardía, hacía lo mismo. Por tiempo vino a adolecer, y no dándole vida y estando *in extremis*, encendió una candela un hijo; y estando diciendo: — Padre, acordaos de la pasión de Dios, le respondió: — Ya me acuerdo, hijo; pero mira tú que te acuerdes que, acabando que acabe de dar mi alma a Dios, mates la candela.

\*\*\*

No eres tú el mortal, sino tu cuerpo; porque esta materia que te envuelve no eres tú, sino el alma. — CICERÓN.



Es preferible que la maldad quede impune á que una buena acción quede sin recompensa.—PLAUTO.

Tenemos siempre más miedo que mal, y la realidad nos atormenta menos que la imaginación.—SÉNeca.

## RECREOS INSTRUCTIVOS

### RECREOS INSTRUCTIVOS

#### IX

—¿Y qué vamos á hacer? los proyectos abundan, pero se necesita más tiempo del que disponemos para realizarlos.

—Sí; y además, como siempre se presentan casos imprevistos, como las festividades, y las cacerías, y las visitas de amigos. ¿Pues no decía Clarita que se le hacía largo el tiempo en la campiña?

—Y lo sostengo, Sofía; se me hacía el tiempo largo; pero ahora no: gracias á la variedad de nuestros pasatiempos.

—Bueno: pues, abreviemos razones y vayamos á los experimentos; ¿cuál es el primero de la lista? Don Segundo, usted tiene la palabra.

—El primero consistirá en cortar el hielo sin dividirlo; parece un enigma, ¿eh? pero no lo es: vamos á buscar un pedazo de hielo.

—Aquí está: ¿qué hay que hacer?

—Ustedes saben que la manteca y el jabón se cortan con un alambre delgado, sujeto por sus dos extremos por un asa de madera: pues bien, ¿no les parece que abarcando con un triángulo de alambre ese trozo de hielo, y poniendo al extremo del alambre una pesa para equiparar el esfuerzo que se necesita para hacer pasar el alambre al través del hielo, éste se dividirá en dos pedazos?

—Es natural.

—Pues no lo es; el alambre irá cortando el hielo, al bajar, atraído por el peso; mas como se cerrará inmediatamente después el corte producido en el hielo, el alambre y el peso caerán en el suelo después de haber cortado sin dividir el pedazo de hielo.

—¡Parece mentira! mira cómo va bajando, bajando, y está á punto de salir del hielo y no lo ha partido en dos! ¿en qué consiste esto?

—El alambre, por su temperatura superior al hielo, funde con su presión el sitio donde toca: estando en contacto de la masa helada, tiene el poder de fundir ó hacer pasar al estado líquido el agua solidificada; pero al descender abandona su antiguo cauce, y entonces la influencia refrigerante de la masa total, vuelve á solidificar el corte líquido, y por consecuencia á unirlo. Esto prueba que en la lucha de influencias físicas, se sobrepone siempre la que representa mayor masa; así se explica que cuando prevalece la frialdad en la atmósfera, prodúcese la nieve, y cuando es mayor ó más sen-

sible el efecto de los rayos solares se funde la nieve, se convierte en agua y se resuelve en nubes de esas tan hermosas y arreboladas que se ciernen por la atmósfera. ¿Pero qué hay? ¿es que nos llaman por ahí?

—Sí, señor; nos recuerdan que hay que preparar la iluminación veneciana para la noche del domingo: ¿cómo vamos á arreglarlo sin faroles?

—Ya se compondrá todo; ahora voy á dar disposiciones como un general, y si se cumplen al pie de la letra... ¿Están ya aquí las calabazas vacías y los pimientos verdes y colorados?

—Están.

—¿Y la cartulina, cañas y madera que encargué al colono?

—También.

—Pues ahí van los dibujos para la construcción de



los faroles; éste, hecho con cartulina y madera, semejará un buho, saliendo la luz por sus lívidos ojos; á recortar, pues, la cartulina, siguiendo la forma indicada, y luego, á tenor de este diseño se colocarán los firmes de madera y la vela, suspendiéndolo por dos alambres junto á la pared; en las calabazas hay que abrir esos agujeros que de lejos simularán los ojos, nariz y boca de la cabeza de un monstruo mofetudo; para eso os encargué que hicieseis un agujero debajo de las calabazas cuando estaban en la planta y ya veis qué bien vaciadas quedaron. Los pimientos serán cortados por los dos

polos, desembarazados de la cápsula interior, y van á



darnos, con un cabo de vela puesto dentro, unas linter-



nas venecianas de hermoso reflejo; las pondremos alter-



nando las verdes con las rojas y será cosa de ver; pero

sobre todo que no se entere nadie de estos preparativos; iremos á trabajar al granero y á componerlo todo entre los tres; nadie ha de saberlo hasta que se vea el efecto general.



—Aprobado: por mi parte me comprometo á guardar el secreto más impenetrable.

—Sea, pues: y que hablen de ello luego los periódicos; vamos al granero, y adelante con los faroles.

JULIÁN.

Solución á la charada jeroglífica anterior:

NA-BU-CO-DO-NO-SOR

#### CUADRADO MÁGICO

R	R	R	R
S	S	S	S
A	A	A	A

Llenar con letras los cuatro cuadritos en blanco hasta que resulten en todos sentidos siete palabras diferentes.

#### ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y á las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados todos los derechos artísticos y literarios.— INF. ESPASA Y COMP.<sup>a</sup>







MALOS NAIPES  
CUADRO DE W. HASSELBACH



BUENOS NAIPES  
CUADRO DE W. HASSELBACH







## MEMORÁNDUM

**A** San Sebastián convergen en este mes de Agosto las miradas de todo el mundo en España, porque á aquella ciudad se traslada en el verano la vida de la villa y corte de Madrid. La presencia allí de nuestros augustos reyes, para cuya salud son tan propicios el clima y los baños de mar en aquella pintoresca ciudad y playa, son causa de que lo más granado de la capital de España se instale cabe la morada veraniega de los monarcas y de que, si algo ocurre en política, que suele ser poco, en San Sebastián se inicie y se desarrolle. Este año las distracciones propias de aquella ciudad se llevan principalmente la atención, dormitando la política.

\* \* \*

Suceso de significación para la Iglesia de España es siempre el nombramiento de prelado para la silla arzobispal de Toledo, y esta significación sube de punto cuando el elegido es un purpurado de tan superiores cualidades y méritos como el cardenal Monescillo, hasta ahora arzobispo de Valencia. Natural es, por lo tanto, que los toledanos acogieran con júbilo su designación y que al recibirle hayan echado, conforme se dice, la casa por la ventana, en expresiones de regocijo en todas las formas imaginables. Las fiestas llevadas á cabo con motivo de la toma de posesión y de la entrada del cardenal Monescillo han sido populares en toda la extensión de la palabra, porque en ellas han tomado parte todas las clases sociales. Con ellas se ha renovado la memoria de los ostentosos festejos que en la Edad Media y en los tiempos de la casa de Austria verificaba la imperial ciudad de Toledo para recibir á sus arzobispos primados con pompa y solemnidad verdaderamente regias. La costumbre antiquísima de arrojar desde el coro alto de la catedral monedas á los pobres, que las cogen dando sendos tumbos y trompicones, se ha seguido esta vez, punto por punto, al tomar posesión de la silla, en representación del eminentísimo arzobispo, el capellán mayor del rito muzárabe señor Rodríguez. Más de doscientos sacerdotes concurrieron á esta ceremonia, como á las demás que se hicieron, todas con la grandeza y riqueza peculiares á la seo toledana. Difícilmente puede concebirse fondo más apropiado para tales actos religiosos que el de aquella

iglesia y el de aquella ciudad. La imponente grandeza de las naves de la iglesia mayor, la pureza de sus líneas arquitectónicas en lo capital, el esplendor de sus magníficas vidrieras llenas de imaginería, el arte y los tesoros de inteligencia y de dinero que representan sus numerosos objetos litúrgicos y ornamentos, cada uno de por sí encanto del artista y juntos asombro del que posee alma de tal, aun cuando haya visitado las más insignes iglesias y los más notables museos, todo esto forma un caudal imponente de elementos que acrecientan la significación y la sublimidad de tales ceremonias. La ciudad de Toledo, por otro lado, con sus callejas y costanillas, con sus arcos, con los preciosos edificios arábigos, mudéjares, ojivales y platerescos que se encuentran al revolver de cada esquina, con sus viejos palacios blasonados y con las viejas casas cobijadas por elegantes voladizos, es lugar indicadísimo para que cobren aspecto más grandioso las procesiones y todas las ceremonias que se verifican fuera del recinto del templo. En la ocasión de que hablamos, se ha reproducido de nuevo este espectáculo, con el cual ha dado una vez más el pueblo español muestras elocuentes de su espíritu profundamente católico.

\* \* \*

Con estos actos regocijados de la Iglesia, forman contraste las dolorosas y repugnantes escenas que han ocurrido en Roma. Las asociaciones católicas que acudieron á tributar un homenaje de respeto y de admiración á la memoria de Cristóbal Colón, siguiendo los consejos de Su Santidad en la carta á los obispos, de que tienen noticia nuestros lectores, se vieron escarnecidas, silbadas y apedreadas por las sociedades masónicas y por los librepensadores de que se halla plagada la capital del orbe católico. Al tratar de depositar los católicos sus coronas al pie del busto de Colón, encontráronlo volcado y cubierto de banderas tricolores. Siguióse á esto confusión espantosa, en la que se defendieron los manifestantes como pudieron y en la que hubieron de intervenir los agentes de la autoridad, quienes lo hicieron con su característica flojera, cuando se trata de proteger á los católicos. Por la noche del mismo día en que ocurrieron estos hechos, á los gritos de «¡Abajo el Vaticano!» «¡Viva Giordano Bruno!» y «¡Roma intangible!» otra muchedumbre, que agitaba también banderas tricolores, recorrió calles y plazas, tolerándolo la policía, y acabó—por no poder llevar á cabo desafuero mayor—pegando fuego á las colgaduras que adornaban la fachada de San Andrés del Valle, por celebrarse en esta iglesia fiestas á San Cayetano. Estos sucesos causaron triste impresión en el ánimo del papa León XIII y de todas las personas que le rodean, y fueron nueva prueba de que el Sumo Pontífice, el jefe visible de la Iglesia Católica, no tiene en Roma la libertad que debería poseer para el ejercicio de su santa y salvadora misión, libertad de que carecerá, sean cuales fueren las leyes que dicte el gobierno italiano, mientras no recupere el Poder temporal del que fué desposeído por la revolución triunfante.

\* \* \*

Malas nuevas, asimismo, nos ha traído el mes de Agosto, del Imperio de Marruecos, nuevas que han llegado á sembrar alguna inquietud entre los vecinos europeos de la ciudad de Tánger. Saben nuestros lectores que algunas kabilas de aquellas cercanías, singularmente la de Anghera, andan, no sólo remisas, sino que se muestran rebeldes en conceder al sultán la obediencia que le deben, uniendo á esta rebeldía actos de violencia que hacían doblemente necesaria la represión. Acudieron á ella las tropas imperiales, mas con escasa fortuna en el primer encuentro, puesto que si en realidad de verdad no sufrieron una derrota completa, experimentaron por lo menos un serio revés, y hubieron de replegarse hacia Tánger. Como ocurre siempre en las luchas con los marroquíes, no faltaron escenas de barbarie, que acusan

el escaso influjo que ha tenido hasta ahora en aquellas tribus la civilización europea. Las tropas del sultán volvieron luego á la carga é incendiaron algunas aldeas de los rebeldes, encontrando escasísima resistencia. Decíase que los de Anghera se sentían ya desanimados y se confiaba que con los refuerzos imperiales y con el hecho de haberse unido á las tropas leales una de las kabilas más belicosas, la insurrección quedaría quebrantada de momento y en breve completamente dominada. El gobierno español no ha enviado buque alguno de guerra á las aguas de Tánger, á fin de proteger á los nacionales en caso necesario, porque no ha creído que por ahora pudiesen encontrarse en situación de acudir á este amparo. Se ha limitado á dejar estacionado en Cádiz el vapor *Alfonso XII*, dispuesto á presentarse en Tánger, tan pronto como recibiese orden de hacerlo.

B.





## CRESO Y SOLÓN <sup>(1)</sup>

VERSIÓN DIRECTA DEL GRIEGO, HECHA EXPRESAMENTE PARA «LA ILUSTRACIÓN MODERNA»



UBYUGADOS estos pueblos, é incorporados á los lidios por Creso, Sardis floreció por sus riquezas, y la visitaron todos los sabios coetáneos de la Grecia, y entre ellos Solón el ateniense, el cual, habiendo dado leyes á Atenas, se ausentó diez años so pretexto de viajar, pero en realidad para no verse forzado á derogar sus leyes. Los atenienses no podían hacerlo, vedándosele solemnes juramentos, en cuya virtud se obligaban á observarlas durante esos diez años.

Viajando, pues, Solón para conocer las costumbres de los diversos pueblos, llegó á Egipto, en donde reinaba Amasis, y después á Sardis, en donde reinaba Creso. En esta última ciudad fué hospedado en el palacio real por orden de Creso; y después, á los tres ó cuatro días, los servidores del rey, obedeciendo sus mandatos, lo acompañaron para enseñarle sus tesoros, y para que admirase la ventura y la grandeza de su dueño. Examinado todo por su orden, díjole Creso:

—Huésped ateniense, hasta nosotros ha venido la fama de tu sabiduría y de tus viajes, no hechos con otro propósito que con el de conocer las costumbres de los hombres. Desearía que me dijese cuál es, en tu juicio, el más feliz de todos.

Preguntábale esto, porque él creía serlo.

Solón, esquivando toda lisonja, y sin atender más que á la verdad, le replicó:

—Telón el ateniense, ¡oh rey de los lidios!

Sorprendido Creso, y nada satisfecho de sus palabras, añadió:

—¿Por qué crees que Telón es el más feliz?

Solón respondió entonces:

—Telón, ciudadano de una ciudad floreciente, tuvo hijos hermosos y buenos, y estos hijos le dieron nietos, no muriendo ninguno de ellos: disfrutó de cuantiosos bienes de fortuna, con relación á la riqueza de nuestra ciudad, y murió al cabo con tanta prez como honra, porque en una batalla habida entre los atenienses y sus comarcanos de Eleusis, socorrió á los primeros, derrotó á los enemigos, y combatiendo pereció con la mejor de las muertes. Los atenienses le erigieron un sepulcro, costado por la ciudad, en el paraje en donde sucumbió, y le tributaron grandes honores.

Cuando Solón puso término á sus alabanzas á Telón, tan feliz en su concepto, preguntóle Creso de nuevo á quién estimaba más feliz después de su conciudadano, creyendo que lo nombraría.

(1) *Herodoti historiarum libri IX*, edición de Didot, libro I, párrafo XXIX, que comienza κατὰ στραμμένον δὲ αὐτῶν, y termina en el párrafo LXXXVI τα καὶ τοὺς μετὰ Κροίσου.

Pero el otro replicó:

—Cleobis y Bitón. Ambos eran argivos, contaban con lo suficiente para vivir, y se distinguían por su vigor corporal: ambos también habían ganado premios en los certámenes públicos. Cuéntase de ellos que en las fiestas de Juno, y habiendo de asistir su madre al templo en una carreta, no vinieron los bueyes del campo en el momento oportuno, y no pudiendo aguardar más, los dos mancebos, sustituyéndolos, arrastraron la carreta que llevaba á su madre y la condujeron al templo después de recorrer cuarenta y cinco estadios. Todos los circunstantes, llenos de gozo, contemplaron su obra, muriendo poco después, sin duda por mandato del cielo, para probar que la muerte es mejor para el hombre que la vida. Los argivos, que los rodeaban, celebraban la fuerza de Cleobis y Bitón, y las argivas bendecían á su madre por tener tales hijos. La madre, muy contenta con la acción de sus hijos y con los elogios que escuchaba, ante la imagen de la diosa le pidió que, en premio de la honra que habían dado á su madre, les concediese el bien supremo para el hombre. Después de esta oración, y acabado el sacrificio, Cleobis y Bitón comieron espléndidamente, y se durmieron los dos en el mismo templo y no despertaron más, sino ambos murieron. Los argivos les erigieron estatuas por sus méritos y las consagraron en Delfos.

Cuando Solón adjudicó el segundo lugar de la felicidad á los dos argivos, Creso, encolerizado, le dijo:

—Huésped ateniense, ¿en tan poco tienes nuestra ventura, que no la iguales siquiera á la de simples particulares?

Solón replicó:

—Sé ¡oh Creso! que los dioses nos envidian y perturban nuestra dicha, y que tal es la condición humana. Muchas contrariedades se experimentan en una larga vida, y muchos son nuestros sufrimientos. Supongo que se dilate nuestra existencia hasta los 70 años. Componen estos años 25,200 días, prescindiendo de los meses intercalares; pero si quieres hacer más largos esos años, añadiendo ese mes á cada dos años, á fin de que las estaciones sobrevengan en el tiempo conveniente, en los 70 habrá de más 35 meses, cuyos días sumarían 1,050. Pero en estos 26,250 días, que juntos componen los 70 años, no hay uno solo igual en todo á otro para nosotros. Siendo así, ¡oh Creso! todo hombre es una serie continua de vicisitudes. Creo que eres muy rico y soberano de muchos pueblos, pero no podré responder á tu pregunta mientras no sepa que has sido dichoso hasta la muerte. El hombre muy rico, por serlo, no es más feliz que el que cuenta con lo necesario para vivir, á no ser que habiendo disfrutado de ventura mientras vivió, ésta le acompañe también á la muerte. Muchos que nadan en la opulencia son harto desdichados, y muy felices otros que sólo cuentan con mediana fortuna. Porque el muy rico sólo aventaja en dos cosas, si es desventurado, al favorecido por la fortuna, y éste, á su vez, aventaja en muchas al poderoso desdichado. El uno puede satisfacer sus deseos y resistir grandes pérdidas, y sólo en esto excede al otro, al cual, aunque no puede satisfacer sus deseos de la misma manera, ni triunfar de los daños materiales, le es, en cambio, lícito esquivar unos y otros con su buena fortuna, y además conserva el uso de sus miembros, se ve sano, libre de males, hermoso y bendecido por sus muchos hijos. Si además de esto acaba bien su vida, será el que tú buscas, y digno en realidad de ser llamado feliz; pero antes de morir no lo califiques de ese modo, y conténtate con afirmar que es afortunado. Pero es imposible que á un tiempo posea el hombre todo esto, como no hay ningún país que produzca cuanto necesita, sino al contrario, la mayor parte, abundando en ciertas cosas, necesita de otras, siendo el mejor el que más tiene. Así también el cuerpo humano no dispone de cuanto le es indispensable: si está dotado de algunas prendas, fáltanle otras. Aquél, pues, que reúne mayor número y perece al fin venturoso, ese, para mí, ¡oh rey! es el que merece ser llamado feliz. Menester es, por tanto, conocer el fin de todas las cosas, y saber cuál es, porque muchos dichosos algún tiempo por don del cielo, fueron luego víctimas de tremendas desventuras.

Al hablar así Solón á Creso, no se concilió su favor, despidiéndolo en seguida sin explicar la razón de su desvío, y considerándolo ignorante, porque sin hacer caso de los bienes presentes, aconsejaba que sólo se tuviese en cuenta el fin de todas las cosas...

.....

Pero los persas tomaron á Sardis, é hicieron prisionero al mismo Creso, que había reinado catorce años, sufriendo el cerco catorce días...

Los persas, después de coger prisionero á Creso, lo llevaron á Ciro. Éste mandó elevar una gran pira y poner en ella á Creso, sujeto con esposas, y con él á catorce hijos de los lidios, ya proponiéndose ofrecer estas primicias á los dioses, ya en cumplimiento de algún voto, ya porque habiendo sabido cuánta era la piedad de Creso, quería hacer otra prueba, á ver si algún dios lo libraba de ser quemado vivo. Dicese que Ciro hizo esto, y que Creso, ya en la pira, y á pesar de su inmensa desdicha, recordó las palabras de Solón de que ningún mortal es dichoso y que algún dios se las había inspirado. Al acordarse, pues, de esto, cuentan que, después de guardar largo tiempo silencio, volviendo en sí, y dando un gemido profundo, invocó tres veces á Solón. Ciro, al oirlo, ordenó que se preguntara á los intérpretes á quién había invocado Creso, y que lo averiguasen acercándose á él. Creso nada respondió, pero luego, forzándole á hablar, dijo:—Que era un hombre, cuya conversación estimaba en más que las mayores riquezas de todos los reyes.—Y como su respuesta fué algo oscura, instáronle de nuevo para que la aclarase. Cansado de sus importunidades, y de su concurrencia, cada vez mayor, replicóles:—Que Solón el ateniense había visitado su reino; que había visto todas sus riquezas, menospreciándolas; que le había sucedido cuanto aquél le había anunciado, si bien no se había dirigido á él mismo, sino á la generalidad de los hombres, y especialmente á los que se estimaban más felices.—Así les habló Creso, cuando ya se había encendido la pira y ardía en sus partes extremas, y Ciro al oír las palabras pronunciadas por Creso, se arrepintió de su propósito, reflexionando que él era también hombre y que condenaba á morir abrasado á otro hombre, no menos feliz que él, y temeroso también de la venganza divina, y convencido de que nada humano es estable, ordenó que se apagase en seguida la pira, y que bajasen de ella á Creso y á cuantos lo acompañaban.

E. DE MIER Y B.



## DÉBBORA

Oñ, fuertes de Israel! pues vuestra vida  
al peligro expusisteis sin temor,  
desarmados, con alma agradecida,  
benedicid al Señor.

¡Reyes, oid! el yugo ignominioso  
de Sísara y Jabin rompió Jahel:  
Débbora entona un himno al poderoso  
Señor Dios de Israel.

Lanzó el cielo diluvios, con violencia,  
cuando el Señor á Edom fué de Seirí,  
y en humo se deshizo en su presencia  
el monte Sináí.

Después que á Jehovah, Débbora invoca  
dice á Barac:—Por mí te habla el Señor:  
sin vacilar, tu ejército coloca  
sobre el monte Thabor.

Dijo Barac:—A tanto no me obligo:  
en el brazo de Dios pongo mi fe;  
mas yo no voy si tú no vas conmigo.  
Dijo Débbora:—Iré.

Ya suben los valientes á la cumbre  
del Thabor... los conduce Jehovah;  
y acaudilla Barac la muchedumbre,  
y allí Débbora está.

Sísara sabe que los combatientes  
contra Jabin alzarón el pendón,  
y de Hasoreth, llamado de las gentes,  
va al torrente Cisón.

Lleva seiscientos carros muy veloces,  
y otros trescientos más contra Israel;  
y van armados de tajantes hoces  
los carros del infiel.

Y Débbora á Barac le dice:—¡Miral  
esas huestes que avanzan, como ves,  
arrojará Eloim, ardiendo en ira,  
rotas á nuestros pies.

Bajemos á su encuentro.—De repente  
sintió Sísara insólito pavor,

y sus carros huyeron y su gente  
á la voz del Señor.

Furiosos, en la fuga se empujaron,  
y en aquel angustioso frenesí  
carros, caballos y hombres se estrellaron  
al chocar entre sí.

Hombres, caballos, carros y trofeos;  
todo en montón informe se trocó:  
con vida, de entre tantos chananeos,  
uno solo quedó.

El fugitivo Sísara, rendido  
llega á una tienda:—Como gran merced  
(le dijo á una matrona) agua te pido,  
que me mata la sed.

Bebió, y después le dijo:—Es oportuno  
que en la puerta vigiles dónde estás;  
y si alguien te pregunta: «¿Hay aquí alguno?»  
«Nadie,» responderás.

Ve Jahel que ya duerme el gran caudillo  
que azote fué del pueblo del Señor:  
resuelta coge un clavo y un martillo,  
y mira en derredor.

Y exclama:—Jehová, ¡tu nombre alabo!  
Tú mi firmeza serás y mi sostén;  
y avanzó cautelosa y puso el clavo  
de Sísara en la sien.

Y un golpe descargó tan rudo y fiero  
que de Sísara el cráneo atravesó...  
¡Juicios de Dios! Del sueño, aquel guerrero  
á la muerte pasó.

Y entró Barac.—Si buscas al malvado  
chananeo de Assór, dijo Jahel,  
su cadáver recoge... ¡Han triunfado  
los hijos de Israel!

Y así Débbora ensalza la victoria:  
—¡Tribus de Nephtalí y de Zabulón!  
¡Cantad gozosas el poder, la gloria  
del Santo de Sión!

J. FEDERICO MUNTADAS.



## EL VIERNES DE DOLORES

Consolatrix afflictorum.  
Ora pro nobis

I

**L**A Cuaresma tocaba á su fin, al mismo tiempo que la primavera comenzaba á anunciarse en Sevilla con sus dos heraldos obligados: el azahar de sus naranjos y los innumerables extranjeros que á ella acuden en este tiempo delicioso. Los primeros la ciñen como la corona de una desposada; los segundos la invaden como una bandada de gorriones desocupados. Los primeros la perfuman; los segundos la calumnian con monstruosas relaciones de viajes por una España fantástica que sólo existe en la necedad ó en la malicia de algunos de estos *touristes* de ambos sexos.

La Cuaresma tocaba á su fin, decíamos, y las numerosas cofradías existentes en Sevilla celebraban, en honor de sus respectivas imágenes, esos septenarios y novenas cuyo esplendor y magnificencia han conquistado el nombre de católica por excelencia á la vieja sultana, á quien puso el santo rey Fernando una cruz por encima de su turbante.

El día 1.º de Abril había comenzado el Quinario del Santo Cristo de la Expiración y debía de terminar el Viernes mismo de Dolores. La pequeña capilla situada en la plaza del Museo abría sus puertas de par en par á la multitud de fieles que acudía á postrarse ante la famosa imagen que tan admirablemente representa la agonía del Salvador. Destacábase ésta en el retablo del fondo, sobre un rico cortinaje de terciopelo negro tachonado de estrellas. Sus manos extendidas ofrecían á todos amparo; sus ojos, quebrados ya por la muerte, miraban todavía con misericordia; sus labios cárdenos ya habían pronunciado el *Consummatus est* que abrió á los hombres las puertas del cielo, y parecían exhalar entonces aquel último suspiro, mezcla sublime de amor y de dolor, como lo fué la vida entera del Dios-Hombre. Al pie de la cruz estaba la imagen de María, la madre de los afligidos, ofreciendo como modelo, á estos hijos predilectos suyos, aquel dolor tan sosegado que á todo dolor enfrena, tan sin consuelo que á todo dolor sobrepuja, tan inmenso como el mar, *velut mare*, en lo profundo, en lo amargo!...

Hallábanse enfilados por debajo del presbiterio doce gruesos cirios, colocados en pedestales de plata; al pie de cada uno velaba de rodillas un devoto del Santísimo Sacramento. Era uno de éstos un anciano más que sexagenario: notábase en toda su persona esa especie de inercia física y moral que se apodera del hombre en los grandes dolores. Su frente se apoyaba en el cirio, como si la doblegase el peso de un pensamiento; sus brazos caían á lo largo del cuerpo;



LA NIDADA

DIRUJO DE J. GIACOMELLI

TOMO I.—50.

Ayuntamiento de Madrid



sus ojos no se abrían; de sus labios se escapaban á largos intervalos palabras entrecortadas que parecían pedir algo, con esa convulsa energía que inspira al dolor la fe acrisolada, con esa agonía terrible del alma cuyo único paliativo en la tierra es el llanto. Y, sin embargo, sus ojos permanecían secos, como un manantial agotado; su cuerpo inmóvil, como una pena clavada en el alma sin esperanza y sin remedio!

El Quinario tocaba á su fin, y el coro entonó la letanía de la Virgen. El anciano pareció salir de su letargo; fijó los ojos en la imagen de María, y cruzó las manos sobre el pecho: —*¡Ora pro nobis!*—repetía con el pueblo. Poco á poco comenzaron á deslizarse por sus mejillas lágrimas que le consolaban, y de su pecho se escaparon algunos sollozos que daban salida á su angustia. El coro entonó al fin el *Consolatrix afflictorum*, y un llanto abundante brotó entonces de los ojos del anciano, mientras extendía los brazos hacia el altar, exclamando, en voz tan alta que todos lo oyeron: —*¡Ora pro nobis!... ¡Ora pro nobis!...*

Algunas personas veían el rostro sorprendidas; nadie se movió, sin embargo. Sólo una señora anciana, que se hallaba sentada tras él, se levantó, como obedeciendo á un movimiento instintivo, y luego volvió á sentarse en su pequeño banquito de tijera.

Al terminar el Quinario ya había anochecido; la señora se dirigió á la puerta, y á poco salió también el anciano. La señora dió dos pasos hacia él, como titubeando, y se detuvo al fin, contenida por ese sentimiento de delicadeza, propio de las almas elevadas, que, al compadecer y consolar el dolor, empiezan por respetarlo. Por otra parte, nada revelaba en aquel anciano ninguna de esas necesidades apremiantes que puede remediar un pronto socorro. Era su traje de luto, y, aunque raído, aseado y decente; su porte y sus modales, los de una persona de la clase media.

La señora, no obstante su agilidad, parecía de edad muy avanzada. Era delgada y de pequeña estatura; una de esas graves, modestas y al mismo tiempo airoas mantillas españolas, que el capricho de nuestras damas va sustituyendo con el descarado sombrero extranjero, cubría sus cabellos blancos; alisábanse éstos sencillamente, formándole en ambas sienes dos de esos pequeños rizos que, con el nombre de *nenes*, introdujo la moda en los tiempos de las peinetas de teja y los trajes de medio paso. Nada brillaba en su vestido, negro y sumamente modesto; sólo se veía en su mano izquierda un rico anillo, en que, bajo una corona real, se hallaba esculpido el famoso «No me ha dejado» que en premio de su lealtad añadió don Alonso el Sabio al blasón de su fiel ciudad de Sevilla (1). Pendiente del brazo izquierdo llevaba uno de esos banquitos de tijera que para sentarse en las iglesias usan las señoras; colgábale del derecho un bolsito de tafetán negro, semejante á los que veinte años atrás usaban las elegantes con el bien aplicado nombre de *ridículos*. El anciano se dirigió lentamente hacia la calle de las Armas, agobiado por el peso de su dolor; la señora permaneció inmóvil, viéndole ir, como si luchase entre la caridad que la impulsaba á interrogarle, y la discreción que la detenía, temerosa de ofender con alguna pregunta indiscreta aquella pena desconocida.

A la tarde siguiente ambos ancianos se encontraron también en el Quinario del Santo Cristo; mudo él, é inmóvil como la vispera, pero aún más abatido: ¡su dolor tenía veinticuatro horas más de peso!...

Escapábansele á veces aquellas palabras entrecortadas que, cual las rachas de una borrasca, llegaban á oídos de la anciana sin que pudiese descifrarlas, pero haciéndole sentir toda su amargura, porque eran sin duda aquellos brotes de dolor alguna angustiosa súplica, una y otra vez repetida; súplica que ella, sin conocerla, hacía propia en el fondo del alma, fortalecía con su oración y ayudaba con sus lágrimas. Porque la caridad jamás es impotente; siempre puede orar con el que ora; siempre puede llorar con el que derrama lágrimas.

(1) El rey don Alonso el Sabio, en recuerdo de la fidelidad que le guardó Sevilla cuando el levantamiento de don Sancho el Bravo, añadió, á las armas de esta insigne ciudad, la empresa de una madeja anudada con el lema NODO, en esta forma: NO 8 DO. Esto es, no madejado, ó sea no me ha dejado.

Al terminar el Quinario, la señora salió decididamente, y se detuvo á la puerta. A poco apareció el anciano; una niña de doce años, modestamente vestida de luto, se le acercó entonces:

—¿Vamos á casa de don Tomás, abuelito? preguntó al anciano.

—No, hija mía, respondió éste con profundo abatimiento. Vamos á casa... No puedo más... Vamos á casa.

Y, apoyándose en el hombro de la niña, se dirigió, como la vispera, hacia la calle de las Armas. La señora los siguió de lejos.

Era ya la hora en que los templos se cierran, se abren los teatros y se iluminan los cafés: el mal extiende entonces del todo sus pérdidas redes; el bien parece replegarse gimiendo.

Poblaban los alrededores de la Campana y la salida de la calle de las Sierpes esos innumerables grupos de gente ociosa que, mirando desvanecerse el humo de un cigarro ó entretenidos en conversación inútil y acaso pecaminosa, dejan correr ese tiempo precioso que los ingleses llaman *dinero perdido*, y que es, á los ojos del cristiano que mira más lejos, gracia de Dios desperdiciada. Notábase en aquel paraje ese bullicio, ese movimiento propio de esta hora en los centros de las grandes capitales; cruzábanse por todas partes hombres y mujeres, unos en busca de negocios inciertos, otros de placeres lejanos, muchos de vicios refinados, pocos, ¡quizá ninguno! en busca de Dios, que se llama á sí mismo Padre común de todos. Nadie reparaba, sin embargo, en aquel triste grupo que caminaba solitario en medio de la multitud, guiando el anciano á la niña, como guía la experiencia á la inocencia; sosteniendo la niña al anciano, como sostiene la juventud á la vejez cansada. Nadie reparaba tampoco en aquella otra anciana, que los seguía fatigosamente, sin más móvil que la caridad, sin más esperanza que la de enjugar una lágrima. ¡Sólo el Ángel de la Guarda iba contando sus pasos!

Poco á poco fueron dejando atrás aquel bullicio, y, atravesando calles casi desiertas, llegaron al fin al lejano barrio de la Feria. Detuviéronse ante una modesta casa, situada al final de la calle Z\*\*, y, entrando ambos en ella, cerró el anciano por dentro la puerta del zaguán que daba á la calle. La señora examinó detenidamente la fachada de la casa, y apuntó casi á tientas en una carterita el número de ella; era el 69. Luego volvió á desandar lo andado, y, caminando penosamente, llegó al fin á la plaza del Triunfo. Destacábanse en el fondo los almenados muros del alcázar, joya morisca, sin más rival en el mundo que la Alhambra de Granada. La señora se dirigió á la puerta llamada de Banderas, y entró, como en casa propia, en la histórica morada de los Reyes de Castilla.

El reloj de la catedral daba entonces las once, y en todo aquel trayecto había recorrido cerca de una legua aquella débil anciana, que contaba á la sazón más de ochenta años!

## II

La antecámara del señor gobernador se hallaba poblada de un sinnúmero de pretendientes de ambos sexos, cuyo lado ridículo han descrito tantas veces esas plumas satíricas que dejan caer sobre un dolor un chiste, como podrían colocar una careta de Carnaval sobre el rostro de un cadáver.

La ligereza volteriana de nuestra época pasa riéndose ante esos tipos de viudas de coroneles, no siempre problemáticos; de hijas de intendentes desconocidos, que acaso fueron más honrados que los que todo el mundo conoce; de capitanes retirados, que quizá no llegaron á generales por no volver contra su rey y contra su patria la espada mohosa que ciñen... ¡Ah! Levantad esas caretas de Carnaval, ciertamente ridículas, y encontraréis dolores ocultos, miserias calladas, virtudes sin premio, quizá crímenes impunes... Entonces comprenderéis el horror repugnante de esa sátira que cuelga de un corazón llagado los cascabeles de un arle-

quín; entonces se helará la risa en vuestros labios y aprenderéis á ser observadores más profundos, críticos menos burlones y cristianos más caritativos.

Las oficinas del Gobierno habían de cerrarse de allí á dos días, hasta después de pasada la Semana Santa, y todos aquellos infelices se afanaban por ser los primeros en despachar sus pretensiones, temerosos de tener que suspenderlas hasta pasado ese tiempo.

El capitán general había llegado dos horas antes á conferenciar con el gobernador, y aumentado con esto la impaciencia y el disgusto de todos los que esperaban.

Un portero muy gordo y pequeño, vestido con una levita azul, galoneada de oro en las bocamangas, los disponía en turno, contestando á sus reclamaciones con esa grosería que pinta tan al vivo cuán cierto es que la más insostenible de todas las tiranías es la de los subalternos.

Paseábase aquel Júpiter tonante con una gravedad cómica, disparando rayos á todas partes, cual cohetes los casillos de fuego, y leyendo un periódico cuya lectura sólo interrumpía para dar una respuesta agria al que llegaba ó hacer una observación agresiva á cualquiera que, cansado de esperar, le dirigía la palabra.

Dos horas habían pasado desde la llegada del capitán general, cuando apareció en la antecámara la anciana señora que dimos á conocer á nuestros lectores en el Quinario del Santo Cristo.

—¿El señor gobernador? preguntó al portero.

—Ocupado, contestó éste sin levantar los ojos del periódico.

—Pásele usted esta tarjeta, dijo la señora, sacando una de su inseparable bolsito.

—¡Ocupado con el excelentísimo señor capitán general! tornó á decir el portero, recalcando las palabras.

—No importa, persistió la anciana. Pásele usted esta tarjeta.

—¿Que no importa? gritó el portero girando sobre los talones, sorprendido de tanta audacia.

Y mirando de arriba á abajo á la modesta mortal que tal pretensión abrigaba, continuó colérico:

—¿Se ha pensado usted que va á salir el señor gobernador á llevarla en brazos á su despacho?... ¡Que no importa!... ¡Pues me gusta la salida!... ¡Siéntese en aquel rincón, y ya puede esperar un buen rato!

La señora, lejos de incomodarse, dejó ver en su rostro una ligera expresión de risueña curiosidad. Indudablemente debía de gustarle estudiar tipos, y el de aquel grotesco tiranuelo le había hecho gracia.

—Pase usted esta tarjeta, repitió, sin embargo, con imperio.

—¿Pero está usted sorda ó hablo en griego?

—Pase usted esta tarjeta al instante, ó...

Aquí bajó la señora de tal modo la voz, que sólo el portero pudo oír lo que dijo. Una mujer aseguraba luego que le había amenazado con la cárcel; otra, que le había dado un bolsito. Es lo cierto que el Júpiter de librea se apeó del Olimpo y, tomando la tarjeta, entró sin replicar palabra en el despacho del gobernador.

La sorpresa de todos subió de punto al ver que éste se presentaba en persona en la antecámara, seguido del capitán general.

—Pero, señora, exclamó dirigiéndose á la anciana, ¿por qué no me ha avisado usted y hubiera ido yo mismo á ponerme á sus órdenes?...

La señora tendió sonriendo una mano al gobernador y otra al capitán general, y los tres desaparecieron tras el pesado cortinaje que cubría la puerta.

Los circunstantes se miraron con la boca abierta, echándose en seguida á discurrir por el campo de las conjeturas. ¿Quién será esa mujer? se preguntaban todos. Unos decían que era un duende, otros aseguraban que era la *vieja del candilejo*; los más dijeron que era la reina Cristina, que había venido á Sevilla para ver las cofradías de Semana Santa. Esta versión fué



la más aceptada, por la esperanza que abrigaron todos los pechos de que la ofendida reina haría ahorcar sin dilación alguna al insolente portero en mitad de la plaza de San Francisco.

—Había de parecer un melón de cuelga, dijo una vieja rencorosa.

Otra, en alto grado previsora, añadió:

—Pues como no le ahorquen con una maroma del muelle, de fijo rompe la soga.

Mientras tanto el desdichado portero, condenado á la horca por crimen de lesa majestad contra la viuda de Fernando VII, se asomaba á una de las ventanas de las caballerizas gritando:

—¡El coche del señor gobernador!

Y sin duda los negocios de la reina Cristina debían ser de fácil expedición, porque, diez minutos después de haber entrado, salía de nuevo á la antecámara, acompañada por ambas autoridades.

—Mañana á primera hora, le decía el gobernador, tendrá usted cuantas noticias sea posible averiguar... Yo mismo iré á llevárselas.

—Gracias, contestó la señora con sumo interés. Le espero á usted sin falta.

Advirtiéndole entonces el gobernador que su coche se hallaba dispuesto á la puerta. La señora se negó obstinadamente á aceptarlo.

—Al menos, dijo el capitán general, permita usted que la acompañe.

—Eso es para mí tanta honra, que no la desecho, replicó la anciana.

Y apoyándose en el brazo que el general le ofrecía, bajó lentamente aquella magnífica escalera del antiguo convento de San Pablo, que es el local ocupado hoy por las oficinas del Gobierno.

### III

—¿Qué noticias me trae usted? decía la señora al gobernador, incorporándose vivamente en su poltrona forrada de *reps* verde.

—Muchas en cantidad, malas en calidad, contestó éste sentándose.

La anciana separó un atrilito que sostenía un libro alemán, y dejando en una cestita de labor una calceta á medio hacer, en que trabajaba al mismo tiempo que leía, se quitó las gafas; luego cruzó las manos, como para escuchar mejor.

—Veamos, veamos, dijo con gran interés.

—Desde ayer, dijo el gobernador, ha tenido usted en movimiento á toda la policía, y el resultado de sus investigaciones es éste.

Sacó entonces del bolsillo un papel lleno de apuntes, y comenzó á leer de esta manera:

«El inquilino de la casa núm. 69 de la calle Z\*\* se llama don Esteban Rodríguez; cuenta sesenta y dos años de edad, y se halla en la mayor miseria. Su familia se compone de la mujer, paralítica hace siete años; una hija idiota, y seis nietos, hijos de otra hija, difunta hace tres meses, de los cuales tiene la mayor doce años y el menor cuatro. Se ignora el paradero del padre de estos niños. Don Esteban Rodríguez ha estado empleado veintitrés años en las oficinas del Ayuntamiento, y quedó cesante hace tres, cuando la caída del ministerio. Desde entonces ha venido poco á poco á la miseria: debe al casero 3,625 reales, y éste le ha amenazado con embargarle los muebles y echarle de la casa si el día 5 del corriente, á las tres de la tarde, no le ha satisfecho la deuda...»

—¡Mañana es día 5! le interrumpió con terror la señora. ¡Mañana, Dios mío!... ¡Mañana, Viernes de Dolores!...

«Don Esteban no tiene con qué pagar, continuó leyendo el gobernador, y se sabe que el casero ha avisado ya para el embargo. El don Esteban es persona honrada y de toda confianza.»

El gobernador dejó el papel sobre la mesa, y la señora exclamó abatida:

—¡Ahora lo comprendo todo!... ¡Razón tenía para afligirse!

No bien quedó sola la anciana, volvió á leer detenidamente la nota de la policía; luego quedóse largo tiempo pensativa.

—¡Imposible! murmuró al fin, como respondiendo á sus propios pensamientos. ¡Imposible que Dios no oiga tantas súplicas!... ¡Imposible que, en el día de sus dolores, no remedie la Virgen Santísima uno tan grande!... ¡Si yo fuera rica!... ¡Si yo pudiera hacerlo en su nombre!...

De nuevo volvió á quedarse pensativa: algunas lágrimas brotaron de sus ojos azules y surcaron lentamente sus mejillas.

—¡A las tres de la tarde, Dios mío! murmuró levantando los ojos á un Crucifijo que coronaba el remate de un pupitre. ¡A las tres de la tarde, hora en que expiraste, se encontrarán esos infelices en la calle, sin amparo, sin abrigo!... ¡Seis niños, Virgen Santísima! ¡Seis niños, ángeles de Dios, ángeles tuyos!... Sin padre, sin madre, sin más sombra que la de ese anciano, que es la sombra de un sepulcro... ¡Pobres niños de mi alma!... ¡Virgen de los Dolores, Madre de los afligidos! ¡Por esa hora en que expiró tu Hijo, por ese Quinario en que un pobre anciano invoca su agonía, remédialos Tú, ó deja que en tu nombre yo los remedie!

La señora escondió el rostro entre las manos y comenzó á sollozar. Acercóse al fin al pupitre y se puso á escribir una carta cuyo sobre iba dirigido al Excmo. Marqués de X\*\*\*, alcalde primero de Sevilla: al pie del sobrescrito añadió esta palabra: *Urgentísima*.

Tres horas después recibía un oficio de la Alcaldía: la anciana rompió el sobre apresuradamente, y una alegre exclamación se escapó de sus labios. Había encontrado la credencial, ya firmada, de un destino en las oficinas del Ayuntamiento, y una cariñosa carta del alcalde que se la remitía. El nombre del agraciado estaba en blanco; la anciana escribió en el hueco: *En favor de D. Esteban Rodríguez*.

Abrió luego un cajoncito del pupitre, cerrado con llave: en el fondo había varias monedas de oro y algunos billetes de Banco. La anciana se puso á contarlos: eran seis de á mil reales cada uno.

—Hasta Junio no puedo cobrar más, murmuró entre dientes.—¿Qué importa?... A mí no han de embargarme...

Y, envolviendo los seis billetes en la credencial del destino, lo encerró todo en un sobre, sin firma ni carta alguna, y puso el sobrescrito de este modo: *La Virgen de los Dolores á su devoto*; y por debajo añadió el nombre del anciano cesante.

Luego se marchó al Quinario, y aunque vió desde lejos al anciano, inmóvil y lloroso como todos los días, la señora ya no lloraba: movía los labios como si orase, y de cuando en cuando se sonreía...

#### IV

El Viernes de Dolores era, como ya dijimos, el último día del Quinario, y llegó la señora más temprano que de costumbre á la capilla del Cristo: el sitio del anciano estaba vacío.

—Vendrá de seguro, pensó la anciana. Es temprano todavía.

Pero el tiempo transcurría insensiblemente: ya el Quinario había comenzado, y el desgraciado cesante no venía.

—¿Qué habrá sucedido? pensaba la anciana. Su desgracia está ya remediada; su porvenir asegurado... ¿Será una de tantas almas que invocan á Dios en los dolores y no le dan gracias en las alegrías?

Un rumor de pasos, y ese cuchicheo que se nota en las iglesias cuando ocurre algo inusitado, distrajeran su atención. La curiosidad la impulsó á volver el rostro: la reverencia la

contuvo. Vió al fin dos hombres que pasaban delante de ella, conduciendo en una silla de brazos á una mujer tullida; detrás venían seis niños pequeñitos, vestidos de luto.

Colocaron ambos hombres la silla de la tullida casi al pie del presbiterio: uno de ellos, que parecía un mozo de cordel, salió de la iglesia; el otro, que era el anciano, fué á arrodillarse en su sitio acostumbrado al pie del cirio. Parecía rejuvenecido, y, aunque de sus ojos se desprendían lágrimas, eran de gratitud y de alegría. ¡También ésta tiene las suyas!

Los niños se habían arrodillado en torno de la paralítica: por una feliz coincidencia vino á caer la mayor de las niñas al lado mismo de la anciana, que atentamente las observaba.

—¿Es esa señora tu mamá? preguntó á la niña.

—Es mi abuelita.

—¿Está enferma?

—Está tullida; pero hoy ha hecho la Virgen un milagro con nosotros, y ha querido que vengamos todos á darle las gracias.

La señora no preguntó más; bajó cuanto pudo el velo de su mantilla, y gustó á solas y en silencio ese dulce placer que los ángeles encuentran santo; ese incentivo divino que, para impulsarlos á la caridad, señaló Dios á los poderosos, y que tantos jamás han gustado en su vida. ¡El placer de hacer felices!

Y, sin embargo, aquella anciana no era rica; aquella anciana, que hacía limosnas de príncipe, debía sólo al favor de sus poderosos amigos una morada en el alcázar. Aquella anciana, opulenta en otros tiempos, vivía entonces del producto de su privilegiado talento; aquella anciana era, en fin, la que, sin saberlo, se había retratado á sí misma al dejar consignado en un libro precioso: «El saber es algo; el genio es más; pero hacer el bien es más que ambos, y la única superioridad que no crea envidiosos.»

Aquella anciana era la ilustre marquesa de Arco Hermoso, Cecilia Böhl de Faber, conocida en todo el mundo literario con el seudónimo de *Fernán Caballero* (1).

LUIS COLOMA.

(1) El autor de esta verídica narración, que se honró con la amistad íntima de esta tan ilustre como piadosa señora, obtuvo la mayor parte de sus pormenores de las mismas personas que intervinieron en este hermoso hecho, logrando también arrancar algunos de ellos á la misma protagonista. Excusado nos parece advertir que el nombre y destino del llamado don Esteban Rodríguez son completamente supuestos.





## LAS HORMIGAS

El Libro de los Proverbios contiene dos célebres pasajes referentes á las hormigas. Dice el capítulo VI, versículos 6-8:

«Anda, oh perezoso, ve á la hormiga, y considera su obrar, y aprende á ser sabio.

«Ella sin tener guía, ni maestro, ni caudillo se provee de alimento durante el verano, y recoge su comida al tiempo de la siega.»

Más adelante en el capítulo XXX, versículo 25:

«Las hormigas, ese pueblo debilísimo, el cual al tiempo de las mieses se provee de víveres.»

A cuatro puntos capitales puede reducirse lo que Salomón nos dice, referente á esos industrioses insectos: 1.º Son modelo de actividad y de trabajo. 2.º Forman una especie de pueblo: 3.º No tienen jefes: 4.º Se proveen de alimento durante el verano, y son, de este modo, modelos de previsión.

Pasemos á examinar sucesivamente estos diferentes aspectos y á demostrar, como lo han confirmado los más distinguidos naturalistas, á pesar de que algunos hayan pretendido hallar inexactitudes en las palabras del rey Salomón. A este fin consultaremos los más recientes trabajos que se han publicado referentes á las hormigas, en particular los de sir John Lubbock.

### I

«Los caracteres antropológicos de las hormigas, dice sir John Lubbock al empezar su obra, son, dada la conformación de su cuerpo, de todos los animales los que se asemejan más á los del hombre, pero al considerar sus costumbres, su organización social, la extensión de sus comunidades, el artificio de sus viviendas, sus caminos, los animales domésticos y hasta, en algunos casos, los esclavos que han sometido bajo su dominio, es preciso creer que tienen perfecto derecho á reclamar el segundo lugar, después del hombre, en la escala de la inteligencia.»

Estos diminutos insectos son objeto de estudios interesantísimos, y los que se dedican á conocer sus costumbres y sus hábitos llegan á cobrar una verdadera pasión en su estudio. A pesar de ello, el especial modo de vivir de dichos insectos dificulta el perfecto conocimiento de los mismos y es causa de que no se sepa todavía á punto fijo á qué atenerse con respecto á determinados aspectos que no carecen por cierto de importancia. El extraordinario número de especies distintas constituye también otra dificultad en este estudio, porque sucede á menudo que se ignora si lo que se aplica á una especie puede aplicarse á otras. En la actualidad se conocen más de mil especies distintas, y presentan tal diversidad sus costumbres, que no se encuentran dos que las tengan iguales, á pesar de que la inmensa mayoría ofrecen puntos de semejanza. Ordinariamente pasan la vida debajo tierra, donde se ins-

truyen durante su infancia; esto dificulta muchísimo el estudio que de ella puede hacerse. Además, en los climas cálidos, que es donde más abundan, es precisamente donde hay menos naturalistas, y, por consiguiente, donde menos se les ha estudiado. En vista de todo esto, pues, no ha de sorprendernos que los varios autores que se han ocupado de estos insectos, no se hallen siempre de acuerdo y hagan á menudo extensivo al género lo que sólo conviene á la especie. Veamos los hechos generales que parecen mejor fundados.

La vida de la hormiga comprende cuatro períodos perfectamente distintos: primero es huevo, luego larva, más tarde crisálida (*pupa*) y por último, insecto perfecto (*imago*). Los huevos ó son blancos ó algo amarillentos y un poco prolongados; las hormigas nacen al cabo de quince días, de un mes, ó de seis semanas. Las larvas son unos blancos gusanillos, sin patas y de forma cónica, algo más estrecha en la cabeza; las obreras les proporcionan el alimento y les prodigan toda clase de cuidados trasladándolas de una á otra vivienda, sin duda con el fin de procurarles el conveniente grado de calor y de humedad. Están casi siempre colocadas en hilera por orden de edad y de dimensiones, de suerte que se les ha comparado á una escuela dividida en cinco ó seis clases.

Al cabo de uno ó varios meses las larvas se convierten en crisálidas, unas encerradas en su capullo, otras desprovistas de él, y pasados algunos días son ya insectos perfectos. Les auxilian en esta transformación las hormigas más crecidas, que extienden para ello cuidadosamente sus tiernas patitas y alisan sus alas suavemente. La vida de las hormigas se ha considerado hasta hoy de escasa duración; no obstante, M. Lubbock ha conservado algunas por espacio de más de siete años, y en la traducción francesa de su libro, dice poseer en 1883 reinas de más de ocho años de edad.

El nido de las hormigas se compone de tres clases de individuos: las obreras ó hembras imperfectas ó neutras, que forman la mayoría, los machos, y las hembras perfectas. Hay además varias reinas con alas como los machos, pero que después de haber volado una vez se las quitan y no salen ya de su nido. Las obreras son las que se ven comunmente y las que por su extraordinaria actividad y su maravillosa industria han sido citadas como ejemplo al perezoso, por el rey Salomón; su actividad es en efecto admirable.

«Las hormigas trabajan todo el día y durante el verano hasta por la noche, si es necesario; he observado una hormiga desde las seis de la mañana y la he visto trabajar sin descanso hasta las diez y cuarto de la noche; colocada cerca de una copa que contenía larvas, transportó en el espacio de tiempo indicado por lo menos ciento ochenta y siete al nido. Otra hormiga, que me ha servido también en mis experimentos durante muchos días consecutivos, cuando por la mañana salía

para Londres ó bien por la noche cuando me acostaba, tenía la costumbre de encerrarla dentro de una botellita; en cuanto la dejaba escapar volvía de nuevo al trabajo. Una vez me ausenté por espacio de una semana de mi casa y á mi regreso la solté del encierro y la puse sobre un montón de larvas, á unos tres pies aproximadamente del nido; no esperaba, en verdad, que en tales circunstancias trabajara, y sin embargo, á pesar de los seis días de encierro, el animoso insecto cargó en seguida con una larva, la llevó al nido y después de media hora de descanso vino de nuevo para buscar otra.»

En nuestros climas las hormigas hacen, por lo común, sus provisiones individualmente, pero en los climas cálidos varias especies trabajan en bandadas y forman pequeños ejércitos á cuya vista huyen los demás insectos. «En todas partes donde se presentan los *Ecitons*, dice Bates, tiemblan todos los animales y cada uno de ellos procura ponerse á salvo abandonando el camino; en particular las diversas tribus de insectos sin alas tienen motivos para atemorizarse... El modo de operar de aquellos ejércitos, del cual no he podido formarme un perfecto cargo hasta después de largas observaciones, es el siguiente: la columna principal, formada de cuatro ó seis de fondo, adelanta en una misma dirección limpiando el suelo de toda suerte de animalitos, tanto vivos como muertos, y destacando á distintos puntos una co-

lumna volante para hacer provisiones por algunos minutos en los flancos del cuerpo del ejército, en cuyas filas entra de nuevo una vez cumplido su cometido. Si se encuentra al paso algún sitio rico en alimentos, como, por ejemplo, un montón de maderos corrompidos, en el que abundan larvas de otros insectos, hacen alto y una fuerza considerable de hormigas se agrupa sobre la presa.»

¡Quién no se ha detenido alguna vez á contemplar la proverbial actividad de un hormiguero! ¡Quién puede dejar de ver con vivo interés la animación, el incesante movimiento sin tregua ni reposo, el continuo vaivén de esos centenares de insectos que se cruzan en todas direcciones, sin que nada les detenga ni sea capaz de disminuir la rapidez de sus movimientos! En la larga hilera negra, que á veces alcanza algunos metros, reina la más viva animación en toda su longitud; ni un solo holgazán ni un perezoso se ve en ella. Esta agitación no es por cierto estéril y sin fruto, pues son infatigables obreras que no tan solamente llevan una carga extraordinaria, si se atiende á la pequeñez de sus cuerpos, sino que ejecutan verdaderas obras de arte, en las que son más admirables todavía, como veremos al considerarlas como sociedad organizada, ó según la expresión de los Proverbios, como pueblo débil en la apariencia, pero fuerte por la organización y por el trabajo. — \*\*\*

(Concluirá).



EN LA POLTRONA.—CUADRO DE JOSÉ M. TAMBURINI

# MIGNON

POR  
JUAN GAY

Dedicado á los señores suscriptores á LA ILUSTRACIÓN MODERNA

Vivo.

PIANO.











# ¡SOLEDAD!

NOVELA ESPAÑOLA

FOR

D. C. SUAREZ BRAVO

## CAPITULO VIII

BATALLA GANADA

« ¡Ay qué presto te vencieron!  
¡Qué presto los gustos pasan!  
¡Qué poco vale la fe  
si quien la dió no la guarda! »

(*Romance*).

Sobre que no era hombre Ricardo para detenerse á medio camino cuando necesitaba dinero, se sentía espoleado, además, en esta ocasión, por el éxito que, según todas las apariencias, había obtenido en su primer ataque encaminado á cohibir la libertad de su hermana, y comprendía que era indispensable no dejar que se enfriase el efecto causado por sus revelaciones. Así es que los tres ó cuatro días que siguieron á las escenas referidas en nuestro



capítulo anterior, los consagró á preparar el golpe definitivo. Aunque sin descubrir los hilos de su trama, hizo, sin embargo, comprender á Camporredondo y á don Bruno, que el asunto marchaba bien, y les instruyó acerca del papel que debían desempeñar respectivamente. Camporredondo no opuso ninguna dificultad. Más bien que un hombre, el hijo del usurero era una máquina de hacer fortuna, y se prestaba á todo con la placidez del que no tiene ni siquiera noción del sentido moral, ni comprende que pueda haber en la vida más móviles que los del interés. Mancebo sin juventud, literalmente corrompido, no sólo por frialdad de naturaleza, sino por vicio de educación, no consideraba el matrimonio más que como una especulación y ésta era magnífica.

En el orden de ideas de don Bruno la mejor educación era la que costaba más, y medía la de su hijo por lo que había gastado en ella; pero no obstante este vicio radical de su entendimiento, tenía acerca del matrimonio conceptos menos positivistas y no se prestó con tan buena gracia como Eleuterio á los planes de Ricardo.

—¡Qué demonio! decía á su hijo; lo que sobran en el mundo son mujeres. El matrimonio es un negocio muy sujeto á quiebras, y si esa muñeca está encaprichada por otro, lo mejor que puedes hacer es no tentar al diablo. ¿No te avergüenzas, con tu figura y posición, de tomar mujer que no te quiere?

Pero estas repugnancias del usurero cedieron en parte ante las súplicas del hijo, que era su único flaco, aunque de mal talante, y protestando contra aquella debilidad, que era la primera de su vida.

En los días que siguieron á las confidencias de su hermano, Luisa se fué poco á poco reponiendo del primer susto, pero no hasta el punto de que dejase de examinar con recelo cuanto pasaba á su alrededor, temiendo ver alzarse á cada momento delante de ella la temida sombra del pretendiente. Conforme ya hemos apuntado, en la ausencia de esta figura esencial del cuadro trazado por Ricardo se apoyaba toda su confianza; vivía, sin embargo, en continuo sobresalto, y había desaparecido de su rostro el tinte de luz tranquila que le embellecía días antes de la malhadada conversación. No pasó enteramente inadvertido este cambio á la vigilante ternura de su madre; pero le atribuyó á la contrariedad que experimentaba la joven de no ver presentarse á Eduardo, circunstancia que para ella, al corriente de pormenores que Luisa ignoraba, tenía plausible explicación. Más seguía inquietando á doña Elena la persistente taciturnidad de su marido, que continuaba encerrado en su mutismo y en su melancolía. Desdecía esto mucho del carácter de don Gabriel, por naturaleza gárrulo y poco meditabundo.

El buen Santiago nada pudo sorprender de la conversación de Luisa y Ricardo, porque aunque abierta la puerta del salón, mediaba alguna distancia entre éste y la antecámara, y sólo alcanzó á llegar á sus oídos el eco de las voces, pero no las palabras. Prevenido, sin embargo, por accidentes y circunstancias que ya hemos referido, del juego oculto de Ricardo, notó el cambio que desde aquel momento se operó en Luisa y se devanaba el caletre para precisar un enigma que en conjunto adivinaba, pero cuyos accidentes eran para él todavía muy oscuros. A pesar de la promesa que hizo á Eduardo de ir á verle de cuando en cuando, el fiel servidor no se sintió con ánimo de verificarlo en ninguno de aquellos días, porque temía amargar la dicha del joven con vagas reticencias, no apoyadas en datos concretos, pareciéndole más prudente esperar á ver claro en aquel misterioso asunto para tomar una resolución. Camporredondo continuó visitando á Ricardo, y Santiago siguió vigilando sus encerronas, pero no le fué posible coger nada de sus diálogos, cada vez más cautelosos y más en voz baja.

Tal era la situación de los ánimos el día en que Ricardo, vencida ya la resistencia de don Bruno, resolvió empujar los sucesos á fin de llegar al ansiado desenlace. Hallábase de sobremesa con la familia, después de un almuerzo en el cual hizo casi solo el gasto de la conversación, cuando á propósito de cualquier otra cosa dijo, encarándose con su padre, pero mirando con el rabo del ojo á su hermana:

— Antes de que se me olvide. Tengo que dirigirte una petición.

— ¿Qué es ello? preguntó don Gabriel con aire distraído.

— Un amigo mío, prosiguió Ricardo con afectada indiferencia, que ya conocen estas señoras por habérselo yo presentado en el baile de la de Montilla, desea ser recibido en nuestras reuniones de familia... Si me permites le traeré... Creo que no habrá inconveniente, porque se trata de Camporredondo... ya sabes... del hijo de tu antiguo compañero don Bruno Campo.

Luisa cambió de color y fingió que se le había caído algo en el suelo para disimular su mortal turbación, al ver surgir de repente el pretendiente y el testaferro de la relación de Ricardo. El terrible dilema se presentaba desnudo y sin escape. La fisonomía de don Gabriel se contrajo como si hubiera sentido el aguijón de un insecto venenoso y lanzó una mirada furiosa á su hijo. Doña Elena, que como saben nuestros lectores tenía en estudio á su marido, se alarmó al notar el efecto producido por las palabras de Ricardo, y clavó los ojos en don Gabriel esperando su respuesta y sin fijarse en la pobre Luisa.

— Eso no es cosa mía, dijo el banquero procurando reprimir su ira contra el desalmado mancebo que tan descaradamente venía á desmentir sus hipócritas promesas. Las señoras son las que han de decidir... Pídele permiso á tu madre.

— Me parece, contestó doña Elena con voz firme, que no conocemos bastante á esa persona para recibirla así... en la intimidad... Ya veremos más adelante...

— Bien está, dijo Ricardo que seguía observando con disimulo á su hermana y estaba satisfecho del efecto producido por sus palabras. Yo no tengo en ello empeño ninguno. Dí este paso cediendo á las instancias de Camporredondo. No se hable más del asunto.

Luisa cogió un periódico que acababan de entrar y le colocó de pantalla entre su rostro y las miradas de su familia, haciendo como que estaba absorbida en la lectura. Los ojos de una persona prevenida no hubieran dejado de advertir el ligero temblor que agitaba el papel, indicio evidente de la excitación de sus nervios; pero allí sólo Ricardo estaba en autos y tenía la libertad de espíritu necesaria para fijarse en semejantes accidentes.

La conversación cayó, y al poco rato Luisa se encontró sola, habiendo ido desapareciendo los demás personajes sumidos en sus propias cavilaciones. La joven hizo otro tanto y se fué á encerrar en su cuarto, donde pasó algunas de esas horas solemnes que dejan recuerdo en la existencia y son como la piedra de toque de que Dios se sirve para templar las almas al fuego de la adversidad. Renunciamos á describir los sentimientos que agitaron el ánimo de la joven en aquel largo y doloroso combate. Combate no es la palabra propia. Realmente Luisa no vaciló un momento acerca del camino que debía seguir, en el caso, que ya se presentaba como indudable, de no ser una ficción las confidencias de su hermano; pero el sacrificio que iba á hacer en aras de la familia y ante la insufrible idea de que Eduardo llegase á avergonzarse de ella (ya que la infeliz ignoraba que su amante estuviese enterado de todo), debía, naturalmente, martirizar su pobre corazón. Tiene, sin embargo, el sacrificio gran virtud fortificante. Luisa, que temió á ratos sucumbir en la prueba, se encontró á la larga mucho más valerosa de lo que esperaba, y aun demostró en aquel día mismo, al volver á presentarse á su familia, un dominio sobre sí misma que en otras circunstancias quizá no hubiera engañado á su madre, pero que esta vez produjo el efecto deseado, distraída como se hallaba doña Elena por otras inquietudes.

Ya hemos dicho que el efecto de visible contrariedad que habían producido á don Gabriel las palabras de Ricardo alarmaron á su esposa. Concibió ésta inmediatamente la sospecha de que aquellas palabras eran la clave reveladora de la tristeza de su marido. Más que adivinación, tuvo el presentimiento de que alguna intriga andaba por el aire, y los nombres de don Bruno Campo y de su hijo dieron la voz de alerta á su corazón de madre. Concebir este recelo y decidirse á intervenir en el asunto, fué obra de no muy larga meditación.

Con efecto, á la mañana siguiente, en el momento que juzgó más propicio, se presentó en el despacho de su marido.

Encontró á éste paseándose por la habitación con los brazos cruzados y con visibles muestras en el gesto de agitación y descontento. La vista de doña Elena no cambió su actitud ni desarrugó sus cejas.

—¿Qué te pasa, que te hallo de tan mal talante? le preguntó su mujer. Tú habías dejado los negocios. ¿Te ha salido alguno mal?

—Sí, por cierto, gruñó don Gabriel poniéndose más sombrío y sin dejar su paseo. Mi mejor negocio se lo lleva la trampa.

—¿No somos acaso bastante ricos?

—Hay negocios y negocios, prosiguió el banquero cada vez más agitado. En el mundo, no todo es cuestión de dinero.

—¿Y á quién se lo dices? Pues precisamente venía yo á hablarte del más importante de nuestros negocios, que no es, sin embargo, negocio de dinero. Venía á hablarte del casamiento de Luisa.

Don Gabriel se detuvo y dijo mirando á su mujer fijamente:

—Pues he ahí el negocio que me tiene con el agua en el cuello.

—Es porque no sabes lo que yo sé. Creo que el marqués de la Puente está dispuesto á dar su mano á nuestra hija.

—¡Eh! ¡déjame en paz con tu marqués! dijo don Gabriel dando rienda suelta á su mal humor. ¿Quieres aumentar todavía las dificultades de mi situación, con el afán de enriquecer á pordioseros y de hacer la santa Isabel? Yo he dado por condescendencia oídos á tus gazmoñerías y he hecho muy mal. Hay que vivir en el mundo y no en las regiones etéreas donde te estás meciendo siempre y exaltando la imaginación de Luisa. No, ésta no se casará con el marqués. Yo soy su padre y voy á dar un desenlace razonable á tu insensata novela... Yo tengo otros compromisos...

—Como padre, articuló doña Elena con energía, tú no tienes más compromiso que el de hacer la felicidad de tu hija.

—Mi hija será feliz, sí, señora, dijo el banquero esforzándose por sostener el tono autoritario con que había comenzado. ¿Por qué no ha de ser feliz casándose con... con...

—¿Con quién? le interrumpió impetuosamente doña Elena. ¿Por qué se te atraviesa ese nombre en la garganta? Sabe que no se me ha escapado el efecto que te hizo ayer la petición de Ricardo. ¿Pretenderás acaso enlazar á Luisa con el hijo de don Bruno Campo?

—¡Quién! ¿yo? exclamó don Gabriel sinceramente indignado.

Pero luego se repuso y añadió con la brutalidad propia del que está acostumbrado á hacer en su casa el papel de amo:

—Sí, señora, ¿y por qué no? Bruno es un hombre rico... muy rico... Su hijo traerá á mi Luisa algo más sólido que un título de marqués, que no viene acompañado de ningún título de propiedad.

—Sus títulos de propiedad tú sabes dónde están. ¿Le corresponde hablar de ese modo al que se enriqueció con sus despojos?

Don Gabriel, atónito, dirigió á su mujer una mirada, que con conatos de ira resultó de confusión; pero esto no detuvo á doña Elena, que prosiguió con fuego contenido:

—Oye, Gabriel; tú no sabes ni sabrás nunca las amarguras que he devorado en silencio... Yo te he dejado ignorar siempre la repugnancia que me causa el fausto de que nos rodeas y los esfuerzos que he tenido que hacer para disimularla á fin de no ofenderte y no ofenderme á mí misma. Esposa obediente, me he visto obligada á tomar parte en tus prosperidades, á pesar de las dudas terribles que abrigaba mi conciencia acerca de la limpieza de su origen.

El banquero quiso atajar á su mujer entre indignado y aturdido, pero nada consiguió. La madre había roto el frenillo á la esposa.

—Sí, tú me obligas á que te hable de este modo, continuó con el mismo fuego. Se trata



de la dicha de nuestra hija, y sobre mis deberes de esposa se levantan mis deberes de madre. Estoy viendo claramente cuál es tu situación; pero yo nada tengo que ver con los compromisos que te ligan á tu antiguo asociado. Mientras yo viva, Luisa no será la prenda que te sirva para comprar su silencio. Ya lo sabes, entrégale, si quieres, todas las riquezas que posees; pero sobre Luisa tengo yo también mis derechos. Soy su madre y no consentiré nunca que negocies con su felicidad.

Doña Elena cesó de hablar: su rostro estaba encendido; pero su mirada era firme y revelaba claramente que no eran menos firmes sus propósitos. Durante aquella andanada el banquero hizo una ó dos veces ademán de querer taparle la boca, pero ó no se atrevió ú otros sentimientos más imperiosos le detuvieron. Si hubiéramos de aplicarle un símil, diríamos que estaba en la situación del perro, que deseando acometer al que le fustiga, se siente paralizado por un chorro de agua fría que le cae sobre la nuca. Después de un breve combate entre su dignidad de amo y hasta de tirano de la casa y su conciencia, de la cual se había hecho tan inesperadamente eco doña Elena, el banquero cayó sobre un sillón, y dijo llevándose las manos á la frente:

—¡Elena! ¡Qué lenguaje! Nunca me has hablado de ese modo. ¿Cuando estoy que se me puede ahogar con un cabello, vienes tú, no solamente á complicar mi situación, sino también á insultarme? ¡Tú haciendo coro á los envidiosos que me calumnian! No, mi fortuna es tan legítima como cualquiera otra; pero ¿qué quieres? Temo el escándalo, y lo temo, no por mí, sino por tí, por Luisa.

—No importa, contestó con tranquila resolución doña Elena; prefiero cien veces la vergüenza, á causar la desdicha de mi hija.

—¡La desdicha de nuestra hija! ¿Acaso la quiero yo? ¡Yo atentar contra la felicidad de Luisa, cuando daría por ella toda la sangre de mis venas! Pero vamos á ver, seamos razonables. Esto lo dijo don Gabriel levantándose y acercándose á su mujer con aire persuasivo. ¿Por qué ha de ser infeliz casándose con un joven de no mala figura y que ocupa una brillante posición?

—Porque... sábelo de una vez. Luisa ama al marqués de la Puente. Es una historia que ya te contaré otra vez y que aumenta tus obligaciones con ese joven.

—¡Qué me dices! exclamó con desconsuelo don Gabriel: Elena, tranquilízate. Suceda lo que suceda yo no he de sacrificar á Luisa... Pero ayúdame, por Dios, á salir de este compromiso sin escándalo. Ya había yo desahuciado á Bruno cuando vino á pedirme á Luisa, porque deseaba algo mejor para ella; pero el hombre insiste. Ayer recibí carta suya, anunciándome que vendrá esta mañana á saber la contestación oficial y definitiva. Dentro de un momento le tendremos aquí. He dicho que le hicieran pasar cuando llegara, porque nuestras antiguas relaciones me obligan á guardarle algunos miramientos... Ya que no hay medio de dejarle contento, conviene, al menos, dorarle la píldora, y despedirle con cortesía.

—Está bien, te dejo.

—No, quédate. Quizá delante de tí no se atreverá á extremar sus exigencias... Luego las mujeres tenéis más arte que nosotros para endulzar una negativa. Él es rudo y grosero; pero quizá tu presencia le amanse un poco y le haga más razonable.

—Puesto que lo deseas, me quedo, dijo doña Elena, á quien no pesaba tomar cartas en el asunto, por desconfianza en la firmeza de su marido. Ahí está el hombre.

Efectivamente, don Bruno entraba en el despacho, introducido por un criado. Al ver á doña Elena se descubrió y gruñó un «á los pies de usted,» que en cierta manera justificaba las esperanzas de don Gabriel respecto al influjo posible de la presencia de su mujer.

Pasados los primeros cumplidos, que fueron hartos breves, don Bruno se fué al bulto diciendo con su sequedad habitual al banquero:

—Gabriel, ya sabes á lo que vengo. El hombre busca á la mujer y el capital busca al dinero,

obedeciendo á la ley universal de la multiplicación. Mi hijo quiere redondearse y tomar estado; no debo negarle ese gusto. Él habla cuatro lenguas, y aunque no le entiendo bien en ninguna, parece que en todas cuatro adora á tu hija. Es un mozo que tiene ya capital propio, y además cuenta con un padre que, tratándose de él, que es su único vicio, no se le arrugará el ombligo por talega más ó menos. Ese es un negocio en el cual no sólo no exijo interés sino que estoy dispuesto á darle. ¿Los casamos, sí ó no?

—Pero, hombre, siéntate, dijo don Gabriel disimulando su mortificación y tomándose tiempo para pensar en lo que iba á contestar á aquella petición, tan cómica en la forma, pero tan seria y apremiante en el fondo.

—¡Eh! Ya sabes que yo soy enemigo de cumplidos, contestó don Bruno; un sí ó un no, lo mismo se puede oír de pie que sentado.

—Pues mira, dijo don Gabriel mascando las palabras; como ya te dije, tu petición es muy lisonjera para Luisa y para nosotros.

—No, tú no me has dicho eso, observó con insolencia el usurero; pero sin duda lo has pensado mejor. Prosigue.

—Pues, como te decía, prosiguió el banquero, cada vez más contrariado y como si no se hubiese fijado en la brutalidad de la interrupción; para nosotros sería muy lisonjero ese enlace que propones; pero en un matrimonio hay que ver muchas cosas. La voluntad de los padres es una cosa muy importante, pero no basta. ¿No es verdad, Elena?

Ésta comprendió que su marido pedía auxilio. Así es que, venciendo su repugnancia, porque no tenía idea de que el antiguo socio de su marido, á quien conocía muy poco, fuera de un cinismo tan acabado, dijo con voz insinuante:

—Mi marido tiene razón. Aunque las conveniencias por una y otra parte estén perfectamente de acuerdo, ningún padre puede disponer de la voluntad de una hija sin consultarla primero. El casamiento, señor don Bruno, es asunto para toda la vida, y por razonable que sea una elección, puede aconsejarse, pero no debe imponerse.

—¿Y le parece á usted, señora, dijo don Bruno, que yo pretendo que ustedes casen á la fuerza á su hija, ni que sea mi Eleuterio un novio de los que tienen necesidad de entrar con violencia en el corazón de una chica, por guapa y rica que sea? Nada de eso. El consentimiento ha de ser libre.

Al oír esta salida inesperada, don Gabriel y doña Elena se miraron de reojo y se sintieron aliviados de un peso enorme. Temiendo la segunda, que el usurero recogiese la prenda soltada, se apresuró á decirle:

—Nada de eso, don Bruno, yo no podía abrigar semejante idea de usted; pero no habiendo todavía consultado á nuestra hija, no podíamos contestar á la petición de usted sino con esta reserva.

—¡Es claro! afirmó don Gabriel que no se atrevía á dar crédito á lo que acababa de oír. Por lo tanto, Bruno, después de haber enterado á Luisa de la pretensión de tu hijo, pretensión que, lo repito, es muy lisonjera para nosotros, y después de haberla oído, te daremos la contestación definitiva que desees.

—Así es, dijo doña Elena.

Pero don Bruno no articulaba palabra ni se movía. Después de algunos instantes de embarazoso silencio, dijo al fin como contestando á la mirada interrogativa de ambos esposos:

—Siempre fui de opinión que lo que se puede hacer hoy no hay por qué dejarlo para mañana. Quiero salir de aquí sabiendo á qué atenerme. ¿Qué inconveniente puede haber en que llamen ustedes á la chica y le hagan la consulta delante de mí?

La idea no podía asustar á don Gabriel ni á doña Elena, sobre todo á ésta, que creía conocer á fondo los sentimientos de Luisa, pero no era de las que una madre debía aceptar sin observación.

—Semejante consulta delante de extraños ha de ser naturalmente embarazosa para una joven bien educada y de sentimientos delicados. Hoy mismo hablaré con ella sobre el asunto y tendrá usted mañana la contestación que desea.

Don Bruno permaneció impasible, como hombre resuelto á no dejarse convencer.

—Lo que dice Elena es muy razonable. Ya comprendes que hay delicadezas... La espera no será larga, veinticuatro horas pasan pronto. El asunto no es de los que deben resolverse á mata caballo.

—Nada, nada, insistió don Bruno. Sin que esto sea dudar de la sinceridad de ustedes, soy por naturaleza desconfiado y no gusto de que nadie me cuente lo que yo puedo saber por mí mismo.

Don Gabriel y doña Elena se miraron perplejos; pero al fin la segunda, penetrándose de la situación de su marido y juzgando, por otra parte, que era de sumo interés no dar tiempo al usurero para que cambiase quizá de opinión, dijo, tirando del cordón de la campanilla:

—Puesto que usted se empeña, no veo motivo serio para negarle ese gusto. La consulta se hará delante de usted. Luisa es muy mirada, pensó la prudente madre, y sabrá hallar medios de suavizar la repulsa.

—A la señorita, que venga, que tenemos que hablarla, dijo en voz alta al criado que acudió al llamamiento.

Los tres interlocutores se quedaron en silencio. Don Bruno, fijando su mirada fría y recelosa, ya en don Gabriel, ya en doña Elena, y éstos dominados por la ansiosa expectativa de lo que iba á pasar. Aunque seguros entrambos de que Luisa daría unas solemnes dimisorias al antipático pretendiente, tenían entrambos que en la forma no guardase todas las precauciones necesarias, ya que ella no podía sospechar que hubiese un interés de familia tan apremiante en no irritarle.

No tardó en oírse en el pasillo el paso breve y el roce del vestido de la joven, que á juzgar por la prontitud con que se presentó, diríase que estaba ya prevenida, esperando la llamada.

—Buenos días, papá, dijo entrando y besando cariñosamente á don Gabriel.

Luego hizo lo mismo con su madre, diciéndola:

—Dispensa que no te los haya ido á dar, según costumbre, á tu cuarto. Hoy he estado muy perezosa. Me he vestido tarde.

Dicho esto, hizo una inclinación de cabeza á don Bruno, sin demostrar sorpresa de encontrarle allí.

—Te presento á mi... á nuestro antiguo amigo don Bruno Campo, balbuceó don Gabriel señalando al usurero.

—Ya sabes... añadió doña Elena con voz que á pesar suyo temblaba un poco. Es el padre de aquel sujeto... de aquel joven que nos fué presentado por tu hermano en el baile de la Montilla.

—¡Ah, sí! lo recuerdo. Del señor Camporredondo, dijo Luisa sin el menor asomo de sorpresa. Tengo mucho gusto en conocer al señor don Bruno. Los amigos de papá, no pueden dejar de serlo míos.

(Continuad).



## NUESTROS GRABADOS

### MALOS NAIPEES.—BUENOS NAIPEES

CUADROS DE W. HASSELBACH

Pase que se juegue alguna vez á los naipes para matar el tiempo y sin atravesar dinero de importancia. Así lo hacen cuantos no son jugadores y buscan sólo algún rato de distracción. Mas para el jugador la cosa varía completamente de aspecto. Lo que es en los primeros entretenimiento en horas perdidas, del que no se acuerdan luego en la vida ordinaria del trabajo y de la familia, se convierte para el segundo en afán constante de su existencia, que le ocupa la cabeza en todos los instantes. ¡Qué de desear que llegue la hora en que poder entregarse á su pasión favorita! ¡Qué de desazones si por acaso ha de retardarla, aun cuando no fuere más que por algunos minutos! ¡Cómo hace con desapego todo lo que le incumbe por su profesión u oficio, atento sólo á que llegue la hora deseada de probar fortuna! Porque el jugador apasionado por el juego no coge las cartas ni el taco de billar, y menos las primeras, si no espera ganar dinero, aun cuando, conforme lo dice muy bien nuestro don Juan de Zabaleta, «con el dinero ganado á los naipes, jamás se compra cosa que aproveche: parece dinero pintado.» No siempre le da el naipe bueno, y entonces ¡adiós fortuna! ¡adiós dinero! Mas no por esto escarmenta, antes, por contrario sentido, se empeña en tentar nuevamente la suerte, en buscar el desquite, creído de que no siempre el hado ha de serle adverso, y que ya por tener mejores naipes, ya por aventajar al compañero en habilidad, se llevará los tantos de los platitos y con ellos la plata, el oro y los billetes del Banco. No pasan así las cosas, antes vuelve á perder, y aquí de los apuros y aquí de los recursos é invenciones para procurarse dinero, porque de la palabra no fían los jugadores, pues bien saben que nada hay que fiar en la que empeñan gentes de su calaña. Entonces vienen los sinsabores, las desdichas, hasta las tragedias domésticas, sobre todo si el infeliz jugador es padre de familia. Para reunir alguna cantidad lo malbarata todo, pidiendo primero á préstamo sobre las alhajas que posee, malvendiéndolas después y malvendiendo hasta muebles y vajilla, siempre con el ansia de dar con el naipe bueno, de hacer una serie de jugadas con crecidas apuestas que le cambie de pobre en rico. ¡Ilusión engañosa! El mal se le acrecienta de día en día y más si frecuente alguno de esos antros de perdición, llamados casas de juego, establecidos á escondidas de la autoridad, carcoma horrible de la sociedad contemporánea y contra los cuales es menester que empleen toda su energía cuantos conserven aún sentimientos honrados. De ellas, dice en su conceptuoso estilo el citado Zabaleta en su cuadro *La casa de juego*: «En las casas de juego llaman á los nuevos blancos, porque entran cándidos. De los que las han cursado algún tiempo, dicen que son negros como la pez. Lo que aprendieron allí les quitó la blancura de la sinceridad. Negros han quedado con las malicias, sin inocencia con las felicidades.» La verdad es que no puede tenerlas el jugador ni cuantos le rodean. ¡Desdichada esposa, infelices hijos! La miseria les espera por remate si acaso su marido y su padre, en medio de la desesperación, no buscan un término á sus males en el espantable, en el horrible suicidio. Cifra y compendio de todo esto vienen á ser los dos jugadores de

naipes tan hábilmente pintados por el artista alemán W. Hasselbach. Con inquieta mirada, rascándose la oreja, contempla los naipes el que los tiene malos; con pícaro sonrisa, con satisfacción íntima por vencer al contrario mira los suyos el que los ha sacado buenos. Cambiáranse pronto los papeles y el mofín del primero se trocara en sonrisa y al revés en el segundo, que tales son los azares del juego, cuando por añadidura no les acompaña la borrachera, pues bebedores suelen ser los que juegan mucho á los naipes, según lo dicen los mismos excelentes cuadros del referido pintor Hasselbach, que reproducimos en este número.

### LA NIDADA

DIBUJO DE J. GIACOMELLI

Poseen encanto especial los asuntos sacados de la vida de los pájaros. Estos débiles seres reúnen un conjunto de elementos que cautivan á toda persona dotada de buen gusto y de sentimientos delicados. Las líneas de su cuerpo son finas por lo general; airosa y expresiva la cabeza, hermoso el plumaje, ora brille en encendidos colores, ora tenga las tintas grises y parduscas que predominan en los pájaros de nuestras latitudes. El interés que inspiran sube de punto cuando revelan el instinto de la maternidad, como en el asunto que ha tomado para su dibujo el artista italiano Giacomelli. Aquella madre percibe algún ruido que le hace temer por sus pequeños, y se levanta, erguida, vigilante, con fuego en los ojos, pronta á vender cara su vida antes que consentir que se toque á las avecillas que ampara con su cuerpo y que están piando azoradas. Giacomelli, gran maestro en el arte de pintar toda clase de aves, muestra estas cualidades suyas en el dibujo que estampamos en este número, ejecutado con elegancia y con no escasa fantasía y magistralmente grabado.

### EN LA POLTRONA

CUADRO DE JOSÉ M. TAMBURINI

Á sus tareas caseras da tregua por algún rato la doncella pintada por el reputado artista José M. Tamburini, arrellanándose en una butaca y dándose aires de señora. Paladea el descanso que el cómodo sitio le ofrece, lo cual muestra su rostro complaciente, y trazas lleva de estarse largo tiempo en tan cómoda postura si no temiese que á lo mejor pudiera sorprenderla en ella su ama y darle reprensión merecidísima por su holgazanería. Tamburini ha sacado el tipo de la doncella que se ve en su cuadro de la realidad misma; parece que uno la ha encontrado en alguna de las casas que frecuenta. Exactísimo es también su vestido, que podría llamarse de doncella acomodada ó dígame de camarera que sirve á gentes de posición desahogada. Un pincel elegante en el diseñar y tanto ó más elegante en el colorido le sirven á maravilla á nuestro artista para imprimir carácter distinguido á toda clase de asuntos, poniéndole así el sello propio del arte, sin el cual no tiene interés duradero ninguna obra de pintura ni de escultura. Tamburini es artista y artista que siente con delicadeza, y la misma obrita que damos en este número lo dice elocuentemente, á pesar de su sencillo tema y de que en el trasunto no pueda verse y si sólo adivinarse la finísima armonía de su colorido.

# UN VALIENTE

CUENTO VIVO, POR APELES MESTRES

OTEDA  
MUNICIPAL  
MADRID



1.—¡Ave María Purísima! ¡y qué valiente me siento hoy! pero... ¡qué valiente!...



2.—No, pues... ¡que se me ponga delante otro valiente!...



3.—Quita, hombre; ¡déjame pasar!.. ¡Que no seas lila te digo!



4.—¿Conque quieres probarme la paciencia?... Pues encomienda tu alma á Dios...



5.—Y.....!!



6.—¡Lleva armas de fuego! ¡¡Asesino!!

## MESA REVUELTA

El tiempo en que se digiere una sustancia depende, no sólo de su clase, sino también del condimento que se le haya dado. Los alimentos que tardan menos en digerirse convienen á las personas delicadas ó que sufran de dispepsias ó malas digestiones, importando conocer el grado de digestibilidad de los alimentos, para lo cual á continuación damos el de algunos de uso común, expresando el tiempo que se tarda en su digestión:—Arroz hervido, una hora.—Pies de cerdo en adobo hervidos, una hora.—Truchas fritas ó hervidas, una hora y media.—Sopa de sémola, una hora y media.—Manzanas dulces muy maduras, crudas, una hora y media.—Sesos hervidos, una hora y tres cuartos.—Sagú hervida, una hora y tres cuartos.—Tapioca hervida, dos horas.—Leche hervida, dos horas.—Hígado de buey fresco en parrillas, dos horas.—Huevos frescos, crudos, dos horas.—Manzanas agrias y muy maduras, crudas, dos horas.—Leche sin hervir, dos horas y cuarto.—Gelatina, dos horas y media.—Ganso silvestre asado, dos horas y media.—Lechoncillo asado, dos horas y media.—Corderito fresco hervido, dos horas y media.—Judías verdes hervidas, dos horas y media.—Nabos hervidos, dos horas y media.—Patatas fritas ó cocidas al horno, dos horas y media.—Pollo en fricandó, dos horas y tres cuartos.—Buey con un poco de sal, cocido, dos horas y tres cuartos.—Ostras frescas, crudas, dos horas y tres cuartos.—Huevos frescos pasados por agua, tres horas.—Bistec, en parrillas, tres horas.—Puerco recién salado al horno, tres horas.—Carnero fresco, cocido ó en parrillas, tres horas.—Sopa con judías, tres horas.—Sopa de pollo, tres horas.—Budín de manzanas, tres horas.—Ostras frescas asadas, tres horas y cuarto.—Puerco recién salado en parrillas, tres horas y cuarto.—Chuleta de cerdo á la parrilla, tres horas y cuarto.—Carnero fresco, asado, tres horas y cuarto.—Pan de candeal, tres horas y cuarto.—Zanahoria encarnada, hervida, tres horas y cuarto.—Salchicha á la parrilla, tres horas y cuarto.—Buey magro fresco, asado, tres horas y media.—Buey con mostaza, hervido, tres horas y media.—Manteca derretida, tres horas y media.—Queso duro, tres horas y media.—Sopa de carnero, tres horas y media.—Sopa con ostras, tres horas y media.—Pan blanco tierno, tres horas y media.—Nabos tiernos hervidos, tres horas y media.—Patatas hervidas, tres horas y media.—Huevos frescos duros ó fritos, tres horas y media.—Habas hervidas, tres horas y tres cuartos.—Acelgas cocidas, tres horas y tres cuartos.—Salmón salado hervido, cuatro horas.—Buey frito, cuatro horas.—Ternera fresca hervida, cuatro horas.—Gallina de corral, hervida ó asada, cuatro horas.—Pato doméstico asado, cuatro horas.—Sopa de buey, con legumbres, cuatro horas.—Buey salado viejo, hervido, cuatro horas y cuarto.—Cerdo recién salado, frito ó hervido, cuatro horas y cuarto.—Ternera fresca frita,

cuatro horas y media.—Pato silvestre asado, cuatro horas y media.—Grasa de carnero hervida, cuatro horas y media.—Grasa de buey fresca hervida, cinco horas y cuarto.—Cerdo mechado, asado, cinco horas y cuarto.—Tendón hervido, cinco horas y cuarto.

\*\*\*

Cuando entre en el ojo polvo ó alguna materia sólida, no hay que frotar el ojo, sino que lo mejor es lavarlo con agua, teniéndolo abierto dentro de ella; la clara de huevo es muy buena cuando se han introducido en el ojo partículas agudas minerales, limaduras metálicas ó serrín; la leche cuajada alivia los accidentes originados por la cal, colores y tabaco; el aceite es un buen calmante, pero ofrece inconvenientes, contra el polvo de cantáridas y otros insectos; las partículas de hierro se extraen por medio de un imán, ó por medio de una cerda doblada que se introduce entre el párpado y el ojo, moviéndola en todas direcciones hasta conseguir la extracción. Todo frotamiento es nocivo, y para facilitar la salida de todo cuerpo sólido se cierra el ojo sano y se deja abierto el otro para que la natural excitación de la partícula produzca lagrimeo, y con las lágrimas salga aquélla.

Si se introduce en el oído un insecto, se pondrá el individuo acostado del lado opuesto, á fin de recibir en el otro oído aceite gota á gota hasta que aquél salga, y se saque por medio de unas pinzas ó de un papelito arrollado. Si entra en el oído un cuerpo que se hinche con la humedad, como judía ó garbanzo, no hay que perder tiempo y debe sacarse con una horquilla doblada en su centro formando ángulo obtuso, de manera que resulte como una especie de cuchara, cuyas extremidades libres, ó sea las púas, se clavan en un corcho para que sirva de mango. Se coloca el operador detrás de la oreja, la cual tirará hacia arriba y hacia la nuca, de modo que pueda ver el conducto del oído todo lo profundamente posible; se unta el instrumento con aceite y se introduce en el interior del oído, de modo que coja por detrás al cuerpo extraño, y una vez abrazado se le saca. También pueden intentarse inyecciones de agua caliente ó de aceite.

Para extraer los cuerpos extraños introducidos en la nariz, se obliga al paciente á que haga una fuerte inspiración de aire, se cierra la boca y se espira el aire por la nariz, ó bien se hacen cosquillas en las fosas nasales con las barbas de una pluma, ó se estimula con un poco de tabaco para que se estornude.

Cuando quedan obstáculos en la garganta, se bebe agua, y si no basta, se procura extraerlos con unas pinzas, haciendo abrir la boca y deprimiendo la lengua con una cuchara, ó bien se facilita el vómito haciendo cosquillas en la garganta, ó echándole un poco de polvo de tabaco. Para facilitar que baje al estómago, se pue-



den tomar sorbos de agua ó de aceite. Si es un cuerpo agudo ó punzante, como un hueso, aguja, espina, trozo de vidrio, etc., conviene tragar un trozo bastante grande de miga de pan, no muy masticado, ó un pedazo de carne ó de tocino. Cuando se habla ó ríe durante la deglución, algún alimento puede introducirse en la laringe ó traquearteria, y en este caso, el paciente debe inclinar la cabeza hacia adelante, promover el vómito ó estornudo, y golpearle las paletillas, hasta que se arroje el objeto.

Los cuerpos extraños introducidos en el estómago, como piedras, balas, monedas, etc., suelen salir naturalmente expelidos por las heces, facilitándolo el tomar sustancias grasientas y darse lavativas de agua caliente con aceite, de leche, ó de cocimiento de zaragatona. Si se ha tragado un insecto ó un gusano, tómese un grano de alcanfor deshecho en aceite, y bébase agua muy azucarada, con lo cual se calman los dolores.

Cuando se clava en la piel una espina, se procura su extracción con unas pinzas, ó se unta la piel con aceite y se aproxima al calor, raspando con un cuchillo la piel en la dirección que facilite la salida del pincho; si se produce supuración, con ella sale el objeto, y para remediar la inflamación se puede lavar la herida con agua arnicada.

\*\*\*

Una mujer atrevida, natural de Macedonia, viniendo ante el rey Demetrio, muy aquejada para pedir justicia, fué respondido por el mismo rey que no podía por entonces, porque estaba ocupado en ciertos negocios. Díjole ella:—Pues no puedes oír, deja de ser rey.—Por esta aguda y atrevida respuesta fué oída, y se le hizo luego justicia.

\*\*\*

Se ha fundado en Inglaterra un establecimiento para la desecación de sustancias, empleando aire frío previamente desprovisto de la humedad que contuviera. Las maderas verdes y recién cortadas, por este medio quedan en muy poco tiempo en disposición de ser empleadas en ebanistería y carpintería, completamente secas, sin alteración en el tejido leñoso y con una cuarta parte de peso menos que antes de la desecación.

La carne desecada por este procedimiento resulta

imputrescible durante mucho tiempo y puede conservarse en perfecto estado por largo tiempo. Los pescados, las frutas, las legumbres y otro gran número de productos, son de este modo preparados para una conservación indefinida, ofreciendo grandes recursos para la alimentación en los buques, y evitando en ellos el uso de carnes saladas, perjudiciales á la salud y propensas á hacer declarar la enfermedad del escorbuto. El precio á que resulta la operación es muy económico.

\*\*\*

El dolor de muelas puede combatirse con la siguiente receta:

Extracto de opio. . . . .	0'5 gramos
Alcanfor. . . . .	0'5 "
Bálsamo del Perú líquido. . . . .	0'5 "
Almáciga. . . . .	1' "
Cloroformo. . . . .	10' "

Mézclense estas sustancias, é introdúzcase el bálsamo resultante en el hueco producido en la muela enferma.

\*\*\*

El hombre superior es impasible por su naturaleza: poco le importa que le alaben ó le censuren: no escucha más que su conciencia.—NAPOLEÓN.

\*\*\*

El rico que no mira á los pobres como acreedores, engaña á la Providencia.—DE LA BOUISSE.

\*\*\*

Los que quieren apurar la copa de la vida hasta el fondo, no se maravillen si encuentran muchas heces.—FRANCKLIN.

\*\*\*

El magistrado que no es héroe, ni siquiera llega á ser hombre de bien.—D'AGUESSEAU.

\*\*\*

La independencia de la magistratura es tan necesaria como la misma justicia.—J. M.

\*\*\*

El principal adorno de una vieja es la limpieza.—\*\*\*

## RECREOS INSTRUCTIVOS

X

—Vamos á ver: ¿no les gustaría á ustedes contemplar un pequeño espectáculo de magia blanca?

—Efectivamente: sí, como esperamos, no nos da usted algún susto con la aparición inesperada de alguna fantasma ó cosa por el estilo

—No será fantasma, pero sí un trasunto de algo que tiene vida y que suele asustar mucho á las niñas... y á los hombres también.

—¿Qué será, pues?

—Me explicaré: ustedes saben que en Historia Natural se llama *Saurios* á los reptiles de cuatro patas cuyo tipo es el cocodrilo...

—¡Qué asco y qué miedo! ¡un cocodrilo!

—Efectivamente: esos reptiles, por su poco agradable forma y color sucio merecen, con justicia, el desagrado de todas las personas; y á más, por su voracidad cruel é insaciable, son el terror de las pobres gentes que tienen la desgracia de morar cerca de los ríos infestados por tan temibles animales; pero el que yo voy á presentar...

—¿Va usted á presentar algún horrible caimán?

—No, señoritas; un pequeño é inofensivo *saurio* que, como decía cierto químico demasiado cortesano, delante del rey Luis XIV, *va á tener el honor* de hacer algunas planchas en el agua de una cubeta, en presencia de ustedes, sin que su aspecto les cause terror ni repugnancia ninguna.

—Ya veremos: y ¿qué hacía ese químico á que usted se refiere?

—Nada de particular, pero se hizo célebre con la frase cortesana que he parodiado. Demostraba cierto fenómeno de química delante del rey, y para anunciarlo, dijo con la mayor gravedad del mundo: *Estos dos cuerpos van á tener el honor de combinarse delante de S. M.*



Pero dejemos ese detalle retrospectivo. Se trata ahora de aprovechar las fuerzas latentes de los cuerpos, de manera que nos produzcan con el movimiento la apariencia de la vida: aguarden ustedes un ratito y vuelvo luego con mi operación mágica terminada á gusto de todos.

—¡Ay Dios mío! ¿qué animalucho es este? ¡y cómo mueve las patas por el agua! ¡y parece de hueso!

—No es más que una combinación de trozos de alcanfor unidos entre sí por la fuerza de cohesión, y que teniendo una densidad casi igual á la del agua, flota, aunque algo sumergido, y se mueve y colea como un verdadero saurio.

—¡Pero si parece que está vivo! ¡por nada del mundo iba yo á tocarlo!

—Clarita, ¿no ves que está hecho con trozos de alcanfor? ya se siente el olor: si este caimán es feo, por lo menos tiene un perfume agradable; ¡mira cómo se mueve!... aun sabiendo que no es un animal, cuesta persuadirse de ello; y con el mismo procedimiento se podrían imitar ranas y peces.

—Efectivamente; esos movimientos son debidos á un trabajo latente de las moléculas que forman el alcanfor, producto vegetal, de aspecto mineral y que tiene muchas aplicaciones; las leyes que rigen estas fuerzas moleculares no están determinadas todavía, pero se aprovechan en mecánica y en física: es muy posible que las corrientes electro-magnéticas no sean más que la manifestación de esas fuerzas, y ya saben ustedes que desde el pararrayos hasta el teléfono y el micrófono se ha sacado gran partido de la existencia de esas misteriosas corrientes naturales.

El murciélago, infeliz quiróptero ciego de nacimiento, vuela sin chocar nunca con el obstáculo, y sabe muy bien adónde va, sólo porque merced á su oído y tacto finísimos percibe los movimientos vibratorios de las ondas atmosféricas, tal como nosotros vemos las ondulaciones del agua; así, pues, basta de momento aprovecharse de las fuerzas naturales, cuya existencia está probada, interin se llega á conocer las leyes que las rigen, y resumiendo: ¿les causa todavía horror nuestro inofensivo saurio?

—No, señor; y además ya no nos parece tan tonto y tan feo el señor murciélago.

—Tienen ustedes razón; en el mundo nada hay que sea enteramente feo, exceptuando el vicio, que es el conjunto de todas las fealdades.

JULIÁN.

#### Soluciones al cuadro mágico:

RUSA	ASIR
RASA	ASUR
ROSA	ASAR
RISA	

#### JEROGLÍFICO

DI RO BC ID

#### ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y á las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados todos los derechos artísticos y literarios.—IMP. ESPASA Y COMP.



TÍVOLI.—GRUTA DE NERÓN Y EL TEMPLO DE VESTA







## MEMORÁNDUM

---

**O**URRE algunos años que, ya en invierno, ya en verano, la temperatura se señala por lo excepcional, y el año de gracia de 1892 lo habrá sido indudablemente en punto á calor. Ya hablamos en otra ocasión de la altura á que había llegado en los Estados Unidos la columna termométrica, ajenos de creer entonces que en Europa pudiésemos pasar por idénticas molestias, ni siquiera acercarnos á ellas. El calor de Nueva-York y de Chicago en los días de verano lo creíamos casi reservado exclusivamente á aquellas comarcas y á las del África. Esta vez no ha sucedido así, ya que en casi todas las naciones del continente europeo el calor ha sido realmente insoportable y ha ocasionado tristes accidentes. En nuestra España los vecinos de Madrid hubieron de soportar 42 grados á la sombra, y los sevillanos, la friolera de 48 y de muchísimos más en el sol, que estaría en aquellos días á punto para asar castañas. No escaparon del calor las regiones del Norte, en nuestra patria, puesto que en San Sebastián excedió de los 40 grados centígrados, suceso inaudito en país que goza durante el estío de temperatura primaveral, por cuyo motivo allá acuden, como es sabido, la corte, muchísimos vecinos de Madrid y habitantes de otros puntos, ansiosos de respirar las frescas y reparadoras brisas del mar Cantábrico.

..

Sabrán nuestros lectores la bulla que se ha metido con la *Torre Nueva* de Zaragoza. Esta construcción de estilo mudéjar, en la que trabajaron cristianos, judíos y moros, va á caer á los golpes de la demoledora piqueta, por haberse afirmado que amenazaba ruina. Que esto no se ha probado ni mucho menos, no cabe ponerlo en duda; mas lo cierto es, á la hora presente, que el derribo se halla decretado y que es muy probable que se realice. La Academia de San Fernando y la de la Historia, que debían ampararla, se han mostrado muy frías en el asunto, sin haber apurado los medios que tenían en su mano para salvar aquella histórica Torre, ya que indudablemente antes de derribarla se debía acudir á los muchísimos recursos de que hoy dispone el arquitecto y el ingeniero para fortificarla y asegurar que se mantendría en pie, á pesar de su inclinación, que data ya de luengos años. Al ver que se levantaba la andamiada para el derribo se promovió una reacción en Zaragoza, se celebró una reunión numerosa y se acordó trabajar para que no desapareciese la *Torre Nueva*. Es en verdad doloroso que se destruya un monumento tan característico, construido en ladrillo, con dibujos elegantísimos de estilo oriental y que en gallardía supera á las famosas torres inclinadas de Pisa y de Bolonia. ¡Ojalá que los esfuerzos de los zaragozanos amantes de los monumentos

patrios logren salvarla! Mucho tememos, empero, que la *Torre Nueva* desaparezca, como por fútiles pretextos han desaparecido en distintas épocas interesantes edificios antiguos de nuestra España. Si es doloroso que esto acontezca en períodos revolucionarios, más lo es todavía que semejantes desafueros contra el Arte y la Historia se consuman en tiempos de orden y en que el Gobierno y las Academias pueden interponer su veto y hacer valer su autoridad y su inteligencia.

\* \* \*

De huelgas otra vez nos llegan noticias. ¡Qué penoso se hace tener que relatar estos sucesos, de los que salen siempre perdiendo el industrial y el operario! En los Estados Unidos, donde todo adquiere pronto colosales proporciones, se nos comunicó la de los guarda-agujas en los caminos de hierro. Con sólo anunciarla dicha queda su importancia. Sin la vigilancia de los guarda-agujas es imposible la circulación por las vías férreas, máxime en los países que como los Estados Unidos se distinguen por el movimiento de viajeros y de mercancías. Los huelguistas incendiaron vagones cargados de mercancías; trenes expresos hubieron de detener su marcha por impedírsela los vagones ardiendo que se hallaban sobre la vía. Tal aspecto iba tomando la huelga, que se hizo precisa la intervención de la tropa. El choque fué terrible, en los primeros momentos la fortuna no favoreció á las tropas norte-americanas, ya que los alborotadores llegaron á apoderarse del coronel Henderson, á quien amenazaban con lincharle. Volvió á la carga el general Carnes en Coalcreek y consiguió apoderarse de la estación del ferrocarril, donde se habían parapetado los huelguistas. Cogió, además, á cien huelguistas y los mantuvo en rehenes para que le respondieran de la vida del coronel Henderson. El general Carnes hizo saber á los revoltosos que si se atentaba contra el citado coronel mandaría fusilar por su parte á los trabajadores á quienes retenía prisioneros. Éstos le respondían, pues, de la existencia del coronel Henderson.

Otra huelga, de aire más pacífico, se declaró en París. Es la de los cocheros de punto ó de plaza, renovada distintas veces por las diferencias que se suscitan entre ellos y las Compañías dueñas de los carruajes y caballerías. Sobre la cantidad que ha de entregar cada cochero al día por su coche y caballo se disputa ahora, como otras veces. La huelga no ha sido general esta vez, y por consecuencia su duración no ha de ser muy larga. En los días de intensos calores en que se declaró y en que, por lo tanto, habían de hacer los parisienses frecuente uso del coche de alquiler, las molestias de la huelga serían mucho más sensibles que de haberse producido en cualquiera otra de las épocas del año.

\* \* \*

Se ha anunciado un suceso fausto para la Iglesia Católica, cual es la desaparición, ó pronta desaparición por lo menos, del nestorianismo. La herejía á que dió nombre Nestorio data de 428, y después de haber tenido períodos de florecimiento en Oriente, cuna de todas las herejías, existe aún en Turquía. Pues bien, se ha convertido al catolicismo el patriarca nestoriano Mar Chisnonn, en cuya familia se perpetuaba el patriarcado hace siglos. Monseñor Tomás Audon, arzobispo de Ourmsah, católico, del rito caldeo, recibió la abjuración del patriarca nestoriano. Créese que le seguirán pronto algunos obispos de la propia herejía, todo lo cual será gran motivo de consolación para el sabio Pontífice León XIII, en medio de las amarguras que le proporciona de continuo la política de los partidos exaltados y de algunos gobiernos europeos.

\* \* \*

Siguen revueltas las repúblicas sud-americanas. La guerra contra Venezuela prosigue, á pesar de haberse anunciado repetidamente su terminación. La capital se encontraba bloqueada



y próxima á la miseria, puesto que escaseaban los víveres; todo se vendía á precios exorbitantes y los mismos soldados mendigaban por calles y plazas. Continuaba la lucha entre los generales Mendoza y Monagas por una parte, y por otra los generales Crespo y Velutini, jefes de la insurrección. El último se había apoderado de las ciudades de Cumana, Barcelona, Guantes y Carúpano, mientras el general Monagas salía de Caracas con dos mil hombres para recobrar á Carúpano. Imagínese el lamentable estado en que ha de encontrarse, por causa de esta guerra civil, un país que disfrutaba de relativa tranquilidad y que empezaba á desarrollar su comercio y todos sus intereses materiales.

..

A estas repúblicas quieren asimilar nuestras colonias los filibusteros que se proponen separarlas de la madre patria. Cuanta energía se despliegue contra estos enemigos del nombre español nunca será bastante, y por ello es de aplaudir la que ha demostrado el gobernador general de las Islas Filipinas, general don Eulogio de Despujol, al ordenar la deportación del paladín del filibusterismo en aquel país, un escritor que ha dado á luz diversas obras, en las cuales se transparentaban en unas y en otras aparecían claramente los propósitos de separar de la dominación de España el Archipiélago Filipino. Sus fines los revelaron con mayor claridad los viajes que emprendió por la isla de Luzón y en los cuales se fundó especialmente el general Despujol para deportarle y para ordenar que fuesen recogidos todos sus libros y proclamas, debiendo entregarlos todos los vecinos, so pena de ser considerados como desafectos. Los que en Filipinas amparan á los filibusteros son los mismos que combaten á los frailes agustinos y dominicos, que tanto han trabajado en aquellas regiones para mantener entre sus naturales el amor á España y el respeto al *castila*. Con pretextos políticos, con mentidas voces de libertad, con la añagaza de una ilustración que quieren acaparar para sus intentos individuales, aquellos hombres van minando los sentimientos seculares arraigados en los corazones de los filipinos y preparando para las islas días de luto como los que han tenido que sufrir las Antillas. Si no se les permite dar un paso sin que se encuentren con la represión, estos intentos podrán frustrarse, y los hombres leales del Archipiélago les agradecerán que así lo hagan á los gobernadores generales y á los gobiernos de cualquier partido político que se sucedan allí y en la península.

B.





## EL MUCHACHO ESPIA



LE LLAMÁBANLE «niño Stenne.» Era uno de estos muchachos parisienses pálidos, flacos y entecos; aparentaba unos diez años de edad, si bien tal vez había cumplido ya los quince; pero ¿quién averigua la de estos mocosuelos? Su madre había muerto, y su padre, que fué mucho tiempo soldado de marina, era guarda de un jardín en el barrio del Temple. Los muchachos, las niñas, las ancianas pobres, las mujeres desocupadas, en una palabra, todas las paseantes y acompañantes de niños de París que se ponen á salvo de los carruajes metiéndose en los jardinitos de las plazas públicas, conocían al padre de Stenne y le querían muchísimo. Sabían que bajo aquellos bigotazos que tanto miedo daban á los perros y á los niños traviesos, se ocultaba una sonrisa de bonachón, tierna, casi maternal, y que asomaría á sus labios en cuanto le preguntasen:—¿Qué tal, qué hace el niño?—¡Le quería tanto! Era tan feliz cuando al anochecer, concluida ya la clase, comparecía el muchacho y daban los dos juntitos un paseo por las calles del jardín, parándose en cada banco para saludar y charlar un poco con los asiduos concurrentes.

Desgraciadamente el sitio todo lo cambió. El jardín de Stenne fué cerrado y convertido en depósito de petróleo, y el pobre hombre, obligado á una continua vigilancia, pasaba el tiempo en aquellos desiertos y destrozados islotes de flores y arbustos, solo, sin poder fumar ni ver á su querido hijo hasta ya muy tarde, cuando se retiraba á su casa. Por esto era tan curioso observar su bigote cuando le hablaban de los prusianos... A su hijo, no obstante, no le desagradaba la nueva vida.

¡Un sitio! ¡Qué cosa tan divertida para los pilluelos! No hay escuela, se cierran las clases, hay vacaciones todo el año y las calles como el real de una feria...

El muchacho pasaba todo el día corriendo de una parte á otra. Velasele delante de los batallones del barrio cuando iban á las fortificaciones, escogiendo siempre á los que tenían mejor banda de música; á decir verdad en esto estaba muy fuerte el chiquillo y podía explicar á cualquiera que la del 96 no valía gran cosa, pero que la del 55 era excelente. Otras veces se entretenía viendo hacer el ejercicio á los movilizados; además, todas estas cosas traían cola...

Con el cesto debajo del brazo, tomaba puesto en los grandes corros que se formaban en las oscuras mañanas de invierno á las puertas de las carnicerías y panaderías. Allí, con los pies metidos en agua, trabábanse amistades y se hablaba de política, y como el chiquillo era hijo de M. Stenne, todos pedían su parecer. Pero lo más divertido eran las partidas de chito, aquel famoso juego de *galocha* puesto en moda durante el sitio por los movilizados bretones; así es que cuando el niño no estaba en las murallas ni en las panaderías, era seguro encontrarle en las partidas de *galocha* de la plaza del Château d'Eau. Naturalmente, él no jugaba; se necesita demasiado dinero para jugar. Limitábase tan sólo á contemplar á los jugadores, ¡pero con qué gusto les miraba!

En particular uno, que llevaba blusa azul, y que sólo apostaba piezas de cien sueldos, excitaba su admiración. ¡Cómo se oían sonar las monedas allá en el fondo de sus bolsillos!

Cierto día, al coger una moneda que rodando había llegado hasta los pies del niño Stenne, el muchacho le dijo en voz baja:

—Te gusta el dinero, ¿verdad?... Pues si quieres te diré dónde hallarás mucho.

Terminada la partida lo llevó a un rincón de la plaza y le propuso que le acompañara a vender periódicos a los prusianos; pagaban 30 francos por cada viaje. De pronto Stenne rechazó indignado tal proposición, y hasta, a consecuencia de esto, estuvo tres días sin volver por allí. ¡Tres días terribles! No comía, no podía dormir; por la noche imaginábase ver montones de *galochas* formando una inmensa columna al pie de la cama y relucientes monedas que rodaban por el suelo. La emoción que esto le producía era extraordinaria; al cabo de cuatro días fué de nuevo al Château d'Eau, habló con el tentador y se dejó seducir.

Una mañana de mucha nieve marcharon con un saco al hombro y los periódicos ocultos en las blusas; al rayar el alba llegaron a la puerta de Flandes. El movilizado tomó a Stenne por la mano, y acercándose al centinela, que era un bravo sedentario de nariz encarnada y aire bonachón, le dijo con voz humilde:

—Déjanos pasar, buen hombre... Nuestra madre está enferma y el padre ha muerto. Yo voy con éste, mi hermano, a recoger en el campo algunas patatas.

Al pronunciar estas palabras lloraba; Stenne, avergonzado, bajó la cabeza, y el centinela, después de mirarlos por un momento, dió un vistazo por la blanca y desierta carretera, y

—Pasad corriendo, les dijo, apartándose de aquel sitio.

Siguieron por el camino de Aubervilliers; el movilizado iba riéndose descaradamente de lo ocurrido.

El espectáculo que ante los ojos del niño Stenne aparecía más tenía de sueño que de realidad. Fábricas convertidas en cuarteles; desiertas barricadas llenas de húmedos harapos; largas chimeneas vacías y descantilladas que atravesando la espesa niebla parecían remontarse al cielo; de vez en cuando algún centinela, algunos oficiales con el capuchón puesto y con los gemelos en los ojos mirando a lo lejos; pequeñas tiendas de campaña mojadas por la nieve derretida, delante de las cuales velanse tristes y moribundas fogatas. El movilizado, que conocía los caminos, se apartaba de ellos para evitar el encuentro de cuerpos de guardia. Con todo, no se libraron de hallar una guardia avanzada de francotiradores. Los soldados estaban envueltos en sus capotes y acurrucados allá en el fondo de un foso lleno de agua a lo largo del ferrocarril de Soissons. El movilizado tuvo que repetir el embuste, pero esta vez no les dejaron pasar adelante, y mientras se lamentaba, salió de la casa del guardabarrera un sargento ya viejo, lleno de canas y muy arrugado, que se parecía al padre de Stenne, y les dijo:

—¡Vamos, rapazuelos, no lloréis! Ya os dejaremos recoger vuestras patatas; pero antes entrad y os calentaréis un poco... este pillín tiene cara de frío.

Pero ¡ay! no temblaba de frío el pobre Stenne, sino de miedo y de vergüenza... En el cuerpo de guardia vieron algunos soldados que, agachados alrededor de una pequeña y miserable hoguera, procuraban deshelar unas galletas clavadas en las puntas de las bayonetas. Dieron cabida en el corro a los muchachos, ofreciéndoles una copita y un poco de café.

Mientras bebían apareció en el dintel de la puerta un oficial, llamó al sargento, hablóle muy bajito é inmediatamente desapareció.

—¡Chicos! dijo luego el sargento entrando con aire satisfecho en el cuerpo de guardia; esta noche *tendremos tabaco*... Han sorprendido el santo y seña de los prusianos... ¡Nada! me parece que recuperaremos este maldito Bourget.

Esto produjo una explosión de bravos y de carcajadas; y en tanto los francotiradores blandían sus sables-bayonetas, bailaban y cantaban, aprovechando esta algazara, los muchachos se largaron sin ser vistos.



Al otro lado de las trincheras había una gran llanura, y en el fondo de ella un largo y blanco muro lleno de aspilleras hacia el cual se dirigieron, parándose á cada instante y fingiendo que recogían patatas.

—Volvámonos... No vayamos allí, repetía el niño.

Pero el otro, levantando las espaldas, avanzaba sin cesar; de pronto oyeron el ruido que hace un fusil cuando le arman.

—¡Échate! dijo el movilizado echándose al suelo.

Dió entonces un silbido, que fué contestado por otro entre la nieve, y arrastrándose por el suelo avanzaron algunos pasos... Delante del muro y al nivel del terreno aparecieron unos bigotes amarillos, y sobre ellos una gasienta y ancha gorra militar.

El movilizado dió un salto y se colocó al lado del prusiano.

—Es mi hermano, dijo entonces señalando á su compañero.

Como el niño Stenne era tan pequeño, el prusiano, que se rió mucho al verle, vióse obligado á tomarle en sus brazos para subir la brecha.

Al otro lado del muro había grandes terraplenes, árboles cortados, negros agujeros entre la nieve, y en cada agujero las mismas gorras de cuartel, los mismos bigotes amarillos que sonreían al ver pasar los dos muchachos.

En un extremo una casita de jardinero, fortificada por medio de troncos de árboles. En el fondo gran número de soldados jugando á cartas y cociendo la sopa en vivísima llama. ¡Qué buen olor despedían las coles y el tocino, y qué diferencia con el vivaque de los francotiradores! Arriba, oficiales que destapaban Champagne y tocaban el piano. Al entrar allí los parisienses fueron acogidos con hurras de alegría. Después de haber entregado los periódicos, diéronles de beber y les hicieron hablar. El movilizado divertía, con su cháchara de arrabal y palabrotas de granuja, á los oficiales que se presentaban con aire altanero y malicioso. Los prusianos se reían, celebraban y repetían con delicia aquellos dicharachos de París que salían de boca del grandullón.

El niño Stenne deseaba hablar, aunque sólo fuera para manifestar que no era un adoquín; pero algo de que no se daba cuenta le contenía. Delante de él, y algún tanto apartado, hallábase un prusiano de avanzada edad, algo más serio que sus compañeros, que leía ó hacía como si leyese, porque sus ojos estaban fijos en el muchacho. Con su tierna mirada parecía echar en cara al niño Stenne lo que estaba haciendo, como si aquel hombre tuviese en su país un hijo de la edad de aquél y pensara para sus adentros:

—Antes preferiría la muerte, á ver á mi hijo en un oficio como éste.

Desde aquel instante á Stenne le pareció que una mano extraña le oprimía el corazón y le impedía latir con desahogo. Para librarse de esta terrible angustia se echó á beber; pronto todo le parecía que daba vueltas á su alrededor. Oyó, entre grandes risas, que su camarada se burlaba de los guardias nacionales, de su modo de hacer el ejercicio, ya representando una alarma en el Marais, ya simulando un alerta de noche en las fortificaciones. Luego bajó la voz, los oficiales se acercaron y sus caras tomaron un aspecto muy grave. Estaba previniéndoles que iban á tener un ataque de los francotiradores...

Está vez el niño Stenne, vuelto en sí, levantóse furioso y dijo:

—Esto no, camarada... no quiero.

Pero el otro, que no hacía más que reír, continuó. Antes que hubiese concluido, todos los oficiales estaban de pie, y uno de ellos, enseñando la puerta á los muchachos:

—Andad al diablo, les dijo.

Y hablaron entre sí en alemán.

El movilizado salió satisfecho con aire de gran señor, haciendo sonar el dinero que llevaba. Stenne le seguía con la cabeza baja, y cuando se halló cerca de aquel prusiano, cuya mirada tanto le había mortificado, oyó que con voz muy triste le decía:

— ¡No está bien esto, no está bien!

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Fuera ya de las trincheras, echaron á correr por el llano y regresaron muy pronto. Llevaban en un saco las patatas que los prusianos les habían dado, y con este embuste pasaron las avanzadas de francotiradores sin obstáculo alguno. Allí se preparaban para el ataque de la noche. Nuevos refuerzos llegaban con el mayor sigilo agrupándose detrás de las murallas. El viejo sargento estaba, con aire satisfecho, ocupado en colocar los soldados. Cuando pasaron los muchachos saludóles con cariñosa sonrisa...

¡Oh, cuán horrible fué para el niño Stenne! Un instante tuvo ganas de gritar:

— No vayáis allí... os hemos vendido.

Pero el movilizado le había dicho:

— Si hablas, nos fusilan.

El miedo le detuvo y calló.

En la Courneuve entraron en una casa abandonada con objeto de repartirse el dinero. La verdad nos obliga á hacer constar aquí que el reparto se hizo con equidad. Al oír sonar el dinero debajo de las blusas y al pensar en las magníficas partidas de *galocha* que se preparaban, ya no halló el niño Stenne tan horrible su delito; pero cuando quedó solo, cuando pasadas las puertas le abandonó el movilizado, entonces los bolsillos le pesaban, y aquella mano, que le apretaba el corazón, apretaba de un modo horrible. París no era para él el París de siempre; las personas que pasaban por su lado le miraban indignadas, como si adivinaran de dónde venía. Parecíale oír la palabra espía entre el ruido de los carruajes, entre el redoble de los tambores que hacían el ejercicio á lo largo del canal. Por fin llegó á su casa, y satisfecho de que su padre no estuviese todavía en ella, subió á su cuarto para ocultar debajo de la almohada aquellas monedas que tanto le pesaban.

Nunca había entrado el padre de Stenne á su casa tan contento y satisfecho como aquella tarde. Según noticias que se acababan de recibir, los asuntos de la nación presentaban mejor aspecto. Durante la cena miraba el antiguo soldado el fusil colgado en la pared y decía á su hijo con su habitual y tierna sonrisa:

— ¡Ah! ¡cómo irías tú contra los prusianos si fueras mayor!

A eso de las ocho de la noche oyéronse cañonazos.

— Suenan en Aubervilliers... Ha empezado la lucha en el Bourget, dijo el buen hombre, que conocía perfectamente aquellas fortalezas.

El niño Stenne palideció y se fué á la cama pretextando estar muy cansado; pero al hallarse en ella no pudo pegar los ojos. Como los cañonazos no cesaban, el pobre Stenne se figuraba ver á los francotiradores que llegaban por la noche al campamento prusiano al objeto de dar una sorpresa y eran víctimas de una emboscada; veníale á la memoria aquel sargento que le sonrió, y veíale tendido al suelo al lado de muchos de sus compañeros... El precio de tanta sangre se escondía allí, debajo de la almohada; y él, el hijo de un soldado, había sido el que... El llanto le ahogaba; oía á su padre que andaba de una parte á otra en el aposento contiguo y que en la plaza tocaban llamada; un batallón de movilizados se reunía para marchar; sin duda se daba una gran batalla; el desdichado Stenne no pudo ahogar un terrible sollozo.

— ¿Qué tienes? le preguntó su padre entrando en el aposento.

El niño, que ya no podía más, levantóse de la cama y se echó á los pies de su padre. Con los movimientos que hizo rodaron por el suelo las monedas escondidas.

— ¿Qué es esto? ¿Has robado? dijo temblando el anciano.

Entonces el niño refirió de un tirón que había estado en el campamento prusiano y lo que allí había hecho. A medida que hablaba le parecía que se le aligeraba el corazón y sentía que le aliviaba el acusarse á sí mismo... Su padre le escuchaba con aire terrible; cuando hubo concluido el relato, tapándose la cabeza con ambas manos, rompió en llanto:

—¡Padre! ¡padre!... murmuró el niño.

Rechazóle el viejo sin decir una palabra y recogió el dinero, diciendo:

—¿Está todo aquí?

El niño hizo un gesto afirmativo. Entonces tomó el fusil y la canana y se metió el dinero en el bolsillo.

—Está bien, dijo, voy á devolvérselo.

Y sin añadir una palabra, ni tan sólo volver la cabeza, bajó de su casa para mezclarse con los movilizados que salían aquella misma noche. Desde aquel día no se le ha vuelto á ver.

ALFONSO DAUDET.



TÍVOLI. — ROCCO PÍO





## EN MONGOLIA

---

**S**ON en extremo curiosas las costumbres de los mongoles que describe un padre misio-  
nero, en una carta publicada en la *Revista de la Congregación de Schent*, bajo el epi-  
grafe de «Misiones en la China y en el Congo.» Para dar una idea del estado del arte  
culinario y de la fabricación de licores en aquel país, publicamos lo que á estas artes se refiere,  
con la seguridad de que lo agradecerán nuestros lectores.

Después de haber descrito la marmita apoyada sobre el trébedes de hierro, tal como se  
halla en todas las cabañas mongolas, da cuenta de las operaciones culinarias que con ella se  
realizan.

A lo que principalmente está destinada la marmita mongola, dice, es á la preparación del  
té. El té mongol, ó mejor dicho, el té que usan los mongoles (el árbol té no se cultiva en las  
estepas) se diferencia del que beben los chinos, por la materia de que se compone y principal-  
mente por la preparación; en efecto, los chinos preparan el té por la infusión y sólo consumen  
las hojas más tiernas completamente arrolladas por medio de una desecación especial. Al llegar  
al fin de la estación en que el té se recolecta, los plantadores del Celeste Imperio recogen las  
hojas más vastas, que no tendrían salida entre sus compatriotas, y añadiéndoles las pequeñas  
ramitas que la podadera ha recortado del arbusto, las trituran y comprimen con unas muelas,  
dando á la masa así obtenida una forma de ladrillo ó plancha; de ahí el nombre de té en plan-  
cha, el único que se emplea en Mongolia y en Siberia. En este último país, y algunas veces  
también en Mongolia, la planta té sirve en cierto modo de moneda para las compras y ventas,  
tanta es la importancia y seguridad del consumo, y tan general el uso que de aquella planta  
se hace.

Cuando la mujer mongola quiere preparar la bebida, corta un pedazo de té, lo tritura en  
un mortero, y una vez en polvo, lo echa en la marmita, llena de antemano de agua hirviente;  
toma ésta inmediatamente un color pardusco, y entonces la mujer mongola, luego de haber  
disuelto en la mixtura un puñado de sal, toma una especie de cuchara de mimbre muy ancha  
y primorosamente trenzada, la sumerge en la marmita, levanta el líquido que recoge aquél  
utensilio y lo deja caer á más de un pie de altura. Esta operación dura algunos minutos, y  
una vez terminada, echa además en la marmita una escudilla de leche y algunas veces también  
un gran pedazo de manteca. Deliran los mongoles por esta bebida, y cuando están sedientos á  
causa de la mucha fatiga, consumen enormes cantidades. Este té es nutritivo y refrescante á  
la vez, y á no ser por la poca limpieza de los utensilios, los europeos lo preferirían á la insípida  
bebida de los chinos, quienes también hacen gran consumo de aquella plata. El europeo recién  
llegado á aquellos países no comprende cómo el cuerpo no se enerva y debilita con estas internas

lavaduras de agua caliente, y rendido por la fatiga y con sed abrasadora preferiría á la tisana mongola y china, un buen vaso de cerveza ó vino y hasta tal vez un vaso de agua fresca; sin embargo, se equivocaría por completo, exponiéndose con ello á una grave enfermedad. Veamos el por qué. El clima de Mongolia y del Norte de China es en extremo seco, pues sólo llueve por espacio de algunas semanas durante el transcurso del año; dadas estas condiciones, si hay que sufrir mucha fatiga corriendo á caballo días consecutivos, el sudor hace perder á la sangre gran cantidad de su parte acuosa, que la atmósfera completamente seca no puede devolver; mongoles y chinos buscan la compensación de esta pérdida con numerosas tazas de té bien caliente, y dada la elevada temperatura del interior del cuerpo, sustituir este brebaje por otro cualquiera sería sin duda provocar una congestión ó un rápido enfriamiento, que más de una vez ha ocasionado graves indisposiciones á nuestros inexpertos misioneros. Así es que sólo en caso de absoluta necesidad hacen uso los indígenas de bebidas frescas.

Las condiciones climatológicas de Europa son muy distintas, pues el aire se halla casi siempre cargado de humedad, y ésta devuelve al cuerpo fatigado gran parte de lo que el sudor ha quitado á la sangre. Trátase más bien de tonificar los órganos que de humedecerlos y, por tanto, es indicada una bebida sustanciosa. Al hablar así no pretendemos pasar por un oráculo de la facultad; no hacemos más que dar á conocer lo que la experiencia ha demostrado á nuestros antiguos misioneros, y á buen seguro que nuestra explicación hará sonreír al esculapio europeo. No se crea por esto que los mongoles no usen bebidas reconfortantes; los que habitan cerca de los chinos les compran la ginebra de granos, y saben extraer de la leche un aguardiente que, según su fuerza, lleva el nombre de kumis ó de arack. La ginebra de granos es de una fuerza extraordinaria, y mientras los chinos son muy sobrios, pues raras veces abusan de esta bebida, los mongoles, cuando de ello se les presenta ocasión, se emborrachan hasta caer como muertos; entre los chinos, paganos como son, la embriaguez pública sería un verdadero escándalo, y podemos asegurar que no hemos sido testigos de un solo caso; entre los mongoles, en cambio, nada es tan frecuente. Unos y otros, tanto la ginebra de granos como el kumis y el arack, casi nunca los beben fríos, y podemos afirmar, además, que nuestra experiencia sobre este particular está en favor de esta práctica.

El modo de preparar la ginebra para la bebida es el siguiente: llenan de este licor un vaso de cobre ó de tierra cocida, de forma especial, compuesto de dos conos unidos por la parte más estrecha; el mayor descansa sobre la extremidad más ancha, y el menor, muy abierto en su parte superior, sirve de embudo; lleno el vaso de ginebra, lo colocan en cenizas calientes, ó mejor en agua hirviente, de manera, en este caso, que no pueda penetrar el agua; no tarda el líquido en entrar en ebullición, y entonces lo absorben muy caliente por medio de unas tazas de porcelana tan diminutas que casi no puede penetrar en ellas por su extremidad el dedo pulgar; por último, el mongol devoto, antes de absorber la primera taza, sumerge en ella el dedo y echa el suelo algunas gotas del líquido; es un sacrificio que hace á Budha.

También es digno de observarse por su rareza, que los mongoles, lo mismo que los chinos cuando beben ginebra para sustentarse, no para emborracharse, no la toman después ni durante la comida como parece lo natural, sino antes de comer, y creen que esta costumbre es muy saludable. ¿Lo harán con el fin de estrechar las paredes del estómago demasiado flojas á causa de las lavaduras de té absorbido antes con tanta abundancia?... Dígalos Hipócrates.

Por lo que hace al rumis y al arack, los extraen de la leche puesta en fermentación y luego destilada en un alambique; es muy claro, limpio y algunas veces muy fuerte. Sin embargo, pocos europeos lo resisten, y la causa es la siguiente: el alambique es de tierra y sus diferentes partes están embetunadas con boñiga de vaca; este nuevo género de betún comunica al líquido un olor muy especial y característico que no repugna á los mongoles, á causa de que ellos mismos y sus vestidos están impregnados de este perfume, y ni tan sólo se aperciben de él; pero en cambio, por poco sensible que sea el olfato de un europeo, percibe

á más de diez pasos de distancia el olor bovino que despide la mayor parte de los mongoles.

La base de la alimentación sólida es el lacticio, ya en forma de manteca, ya en la de crema ó queso. En invierno son escasísimos los productos de los rebaños, y debido á esta circunstancia se tiene la previsión, durante el verano, de confeccionar grandes cantidades de cuero seco y muy duro, cuya conservación está asegurada. La crema ó nata es cosa muy exquisita, aun para los europeos; la recogen en la superficie de un barreño de leche colada de una sola vez en un plato de poca profundidad, sometido sucesivamente sobre sus dos lados á la acción de una corriente de aire, de manera que quede encerrada entre dos películas bien secas la crema mantecosa; en el mes de Septiembre es cuando tiene lugar esta operación, porque el aire es ya fresco y sopla de continuo el viento. Mucho dudamos que nuestras cocineras europeas puedan reunir las condiciones necesarias para confeccionar este plato mongol, y es lástima, pues en particular los niños se chuparían los dedos de gusto. Verdad es que en otros puntos, por ejemplo en Illi, la crema tomada ó cuajada como he indicado está envuelta entre dos lienzos que únicamente solidifican un poco las dos superficies, pero confeccionada de esta suerte, la *nainpódze* (piel de leche) se conserva poquísimos días. En otros países, en los Artos, colocan la leche en una marmita, la calientan poco á poco, y dejan evaporar toda la parte acuosa; este producto no es tan exquisito y se parece mucho á la leche condensada tan conocida en Europa.

Además de estos alimentos, los mongoles acomodados y los fronterizos á la China usan los granos y las harinas, unas y otras, sin embargo, en escasísima cantidad. Comunmente el mijo, despojado de su corteza y tostado, lo echan al té, á la leche y á la cerveza; este manjar es tan sano como sabroso.

Viene en último lugar la carne; su consumo es muchísimo más escaso de lo que pudiera creerse, pues tan sólo los ricos pueden permitirse diariamente el lujo de comerla. Cuando se presenta ocasión á un mongol de las clases inferiores, puede consumir enormes cantidades de carne casi cruda. A este propósito asegura el viajero ruso Prjévalski haber visto hombres capaces de devorar un carnero en un solo día. En verdad no hemos hallado tan extraordinarios tragones, pero podemos afirmar, por lo que hemos visto, que á pocos mongoles les arredraría la más gruesa pierna de carnero. Por lo demás, los pobres no desperdician carne alguna, y los animales muertos de enfermedad ó por la fatiga, camellos, caballos y mulos, son utilizados como alimento hasta el extremo de no dejar más que los huesos. Hay más todavía; se tiene gran cuidado en romper los huesos á fin de chupar los tuétanos, y esta operación la practican valiéndose tan sólo de un simple cuchillo y haciendo dilatar los poros de los huesos por medio de la llama viva del hogar; con la hoja del cuchillo hacen luego una raya circular á la mitad del hueso, vuelven á calentarlo junto á la llama, y cuando está ya muy caliente, un solo golpe dado con el mango del cuchillo basta para romperlo.

En cuanto al pescado se considera mal sano, y la carne de las aves tiene poca estima; en cambio la del carnero, en particular la de la cola, es muy apreciada. La cola de los carneros de aquel país es por demás original y chocante; ancha y aplastada, forma sobre la parte posterior del animal una especie de disco ó cojín de un diámetro de 20 á 30 centímetros, por 5 á 10 de espesor. Su peso es de dos libras, y cuando por cualquier motivo un rebaño echa á correr huyendo, es graciosísimo ver cómo aquellos cojines carnosos se levantan y bajan sin cesar. Dejando aparte esta originalidad, precisa consignar aquí que dicha cola se compone de una grasa untuosa y dulce como la médula de los huesos; pequeños pedazos de la misma bañados en agua hirviendo á modo de patatas fritas constituyen un ligero y delicado manjar. Los mongoles sólo le hacen hervir en agua, cogiéndola luego con ambas manos y masticándola, sin cuidarse poco ni mucho de la grasa que va regando sus vestidos.—\*\*\*



## EL REY DE TULE

(BALADA DE GOETHE) <sup>(1)</sup>

UN rey en Tule reinaba  
que fué constante amador;  
su muy amada muriera,  
y un áureo tazón le dió.

A su mesa cada día  
lo llenaba de licor,  
y al acercarlo á los labios  
le latía el corazón.

Llegada su postrer hora  
sus ciudades numeró:  
todo lo daba á sus deudos  
menos el áureo tazón.

Luego á espléndido banquete  
llamó á los grandes su voz;  
en la sala del castillo  
que da al mar los recibió.

Allí las últimas gotas  
apurara del licor;  
después á la mar vecina  
arrojó el áureo tazón.

Vióle caer, y entre las ondas  
desaparecer veloz;  
eclipsáronse sus ojos  
y el buen Rey no más bebió.

Traducción de  
J. LLAUSÁS.

(1) El creador de la literatura nacional alemana y el más grande de los poetas modernos nació en Francfort sobre el Mein, en 28 Agosto de 1749 á las doce del día. Hijo de rica familia, ya de niño su genio literario se complugó en la contemplación de la Naturaleza y del Arte. Siguió la carrera de derecho, pero su vasto espíritu se recreó en toda suerte de conocimientos. A los veinticuatro años hizo representar su drama *Goetz von Berlichingen*, que inició la emancipación de la literatura alemana, antes tributaria de la francesa, y al año siguiente su novela *Werther* fanatizaba al mundo entero. Pasó después á la corte de Weimar, verdadera Atenas germánica, donde todo el movimiento intelectual giró muy pronto alrededor de Goethe. Allí trabó amistad con el célebre poeta Schiller y escribió otras obras como *Egmont*, *Guillermo Meister*, *Ifigenia en Taurida*, en las que fué desplegando los múltiples aspectos de su genio. Después viajó por Italia, que siempre fué el país de sus ensueños, por la gran devoción que siempre tuvo á la serenidad del arte clásico y al del Renacimiento, cuyas obras pudo admirar en sus viajes por aquel país. Frutos de esta especie de peregrinación fueron su drama *Torcuato Tasso*, *Elegías romanas*, etc., que con lo mucho que ya llevaba escrito en diversos géneros hicieron que se le apellidara monstruo clásicorromántico. Pero la obra de toda su vida, fiel trasunto de su genio en plena madurez, fué su inmortal tragedia *Faust*, que puede decirse estuvo escribiendo siempre. En 1808 era Goethe objeto de una idolatría universal, y Napoleón I quiso conocerle personalmente. Se vieron y se hablaron en Erfurt. No es posible en una nota citar siquiera los trabajos poéticos, de crítica, de historia, de ciencias naturales, de artes aplicadas que nos ha dejado el afán de saber y de obrar de Goethe; pero sería pecado, habiendo citado otras obras suyas, no nombrar su precioso poema *Hermann y Dorothea*. De 1815 á 1828 fué primer ministro del príncipe de Sajonia Weimar, en la capital de cuyo Estado murió Goethe como un semidiós una mañana de primavera del año 1832, pidiendo: «¡luz!» «¡luz!» aspiración de toda su vida. Entre la multitud de poesías sueltas, *lieds*, baladas de Goethe, en la más sencilla de las cuales se revela toda la alteza de su autor, es una de las más conocidas y celebradas la del «Rey de Tulo.»

# LAS HORMIGAS

(CONTINUACIÓN)

## II

El autor sagrado, comparando las hormigas con un pueblo (*am*), se expresa con gran precisión; todas las hormigas, sea cual fuere la especie á que pertenezcan, forman, en efecto, una sociedad organizada; viven en familia ó en comunidad y se distinguen entre ellas, como entre los hombres, diversas clases; sus nidos, conocidos con el nombre de hormigueros, son verdaderas habitaciones construídas por su industria y que forman una especie de ciudades.

Lo primero que llama la atención del observador cuando estudia las costumbres de las hormigas, es el arte que emplean en la construcción de sus habitaciones, cuya capacidad choca algunas veces, si se compara con la pequeñez de aquéllas; admira también la variedad de construcciones, unas veces de tierra, otras hechas en los troncos de los más duros árboles y otras compuestas tan sólo de hojas y ramitas de hierbas recogidas de todas partes, y muy especialmente el modo que responden á las necesidades de las especies que las construyen...

«La hormiga negra es la que levanta en los bosques los montoncitos tan notables por su magnitud... ella recoge, cerca de su habitación, todos los pedacitos de rastrojo y de leños, piedras diminutas, hojas y otros objetos que están á su alcance y pueden servir para aumentar la elevación, como son el almito ó polilla de granos, las pequeñas conchas, el trigo, la avena ó la cebada. Este montoncito á primera vista no parece sino un conjunto desordenado de distintos materiales, y sin embargo, si se tiene en cuenta su simplicidad y su organización, es un ingenioso invento para distraer las aguas del hormiguero, para defenderlo de las inclemencias del aire, de los ataques de los enemigos y para aprovechar el calor del sol ó conservarlo en el interior del nido. Esto en cuanto á la cubierta exterior del hormiguero, porque la parte más importante se oculta á nuestra vista y se introduce en el suelo á una profundidad más ó menos considerable.

»Unas calles dispuestas cuidadosamente en forma irregular de embudo conducen desde la cubierta del hormiguero hacia el interior; su número depende de la población y de su extensión; la abertura es más ó menos ancha y se encuentra algunas veces en el extremo superior de la techumbre una entrada principal; á menudo hay varias casi iguales, á cuyo alrededor se hallan unos pasadizos situados por orden simétrico, circularmente y hasta la base del montoncito. Por la noche se cierran

las puertas, por medio de pedacitos de madera ó de otros materiales, abriéndose por la mañana, excepción hecha de los días de lluvia, que permanecen cerradas.

»El hormiguero no es al principio sino un agujero practicado en el suelo. Socavando y minando el edificio practican en él unas salas, en verdad, muy bajas y de construcción grosera, pero que son muy espaciosas y cómodas para el uso á que están destinadas, ó sea el de poder depositar en ellas las larvas y las ninfas á determinadas horas del día. Estas salas ó vacíos se comunican entre ellos por medio de galerías construídas de la misma manera. Las hormigas están perfectamente resguardadas en el fondo de sus compartimientos; el más grande de éstos se halla situado casi al centro del edificio, siendo el más alto y espacioso ocupado tan sólo por las vigas que sostienen el techo; á él vienen á dar todas las galerías y en él es donde permanecen la mayor parte de aquellos insectos. Los subterráneos se presentan divididos en pisos y éstos en cuartos abiertos en el suelo y practicados en sentido horizontal.»

Las hormigas que construyen sus nidos con barro lo hacen con más arte, si cabe, pues se componen á veces de más de veinte pisos, de diez á doce milímetros cada uno, debajo del suelo, y otros tantos sobre la superficie. Las hormigas fuliginosas abren viviendas en los troncos de los sauces y las encinas, con numerosas salas y corredores.

Los nidos difieren según la especie de hormigas á que pertenecen; las hay que recogen gran cantidad de despojos, pedazos de madera y de hojas y les amontonan en masas cónicas; otras construyen con tierra pequeños palacios con aposentos sobre la superficie y debajo del suelo; otras tienen todas las viviendas subterráneas ó bien viven en los troncos de los árboles; sus habitaciones son algunas veces muy grandes. Según refiere Bates, durante su permanencia en Para intentó destruir un nido de hormigas *Snaba*, introduciendo azufre en él, y humearon multitud de agujeros, algunos de los cuales distaban de los más cercanos, por lo menos, setenta yardas.

Una sociedad de hormigas no siempre vive en un mismo nido; pero en la mayoría de especies el número de viviendas raras veces excede de tres ó cuatro, aunque puede ser mucho mayor. M. Torel ha observado una sociedad de *Formica exsecta* que tenía por lo menos doscientas colonias y ocupaba un espacio circular cuyo radio era á poca diferencia de doscientas yardas; en sus dominios casi habían exterminado las otras especies, y según cálculos del mismo naturalista, el número de

habitantes de un solo nido varía de cinco mil á quinientos mil.

Estos insectos no tan sólo forman una sociedad organizada por la comunidad de habitación, sino también por lo que podríamos llamar sus trabajos de utilidad pública ejecutados por interés general. En efecto, las hormigas construyen carreteras que no son, por cierto, senderos producidos por el tránsito incesante y continuado, como había supuesto Christ, sino verdaderas vías, de las cuales han quitado todos los obstáculos que estorbarían el paso. Algunas son hechas á manera de caminos cubiertos y se observan también en ellas túneles regulares, algunos de ellos de considerable longitud.

No tan sólo se parecen las hormigas á nuestras sociedades organizadas en lo bueno que puedan tener, sino también en lo malo. Uno de los caracteres más raros de la historia natural de las hormigas, es que ciertas especies reducen otras á esclavitud y hasta practican la antropofagia. Si delante de un nido de *Formica rufa* se colocan larvas y crisálidas de hormigas, inmediatamente son transportadas y comidas; si hay más de las que son menester para satisfacer las necesidades más perentorias, las conquistadoras conservan y hasta alimentan el sobrante, á quien aguarda la misma suerte. La *Formica fusca* es la raza esclava. La *Formica sanguinea*, que es común en Europa, emprende expediciones regulares y periódicas contra los vecinos hormigueros y toma las crisálidas y las lleva á su propio nido. Cuando las prisioneras son ya insectos perfectos encuentran allí hormigas de su especie hechas prisioneras en anteriores campañas; se amoldan á las circunstancias, participan de los cuidados de la casa, y no teniendo los alimentos propios de su especie cuidan los de la *Formica sanguinea*. La *Polyergus rufescens* ha adelantado más en cuanto á esclavizar á sus iguales, pues vive exclusivamente con el auxilio de las esclavas que captura en sus expediciones.

Pedro Huber, que ha sido el primero en descubrirlas, da cuenta del modo siguiente de la primera observación de este género: «El 17 de Junio de 1804, hallándome de paseo por los alrededores de Génova, entre cuatro y cinco de la tarde, ví una multitud de hormigas bastante gruesas, rojas ó rojizas que atravesaban el camino; andaban apiñadas, con rapidez, y ocupaban un espacio de ocho ó diez pies de largo, por tres ó cuatro pulgadas de ancho; en pocos minutos dejaron libre el camino y penetrando al través de una valla de mucho espesor se instalaron en un prado adonde les seguí; culebreaban sin extraviarse sobre el césped, y su columna, á pesar de los obstáculos que tenía que vencer, continuaba siempre compacta y ordenada. Pronto llegaron cerca de un nido de hormigas de un negro ceniciento, cuya techumbre se levantaba entre la hierba á unos veinte pasos de la valla. Algunas hormigas de esta especie, que se hallaban á la puerta de sus habitaciones, en cuanto descubrieron al ejército invasor se precipitaron contra los enemigos que se hallaban á la cabeza de la cuadrilla; en el mismo instante se esparció la alarma en el interior del nido, y las compañeras salieron en tropel de todos los subterráneos. Entonces el grueso del ejército de las rojizas, que no

estaba lejos, se apresuró por llegar cuanto antes al pie del hormiguero y la multitud en masa se arrojó de golpe allí, derrotando completamente á las negras, que después de un corto pero vivo combate se retiraron al fondo de sus habitaciones; las rojas entonces asaltaron los lados del montoncito, se agruparon en la cima del mismo y se introdujeron en gran número en las primeras avenidas; otros grupos de estos insectos trabajaban, valiéndose de los dientes en practicar una abertura en la parte lateral del hormiguero; saliendo bien de esta empresa, el resto de la fuerza penetró por la brecha en la sitiada plaza.

»Poco tiempo permanecieron las rojas en ella, pues á los tres ó cuatro minutos salieron precipitadamente por los mismos agujeros por donde habían entrado, llevando cada una en la boca una larva ó una ninfa del invadido hormiguero, y tomando el mismo camino por el que habían venido marchaban en desorden unas tras otras; la multitud se distinguía fácilmente en el verde césped por el aspecto que presentaba el gran número de capullos y ninfas blancas que cada hormiga roja acarrea. Atravesaron por segunda vez la valla y el camino por el mismo sitio de la primera y se introdujeron en los trigos que, por ser ya altos, muy á pesar mío, no pude seguirlos. Entonces volví al hormiguero devastado y encontré un escaso número de obreras negras que, encaramadas en los pequeños troncos de las hierbas, tenían en la boca algunas larvas que habían salvado del pillaje y que muy pronto fueron trasladadas á sus habitaciones.»

Posteriores observaciones han confirmado la exactitud de todas las relaciones del naturalista genovés. Las merodeadoras entran en campaña generalmente por la tarde, en número de ciento á doscientos mil. Sus prisioneras pasan á ser esclavas de las rojas, y éstas, que pelean como verdaderos soldados, no contribuyen, ni se cuidan de la prole, ni aun siquiera trabajan para las provisiones del día, pues todo esto lo hacen las esclavas. No se crea que tan sólo haya esclavas, pues hay también criadas. Las obreras se subdividen en varias categorías, por lo menos en algunas especies, y se aplica entre ellas en grande escala el principio de la división del trabajo; las más jóvenes son una especie de niñeras, pues se encargan de la vigilancia y del cuidado de las larvas y crisálidas. M. Wesmæl describe unas hormigas obreras traídas de Méjico por M. de Normann, entre las cuales las unas trabajan y las otras son verdaderos depósitos vivos de miel, que no tienen otra ocupación que almacenar en su abdomen este precioso alimento. «Las primeras, dice M. Wesmæl, tienen el abdomen común; en las otras este órgano tiene la forma de una grande esfera casi diáfana, resultante de una enorme dilatación de la parte membranosa de los segmentos, en tanto que su parte escamosa conserva las dimensiones normales y se presenta en forma de pequeñas fajas transversales de color oscuro y cuya extensión disminuye sucesivamente.»

»Según el relato de M. de Normann, esta especie de hormigas construyen habitaciones subterráneas, de donde no salen nunca los individuos de abdomen vesicular: condenados á una inmovilidad casi absoluta, su única función consiste en elaborar una especie de miel que



depositan luego en unos receptáculos especiales, análogos á los alvéolos de cera de las abejas... Las hormigas ventruadas no son, en cierto modo, más que cocineras que preparan los platos y las provisiones sin más utensilios que su estómago. Estas hormigas han recibido el nombre de *Myrmecocistus mexicanus*. Las sedentarias se distinguen por una particularidad tan singular que M. Wesmál la refiere con cierta duda, pero numerosas observaciones posteriores han confirmado la realidad.

Por último, las hormigas, además de las esclavas y de las obreras ó criadas, tienen también animales domésticos. «Se sabe desde hace mucho tiempo que se alimentan en gran parte de un líquido meloso segregado por los pulgones (*aphide*), y, como se ha dicho repetidas veces, estos insectos no son más que las vacas de leche de las hormigas: *Aphis formicarum vacca*, según la expresión de Linneo. Hace más de un siglo que el cura Boissier de Sauvages publicó una excelente Memoria sobre las relaciones entre las hormigas y los pulgones; se puede asegurar que aquellas ordeñan á éstos, pues, según han hecho notar Darwin y otros observadores, los pulgones conservan su secreción hasta que las hormigas están dispuestas á recogerla y éstas les acarician dulcemente y les golpean á fin de que segreguen el jugo meloso de que hemos hablado, que, como es más ó menos viscoso, es probablemente ventajoso al pulgón que le sea extraído por las hormigas.

» Pero no es esta la única ventaja que saca de aquellos insectos, pues le protegen contra los ataques de sus enemigos y hasta le construyen una especie de vaquerías subterráneas. Las hormigas jóvenes recogen en sus nidos las especies de pulgones que se nutren de raíces y les cuidan con tanto esmero como á su propia prole. Hay más todavía; no tan sólo guardan los pulgones adultos que ya no les son útiles, si que también los huevos, que de ningún provecho les son antes del nacimiento. En Febrero de 1876 observé estos huevos por la primera vez, y noté lo que Huber hizo observar, ó sea que las hormigas se tomaban gran cuidado por esos pequeños cuerpos oscuros, llevándolos apresuradamente á las

habitaciones más bajas cuando el nido estaba amenazado. En 1879 observé, además, huevos depositados desde principios de Octubre en la planta con la que se nutre aquel insecto, y á pesar de que no les sirven directamente no los dejaron en el sitio que ocupaban, en donde se hallaban expuestos por las inclemencias de la estación á innumerables peligros, sino que los llevaron á sus nidos y los cuidaron en extremo durante los largos meses de invierno. Permanecieron allí hasta el próximo Marzo, en cuyo mes tenía lugar el nacimiento de los pulgones, y entonces fueron transportados de nuevo por las hormigas y colocados sobre los retoños de las belloritas; esto me pareció un notable ejemplo de prudencia. Nuestras hormigas pueden tal vez no recoger provisiones para el invierno, pero hacen algo mejor que esto, porque conservan durante seis meses los huevos que han de procurarles el alimento durante el siguiente verano; esto es un caso sin ejemplo de previsión en el reino animal.

» Los nidos de nuestra hormiga común (*lasius flavus*) contienen en abundancia cinco ó seis especies de pulgones. Hay además un gran número de otros insectos que viven habitualmente en los nidos de las hormigas, de suerte que podemos afirmar, sin temor de equivocarnos, que nuestras hormigas poseen más animales domésticos que los hombres.»

Añadamos, por fin, un rasgo que las caracteriza.

Las hormigas, que viven en sociedad y que trabajan en común, según los naturalistas que mejor han estudiado sus costumbres, tienen medio de entenderse. Todos han observado que raras veces se encuentran sin tocarse las antenas y sin golpearse suavemente los lados; otras veces estiran de uno á otro lado á sus compañeras para darse á comprender mejor; de este modo previenen los peligros que les puedan sobrevenir en las expediciones que deben emprender, etc. Hallamos, pues, en estos diminutos insectos un verdadero pueblo en miniatura, cuya organización es una maravilla de la Providencia. Falta tan sólo examinar si su previsión alcanza el extremo de amontonar provisiones, como dijo el rey Salomón en los Proverbios.—\*\*\*

(Continuará).

## NUESTROS GRABADOS

### TÍVOLI.—LA GRUTA DE NERÓN Y EL TEMPLO DE VESTA

Son celebradísimas las llamadas *Cascatelle* de Tívoli, y en verdad que es difícil hallar en otro punto vista tan hermosa como la que se origina de estos saltos de agua por debajo del templo circular de Vesta. En grandiosidad no pueden compararse á las cascadas de los Alpes ni de los Pirineos, las cuales, empero, ofrecen un carácter rudo que no se encuentra en las *Cascatelle* de Tívoli. Éstas se adelantan á aquellas en elegancia, si así podemos expresarnos. Su vista trae á la memoria los cuadros de los antiguos paisajistas, aquellos países historiados en que los autores combinaban bellamente el arte con la

naturaleza. El templo de Vesta, en parte arruinado, como la generalidad de los edificios griegos y romanos, mas conservando aún su delicada silueta arquitectónica, es apropiado remate de aquellas quebradas, que nada tienen de espantable, de aquellos saltos de agua, cuyo rumor acrecienta en el viajero el solaz originado por las perspectivas que á su vista se desarrollan, ora descienda en borriquillo al fondo desde las alturas de Tívoli, ora desande el camino subiendo para buscar refacción en la *Locanda* de la Sibila ó en alguna otra de las que procuran atraer al turista en aquella antigua población en donde pasó horas de memorable solaz el poeta Horacio, según lo refiere el mismo en sus incomparables poesías. El Anio ó *Teverone*, río que produce las *Cascatelle* al

despeñarse, es causa del encanto de aquellos sitios. Contempladas de frente las cascadas tienen por coronamiento jardines y arcos pegados á las rocas, brotando el agua por en medio de estas construcciones. Cuando un rayo de sol atraviesa el vapor que forma el agua al caer, colórase todo con los matices del arco iris, produciéndose entonces el espectáculo de un país quimérico ó de un lugar habitado por las hadas. El templo circular de Vesta ó de Hércules, porque de ambos modos se le designa, se proyecta entonces sobre un firmamento azul, de ese azul luminoso, en el que se armonizan la tinta del cielo con las del oro purísimo, que sólo se ve en Italia y en España y que tan repetidas veces han cantado los poetas. Las hermosas columnas corintias estriadas y el cornisamento adornado con bucráneos parecen esculpidos en una piedra rojiza, de un color encendido, ideal, como sólo puede soñarlo la imaginación del artista. Las macizas construcciones llevadas á cabo merced á la munificencia de los Papas para encauzar las aguas del Anio, no hacen mala figura al lado de los restos del arte antiguo, antes contribuyen á revestir de grandeza la vista de Tívoli, del templo de Vesta y de las *Cascatelle*.

#### TÍVOLI.—ROCCO PIÒ

Contados serán los viajeros que habiendo ido á Roma no empleen un día para ir á ver la pequeña población de Tívoli, la *Tibur* de los romanos. Todos los artistas han ejercitado en mayor ó menor grado el lápiz ó el pincel, sacando lindísimos apuntes de aquel lugar. El camino, desde la capital del Orbe Católico, atrae ya la atención del visitante. La extensa llanura romana se extiende ante sus ojos á medida que el coche ó la cabalgadura adelantan por la vía Tiburtina; olor de azufre le advierte que va á pasar junto al canal de la *Solfatara*, que arroja en el Anio las aguas minerales celebradas por los antiguos con el nombre de *Aqua Albula*; más lejos divisa la tumba de la familia Plautina, y á pocos kilómetros se levanta la *Villa Adriana*, en donde existen las ruinas de las obras que mandó hacer el emperador Adriano, á imitación de los más famosos monumentos admirados por él en sus viajes. Tampoco se halla lejana de Tívoli la valiente construcción medioeval de Roca Pia, que reproduce nuestro dibujo, y en la cual se nota el aire pintoresco propio de la edificación en los tiempos de la Edad Media. El camino, pues, los alrededores, los recuerdos que se agolpan á la mente del viajero medianamente ilustrado, todo contribuye á que la expedición á Tívoli sea una de las más variadas é interesantes, entre las muchas que pueden verificarse desde Roma. Por esta razón publicamos en este número los bonitos dibujos sacados en Tívoli por un artista que á la fidelidad del dibujo une la elegancia necesaria para dar exacta idea del paisaje en aquella población y en sus cercanías.

#### TÍVOLI.—LA «VILLA» DE ESTE

Es obligada visita de los que desde Roma emprenden la excursión á Tívoli la de la «villa» de Este, una de esas residencias de príncipe que existen en Italia y que son el encanto de todas las personas de buen gusto. ¡Qué magnificencia desplegaron en ellas sus dueños y los arquitectos que secundaron y dieron forma á sus propósitos! Todo es grandioso en las «villas» italianas y singularmente en las romanas. Alzanse en ellas palacios

de gran suntuosidad, como el de Este, junto á Tívoli, en los cuales el arte del Renacimiento y el barroquismo hicieron alarde el primero de su inventiva y sentimiento artístico y el segundo de su exuberante y también artística fantasía. Arriates admirablemente dispuestos forman en medio de los jardines líneas reposadas sobre las cuales se proyecta la vegetación, y que á la vez permiten contemplar deliciosos panoramas. La feliz unión de la arquitectura y de la jardinería la realizaron los arquitectos italianos de un modo que no ha sido superado por ningún otro país. Los jardines ingleses, por exceso de pintoresco, caen en un desorden rebuscado; los franceses, á estilo de Le Notre, pecan de excesiva regularidad, y para lograrlo falsean hasta la misma naturaleza. No ocurre esto en los jardines de las villas Borghese, Doria Pamphili y Corsini de Roma, ni en la de Este de Tívoli, en las cuales, dentro de la regularidad arquitectónica en la traza general, campea la vegetación en su mayor espontaneidad y lozanía, en los mismos espacios que dejan las líneas fijadas por el arquitecto. Es de ver en ellas robles seculares, cipreses que se elevan sobre el horizonte, árboles gigantescos de diversas especies, junto con plantas de modestas dimensiones, todo variado, todo elegante, todo artístico. Este efecto revela el dibujo de la «villa» de Este que publicamos. Un círculo admirable de cipreses, que cautiva al viajero, viene indicado en la vista de que hablamos. Hacia los años 1550 fué construida esta espléndida morada por el cardenal Hipólito de Este, tío de la famosa Leonora, cuya belleza tan fatal fué al infeliz Torcuato Tasso, el autor de la *Gerusalemme Liberata*. Hizo el proyecto Pirro Ligorio y la embellecieron con frescos P. Zuccari y Muziano, que figuran entre los muchos pintores italianos diestros en el arte de decorar un aposento.

#### ¡MAMÁ ES MÍA!

CUADRO DE ROBERTO BEYSCHLAG

Al parque contiguo á la casa ha ido la madre pintada por el artista Roberto Beyschlag, acompañándole sus dos hijos. Se han entretenido en coger flores y en gozar de los encantos de la primavera, estación que revela el árbol en flor del primer término. La dichosa madre disfruta de las delicias de la naturaleza y de otras delicias mayores y más sublimes, cuales son las del amor maternal. La niña, ya mayorcita, llega de recoger flores, y ansiosa del cariño de su madre le echa los brazos al cuello, llenándola de mimos. El chiquitín, monísimo, que se hallaba sentadito cabe la madre, siente celos al verlo ¡hermosos celos! y tendiendo sus redondos brazos, olvidándose de las flores que tiene en el regazo, dirigiendo miradas suplicantes exclama: ¡*Mamá es mía!* palabras que han de saberle á gloria á su madre y que han de valerle al chiquillo una lluvia de besos, de abrazos, de mimos y de ternezas de toda suerte. «Sí, tuya es tu mamá, le dirá comiéndoselo á besos, tuya y muy tuya, alma de mi alma.» «De los dos,» es probable que exclame la mayorcita. «Sí, de los dos,» replicará su madre, compartiendo por igual entre ambos sus caricias. Lindo asunto, en verdad, el que ha tratado el pintor Beyschlag en el cuadro que reproducimos, bien dibujado, expresivo y lleno de la dulce poesía del hogar doméstico, de la familia honrada, que tan bien sienten los artistas de Alemania.



TÍVOLI.—LA VILLA DE ESTE







¡MAMÁ ES MÍA!  
CUADRO DE ROBERTO BEYSCHLAG

## LA ELECTRICIDAD

Seiscientos años antes de Jesucristo existía el primer fumador del mundo.

Era éste un tal Tales de Mileto, y, á falta de tabaco, entonces desconocido, fumaba hojas de rosa y anís como los chiquillos de la escuela.



Cayósele un día la hermosa pipa, que era de espuma de mar con boquilla de ámbar, y debió ser sobre algo poco limpio, porque Tales, á pesar de ser un filósofo de los de *la materia*



*única*, se apresuró á limpiar la boquilla frotándola fuertemente con su túnica de lana.

Al ir á llenarla de nuevo, observó que las hojas de rosa seca eran atraídas por la pipa y se pegaban al ámbar\* recién frotado.



Repitió las fricciones de la pipa con el túnico, y su sorpresa creció de punto al ver como el ámbar atraía toda clase de cuerpos ligeros.



Estas experiencias las repitió en calles y plazas á guisa de espectáculo y recogió muy buenos cuartos.

En mi poder un número de *El Diario de Barcelona* de aquella época y en un artículo titulado *Ελεκτρον* (1) escribe Plinio lo siguiente acerca del ámbar:

«Cuando el frotamiento le ha dado calor y vida, atrae los cuerpos ligeros, como el imán atrae el hierro.»

Nada más se supo de este notable fenómeno hasta principios del siglo XVI en que Gilbert, médico de la reina Elishabet de Inglaterra, observó que eran muchas las sustancias que, frotadas, atraen los cuerpos ligeros.

Cerca de dos siglos se pasó la humanidad frotando todo lo que se presentaba para investigar si pertenecía á los cuerpos *electrizables* ó á los *no electrizables*.

Esta época, análogamente á las del Reno, de la Piedra, etc., debe ser llamada época del Frotamiento.

Se dejó de frotar cuando Gray demostró que todos los cuerpos son electrizables, poniéndolos en determinadas condiciones.

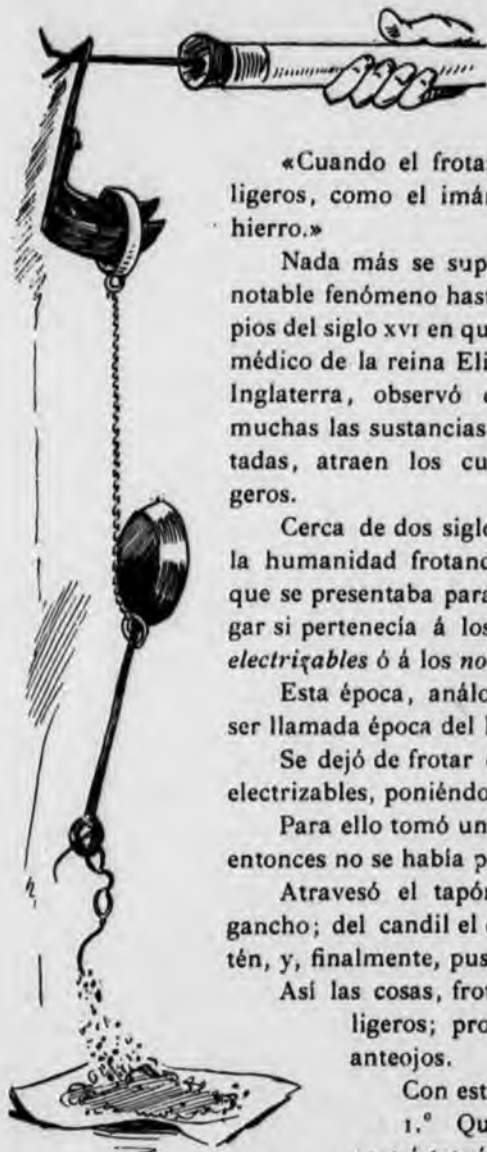
Para ello tomó un tubo de vidrio y al extremo un cuerpo que hasta entonces no se había podido electrizar; un tapón de corcho.

Atravesó el tapón con un asador; del asador colgó un candil de gancho; del candil el collar y cadena de su perro; de la cadena una sarten, y, finalmente, puso sus anteojos.

Así las cosas, frotó el corcho y observó que éste atraía los cuerpos ligeros; propiedad que se extendió desde el corcho hasta los anteojos.

Con esto demostró:

1.º Que la electricidad es algo parecida á un fluido que pasa á través de ciertos cuerpos, como los metálicos.



(1) *Electron*, que significa ámbar.

2.º Que no pasa á través del vidrio.



El vil metal, aun en forma de billetes de banco.  
El suelo y el agua.

*Malos conductores, que no conducen á nada ó que no van á ninguna parte:*

3.º Que todos los cuerpos son electrizables por el frotamiento si, como el corcho de la experiencia anterior, se le tiene aislado.

En vista de lo experimentado por Gray, la gente dejó de frotar y convino en que los cuerpos deben dividirse en buenos y malos conductores de la electricidad.

*Cuerpos buenos conductores, ó que conducen fácilmente á todas partes:*

Los conductores del tranvía y del ferrocarril.



El caoutchouc.



La crema.



La goma.



El aire.



Termino esta primera parte de electricidad estática con la primitiva máquina eléctrica ya conocida por los medos y por los persas, (véase la figura). Con frotarle fuertemente el lomo, la electricidad os saltará á los ojos.

MELITÓN GONZÁLEZ.



# ¡SOLEDAD!

NOVELA ESPAÑOLA

POR

D. C. SUAREZ BRAVO

## CAPITULO VIII

BATALLA GANADA

(CONTINUACIÓN)

Doña Elena miró con extrañeza á su hija, al paso que don Gabriel, presa de la ansiedad del que quiere hacer pasar pronto una bebida amarga á persona querida, y no sin sentirse molestado de vaga inquietud, dijo con tono solemne, pero algo forzado:

—Mi viejo amigo Campo, en su calidad de padre, desea, como es natural, ver al único fruto que le queda de su matrimonio, bien establecido, y nos acaba de hacer la honra de venir á pedir para él tu mano.

Luisa no se inmutó y su madre siguió fijando en ella su mirada escrutadora.

—Como puedes figurarte, hija mía, continuó don Gabriel, puesta la cuestión en tal terreno, no se trata ya del gusto que nosotros pudiéramos tener en que este enlace se verificase, sino de averiguar la opinión de la principal interesada, que eres tú. Así es que acabamos de decir á mi amigo Bruno, que nosotros poníamos el asunto enteramente en tus manos, y que por nada de este mundo intentaríamos cohibir tu libre voluntad, puesto que se trata del reposo y de la dicha de toda tu vida.



Don Gabriel hizo una pausa y miró á su mujer esperando que acabase de formular la pregunta que debía provocar la temida y ansiada contestación; pero doña Elena no apartaba los ojos de su hija, observando por primera vez en su rostro huellas que los días anteriores, merced á sus propias preocupaciones, no había advertido, y en que le hizo fijarse la singular actitud en que la veía.

Después de esperar un instante, y en vista de que Elena no acudía en su auxilio, don Gabriel se decidió al fin, y preguntó á Luisa:

—¿Accedes, hija mía, á este proyecto? ¿Aceptarás con plena libertad la mano que te ofrece el señor don Eleuterio Camporredondo?

La respuesta no se hizo esperar. Quizá en la voz de Luisa se observaba ligero estremecimiento, pero que no era ajeno á la solemnidad de la circunstancia.

—Viendo, como veo, dijo mirando á sus padres, que la demanda no os desagrada, por mi parte la acepto.

—¿Con gusto? preguntó rápidamente don Gabriel.

La joven inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

La confusión y el asombro que se pintaron en los semblantes de los dos esposos fué en los primeros momentos tan visible, que no pudo escapar á la mirada recelosa de don Bruno; pero como en definitiva él no había contado nunca con su buena voluntad, sintió cierta especie de maligna alegría al imaginarlos derrotados, y pensó en sus adentros:

—Ese granuja de Ricardo no nos ha engañado. Pero ¿cómo se habrá compuesto con la niña?... ¡Bah! las mujeres son veletas y Eleuterio es un guapo chico...

Doña Elena y don Gabriel se encontraban cogidos y en situación de no poder retroceder. La primera, dominada de mortal disgusto, no sabía darse cuenta de lo que pasaba, y buscaba en los ojos de su hija la explicación del misterio; pero ésta evitaba sus miradas. La tierna madre se acusaba de haberse olvidado de su hija en los días anteriores, adivinando que la ligera palidez de sus mejillas, la fatiga y contracción de sus hermosos ojos, y un no sé qué de extraño y solemne que se advertía en toda su persona, eran resultado de largo combate moral que ella había debido sorprender.

Transcurrieron breves instantes de penoso silencio. Don Bruno con ligera sonrisa sardónica, dió por terminada la entrevista, y se despidió de sus tres interlocutores para dar cuenta á su hijo y á Ricardo, que le esperaban fuera, del feliz resultado obtenido.

Apenas desapareció, la pobre Luisa tuvo que sostener un verdadero asalto de preguntas y de reconvenciones, que, aunque prevenida, estuvo á punto en algunos momentos de dar al traste con su firmeza. El desconsuelo de su madre la llegaba al alma y le medía por el suyo propio. No pudiendo dar de su conducta explicaciones plausibles, capaces de satisfacer á un espíritu tan conocedor como el de su madre, de todos los sentimientos y aspiraciones de su vida, procuró atajar con caricias y respuestas evasivas el ansia que ésta demostraba por poner en claro el enigma. La angustia que acabó al fin por retratarse en el semblante de la joven obligó á la cariñosa madre á plegar velas y á fiar á ocasión más propicia la confidencia que deseaba. Luisa aprovechó este momento para sustraerse á aquel penoso combate, y corrió con paso febril á encerrarse en su cuarto, dejando á su madre en la dolorosa situación de espíritu que nuestros lectores pueden imaginar, y á su padre profundamente contrariado por un desenlace que días antes habría considerado como un triunfo.

Las exigencias de la narración nos obligan ahora á retrotraerla algún tanto. Los lectores desearían saber lo que hacía ó pensaba Eduardo, durante los días en que se desarrollaba la odiosa intriga que acabamos de referir, en la morada de la que era imán y norte de sus pensamientos. Aunque satisfecho, respecto á la necesidad que con más imperio solicitaba su corazón, la necesidad de ser amado, fluctuaba su espíritu en un mar de dudas y de encontrados pensamientos. La pasión le empujaba á salvar las distancias y á presentarse en casa de Luisa;

pero en cuanto quería ponerlo por obra, escrúpulos y susceptibilidades morales, recuerdos y deberes de familia se le atravesaban en el camino, obligándole á desistir, ó por lo menos á aplazar la ansiada visita. Como ya indicó á Santiago, esta segunda presentación equivalía á un reconocimiento explícito de actos que no podía aprobar sin abdicación notoria de sus deberes de sangre. La primera vez que penetró en la morada de don Gabriel lo hizo como marqués de la Puente, como amo, si no de hecho de derecho, de aquella casa que era la de sus antepasados, y lo hizo para volver por la dignidad de su apellido, á tratar de arriba á abajo al infiel mandatario que la usurpaba, á rechazar favores que eran á sus ojos una agravación de las ofensas recibidas. Pero ahora ya no podía presentarse en aquella mansión con el semblante ceñudo, porque dentro de sus paredes estaba la felicidad de su vida, lo que él estimaba más que los blasones y las riquezas. Tenía ya experiencia de su propia debilidad, y estaba seguro de que delante de Luisa, don Gabriel no vería en él más que al hombre sometido que iba, no á exigir, sino á implorar.

El pobre mancebo comprendía, sin embargo, que esta lucha no podía ser de larga duración, que cada día hablaba con más fuerza su amor y bajaban más el tono las repugnancias de familia. Por otra parte, era preciso tomar una resolución. A tener algún medio de ver á Luisa, de satisfacer el imperioso deseo que sentía de acercarse á ella, habría aplazado gustoso la comunicación con el padre y la especie de abdicación que este acto envolvía; pero como quiera que esto no era posible y sólo podía penetrar en aquella casa ostensiblemente y por la puerta grande, á nada conducía la demora más que á imponerle un sacrificio estéril.

Pasados los primeros cuatro ó cinco días, empezó á inquietarle además el no ver á Santiago, que á pesar de lo prometido, no parecía por su posada. Todas las mañanas esperaba su visita inútilmente, y la decepción no hacía más que irritar su deseo de comunicar con el fiel servidor y tener por él noticias de Luisa.

—¿Estará enfermo? se preguntaba á sí mismo. ¿Habrá ocurrido algo en la casa? Esto no puede continuar así.

Conforme indicamos ya, antes y después de ir á la oficina iba á dar vueltas alrededor de la casa de Luisa, con la esperanza de verla alguna vez en el balcón ó salir de su casa. Dicen que hay una providencia para los enamorados, pero en esta ocasión no la hubo para los nuestros, pues, como saben nuestros lectores, Luisa, que movida por el mismo resorte salió al balcón en los días anteriores á la confidencia de Ricardo (pues ya después no tuvo ánimo para hacerlo), se quedó también sin verle. Ella salía en las horas en que él estaba sujeto en la oficina, y él paseaba la calle en las que ella no podía salir sin que lo advirtiese la familia.

En esta situación, cada vez más insufrible, se fueron pasando los días hasta aquel en que tuvieron lugar los sucesos narrados en este capítulo. Eduardo, después de una noche de insomnio, se levantó del lecho decidido á acabar de una vez y á presentarse en casa de su amada. Todavía, á pesar de la violencia de su deseo y como última concesión á sus escrúpulos, pensó en ver primero á Santiago para consultarle acerca de la hora y de la mejor manera de pasar el Rubicón. ¿Pero cómo? Para ver á Santiago era preciso penetrar en la casa, y si desairado era entrar ostensiblemente á ver á los dueños, mucho más lo era entrar de una manera furtiva para ver á un criado. Como sucede generalmente en esta clase de conflictos sin salida, el espíritu de Eduardo se aferró á una probabilidad poco probable.

—¡Qué diablos! pensó, Santiago no se pasará todo el día encerrado en casa de sus amos. Algún quehacer, alguna obligación de su oficio le obligará á salir á la calle. Me estará todo el día, si es preciso, al acecho. Hoy no asisto á la oficina, por enfermo. Y realmente lo estoy, si no de cuerpo, de espíritu. ¿Quién sabe si las horas en que yo estoy en la oficina son precisamente las que Luisa elige para salir al balcón... si es que sale alguna vez... que sí saldrá, ó no se acuerda de mí?

Como si ejecutase un acto importante y definitivo, el joven, desde la mañana, se puso á

dar vueltas por los contornos de la casa, pasando alguna vez por la calle, contemplando otras veces la puerta desde lejos, explorando los alrededores, realmente sin esperanza seria de ver á Santiago, pero obedeciendo al instinto del enamorado que le lleva á girar alrededor de su centro de atracción. Poco aficionado á ponerse en evidencia y á imitar á los Don Juanes de guardacantón, que tanto abundan en Madrid, y antojándosele á ratos, probablemente sin motivo, ser objeto de la curiosidad y de los comentarios de las comadres y gentes desocupadas que vela en puertas y balcones, emprendía de cuando en cuando largas excursiones por otros sitios; pero volviendo luego á su campo de operaciones y siempre sin ver lo que deseaba, verdaderamente persuadido de que estaba perdiendo el tiempo, pero prefiriendo perderlo en aquellos sitios á ganarlo en otra parte.

Llegó un momento en que, fatigado de aquella inútil tarea, se decidió á afrontar la dificultad y penetrar en la casa, pero al llegar á la puerta, se amotinaron contra semejante determinación todos sus escrúpulos, y pasó de largo. Cuando se hallaba ya á alguna distancia volvió sobre sus pasos, protestando contra su indecisión y timidez; pero como si el ingreso estuviese guardado por el cancerbero de las siete cabezas, ni siquiera se atrevió á mirar al portal y siguió adelante, figurándosele ver en los rostros de las personas que se cruzaban con él una sonrisa burlona.

En estas indecisiones y paseos fué transcurriendo el día. El joven, mohino y quebrantado, resolvió volver á su domicilio; pero no lo hizo sin aferrarse antes á una idea que él creía luminosa y que se admiraba de que no se le hubiese ocurrido desde el principio; la de escribir á Santiago diciéndole que viniese á verle.

Al entrar maquinalmente en su cuarto preocupado con el pensamiento, y cuando se disponía á tomar la pluma para escribir la carta, se encontró con que había dos sobre su mesa. Ambas venían dirigidas á su nombre, es decir, la una decía en el sobrescrito «Señor Don Eduardo Pérez de Velasco» y la otra «Señor Marqués de la Puente.» La primera no traía sello ni señas: era sin duda de Madrid, y había sido llevada por mensajero. La segunda tenía ambas cosas: era del correo. Los sobres de una y otra eran de letra desconocida. Eduardo abrió la primera, la recorrió con la vista y mudó de color. Se pasó la mano por los ojos, creyendo no haber visto bien, volvió á leerla y cayó anonadado sobre una silla. La carta decía así:

«Eduardo: Me voy á casar con otro. Lo que ha pasado entre los dos ha sido un sueño. Queda impresa en mi corazón, y no se borrará mientras conserve la vida, la memoria del día en que nos conocimos. Me acusará usted de ligera y de inconstante y tendrá razón. Yo también me acuso.

»Adiós.

LUISA.»

Eduardo estaba sincera y seriamente enamorado y aquel era su primer amor; juzguen nuestros lectores del efecto que debió causarle un papel que de tan seca y cruel manera le precipitaba desde la risueña cumbre de la dicha á la negra cima del desengaño.

Pasados los primeros instantes de doloroso aturdimiento, volvió á tomar la carta, la leyó, la relejó, arrugándola entre sus crispados dedos, y en medio de su ira, y á pesar de los rugidos de su corazón, una voz se levantaba dentro de su espíritu, protestando contra la dolorosa evidencia:

—No es posible, pensaba el pobre amante, que Luisa haya escrito esto. La Luisa del balcón, la Luisa del baile de la duquesa no es capaz de hacer lo que dice esta carta, ni de decirlo en tales términos. Abusando de que no conozco su letra, quizá alguna persona interesada en separarnos, quizá algún bromista, á quien pudiera salirle cara la chanza, ha tomado



su nombre... No hay duda. Este papel no está en carácter, este papel es inverosímil... este papel no es de Luisa.

No siendo, como no era, irracional la hipótesis del desolado mancebo, imaginen nuestros lectores el cuerpo que tomaría en su espíritu empujada por el deseo. Pero la incertidumbre de un mal es muchas veces peor y atormenta más que la evidencia misma. Eduardo se sintió invadido por ansia avasalladora de resolver la penosa duda y de resolverla en el acto. Concebir la idea y ponerla por obra, fueron en él actos simultáneos. Cogió la carta y, como ni siquiera se había quitado el sombrero, volvió á salir y se precipitó por la escalera.

—Señorito, ¿no va usted á comer? le preguntó la criada desde arriba.

—No tengo gana, contestó Eduardo bajando los peldaños de dos á dos y lanzándose á la calle.

Fuera ya de la casa no vaciló un momento, y con paso precipitado, pero firme, se lanzó en la misma dirección que á la mañana, pero esta vez por el camino más corto. Ya no era una voluntad libre, y por lo tanto deliberante, sino una pasión ciega en movimiento. Nada de aquellas vacilaciones y escrúpulos que tanto le habían atormentado poco antes por aquel mismo camino. Sin alterar su paso breve y decidido enfiló la calle donde vivía Luisa, entró en la casa, atravesó el portal y subió con presteza la escalera.

—¿Dónde va usted, caballero? gritó el portero corriendo tras él.

Pero antes de subir el primer tramo, ya estaba Eduardo tirando de la campanilla.

La puerta fué abierta á los pocos momentos por Santiago, que, como saben nuestros lectores, era el encargado de aquel servicio interior.

—¿Usted por aquí, señor marqués? exclamó el anciano sorprendido y contrariado al ver al joven.

Éste, cerrando él mismo la puerta, sacó el papel sin hablar palabra; pero al observar que no había bastante luz en la antecámara por estar ya el día declinando, cogió á Santiago de la mano y le llevó, ó más bien le arrastró, hasta el salón de los retratos.

—Díme, preguntó alargando la carta al atónito servidor, ¿es esta letra de Luisa?

Santiago tomó el papel, y después de pasar por él la vista se lo devolvió á Eduardo, diciendo:

—Sí, por cierto; la conozco bien. Es letra de la señorita. Pero, ¿qué significa?...

El joven, dominado por sorda irritación, comprendió intuitivamente que no estaba bien allí, pero al volverse precipitadamente para salir, tropezaron sus ojos con el retrato del comendador mayor de Santiago, cuya figura severa y altiva parecía salirse del cuadro.

—¡Oh venerable don Farfán! exclamó apretando los dientes. ¡Si yo pudiera imitarte! Familia maldita...

Fuerza misteriosa le impidió terminar su frase, y se precipitó por el corredor seguido de Santiago. Cuando éste le vió abrir la puerta y disponerse á salir, se apresuró á decirle:

—Pero, señor marqués, ¿dónde va usted? Óigame usted por Dios...

Pero Eduardo, como si se le viniera la casa encima, cerró la puerta con violencia en las narices del aturdido servidor y se echó á la calle.

El desengaño era cruel y sin lenitivo. Volvió á repetirse una y cien veces la terrible misiva que ya se sabía de memoria, y por más que buscó explicaciones susceptibles de suavizar la rudeza del golpe no dió con ninguna. Los términos cerrados y escuetos de aquella despedida no dejaban consuelo á su corazón. «Me voy á casar con otro. Me acusará usted de ligera y de inconstante y tendrá razón.» Era una obra de ingratitud, ejecutada con fría crueldad. Ya no veía en Luisa al ángel de bondad que él se había imaginado, sino á un ser frío y sin corazón; á una muñeca sin entrañas que había jugado con sus sentimientos. Todos los terribles agujones que se sienten con el primer desengaño amoroso penetraban agudos en el corazón del mancebo, más desapercibido que otros, por la idea pura y exaltada que tenía del

ser amado, y porque aquél era además su primer amor. Experimentaba unas veces accesos de furia, otras se dejaba dominar por el desconsuelo. A ratos una voz secreta y traidora procuraba allá en el fondo de su alma intervenir en favor de Luisa.—¿Quién sabe? decía esta voz. Por lo mismo que el hecho está tan fuera de carácter, puede haber tenido origen en alguna razón apremiante, en alguna violencia moral. La Luisa de hace ocho días, la Luisa de hace dos años no puede haberse transformado de repente de ese modo por un capricho repentino... Aquí hay algún misterio...—Pero los celos, la evidencia brutal del hecho volvían á recobrar su imperio. En estas crisis juveniles el corazón es ingenioso para atormentarse á sí propio y la savia de la vida contribuye á exacerbar todos los sentimientos cuando anda de por medio la pasión burlada. El otro con quien Luisa se iba á casar ¿era un rival, en el sentido estricto que para los enamorados tiene esa palabra; esto es, un hombre que le había arrebatado su cariño y se había conquistado puesto preferente en su corazón? La falta de todo antecedente, los términos mismos de la carta dejaban este punto en la oscuridad, y como en todo caso se trataba de una personalidad anónima, de un ser no sólo desconocido, pero ni aun siquiera sospechado, Eduardo no podía dividir su furia entre él y Luisa, y sobre ésta caían exclusivamente los reproches y amarguras de su corazón burlado. Sólo los que han pasado por borrascas semejantes pueden formarse idea de la que rugía dentro del pecho de nuestro héroe en aquellos momentos. Por fortuna su naturaleza moral y física, sanas y bien equilibradas, le libraron de caer en excesos enfermizos, y resistió el choque como un hombre, pero no sin experimentar angustioso frío en el alma, al sentirla bruscamente vacía de todas las imágenes de risueña y dorada felicidad que la llenaban poco antes.

Serían poco más de las diez de la noche cuando volvió á su posada. ¿Por dónde anduvo? ni él mismo sabría decirlo. Su cuerpo se movió maquinalmente llevado por la excitación de los nervios, y á guisa de derivativo de la tempestad que andaba por dentro. Cuando se halló en su cuarto y después que la doméstica hubo dejado el quinqué sobre la mesa, el joven se dejó caer sobre una silla, y entonces tropezó su vista con la segunda carta, que se había quedado sin abrir, olvidada á consecuencia de la capital importancia de la primera. Eduardo la tomó por hacer algo, rompió el sobre y miró la firma. Era de Blanca, tan lacónica como la primera, sólo contenía estos renglones:

«Primo mío: Me prometiste venir al Sotillo, donde nos encontramos desde hace diez días. Como las personas de mi sangre acostumbran á cumplir fielmente lo que prometen, se enviará mañana un coche á la estación de C\*\*\* á esperar el tren de la tarde, en el cual vendrás seguramente á llenar tus deberes de familia.

»Cuando quieras regresar al paraíso, podrás hacerlo y lo tomarás con más gusto.

»Tu afectísima

BLANCA.»

Eduardo se quedó con la carta en la mano, abismado en agitada meditación. Nada más frecuente que estas solemnes coincidencias de la vida. Pasados algunos minutos, volvió á tomar la carta de Luisa, puso la una al lado de la otra, las volvió á leer y las comparó. La de Blanca ¿no parecía un brillante desquite que le ofrecía la Providencia? ¡Pero ausentarse en aquellos momentos de Madrid! En vano le decía la razón que la circunstancia no podía ser más oportuna; que Madrid no encerraba ya para él más que un amargo desengaño y que lo mejor que podía hacer era volverle la espalda y bendecir la ocasión que se le presentaba de realizarla. Su corazón resistía tenazmente. ¿Esperaba todavía? No lo sabemos, pero el amor no desaparece nunca de repente, por repentino y grande que sea el desengaño, y Eduardo, aunque indignándose contra sí propio, comprendía que no podía salir de Madrid sin volver la vista atrás suspirando. Para vencer su irresolución, forzoso le fué acudir á otras ideas y sen-

timientos. Recordó las obligaciones que debía á la familia de Blanca, evocó la memoria de aquella espléndida noche en que su prima compartió con él, pobre huérfano sin fortuna, el incienso y los homenajes del mundo, en su más brillante y fascinadora representación. Traslándose con la imaginación, á aquella noche, para él por varios motivos inolvidable, y recordando todos los incidentes, parecióle estar viendo á su prima cuando al despedirle en medio de su brillante corte, le dirigió con voz desolada estas palabras:

—¡Mira, Eduardo, que estoy sola! ¡muy sola!

—¡Oh! exclamó el mancebo con resolución. Sería un miserable si no acudiese á su llamamiento. Sí, Blanca, iré.

Y firme en este propósito, se arrojó en el lecho, para pasar una noche sin sueño.

¡Y véase el egotismo del amor! Quizá hubiera dormido, á saber que la pobre Luisa iba á pasar una noche mucho peor que la suya.

*(Continuad).*





## LA MODA DE PARÍS



París tiene la particularidad de poseer un cuerno de la abundancia de donde salen toda suerte de placeres, que distribuye á cada instante con la generosidad de un gran señor.

Cada mes tiene el suyo. En Julio se han celebrado los matrimonios de ilustres casas, y en Agosto han vuelto los conciertos del Conservatorio. Este año además se ha anunciado el mes de Agosto con una interesante Exposición destinada á atraer al Palacio de la Industria la flor y nata de las elegancias femeninas que no hayan escapado al campo.

A la Sociedad de Artes Decorativas debemos la iniciativa de esta Exposición de las artes de la mujer, inaugurada el 1.º de Agosto. M.<sup>me</sup> Carnot, que mira con predilección todas las manifestaciones del arte, aceptó la presidencia, y entre las damas de la comisión organizadora se cuentan la duquesa de Uzés, la condesa de Grefulhe, la vizcondesa de Couval, la marquesa de Moutiers, la vizcondesa de Janzé, la condesa Foucher de Careil, la condesa de Choiseul, la generala Février, M.<sup>me</sup> Magdalena Lemaire, Bertault, Brouardel, Miolan Carvalho y otras varias.

Cada una de estas distinguidas señoras ha ayudado eficazmente al éxito de la Exposición, enviando ob-

jetos raros de su colección particular, de manera que en medio de cachivaches y fruslerías de toda especie, el visitante encuentra agrupaciones de ejemplares, que despiden un exquisito perfume de arte femenino.

En una de las salas del primer piso, destinada á nuestras colonias, se puede admirar en medio de pinturas y miniaturas, de trajes y abanicos, la curiosa exposición de telas, tejidos y parosoles, ofrenda al presidente de la República por el rey del Dahomey, el archifamoso Behanzin. Más allá se ve una excelente colección de tejidos japoneses pertenecientes á M. Bing,

y en seguida vitrinas con joyas y adornos de aquellas mujeres de ojos de terciopelo, cuya coquetería nada tiene que envidiar á las europeas.

Recorriendo las salas hállanse dos pintorescas reconstituciones de los siglos XVIII y XIX. Una de ellas nos presenta un rincón de Versalles, con el pequeño Trianon, poblado de personajes vestidos de la época; la otra reproduce un salón en el cual se hallan reunidos los más hermosos tipos de las *toilettes* que hoy llevan las parisienses.

La parte retrospectiva es, á nuestro juicio, una de las más interesantes. A ella acudirá la mujer deseosa de cosas inéditas, en busca de modelos de tocado y corte de vestidos, que luego después sancionará de nuevo la veleidosa moda. Les recomendamos la historia humorística de las excentricidades de la moda, puestas en caricatura, y la colección de retratos de mujeres de una elegancia refinada y de una expresión seductora.

En el inmenso espacio reservado á la escultura en las Exposiciones anuales de Bellas Artes, se han arreglado exposiciones particulares de orfebrería, joyería, muebles, cintas, encajes, en una palabra, todo cuanto ha creado el ingenio de nuestros fabricantes, para adornar y embellecer á las hijas de Eva. ¡Cuántas tentaciones para la vista! ¡Qué de hallazgos inesperados que despertarán los ensueños de las damas que acuden á la Exposición! ¡Cuántas saldrán de allá deslumbradas, cual si después de haber hecho un viaje por la vía láctea hubiesen sido lanzadas súbitamente á la tierra!

Y aun no todo se reduce á esto. M. Poilpot, encargado de mostrar los cambios de la moda en este siglo, nos enseña por medio de siete dioramas las evoluciones del traje femenino. Los aficionados á lo antiguo se deleitarán en este viaje al través de las cosas pasadas.

El figurín que publicamos representa un lindo traje de casino, de Doucet, hecho con batista crema mosqueada de claveles de color de rosa con hojas. El cuerpo va fruncido y adornado con guipure antiguo, terminando en una berta de muselina de seda crema que se pierde en el cinturón, el cual consiste en una ancha cinta de raso anudada al lado. Las mangas son anchas y caen sobre el brazo en pliegues ondulados.

---

## MESA REVUELTA

Entre las personas que llevan reloj, muy pocas se han hecho cargo de lo complicado de su mecanismo, de la extraordinaria actividad de sus diversos órganos, y de que cualquiera otra máquina sometida á las condiciones en que se encuentra un reloj de bolsillo, es decir, á incesantes cambios de sitio y de posición, pronto dejaría de funcionar.

Muchos creen que un reloj de bolsillo debe andar con regularidad y exactitud, por espacio de años enteros, sin que haya necesidad de introducir en él una gota de aceite, y por otra parte no les sorprende que las otras máquinas deban ser engrasadas diariamente so pena de no funcionar.

Las precedentes consideraciones nos han sido sugeridas por haber oído á persona competente hacer los siguientes cálculos: la rueda principal da cuatro revoluciones en 24 horas, ó sean 1,460 en un año; la rueda central, 24 revoluciones en 24 horas, ó sean 7,760 en un año; la tercera rueda, 192 en el mismo espacio de tiempo ó sean 60,080 en un año; la cuarta, 1,440 ó sean 525,600 en un año, y la quinta (rueda de escape), 12,964 que representan la enorme suma de 4.728,400 revoluciones anuales; las sacudidas y vibraciones que comunican á las agujas son en número de 388,800 diarias ó sea 141.812,900 en un año.

Bien podemos asegurar, pues, que sin hacer el menor caso, llevamos en el bolsillo una verdadera maravilla de exactitud y actividad.

\*\*\*

Es difícil enumerar las cualidades que debe tener una cama para ser buena, pero es fácil señalar los defectos que la hacen mala. No debe ser demasiado blanda, porque podría producir una congestión y desarrollaría la impresionabilidad nerviosa, predisponiendo á la gordura. No se debe colocar en una alcoba, porque en ella penetra el aire con dificultad; las cortinas han de ser tan sólo adornos, y debemos guardarnos de encerrarnos en ellas completamente, limitando en extremo el espacio que nos es necesario para la respiración. Las almohadas de pluma mantienen la cabeza en una temperatura muy elevada y pueden ocasionar ataques cerebrales; las de crin son preferibles.

Conviene estar acostado sólo siete horas por término medio; las mujeres pueden estarlo algo más y los niños mucho más todavía, porque tienen mayor necesidad de dormir que los adultos.

\*\*\*

Uno preguntó á un amigo suyo cómo se conocía la edad de los caballos, porque quería comprar uno joven. —Por los dientes, le dijo el amigo. El día siguiente va nuestro hombre á casa de un chalán, quien le pre-

sentó un magnífico potro. —No quiero éste, porque tiene treinta y dos años... (Le había contado los dientes).

\*\*\*

Si se quiere conservar en el árbol un fruto que no esté aún completamente maduro (peras, manzanas, melocotones), y que esté descantillado y pellizcado por los pájaros, los moluscos, los zánganos ó las avispas, es preciso quitar la parte atacada con un cuchillo y después de limpiarla llenarla bien de polvo fino de yeso amasado con agua, teniendo cuidado de apretarlo con el dedo al objeto de que quede bien adherida. Inmediatamente se formará una película apergaminada, que priva completamente el contacto del aire exterior. De este modo el fruto no está expuesto á los gérmenes que flotan en la atmósfera, pues no tienen fuerza suficiente para producir la putrefacción.

También se puede llenar la parte que ha quedado vacía con cera, que se pone en estado líquido por medio de un hierro elevado á una temperatura suficiente. De este modo la cera líquida también evita el contacto del aire con la parte que estaba en putrefacción y se salva el fruto.

Si se quiere conservar la caza, introdúzcase en un montón de trigo ó de centeno, teniendo cuidado de que quede perfectamente cubierta de granos. Por este medio se la encontrará al cabo de algunos días en perfecto estado de conservación.

\*\*\*

Algunas veces se hace muy difícil quitar de los tubos de las lámparas las manchas de aceite que el calor ha fijado y como incrustado en ellas. Para lograrlo, se frota el vidrio con un lienzo empapado de alcohol, de jabón, de albayalde ó trípoli finamente pulverizados. Si las manchas no desaparecen después de haber frotado, es necesario recurrir al ácido muriático ó clorhídrico (*sal fumant*). Con un pañito de lana se untan las manchas con este ácido y luego se lava el tubo con mucha agua.

El uso de dichos tubos impone una verdadera contribución á las familias por la frecuencia con que se rompen, lo cual depende de que están mal cocidos. Cuando esto sucede, que es con harta frecuencia, una corriente de aire, un brusco descenso de temperatura bastan para producir una contracción rápida y desigual que rompe el tubo agrietándolo.

Para evitarlo, basta practicar en la boca del tubo y en sentido longitudinal, una grieta por medio del diamante. Esta sencilla precaución evita el rompimiento, por lo cual se ha dicho en broma que para evitar que los tubos se rompan es necesario romperlos antes. Hay otro medio de evitarlo bastante sencillo y quizás más seguro, que consiste en recocer el vidrio. Para esto, se mete el



tubo en una olla llena de agua fría, que luego se hace calentar hasta la ebullición.

\*\*\*

Para conservar las uvas es muy sencillo y económico el procedimiento de recubrirlas con arcilla blanca, la cual al secarse forma una capa que impide a la acción del aire y humedad que pudra la uva. Además, los granos cubiertos por la arcilla no frotan entre sí, y no se rompen con el transporte. Para comer la fruta hay antes que lavar los racimos con agua.

\*\*\*

Se combate el mareo en la navegación, con una inyección de diez gotas de solución compuesta de treinta centigramos de cloruro mórfico en veinte gramos de agua destilada.

\*\*\*

Muchas personas, cuyo estómago delicado no puede soportar la acidez de las coles, pueden suavizarla y hacer dichas legumbres compatibles con su estómago, poniendo con ellas al cocerlas un buen pedazo de miga de pan, atado dentro de un lienzo. Una vez cocidas, se quita la miga que ha absorbido toda la acidez de la col, como lo prueba el olor fétido que despiden. Después se acaban de preparar y servir las coles, que se han puesto agradables al gusto y al olfato. Un procedimiento cuasi idéntico se emplea para con las grasas ó mantecas rancias. Basta ponerlas al fuego y darles un ebullición poniendo un pedazo de pan tostado que se apodera de lo rancio, dejando á la grasa ó la manteca libres de aquel inconveniente.

\*\*\*

Para tapar una rendija, ó evitar que se escape agua de cualquier recipiente, sea el escape alrededor del grifo ó en cualquier otro lado, se forma una pasta con polvo de asbesto ó de amianto y silicato de sosa líquido, y con ella se rellenan las aberturas de escape. Esta composición se endurece rápidamente, sostiene cualquier temperatura y es impermeable al vapor.

\*\*\*

Las victorias de los tontos (que son frecuentes) dependen de que aquéllos maniobraban en masas compactas, al paso que, demasiado persuadidos de su valor individual, los hombres de talento se baten en guerrilla, aislados é independientes unos de otros.—R. B.

\*\*\*

No desees más que lo que puedes alcanzar.—DESCARTES.

\*\*\*

El amor ofrece un carácter tan especial, que no es dado tenerlo oculto cuando existe, ni fingirlo cuando no se tiene.—MADAME DE SABLÉ.

\*\*\*

Consideremos á los difuntos como ausentes; pensando de este modo no nos engañaremos; les hemos dejado marchar primero, ya les encontraremos.—SÉNECA.

\*\*\*

El verdadero republicanismo no consiste en la forma del gobierno, sino en el respeto de los derechos nacionales é individuales.—\*\*\*

\*\*\*

La venganza es el placer de las almas bajas y pequeñas.—JUVENAL.

\*\*\*

Puedo reconciliarme con el hombre que me insulta cara á cara: tal vez un día será mi amigo. En cuanto al que me alaba siempre que me encuentra, éste es tonto ó un pícaro.—PENSAMIENTO CHINO.

\*\*\*

La libertad política bien analizada, es una fábula de convención, discurrida por los hombres que gobiernan para adormecer á los gobernados.—NAPOLEÓN.

## RECREOS INSTRUCTIVOS

### XI

—Ya sabéis la capital importancia que tiene para nosotros el sentido de la vista; pero sólo imperfectamente podéis formaros idea de la variadísima sucesión de fenómenos á que llamamos ilusiones ópticas por lo que tienen de engañoso, pues aparentan colores, formas y sitios distintos de la realidad.

Aquí tenéis un periódico impreso en papel color de rosa: leedle un rato al sol, y pronto veréis los negros tipos de imprenta convertidos en verdes, lo cual prueba

que el verde es el color complementario ó de combinación física entre los rojos y los negros: cortemos ahora tres tiras de papel de igual longitud, pero que una de las cuales sea algo más estrecha que las dos restantes: ¿veis? son exactamente iguales: pues poniendo las dos anchas en forma de cruz de aspa y la estrecha perpendicular al doble vértice...

—Pues ahora es más larga la estrecha, pero mucho más; ¿cómo puede ser esto, don Segundo?

—De ningún modo: continúan iguales en longitud, y sino á la prueba; coloquemos las tiras como antes, y...

— Efectivamente: son iguales; es singular esta ilusión.



— Todas las ilusiones hacen ver que es verde lo



negro y que es largo lo corto y en eso estriban tantos desengaños provechosos. Ahora vamos á producir otra



ilusión ¿veis bien este dibujo desde la distancia á que lo pongo?

— ¡Una cabeza de gato! ¡qué bien está!

— ¿Os parece que no hay más que la cabeza, verdad?

— ¡Está claro!

— Pues no lo está: vedla ahora de cerca y hallaréis las manchas de la cara gatuna formadas por trasgos, caricaturas, flores, pajarracos y otros caprichos: y sin embargo, vista de lejos es una mascarilla de gato á la que no le falta sino mayar.

Vamos á otros experimentos.

— ¿Y consistirán?

— En una serie de siluetas, vistas de linterna mágica y hasta fotografías... hasta cierto punto: hay procedimientos muy sencillos que permiten sacar impresiones de hojas, copias de fotografías, adornos, etc., para esto se necesitan unos aparatos muy complicados: dos cristales, cuatro pinzas de madera, un rollo de papel preparado y una cubeta de agua limpia.

Ya veis que vuestra maquinaria no será dispendiosa, pero es preciso buscar un cuarto negro para las manipulaciones; con que quepa yo basta, pues no necesito ayudante; mañana seguiremos con los juegos ópticos, y dentro dos ó tres días vamos á tener instalada nuestra fotografía... hasta cierto punto.

JULIÁN.

#### Solución al jeroglífico anterior

De dinero y de bondad, la mitad de la mitad

#### ENIGMAS

Soy y no soy: ¿qué soy?

— ¿Qué objeto es aquel que más fiel parece y todo lo reproduce al revés?

— ¿Qué planta nace junto al hocico de los cerdos y muere en la frente de los héroes?

— ¿De qué se hacen los muelles más flexibles, sólidos y baratos?

— ¿Cuál es el fruto que lleva en nuestro país nombre de infiel y de cristiano en Marruecos?

X.

#### ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y á las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados todos los derechos artísticos y literarios.— IMP. ESPAÑA Y COMP.<sup>a</sup>









CAZADOR DE LEONES

GRUPO ESCULTÓRICO DE A. VALLMITJANA ABARCA

Ayuntamiento de Madrid







## MEMORÁNDUM

**O**TRA vez la amenaza del cólera se cierne sobre nuestras cabezas. Digan lo quieran los parisienses, empeñados en que su ciudad se halla casi indemne, es lo cierto que si aquella plaga allí aumenta poco, no decrece en modo alguno, se sostiene y va haciendo víctimas todos los días. Hacía notar algún periódico de allí que el promedio de defunciones es en París de 850 por semana, que en la actualidad sólo excede en 200 al normal el número de fallecimientos y que en 1890, cuando la *influenza*, alcanzó á 1,800 el guarismo de la mortalidad. Todo esto probará que la epidemia es floja, mas no que el cólera morbo no se encuentre en París. Bélgica se halla también invadida, en Alemania y en Austria han ocurrido casos, y en Hamburgo la enfermedad colérica tomó en breves días marcado incremento, motivando por parte de las naciones vecinas medidas rigurosas con todas sus procedencias. Alguna de ellas ha llegado al extremo de mandar suspender los trenes expresos que se dirigen á la mencionada ciudad. Las condiciones de la locomoción en el día hacen muy difícil adoptar medidas radicales. Los gobiernos, pues, han de ceñirse á disponer que se proceda á la inspección de los viajeros y mercancías y á la desinfección, en cuanto pueda hacerse rápidamente, ya que no permite otra cosa el movimiento de los caminos de hierro, siendo la desinfección más detenida para las mercancías contumaces, como ropa sucia y objetos por el estilo. Esto ha mandado nuestro ministro de la Gobernación, quien en la campaña sanitaria muestra un celo digno de aplauso y un juicio sereno, además, para no aceptar las imposiciones de los miedosos, quienes no titubearían en establecer un cordón en la frontera pirenaica que no permitiese el paso á bicho viviente ni á producto de ninguna clase.

\*\*\*

Quiera Dios que el cólera no venga á desbaratarnos las fiestas del Centenario de Colón que se están preparando en toda España para el mes de Octubre. No somos opuestos sistemáticamente á las llamadas fiestas callejeras, antes creemos que en los regocijos populares se ha de emplear algo en talco y en humo de pólvora, pero ya vamos temiendo que de esto se abusará en nuestra patria y que se tirará el dinero cuando podía haberse empleado en cosas útiles y permanentes. En Madrid, la guerra que la prensa y la opinión en general han movido á su

Ayuntamiento, censurando duramente el presupuesto que acordó para las fiestas, será acaso motivo de que se abandonen las funciones callejeras. Allí habrá por lo menos dos actos importantes é interesantes: la Exposición nacional de Bellas Artes y la Exposición histórico-americana, ó dígase más claramente la Exposición Arqueológica. La primera se abrirá en Octubre: la segunda en Noviembre, según indicios ciertos, puesto que se hallan atrasadísimos los trabajos preparatorios. En Barcelona será suceso merecedor de entusiasta encomio la celebración de la primera Exposición nacional de Industrias Artísticas. Si á ella acuden las industrias, que podríamos llamar de tradición en nuestra península, á buen seguro encontrarán materia de estudio el artista, el arquitecto y el industrial. Hacer revivir estas industrias, infiltrándoles savia nueva, imprimiéndoles el carácter de nuestra época, sería obra verdaderamente patriótica, y de la Exposición mencionada puede esperarse que algo y aun mucho salga en este sentido. Todo cuanto se gaste en ella será, por lo tanto, dinero bien empleado. No así el que se invertirá en decoraciones complicadas de calles y paseos con cartón piedra y materias similares. Costarán muchísimo, durarán cuatro días, porque en seguida se echan á perder, y resultarán siempre espectáculo de relumbrón. Déjese esto para los vecinos de las calles, y en cuanto á los paseos redúzcase todo á una iluminación profusa y á flores, mástiles y banderas bien colocadas.

\* \* \*

Produjo inquietud por breve tiempo la noticia de hallarse ardiendo el monasterio de Montserrat. Por fortuna no se trataba del cenobio, sino sólo de una parte de la montaña, bastante apartada de aquél. El incendio fué imponente, cogió una extensión de muchos kilómetros y destruyó gran cantidad de árboles y de bosque bajo. Con motivo de las fiestas del Centenario las habrá también en Montserrat, iniciadas por el excelentísimo é ilustrísimo señor obispo de la diócesis y principalmente patrocinadas por este ilustre prelado. Sin duda se renovará en aquellos días la memoria de las solemnes fiestas que allí se verificaron con ocasión del milenario de la Invención de la Imagen milagrosa de la Santísima Virgen. Hoy será cosa facilísima ir á Montserrat y volver en un solo día, gracias al ferrocarril llamado de *cremallera*. Lo que perderá en colorido la peregrinación ganarán en comodidad y rapidez los peregrinos, y váyase lo uno por lo otro.

\* \* \*

El Catolicismo hace notables progresos en los países escandinavos y sobre todo en Noruega. En 1875 se contaban sólo en aquel país algunos centenares de católicos, que hoy alcanzan ya á unos 100,000, según las estadísticas oficiales. Los gobiernos han concedido á los católicos todas las libertades religiosas compatibles con la Constitución del país, y hace pocos meses las Cámaras abolieron, por unanimidad, una disposición constitucional que prohibía á los católicos que pudiesen desempeñar determinados cargos públicos. También las mismas Cámaras, de acuerdo con el gabinete Steen, tomaron en consideración, hace pocas semanas, una propuesta para abolir la prohibición impuesta á las órdenes religiosas, y en particular á la Compañía de Jesús, de establecerse en aquel Estado. La proposición se discutirá en la venidera legislatura, y por la manera como se ha recibido no cabe la menor duda de que será aprobada.

\* \* \*

La catástrofe de que fué víctima una expedición destinada á operar en el Alto Congo, ha puesto de nuevo á discusión todo lo relativo á aquel Estado, en el que ha invertido toda su fortuna personal el rey Leopoldo II de Bélgica, llevado del cristiano y humanitario propósito de acabar con la esclavitud. Contra el Estado soberano del Congo se pronunciaron, desde

el primer momento, los árabes traficantes de esclavos, porque les destruía su negocio. Éstos acechaban la primera ocasión oportuna para vengarse de los antiesclavistas y la han encontrado en la expedición Holdster, cuyos individuos es de presumir que murieron al filo de sus cimitarras. Desencadenáronse también contra el rey Leopoldo y contra el Estado del Congo los liberales belgas, á los que hicieron compañía todos los de Europa, porque junto con la abolición de la trata proponíase aquel soberano extender por aquellas regiones la religión católica. La empresa es difícil, mas su misma dificultad la hace doblemente meritoria. El territorio comprende 2.240,000 kilómetros cuadrados. Aquel Estado hace construir en la actualidad un camino de hierro que enlazará el Alto y Bajo Congo y pasará por la región de las cataratas, las cuales no permiten que en determinados puntos sea navegable el río del Alto Congo. Esta obra será sumamente favorable para el comercio. Como hemos dicho, el rey Leopoldo ha invertido en la empresa casi toda su fortuna personal, ó sea unos 20 millones de francos. Bélgica ha adelantado al Congo en calidad de Estado 35 millones de francos.

\* \* \*

La fraternidad de los socialistas no va más allá del bolsillo. Díganlo sino los mineros franceses de Lievin, que no han parado hasta lograr que fuesen despedidos sus compañeros belgas, quienes les hacían una competencia ruinosa. Las compañías hubieron de ceder á esta exigencia, siendo probable que hayan de hacer otro tanto las que poseen minas próximas á la frontera de Bélgica. Mucha fraternidad, pues, en la boca, pero así que se ha de sufrir la menor privación por su causa, se deja en seguida de practicarla. En una palabra, el egoísmo imperando en el hombre cuando no se mueve por otros impulsos que los de la utilidad y de los goces materiales.

B.







## NO HAY PATRIA FEA

I

**H**ACÍA más de veinte años que yo ansiaba continuamente volver al valle nativo, ansia á que contribuía no poco la circunstancia de no haber vuelto á ver á mis padres, á mis hermanos, á mis compañeros de la infancia, desde que me alejé de ellos casi niño.

Comprendo que el amor al hogar paterno y al valle nativo han sido siempre en mí una pasión que en lo intensa y, si se quiere, en lo insensata, me ha diferenciado de la generalidad de los hombres, porque me parece que entre cada millón de ellos apenas es posible encontrar uno que sienta esa pasión con la intensidad con que yo la siento. Esta pasión en mí era hija de mi naturaleza, y no de las circunstancias y vicisitudes de mi vida, porque ni en el hogar paterno había dejado delicias materiales de tal magnitud y encanto que fuera imposible olvidarlas, ni lejos de aquel hogar había encontrado miserias y trabajos tan grandes que fuera imposible acostumbrarse á ellos. Más aún: la hermosura real de mi tierra nativa y la fealdad de aquélla por que la había trocado no contrastaban de tal modo que justificasen mi ansia por tornar á la primera.

Ahora que he visto satisfecho, hasta cierto punto, mi deseo de vivir donde nací, ahora que mi cabeza se deja dominar menos por mi corazón, y conozco que cuando se escribe para el público es necesario buscar modo de que cabeza y corazón se auxilien mutuamente; ahora comprendo que el corazón embellece muchas cosas que son feas, y afea muchas cosas que son bellas.

Uno de mis más queridos y respetados amigos, el doctor don José Gil y Fresno, decía no há muchos días, dirigiéndose á mí por medio de un periódico bilbaíno, que el arte literario es siempre expresión incompleta de la idea y el sentimiento que trata de expresar. Estoy enteramente conforme con esta opinión, aunque también creo que con tanta más elocuencia se expresa el arte cuanto con más claridad ve el entendimiento y con más intensidad siente el corazón.

No es posible que encuentre yo medio de expresar lo hermoso que me parecía el valle nativo (que de suyo lo es) al cabo de veinte años pasados con el alma y el pensamiento fijos en él. Lo único que podré decir, para dar á entender lo que mi alma y mi pensamiento le habían

embellecido amándole y contemplándole de lejos, es que me parecía que no había rincón en el mundo más hermoso que aquel rincón.

Cuenta el historiador vizcaíno Iturriza, que cuando se ausentaba de Vizcaya se volvió á contemplarla desde lo alto de la peña de Orduña, y se le saltaron las lágrimas. El arriero, en cuya compañía iba, era hombre de mundo y de buen entendimiento, y como lo observase, le dijo:

—¡Qué! ¿te parece hermosa desde cerca? ¡Más hermosa te ha de parecer desde lejos!

Cierto, cierto que la tierra donde uno ha nacido, lo mismo que las personas á quienes uno quiere, nunca parecen más hermosas que cuando se está lejos de ellas.

## II

Iba yo por fin á ver satisfechas mis ansias de volver al valle nativo, á cuyo efecto me acomodé deliciosamente en la rotonda de la diligencia una mañana de Agosto de 1859, porque aun no se había abierto á la explotación trozo alguno del ferrocarril del Norte.

La campiña que media desde Madrid á los puertos de Somosierra sólo es un poco amena en los meses de Mayo y Junio, únicos en que está verde. Cuando yo la recorría estaba ya árida y seca. ¡Qué horrible me parecía comparándola con los campos nativos, que están siempre verdes, esmeradamente cultivados y salpicados de alegres caseríos!

Al fin, la diligencia fué abandonando la llanura y empezó á subir la serranía. El contraste que aquellos campos mal cultivados, aquellos montes pobres de vegetación, aquellos pueblecillos miserables y aquellas gentes que participan de la misma miseria y rusticidad ofrecen con los campos, los montes, los pueblos y las gentes de mi tierra, me parecía más horrible aún.

Realmente, la serranía de Castilla la Nueva, y particularmente la de la cordillera carpetana, es miserabilísima y triste, si se exceptúan algunos vallecitos, como el que riega el Lozoya, donde hay tal cual amenidad, porque el clima es menos rígido y el suelo más sustancioso.

Conforme pasaba yo aquellos pueblecitos miserables y vela á sus habitantes, reflejando en su traje, en su color, en sus maneras, en su lenguaje, la miseria y la rusticidad de la tierra en que vivían, preguntábame cómo aquellas pobres gentes no abandonaban la tierra nativa y buscaban otra más tolerable, y esto me lo preguntaba yo partiendo del supuesto de que aquellas gentes la aborrecían, porque ni siquiera me pasaba por el pensamiento que pudieran amarla.

Llegamos á Somosierra, pueblecillo de cincuenta vecinos, que recibe su nombre de su situación en el somo del puerto, y la diligencia se detuvo para mudar de tiro.

El mayoral nos dijo á los viajeros, creo que con cierta sorna:

—Pueden ustedes bajar si quieren ver el pueblo, que es de los mejores de la sierra.

Bajamos, en efecto, y yo me fui á ver el pueblo y sus cercanías.

La villa de Somosierra (pues es nominalmente tan villa como Madrid y Bilbao) produce, según Madoz, centeno, lino, patatas, judías, cebollas, reumas y pulmonías.

Al recorrerla, al entrar en sus casas, al hablar con sus moradores, entre los cuales ni aun las muchachas de quince á veinte merecen el nombre de bello sexo; al ver sus heredades, al contemplar desde sus cercanías la desolación que la rodea, tuve ansia de abrazar á sus habitantes, porque pensé que éstos necesitaban ser unos santos cuando no habían pegado ya fuego al pueblo, le habían sembrado de sal y se habían alejado en busca de otro.

—¡Miserable de mí, exclamé, que reviento de vanidad creyendo que esta virtud es muy digna de la aureola de los santos! Ciertamente que es casi idolatría el amor que á la tierra natal tengo; pero ¿qué vale, qué mérito tiene tal amor á la tierra natal, que es tan hermosa, comparado, no diré con el amor, porque ése no pueden tenerle, pero sí con la tolerancia de estas gentes á su tierra natal, que es tan horrible?

Pensando así, y pensando que aquellos campos, aquellos árboles abrasados por el rigor del clima, aquellas casas, aquella ermita de las Angustias (que todo era allí angustioso), y hasta aquella iglesia de las Nieves (que todo era allí frío) no tenían siquiera la dicha que tenían los campos, los árboles, las casas, la ermita y la iglesia de mi aldea, de que pensarán en ellos y suspirarán por volverlos á ver los que estaban ausentes de ellos, entreteníame en cortar y aderezar con un cortaplumas una varita de un roble bajo y achaparrado que se alza solitario delante de la ermita, y con la vara en la mano me volví hacia la diligencia, que un instante después emprendió la bajada septentrional del puerto.

## III

Caminé, caminé todo el día por aquellas llanuras de Castilla la Vieja. Aquellas llanuras que se extienden desde Aranda de Duero á Burgos me parecen ahora fértiles y hermosas; pero entonces... ¡qué paliza me hubieran dado sus moradores si hubiesen sabido lo que yo iba pensando de su tierra natal! Lo que yo iba pensando siempre comparando la tierra, aunque comparada con la de Somosierra era hermosa, comparada con la mía era horrible.

Entré en la serranía de Burgos, que realmente en fealdad y miseria excede á la serranía carpetana, y continué embelleciendo, con el contraste, á mi tierra natal, y sólo cuando me asomé á la cuenca del Ebro y contemplé la admirable ribera de Valdibielso sospeché que hubiese algún rincón en el mundo que no debiese sonrojarse comparado con éste donde yo había nacido.

Al pasar el Ebro empezó á anochecer, y entonces sí que el idealismo patriótico tomó proporciones gigantescas y sublimes en mi imaginación á favor de las sombras de la noche, que reconcentraron toda mi potencia imaginativa y poética en la tierra natal.

Desde el Ebro hasta la frontera de Vizcaya hay poco más de diez leguas. Como la diligencia caminaba siempre cuesta abajo, las recorrió en poco más de seis horas. ¡Con qué ansia y qué emoción me iba yo acercando á aquella frontera! Mis ojos pugnaban constantemente por encontrar en la oscuridad y el silencio de la noche algo de lo que mi corazón había ansiado por espacio de más de veinte años.

Ladraba un perro ó cantaba un gallo, y creía reconocer en aquel ladrido ó aquel canto algo de lo que yo había oído en mi infancia. El viento del Sur silbaba entre los árboles, y me parecía que aquel silbido tenía ya algo de las dulces armonías de la patria. La noche era oscura, aunque no tanto que no se distinguiese algo el paisaje que me rodeaba; pero este algo era tan mínimo, era tan vago, era tan confuso, que dudaba yo si realmente veían algo mis ojos, ó si únicamente mi imaginación era la que veía.

La diligencia debía dejarme dos leguas antes de llegar á mi aldea, ó lo que es lo mismo, en Balmaseda, que dista de la frontera poco más de media. Si no hubiese yo sabido que no me había de conducir á la aldea, cien veces hubiera creído entrever el campanario de ésta, entrever la arboleda donde jugué de niño, entrever la casa paterna y conocer en el ruido del agua de una presa el de la presa del molino y la ferrería de mi aldea, porque todo el que ha viajado de noche, sabe como á la tenue claridad de la luna escondida entre nubarrones, ó sencillamente á la de las estrellas que tachonan el cielo azul, cree uno ver grandes ciudades donde no hay más que aldehuelas; templos ó fortalezas donde no hay más que rocas; altos campanarios donde no hay más que altos árboles.

No conocía yo apenas el país por donde caminaba, y así mis dudas y mis equivocaciones eran mayores. Cuando todavía me creía lejos de la frontera de Vizcaya, un grito de alegría se escapó de mis labios, y las lágrimas se agolparon á mis ojos: era que á mis sentidos llegaba ya un signo inequívoco de que me hallaba cerca de la tierra nativa: este signo era el olor parti-



cular, y para mí siempre grato, de la oya, es decir, de la leña puesta en combustión para carbonizarla.

Poco después noté que la diligencia entraba en una calle alumbrada por faroles de reverbero, y á la luz de éstos me cercioré con indecible emoción y regocijo de que me hallaba ya en Balmaseda, el pueblo de las maravillas de mi infancia.

## IV

Me rendía el sueño, el cansancio y la emoción; pero aun así, ni por el pensamiento me pasó la idea de dormir y descansar, aun cuando la posada era buena y la cama blanca, blanda y tentadora.

Paséme el resto de la noche asomado á un balcón que daba á la plaza Mayor de la villa. Aquella plaza, aquellos *hastiales* ó soportales, aquel pórtico de la magnífica iglesia de San Severino, y aquel camino que desaparecía á lo lejos á la vuelta de un collado en dirección á mi valle nativo, todo aquello que yo entreveía confusa y misteriosamente desde el balcón, estaba para mí tan lleno de recuerdos, que mi corazón se agitaba violentamente y mis ojos se llenaban de dulces lágrimas, y me parecía que si la emoción que experimentaba entonces no se disipaba con la luz del alba, podría inspirarme el canto más rico de luz y de sentimiento y de armonía que corazón de poeta había exhalado.

La luz del día fué viniendo gradualmente, y con ella se fué moderando del mismo modo la violencia de mi emoción; pero aun era ésta profunda cuando bajé á la plaza, ansioso de verlo todo, tocarlo todo y embriagarme en los recuerdos que para mí encerraba todo.

Entonces me encontré con un licenciado del ejército, cuya cualidad manifestaba el consabido canuto de hojalata pendiente de una ancha y pintoresca cinta de seda; casi siempre dulcísima prenda de amor y de alegría que la madre, la amada ó la hermana le ha enviado después de suspirar muchos años por su vuelta.

Como el amor de la familia y la patria agitaba en aquel instante mi corazón y absorbía mi pensamiento, aquel licenciado, que en cualquiera otra ocasión me hubiera sido poco menos que indiferente, estaba entonces tan lejos de sèrmelo, que sentí como ansia de saludarle, de hablar con él, de decirle no sé qué de patria, y de familia, y de amores, y de recuerdos de la infancia y del hogar, porque yo decía, ó más bien pensaba, sin dar forma concreta á mi pensamiento: «¡Ese hombre es como otro yo, siente lo que yo siento, ama lo que yo amo, espera lo que yo espero! Su pueblo nativo no será tan hermoso como el mío, porque es imposible que ningún pueblo iguale al mío en hermosura, pero quizás sea también hermoso, y aunque sea feo, le amaré y regresará gozoso á él; nadie puede aborrecer á la patria, á no ser que sea tan miserable y desdichada como la de aquellos infelices que la tienen en la cima de los montes Carpetos.»

Así sintiendo y así pensando, saludé al licenciado y le pregunté si volvía contento á su pueblo.

—¡No he de volver! me contestó brillando sus ojos de gozo. Mire usted, no quisiera decir una herejía, mucho menos cuando Dios me concede lo que en toda mi vida le he pedido más de veras; pero le aseguro á usted que si fuera camino del cielo no iría más contento que voy camino de mi pueblo.

Al oír esto, le estreché la mano, y aun tuve deseos de abrazarle.

—¿Y qué tal es su pueblo de usted? le pregunté.

—Es de lo mejor que yo he visto, para ser pueblo de sierra.

—¿Será de la de Burgos?

—¡Ca! no señor; mi pueblo es mucho más allá. Es ya tierra de Madrid.

—De Madrid vengo yo ahora.

—¡Pues entonces puede que haya usted pasado por mi pueblo! exclamó el licenciado con indecible alegría.

—¿Cómo se llama?

—Somosierra.

Si yo no hubiera tenido ya alguna noción de lo que el patriotismo embellece á la patria, y si el aspecto, el acento, la emoción del licenciado no me hubiesen quitado toda duda de la sinceridad de éste, hubiera yo creído, desde que oí aquel nombre, que el licenciado se burlaba al decir que iba á su pueblo tan contento como si fuera al cielo, y que su pueblo era de lo mejor que había visto entre los pueblos de serranía.

—¡Somosierra! exclamé sorprendido.

—¿Qué, ha pasado usted por allí?

—Sí, señor, y recorrido el pueblo y sus cercanías.

—¡Ah! ¿No es verdad que es de los más alegres y hermosos de la sierra?

—Es verdad.

—¿Y no ha visto usted qué chicas tan guapas hay allí?

—Verdad es.

—Me alegro infinito de que usted sea de mi opinión. Más de veinte veces he andado á pescozones en el regimiento con compañeros que me tentaban la paciencia diciendo que si mi pueblo era así ó asá. Quisiera que le oyeran á usted los que tal cosa dicen, para que se convenciesen de que se equivocaban al suponer que yo alababa á mi pueblo, porque pasión quita conocimiento. ¿Conque hasta las cercanías del pueblo recorrió usted?

—Sí, señor.

—Y de seguro le gustarian á usted, sobre todo si fué usted por el lado de la ermita.

—Justamente por allí fui, y del roble que hay delante de la ermita corté esta vara, que le regalo á usted por proceder de su pueblo.

—¡Gracias, caballero! exclamó el licenciado, apresurándose á tomar la vara que yo le alargaba, con tal alegría y tal ansia, que de seguro ni el más ambicioso de los brigadieres de Napoleón tomó nunca con ansia y alegría iguales el bastón de mariscal con que el Capitán del siglo solía sorprenderlos y premiarlos después de la batalla.

El licenciado, no contento con contemplar la vara con alegría y amor indecibles, tuvo impulsos de llevarla á sus labios y besarla como si fuera una santa reliquia; pero se contuvo temiendo aparecer ridículo á mis ojos, tanto más cuanto que las lágrimas pugnaban por brotar de los suyos.

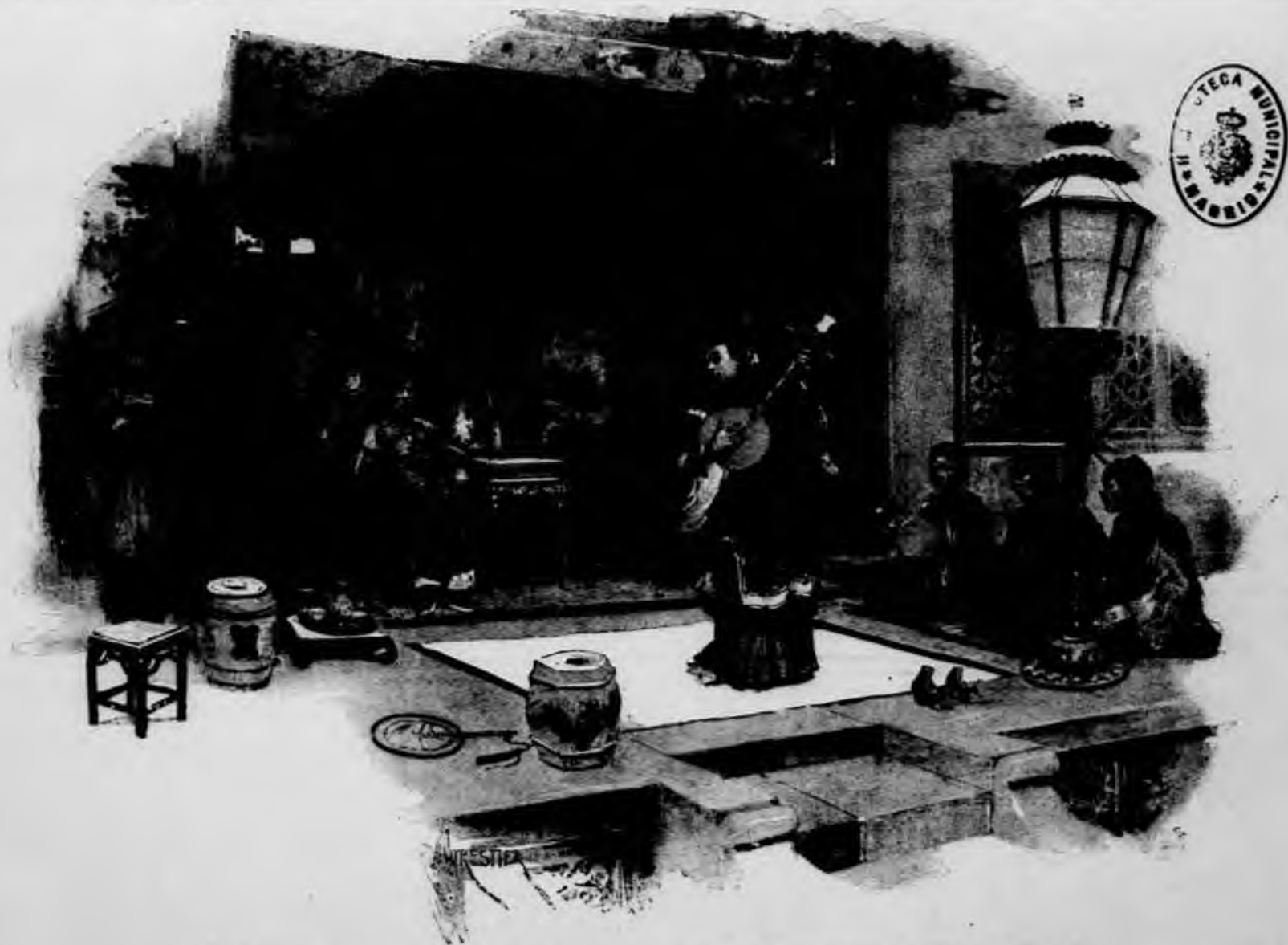
—No extrañe usted, añadió, que me convierta ahora en chiquillo, á pesar de que muchas veces he dado pruebas de muy hombre, según lo acreditan estas cruces que llevo aquí colgadas. ¡Usted no sabe los recuerdos que me trae á la memoria con hablarme de aquella ermita y aquel campo y aquel árbol!

—Me parece adivinar algunos, porque también en mi pueblo hay una ermita y un campo y un árbol que dentro de algunas horas me harán llorar con los recuerdos que traerán á la memoria cuando los contemple.

—¡Ah, caballero, permítame usted que estreche su mano con la mía, porque veo que usted comprende lo que dentro de mí pasa cuando vuelvo al pueblo donde nací, después de pasar seis años suspirando por él y pensando que en él suspiraban por mí!

—¡Cerca de veinticuatro he pasado yo suspirando por el mío, y pensando que allí suspiraban y aun morían suspirando por mí! Dígame usted algo de los recuerdos que traen á su memoria la ermita y el campo y el árbol de su pueblo, á ver si tienen alguna semejanza con los que dentro de algunas horas traerán á mi memoria una ermita y un campo y un árbol semejantes.

—Con mucho gusto le diré á usted algunos, ya que decírselos todos sea imposible, porque



Cantaba con una voz muy agradable, tocaba la guitarra con gusto y expresión y bailaba muy graciosa y ágilmente (Véase pág. 460)



—¡Pues entonces puede que haya usted pasado por mi pueblo! exclamó el licenciado con indecible alegría.

—¿Cómo se llama?

—Somosierra.

Si yo no hubiera tenido ya alguna noción de lo que el patriotismo embellece á la patria, y si el aspecto, el acento, la emoción del licenciado no me hubiesen quitado toda duda de la sinceridad de éste, hubiera yo creído, desde que oí aquel nombre, que el licenciado se burlaba al decir que iba á su pueblo tan contento como si fuera al cielo, y que su pueblo era de lo mejor que había visto entre los pueblos de serranía.

—¡Somosierra! exclamé sorprendido.

—¿Qué, ha pasado usted por allí?

—Sí, señor, y recorrido el pueblo y sus cercanías.

—¡Ah! ¿No es verdad que es de los más alegres y hermosos de la sierra?

—Es verdad.

—¿Y no ha visto usted qué chicas tan guapas hay allí?

—Verdad es.

—Me alegro infinito de que usted sea de mi opinión. Más de veinte veces he andado á pescozones en el regimiento con compañeros que me tentaban la paciencia diciendo que si mi pueblo era así ó asá. Quisiera que le oyeran á usted los que tal cosa dicen, para que se convenciesen de que se equivocaban al suponer que yo alababa á mi pueblo, porque pasión quita conocimiento. ¿Conque hasta las cercanías del pueblo recorrió usted?

—Sí, señor.

—Y de seguro le gustarían á usted, sobre todo si fué usted por el lado de la ermita.

—Justamente por allí fui, y del roble que hay delante de la ermita corté esta vara, que le regalo á usted por proceder de su pueblo.

—¡Gracias, caballero! exclamó el licenciado, apresurándose á tomar la vara que yo le alargaba, con tal alegría y tal ansia, que de seguro ni el más ambicioso de los brigadieres de Napoleón tomó nunca con ansia y alegría iguales el bastón de mariscal con que el Capitán del siglo solía sorprenderlos y premiarlos después de la batalla.

El licenciado, no contento con contemplar la vara con alegría y amor indecibles, tuvo impulsos de llevarla á sus labios y besarla como si fuera una santa reliquia; pero se contuvo temiendo aparecer ridículo á mis ojos, tanto más cuanto que las lágrimas pugnaban por brotar de los suyos.

—No extrañe usted, añadió, que me convierta ahora en chiquillo, á pesar de que muchas veces he dado pruebas de muy hombre, según lo acreditan estas cruces que llevo aquí colgadas. ¡Usted no sabe los recuerdos que me trae á la memoria con hablarme de aquella ermita y aquel campo y aquel árbol!

—Me parece adivinar algunos, porque también en mi pueblo hay una ermita y un campo y un árbol que dentro de algunas horas me harán llorar con los recuerdos que traerán á la memoria cuando los contemple.

—¡Ah, caballero, permítame usted que estreche su mano con la mía, porque veo que usted comprende lo que dentro de mí pasa cuando vuelvo al pueblo donde nací, después de pasar seis años suspirando por él y pensando que en él suspiraban por mí!

—¡Cerca de veinticuatro he pasado yo suspirando por el mío, y pensando que allí suspiraban y aun morían suspirando por mí! Dígame usted algo de los recuerdos que traen á su memoria la ermita y el campo y el árbol de su pueblo, á ver si tienen alguna semejanza con los que dentro de algunas horas traerán á mi memoria una ermita y un campo y un árbol semejantes.

—Con mucho gusto le diré á usted algunos, ya que decírselos todos sea imposible, porque



Cantaba con una voz muy agradable, tocaba la guitarra con gusto y expresión y bailaba muy graciosa y ágilmente (Véase pág. 460)

sería cuento de nunca acabar. Cuando yo era niño de pecho, viéndome mi madre moribundo, me cogió en los brazos, y corriendo conmigo á la ermita, se arrodilló á los pies de la Virgen clamando desolada: «¡Santísima Madre, ten compasión de mí y detén la vida que huye de este querido pedazo de mis entrañas!» Mi pobre madre dice que apenas clamó así, la Virgen le sonrió amorosamente, y cuando poco después salió conmigo de la ermita yo sonreía también alegre y sonrosado, porque había recobrado la salud por medio de un milagro. Desde entonces todos los días va mi madre á aquella ermita y habla á la Virgen de mí, y por mí le ruega llorando. Ya ve usted que aunque no tuviera más motivos que estos (que tengo muchos más) para conmovirme pensando en aquella ermita, si no me conmoviera pensando en ella no tendría corazón.

—Es verdad, amigo mío.

—¿Para qué le he de molestar á usted con los recuerdos de mis juegos y alegrías de niño, y de mis solaces de mozo en aquel campo donde la juventud del pueblo se reúne y se divierte los días festivos? Para que usted comprenda en toda su extensión y verdad lo que siento al ver esta rama desprendida del árbol, á cuya sombra casi he pasado los primeros veinte años de mi vida, necesito decirle á usted algo que á otro le parecería desdeñar de un hombre que como yo ha andado seis años por el mundo corriendo peligros y afeando la blandura de corazón de las mujeres y de los mozos imberbes.

El licenciado llevó la mano á su pecho, y enseñándome una medallita de latón que llevaba pendiente del cuello y luego la cinta de que pendía el canuto de la licencia, añadió:

—¿Ve usted esta medallita? ¿Ve usted esta cinta de seda? Pues las dos proceden de mi pueblo, y son regalo de una misma mujer, que no es mi madre ni mi hermana...

—Comprendo perfectamente quién es.

—Pues bailando con ella una tarde en aquel campo le dije que la quería, y arrodillados poco después uno al lado del otro en aquella ermita, juramos en voz baja y temblorosa que nos queríamos siempre. Un anochecer nos reunimos bajo aquel árbol para despedirnos, porque antes de amanecer debía yo emprender la jornada que al fin va á terminar. «Toma, me dijo, esta medalla de la Virgen de las Nieves, que está bendita, y el corazón me dice que te ha de salvar de todo peligro.» Y así diciendo, besó esta medallita y me la puso al cuello. Entonces yo, buscando en el cielo algo que no encontraba en la tierra para corresponder á su fineza, saqué la navaja é hice en el tronco del árbol una crucecita exclamando con los ojos llenos de lágrimas: «¡Por esta santa cruz te juro que te he de querer hasta la muerte!» ¿Comprende usted y disculpa, después de oír todas estas simplezas que le he dicho, por qué pierdo los estribos al pensar en la ermita, el campo y el árbol que me recuerda esta vara?

—¡Pues no lo he de comprender si lo siento!

Momentos después el licenciado y yo nos estrechábamos la mano, y partimos en dirección opuesta, cada uno hacia donde nuestro corazón y nuestros recuerdos nos llamaban.

—«¡No hay patria fea!» iba yo pensando con toda la convicción de mi alma.

ANTONIO DE TRUEBA.





## UNA SEÑORITA CHINA GRADUADA

NOVELA TRADUCIDA DEL CHINO AL INGLÉS

POR

EL PROFESOR DOUGLAS

### CAPÍTULO I

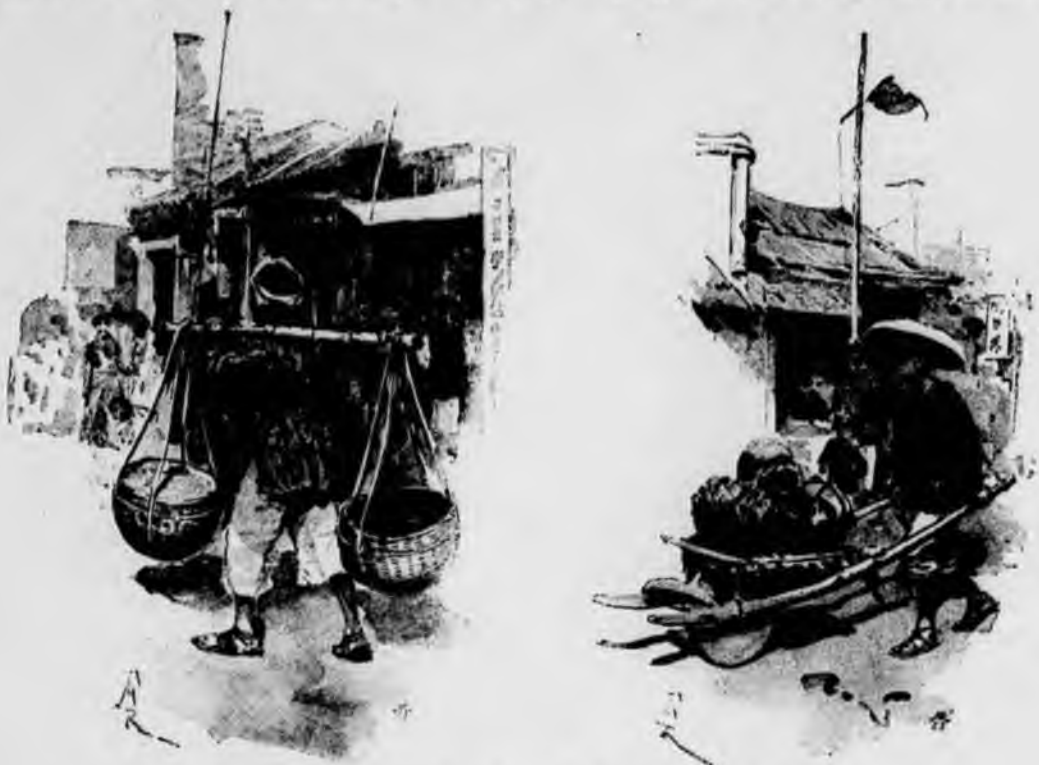
**Q**UIÉN, entre los trescientos millones de hijos de Han, ignora aquel dicho popular tan antiguo: «sobre nuestras cabezas está el Paraíso; pero acá abajo tenemos las comarcas de Hang y Su?»

Aunque es proverbial la belleza de estas insignes ciudades, bien puede afirmarse que no son comparables por su situación, ni por la originalidad de su fisonomía, con muchas de las que se encuentran en la provincia llamada de las Cuatro Corrientes. El lugar, en tal concepto, más favorecido de esta parte del imperio es Mienchu, el cual, como su nombre lo indica, es celebrado por los flexibles bambúes que pueblan sus alrededores, y que por cierto no son sino uno de los muchos atractivos de tan pintoresca comarca.

Situada la población al pie de una cordillera, cuyos picos descuellan altivos sobre una verde y exuberante vegetación, hasta la región de las nieves perennes, ocúltase en medio de unos bosques de hayas, cipreses y bambúes, entre cuyo frondoso follaje se alzan las amarillas techumbres de los templos y residencias oficiales, haciendo en el paisaje el efecto de islas de oro en una mar verde-esmeralda, mientras que más allá se precipita entre dos tajadas y rudas

márgenes el tributario del río Fu, que lleva el caudaloso Jangtszé-kiang las mercancías y los viajeros que se dirigen á las provincias orientales.

Dentro del recinto murado reina constantemente una animación extraordinaria, al paso que en los suburbios se ven desparramadas las mansiones de aquellos que tienen la dicha de vivir tranquilos y no molestados por el clamor de los *les* y los *changs*<sup>1</sup> de la ciudad. Allí, en una situación que pudiera envidiar el mismo hijo del Cielo, hay la residencia oficial del coronel Wun. Exteriormente tiene la apariencia del palacio de un príncipe, y dentro de los fuertes muros que la circuyen, hay una porción de patios, habitaciones, jardines y pabellones de verano, que no tienen rival en grandiosidad y belleza. El cargo confiado al coronel Wun era uno de los más solicitados de la provincia y, por regla general, sólo se confiaba á militares



Dentro del recinto murado reina siempre una animación extraordinaria

muy distinguidos. Aunque gozaba de una bien ganada reputación en el ejército, el mayor título que podía alegar para el logro de tan codiciada posición, era la brillantez con que había hecho sus estudios.

Los conocimientos literarios que poseía habíale granjeado muchos amigos entre los empleados civiles del distrito, en el cual era muy respetado y gozaba de un gran prestigio.

Por desgracia, su primera esposa murió, no dejando sino una niña para recuerdo de su breve paso por la tierra. A la época en que empieza esta verdadera historia, su segunda esposa había tenido la dicha de darle un hijo ardorosamente apeteído. Era la tal una de esas lindas y joviales criaturas que saben conciliarse sin esfuerzo el amor de sus maridos, sobre todo cuando son mucho más viejos que ellas. Cantaba con una voz muy agradable, tocaba la guitarra con gusto y expresión y bailaba muy graciosa y ágilmente.

<sup>1</sup> Le quiere decir el pueblo. *Le* y *chang* son los dos apodos más comunes entre los chinos.

No era de extrañar, por lo tanto, que al regresar el coronel de sus visitas de inspección, cubierto de polvo y rendido de cansancio, encontrase un alivio consolador en la gozosa compañía de Jacinta.

Por otra parte, era la madre de su hijo y, después de ella, aquel niño era el ser que más quería el coronel en este mundo. La pobre Eglantina, hija de su primera mujer, crecía en tanto abandonada á sí misma, sin que nadie cuidase de ella, ni le fuese á la mano para enfrenar su caprichoso genio. Desde la niñez, una de sus solitarias distracciones había sido disfrazarse de niño, y tan familiar llegó á serle el traje varonil, que poquito á poco fué adquiriendo el carácter que exteriormente la daba este disfraz. Llevada de esta afición, no paró hasta lograr de su padre que le permitiese ir á una cercana escuela de niños. Su madre había muerto antes que el coronel hubiese sido destinado á Mienchu, y la gente de la localidad, que había visto siempre á la niña vistiendo traje de hombre, tomábala por un hijo adoptivo de su padre. En cuanto á Jacinta, alegrábase de esta singular afición y fomentó la idea de permitirle que aprendiese á leer y escribir en compañía de los chiquillos del vecindario.

Su penetración y agudeza de ingenio presto la hicieron descollar sobre sus condiscípulos, al paso que su singular belleza, acompañada del magnetismo inherente á su sexo, le valía una popularidad que llegaba á la adoración.

Era de estatura gallarda para su edad, y su ovalado rostro, sus rasgados ojos, sus cejas que recordaban el contorno de la hoja del sauce, su diminuta boca, su brillante dentadura y su cabellera negra como el ala del cuervo, completaban los atractivos de un semblante que hubiera llamado la atención en cualquier país del mundo. Sus camaradas encontraban un placer indecible en satisfacer todos los caprichos de Tsunk-ing ó el *Joven Noble*, como le llamaban, pues ya se comprenderá que, al cambiar de sexo, no podía conservar su nombre femenino. Hasta el viejo profesor, comunmente ceñudo y enfurruñado, le sonreía con benevolencia cuando la veía entrar en la escuela, en donde sus graciosos versos y su elegante prosa solían llevar la palma, eclipsando las composiciones de todos sus camaradas.

Muchas tardes invitó al Joven Noble á pasar á su casa para leer capítulos de Confucio y poemas de Le Taipoh, y cuando murió, al cabo de algunos años, encontráronse entre sus manuscritos más celosamente guardados varias poesías firmadas por Tsunk-ing, muchas de las cuales eran dedicadas á los flexibles sauces, los temblorosos bambúes, la pálida luna, los patos silvestres, el sonido de la flauta en un día de lluvia y el incentivo del vino, con arreglo á los modelos contenidos en la *Guía de los poetas*, tratado muy leído en la comarca.

A no haber sido mirada con tanta indiferencia en su casa, estos mimos habrían sido muy perjudiciales para Eglantina; mas, afortunadamente para ella, el efecto producido por tantas caricias y lisonjas desvaneciase en cuanto pasaba los umbrales del edificio.

Al verse en presencia de su padre y de la esposa de éste llevando aún frescas en la memoria las caricias y las felicitaciones recibidas en la escuela, parecíale que la zambullían en un baño de agua fría. Era, en realidad, un contraste sano y vigorizador; pero tan doloroso, que Eglantina huía muchas veces á encerrarse en su cuarto y allí desahogaba, vertiendo amargas lágrimas, el pesar que la oprimía.

Nada la consolaba tan eficazmente de sus penas como el estudio. La sociedad de sus libros hacíale vivir imaginativamente en remotas centurias, permitiéndole forjarse la ilusión de que tomaba parte en los grandes sucesos relatados por los anales del imperio y gozaba de la sociedad de los sabios y los poetas antiguos.

Cuando hubo adquirido todos los conocimientos que el anciano profesor podía comunicarle, salió de la escuela, asociándose para continuar sus estudios con dos muchachos de su edad llamados Wei y Tu, condiscípulos é íntimos amigos suyos. Fueron los tres tan aplicados, que en el primer examen obtuvieron el diploma de bachiller en artes y, estimulados por este triunfo, resolvieron continuar su tarea, ganosos de conseguir más altas distinciones.



Tu y Wei amaban igualmente á Eglantina, profesándole una amistad verdadera, y por cierto que este era el único punto de semejanza que existía entre ellos, pues en todo lo demás eran dos tipos diametralmente opuestos. Wei era chico de ingenio, poeta fluido, notable por la corrección de su estilo y la oportunidad de las citas con que esmaltaba sus composiciones. En cambio, su carácter carecía de firmeza; era muy vanidoso y pirrúbase por excitar la admiración de sus compañeros.

Esto le hacía incapaz de tolerar la crítica de sus obras y muy envidioso de sus émulos. Tu, por el contrario, aunque no tan inteligente como él, estaba dotado de una rústica originalidad que avaloraba sus escritos y le hacía considerar como un agradable compañero. Como no tenía formado un concepto exagerado de su capacidad, no se empeñó jamás en aparecer diferente de lo que era, y no atemperándose servilmente á las opiniones ajenas, fué siempre muy natural y muy independiente en sus juicios. Esto le hacía muy simpático á todos sus compañeros, que tenían en grande estima sus cualidades y su afecto.

Físicamente eran tan distintos como considerados en su aspecto moral. Wei era realmente un guapo muchacho; pero su belleza no revelaba la placidez ni la sinceridad de espíritu, en tanto que la fisonomía de Tu, menos hermosa que la de su compañero, retrataba la inflexible y honrada firmeza de su carácter.

Eglantina quería realmente á entrambos, sin curarse de averiguar á cuál de ellos prefería. Muchas veces había dicho para sus adentros:

—Wei es un agradable compañero, pero si tuviese que elegir á uno para un acto de verdadera amistad ó para novio, escogería sin vacilar á Tu.

Complaciase muy á menudo en hacer comparaciones entre ellos. Un día que allá en su imaginación estaba dedicándose calladamente á este ejercicio, Tu alzó los ojos, que tenía clavados en el libro y le dijo:

—¡Qué lástima que el cielo nos haya hecho nacer hombres á entrambos! Si yo fuese mujer, mi sueño sería ser tu esposa, y si tú fueses mujer, yo cifraría mi dicha en ser tu marido.

Eglantina se ruborizó hasta el blanco de los ojos, pareciéndole que Tu había adivinado sus más recónditos pensamientos, mientras que Wei exclamaba:

—¡Qué locura! Holgárame de saber por qué habías de ser tú el preferido si el Joven Noble no perteneciese á nuestro sexo.

—Basta de tonterías, dijo Eglantina, que ya había tenido tiempo para serenarse. Me estáis



Coger el arco y una flecha, dispararla y matar al halcón fué todo uno

recordando á unos tíos muy viejos que yo tengo, que no habiendo logrado sucesión se pasan la vida peleándose, á propósito de los nombres que habrían puesto á sus hijos si la diosa Kwanyin se los hubiese otorgado há medio siglo. La realidad es que somos tres amigos dedicados al estudio para alcanzar el título de maestro en artes. Basta, pues, de divagaciones y veamos de aprovechar el tiempo. Vamos á ver, dijo volviéndose á Tu, cómo te defiendes. Voy á ponerte en un aprieto pidiéndote que me expliques qué quiso decir el poeta con las palabras: «El melodioso Tung,» en aquel verso:

«Una llama voraz consume al melodioso Tung (1).»

Tu improvisó una erudita disertación sobre el célebre músico y sobre las sonoras cualidades de una pieza de Tung, haciendo alusión á la leña que chisporroteaba en el hornillo de la cocina, con lo cual se desvió la conversación del sesgo inconveniente que había tomado. Poco después despidióse Eglantina de sus compañeros.

Preocupado el entendimiento con el recuerdo de esta escena, paseábase por el pabellón donde solía ejercitarse á tirar al arco, cuando asomándose á un terradito y alzando instintivamente los ojos al cielo vió pasar un halcón que fué á posarse en un árbol allende el muro.

Coger el arco y una flecha, dispararle y matar el halcón fué todo uno. Al verle caer, recordó de pronto que la flecha llevaba grabado su nombre, y temiendo que la casualidad la hiciese caer en manos de Wei ó de Tu, salió precipitadamente para recobrarla. Ya era tarde. Tu había llegado antes que ella y estaba examinando el ave, y la flecha que tenía clavada en el pecho.

—Mira, dijo al ver á Eglantina, no es zurdo el cazador. ¡Hola! exclamó luego, en la flecha hay grabados unos versos. A ver cómo dicen: «No disparéis de ligero la flecha; pero, si es preciso, derribad á vuestro enemigo.»

Traducida del inglés por  
JOSÉ COROLEU.

(Continuará).

(1) En inglés hay aquí un retruécano. *Tung*, como *Tongue*, significa lengua, palabra ó discurso. (N. del T.).



## ROMANCE ANTIGUO

---

**S**i tienes el corazón,  
Zaide, como la arrogancia,  
y á medida de las manos  
dejas volar las palabras;  
si en la vega escaramuzas  
como entre las damas hablas,  
y en el caballo revuelves  
el cuerpo, como en las zambras;  
si el aire de los bohordos  
tienes en jugar la lanza,  
y como danzas la toca,  
con la cimitarra danzas;  
si eres tan diestro en la guerra  
como en pasear la plaza,  
y como á fiestas te aplicas,  
te aplicas en la batalla;  
si como el galán ornato,  
usas la lucida malla,  
y oyes el son de la trompa  
como el son de la dulzaina;  
si como en el regocijo  
tiras gallardo las cañas,  
y en el campo al enemigo  
le atropellas y maltratas;  
si respondes en presencia,  
como en ausencia te alabas,

sal á ver si te defiendes  
como en el Alhambra agravias  
y si no osas salir solo,  
como lo está el que te aguarda,  
algunos de tus amigos  
para que te ayuden saca;  
que los buenos caballeros,  
no en palacio, ni entre damas  
se aprovechan de la lengua,  
que es donde las manos callan;  
pero aquí que hablan las manos,  
vén, y verás cómo habla  
el que delante del rey,  
por su respeto callaba.  
Esto el moro Tarfe escribe,  
con tanta cólera y rabia,  
que donde pone la pluma  
el delgado papel rasga.  
Y llamando á un paje suyo,  
le dijo:— Véte á la Alhambra,  
y en secreto al moro Zaide  
da de mi parte esta carta;  
y dirásle que le espero  
donde las corrientes aguas  
del cristalino Genil  
al Generalife bañan.

(DEL ROMANCERO GENERAL)

---

## CANTARES

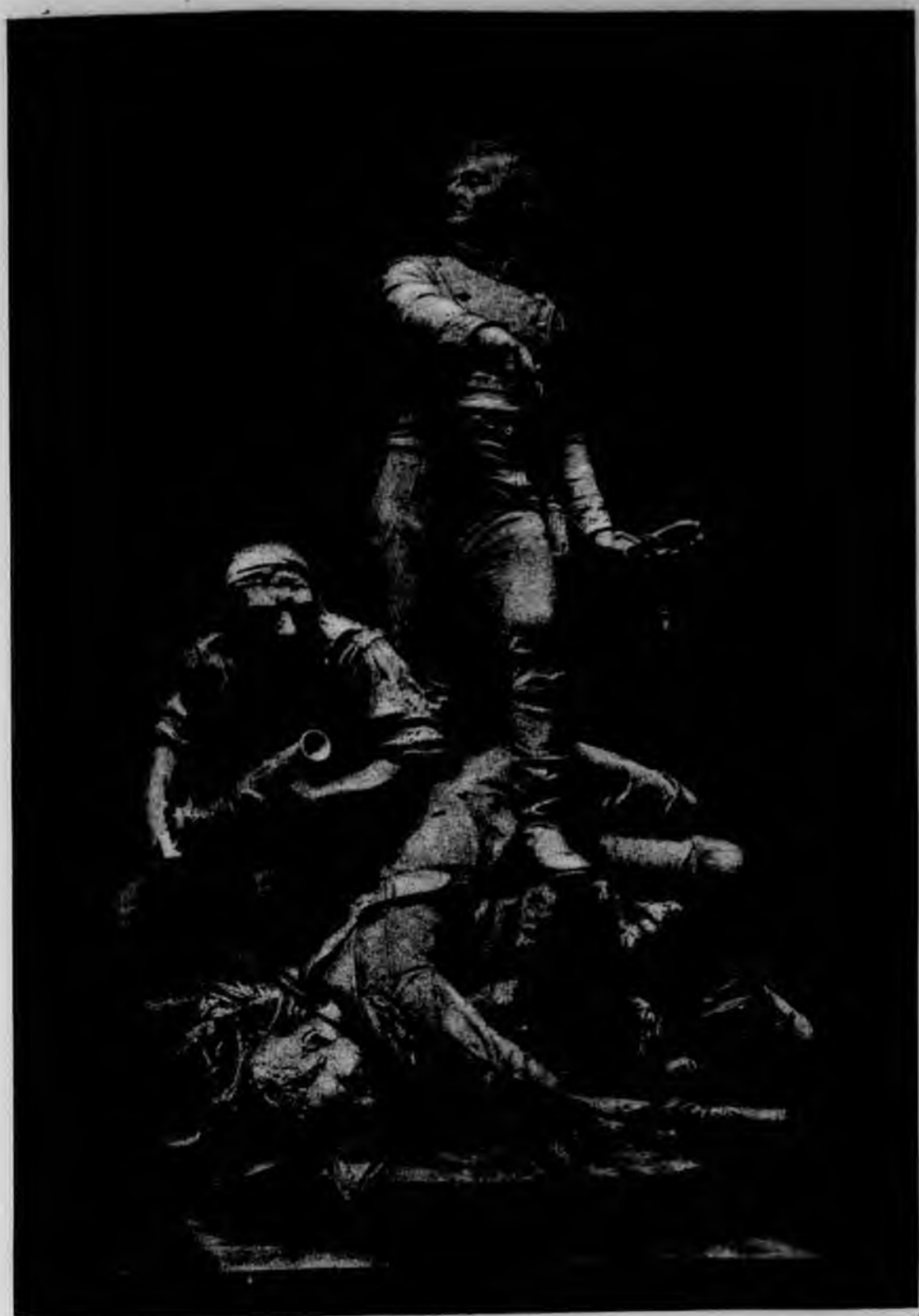
La palabra de los hombres  
es como la caña vana,  
que de lo que dicen hoy,  
ya no se acuerdan mañana.

El que hace una promesa  
tenga presente  
que ha de cumplir sin falta  
lo que promete:

que á tanto obliga,  
que hasta los enemigos  
deben cumplirla.

Ya no hay padre santo en Roma,  
ni en España cristiandad,  
ni en las mujeres firmeza,  
ni en los hombres lealtad.





GERONA, 1809  
GRUPO DE ANTONIO PARERA



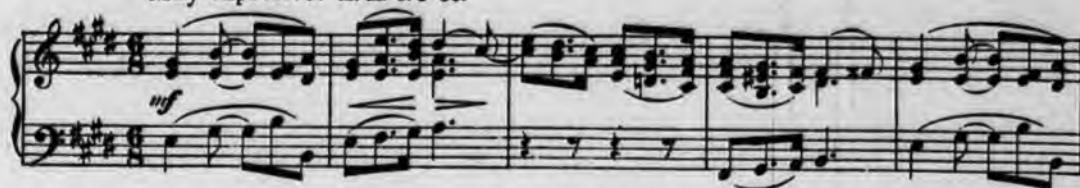
# CANCIÓN DE PRIMAVERA

POR

ROBERTO SCHUMANN



Muy expresivo. M. M.  $\text{♩} = 86$ .









# ¡SOLEDAD!

NOVELA ESPAÑOLA

POR

D. C. SUAREZ BRAVO

## CAPITULO IX

CASTA DIVA

Espíritos del aire cual él de sotiles  
que al home enseñades burlándole al par,  
viandante yo agora por estos carriles,  
atañevos ende mi planta guiar.

*(Hartzenbusch).*

Cuando bajó Eduardo al siguiente día, en la estación designada por Blanca vió un coche de la casa de Montilla que le estaba esperando.

—¿Qué tiempo echaremos en el camino? preguntó al tomar asiento en el vehículo.

—De aquí al palacio hay unas tres leguas, contestó el cochero; pero el tronco es fuerte y llegaremos en poco más de una hora.

El coche partió á trote largo. Después de seguir durante unos tres cuartos de hora la carretera, por medio de una monótona llanura sembrada de trigo y de viñedos, sin un árbol que reposara la vista, tomó á la izquierda un camino bien cuidado, pero más estrecho, que se desarrollaba entre dos hileras de álamos y que pertenecía al servicio especial de la residencia del Sotillo. El terreno iba haciéndose un poco más accidentado. El día era uno de los espléndidos del mes de Abril, y no empañaba el claro azul del cielo ni el más tenue celaje. La temperatura sería ya calurosa si no la refrescase ligera brisa, que anunciaba la proximidad de la sierra.

El espíritu de Eduardo no estaba para fijarse en estos accidentes externos. Concentrado en su dolor se sentía quizá más desgraciado que el día anterior después de haber recibido la carta de Luisa. Una larga noche, como lo son siempre las noches de insomnio, había debilitado en parte su energía y experimentaba penosa tensión de todos los resortes de su espíritu que trascendía á su cuerpo. Miraba el paisaje sin fijarse en él: estaba todavía como aturdido y un peso incómodo abrumaba su frente y oprimía su corazón.

Como la hora de la salida del tren era la del medio día, había consagrado la mañana á ponerse en regla con sus deberes de oficinista, obteniendo algunos días de libertad so pretexto de indisposición, pretexto que, atendido su estado, hubiera podido pasar por razón. Aunque breves los preparativos de viaje, fueron también parte á irritar las llagas de su espíritu. Su modestísimo empleo, único recurso con que contaba para cubrir las necesidades de la vida, no le permitía hacer ahorros, y al verificar el arqueo de sus existencias para emprender la aristocrática expedición, se encontró por todo capital con unos veinticinco duros, los cuales, después de algunas compras y gastos indispensables, quedaron reducidos á poco más de la mitad. Para un marqués y grande de España que entraba por primera vez en el disfrute de la existencia propia de su rango, aquel desamparo de bolsa era asaz comprometido y ocasionado á punzantes mortificaciones; pero cuando Eduardo, literalmente descorazonado, además, por el motivo que no ignoran nuestros lectores, intentó retroceder dejando el viaje para mejores tiempos, la triste soledad de Blanca, de que eran apremiante testimonio las palabras que le dirigió en el baile, armó su ánimo de valor para rechazar la tentación y se puso en camino cerrando los ojos.

Sacó al joven de su penosa distracción la perspectiva del palacio y la casi regia posesión del Sotillo, que se desplegó á su vista en una vuelta del camino; pues como el día era tan apacible se le había mandado un coche descubierto. Inmensa verja de hierro, con altísima puerta, daba ingreso á los jardines, en cuyo fondo y sobre una elevación del terreno se destacaba el noble edificio, de gusto clásico, y con el sello que distingue los esplendores señoriales del apogeo de la dinastía borbónica. Apoyábase á la vista el palacio, por la espalda, en colinas pobladas de árboles bajos que iban haciéndose sucesivamente más abruptas hasta perderse en la sierra que limitaba por aquella parte con alto y dilatado festón los horizontes. Las otras tres fachadas daban al vastísimo jardín, remedo del de la Granja, en el cual, según el gusto del tiempo, la arquitectura, el diseño y la escultura dejaban lugar muy secundario á la floricultura. Por toda la extensión de la fachada meridional, hasta la altura del primer piso, se extendía un terrado monumental con balaustrada de piedra y con piso de mármoles, interrumpido á trechos por grandes macizos de hortensias que comenzaban á abrir con el sol primaveral sus violadas hojas.

Al enfilar el coche la majestuosa avenida que terminaba en el pórtico central del palacio, nuestro héroe vió á Blanca de pie sobre la escalinata, cubriéndose con una sombrilla de los rayos del sol poniente y en actitud que no permitía dudar que le estaba esperando. Destacábase su airosa figura del fondo oscuro del pórtico, y los rayos del sol, penetrando por la sombrilla



de vivos colores, la teñía de dorados reflejos. Vestía según la moda del tiempo, traje abrochado hasta la garganta, que marcaba las elegantes líneas de su busto, y en su hermosa cabeza flotaban, á merced de la brisa, algunos mechones indómitos de la rizada cabellera negra. Al lado de Blanca se veía otra persona del sexo varonil, baja de estatura y con un tapabocas blanco arrollado al cuello. Al pie de la escalinata había algunos servidores de librea.

Eduardo bajó del coche y subió á saludar á su prima.

—Creíamos, dijo ésta, tener que traerte entre guardias civiles.

Luego, fijándose en el semblante abatido del joven, añadió:

—¿Estás bien de salud?

—Como siempre, respondió Eduardo. La salud y yo no nos hemos vuelto nunca la espalda.

Blanca miró al joven con fijeza algunos instantes. Luego, volviéndose al hombre del tapabocas que tenía á su lado, le dijo, señalando al recién venido:

—Mi primo, el marqués de la Puente.

Y á Eduardo, señalando á aquél:

—El duque de Atienza.

La persona designada con este título se acercó al joven y le dijo, tendiéndole cordialmente la mano:

—Somos algo parientes y esto excusa todo cumplido. Mi nombre es Iñigo.

—Y el mío Eduardo.

El duque, como ya hemos dicho, era un hombre bajo de estatura, de color entre moreno y térreo, de aspecto enfermizo, lo que hasta cierto punto comprobaba el pañuelo arrollado en la garganta y el timbre cascado de su voz. A primera vista no era fácil decidir si era joven ó de edad madura. La espalda algo encorvada y las facciones fatigadas, inclinaban á lo segundo, pero otros rasgos dejaban el ánimo en suspenso.

Eduardo preguntó á Blanca por su madre.

—La condesa, dijo ésta, con todos nuestros huéspedes, ha salido esta mañana de excursión venatoria y no volverán probablemente hasta la noche. Yo me he quedado, por encargo suyo, para hacerte los honores de la casa. Iñigo Atienza, que está algo delicado, me ha hecho compañía.

Dicho esto, Blanca llamó á un criado para que acompañase á Eduardo á su habitación.

—Cuida, dijo, de dar á mi primo un cuarto de los que caen al Mediodía. Las noches y las mañanas son frescas todavía. Luego, de ese lado se disfruta mejor vista.

El criado, á quien Blanca designó con el nombre de Jaime, era un viejecito enjuto de carnes, que miró á Eduardo con gesto paternal al tomarle su saco de noche y al mostrarle respetuosamente el camino.

—El señor marqués, dijo mientras subían la grande escalera que conducía al piso principal, es el vivo retrato del duque difunto.

—Quiere decir que no desmiento la sangre, contestó el joven. El duque era hermano de mi madre.

—Conocí á la madre del señor marqués; y en efecto, el señor marqués no puede negar la casta. Por aquí, dijo, tomando la escalera del segundo piso.

Después de atravesar largos corredores, Jaime abrió una puerta é introdujo al joven en una habitación espaciosa cuyos balcones daban á la fachada posterior del edificio, frente al bosque que iba á perderse en la sierra.

—Páreceme, dijo Eduardo después de echar una ojeada al paisaje árido y silvestre, que el Mediodía de este palacio no es el que señalan los geógrafos.

—No he creído conveniente decirle á la duquesita, contestó Jaime con aire mortificado, que los únicos dos cuartos que quedaban disponibles, del lado del Mediodía, estaban ya destinados para otros dos huéspedes que se esperan.

La observación y el tono con que fué hecha, picaron la curiosidad de nuestro héroe.

—¿Y por qué no has creído conveniente decir eso á mi prima? preguntó, fijando sus ojos en el anciano servidor. ¿Por qué había de extrañarle que la duquesa hubiese ya dispuesto de esos dos cuartos?

—Si hubiera sido la señora duquesa, claro está, murmuró Jaime respondiendo á la mirada del joven con otra mirada que evidentemente quería decir algo. Pero la orden para reservar esas dos habitaciones, nos la dió el señor García.

—¿Y quién es el señor García? ¿Es acaso un empleado superior de la casa?

—Por lo que toca á empleado, cierto que no. Yo, al menos, no le tengo por tal. El señor García es un amigo... de la casa. ¿No ha oído hablar de este sujeto el señor marqués?

El aire de sincera extrañeza con que el criado formuló esta interrogación, hicieron entrar á Eduardo en cuentas consigo mismo. Realmente, la especie de que en la casa de Montilla había un poder, si no oculto, por lo menos extralegal, no le venía enteramente de nuevas, aunque la había relegado al olvido por creerla pasto de la maledicencia del vulgo. Al verla revestida de carácter serio y verídico por la sencilla revelación de Jaime, empezó á vislumbrar lo que había de inexplicable en la conducta y actitud de Blanca. Dados los aspectos morales con que su prima se le había manifestado en la conferencia única, pero íntima, que inauguró sus relaciones, era ya de presumir uno de esos dramas secretos de familia, tanto más penosos, cuanto que se desarrollan á la sordina y vedan por su índole hasta el consuelo de la confidencia.

Fingiendo, sin embargo, no darse por entendido de la reticencia, respondió con naturalidad:

—Te aseguro que jamás he oído hablar de ese sujeto; pero, amigo ó empleado, él no puede dar órdenes más que por delegación, y puesto que mi prima te ha encargado que me instalases en una habitación del Mediodía, no comprendo por qué me traes á ésta que mira al Norte.

—Si el señor marqués lo desea, dijo el criado mirando al joven con ojos suplicantes y sin disimular su dolorosa contrariedad, vamos ahora mismo á uno de los cuartos reservados. He nacido en la casa de Montilla, y llevo ochenta años sirviéndola; pero prefiero ser despedido á rebelarme contra las órdenes de la que tiene derecho á dárme las. Creí que el señor marqués no daría importancia al cambio y no diría nada á la señorita.

—¿Cómo? ¿Temes ser despedido si obedeces otro mandato, aunque sea de quién es, antes que el del señor García?

—No sería el primero.

—Está bien, dijo vivamente Eduardo. Yo estoy aquí muy á mi gusto y aquí me instalo de propia voluntad. Además, puedes estar tranquilo. Mi prima no ha de saber por mí lo que ha pasado.

—Harto se ve que el señor marqués es hijo de su madre. Por nada de este mundo hubiera querido yo disgustar á la duquesita, que es como aquí la llamamos familiarmente todos los de la servidumbre. Se trata de arrinconarme por viejo y por tener mezquina facha, porque ahora parece que la moda es tomar los criados por varas. El que no pasa cuatro ó cinco dedos de la talla, no sirve. Pero la duquesita, que prefiere los servidores fieles y antiguos á los grandullones que hoy se usan, se opuso á mi jubilación y me agregó á su servicio particular. Sin embargo, esta tarde me dijo:—Jaime, mientras esté aquí mi primo, quedas enteramente á sus órdenes. Cuida de que nada le falte.

—Agradezco mucho á mi prima la atención, pero yo, mi buen Jaime, estoy acostumbrado á servirle y no he de darte mucho que hacer.

—Lo siento, dijo con aire de sincero pesar el viejo; porque se me figura que lo que yo hiciera por el señor marqués, no sería olvidado por ella.

—Descuida, que ya buscaré ocasiones en que ocuparte. Ahora déjame, que voy á arreglarme un poco. Cuando te necesite, te llamaré.

Aunque poco habituado á servir á amos que supieran arreglarse solos, Jaime se retiró discretamente.

Por más que las palabras de éste se prestasen en varios conceptos á la meditación, Eduardo, en cuanto se vió solo, volvió á su negra melancolía.

—¡Ah! pensaba para sus adentros mientras se hacía maquinalmente un poco de *toilette* para presentarse en el comedor. Soy un menguado. Este vacío que experimento en el corazón y que de tal modo me atribula no es digno de ánimos varoniles. Nunca creí que la ingratitud de una mujer, que al fin de cuentas sólo he visto dos veces en la vida, fuera capaz de producirme esta tensión de nervios y este doloroso malestar. Lo mejor sería no pensar en lo que ha pasado, pero cuanto más pienso en no pensar en ello, tanto más lo siento clavado en el alma. Hoy me parece todavía la acción más negra y más inverosímil que ayer. Aquí hay por fuerza algún duende oculto. Vamos, vamos; estas son debilidades. Aun queda una voz en mi corazón para abogar por esa ingrata... No, no ha de poder ella más que yo. ¡Pobre Blanca! ¡Qué tristes misterios me ha hecho entrever la sencilla revelación de ese criado! Tú, tan noble, tan pura, tan altiva, tener que... tú destinada á reinar sobre todos los corazones... Porque Blanca es muy hermosa... más hermosa que Luisa... Sí, por cierto... En el baile no había más que una voz para proclamarla la primera... Es verdad que Luisa no se daba á luz en lugar tan alto, pues de otro modo... ¿Qué sé yo?

Indignado consigo mismo, el joven acabó atropelladamente de vestirse y se bajó á los jardines, buscando en el movimiento alguna distracción á su espíritu. Las sombras de la noche comenzaban á invadir las vastas avenidas, amasando ligeros vapores sobre las estatuas de mármol de las fuentes, sobre cenadores, parterres y bosquecillos que se multiplicaban hasta perderse de vista en el amplio recinto. Aquí y allí sonaba todavía el canto vespertino del ruiseñor y se oía el sacudir de las alas de los cisnes y aves acuáticas de los estanques. Los rojos reflejos del sol que se hundían detrás de las colinas se fundían palideciendo con los de la luna llena que, elevada ya en el horizonte, iba cambiando su disco blanco en disco de suave y cálida luz.

Eduardo, indiferente á todo lo que le rodeaba, y hallando en la soledad de aquella naturaleza cortésana y artificial, pero grandiosa, atractivo para su dolor, vagó á la ventura, hasta que los últimos matices del día desaparecieron por los caminos que le salían al paso; pero en el momento que llegaba al pie de la escalinata, por la que se subía al gran terrado que, como dijimos, corría á lo largo de la fachada meridional del palacio, melodioso rumor llegó á sus oídos que involuntariamente detuvo su marcha. Eduardo era melómano, y su oído experto comprendió al momento la naturaleza de aquellos sonidos. Eran los ecos de una arpa, pulsada, á lo que podía inferir de la distancia, por mano diestra y con sentimiento artístico. Subió al terrado, y sin parar mientes en sus monumentales proporciones y en el incomparable paisaje bañado por la luna, que desde él se dominaba, fué acercándose al sitio de donde salían aquellos tentadores acordes, que era uno de los últimos balcones, que abierto como casi todos los demás, despedía reflejos de rojiza luz artificial. Mientras se acercaba, una voz pura y de delicadísimo timbre, comenzó á tantar la cavatina de *Norma*.

Casta diva qui inargenti  
queste sacre antiche piante,  
a noi volgi il bel sembiante  
senza nube a senza vel.

Atraído por la suavísima melodía, Eduardo llegó hasta dar frente al balcón, y como había sospechado, vió que la cantante era Blanca. De pie, recorriendo con sus afilados dedos las sonoras cuerdas del instrumento, y con los ojos perdidos en el espacio más bien que en la par-



titura que tenía en frente sobre un atril, parecía una evocación de la altiva y apasionada sacerdotisa de Irminsul. Su gallardo talle, las ideales líneas de su cuello y de su cabeza, el incomparable perfil de su rostro, se destacaban del fondo rojizo de la habitación, y hechizaban la vista, completando el encanto que ejercía sobre los sentidos aquella música singular que se diría inspiración de algún ángel atacado de un acceso de melancolía. El arte musical no ha producido quizá notas de tan casta suavidad como las de aquella melodía que se desarrolla tranquila y luminosa como la onda de un mar en calma al despuntar del sol, pero en la que se siente la secreta palpitación de la tormenta. Canto inspirado que despierta en el alma la solemne tristeza que el majestuoso astro de la noche, á quien está dedicado, esparce con su misteriosa luz; digno preludio de los furores de Norma y de las terribles peripecias del gran drama lírico de Bellini; creación tal vez sin igual de la música, aplicada á la pintura de las pasiones humanas.

Inmóvil y completamente subyugado, Eduardo se dejó envolver por las ondas de celeste armonía que brotaban de los dedos y del purísimo órgano vocal de la inspirada cantora. Olvidado de sus penas, sintió correr por todo su cuerpo una sensación inexplicable, y en su corazón oprimido comenzó á circular la sangre con más desahogo. Cuando Blanca lanzaba al aire el fin de la plegaria,

manda in terra quella pace  
che regnar tu fai nel cel,

suave convulsión agitó su pecho, y del mismo modo que nube cargada y tormentosa se deshace en mansa lluvia, así el dolor que le oprimía se deshizo en llanto consolador, llanto que dejó tranquilamente correr por sus mejillas, y que proporcionó á su espíritu indecible descanso. Las grandes crisis morales no tienen otro derivativo que las lágrimas, y aunque cediendo á sus preocupaciones varoniles hubiese intentado el joven cerrar aquella válvula abierta en su corazón para dar salida á la pena, por el misterioso influjo de la música, el dulce bienestar que experimentaba, después de veinticuatro horas de amargo y árido padecimiento, hubiera sido más fuerte que su voluntad. Dejó, pues, correr la preciosa vena, mientras su prima repetía la mística y melancólica invocación, y cuando al concluir ésta se enjugó los ojos, procurando apresuradamente borrar las huellas del llanto, se encontró más ligero de ánimo y de cuerpo y bendijo una y mil veces interiormente á la que le había procurado tan inesperado consuelo.

Blanca cesó de cantar y se quedó un momento inmóvil, apoyada en el arpa y con la frente inclinada, como si la abrumase algún pensamiento importuno. Luego, atraída sin duda por los rayos de la luna que ya en todo su esplendor se había enseñoreado del cielo, soltó el instrumento y se dirigió al terrado. Al ver que Eduardo le salía al encuentro, no manifestó la menor señal de sorpresa.

—¡Ah, traidor! ¿me estabas oyendo? dijo con encantadora naturalidad. ¿Eres músico?

—Simple aficionado, contestó el joven con la voz todavía conmovida. Pero después de haberte oído, me declaro aficionado simple.

—Deja los cumplidos para los salones, primo mío, aquí todo invita á la sinceridad. ¡Qué noche! Dios mío. ¡Qué noche tan hermosa!

Blanca pronunció estas palabras, marchando, casi corriendo hacia la balaustrada del terrado, seguida por Eduardo.

Éste se fijó entonces en el hermoso panorama que desde aquel sitio abarcaba la vista. Por encima de las estatuas y de los bosquecillos de los jardines, inmensa llanura ondulada que se prolongaba hasta perderse en los horizontes ó en las diáfanas brumas de la noche, servía de vasto teatro al caprichoso juego de masas de luz y sombra con que anima la luna la muerta naturaleza durante la ausencia vivificante del astro del día. Río de estrecho cauce, pero de precipitada corriente, que descendiendo de la sierra señalaba su paso en el terreno llano por medio

de faja brillante que rielaba con la luz de la luna, mezclaba sus rumores con los de la brisa nocturna. A la derecha, las calvas cimas de la cordillera sobresalían teñidas con viva claridad sobre el negro fondo de los barrancos. Más que un cuadro de la naturaleza, parecía aquello un gigantesco combate entre la luz y la sombra. En cambio, las severas y elegantes líneas del palacio y de la vasta azotea adquirían, á la luz de la brillante luna, proporciones aun más grandiosas que las reales; los arquivitres y cornisamentos lucían con mayor resalte, y las hortensias que en grandes grupos se levantaban sobre el suelo de mármol, diríase que habían multiplicado su tamaño.

—¡Qué hermosa noche! volvió á decir Blanca, después de algunos momentos de muda contemplación. Es la primera noche clara de luna que hemos alcanzado desde que nos hallamos aquí, y aunque se me hicieron grandes ponderaciones de la belleza del espectáculo presenciado desde este lugar, todavía la realidad supera á la pintura.

—Más bello habría parecido, dijo Eduardo con sincera convicción, á los que te le han ensalzado, si hubieran tenido como yo al contemplarle arrullados el alma y los sentidos con los divinos acentos de *Norma*, trasladada de los salvajes bosques druidicos á esta encantada mansión. Has cantado la *Casta Diva* como un ángel, digo mal, como la gran sacerdotisa de la luna.

—¡Adulador!

—Es que no sabrás nunca, prima mía, el efecto que me hizo tu canto, ni yo he sabido hasta hoy todo el poder que ejerce la música, y sobre todo la música de Bellini, sobre el ánimo desprevenido.

—Me maravilla oírte, dijo Blanca: los corazones felices no suelen ser tan sensibles como tú pareces serlo á los encantos de la melodía. Y sin embargo, Eduardo, tú eres feliz. Al menos hace diez días lo eras con toda certeza. Aunque tú no me lo hubieras dicho, hartó claro se leía en tus ojos y en los de... ella. No creo que en tan corto tiempo hayas descendido del cielo á la tierra.

Breves momentos de silencio siguieron á estas palabras. Blanca, que había comenzado á pasear á lo largo del terrado al inaugurarse el diálogo, se detuvo y dijo fijando sus hermosos ojos en Eduardo:

—No me contestas. Ya advertí cuando llegaste que no traías la felicidad en el rostro. ¿Me engañé?

Después de haber llorado, el joven se sentía más propenso á la confidencia y á la expansión. ¿En qué corazón, por otra parte, podría depositar sus penas, tan á propósito como el de Blanca para sentir las, ni cómo negar esta prueba de confianza á la que se le había aparecido en aquellos últimos días como hada bienhechora bajada de las nubes?

—No te engañaste, prima mía, contestó tristemente. Mi rostro te reveló lo que pasaba en mi corazón. Desde hace poco más de veinticuatro horas soy muy desgraciado.

—Vamos, dijo Blanca volviendo á su paseo, pero parándose á cada instante, según las peripecias del diálogo, como signo del vivo interés que en ella despertaban las revelaciones de su primo. Se trata, sin duda, de alguna nube pasajera, de esas que no dejan nunca de aparecer de cuando en cuando en el cielo de los enamorados.

—No por cierto. Se trata de una historia de amores, que ha tenido ya su fin y que no volverá á reanudarse.

—A ver, á ver, cuéntame eso, exclamó Blanca vivamente y con acento en el cual no era fácil discernir, si además del interés y de la curiosidad palpitaba algún otro sentimiento. Pero ya que se trata de una historia, cuéntamela desde el principio.

—A eso voy, dijo Eduardo. De otro modo no podrías comprenderla.

Realmente la historia, como narración de sucesos era cortísima, pues se componía de solos tres capítulos. La escena del balcón, la del baile y la catástrofe final; pero como estudio

ROMO I.—60.

psicológico ya era otra cosa. Eduardo, sin embargo, no sabemos si obedeciendo á las instigaciones del resentimiento, ó por discreción, ó por algo de que él mismo no sabía darse cuenta, no dió á esta parte de su narración más que el desarrollo indispensable para que su prima se penetrara de la verdadera situación de las cosas.

Cuando acabó de hablar, Blanca se quedó pensativa.

—Después de lo que acabas de oír, añadió Eduardo por vía de corolario, comprenderás la razón con que te decía hace poco, que esta historia de amores ya no puede volver á reanudarse.

—Aunque poco práctica en tales asuntos, primo mío, dijo Blanca, mientras éste no se presente algo más claro, no veo suficiente motivo para dar por terminada tu leyenda amorosa. No parece verosímil que lo que ha tenido comienzos tan poéticos acabe de manera tan brusca y tan prosaica. Tú volverás á ver á Luisa...

—No, interrumpió el joven con vehemencia. Todo acabó ya entre los dos. No se juega impunemente con el corazón de un hombre, y no me expondré á ser engañado por segunda vez, ó quizá sea éste un castigo de Dios por haber atropellado dolorosos recuerdos de familia, que debieron haber puesto entre los dos un muro de bronce. Luisa se ha portado al fin como hija del gerente infiel que se llevó los últimos jirones de mi patrimonio.

Aquí refirió Eduardo á Blanca todo lo que sabía respecto á la manera con que el padre de Luisa desempeñó el cargo de administrador de los bienes de su tío y de su padre.

—¿Es posible? dijo Blanca indignada. ¿Y tú ibas á entrar en semejante familia?

—Cuando consagré mi corazón á Luisa, ignoraba á qué familia pertenecía. El amor no se para en genealogías. El día en que me enteré de la fatal coincidencia, ya mi corazón no tenía fuerzas para sacudir el yugo. Por otro lado, no era justo hacer á Luisa responsable de las culpas de su padre. Pero en fin, esa ya es una historia que pasó.

Blanca, con los ojos perdidos en el paisaje, siguió paseando sin responder á esta observación; pero después de un rato de silencio dijo volviéndose á su primo:

—Ahora me felicito de haberte llamado. Confieso que al escribirte tuve remordimiento. Me parecía un rasgo de egoísmo arrancarte de sitios en que al parecer te hallabas muy bien para traerte á estos lugares á distraer mi aburrimiento.

—¿No estás aquí contenta? repuso vivamente el joven. Recuerdo que en el baile, al invitarme á venir aquí, te quejaste de tu soledad.

—¡Oh! me cogiste en un mal momento. Ya ves, me hallaba rodeada de personas desconocidas y sofocada por la lisonja. En resumen, todos venían á decirme lo mismo, que era la reina del baile, que era una deidad... Aunque yo no pretenda ser una excepción en mi sexo, te confieso que aquel incienso continuo, de gentes á quienes veía por primera vez, llegó á hacerme insoportable. Desde los primeros años de mi niñez, hasta pocos días antes del baile, viví, como sabes, en Holanda al lado de mi tía, la princesa de Wanderlhinden, en un mundo enteramente distinto. Me hallaba, pues, aquella noche en mi casa y en medio de la sociedad madrileña como en tierra desconocida, y al ver que todos los que se acercaban á mí traían en sus labios estereotipada la misma frase, poco más ó menos, te aseguro que llegó un momento, precisamente aquel en que viniste á despedirte, en que me sentí acometida de la tristeza de la soledad. Me parecía tener un mal sueño y que todas las figuras que bullían á mi alrededor eran figuras de autómatas, encargadas de manifestarme con pocas variantes la misma idea.

—Y cata aquí á tu pobre primo formando parte de la comparsa. Me veías aquella noche por primera vez.

—No; como ya te dije, tú no eras para mí persona desconocida. Tenía noticias de tí, eres de mi sangre. Además, creo que tú fuiste el único hombre del baile que se me acercó sin la lisonja en los labios...

—Pero pudiste haberla leído en mis ojos.

—¡Bah! tus ojos anduvieron aquella noche muy distraídos. Como te decía, no sólo me



ahorraste enojosos cumplidos, sino que me hiciste sinceras confianzas, que yo te agradezco, y que constituyeron el único paréntesis, sin fatiga, que tuvo para mí la fiesta.

—Pero, en fin, el hecho es, prima (repuso con viveza Eduardo, que presentía ocultas llagas en el corazón de su bella interlocutora), que no eres feliz. Tú misma has confesado que te aburres, cosa que nunca acontece á los corazones dichosos.

Parecióle á Eduardo que Blanca ahogaba un suspiro al contestarle.

—El corazón es insaciable y la mayor parte de las veces no sabe lo que desea. No te ocultaré que el mundo en que me encuentro no es el que yo había soñado. Tenía, acerca de la brillante existencia que me esperaba, ideas que se alejan mucho de la realidad. Mi tía me enseñó á rendir culto á sentimientos... á preocupaciones, si quieres, que aquí han pasado completamente de moda, pero á las cuales mi pobre alma no tiene fuerzas para renunciar. Tengo que sostener lucha conmigo misma y me encuentro realmente sola...

—¡Ah! al fin lo confiesas.

—No veas en esto, por Dios, nada que suene á queja contra la llamada naturalmente á ser mi guía y mi confidente en este mundo extraño, en el que acabo de caer, como llovida de las nubes... pero ya comprendes que mi madre tiene otros deberes que cumplir... Hecha ya mi educación, la duquesa no puede prescindir de consagrar todo su tiempo á las obligaciones de su alta posición... Ella no sabe, ni tiene para qué enterarse de estas flaquezas mías.

Eduardo, conmovido y comprendiendo las delicadezas de aquel corazón altivo y lastimado, se atrevió, sin embargo, á arriesgar esta observación:

—Sospecho, sin embargo, prima mía, que estás luchando sin auxilio contra alguna violencia moral.

—No lo creas, replicó con viveza la joven; pero, de todos modos, te agradezco mucho que hayas venido á compartir mi soledad. Eres mi más próximo pariente; tienes, como he visto, acerca de ciertas cosas, ideas que se parecen bastante á las mías; puede llegar ocasión en que necesite de un corazón sano y noble en que apoyarme... Gracias, Eduardo.

Al decir esto, Blanca tendió con encantadora naturalidad su mano al joven, que la estrechó y la tuvo un momento entre las suyas. Eduardo sintió rápido impulso de llevarla á los labios, pero por un lado el respeto y por otro la imagen de Luisa, que de repente se levantó entre él y su prima como evocada por inexplicable y secreta magia, le paralizaron. Imposible, sin embargo, imaginar cuadro y accidentes más propios para embriagar el corazón y la fantasía. La gallarda figura de Blanca, bañada por los tibios rayos de la luna en el fondo de aquel incomparable paisaje, parecía una poética creación del ángel de los castos amores.

En esto, el toque de una trompa de caza, al que se mezclaron después rumores de voces y trote de caballos, anunciaron la llegada de la señora y huéspedes del palacio, que regresaban de su expedición.

Blanca y Eduardo se dirigieron á su encuentro.

(Continuad).

## NUESTROS GRABADOS

### LA HORA DEL ALMUERZO

CUADRO DE MÜLLER

De un chiquillo glotón se trata en este expresivo cuadro, porque ya desde el nacer empieza el hombre a dar señal de sus aficiones. ¡Cómo chilla para que le den el almuerzo que aguarda con ansia! ¡Cómo se reuerce en la silla que le tiene aprisionado, y de la cual escaparía gustoso a serle posible, arrastrándose a gatas hasta sitio en donde pudiese encontrar la deseada pizanza! El artista ha interpretado con suma verdad este asunto, que indudablemente ha tomado del natural. Es exactísima la expresión del rostro del chico llorón; bien precisados los rasgos de su abultada cabeza, acaso excesivamente abultada para la edad que representa tener; bien dibujadas las extremidades, y ejecutados con arte todos los accesorios.

### CAZADOR DE LEONES

GRUPO ESCULTÓRICO DE A. VALLMITJANA ABARCA

¡Qué vigor se advierte en este grupo! ¡Con qué valentía se halla concebido y modelado! Respira vida por todos lados. Vida hay en el árabe que sujeta los cachorros del león con mano de bronce, manteniéndoles aprisionados y acabando por dominarles. Vida existe en aquellos animales, cuyos instintos de fiera aparecen ya desde que nacieron. Vida presentan todas las líneas del grupo, accidentadas sin que degeneren en tormentosas, enérgicas desde todos los puntos en que puede contemplarse el grupo, y singularmente desde el que hemos elegido para esta reproducción. El joven artista Vallmitjana Abarca trata con idéntica fortuna la figura humana y los animales, lo cual le permite dar a sus grupos una variedad que no es asequible para los escultores que se han dedicado exclusivamente a uno solo de los dos expresados géneros. El árabe, que está dominando los leones, es una figura interpretada con una holgura y una verdad que encantan. El tipo del hijo del desierto es de una rigurosa verdad, es un estudio directo del natural, pero estudio hecho con alma de artista, y por consecuencia reuniendo todas las cualidades que le imprimen interés permanente, el interés que no tendría si aquella cabeza que da idea de un valor y resolución indomables hubiesen sido vaciadas en yeso sobre el mismo, mismísimo africano. Con idéntica pericia y verdad están modelados el torso, los brazos y las piernas del cazador, trabajo hecho sin vacilaciones, con la firmeza de quien sabe los efectos que obtendrá al plasmar el barro. En los leoncillos se descubren repetidas bellezas de desempeño, también dimanadas del estudio pertinaz que Vallmitjana Abarca ha hecho de esta clase de animales, como de otros varios, según lo dijimos en otra ocasión al ponderar su talento en este género escultórico.

### GERONA, 1809

GRUPO DE ANTONIO PARERA

No necesitaría este grupo escultórico la inscripción, elocuentísima en su sencillez, que lleva al pie, para que todo español adivinase al instante su asunto. El noble general que en él sobresale, teniendo a su lado un guerrillero catalán, no puede ser otro que el denodado don Mariano Álvarez de Castro, defensor de Gerona. Y aun cuando esta ciudad cuenta otros hechos de guerra muy gloriosos en sus anales, a ninguno se iguala sin duda alguna la defensa contra el ejército invasor francés, en el memorable sitio de 1809. La sola narración de las hazañas que llevaron a cabo la guarnición y todos los moradores de la ciudad invicta, constituye un verdadero poema épico. La fe religiosa y el amor a la patria inflamaban todos los corazones y estos altísimos sentimientos infundían valor a toda prueba, aun a aquellos que pudieran sentir la debilidad de la cobardía si por acaso llegó a notarse ni siquiera entre las mujeres defensoras de aquella ciudad en 1809. Entre los ilustres jefes militares que allí combatieron por la independencia de España, entre los frailes y prebendados que con sus exhortaciones y con su mismo ejemplo sostuvieron el valor en el vecindario, entre las heroicas mujeres que con aquel fin expusieron el pecho a las balas enemigas, entre los oscuros hijos del pueblo, héroes muchos de ellos por su serenidad y su valor indomable, ergúase la figura hermosísima de Álvarez de Castro, del general que en el famoso ataque del mes de Septiembre aparecía en todos los puestos de mayor peligro, que no dejó si quiera que se hablase de capitulación mientras conservó las fuerzas, y que al caer postrado en cama, vencido por una fiebre nerviosa se postró también Gerona, conforme lo dice un historiador, el día 10 de Diciembre del referido año. La entereza y el valor resplandecen en la arrogante figura de Álvarez, modelada por Antonio Parera en su grupo. El insigne general está caracterizado con extraordinaria perfección, lo cual ocurre también en el catalán que armado del trabuco se apresta a la defensa. Ambos dominan sobre el cadáver de un francés y sobre un montón de despojos de la guerra. La agrupación hábil, natural, sin efectos violentos ni rebuscados, contribuye a imprimir grandiosidad a este grupo, modelado con grande holgura y con superior inteligencia y en el que brilla un puro sentimiento de amor a la patria. El joven escultor catalán Antonio Parera, pensionado en Roma por el Estado, que en otras obras escultóricas había dado ya relevante prueba de su ingenio en este difícil arte, ha acreditado, con el grupo que hoy publicamos, que a las cualidades de pericia y habilidad en el desempeño, une la de una inteligencia clara que sabe hallar temas valientes y desarrollarlos cual corresponde a su elevada significación histórica.

## MESA REVUELTA

Para conservar las uvas es necesario limpiarlas y envolver cada una de ellas en un cucurucho de papel en el cual se hayan practicado varios agujeros con un alfiler, ó mejor todavía en un saquito de crin. Átese luego el rabo del racimo con el hilo que ha de sujetar el saco y déjense las uvas en la misma parra, resguardadas de la intemperie por medio de una cubierta ó tejadillo transparente. Es necesario cortarlas antes que lleguen las heladas. Se las puede conservar durante algunos meses, suspendidas por medio de hilos sujetos á unos clavos puestos en las vigas del techo.

Otro procedimiento, para su conservación, consiste en recoger la uva en tiempo seco, si es posible, y colocarla con mucho cuidado en cestas, procurando no machacarla, transportarla luego en un aposento orientado al Mediodía, y poner en hileras los racimos,

de manera que queden separados unos de otros valiéndose de la paja. Una vez así dispuestos, no deben tocarse hasta el momento de servirlos á la mesa: las uvas que han sido tocadas pierden la frescura, y muy á menudo se pudren al cabo de uno ó dos días. Déjense abiertos los postigos y completamente cerradas las persianas, á fin de que una luz débil y suave penetre constantemente en la

habitación, y procúrese no abrir en ningún caso las ventanas, porque si la atmósfera está cargada de humedad, las uvas se corromperían en seguida. No se olvide, por fin, que la perfecta conservación de las uvas se debe en general á que en la habitación en que están encerradas

reine una temperatura constante, si es posible, y penetre una luz suave al través de las persianas.

Otro medio consiste en recolectar los racimos en tiempo seco, quitarles los granos que no estén enteros, cerrar completamente el extremo del rabo del racimo, y colocarlos separadamente en unos saquitos de papel preparado con cola, doblándole de manera que sea difícil que penetre el aire en el interior y luego se suspenden los racimos por el rabo.

También puede emplearse otro procedimiento, que consiste en colocar en un tonel abierto por un extremo

varias capas alternadas de salvado, trigo secado al horno y racimos perfectamente secos. Luego se tapa el tonel, y se coloca en un local cuya temperatura sea constante y un poco elevada. Por este medio pueden conservarse las uvas hasta seis meses.

El célebre comerciante de París, Chevet, conservaba las uvas, las nueces y las castañas durante mucho



LA HORA DEL ALMUERZO.—CUADRO DE MÜLLER



tiempo, y en muy buen estado; para ello, las distribuía en diversas capas entre las cuales mezclaba cal en polvo en cantidad mayor ó menor, según la clase de frutas de que se trataba. El vaso ó jarrón destapado, en el que había colocado, como queda dicho, las frutas, lo ponía boca abajo, haciendo de modo que una capa de 5 á 6 centímetros de espesor cubriera completamente el orificio.

Todavía podemos indicar otro medio muy recomendable para la conservación de las uvas. Consiste en distribuir los racimos separados unos de otros en varias cajas planas, abiertas por la parte superior, y cubiertas en su fondo de helechos muy secos, ó de paja de centeno, ó bien colóquelas en cajones de un aparador cuyo fondo sea de lata y abiertos en su parte superior para dejar libre la circulación del aire; una vez así dispuesto se coloca el frutero en lugar seco y de vez en cuando se separan de los racimos los granos echados á perder. De este modo pueden conservarse por espacio de siete u ocho meses.

Todos los medios indicados dan por resultado que las uvas se arrugan y los racimos pierden gran parte de su belleza, de modo que si bien resultan unos postres sabrosos, en cambio dejan de ser el natural adorno de una mesa servida con esplendidez.

Para evitar este inconveniente, en el momento de recolectar las uvas, córtese una parte del sarmiento que contenga los racimos y sumérjase en seguida en un frasco de agua mezclada con una pequeña cantidad de polvo de carbón, al objeto de impedir que se corrompa. Por este medio la evaporación más ó menos grande producida por los racimos, viene compensada por la absorción correspondiente del agua del frasco y permite conservar hasta el mes de Mayo, frescos y sabrosos racimos, cuyo hermoso aspecto pronto nos hará olvidar que no tienen tan buen sabor como los conservados por los procedimientos anteriores.

\*\*\*

El pescado se corrompe muy fácilmente, en particular durante los rigores del verano.

Para lograr que se conserve en buen estado existen varios procedimientos.

Se puede evitar, por espacio de mucho tiempo, la fermentación pútrida del pescado metiéndole en hielo; pero hay un medio más económico que consiste en el empleo del carbón en polvo grueso. Después de vaciar y limpiar con cuidado el pescado, llénesele de carbón y colóquesele sobre una espesa capa de esta sustancia, con la que se le cubrirá luego completamente. Las propiedades antisépticas del carbón son tan extraordinarias, que puede, sin dificultad, devolver la lozanía primitiva al pescado que esté ya próximo á fermentar; basta para ello echar un poco de carbón vegetal en polvo en el agua en que se ha de hervir. Si se teme que el polvo de carbón mezclado con el agua no se podrá separar fácilmente, métasele en un saquito de tela. Este procedimiento es de éxito seguro, sobre todo si se trata de la raya, la cual recobra el buen color y buen aspecto inmediatamente.

También se puede conservar el pescado durante el verano, por espacio de veinticuatro horas, sumergiéndole en agua salada hirviendo y conservándose en ella después de haber hervido, hasta el momento en que deba utilizarse para la comida. Si se quiere que su conservación se prolongue más de veinticuatro horas se le hace hervir de nuevo, pero generalmente no se debe prolongar su conservación más de dos días. Para esta operación debe emplearse un jarro de tierra vidriado.

Se aconseja también, ya que se lave con una solución débil de ácido acético ó ácido clorhídrico, ó que se le someta á una atmósfera de ácido sulfuroso. Este último procedimiento da muy buenos resultados.

Se le conserva también cubriéndolo con azúcar ó miel. Este medio de conservación lo usaban ya los romanos, que transportaban á Roma pescado de países lejanos metido en jarros llenos de miel. Sin embargo, no hay necesidad de envolverle completamente con azúcar, puesto que basta meter en el buche de un salmón de 2 ó 6 kilogramos una cucharada de azúcar rojo ó quebrado para que se conserve en buen estado. Con todo pescado de mar (bacalao, merluza, etc.), puede emplearse este procedimiento; el azúcar ofrece la ventaja de que no comunica ningún sabor desagradable.

Los modos más comunmente usados para la conservación del pescado son: la desecación, el ahumado, la salazón y la inmersión en aceite de oliva. Gracias á estos procedimientos se hace el gran comercio con los arenques, las sardinas, el bacalao, el atún y las anchoas.

\*\*\*

En presencia del rey de Nápoles y muchos caballeros, trujo un lapidario infinitas piedras preciosas. Ya, después de haber vendido muchas, halló de menos un diamante riquísimo, y dijo:—No creo yo que en presencia de vuestra alteza se me pierda un diamante que me falta.—Entonces el rey, como prudente, mandó traer un plato lleno de salvado, y mandó que todos pusiesen la mano cerrada en el plato, así como él, y la sacasen abierta. Hecho esto, mandó que mirase el lapidario el plato, y halló su diamante.

\*\*\*

A un cierto viejo corríanle los moachos sobre cierta cosa que le decían. El cual, astutamente, por desviar que los moachos no se la dijese, compró confites, y topando con los que se la decían, y los que no se acordaban de ello, dábales confites diciendo:—Mochachos, tomad, porque me digáis eso que me soléis decir.—De ahí adelante no les quiso dar más, y como los topaba decía:—Mochachos, ¿por qué no me decís lo que solíades?—No diremos si no nos dais confites: ¿pensáis que somos bobos?—Y de esta suerte hizo callar los moachos de lo que tanto se corría.

\*\*\*

En un banquete, estando el señor que lo hacía en la mesa, vido como uno de los convidados se escondió una cuchara de oro, y por el consiguiente él escondió otra. Viniendo por diversas veces á la mesa el guarda-plata

por buscar las cucharas que le faltaban, dijo:—Toma, descuidado, toma esta cuchara, que el señor Fulano te dará la otra, que no lo hicimos sino por probarte.

\*\*\*

En una exposición pajaril de Berlín llamaron mucho la atención unos canarios de diversos colores. Parece que desde algún tiempo antes aquellos canarios habían sido alimentados con pimienta de Cayena, cuya alimentación les hizo perder por completo su primer plumaje transformándose magníficamente: los había de color muy oscuro, de rojo vivo, anaranjado, etc., etc.

Parecían pequeñas cotorras. Después este procedimiento se ha extendido mucho como cosa curiosa en general, y muy interesante para las ciencias naturales.

\*\*\*

Cuando estés en una asamblea no abuses de la palabra ni tampoco del silencio: sírvete alternativamente de las orejas y de la lengua.—(NABI-EFFENDI).

\*\*\*

Teme la tranquilidad del malo, más que la cólera del hombre de bien.—(PAU-SHA-TAUTRA).

## RECREOS INSTRUCTIVOS

### XII

—¿Se puede ver al fin lo que estaba usted haciendo encerrado en su cuarto?

—Ya lo creo, Clarita, como que está ya concluido: son dos terribles siluetas que van a dar gran golpe esta noche, intercalando su aparición con los fantasmones de la linterna mágica.

—¿Y el espejo que pidió usted, para qué objeto lo quería?

—Para lograr con él otro efecto de óptica muy curioso; he cubierto con papel delgado toda la superficie del cristal, luego recorté en el centro unos ojos tamaños, una nariz inverosímil y una hilera de dientes digna de un atroz caníbal; después pondré encima otro papel de igual tamaño en que hay figurados los párpados y los labios, de manera que moviendo el segundo papel de



arriba abajo, abrirá y cerrará alternativamente los ojos y la boca: pues bien; haciendo que vaya la luz de una bujía al plano del espejo, y reflejando desde éste a la pared, los puntos luminosos que han quedado en descubierto y tienen la forma de ojos, nariz y boca, lograremos con esto que cuando alguno de nosotros se interponga entre la bujía y la pared, irá a su sombra el reflejo de mi espejo mágico, pareciendo que el individuo cuya silueta se marca en la pared tiene la extraña fisonomía que he recortado en el espejo; ya veréis qué cosa tan rara.

—Y en la linterna mágica, ¿qué vamos a poner?

—Las vistas suizas que pintó Sofia sobre el cristal, copiándolas de las excelentes fotografías que todo turista se cree obligado a llevarse de Suiza como imperecedero recuerdo de su excursión a aquel hermoso, pero frío país.

—No he visto cómo se pintan esas vistas.

—Hay varios procedimientos, pero el más sencillo es el que hice adoptar a Sofia: se toman cristales claros y de muy poco espesor, de unos treinta centímetros de largo, en que quepan holgadamente dos vistas del diámetro del tubo de la linterna; debajo del cristal, se coloca la vista fotográfica que hay que reproducir y se calca con tinta china indeleble; luego de perfilado el paisaje sobre el cristal bien limpio, se pinta con colores transparentes de los que venden para iluminar fotografías, ó se preparan adicionando goma ó glicerina a los colores usuales; la masa del color debe ser algo espesa, pero sin perder la transparencia, y se emplean los colores no opacos, proscribiendo los ocre y bermellones, y empleando el azul de Prusia, el siena quemado, el amarillo indio, el carmín, etc. Después que se han pintado los discos, se deja secar el color, y con una punta de hierro dulce se sacan los claros brillantes, dejando al descubierto el cristal para que lo atraviese la luz: con este procedimiento se hacen magníficas vistas, se imitan muy bien las escenas nocturnas de Venecia, los hielos del Mont-Blanc, los bosques de África iluminados por la luna, y un sin fin de efectos muy artísticos que, reflejados en la pared, producen verdadera ilusión.

—Ya estoy deseando pintar alguna de esas vistas.

—Pues no falta nada para que pueda usted, cuando quiera, ensayar ese género de pintura; hay en el desván cristales de desecho y de ellos sacaremos trozos regulares.

—¿Cómo?

—¡Toma! cortándolos.

—Pero el vidriero... aquí no hay vidriero.

—Se improvisará: hay muchas maneras de cortar el cristal: por ejemplo: se toman unas tijeras fuertes, de las de cortar cartón, y metiendo las manos, el cristal y las tijeras en el agua, se puede cortar el cristal con un

poco de paciencia; no queda del todo bien la cortadura, pero basta para dividir un trozo grande en varios trozos: además, se puede fabricar un carbón especial que puesto en ignición y pasándolo por encima del vidrio lo corta:



este carbón se obtiene haciendo disolver en agua 30 gramos de goma arábiga y 13 de goma adragante, y luego en alcohol 5 gramos de estoraque: todo esto lo hallaremos en el botiquín de papá; se mezclan estas dos soluciones y se añade 100 gramos de carbón fino pulverizado; así forman una pasta espesa que se convierte en una especie de lápiz haciéndola rodar por encima de un



vidrio plano, polvoreado con carbón; el lápiz se hace secar lentamente con ayuda de un calor suave. Y una vez seco, este carbón, enrojecido al fuego, corta el vidrio en todas direcciones, bastando para empezar el corte abrir con una pequeña lima un pequeño entalle.

Hay, además, y se compran muy baratos, ciertos *diamantes* de vidriero, que venden en las ferias, y que consisten en una ruedecilla de metal montada en un lapicero: creo que tengo uno de esos *diamantes* en mi cofre, y así nos ahorraremos mucho trabajo.

—¿Y las siluetas?

—También pueden cortarse con esas ruedecitas, pero yo prefiero el rejón; aquí están las que hoy he recortado: una de ellas representa el célebre Paganet, el tipo del *savant*, que Julio Verne ha satirizado con bastante gracia en sus novelas; el hombre eternamente distraído... como yo.

Volviendo á las siluetas, le diré que son muy útiles para acostumbrarse á ver la forma y el claro-oscuro con sencillez: el genial dibujante J. J. Granville había hecho muchos estudios de este género, y alguno de ellos lo reproduciré para que podamos gozar de los inesperados efectos de claro-oscuro que proyectan sobre la pared tales recortes; el repertorio de las ilusiones ópticas es inagotable, porque en este mundo casi nada es en realidad tal como aparece ante los ojos.

JULIÁN.

#### Solución á los enigmas anteriores

- 1.º Un mito. 2.º El espejo. 3.º La encina. 4.º De agua.  
5.º Los higos chumbos

#### LOSANGE



Sustituir los puntos con letras, de modo que resulte, en cruz, el nombre de una ciudad célebre, donde no la hay todavía.

Soluciones parciales: 1, letra; 2, pronombre muy importante; 3, río célebre; 4, viento correcto; 5, hombre algo incorrecto; 6, madera buena; 7, irredentista; 8 (solución); 9, monte más alto de lo regular; 10, gente acuática; 11, ninfa; 12, héroe español; 13, gran cosa, pero tonta; 14, letra.

#### ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.ª*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y á las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados todos los derechos artísticos y literarios.—IMP. ESPASA Y COMP.ª





VESTALINA

TESTA DE ESTUDIO POR GABRIEL MAX





## MEMORÁNDUM

**D**ECÍAMOS en uno de los pasados números que Mr. Gladstone no había caído en lecho de rosas al subir al poder como presidente del nuevo ministerio liberal. Aunque en estos meses la vida política de aquel país está de vacaciones, como en casi todos los Estados del mundo civilizado, ya se le ha aparecido algún nubarrón, precursor de las tormentas que se desencadenarán más tarde. Este nubarrón viene representado por Mr. Labouchere, radical, propietario del semanario *The Truth*, uno de esos periódicos que viven hoy en Europa del escándalo, que no respetan á nadie, que penetran en el sagrado del hogar, y sobre todo, que no tienen escrúpulo en herir á un hombre, calumniándolo. Mr. Labouchere, de quien también se han admitido escritos en el *Daily News*, porque el mal ejemplo cunde de un modo espantoso, desde las columnas de *The Truth* hizo durante el ministerio Salisbury una campaña demoledora, cuyos tiros alguna vez llegaron hasta la misma persona de la Reina, y de los cuales fueron blanco con frecuencia individuos de la real familia.

Al constituir Mr. Gladstone el nuevo ministerio se dijo que no había incluido en él á Mr. Labouchere por haber manifestado la reina Victoria sentimientos hostiles hacia el citado personaje. Aprovechó éste la coyuntura para hablar en su semanario de la soberana de la Gran Bretaña en tono despreciativo, pavoneando su vanidad y su soberbia; mas hete ahí que Mr. Gladstone derriba el castillo de naipes que Mr. Labouchere había alzado, afirmando en carta que ha visto la luz pública, no ser cierto que hubiese hablado nunca de él á S. M. B., puesto que jamás pensó en incluirle en el ministerio. Sobre quién está en lo cierto discuten ahora los diarios ingleses. No por tener la oposición de Mr. Labouchere el carácter deplorable que hemos indicado, dejará de ser perjudicial al nuevo gabinete, tanto más cuanto que aquel periodista y hombre político había mostrado antes sus simpatías por la conducta y los proyectos políticos de los liberales y radicales entronizados en el poder actualmente. Por la parte de Irlanda nótanse también síntomas de borrasca, que se acentuarán, sin duda, tan pronto como se advierta con claridad que el octogenario primer ministro va aplazando el asunto del *Home rule*. De momento puede ser origen de gran desasosiego la petición, que cuenta ya con muchos partidarios, de que sean reintegrados en sus tierras los terratenientes ó colonos irlandeses que fueron expulsados de ellas por no haber satisfecho las pensiones que debían, cediendo á las sugestiones de la Liga Agraria.

TOMO I. — 61.



\* \* \*

En Francia el proceso contra el marqués de Morés, que mató en desafío al capitán Mayer, ha despertado nuevamente la cuestión antisemita y ha puesto de relieve cuán ofuscadas se hallan en aquel país las inteligencias en el asunto del duelo. Condena el desafío la Iglesia y lo condenan también los Códigos civiles de todas las naciones, si bien distinguiendo éstos la diferencia que media entre un homicidio ordinario, y más todavía entre un asesinato, y una muerte en duelo. Estas disposiciones, vigentes en todos los países á que aludimos, son causa de que la ley se escarnezca repetidamente, ya que los tribunales, y sobre todo los jurados, al fallar sobre esta clase de delitos absuelven á los delincuentes. Así ha ocurrido también ahora con el marqués de Morés, después de debates en que se han desencadenado otra vez las pasiones contrarias á los judíos, convirtiéndose, en ciertos momentos, la sala de audiencia en un verdadero campo de Agramante. Morés y sus testigos han sido absueltos libremente, sin que se les haya impuesto la menor corrección, y la censurable costumbre del duelo se mantendrá en Francia, amparada, puede decirse, por la ley, ya que allí, como en todas partes, los fallos de los tribunales de justicia contribuyen á formar jurisprudencia en las materias sobre que recaen. La opinión pública ha aplaudido en general el fallo absolutorio del jurado.

\* \* \*

Al Congreso de la Paz que se celebra en Berna acudieron unos cuantos estudiantes rumanos, quienes han sabido hacerse simpáticos por su patriotismo, su templanza y su elocuencia. Al llamar la atención del Congreso sobre la triste situación de su país, recordaron que éste fué agregado á Hungría, cuyo yugo hoy está sufriendo. El reino de Hungría cuenta con 17.000,000 de almas, y si bien los magiares no pasan de 6.500,000, se imponen á las demás razas con un despotismo que nunca empleó Austria contra Hungría. Los croatas elevan las mismas quejas contra los magiares, pero son tan poco oídos como las demás víctimas. El Parlamento húngaro se compone de 417 diputados, y los magiares maniobran de tal manera en las elecciones, que no se sienta en la Cámara ningún representante perteneciente á las razas eslava, rutena, servia ni rumana. Tratándose de regionalistas tan celosos de su autonomía como los magiares, el ejemplo merece ser meditado.

\* \* \*

El telégrafo nos ha traído la noticia del fallecimiento del generalísimo Deodoro de Fonseca, presidente que ha sido de los Estados Unidos del Brasil, y uno de los autores, acaso el principal, ó por lo menos el que sacó más la cara, de la revolución que arrojó del trono de aquel imperio al anciano monarca don Pedro. Desde aquella fecha, como no ignoran nuestros lectores, el Brasil no ha tenido reposo. Las asonadas y los levantamientos se han sucedido uno tras otro; las calles de Río Janeiro se han visto convertidas frecuentemente en verdaderos campamentos; algunos Estados se han sublevado contra el mal gobierno de los ministerios que se han ido sucediendo en el poder; la deuda de la nación ha aumentado en cantidades fabulosas; se han dictado las disposiciones más deplorables para favorecer determinadas empresas, con daño del Tesoro público, de donde se han originado fortunas improvisadas, lo cual ha producido vivísimo escándalo, y así por el estilo puede asegurarse que no se encuentra página buena en los anales de los Estados Unidos del Brasil desde la caída del imperio. El generalísimo Fonseca fué víctima él mismo de los manejos políticos, y tras de haber protegido, sin escrúpulo alguno, á sus hechuras, hubo de dejar la presidencia, de que se encargó el vicepresidente Floriano Peixoto, separándose de la vida activa de la política. Su persona, no obstante, servía de bandera para conspirar, á lo que habrá puesto término su muerte. Así, pues, ni siquiera por algunas horas habrá podido disfrutar de la traición que hizo al emperador, á quien debía repe-

tidos favores, y á quien estaba obligado á guardar fidelidad inquebrantable por su calidad de general del ejército brasileño.

\* \* \*

La desdichada América del Sur sigue en otros Estados entregada también al despotismo, á la anarquía y á la revolución. En Venezuela continúa encarnizada la guerra civil, y á la fecha de las últimas noticias publicadas por el *New York Herald*, se sabía que el general Urdaneta, jefe del ejército del gobierno, se había proclamado dictador, disolviendo el Congreso y poniendo presos á varios senadores. Aprestaba sus fuerzas para librar á las fuerzas insurrectas una batalla que sin duda alguna será sangrienta.

En Honduras, según parece, la insurrección va de vencida. Despachos telegráficos recibidos en Nueva Orleans han confirmado las noticias, que se tenían ya, de la ocupación del puerto de la Ceiba por las fuerzas del gobierno al mando del general don Ponciano Leiva. Con hartas dificultades lograron escapar los generales revolucionarios Bonilla, Ayes y Canelas. En virtud de sentencia de un consejo de guerra el 1.º de Agosto fueron fusilados los jefes de la insurrección, el doctor Francisco Peralta, cubano, Edwards, Alvarado y doctor Carcamo, que fueron hechos prisioneros en el ataque de la Ceiba. Entristece profundamente el ánimo la narración de cuanto ocurre en diversas naciones de la América Meridional, debido á la insensata propaganda que están haciendo de continuo los aventureros políticos y los escritores utopistas, y á los gobiernos también que consienten toda clase de desafueros y de excesos con tal de sostenerse en el poder.

B.





## EL CIEGO

**N**o un solo día dejaba de sentarse al pie de la escalera Boisgerard, en una silla de paja con el respaldo roto, que llevaba colgada del brazo.

Veíale venir por aquella calle, especie de carretera de provincia sin tiendas, que, llena de carruajes, serpenteaba entre paredes de guijarros. Como podía andar unos cuatrocientos metros sin cambiar de acera ni atravesar ninguna de las callejuelas transversales, recorría esta distancia con gran velocidad, sin abandonar, no obstante, la pared y moviendo acompasadamente el bastón que llevaba.

Al llegar á la escalera parábase de improviso, colocaba la silla con mucho cuidado en el suelo y se sentaba. Buenos zuecos llenos de paja resguardaban sus pies de la intemperie; la mano con que sostenía el platillo la llevaba cubierta con un guante colorado de punto con un solo dedo, el cual daba al antebrazo el aspecto de un buche de cangrejo.

Cosa rara en un ciego, no iba acompañado de perro ni llevaba colgado al cuello el cuadrito. Su clientela se formaba de las personas caritativas que subían por aquella escalera, y muy singularmente de las que formaban las comitivas de los entierros. De lejos adivinaba la proximidad de un cortejo por la especial cadencia de los pasos que se percibían detrás del coche fúnebre. Entonces se levantaba y, quitándose al mismo tiempo el sombrero, se persignaba con mucha devoción. Casi siempre algún caballero enlutado se separaba un tanto de la comitiva y echaba un sueldo en el platillo.

Dábale el ciego las gracias, y después del acostumbrado desfile de la familia y de los carruajes, volvía á sentarse.

Como lejos de ser quejumbroso era muy complaciente y agradable, todas las personas que solían pasar por aquel sitio entraban en conversación con él.

—¿Cómo va el negocio esta mañana, Francis?

Y contestaba con la sonrisa en los labios:

—Va bien; mejor que ayer, señor Boissel.

Porque era para él cuestión de amor propio el reconocer las personas sólo por la voz, y llamarlas claramente por sus nombres.

Cada día, á las doce, su mujer le llevaba la sopa en una fiambarrera de estaño perfecta-



mente cerrada por una tapa. Algo entrada en años, sus brazos frescos de lavandera estaban ya marchitos.

Quedábase un rato de pie, con los brazos en jarras y hablando con su marido; cuando ya había terminado la comida, cepillábale detenidamente el paletó, que estaba blanco por el continuo roce con las paredes, y despedíanse como buenos amigos.

Diariamente pasaba dos veces por delante de Francis, al bajar y al subir la escalera cuando iba á pasar la visita en el hospital, y muy á menudo le daba un sueldo. Al cabo de algún tiempo me conocía ya por el ruido de mis pisadas, y cada vez que pasaba me saludaba diciendo:—¡Buenos días, señor doctor!—Pronto fuimos amigos. En verano, á las doce de la mañana, cuando yo subía, con el sombrero en la mano, algo sofocado por el calor, me detenía allí para echar un parrafito. Así conocí su historia. Había trabajado por espacio de treinta años de cerrajero; como ganaba un buen jornal y no tenía hijos, vivía con cierto desahogo y su esposa no se dedicaba á ningún oficio.

Una mañana observó que su vista no era tan clara; rápidamente fué de mal en peor, y al cabo de dos años ya no veía nada absolutamente: la más completa oscuridad reinaba en torno suyo. En este terrible estado no le quedó otro recurso más que comprar un platillo y pedir limosna á los transeúntes, mientras que su mujer, con verdadero valor, se dedicó á las más rudas faenas domésticas en casa de sus parroquianos.

—¡Pobre! ¡cuánto sufrirá con sus manos tan delicadas! decía el ciego exhalando un suspiro.

La necesidad en que veía á su esposa de trabajar parecía ser lo único que apenaba al pobre ciego.

Hablaba de su desgracia con la sonrisa en los labios, contestando á las palabras de consuelo que le dirigían con buen humor, nunca apesadumbrado y triste:

—¡Bah! caballero, no me fastidio tanto como usted cree.

Mientras le hablaba, sin darme cuenta de ello, examinaba con la atención habitual del médico aquellos ojos apagados, en los que se había extinguido la luz hacía muchos años. Uno parecía perdido del todo, pero el otro sólo se vela cubierto por una nube blanquecina que empañaba la natural pureza del iris.

Preguntéle:

—¿Veis con frecuencia algunas moscas?

—¡Oh! sí, señor, contestó; como verdadero enjambre vuelan á mi alrededor.

—¿Habéis consultado á alguien vuestra enfermedad?

—Hace ya cuatro años.

—¿Sabéis qué clase de enfermedad es la vuestra?

—Una catarata.

—Pues si tenéis confianza en mí, puedo devolveros la vista.

Púsose colorado y con cierta sonrisa de inquietud volvió la cabeza hacia mí. Figurábase que yo llevaba en el bolsillo los instrumentos necesarios para empezar la operación acto seguido.

Preguntóme con timidez:

—¿No habrá peligro en la operación?

—¿Qué perdéis en ello? ¿No es completa vuestra ceguera?

Y como no contestara, añadí:

—¡Vamos! supongo que un antiguo cerrajero no va á tener miedo.

—Pues iré á visitarle cuando usted guste.

Al cabo de dos días presentóse el matrimonio á mi casa vestidos con la mejor ropa que tenían; él muy pálido, y su pobre mujer sin poder sostenerse en pie, de modo que tuve que hacerle tomar asiento inmediatamente y respirar algunas sales.

Con el auxilio del oftalmoscopio pude observar que las manchas se hallaban en el cristalino. Sin duda era una catarata lenticular, y como estaba muy desarrollada, pensé extraerla fácilmente por extracción linear.

Hice sentar al ciego de cara á la ventana, por donde penetraba buena luz al través de blancas cortinas. Mi practicante le sostenía fuertemente la cabeza; la pobre mujer nos contemplaba conmovida; sus miradas se dirigían de mis ojos al cistótomo y me interrogaban.

Al colocar el aparato de que me sirvo para dilatar las pupilas, Francis murmuró alguna queja.

—¡Ánimo, amigo mío, lo más doloroso ya está hecho!

El ojo estaba inmóvil, tomé el instrumento y con él operé la punción de la córnea dentro de su circunferencia, y luego con gran presteza, con el auxilio de la sonda, quité los restos del cristalino y la luz inundó la cavidad del ojo operado.

El pobre ciego dió un grito de alegría. A sus pies, y de rodillas, hallábase su mujer sin poder hablar y aproximando hacia él su arrugado rostro.

—¡Bueno! ¡Bueno! Levantaos, le dije yo.

Pero ella continuaba inmóvil con la mirada fija en su esposo, buscando anhelante en el ojo operado é inútil, desde tantos años, la señal de que penetraba en él la luz como le había prometido.

Él se había echado hacia atrás repentinamente como herido por un golpe en el pecho.

La luz inundaba su rostro transfigurado. Por algunos instantes permaneció silencioso y con la boca entreabierta. Lentamente inclinó su cara, mientras con las manos buscaba la de su mujer para bendecirla; pero en cuanto dió con los cabellos grises hizo un gesto de desagradable sorpresa, su rostro se cambió por completo, dos lágrimas surcaron suavemente sus mejillas, y murmuró entre dientes con voz entrecortada:

—¡Ah! ¡esposa mía! ¡cómo has envejecido!

HUGO LE ROUX.



## LA PERRA DE JULIANITA

VAYA que es fatalidad!  
¡Vaya que es fuerte desgracia,  
que no he de tener amores  
que venturosos me salgan!  
El diablo me tienta siempre...  
ó no sé si es diablo ó diabla,  
ó soy acaso yo mismo  
quién se tienta y quién se palpa.  
Ello es que nunca me inspira  
tentaciones ordinarias:  
mis amores, raros siempre;  
mis queridas siempre raras.  
No hablo ya de los antiguos,  
de las épocas lejanas,  
allá, cuando no tenía  
bigote, patilla y canas.  
Hablo de los más recientes:  
contaré lo que hoy me pasa  
con una linda viudita  
más verde que una retama.  
Si alguno quiere al objeto  
de mis amorosas ansias  
reconocer por más señas  
daré sus señas marcadas.  
Estatura regular,  
algo más alta que baja,  
que yo propendo en amores  
siempre al «*Tendimos ad alta.*»  
Ojos que me representan  
dos opiniones contrarias:  
liberales por lo negros  
y facciosos porque matan.  
Nariz progresista neta,  
que cuando nadie pensaba  
en pronunciarse en Septiembre,  
estaba ya pronunciada.  
Color, que si Adán lo viera,  
de nuevo resucitara  
el pecado original  
creyendo que era manzana.  
De la barba sólo digo  
que Julianita, mi amada,  
ni tiene pelo de tonta,  
ni tiene pelo de barba.  
Las señas particulares...  
pudiera dar las del alma;  
las del cuerpo nunca quiso  
que en el pasaporte entraran.  
Una pasión la domina,  
pero no pasión humana,  
que su pasión dominante  
son los perritos de faldas.  
Tres tiene como tres perlas:

un doguito, otro de lanas,  
y el imán de sus carños  
una perrita africana,  
participio de las perras,  
abreviatura con patas,  
miniatura con hocico  
y apéndice de su falda.  
Pero origen de discordias,  
pero principio de alarmas,  
pero angustia de doncellas  
y tormento de criadas.  
Que la perrita no come,  
que la perrita no ladra,  
que la perrita está triste,  
que la perrita está mala,  
que no me la habéis peinado,  
que no la hicisteis la cama,  
que no la disteis bizcocho  
con la leche esta mañana.  
Y hace cargos, é interpela,  
y disputa, y riñe, y rabia,  
y anda la paz por el coro,  
y la guerra por la casa.  
Mas todo me diera un bledo,  
todo un pito me importara,  
con tal que no trascendiese  
á mi amor la gresca y zambra.  
Pero es lo serio del cuento  
que, cuando voy á su casa,  
pienso echar el día á amores  
y echo á perros la mañana.  
Pinto á Juliana mis cuitas,  
le empiezo á exponer mis ansias,  
y cuando estoy en lo fuerte  
de mi amorosa plegaria,  
la campanilla que suena,  
*Lindoro* que la oye y ladra,  
*Pipi* que se despepita,  
*Clorinda* que se desgaña,  
Julianita que me deja  
por correr tras su africana,  
y yo que me quedo haciendo  
un papel como una estatua.  
Y vuelve con ella en brazos  
y le dice: «¿Por qué ladras,  
pícaruela? ¿no te he dicho  
que no ladres cuando llaman?»  
«Toma,» y le da por castigo  
una palmadita blanda  
y luego le hace caricias  
y le da un beso en la cara,  
y á mí me da... ¿qué ha de darme?  
y á mí me da cien... palabras



de obsequiarme con un perro cuando su Clorinda para.

—Y ¿usted no ha visto, me dice, la comedia titulada:

*Los perros de San Bernárdo?*

—Sí, señora: es muy buen drama.

—¿Y el *perro del Pirineo?*

—También, señora, me agrada.

—¿Y del *Perro de Montargis*, qué me dice usted? —No es mala;

pero usted se ha trascordado sin duda, bella Juliana,

que yo le hablaba de amores y mis penas le contaba.

—No, señor, sino que siempre

á este diablo le da gana

de cortar en lo más crítico

la conversación más grata.

Vaya, ¡sí es lo más travieso! ..

Mire usted: ¡esta mañana

antes de las once y media

subió trepando á mi cama!

Y lamiéndome en el cuello,

y acercándose á mi cara,

y haciendo gestos y cosas

como una persona humana...

ni á Lindoro, ni á Pipí

á nadie subir dejaba,

¡porque es lo más envidioso!...

—Señora, ¿y quién no envidiara?

¡si en el caso de Clorinda!... —

¡Perro de mí! Soy un mandria;

¡tener celos de una perra

y envidia de una alimaña!

Mas concluye la visita,

porque acaba la mañana,

y me salgo dado á perros

y dando al diablo á Juliana.

Pero una sublime idea

me ocurre al llegar á casa;

compro, pues, un collarcito

con cinta de raso blanca

y me voy al día siguiente

lleno de amor y esperanzas,

—A los pies de usted, querida:

¿cómo está usted? — Buena, gracias.

—¿Y Clorindita? — Malucha;

hoy no ha comido tostada

con el café. — ¡Pobrecita!

sentiría incomodarla.

Mas ayer precisamente

me ha llegado por la Mala

este collarcito verde,

el cual, si usted se dignara

aceptar para Clorinda,

y que su linda africana

le llevara cuando usted

con ella al Retiro vaya...

—¿No es de París? — No, señora,

pero vino de Alemania,

y la cinta es virginal

como tiene usted el alma.

—¿Ha visto usted el que trae

la condesa de la *Palma*

para su perra danesa?

¿Ha visto usted el que gasta

la Pilarcita *Olmo verde*

para su perrita de aguas?

¿O el que lleva para el suyo

Rosarito Santa Clara?

Pues todos tres son azules

con cinta color de caña.

—¿Y no me diréis, señora,

dónde esos collares se hallan?

—Sí, todos son de París

y dei almacén que llaman

*des petits-colliers de chiens*,

*rue Saint-Denys*, tienda cuarta.

—Pues bien, querida, es muy fácil

el remediar esa falta. —

Y héteme que me despido

y me voy corriendo á casa.

Y tomo papel y pluma,

y escribo al vuelo esa carta

á un amigo de París

versado en la diplomacia:

«Mi amigo: Se hace preciso,

y así lo exige la patria,

y el bien público lo pide,

y así mi honor lo reclama,

se tome usted la molestia

de pasar presto y sin falta

á la calle de Saint-Denys,

número 2, tienda cuarta,

almacén de collaritos

para perritos de falda,

y tome usted uno azul

con cinta color de caña.

El mejor y de más precio,

al instante por la Mala,

mande usted. — Suyo siempre

atento amigo. — *Postdata.*

«Advierto que me va en ello

el cariño de una dama.

No digo más; usted mande

con recíproca confianza.»

Mientras el collar venía,

las visitas continuaban,

y como papel de deuda,

que en la Bolsa sube y baja,

así sufría igualmente

mi amor sus altas y bajas;

pero al cabo un diez por ciento

vine á ganar en la plaza.

Llega en esto el collarcito,

se le presento, le agrada,

se le pone á su Clorinda,

que con él está que encanta.

—Amigo, es usted muy fino,

le estoy á usted obligada,



¡BONITOS FRUTOS!—CUADRO DE G. BELLEI

TOMO I.—62.

Ayuntamiento de Madrid

mas no esperaba yo menos  
del sujeto á quien amaba.  
—¿Me amaba usted, Julianita?  
¿Merezco ventura tanta?  
Y mi mano con su mano  
naturalmente se enlazan.  
Y luego, que entrando fuimos  
en diálogos de confianza,  
fui á cogerle una pulga  
que tenía en la garganta,  
y se me encrespa Clorinda  
y me da una dentellada  
en el dígito derecho  
que del corazón le llaman.  
—¡Maldita sea Clorinda!  
exclamé lleno de rabia.  
—¿Cómo que maldita sea?  
¡Maldecir á mi africana!  
¡Maldecir á mi perrita  
en lugar de acariciarla!  
—Hija mía, si usted cree  
que lo merece la gracia...  
—Caballero, á mi Clorinda  
se la mima, haga lo que haga,  
la educación lo aconseja  
y es un deber en quien ama,  
que quien amor y cariño  
á una joven le consagra  
con todas sus consecuencias  
se entiende que arrostra y carga.  
—Sí; mas si las consecuencias

son consecuencias que ladran,  
son consecuencias que muerden,  
y consecuencias que clavan,  
niego yo la consecuencia,  
señora.—Pues acabada  
cuenta usted la relación.  
—Muy bien, señora, y mil gracias;  
pero diré en todas partes  
»que esto ha sido una perrada.»—  
Y sin hablar más ni menos,  
tomo el sombrero y la caña,  
y á la puerta me dirijo,  
y tras de mí se abalanzan  
Pipí, Clorinda y Lindoro,  
tres enemigos del alma.  
Y me escapo entre ladridos  
sin saber á quién culpar,  
si á la perra de Clorinda,  
ó á la perra de Juliana.  
Si ustedes por acaso un día,  
á Julianita encontraran  
con dos perros y una perra  
con cinta color de caña,  
de mis amores la historia  
ven ustedes compendiada  
con su exordio y su progreso,  
su fin, y sus circunstancias.  
Y librenos Dios de amores  
que por consecuencias traigan  
un Lindoro y un Pipí  
y una perrita africana.

FRAY GERUNDIO (1).

(1) Don Modesto Lafuente (*Fray Gerundio*) nació el día 1.º de Mayo de 1806 en el lugar de Ravanal de los Caballeros. Educóse en Cervera de Pisuerga y completó de una manera brillante sus estudios en el seminario conciliar de León, en el cual se dedicó á la enseñanza, que en 1837 abandonó, siendo nombrado oficial primero del gobierno político de aquella ciudad. Por este tiempo redactó bajo el título de *Fray Gerundio* un periódico festivo, crítico y satírico que gozó de cierta popularidad. Por motivos de salud no pudo aceptar el empleo que se le ofreció. Este contratiempo redundó sin duda en bien de la literatura y de las letras, porque habiendo venido á Madrid á reponerse, reanudó sus interrumpidas tareas periodísticas, dando de nuevo á luz su predilecto *Fray Gerundio*.

Lafuente es más conocido como prosista que como poeta. En sus composiciones poéticas se distingue más bien por la agudeza de los conceptos que por la belleza de la forma literaria.

Con gran laboriosidad llevó á feliz término su *Historia general de España*, cuyo discurso preliminar es un monumento literario de primer orden.

Murió cristiana y devotamente el día 25 de Octubre de 1866.





# UNA SEÑORITA CHINA GRADUADA

NOVELA TRADUCIDA DEL CHINO AL INGLÉS

POR

EL PROFESOR DOUGLAS

## CAPÍTULO I

(CONTINUACIÓN)



EGLANTINA se alegró de que no hubiese descubierto su nombre y rióse con él de la sentencia. En esto, llegó Wei, que había oído su conversación y sus risotadas, y cogió á su vez la flecha. Mientras la estaba examinando, fué un mensajero á llamar á Tu de orden de su padre, y no bien hubo vuelto el joven las espaldas, cuando Wei exclamó maravillado:

—¡Qué veo! Ahí está grabado el nombre del misterioso cazador, ó cazadora, pues por lo visto es una mujer. Se llama Eglantina. ¿Quién será esa muchacha tan poéticamente denominada?

—Dadme la flecha, dijo Eglantina. Pertenece á mi hermana.

—No sabía que la tuvieses, replicó Wei.

—¡Vaya si la tengo! respondió Eglantina echando en olvido la célebre máxima de Confucio: *Sé veraz*. Tiene un año menos que yo.

—¿Por qué no hablaste nunca de ella? preguntó Wei. ¿Qué tal es? ¿Se te parece?

—Es mi verdadera imagen.

—¡Cómo! ¿En estatura, fisonomía y maneras?

—Tan igual, que todo el mundo dice que si cambiásemos de traje nos tomarían el uno por el otro.

—¡Qué hermosa debe ser! Hablando en serio, ya sabes, amigo mío, que hasta el presente no he pensado en establecerme y crear una familia; pero si tu hermana no ha prometido su mano, te ruego que se la pidas en mi nombre. ¿Qué dices á esto?

—No me es dable adivinar la contestación de mi hermana, respondió Eglantina. No respondería por una niña aunque viviese tantos años como el dios de la longevidad.

—¿Quieres averiguarlo por mí?

—Con mucho gusto: á condición de que no se ha de hablar una palabra de ello á nadie, ni siquiera á mi padre, hasta que yo lo diga.

—Mientras mi hermano mayor quiera trabajar en favor mío, estoy pronto á prometerlo todo, respondió Wei transportado de gozo. Me parece que he hecho las nueve décimas partes del camino para llegar á la morada del ave Fénix. Toma este bote de pomada para tu hermana, como mensajero de mis intenciones, y yo guardaré la flecha como un regalo suyo, si ella no me pide su restitución. Tentaciones me dan de dedicarle unos versos. ¿Lo hago?

—¿Por qué no? dijo riendo Eglantina, peores atrocidades se cometen.

Entonces Wei hizo la siguiente improvisación:

—Contaban los antiguos que Lofu no tenía mujer, á pesar de que gustosa le había otorgado Che su mano. Y era que no se habían comunicado sus pensamientos. Por último, una flecha hizo las veces de heraldo, como ahora un buen hermano ofreciendo su ayuda.

—¡Magnífico! exclamó riendo Eglantina, al oír estos conceptos que su amigo había vertido en verso; tu poético ingenio te hace merecedor de mejor suerte que Lofu.

Desde aquel día no se apartó ni un momento del espíritu de Wei la idea de casarse con la hermana de Eglantina. No dijo una palabra de ello á Tu, considerando que como éste había sido el primero en encontrar la flecha por la cual se averiguó la existencia de la hermana de Eglantina, podía prevalerse de esa circunstancia para reclamar el derecho de prelación á la mano de la doncella.

A Eglantina la traía este asunto muy preocupada. Comprendía que se había metido en un terreno muy delicado y que, si las circunstancias la obligaban á dar explicaciones, no tendría más remedio que conceder su mano á Wei, perspectiva que le hacía muy poca gracia. Aquel episodio la llevó á analizar sus sentimientos, haciéndole comprender en un instante la profundidad de su afecto á Tu, la que no había medido aún desde que le conocía y trataba.

—Un caballo, decía, no puede llevar dos sillas, ni una mujer casarse con dos hombres.

Esta reflexión era muy sabia, mas no le abrió camino para salir del apuro; viéndose, por consiguiente, precisada á fiar en el acaso, dejando que el tiempo se encargase de sacarla de tan arduo compromiso. Lo malo era que Wei se impacientaba, lo cual obligó á Eglantina á entretenerle con embustes, continuando por el mal camino que había tomado, tiranizada por las circunstancias, aquella niña generalmente veraz y sincera.

—He hablado á mi padre del asunto, le dijo, y me ha declarado que no quiere tratar de ello hasta que te hayas examinado en otoño. Él confía que en aquella época obtendrás el título de maestro en artes y que ese matrimonio será como el complemento y remate de tu dicha y de tu gloria.

—Está muy bien, respondió Wei; por desgracia el otoño está muy lejos todavía y nadie me asegura que durante ese tiempo haya de perseverar en sus propósitos.

—¿Por ventura no te he prometido velar por tus intereses? ¿No tienes confianza en mí?

—Sí que la tengo. De quien dudo yo es de tu hermana, replicó Wei. Sin embargo, desde el momento que tú respondes...

—No, no, exclamó riendo Eglantina; yo no respondo de nada; el hombre que empeña su palabra por una mujer, es loco de atar.

—Corriente, dijo Wei, como quiera que sea, doyme por muy contento de haber alcanzado tu ayuda.

Llegó el otoño y con él la fecha señalada para los exámenes, debiendo Tu y Wei hacer entonces sus preparativos para dirigirse á la capital de la provincia. Ambos tuvieron un gran pesar cuando Eglantina les participó que no podía acompañarles.

Esta resolución la había tomado de resultas de una conferencia celebrada con su padre. Eglantina había hecho presente al coronel que si alcanzaba el diploma podía verse en el compromiso de ejercer la carrera, en cuyo caso no tendría más remedio que confesar su sexo, y como ella no quería de ninguna manera renunciar á la libertad que le proporcionaba su varonil disfraz, acordaron que pretextaría una indisposición para excusarse de emprender el viaje. Así, pues, sus dos amigos partieron sin ella, sufriendo los exámenes con gran brillantez y volviendo á Mienchu cargados de laureles.

Eglantina fué la que más se alegró de ello entre todos sus condiscípulos, sobre todo por el triunfo que Tu había alcanzado. La primera velada la pasaron los tres estudiantes conversando alegremente y trazando planes para lo venidero.

Al despedirse Eglantina de sus compañeros, Wei la siguió hasta la puerta, y antes de separarse, le dijo:

—Mañana iré á pedir formalmente la mano de tu hermana.

Eglantina no tuvo tiempo para responder á estas palabras y llegó á su casa muy turbada y triste, bien ajena de sospechar que allí la esperaba una trágica sorpresa.

Un hado cruel había ordenado que la petición de Wei debía quedar suspendida como Budha entre el cielo y la tierra. La noticia que desbarató sus planes cayó sobre él como una bomba cuando ya se estaba vistiendo el traje de su nuevo grado para hacer la anunciada visita. Ceñíase el cinturón cuando Eglantina penetró en el despacho más muerta que viva, pálida, turbada y con los ojos extraviados.

—¿Qué pasa? preguntó Tu, no menos conmovido que Eglantina.

—¡Mi padre! ¡Mi pobre padre! exclamó la muchacha.

—¿Qué le ha sucedido? ¿Ha muerto, por ventura?

—No, pero ha caído sobre él una gran desgracia. Ya sabéis que no há mucho tiempo tuvo un disgusto con el intendente militar. Este malvado ha tenido la avilantez de vengarse de mi padre inculpándole calumniosamente de tal manera que esta mañana han venido á prenderle.

Esta desgracia y la vergüenza de semejante suceso tenían á Eglantina tan afligida, que



Los tres estudiantes pasaron la velada conversando alegremente

recobrando sobre ella el sexo natural todo su imperio agitábase como una poseída, derramando un torrente de lágrimas.

Tu y Wei hacían esfuerzos sobrehumanos para tranquilizarla. Con una ligereza excusable por razón de las circunstancias, juráronle que, á su juicio, su padre era inocente, y á pesar de que ignoraban hasta la naturaleza de los cargos que se le hacían, comprometiéronse á remover cielo y tierra no parando hasta conseguir su libertad. Cuando, consolada ya algún tanto por tales muestras de simpatía, Eglantina parecía haber recobrado en parte la calma, Tu le preguntó cuáles eran las acusaciones formuladas contra su padre.

—El gran canalla, respondió Eglantina sollozando, se ha atrevido á decir que mi padre había distraído fondos del gobierno, que se hacía dar primas en pago de las credenciales que firmaba, y que, no contento con esto, especulaba con la paga de los soldados y hasta tenía tratos con los bandoleros.

—¡Cómo! exclamó Tu horrorizado de oír este largo catálogo de crímenes. Jamás hubiera creído que nadie pudiese atreverse á inculpar á una persona tan respetable como tu padre de tan horrendas acciones. Voy á decirte lo que podemos hacer desde luego. Wei y yo, como maestros en artes, tenemos el derecho de dirigirnos al prefecto y será para nosotros un gran gusto el estrenarnos en el ejercicio de nuestra carrera en un acto que te interesa. Le pediremos



que abra inmediatamente una información para aclarar los hechos, y de seguro que no se negará á hacerlo, con lo cual muy pronto se dará la orden de sobreseer en esos procedimientos.

Por desgracia, las esperanzas de Tu no se realizaron. El prefecto era una excelente persona, pero respondió que desde el momento que un tribunal superior había ordenado el arresto del coronel, no tenía él facultades para conocer del asunto. Los tres amigos celebraron muchas juntas, en las cuales Eglantina experimentó un gran consuelo, viendo el profundo interés que se tomaban por ella sus camaradas. En medio de las contrariedades que la rodeaban, quedábale la esperanza de que cuando ellos fuesen á Pekín para doctorarse podrían trabajar útilmente en favor de su padre.

—No te aflijas, le decía Wei, con aquel aire pedantesco que le caracterizaba, tenemos grabado ese asunto en la mente y en el corazón, y tan pronto como nos hayamos graduado hemos de emplear todas nuestras fuerzas en remediar esa injusticia de que ha sido víctima tu padre.

—Por desgracia, dijo Tu, que era hombre práctico, vese á la legua que se ha formado una liga para perderle. Dejemos á nuestro hermano acopiar tranquilamente todas las pruebas y testimonios de descargo que pueda reunir en la comarca, mientras nosotros nos dedicamos por nuestra parte á ayudarle sin omitir trabajo ni diligencia de ninguna clase para conseguir la absolución del coronel.

Antes de la partida, Wei, que siempre pensaba ante todo en sus propios intereses, aprovechó la primera ocasión para decirle á Eglantina:

—Te ruego que no olvides la promesa de tu hermana. Sea cual fuere el resultado de nuestras gestiones, á mi regreso iré á pedir su mano.

—En estos momentos no hay que pensar en ello, respondió Eglantina, extrañando que tan inoportunamente le hablase del asunto.

Había sonado la hora de la partida y no podía prolongarse el diálogo. Con los ojos arrasados de lágrimas despidiéronse los dos amigos de Eglantina, la cual, viendo desaparecer el carruaje, sintió la honda tristeza de la soledad en el infortunio; porque la pobre chica no podía esperar ninguna ayuda de su madrastra. La infeliz estaba tan consternada, que no era capaz de darle auxilio ni consejo: no hacía más que llorar y desesperarse sin tregua ni medida.

Por fortuna, los funcionarios encargados de instruir el proceso no se mostraron rigurosos, y gracias á esto y un juicioso empleo del dinero, Eglantina consiguió que la prisión de su padre fuese lo menos penosa posible. Permitiéronle visitarle con frecuencia, y en una ocasión en que gozaba de su compañía como no lo había hecho ni esperado nunca en más prósperos tiempos, dijo el coronel:

—Desde que no se prosiguen las actuaciones pienso que lo mejor sería dirigir un memorial á Pekín pidiendo mi absolución al ministro de la Guerra. La dificultad estriba en encontrar una persona de confianza para presentarlo.

—Dejadme ir á mí, dijo Eglantina. Cuando Tu y Wei se despidieron empeñábanse en que partiese con ellos, á fin de que tratásemos el asunto y diésemos los pasos convenientes de común acuerdo. Estando con ellos, nada tendría que temer.

—Te creo tan capaz de hacerlo como otro cualquiera, respondió su padre; pero Pekín está muy lejos y yo me guardaré muy bien de permitir que te expongas á los peligros de un viaje tan largo.

—Desde que el mundo es mundo, respondió Eglantina, se ha considerado como un deber de las hijas arriesgarlo todo en bien de sus padres. Sé que la distancia es larga; mas no han de faltarme armas para defenderme en caso de necesidad, ni bastante claridad de juicio para responder á cualquier interrogatorio. Además, que yo no iré sola, pues me haré acompañar por nuestro asistente el Dragón y su esposa, á la cual haré vestir de hombre. ¡Será gracioso ver á la majestuosa señora Dragón con pantalón y gabardina! Seremos tres hombres en apa-

riencia, habiendo en realidad uno capaz de proteger á las dos mujeres disfrazadas, y yo tendré una compañera á propósito para vigilarme y aconsejarme. Si de este modo no podemos ir de aquí á Pekín sin riesgo, consiento en quitarme las botas y los pantalones y en ser encerrada en el harém para siempre.

—Bueno, respondió riendo su padre; si puedes arreglarlo de ese modo, partid sin dilación, pues cuanto más pronto os vayáis menos tardaréis en estar de vuelta.

Llena de júbilo Eglantina al ver aprobado su proyecto, hizo inmediatamente los preparativos para la marcha. Subió de punto su alegría cuando momentos antes de partir recibió la noticia de que Tu y Wei habían recibido sus títulos después de hacer brillantemente sus ejercicios. Corrió á la cárcel, pareciéndole que todas las dificultades se habían desvanecido como la niebla herida por los rayos del sol, desde el momento que se había aumentado con aquellos dos nombres la lista oficial de los abogados, y exclamó al ver á su padre:

—Tu y Wei ya están graduados. Nuestra aflicción toca á su término.

Traducción del inglés por

JOSÉ COROLEU.

(Continuaré).



LA HILANDERA «LA FILADORA».—CUADRO DE ANTONIO DE FERRER Y CORRIOL

## NUESTROS GRABADOS

### VESTALINA

TESTA DE ESTUDIO POR GABRIEL MAX

A una joven vestal se propone representar en este estudio el celebrado artista alemán Gabriel Max. El tema es sólo un pretexto para pintar una hermosa cabeza. En ella no se ha ceñido Max a la copia del modelo, con fidelidad fotográfica, puesto que ha aumentado su belleza, mejorando sin disputa el trasunto del original, y procurándole cierta idealidad, singularmente en los ojos, que, conforme se ha dicho y repetido, son el espejo del alma. Más que una joven vestal parece una belleza del Oriente. Las correctas líneas del rostro las ha puesto de relieve Gabriel Max por medio de un dibujo firme y holgado, el cual se ve por manera más clara que en el resto de la cabeza, en el modelado de la mejilla y del cuello, realizado con verdadera maestría. Los méritos de esta simpática pintura los realza el grabado, trabajo muy notable en este género y que recuerda las obras en talla dulce de los grabadores insignes que florecieron en los tiempos mejores de aquel arte.

### ¡BONITOS FRUTOS!

CUADRO DE G. BELLEI

Por entre cañas y enredaderas asoman cuatro animadas cabezas femeniles en el cuadro del artista italiano G. Bellei, que reproducimos en este número. Los cuatro rostros tienen expresión vivísima, retozona, algo de burla, porque sin duda las lindas muchachas se están preparando para jugarle a alguien alguna mala pasada. ¡Bonitos frutos! titula a su obra el pintor Bellei, porque lo parecen aquellas caras en medio de la vegetación. El tema es ingenioso y ofrece cierta novedad; el autor lo ha tratado con elegancia en la agrupación, que presenta mucha espontaneidad; con buen gusto en la combinación de los tallos de las plantas y de las hojas, ya que junto con la suerte de confusión que se nota en una enredadera, se ve un hábil partido de masas que encuadran bien los bustos de las garridas jóvenes pintadas en el cuadro. Que es diestro dibujante, además, G. Bellei lo prueban todas las testas del cuadro, y de un modo especial la que tras de una hoja de palma se ríe de mejor gana que sus compañeras.

### LA HILANDERA «LA FILADORA»

CUADRO DE ANTONIO DE FERRER Y CORRIOL

Tiene esta pintura fisonomía catalana, y a la primera vista se descubre que el autor ha pasado largo tiempo en las comarcas del Principado que conservan más todavía el aire antiguo. La anciana que está hilando en el torno es de aquellas que se encuentran en la parte alta de Vich, sobre todo en aldehuelas que se han hallado

más apartadas del movimiento moderno y, que por lo tanto, han resistido más la invasión de las costumbres y de los trajes cosmopolitas. El blanco pañuelo que cubre su cabeza constituye un tocado serio y hasta gracioso para las jóvenes como para las viejas, y rodea bellamente del mismo modo un rostro surcado de arrugas, como el de la anciana en el cuadro de Ferrer y Corriol, que la cara retozona de una moza de pocos abriles. El fondo del lienzo acusa también que el asunto ha sido sacado de Cataluña, puesto que el aparejo del muro de la casa, la ventana de tablas sobre las cuales sus piadosos moradores clavaron la pequeña cruz de palma bendita, el trozo de balcón que se descubre, todo pertenece a alguna de las casas que forman las calles principales de un pueblo en la montaña catalana ó que se ven todavía en barrios apartados del centro en poblaciones de regular vecindario, como Manlleu, Ripoll, Olot, etc. El artista se ha inspirado bien en el asunto, y al desarrollarlo ha sabido imprimir naturalidad a la expresiva actitud de la anciana hilandera y revestir el conjunto de seductora poesía, probando que ésta puede encontrarse hasta en los temas más sencillos y más expuestos a las vulgaridades del naturalismo.

### EN EL PINAR

CUADRO DE M. NONNENBRUCH

Bello asunto y bello cuadro del artista de Munich M. Nonnenbruch que lleva el título *En el pinar*. Respira arte y respira poesía en todos sus detalles. ¡Qué sentimiento de delicada melancolía se advierte en la figura de la hermosa joven! ¡Cómo parece adivinarse en su fina cabeza, en sus ojos una aspiración ideal, que en parte habrá despertado la contemplación de la naturaleza! ¡Qué grandiosidad presenta el bosque de pinos, de la especie peculiar de las regiones septentrionales, motivo difícil de ser tratado, porque aquella multitud de árboles, de rectos troncos todos ellos, podía originar ó confusión ó monotonía, defectos que el artista ha evitado con singular talento! Nonnenbruch pinta con idéntico acierto la figura y el paisaje. La joven que hay en este cuadro, que de fijo verán con gusto nuestros lectores, se halla dibujada con pincel seguro, y de que entiende mucho el autor cuanto toca al paisaje da cabal idea todo el fondo del pinar y los árboles mismos del primer término. Pero, como antes hemos indicado, estas cualidades de desempeño, con ser superiores, se quedan por debajo de la idealidad que domina en este lienzo, del exquisito sentimiento de melancolía que en él se advierte, y por fin, de la alianza afortunadísima de la verdad real, pues ésta existe en todas las partes de la pintura, con algo más elevado que dimana de la mente del hombre, don envidiable que Dios concede a los que tienen alma verdadera de artista. Artista y poeta es, sin disputa, quien ha pintado *En el pinar*.





EN EL PINAR  
CUADRO DE M. NONNENBRUCH

Ayuntamiento de Madrid





# ¡SOLEDAD!

NOVELA ESPAÑOLA

POR

D. C. SUAREZ BRAVO

## CAPITULO X

TEMPESTAD EN UN VASO DE AGUA



Bruja infame, torpe vicio,  
mil han muerto de tu oficio  
en el fuego destructor,  
por un delito  
mucho menor.

(Ayala).

Las tres docenas de personas, poco más ó menos, que disfrutaban de la espléndida hospitalidad del Sotillo, pertenecían casi en su totalidad al sexo masculino, y en ellas se advertía la

TOMO I.—63.



misma confusión de clases que ya notamos en los salones de la casa de Montilla la noche del baile. Durante la comida, Eduardo no pudo menos de fijarse en el contraste que ofrecía la severidad aristocrática del teatro, con el bullicio algún tanto plebeyo de la escena. El inmenso comedor de techo abovedado, pintado por Maella; su clásica ornamentación, en la que abundaban el oro, los mármoles y los tapices; la profusión de la servidumbre de gran librea y guardadora escrupulosa de las reglas de la etiqueta y del respeto, parecían reclamar invitados de casaca bordada, empolvada peluca y chorrera de encajes; ceremoniosos y solemnes, como eran los cortesanos y señores del último tercio del pasado siglo, antes que el abigarrado concurso de maneras desatadas, que devoraba los manjares que en artísticas vajillas se les presentaban. Los comensales, sin tiempo para cambiar de traje, se habían puesto á la mesa con el que llevaban en la cacería. La duquesa, vestida de amazona, aunque ocupaba la cabecera enfrente de Blanca, parecía una de tantos y departía distraída con los que tenía al lado, dejando á un mayordomo la atención y vigilancia que en otros tiempos se consideraba como obligación estricta del dueño de la casa. La conversación no llegó á hacerse general, pero por lo mismo, los diálogos eran muchos y producían un zumbido confuso y desagradable.

El duque de Atienza tuvo la delicada atención de sentarse al lado de Eduardo, á quien suponía deseoso de conocer individualmente á los concurrentes. Además de la experiencia adquirida por el trato, el duque se encontraba más en condiciones de desempeñar la función de *cicerone* que cualquier otro, porque la debilidad de su estómago le obligaba á dejar intactos casi todos los manjares y la conversación le hacía menos sensible la abstinencia. Eduardo agradeció á su pariente la amabilidad y se aprovechó de ella con gusto, para saber quiénes eran algunos de los comensales que por su porte y actitud despertaron más su curiosidad. El primero en quien se fijó, fué en un hombre, como de cuarenta á cincuenta años, alto y de buen aspecto, aunque de formas en que lo atlético perjudicaba notablemente á lo distinguido. Vestía elegante traje de caza. Su cabello, ya bastante huido de la frente, y su barba que empezaba á blanquear, revelaban minuciosos cuidados, no menos que sus manos, en las que lucía dos ó tres brillantes de tamaño poco común. Hablaba con desparpajo, y sin duda sus salidas eran muy ingeniosas, porque los que estaban á su lado no dejaban de dar carcajadas.

—¡Cómo! ¿no conoce usted á García? contestó el duque admirado, á la pregunta que Eduardo le dirigió acerca del personaje.

Hay que advertir que el duque tenía constantemente cubierto el ojo derecho por un monocle que formaba ya como parte de su rostro, y sin el cual aseguraba no ver nada. Esta singularidad, ya después muy imitada, imprimía en su fisonomía una contracción ó gesto, que parecía siempre de burla y de sarcasmo. En la ocasión presente la expresión era aún más acentuada.

—Había oído hablar vagamente de ese sujeto, dijo Eduardo; pero es la primera vez que le veo.

—Se conoce que no ha frecuentado usted la casa de su tía.

—Así es.

—De todos modos, si usted ha oído hablar, aunque sea vagamente, de la persona, no es verosímil que haya dejado usted de enterarse de la clase de influencia que la voz pública le atribuye en la casa de Montilla.

—¿Y usted cree lo que dice la voz pública?

—En el presente caso creo por una sencilla razón: porque la duquesa se empeña en no desmentirlo.

Eduardo calló y miró á Blanca, que, absorbida en sus pensamientos, parecía hallarse á cien leguas de aquellos sitios.

—No faltan gentes que sospechan que hay de por medio un matrimonio secreto, dijo el duque, pero si matrimonio, ¿para qué secreto? y si secreto, ¿para qué matrimonio? García es hombre hábil y muy capaz de forzar la situación, pero presumo que la nave de su fortuna ha encallado en esa dificultad. No es fácil decidir á una duquesa de Montilla á convertirse en señora de García.

—Ya veo que la cosa es fuerte, pero entonces ¿por qué no rompe con tan equívoca situación?

—¡Misterios del corazón humano, mi querido ¡ariente! Lo probable es que la duquesa ya no pueda, aunque quiera, ni García quiera pudiendo; porque si con semejante estado de cosas el crédito de la duquesa pierde mucho, el de García no pierde nada; al contrario. Por otra parte, su tía de usted, aunque emancipada de muchas de las preocupaciones de clase, da grande importancia á que su casa esté bien montada, y García entiende esto maravillosamente. Nadie como él para preparar y dar brillo á las grandes recepciones, ni para tener bien disciplinada é instruída á una numerosa servidumbre. Es un epicúreo, que sin duda por sentirse con vocación de conde-duque consorte, ó por afición nativa, conoce al dedillo el organismo y el ceremonial de todas las grandes casas extranjeras.

—Montadas á la moderna.

—Ya se entiende. En la mezcla de lo antiguo con lo moderno consiste principalmente esta ciencia, en la cual es autoridad.

—De modo que García es hombre listo.

—Esa es precisamente la palabra. Ha leído muy pocos libros, y esos creo que nada buenos; pero su talento, ó mejor dicho, su despejo natural, le ha abierto todos los caminos y se ha plantado sin títulos y *per saltum* en todas las posiciones. Es hombre de negocios afortunadísimo, político influyente, será ministro cuando quiera; popularísimo en casinos y salones por su amable rompe y rasga, y porque no esquivo un lance si alguien quiere atajarle los vuelos. Ha entrado en todas partes, como ha entrado en esta casa, por el atajo; pero aquí tropieza para consolidarse con una dificultad intrínseca, que se ríe de todas las habilidades: la del nacimiento.

—De modo que estará furioso con su apellido.

—Sospecho que sí, pero es pegar coces contra el aguijón. Él hace, sin embargo, de necesidad virtud, y aunque regala y mima su cuerpo como un emperador bizantino, se la echa de demócrata y despreciador de los rangos sociales, lo cual no obsta para que obligue á sus criados á servirle poco menos que de rodillas.

—Me parece que ya conozco al hombre.

—Sí, hay bastantes ejemplares de la especie.

—Por lo que acaba usted de decirme, infiero que no ha de ser muy llevadera, para cierta persona de la familia, situación tan... irregular.

—¿Habla usted de Blanca? Yo infiero lo mismo; pero su prima de usted es impenetrable. Aparentemente, al menos, ella lo ignora todo, y su trato con García no se diferencia del que tiene con los demás, salvo cierta frialdad un poco altanera que, á lo que yo pienso, no pasa inadvertida ni para el interesado ni para la duquesa. Ésta, después de haberlo dilatado todo lo posible, no ha podido prescindir de llamar á su hija única para presentarla al gran mundo y hacerla disfrutar de los privilegios de su nacimiento, pero como quien se arranca una muela. Se adivina que la presencia de Blanca ha creado, para los dos poderes que aquí dominan, una gran dificultad, de que procurarán librarse cuanto antes y á toda costa. Por otro lado, su prima de usted no debe de estar sobre rosas. La atmósfera en que vive no es, se me figura, la más apropiada á su temperamento moral. Ya habrá usted observado que la sociedad que aquí se reúne es endiabladamente accidentada.

—Y á propósito, dijo Eduardo, que sabiendo ya lo bastante acerca del punto que más le

interesaba, deseaba cambiar de texto, ¿quién es esa... señora, que se sienta al lado de García, y que celebra con tanto estrépito sus donaires?

La persona designada era una mujer madura, naturalmente fea y artificialmente horrible. Su pelucón, de color de lino, servía de marco á una cara inmensa toda embadurnada, en la que brillaban dos ojos saltones y pitañosos, de expresión descarada y maligna.

—Ha hecho usted bien, contestó el duque, en poner puntos suspensivos á esa... señora. Es la marquesa Vallejuncoso, corredora de toda clase de malas historias.

—¿Es casada ó viuda?

—No se sabe á punto fijo. A los pocos años de vivir con ella, su marido, que era un honrado oficial de marina, convencido de que no podía sacudir su yugo de otro modo, puso la mar de por medio y desapareció, como si se lo hubiera tragado la tierra. Ella hizo los imposibles por volver á atrapar á su víctima; pero se conoce que el hombre, asustado, tomó sus precauciones y no dejó rastro de su fuga. Si ha muerto, no hay inconveniente en suponerle entre los mártires. Doña Matea, que tal es su nombre de pila, tiene la pasión del juego y se dice que su juego no es limpio.

—¡Cómo! ¿Hace trampas?

—Es uno de sus flacos y sospecho que no el peor.

—¿Y á semejante mujer se la recibe en una casa como esta?

—Y en otras muy encopetadas; pero justo es decir que en ninguna con tanta intimidad. Es inseparable de la duquesa y muy amiga de García, porque, á lo que parece, en los comienzos desempeñó el papel de Mercurio entre los dos. Aunque ambos quisieran sacudirse la mosca, la prudencia les obliga á abstenerse, porque es mosca de aguijón muy venenoso.

—Sin duda es mujer necesitada.

—Nada de eso. Doña Matea es rica, pero más avara que Harpagón. Tiene buenas rentas propias que no gasta, porque su casa es siempre la casa ajena. Su intimidad con la duquesa es para ella una mina, pues toda la alta sociedad de Madrid se la disputa por vanidosa imitación. Aunque no del primer rango, es, sin embargo, de muy buena familia, y el título que lleva es antiguo; pero nada más desvergonzado que estas viejas de salón, emancipadas del pudor, porque cuentan con la forzosa tolerancia de la sociedad en que viven, para quien la suprema ley es no provocar escándalos.

—Penoso le ha de ser á Blanca el trato con semejante mujer.

—Por eso no la trata. Esta es una de las cosas que más divierten á los que frecuentamos la casa. Para Blanca, doña Matea pasa como si no existiera, y jamás la dirige la palabra ni da señales de enterarse de su presencia. Yo sé que en este punto la duquesita ha manifestado á su madre, sin rebozo, su voluntad, y he aquí otro de los problemas de difícil solución que su venida ha suscitado dentro de esta casa.

—La vieja estará furiosa.

—Hace como que no lo nota, porque no le conviene una ruptura; pero bien se advierte en las miradas oblicuas que dirige á Blanca con sus ojos de sapo, que por grande que sea el desprecio que ésta sienta hacia ella, mayor es el odio con que ella le corresponde.

La conversación siguió en este tono mientras duró la comida. El duque era observador perspicaz, y en la revista que fué pasando á los ejemplares que parecían á Eduardo más salientes, entre los comensales, no desmintió un solo momento su humor sarcástico, pero desapasionado.

—¿Quién es ese viejecillo rubicundo, dijo Eduardo, sentado á la izquierda de Blanca, con la que se muestra tan obsequioso, casi devoto, y á quien Blanca gratifica con las únicas sonrisas que he visto brillar en su rostro desde que se sentó á la mesa?

—¡Ah! ese es el vizconde de Casa-Menéndez, un solterón muy rico, que tiene el candor de



creer que su novísimo título adquiere sabor rancio frotándolo con los de la antigua nobleza. Aparte de esta debilidad inofensiva, es un excelente sujeto, generoso y pronto siempre á sacrificarse por los demás, especialmente si los demás son personas de genealogía. Blanca le estima, y creo que se entiende con él para sus obras de caridad. Aunque no es un carácter heroico, por Blanca sería capaz, el vizconde, de cualquier calaverada.

En este momento, terminada ya la comida, la condesa se levantó, y todos los convidados hicieron otro tanto, derramándose por las habitaciones inmediatas. Mientras se servía el café, Eduardo se puso á examinar los cuadros y objetos de arte que adornaban las paredes de los salones, acompañado siempre del duque, que era muy inteligente y uno de los primeros coleccionistas de la corte. Estaban discutiendo acerca de una pintura muy celebrada de Mengs, cuando se les acercó Blanca. Como al mismo tiempo llegasen los criados sirviendo el café, tomaron asiento los tres, y mientras saboreaban el líquido, entablaron una conversación sin interés. En la habitación en que se encontraban, destinada á la sala de juego, había ya algunas mesas ocupadas por tresillistas, y en una de ellas comenzaban á hacer su acostumbrada partida la duquesa, la Vallejuncoso y otro invitado. El cuarto asiento estaba vacante. La presencia de doña Matea debía alejar á los aficionados.

—Laura, dijo ésta á la duquesa, el tresillo entre tres es poco divertido. Nos hace falta un cuarto.

—Es verdad, contestó la duquesa echando una mirada por la sala, pero todos los jugadores están ya acomodados.

La Vallejuncoso dijo algunas palabras en voz baja á la duquesa, la cual, volviéndose al sitio en que se encontraba Eduardo, le dirigió esta pregunta:

—Marqués, ¿es usted tresillista?

Eduardo, cogido de sorpresa, contestó maquinalmente:

—¿Yo? Conozco la marcha del juego... pero nada más.

—Pues bien, venga usted á hacernos el cuarto.

No había medio de escapar. El joven se levantó, no sin advertir en el semblante de Blanca un gesto de disgusto y en el del duque algo que revelaba compasión, y se fué resignado á ocupar el asiento vacío á la izquierda de la marquesa y enfrente del otro jugador del sexo masculino. Era éste un banquero retirado, antiguo cortesano de la dueña de la casa, autómatas de sociedad, de estos que entran y salen en los salones sin marcar su personalidad. Se llamaba Jiménez.

—Advierto á ustedes, dijo Eduardo al sentarse, que juego detestablemente y que haré muy mal tercio á los que lleven conmigo la contra. Puesto que la duquesa lo ha querido, ella responderá de mis torpezas y distracciones.

—¡Bah! contestó la marquesa, cuya máscara se contrajo como para sonreír. Lo que importa es distraer un poco la noche. Jugando como jugamos, á un tanto moderado, la pérdida ó la ganancia nada suponen.

—Es claro, afirmó Jiménez. A real el tanto, poco se puede atravesar.

La partida comenzó; pero las palabras que acababa de oír introdujeron la zozobra en el ánimo de Eduardo. Llevaba toda su fortuna en el bolsillo, y esta fortuna, como ya dijimos, no pasaría de diez ó doce duros, cantidad que no ofrecía las garantías necesarias para responder á las eventualidades de un tresillo á real el tanto. Siempre que había jugado, más bien por compromiso que por afición, el tipo fijado era el cuartillo de real. Por eso en los primeros momentos no pensó siquiera en la posibilidad de una insolvencia. Ahora el problema se levantaba delante de él con los tonos sombríos con que se presenta siempre lo desconocido, y mientras jugaba, procurando en lo posible disimular su preocupación, no cesaba de hacer cálculos acerca de los medios de evitar que las pérdidas pasaran de los doscientos tantos, á que, poco más ó menos, podía hacer frente su capital. La fortuna desde el principio no se le presentó favorable. Bien

fuese porque su ánimo se hallase cohibido, sin permitirle aplicar con frialdad á cada caso el cálculo de las probabilidades, bien porque la suerte se empeñase aquella noche en volverle la espalda, como acostumbra hacerlo generalmente con todos aquellos que necesitan con grande apremio de su favor, el hecho es que su lote iba poco á poco desapareciendo. La posibilidad de verse afrentado, sin medios de poder cambiar al fin de la partida sus fichas por metálico, empezaba ya á tomar forma y cuerpo en su atribulado espíritu, y una sensación de angustia, tal como no la había experimentado ni aun en los lances más apretados de su vida, recorrió todo su ser.

Es probable que la situación de su ánimo, que no podía dejar de traducirse por signos externos, hubiera sido advertida, si la marquesa, á quien la suerte no era tampoco propicia, y que acababa de encimar dos puestas, no llamase sobre sí exclusivamente la atención. La clínica vieja no cesaba de lamentar su mala fortuna y de desfogar su pésimo humor en términos que frisaban en la grosería, pero á los cuales debían estar acostumbrados la duquesa y Jiménez, pues la escuchaban sonriendo.

—No sé qué mala hierba he pisado esta noche, mascullaba con despecho mientras Jiménez daba cartas.

—Eso prueba que es usted afortunada... en otros ramos, marquesa, dijo Jiménez muy satisfecho de que se le hubiese ocurrido este rasgo de malicia.

—En amores ¿verdad? Cuidado si es usted picaón. Pero si el refrán fuese verdadero, ganaría usted siempre al juego. Hoy le sopla á usted la suerte, pero no le sopla el ingenio.

—El naípe es inconstante y estamos todavía principiando. Ya cambiará.

—Por de pronto tengo casi todo mi lote en el platillo. Llevo perdidos más de doscientos tantos... Paso. Está visto que esta baraja no tiene para mí más que cartas blancas. ¿Por qué no la cambiamos?

La duquesa pidió otra baraja. Mientras la arreglaba y daba cartas, la Vallejuncoso siguió desatándose contra su desdichado sino.

—Yo no sé por qué juego, teniendo como tengo tan mal naípe. Les digo á ustedes que sólo mi paciencia... Creo que no he visto la espada en toda la noche...

—En cuanto á eso, perdone usted, marquesa...

—Ya sé lo que va usted á decir... Alguna vez, claro está, la he visto, pero ¿para qué? para hacerme caer en el garlito. Positivamente ese cuitado de Leiva que he tenido á mi lado en la comida me ha comunicado su mala sombra. ¿No saben ustedes la última historia de su mujer?

—Juego, dijo Eduardo cortando el revesino á la despechada jugadora.

No se habría escapado á un observador atento el ligero temblor que agitaba la voz del joven al pronunciar tan sencilla palabra. En efecto, dada su situación, el momento para él era solemne. Se llevaba la noche pasando, á fin de alargar todo lo posible la resistencia de su lote y en la espera de una ocasión en que pudiera jugar sin riesgo. A pesar de esta conducta prudente, su lote, como atacado de tisis lenta, iba disminuyendo de un modo alarmante. La eventualidad de verse en la precisión de volver á adquirirlo, satisfaciendo su importe en moneda contante, se acercaba por momentos, lo cual equivalía á tener que presentarse en quiebra. La inminencia del riesgo le decidió á afrontar la primera ocasión que se le ofreciera de hacer un llamamiento á la suerte, y la ocasión acababa de presentarse con las probabilidades más halagüeñas. Tenía un juego, de los que casi podían desafiar las malignidades del azar; cuatro triunfos de estuche y dos reyes. Se necesitaba para perderle que le fallasen los dos reyes, lo que en un solo acontece muy rara vez, y aun así podía ganarlo por endose. La ocasión, además, era de las que obligaban á todo jugador decente á no pasar. Cabía, sin embargo, que por siniestra combinación de circunstancias, el solo se perdiese, no sólo por puesta, sino

hasta por codillo, caso terrible que, triplicando sus pérdidas, le ponía en la inmediata obligación de liquidar. En el platillo había más de trescientos tantos y sus fichas apenas representaban treinta ó cuarenta. Los fondos que tenía en el bolsillo no bastaban ni con mucho para cubrir el saldo, y el bochorno y la vergüenza serían irremediables. Eduardo cerró los ojos, y llamando en su auxilio toda la energía de su ánimo, añadió con desesperada resolución.

—Solo á copas.

—Como si lo viera; será un juego imperdible, dijo la Vallejuncoso, echando una mirada furiosa al joven, que con la cabeza baja fingía estar contemplando los naipes para que no se advirtiera su turbación. Esta noche soy yo la víctima. ¿Por qué no tiende usted las cartas?

—Juegue usted, señora, contestó Eduardo con voz breve y sin alzar los ojos.

Estaba pasando un rato cruel, y de buena gana hubiera aplastado á la innoble comadre.

La Vallejuncoso y Jiménez tomaron cartas, la duquesa hacía de mirón, y el juego comenzó.

Doña Matea, que era mano, salió por carta baja de uno de los paños, cuyos reyes tenía Eduardo. Jiménez falló. Este primer contratiempo alarmó á Eduardo.

Jiménez tocó el otro palo, que era el de bastos. Eduardo puso su rey.

Éste lo falló la marquesa.

El joven sintió correr por su cuerpo un frío glacial.

—No hace usted más que sus cuatro estuches, dijo Jiménez enseñando las cartas. Las demás bazas son mías.

—Justo. Codillo, dijo la marquesa mostrando rápidamente las suyas y volviendo á retirarlas.

Pero Eduardo, que tenía la vista penetrante, extendió la mano para impedir que la Vallejuncoso mezclara los naipes, como se preparaba á hacerlo, y dijo á ésta con voz un poco ronca por la emoción:

—¿A ver las cartas de usted, marquesa?

—Aquí están, dijo la Vallejuncoso enseñándolas, como el ratero cogido infraganti enseña la prenda robada.

—Usted tiene un basto, y sin embargo, me ha fallado el rey, dijo Eduardo señalando la carta acusadora.

—¡Cómo! ¿He fallado yo el rey de bastos? exclamó la vieja abriendo los ojos con admiración y alargando su cara de pared maestra.

—Véalo usted, insistió Eduardo cogiendo la baza y enseñándola.

—No cabe duda, dijo Jiménez.

—El juego es de Eduardo, añadió la duquesa.

—Vamos, ha sido una distracción. ¡Si hasta en esto he de ser desgraciada! La suerte hace que me equivoque, para añadir á la pérdida el chasco. ¡Caramba! después de haber hecho la gatita muerta, no ha pegado usted mal salto. Le gusta á usted jugar sobre seguro. Cuatro estuches y dos reyes, habiendo más de trescientos tantos en el platillo... Y luego las condiciones... Tome usted, tome usted. Hátese usted de fichas. Ahí va mi carne y mi sangre. Tiene usted hueso para una fábrica de botones.

Mientras la condesa y Jiménez pagaban las condiciones, la Vallejuncoso, oficiosamente ocupada en trasladar los tantos del platillo á la derecha de Eduardo, se olvidó de pagar las suyas. Eduardo, prevenido ya por el incidente, que trajo á su memoria lo que le había dicho el duque de Atienza, pasó por alto la nueva distracción, contento de no tener que pedir perdón á la descocada fullera, por la angustia que le había hecho pasar. Al ver su lote tan bien nutrido respiró con libertad, como el que sale de horrenda pesadilla, y, según acontece de ordinario á los que sienten con vehemencia, pasó del extremado recelo á la extrema con-



fianza. No teniendo ya tiranizada su atención por las peripecias del juego, echó una ojeada por la sala y vió á Blanca en el mismo sitio en que la había dejado, con los ojos fijos sobre él. La rodeaban algunos jóvenes, que la hacían sin duda la corte, pero ella no parecía advertirlo. ¿Habría adivinado su prima el temible aunque prosaico compromiso en que le había puesto la invitación de su madre? Sus confidencias en el baile no hacían de todo punto inverosímil la suposición.

El juego continuó por algún tiempo sin incidentes dignos de notarse. A pesar del inesperado golpe de fortuna que le acababa de poner á flote, Eduardo no consideró prudente apartarse de su sistema de abstención, y como además recibía casi siempre mal juego, no cesaba de pasar, prefiriendo pagar condiciones á comprometer de nuevo su situación con un llamamiento á la suerte. Comenzó, sin embargo, á inquietarle la rapidez con que iba disminuyendo su lote, que el último solo había tan considerablemente acrecentado y puesto en ganancia. Creyéndose todavía un poco perturbado por las pasadas emociones, no quiso en un principio dar valor á lo que creía alucinación de su vista, como quiera que sus pérdidas sucesivas habían sido de muy escasa entidad y no era posible que el lote se deshiciese por sí propio. Esto le pareció tan evidente, que de propósito y para ahuyentar el recelo que se iba apoderando de su espíritu, pasó algún tiempo sin fijar la vista sobre sus fichas para no ser juguete de la alucinación; pero cuando por tener que pagar una puesta volvió á mirarlas, adquirió á sus ojos la merma proporciones más alarmantes é inverosímiles.

—No puede ser; pensaba el joven pasándose la mano por la frente y vigilando de reojo su derecha, yo apenas he podido perder de cuarenta ó cincuenta tantos; y, sin embargo, mi lote, que después del solo pasaba de cuatrocientos, apenas llega á los ciento. ¿Qué se ha hecho de los demás?

La mano gorda de doña Matea, posada al lado de sus fichas, despertó en Eduardo la sospecha de un escamoteo, sospecha que llegó casi á certidumbre al observar que el lote de la cuca, que debía estar tísico, se presentaba, por el contrario, orondo y floreciente. Puesto ya en acecho, no tardó en ver por sus propios ojos, que el de la Vallejuncoso era juego doble y que con los dedos jugaba aún mejor que con las cartas. La mano que tenía puesta al lado de las fichas, extendía de cuando en cuando el meñique hasta ellas, y con la limpieza de un tomador las iba arrastrando hasta meterlas debajo de la palma. Luego con la misma limpieza las pasaba á la otra mano y de ésta á su lote, que con tal sistema no podía menos de engordar visiblemente.

Eduardo, á quien cegaba la ira, estuvo muy á punto de echarlo todo á rodar haciendo público el hurto; pero pensó que la duquesa no le perdonaría el escándalo, que necesariamente redundaría en desprestigio de la casa, y Blanca por la misma razón no podría dejar de sentirlo vivamente. A la distinción de sus sentimientos repugnaba, además, aparecer como provocador de una escena innoble. Breves instantes de reflexión le bastaron para comprender que no le quedaba otro partido que el de dejarse robar, y comprobó la exactitud de lo que poco antes le había dicho el duque de Atienza, acerca de la impunidad de que rodean á estos puntos negros de salón las preocupaciones sociales. El sacrificio, sin embargo, era penoso, porque en su caso la pérdida del dinero representaba la pérdida del honor. El estado angustioso de su espíritu no le permitía resignarse de buen grado y un incidente del juego estaba á punto de hacer traición á sus propósitos.

Jugaba Jiménez, y la condesa y la marquesa hacían la contra.

—¿Quién al robo? preguntó el primero.

—La marquesa, se apresuró á decir Eduardo.

—No por cierto, exclamó la aludida. Ha sido la duquesa.

—Juraría haberla visto á usted robar, dijo Eduardo mirando á la vieja con expresión que ésta no debió echar en saco roto.

—Sí, después de Laura, repuso sin desconcertarse.

La duquesa afirmó, y la cosa no siguió adelante, porque el joven se contuvo por un esfuerzo de voluntad, pero la fullera debió darse por advertida, pues el escamoteo cesó desde aquel punto.

Por desgracia el daño era ya irreparable. Cohibido Eduardo por la penuria de su situación, continuó jugando, pero sin aprovechar ninguna de las ocasiones que le ofrecía el juego de reponerse, por miedo de acelerar la catástrofe. Encontrábase ya en la situación de espíritu del naufrago, que sin fuerzas para luchar contra la corriente, se abandona al capricho de las olas seguro de irse á fondo. Bañaba su cuerpo un sudor frío y jugaba maquinalmente, sin saber lo que haría al desaparecer su última ficha, aunque con la certidumbre de que el fin de su lote representaba la inevitable bancarrota de su honra y de su decoro. El sentimiento de su pobreza en medio de tanto favorito de la fortuna incapaz de comprender el problema sombrío que para él se estaba resolviendo en aquel frívolo juego de sociedad le dió por primera vez terribles punzadas en el alma.

Acababa de dar cartas y de echar una mirada de angustia á las tres ó cuatro fichas de cinco tantos que le quedaban, cuando sintió que le tocaban suavemente en la espalda. Volvió la cabeza y vió al vizconde de Casa-Menéndez, que inclinándose con la más exquisita cortesía, le dijo:

—¿Marqués, tiene usted la bondad de cederme su puesto?

La situación no era para pararse en escrúpulos, pero en el rostro del joven no pudo menos de reflejarse la sorpresa.

—Yo no osaría, añadió el vizconde, dirigir á usted semejante pretensión, si no viniese autorizado y bien autorizado. Blanca quiere hacer charadas representadas y necesita gente joven. Ella es la que me envía á sustituirle á usted, contando de antemano con el beneplácito de estas señoras.

El reo que en el camino del patíbulo recibe inesperadamente la gracia de indulto, podría sólo dar idea de la sensación que causó á Eduardo tan inesperado mensaje, con el cual quedaban además cubiertas todas las apariencias. Un sentimiento de inmensa gratitud hacia Blanca por su cariñosa adivinación inundó su alma. El hombrecillo orondo y rubicundo que hacía de mensajero, le pareció en aquellos momentos un ángel.

—Le advierto á usted, dijo levantándose, que le entrego una plaza completamente desmantelada.

—¡Oh! yo tengo muy buen naípe y he de procurar reponerla.

Antes de levantarse, Eduardo se creyó obligado á prevenir al simpático vizconde, para que no le sucediera lo que á él, y lo hizo por medio de esta frase de doble sentido:

—Cuidado, porque la marquesa tiene una izquierda muy desdichada.

Parecióle que la sonrisa que se dibujó en los rostros del vizconde, de la duquesa y de Jiménez, quería decir claramente:

—Entendido.

La Vallejuncoso, impasible, contemplaba su lote. Había cargado con casi todas las fichas de los jugadores.

En el salón inmediato estaba Blanca, que al ver á Eduardo limpiándose el sudor de la frente, se separó del corro de sus cortesanos y le dijo en voz baja:

—Te suponía fastidiado y rogué al vizconde que te fuese á reemplazar.

—Gracias, Blanca, contestó el joven con voz conmovida. El cielo es quien te inspiró tan buena idea. Si tarda un minuto más el vizconde...

Aquí Eduardo se detuvo. Aunque una imperiosa necesidad de su corazón le impulsaba á confiar á su hermosa prima las angustias que acababa de pasar, otro no menos imperioso sentimiento de delicadeza le selló repentinamente los labios. La índole de su confidencia,

provocaría naturalmente ofertas de Blanca que él estaba decidido á no aceptar y en aquella ocasión más que nunca. Era sustituir un conflicto de honor con otro.

Blanca, con la mirada fija en su primo, esperó á que éste concluyera su frase.

—Pues si tarda más el vizconde, continuó Eduardo reponiéndose, creo que, á pesar de estar allí tu madre, cometo la grosería de levantarme. Esa doña Matea es una mujer insupportable.

—Me alegro de haber estado tan oportuna, dijo Blanca con aire de incredulidad.

El diálogo cesó y los dos primos fueron á unirse con los demás invitados.

(Continuará).





## LA MODA DE PARÍS



Traje, modelo de Doucer

les químicos obtienen los aromas á que aludimos, empleando sustancias totalmente opuestas á las flores y plantas olorosas. La anilina en especial ha sido una mina para estos novísimos perfumistas.

*Le Figaro*, ante las quejas de sus lectoras, dedicó un artículo á la materia, indicando los

Poco hay que añadir á cuanto dijimos en nuestra última revista respecto á la moda. París ha quedado huérfano de las señoras que dan el tono en la materia, y por consiguiente las mismas modistas se han procurado también algún descanso, huyendo de la ciudad y buscando alivio en el campo á los insoportables calores de este año.

Sin embargo, como nunca la moda y lo que á ella se refiere pierde por completo sus fueros, ni siquiera por breves instantes, un asunto de muchísimo interés para las damas elegantes ha ocupado su atención y ha sido causa de que se lanzase un grito de alarma.

Fuerza se hace advertir á las señoras los riesgos á que se exponen usando ciertos perfumes y afeites. Algunos maridos se han alborotado ya, con motivo, por semejante causa, siendo preciso confesar que la razón está de su parte. Nadie ha dejado de advertir que desde la última primavera se ha extendido por París, y otro tanto ocurre, según noticias, en muchas otras ciudades, un olor de almizcle, mezclado con otras sustancias químicas que produce un efecto sofocante hasta el punto de cortar casi la respiración. Proviene estos olores de ciertos preparados que bajo los nombres engañosos de esencias de distintas flores, entregan al comercio mercaderes nada escrupulosos, con el solo intento de realizar gordos beneficios á costa de la credulidad femenina.

Para estas esencias y pomadas no se emplean las flores en manera alguna. Hábi-

fraudes que cometían algunas perfumerías en las cuales se vendían á precios baratos los artículos de esta clase. De Aix, de Dieppe y de Luchon hemos recibido quejas semejantes, por cuyo motivo juzgamos oportuno poner en guardia á las señoras contra estos perfumes malos, sacados de productos químicos, que al contacto del aire despiden hedor insoportable, del todo opuesto á la elegancia, y que resultan perjudiciales para la salud de las personas que los usan.

Pueden emplearse, sin inconveniente, perfumes y esencias si son delicadas y extraídas de vegetales. Estos productos, que tonizan la epidermis y estimulan el olfato, sólo se encuentran en casas de confianza, en donde todos los artículos, esencias, jabones, polvos, aguas, etc., son obtenidas por medio del jugo de plantas que despiden gratos aromas y que pueden aspirarse en gran cantidad sin que dañen ni incomoden.

Para no cerrar esta revista sin algo de modas, publicamos un lindo vestido de campo que nos ha procurado la casa Doucer. Está hecho en batista rosa, forrada la falda de seda y adornada con un volante. El cuerpo, fruncido, lleva una berta de la propia batista, orlada con un festón negro. La parte superior, de seda rosa, está velada por medio de un guipure negro. El cinturón que rodea el talle, consiste en una cinta escocesa anudada al lado. Zapatos y guantes de piel de Suecia, gran capellina en paja de Italia, con encajes y peonías de color de rosa, sombrilla de faya de este color y tul negro, *point d'esprit* completan este vestido, que resulta elegantísimo y muy apropiado para el campo.



# JUNTO AL POLVORÍN

CUENTO VIVO, POR APELES MESTRES



1.—¿Que nadie pase fumando? Bueno.



2.—Por ahí llega mi coronel... ¡y viene fumando  
¡Con qué gusto voy a fastidiarle!



3.—¡Atrás! ¡ese cigarro!



4.—Está bien, muchacho; la consigna ante todo.



5.—Lo que es fumando, por aquí no pasa nadie...



6.—... que es lo que manda la consigna.



## MESA REVUELTA

Globo *aerostático* es el que, lleno de un fluido más ligero que el aire, se eleva en la atmósfera. La persona que se eleva valiéndose del globo, se llama *aeronauta*. El principio en que se funda dicha ascensión es el mismo en virtud del cual un cuerpo menos denso que el agua, sumergido en ésta, sube a la superficie: es el principio de que un sólido sumergido en un fluido es impedido hacia arriba, con una fuerza igual al peso del fluido que desaloja.

Los globos *aerostáticos* fueron inventados por los hermanos Montgolfier, que hicieron su primer experimento en Annonay el 5 de Junio de 1783, y lo repitieron en Versalles en 20 de Septiembre del mismo año. Su globo, que se llamó *montgolfier*, estaba formado de papel forrado de tela y contenía aire dilatado por el calor, lo cual se obtenía haciendo un fuego de paja debajo del orificio practicado en la parte inferior del globo.

Pilâtre de Rozier y el marqués de Arlandes fueron los primeros que, en Octubre del mismo 1783, se atrevieron a elevarse en una barquilla suspendida de un *montgolfier*: para evitar que el aire del interior del globo se enfriara y perdiera, por tanto, su dilatación y propiedad sustentadora, conservaron siempre encendido fuego de paja debajo del globo. Este procedimiento, como se comprende, había de ser muy peligroso para los *aeronautes*. Por eso más tarde se substituyó el aire caliente por gas hidrógeno que, á la temperatura ordinaria, pesa quince veces menos que el aire, y hoy se emplea con preferencia el gas del alumbrado. La tela es de tafetán de buena clase, engomado. Una red que abarca todo el globo tiene atada y suspendida en su parte inferior la barquilla donde va el *aeronauta*.

Como á medida que se va subiendo en las capas atmosféricas el aire va subiendo más enrarecido, llega el globo á un punto en que, equilibrado el aire exterior con el gas del interior del globo, éste no sube más.

Los globos *aerostáticos* no se llenan de gas más que en unas tres cuartas partes de su capacidad, pues si quedaran completamente hinchados, al llegar á cierta altura reventarían por la tendencia del gas á equilibrarse con el aire.

El *aeronauta* lleva una provisión de lastre, porque así, cuando el globo no tiene más fuerza para subir, tira más ó menos lastre, y el globo, entonces, descargado, sube proporcionalmente. Para bajar, abre, tirando de una cuerda, una válvula que hay en la parte superior del globo, por la cual deja escapar parte del gas interior. También va provisto de un paracaídas que atenua parte de los peligros de la navegación aérea.

Hasta el presente los globos *aerostáticos* no han servido de gran cosa más que de diversión y de espectáculo, aparte de algunas atrevidas aplicaciones en caso

de sitio de una plaza, y otros de género militar; pero se estudia incansablemente el problema de su dirección.

Gay-Lussac, el célebre físico, es quien se ha elevado á mayor altura en globo, pues llegó hasta unos 7,000 metros.

\*\*\*

Existe en la ciudad de Tarragona un teatro de buenas proporciones y de no muy grande capacidad, pero que en 1826 bastaba y sobraba para la escasa concurrencia que á él acudía. La compañía cómica que allí funcionaba, aunque se contentaba con poco, no llegaba á ganar para cubrir las necesidades de sus pocos individuos, por lo que resolvió buscar fortuna en otra parte. Súpolo el conde de España, que á la sazón se hallaba de comandante general de aquella ciudad, llamó al autor de la compañía, ó sea su representante, y le preguntó la causa de la resolución que se había tomado. Este hubo de decirle que se marchaban por el poco favor que gozaban del público, lo cual se debía á la escasa afición de los tarraconenses á los espectáculos teatrales. A lo menos así lo decían ellos y lo probaban con su conducta, bien que algunos, no queriendo confesar esta falta de cultura, atribuían su abstención á la inferioridad de los actores. Aconsejóle ó mandóle el conde que suspendieran la marcha, ensayaran el drama de la *Vida de Santa Tecla*, y que le avisaran cuando estuviera á punto de representarse.

Pasados unos días, el autor, en cumplimiento de lo mandado, presentóse al conde participándole que la *Vida de Santa Tecla* estaba suficientemente ensayada, y la compañía dispuesta á representarla cuando la autoridad lo ordenara. Mandóle el conde que la anunciaran para el día siguiente, con la advertencia de que la entrada en el teatro era libre y gratis. La noche de la representación el coliseo estaba lleno de bote en bote, y todos y cada uno de los actores y actrices fueron aplaudidos con entusiasmo, lo cual parecía probar que ni los tarraconenses tenían horror á las representaciones dramáticas ni aquella compañía les parecía tan mala como se había supuesto.

Terminada la función, los espectadores se dirigieron á la puerta de salida, que encontraron cerrada por orden del conde. Le enviaron emisarios para averiguar cuál era la causa de aquella inesperada providencia, y contestóles el comandante general que si bien la entrada al teatro había sido gratis la salida estaba tasada en un duro, y que cuantos desearan ir á dormir á sus casas debían pagar aquel tributo. Así se hizo, lo que valió á la compañía un ingreso de 500 á 600 duros, que les vinieron muy bien para saldar algunas deudas y mantenerse hasta encontrar más lucrativa ocupación en otro sitio.

\*\*\*

Yendo de visita por su diócesis Mons. de la Motte, obispo de Amiens, hubo de hacerse afeitarse en un pueblo, cuyo barbero, muy poco diestro, le hizo un corte muy regular en la mejilla. Retirábase el rapabarbas confuso y avergonzado después de haber recibido su paga, cuando, apercibiéndose el prelado del corte que le había hecho, llamó otra vez al barbero, y dándole otra peseta le dijo:—Lo que os he dado antes es por la barba, y esta segunda peseta es por la sangría.—El barbero quiso disculparse, diciendo que al correr la navaja había encontrado unos barrotes ó *botoncitos*.—¡Ya! añadió Mons. de la Motte, y vos habéis querido abrirle un *ojo*! Basta, hermano, basta: id con Dios.

\*\*\*

Para quitar las manchas grasientas del lienzo, un enjabonado caliente, repetido unas cuantas veces, es casi siempre suficiente. El planchado al través de un papel de seda, combinado con el empleo de alcohol rectificado, conviene á las telas de lana delicadas, así como á las de seda. Si la tela tiene matices muy claros ó visos de aguas, se puede usar el siguiente procedimiento: Se coloca sobre una mesa de planchar la parte manchada de la tela, se vierte una gota de alcohol sobre la mancha, que se tapa en seguida con un lienzo fino, y se plancha con un hierro caliente, repasando el lienzo á cada golpe de plancha. La grasa se agarra poco á

poco al lienzo, y cuando la impresión de la mancha está medio borrada de la tela, se ponen encima algunas gotas de éter sulfúrico.

\*\*\*

El ambicioso se queja de las penas que le causa la ambición, pero quiere sus frutos. Es como una riña con su amada que, en el fondo, no es odio sino amor. Cuando tales hombres gimen bajo el peso del poder que han deseado, cuando hablan de renunciar á bienes de los que no sabrían prescindir, mírese en el fondo de su alma y se verá que cuando tratan de deshacerse de tantos males, ellos mismos buscarán entorpecimientos. Sí, amigo, mío, no es la esclavitud la que nos retiene, sino nosotros quienes nos esforzamos en retenerla.—SÉNECA.

\*\*\*

Cada época de la vida tiene sus cosas apropiadas, y no todas las cosas sientan bien á todas las edades, pues lo que en una es atractivo, en otra choca. La niñez agrada por su ligereza, la vejez por su gravedad: un cuerdo término medio entre una y otra son el mejor adorno de la juventud.—MAXIMIANO.

\*\*\*

¡Cuántas ventajas no nos ofrece la experiencia, si uno se esfuerza en vencer la pereza y en conseguir con actividad los fines que desea!—GRATO FALISCO.

## RECREOS INSTRUCTIVOS

### XIII

—¿Y las fotografías?

—Antes de dedicarnos de una manera empírica al arte inmortal que descubrieron Daguerre y Niepce, tengo que presentaros unos juegos ópticos que de seguro van á lograr cierto éxito entre las personas curiosas.

—¿Qué juegos son?

—Hélos aquí. Demuestran un principio físico que todos hemos podido observar, aunque en formas distintas; el principio de la *retención* de nuestra retina; ¿no os parecería rara la afirmación de que nuestros ojos tienen *memoria*? Pues en cierto modo ello es verdad, pues el humor vítreo que cubre la retina del ojo, conserva, durante un corto espacio de tiempo, la imagen en que ella se ha reflejado; veámoslo prácticamente: aquí hay la silueta de un murciélago destacada en blanco sobre un fondo negro.

Pues bien: fíjen ustedes la vista durante medio minuto en un punto determinado de dicha silueta, en el que simula el ojo, por ejemplo... ¿está? Pues ahora miren al techo en el sitio más iluminado.

—¡Caramba! yo veo el murciélago negro sobre fondo blanco, ¡qué bien!

—Lo mismo me pasa, Clarita, ¡y es verdad! ¡todavía dura la ilusión!... ahora ya nada veo.

—Pues bien, no me negarán ustedes que la retina del ojo tiene cierta facultad comparable á la memoria,



puesto que conserva una imagen presente cuando ya no puede ver la silueta original.

—Efectivamente, es curioso; y ¿cómo se explica que aparezca blanco lo negro y negro lo blanco?

—Se explica por el ejemplo de un fenómeno parecido al que fija en negativo sobre la placa fotográfica una imagen positiva; lo blanco del papel impresiona más la retina, la hace más sensible, la hiere, por decirlo

así, y la vuelve opaca en la mancha impresionada, mientras que lo negro no la hiere, queda neutral, y parece más blanca en la imagen por contraposición.

Vean ahora esta cabeza...



—¡Qué cabeza! eso son manchas informes.

—Pues miren fijamente en el punto negro que simula el labio y luego aparecerá en el techo la cabeza de un pobre diablo bastante flaco.

—Pero que se ve perfectamente...

—También lo veo yo, y detallado; ¡qué feo es el individuo!

—Pues han de saber ustedes que también puede verse con los ojos cerrados, si se fija la vista por más tiempo; esto prueba que la imagen está impresa, aunque momentáneamente.

—¿Y con qué luz puede verse, estando los ojos cerrados?

—Con la del fósforo que contiene el sistema ocular; ustedes saben que el fósforo da luz, y habrán observado que de noche, cuando se restregan los ojos, aparecen una infinidad de lucecitas, estrellas blancas y mil formas raras, luminosas todas y de brillante colorido; ustedes no saben que uno de los medios físicos para averiguar la naturaleza de los cuerpos, consiste en el análisis espectral, ó sea su estudio por los fenómenos ópticos á que dan lugar; esto es, que tal ó cual cuerpo se compone de tales ó cuales elementos según las irisaciones que da cada uno de un modo constante; y así como la nieve, que se presenta uniforme en su aspecto general, se compone de un sinnúmero de cristalizaciones geométricas, vista con el microscopio, también los cuerpos estudiados íntimamente descomponen la luz, cada uno de distinta manera, y gracias á ese efecto puede deducirse su naturaleza.

—¡Qué hermosa es la ciencia! ¿verdad, don Segundo?

—Sí; es hermosa, Sofía; pero también creo que llega á dar dolor de cabeza al más pintado.

—Dejemos por hoy las ilusiones ópticas, que fatigan la vista, contentándonos con admirar una vez más las maravillas que puso Dios sobre la tierra.

—¿Y la fotografía?

—Otro día será: todavía no he recibido el papel preparado que encargué; todo lo demás está á punto, y el sol no podrá negarnos sus rayos para nuestras operaciones de magia blanca.

JULIÁN.

Solución al losange anterior

C  
YO  
SENA  
ALISIO  
POLÍTICA  
PALISANDRO  
ITALIANÍSIMO  
CONSTANTINOPLA  
GUARASINKHAR  
TABERNEROS  
CASIOPEA  
CARPIO  
MOLE  
A

#### CHARADA

Es guerra fina *una y cuatro*,  
aunque *tres dos* sirve en ella  
y tiene el bosque por teatro.

*Una dos* hay en el buque  
y en otros sitios también;  
sirve al pobre y sirve al duque.

El *dos* da tono y es rey  
entre la gente de orquesta,  
que la acatan como ley.

*Tres cuatro* en Andalucía  
hallaréis, y el jugador  
hiciera mil en un día.

*Dos prima* una goma es  
y la emplea con gran arte  
el mueblista japonés.

Mi *todo* es grande y rastrero,  
y aunque lleno vale mucho,  
poco vale cuando es huero.

T. A.

#### ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y á las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados todos los derechos artísticos y literarios.—IMP. ESPASA Y COMP.<sup>a</sup>





¡DE ÉL!  
CUADRO DE TITO CONTI





## MEMORÁNDUM



CON motivo de las fiestas de Colón el rey Humberto y la reina Margarita han ido á Génova, en cuyo puerto se han juntado barcos de guerra de diversas naciones. Brillante espectáculo ofrecía aquella rada con la vista de los soberbios acorazados que anclaron en ella, mas según noticias exactas, ni por el número de los buques de guerra ni por el número de los países representados por ellos, ha superado al que presentó el puerto de Barcelona en 1888, cuando nuestros reyes se hospedaron en esta ciudad para inaugurar la Exposición Universal. A Génova fué también una comisión de nuestro Ayuntamiento, que guarda las más cordiales relaciones con el de la expresada población italiana. Nuestros concejales fueron recibidos con el mayor cariño.

\* \*

Alguna inquietud ocasionaron á las autoridades de Génova los descargadores del puerto. Hallábanse éstos en huelga desde algunos días por oponerse á que funcionaran las grúas hidráulicas. Al citado puerto, uno de los mejores del Mediterráneo, se le ha dotado de los medios y elementos necesarios para facilitar la carga y descarga de los buques, cosa importantísima, ya que así se ahorran gastos de cuantía al comercio marítimo. Entre los aludidos medios figuran las grúas hidráulicas, como las tienen todos los puertos bien administrados, y que son de necesidad absoluta cuando se trata de elevar grandes pesos. Los descargadores genoveses entendieron que las grúas serían un ahorro de brazos, y por consecuencia pidieron que se dejase de emplearlas, y como no se les atendiera en su petición se declararon en huelga. Circularon voces de que los huelguistas aprovecharían la coyuntura de encontrarse el rey Humberto en Génova para hacer una manifestación, lo que puso en alarma á las autoridades, conforme antes hemos indicado. Tratóse de conjurar el peligro, celebráronse conferencias, según se verifica en tales casos, y á la postre se llegó á una transacción, según la cual, por espacio de tres meses no se usarán las grúas hidráulicas, cuya instalación produjo la huelga. Transcurridos los tres meses ¿qué sucederá? Muy de temer es que se reanude la huelga, pero entonces el rey Humberto no se encontrará en Génova y sus autoridades podrán obrar con mayor desembarazo y sin temor á los tumultos que ahora hubieran podido aguarles las fiestas preparadas con mucha pompa.

TOMO I.—65.



\* \* \*

Está concluida casi la guerra civil desencadenada en Marruecos á causa de la insurrección de la tribu de Anghera. Los angherinos han sufrido fuertes reveses, mas no han sido menores los que han experimentado las tropas imperiales. En el ataque que éstas dieron á las fuertes posiciones de los insurrectos, el campo de batalla ofreció un cuadro verdaderamente horrible. El terreno que ocupaban los angherinos es muy accidentado: la lucha en tales condiciones era fatigosa, haciéndola aún más dura la falta de agua y el sol abrasador que anonadaban á las tropas del sultán, las cuales, en ciertos momentos, preferían entregarse á merced de sus perseguidores á seguir combatiendo en medio de tan espantables sufrimientos. La infantería caía bajo la lluvia de balas que por los tres flancos le dirigían los insurrectos, y los moros, al caer, eran atropellados y pisoteados por la caballería que en su huida no pensaba más que en salvarse á todo trance. A pesar de esto, la insurrección se encontraba quebrantada á la fecha de las últimas noticias; mas el estado político y social de aquellas tribus no permite esperar que, ni aun venciendo por completo S. M. Sherifiana, se consiga que reine orden estable en un territorio ocupado por gentes cuyo oficio y cuya ocupación bien puede asegurarse que consisten exclusivamente en batallar y en hallarse en guerra con todo el mundo.

El viaje hecho recientemente á Fez por el diplomático británico Sir Carlos Ewan Smith, para concertar un tratado de comercio, ha procurado nuevas y curiosísimas noticias sobre aquella ciudad musulmana; cerrada ó poco menos á los extranjeros. Sir Carlos, en las impresiones que ha publicado, se deshace en alabanzas de la fertilidad de las comarcas que hubo de atravesar, y á la vista de Fez muestra su admiración en términos muy encomiásticos. Dice que el aspecto de la referida capital es raro, pero pintoresco en grado superlativo. En su parte nueva se levantan los magníficos palacios del sultán, por el lado de Poniente. En el opuesto se halla la ciudad vieja, por cuyo extremo superior se extienden series de espléndidos jardines terminados por elegantes casas á la moderna en las que viven los altos funcionarios y empleados del gobierno. Añade el diplomático inglés, que es muy notable el modo ingenioso empleado por sus moradores para dar á la capital y á sus alrededores un aspecto bello y sumamente pintoresco, sacando partido de los recursos naturales. No hay casa en la cual no abunde el agua potable, ni sitio en el que falte una fuente, ó un surtidor con graciosos juegos de agua. «Bajo este aspecto, escribe, es decir, en lo que se refiere á la construcción arquitectónica en general, y á la forma y distribución de los jardines de los ricos, se ve que los moros han heredado las costumbres y los gustos de los antiguos persas.» Donde quiera que se han establecido los árabes y los moros, han dado pruebas de idénticos gustos y aficiones artísticas, y de ello es ejemplo elocuente nuestra misma España, en la que todavía se conservan, en las comarcas meridionales, hábitos heredados de los antiguos moros y moriscos, que se revelan especialmente en los deliciosos y elegantes patines llenos de plantas y flores y adornados con fuentes y surtidores. Sir Carlos Ewan Smith manifiesta también que Fez, tan bella, tan pintoresca y tan imponente vista desde fuera, es interiormente un laberinto de calles estrechas, por donde no pueden pasar juntos de frente dos personas. Así son todas las poblaciones del Oriente, y así las edificaron también los moros españoles, como se ve todavía en callejas de Córdoba y Granada, obligados unos y otros por las exigencias del clima.

\* \* \*

No decrece por desgracia el cólera en las naciones invadidas por la epidemia. En París aumentaron marcadamente las invasiones y defunciones en la segunda quincena de Agosto y principios de Septiembre, noticia que ha publicado la prensa apoyándola en datos, á pesar de que la administración parisiense pone empeño en ocultar cuanto puede el curso y los progresos de la enfermedad. En verdad si á los quebrantos que han sufrido por causa de los aranceles

extranjeros, los fabricantes que trabajan en el llamado «artículo de París» hay que agregar la falta de forasteros en aquella ciudad, los perjuicios serán de gran monta para los indicados industriales y para la población en general, y de ello se resentirá el vecindario por largo tiempo. De ahí el afán que se pone para demostrar que la epidemia colérica de París no tiene la menor importancia ni por su carácter ni por las víctimas que causa.

\* \* \*

M. Carnot, el presidente de la República francesa, ha hecho una excursión á Chambéry y á Aix-les-Bains, visitando en este último punto al rey de Grecia, que le devolvió la visita en París. El entusiasmo rusófilo de los franceses se desahogó en Chambéry en unos versos zarramplines que pronunció ante M. Carnot un niño vestido á la rusa. El niño disfrazado y los versos han prestado materia para burlas á los periódicos de la nación vecina, incluso aquellos más aficionados al actual régimen.

B.





## MEDIO JUAN Y JUAN Y MEDIO



(EPISODIOS DE 1812)

¿Y qué nos hacemos ahora con este pueblo descatozido?... — Volverlo á catolizar con la enseñanza, con la caridad, con el ejemplo.

### I

**N**NA de las primeras víctimas de la fiebre amarilla del año 20 fué, en Sanlúcar, un pobre carbonero llamado Juan Barragán. Vivía en una miserable tiendecilla del barrio alto, ejerciendo su industria en compañía de su compadre y asociado Juan Chanca.

Arrojaron su cuerpo á la fosa común, y unas cuantas espuelas de tierra hicieron desaparecer su persona al par que su memoria. La oscuridad tiene sus ventajas, y el olvido después de la muerte no es la más pequeña de ellas en un país como el nuestro, en que no siempre se observa aquella sabia ley de Solón que prohibía tachar la fama de los muertos.

A pesar de su insignificancia, Juan Barragán mereció los honores de la celebridad; pero cada talento especial requiere su época, y Juan Barragán se adelantó á la suya. Hércules en el siglo XIX, hubiese sido á lo más un maestro de gimnasia, y los siglos mitológicos llorarían la falta de su Amadís de Gaula. Juan Barragán, nacido en nuestros días, hubiera llegado á ser un ministro de Hacienda; pero nació en los pasados, y no pudo salir de su oficio primitivo: carbonero y prestamista. Su ingrata época no añadió á su nombre ningún retumbante título; sólo tuvo para aquel genio desperdiciado, para aquel brillante sin reflejos, porque ningún rayo de la actual civilización vino á herirle, el apodo de *Medio Juan*, que por su endeblez física le daban.

Medio Juan tenía conciencia de su debilidad, y, como en su nombre, creíase en su persona incompleto. Pero Dios, que nunca deja mancas sus obras, le sugirió la idea de buscar un complemento en su compadre Juan Chanca, que por su colosal talla era llamado en el pueblo *Juan y Medio*.

Así, pues, el Juan falto buscó y halló en el Juan sobrante el apoyo que el alma encuentra en el cuerpo: era bastante matemático para comprender que

$$\frac{1}{2} \text{ Juan} + 1 \text{ Juan} \frac{1}{2} = 2 \text{ Juanes.}$$

Era Medio Juan, en la sociedad creada, la inteligencia que medita y plantea; Juan y Medio la fuerza bruta que vence los obstáculos y pone en práctica.



El uno, sin salir de la tienda, procuraba engañar á todo bicho viviente, incluso á su asociado; el otro era siempre el editor responsable, la última razón que alegaba Medio Juan en las continuas pendencies que sostenía con sus marchantes y deudores.

Pero, á pesar de que el primero tenía sobre el segundo la ventajosa diferencia que el espíritu tiene sobre la materia, nunca pudo hacerle víctima de sus enredos.

A la superioridad ladina de Medio Juan la enfrenaba su endeblez física, y la inferioridad intelectual de Juan y Medio se apoyaba en la exagerada desconfianza del estúpido que siempre se cree engañado, y en la salvaguardia de sus puños, que de un solo golpe atontaba una res.

En la noche del 25 de Agosto de 1812 la sociedad liquidaba cuentas. La puerta se hallaba asegurada por dentro con una enorme tranca, y sobre el mostrador había un velón de metal, con una sola de sus cuatro piqueras encendidas. Medio Juan, sucio por el abandono y por el carbón tiznado, cotejaba una porción de papeles cubiertos de colosales números, y, murmurando cifras y guarismos, iba apilando las monedas de un gran montón de dinero que ante sí tenía. Juan y Medio, con los codos apoyados en el mostrador y en ambas manos la cabeza, miraba con marcada desconfianza, ora las cuentas en los papeles escritas, ora la fisonomía astuta de su compañero, ya las monedas que poco á poco se iban apilando unas sobre otras.

Había aquella noche descargado en Sanlúcar una tormenta espantosa, que amenazaba arrancarlo de cimientos: torrentes de lluvia calan del barrio alto al bajo, amenazando inundarlo, y el mar subía también hacia allí, bramando como una fiera hambrienta que pide su presa. La lluvia había apagado alguno que otro farol que ardía en las calles ante una imagen; las nubes ocultaban las estrellas del cielo, y sólo de cuando en cuando un relámpago hacía ver las primeras desiertas y el segundo encapotado.

Mas no era la tormenta la sola causa que producía en Sanlúcar aquella soledad en las calles y aquel silencio en las casas. El mariscal Soult había levantado el sitio de Cádiz, y los franceses se retiraban. Un destacamento de éstos que se hallaba en el pueblo debía de partir aquella noche, y, temerosos los vecinos de que los franceses celebrasen su marcha con escenas de robos y pillaje, había cada cual cerrado su puerta, escondido los dineros y alhajas y preparándose á la defensa. En el barrio alto, no por estar vecindado en lo general por gente pobre, dejaba de observarse la misma silenciosa alarma: ni una luz, ni una puerta abierta, ni la menor señal de persona viviente se notaba que pudiese demostrar no ser aquella una población de muertos. Sólo la carbonería de los Juanes dejaba escapar, por la cerradura y rendijas de la desquiciada puerta, algunos reflejos de tenue luz.

—A treinta y dos duros, trece reales y un piquillo de seis cuartos partimos, compadre, dijo al fin Medio Juan, colocando detrás de su oreja la colosal pluma de ave de que se servía.

Y alargando á su asociado las enmarañadas cuentas, añadió:

—Aquí están los papeles que lo cantan.

Tomó éstos Juan y Medio, y, después de mirarlos por todos lados, los arrojó sobre el mostrador, meneando la cabeza.

—Yo no entiendo estas cuentas ni estas pláticas, dijo.

—¿Y qué le hago yo, compadre?... ¿Acaso sabe usted algo más que arrear borricos?

—Pues cate usted por qué sé también que al burro tonto lo mete en vereda el arriero loco, replicó Juan y Medio, mirando fijamente á su compadre.

—Pero, ¿qué cuenta es la que usted entiende, señor? dijo Medio Juan, bajando los ojos ante los de su temible asociado.

—Una entiendo, y es la del cabrero.

—¡Ya!... Cabra fuera, peso duro en la montera... Pues ajústela usted pronto, que agua ha de ser esa cuenta si es más clara que la mía.

Juan y Medio colocó su ancha y musculosa mano sobre el montón de pesos duros, y preguntó á su compadre:

—¿Qué son éstos?

Miróle Medio Juan admirado, y, creyendo que se burlaba de él, contestó mohino:

—Berengenas.

—¿Todas?...

—*Tóltas...*

—*Mu* bien hablado compadre... Y usted, ¿quién es?

—¿Yo?...

—¡Usted!

—¡Un pícaro! dijo Medio Juan, dándose por ofendido de la desconfianza de su compadre.

—Y yo un pícaro y medio, contestó éste sin inmutarse. Conque cate usted aquí mi cuenta. Y, acompañando con la acción la palabra, fué diciendo:

—Una berengena para el pícaro y otra para el pícaro y medio... Una para el pícaro, y otra para el pícaro y medio...

Medio Juan le miraba hacer, royéndose las uñas en silencio, y apilaba las monedas que con el nombre de berengenas le iba entregando su compadre. De repente sonó un fuerte golpe en la puerta, que hizo crujir sus mal unidas tablas. Medio Juan dió un salto en la silla, extendiendo ambas manos sobre el montón de dinero, y Juan y Medio levantó vivamente la cabeza, empuñando, sin decir palabra, un trabuco naranjero que en un rincón se hallaba. Reinó un corto silencio, interrumpido sólo por el recio golpear de la lluvia que cala á torrentes. Un nuevo golpe, seguido de otro aun más fuerte que el primero, hizo á Medio Juan saltar azorado de su asiento y á Juan y Medio dar un paso hacia la puerta, montando antes el trabuco.

—¿Quién va? preguntó en recia voz, mientras Medio Juan le cogía por un brazo, murmurando angustiado:

—¡Pare usted, compadre!... ¡Pare usted, que nos perdemos!...

Y tan rápida como calladamente sepultó el dinero en el fondo de una espuerta, que llenó luego de carbón; después apagó la luz de un soplo.

Quedó la miserable tiendecilla alumbrada solamente por una candileja que ardía en la pared ante una estampa de la Virgen, cuya moribunda luz prestaba á los objetos una movilidad fantástica. Medio Juan aprovechó esta oscuridad para remover en el fondo de la espuerta, ya fuese guiado por sus instintos rapaces, ya con objeto de ocultar mejor el dinero; pero Juan y Medio, que no le perdía de vista, le atrajo hacia sí bruscamente, diciendo:

—¡Deje usted quieta la espuerta, compadre!

—¡Señor, por María Santísima! murmuró éste, si iba á ponerla mejor.

Oyóse entonces en la calle un murmullo de voces, que el ruido de la lluvia hacía ininteligible, seguido de nuevos y cada vez más fuertes porrazos en la puerta. De repente gritó una voz ronca y malhumorada:

—*Eh quoi donc!... ¡Enfoncez la porte!... (1).*

—¡Los franchutes! exclamó Medio Juan, desfavorido, llevándose las manos á la cabeza.

—¡Los franchutes! exclamó Juan y Medio, abriendo de par en par la puerta, sin soltar por eso á su compadre.

## II

Una fuerte bocanada de viento y de lluvia penetró en la tienda al abrir Juan y Medio la puerta; la ya moribunda luz de la candileja se apagó instantáneamente, y las cuentas de Medio Juan volaron de un lado á otro. Al mismo tiempo vieron ambos compadres precipitarse en la tienda cuatro soldados franceses, envueltos en largos capotes que chorreaban agua por todas partes.

(1) ¡Y bien! ¡Echad la puerta abajo!

—¡Eh... cristiano!... ¡Abra usted los ojos! gritó Juan y Medio, rechazando bruscamente á uno de ellos que con él había tropezado.

El francés perdió el equilibrio y cayó sentado en el suelo, jurando y blasfemando en su idioma y amenazando á Juan y Medio con ambos puños. Apaciguáronle sus compañeros, mientras Medio Juan temblaba como un azogado y Juan y Medio se replegaba contra la pared, dispuesto á hacer uso de su trabuco.

Pero los franceses, que parecían venir de paz, se limitaron á examinar las paredes de la tiendecilla, como si buscasen alguna salida, á la luz de una linterna que uno de ellos traía; cambiaron luego entre sí algunas palabras en su idioma, y acercándose á Medio Juan el sargento que los capitaneaba, le preguntó:

—¿Los *boricos*?...

—¿Los borricos? repitió éste.

—Allí asoman las orejas, dijo Juan y Medio, señalando la sombra de los morriones franceses que se proyectaba en la pared.

Volvió el sargento la cabeza hacia el sitio indicado, y ya fuera que no entendiese la maliciosa salida de Juan y Medio, ó que la prudencia le aconsejaba huir de réplicas peligrosas, tornó á preguntar al primero:

—¿Dónde están tus *boricos*?

—¿Mis borricos, señor? contestó Medio Juan. ¡Si yo no tengo ninguno!...

El francés hizo una señal de duda, y Medio Juan continuó humildemente:

—¡Créame su merced, por la gloria de mi madre!... Yo soy un pobre infeliz que no tiene más que estos cuatro ciscos para ganarse la vida!

—Dame á mí tus *boricos*, replicaba el francés impaciente; le capitán lo *comanda*.

—¡Señor, por María Santísima! gritaba Medio Juan. ¡Qué me parta ahora mismo un rayo si tengo yo un *ruchillo* siquiera!...

—¡Lo que era menester es que lo partiera á usted por gallina! exclamó de repente Juan y Medio, dando un empujón á su compadre.

Y adelantándose hacia el francés, le dijo colérico:

—¡Los borricos están en la cuadra, y al amo lo tiene usted delante!... Conque ¿qué se ofrece?

—¡No lo crea usted, señor! gimió Medio Juan, cada vez más angustiado. Aquí no hay más borrico que ese hombre, que va á ser mi perdición.

—¡Calle usted la boca, compadre, y sáquese la vergüenza, si es que la tiene escondida! replicó Juan y Medio.

Y volviéndose hacia el francés, que ya empezaba á incomodarse, añadió:

—¿Se sabrá lo que usted quiere?

—*Ye* quiero que tú me *donnes* los *boricos*.

—Pues á mí no me da la real gana de dárselos.

—¿*Et* por qué? exclamó el francés, colérico al par que sorprendido de semejante arrogancia.

—Porque á mis bestias no les calienta el lomo ningún franchute, más que fuese el mismo Pepe Botella.

Al oír esto los franceses echaron mano á sus armas, y Juan y Medio levantó el trabuco, dispuesto á disparar un tiro al primero que diese un paso adelante. Medio Juan se refugió en un rincón, mesándose los pelos y gritando angustiado:

—¡Compadre, no sea usted bruto!...

En este momento apareció en la puerta un oficial francés, seguido de otros cuantos soldados, y los que se hallaban en la tienda bajaron al punto las armas. El sargento habló en su idioma con el recién venido, señalando á los dos Juanes, de los cuales el uno se mantenía en



guardia con su trabuco montado y el otro salía de debajo del mostrador, al ver ya la paz restablecida.

Acercóse entonces el oficial francés á Juan y Medio, y con los mejores modos y en español correcto, le dijo:

—Oiga usted, amigo: yo no vengo á robarle sus borricos... Quiero tan sólo que me los alquile para llevar á Jerez, esta misma noche, unos barriles de pólvora.

—¿Lo ve usted, compadre, como sus mercedes no venían á ninguna *tropilla*? dijo Medio Juan acercándose.

—Se pagará bien y adelantado, añadió el francés metiendo la mano en el bolsillo.

—¡Ni que me dieran mi peso en oro, sirvo yo á franceses! contestó Juan y Medio fieramente.

—No le haga caso su mercé, que este hombre no sabe lo que se dice, dijo Medio Juan. Entiéndase usted conmigo, que yo le llevaré hasta el fin del mundo.

—¿Cuántos burros hay? preguntó el francés.

—Tres, y la liviana (1) cuatro.

—Bastan los tres... Usted vendrá con nosotros.

—Como su mercé mande.

El oficial, que parecía intranquilo, dió á Medio Juan tres monedas de oro, diciendo:

—Tome usted, por ahora, y no perdamos tiempo.

Al ver brillar el dinero, Juan y Medio bajó el trabuco, y dió un paso hacia su socio.

—Compadre, usted cerrará la puerta, le dijo éste indicándole con un expresivo guiño el sitio en que había escondido el dinero.

—Yo voy con usted, contestó Juan y Medio.

—¿Pues no decía usted que no quería venir?

—Y ahora digo que voy.

—Compadre, tiene usted más pareceres que un abogado, dijo Medio Juan encogiéndose de hombros, porque sabía que toda discusión era inútil.

Frente por frente de la casa había un establo donde se hallaban los borricos; en un momento estuvieron éstos aparejados con cabezón y albarda, y cubiertos ambos carboneros con sus sayales de paño burdo, que les preservaban en parte de la lluvia. Juan y Medio no había soltado su trabuco, ni ayudado en lo más mínimo á su compadre, que, con una actividad maravillosa, todo lo disponía.

—Deje usted esa escopeta, dijo al Hércules el oficial.

—No señor, replicó Juan y Medio. Esta es mi mujer, y, donde quiera que yo voy, viene conmigo.

Entonces preguntó Medio Juan tímidamente:

—¿Y adónde vamos?

—Al castillo, le contestaron.

La caravana se puso en marcha, bajando del barrio alto al bajo, y tomando entonces el camino del castillo, situado en la playa, á un cuarto de hora del pueblo. Causaba ese terror que inspira siempre lo misterioso y desconocido ver atravesar aquellos hombres encapotados las desiertas calles, marchando lentamente, porque el tardo paso de los burros no les permitía caminar más á prisa, y sin que la tempestad les aterrara, ni los truenos les impusiesen, ni la lluvia que caía á torrentes les hiciera apresurar el paso.

A veces, cuando el viento cesaba de mugir y los truenos no retumbaban, dominaba el ruido de la lluvia el tardo y acompasado andar de los franceses, que producía un extraño y pavoroso efecto. Solía entonces abrirse lentamente alguna que otra ventana, y el recio golpear de la lluvia impedía llegasen á oídos de los extranjeros las maldiciones é injurias con que los

(1) La burra más ligera que sirve de guía á la recua.

vecinos celebraban su partida. De una casa situada á la salida del barrio bajo dispararon un tiro, cuya bala pasó rozando el alto morrión del sargento.

La playa presentaba un aspecto de terrible grandeza, á que la noche prestaba el sentimiento de terror que inspira: distinguíanse hacia el lado del mar enormes masas negras que, ora se alzaban, ora caían mugiendo horriblemente; y entre el ronco estruendo de los truenos y el espantoso bramar de las olas oíase á intervalos, como un grito de angustia entre el fragor de una batalla, el lúgubre son del caracol que sirve de seña á los pescadores, á quienes la necesidad empuja y el miedo no arredra, y que navegan confiados en el faro que, al presentar sus distintas fases, aparece ya amarillo, como la palidez del espanto, ya rojo, como los tintes de la sangre fresca, ya verde, cual una esperanza viva que anima y consuela y hace cerrar los ojos para salir sin temor al encuentro del porvenir.

A veces, cuando un relámpago iluminaba aquella escena de la naturaleza, espantosamente sublime, se veía dibujarse sobre su luz rojiza la negra silueta del castillo, que desafiando al cielo y arrollando al mar, se adelanta por entre sus olas como un valiente centinela para gritar: —¿Quién vive?—al atrevido que osaba acercarse.

En el primer patio del castillo se hallaba el resto del destacamento francés, custodiando seis barriles cuidadosamente envueltos en cubiertas de empleita. Los soldados ayudaron á Medio Juan á cargar cada uno de los borricos con dos de aquellos misteriosos barriles, que ataron sobre las albardas con fuertes cordeles. Juan y Medio, apoyado en su trabuco, los miraba hacer sin prestarles auxilio de ningún género.

De pronto, al levantar trabajosamente del suelo uno de aquellos barriles, dijo Medio Juan, cruzando con su compañero una mirada rápida cual un relámpago:

—Más pesan que si estuvieran llenos de oro...

—¡Ya está acá! murmuró Juan y Medio sin moverse de su sitio.

—*Allons!... la nuit s'en va!...* (1) dijo un oficial anciano á quien todos prestaban obediencia.

Los franceses abandonaron por fin el castillo, dirigiéndose hacia un espesísimo pinar que nacía en la misma playa. Cerraban la marcha ambos oficiales montados á caballo, y volviendo á cada instante los rostros hacia atrás como si esperasen algo. De repente sonó una detonación espantosa que los ecos de las olas prolongaron: los fugitivos se detuvieron aterrados, volviendo los ojos hacia el castillo, y al reflejo de una inmensa hoguera, que la copiosa lluvia no era bastante á apagar, vieron volar aquellas erguidas torres que amenazaban al cielo, y caer aquellos robustos muros que resistían al mar. La tempestad enmudeció por un momento, como asombrada de que el hombre destruyese lo que respetaba ella misma, sonó entonces una risa de demonio, y el francés viejo gritó: *Allons!! C'est la France qui vous dit Adieu!* (2).

P. LUIS COLOMA.

(Concluirá).

(1) ¡Vamos!... ¡la noche pasa!

(2) ¡¡Vamos!!... Es Francia que os dice ¡Adiós!

No es nuestro ánimo imputar los hechos vandálicos cometidos en España por los invasores de aquella época á los hijos de la noble y desgraciada Francia, á quien tan de corazón amamos y admiramos. Sólo es responsable de ellos aquel ejército de advenedizos de todas las naciones que trajo á nuestra patria el gran bandolero de tronos y coronas, Napoleón Bonaparte.





## ORIENTAL

**D**UEÑA de la negra toca,  
la del morado monjil,  
por un beso de tu boca  
diera á Granada Boabdil.  
Diera la lanza mejor  
del zenete más bizarro,  
y con su fresco verdor  
toda una orilla del Darro.  
Diera las fiestas de toros,  
y, si fueran en sus manos,  
con las zambras de los moros  
el valor de los cristianos.  
Diera alfombras orientales,  
y armaduras, y pebetes,  
y diera... ¡que tanto vales!  
hasta cuarenta jinetes.  
Porque tus ojos son bellos,  
porque la luz de la aurora  
sube al oriente desde ellos,  
y el mundo su lumbre dora.  
Tus labios son un rubí  
partido por gala en dos...  
le arrancaron para tí  
de la corona de un Dios.  
De tus labios la sonrisa,  
la paz de tu lengua mana...

leve, aérea, como brisa  
de purpurina mañana.  
¡Oh! ¡qué hermosa nazarena  
para un harem oriental,  
suelta la negra melena  
sobre el cuello de cristal,  
en lecho de terciopelo,  
entre una nube de aroma,  
y envuelta en el blanco velo  
de las hijas de Mahoma!  
Vén á Córdoba, cristiana,  
sultana serás allí,  
y el sultán será ¡oh, sultana!  
un esclavo para tí.  
Te dará tanta riqueza,  
tanta gala tunecina,  
que has de juzgar tu belleza  
para pagarle, mezquina.

—  
Dueña de la negra toca,  
por un beso de tu boca  
diera un reino Boabdil;  
y yo por ello, cristiana,  
te diera de buena gana  
mil cielos, si fueran mil.  
JOSÉ ZORRILLA.



# UNA SEÑORITA CHINA GRADUADA

NOVELA TRADUCIDA DEL CHINO AL INGLÉS

POR

EL PROFESOR DOUGLAS



## CAPÍTULO II

**I**MPACIENTE por emprender una expedición de la cual tanto esperaba, Eglantina se despidió de su padre poniéndose inmediatamente en camino. Al oscurecer entraba ya en los suburbios de Ch'engtu, capital de la provincia, y envió al Dragón en busca de una posada decente para alojarse durante los dos días que á su juicio había de pasar en la ciudad.

Cuando hubo restaurado sus fuerzas con una excelente comida, salió Eglantina á tomar el fresco y á descansar en un patio al cual daba su aposento. Quiso el diablo que junto á ese patio hubiese una casa cuyas ventanas le dominaban por completo y se hallaban precisamente situadas enfrente del sitio en donde se había sentado Eglantina.

Esto nada tenía de particular, y sin embargo al cabo de un rato la joven sintió que una fuerza magnética atraía sus miradas hacia aquellas ventanas. Trató de evitar aquella obsesión y no pudo. Una vez le pareció observar que se agitaban las cortinas. Para cerciorarse de la exactitud de este descubrimiento fingió contemplar muy abstraída el suelo alzando de repente los ojos y vió que á toda prisa se escondía detrás de la cortina una niña de peregrina hermosura.

—Si realmente fuese hombre, dijo para sí Eglantina, el corazón debería darme un brinco á la vista de tan soberana belleza, y creeríame obligado á jurar que había de ser dueño de ella, aunque hubiese de arrancarla de las fauces de los monstruos más descomunales. Como no tengo de hombre sino el traje, llevo á los individuos del sexo fuerte la ventaja de poder tomar á broma la aventura, durmiendo á pierna suelta sin que su recuerdo alborote mi fantasía.

Al día siguiente estuvo Eglantina muy ocupada visitando á varios personajes para hablarles del asunto que motivaba su viaje, volviendo á la posada entre dos luces. Al cruzar el patio miró instintivamente á la ventana y otra vez se le apareció aquella visión tan fugitiva como hechicera.

—Si pudiera decirle quién soy, pensó Eglantina, no tendría tanta afición á mirar hacia acá.

Mientras hacía estas y otras análogas reflexiones entró en el patio una doncella con una cajita en la mano, acercóse á Eglantina, y haciendo una profunda reverencia dijo con turbado acento:

—Señor, el cielo os colme de felicidades. Mi joven ama, la señorita King, cuya modesta morada está pegada á este mesón, viéndoos tan solitario, me ha enviado para entregaros estas frutas y este puñado de té, rogando que os dignéis aceptar este insignificante donativo.

Así diciendo, entrególe la caja, que contenía unas magníficas peras y un paquete de aromoso té.

—¿A qué debo tanto honor? preguntó Eglantina; porque yo no tengo el de conocer á vuestra señorita.

—Mi señorita dice, respondió la doncella, que entre tantos centenares de individuos como entran y salen de esta posada no ha visto ninguno que se os pueda comparar por el rostro ni por las maneras. En cuanto tuvo el gusto de veros, comprendió que debíais pertenecer á una noble é ilustre familia, y habiendo sabido por los que os acompañan que sois hijo de un coronel, hase atrevido á enviaros estas bagatelas, como suplemento á la miserable comida de la posada.

—Decidme algo de vuestra señorita, replicó Eglantina llevada de un invencible sentimiento de curiosidad.

—Mi señorita, respondió la doncella, es hija del señor King, que fué vicepresidente de uno de nuestros tribunales. Habiendo descendido sus padres á la región de las Fuentes Amarillas, vive

actualmente con una tía, bendecida por el dios de la riqueza y cuyo pensamiento favorito, por no decir su única idea, es encontrar un joven digno de obtener la mano de su sobrina. Mi señorita tiene un primo que figura entre los más opulentos habitantes de esta capital. Los edificios más suntuosos de ella le pertenecen, de modo que sus rentas son ilimitadas como la extensión de los cuatro mares. Éste tiene tanto empeño como su madre en encontrar un novio para su prima, y ha prometido que tan pronto como haga esta elección hará él todas las diligencias necesarias para que pueda realizarse cuanto antes la boda.

—Comprendo, repuso Eglantina, que una señorita dotada de tanta riqueza y hermosura ha de verse asediada por una nube de pretendientes venidos de los cuatro ángulos del imperio.

—Así es, respondió la doncella, y por cierto que su distracción favorita es contemplarlos desde su ventana, pues, como podéis suponer, todos vienen á alojarse en esta posada. Es cosa de risa oír cómo hace burla de ellos.

«Éste, dice, con su birrete de bachiller, su flamante vestido de oficial y su desgarbada figura, mira siempre en torno volviendo á todos lados la cabeza como una cigüeña. Pues ¡y ese otro, con sus anchas espaldas, su cara de mona y sus piernas de patizambo! También está gracioso.»

—¿Qué dirá de mí? repuso Eglantina.

—De vucencia dice que no sabe á quién compararle, y que su mayor deseo es que los Hados que guiaron vuestro



Al cruzar el patio miró instintivamente á la ventana

carruaje hacia acá no quieran hacerla consumir contemplando una vana visión, sino uniros á ella con el lazo del matrimonio.

—¡Cómo podía yo esperar tanta dicha! exclamó Eglantina sonriéndole. Decid á vuestra señorita que no tengo nada que ofrecerle que sea digno de ella, en pago de sus preciosos presentes, y que, muy á pesar mío, he de contentarme con manifestarle mi ilimitado agradecimiento.

La doncella despidióse de Eglantina haciendo muchas reverencias y reiterando sus votos por la dicha y la inacabable longevidad del apócrifo mancebo.

—Miren por dónde una chica de ingenioso entendimiento, puede equivocarse como una tonta, dijo Eglantina, mientras se alejaba la doncella. Esta aventura me recuerda aquel cuento de hadas en el cual se relatan las angustias de un hombre enamorado de una sombra. Por mi vida, que como no obre Dios un milagro, no va á pasarlo mejor que él esa errada muchacha.

Así diciendo, cogió un pedazo de papel é improvisó unos versos que decían:

«Con unos pensamientos ardientes como una sed inextinguible me envía un fruto fragante y dulce como la miel. Sin ruborizarse busca al fénix de los huéspedes, que vive solo como el laúd encerrado en su estuche.»

Cuando hubo hecho este esfuerzo mental, Eglantina fué á acostarse sin que las revelaciones de la doncella fuesen parte á turbar su ánimo privándola de dormir de un tirón toda la noche.

A la mañana siguiente maravillóse no poco al ver comparecer de nuevo á la amable mensajera del día antes con un plato de yemas de huevos frescos, desleidas en agua caliente con azúcar y ron, y una tetera llena de humeante y aromático té, la cual pidió á Eglantina que se dignase aceptar estos humildes regalos.

—Mil gracias por tanta amabilidad, dijo Eglantina.

—¡Lástima de silla para tal caballo! replicó la doncella. No es á mí á quien debéis agradecer la fineza, sino á mi señorita, que me ha enviado y que con sus propias manos ha confeccionado el té y ha roto la cáscara de los huevos.

—Vuestra señorita, respondió Eglantina, es tan buena como hermosa. ¡Cómo puedo yo, pobre forastero, pagar tantas bondades! Esperad, añadió recordando los versos improvisados la noche antes y pensando que podían ser un buen tónico para la impresionable muchacha; tengo ahí unos versos que le ruego acepte como testimonio de mi agradecimiento.

Dijo, y entrególe un pliego de papel color de flor de melocotón, en el cual había copiado su poesía.

Cuando se hubo despedido la doncella dijo Eglantina para su sayo:

—Si la señorita King sabe penetrar el significado de mis versos, tengo para mí que van á hacerle poquísima gracia. Verdad es que la tontería fué creada por la Providencia para librar de muchas desazones á la mayoría de los seres humanos.

Así fué en efecto. La señorita King pensó enloquecer de júbilo al recibir los versos, y púsose á escribir sin dilación, ganosa de replicar á Eglantina, haciéndole comprender que había encontrado la horma de su zapato. Por último, después de mucho recapacitar, corregir y escribir de nuevo, acabó por dar á luz un laborioso engendro poético, que literalmente traducido del chino dice de este modo:

«Estaba Sung Yuh sentado en la muralla oriental, sumido el espíritu en hondas reflexiones, porque él y P'i sentían vehementes tentaciones de coger el aromoso fruto. ¿A qué tomar otra vez el viejo laúd si ya se han tocado todas las armonías conocidas?»

Después de copiar los versos en un pliego de papel vitela lo envió á Eglantina por medio de su fiel mensajera. Al recibir la poética misiva sonrióse la muchacha y dijo:

—Vuestra ama debe ser una señorita de muy despejado entendimiento. Estas líneas, tan frívolas en apariencia, son en realidad incomparables.

Con todo, por más que Eglantina se sintiese propensa á tomar á broma el asunto, no se le ocultaba que éste tenía un lado serio, por cuanto había acometido la empresa faltando á la verdad públicamente y á sabiendas. Bien se le alcanzaba que donde decía la poetisa Sung Yuh, debía leerse la señorita King, y que P'i era un modo alegórico de representar al falso mancebo que tan enamorada la tenía. Esta consideración la acabó de afirmar en su resolución de poner término cuanto antes á las coqueterías de la inflamable señorita, si en todo tiempo y



lugar enojosas, en aquella sazón insoportables por razón de las especiales circunstancias en que se hallaba Eglantina.

—En verdad no sé cómo demostrar á vuestra ama mi agradecimiento, respondió decidiéndose á mentir por vez postrera. Si fuese dueño de mi corazón, probablemente no me haría de rogar para dirigir mis pasos hacia el albérrigo emplumado (1). Por desgracia he de confesaros que soy casado. Si hubiese tenido la dicha de conocer antes á la señorita King, tal vez fuera hoy más venturoso. Después de todo hállome en la misma posición que otros muchos, pues no conozco ninguna que no haya sentido alguna vez vivos deseos de gritar como los chicos jugando á cara ó cruz: ¡cara! por el gusto de volver á probar fortuna.

—Malas noticias son esas para mi pobre señorita, que tan prendada está de vos desde el primer día que os vió, y cuando una joven enamorada tiene que renunciar á la ilusión que la absorbe y la hechiza, vuélvese peor que el niño á quien arrebatan una golosina. Pero estas son palabras ociosas. Aun no he encontrado á un hombre capaz de comprender á una mujer.

—Creed que lo siento en el alma, respondió Eglantina procurando reprimir una sonrisa. Como decís muy bien, una señorita es para mí un libro sellado. Sin embargo, he oído decir que los caprichos de las niñas son variables como la sombra del bambú, y por lo tanto me atrevo á esperar que aunque la señorita King vea ahora muy nublado el cielo, esa niebla que hoy lo vela se disipará mañana abriendo paso á la brillante aurora.

La doncella, que no vela la hora de participar á su ama estas nuevas, despidióse sin contestar palabra.

No viéndola parecer por allá á la mañana siguiente, pensó Eglantina que su embuste había producido un maravilloso efecto curativo en el ánimo de la enamorada muchacha. Esta convicción fué para ella un grande alivio, porque la aventura iba haciéndose pesada, y sin embargo, no sentía remordimientos al engañar á la señorita King representando aquella comedia, realmente censurable.

Su carácter no le permitía simpatizar con tan repentinas y arrebatadas pasiones. El amor que profesaba á Tu habíase desarrollado gradualmente en su alma por espacio de muchos meses, y no comprendía ni le gustaba la impresionabilidad de una chica tan violentamente enamorada de un mancebo á quien sólo había visto desde lejos tomando el fresco al levantarse de la mesa.

Parecióle, por consiguiente, que se había quitado un gran peso de encima, y respiraba con más libertad cuando al otro día salió á la calle para hacer sus visitas de despedida al gobernador y al juez de la provincia, que se habían tomado un grande interés por el coronel Wun desde que Eglantina se había encargado de su defensa. Ambos habían prometido hacer cuanto estuviese en su mano en favor del preso, colmando á Eglantina de testimonios de benevolencia en forma de frutos raros y otros exquisitos manjares. Aquel día el gobernador la convidó á comer, y era ya muy tarde cuando volvió Eglantina á la posada.

Al día siguiente levantóse muy temprano, con la idea de partir antes del medio día, y encontrábase en el patio dando instrucciones al Dragón para la marcha, cuando vió con estupor que nuevamente se le acercaba la doncella de la señorita King, que sonriéndose con expresión maliciosa le dijo:

—¿Cómo es posible que un hombre tan joven como vuestro amigo sepa fingir con tanta maestría?

—¿Qué queréis decir? preguntó Eglantina.

—Anoche me dijisteis que erais casado, noticia que llenó de pesadumbre el corazón de mi ama. Por fortuna ocurriósele después enviarme á pedir informes á vuestros criados, y por ellos se ha sabido que no teníais mujer ni novia. Excuso deciros cuánto se ha regocijado la señorita King al oír tales nuevas. Al momento ha pedido á su primo que viniera á veros ofreciéndolos formalmente su mano, y envíame ahora á mí á fin de participaros que va á llegar dentro de poco rato.

(1) Emblema nupcial.

Todos sabéis lo que es pasar de un humor gozoso á un profundo abatimiento de ánimo, como pasa á veces la Naturaleza del esplendor de un día sereno á la triste lobreguez de un cielo tempestuoso. Así le sucedió á la pobre Eglantina, viendo renacer las dificultades suscitadas por aquella constante pesadilla cuando creía haberse librado para siempre de ella. Invocó todos los anatemas del cielo sobre las cabezas de Dragón y de su mujer, maldiciendo la hora en que se le había ocurrido llevarlos consigo.

Apenas había terminado esta letanía de impropiedades, cuando se abrió de par en par la puerta de la posada y entró en ella un criado llevando en la mano una larga y encarnada tarjeta de visita en la cual estaba inscrito el nombre del opulento dueño del inmueble. En pos del criado, y á pocos pasos de distancia, seguía el joven King, muy ceremonioso y expansivo, el cual, después de hacer muchas reverencias, dijo:

—Permita vucencia que le presente mis respetos.

Tan atónita había quedado la pobre Eglantina, que hasta olvidó sus hábitos irreprochablemente corteses, indicando apenas al recién llegado con un ligero movimiento de su diestra que se sirviese tomar asiento. Por fortuna el otro estaba tan conmovido como ella y esta poco urbana frialdad pasó inadvertida.

—Creed, dijo el señor King entrando desde luego en materia, que no me hubiera atrevido á venir á encontrar á vucencia si no fuese porque he de hablaros de un asunto muy importante. Tengo una prima, hija del vicepresidente King, para la cual estamos buscando de algunos años acá un buen partido; empresa que nos tiene bastante preocupados, pues ha declarado categóricamente que no ha de casarse sino con un hombre que sea de su gusto, y hasta ahora no había encontrado ninguno que le agradase. Por último, la aparición de vucencia ha sido un rayo de luz que ha iluminado su camino, mostrándole el paraíso de la dicha conyugal.

King hizo aquí una pausa esperando la respuesta. Eglantina, absorbida por sus meditaciones, no despegó los labios, y su interlocutor prosiguió de este modo:

—Habiendo oído que vucencia es soltero, he aceptado el encargo de ofreceros la mano de mi prima. Desde que os he visto no he podido menos de alabar la elección que ha hecho. No creo que haya en el mundo una pareja más admirable que la que haríais los dos, ni más predestinada á la dicha en esta vida.

—Eso que me decís no puede menos de inclinarme á complacer á vucencia, respondió Eglantina. Agradezco de todo corazón el grande afecto que la señorita King se ha dignado demostrarme; mas yo no puedo echar en olvido la nobleza de su alcurnia, y temo que no he de ser un partido proporcionado para esta ilustre señorita. Por otra parte, mi padre está pasando un gran disgusto, y yo voy á Pekín precisamente con el intento de sacarle de un mal paso. Ya comprenderéis que la ocasión no podía ser más inoportuna para contraer semejante compromiso.

—Tocante á la primera objeción de vucencia, replicó King, os veo llevar un sombrero con borlas de seda, y el hombre ha de ser profeta para vaticinar si andando el tiempo logrará ó no la alta posición que ambiciona. Por lo demás, el asunto que os lleva á Pekín no puede tardar en arreglarse, y por lo tanto nada se opone á que sentemos ahora los preliminares, dejando para vuestro regreso la celebración de la boda. Con esto se calmará el espíritu de mi prima, que está ahora muy agitada. Mi plan no ha de servir de estorbo para la solución del asunto que motiva vuestro viaje á la corte.

A medida que iba King explicándose, veía Eglantina multiplicarse las dificultades. Por una parte, no le era dable explicarse sinceramente revelando la verdad, y por otra no se le ocurría ninguna objeción plausible para rechazar semejante ofrecimiento, por más que se lo hiciesen en ocasión tan inoportuna.

—Ea, dijo en sus adentros, ha llegado el momento de dar las explicaciones que un día ú otro habré de dar á Wei. Si no fuese por la esperanza de que más ó menos tarde he de ser

la esposa de Tu, la vida sería para mí una carga pesada. Con ese señor King, tan empeñado en arrojar á mis brazos á su apreciable prima, ya no he de guardar tantos miramientos. La mejor manera de salir del atolladero será aceptar la proposición y regalarle la cajita que Wei me dió para mi supuesta hermana, á fin de que la entregue en mi nombre á esa doncella mal herida de amor.

Hechas estas reflexiones, volvióse á King y le dijo:

—Desde el momento que tanto me honráis, no me atrevo á desechar vuestra proposición, y por lo tanto os ruego que deis esto á vuestra prima, como gaje de nuestra futura unión, transmitiéndole mi formal palabra de que si no le doy la mano, en mi vida he de darla á mujer alguna.

Recibió el señor King con gran regocijo el presente, y dándolo sin dilación á la doncella, que estaba esperando sus órdenes, mandóle que lo llevase al momento á su ama, participándole al mismo tiempo la grata contestación que acababa de recibir su embajada.

Esperaba Eglantina que con esto habrían terminado tantas molestias, pero King insistió de tal manera en que debía celebrarse el acontecimiento con un festín, que era ya muy tarde cuando pudo finalmente salir de la casa.

Cuando estuvo ya en camino, su impaciencia para llegar á Pekín creció de tal manera, que prosiguió su viaje día y noche sin descanso «tragando viento y viviendo en el agua.» No tuvo sosiego su anheloso espíritu hasta que se hubo alojado en una posada cerca de la puerta Hata.

Traducción del inglés por  
JOSÉ COROLEU.

(Continuará).



EN EL RESTAURÁN.—CUADRO DE FRANCISCO GÓMEZ SOLER





PRIMER AMOR  
CUADRO DE KARL HOFF





# ¡SOLEDAD!

NOVELA ESPAÑOLA

POR

D. C. SUAREZ BRAVO

## CAPITULO XI

ENTRADA RUIDOSA



«—Furias del infierno son.

—¡Qué pena!

—¡Qué confusión!

—Cocheros, tened, tened.»

(Alarcón).

En los dos días que siguieron al de su llegada, Eduardo, por medio de frases sueltas cogidas aquí y allí, pudo darse cuenta de la situación de Blanca. Aunque la imagen de Luisa y el punzante recuerdo del desdichado fin de sus amores seguían tiranizando su voluntad, no por eso dejaba de interesarle profundamente cuanto á su bella prima se refería. La gratitud, el parentesco, el prestigio que la belleza ejerce sobre cuanto le rodea, la especie de poético misterio que envolvía el carácter y las acciones de la duquesita, las singulares preferencias que desde el principio le había merecido, y que daban ocasión á dudar si las inspiraba un móvil quizá más tierno que el de la estimación y el que engendran los lazos de la sangre, no podían dejar de excitar poderosamente la imaginación del joven y de obligarle á prestar á cuanto se decía en torno suyo, relativo á su prima, la más escrupulosa atención. Por circunstancias que le eran ya conocidas, consideraba á Blanca como viviendo, aunque

TOMO I. — 67.



en el seno de su familia, en medio de país enemigo. Para la duquesa y para García era un grande embarazo, sobre todo para la primera, en cuyo corazón hablaban más alto los sentimientos de la vanidad que los de madre, y que, por añadidura, debía considerar la escrupulosa reserva de su hija como una acusación muda, pero elocuente, como muestra de que no se prestaba á reconocer el modo de ser irregular de su interior doméstico. Era natural que en semejante situación procurasen ambos librarse por medio de un casamiento de tan importuno testigo, y Eduardo pudo convencerse que el proyecto había ya entrado en vías de ejecución, puesto que había candidato.

Se hablaba en los jardines, antes de la hora del almuerzo, de las rentas y títulos aglomerados en la casa de Montilla, á lo cual dijo uno de los circunstantes:

—La casa de Atienza no le va muy en zaga, y si es cierto que se trata de un matrimonio entre Iñigo y Blanca, van á reunir entre los dos la primera renta de España.

—Sí, dijo la Vallejuncoso que estaba presente, la cuenta no está mal hecha; pero barrunto que se ha echado sin la huésped.

—¿Lo dice usted por Blanca?

—¿Por quién lo había de decir? Por la huésped que nos ha venido de Holanda.

—¡Huésped, la primogénita de la casa!

—Pues pregúnteselo usted á...

La presencia de Eduardo, que advirtió en aquel momento, obligó á doña Matea á tragarse el final de la frase y varió de conversación.

Si por una porción de conceptos Iñigo de Atienza era para Blanca un partido irreemplazable, pareciale, sin embargo, á Eduardo, por los antecedentes que tenía de su prima y por algo que aun no había encontrado fórmula en su espíritu, que el proyecto corría riesgo de fracasar. No era posible que el matrimonio dejase de ser para Blanca algo más que una mera conjunción de conveniencias sociales y que en él no diese una parte preponderante al gusto y al corazón. Bajo el punto de vista del nacimiento, de la fortuna y hasta de cierta nobleza nativa de sentimientos, que una vida de disipación no había conseguido extinguir por completo, Iñigo era ciertamente el mejor de los partidos para Blanca; pero era al mismo tiempo un mancebo sin juventud, gastado por el vicio. Dueño de sus acciones en la edad más peligrosa y con medios abundantes para satisfacer los desarreglos de la imaginación, había gastado en muy pocos años todo su capital de salud y de ilusiones y se encontraba á los treinta decrepito de alma y de cuerpo. Si los contrarios se rechazan, no era posible que Blanca consintiera de buen grado en unirse á él. Era como unirse la primavera con el invierno.

En las varias conversaciones que había tenido con su prima, días antes, ésta no le hizo la menor alusión á semejante proyecto; pero de su aire constantemente preocupado, de las reticencias que se le escapaban con frecuencia y del gesto violento y contrariado con que se apartó de su madre las dos ó tres veces que la vió hablar confidencialmente con ella, deducía la exactitud de los rumores que andaban por el aire. Hubiera podido aclarar sus dudas, interrogando al duque, pero sin saber por qué, sintió repugnancia á hacerlo, y eso que el duque desde el primer día de su conocimiento le trató con abandono y confianza que en él no parecían habituales. Parte por su salud valetudinaria, que le obligaba con frecuencia á privarse de los solaces comunes, parte por su fría y un poco altanera cortesía, el duque llevaba una vida especial en medio de aquella sociedad bulliciosa y se le vela cruzar por medio de los grupos de invitados, fijando en ellos su lente burlón, como espectador indiferente y sin tomar casi nunca parte en sus diálogos.

Pero en el Sotillo se advertía, aún más agravado, por la clase y hábitos de los que en él se albergaban, el espíritu de murmuración y de curiosidad que se desarrolla siempre entre los viajeros encerrados en buque de larga travesía. Aparte de los mordiscos que los invitados se daban unos á otros á todo volver de espaldas, el proyecto de casamiento de Blanca y de

Iñigo era el asunto permanente de las conversaciones. La curiosidad, cada vez más excitada por el misterio que envolvía las negociaciones, organizó una especie de espionaje en el cual, como es natural, tomaron las mujeres la parte más activa, sobre todo la Vallejuncoso, que deseaba, casi tanto como la duquesa y García, librarse de la importuna presencia de Blanca en casa por ella tan frecuentada y que era el principal teatro de sus operaciones. Los huéspedes del Sotillo, que conocían la intimidad con que la marquesa trataba á la dueña de la casa y á García, y para quienes no era un misterio la aversión que profesaba á la duquesita, no cesaban de sonsacar á la comadre; pero ésta sólo tenía noticias referentes á dos de los factores del problema; de los otros dos, esto es, de Blanca y de Iñigo, nada sabía de un modo positivo. Desde la llegada de Eduardo sospechaba que un quinto factor podía complicar las negociaciones, y no dejó de soltar la especie á García en la primera ocasión que se le presentó de hablar con él.

—Ese joven no tiene una peseta, dijo aquél, pero como pertenece al linaje, las apariencias con él quedarían á cubierto. Si Blanca se empeñase, esa podría ser una solución.

—Por lo visto, ya se conocían, insinuó la marquesa.

—Creo que se han visto por primera vez en el baile.

—Pues han intimado pronto. Esa muñeca tan tiesa y tan fría para todo el mundo, dobla demasiado el cogote con su primo para que no dé qué sospechar. Yo creo que ambos se entienden.

—Pues si no le acomoda el matrimonio de razón, que apechugue con el de inclinación. De un modo ó de otro tendrá que decidirse. Es cosa resuelta.

La Vallejuncoso puso inmediatamente en circulación esta confidencia, exornándola con cuantas reticencias ponzoñosas se le ocurrieron. Cuando después de haber corrido de boca en boca, la transmitió á Eduardo, á título de confidencia, una persona caritativa, venía ya formulada en estos términos:

—Blanca, antes de casarse con el duque, ha querido entenderse con usted.

El joven rechazó indignado la calumniosa insinuación, cuyos orígenes sospechaba; pero no era tan inexperto que no comprendiese que su negativa dejaba las cosas conforme estaban.

Ya en la primera noche de su llegada, á consecuencia de las mortales angustias que le hizo pasar la partida de tresillo, pensó entre las agitaciones del insomnio, si no sería lo más prudente alejarse inmediatamente de aquella casa para no verse enredado de nuevo en otro compromiso de los que para él traían aparejada la afrenta. El temor de afligir á Blanca y el de no poder dar explicación plausible á tan súbita marcha, que Dios sabe cómo pudiera ser interpretada, enfriaron su resolución; pero al ver que la maledicencia venía por otros caminos á buscarle á él como instrumento de deshonor contra su prima, la idea volvió á apoderarse con más fuerza de su espíritu. Sin embargo, ¿cómo realizarla? Fácil era dar una explicación plausible á la duquesa, pero Blanca, que conocía las interioridades de su vida, no se dejaría engañar. Había venido además al Sotillo llamado por ella, para que le prestase ayuda y consejo en su abandono y soledad, y á los ojos de todo corazón hidalgo, esta razón debía sobreponerse á todas. Marcharse sin despedirse de Blanca, caso de que fuera posible, (como quiera que en aquel mundo abreviado todos se espiaban unos á otros, y la entrada y la salida de cada huésped era un acontecimiento), sería una acción marcada con el sello de la más negra ingratitud. Su prima era precisamente la única persona con quien no le era lícito proceder de ese modo.

Un día entero pasó Eduardo discutiendo consigo mismo el difícil problema, sin ánimo para resolverle. La preocupación de Blanca aumentaba visiblemente, pero aunque procuró en varias ocasiones provocar una confidencia que le permitiese apreciar el estado de su alma, no pudo vencer la reserva de la joven, reserva, por otro lado, que á un corazón altivo y delicado como el suyo, le era impuesta por la fuerza de las circunstancias. Objeto de un culto asiduo y constante, por parte de la mayoría de los huéspedes, que no podían dejar de ver en ella la

personificación de cuanto es susceptible de cautivar la vanidad y el gusto, recibía los homenajes con fría y cortés impasibilidad. Sólo con él se mostraba cordial y afectuosa, y aunque la estrechez del parentesco podía á los ojos del mundo justificar la distinción, un no sé qué en la mirada y en la inflexión de la voz, que solamente él podía advertir, parecían revelar una idea ó un sentimiento, que sumía siempre á Eduardo en la mayor perplejidad. Prescindiendo de la reserva que á él también le imponía la penuria de su situación y el justo temor de que Blanca pudiera atribuir cualquier avance por parte suya á interesado cálculo, se disputaban su corazón dos fuerzas contrarias, una que le impulsaba y otra que le retenía. Aunque se creía curado de su pasión, siempre que en sus conversaciones con Blanca, á quien sinceramente creía la más adorable de todas las mujeres, trataba de arriesgar alguna



frase de ternura susceptible de cambiar la índole de sus relaciones, se le aparecía la imagen de Luisa clavando en él aquella triste mirada de reconvención que removi6 todo su ser en la noche del baile. En vano se reprochaba su debilidad recordando la fría y desapiadada misiva de la infiel; aquella mirada le perturbaba y le perseguía hasta en sueños, anulando su propósito, por otra parte no muy bien asentado, ya que su pobreza y la opulencia de su prima no dejaban también de ser parte á mantenerle en la indecisión. La imaginación de Eduardo era un poco novelesca, y para buscar compañera se sentía más propenso á descender que á subir. Verdad es que en ninguna circunstancia de su vida tuvo ocasión de sentir como entonces las punzantes amarguras de la pobreza; pero la índole no cambia en un día, y el mejorar de fortuna por medio de un casamiento repugnaba á la ingénita altivez de su espíritu.

Paseando sumido en estas indecisiones, después del almuerzo, por el bosque que caía á espaldas del palacio, sintió pisadas de caballos y vió salir á Blanca montada en una jaca torda, vera efigies de la de don Álvaro, la cual, al respirar el aire libre, escarbó el suelo y sacudió las crines, como mostrándose arrogante de su preciosa carga. Vestía la duquesita airoso traje de flotante falda. La acompañaba, oprimiendo los lomos de un hermoso animal de mezcla, el viz-

conde de Casa-Menéndez, cuya benévola y redonda fisonomía no disimulaba la satisfacción que el ser acompañante y escudero de tan aristocrática y gentil amazona le causaba. Un caballero venía detrás conduciendo su montura del diestro, pero cuando iba á saltar sobre ella para seguir á los dos jinetes á la conveniente distancia, Blanca, que vió á su primo, le hizo señas para que se detuviese y se detuvo ella también.

—¿Has servido en caballería? dijo volviéndose á Eduardo que se acercaba á hablarla.

—No por cierto, contestó éste. Mi arma ha sido la infantería. ¿Por qué quieres saberlo?

—Iba invitarte á que nos acompañases. La tarde es hermosa, y como te veo tan solitario...

—Aunque oficial de á pie, no he dejado de calzarme á menudo las espuelas. Te cojo la palabra.

—Trae un caballo ensillado para el marqués, dijo Blanca al caballero.



Mientras éste cumplía la orden, Eduardo, examinando el horizonte, advirtió que el tiempo no parecía muy seguro.

—Con la atmósfera despejada es imposible pasear por este país sin árboles, dijo la duquesita. Si no se aprovechan los días cubiertos, no se puede salir de los jardines.

Trajeron el caballo, del cual tomó posesión Eduardo apoyándose ligeramente en el estribo, á guisa de hábil jinete, y colocándose á la izquierda de su prima se puso en marcha la cabalgata.

Pronto advirtió Eduardo que no se trataba de un paseo á la ventura y que su prima y el vizconde llevaban objeto. Después de trasponer las tapias de los jardines, se dirigieron á través de los trigos y de los plantíos de viñas, por sendas que no permitían más que el paso de un solo jinete de frente, hacia el camino real, que se extendía blanco y polvoroso por el inmenso llano. Á poco más de media legua se veía un grupo de casas, si era lícito dar este nombre á miserables viviendas rústicas, con paredes de adobes, y algo más lejos otra agrupación mayor coronada por una torre de iglesia.

—Más agradable hubiera sido el paseo por el bosque, dijo Eduardo en el momento en que entraban en la carretera; pero advierto que vas á caso hecho.

—Así es, contestó Blanca. Una pobre viuda, arrendataria nuestra, me ha dirigido un memorial que me ha interesado y quiero ver por mí misma su verdadera situación. ¿Está lejos la casa, vizconde?

—Ya estamos viendo de aquí su casa, contestó éste. Es la primera á la derecha de la carretera.

Blanca excitó con un ligero golpe de látigo sobre el cuello á su jaca, y los tres jinetes, envueltos en una nube de polvo, llegaron á la casa designada por el vizconde.

Al sentir las pisadas de los caballos, una muchacha como de diez y seis á diez y ocho años, con el cutis abrasado por el sol, y miserablemente aliñada, pero de ojos negros, no exentos de expresión y malicia, se asomó á la puerta, y se retiró asustada gritando:

—¡Madre, la señorita del palacio!

Blanca se apeó y entregó su yegua al caballerizo. Lo mismo hicieron sus dos acompañantes.

La casa se reducía á unas tapias de color de tierra, con una puerta y dos ventanas ennegrecidas por el humo. La cubierta era de grosera teja, deficiente en muchos sitios. A Blanca, acostumbrada á las risueñas alquerías del país donde había pasado su juventud, se le oprimió el corazón al contemplar el aspecto pobre y desolado de aquella morada, y advirtió al extender la vista por las que le seguían, que no era otro el tipo ordinario de las que componían la pequeña población rural.

—Aquí falta todo, dijo suspirando.

—Todo, tiene usted razón, puesto que falta el agua, observó el vizconde. El agua es la que da comodidad y buen aspecto á las moradas campestres. Este país se muere de sed.

Una pobre mujer de rostro también atezado y cabello casi blanco, no por la edad, que quizá no llegaría á los cincuenta, salió apresuradamente ajustándose un pañuelo que acababa de echar sobre su jubón desgarrado. Su fisonomía inteligente y bondadosa hacía olvidar la pobreza del atavío.

—¿Usted aquí, señorita? exclamó dirigiéndose á Blanca. ¡Dios la bendiga! ¿Quiere usted pasar adentro y descansar?

—Gracias, buena mujer. Aquí estoy bien, contestó Blanca fijando en ella su mirada compasiva.

—¡Válgame Dios! ¡Cuánto siento no tener nada que ofrecer á usted y á estos caballeros; pero somos tan pobres! Sobre todo, desde que faltó mi pobre marido.

—¿Hace mucho tiempo que quedó usted viuda?

—Este San Miguel hará dos años. Mi hombre se dedicaba á la carretería, y murió el pobre de una insolación. Me dejó tres rapaces, y esta chica que habrán ustedes visto hace un momento. A ver, Sotera, sal aquí á saludar á la señorita... Perdónenla ustedes... la pobre es tan corta...

La interpelada salió bajando la cabeza y levantando su moño de pelo negro que había procurado acomodarse sobre la nuca á toda prisa. No era fácil decidir si salía ruborizada, porque el sol y la intemperie habían hecho su cutis impermeable á las emociones interiores del ánimo; pero del encogimiento de toda su persona, no exenta de gracia, y de la violencia con que levantaba los ojos para mirar á los recién venidos, se deducía que no estaba acostumbrada á tales visitas.

—Ha dicho usted que tiene otros tres hijos, dijo Blanca á la viuda después de haber examinado bondadosamente á la joven campesina.

—Sí, señorita: el mayor está trabajando en nuestra pequeña labranza, que es de la que sacamos nuestro mal comer. Aunque todavía muy joven, el pobre hace lo que puede. Los otros dos son muy niños y están en la escuela del pueblo.

—De modo que son ustedes cinco de familia.

—Si por cierto, cinco bocas, y la tierra que labramos no da para llenarlas. Hay que rebajar alguna ó tenemos que echarnos á pedir limosna. Las vecinas, que saben que en mi casa no se enciende fuego todos los días, no me dejan cera en el oído para que mande á la chica á servir á Madrid; pero á mí se me nubla el corazón al pensar en separarme de ella. Ya veo que otras madres menos pobres que yo lo hacen, y sin duda hacen bien, pero no nacemos todas con igual valentía. La compañía de esta hija, sobre todo después de mi viudez, es mi único consuelo, y además no hay quién me quite de la cabeza que no es obra de buena madre arrojar á una pobre inocente sin experiencia á los peligros de aquella Babel, en la que tantas se pierden. Pero no quiero hacerme mejor de lo que soy: la verdad es, buena señorita, que me falta valor para hacer este sacrificio, y á ella, pues claro está, le sucede lo mismo... ¿No es verdad, hija?

La mozuela, sin alzar la cabeza y sin saber qué hacer con las manos, dirigió á su madre una mirada indecisa y poco concluyente, que ésta se apresuró á interpretar en el sentido que á su ternura interesaba.

—¡Qué encogida eres, criatura! Aunque eso por sabido se calla.

Eduardo juraría que la mirada de la muchacha daba á entender algo que no era precisamente lo que la pobre mujer pretendía; pero Blanca, que había escuchado con profundo y tierno interés la relación, se apresuró á tomar la palabra.

—Dice usted bien. ¿Cómo no ha de querer una buena hija acompañar á su madre, sobre todo si su madre se encuentra en necesidad? Tranquilícese usted, pobrecita. No en vano ha acudido usted á mí. Yo me encargo de que en este hogar no deje de encenderse fuego todos los días, y si al fin y al cabo tiene usted alguna vez que separarse de su hija, no será porque la miseria le obligue á ello.

—La Virgen del Carmen se lo premie á usted. Ya me habían dicho que era usted caritativa, pero veo que es usted un ángel, exclamó la viuda sollozando y procurando coger para besarla una de las manos de Blanca.

Esta, enternecida á su vez, la llevó á un lado y le estuvo hablando en voz baja, en términos que á la pobre mujer debieron parecerle música del cielo, pues no cesaba de interrumpirla con exclamaciones como esta:

—¡Jesús! ¡Cuánta bondad, señorita! ¡Por menos la llenaría á usted de bendiciones! Está bien. Ha traído usted la dicha á esta pobre casa. La Virgen le dé á usted toda la felicidad que merece. Sotera, vén y besa la mano á la señorita. Ya no tendremos que separarnos.

Obedeció la chica, animada por el gesto de la duquesita, que le tendió con graciosa bondad

su delicada mano. Pasados los indispensables momentos de efusión, Blanca se despidió de las dos mujeres, volvió á subir sobre su cabalgadura, hizo el último saludo y emprendió la vuelta, seguida de Eduardo y del vizconde, á quienes había conmovido la tierna escena.

Caminaron algún rato en silencio. Blanca parecía preocupada; y mirando de reojo Eduardo creyó advertir en su rostro ligeramente fruncido, la huella de un pensamiento penoso é importuno que se avenía mal con la índole de la escena á que acababan de asistir.

—He aquí lo que se llama un paseo bien aprovechado, dijo el vizconde deseoso de anudar la conversación. Esa pobre campesina no olvidará fácilmente la visita.

—¡Dios mío! contestó Blanca. ¡Cuán fácil nos es á los ricos hacer dichosos! El tiempo que perdemos en cosas que generalmente no aprovechan á nuestra felicidad, es tiempo que robamos á los desgraciados.

—Consuela, sin embargo, ver en los hogares humildes sentimientos que no suelen encontrarse en los palacios, añadió Eduardo.

—Es verdad. Esa mujer hubiera soportado la miseria sin pedir auxilio, pero no puede soportar la perspectiva de separarse de su hija.

—Nada más natural.

—¿Le parece á usted? exclamó la joven con involuntario arranque, fijando su mirada en el vizconde, que había soltado maquinalmente la afirmación. Madres hay que nadan en la opulencia, y están, sin embargo, deseando librarse de sus hijas.

El final de esta frase sonó á Eduardo como un sollozo, y fijó los ojos en su prima. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Mortificada la joven de no haber podido reprimir aquel gemido de su corazón, picó espuela al caballo, el cual arrancó á trote largo que no tardó en convertirse en galope. Eduardo y el vizconde pusieron los suyos al mismo diapasón, aunque cuidando el primero de mantenerse algo retirado de su prima, para que ésta pudiera desahogar libremente y sin ser vista la tormenta que la conversación con la viuda había levantado en su espíritu. El vizconde hizo otro tanto, más por instinto que por intención deliberada. En vez de volver por el mismo camino, que era el más corto, Blanca dejó atrás la senda por donde antes entraron en la carretera, y siguió corriendo por ésta á toda rienda y como si tratase de calmar con la fatiga del cuerpo las agitaciones del ánimo. Después de media hora de carrera casi vertiginosa, en la cual Eduardo, que hacía mucho tiempo que no montaba á caballo, temió más de una vez salir de los arzones, llegaron al sitio en que el camino real empalmaba con la larga avenida de álamos que conducía al palacio, pero antes de torcer por ella vieron á lo lejos, por el lado opuesto, una nube de polvo que avanzaba con rapidez, lo que hizo que refrenasen instintivamente sus corceles para enterarse de lo que aquello significaba. No tardaron en advertir que era un coche arrastrado por dos caballos que venían completamente desbocados y haciendo eses. Sobre el pescante, dos hombres, uno de los cuales tenía agarradas las bridas, se disputaban á viva fuerza el manejo de éstas, y por una de las portezuelas asomaba la cabeza de otro, dando gritos de espanto. El coche era de la casa de Montilla, y uno de los que luchaban en el pescante, el cochero, que al fin como más vigoroso, consiguió arrancar las riendas de manos de su contrincante; pero ya no le fué posible dominar los caballos que venían ciegos, y al querer obligarlos á torcer por la avenida de álamos á pocos pasos de Eduardo, que había saltado rápidamente de su montura para ver si podía prestarles auxilio, tronco y coche fueron á dar contra un árbol, despidiendo con violencia á los del pescante. El coche se dividió en dos pedazos. Los caballos se encabritaron de nuevo, y pegando furiosos resoplidos, arrancaron con las ruedas delanteras y el pescante, en dirección del palacio.

Eduardo acudió á socorrer al cochero, á quien la violencia del choque había arrojado fuera del camino, sobre la tierra blanda. Era hombre sólido, y aunque aturdido por la conmoción, no tardó en incorporarse, siendo su primer cuidado tentarse cuidadosamente las partes magulladas para ver si tenía algo roto.



—¿Se ha hecho usted mucho daño? le preguntó el joven, ayudándole á levantarse.

El pobre hombre respiró con fuerza y contestó moviendo las espaldas en todas direcciones como para acabar de cerciorarse de su integridad:

—¡Hum! el porrazo ha sido bueno; pero me parece que aun estoy para recibir otros. Lo merezco, por haber condescendido en entregar las riendas á ese...

La presencia de Blanca, que estaba con el vizconde á pocos pasos auxiliando á su compañero de desgracia, ahogó el calificativo que tenía en la punta de los labios y que no debía ser suave.

El otro contuso era Ricardo, que había caído del lado opuesto en la carretera, rodando entre el polvo; pero no se alza más presto el funámbulo curtido que pega un paso en falso sobre la arena que lo hizo el endiablado mancebo, cuyo cuerpo enjuto botó como si fuera de corcho. Al acercarse Blanca estaba ya limpiándose el polvo, y en su rostro se reflejó la mortificación que le causaba presentarse ante ella en tan lastimoso estado.

Per del interior del coche tumbado en medio del camino salían gritos, cuyo eco lastimero contrastaba con el timbre varonil de la voz que los exhalaba. Fueron á ver quién era el herido, y no sin trabajo Eduardo y el vizconde pudieron sacar del vehículo al pobre Camporredondo, desencajado de rostro y de cuerpo.

—¡Ay! ¡Ay! exclamaba gimoteando mientras le izaban por una de las portezuelas. ¡Cuidado por Dios! Tengo todos los huesos fuera de su sitio. ¡Maldito Ricardo! ¡Ay! ¡Ay! Cogedme con más tiento. Creo que no voy á salir entero. ¡Día nefasto! No podía ser de otra manera. ¡Dejar las riendas en manos de un loco! No me ha quedado hueso sano. Despacio, despacio, señores míos, que mis miembros son muy delicados y no están hechos á tan brutales encontrones. El lance ha sido muy rudo y no sé si me quedará vida para contarlo.

Decía esto el maltrecho personaje, sentado ya sobre la caja del coche, y era de ver el lamentable estado de toda su persona. Su barba y sus cabellos, siempre tan perfumados y lustrosos, á la sazón desordenados y polvorientos, le daban el aspecto de un diablo de comedia de magia. Llevaba el lazo de la corbata deshecho, la camisa se le escapaba entre el chaleco y el pantalón, á consecuencia de los esfuerzos que había tenido que hacer para salir en línea vertical por la portezuela del carruaje, y su elegante vestido de viaje todo arrugado y descompuesto daba señales inequívocas de los restregones y porrazos que le había valido la aventura. En los primeros momentos no vió á Blanca, porque sus ojos, cegados por el miedo y el polvo, no le dejaron distinguir los objetos que le rodeaban; pero cuando la joven con acento entre compasivo y jovial (pues el cuadro provocaba á la vez á risa y compasión) le dirigió la palabra, Camporredondo pasó de repente del tono quejumbroso y abatido á la más cómica de las confusiones.

—¡La duquesita! exclamó, llevándose atropelladamente las manos al pelo y á la barba para arreglárselos y procurando poner en orden su descompuesto atavío. ¡Ah! señorita, mil perdones si me presento de un modo tan poco conveniente. Crea usted que si yo hubiera podido prever... pero nada más brutal que un hecho, y el hecho es...

—Sí, del hecho ya estamos enterados y es de los que excusan toda etiqueta, dijo Blanca sin poder reprimir la risa. Lo que importa es que haya usted salido sano y salvo del accidente.

—Me parece que no hay fractura... al menos no advierto indicios... (Esto lo decía Camporredondo sin dejar de ocuparse en el arreglo de su *toilette*). Mi compañero y yo debíamos ser presentados á usted en toda regla por García, pero ya que la fogosidad de los caballos... ó el aturdimiento del auriga, que de todo puede haber, han precipitado la situación de un modo tan ridículo, permítame usted que tenga el honor... ¡Ay! ¡Ay!

Camporredondo se había ido bajando trabajosamente del asiento que ocupaba mientras hablaba á Blanca, pero al poner los pies en tierra para presentarse á sí propio, sus caderas, que conservaban todavía la impresión de los golpes recibidos, le obligaron á cambiar por un quejido el final de su gentil cumplimento.

—No se moleste usted, se apresuró á decir Blanca. Los invitados de mamá no necesitan conmigo de maestro de ceremonias. Demos gracias á Dios de que el contratiempo no haya tenido consecuencias más graves. De él no hay que culpar á nadie. Los caballos más dóciles tienen sus días de luna y pueden dar un chasco al mejor cocheró.

—Con permiso de V. E., dijo el cocheró, que se creyó aludido, acercándose con la gorra en la mano, ni los caballos ni el cocheró tienen la culpa del vuelco; es decir, yo sí la tengo por no haber sabido guardar mi puesto, pero como ese señorito es uno de los que ahora se empeñan en robarnos el oficio... Por respeto á un huésped de la casa consentí en dejarle guiar el coche, pero no sin advertirle que uno de los animales era muy sensible de boca y necesitaba ser llevado con maña y suavidad... Cuando ví que la cosa iba mal, quise á todo trance quitarle las riendas, pero me las disputó á puñetazos, y entretanto los pobres caballos acabaron de desbocarse.

—Si usted me hubiese dejado sueltas las manos, yo los habría sujetado.

A esta mal humorada observación de Ricardo iba á contestar el cocheró, sin duda con alguna viveza, pero un gesto de Blanca le obligó á callarse.

Al poco tiempo llegaron dos coches del palacio, en donde la aparición de los caballos, abandonados á sí mismos y arrastrando despojos del vehículo, había sembrado la alarma. En uno de aquéllos venía García, acompañado del médico de la casa, pero por fortuna las víctimas del accidente ya estaban repuestas, aunque asaz molidas y quebrantadas, salvo Ricardo en quien la caída parecía no haber hecho mella de ninguna especie.

Eduardo pensó que éste y Camporredondo eran sin duda los dos invitados á quienes estaban destinadas por García las dos habitaciones al Mediodía que él no pudo ocupar. También se le vino á las mientes, al ver á Ricardo y su compañero, la sospecha de que pudieran tener alguna parte en la catástrofe de su novela amorosa, y aun receló vagamente que el *otro* de la carta de Luisa fuese Camporredondo. No fué esto parte, sin embargo, á hacerle sentir el aguijón de los celos. Presumiendo que Luisa había roto la dulce cadena de sus amores, cediendo á la presión de su familia y no á un capricho inconstante del corazón, el *otro* para él no era más que un instrumento pasivo de la intriga y no despertaba ni su envidia ni su ira.

García subió con Ricardo y Camporredondo á uno de los dos carruajes de socorro, el cocheró se sentó al lado del que venía en el pescante del otro, y se dirigieron al palacio, donde todo el mundo esperaba lleno de curiosidad noticias de lo ocurrido. Blanca, Eduardo y el vizconde volvieron á montar, y siguiendo el mismo camino hasta llegar á los jardines, dieron después un rodeo para entrar por la fachada posterior, por donde habían salido, á fin de librar-se de la importunidad de los preguntones.

Mucho dió que hablar durante aquel día y aun durante la noche el vuelco de los viajeros, pero éstos traían además noticias de Madrid que no tardaron en enseñorearse de todas las conversaciones, relegando á segundo término el interés de aquella vulgar aventura. La política, como hemos indicado ya, andaba muy alborotada en toda España, y las plazas y los barrios de las ciudades importantes tomaban en ella parte preponderante. A la salida de Madrid de los dos recién llegados, sonaba la generala en las calles, se reunía la milicia y habla indicios de barricadas. Camporredondo refería que él y su compañero habían arros-trado los más graves peligros al atravesar las calles llenas de amotinados, para dirigirse á la estación, y aunque la sonrisa burlona de Ricardo hacía suponer que la pintura pecaba de exagerada, todavía, suprimiendo lo que había en ella de personal, era ocasionada á despertar no sólo el interés, sino la inquietud de los oyentes, que quien más quien menos tenían todos motivos para temer al desorden.

Durante la comida, Camporredondo, que había tenido tiempo para lavarse, vestirse y perfumarse, y que no conservaba de su prosaica aventura más que el consiguiente molimiento de huesos que procuró disimular lo mejor que pudo, desempeñó con gran complacencia el papel

de cronista. Ricardo, todavía mohino por haber tenido que presentarse á Blanca en la desairada situación que ya sabemos, le dejó despacharse á su gusto. Aunque Camporredondo y García, diputados ambos (si bien mucho más influyente el segundo), eran factores y partidarios de la situación política que hacia vivir á los españoles á susto diario, compartían la aversión de los demás comensales á los desahogos de la plebe, así es que el narrador pudo dar rienda suelta á su indignación contra las escenas tumultuosas que describía y cuyo alcance y proporciones posibles arrancaban exclamaciones de indignación en el auditorio. De cuando en cuando, sin embargo, las disidencias en la manera de apreciar los hechos estallaban aquí y allí á despecho de su voluntad ecléctica; pero la presencia de las damas mantenía la discusión dentro de moderados límites, aunque frizando alguna vez los tonos vivos de la disputa.

—En Inglaterra los motines populares, decía Camporredondo, no tienen la importancia que en España. Nuestra educación está por hacer. Allí, cuando la plebe se alborota, se entienden con ella los *policement*; si no quiere apaciguarse, hacen uso de sus bastones, tumban unas cuantas docenas, y todo vuelve á entrar en orden. Aquí, evidentemente nos falta algo.

—Sí, nos faltan los bastones de los *policement*.

A esta observación del duque de Atienza, que no había despegado sus labios durante la noche, Ricardo levantó la cabeza mirándole atentamente.

—Todo se andará, dijo García. Ahora no se puede reprimir con vigor á los alborotadores, porque tienen cómplices dentro del mismo gobierno. Yo lo sabía muy bien, y por eso no quise aceptar la cartera que se me ofreció, pues como ministro no hubiera tolerado las demasías de la canalla.

—Entendido, observó Ricardo tomando parte por primera vez en la discusión. La canalla es buena cuando empuja para arriba, pero cuando empuja para abajo, hay que ametrallarla.

—No tanto, mala cabeza; pero los que están al frente de la gobernación de un país no deben tolerar que la chusma tenga en constante alarma á los ciudadanos pacíficos.

—Ya, replicó Ricardo, ahora es chusma despreciable lo que antes era pueblo celoso de sus derechos, como que antes les sirvió á ustedes para escalar el poder y ahora les estorba para mantenerse en él. Las cosas cambian según el sitio desde donde se miran.

—Como que el pueblo ha nacido para acémila, y la acémila va contra su naturaleza si quiere dirigir al arriero. Nadie me gana á liberal y á hombre de mi tiempo, pero la política es una ciencia práctica y la muchedumbre ignorante no puede ni debe servir para otra cosa que para instrumento.

—Si hubieran ustedes usado ese lenguaje hace un año, á buen seguro que la acémila no habría cargado con ustedes para subirlos al Capitolio.

—¿Está usted seguro de ello? preguntó el duque tomando parte por segunda vez en la conversación.

Ricardo volvió á mirar á su interlocutor torciendo el gesto. La fisonomía impasible del duque á la que, como hemos dicho, daba una expresión marcadamente sarcástica el lente fijo sobre su ojo derecho, le atacaba los nervios. Cohibido, sin embargo, por la presencia de Blanca y de su madre, pudo dominar su primer movimiento y contestó procurando sostener la mirada tranquila y fría de su contrincante:

—Sí lo estoy. ¿Lo duda usted?

—Lo dudo, contestó el de Atienza, porque si, en efecto, se trata de una acémila (y advierto á usted que este calificativo no es mío, es de mi amigo García, liberal demócrata de tomo y lomo), si la muchedumbre, como digo, ó más bien como dice García, es acémila, obraría con arreglo á su instinto, que es el de llevar la carga que le echan encima los que le halagan ó los que le apalean.

—Pues yo le digo á usted que el pueblo, cuando se le hinchan las narices...

—¡El pueblo! insistió el duque. No abusemos de las palabras. Pueblo es todo el mundo.



¿Con qué razón se atribuye el nombre de pueblo únicamente á los que alborotan, que son siempre los menos y los peores? Eso no es, ni debe ser otra cosa en una nación formal, que barredura de metralla. ¿Qué tienen que ver con el pueblo los pocos buscarruidos á quienes arrastra su temperamento, en toda ocasión propicia, á hacer los valientes detrás de una barricada?

A este dardo involuntario, que parecía lanzado ex profeso contra él, Ricardo ya no pudo contenerse y contestó apretando los dientes:

—Oiga usted, para hacer el valiente detrás de una barricada lo primero que se necesita es ser valiente; pero ya veo que es más fácil y menos arriesgado hacer el burlón y el insolente detrás de un anteojito.

Al oír esta audaz é inesperada agresión todas las miradas se volvieron al duque, que la recibió sin pestañear. Sin duda el dominio que había adquirido sobre sí mismo era grande, porque después de tener los ojos fijos breves momentos sobre su ofensor, los paseó con aire reflexivo por todo el círculo y se quedó mudo y tranquilo.

—¿Quién es ese... sujeto? preguntó Blanca con mal reprimido disgusto á Eduardo, que estaba á su lado.

Las rápidas noticias que dió el joven á su prima acerca del personaje, interesaron vivamente á ésta.

—Supongo que no se parecen los dos hermanos, dijo Blanca mirando fijamente á su primo.

—¡Oh! no por cierto, contestó Eduardo. Por odiosa que haya sido la conducta que Luisa ha tenido conmigo, no le haré la ofensa de confundirla con su hermano. Se parecen como el día y la noche.

—¡Hum! No te fíes. La sangre rara vez se desmiente. De todos modos, creo que para presentar á semejante individuo en una casa como esta, debieran habérsele dado algunas lecciones de educación y de mundo.

—Es conocimiento de García...

El rostro de Blanca se inmutó y el diálogo quedó roto.

La conversación general, gracias á la habilidad de García, giraba ya sobre un tema menos peligroso. La condesa y Blanca debían ir al día siguiente á la inmediata ciudad de S... para asuntos de familia, y se trataba de la mejor manera de pasar el tiempo en ausencia de las señoras. Uno de los concurrentes propuso salir después del almuerzo á visitar las ruinas de un castillo cercano, que tenían fama de ser muy interesantes. La propuesta fué aceptada por aclamación.

(Continuará).



## NUESTROS GRABADOS

### ¡DE ÉL!...

CUADRO DE TITO CONTI

*¡De él!...* titula á esta pintura el artista italiano Tito Conti. *¡De él!...* es la carta que está leyendo la aristocrática dama, y no hay que preguntar quién será él, porque el más zote lo adivina al instante. Á ser de su padre ó de su hermano, aunque se pintara el regocijo en el rostro de la lectora, no sería con la expresión de beatitud que se advierte en ella y que sólo produce el sentimiento que es poderoso á arrastrar al bien y al mal á todo el género humano. Sí, aquella interior alegría que aparece en la boca y en los ojos de la elegante dama, del amor nace seguramente, y dicho se está que el elegido de su corazón firma á buen seguro la carta. Acaso tras de dulcísima despedida, con halagadoras promesas, estúvole esperando un día tras otro, en época en que las estafetas iban todavía menos seguras y menos ligeras que ahora. Pasaríanse los días sin ver letra de su prometido, acaso se enturbiaba ya su mente fantaseando infidelidades que no existían, acusarle tal vez de olvidadizo y casquivano, cuando á lo mejor la carta adorada deshizo en un instante todas estas negras suposiciones y convirtió otra vez la tierra en paraíso para la enamorada joven. Simpático el asunto, graciosa la figura, elegante la disposición y ejecución del cuadro, éste en conjunto constituye una de esas pinturas de camarín en que son maestros los artistas italianos de nuestros días, y en la que han sobresalido en España Mariano Fortuny, Sans, León y Escosura, Raimundo Madrazo, Agrassot y otros varios.

### EN EL RESTAURÁN

CUADRO DE FRANCISCO GÓMEZ SOLER

Con unas cañitas de manzanilla abren el apetito los dos personajes de este cuadro, mientras consultan la lista del restaurán. Las cañitas y la mantilla blanca de la señora descubren al instante dónde pasa la escena, que ha de ser precisamente en nuestras espléndidas comarcas de Andalucía, sino acaso en Madrid, que no ha deste-

rrado del todo la airosa mantilla española. Algo hay, sin embargo, en el cuadro del joven artista Gómez Soler que parece hablar de Andalucía, de modo que de aquel país se imaginaría uno que ha sacado el cuadro, aun cuando no leyere «Sevilla» en la fecha. Su fisonomía española se advierte al instante, en los tipos de las dos figuras, y singularmente en el de la señora, en un no sé qué peculiar á nuestro país y singularmente á las provincias del Mediodía. De los toros viene sin duda esta pareja, que ha completado la fiesta yéndose á comer al restaurán, costumbre muy seguida en las ciudades en que las mujeres suelen concurrir á las corridas. Observador de la vida real, Gómez Soler ha sabido interpretar el tema con una naturalidad y espontaneidad que no es preciso encarecer, porque la advierte en seguida el menos inteligente con sólo fijar la vista por breves momentos en el grabado que publicamos, hecho por Sadurní, uno de nuestros hábiles grabadores en madera.

### PRIMER AMOR

CUADRO DE CARLOS HOFF

Que está requebrando de amores el apuesto galán de este cuadro á la hermosa doncella, bien lo dice la expresión de los rostros en ambos. Salenle á él las palabras del corazón, nobles, puras, cual lo es su primer amor y como se transparenta en su ingenua cara. Oyelas ella pudibunda, con aquel sentimiento mezcla de alegría y de espanto con que la mujer escucha las primeras frases amorosas de verdad, no los requiebros y chicleos que los mozos dirigen á las muchachas bromeando y como tributo á su hermosura. ¡Qué sentidos son el aire y la actitud de las dos figuras! ¡qué delicadeza se advierte en todo el cuadro! ¡qué bien se armoniza con el asunto, el bonito fondo lleno de árboles floridos, escena de primavera lindamente interpretada! El difunto Carlos Hoff—puesto que murió hace algún tiempo el artista autor de esta obra—pertenecía á esa escuela alemana, que á veces cae en lo convencional por afán de idealizar, pero que no es nunca grosera y que no ofende nunca los nobles afectos del alma humana. El cuadro que reproducimos lo patentiza con indudable elocuencia.

# DE LAS NUBES AL CHOCOLATE

FOR

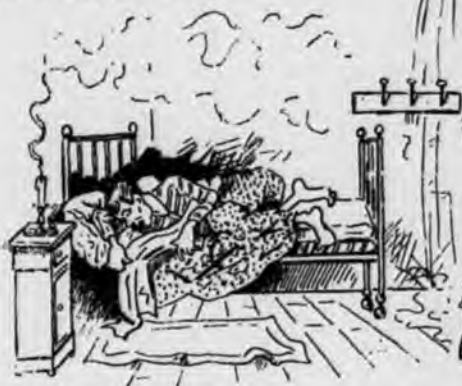
R. MORAL



Don Ricardito, un chico de la *crema* á quien le gusta mucho achisparse, llega una noche á su casa con una *papalina* fenomenal.



Su criada, vieja gruñona, al verlo en tan lamentable estado, trata de recriminarlo; el señorito le amenaza, y ella la emprende con él á mojicones y le hace retirarse á su dormitorio.



Una vez en él, se desnuda como Dios le da á entender, y se acuesta á dormir la mona.



Pero aquella noche sueña unas cosas horribles pues ve un batallón de brujas, que con la vieja gruñona á la cabeza quieren llevarlo á regiones ignotas



Él no se conforma con la proposición; coge una daga y empieza á matar brujas hasta que no queda más que la *capitana*.



Viéndola sola, le da un golpe... despierta y ve que con la palmatoria le ha pegado en la nuca á la vieja que en aquel momento le entraba el chocolate.



## MESA REVUELTA

El señor don Angel Muro publicó algunas observaciones sobre varios alimentos, y como son curiosas y pueden ser útiles, allá van:

No es lo que se come lo que alimenta sino lo que se digiere.

Veron decía que no se puede saber si se ha comido bien hasta el día siguiente.

Cabanis iba más allá, y su aforismo *On pense comme on digère*, es una verdad de á folio y todo un poema.

No hay que dudarlo; la higiene no es más que el arte de conservar la salud y de prolongar la vida.

Cuando se observan bien todos los preceptos higiénicos, demuestra uno cariño á su propio individuo. La transgresión de las leyes de la higiene acarrea casi siempre la corta duración de la existencia ó un cúmulo de enfermedades que la hacen insoportable.

Según la constitución de cada individuo, así deben modificarse las indicaciones de la higiene.

Los estimulantes no nutritivos, como el café y los licores, sostienen y hasta prolongan la acción de los órganos, pero la reacción sigue á sus efectos.

El descanso y los alimentos son los únicos medios que han de emplearse para recuperar nuestras fuerzas y devolverlas su actividad perdida, y por encima de todo la regularidad en el ejercicio y en el descanso de los órganos de nuestra vida, que se destruye rápidamente con la irregularidad en los actos de la existencia.

Los alimentos compuestos principalmente de fécula, que es la base de los cereales, son, para no citar más, la patata, lenteja, habas, guisantes y judías.

La fécula en estos manjares contenida, es de fácil digestión; produce mucho quilo y aumenta la sangre, formando un volumen considerable en su cocción.

El pan más ligero es el que está más fermentado, aunque es de menos alimento que el de masa apretada ó metida en harina. La miga alimenta más que la corteza, porque ésta pierde en el horno la parte feculenta, y cuanto más tierno es el pan resulta menos nutritivo.

La patata no alimenta. Sólo contiene un 25 por 100 de fécula. Las habas verdes—no el cantar—son alimento ligero, y con su cáscara ó vaina, tónicas y refrescantes.

La lenteja en puré es más fácil de digerir que en grano. La judía blanca seca es preferible para una buena digestión á la judía negra ó encarnada.

Los guisantes secos son alimento mejor que las judías, y en general estas legumbres secas nutren más que frescas ó verdes.

La castaña, según se come, asada ó cocida, es muy alimenticia y muy pesada en el estómago; pero si se la reduce á papilla, pierde de potencia nutritiva y gana en propiedades refrescantes.

En granos, el arroz es el más feculento, ligero y nutritivo, y otro tanto se puede decir del maíz, sagón, tapioca y sémolas ó pastas para hacer fideos, macarrones, etc.

En los alimentos compuestos de carne, hay que de-

cir que los animales que la tienen fibrosa nutren más que aquellos que la tienen gelatinosa, y esto último es condición inherente de animales jóvenes.

La carne de vaca es la más saludable y la que constituye la base de la alimentación del hombre.

Con ella se restaura el cuerpo más completamente que con cualquier otro alimento.

Pero contra siete vicios hay siete virtudes, y si las carnes dan vigor, existen las inflamaciones, las hemorragias, las apoplejías, la gota y otros alifafes que lleva de conserva la alimentación demasiado sustancial.

Dos cosas hay que tener presentes cuando de comer carne se trata: las fibras y el jugo. Aquéllas son la porción material del alimento, y éste el resultado líquido. Los dos principios están reunidos en las carnes asadas, mientras que en las cocidas no reside más que uno, que ha pasado al caldo, en donde gelatinas y grasas se disuelven, resultando que lo mejor es caldo y lo peor es carne. La carne de carnero tiene menos jugo que la del buey ó vaca.

La carne de cerdo es pesada, pero alimenta mucho, como la del jabalí.

El cabrito, gamo, ciervo, liebre, alondras, codornices, chachos, perdices, faisanes, etc., participan de las cualidades del carnero, y según el condimento excitan ó irritan. Las asaduras y riñones de todos estos animales son indigestos.

Los cangrejos de mar y de río, las langostas, langostines y quisquillas nutren mucho, tanto como el atún. el sollo, el salmón y la trucha asalmonada, pero son de digestión más pesada. Las carnes crasas de la anguila, de la lamprea, de la tenca, de la tortuga y de la carpa, aunque no lo parezca, son fáciles de digerir, y sobre todo la raya.

El pavo es también alimento craso, se digiere bien y alimenta mucho; más que el gazapo, pollo, perdiz, gallina, etc.

Los pescados blancos de carne tierna y delicada no fatigan el estómago: merluza, pescadilla, salmonete, lutiña, etc.

El arenque y la sardina, el berdel y el chicharro, son de cuidado, sobre todo secos y curados.

Entre los alimentos que no contienen ni carne ni fécula, está la sangre, que es tan nutritiva como indigesta, lo mismo que los hígados, sesos, mollejas, cuajares, gargueros, tripas y callos.

Las ostras, por el agua que contienen, alimentan mucho y no pesan en el estómago.

Las almejas y mejillones, dátiles y erizcos de mar cocidos son difíciles de digerir.

La clara de huevo, si se come cruda y fría, es cosa que hace daño; batida se digiere mejor; cocida con leche su digestión es facilísima, y cocida sola, muy difícil, pero muy nutritiva; la yema es de un gran alimento y no pesa en el estómago.

La leche...

De la leche no quiero hablar porque para unos es la vida y para otros, como para mí, veneno.

\*\*\*

En la guerra de la Independencia los franceses fortificaron el convento de capuchinos de Borja, guarneciéndolo con seiscientos hombres, en su mayoría polacos. Los españoles, al mando de Durán, los atacaron, y á pocos disparos del cañón que colocaron en la huerta de las monjas de la Concepción, se rindió el fuerte. Cuando una numerosa columna, procedente de Zaragoza llegó en su auxilio ya los españoles se habían llevado su presa. Entre los soldados de Napoleón, los que más se distinguieron en cometer toda clase de insultos, robos y violencias, fueron los húsares. Uno de ellos, arrogante mozo, luchaba con una hermosa labradora, que se defendía con el furor de la desesperación en el patio de la casa, cuando se presentó el marido en la puerta. Éste, llamado Tabuena, y el francés, se miraron unos instantes de arriba abajo sin proferir una palabra. El húsar tiró una cuchillada al español, que la evitó dando un salto de costado; pero antes que pudiera repetirla, el aragonés, con la velocidad del rayo, le partió el corazón de una puñalada. También mató á otro húsar que encontró en la casa. El general francés dió orden á los tambores y trompetas que tocasen á degüello por cuatro horas; y se evitó, gracias á las lágrimas y talento de su patrona, la señora de San Gil, que hablaba francés, que le refirió la verdad del hecho, y le convenció de lo injusto de tan horrible mandato.

Los franceses asesinaron á un pobre anciano; pero Tabuena á las pocas horas había aumentado el número de los que con Durán defendían el honor de sus mujeres y la vida de sus hijos.

\*\*\*

Érase un magnate chino muy fatuo y orgulloso, que cifraba su mayor vanidad en llevar un traje recamado de oro, perlas y piedras preciosas. Paseándose ufano cierto día, sucedió que le fué siguiendo muy de cerca y por largo trecho un bonzo (sacerdote chino) anciano y mal vestido, haciéndole profundas reverencias y dándole las más expresivas gracias por sus perlas y preciosidades. —¿Á qué vienen estas gracias? díjole al fin incomodado el fatuo magnate. ¿Á qué tantas gracias si en mi vida te he dado nada? —¡Oh! sí, señor, contestó el bonzo; me daís el placer de contemplar de balde todas estas riquezas y preciosidades que á vos os cuestan dinero, y que, además, os dan el trabajo de llevarlas á cuestras y el cuidado de guardarlas.

\*\*\*

Un medio muy sencillo y completamente inofensivo para conservar la leche, consiste en añadirle una corta cantidad de bicarbonato de sosa. Lo que se coge con la punta de un cuchillo es bastante para dos litros de leche. Este medio es preferible á la adición de ácido bórico y de ácido salicílico, que pueden perjudicar grandemente á la salud. El bicarbonato de sosa es inocente.

\*\*\*

Atribuir á un autor la idea que no ha tenido, es una maldad.—MARCIAL.

\*\*\*

Cuando uno siente el malestar, el fastidio de sí mismo que engendra la ociosidad, el único remedio es la acción, la fuerte preocupación que produce un trabajo honroso.—SENECA.

## RECREOS INSTRUCTIVOS

### XIV

—Vayan á buscar las sombrillas, porque tendremos que pasar algunos ratos al sol: nuestra galería fotográfica no está como la de Nadar ó Disderi; á pesar de que la rodea la atmósfera pura de las vecinas montañas, de que ya quisieran disfrutar los parisienses, metidos entre bajas y húmedas colinas.

Primero cortaremos el papel ferroprusiato en el cuarto oscuro, para que no se impresione; si le diese la luz, quedaría inservible; luego tomaremos algunas hojas cuyo tamaño no exceda del de nuestras flamantes prensas, y colocando las hojas encima de la parte sensible del papel, se sujeta éste entre los dos cristales con las pinzas, y al sol con ello. Dentro de un rato, cuando la luz haya puesto amarillento el papel en los sitios descubiertos, llevaremos la prensa al cuarto oscuro, y sumergiremos en agua el papel impresionado: bastará para

alumbrar la operación la luz de una vela, luz que siendo amarillenta no tiene influencia ninguna sobre el papel, y al cabo de un cuarto de hora irá descomponiéndose el ferroprusiato, y aparecerá sobre fondo azul la silueta blanca de la hoja.

Ya ven ustedes que con este procedimiento se puede reproducir la forma de las hojas de una manera indefinida. Pero ahora vamos á hacer otra operación: tomemos esta fotografía; la dejamos en agua para que se separe la hoja de papel albuminado de la cartulina á que estaba adherida; pasemos la hoja por otra agua más limpia, para que desaparezca del todo la goma, y con esta prueba, sometiéndola á la misma acción que la hoja, obtendremos un negativo en papel que nos permitirá sacar pruebas positivas para calcos y para conservar la imagen primitiva. Mas como el sol perjudica siempre las pruebas fotográficas, pondremos el original de cara al papel ferroprusiato y así el sol, al atravesarlo, no podrá alterar su claroscuro.

Ya ven ustedes que se pueden variar hasta lo infinito



las reproducciones con el papel ferroprusiato: así se sacan copias de planos, de manuscritos, de hojas, de fotografías, de blondas y de mil otros objetos.



Prueba negativa



Prueba positiva

—De modo que la luz lo hace todo.

—Todo, no, Soffa: la luz impresiona el papel, y las reacciones químicas se ejercen sobre lo que ella ha impresionado. ¿Saben ustedes cómo se graba el cristal, por medio del ácido nítrico y de la luz? pues es muy sencillo el sistema, pero al inventor de la heliografía, Niepce de San Víctor, le costó muchísimo encontrar ese tan sencillo procedimiento. Cúbrese el cristal con una capa de betún de Judea disuelto en esencia de trementina, y encima de esta preparación se ajusta lo que ha de ser el negativo ó sea el cliché donde esté al descubierto lo que ha de quedar negro, y cubierto lo que debe conservar la entereza del cristal: se exponen al sol los dos cristales, y la luz, al atravesar las partes transparentes del cliché, impresiona el betún de Judea, muy sensible á los efectos químicos de la luz, y se fija; luego se lava todo el cristal y sólo queda en él la huella de lo que fijó la luz: se rodea con un borde de cera, y se inunda con el líquido formado por el ácido nítrico rebajado con agua: el

ácido muerde en el cristal, allí donde no defiende su superficie el betún, y así queda luego mate ó despulido, mientras que se conserva intacto y transparente bajo el betún; se lava después éste y el cristal queda grabado.

Hay otros procedimientos para grabar el cristal, en los que interviene la litografía, cuyas impresiones crasas impiden al ácido morder en la superficie; ustedes saben que la grasa y el ácido son dos enemigos declarados: allí donde hay grasa el ácido no penetra, y de este antagonismo químico se deriva toda la litografía; en efecto, cuando el lápiz ó la tinta crasa ha impresionado la piedra, el ácido impide que se corra el dibujo, y entonces sólo queda sobre el papel, después de la impresión, lo que se ha dibujado, porque el ácido reduce á la tinta á confinarse en el dibujo.

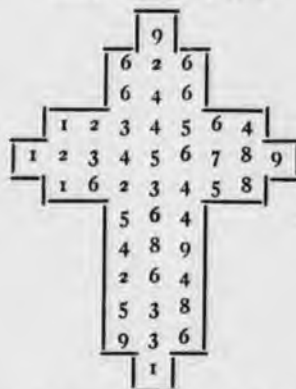
He aquí á grandes rasgos explicado el parentesco químico-físico de la luz y de los ácidos con dos utilísimas é ingeniosas artes destinadas á un porvenir brillante: la fotografía y la litografía.

JULIÁN.

Solución á la charada anterior:

CA-LA-BA-ZA

#### CRUZ ENIGMÁTICA



1, letra; 2, metal despreciable; 3, animal plantígrado; 4, imágenes; 5, santo pescador; 6, músico barato; 7, música cara; 8, mineral muy abundante; 9, nombre de hombre y de prenda; 10, parienta próxima; 11, desarreglo; 12, letra lingüo-dental.

Comunicada por don F. DE P. BLANCH, de Barcelona.

#### ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y á las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados todos los derechos artísticos y literarios.—IMP. ESPASA Y COMP.<sup>a</sup>







CANC  
CUADRO D



CUNA  
UENSTEIN







## MEMORÁNDUM

**C**ONTINÚAN las huelgas dando que hablar en la nación vecina. Está muy lejos de hallarse calmada la agitación socialista en el Paso de Calais, en donde siguen en lucha obreros franceses y belgas. Los primeros, como ya lo dijimos, olvidan la palabra fraternidad, que tanto suena en boca de los revolucionarios de todas las escuelas, y no quieren tener la concurrencia de los obreros belgas. Aun cuando en parte no pequeña hayan cedido las empresas mineras, los trabajadores franceses no se dan por satisfechos todavía y quieren imponer condiciones y que se les den garantías de que serán cumplidas. De ahí la agitación que todavía hay en Lens, Lievin y otros puntos.

A la vez en Carmaux reina de momento la tranquilidad material, pero está muy lejos de dominar allí la tranquilidad moral. La cuestión que originó la huelga, por si lo ignoran nuestros lectores, provino de lo siguiente. Fué elegido alcalde un obrero, y éste, ante la investidura popular que se le había confiado, se creyó con derecho á trabajar sólo los días en que lo tuviese por conveniente. No lo juzgó así la Compañía en la que prestaba sus servicios y, ante sus repetidas faltas, lo despidió. Estalló en seguida la huelga, y los obreros huelguistas se organizaron en rondas para impedir que sus compañeros acudiesen al trabajo. No puede ser, por lo tanto, más infundado ni más injusto el motivo de la huelga. Enhorabuena que el obrero elegido alcalde acepte este cargo y que lo desempeñe, pero no se exija que la casa en donde trabaje haya de estar á merced de sus exigencias por aquel motivo. El gobierno francés no ha desplegado la energía necesaria para reprimir los excesos de los que ejercían coacción en sus compañeros; la huelga se ha ido prolongando, y á la fecha de las últimas noticias los huelguistas imperaban en Carmaux. Como hacían lo que querían sin que se les pusiese la menor resistencia, reinaba allí la tranquilidad material de que hemos hablado, preñada no obstante de conflictos y de peligros. Mientras tanto millares de obreros laboriosos se ven privados de ganar el pan para su sustento y el de sus familias por temor á las amenazas, traducidas tantas veces en hechos, de los alborotadores. En Carmaux, como en otros muchos puntos, los obreros habrán de ceder á la postre, después de haber ocasionado grandes daños á las empresas y cuando se encontrarán todos ellos sumidos en la mayor miseria. Las causas buenas no necesitan de medios violentos para abrirse paso. Cuando una reclamación es justa la opinión pública la apoya, y en interés mismo del capital acaban por aceptarla los patronos

y las empresas en todas las ramas de la industria. Los procedimientos revolucionarios siempre redundarán en perjuicio de los mismos que los emplean.

\* \* \*

Petición justa es, por ejemplo, la que hacen las señoritas empleadas en tiendas de París. Exigen de ellas los dueños de los establecimientos que se estén de pie sin poder sentarse un instante siquiera, por espacio de doce y catorce horas al día. Aparte del cansancio que esta actitud continuada ha de producir, hasta á las más robustas, dicen los médicos que pueden originárseles con facilidad trastornos graves en su salud. Las personas discretas y de buen corazón no saben ver qué necesidad hay de someter á aquellas señoritas á la especie de tormento que se les impone. Enhorabuena que se vigile para que no abusen del permiso de sentarse á fin de descansar algunos momentos, pero de esto á la prohibición media enorme distancia. En una reunión tenida en la Bolsa del Trabajo hicieron valer sus reclamaciones las señoritas que llevan la bandera en el asunto. Por desdicha, conforme sucede siempre en estas reuniones, á la exposición sentida y sencilla de los deseos de las reclamantes, hubieron de agregarse las peroraciones de mal gusto y las exageraciones que son de rúbrica ó poco menos en los *meetings* populares.

\* \* \*

En Inglaterra los obreros muestran, por lo general, mayor cordura que sus compañeros del continente. En dicha nación, verbigracia, se ha alzado también pendón en favor del jornal de ocho horas, y los agitadores de oficio, que pululan por allí como por todos los países, han gastado mucha saliva para preconizar la excelencia de semejante disposición en beneficio de los trabajadores, pidiendo, en consecuencia, que la duración máxima del jornal se impusiese por una medida legislativa. A esto, empero, se han opuesto los obreros que conocen la índole de determinadas industrias, en las cuales no es posible fijar de un modo taxativo la duración máxima del jornal, como también aquellos que encuentran en su prolongación un medio de aumentar su salario y por ende de procurarse un mayor bienestar para ellos, sus mujeres y sus hijos. El socialismo, con todo, no cesa en su propaganda, y ante la lucha que se ha abierto, el Congreso de las *Trade's unions* que se ha tenido en Glasgow se ha visto forzado á aceptar el jornal de ocho horas, si bien con un aditamento en el acuerdo que hasta cierto punto lo invalida. Por 205 votos en pro y 155 en contra decidió el mencionado Congreso aceptar las ocho horas diarias para toda clase de oficios, pero admitió á la vez que el proyecto de ley que se someta al Parlamento contenga una cláusula en la cual se consigne que sea potestativo á los individuos organizados de una corporación ó de un oficio, cualquiera que éste sea, desechar el jornal de las ocho horas para la corporación, exceptuándose únicamente á los mineros de lo acordado en esta cláusula. El Congreso de las *Trade's unions* deja, por lo tanto, abierta una ancha puerta á la libre contratación del trabajo.

\* \* \*

Siguen llegando de la América Meridional noticias de agitación y revueltas. En el Uruguay existe una crisis política y financiera por haberse hecho impopulares el presidente Herrera y las Cámaras. En la República Argentina el general Roca, uno de los personajes de mayor viso, ex presidente y que ha representado papel importantísimo, ha sido derribado del puesto de presidente del Senado, lo cual ven con cierto temor cuantos desean la tranquilidad de aquel país. Ignórase si el desaire dado al general Roca podrá ser motivo de que éste se presente en oposición al futuro presidente señor Sáenz Peña, lo cual sería causa forzosamente de nuevas luchas políticas y de nuevas perturbaciones. Mientras tanto el gobierno argentino nada hace para mejorar su estado financiero y para cubrir los compromisos que tiene contraídos con sus



acreedores del extranjero. El disgusto de éstos se transparenta en los periódicos ingleses, los cuales censuran al actual presidente señor Pellegrini porque ha permitido que se empleen fuertes sumas en barcos de guerra acorazados y en armamentos inútiles, á la vez que ha descuidado el pago de las obligaciones financieras.

\* \*

A los armamentos se debe asimismo la situación apurada en que se halla la hacienda de muchos Estados europeos. Italia, entre ellos, ha construido es verdad soberbios acorazados, que ha ostentado ahora en las fiestas de Génova, y ha levantado fuertes artillados con todas las exigencias de la ballística moderna; pero al compás de estos armamentos ha visto crecer su deuda al punto de poner en peligro la existencia misma de aquel Estado, coloso con pies de barro, compuesto de comarcas mal avenidas y entre las cuales existen vivos antagonismos, minado además en todos los momentos por el despojo hecho al Papado, cuando revolucionariamente se apoderaron de sus Estados las tropas de Víctor Manuel. Alemania es presa igualmente de las dificultades que le ocasionan los considerables gastos que está realizando siempre para el aumento y mejoramiento del ejército y de la marina; su deuda era en 1877 de diez y seis millones de marcos y es en el día de mil seiscientos millones, guarismo que forzosamente ha de espantar á sus hombres de gobierno, por hábiles que fueren en vencer las más arduas dificultades.

\* \*

Las elecciones para la renovación de parte de las Diputaciones provinciales se han hecho en nuestro país con la mayor tranquilidad, resultando elegidos en una gran mayoría los candidatos adictos al gobierno. Los tradicionalistas han acudido también en esta ocasión á las urnas y han logrado el triunfo de algunos de sus candidatos. El cuerpo electoral, en el conjunto, se ha mostrado muy frío, al punto de que el domingo día 11, en que se verificaron las elecciones, ni siquiera se advirtiese lo que pasaba en muchísimas poblaciones importantes. Casi con las elecciones ha coincidido el brindis que pronunció en Oviedo el jefe del partido fusionista señor Sagasta, quien prometió el oro y el moro para cuando se halle en el poder. Bueno fuera que lo hiciese, y nosotros se lo aplaudiríamos cuando llegare el caso; pero una cosa es predicar y otra dar trigo, y más en la política que en todo otro terreno.

B.





## MEDIO JUAN Y JUAN Y MEDIO

(EPISODIOS DE 1812)

(CONCLUSIÓN)

### III

**E**RA el intento de los franceses reunirse con la columna del mariscal Soult antes del amanecer, hora en que debía llegar aquélla á Jerez de la Frontera: tomaron para esto un atajo que, según Medio Juan, que conocía palmo á palmo todo aquel terreno, ahorrraba gran trecho de camino. No era ésta, sin embargo, la razón que había movido á Medio Juan á guiarles por aquella senda; harto había comprendido el ladino carbonero que no era pólvora, sino oro, lo que en aquellos barriles se custodiaba; y atraída su codicia hacia aquel tesoro, con la fuerza irresistible con que el imán atrae el acero, formó al punto el temerario proyecto de apropiárselo en todo, ó en parte al menos.

Determinó por el pronto llevarlos por aquel camino, no más corto, sino más difícil y escabroso, para que la misma dificultad de la marcha le dejase obrar más libremente; después comenzó á coordinar su plan, dando vueltas á su idea, con la misma ansia con que las da el gato en torno del pernil que contempla desde el suelo colgado en alto.

Juan y Medio participaba también de la sospecha y de los deseos de su compadre; incapaz, sin embargo, de llevar á cabo ninguna empresa de otro modo que á estacazos, ponía todas sus esperanzas en el ingenio de su compañero, esperándolo todo de su inventiva, y temiéndolo todo de su bellaquería.

Dos horas caminó el destacamento, aguantando la copiosa lluvia que caía y hundiéndose hasta las rodillas en el barro del camino. Marchaban en medio ambos compadres, llevando del diestro los borricos, y rodeados de soldados que, no obstante la oscuridad, incesantemente los vigilaban. Descomponía á veces el orden de marcha la misma dificultad del camino, y estas eran las ocasiones que acechaba Medio Juan para cruzar rápidamente con su compañero algunas palabras.

—Compadre, ¿tiene usted ahí una navajilla? le dijo de repente en voz baja.

—¿Para qué la quiere usted? contestó Juan y Medio desconfiando siempre.

—¡Si será *pa* afeitarme, caramba! replicó Medio Juan, comprimiendo la ira. ¡Deme usted una navajilla, y dos de esos barriles son nuestros!...

Juan y Medio sacó de su faja una pequeña navaja, y se la entregó á tientas á su compadre. Éste detuvo un poco el paso hasta colocarse junto al último de los borricos, y siguió caminando en silencio; la lluvia había cesado, y un fuerte viento desunía las nubes, dejando aparecer alguna que otra estrella. A poco comenzó Medio Juan á cantar, primero entre dientes

y luego en voz alta, algunas coplas andaluzas. Mientras tanto iba desatando, con el mayor disimulo, el ronzal del borrico; ató luego uno de sus extremos á una pata delantera del animal, y tomando el otro cabo se acercó á Juan y Medio.

—Tome usted esta cuerda, compadre, le dijo. Antes de diez minutos llegamos al Salado... En cuanto cante yo la copla *La buena de mi suegra*, jale de la cuerda con fuerza para que caiga el borrico... y adelante sin pestañear... ¡Mucho ojo, compadre, por María Santísima!... jale usted en cuanto remate la copla... y si no la remato, quieto hasta que la remate... ¿Está usted impuesto?

—Sí, señor, respondió Juan y Medio.

—¡Pues mucho ojo, compadre!... *Miste* que la cabeza nos *jié* (hiede) ya á pólvora francesa...

Luego se subió de un brinco en el borrico, como si estuviese cansado de caminar, y se puso á cortar con la navaja las fuertes cuerdas que mantenían pendientes ambos barriles á uno y otro lado de la albarda.

Oíase ya, en efecto, el ruido de un arroyo que, acrecentado por las lluvias, se deslizaba, más turbulento que de costumbre, por su lecho de arenas y guijarros. Podíase, sin embargo, vadear fácilmente por aquella parte, adonde tan sólo llegaba el agua muy por debajo de la rodilla de un hombre. Aquel arroyo era el Salado.

Medio Juan seguía montado en el burro, entonando de cuando en cuando sus coplas, sin que extrañase esto á los franceses, conocedores ya de esta costumbre tan general y constante entre el pueblo de Andalucía. Había calculado Medio Juan tan exactamente el tiempo necesario para cortar los cordeles, que al entrar los borricos en el vado estaba ya la obra terminada. Entonces comenzó á cantar:

La buena de mi suegra  
me dió unas medias...  
cada vez que reñimos  
me quedo en piernas.

Al terminar el último verso Juan y Medio tiró de la cuerda, y el burro cayó en mitad del vado, ahogando con su ruido, al caer en el agua, el que produjeron ambos barriles al caer á la vez en el fondo, en donde quedaron clavados por su propio peso, sin que la corriente tuviese fuerza para arrastrarlos. Al mismo tiempo hundió Medio Juan la navaja en las ancas del burro, y libre ya éste de la carga y hostigado por aquel horrible aguijón, se levantó instantáneamente, arrastrando á su dueño á la otra orilla del arroyo.

Fué esta maniobra tan rápida y hábilmente ejecutada, que los franceses pasaron el vado y siguieron su camino sin notar que uno de los burros caminaba ya sin carga. Medio Juan juraba y renegaba del baño á que le había obligado la caída del borrico, y los franceses se reían de sus juramentos, no extrañándose de que el mal humor le hubiese hecho cesar en sus cantos.

Caminaron todavía cerca de media hora hasta llegar á un estrecho callejón, guarnecido á derecha é izquierda de espesos vallados de tunas y pitas, que, según Medio Juan aseguraba, iba á desembocar en la carretera, á una legua larga de Jerez; allí pensaban los franceses esperar hasta el alba la llegada de la columna que el mariscal Soult mandaba.

Al entrar en el callejón, cambiaron rápidamente los dos compadres algunas palabras. Era el callejón largo, y de tal manera estrecho, que los dos espesos vallados llegaban á unirse en lo alto, formando una especie de bóveda que presentaba por todas partes las punzantes espigas de las tunas.

Veláanse forzados los franceses, para evitarlas, á caminar casi en hilera, buscando siempre á tientas el centro del callejón, y guiados por el sonido de los cencerros que los burros llevaban. Medio Juan caminaba arrimado al vallado de la izquierda, procurando evitar las espigas, al mismo tiempo que parecía buscar en él algo con una varilla que llevaba en la mano. Detrás venía su compadre.



De repente desaparecieron ambos Juanes en el vallado, cual si se los hubiese tragado la tierra; habíanse entrado por un portillo conocido de ellos, y se hallaban en el interior del viñedo que el vallado defendía. Aquel era el instante del peligro; diez minutos permanecieron ambos compadres inmóviles, conteniendo hasta la respiración, empuñando Juan y Medio su trabuco, que no había abandonado, y escondiéndose Medio Juan tras las fornidas espaldas de su socio.

Pasó al fin todo el destacamento sin notar la falta de los carboneros, y fué perdiendo á lo lejos el rumor de los pasos y el eco de los cencerros, que resonaban pausadamente.

Entonces dijo Medio Juan, resollando con fuerza:

—¡Compadre... dése usted con los talones en el cogote si no quiere que los franchutes le afusilen!...

Y corriendo desalmadamente atravesaron el viñedo por la parte opuesta, volviendo en menos de media hora al vado del arroyo. A tientas buscaron y hallaron los dos barriles, cuyo peso les haría resistir á la corriente, como Medio Juan había previsto. Rodáronlos con gran trabajo hasta una alcantarilla arruinada, distante un tiro de piedra, y los escondieron en una cavidad en que los trajinantes y contrabandistas solían hacer fuego, y ellos mismos lo habían hecho repetidas veces.

Entonces se separaron ambos compadres: Juan y Medio había de permanecer por las cercanías hasta la noche siguiente, guardando el escondite; Medio Juan había de ir á Sanlúcar, informarse de si los franceses se habían definitivamente retirado y volver á la noche con la burra que les quedaba, para trasladar al pueblo el misterioso tesoro.

Al partir Medio Juan, le detuvo Juan y Medio por un brazo.

—¡Compadre, le dijo, como toque usted á la espuerta que quedó allí con el dinero, le pego un palo en la nuez que no lo cuenta!...

—¡Que no reventara usted de desconfiado! exclamó Medio Juan ofendido. Pierda usted cuidado, que no muerde la burra el pesebre cuando le echan cebada.

Juan y Medio se sentó encima del escondite, y Medio Juan tomó el camino del pueblo, con una agilidad que maravillaba en su raquítica naturaleza. A poco le oía su compadre cantar á lo lejos, con una tonada de la época:

Franceses vienen por tierra,  
franceses vienen por mar.  
¡Ja, ja, qué risa me da!  
¡Ja, ja, qué risa me da!

#### IV

Cuando Medio Juan llegó á Sanlúcar estaba ya muy entrado el día, y la gente se agitaba por todas partes celebrando la retirada de los franceses. Habíanse despachado emisarios en varias direcciones para averiguar si la retirada era definitiva; y con el fin de defender al pueblo, en el caso de que los invasores volviesen, acudían al Ayuntamiento numerosos pelotones de hombres armados. Medio Juan se guardó muy bien de decir á nadie una palabra de lo que sabía, y se encaminó sin vacilar á su tienda. Consistía ésta en una sola pieza, ocupada en su mayor parte por el carbón que servía para el consumo diario de los marchantes: en el lado opuesto había un mostrador mugriento y desvencijado, en que se veían clavadas algunas monedas falsas y un peso de latón cuyo fiel no era seguramente el de la balanza de la Justicia.

Había en la pared del fondo, ennegrecida por el polvo del carbón, una estampa de la Virgen del Carmen pegada con pan mascado, ante la cual pendía una candileja, día y noche encendida. Encima del mostrador se hallaba colgado un sucio cartel con este letrero, cuya

inmutabilidad transformaba en presentes *hoy* todos los futuros *mañana*, y en capital efectivo todos los créditos inciertos:

*Oy no se fía aquí; mañana sí.*

La primera diligencia de Medio Juan al entrar en la tienda fué buscar la espuerta en que había escondido la noche antes el dinero, y la encontró intacta en el mismo sitio en que la había dejado. Metiéndola debajo del mostrador, sin registrar su contenido, ya fuese por temor á la amenaza de su compadre, ya porque el gran caudal de que se creía dueño satisficiera su rapaz codicia; restregóse entonces las manos de gusto, y encendió la candileja que colgaba ante la Virgen. Entró luego á visitar la burra, que, solitaria en el establo, le saludó levantando una oreja y después otra, al compás de un lastimero rebuzno. Medio Juan le echó un buen pienso para prepararla al viaje que le esperaba, y, volviendo á la tiendecilla, se tendió sobre una manta para descansar un rato.

No pudo, sin embargo, estar mucho tiempo tranquilo: una agitación febril le hacía moverse de un lado á otro, no obstante la fatiga de la noche pasada; y de tal manera le preocupaban el miedo de que los franceses volviesen y el ansia por registrar las entrañas de aquellos misteriosos barriles, que, por primera vez en su vida, se distrajo hasta el punto de pesar, sin sisa de ningún género, una libra de carbón que entró á comprar una vieja.

A eso de las cuatro de la tarde llegó la noticia de que los franceses se habían incorporado á la columna de Soult, en Jerez de la Frontera, y que, sin tomar descanso alguno, seguan para Sevilla. Nadie hablaba, sin embargo, de la aventura de los carboneros, ni jamás se supo tampoco cómo y cuándo habían notado los franceses su huida y el robo que les habían hecho.

Medio Juan respiró al fin libremente, y, no pudiendo esperar más su impaciencia, aparejó la burra sin perder tiempo y tomó el camino de la alcantarilla del Salado. Cargaron sin dificultad ambos compadres el pesado robo, y antes de la media noche estaban de vuelta en la tienda.

Viéronse al fin á solas y en seguro, teniendo delante aquellos misteriosos barriles, que ya podían llamar sin temor suyos, y en cuyos senos esperaban encontrar las minas de California. Medio Juan temblaba como un azogado, y derramaba el aceite del candil con que alumbraba á su compadre. Éste rompió de un hachazo la tapa de uno de los barriles. Medio Juan abrió desmesuradamente los ojos, para ver mejor los montones de *peluconas* que esperaba: sólo apareció una capa de arena.

Juan y Medio soltó un juramento.

—*¡Ajonde usted, compadre!... ¡Ajonde usted!* exclamó Medio Juan con angustia; que, para llevarse arenas de la mar, lo mismo las hay en Francia...

Juan y Medio metió ambas manos en la arena y tropezó con un objeto duro: extrajo una parte de ella, y apareció entonces por un lado la cruz de plata de un copón, y por otra la dorada copa de un cáliz.

—*¡Jesucristo!* exclamó Juan y Medio retrocediendo aterrado.

Medio Juan se puso pálido como un cadáver, y se llevó las manos á la cabeza.

—*¡La jicimos, compadre, la jicimos!* murmuraba.

Juan y Medio levantó á pulso el barril, y con una vigorosa sacudida lo vació en el suelo de un golpe. Cayeron entonces, mezclados entre las arenas, cálices de oro y plata, copones riquísimos y viriles guarnecidos de brillantes y perlas. Medio Juan se inclinó para levantar un copón de oro.

—*¡No toque usted á eso, compadre!... ¡No toque usted á eso, que se le van á secar esas manos tan sucias!* exclamó con terror Juan y Medio.

Abrieron entonces el otro barril, y apareció también lleno de ricas alhajas de iglesia, robadas por los franceses en templos y catedrales.

Juan y Medio se sentó en el mostrador sin decir palabra, y Medio Juan se dejó caer sobre el carbón dando gemidos.

—¡La *jicimos*, compadre, la *jicimos*! repetía con voz lastimera. ¡Tres borricos tirados á la calle! ¡Dos noches de fatiga... y un dolor en el espinazo, que no me puedo doblar, de los malditos chapuzones en el Salado!...

Ni por un momento pasó por las mientes de los dos carboneros la idea de apropiarse aquel rico tesoro que pertenecía á la Iglesia. ¡Tan grande era en aquel tiempo el respeto que imponían las cosas santas aun á los más desalmados! ¡Hasta tal punto sabía enfrenar la palabra *sacrilegio* la codicia de aquellos dos bribones á quienes irritaba su defraudada esperanza, y que no osaban, sin embargo, compensarse, con una pequeña parte de aquellas inmensas riquezas, las fatigas pasadas y los daños recibidos.

Juan y Medio golpeaba furiosamente con sus enormes pies las tablas del mostrador.

—¿Y qué nos hacemos ahora, compadre? preguntó al fin de repente.

—Buscar una *jiguera* alta, y ahorcarse, contestó Medio Juan con desaliento.

—¿Pero adónde llevamos todo eso?...

—¡Y yo qué sé, compadre!... Haga usted una leva de monaguillos, y que lo vengán á recoger...

—¿Pero no ve usted, exclamó Juan y Medio saltando exasperado del mostrador, que, si nos metemos en líos con la justicia, salimos con un grillete?...

—¡No sea usted bruto, compadre!... que á nadie han ahorcado todavía por devolver lo que no es suyo... Mañana se le avisa al cura, y se hace lo que su merced mande.

Así lo hicieron, en efecto, ambos compadres, no bien hubo amanecido, sin que hubieran osado ni aun levantar del suelo aquel tesoro de la Iglesia. El párroco determinó dar parte al obispo, y dos días después quedaban en poder de éste las alhajas restituidas y recibían los dos Juanes, por mano del mismo párroco, una cantidad suficiente para compensar la pérdida de los borricos y para indemnizarles de las fatigas pasadas.

—¿Y qué clase de hombres son esos? había preguntado al párroco el obispo.

—Son dos hombres de mala nota, que á la sombra de una carbonería prestan dinero á subidísimo premio.

El obispo cruzó las manos admirado.

—¡Loado sea Dios, dijo, y bendita la tierra en que hasta los hombres de ese jaez respetan de este modo las cosas santas!... Mientras sea este el sentir de nuestro pueblo, no hay miedo de que triunfe entre nosotros la revolución que ha destrozado á Francia...

Medio siglo después, la revolución había triunfado del todo en España, y los hijos de aquellos hombres amenazaban la propiedad de los ricos, enarbolando la bandera del socialismo.

Habíanles precedido otros hombres más elevados que, violando la propiedad sagrada de la Iglesia, que el pobre respetaba, le habían enseñado á violar sin escrúpulo la propiedad menos sagrada de sus palacios, que ellos querían hacer respetar. Ellos desataron los vientos, y las tempestades no se han hecho esperar; habían removido el ara del altar en que toda la sociedad descansa, y ésta se conmovía hasta en sus cimientos, amenazando sepultar á inocentes y culpables...

Modérense, pues, las quejas y procúrese más el remedio; que todo daño lo aminora la compensación, todo pecado lo borra el arrepentimiento, y á un pueblo descatolizado le vuelven á catolizar la enseñanza, la caridad y el ejemplo (1).

P. LUIS COLOMA.

(1) En el prontuario del autor se hallan anotados quince casos de restitución de alhajas de iglesia, análogos al que referimos, acaecidos en aquella época tan sólo en Andalucía; lo cual prueba no ser éste un hecho aislado, sino un efecto del sentimiento general que entonces dominaba.





EN LOS DÍAS DEL DIRECTORIO.—DE UN GRABADO ANTIGUO

## RETORNO DE LA FERIA <sup>(1)</sup>

Las ferias de Cataluña  
son ferias muy celebradas;  
mas la de Vich es la reina  
de las ferias catalanas.  
¡Hola! la gaita aliente  
cantad alegremente, alegremente.

De Vich á la feria acuden  
doncellas de la montaña,  
las de las frescas mejillas,  
y más que frescas rosadas.  
¡Hola! la gaita aliente,  
cantad alegremente, alegremente.

También bajaba á esta feria  
en otro tiempo Rosaura;  
mas ella bajó en mal hora,  
que sólo marcó desgracia.  
¡Hola! la gaita aliente  
cantad alegremente, alegremente.

Era la rosa gentil  
del monte y de la llanada:  
la mano que la cogió  
fué, si aieve, afortunada.  
¡Hola! la gaita aliente,  
cantad alegremente, alegremente.

Un año cumple esta feria  
des que abrió al amor el alma:  
un año cumplirá pronto  
que la llora la comarca.  
¡Hola! la gaita aliente  
cantad alegremente, alegremente.

Bien se la vió huir en grupa,  
del vil amante abrazada:  
no se la ha vuelto á ver, no,  
ni en el monte ni en la plana.  
¡Hola! la gaita aliente,  
cantad alegremente, alegremente.

A amar comenzó en la feria,  
cedió á traidoras instancias;  
¡ay! robada fué la rosa;  
un año cumple mañana.  
¡Hola! la gaita aliente,  
cantad alegremente, alegremente.

Acabada está la feria;  
doncellas de la montaña  
no han faltado muy gentiles;  
sólo la rosa faltaba.  
Ea, la gaita aliente;  
niñas, danzad, danzad alegremente.

Ya los vaqueros se vuelven,  
ya retornan las yeguas:  
muy buena ha sido la feria,  
mucho y rico se mercaba.  
¡Hola! la gaita aliente  
retornad de la feria alegremente.

Por el puente buhoneros,  
payeses, y vos, gitana,  
tropa de chalanes, hembras,  
todos los que no cabalgan.  
¡Pfüt! pfüt! honrada gente  
pasad alegremente, alegremente.

Por el puente y por el vado  
el arroyo todos pasan:  
no pasa, no, una mujer  
al pie del puente sentada.  
¡Hola! la honrada gente,  
pasad alegremente, alegremente.

Llorando, llorando mira  
el arroyo y los que pasan:  
el agua corre, ella llora,  
sólo ella y el agua callan.  
¡Ved! el sol va al Poniente,  
retornad de la feria alegremente.

(1) Esta composición es una de las más características de Piferrer, así por el fondo como por la forma. Se ha notado que este malogrado ingenio catalán, que se distinguía entre todos por el dominio de la lengua castellana cuando escribía en prosa, era duro, algo incorrecto y poco espontáneo cuando escribía en verso. No es el solo gran prosista que se mostró inferior á sí mismo al versificar; pero en Piferrer no se puede achacar todo á la dificultad que tuviera para expresar sus pensamientos sujetándose á las exigencias del arte métrico, sino también á sus aficiones á la poesía popular, que en él eran una verdadera pasión. He aquí cómo lo juzga el P. Blanco: «Piferrer (1818-1848) enarboló la bandera del espiritualismo cristiano, y abarcó en vasta y compresiva mirada el conjunto de las Bellas Artes, al cual llevaba la elevación y la originalidad que su excelso compatriota Balmes desplegó en el terreno de las ciencias sociales y políticas. Alma enamorada de la belleza ideal, de la que tuvo hambre y sed insaciables, y á cuyo culto consagró fervorosamente los días de una existencia, que imitó á la de las flores en lo brillante y en lo fugaz, inteligencia altísima aliada con un corazón donde latía una fibra para cada sentimiento generoso y puro, Piferrer estaba tallado para iniciar una gran restauración, cuyo bosquejo se columbra en sus escritos. Los primeros volúmenes de los *Recuerdos y bellezas de España* anunciaban al arqueólogo romántico que vive en comunicación inmediata con la Naturaleza y con la Historia, interpretando su lenguaje con palabras que tienen mucho de ritmo poético, del colorido pictórico y de la nota universal.»

«—Buena feria, vive Cristo,  
la ganadería espanta.

—Pues mía fe, mercancías  
¿quién tantas vido y tan raras?»  
¡Ohé! el júbilo aumente,  
parlad alegremente, alegremente.

«—¡Hum! ¡gran gentío! las niñas  
muy arreadas la plaza  
matizaban como flores.  
—Sólo la rosa faltaba.»  
¡Ohé! el júbilo aumente,  
parlad alegremente, alegremente.

Mas esa mujer llorando  
mira el agua y los que pasan:  
el agua corre, ella llora,  
sólo ella y el agua callan.  
¡Hola, ohé! al vado, al puente,  
pasad alegremente, alegremente.

¿Quién es la airosa pareja  
que en esa mula cabalga?  
Él la acémila dirige,  
en la grupa ella le abraza.  
¡Picad! al vado, al puente,  
en grupa alegremente, alegremente.

En chupa y almilla él luce  
botonadura de plata:  
ella collar y sortija,  
de novia las arracadas.  
Muere el sol en Poniente;  
trotad alegremente, alegremente.

Las arracadas de novia  
hoy por primera vez saca:  
ella en la plaza escogiólas,  
en la feria él las compraba.  
¡Ohé! el júbilo aumente  
en grupa alegremente, alegremente.

«—¡Helos que vienen los novios!  
ved la alegre cabalgata.  
—Rico y grande parentesco  
cuenta el «hereu» de Valldaura.»  
¡Viva! el júbilo aumente,  
hablad alegremente, alegremente.

«—¡La «pubilla» de Altafulla  
lleva lucida compañía!  
—Niña feliz, pues cautivas  
el galán que burló á tantas.»  
¡Viva! el júbilo aumente,  
parlad alegremente, alegremente.

Al son de los cascabeles  
esa mujer se levanta;  
de la frente los cabellos  
con ambas manos aparta.  
¡Picad! al vado, al puente,  
trotad alegremente, alegremente.

Ya no llora, ya no mira  
ni el agua ni los que pasan:  
sólo en la airosa pareja  
la azorada vista clava.  
¡Aprisa! al vado, al puente,  
trotad alegremente, alegremente.

«—No hayas miedo, esposa mía,  
amor mío, ¿qué te espantas?  
Abrazame así: mi mula  
es fuerte y no teme el agua.»  
¡Ánimo! al vado, al puente,  
trotad alegremente, alegremente.

Esa mujer sobre el pecho  
lleva las manos entrambas:  
la mula se arroja al vado,  
tras ella la cabalgata.  
¡Haul cortad la corriente,  
pasad alegremente, alegremente.

Alegres todos arrear,  
la espuma rebulle y salta:  
esa mujer cae al suelo,  
su pecho se despedaza.  
¡Haul cortad la corriente,  
pasad alegremente, alegremente.

Pasó la airosa pareja,  
ya pasó la cabalgata:  
cabe al puente está la muerta,  
murmurando corre el agua.  
Con la luna naciente  
retornad de la feria alegremente.

PABLO PIFERRER.



# UNA SEÑORITA CHINA GRADUADA

NOVELA TRADUCIDA DEL CHINO AL INGLÉS

POR

EL PROFESOR DOUGLAS

## CAPÍTULO III

EGLANTINA encontró en los frecuentes ratos de aislamiento que le proporcionaba el viaje, ocasiones sobradas para reflexionar seriamente acerca de la singular posición en que se encontraba. Confesábase á sí misma que hasta entonces no había hecho más que seguir los impulsos de una voluntad caprichosa, con la mira de escapar á las complicaciones que la rodeaban, aunque fuese sacrificando la verdad sin escrúpulo ni reparo. No desconocía que esta conducta podía acarrearle serios contratiempos y tal vez algún disgusto de mayor cuantía.

Cuando tenía más tranquilo el ánimo experimentaba como un instintivo presentimiento de que iba aproximándose á toda prisa el momento crítico.

A la mañana siguiente despertó con el espíritu muy preocupado. Vistióse con más esmero que de costumbre para ir á visitar á sus compañeros, que nada sabían por cierto de su llegada, poniéndose una túnica de seda azul y una chaqueta de raso color de manteca que á Tu le gustaba mucho y un sombrero nuevo llamante. Estaba tan linda de este modo, que los viandantes parábanse absortos á contemplarla, diciendo:

—¡Guapo muchacho! Más parece una chica de diez y ocho años que un hombre.

La posada en la cual se habían alojado Tu y Wei era un establecimiento digno de tan distinguidos huéspedes.

Al preguntar por ellos Eglantina, hiciéronla entrar en un patio en el cual á la sombra de un copudo y frondoso algodonero, estaba Tu tomando muy á su sabor el fresco. Ocioso fuera decir que el gozo que sintió al verle sólo podría compararse al que él experimentó ante su inesperada aparición. Parecía á Eglantina que la presencia de su amigo la libraba de sus tristes pensamientos y la ponía á cubierto de toda nueva molestia, y así encontraba un gusto especial en contestar á sus preguntas y hacérselas á su vez, como sedienta de oír la voz de tan buen camarada. Ambos tenían que decirse muchas cosas, y hacía un buen rato que estaban departiendo muy sabrosamente, cuando se pronunció el nombre de Wei, advirtiéndole entonces Eglantina su ausencia por vez primera. Preguntó por él, y Tu le respondió:

—Ha partido hace algunos días, diciendo que un asunto urgente le obligaba á volverse á toda prisa. No me dió explicaciones, pero es indudable que es cosa de importancia.

Eglantina no hizo ningún comentario, aunque en su interior estaba bien segura de haber adivinado la causa de tan precipitado regreso.

Tu, que atribuía su silencio á las reflexiones inspiradas por esta partida inesperada antes de arreglarse el asunto de su padre, apresuróse á añadir:

—Él se fué muy esperanzado respecto á la causa de tu padre y convencido de que ya no era necesaria aquí su presencia.

—¿Y en qué estado se halla ahora? preguntó ansiosamente Eglantina.

—Hemos elevado un memorial á palacio, arreglándonos de modo que se despache favora-

blemente. Por fortuna tenemos un amigo en el ministerio de la Guerra, que se ha ofrecido á apoyarnos con toda su influencia, prometiéndonos que se nos contestará dentro de pocos días.

—Yo, dijo Eglantina, traía también un memorial redactado por mi padre. ¿Te parece que lo presente?

—Si he de hablarte con franqueza, te diré que tan peligroso me parece pecar por exceso como por defecto. En las oficinas del ministerio siempre produce mal efecto la exuberancia de solicitudes.

—Está bien, replicó Eglantina. Yo haré lo que á tí te parezca más conveniente.

—Hablando de otra cosa, replicó Tu, lo que más conveniente me parece es que vengas á vivir á esta posada. Precisamente ahora está vacante la habitación de Wei, y si vinieses



A la sombra de un copudo y frondoso algodónero estaba Tu tomando muy á su sabor el fresco

á ocuparla, tu compañía fuera muy grata para mí, que vivo tan aislado. Además, debes considerar que el barrio que habitas es tan apartado del centro, que vivir allí viene á ser lo mismo que si te hubieses quedado en Mienchu.

Estas palabras turbaron profundamente á Eglantina. Aunque estaba acostumbrada á la compañía de Tu, no había vivido nunca con él bajo un mismo techo, y ocurriósele al punto que habla de serle difícil guardar su secreto hallándose constantemente á la vista de su amigo. Con todo, estaba ya tan acostumbrada á evitar estas dificultades y á confiar en la fortuna, que hasta entonces se le había mostrado propicia, que respondió muy tranquila:

—Tienes razón, voy en busca de mis efectos y vuelvo en seguida.

Tras esto despidióse y Tu volvió á su butaca. Quiso el diablo que Eglantina hubiese dejado, al partir, la cartera que contenía el memorial de su padre encima de la mesa, que fué una excelente ocasión para tentar la curiosidad de Tu con el especioso pretexto de que tal

vez en aquel escrito se hacía mérito de algún argumento omitido en el memorial presentado al ministro de la Guerra.

Debemos hacer á Tu la justicia de decir que no era de suyo entrometido ni curioso, mas la tentación fué tan poderosa que, cerrando el libro que estaba leyendo, *Anales de la primavera y el otoño*, y acercándose á la mesita, abrió la cartera de Eglantina. Al principio encontró un gran número de tarjetas de visita encarnadas, que llevaban inscrito el nombre de Wun Tsunk'ing, inscrito en caracteres negros y debajo de ellas el memorial. Tu lo leyó atentamente, diciendo en su interior que estaba muy bien redactado y atribuyéndolo á Eglantina, cuya mano se revelaba así en el estilo como en el carácter de letra del documento.

—Si nuestro memorial, pensó entonces, no produce efecto, probaremos fortuna con éste.

Iba á sentarse otra vez, cuando vió otro documento escrito también por Eglantina, y pensando que había de tener relación con el anterior, púsose á leerlo, viendo que decía de este modo:

«La fiel señorita Wun, de Mienchu Hien, quemando severamente incienso al dios de la guerra, le ruega que libre á su padre de las penas que le afligen y devuelva á ella la paz del alma, anulando, como ardientemente lo apetece, el compromiso que contrajo á consecuencia de la flecha de bambú y del precioso tarro de pomada. Lo suplica rendidamente.»

Tu quedó literalmente petrificado al leer estos renglones. Volvió á leerlos, como si le pareciese imposible lo que decían, y soltó una larga y estrepitosa carcajada exclamando:

—¿Es decir que esa chica se ha estado burlando de mí por espacio de muchos años?... Entendámonos, añadió después de una pausa, como procurando disculparse de su inocencia: yo no cal del todo en el lazo, porque ya me daba el corazón que el Joven Noble tenía algo de mujer. Plegue al cielo que no sea como esos genios que aparecen sobre la tierra para burlar á los hombres, y después de haberles enamorado vuelven á remontar el vuelo dejándoles sumidos en la desesperación del desengaño.

Mientras estaba entregado á estas y otras parecidas meditaciones, entró Eglantina, más hermosa que nunca, con sus mejillas sonrosadas por el ejercicio. Tu, al verla, prorrumpió en una carcajada tan recia y tan larga, que Eglantina se turbó, y creyendo que había algo extraño en su traje, no se cansaba de mirarse de pies á cabeza, lo cual aumentaba todavía la regocijada hilaridad de su compañero.

—¡Ah, tunantuela! exclamó el joven cuando pudo ahogar la risa. ¿Conque te has estado burlando de mí una porción de años haciéndome creer que eras un hombre?

Confusa y avergonzada Eglantina, inclinó la cabeza diciendo:

—¿Quién me ha vendido?

—Tú misma, respondió Tu presentándole el documento acusador; ahí está la historia de la flecha que disparaste con mano tan certera. Lo que no acierto á adivinar es eso que dices ahí de mi precioso tarro de pomada.

Confundida por tan abrumadoras pruebas, la pobre Eglantina no sabía qué decir ni osaba alzar los ojos á su compañero, el cual, viendo su confusión, le tuvo lástima, y le acercó una silla invitándola á sentarse á su lado, y le dijo con acento conmovido:

—Ya recordarás que un día te dije en Mienchu, mientras nos dedicábamos juntos á los estudios de nuestra carrera, que hubiera dado algo bueno por verte convertido en mujer, por el gusto de ser tu marido. Bien ajeno estaba entonces de sospechar que fuera tan fácil el logro de mi anhelo. Ahora que me consta de una manera indudable, bien me permitirás que insista en mi pretensión, rogándote que consientas en labrar mi felicidad, uniendo tu existencia á la mía.

Al oír estas palabras, levantóse de súbito Eglantina y con labio tembloroso y los ojos preñados de lágrimas, respondió:

—No, es imposible.



—¿Por qué no? respondió sorprendido Tu.

—Porque estoy prometida á Wei.

—¿Cómo? ¿Conoce el secreto?

—No. ¿Recuerdas aquel día que disparé la flecha de bambú?

—¿Sí? ¿Y qué?

—Wei vió mi nombre grabado en la flecha, y yo, para ocultar mi secreto, le dije que tenía una hermana. Antojósele que había de casarse con ella y yo cometí la locura de prometerle que apoyaría su pretensión. Ahora no tengo más remedio que confesarle la verdad y él tendrá el derecho de reclamar que me case con él poniéndome en el lugar de mi supuesta hermana.

—No lo veo yo así, replicó Tu. Yo tengo un derecho anterior al suyo, pues al llegar él, yo ya había encontrado la flecha, y este derecho estoy pronto á disputárselo en todos terrenos. Pero, no te apures, que no es él capaz de darte ningún disgusto por este motivo.

—¿Lo crees así? preguntó Eglantina.

—Estoy seguro de ello, respondió Tu.

—¡Oh, qué contenta estaría! exclamó Eglantina muy ruborosa, pero henchida de gozo. Tu volvió á tomarle la mano y la hizo sentarse de nuevo á su lado.

—Escucha, amigo mío, dijo ella después de una breve pausa, he de hacerte otra confesión.

—¿Cuántos compromisos tienes? preguntó sonriéndose Tu.

Eglantina le relató entonces la singular aventura que le había ocurrido con la señorita King. Tu, medio en broma medio en serio, le preguntó:

—¿Cómo es posible que logres habitar tus labios á proferir tal sarta de embustes?

—¡Oh! Hay ocasiones en la vida en que tan fácil es mentir como difícil ser veraz y sincero. Lo que puedo asegurarte es que si cometí una mala acción mintiendo á sabiendas, he sido bien duramente castigada.

Así diciendo, la pobre muchacha cubríase el rostro con ambas manos, llorando á lágrima viva.

—La verdad es que te has metido en un berengenal, respondió Tu, pues si no mienten los informes, á estas horas te hallas comprometida nada menos que con dos hombres y una señorita.

En último resultado la situación era tan cómica, que Eglantina, á pesar de su aflicción, no pudo menos de echarse á reír. Esto serenó algún tanto su ánimo, permitiéndole tratar sosegadamente con su novio del asunto, y esta conversación devolvió la sonrisa á sus labios y el brillo del contento á sus ojos, restaurando la singular belleza y la jovial expresión de su semblante.

Traducción del inglés por  
JOSÉ COROLEU.

(Concluid).

## NUESTROS GRABADOS

### CANCION DE CUNA CUADRO DE H. LAUENSTEIN

Grandioso carácter decorativo ofrece esta pintura del artista H. Lauenstein, en la cual se reconoce la influencia que Cornelius, Schnorr y Kaulbach han ejercido en Alemania. Los frisos que en la parte superior é inferior forman como un marco á la composición, están dibujados con cabal conocimiento del arte decorativo y con una elegancia de lápiz que no es preciso encarecer, porque ya lo harán por sí mismos nuestros lectores. Estos frisos aumentan la importancia del asunto y en ellos descansa por momentos la vista antes de recorrer todas las bellezas de la pintura. En la composición hay verdadera ciencia. En uno de los lados se concentra todo el interés en la gallarda matrona que está hilando en la rueca y en el infante puesto en la cuna. En el lado frontero tienen variedad de líneas, de grupos y de expresiones los geniecillos ó ángeles, lindamente dibujados y algunos de los cuales muestran, á nuestro juicio, que el autor ha visto y estudiado los que pintó en sus Concepciones nuestro insigne Bartolomé Esteban Murillo, á quien nadie se ha adelantado en punto á dibujar y pintar hermosos niños, con líneas realistas y con ideal colorido y expresión al propio tiempo. Hay en esta obra un cierto misticismo. *Canto de cuna* la titula el artista, mas parece adivinarse que las dos figuras principales son algo más que una madre y un hijo, como los que se encuentran en el mundo. Diríase que el infante en particular tiene algo de divino y que hay también en la madre una idealidad que eleva el espíritu hacia la Virgen madre concebida sin mancha. Si no se propuso Lauenstein ejecutar una pintura religiosa, llevó por lo menos el propósito de imprimirle una alteza que apartara al espectador de todo terrenal recuerdo. A la vez con el tema y con el título que le puso, quiso traer á la memoria los deliciosos cantos con que las madres arrullan á sus hijos en la cuna, en todos los países del mundo, cantos de una sencillez y de una poesía admirables, que han sido estudiados por los primeros compositores, entre ellos el famoso Ricardo Wagner, quien sacó tal vez de esos cantos inspiración para sus mejores melodías.



¡BUENOS DÍAS!—CUADRO DE L. WITTICH

### EN LOS DÍAS DEL DIRECTORIO DE UN GRABADO ANTIGUO

A pintores y grabadores ha procurado abundantes temas el período de la historia francesa moderna, llamado del Directorio, así denominado por la comisión que dirigió aquella República después de los días ominosos de la Convención. Comenzó en 1795 y se prolongó por tres largos años, figurando en aquel Consejo varios personajes cuyos nombres han pasado á la posteridad, y singularmente los de Barrás, Carnot y Sieyès. Fué época en la que adquirieron carácter bastante libre, con ribetes de licenciosas, las costumbres en París, de lo cual daban el ejemplo algunos de los individuos mismos del Directorio, que por tal causa eran pasto de la murmuración pública. El arte entonces tomó cierto vuelo, tratando de imitar á griegos y romanos, más á los últimos, como también lo hizo la moda en los trajes femeniles. El grabado que damos en LA ILUSTRACIÓN MODERNA reproduce con fidelidad un salón de aquellos días, probablemente un salón parisiense y sin duda perteneciente á un elevado personaje, acaso á una de las damas que entonces llamaron la atención por su belleza y por sus intrigas.

### ¡BUENOS DÍAS!

CUADRO DE L. WITTICH

Una graciosa campesina con el traje y tocado que llevan las de algunas comarcas de Italia se asoma á la ventana y al ver los primeros rayos del sol en el Oriente, prorrumpe en la salutación ¡Buenos días! Quedase encantada luego contemplando las bellezas de la mañana, la diáfana claridad del ambiente, la luz rosada del astro del día, los objetos todos destacándose con nitidez admirable sobre el horizonte, todo respirando vida y alegría. Alegría decimos porque en realidad despiertan este sentimiento las horas matinales, al revés de lo que ocurre así que avanza la tarde, y más cuando el crepúsculo vespertino va llenando de sombras todo el espacio. El rostro de la aldeana pintado por el artista Wittich descubre el regocijo que inunda su alma y el placer con que contempla el espectáculo y con que respira al par las auras suavemente perfumadas de la mañana.



# ¡SOLEDAD!

NOVELA ESPAÑOLA

FOR

D. C. SUÁREZ BRAVO

## CAPITULO XII

EL TAJO DE RIVAHONDA

Para una danza de espadas,  
el sitio dice: Comedme.  
(Quevado).

Al siguiente día, después del almuerzo, al cual no concurrieron ya la duquesa y su hija, se organizó la expedición proyectada la noche anterior; pero las señoras y algunos de los concurrentes rehusaron tomar parte en ella por el mal cariz del cielo. Se acumulaban gruesos nubarrones y ráfagas de aire fuerte y grueso cruzaban la atmósfera.

En previsión de lo que pudiera ocurrir se engancharon tres coches, que condujeron á los expedicionarios en poco más de un cuarto de hora hasta el principio de la áspera subida que conducía á las ruinas, y que debían esperar en aquel sitio el retorno. El duque, que contra su costumbre quiso ser de la partida, iba forrado en un gabán de invierno y con gran tapabocas

TOMO I.—71.



rruida escalera, daba acceso al piso superior, al cual subieron los visitantes ayudándose unos á otros. Los muros divisorios de esta parte del castillo habían venido al suelo con el transcurso de los años, y los materiales yacían esparcidos sobre la bóveda. La luz entraba por la techumbre rota en diferentes sitios y por las puertas y ventanas bajas de medio punto abiertas en las cuatro fachadas.

Después de consagrar algunos breves instantes al examen del desolado recinto, García, que como más práctico hacía de jefe de la expedición, dijo á los que le acompañaban:

—Van ustedes á ver una cosa curiosa. Camporredondo, usted que es tan entusiasta por todas estas antiguallas, vaya usted por delante, y así será el primero en gozar del espectáculo. Entre usted por ahí, nosotros le seguimos.

El sitio señalado por García era una de las puertas bajas, ó más bien agujeros abiertos en los muros, y por los cuales se salía á la cornisa exterior que, como dijimos, rodeaba el castillo. La designada correspondía á la fachada posterior, encima de la entrada.

Camporredondo, halagado por la preferencia, salió á la cornisa, y García le siguió haciendo un guiño expresivo á los que venían detrás.

—¿Tomo la izquierda ó la derecha? preguntó el primero.

—Es igual; la que usted quiera, contestó García.

El guía comenzó á andar, aunque con marcha muy prudente, por la derecha. El paso no ofrecía ningún peligro. La cornisa tenía más de un metro de anchura, y su elevación sobre el suelo, que podría ser de unos doce á catorce, no era para producir mareo. Antes de torcer por el primer ángulo para recorrer la fachada lateral, situada poco más ó menos á la misma altura, Camporredondo se detuvo para fijar la atención de los que le seguían sobre la belleza salvaje de la imponente cordillera que tenían de frente.

—Nada he visto más grandioso, decía, exceptuando siempre las montañas de los *highlands* de Escocia. Han de saber ustedes que *highlands* quiere decir, en escocés, tierras altas.

—Ya hemos leído á Walter Scott, dijo una voz.

—¡Ah! señores, hay gran diferencia de lo vivo á lo pintado. Es preciso haber contemplado con sus propios ojos aquellos lagos y aquellos ventisqueros...

—¿Pero no puede usted hablar y caminar al mismo tiempo?

Obligado por esta interrupción de García, el complaciente guía continuó pausadamente su marcha por la cornisa de la fachada lateral, pero sin renunciar por eso á llevar la palabra.

—¡Oh! ciertamente; allí tiene la naturaleza un *cachet* especial que sólo está al alcance de los verdaderos *amateurs*. Porque, como en todas las cosas, hay también su distinción en lo salvaje. Esta idea parecerá á ustedes algo atrevida. Yo no niego que lo sea, pero la he sostenido delante de personas que podrían pasar por autoridades en la materia. Por cierto, que manifestándosela un día al lord...

Aquí perdió súbitamente la voz el orador y retrocedió dos ó tres pasos. Era en el momento mismo en que, por haber llegado al extremo límite de la fachada lateral, iba á doblar el ángulo y enfilarse por la fachada frontera á la cortadura en cuyo fondo se arrastraban las aguas del torrente. García, que iba prevenido, le sujetó por la espalda y le dijo, procurando sofocar la risa:

—¿Qué es eso, amigo Camporredondo? ¿Qué víbora ha pisado usted?

—¡Víbora! contestó éste, con voz entrecortada. Diga usted el abismo... Sí, ese es el abismo. ¡Broma pesada! ¡Pesadísima broma! Vámonos de aquí.

—Señores, frente á retaguardia, dijo García volviéndose á los que venían detrás.

Como la angostura del sitio no permitía, sin peligro, pasar á enterarse de los motivos del pánico de Camporredondo, motivos que por otra parte adivinaron casi todos por la inspección rápida que habían hecho antes de la topografía de los lugares, nadie opuso resistencia, y la hilera de los visitantes volvió en orden inverso y por el camino más corto al recinto interior.

La víctima del bromazo, de temperamento poco impresionable, se repuso inmediatamente, y haciendo de tripas corazón, no tardó en asociarse á la algazara general, aunque protestando que había corrido gravísimo peligro.

—Les digo á ustedes, vociferaba para hacerse oír entre el bullicio y las risotadas, que la impresión es terrible. Yo iba muy descuidado, sin acordarme de ese tajo de todos los diablos, hasta que me vi literalmente gravitando sobre el vacío. Gracias á mi presencia de espíritu, sino... He visitado las cataratas del Niágara, pero esto es mucho más salvaje.

—¿Y no le ha encontrado usted su *cachet* de distinción? dijo un general andaluz que venía en el grupo.

Nuevas carcajadas acogieron esta observación.

Tres boquetes abiertos en el muro y que comunicaban con la parte de la cornisa que Camporredondo no había tenido por conveniente atravesar, permitieron apreciar, á los que hacían por primera vez la excursión, el efecto que hacía desde aquel sitio mirar hacia abajo. La fachada, como dijimos, se asentaba á los mismos bordes de la cortadura y gravitaba perpendicularmente sobre el abismo á una profundidad que no bajaría de treinta metros.

—¡Cuidado! dijo el duque á Eduardo, que se había salido fuera del boquete y contemplaba inclinado sobre la cornisa el lecho del torrente.

—Es una vista que produce el vértigo, contestó éste apartándose, y le aseguro á usted que para atravesar la cornisa que corre por esta fachada, se necesita tener buena cabeza.

—Sí, cabeza de funámbulo.

—O de chico, añadió García. Es un sitio que goza de cierto prestigio supersticioso en la comarca y se le llama la Mareola. Hay muchachos, sin embargo, que la pasan á la carrera, y cuando se quiere encarecer la travesura y el atrevimiento de alguno de ellos, se dice:—Es de los que pasan la Mareola.

—Ese paso no ofrece ningún peligro. Es cuestión de no tener miedo.

Todos se volvieron á mirar á Ricardo, autor de tan desdeñosa observación.

—Fácil es decirlo, observó el general.

—Y hacerlo, añadió lacónicamente Ricardo arrimando su escopeta al muro y saliendo á la cornisa por uno de los boquetes laterales.

Camporredondo y García corrieron á detenerle; pero no llegaron á tiempo. El joven dobló tranquilamente el ángulo temible y se le vió atravesar toda la cornisa pendiente sobre el abismo con la marcha firme é indolente del que va de paseo.

Los espectadores contuvieron el aliento mientras duró la corta, pero atrevida expedición, y respiraron al verle entrar por el boquete lateral opuesto.

—Ese mozo tiene el diablo en el cuerpo, dijo el general mirándole con curiosidad.

Camporredondo y García, sobre todo el primero, reconvinieron amistosamente á Ricardo.

—Eso no vale nada, murmuró el joven volviendo á coger su escopeta. Repito que es asunto de no tener miedo y yo no le tengo.

Después de haber pasado algún tiempo inspeccionando las ruinas, se pensó en emprender el retorno. Sobre que el objeto de la excursión se había llenado, el trueno, que desde hacía rato bramaba sordamente, aunque lejano, aconsejaba ponerse á cubierto de un probable aguacero. Cuando algunos de los del grupo daban la última mirada de despedida, por la parte exterior, á los agrietados muros del tosco monumento, un pájaro de grandes dimensiones, que descendió casi verticalmente con formidable graznido de una de las cimas de la cordillera, se posó del otro lado de la cortadura, sobre la roca, casi enfrente de los expedicionarios.

—¡Un águila! gritaron dos ó tres voces.

Ricardo, que salía al mismo tiempo del castillo, preparó rápidamente su escopeta, pero se encontró con el cuerpo del duque, que examinaba en aquel momento el lecho del torrente, casi interpuesto entre su arma y el blanco.

—¡Iñigo, Iñigo, apártese usted! gritó el joven con voz atropellada.

Pero el duque no se movió.

—Iñigo, ¿no oye usted? repitió con acento más apremiante.

—¿Habla usted conmigo? dijo el duque volviendo la cabeza y mirando friamente al que le interpellaba.

—¿Pues con quién había de ser? contestó Ricardo bajando el arma que tenía casi horizontal. ¿No se llama usted Iñigo?

El duque se volvió, y dijo sin alterarse, pero acentuando sus palabras:

—Ese nombre es para mi familia y para mis amigos. Para los demás tengo otros.

Al advertir la gravedad del diálogo, algunos de los presentes, entre ellos Eduardo, se acercaron.

—Y ¿cuáles son? murmuró Ricardo desconcertado, pero con el rostro demudado por la cólera.

—Para los que no son mis amigos, siguió el duque impasible, tengo el de duque de Atienza, ó el de marqués del Vasto, ó el de conde de Vélez ó el de vizconde de Amposta. ¿Quiere usted más?

—Yo le voy á dar á usted otro, rugió Ricardo con los dientes apretados y en el colmo de la exasperación. El de barón abofeteado.

Y al decir esto se abalanzó sobre su adversario, con el brazo en alto.

Pero Eduardo, que previendo lo que iba á pasar no le perdía de vista, se interpuso entre los dos, y ayudado por García, que acudió inmediatamente, sujetó al joven impidiéndole cumplir su amenaza.

—¡Dejarme! ¡Dejarme! gritaba éste fuera de sí, forcejeando por desasirse de los vigorosos brazos que le retenían.

—¡Quietos! le dijo García reforzando la palabra con un taco enérgico. Estos asuntos no se ventilan de ese modo.

Pero aun más que los brazos que le sujetaban, refrenó á Ricardo la actitud del duque, que, encarándose con él y cubriéndole con una mirada llena de fuego sombrío, le dijo con acento cuya energía contenida hacía aún más vibrante:

—¡Ha querido usted darme un bofetón! Por recibido, seor valiente, por recibido. Gracias, señores, añadió dirigiéndose á Eduardo y á García. Me han evitado ustedes una grosera afrenta, que no podía prever. Yo no creía hallarme entre gentes acostumbradas á dirimir sus contiendas como las dirimen los gañanes.

—Necesito que me dé usted una satisfacción. ¡Una satisfacción inmediatamente! gritó Ricardo con los ojos inyectados, pero dominado á pesar suyo por la imponente tranquilidad de su adversario.

—Está bien, contestó el duque.

Luego, volviéndose al grupo que le rodeaba, añadió:

—Eduardo, General, entiéndanse ustedes con las personas que nombre ese perdonavidas.

—Pero el duelo ha de ser á muerte; lo exijo, añadió el furioso mancebo.

—Ya lo oyen ustedes, dijo el duque á las dos personas que acababa de designar. El señor quiere que sea á muerte.

Dicho esto se apartó tranquilamente, como quien no tiene más que decir.

Todos los presentes quedaron impresionados por aquella escena, que, según todas las apariencias, iba á tener sangriento desenlace.

Después de conferenciar brevisimos momentos Eduardo y el general, se dirigieron al duque que paseaba de un sitio para otro con su aire habitual.

—Iñigo, le dijo Eduardo en voz baja. El general y yo hemos pensado que median en este asunto circunstancias que pudieran autorizar á usted á consentir en el aplazamiento del duelo



á que ha sido usted provocado. Somos huéspedes de la duquesa. Uno de ustedes dos puede caer muerto ó herido y nos exponemos á llevar el luto y la desolación á una familia, que no nos ha recibido para que la hagamos responsable de nuestras querellas. Por otra parte, no hay medios de ventilar en este sitio y en el momento la cuestión, porque no tenemos armas.

El general apoyó estas razones.

—Nada más lejos de nuestro ánimo, añadió, que aconsejar á usted que no castigue, como se merece, el grosero insulto de que ha sido víctima. No por cierto. Por lo que dice á usted su pariente, debe reflexionarse. No hay necesidad de atropellar las cosas.

—Señores, contestó el duque después de breves instantes de meditación. Yo deploro, como ustedes, que este asunto sea ocasionado á llevar la aflicción y tal vez el espanto á la casa de cuya hospitalidad gozamos; pero al punto á que han llegado las cosas no veo medio de evitarlo. Quizá, si ustedes lo reflexionan bien, lo más prudente es dirimir la cuestión en el acto. Aquí estamos diez ó doce personas y el secreto entre tantos es imposible. Mañana mismo, cuando no esta noche, sabrán la duquesa y Blanca lo que aquí ha pasado. Sobre que, más ó menos agravado, el disgusto no se lo podemos excusar; imagínense ustedes las escenas que nos esperan, los ruegos, los llantos, las tentativas de arreglo... Blanca, sobre todo, ha de hacer cuanto esté de su mano para impedir el lance, y el lance, como ustedes saben, aun dado caso que pudiera diferirse, lo que me parece muy difícil, no puede en manera alguna excusarse. Prolongar situación tan violenta es el expediente más cruel que podemos elegir y es preferible terminarla esta misma tarde. La dificultad de las armas, no es dificultad. García las tiene de todas clases en la habitación que ocupa en el palacio. Puede ir por ellas: la ausencia de las señoras evita los inconvenientes que ofrecería en el caso contrario este paso. Dentro de media hora las tendremos aquí, pues, como ustedes saben, hay coches que esperan nuestra vuelta al pie de la subida.

Contra este raciocinio, expuesto por el duque en forma tan cortés y moderada, no hallaron realmente argumentos serios los dos padrinos. Después de haber hecho, por cumplir, algunas objeciones, que fueron brevemente rebatidas por el duque, ambos se dirigieron á desempeñar su encargo cerca de los padrinos de Ricardo.

Éstos estaban ya elegidos. Eran Camporredondo y García. El segundo no aceptó, sin repugnancia, la comisión, pero accedió al fin, aunque de muy mal talante, á los apremiantes ruegos de su amigo.

—El tal huésped no nos ha traído más que disgustos, y el de esta tarde puede ser gordo, le dijo, pero este es uno de aquellos compromisos á que no puede dejar de prestarse un hombre de mundo.

—Yo no le disculpo en absoluto; pero seamos justos, el altanero desdén con que ha sido tratado por el duque, era para encender la sangre á temperamentos más flemáticos que el suyo.

—Convenido, convenido, contestó García, que compartía en este punto la opinión de su compañero y que, además, estaba mortificado de que el duque no le hubiese elegido por testigo. Estos Gutibambas creen ser superiores á los demás hijos de Adán, y no es malo que reciban, de cuando en cuando, una lección de igualdad; pero su protegido de usted se ha metido en muy mal asunto.

(Continuad).

# MAZURKA

(A F.....)

LUIS ARNAU.

PIANO

*Lento.* (♩ = 84.)

*p espress* *rit* *ten* *ten*

*a tempo* *cresc.* *rit.* *p* *a tempo*

*cresc.* *rit.* *ten* *ten* *mf* *a tempo*

*p* *rubato* *sf* *largo* *p*

Esta composición, que por deferencia a la *Ilustración Moderna* nos ha autorizado su autor para publicar, forma parte de un «Album» que próximamente se pondrá a la venta.

(♩ = 80.)

*pp dolce e delicato*

*pp*

*a tempo*

*pp dolce e rit.*

*pp calmato*

*rit.*



*afretando* *a tempo*

*poco riten.* *p espress* ( $\text{♩} = 84.$ )

*rit.* *ten* *a tempo* *cresc.*

*a tempo* *rit.* *ten* *ten*

*a tempo* *mf* *p* *rubato* *sf* *> largo*



BIBLIOTECA  
MUNICIPAL  
MADRID

# PELOTARISMO



Al tratar de cualquier asunto aumentase su importancia remontando su origen al de los tiempos.

Así lo haremos con la pelota; y convengamos en que hay sobrada razón para suponer ya su existencia algún tiempo anterior á nuestros primeros padres.

Como que el primer pelotari fué un escarabajo de la clase de industriales.

Perdonen ustedes el mal recuerdo á cambio de lo exacto de la cita histórica.

La tierra es una inmensa pelota. Así lo concibió el gran Colón, y se fabricó una á su gusto, que colocó hábilmente sobre un pie, para hacer los estudios geográficos y convencer á los ignorantes.

Tanto lo muy grande como lo muy pequeño tiene la forma esférica ó de pelota.

Así sucede con los astros lo mismo que con el átomo, última división de la materia.

Por cualquier parte que abramos la historia de España, nos encontramos con la pelota jugando un papel importante, como señalando al *pelotarismo* donde la humanidad habla de venir á dar de bruces.



Desde hace bastantes años, los pueblos civilizados dirimen sus cuestiones arrojándose, impulsados por la pólvora, pelotas de hierro ó plomo de varios calibres.

La salud se devuelve en muchos casos al enfermo con unas pelotitas fabricadas por el boticario.

Hasta nuestro suelo se empeña en darnos los frutos preferentemente en forma de pelota.

Naranjas, manzanas, melocotones, albaricoques, ciruelas claudias, madroños, nísperos, uvas y cien mil más.

No puede negarse la existencia de un algo misterioso que nos lleva al *pelotarismo*, como predestinados por una fuerza superior á la nuestra.

Tal era la opinión del célebre arquitecto español don Juan de Herrera, y así lo dijo simbólicamente al adoptar la pelota como elemento decorativo en todas las construcciones por él proyectadas.



Si la tauromaquia está en la masa ó en la materia inmunda, el pelotarismo está en el espíritu.

La vida nos la pasamos jugando á la pelota con nuestros compelotaris.

El *revés* ó sopapo y aun el boleo ó *bolea* se prodiga con excesiva frecuencia. Y siendo nuestro medio ambiente el aire, excusado es decir que el *reves-aire* no le sorprende á ningún español.

El primer cuidado del jefe de la familia es el sustento cotidiano; la compra y la cesta.

Cuanto se relaciona con el *partido*, es simpático, ó indispensable, excepción hecha de las traviesas.

Hasta las alpargatas nos las envidian los generalísimos de todos los ejércitos extranjeros.

¿Y aun habrá obcecados que no vean en el PELOTARISMO nuestra misión en la murga europea, cuando España empieza precisamente en Irún, uno de nuestros primeros pelotaris?

De San Sebastián vuelven las familias con una *cestita* por barba y media docena de pelotas.

Se organizan partidos caseros en el pasillo, por ser lo más parecido al frontón, y se le pega un pelotazo al vasar ó á la alacena.

Los vestíbulos y galerías de los ministerios y otros edificios del Estado están convertidos en *Jayes-Ayes* por los hijos de los empleados.

A uno de la clase de quincuagésimos le alargó un pelotazo en la nuca el *chiquito* del subsecretario de un ministerio.



—Tiene usted la cabeza torcida, le dijo al verlo el padre del pequeño pelotari.

—Sí, señor, ha sido su niño de usted, que, por cierto, con el tiempo llegará á dejar tamañitas las pedradas de Pedrós. Si viera usted con qué gracia me ha mandado al cogote una pelota de *remonte*.

—Sentiré que le haya lastimado, Gómez.

—No, señor, al contrario; me ha dejado la cabeza torcida, lo cual me sirve de placer. Hago cuenta que estoy recostado en una almohada.

Por lo visto, también Gómez es *pelotari*.

Hay muchos que rebasan los límites de la subordinación y respeto debidos al superior y se pasan al *pelotarismo*.

Pero volvamos al verdadero *pelotarismo* y contemplemos á las manolas, las más aficio-



nadas á los toros, cómo se engalanan con sinnúmero de pelotitas de seda negra sin comprender que la pelota habla de matar á los toros.

Díganlo sino los toreros, y aun mejor lo dijeran, á tener lengua apropiada, los mismos toros embolados.

Para desvirtuar un toro y reducirle á la nada se le embola.

Un toro con una pelota en cada pitón deja de ser toro para convertirse en *taureau français* ó en un Juan Lanás.

Véase cómo desde la invención del toreo debió preverse que la pelota había de dar la puntilla á la fiesta equivocadamente llamada nacional.

La fiesta nacional por excelencia debe ser el partido de pelota.

Que se saque á votación, después de vistos uno y otro espectáculo y después de haberlos paladeado.

Son ya muchos los que hoy protestan de que se llame nacional á un espectáculo cuyos héroes lidian malamente chivos, van afeitados, usan moño postizo, visten seda bordada, llevan las panto-rillas al aire y zapatito escotado como una sílfide.

Ese género sólo puede dar carácter de nacionalidad á un pueblo degenerado, de costumbres vergonzosas como la Roma decadente.



fundí con una estatua de piedra de lo más original concebible.

Más valiera alimentar mejores ideales que el *pelotarismo*; pero si nuestra debilidad nos conduce fatalmente á una chifladura forzosa, sea ésta la pelota y que ella nos redima de la chulitauromaquia ante los extranjeros bien educados.

El pelotari se deja en la cara el vello que le concedió la naturaleza como distintivo de su sexo.

No sale á la calle á hacer el farolero; por eso viste sin pretensiones ni deslumbrantes charrerías, y siempre sin menoscabo del buen gusto y del decoro públicos.

Durante su trabajo no es insultado con las frases más groseras de una muchedumbre ebria de sangre, sino aplaudido por un público digno y culto que apenas si se permite una ligera indicación de desagrado.

Sus movimientos son viriles, sin desplantes afeminados ni pasitos de mujerzuela.

La fotografía instantánea reproduce en ellos las clásicas estatuas de *El gladiador* y *El discóbolo*.

Beloquí, apoyado en la pared lateral del frontón, descansando, mientras ruborizado por sus pifias escondía el rostro, una tarde le con-

MELITÓN GONZÁLEZ.

## MESA REVUELTA

A pesar de la gran diversidad de idiomas y de escrituras, por el número, nombre, orden y hasta la forma de sus caracteres, la mayor parte de los alfabetos ofrecen tantos puntos de semejanza que demuestran claramente un origen común. Los egipcios, los caldeos y fenicios, disputábanse el honor de haber inventado la escritura alfabética, y según la opinión más generalmente admitida la gloria de este precioso invento pertenece á los fenicios, cuyo alfabeto ofrece por lo demás grandes analogías con el de los caldeos, hebreos, sirios, árabes, persas y armenios.

Cuando los griegos colonizaron la Italia introdujeron su alfabeto entre el pueblo etrusco, y éste á su vez lo transmitió con ligeras variantes en la forma de los caracteres al pueblo romano, que lo extendió por toda Europa. El alfabeto griego en su origen no tenía más que 16 letras; Palamedes, según se cree, inventó durante el sitio de Troya 4 letras más; cinco siglos más tarde Simonedes añadió todavía otras 4. El alfabeto latino importado de Grecia por el arcadio Evandro no tuvo al principio, como lo prueban las inscripciones etruscas, más que 16 letras y hasta mucho más tarde no le añadieron 7 letras más. Claudio se propuso introducir tres nuevos signos, pero esta innovación no duró más tiempo que su reinado.

Nuestro alfabeto, que no es más que el de los latinos y es el empleado por casi todos los pueblos de Europa, se compone de 27.

Después del alfabeto fenicio, los alfabetos más interesantes para los hombres de ciencia son los de la India, particularmente el de *Devanagari*, ó sea el dialecto más perfecto del idioma sánscrito: se compone de 30 signos, y en lugar de estar dispuestos al azar, como sucede en nuestros alfabetos, siguen las letras un orden filosófico según sus naturales analogías.

También tiene gran interés científico el alfabeto *ruinico* esparcido por el Norte de Europa y del cual quedan escasos vestigios en antiguas inscripciones.

Para que un alfabeto pudiera considerarse perfecto, debería componerse exclusivamente de tantos signos como sonidos vocales existen; porque hay que observar que la mayor parte de los alfabetos carecen de algunos de estos signos y contienen al propio tiempo signos superfluos bajo este punto de vista. Esta imperfección de los alfabetos, que es la principal causa de las dificultades que ofrece la lectura y la ortografía, ha hecho sentir la necesidad de un alfabeto completo aplicable á todas las lenguas; los ingleses Wilkins, Delgarno y Lodwick, Leibnitz en Alemania y Delrosses y Volney en Francia han intentado llenar este vacío, pero sin alcanzar resultado alguno positivo.

\*\*\*

Cuando el célebre conde de Maistre, ministro de Cerdeña en la corte de Rusia, llegó á San Petersburgo,

hablando del carácter nacional, con un colega suyo díjole éste: «Querido conde, este país en el que vivo hace mucho tiempo en un solo punto es para mí enigmático. En general el pueblo ruso es excelente, dulce, hospitalario, caritativo, muy fino é inteligente, pero á pesar de ello cuando ocurre un accidente en la calle, los espectadores permanecen impassibles, y lo contemplan sin que se les ocurra prestar ningún auxilio; por mi parte no acierto á explicarme esta singularidad de un carácter que contrasta extraordinariamente con la bondad de los rusos: pronto tendréis ocasión de observarlo en los paseos que deis por ahí.»

M. de Maistre, deseoso de observar un país nuevo para él, se le ocurrió hacer un experimento por su cuenta y riesgo. Acababa de establecerse el servicio de trineos, y al tomar uno dijo al cochero: «Iwan, ejercítate en el patio de mi casa en hacer volcar el trineo sin peligro alguno para el pasajero.» A la mañana siguiente, Iwan anunció á su excelencia que podía echarle sobre la nieve como sobre un lecho de pluma. A medio día, envuelto el conde en su abrigo, se hizo conducir frente la iglesia de Malta, situada en un barrio muy populoso. A una señal convenida, el cochero hizo caer del trineo á su señor, y éste, echado en el suelo fingió á las mil maravillas que habiéndose lastimado sufría mucho. La multitud le rodeó en seguida, pero permaneciendo á cierta distancia, y ni uno solo de los espectadores le ofreció su brazo para ayudarlo á levantarse. Había resuelto que esta prueba durara por espacio de dos minutos, y cuando creyó que ya habían transcurrido, se levantó y saludó á los curiosos con un *bladacti* (muchas gracias). Los espectadores prorrumpieron en grandes carcajadas. Luego el conde, satisfecho de su experimento y después de haber regresado á su casa, dijo á su secretario: «Tome usted nota de que este pueblo observa una completa neutralidad con respecto á las víctimas de un accidente en las calles.»

\*\*\*

Había en Roma un senado-consulta que prohibía á las tropas el paso del Rubicón.

«General ó soldado, veterano ó recluta, hombre armado sea quien fueres, detente, plega tu bandera, depón las armas y no dejes pasar al Rubicón ni á tus estandartes ni á tu ejército.»

Esta inscripción estaba grabada en una piedra colocada junto á la orilla. Durante la lucha que César sostuvo contra Pompeyo, dirigíase aquél contra Roma; al hallarse junto al río se detuvo y dudó por mucho tiempo si lo pasaría, pero animado luego por varios prodigios que le parecieron signos favorables á su empresa, exclamó: «¡La suerte está echada!» y pasó el Rubicón seguido por su ejército.

Así es que la frase «pasar el Rubicón» se usa cuando se quiere hacer notar la gravedad de una resolución que se ha tomado.

\*\*\*  
Para quitar manchas se recomienda la siguiente receta:

Esencia de trementina pura incolora.	150 partes
Alcohol de 80° centígrado.	13 »
Éter.	18 »

Se mezclan los tres líquidos en un frasco con tapón esmerilado, y se emplea frotando en las manchas con una brocha ó con un pedazo de lienzo. El olor fuerte de la esencia de trementina puede modificarse añadiendo algunas gotas de esencia de espliego.

\*\*\*  
Al enseñar á un aragonés el mar, le dijeron:  
—Mira, mira, más grande que el Ebro.  
—Ancho sí, pero lo que es largo... *quid*.

\*\*\*  
Un soldado escribía á su padre una carta muy formal, y concluyó poniendo: «Adiós, porque tengo tanto frío en los pies que la pluma se me cae.»

\*\*\*  
Se ha observado, entre los militares, que, en un día

de combate, los que más temen á Dios, son los que menos temen á los hombres.

\*\*\*  
Viendo un patán que su burro no quería atravesar un arroyo por más palos que le daba, se lo echó al hombro exclamando:

—A entendimiento me ganarás, pero á fuerza no.

\*\*\*  
Hay muchas cosas que todavía no tienen nombre.—  
SÉNECA.

\*\*\*  
En la marcha de los siglos, lo mismo que en la de un ejército, siempre hay rezagados.—NAPOLEÓN.

\*\*\*  
El espíritu humano avanza de continuo, pero avanza en línea espiral.—GOETHE.

\*\*\*  
Como las cenizas del hogar, las cenizas del corazón sirven para hacer más intensos los nuevos fuegos que en ellas se encienden.—R. B.

## RECREOS INSTRUCTIVOS

### XV

—Hoy vamos á revolucionar *teóricamente* el terreno de esta tranquila comarca.

—¿De qué manera?

—Produciendo un volcán en pequeño en el claro del bosque; volcán con todo su aparato de fuego, humo y rayos, aunque suprimiremos las víctimas, porque no es lícito llevar hasta el extremo la imitación.

Los preparativos serán sencillos y los materiales nos los va á suministrar el cuartito anejo de la bodega.

¿Usted sabe, Sofía, de qué elementos se compone la pólvora?

—Sí, señor; de carbón, azufre y salitre.

—Muy bien: pues el azufre debe entrar por fuerza en la composición de los fuegos artificiales: por esto el diablo en los cuentos y leyendas apesta tanto á azufre: la verdad es que las emanaciones y los efectos de ese metaloide son verdaderamente diabólicos.

En Italia, país volcánico por excelencia, se encuentran las solfataras ó bocas sulfúricas que parecen verdaderos respiraderos del infierno: encima de una solfatara colocaban el trípode de las pitonisas antiguas, y envueltas en los vapores sulfurosos parecían tener esos sueños ó visiones proféticas de que tanto hablan los autores.

El azufre canta también: ahora vamos á probarlo: he aquí un cilindro de azufre, producto de la fusión del polvillo que dejan al condensarse los vapores sulfurosos: usted, Sofía, abarque con la mano el cilindro y póngale

selo junto al oído; al cabo de un ratito oirá usted unos pequeños chasquidos que parecen como el conjunto de las mínimas quejas de las moléculas del mineral.

—¡Es verdad! parece que se rompen miles de platos microscópicos.

—Son los platos de los *gnomos*.

—¿Qué son *gnomos*?

—¿Usted no lo sabe, Clarita? pues son unos enanes



tes fabulosos que, según las leyendas alemanas, pueblan las entrañas de la tierra en legiones innumerables: son pequeños, aunque tienen una cabeza, pies y manos excesivamente desarrollados: trabajan sin parar y arrancan



las riquezas minerales del seno de la tierra: esa ficción es una de las más poéticas con que el pueblo se explica a su manera las maravillas del trabajo invisible de las moléculas. Desde que existe el mundo, el hombre ha presentido la Divinidad en lo alto, y ha adivinado el trabajo incesante de los pequeños seres.

Pero vamos a volcanizar, porque se hace tarde; prepararemos el cono que ha de representar el Vesubio, y en cuanto anochezca haremos que vengan todos a contemplar el espectáculo. ¡Lástima que ya no esté aquí el primo!

—¿Por qué?

—Para que imitara a Chateaubriand poniendo su planta en el cráter del volcán; es de la única manera que le es dado imitarle: manos a la obra y dejemos las digresiones; aquí están las limaduras de hierro y la flor de azufre mezcladas en la proporción de 2 a 1; es decir, que por cada libra de azufre hay dos de limaduras; modelaremos una montañita que imite un volcán, dejando en el vértice de la montaña una pequeña abertura parecida a un cráter; a trechos, y siguiendo la dirección del eje del cono, cubierto de tierra, pondremos algunas bolas de pólvora y cohetes unidos a mechas largas encendidas, para que estallen de tanto en tanto: al cabo de un rato, las limaduras y el azufre, combinando sus cualidades químicas, se reaccionarán y por el cráter aparecerán espesos penachos de humo imitando en pequeño, pero con mucha perfección, las erupciones



volcánicas. Ahora ya está todo preparado; vamos a reunir los espectadores.

En el centro de la tierra tienen lugar parecidos fenómenos; al combinarse los elementos minerales desarrollan calor, producen gases, y por consecuencia se agrieta el suelo, dando paso a las erupciones, y aglomerándose las lavas que se vierten por la abertura, forman los conos a que damos el nombre de volcanes.

El azufre tiene grandes aplicaciones; se emplea en la industria, en la agricultura, en la medicina y en las artes: es un poderoso desinfectante, aunque sus emana-

ciones sean deletéreas para la respiración cuando se mezcla con el aire en una proporción dominante.

Los manantiales de aguas sulfurosas son muy abonados para combatir las enfermedades de la piel; sirve el azufre para preservar las vides de varias plagas, para conservar el vino, y para mil usos más; pero sus buenos servicios no compensan el inconveniente de contribuir a la formación de la pólvora, que tantas útiles vidas ha suprimido en la haz de la tierra.—JULIÁN.

Solución a la cruz enigmática anterior:

L  
O  
O  
C  
R  
C  
C  
O  
S  
T  
S  
S  
R  
T  
L  
I  
C

#### CHARADA

—¡Juanita!

—¿Qué se le ofrece?

—Tres segunda, prima dos  
dé a la muchacha por Dios,  
que la luz ya desfallece.  
Y sin hacer espaviento  
veremos juntas el todo  
y el todo será de modo  
que dé grato esparcimiento.

TERESA ANDRÉS.

#### PROBLEMA

.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
.....

Poner en ocho columnas ocho cifras diferentes, de modo que sumada cada columna de arriba abajo ó de derecha a izquierda den todas por resultado la cantidad 42.

Comunicado por D. JOSÉ MONTEÓN, de Barcelona.

#### ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en **La Ilustración moderna**, siempre que a nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios a precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse a los Sres. **Espasa y Comp.<sup>ª</sup>**, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y a las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados todos los derechos artísticos y literarios.—IMP. ESPASA Y COMP.<sup>ª</sup>



HEMEROTECA  
MUNICIPAL

Ayuntamiento de Madrid





PROYECTO DE MONUMENTO Á LOS MÁRTIRES DE LA PATRIA  
POR VENANCIO VALLMITJANA







## MEMORÁNDUM

---

**N**os hallamos ya en los verdaderos comienzos de las fiestas del Cuarto Centenario del descubrimiento de América. S. M. la Reina Regente les da esplendor con su visita á Huelva, Sevilla y Granada, acompañada de algunos de los ministros de la Corona. A trueque de ser pesados hemos de insistir en la conveniencia de que no se emplee todo el dinero en telas, percalina y pólvora, sino que se inviertan las partidas más cuantiosas en algo duradero y realmente provechoso para el pueblo y para toda la nación. Porque tendrá este carácter aplaudimos, y aplaudirán también todas las personas discretas, la Exposición histórico-europea y americana, á que aludimos ligeramente en otro número, que se celebrará en Madrid y que ha impulsado de una manera especialísima el docto presidente del Consejo de ministros, excelentísimo señor don Antonio Cánovas del Castillo. No era dable esperar otra cosa del talento y de la erudición de este ilustre hombre de Estado. Sabe él como nadie que la historia se apoya principalmente en los códices, en los pergaminos y en los monumentos todos del arte de pasados siglos, y por esta razón protegió desde su nacimiento la Exposición mencionada. No es de suponer que los ejemplares de mayor precio que poseen las catedrales y conventos, como son, verbigracia, los objetos litúrgicos de la Cámara Santa de Oviedo; las custodias de Arfe y Villafañe y de los Becerriles; el *San Francisco* de Alonso Cano ó de Pedro de Mena que tiene la iglesia metropolitana de Toledo; la antepuerta de la tienda del Miramamolín, vulgarmente conocida por el *Pendón de las Navas* que poseen las reverendas religiosas de Santa María la Real de las Huelgas en Burgos; el paño mortuorio de Poblet en manos del cabildo tarraconense; la silla de plata del rey don Martín en la Catedral de Santa Cruz y Santa Eulalia de Barcelona, y otros parecidos, sean enviados á la citada Exposición por causa de los riesgos que se corren siempre en el traslado de tales ejemplares, por grandes que fueren las precauciones que se adopten. Aun así, no obstante, como todos los obispos y cabildos han respondido al llamamiento de la comisión organizadora, serán en número considerable los objetos de mérito artístico y de valor arqueológico que de todos los puntos de España se remitirán á la villa y Corte. La Exposición histórico-europea y americana será, por lo tanto, un verdadero acontecimiento; ofrecerá un interés extraordinario; se sacarán de ella datos importantísimos; se aquilatará el mérito y la significación de no pocos objetos; y para verla acudirán á Madrid las personas ilustradas de todo el mundo, y singularmente de Europa, máxime si la Providencia

concede á España el beneficio de verse libre del cólera morbo asiático, lo cual es de esperar, atendida la época en que nos hallamos.

\* \* \*

París, ó mejor dicho toda la Francia, quiso celebrar nuevas fiestas el 22 de Septiembre para conmemorar la primera proclamación de la República. Hemos escrito París y Francia y, sin embargo, deberíamos poner que han promovido exclusivamente tales fiestas los hombres patrioteros y á su frente los radicales y socialistas que se sientan en los escaños del Ayuntamiento en la capital de la vecina República. Éstos han sido los que han deseado otra vez zambra y jolgorio para festejar una forma de gobierno que ha estado muy lejos de procurar beneficios á la nación francesa. Para ello los ediles parisienses han echado la casa por la ventana gastándose trescientos mil francos en una cabalgata histórico-patriótica. Un espectáculo de esta clase es vistoso sin duda alguna, entretenido y hasta artístico, pero con frecuencia la distracción y la enseñanza que procura no se hallan en correspondencia con los sacrificios en dinero que exige. La fiesta del 22 de Septiembre en París procuró ocasión á los ministros de M. Carnot para repetir por centésima vez el panegirico de la Revolución, ponderando los bienes que ha traído y que no ven las personas de juicio reposado. Lo que desgraciadamente se nota en Francia es la persecución contra las ideas religiosas y conservadoras, llevada á cabo en nombre de la libertad, y la lucha entre las clases sociales al amparo de la bandera que lleva inscrito el pomposo lema de «Fraternidad universal.» La Religión para nada figuró en las funciones, cosa que no hacen las repúblicas suiza y de los Estados Unidos. «Entre los que se abstuvieron de tomar parte en aquella fiesta del Tercer Estado, dice *Le Journal de Gênevè*, se cita en primer lugar á los realistas, lo cual se comprende; á los socialistas luego, que no se cuidan de estos engaños burgueses, efectos de balancín, como los apellidan en el estilo del día; y por fin,—lo que ha causado algún mal humor,—las embajadas, con dos únicas excepciones, la de Inglaterra y la de Italia, que no figuran entre las simpáticas, tampoco se han puesto los vestidos domingueros. Hasta la misma Rusia se ha abstenido, por no querer celebrar el aniversario de una república.»

\* \* \*

Mucho ha dado que hablar la epidemia colérica que se ha cebado en la ciudad anseática de Hamburgo, haciéndose numerosos comentarios acerca de la organización defectuosa que allí tenían los servicios municipales. Es caso frecuente que al estallar una epidemia se busque su causa en elementos de las poblaciones en donde aparece, que en otras épocas no habían producido la menor perturbación en la salud, ó había sido aquélla insignificante. Entonces se supone si el cólera, por ejemplo, se debe al agua potable, ó á las aguas sucias que discurren por las cloacas, ó al subsuelo removido, etc., etc., y á estas condiciones se atribuye especialmente la epidemia. En Hamburgo se ha sostenido que gran parte de su desarrollo se originó por la suciedad de algunos barrios y que la fomentó el descuido en los servicios sanitarios, en lo cual existe sin duda algún fundamento, pero hay á la vez mucha exageración. Se ha afirmado que los mercaderes, para no padecer daño en sus negocios, habían admitido ó hecho admitir barcos procedentes de puntos más ó menos infestados, sin someterlos á cuarentena ni á observación siquiera. Y como de todo se saca partido para fines políticos, se ha levantado en Alemania una suerte de cruzada contra Hamburgo y sus habitantes, y se ha pregonado la necesidad de que el imperio intervenga en su administración. Es sabido que Alemania se halla ojo avizor sobre las tres ciudades anseáticas Hamburgo, Lubeck y Bremen, á las cuales quisiera sujetar, si no en todo en mucha parte, al régimen general del imperio. A este tenor se atribuye al Consejo federal del imperio la intención de redactar un proyecto que dé á Prusia, además de la policía sanitaria, la policía y la administración municipales. El Senado de Hamburgo tendría



sólo en adelante, y aun esto á título provisional, atribuciones en la Hacienda y aduanas, instrucción pública y administración de justicia. Si el pensamiento del Consejo federal llegara á realizarse ¡adiós la autonomía de la ciudad de Hamburgo! El espíritu centralista de Berlín habría agregado una ciudad más al imperio, igual á las demás ciudades populosas que se cuentan en el mismo.

\* \* \*

La política, por lo visto, á pesar del trajín y de los sinsabores que ocasiona á los que la siguen, tiene poder para prolongar la vida. Son muchos los personajes políticos célebres que en Europa han llegado hoy á octogenarios ó se encuentran muy próximos á serlo. Kossuth, el famoso agitador húngaro, ha celebrado en Turín, donde vive desterrado, su nonagésimo cumpleaños; Mr. Gladstone va á entrar en los ochenta y cuatro años, y á pesar de ello tiene fuerzas y humor para sobrellevar el peso de la presidencia en el gabinete británico; los mariscales Mac-Mahón y Canrobert y el célebre poeta inglés lord Tennysson, metido también en política, son más que octogenarios; ochenta acaba de cumplir igualmente M. Frere Orban, el jefe de los liberales belgas; noventa ha cumplido Mr. Villiers, decano de la cámara de los Comunes de Inglaterra; y por fin el príncipe de Bismarck frisa en los setenta, pues ha traspuesto hace ya algún tiempo los sesenta y ocho.

\* \* \*

De la Bulgaria y de los búlgaros se ha ocupado otra vez la prensa europea; mas ahora, no por ninguna ejecución ni motivo sangriento, como los que se dan frecuentemente en las comarcas orientales. Un suceso pacífico ha sido la causa de los comentarios á que aludimos. En Filipópolis se abrió hace poco tiempo una Exposición nacional, y, según confesión espontánea de los periodistas que la han visitado, algunos muy serios y muy caracterizados, ha resultado un triunfo para los búlgaros. En ella, dicen, se va de sorpresa en sorpresa, encontrándose el visitante con más de cuatro mil expositores y con productos que pueden sostener la competencia con los mejores de las fábricas del Occidente europeo. A la vez muchos de los productos búlgaros tienen un sello de originalidad envidiable y fisonomía artística propia, dimanado de que los artífices y los industriales han conservado las tradiciones del arte en su país, acomodándolas, cuando ha sido preciso, á las exigencias modernas. Esto ha de servir de aviso á las naciones productoras. Todos los pueblos trabajan en el día con afán por mejorar sus industrias y por imprimirles aire artístico y carácter nacional. De los resultados que muchos obtienen, toca ya las consecuencias una nación tan poderosa como la Gran Bretaña, la cual ha visto disminuir de una manera notable su exportación manufacturera. Pueblos que eran antes tributarios de los ingleses han sacudido ahora esta dependencia, porque ellos mismos fabrican los artículos más necesarios para su consumo. Mientras así despierta la nación búlgara, según lo proclama su Exposición, el ministro Stamboulloff, que indudablemente va saliendo un político de fuste, se dirige á Constantinopla, llamado por el mismo Sultán, y tiene con este monarca íntimas conferencias. El príncipe de Bulgaria, por otra parte, es aclamado en Filipópolis, en la Exposición que impulsó con todas sus fuerzas, demostrándose con esto que eran relatos de pura imaginación los que publicaron ciertos periódicos de Europa á raíz de las ejecuciones de que tienen noticia nuestros lectores.

\* \* \*

El *Times* de Londres clama otra vez, con sobradísima razón, contra la conducta solapada y artera del gobierno chino. De nuevo han sido atropellados en el Celeste Imperio misioneros ingleses y franceses; de nuevo las autoridades chinas han hecho ver que persegulan y aun que castigaban á los autores de tan salvajes atentados. La verdad, empero, es que los crímenes del

año pasado no se castigaron. De nada sirve, dice el famoso diario inglés, considerar como culpables á unos cuantos pobres diablos, á quienes se apalea y aun se decapita, por haber cedido á las instigaciones y ejecutado las órdenes de hombres pertenecientes á la clase de letrados y mandarines. Estos hombres son conocidos y contra ellos han de dirigirse los procedimientos; pero en Pekín no se hará esto mientras no adviertan aquellos gobernantes que los Estados y ministros europeos tienen la firme, firmísima resolución de alcanzar justicia. Es de necesidad que así se haga, porque la civilización y la humanidad lo exigen, siendo, por lo tanto, de desear que las amonestaciones del *Times* sean escuchadas en los gabinetes de Europa y de América.

\* \* \*

En una modesta habitación, en el cuarto piso de la casa número 11 de la calle de Montaigne, en París, ha fallecido hace poco el conde de Trapani, Francisco de Paula de Borbón. Allí vivía en medio de muebles sencillos, pero con las paredes llenas de fotografías de Nápoles. Era tío del rey de Nápoles Francisco II, del conde de Chambord, de la reina doña Isabel, de la condesa de Eu y del gran duque de Toscana, de quien era también cuñado. La duquesa de Berry era hermana suya, lo propio que la emperatriz del Brasil. Su padre el rey Francisco I, que murió en 1830, tuvo trece hijos. De esta numerosa posteridad no quedan hoy más que la duquesa viuda de Toscana y el conde del Aquila, que vive en París desde mucho tiempo.

El conde de Trapani ha sido el más guapo príncipe de su familia. De elevada estatura, delgado y rubio, tenía en otros tiempos hermoso aspecto y era popular en Nápoles. Mandaba la Guardia real y con ella se batió valientemente en Capua contra los garibaldinos. Llegó á tener la ilusión de la victoria, mas ¿qué podía lograrse con una victoria, en aquella ocasión, contra las tropas piemontesas que iban á poner cerco á Gaeta? En esta plaza se encerró con el rey y la reina de Nápoles y de la misma salió para licenciar á las tropas, que se le mantuvieron fieles, y para marchar á Roma en donde permaneció hasta 1870.

«Los reyes se van, dícese con frecuencia,—escribe á este propósito un periódico parisiense,—y fuerza se hace reconocer que guardan en el destierro una dignidad, á la que es justo rendir homenaje. Así sucede con el rey de Nápoles, que dedica su vida al estudio, no se le ve en parte alguna, y se inquieta poquisimo de que le olviden todos, con tal de que se acuerden de él sus antiguos súbditos que se han mantenido fieles á su causa. Como él, no había querido nunca el conde de Trapani comprar muebles, considerando su estancia en cualquier punto, como una etapa en la ruta del destierro, y queriendo indicar con esto que no desesperaba de volver á su patria.»

B

## SILUETAS MODERNAS

### NARCISO SERRA



STE que veis aquí de frente espaciosa, rostro abultado, pescuezo corto y cuerpo recio; el cabello entrecano, los ojos grandes, pero sin brillo, y el conjunto abotargado de tendero enriquecido en la venta de comestibles; fué un tiempo mozo flacucho, aventurero y despierto; militar, cómico, empleado, y poeta y hombre de ingenio tan agudo, de entendimiento tan claro, de gracia tan espontánea, de facilidad tan maravillosa, de tan singulares dotes literarias, que habrán de pasar muchos años antes de que nazca otro que le iguale y quizás no haya nunca quién le aventaje.

Este es, ó mejor dicho, este no es Narciso Serra.

Así le puso la apoplejía que le llevó prematuramente al sepulcro.

Esas carnes no son el signo de la robustez, sino de la enfermedad que, al paralizar sus miembros, no consiguió apagar por completo la luz de aquella inteligencia privilegiada, pero logró empañarla con densas nubes, á través de las cuales brillaba de vez en cuando un destello luminoso, como en los días tristes del otoño rasga un rayo de sol los pardos celajes que entoldan el firmamento.

Los que hayan leído el primer párrafo de este artículo pensarán acaso que el recuerdo de la amistad ha movido mi pluma haciéndome exagerar el elogio de las cualidades de aquel hombre extraordinario. Sin embargo, no estoy dispuesto á borrar ni una coma.

La explicación es muy sencilla. No he conocido á nadie más ignorante que Narciso Serra. Decía un progresista que llegó á ministro de Hacienda, que no había leído en su vida más que dos libros. Creo que Serra no había leído ninguno. No leía nada, no estudiaba nada, no sabía nada, y era un poeta, no sólo espontáneo, que para esto no necesitaba educación literaria, sino correcto y elegante, que cuando se proponía imitar á los escritores del siglo de oro, componía comedias como *La calle de la Montera* y *La boda de Quevedo*, ó dramas como *El reló de San Plácido* y *Con el diablo á cuchilladas*, que parecen obras del teatro antiguo.

Los padres de Narciso, que eran un médico, no de gran fama, y una señora que adoraba á su hijo y tuvo el triste consuelo de verle morir en sus brazos, pensaron dedicarle á la carrera de las armas, y aunque no muy sobrados de medios de fortuna, consiguieron que entrase en el Colegio de Artillería. De allí salió al poco tiempo *por la puerta de los carros*, no sé si despedido por alguna de las travesuras de marca mayor que diariamente se le ocurrían, ó á causa de haber pedido su licencia absoluta, convencido de que su carácter no era á propósito para las austeridades de la milicia, ni la índole de su talento propio para la aridez de los estudios que se exigen en los cuerpos facultativos.



Su padre había muerto, y él, poeta de vocación, para quien era más fácil hablar en verso que en prosa, andaba por esas calles de Dios, componiendo comedias que no le representaban, viviendo á salto de mata y hasta escribiendo pliegos de aleluyas y romances para los ciegos. Un impresor, que vivía en la plazuela de la Cebada, y que ganó bastantes miles de duros editando *La vida de don Perlimplín ó Las aventuras de Jaime el Barbudo*, daba cinco pesetas por la propiedad de cada una de estas composiciones, y si hubiera comprado todas las que Serra podía escribir, seguramente no hubiese tenido dinero con que pagarlas. Muchas veces entraba el joven principiante en algún café de tercer orden, donde era conocido, pedía papel y tintero, y mientras le preparaban el *beefsteak* que le servía de almuerzo ó de cena, llenaba de versos diez ó doce cuartillas. El mismo mozo se encargaba de llevarlas al impresor y, cuando volvía con su duro, se cobraba el importe del consumo y entregaba á Serra los doce ó catorce reales que sobraban. De cien veces noventa y nueve aquellas tres pesetas se quedaban en el garito más próximo. El poeta tuvo durante mucho tiempo la pasión del juego. No jugaba por ganar sino por jugar, y aunque muchas veces realizaba ganancias considerables, casi nunca le aprovechaban, porque no se apartaba del tapete verde mientras le quedaba dinero.

De repente apareció siendo primer actor y director de una compañía de cómicos de la legua, con los que hizo algunas excursiones, y sentó por fin sus reales en el teatro del Instituto, un coliseo de tercer orden que había en Madrid en la calle de las Urosas. No le vi nunca representar. Dicen los que le vieron que lo hacía muy mal, y lo creo, porque ni aun como lector se distinguió nunca. Por cierto que allí, como en todas partes, demostró en varias ocasiones, casi sin darse cuenta de ello, su maravillosa facilidad de poeta.

Representaba una noche la pieza final, y como la función había sido muy larga, muchos espectadores empezaron á abandonar el teatro, antes de que terminase. Al ver esto Serra, que se hallaba en escena, exclama dirigiéndose al público:

¿Se van ustedes, señores?  
Es muy tarde y no me asusta...  
Pero á ninguno le gusta  
hablar con los hastidores.

La revolución de 1854 influyó grande y favorablemente en aquella existencia aventurera, y eso que Narciso nunca tuvo nada de revolucionario. Unido por estrecha amistad al general Ros de Olano, muy relacionado con su familia, fué á juntarse con él pocas horas después del pronunciamiento del Campo de Guardias. Ros le presentó á O'Donnell, y de esta entrevista salió hecho alférez de caballería. No he de historiar su vida militar, que no fué muy larga ni demasiado gloriosa. Ascendido al poco tiempo á teniente é incorporado, si mal no recuerdo, al regimiento de Borbón, era uno de los oficiales más *adanes* del ejército, y sólo la protección de Ros de Olano pudo sacarle adelante de los malos pasos en que le metían sus faltas de puntualidad y su poco amor á los progresistas. Pasaba entonces la vida en el café Suizo y se entretenía en llenar las mesas de versos satirizando á la Milicia Nacional y hasta al mismo Espartero.

Tres cosas sacó de su paso por la milicia. Un amor entrañable á los soldados, la afición á los caballos, que no perdió nunca, y esa colección de tipos militares que con tanta fidelidad retrató en la escena y han contribuido no poco á su gloria literaria.

Don Tomás, el capitán de caballería metido á filósofo,

que ha leído mucho y mediano  
y lo ha digerido mal,

la capitana Canela, el asistente Zapata, los capellanes de regimiento que figuran en la comedia *El amor y la Gaceta*, y en el delicioso pasillo que lleva por título *A la puerta del cuartel*, y la multitud de patronas, oficiales y soldados que aparecen en sus comedias, serán siempre representación exacta de un ejército que va desapareciendo y que tuvo sus defectos, pero que tenía también grandes cualidades.

Cuando su reputación de autor dramático estaba hecha y las empresas se disputaban sus obras para ponerlas en escena, colgó definitivamente la espada y escribió á destajo para las compañías de declamación y para el teatro de la Zarzuela. Para este último compuso obras tan delicadas como *Luç y sombra*, y sainetes tan regocijados como *El último mono* y *Nadie se muere hasta que Dios quiere*, amén de otras muchas que ni siquiera llevan su nombre.

Serra no daba ninguna importancia á sus comedias. Escribió *Don Tomás*, una de las mejores del teatro moderno, y ni siquiera se atrevió á presentársela directamente á Romea. Llevó el manuscrito y lo entregó á una de las actrices de la compañía para que ésta lo diese á *don Julián*, como llamaban entre bastidores al maestro. A los pocos días el poeta y el actor conseguían uno de los triunfos más legítimos de su vida artística.

Sus manuscritos eran la desesperación de los copiantes de teatro. No corregía nunca. Escribía unas veces en su casa, otras en la mesa de un café, muchas sobre las rodillas; con tinta ó con lápiz; en cuartillas sueltas ó en el primer papel que hallaba á mano. Iba numerando todas aquellas hojas sueltas, y un mamotreto que no bajaba de doscientas era el original de una comedia.

Nombrado por la unión liberal oficial del ministerio de la Gobernación, no creo que prestara á la Administración grandes servicios, y hallábase en el apogeo de su talento cuando le sorprendió la traidora apoplejía.

Al escribir *El loco de la guardilla*, una de sus obras más perfectas, poniendo en boca de Cervantes aquella quintilla que dice:

pensando a un tiempo y andando  
en el cementerio di  
sin saber cómo ni cuándo;  
y es que el hombre pára allí  
cuando mejor va pensando,

no podía imaginar el insigne poeta que le acechaba ya, si no la muerte física, que aún tardó algunos años, la muerte moral, que consiste en la enfermedad incurable y en el eclipse de la inteligencia.

No la perdió por completo. Aún compuso versos, aún dió á la escena alguna obra dramática; pero aquello no era ya sino el resultado de esfuerzos que no producían frutos frescos y lozanos, algo así como los últimos chisporroteos de una luz que se apaga.

Ya enfermo, desempeñó durante mucho tiempo el cargo de censor de teatros, y olvidando que su misión oficial se refería meramente á la parte moral y política de las obras, hacía con frecuencia extensiva su censura á las condiciones literarias. Prohibió, por revolucionario, un drama de García Gutiérrez, alegando que le parecía tanto más peligroso cuanto que estaba admirablemente escrito, y en cierta ocasión le costó un gran disgusto con el ministro haber puesto este dictamen en la última página de no sé qué obra dramática. «Habiendo examinado esta comedia no hallo inconveniente en que su representación se autorice, ni en que lleven al autor á Leganés.»

Por si lo ignora alguno de mis lectores de provincias, le diré que en Leganés está la casa de locos de la beneficencia general.

Soportó su larga enfermedad con admirable entereza. Aquel hombre que parecía frívolo y ligero tenía un corazón sano y una profunda fe religiosa. Vivió largos años clavado en un sillón, asistido por su pobre madre y rodeado de un corto número de amigos. Encomendándose á la Virgen, á la que tenía especial devoción, escribía ó dictaba composiciones piadosas. Algunas de ellas, llenas de ternura, se publicaron en los periódicos. En aquellos versos, que ya no eran fáciles ni correctos, nunca pedía la salud del cuerpo sino la del alma.

Cuando llegó su última hora miró á la muerte cara á cara y murió como un cristiano, bendecido por un sacerdote con quien tenía gran amistad. ¡Descanse en paz!

EDUARDO ZAMORA CABALLERO.

# MALVASÍA

(APUNTES HISTÓRICO-AGRÍCOLAS)

Como otras excelentes producciones de nuestro suelo, proviene de Oriente. En las bellas campiñas de Grecia *mejóse su cuna*.

Dióle su nombre una ciudad del Peloponeso, de esa península tantas veces cantada por los poetas de la antigüedad y tan célebre por las heroicas batallas que en ella se libraron, la ciudad de Malvasía, en cuyos alrededores se encontraron los que debían importarla a España, *viviendo* lozanamente entre laureles, olivos y mirtos.

Allá por los años de 1300 á 1327, pasaron á Oriente para defender el trono del emperador Andrónico Paleólogo II contra los rudos combates de los turcos, gran número de aventureros catalanes y aragoneses que acababan de terminar con gloria una guerra en Sicilia.

Conocidas son las hazañas que en aquellas remotas tierras llevaron á cabo nuestros compatriotas, ya peleando contra los turcos, ya contra los genoveses, ya contra los mismos griegos, cuya mala fe originó grandes disturbios; hazañas cuyo solo relato llenaría libros enteros.

Pues bien; en Malvasía probaron los expedicionarios el excelente vino de este nombre, y tan prendados debieron quedar de él, que al regresar á su madre patria llevaron consigo buen número de sarmientos para aclimatarlos en España.

Bajo un cielo siempre azul y radiante, frente á la extensa llanura del Mediterráneo, cuya aguas, al par que bañan las costas catalanas, bañan también las playas y rocas del litoral griego; con un ambiente cálido y cargado de aromas que despiden de sí las hierbas y las plantas que tapizan laderas y cimas de los montes próximos (en los que crece abundante el romero, el orégano, el tomillo y el espliego); oreado por la fresca brisa del mar que templó los ardores del sol; circuido por un cordón de montañas que lo resguardan de los fríos del Norte, y con un clima semejante al de Grecia, el pequeño valle de Sitjes, de fértil tierra, fué escogido para recibir la valiosa planta helénica.

Las manos que en Artaquí, Galípoli y Atenas habían empuñado la vencedora espada, terror de turcos y griegos, ocupáronse en plantar y cultivar la cepa Malvasía, trocando así los rudos embates de la guerra por las provechosas tareas de la paz.

Desde entonces crece en el valle de Sitjes espléndida

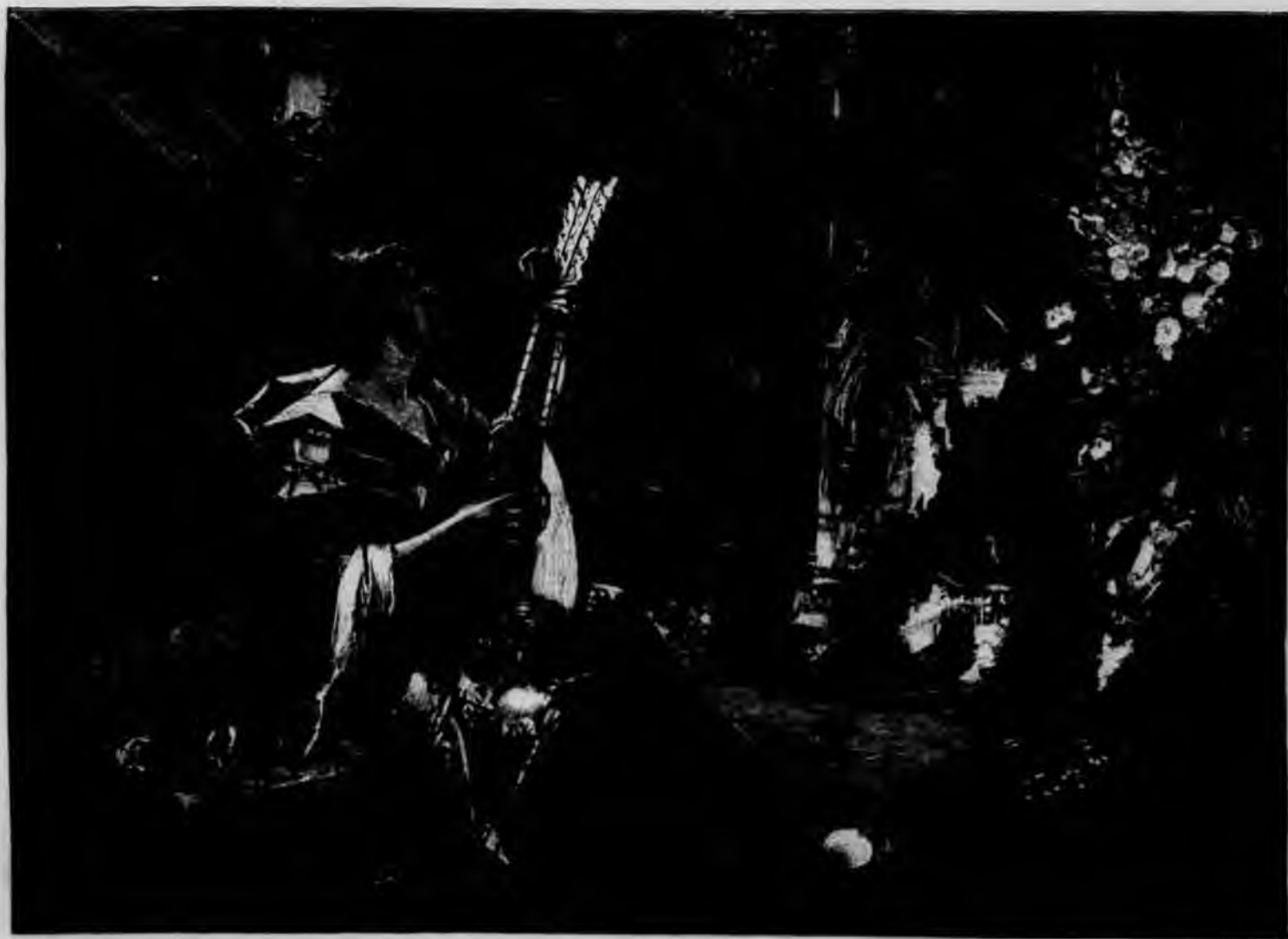
y robusta, como en propia tierra, y tan á su gusto, que nunca ha querido abandonarla ni pasar á otras comarcas, por hermosas y fértiles que fueran.

La uva que esa cepa produce tiene la forma y tamaño de la uva común, pero algo más larga; sus granos son pequeños, redondos, de color dorado y muy separados entre sí. Vedla colgar graciosamente bajo un dosel de pámpanos cuyo vivo color verde parece robado á la esmeralda; vedla suspendida oscilar á impulsos de la brisa y recibir el beso del sol, que la dora y la comunica las excelentes cualidades que la distinguen.

La Malvasía se aviene mal con los gustos y tendencias de la época actual. Casi puede asegurarse que los rayos del progreso le han deslumbado. Vivía á sus anchas bajo el antiguo régimen. ¡Qué bien se hallaba entonces, próxima al brasero y reflejada en cornucopias, rodeada de arquillas y sillones de baqueta, saboreada por gentes de bordado casacón, calzón corto, empolvada peluca y espadín! Entonces sí que verdaderamente prosperaba. Crecía en gran parte del valle de Sitjes, y la rada de esta villa se hallaba siempre cuajada de buques que conducían á lejanas tierras el precioso vino. Su consumo no se limitaba á España, y su extenso mercado alcanzaba desde Palestina á Inglaterra. Esta nación especialmente, importaba grandes cantidades de Malvasía, y esto desde tiempos un tanto remotos, á lo que parece, pues las viejas crónicas británicas nos hablan de la envidiable muerte del duque de Clarence, hermano del rey Eduardo IV, que en 1478 pereció ahogado en un tonel de rica Malvasía.

Era Eduardo hombre amable y galante, pero vicioso y cruel; gastaba en locos devaneos los inmensos recursos de la nación, y no saltó de las vergonzosas orgías sino para enviar nuevas víctimas á la muerte; el duque se atrevió á hablar en alta voz contra los crímenes del monarca, lo cual irritó de tal manera á éste, que juró la muerte del de Clarence. Hízole arrestar inesperadamente y solicitar el suplicio por los Comunes, y el Parlamento condenó á muerte al duque por el delito de alta traición. El solo favor que el rey concedió á su hermano, después de la condena, fué dejarle escoger el género de muerte que le pluguiera, y pereció, como hemos dicho, ahogado en un tonel de Malvasía. «*Gentil lección*», dice David Hume en su *Historia de Inglaterra*, que supone una *afición excesiva hacia este licor*».





MANDOLINATA.—CUADRO DE CONRADO KIESEL

Todo en este mundo es efímero y baladí, y la prosperidad y bienandanza que á grandes rasgos acabamos de describir, desvaneciéronse como se desvanece el humo. La indiferencia primero, el desvío después, y el olvido, por último, dieron al traste con el poder de la Malvasía.

Un revolucionario audaz é ingenioso, venido como las ideas reformadoras de la vecina nación francesa, contribuyó en mucho á esta decadencia. Este revolucionario ingenioso y audaz es el Champagne.

Á contar nosotros con la pluma de Plutarco, ¡qué de bellas comparaciones, qué de ideas delicadas, qué de graciosos contrastes, qué de concordancias no sospechadas, qué felices ocurrencias no saldrían de ella, poniendo frente á frente estos dos vinos y haciendo notar y valorando las cualidades de uno y otro!

Las vides de Champagne y la Malvasía merecen un capítulo de las *vides paralelas*.

Malvasía es, á nuestro juicio, como dama de gran belleza y alta alcurnia, discreta, modesta, recatada, enemiga de exhibirse y poco aficionada al ruido y al reclamo. Champagne es un mozuelo alegre, listo, decididor, galán y amigo de ruidosas aventuras. Malvasía es seria, grave. Champagne risueño, bullicioso: con su claro color, su dorada espuma, y el modo ruidoso de presentarse, es el más acabado símbolo del buen humor. Á Malvasía la encontrabais siempre luciendo en las grandes mesas, al propio tiempo que á la cabecera del enfermo, alentándole, reanimándole y restituyéndole la vida. Á Champagne no le busquéis en estos últimos sitios; buscadle más bien en festines y francachelas: Champagne es el huésped constante y favorito del *restaurant*; Malvasía, el grato licor de la familia feliz.

Merced á esas cualidades, palanca muchas veces de grandes reputaciones, Champagne invade todos los mercados, es bien recibido en todas partes y hoy ocupa

el puesto eminente que ocupó en otros tiempos Malvasía.

Requiere dicha planta, en su cultivo, asiduos cuidados. Gusta de las tierras *calcareo-arcillosas*, y exige en ellas gran limpieza y mucho abono.

La vendimia se hace generalmente grano por grano, escogiendo los maduros y dejando los verdes para que sazonen en la propia cepa.

Hace algunos años una invasión terrible amenazó de muerte las cepas. Cual lepra se extendía por racimos y pámpanos, haciéndoles perder frescura y vigor, la enfermedad del *oidium*. Después de grandes esfuerzos, logróse aminorar primero y dominar después esta plaga.

Hoy se difunde por todas partes siniestro rumor. Una plaga, mucho más funesta que la anterior, amenaza concluir con la producción vinícola. El trabajo sordo, persistente, abrumador de millones de parásitos que se sitúan en las raicillas de las cepas, atrofia los órganos por donde éstas se nutren, y sus efectos desastrosos han llenado de pavor el corazón de los viticultores. Trátase de un enemigo terrible por su fuerza, que es grande; por su número, que es asombroso; por sus medios de propagación, que son múltiples y activos, y por el modo insidioso como ataca; de un enemigo al cual no es fácil combatir porque se esconde bajo tierra, y contra el que ¡triste es confesarlo! han sido poco eficaces los recursos de la ciencia. ¡Quiera Dios que Malvasía se libre de la *filoxera* como al fin se libró del *oidium*! ¡Quiera Dios que el valle de Sitjes vea aún por siglos y siglos levantarse gallarda y frondosa sobre sus tierras esa planta que con tanto amor tomó carta de naturaleza entre nosotros!

M. LLOPIS Y BOFILL.



Volverán las oscuras golondrinas  
en tu balcón sus nidos á colgar,  
y, otra vez, con el ala á sus cristales  
jugando llamarán.

Pero aquellas que el vuelo refrenaban  
tu hermosura y mi dicha al contemplar,  
aquellas que aprendieron nuestros nombres...  
esas... ¡no volverán!

Volverán las tupidas madreselvas  
de tu jardín las tapias á escalar,  
y otra vez, á la tarde, aun más hermosas,  
sus flores se abrirán;

Pero aquellas, cuajadas de rocío,  
cuyas gotas mirábamos temblar  
y caer, como lágrimas del día...  
esas... ¡no volverán!

Volverán del amor en tus oídos  
las palabras ardientes á sonar,  
tu corazón de su profundo sueño  
tal vez despertará;

Pero mudo y absorto y de rodillas,  
como se adora á Dios ante su altar,  
como yo te he querido... desengáñate,  
¡así no te querrán!  
GUSTAVO A. BECQUER.





# UNA SEÑORITA CHINA GRADUADA

NOVELA TRADUCIDA DEL CHINO AL INGLÉS

POR

EL PROFESOR DOUGLAS

## CAPÍTULO III

(CONCLUSIÓN)

**N**o hay en el mundo un deleite comparable al de recibir las primeras confidencias de un alma pura y enamorada. Mientras Eglantina desahogaba la suya expresando ingenuamente sus más recónditos pensamientos, Tu recordó aquellos versos del poeta de la dinastía de Sung, que dicen:

«Grato es contemplar las flores requebrando al sol y las graciosas astucias de las arrulladoras palomas; pero más grato es todavía oír la melodiosa voz de la mujer amada confesando el sentimiento que desborda de su alma.»

Todo acaba en este mundo, hasta los *Fragmentos escogidos de Confucio*, y así también tuvo su término el sabroso coloquio de aquella enamorada pareja. Mientras Eglantina estaba explicando por vigésima vez los comienzos de su amor, se le acercó un criado diciéndole que había llegado el equipaje.

—No sé, dijo Tu entonces, en dónde vamos á colocar á tus servidores.

Luego, asaltándole de repente una idea que hasta entonces no se le había ocurrido, le preguntó:

—¿Cómo te atreviste á hacer un viaje tan largo acompañado de dos hombres?

—¡Oh! respondió Eglantina, aún tenía que confesarte otro secreto.

—¡Cómo! ¿Otro novio? exclamó Tu con jocosa indignación.

—No otro novio, sino otra mujer. Ese mozo robusto y ancho de espaldas es una mujer que me ha servido de doncella durante el camino. Es la esposa del Dragón.

—Vamos á ver. ¿Se han acabado las revelaciones? Porque veo tantas mujeres disfrazadas de hombre, que hasta, Dios me perdone, llego á dudar de mi propio sexo.

—Ya se han acabado, respondió riendo Eglantina.

En aquel momento entregáronles una carta suscrita por su amigo, el oficial del ministerio de la Guerra, el cual les participaba que había conseguido el traslado del intendente militar de Mienchu á una provincia muy apartada de aquella ciudad y que esta separación equivalía á la absolución del coronel, pues el tal intendente era el único que se había atrevido á acusarle. Ocioso fuera decir cuán intenso fué el regocijo de Eglantina al oír tales noticias. A consecuencia de ellas acordaron emprender á la mañana siguiente el viaje de regreso.

Éste fué tan venturoso como lo había sido el de Eglantina á la ida, teniendo la satisfacción de ser recibidos, al llegar á Mienchu, por el coronel en persona. Después de felicitarle por su libertad, que Eglantina le dió á entender que se debía exclusivamente á la capacidad y diligencia de Tu, relatóle las aventuras que había tenido en su viaje y en la capital del imperio.

—Parece un cuento de hadas, dijo su padre, y sin embargo, aún no lo sabes todo. Cuando

me pusieron en libertad, vuestro amigo Wei vino á pedirme la mano de mi hija. Extrañando la demanda, le rogué que la aplazase para el día de vuestro regreso. Le veo muy impaciente.

Apenas acababa de decir estas palabras, cuando anunciaron á Wei, el cual, después de manifestar su satisfacción por ver á Eglantina, trató inmediatamente del asunto que le tenía exclusivamente preocupado.

—Huélgome de esta ocasión que se me presenta de esclarecer un misterio para mí indescifrable. Al volver de Pekín, pregunté á un criado de tu padre, por tu hermana, y respondióme que no la tenías. Interrogué á otro y dióme la misma respuesta. Ful á visitar á tu padre, que aplazó la contestación para el día de vuestro regreso. ¿Qué significan estos misterios?

—Tu ambición es casarte con una muchacha linda é inteligente. ¿Nó es verdad? preguntó Eglantina.

—Cierto que sí, respondió Wei.

—Si es así, dijo Eglantina, te aseguro que tu presente de bodas está en manos de una muchacha lindísima á la cual no es posible ver sin amarla.

—Podrá ser, pero mi deseo es casarme con tu hermana.

Eglantina, que ya empezaba á verse apurada, salió del atolladero diciéndole:

—¿Quieres hacerme el favor de verte con Tu, para hablar de eso? Él te lo explicará todo.

Tu se vió negro también para hacerle comprender á su amigo el secreto del esfinge, y más aún para lograr que no tomase á enojo las amorosas relaciones de Tu y Eglantina. Su lastimado amor propio le inducía á acusar á la niña de falsía, y á su compañero de deslealtad manifiesta. Más fácil le fué á Tu repeler este cargo que el primero, pues la conducta de Eglantina no había sido en verdad irreprochablemente correcta. Como deseaba la paz á todo trance, hizo que no comprendía las maliciosas insinuaciones de su camarada; contó circunstanciadamente las aventuras de Eglantina, complaciéndose en describir y ponderar con brillantes colores la opulencia y los hechizos de la señorita King. Desplegó en ello tal elocuencia, que hasta él mismo se asombró de sus dotes oratorias, y Eglantina no volvía de su asombro al oírle referir este diálogo.

—¿De dónde has sacado todo eso? Tú no la conoces y yo no recuerdo haberte contado la mitad de esas cosas.

—¿Qué importa? replicó Tu. Baste para tu satisfacción saber que Wei está ya tan prendado de la señorita King, á la cual no conoce, como lo estuvo de aquella tu supuesta hermana á la cual no creía haber visto en su vida. Tan trocado está que me ha prometido ser mi padrino en nuestra boda.

Wei cumplió su palabra. Celebróse la ceremonia con arreglo á los ritos tradicionales, asistiendo á ella todos los deudos y amigos de ambos contrayentes, y muchísimas personas venidas de diversos puntos de la comarca, por estar enteradas de las novelescas circunstancias que habían mediado en aquellos amores. Wei depuso su ceño, porque sintió halagada su vanidad por las mil distinciones que los novios le prodigaron.

Eglantina creyó que no podía excusarse de dar también una satisfacción cumplida á la señorita King, y habló de ello á Tu el mismo día de su casamiento.

—No debo ocultarte, querido Tu, le dijo, que no me he considerado absuelta de mis mentiras, hasta que recientemente se ha pedido en nombre de Wei la mano de la señorita King. Para llevar á buen término esta empresa, tengo una idea, añadió con un tono vacilante que reducía la demanda á una modesta súplica, y es que vayamos mañana á Ch'engtú para hacer una visita á esa interesante chica.

—¡Oh, oh! replicó Tu con jocosa gravedad. Voy á registrar dócilmente vuestros secretos.

—¡Oh! bien conoces mi intención. Ya sabes que soy como un niño que se deleita en

derrotar ejércitos de soldados de plomo. Me gusta forjarme la ilusión de que puedo tener imperio sobre un hombre como tú. Sabiendo como sabes la absoluta confianza con que me sujeto á tus juicios, poco te ha de costar el darme gusto en cosa de tan escasa monta.

Estas palabras llamaron á las puertas del corazón de Tu como una celeste armonía. El cariñoso acento y la tierna mirada que las acompañaban hacían irresistible su encanto.

Cumpliéronse los deseos de Eglantina, dirigiéndose los nuevos esposos á la posada en donde había tenido la joven tan singular aventura. En cuanto llegaron, Tu se apresuró á enviar su tarjeta al señor King, el cual se sintió muy halagado al recibir tal muestra de consideración de un hombre tan reputado por su ciencia.



El coronel Wun

—¿A qué debo la honra de recibir en mi casa á tan ilustre visitante? preguntó al ver entrar al joven maestro en artes.

—Os lo diré sin rodeos, respondió Tu, he sabido que erais primo de la hermosa señorita King, y como tengo un amigo que está perdidamente enamorado de ella, me he tomado la libertad de venir á encontraros para apoyar con todas mis fuerzas sus pretensiones.

—Siento mucho tener que deciros, replicó King, que vucencia ha llegado tarde, pues mi prima ha prometido su mano á un joven llamado Wun, que recientemente estuvo aquí de paso para Pekín.

—El señor Wun es también amigo mío, repuso Tu, y precisamente vengo á hablaros porque sé y me consta que tenía comprometida su palabra.

—El señor Wun, añadió King, es una persona ilustrada y de noble alcurnia, y desde el momento que ha hecho el presente de boda, él mismo vendría á encontrarnos si se suscitase alguna dificultad para llevarla á cabo.

Tu sacó entonces del bolsillo los versos que la señorita King había escrito á Eglantina y dijo á su interlocutor:

—¿Queréis hacerme el favor de pasar los ojos por estos renglones dirigidos á Wun por vuestra

prima? Viéndose muy á pesar suyo en la imposibilidad de cumplir su palabra, Wun me entregó este documento como un testimonio de la verdad de lo que os digo.

King tomó la misiva y á primera vista conoció la letra de su prima.

—¡Ah! dijo, el señor Wun ya nos había manifestado que tenía empeñada su palabra, mas nosotros no dimos crédito á esta declaración, é insistimos en que secundase nuestros deseos. Todo esto es muy complicado, añadió, y habéis de permitirme que no tome ninguna resolución sin consultarlo antes con la interesada.

Tras esto salió de la estancia, y volviendo al cabo de unos momentos, dijo:

—Mi prima opina que no le es lícito contraer un nuevo compromiso, mientras el señor Wun no vuelva á esta casa y recobre el presente que hizo antes de su partida.

—A eso he de responderos con toda sinceridad, que la causa de estas confusiones es una mala inteligencia, cuyo origen omito explicaros por ahora, porque fuera largo de contar.



Básteos saber que ese presente que recordáis no procedía en realidad del señor Wun, sino de mi inapreciable amigo el señor Wei.

—Mi prima, respondió King, cree, y por mi parte opino que está en lo justo, que el señor Wun debería venir á explicar personalmente esos misterios.

—Le sería imposible de todo punto satisfacer tan justo anhelo, respondió Tu; pero en la vecina posada está mi esposa, que tendrá mucho gusto en explicar á la señorita King las poderosas circunstancias que le privan de darle la mano de esposo.

—No dudo que mi prima aceptará con sumo agradecimiento la amable oferta de vuestra esposa.

Con el permiso de Tu, la doncella de la señorita King fué inmediatamente en busca de Eglantina. Al encontrarse delante de ella, quedóse atónita mirándola de hito en hito, como si no le fuese desconocida su fisonomía, mas no acertando á recordar en dónde la había visto. Mientras le acompañaba á las habitaciones de su ama, no se cansaba de contemplar su esbelto talle y su expresivo semblante, diciendo en sus adentros:

—Pero, señor, ¿en dónde he visto yo á esa mujer?

La señorita King recibió á la hermosa visitante con grande afabilidad y cortesía. Cuando hubieron cambiado los saludos, Eglantina dijo sonriéndose con hechicera gracia:

—¿Conocéis al señor Wun?

La señorita King clavó los ojos en su rostro, y viendo desde luego una semejanza notable entre la esposa de Tu y el dueño de sus pensamientos, le preguntó:

—¿Qué parentesco os une con él, señorita?

—El señor Wun soy yo, respondió Eglantina.

Excusado es decir que la señorita King, al oír estas palabras, se quedó como quien ve visiones.

—¡Quién lo dijera! exclamó la doncella batiendo palmas. Ya había yo notado que se parecían maravillosamente, pero no podía imaginar que fuesen una misma y única persona.

—¿Qué propósito llevabais al disfrazaros de este modo? preguntó la señorita King, con acento de sorpresa y un si es no es despechado.

—Mi padre se hallaba en un trance apurado, respondió Eglantina, y debiendo dirigirme á Pekín para sacarle de su situación, me disfracé de hombre para evitar los inconvenientes que temía encontrar en tan largo viaje. Ya recordaréis que cuando os dignasteis hacerme por vez primera vuestra amable proposición, me negué desde luego á aceptarla; mas como insistieseis en vuestros designios, no pudiendo explicaros la verdad, pensé que lo mejor sería daros el presente de boda que me había hecho mi amigo, aplazando para mi regreso estas revelaciones. Sea como fuere, me lisonjeo de que me concederéis que he sido en una cosa fiel á mi palabra.

—¿En qué?

—¿Por ventura no os dije, preguntó Eglantina volviéndose á la doncella, que si no me casaba con vuestra ama no lo haría con ninguna mujer de la tierra?

—Es verdad, respondió la doncella riendo á carcajadas; en eso sí que habéis tenido palabra de rey.

—El amigo de quien os hablo, prosiguió Eglantina, recibió estos días pasados el grado de doctor, y mi marido y yo hemos venido de Mienchu para pedir vuestra mano en su nombre.

La señorita King no era de aquellas personas que cambian repentinamente de ideas, pasando con suma facilidad de uno á otro orden de reflexiones, y así no se cansaba de mirar á Eglantina como deslumbrada, sin decir una palabra. A no ser por la doncella, la conversación hubiera terminado desde luego.

—Aún no nos habéis dicho, añadió ésta, cómo se llama el pretendiente, ni de dónde procede, ni cómo se explica vuestra intimidad.

—Data de nuestra infancia, respondió Eglantina. Yo iba vestida de niño y estuvimos juntos en la escuela.

—¡Ah! exclamó la doncella.

—Más adelante, él, ese joven que ahora es mi marido y yo hicimos juntos nuestros estudios.

—¿Y no descubrieron jamás vuestro secreto?

—Jamás.

—Es raro, replicó la doncella. ¿No podríais darnos algunos informes de ese joven?

Eglantina no se hizo de rogar, improvisando en el acto un brillante panegírico de su amigo. Tanto ensalzó y encareció la buena figura, la esmerada elegancia y el claro y cultivado entendimiento de Wei, que la señorita King acabó por allanarse á aceptar en principio la proposición que le hacían.

—Y ahora, permitidme, dijo la señorita King, que os invite á comer conmigo, mientras mi primo está dando conversación á vuestro esposo.

Esta comida fué el comienzo y la base de una larga y sólida amistad entre ambas jóvenes; sentimiento que tomó un carácter especial en el corazón de cada una de ellas. Eglantina, que era de índole vigorosa y reflexiva, quiso siempre á su amiga con un afecto en cierto modo compasivo, por la conciencia de su propia superioridad y por la convicción de la relativa flaqueza que notaba en el espíritu de su cándida é impresionable amiga. Esta, en cambio, consideró siempre á Eglantina como un ser muy superior á ella por su inteligencia y energía de carácter.

Poco se tardó en realizar el plan concertado, pues á la próxima luna llena, la señorita King tuvo ocasión de comparar su novio con el seductor retrato que de él había hecho Eglantina.

En China pululan los hombres de carrera y las personas ilustradas; pero Tu y Wei lo eran tanto, que descollaban sobre sus discípulos y émulos por sus varios y profundos conocimientos. Esto les abrió el camino para alcanzar las más preciadas distinciones sociales, de modo que inmediatamente después de haberse efectuado sus matrimonios, entrambos fueron elevados á importantísimos cargos. Tu llegó en poco tiempo á ocupar un puesto en primera línea, muriendo á una edad muy avanzada en el virreinato de la provincia metropolitana y primer guardián del presunto heredero de la corona. Wei no llegó á tan alta posición. Tu explicaba el hecho con una frase que pintaba elocuente el profundo cariño que profesaba á su esposa, pues cuando le hablaban de esto, solía decir con un tono entre modesto y orgulloso:

—Él no tiene á Eglantina para ayudarle.

Traducción del inglés por  
JOSÉ COROLEU.

## NUESTROS GRABADOS

### PROYECTO DE MONUMENTO Á LOS MÁRTIRES DE LA PATRIA

POR VENANCIO VALLMITJANA

En todas las ciudades de España se tramaron conspiraciones durante la gloriosa guerra de la Independencia, al objeto de arrojar de ellas á las fuerzas francesas que las ocupaban.

Aun calmados por completo los odios entre las dos naciones, después de aquella inicua campaña emprendida por la ambición de un déspota, ávido de conquistas, es imposible dejar de leer sin admiración la historia de los esfuerzos que para sacudir el ominoso yugo francés hicieron patricios insignes, pertenecientes á todas las clases sociales. España en aquella ocasión se levantó como un solo hombre, dando hermoso ejemplo á las naciones, y el amor á la Monarquía y á la Religión fué el fuego que ardió en todos los pechos y mantuvo el calor del patriotismo hasta haber traspasado el último francés la frontera pirenaica.

Entre los sucesos heroicos que registran los anales de aquella guerra ha de colocarse la conspiración urdida en Barcelona, en el año 1809, para expulsar á los franceses y recuperar la plaza para las tropas españolas. Fué, acaso, una de las más formidables que entonces se trató de llevar á cabo. Érase el mes de Mayo del expresado año cuando varias personas significadas de Barcelona pensaron dar un golpe de mano para rescatarla. Don Juan Massana, oficial de la consolidación de vales reales, y don Salvador Aulet, joven corredor real de cambios, que en la conspiración figuraban, pusieron en contacto con el capitán Provana, del 5.º regimiento de línea italiano,

al objeto de que en un momento dado facilitara la entrada en el castillo de Montjuich á las tropas españolas. En aquellos mismos días se hacían balas y cartuchos en la casa del mediero José Roura y en la del mismo Massana, que la tenía en el llamado *foru de San Jaume*; pusieron en comunicación los barceloneses con el general en jefe interino del ejército de Cataluña, marqués de Coupigni,

y por los directores de la conspiración se dispuso todo para el día 11 de Mayo, fiesta de la Asunción del Señor.

Consistía el plan de los conspiradores en que tan pronto como hiciese señal el vigía de Montjuich, de que se hallaban en el fuerte las tropas españolas, rompiesen el fuego contra la Ciudadela, y fuertes de don Carlos y Atarazanas las fragatas inglesas surtas en el puerto; que se tocase á rebato con la campana mayor *Tomasa*, y que en masa se levantasen en aquellos instantes toda la ciudad. Habíanse hecho los preparativos necesarios para sorprender las guardias, y en algunos conventos y casas principales debía haber hombres armados

apostados, que se echasen á la calle y pasasen á degüello á los franceses al hacer la señal el mencionado castillo.

Esperáronla los conjurados aquel día, pero á las doce de la noche, hora convenida, la señal no apareció. ¡Terribles momentos de ansiedad! Ni á las doce ni á la una el vigía indicó nada. Habían sido vendidos por los mismos en quienes habían fiado. Á las tres de la madrugada, viendo frustradas sus esperanzas, dieron los jefes orden de retirarse, y al abrirse las puertas de Barcelona algunos de los más comprometidos pudieron huir disfrazados.

La policía francesa se puso en seguida en movimien-



NARCISO SERRA



to é hizo varias prisiones. El 2 de Junio siguiente la comisión militar reunida en la Ciudadela juzgó á diez y ocho presos con motivo de la abortada conspiración, y pronunció sentencia de muerte contra el teatino padre Gallifa; el doctor Pou, cura párroco de la Ciudadela, que había sido destituido de este cargo por los franceses; los citados Massana y Aulet y un tal Navarro, sargento de Soria, que se hallaba prisionero en Barcelona. El 3 de Junio sufrieron con la mayor resignación y dando pruebas del más encendido patriotismo el padre Gallifa y el doctor Pou la pena de garrote y la de horca Massana, Aulet y Navarro.

Mientras se llevaban á cabo las ejecuciones en el glacis de la Ciudadela, en medio de la consternación y del estupor de todo el vecindario, subieron á la torre de la Catedral Ramón Mas, carpintero, Pedro Lastortras, cerrajero, y Julián Portet, espartero, y tocaron á rebato con la campana mayor, valiéndose de un martillo, porque de nuevo se había quitado el badajo. Excusado parece decir que inmediatamente los franceses invadieron la santa iglesia, procediéndose en ella á un minucioso registro. Todas las pesquisas fueron vanas. La policía y la tropa, á pesar de la diligencia que emplearon, no dieron con los osados patriotas que con el toque de rebato habían puesto en alarma la ciudad, cuando se estaba cumpliendo la sentencia de la comisión militar. Ocurrió esto, como queda dicho, el 3 de Junio, y el 6 siguiente, ante la inutilidad de las investigaciones y la seguridad de que aquellos hombres se encontraban escondidos en el mismo templo, se les prometió á grandes voces el perdón si se presentaban, lo cual hicieron al momento. Setenta y dos mortales horas habían permanecido ocultos debajo de los fuelles del órgano, sin comer ni beber. Extenuados salieron de su escondrijo, como se pinta en los grabados patrióticos que se estamparon en Barcelona á raíz de la guerra de la Independencia. Indignamente faltaron los franceses á la palabra que habían dado á aquellos infelices artesanos, los cuales, pasados también por consejo de guerra, fueron condenados á muerte, siendo ahorcados á las seis de la mañana del día 27 de Junio, nuevo día de luto para los barceloneses y para toda España.

Las cenizas de estos insignes patriotas se guardan en pobrísimas cajas de madera en el Archivo catedral, esperando el instante en que se levante á la memoria de los *Mártires de la patria*, que así los ha llamado siempre el pueblo, un monumento que recuerde á las generaciones su heroico sacrificio en bien de la patria. En vano han estado aguardando años y años á que los Ayuntamientos de Barcelona cumplieran esta sagrada deuda. Hasta ahora no hay en la ciudad ni una lápida siquiera que conmemore su valor patriótico y su cristiana muerte. Á llenar este vacío se dirige el proyecto que, llevado de noble fervor, ha modelado el distinguido escultor Venancio Vallmitjana y que reproducimos en este número tomado directamente del original.

El pensamiento es tan sencillo como grandioso. La pirámide truncada, á la cual se da significación funeraria, constituye su parte arquitectónica. La escultórica se halla formada por tres magníficas estatuas, concebidas

con grande aliento y modeladas con la holgura peculiar á las obras de Venancio Vallmitjana. Con plausible acuerdo ha puesto por remate al monumento la estatua de la *Fe*. En verdad que la fe católica alentó á los españoles en su lucha contra las vencedoras huestes de Napoleón, siendo obispos, frailes, canónigos, prebendados, todo el clero, en una palabra, quien tomó parte muy principal en aquella epopeya. Á los dos lados de la pirámide van colocadas la *Resignación*, recuerdo de la que tuvieron en su hora postrera los ocho *Mártires de la patria*, y el *Valor*, que tiene rasgos catalanes y en el cual se nota la tranquilidad, indicio de la confianza en la propia fuerza. Las tres estatuas presentan un carácter clásico, sin tener nada de la frialdad de las imitaciones greco-romanas. Hay en ellas el arte del Renacimiento, la savia de Cataluña y el sentimiento patriótico de la época y del suceso que conmemoran. Ha proyectado Vallmitjana este monumento para emplazarlo en el Parque, próximamente sobre la tierra misma en que dieron su aliento al Criador el padre Gallifa y sus heroicos compañeros. De desear fuera que el actual Ayuntamiento fijase la atención en esta notable obra y que, enmendando el descuido ú olvido de las administraciones municipales pasadas, acordase que se levantara en el Parque, á cuyo embellecimiento contribuiría, sirviendo, además, para que recordasen el alto ejemplo de aquellos varones todos cuantos visitaran los expresados jardines.

#### MANDOLINATA

CUADRO DE CONRADO KIESEL

Fué la mandolina ó laúd por luengos años el instrumento predilecto de los cantos de amor. En Italia y en muchos países de Levante gozó de tanto predicamento como la guitarra en nuestra España. Sus suaves notas, sus delicados arpeggios se armonizan á maravilla con los acentos prolongados, que se desvanecen en el espacio, así de las barcarolas que se oyen cerca del Lido ó en el espléndido golfo de Nápoles, como de aquellos cantares semi-morunos que resuenan en las cercanías de Andalucía. Conrado Kiesel ha poetizado la *mandolinata*, ó dígase canción acompañada con la mandolina, por medio de la elegante pintura, en la cual aparece en primer término una dama, que semeja arrancada de un lienzo veneciano de los tiempos más florecientes de la Señoría, la cual pulsa el lindo instrumento con que se acompaña y canta una melodía que la lleva casi al arrobamiento, según lo dice la expresión de su hermoso rostro. Viste la dama pomposamente, y se destaca sobre un fondo indeciso, formado por riquísimos muebles, por tupidas colgaduras, por jarrones y flores, suerte de sinfonía de colores, adecuada á la elegancia del tema y á la vaguedad poética que en él se advierte, dimanada en gran parte de la distinción en el trazo y en la pincelada, peculiar á todas las obras del mismo artista.

NARCISO SERRA

Véase *Siluetas modernas*, pág. 581.



# ¡SOLEDAD!

NOVELA ESPAÑOLA

POR

D. C. SUÁREZ BRAVO

## CAPITULO XII

EL TAJO DE RIVAHONDA

(CONTINUACIÓN)

En esto se acercaron los padrinos del duque y comenzó la conferencia. García propuso dejarla para hora más oportuna, ya que no era posible acceder á la pretensión de Ricardo, que instaba para que el duelo se efectuase en el momento.

—Aquí no tenemos armas, dijo García. Nuestro apadrinado, á quien ya se le ha hecho la observación, propone, que á falta de otra cosa; se lleve á efecto con las escopetas que han traído él y otro de nuestros compañeros; pero creo que no debemos de ningún modo autorizar este duelo á la americana.

Eduardo manifestó entonces á García cuál era la opinión del duque sobre este punto determinado de la cuestión y el medio de resolverla.

—La verdad es, dijo García reflexionando, que puesto que el lance es irremediable, la proposición de Iñigo es la que ofrece, quizá, menos inconvenientes. Dentro de media hora pueden estar aquí las armas. Por lo tanto, procedamos á arreglar las condiciones del encuentro. Me parece que no habrá dificultad en que ustedes reconozcan que á nuestro apadrinado corresponde la elección de armas, puesto que ha sido el ofendido.

Eduardo y el general combatieron esta pretensión alegando que el provocador había sido incuestionablemente Ricardo, y que por lo tanto debía someterse á las condiciones que el duque, y ellos, en su nombre, según las prácticas admitidas, tuvieran por conveniente establecer.

El punto fué muy debatido, pero García se mantuvo inflexible en su opinión y manifestó con franqueza los motivos que le obligaban á no ceder.

—Iñigo es un tirador de florete casi sin rival. Es el primer discípulo de Grisier. No conozco en España quién esté á su nivel. Es amigo mío, más amigo, incuestionablemente, que Ricardo, pero con quien vengo, vengo; como hombre de honor estoy obligado á sostener los fueros del que me eligió por padrino. Creo que la provocación no partió de Ricardo, á él le corresponde, por lo tanto, la elección de armas, y nosotros elegimos la pistola. Un duelo á florete sería un verdadero asesinato.

No creyeron que debían ceder en punto tan importante los padrinos del duque y fueron á consultarle.

—Me parece, dijo éste después de oírles, que García no tiene razón. Nadie puede negarme el derecho de no contestar á los que me interpelen con un nombre familiar que sólo se consiente al parentesco y á la amistad. Los que no siendo ni parientes ni amigos míos se nieguen á llamarme con cualquiera de los títulos que tengo, por nacimiento y por herencia, no pueden quejarse de que me haga el sordo. Yo no he dado, por lo tanto, motivo al grosero insulto de que he sido objeto, porque no me he salido de los estrictos límites de mi derecho y de los deberes sociales. Soy, pues, incuestionablemente el ofendido. Sin embargo, renuncio á las ventajas que este triste privilegio pudiera darme y autorizo á ustedes para que acepten cuantas condiciones imponga mi adversario. Una sola facultad me reservo á cambio de estas condiciones. La de elegir el terreno.

Tan modesta exigencia no podía ya ofrecer dificultades, y las condiciones del encuentro fueron rápidamente establecidas por los padrinos. Dos disparos á veinticinco pasos avanzando. Ricardo, empeñado en que el duelo fuese á muerte, exigía condiciones más duras, pero tuvo que ceder ante la inflexible voluntad de los padrinos, deseosos de no dejar cerrada toda posibilidad de salir del paso sin efusión de sangre.

García partió en busca de las pistolas, prometiendo volver con la diligencia que el caso requería, y entretanto Ricardo se entregó de nuevo al ejercicio de la caza con una tranquilidad que fué nuevo motivo de admiración para los circunstantes.

Entre éstos, los que no debían intervenir ni directa ni indirectamente en el lance, no tardaron en formar grupo aparte y en deliberar acerca de la conducta á que les obligaba la imprevista seriedad de la circunstancia. Tanto por discreción como para esquivar responsabilidades, acordaron retirarse y volver al palacio, lo que hicieron en el acto los unos, gravemente inquietos, y los otros, más dominados por la curiosidad que por la inquietud, que en nada como en estos graves sucesos de la vida se conoce la gran variedad que Dios ha puesto en los temperamentos y caracteres de los hombres.

Eduardo se acercó al duque, que seguía paseándose impasible, y se puso á su lado acompañándole en silencio.



—¿Está ya todo concertado? dijo el duque con aire distraído y sin detener el paso.

—Todo, contestó Eduardo. Dos disparos cada uno á veinticinco pasos avanzando.

—Me ha parecido entender que el mozo pedía condiciones más arriesgadas.

—Sí, seguía en su empeño de que el lance fuese á muerte.

—¡Psé! Veinticinco pasos avanzando, según mi opinión, se parece bastante á un duelo á muerte.

El tono con que pronunció el duque estas palabras impresionó á Eduardo, que dijo con gravedad:

—Mayor motivo, mi querido Iñigo, para deplorar un incidente que va á costar la vida á uno de los dos. Soy joven, he sido militar y no me considero con la fuerza de espíritu necesaria para sobreponerme á las tiranías sociales que hacen del duelo, en circunstancias como éstas, una ley impuesta por el honor; pero hace rato que me pregunto á mí mismo, si es fin digno de la vida de un hombre y de un hombre, por añadidura, sobre cuya cabeza han amontonado sus ascendientes tantos honores, riquezas y tradiciones, el que acabamos de arreglar friamente como se arregla un combate de gallos.

—No, en verdad, contestó el duque parándose un momento y fijando en Eduardo una mirada triste, y yo faltaría á la sinceridad que debo á usted y á la gravedad de la circunstancia si le ocultara que hacía rato que la misma observación trabajaba penosamente mi espíritu. Pero la cosa ya no tiene remedio. La atmósfera en que vivimos nos tiraniza. Y sino, sea usted franco, puesto en mi caso, ¿sería usted capaz de pedir excusas á ese fanfarrón, después de su afrentosa injuria, único medio posible de evitar el encuentro?

Eduardo no se sintió con fuerzas para dar una contestación afirmativa á aquella interrogación, y dijo por salir del aprieto:

—Sea como quiera, hacemos triste papel los que nos ocupamos en establecer á sangre fría los preliminares de una escena que no puede dejar de tener un desenlace sangriento.

—¡Quién sabe! murmuró el duque continuando su paseo.

Eduardo le miró; pero el duque, sin duda para variar de conversación, continuó, indicando con un gesto á Ricardo que seguía ocupado en perseguir las aves silvestres:

—Parece que mi adversario es aficionado á la caza.

—El ardor con que se entrega en momentos tan solemnes á esa distracción acredita que, á falta de otras cualidades, tiene al menos la del valor.

—No se fle usted, dijo el duque. El valor hijo del aturdimiento y del hervor de la sangre no suele ser constante y flaquea cuando menos se piensa.

Esta observación trajo á la memoria de Eduardo la terrible escena de la barricada, en la cual el rostro descompuesto de Ricardo ante las bocas de los fusiles de sus soldados parecía confirmar en algún modo el frío raciocinio de su deudo.

Camporredondo, que se aburría de no tener con quién hablar, se acercó entonces á los dos, y la conversación giró sobre el asunto que suple casi siempre la falta de asuntos, sobre el tiempo. No carecía de oportunidad en aquel momento, porque la tormenta iniciada desde hacía dos horas, comenzaba á hablar fuerte, los truenos menudeaban retumbando por las profundas concavidades de la sierra, y en las ráfagas violentas de aire que azotaban el rostro venían ya gotas gruesas.

—Tenemos encima la borrasca, dijo el duque con visible inquietud, subiéndose los pliegues del tapabocas. Ya debería estar aquí García, añadió consultando su reloj.

No tardó en llegar García, seguido de un criado con una caja en la que venían las pistolas.

Ricardo le salió al encuentro.

Cuando acabaron de acercarse, el duque se apresuró á decir:

—Señores, no hay tiempo que perder. A cargar inmediatamente, pues de otro modo la lluvia nos lo va á impedir.

Los padrinos asintieron y cargaron en silencio las armas. Hecho esto, echaron suertes y pusieron en manos de cada uno de los dos contendientes la que le correspondía.

Ricardo tomó la suya con visible impaciencia, y sin que la serenidad de su rostro sufriese la menor alteración.

—Diga lo que quiera Iñigo, pensó Eduardo para sí, es un valiente.

—Caballeros, dijo García con voz no exenta de solemnidad. Ha llegado el momento. Señor duque, usted se ha reservado la elección del terreno. ¿Dónde se ha de verificar el encuentro?

—Allí, contestó el duque lacónicamente alzando el brazo.

Todas las miradas se dirigieron al lugar señalado, con expresión de dudosa ansiedad.

—¿Dónde? repuso García creyendo no haber visto bien.

—En la Mareola, afirmó el duque tranquilamente.

El breve silencio que siguió á esta respuesta era indicio de la impresión de temeroso asombro que causó en los oyentes, los cuales se miraron unos á otros inciertos acerca de la resolución que debían tomar.

El primero que le rompió fué García.

—Señor duque, dijo, el sitio elegido por usted, en uso de su derecho, convengo en ello, está fuera de todas las reglas admitidas para lances de esta especie. Más que un duelo á pistola, ese sería un duelo contra las leyes del equilibrio. Creo que nosotros no debemos autorizarlo.

Esta última frase la pronunció García dirigiéndose á Eduardo; pero Eduardo estaba ocupado en examinar á Ricardo de reojo y no lo advirtió.

Iban á hablar Camporredondo y el general, pero el duque se adelantó diciendo en tono de reposada autoridad:

—Señores, la resolución de este asunto no es ya del resorte de ustedes. Yo me he conformado con todas las condiciones que han tenido ustedes por conveniente establecer. Sólo me he reservado una, la de elegir el terreno. Aceptada formalmente esta reserva por ustedes, no pueden á ley de hombres formales y de honor dejar de respetarla. Conforme yo me considero obligado á someterme á las condiciones por mí libremente aceptadas, exijo que la mía, libremente aceptada también por ustedes, sea cumplida con escrupulosa lealtad. Quiere usted dar á entender, señor García, que el lugar por mí elegido no ofrece terreno sólido ni aun para tenerse en pie; pero en este punto tenemos aquí un testigo de mayor excepción; el señor. (Esto lo dijo el duque fijando en Ricardo su lente implacable, que en aquellos momentos daba á su fisonomía una expresión todavía más sardónica que de costumbre). Todos le hemos visto hace poco atravesar con el mayor aplomo y desahogo esa cornisa, demostrando que se puede andar con firmeza sobre ella, sin perder el equilibrio. Por lo tanto, el terreno elegido no ofrece para él ningún género de inconveniente, y es como cualquiera otro. El riesgo en todo caso, sería para mí, dotado quizá de cabeza menos firme; pero esa es cuenta mía. Yo le elijo usando de mi derecho, que no puede negarse, ni siquiera discutirse.

Desde que estalló la querella, el duque, saliendo de su habitual indolencia, había adquirido un aire de dominio, un no sé qué en la mirada, en el gesto y en la actitud, á cuyo influjo no

era fácil resistir. Por otra parte, su razonamiento no tenía réplica. Los padrinos, dominados é indecisos, miraron á Ricardo. Éste, al oír la designación del sitio, había mudado visiblemente de color, no cesando después de dirigir miradas furtivas y angustiosas de la cornisa al torrente, y del torrente á la cornisa. Al ver que todos los semblantes le interrogaban, murmuró con acento vacilante, dirigiéndose á su adversario:

—Advierta usted que el que de nosotros caiga herido rodará al abismo hecho pedazos.

—¿No exigía usted que el duelo fuese á muerte? contestó el duque midiéndole de arriba abajo con la vista. Pues ya tiene usted lo que deseaba.

Ricardo, cada vez más desconcertado, repuso:

—Sí, es verdad... pero no de ese modo. Además, antes de comenzar el combate se puede uno ver cogido del vértigo...

—No lo crea usted. Es asunto de no tener miedo, y usted no le tiene.

Redargüido con sus propias arrogancias, Ricardo bajó la cabeza anonadado, y murmuró con voz sofocada:

—Vamos.

Los padrinos se dirigieron una última mirada de interrogación, pero subyugados, como ya hemos dicho, por la energía del duque, no menos que por los términos cerrados del compromiso contraído, siguieron maquinalmente á los dos adversarios que, pistola en mano, se encaminaron al recinto interior de las ruinas, el uno con marcha firme y reposada y el otro vacilando como un ebrio. La primera impresión de Eduardo fué la de oponerse á toda costa á la temeraria resolución de su apadrinado, pero al notar el efecto producido en Ricardo vaciló y se dejó arrastrar como los demás.

A todo esto la borrasca se había desatado, la lluvia caía á torrentes y las detonaciones eléctricas se sucedían unas á otras sin interrupción, produciendo en aquellos lugares ásperos y atormentados pavoroso efecto que contribuía á aumentar el pavor de la escena.

Ya dentro de las ruinas, en donde por las roturas de la techumbre se precipitaba el agua, el duque con voz apremiante, como si temiese más las cataratas de las nubes que las feroces contingencias del lance, dijo á los que llegaban detrás:

—Señores, no hay tiempo que perder. Claro está que los padrinos no tienen necesidad de salir á la cornisa. Desde estas tres aberturas, añadió señalando los tres boquetes practicados en el macizo murallón que daban ingreso á la Mareola, pueden vigilarnos y ver si se cumplen con exactitud las reglas por ellos estipuladas. Yo contaré los pasos y ellos darán la señal.

Dicho esto, desapareció por uno de los boquetes. Nadie osó decir una palabra. La terrible gravedad de la escena, aumentada por los no menos terribles accidentes del cuadro en que se movía, tenía paralizadas las voluntades. Ricardo, tambaleándose y agarrándose al muro con la mano que tenía libre, salió detrás de su adversario, pero en el momento en que se encontraba suspendido sobre el abismo, un pavoroso trueno ensordeció el espacio, como si los montes se derrumbasen unos sobre otros. El joven retrocedió maquinalmente al interior de las ruinas, con el rostro cubierto de palidez mortal, y cayó al suelo acometido de un acceso nervioso.

Los padrinos se precipitaron en su socorro. El duque, que había visto la acción, abandonó también la cornisa y entró donde estaban los otros. En circunstancias más serenas no hubieran dejado de notarse en su semblante las huellas del recio combate sostenido por su voluntad contra sus sensaciones.



El desvanecimiento de Ricardo pasó pronto, y en cuanto pudo ponerse en pie, quiso tentar por segunda vez la prueba, pero todos los presentes se opusieron.

—Basta ya, dijo García con decisión; ventílese la querella aquí, sobre terreno franco, si es que usted no prefiere dar el asunto por terminado, pidiendo al duque las excusas que le debe por la ofensa inferida en un momento de obcecación y de aturdimiento.

El duque se hallaba en este instante frente á Ricardo, teniendo todavía en una mano la pistola y con la otra mano metida por la abertura de su gabán. Su actitud, que parecía de espera, no tenía nada de provocadora, y aun dejaba traslucir su rostro, á la sazón sin lente, que se había quitado al salir á la cornisa, una expresión de benévola compasión.

Ricardo, presa todavía de los horrores del vértigo, y quebrantado por las terribles emociones del suceso, miró al duque y bajó los ojos; pero incapaz de reprimir las sensaciones que le dominaban, rompió á decir con voz ahogada:

—Me declaro vencido... sí... mil veces vencido... Y si el señor exige que le pida excusas...

—De ningún modo, dijo el duque interrumpiéndole, con un aire de nobleza que conmovió á todos. Yo soy en todo caso quién debe pedírselas á usted, por haberle sometido á una prueba en la cual ha sido usted vencido, no por el espíritu sino por la materia. Yo declaro delante de estos señores, que estoy seguro de ello serán de mi opinión, que usted cumpliría como valiente; pero me doy por satisfecho y por terminada la cuestión, tendiéndole á usted mi mano. ¿La acepta usted?

Ricardo, confuso y enternecido por primera vez de su vida, balbuceó cogiendo la mano que se le tendía:

—Gracias... señor duque...

—Llámeme usted Iñigo, trátame usted como amigo. Con eso me probará que todo disgusto acabó entre los dos. Y ahora, señores, añadió volviéndose á los que presenciaban subyugados aquella escena, pensemos en ponernos á cubierto lo más pronto posible de este chaparrón infernal. Cuando lleguemos á los coches, ya estaremos calados hasta los huesos; pero el mal rato pasarlo pronto.

Y cogiendo afectuosamente del brazo á Ricardo, que se dejó arrastrar confuso y aturdido sin saber qué cara poner, pero obrando como el que se siente bajo el influjo de una voluntad superior, rompió la marcha.

Los demás le siguieron en silencio, dominados por la impresión del suceso. Sólo Campo-rredondo, impermeable al género de sentimientos que provocaba, dijo á García en voz baja, mientras se reparaba lo mejor que podía de la lluvia que caía á torrentes:

—No niego que la cosa ha sido dramática. ¡Oh, sí! muy dramática; pero ¿no pudo haberse dejado para mejor ocasión? Los españoles no sabemos hacer nada con método. Cuando llueve lo que hay que hacer es ponerse á cubierto. Si no tenemos tiempo para cambiar de traje, ¡buen papel vamos á hacer delante de las damas!

(Continuad).

## LA MODA DE PARÍS

**L**a moda está por las restauraciones y nunca la afición por lo retrospectivo se ha extendido tanto como en este fin de siglo. En el último invierno, nuestros vestidos pertenecieron al género Watteau, que tuvo grandísima boga. Vestidos, túnicas, batas, aparecieron con los largos pliegues á la espalda, que el gran maestro de las fiestas galantes inmortalizó en su «Embarque para Citérea.»

¿Serán Deboucourt, Pater ó Lancret los que en la venidera temporada inspirarán á los artistas del vestido? ¿Acaso, remontando más en el pasado, asistiremos á la resurrección de los suntuosos atavíos de la reina Ana de Austria? A juzgar por voces de bastidores, nuestras parisienses darán la preferencia á los trajes María Luisa.

Mientras aguardamos á que los *leaders* de la moda dicten fallo definitivo, veamos qué tejidos estarán en predicamento. Los recibimos por legiones, suaves al tacto, finos, tentadores, ligeramente excéntricos en sus múltiples líneas, y en los colores opuestos, que se armonizan con todo de un modo admirable.

He ahí las lanas Arkángel, las mongolinas de entonaciones suaves, malva, verde de agua, azul celeste, rayadas de blanco; terciopelos de lana, listados Ofelia, ú oro sobre fondo azul; terciopelos moscovitas fondo marfil, mosqueados de oro, ó fondo azul, salpicados de gris ó rosa, que servirán para las elegantes *toilettes* de los castillos y para los vestidos sin pretensiones de las primeras comidas del otoño. Los tejidos escoceses de combinaciones muy originales, los *pointillés*, el terciopelo cazador, los tejidos género borra de un sello originalísimo, las lanas de color gris ó de arena á grandes cuadros, color sobre color, vienen indicados para trajes de montar ó de expedición, á propósito para resistir los efectos de la intemperie.

En medio de esta orgía de colores y de telas de fantasía, se hace preciso poseer grandísima habilidad y superior gusto para imprimir al vestido el sello de distinción que ha de procurar para los suyos la dama elegante. M.<sup>me</sup> Lippmann sobresalen en el arte difícil de combinar tejidos y colores, y de apropiarlos á la apostura, edad y gracias de cada señora. Las parisienses que en los últimos días se han encontrado en la capital, pudieron orientarse sobre el camino por dónde irá la moda, admirando la canastilla regia que aquellas artistas han confectionado para una elegante aristócrata, cuyas bodas se celebrarán dentro de pocos días.

TOMO I.—76.



Vestido de M.<sup>me</sup> Lippmann



Abrigos y traje de otoño



La ropa blanca, de mil formas nuevas y graciosas, de una finura extremada, hallábase embellecida por calados, bordados y *valenciennes*. Los pañuelos marcados con las armas de la futura princesa parecían salir de las manos de una hada, por lo delicado de los dibujos y del trabajo sobre encajes. Las batas y peinadores, los cuerpos de colores, en armonía con los vestidos, los fichús María Antonieta presentan el más acabado conjunto de elegancia. Por lo que toca á trajes rivalizan en gusto. Citaremos el de viaje, de lana parda, con pieles, de una forma inédita que ha alcanzado la aprobación de todas las hermosas visitantes; otros de tejido Arkángel, muy original, y de terciopelo moscovita; varios trajes para comidas y *soirées* en soberbia seda de Lyon con falda algo holgada, recordando los vestidos Luis XIII, y mangas enormes. Era una maravilla un vestido en moaré de lanilla, gris plata, bordado de plata y acero, formando en la falda á modo de rayos luminosos. Un gran cuello Luis XIII, con bordado de acero y plata completaba este rico vestido.

También los sombreros pasan por las evoluciones de la moda de invierno, y M.<sup>me</sup> Julia, que dirige los rápidos cambios del tocado, expone actualmente en sus salones una colección seductora de lindas gorras, de gentiles capotas, de encantadores sombreros redondos que adoptarán mañana las señoras elegantes. Para sombrero de viaje y de mañana, tendremos la gorra, pero una gorra muy nueva que M.<sup>me</sup> Julia confecciona, valiéndose de un disco de fieltro de largo pelo, al que imprime la forma que se le antoja, guarneciéndolo con terciopelo rojo fuego y con raso azul viejo y sujetándolo con un alfiler artístico á modo de *aigrette*. Otra de las gorras está hecha de fieltro natural, formando dos orejas, con cinta rusa, para adornarlo rematando en dos antenas.

En suma, mucha originalidad en las formas y en los colores: tal es el santo y seña de la temporada. Los sombreros redondos son más pequeños, y las capotas más grandes encuadrando el rostro. Merece citarse una capota de paño blanco, realizada por plumas de fantasía y por bridas. Otro de ellos en felpilla musgo y negro, forma *bebé*, va adornada con una mariposa verde que sale de entre un nudo de terciopelo. M.<sup>me</sup> Julia, como parisiense coqueta, compone también lindos adornos, siendo el más elegante, que ha inventado últimamente, de terciopelo castaño, forrado de raso verde agua, con piel de marta, el cual se coloca en los hombros á modo de fichú. Este será el adorno elegante para las horas de visita. La gorrita y el manguito de marta completarán los accesorios de la *toilette*.

¡Qué de otras cosas nuevas todavía en las próximas modas! ¡Qué de telas nuevas, desconocidas del todo, verbigracia, las lanas «mimosa» con las que M.<sup>me</sup> Thirion hace bonitos vestidos infantiles, que presentan un sello acabado de originalidad! Véase, en prueba, un precioso vestido de sarga azul merino con una gentil torera, que permite ver el busto encerrado dentro de una suerte de coraza confeccionada en lana mimosa, lana que adorna igualmente el extremo inferior de la falda. Botones gemelos sujetan la torera, que aquí se llama *bolero*. Lindos son también los alfileres Rob-Roy, las *popelines* á cuadros, las telas escocesas, los terciopelos *purée Crécy* y por fin las mil fantasías de M.<sup>me</sup> Thirion apropiadas á los vestidos de las niñas y de las señoritas muy jóvenes. Del tocado de los niños hablaremos otro día especialmente.

Nuestra lámina grande representa dos abrigos y un traje de otoño. Este último es de



Sombrero de M.<sup>me</sup> Julia

pañó de color de yesca, adornado de galón mimosa, fondo castaño mosqueado de oro. La sobrefalda va puesta sobre una falda del todo bordada. En el delantero del cuerpo hay una camisita floja con muselina crema. El gran sombrero, que acompaña á este traje, es de paño yesca, forrado de terciopelo castaño, con un fondo flojo del propio terciopelo, con tres plumas en *aigrette*, color castaño.

Uno de los dibujos de abrigos representa una gran capa de viaje, confeccionada con un tejido nuevo, de doble cara, por lo cual no necesita forro. El canesú se halla adornado de motivos de pasamanería, de colores variados. El sombrero es de fieltro adornado con terciopelo verde y un marabú negro.

En el segundo abrigo se ha empleado un paño de fantasía, forrado de surah tornasolado verde agua y castaño. El capuchón cubre los hombros y el cuello de paño, va forrado con plumas. El sombrero de viaje es de fieltro, adornado de cintas de terciopelo y de dos plumas delgadas y tiesas.

La lámina intercalada en el texto figura una elegante *toilette*, en raso princesa, brochado glicina, inventado por M.<sup>me</sup> Lippman, *rue de la Paix*, 3. Compónese de falda rodeada de un delicioso adorno de pétalos de peonía rosada, cubierto por una lluvia de diamantes. El cuerpo, en raso duquesa, se halla adornado en las caderas, de un cordón hecho de terciopelo glicina. El mismo terciopelo se emplea en las mangas y en las vueltas sobre los que caen soberbios encajes Valois. En el escote y en las mangas hay también los pétalos de peonías con diamantes.



# EL AMIGO FIEL

CUENTO VIVO, POR APELES MESTRES



1.—Abén-Dinat y su fiel amigo Alí-Butilufa, peregrinos para la Meca, cruzan el desierto.



2.—Al tercer día, Abén-Dinat, que había consumido todas sus provisiones, dice a su fiel amigo: «Tengo hambre.» Alí-Butilufa le da su último puñado de dátiles.



3.—«Alá te recompense,» dice Abén-Dinat. Y prosiguen a través del desierto su peregrinación a la Meca.



4.—Al cabo de otros tres días Abén-Dinat dice a su fiel amigo: «El hambre me mata.» Alí-Butilufa le da el único cacahuet que le queda.



5.—Pasados tres días más el inteliz Abén-Dinat caía muerto de hambre.



6.—El fiel Alí-Butilufa colocó su cadáver mirando hacia Oriente y oró por él durante tres días y lo lloró durante otros tres.



7.—Al cabo de los cuales y a pesar del hambre que lo levantaba en vilo... lo encontró algo recocado por el sol, pero sabrosillo!



8.—Y después de dar a sus huesos sepultura honrada, el fiel Alí-Butilufa continuó su peregrinación a la Meca.



## MESA REVUELTA

El *Warschawskij Dujetnik*, periódico que se publica en Varsovia (Polonia), contiene la descripción de un reloj extraordinario, que será exhibido en la Exposición de Chicago, en cuya construcción ha invertido seis años de incesante labor un relojero de Varsovia llamado Goldfaden.

Representa una estación de ferrocarril, con salones de descanso para los pasajeros, telégrafo y oficina para el despacho de billetes, un paseo exterior y una fuente funcionando. A los lados de la estación se ven rails, casetas de señales, depósitos de agua, cambia-vías; en una palabra, todo lo concerniente á una estación de ferrocarril en Europa.

En la cúpula de la torre central está el reloj, que marca la hora en la localidad, mientras que en las otras dos torres hay un reloj en cada una, que señala respectivamente, la hora de Nueva York y la de Pekín, encontrándose además en ambos un calendario y un barómetro.

Cada cuarto de hora la estación toma vida y movimiento. Primero el telegrafista cumple su misión expidiendo el despacho que significa que la vía está libre. En seguida se abren las puertas del edificio. El jefe de la estación y su ayudante aparecen en la plataforma; el encargado del despacho de billetes ocupa su puesto; los guardas hacen las señales y abren la reja; vese una larga fila de pasajeros pasar ante el despacho de billetes; arrástranse los equipajes; uno de los guardas toca la campanilla, y el tren entra en la estación.

Cuando suena el silbato de la locomotora, el tren se para; un empleado recorre todos los coches y prueba y golpea los ejes con un martillo, mientras otro hace funcionar la bomba de agua para llenar el depósito de la locomotora. Después de una tercera señal parte el tren y se le ve desaparecer bajo un túnel que hay en el lado opuesto.

El jefe de la estación y su ayudante abandonan la plataforma, las puertas del edificio se cierran, los guardas entran en sus respectivas casetas, y vuelve á reinar el silencio y la tranquilidad en la estación.

Quince minutos después se repite la misma escena.

\*\*\*

Desde el reinado del emperador Tsinajos del Japón, este imperio contiene tal vez más perros que ningún otro país del mundo. Durante la vida de aquel monarca (1690) los vecinos de cada calle tenían la obligación de criar cierto número de aquellos animales, alimentándolos y cuidándolos como si fueran seres humanos. Los que morían debían ser trasladados á la cúspide de una montaña, sitio destinado para su sepultura. La causa de este singular cuidado para con los perros era una

idea supersticiosa del emperador, nacido en uno de los doce signos celestes al que los japoneses dan el nombre de *Perro*.

El dueño de un perro le llevaba para enterrarle á la cumbre de la montaña. Como se hallase rendido por el peso del animal, maldecía el día del nacimiento del emperador y la extravagante ley que tanta molestia causaba á toda la nación. Un amigo que le acompañaba, á pesar de que no reprobó sus quejas y su impaciencia, le aconsejó que callase. «Debiendo como debemos obedecer á la ley, díjole, en lugar de lanzar tantas imprecações, más te valiera dar gracias á los dioses porque el emperador no nació bajo el signo del caballo; de ser así, más pesada sería aún tu carga.»

\*\*\*

Se recomienda como muy eficaz contra la dispepsia la siguiente poción:

Agua destilada. . . . .	30 gramos
Acido clorhídrico . . . . .	15 gotas
Pepsina soluble. . . . .	2 gramos
Glicerina inglesa. . . . .	20 »
Jarabe de limón. . . . .	30 »

Se tomará una cucharadita de las de café después de cada comida.

\*\*\*

Las reglas principales que han de tenerse presentes para el destete son las siguientes:

- 1.<sup>a</sup> Se debe cuidar de preparar el niño al destete después de la salida de los primeros dientes;
- 2.<sup>a</sup> El destete debe practicarse durante un período de calma de la evolución dentaria, nunca en plena dentición.
- 3.<sup>a</sup> Se destetará gradualmente.
- 4.<sup>a</sup> No se destetará nunca durante la estación calurosa.

Cuando haya necesidad de destetar prematuramente á un niño, se debe empezar por la leche ó por sopas ligeras, después progresivamente se le acostumbra á una nutrición más sólida. Si en el curso de un destete precoz viniesen á declararse graves incidentes, será preciso recurrir á la leche; es un error querer fortificar los niños dándoles caldo, vino, etc. Esto no puede dar otros resultados que volverlos tísicos ó raquíticos.

\*\*\*

A un aragonés que vendía besugos le preguntaron:

—¿Son frescos?

—Sí.

—Pues si tienen el ojo triste...

—¡Rediós! ¿Hay algún *defunto* que lo tenga alegre?

\*\*\*

En 1877 pusieron en escena en Borja el drama *Ó locura ó santidad*. Al preguntar apurado Lorenzo: «¿Qué dice este papel?» le gritó un espectador:

—¡*Quid* ha de decir, tonto, si te lo han *cambiao*!

\*\*\*

Decía cierto marqués á un gran capitalista:—Sabed que yo soy hombre de *calidad*.—Y el capitalista le contestó:—Y yo soy hombre de *cantidad*.

\*\*\*

Un gran bebedor decía:—Siempre he oído decir que un vaso de vino sostiene á un hombre; pero he bebido más de veinte, y aún no puedo tenerme en pie.

\*\*\*

En algunas asambleas deliberantes lo mismo que en aritmética, los ceros forman las decenas y las centenas.—\*\*\*

\*\*\*

Se escribe la historia con la ceguera del fatalismo, dejándose persuadir de que los sucesos hacen los hombres; siendo, por el contrario, los hombres los que producen los sucesos. Semejante doctrina, que libra de responsabilidad á todo el mundo, debió ser inventada por la cobardía, que procura excusarse, ó por la violencia, que pretende justificarse. La idea (muy falsa)

de que el curso de las cosas de este mundo es irresistible y tiene sus destinos, que no pueden cambiar ni la energía de la voluntad humana, ni la hábil dirección de sus esfuerzos, paraliza el vigor y traba la libertad del genio del bien; y en cambio es el auxiliar del genio del mal, al que deja en completa libertad.—R. B.

\*\*\*

La pompa de los entierros más interesa á la vanidad de los vivos que á la memoria de los difuntos.—LA ROCHEFOUCAULD.

\*\*\*

Para no perder tiempo no leas más que los anales de un solo pueblo; todos los pueblos se parecen.—PITÁGORAS.

\*\*\*

Poca hiel corrompe mucha miel.—PROVERBIO PERSA.

\*\*\*

Para ver monstruos no tienes que ir á África, viaja por un pueblo en revolución.—PITÁGORAS.

\*\*\*

Los hombres prometen según sus esperanzas y cumplen según sus temores.—LA ROCHEFOUCAULD.

\*\*\*

Si quieres vivir mucho guarda un poco de vino rancio y un amigo viejo.—PITÁGORAS.

## RECREOS INSTRUCTIVOS

### XVI

—Lo cierto es que ya el verano se nos va por la posta.

—Todo tiene fin en este mundo, y lo bueno acaba más pronto.

—¿Llama usted bueno á eso de abrazarse vivo?

—Esto es molestia, pero no dolor; sin los calores no podría usted comer fruta, Clarita: ni el trigo maduraría ni sería posible la vida: resignémonos á pasar los menores males que evitan otros más graves.

—¿Y qué vamos á hacer hoy?

—Lo que usted quiera.

—Me parece que sería muy curioso un experimento de física, aritmética ó como se lo quiera llamar; es decir, que convirtiésemos en 8 pesetas un escudo isabelino.

—¿Cómo puede ser eso? ¿y por qué razón ha de ser isabelino?

—Nada más natural: es preciso elegir una moneda cuyo cuño corresponda al de sus múltiplos y divisores; porque como toda la experiencia estriba en un aparente cambio de diámetro de la moneda que nos ha de servir, la ilusión se destruye cuando se ve una moneda de

gran tamaño que lleve la inscripción de otra pequeña y demasiado conocida: y sino á la prueba. Aquí está el escudo isabelino de 10 reales; lo ponemos en el centro de un plato sobero lleno de agua, de modo que quede visible el busto ó anverso de la moneda; luego se toma un vaso de cristal, cilíndrico, de paredes algo gruesas; debajo del vaso puesto boca abajo se quema un fósforo para consumir el oxígeno en el aire que encierra, y colocándolo en seguida encima de la moneda á modo de las copas quebradas de que se sirven los relojeros para cubrir los relojes de bolsillo, el agua sube á ocupar el puesto que desalojó el oxígeno quemado, y cubre la moneda de un modo suficiente para nuestro objeto.

Bueno: ahora viene la física-óptica-aritmética. Pero antes no está de más un poco de *boniment*, como hacen los franceses delante de las barracas de feria, y al cual cubren con las galas... de su imaginación los trapos y los maderos viejos del palacio encantado. Ustedes conocen aquellos antiguos versos

En este mundo traidor  
nada hay verdad ni mentira  
todo es según el color...

—Del cristal con que se mira.  
—Sí, Clarita, las verdades son muy antiguas, pero no envejecen nunca; y esta verdad ahora tiene una aplicación directa á los fenómenos de refracción que vamos á experimentar.



Miremos el escudo en dirección oblicua: he aquí que se ha convertido en una pieza de dos reales.

—¡Qué pequeño parece!

—Bien: pues ahora mirémosla por encima y la vere-



mos en tamaño natural: tenemos, pues, 2 reales + 10; ahora bajemos la cabeza y miremos oblicuamente en una visual inferior al nivel del agua, y aparece el escudo convertido no en hoja seca, como el de que habla Víctor Hugo, sino en una flamante pieza de 5 pesetas, de buena plata, aunque ya sin curso, gracias á la nueva invasión de los *napoleones* disfrazados. Así, pues, tenemos 2 reales + 10 + 20 = 32, ó sean 8 pesetas... de mentirijillas; pero ya lo dijimos, la ilusión puede mucho: ¿no han observado ustedes que cuando se mira por los gemelos de teatro colocando delante de los ojos los cristales de aumento cómo se aparta todo y se hace tan diminuto que hasta da grima verlo? Pues la teoría de nuestras refracciones en el cristal es la misma; los cristales convexos aumentan la imagen y los cóncavos la disminuyen, y así naturalmente hacen aparecer más cerca y más grande, ó más pequeño y más lejos, el objeto mirado al través, según su situación respecto de los ojos.

Pero no se fíen ustedes mucho de las teorías ópticas

porque... ya les contaré otro día los chascos que se llevó el inventor del estereoscopio.

Por hoy contentémonos con nuestra ganancia *fabulosa* que tan poco trabajo nos ha costado.

JULIÁN.

Solución á la charada anterior:

VE-LA-DA

Solución al problema anterior:

3	4	5	6	7	8	9	0	42
4	5	6	7	8	9	0	3	42
5	6	7	8	9	0	3	4	42
6	7	8	9	0	3	4	5	42
7	8	9	0	3	4	5	6	42
8	9	0	3	4	5	6	7	42
9	0	3	4	5	6	7	8	42
0	3	4	5	6	7	8	9	42
42	42	42	42	42	42	42	42	42

### CHARADA

Dice la *primera*, no es *dos* doble y no me allano, y *prima dos* se perdió por levantarse temprano. *Prima* doble, ¡qué torpeza! *Dos primera* ¡pesa mucho! y allí cerca de Hortaleza vi á *dos prima* en un casucho.

LINO CAÑAMÓN.

### LOGOGRIFO NUMÉRICO

1	2	3	4	5	6	7	8
2	7	6	5	6	7	2	
1	4	5	6	7	8		
1	2	7	8	5			
		5	6	5	2		
			4	5	8		
				5	2		
					3		

1, nombre de mujer; 2, color venenoso; 3, terreno elevado; 4, corriente artificial; 5, flor; 6, en el mar; 7, nota musical; 8, consonante.

Comunicado por D. F. V. C., de Oviedo.

### ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y á las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados todos los derechos artísticos y literarios.—IMP. ESPASA Y COMP.<sup>a</sup>

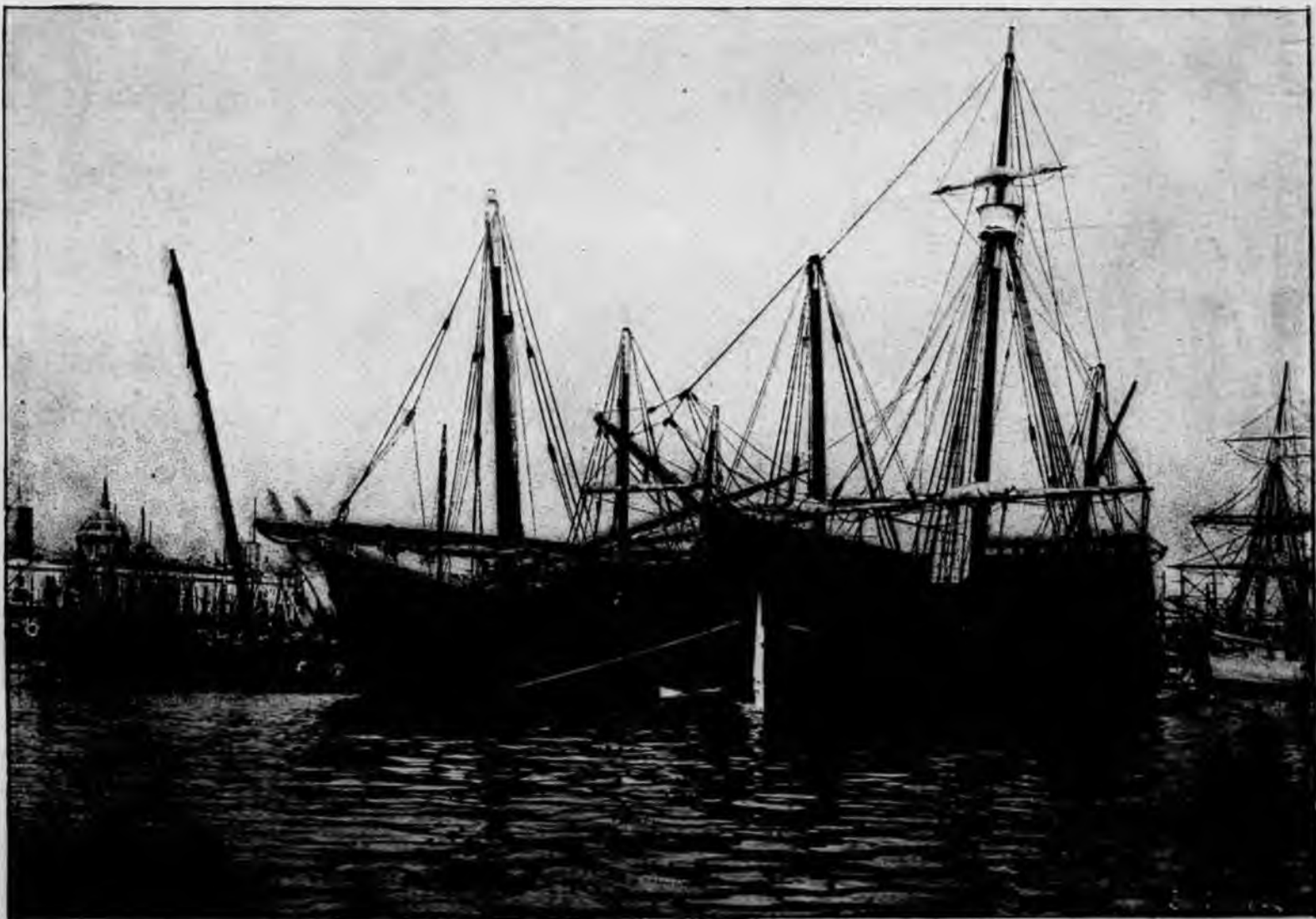


CUARTO CENTENARIO  
DEL  
DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA



LA NAO «SANTA MARÍA»





*Niña*

*Pinta*

**LAS CARABELAS «PINTA» Y «NIÑA»**

(De fotografía instantánea de R. de Valero)







## MEMORÁNDUM

**F**iesta nacional ha sido declarado el 12 de Octubre de este año, en que se celebra el aniversario del descubrimiento de América, por decreto de S. M. la Reina Regente, en nombre de su augusto hijo el rey don Alfonso XIII. El Gobierno ha dejado á la Corona y á las Cortes el resolver si en años venideros ha de celebrarse por idéntica manera esta conmemoración, indudablemente gloriosa para la monarquía y para el pueblo de España. El 12 de Octubre han comenzado los regocijos en nuestra patria para celebrar el cuarto centenario de la fecha en que Colón descubrió el Nuevo Mundo.

\*\*\*

Su centenario ha celebrado este mes el *Diario de Barcelona*, publicación cuya importancia y cuyos servicios no hemos de encarecer, porque son bien conocidos. Contadísimos son los diarios, no oficiales, que han podido llegar al centenario, y por lo tanto es doblemente honroso para dicho periódico la celebración de este fausto suceso. El 1.º de Octubre de 1792 apareció en esta ciudad el primer número del *Diario*. Cuatro páginas comprendía solamente. Comparando este número, que se repartió en facsímil á los suscriptores, con el de 1.º de Octubre de este año, se ve el desarrollo que ha adquirido el periódico y se comprende la justa significación que ahora se le concede.

\*\*\*

Su Santidad el Papa León XIII, atento siempre á propagar la bella devoción del Rosario, devoción genuinamente española, aun cuando se halla extendida por todo el orbe católico, dirigió una preciosa Encíclica á los patriarcas, primados, arzobispos y obispos en la cual expone cuán ardientemente desea que las solemnidades de la Virgen, que se celebran en este mes de Octubre, correspondan á los altos beneficios que de su intercesión recibió la cristiandad, ya haciendo desaparecer el cisma de los albigenses, ora estableciendo, merced al patriarca santo Domingo, la citada devoción del Santísimo Rosario, ó, por fin, salvando en Lepanto al mundo cristiano del poder de los musulmanes que llevaban trazas de invadir otra vez la Europa. Su Santidad dice cuán grato ha de ser para su corazón que el pueblo cristiano ruegue ante

los altares por la Santa Iglesia, combatida con tanto furor por todos sus enemigos, y añade que á la intercesión poderosísima de la Virgen debe los múltiples favores que de Dios tiene recibidos, entre los cuales se cuenta el de haber entrado en el año jubileo de su consagración episcopal. «Que nuestra fiesta jubilar—concluye la sentida epístola pontificia—si es que el Señor nos concede llegar á ella, sea ocasión para todos nuestros amadísimos hijos de recoger abundantes frutos de justicia, de paz, de prosperidad, de santificación y de todo bien, que es lo que suplicamos á Dios en nuestro paternal afecto, y lo que decimos con sus propias palabras: *Escuchadme vosotros, que sois prosapia de Dios, y brotad, como rosales plantados junto á las corrientes de las aguas. Esparcid suaves olores como el Libano. Floreced como azucenas, despedid fragancia y echad graciosas ramas, y entonad cánticos de alabanza y bendecid al Señor en sus obras. Engrandeced su nombre y alabadle con la voz de vuestros labios, y con cantares de vuestra lengua, y al son de las cítaras... Con todo el corazón y á boca llena, alabad á una y bendecid el nombre del Señor.*»

\* \* \*

En odio á la Iglesia católica se ha levantado en Venecia una estatua á fra Paolo Sarpi, no como historiador del Concilio de Trento, sino como defensor, poco indicado á la verdad, de los pretendidos derechos del Estado contra la Santa Sede. Esta inauguración coincidió casi con las fiestas hechas el 20 de Septiembre en Roma, aniversario de la entrada del ejército italiano en la capital del Catolicismo y del despojo hecho á la Santa Sede. A propósito de estas fiestas, que como todos los años han sido una verdadera provocación para el Vaticano, reprodujo un periódico frases y conceptos de los primeros revolucionarios italianos, nada encomiásticos por cierto del suceso conmemorado con ellas. Resaltan entre estos juicios los de Cavour al juzgar que la cuestión de Roma no era de aquellas que debiesen resolverse con la espada, y al afirmar que erigir á Roma en capital de Italia sería una grave falta de grandes y funestas consecuencias. Es muy probable, casi cierto, que la predicción del famoso hombre de Estado italiano se realice dentro de plazo más ó menos largo y que la decantada unidad de Italia sea la causa mayor y principal de su ruina.

\* \* \*

Nos hallamos en la época de las estatuas. No se pasa día sin que se inaugure alguna en Europa, cuando no llegan á media docena las que se levantan en una misma fecha, entre discursos ditirámicos y de mucha música, discursos tanto más campanudos y música tanto más estrepitosa y patriotería cuanto menor es la talla del personaje á quien se dedica el bulto escultórico. Refiriéndose á esta manía, escribe con muy buen juicio lo siguiente un periódico republicano de Ginebra:

«Los escultores, dice, no pueden quejarse de este último cuarto de siglo, que les da tanto que hacer, al menos como el primero. Entonces todo eran estatuas de generales en traje de campaña y alegorías bélicas. Hoy se ven reducidos á esculpir las de *grandes* hombres de todos pelajes y tallas: sabios, artistas, poetas, y sobre todo hombres políticos más ó menos mediocres, que la multitud apenas conoce y cuyos nombres ya tiene olvidados.

»Y para cada uno hay su fiestecilla, su inauguración y su discurso alusivo, que ahora es de cajón pronunciar un ministro, un individuo del gobierno, que hace el viaje expreso para ello. Ya no hay fiesta sin ministro; de manera que la primera cualidad del hombre político moderno es la de tener un físico á prueba de ferrocarriles, banquetes y arengas. Esto puede tal vez explicar por qué hoy abundan tan poco los Richelieu al frente de los asuntos públicos: es que los Richelieu son casi siempre gotosos ó dispépticos.»

Y volviendo á las estatuas, añade: «¿Qué será de tantas como hay erigidas á la ligera á la memoria de un hombre muerto ayer y que unos cuantos amigos creen ilustre? Llegará un día



en que serán tantas como los hombres vivos; pero los hombres vivos mueren y se renuevan, mientras que las estatuas, aun quedando, acabarán tal vez por ser fundidas y convertidas en otras nuevas, ó morirán enterradas para regocijo de las generaciones futuras que las pondrán en sus museos sin tener la menor idea de los insignificantes personajes en cuyo honor ahora se van erigiendo?»

\* \* \*

Congresos se han celebrado en Bruselas y en Marsella, que acaso ayuden ambos al mismo fin de desquiciar aún más la maltrecha sociedad contemporánea. En Roma se celebró hace algunos años el de *antropología criminal*, con la presencia de muchos hombres, á quienes pomposamente se titula sabios, y que continúan la propaganda, hace tiempo inaugurada, en pro de los criminales. Esos antropólogos suprimen el libre albedrío humano, y suponen al hombre moviéndose al impulso de fuerzas que no puede contrarrestar, de donde el que desaparezca su responsabilidad y no haya de castigársele, en consecuencia, por delitos que no le ha sido posible evitar. Esos antropólogos criminalistas, que han celebrado varios congresos y estampado muchos libros, folletos y artículos, entienden que el asesino y el ladrón, y el incendiario y el dinamitero son unos pobrecillos locos, de quienes ha de sentirse lástima, y que han de ser encerrados en una casa de orates y cuidados con el cariño con que se trata á los infelices dementes. En Bruselas, durante este verano, se ha verificado otro congreso de igual clase; mas en éste, afortunadamente, las doctrinas espiritualistas han prevalecido, llegándose á resultados de que puede felicitarse la escuela anti-lombrosiana, que así se llama la opuesta á las teorías del antropólogo italiano Lombroso, sostenedor de las que hemos expuesto brevemente en las anteriores líneas. Por dicha las teorías materialistas de Lombroso y los suyos no han penetrado todavía ni en los códigos ni en los tribunales, porque de ser así la sociedad sería un pandemonium en el que imperarían los malvados de toda calaña.

Allá se van, por lo perturbadoras, con las ideas de los antropólogos, las que sostuvieron los socialistas en el congreso tenido en Marsella, adonde acudió el célebre agitador y diputado alemán Liebnicht. Repudió éste la idea anticuada para él de patria, y dijo que no hay más que dos pueblos en el mundo, el de los explotadores y el de los explotados. Sonaron allí las mismas declamaciones de siempre, porque todos los congresos socialistas se parecen del todo el uno al otro. Como en todos, se demostró la misma antipatía hacia el trabajo de la mujer, á la que se quiere tener alejada de los talleres, sin duda por espíritu de fraternidad y de igualdad. Para lograrlo el día en que triunfasen en mayor ó menor grado sus aspiraciones, decretó el congreso de Marsella la igualdad de los salarios para los dos sexos, con la cual sabe que había de llevar la mejor parte el sexo fuerte, sino impedir por completo la presencia de la mujer en los talleres. «Quizás el mejor medio de demostrar á la mujer del obrero el interés que se tiene por ella, dice un periódico muy atinadamente, hubiera sido condenar enérgicamente y castigar, en caso necesario, el delito social por excelencia, el del padre de familia que disipa en la taberna lo que ha ganado durante la semana, el dinero sagrado que debería destinar á la subsistencia de su mujer y de sus hijos. Mas de todos los vicios de la sociedad moderna éste lleva trazas de ser el más duradero. ¿Quién se atreverá á atacarlo? Se temería demasiado perder soldados adictos y sobre todo malquistarse con los señores taberneros.» ¡Cuán acertado va el periódico del cual sacamos estos párrafos, porque en realidad de verdad el vino y el juego, sostenidos por la incredulidad y el materialismo, están corroyendo á la sociedad contemporánea y sobre todo á las clases jornaleras!

\* \* \*

Los delitos contra las creencias religiosas, que miran con tanta indiferencia las naciones neo-latinas, son castigados severamente en Alemania, en Inglaterra y en los Estados Unidos.

Recientemente ha sido condenado en Prusia el autor de un opúsculo titulado *La Santa Túnica*, por el modo irreverente con que habló de la Sagrada Reliquia, que se conserva y se venera en Tréveris y cuya exposición, en el año anterior, atrajo á aquella antigua ciudad romana centenares de miles de peregrinos de todas las partes del mundo.

\* \* \*

Un español, el P. Martín, ha sido nombrado hace poco General de la Compañía de Jesús, de la que han salido tantos santos y tantos sabios, y que tanto han contribuido con su evangélico celo á la cristianización de todos los países del orbe. El P. Martín, hijo de un pueblo de la provincia de Burgos y gran teólogo, desempeñaba ya el cargo de vicario al lado del general de aquella ilustre Compañía, y de seguro figurará entre sus más claros varones.

B.



## MANOLITO GAZQUEZ



principios del siglo, y en una de esas hermosas tardes de invierno peculiares de Sevilla, paseaba á orillas del Guadalquivir un hombre de menos que mediana estatura, escasos y plateados cabellos, sujetos por flotante listón negro, ojos saltones, rostro simpático, con más grasa que arrugas, á pesar de que su dueño había dejado muy atrás los setenta. Llevaba terciada con garbo la negra capa, por debajo de la cual asomaban dos fuertes y bien contorneadas pantorrillas, cubiertas por medias de hilo con bordados, metidos los pies en zapatos escotados con hebillas de plata. Frente de Triana había un grupo, al que se dirigió; y al llegar quitóse la capa, la puso sobre unos maderos allí amontonados, bajados desde Segura por el río, y tomó asiento no sin haber dicho antes:

—La paz de Dios sea con ustedes.

—Siga la lectura.

—Sírvasse, don Manolito, dar-me su ochavo.

El recién llegado lo sacó del bolsillo y pagó su escote al suscriptor á uno de los cinco ejemplares de *La Gaceta* que en aquel entonces se recibían en Sevilla, quien cobraba dos maravedises á cada oyente por leérsela. Narraba el número del periódico oficial la batalla de Austerlitz, y con la boca abierta todos escuchaban, dando frecuentes muestras del asombro que les causaba el relato de aquel hecho de armas, en el que habían combatido tres emperadores, venciendo Napoleón á los de Austria y Rusia. Terminada la lectura sacó un diminuto mapa de Europa el suscriptor á *La Gaceta*, y el más entendido del grupo buscó, con la punta de un alfiler, el sitio donde se libró la batalla, operación que don Manolito seguía atento después de haber montado sobre sus narices las gafas que sacó de un estuche de latón; y cuando el alfiler se paró, dió suelta á su entusiasmo, exclamando:

—¡Aquí fué, aquí es donde se batieron! Vean ustedes al señor general que toca ataque, y aquí están las cantineras que venden tajadillas á los soldados.

Y siguió describiendo los incidentes de la batalla, señalando con el dedo los puntos donde habían ocurrido, sólo equivocándose en centenares de leguas; pero ni él lo notaba ni en ello se fijaban los que le oían, embelesados por el relato del viejecito, que en realidad veía lo que describía; y si para ello le dan motivo, acaba por decir y creer que estuvo en Austerlitz, nombre que pronunciaba estropeándolo, como casi todas las palabras, pues aun con ser andaluz resultaba original su acento, porque á más de ser graciosamente balbuciente, no había *çeta, erre, ele ó de* que saliese bien librada de sus labios.

Un joven de veinte años, espaciosa frente, aspecto distinguido, en cuya mirada había ese algo divino del hombre superior, se acercó al grupo atraído por su pintoresco aspecto, y llegó á tiempo de oír la narración de don Manolito; y una vez terminada preguntó al que tenía al lado:



—¿Quién es ese hombre?

—Bien se conoce, señor don Alberto Lista, que metido usted en libros, en los problemas de matemáticas y en componer esos versos tan bonitos, no le queda tiempo para pasar por la calle de Gallegos, donde hay un obrador de latonero cuyo dueño es el sujeto por quien usted pregunta.

—¡Manolito Gázquez!

Y como Lista convirtiera en exclamación el nombre y apellido del Asombro de Andalucía, éste le oyó y dijo:

—Yo soy, para lo que su merced guste mandarme.

—El mandado será yo, con mucho gusto, en particular si don Manolito me permite ir á su obrador; y como no gasto coche, no corro el riesgo de que las mulillas se espanten, si es verdad lo que me contaron de cierta portentosa obra de usted.

—Muy verdad, y el caso sucedió así: hice un velón, labré cabezas de leones en los mecheros, y pareciéndome que la labor merecía ser vista, la puse á la puerta como muestra de mi oficio; y como á poco pasara un coche, las mulas se pararon espantadas delante de mi tienda; y á pesar de los gritos y latigazos del cocheró, nada; hasta que, comprendiendo yo lo que aquello era, retiré el velón y las mulillas pasaron.

—Caso estupendo, dijo Lista.

—Nada es si se compara con otros que le sucedieron, añadió un montañés establecido en la calle de las Sierpes, donde tenía taberna famosa por la finura del vino blanco de Huelva. ¿No sabe el señor don Alberto cómo fué á Cádiz?

—En buen potro, si fué en tiempo de su juventud, y en pacífica mula, si el viaje es reciente.

Don Manolito sonrió enseñando su cabal dentadura y así habló:

—En dos horas fui á Cádiz desde Sevilla nadando, y esto pasó cuando la guerra con el inglés. Me llamó el general y me dijo si quería llevar cierta orden. Yo me echo al agua al anochecer en la Torre del Oro; meto el brazo, saco el brazo y estoy en Tablada; meto el brazo, saco el brazo y llego á Sanlúcar de Barrameda; meto el brazo, saco el brazo y héteme en Rota; y de allí, como una lanzadera, caigo en Cádiz, tan á tiempo, que si tardo un segundo más quedo fuera, porque al entrar por la Puerta de Mar tiraban el cañonazo y tocaban la retreta y luego cerraron. ¡Digo, señores, si me descuido!

—¿Qué pasa si se descuida, don Manolito? preguntó un mozo de aire galán y desembarazado, con capa de paño de Grazalema, cuyos embozos sujetaba con gracioso remangue.

—Guarde Dios al señor Pepe-Hillo, exclamaron regocijados los del grupo al ver al famoso torero.

—Tienda la capa y tome asiento, que pocas ocasiones han de presentarse de reunir al Asombro de Andalucía y al rey de los matadores.

—No puedo, aunque bien quisiera, pero estoy citado para tratar de la próxima corrida, á la que espero no faltará mi amigo don Manolito.

—¡Qué he de faltar, señor Pepe!

—Aunque sólo sea para decirme, como en la última: «Quítese de allá el señor Pepe: no sabe el mosquito que tiene delante. Oiga usted dos palabras del maestro de los toros.»

—Oiga tres el señor Pepe, replicó Gázquez: algo sabré de lances de toreo cuando todos piden mi parecer y el andamio donde tomo asiento vale doble.

—Eso es verdad; pero las lecciones, don Manolito, se dan á la cabeza del toro, y á ver cómo en la próxima corrida baja á dárme las. Sea Dios con ustedes, que me esperan.

Dicho esto saludó con la mano y se alejó riendo.

—Vaya si bajaré si es necesario, exclamó Don Manolito, y no sería la primera vez. ¡Qué corrida tan mala aquella! Si ya no hay hombres en Sevilla, y hasta el señor Pepe se había



convertido en señorita; y á no ser por don Manolito, ¿qué hubiera sido de la cuadrilla? El toro había barrido ya la plaza; dos de á caballo rodando; los peones en las vallas y el señor Pepe enfrontado por la fiera. Al ver el peligro, me echo á la plaza, y el toro se dispara hacia mí y me arremete, dejando al señor Pepe; y muy sereno le meto la mano por la boca al bicho, y de pronto lo vuelvo como una calceta, poniendo la cabeza donde tenía el rabo. El toro salió más disparado que antes y fué á dar ciego en el burladero que tenía enfrente, y se estrelló, y dos mulillas vinieron por él.

—Aunque no lo hubiese vuelto don Manolito como una calceta, dijo Lista, no corría peligro.

—¿Cómo no?

—Con trenzar en el aire se queda la fiera mirándole como gato á la mosca.

—Sé á lo que se refiere: una noche estaba yo en la tertulia de una condesa y allí habían bailado ciertos italianos bastante bien. Don Manolito no quiso bailar aquella noche, pero las señoras me rogaron tanto que al fin sall haciendo mi reverencia y mi paseo. Comienzan á tocar y yo á figurar y trenzar; ellos tocando y yo trenzando y dando con la cabeza en el techo; todos mirando, y yo trenza que trenza. Las señoras: «Manolito, bájese usted;» y Manolito trenza que trenza. Cuando concluí, por gusto saqué el reloj; quince minutos estuve en el aire.

—Si en el baile es maestro, no hay quién le aventaje en la esgrima.

—Ese ha sido mi fuerte. Yo soy discípulo de dos discípulos de Carranza y Pacheco. ¿Se acuerdan ustedes de las famosas lluvias del año 76? Pues en una de aquellas noches de diluvio estaba en la tertulia de una señora marquesa, y todas las señoras se habían retirado en sus coches menos una condesita y su hermana, que no podían irse porque no había llegado la carroza. Aquellas señoras se afligían y querían irse, y ¿qué hace Manolito? Saca la espada y dice: «Señoras, pónganse á mi lado.» Y Manolito, con la espada da á la lluvia: ¡taz! ¡taz! ¡taz! Tercia, cuarta, prima. Siempre con el quite y el reparo llegamos á palacio. Ni una gota de agua había podido tocar á las señoras, y dejábamos atrás ahogándose la Giralda.

Dicho esto levantóse don Manolito, terminó la tertulia, y don Alberto Lista, que á los trece años daba lecciones de matemáticas, á los quince era profesor de la sociedad sevillana Amigos del País, á los veinte catedrático en el colegio de San Telmo, y más tarde debía serlo en la universidad de Sevilla y maestro de los más famosos literatos de nuestra época, pasó el puente en demanda del barrio de Triana, donde había nacido, riendo lo oído á Manolito Gázquez, y formando el propósito de visitarle al día siguiente en su obrador de la calle de Gallegos. Lo cumplió después de comer, y llegó en ocasión en que don Manolito, que estaba muy ocupado en pulimentar unos preciosos clavos de ancha cabeza y singular traza, daba órdenes, en tono de general que manda una batalla, al único oficial que había en la tienda, que en años aventajaba á Gázquez y en gracia no se quedaba corto, como lo demostró al replicarle; réplica que fué comienzo de diálogo rápido, sostenido sin suspender un momento la labor, en el que las palabras y conceptos salerosos estallaban como cohetes en fiesta de pueblo.

—Ave María Purísima, dijo don Alberto.

—Sin pecado concebida, contestó don Manolito. Tome asiento y no extrañe que siga en mi tarea, pues me urge terminarla.

—Son muy hermosos esos clavos.

—El Gran Turco me los ha encargado. Catorce cajones llenos de ellos hay ya en el río: ¿y no han de ser hermosos si van á servir para la Puerta Otomana?

A pesar de lo que la tarde anterior había oído, Lista quedó atontado ante el trabucazo, y exclamó:

—¿Sabe don Manolito lo que es la Puerta Otomana?

—La del palacio del Gran Turco. ¿No sabía usted eso?

—Lo ignoraba; pero sé que tengo sed y le estimaré que me dé una poca de agua.

—¡Doña Teresa! gritó Gázquez.

A través de la puerta que había en el fondo de la tienda se veía el patio, con su fuente, una parra y muchos tiestos, limpios y bien cuidados; y en él apareció una mujer que de los sesenta pasaba, aseada y con restos de la mucha gentileza que debió tener en sus mocedades.

—¿Qué quiere mi marido? preguntó.

—Doña Teresa, bajad la jarra de oro con agua fresca; y si no está á mano, venga la de plata ó la de cristal; y si ninguna se encuentra, traed la de barro.

Desapareció la mujer para volver al poco rato con la jarra y un vaso.

—La de barro es, dijo don Manolito; pero por esta vez disimularé el señor Lista, puesto que se le sirve con buena voluntad.

Apenas había bebido don Alberto cuando entró un sacerdote de respetable aspecto y no entrado en años, don Manuel López Cepero, aficionado á las Bellas Artes, coleccionador de cuadros, que debía ser senador del reino y deán de la santa iglesia de Sevilla. Al verle se levantó Lista y le besó la mano.

—Escasa es la tertulia de hoy, observó Cepero.

—No há mucho se fueron unos cuantos de la nobleza que aquí se han pasado el rato.

Lista miró á Cepero, y comprendiendo éste la mirada de duda, dijo:

—A este obrador viene la gente principal de Sevilla, y á veces los forasteros, atraídos por la conversación de don Manolito, que es admitido en las tertulias aristocráticas y solicitado para que á ellas concurra.

—Le molestarán á usted, porque le impedirán trabajar.

—No lo crea usted; pasa lo que ahora, que sigo la conversación sin abandonar la tarea.

—A su edad le cansarán las tertulias.

—¿Qué edad me supone?

—Setenta años.

—Paso de los ciento.

—¿Qué ha de pasar usted, si debió nacer alrededor del año 30!

—¡Si sabré cuándo nací! Yo estaba y usted no, y sé de eso más que usted. Para convencerle le daré una prueba que no admite réplica. ¡Doña Teresa! gritó. Traed los zapatos de gala.

Un par de charol muy historiados trajo la mujer, y tomándolos Gázquez los mostró orgulloso, diciendo:

—Con ellos me engalano las fiestas, y les tengo en mucho, porque los usé por primera vez el día que casé con doña Teresa, hace ochenta años. Si tuviera sólo setenta me habría casado diez años antes de nacer. Para que no se me olvide voy á hacer al señor Cepero un obsequio que sé ha de agradecerme.

—¿Un clavo de los que me dijo fabricaba para la Puerta Otomana?

—Cosa mejor. Monedas de aquel rey de que hablaban el otro día.

Mientras don Manolito iba pausadamente al mostrador y tiraba del cajón, quiso saber Lista de qué monedas se trataba.

—Del emperador Othon que, como sabe usted, son rarísimas, contestó Cepero.

A él se acercó Gázquez abierta la mano, en la que tenía unos cuantos ochavos borrosos, y le dijo:

—Guárdelos usted, pues según cálculo son de ese rey *Atún* primero.

Se echó á reír Cepero y exclamó:

—¿Se las han dado á usted esos moros con quienes le ví ayer frente al Ayuntamiento?

—No, señor: me preguntaban dónde hallarían higos chumbos, que es lo que comen en su tierra para merendar, y como me conocían de Tánger, me llamaron, porque no había quien les entendiese.

—¿Usted habla su lengua? preguntó Cepero.

—¡No he de hablarla si he recorrido toda la Morería!





ARMADURA DE COLÓN, EN LA ARMERÍA REAL DE MADRID

TOMO I.—78.

—Le tengo cogido, porque me tiene dicho que no ha pasado el mar, y para ir allá es necesario rodear medio mundo ó embarcarse.

—Pues en África he estado, y á la Morería se puede ir por tierra, como yo he ido. Muéstreme esa bola en que está el mundo pintado, y le diré por dónde me llevó un arraez que era grande amigo mío.

Picado de curiosidad Lista por ver cómo don Manolito salía del apuro, recordó que á la entrada de la calle de las Sierpes había un librero que tenía un globo terráqueo, y por él fué. Lo entregó á Cepero, que lo presentó á Gázquez, quien con mucha pausa se metió la mano en el bolsillo de la chupa, sacó el estuche de latón de los anteojos que convirtió en jinete de sus narices, y mirando con mucha atención y seriedad el globo, preguntó:

—¿Dónde anda por aquí el África?

Cepero la señaló con el dedo.

—Bueno. ¿Y España?

—Aquí.

—Está bien. Muéstreme dónde está el cabo de Gata.

—Aquí lo tiene usted.

—Pues bien: España parece una acera y África la otra mitad del Mediterráneo, que es la calle; y desde el cabo de Gata sale para la acera de enfrente un caminito oculto que no lo saben más de cuatro, y por él fuimos á la Morería mi amigo el arraez y yo.

Y esto dicho, se quitó las gafas y volvió á su tarea de pulimentar los clavos destinados á la Puerta Otomana, con lo cual la cuestión quedó concluída, y á poco se despidieron Lista y Cepero de don Manolito.

—¿Sabe usted, señor don Manuel, le dijo don Alberto, cuando estuvieron en la calle, que es hombre digno de estudio el latonero? Opino que ve lo que dice.

—Así es. Le trato hace tiempo, y afirmo que, aunque tiene fama de embustero, nada es más ajeno á su carácter que la mentira. Lo que cuenta es efecto de una imaginación que no ha hallado materia ni pábulo en que ejercitarse con utilidad. Si Manolito Gázquez hubiese recibido educación literaria y cultivado las dotes que le dió la naturaleza, en vez de la fama ridícula de embustero, que le dan los que no le conocen, dejaría nombre de ingenio sobresaliente. Casi llorando ha dicho muchas veces que, si le hubiesen enseñado á leer y á escribir, hubiera sabido más que Séneca, y es lo cierto que concurre á todos los actos literarios con el objeto de quedarse con alguna idea, que reviste después con colores maravillosos. Es hombre laborioso, de costumbres puras, á quien jamás se le ha oído palabra torpe. Ha sido aficionado á la caza y hace gala de su habilidad en tocar el fagote, en particular en los rosarios.

—Sospecho, dijo Lista, que andando los tiempos Manolito Gázquez se convertirá en un mito y que los que tengan noticia de su existencia la tendrán equivocada, suponiendo que fué chacharero y holgazán, corredor de calles y plazas el honrado y laborioso latonero, que en la exageración llega al múltiplo, y que como los poetas se identifica con las situaciones que su imaginación crea.

En eso llegaron frente á la portentosa catedral, y Cepero dijo á don Alberto:

—Vaya con Dios el señor Lista, que yo entro en la iglesia á rezar á la Virgen.

—Igual es mi propósito, don Manuel, que necesitamos estamos de la intercesión de nuestra Santa Madre.

—Hanme dicho, don Alberto, que piensa usted abrazar el estado eclesiástico.

—Por ahí he de acabar.

Manolito Gázquez murió en Sevilla por Abril del año 8, contando próximamente ochenta de edad.

TEODORO BARÓ.

# LA MIEL

## I

### LA MIEL NATURAL.

La agricultura acaba de sufrir una verdadera transformación en Bélgica; las antiguas colmenas de paja se han sustituido ó están próximas á ser sustituidas por lindas habitaciones de paredes móviles en las que encuentran las abejas los estantes ó depósitos ya dispuestos para recibir la miel. Los antiguos sistemas de cría, producción y extracción se han sustituido por ingeniosos procedimientos que tienen por objeto propagar las abejas en lugar de destruirlas parcialmente cada año, obtener un rendimiento continuo de miel y mucho más abundante, recoger la miel más cómodamente y sin necesidad de matar las abejas, destruir los depósitos y dejar en ella gran número de impurezas que impidan sea de mejor calidad.

Consecuencia de todo esto es que dentro de muy poco tiempo la miel bajará de precio y la cera aumentará; para demostrarlo es indispensable dar algunos pormenores. Hasta hoy día se cultivaban las abejas del modo siguiente: al fin de cada estación, y después de haber ahumado las colmenas de paja, extraía el apicultor de las mismas los depósitos llenos de miel; después de haberla recogido la vendía juntamente con la cera producida por los estantes; alguna vez llevaba las colmenas enteras á un droguista ó á un negociante especial, que lo compraba todo junto á peso y procedía en seguida á la selección, y ambos destruían los depósitos ó estantes. Este sistema presentaba numerosos inconvenientes, entre los cuales mencionaremos los siguientes:

1.º Era indispensable ahumar y hacer perecer una parte considerable de abejas, disminuyendo de este modo el enjambre en la anualidad siguiente.

2.º Se obligaba á las abejas á que construyeran al principio el año sus estantes, verdaderos almacenes de miel. Sin contar el tiempo empleado en la fabricación, puede calcularse fácilmente la pérdida que de ello resultaba, observando que para fabricar un nido de cera, la abeja empleaba la quinta esencia de 7 á 8 kilos de miel.

3.º En fin, el sistema de extracción por medio de la destrucción de los estantes producía una miel impura, en la que se hallaban mezclados, con polvos inertes, el polen de las flores y los alvéolos.

En la actualidad, en vez de hacer perecer las abejas, se emplean toda clase de medios, á fin de aumentar su número y al mismo tiempo la producción. Se les ahorra trabajo y con ello se favorece el rendimiento de miel, procurándoles, como acabamos de indicar, los estantes ya dispuestos. Éstos, fabricados mecánicamente, se componen de cera estampada, pegada á las paredes móviles y dispuestas según las reglas de la nueva escuela; con ellos la extracción de la miel es muy fácil y se emplea para ello cierto número de extractores mecánicos. Conviene hacer observar aquí dos cosas: primera, que con el nuevo sistema aumentará considerablemente el número de colonias, que al propio tiempo aumentarán de población, y por consiguiente serán más productivas,

y que la cantidad de miel producida estará en razón directa del tiempo ahorrado con la aplicación de los estantes de cera estampada. En cambio el empleo de éstos dará lugar á la consumación de cera impura y al mismo tiempo extinguirá la producción de la cera procedente de la abeja, y es indudable que siendo más abundante la miel y más rara la cera, el precio de la primera bajará, al paso que subirá el de la segunda.

A fin de complacer á los lectores que tengan un especial interés en conocer estas instrucciones, añadiremos algunos datos estadísticos y otros detalles referentes á esta materia. La *Fédération apicole du Hainaut* cuenta en la actualidad con cerca de 1,200 individuos, entre los cuales hay dos terceras partes que son apicultores entusiastas: éstos representan por lo menos  $800 \times 3$ , ó sea 2,400 colmenas esparcidas por toda la provincia, y partidarios como son de los nuevos procedimientos, pueden proporcionar anualmente por término medio  $2,400 \times 30 = 7,200$  kilos de miel. Adviértase que tomamos por base en los anteriores cálculos que cada apicultor posee tres colmenas, y que éstas producen 30 kilos de miel, cuyas cantidades no son exageradas. Entre los 7,200 kilos de miel no debe contarse la producción de los que no están asociados y la de los apicultores que poseen 10, 15, 20 ó más colmenas, que es, sin duda, muy superior á la calculada. Y sólo nos ocupamos del Hainaut.

Aquella asociación establece cada mes un mercado de miel á Charleroi; se paga á 2 frs., 2 frs. 25 cents. y hasta á 2 frs. 50 cents. el kilo, incluyéndose el frasco. Se dirá que es algo cara, y no falta razón para ello; pero forzoso es reconocer que no puede compararse la miel del país garantizada y pura, por la cual la asociación se obliga á hacer el análisis gratuitamente, con la miel de Chile, que llega impura y de mil modos falsificada. Por lo demás estamos seguros de que el precio bajará cuando la oferta venga á ser superior á la demanda.

## II

### LA MIEL ARTIFICIAL.

No conociendo los profanos los misterios de la química, deben imaginarse por lo general que debemos á los himenópteros la producción de toda ó casi toda la miel de la que se hace en París (y fuera de París) un consumo tan extraordinario. Pues bien—siento mucho tener que quitarles esta ilusión—los profanos se engañan lastimosamente.

De entre los millares de elegantes y lindas vasijas cuyo aspecto es ya por sí solo un aperitivo, que se creen provistas de miel natural y pura (*procedencia legítima*) que adornan los escaparates de las especerías *fin de siècle*, hay probablemente un gran número—una quinta ó una cuarta parte, tal vez la mitad—que sale de los laboratorios sin haber tenido apenas relación con las colmenas. El brillante oro que centellea al través de las facetas de cristal tallado no siempre es obra de las abejas; muy á menudo es obra de los químicos, que de este modo expenden la piedra filosofal, es decir, hoy se elabora artificialmente la miel, del mismo modo que se fabrica la crema, la vainilla, el almizcle, las trufas y el café. En una época en que Cette y Bercy



han llegado á ser las más productivas bodegas de Francia, en las que el vino de *maque* mana en grandes cantidades sobre el zinc, ¿cómo admirarnos de hallar el monte Himeto transformado, por la magia científica, en una fábrica de miel en Montmartre, en el barrio de Saint-Antoine ó en Menilmontant, y hasta verla en el llano de Saint-Denis al lado de las manufacturas de abonos?

No se trata, como tal vez pudiera creerse, de un invento alemán. Es verdad que cuando se reunió el último Congreso de la Asociación bávara de los representantes de la química aplicada, — en Munich, si no me engaño, — á últimos del pasado Julio, un farmacéutico llamado Weigle intentó poner á la venta un producto químico de su invención, bautizado con el nombre de «miel de azúcar», que debía sustituir, según aseguraba, la miel natural; pero resulta que el tal Weigle no es más que un plagio que falsificaba el mismo fraude. No puede negarse que es á un francés á quien pertenece de derecho y de hecho el honor de haber fabricado desde el año 1874 (hace 18 años) las primeras muestras de miel artificial de azúcar; en todo caso, tengo á la vista un número del *Cosmos*, en el cual uno de nuestros primeros químicos, M. E. Manmené, no tan sólo reivindica la paternidad del invento, sino que por añadidura pone del modo más desinteresado la receta á disposición de los aficionados.

No puedo menos que reproducir esta sencilla pero curiosa fórmula:

«Disuélvase azúcar común, refinado ó cande con agua acidulada en una milésima de ácido sulfúrico, y en cantidad equivalente en peso á cinco ó seis veces el del azúcar. Hágase hervir esta disolución durante cinco minutos. Elimínese el ácido sulfúrico por medio del carbonato de barita puro, para lo cual se empleará una regular cantidad. Filtrese y evapórese en el vacío.»

He ahí todo el secreto.

Por este procedimiento se obtiene una miel incolora, del todo parecida, por lo menos bajo el punto de vista de la composición molecular, á la miel de las colmenas, con la sola diferencia de faltarle el sabor y el perfume de ésta. Pues bien, para que tome esta fragancia *sui generis* que las abejas, más hábiles que los químicos, saben extraer directamente con el azúcar del cáliz de las flores, bastará únicamente añadir un 2 por 100 de miel verdadera.

El modo de hacerlo, como se ve, está al alcance de los más torpes.

Por lo demás, es de resultado tan seguro, que los más inteligentes se engañan fácilmente. Tratando de esta materia cuenta M. Manmené una graciosa anécdota. Un comerciante de la calle de la Verrerie, habiendo sometido á un experto comisionista cuyo paladar era reputado infalible, dos muestras de miel, suponiendo las dos naturales, y suplicándole le dijese cuál de ellas era la mejor, le manifestó que había una que era verdadera y dió la preferencia precisamente á la falsificada. No puede esperarse de un producto químico un triunfo más completo, y no deja de tener razón M. Manmené cuando asegura que su miel es indudablemente mejor que la natural.

Además de ser más azucarada que la de origen animal y más azucarada hasta que el más excelente

azúcar común, tiene la miel artificial otras ventajas. En primer lugar, puede comerse hasta la saciedad sin peligro de indigestión, lo cual constituye una cualidad inapreciable, en particular para los golosos; además, así como ciertas mieles naturales, como, por ejemplo, la del Brasil, toman de las flores de donde proceden algunas propiedades tóxicas, la artificial no puede ofrecer nunca semejante peligro.

Si con todas estas indiscutibles ventajas no alcanza la miel artificial mejor éxito, si no ha dominado por completo en el mercado, débese únicamente á que el azúcar de que procede desde mucho tiempo se paga muy caro. Hacía necesario la quiebra de las fábricas de azúcar y la depreciación que ha seguido para hacer de su fabricación una empresa comercial y provechosa.

Pero, hoy día, nada impide que la pseudo-miel tome en el comercio un lugar parecido al que ocupan las mantecas y la margarina; hay, sin embargo, una diferencia, la margarina, hasta la *extra*, la que no envenena á los consumidores, nunca podrá sustituir á la manteca natural, mientras que la falsa miel llegará á ser indudablemente bajo todos conceptos superior á la miel verdadera.

Por otra parte, gracias al invento de la estearina de Chevreul, ya no tendremos jamás necesidad de la cera. He aquí, pues, que hoy día es muy posible que la miel llegue á ser sólo un objeto de lujo y de curiosidad... Afortunadamente queda á la abeja una función importante, señalada por Darwin, y que hace de ella uno de los elementos más esenciales de la fortuna agrícola del género humano: la fecundación de las plantas útiles... En efecto, los insectos en general, y en particular las abejas, transportan el polen de flor en flor y son los más activos colaboradores de la vida vegetal. Es tan importante bajo este punto de vista el papel que desempeñan por lo que se refiere á los cereales, las viñas y los prados, que observadores tan experimentados como M. Eugenio Jobard han afirmado que el desarrollo metódico y racional de la apicultura podría producir una verdadera revolución en nuestra industria agrícola, duplicando la producción de los pastos, la vinícola y la frutal de Francia.

A decir verdad, creo que no puede llegar á una revolución económica, pues se trata sólo de un pequeño círculo comercial, y únicamente interesaría á los especieros y apicultores; hay, sin embargo, en este fenómeno industrial materia de estudio para los más profundos pensadores.

La química, que ha realizado ya la síntesis de todos los compuestos inorgánicos, desde las rocas más refractarias hasta los gases más expansivos, desde el granito y la esmeralda hasta el ozono, se fija ahora en los compuestos orgánicos.

Después de la urea, del ácido fórmico, de la quina, del anil, las peptonas, el azúcar de huila, el almizcle artificial, ahora nos llega la miel de laboratorio preparada con vitriolo, equivalente é idéntica, pero superior á la miel vegetal. ¿Qué diremos de la síntesis de la albúmina y de las materias protéicas, qué de la reproducción artificial de la bilis, de la leche, de la saliva, del sudor, de la linfa y del jugo gástrico? ¿Cuánto tiempo tardaremos en saborear el *beefsteak* artificial?

Dios quiera que sea tarde.

EMILIO GAUTIER.



## RECUERDOS DE UN GRANDE HOMBRE <sup>(1)</sup>

### I

#### EL NIÑO HAMBRIENTO

A media legua de Palos,  
sobre una mansa colina,  
que dominando los mares  
está de pinos vestida,  
de la Rábida el convento,  
fundación de orden francisca,  
descuella desierto, solo,  
desmantelado, en ruinas.

No por la mano del tiempo,  
aunque es obra muy antigua,  
sino por la infame mano  
de revueltas y codicias,  
que á la nación envilecen  
y al pueblo desmoralizan,  
destruyendo sus blasones,  
robándole sus doctrinas.

De este olvidado convento,  
ante la portada misma,  
en la llana plataforma,  
sitio de admirable vista,  
una mañana de Marzo,  
mientras que solemne misa

en la iglesia se cantaba,  
y escaso concurso oía,  
tres y medio siglos hace,  
para gloria de Castilla,  
apareció un extranjero  
de presencia extraña y digna.

En aquel punto acababa  
de llegar allí; vestía  
justillo de roja tela,  
aunque usada y vieja, fina.

Un manto de lana pardo  
con mangotes y capilla,  
un birrete de velludo  
y de orejeras caídas,

unas portuguesas botas,  
más enlodadas que limpias.

Y bajo el brazo pendiente  
un zurrón, saco ó mochila,  
donde un pequeño astrolabio  
una brújula marina,  
un libro de devociones  
y unos pergaminos iban.

Despejada era su frente,  
penetrante era su vista,  
su nariz algo aguileña,  
su boca muy expresiva;  
proporcionados sus miembros,  
y su edad, si no florida,  
tampoco tan avanzada  
que llegase á estar marchita.

Con el cariño de padre,  
de la mano conducía  
un cansado y tierno niño,  
de belleza peregrina.

Pues en su cándido rostro  
de rosa y jazmín lucían  
dos nobles ojos azules  
llenos de inocencia y vida;  
y desde su ebúrnea frente  
por su cuello descendían

(1) Esta composición la dedicó su autor á su sobrino, el excelentísimo señor don Cristóbal Colón y La Cerda, marqués de la Jamaica.

los cabellos anillados  
que el sol miró con envidia.  
Ser dijérase el modelo  
que de Urbino el gran artista,  
en los ángeles copiaba,  
que tanto encanto respiran.  
Y de su gallardo padre  
á la sombra parecía  
un lirio fresco y lozano  
que nace al pie de una encina.

—  
Este extraño personaje,  
con esta criatura linda,  
taciturno paseaba  
con facha contemplativa.

Ora por el mar de Atlante  
que rizaban frescas brisas,  
como buscando una senda  
giraba ansioso la vista.

Ora allá en el horizonte  
de Occidente la punta,  
cual si algún objeto viera,  
inmóvil, clavada, fija.

Y ya al cielo una mirada  
de entusiasmo y de fe viva  
daba, animando su rostro  
una inspirada sonrisa;  
y ya de pronto, inclinando  
la frente á tierra, teñían  
melancólicos colores  
sus deslustradas mejillas.

De sus hondos pensamientos  
y de su inquietud continua,  
sacóle la voz del niño  
que pan y agua le pedía;  
pues en cuanto oyó su acento  
y vió su afición, se inclina,  
tierno le toma en los brazos,  
lo consuela, lo acaricia.

Y diligente se acerca  
á la abierta porteria,  
á demandar el socorro  
que aquel ángel necesita.

Recíbele afable un lego,  
que entre en el claustro le indica,  
y que en un escaño espere  
mientras él va á la cocina.

—  
Fray Juan Pérez de Marchena,  
guardián entonces por dicha,  
junto á los viajeros pasa  
volviendo de decir misa,

y curioso contemplando  
su apariencia peregrina,  
informóse del socorro  
que cortésmente pedían.

Y por un secreto impulso  
que en favor de ellos le anima,  
inspiración de los cielos  
que su nombre inmortaliza,

ó porque era religioso  
de caridad y de eximia  
virtud, y muy compasivo  
con cuantos allí venían,  
á aquellos huéspedes ruega  
que en su pobre celda admitan,  
parte de su escaso almorzo  
y descanso á sus fatigas.

Aceptado fué el convite,  
y por la escalera arriba,  
el religioso delante  
y el hijo y padre en pos iban,  
formando un sencillo cuadro,  
cuyo asunto ser dirían  
el talento y la inocencia  
con la religión por guía.

DUQUE DE RIVAS (1).

(Continuad.)



(1) Los romances históricos del duque de Rivas, dice el padre Blanco García en su *Historia de la literatura española en el siglo XIX*, forman un panorama extenso, rico y variadísimo, donde está escrita en páginas de oro la historia de la antigua España.

Don Angel de Saavedra, duque de Rivas, nació en Córdoba el 10 de Marzo de 1791. Hechos sus primeros estudios, en los que despuntó muy pronto su afición á la poesía, se consagró á la carrera de las armas. Conocido, al estallar la guerra de la Independencia, así por su ardiente patriotismo como por sus exaltadas ideas liberales, del uno y de las otras dió repetidas pruebas en sus obras literarias y en su vida pública. Cuando el famosísimo dictamen sobre la enajenación mental de Fernando VII, vió seriamente comprometida su existencia, teniendo que huir emigrado á Inglaterra, de donde regresó á Gibraltar. En 1825 pasó á Italia; y no pudiendo establecerse en los Estados pontificios, vino á refugiarse en Malta, y allí permaneció hasta que los primeros rumores de la revolución de Julio le decidieron á partir para Francia. En 1834, y con motivo de la amnistía general, pudo ya establecerse en Madrid, donde hizo representar al año siguiente su *Don Alvaro*. Encargado de la cartera de Gobernación en el ministerio presidido por el conde de Ofalia, hubo de huir á Cádiz en 1837, á consecuencia de los sucesos de la Granja. Más tarde se le nombró ministro plenipotenciario de España en Nápoles, regresando en 1850, y desde entonces se retiró á la vida privada hasta su muerte, que acaeció en Madrid el año 1865, siendo director de la Academia Española.



## NUESTROS GRABADOS

### LAS CARABELAS DE COLÓN

Reproducidas fielmente por medio de la fotografía, damos en este número las carabelas que á semejanza de las que salieron del puerto de Palos á las órdenes de Colón, se han construido con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América por cuenta de los gobiernos de España y de los Estados Unidos. La nao *Santa María*, que ocupa una de las láminas, se construyó en el astillero que en Cádiz posee el Estado; la *Pinta* y la *Niña*, que se ven en la otra lámina ancladas en el puerto de Barcelona, han sido ejecutadas aquí, con suma pericia, por el constructor señor Cardona, quien se ha atendido á los planos trazados por el artista señor Monleón. Estas carabelas se proyectan sobre el fondo de nuestra ciudad en el que se ve la cúpula de la iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes coronada por la imagen en bronce de la excelsa patrona de esta diócesis, produciendo el conjunto bellísimo efecto y teniendo todas las apariencias de un verdadero cuadro. Honra esta fotografía á don Ricardo de Valero que la sacó.

Bien saben nuestros lectores que el viernes 3 de Agosto de 1492 zarparon del pequeño puerto de Palos la *Santa María*, la nao ó carabela mayor que tomó este nombre, dejando el antiguo de *Gallega*, mandada por el almirante Colón; la *Pinta*, que era la más ligera, teniendo por comandante á Martín Alonso Pinzón y por piloto á Francisco Martín Pinzón; y la *Niña*, de velas latinas, que iba á las órdenes del menor de los tres hermanos Pinzón, Vicente Yáñez. De sus tripulantes formaban parte un inspector general, un escribano real, un alguacil mayor, cuatro pilotos, un cirujano y un médico, algunos criados y hasta noventa marineros. Tras de azares, tantas veces relatados, tras de momentos de profunda inquietud, aquella flotilla recogió el día 11 de Octubre en la capitana una rama verde, la tripulación

de la *Pinta* encontró un palo trabajado á fuego y otra rama con bayas encarnadas; por la noche divisó Colón una luz movable en el horizonte, y por último, á la madrugada del 12 de Octubre de 1492, Rodrigo de Triana dió la voz de: ¡Tierra! El *Te-Deum* entonaron así que la hubieron pisado aquellos intrépidos navegantes, dando gracias á Dios por la merced insigne que les había con-

cedido. En aquellas embarcaciones frágiles por un lado, pesadas por otro, no temieron arrostrar las olas encrespadas del Atlántico, animados por la fe que tenían en su empresa y en la protección divina.

Las carabelas que se han construido en España, para figurar más tarde en la Exposición de Chicago, después de haber tomado parte en nuestras fiestas colombinas, recuerdan aquellos barcos de la Edad Media y de los comienzos del Renacimiento, menos veleros, y por tanto menos rápidos, que los de ahora, pero acaso de aspecto más pintoresco y artístico. Tal vez á las nuevas carabelas, sobre todo á la *Santa María*, se les ha dado esbeltez mayor de la que se advertía en las antiguas, á juzgar por pinturas, miniaturas, grabados, sellos, etc., en las que se ven copiadas; mas á pesar de ello ofrecen un aire ar-

queológico que no se habrá ocultado á cuantos las han visto mecerse gallardamente en las aguas del mar.

«Al principio—dice un historiador hablando de los barcos medievales—con el exclusivo fin de conservar la madera, los constructores y armadores cubrieron con una capa de resina ó de pez todas las partes del buque expuestas á la acción del aire y del agua, pero esta tinta, sombría y uniforme, no era bastante para contentar la vista. Un color brillante y variado, preparado con cera, vino á superponerse sobre aquel negro barnizado: el minio y el bermellón sirvieron de espléndido ropaje á los barcos lujosos, mientras las embarcaciones de los piratas y ciertos buques de guerra ó de exploración se pintaban con un color verde, que se confundía con el



CRISTÓBAL COLÓN

del mar, al objeto de que no pudiesen ser descubiertos a distancia. Resplandeció el oro en las barcas de personajes opulentos y el cincel del escultor talló figuras y adornos en relieve para las proas y las popas. Bajo este concepto conservó la Edad Media tradiciones de la antigüedad. El capricho de los dueños de las naves y la moda del tiempo imprimieron gran variedad á las pinturas navales. Así la galera sarracena, tomada al abordaje por Ricardo Corazón de León, tenía un costado verde y otro amarillo. Génova pintó primero de verde sus buques, mas á partir de 1242, para marchar á combatir á los pisanos, los cubrió de blanco mosqueadas de cruces rojas « cruz de gules en campo de plata » que era el escudo del Señor San Jorge. En el siglo XVI preponderó el rojo en la pintura de los cascos, mezclándose á veces el blanco y el negro, en florones, entrelazos y líneas variadas. En ocasiones el fondo era negro y los adornos brillaban por el bermellón. »

Los buques de la Edad Media, como los de la antigüedad, tuvieron en ciertos casos velas de oro y de púrpura. Las que pertenecían á naves señoriales llevaban de ordinario el escudo del señor, de vivísimos colores; las mercantes y las barcas pescadoras la imagen de un santo, la figura protectora de la Virgen, una inscripción piadosa, un signo sagrado, los monogramas de Jesús ó de María para conjurar la influencia de los malos espíritus y merecer el amparo del cielo. Hicieron servir las velas para señales marinerías, si bien no se tardó en emplear las banderas para este objeto. Un solo estandarte, que cambiaba de significación según el punto en donde se arbolaba, era suficiente para transmitir durante el día las órdenes que habían de comunicarse á la costa ó á otros buques. Utilizábanse por la noche grandes fanales, por lo general colocados en la proa, y no pocas veces decorados con sumo arte y riqueza. En la mayoría de las banderas, flámulas y gallardetes aparecían pintadas ó las armas de un rey, ó las de una ciudad, ó de un almirante, con sus escudos llenos de motivos heráldicos trazados con el vigor y con la destreza propios del arte de la Edad Media y del Renacimiento, sobre todo en los siglos XIV, XV y XVI. Hacíanse las banderas de tafetán ó de raso, como también los pendones que se alzaban á bordo de las galeras y carabelas, poniéndolas al extremo de las antenas ó en el elevado castillo de popa. Anchas franjas de oro y seda las enriquecían con frecuencia.

Habíase usado por aquellos tiempos que en dolorosas circunstancias se presentasen los barcos vistiendo luto, si así cabe decirlo. Cuando en 1525, después de la batalla de Pavía, el prisionero rey Francisco I fué conducido á Barcelona, á las seis galeras que lo acompañaron se les dió una mano de negro, desde la línea de flotación á lo alto de los palos. De igual manera en el siglo XV las banderas, las flámulas, los remos, lo propio que el casco del buque, tomaron aquel sombrío color, desapareciendo las anteriores brillantes pinturas, en la nave capitana que llevaba á los caballeros toscanos de San Esteban, quienes habían resuelto no devolverle su magnífica decoración primitiva hasta que aquella orden de caballería hubiere rescatado de los turcos una galera que había perdido en un combate, por otro lado glorioso para sus defensores. En códices viejos, según hemos dicho, en lienzos, en tapices, en sellos también se ven reproducidos los barcos de que hablamos, habiendo servido estos monumentos para trazar los planes de las carabelas de Colón ahora construídas. No cabía darles la grandiosidad y esplendor de las galeras

de monarcas y potentados, ya que no debieron partir de Palos con muchos atavíos aquellas tres modestas naves que se lanzaban al través de los mares inciertas de lo que debía acaecerles al surcarlos. Por esto es sencillo y casi pobre el decorado de las tres carabelas que se han construído, y modestísimo igualmente como todo cuanto se emplearía en 1492 para engalanarlas.

### ARMADURA DE COLÓN

EN LA ARMERÍA REAL DE MADRID

La rica armadura que se cree haber llevado Cristóbal Colón, y de la que damos en este número un trasunto fidelísimo, es uno de los admirables trabajos que ejecutaron en los últimos años del siglo XV y en los primeros del XVI los hábiles armeros españoles é italianos. Acaso los florentinos se adelantaron á los maestros armeros de nuestra patria en el arte de cincelar un casco, una coraza, una armadura completa, mientras los últimos sobrepujaron á los maestros de Italia en la difícil tarea de forjar y temprar bien una daga y una espada, de donde la fama que tuvieron espaderos como Julián del Rey, que usó la celebrada marca del *perrillo*, encomiada por Cervantes en su *Don Quijote* y en *Rinconete y Cortadillo*. Muchas fueron las armaduras y las rodela que en España é Italia se labraron, en los años citados, con sumo arte y con prolija labor, según lo atestiguan las principales armerías de Europa, y acaso más que ninguna la que tiene en Madrid nuestra Real Casa-Modelo notable de armadura cincelada es la de Cristóbal Colón, en la cual la finura y delicadeza de los motivos ornamentales ejecutados en sus diversas piezas articuladas, no se oponen á la grandiosidad del conjunto por la acertadísima manera con que están dispuestos, formando rayas, los indicados motivos. De la riqueza de la obra formarán claro concepto nuestros lectores, con solo dar una ojeada á la lámina. El casco con visera, babera y gola aumenta el carácter que en el conjunto presenta esta magnífica armadura.

### CRISTÓBAL COLÓN

RETRATO QUE SE CONSERVA EN LA BIBLIOTECA NACIONAL

Dicen los que han estudiado el personaje de Colón que ninguno de los muchos retratos que de él existen fué pintado en vida suya, y añade alguno que ninguno coincide tampoco del todo con la descripción que hacen de su persona su mismo hijo don Fernando, el historiador Fernández de Oviedo y otros contemporáneos. En Italia y en Andalucía han aparecido recientemente por docenas retratos que se suponen ser de Colón, en la mayoría de los casos porque así se les antoja á sus poseedores. Uno de los que se tiene por más exactos es el que posee la Biblioteca Nacional y que damos en este número. Este retrato, llamado de Yáñez por su anterior poseedor, había sufrido mucho por causa de restauraciones desmañadas, pero una vez limpio, se notó su parecido con el de Florencia, que se tiene por copia del que Paulo Jovio guardaba en la segunda mitad del siglo XVI, en su quinta á orillas del lago de Como. Este último retrato desapareció con la dispersión de la famosa galería de Paulo Jovio, pero es muy creíble que sirviera de modelo para el que hoy se conserva en Madrid, en la Biblioteca Nacional. Es de suponer, pues, que esta pintura reproduce con verdad la efigie del ínclito navegante.



# ¡SOLEDAD!

NOVELA ESPAÑOLA

POR

D. C. SUÁREZ BRAVO

## CAPITULO XIII

EXPLOSIÓN

Juré no rondar tu calle  
y siempre en ella me encuentro;  
bien quisiera no quererte,  
pero sin querer te quiero.  
*(Canción popular).*

La duquesa y Blanca volvieron tarde, y por eso, sin duda, no hubo tiempo para que supieran lo ocurrido antes de sentarse á la mesa. Blanca parecía más absorbida en sus pensamientos que de costumbre, y por mucho que hizo el vizconde de Casa Menéndez, que, como dijimos, se

TOMO I.—79.



sentaba á su lado, por anudar con ella un diálogo que le diese pretexto para ser indiscreto, no halló medio de fijar su atención, que tiranizaban sin duda otros cuidados. Sin ser profundo observador no se le ocultó al vizconde que bramaba la borrasca en el corazón de la joven. Además de su tenaz distracción, era de ello claro indicio el ligero temblor nervioso que agitaba sus manos y movimientos bruscos de impaciencia que parecían responder al combate interior que sostenía contra una idea importuna. Eduardo no dejó de advertirlo también, y aun le pareció que su prima clavaba en él los ojos de cuando en cuando con expresión particular. ¿Es que nuevos apremios de su madre, con quien pasó casi á solas una gran parte del día, apremios encaminados, según los rumores que corrían, á que se casase con el duque, ocasionaban su agitación? Eduardo no podía hacer más que sospecharlo vagamente, porque la tenaz reserva de Blanca no le había dado hasta entonces motivo para adquirir acerca del particular una sólida conjetura. Es verdad que su involuntario arranque del día anterior, á propósito de las madres para quienes era incómoda la compañía de sus hijas, y las lágrimas no menos involuntarias que con tal motivo brillaron en sus ojos, revelaban una lucha sorda y penosa de familia; pero la presión que pudiera hacer la duquesa sobre la voluntad de su hija tenía sus límites marcados por las conveniencias sociales, y en definitiva, si Blanca se resistía á tomar estado, la duquesa, ostensiblemente al menos, no podía obligarla á ello. Sería un disgusto interior de la índole de aquellos que latían frecuentemente en el seno de las familias y que se prolongan por años, pero que no dan motivo plausible para una ruptura. Había, sin embargo, en el presente caso una circunstancia que, atendido el carácter y las ideas de la duquesita, podría explicar la ostensible vehemencia de su disgusto. ¿Sospechaba el verdadero motivo del empeño de su madre por casarla? Aceptada esta hipótesis, Eduardo, que había tenido ocasión de estudiar el carácter de su prima y que conocía la extraña mezcla de delicadeza y de altivez que constituían el fondo de su temperamento moral, se explicaba su penosa preocupación.

El duque y Ricardo no se presentaron en la mesa. El primero, que llegó de la expedición mojado hasta los huesos, se metió en cama, cuidado por un ayuda de cámara de confianza que había traído consigo y que estaba acostumbrado á administrarle los remedios que en semejantes casos solía tomar. Ricardo pretextó una indisposición y se quedó también en su cuarto. La lección había sido muy dura, y parte por temor de ser objeto de la curiosidad burlona de los comensales, parte por los sentimientos encontrados que libraban dentro de su alma fiera batalla, se aisló en su habitación, esperando hallarse al día siguiente con la presencia de espíritu necesaria para afrontar la situación.

Durante la comida los comensales no hicieron más que cuchichear unos con otros acerca del lance de la tarde, para lo que les daba mayor libertad la ausencia de los dos principales actores. La Vallejuncoso, que fué una de las primeras en enterarse de lo acaecido, se apresuró á usufructuar las primicias de la novedad con la duquesa, á quien todavía no había tenido tiempo de informar García.

—¡De manera que he estado á punto de verme envuelta en un asunto desagradable! exclamó la duquesa al oír la relación de su confidente. ¡Quién sabe! Tal vez se me habría metido la justicia en casa. ¡Y yo que he tenido siempre horror á estas cosas! Ha hecho muy mal García en traer á ese joven.

—No le echemos á él toda la culpa. El criado que llevó las pistolas me contó ce por be lo ocurrido, y la verdad es que Iñigo estuvo por demás provocativo...

—Como que llovía sobre mojado. Ya recordará usted que ayer ese Cabañas le dirigió

aquí mismo una frase insolente. Se conoce que Iñigo, que á fuer de hombre de mundo, supo contenerse, no la echó en saco roto.

—Sí, sí; pero ese no era motivo suficiente para provocar una escena que hubiera podido traer el luto á esta casa y aguarnos á todos la fiesta.

—Eso es verdad.

—El que está de huésped debe guardarse esos puntillos para cuando se encuentre en su casa.

—Sí, pero los hombres...

—¿Conque no sabía usted nada?

—No, García me dijo en el momento de ponernos á la mesa que tenía que referirme algo interesante... Después de comer hablaremos. ¿Blanca sabe algo?

—No la he visto hablar con nadie, ni con su primo. Ahí la tiene usted, más turbia y cejiunta que de ordinario. El pobre Casa-Menéndez no puede sacarle una palabra del cuerpo. ¿Ha tenido algún contratiempo esta tarde?

La duquesa, sin hacer alto en la expresión de maligna curiosidad con que clavó en ella los ojos su interlocutora al dirigirle esta pregunta, contestó con tono disgustado:

—No me hable usted de eso. Blanca es una caprichosa que se ha empeñado en contrariarme. Hemos tenido, en efecto, una conversación poco agradable. No sé qué ideas son las suyas, y no quiere comprender que en nuestra posición ambas tenemos deberes que cumplir. Le aseguro á usted que me ha dado una buena jaqueca.

—¿Según eso sigue empeñada en no querer casarse con Iñigo? García me ha dicho algo de ese proyecto, añadió doña Matea como contestando á la mirada de extrañeza de su amiga.

Ésta, evidentemente disgustada de que la vieja se mezclase en sus asuntos de familia, quiso variar de conversación, pero la marquesa, que tenía sus razones para atreverse á esto y á más, le atajó diciéndola:

—La resistencia de Blanca á un partido tan razonable se explica. Yo creo que está encaprichada por su primo, el marqués de la Puente.

—Sí... algo de eso me ha indicado García, balbuceó la condesa cogida á pesar suyo, pero resuelta al mismo tiempo á no dar motivo, por su parte, á las ingerencias de la comadre. Yo no creo... al menos Blanca no me ha dicho... En fin, ya veremos.

Dicho esto, se dirigió á uno de los comensales más inmediatos y entabló con él un diálogo insignificante. La Vallejuncoso se mordió los labios y recibió el desaire con el gesto del que toma una purga.

Después de la comida, que, como dijimos, se pasó toda en cuchicheos, la duquesa, en vez de ponerse á su partida de tresillo, entabló animada conversación con García, desapareciendo ambos al poco rato, seguidos de reojo por la marquesa, á quien la imposibilidad de consagrarse á su pasión favorita (ya que no estando la condesa nadie quería aceptar el sacrificio de jugar con ella) la puso todavía de peor humor. Blanca se había eclipsado antes, como si le aquejase la necesidad de estar sola.

La mayoría de los concurrentes del sexo fuerte se acogió á la sala de billar, en la que no tardó en entablarse acalorada controversia acerca del suceso de la tarde, controversia en la cual Camporredondo lució las acostumbradas galas de su ingenio, esforzándose sobre todo por hacer comprender á sus oyentes el papel importante por él desempeñado en el dramático incidente. Esto le fué tanto más fácil, cuanto que era el único en el grupo que podía testificar de visu todos los detalles, puesto que los demás padrinos andaban desperdigados por otros sitios y los dos principales actores se habían sustraído, como dijimos, á la pública curiosidad.

Aunque la conducta valerosa y caballeresca del duque arrastraba la generalidad de los sufragios, no faltaba, sin embargo, entre los concurrentes quién, regateando el elogio, procuraba, aunque no de una manera abierta, empequeñecer los móviles y dar al rasgo las proporciones de un caso vulgar, fundándose sobre todo en lo insólito de los accidentes. Hay inteligencias para quienes, hasta lo extraordinario, debe sujetarse á patrón.

—No hay quién me quite de la cabeza, decía un diputado amigo de García, que el duque estaba seguro de su juego y sabía positivamente que su adversario no había de resistir á la prueba de batirse en tan feroces condiciones.

—¡Oh! ¡oh! permita usted, contestó Camporredondo; los antecedentes, por el contrario, autorizaban á pensar que Cabañas no se haría atrás, primero porque es un mozo valiente y luego (ruego á ustedes que se fijen en esta circunstancia) porque todos le habíamos visto atravesar con pie firme la Mareola, cosa que ninguno de nosotros, ni el mismo duque, se habían atrevido á hacer.

—Es verdad, dijeron algunos de los concurrentes que asistieron á los preliminares del lance.

—Ya estoy, insistió el positivista; pero entre atravesar la cornisa á paso acelerado y dueño de su voluntad, á mantenerse en ella á pie firme arrastrando la contingencia de rodar al abismo atravesado de un balazo, hay enorme diferencia.

—Y diga usted, ¿no podía haber tocado la china al duque?

—Sí, pero el duque ya sabía que no había de llegar esa contingencia. Para mí no es un caso de valor, sino de adivinación, de instinto fisiológico.

—Mucho sutiliza usted, dijo un médico viejo, que lo era de la familia. Puede usted estar seguro de que tales adivinaciones sólo las tienen los valientes. Diríase que la tradición de ciertos rasgos se hereda con la sangre, como se heredan los caracteres y las enfermedades.

—Sólo falta que quiera usted hacer del valor una cualidad aristocrática.

—¿Y por qué no? ¿Por qué el hábito de arriesgar la vida, no ha de imprimir carácter en las razas como le imprimen, incuestionablemente, las pasiones y los vicios? Por otra parte, consulte usted la historia y verá que á medida que decaen las familias patricias, decae el valor en los pueblos. Contrayéndonos al hecho de esta tarde, yo doy de barato que haya entre las demás clases quién sea capaz de llevar el dominio de su voluntad y de sus nervios hasta el punto que le ha llevado el duque de Atienza, pero sin la gallardía caballeresca de los accidentes. El tacto para ejecutar estas acciones, desengañense ustedes, viene de la tradición, viene de la herencia.

La opinión del doctor fué reciamente combatida por el diputado y por Camporredondo. Eduardo, que oyó parte de la discusión desde la sala inmediata, no quiso intervenir en ella, por juzgarse parte interesada, y después de dar dos ó tres vueltas por los salones, entró en la biblioteca, que, como puede presumirse, estaba completamente sola, y se sentó á hojear algunas revistas y periódicos que había esparcidos sobre la mesa. La actitud de Blanca durante la comida y su desaparición después le tenían pensativo, y como ella y el duque eran las únicas personas con quienes solía distraer la noche, buscó en la lectura algún esparcimiento á su espíritu.

Blanca, á quien la conversación con su madre, había puesto, según dejamos indicado, en grande agitación, se refugió en sus habitaciones y procuró, como otras veces, hallar en la música un derivativo que calmase la viveza de sus sentimientos; pero esta vez todos sus esfuerzos resultaron infructuosos. Sus manos recorrían ligeramente las teclas del piano, pero su espíritu estaba en otra parte. En vano procuró ponerse en comunicación con sus autores



predilectos; dejaba una pieza, tomaba otra, pero el hilo conductor no se establecía. Persuadida de la inutilidad de sus esfuerzos, y pensando, por otra parte, que su ausencia podía ser notada y dar origen á comentarios maliciosos, volvió á la sala donde ordinariamente se reunían los que preferían la conversación al juego. Cuando entró se estaba comentando con gran interés el suceso de Rivahonda, y llevaba la palabra la marquesa, que parecía la mejor informada del corro acerca de sus peripecias. Al ver á Blanca, la conversación cesó. Ésta observó entonces con extrañeza que la mesa de tresillo que solía ocupar la duquesa estaba desocupada y preguntó antes de tomar asiento:

—¿Cómo es que no está aquí mi madre?

Los invitados se miraron unos á otros con perplejidad, pero la Vallejuncoso contestó en el acto:

—¿La duquesa? se retiró después de comer porque se hallaba algo incomodada.

—Y yo que no había notado... dijo Blanca. Soy una aturdida. Voy á ver qué es lo que tiene.

Dicho esto, se alejó rápidamente con dirección á las habitaciones de su madre.

Los presentes, entre los que se hallaba el vizconde, miraron á la marquesa con expresión particular; ésta hizo como que no lo notaba y procuró dar á sus ojos saltones la expresión más candorosa que le fué posible.

La noticia de la indisposición de su madre hirió el sensible corazón de Blanca á modo de remordimiento, atribuyéndola á la excesiva vehemencia de su repulsa. Marchaba, pues, espoléada por el deseo de dulcificar en lo posible la situación y dispuesta á reemplazar con lágrimas y con caricias la involuntaria acritud de sus respuestas, hijas de un alma lastimada, durante el coloquio de la tarde.

En la primera antesala tropezó con Ernestina, camarera francesa, de la íntima confianza de la duquesa, la cual, al verla entrar, se levantó apresuradamente del sillón en que estaba dormitando, y se interpuso entre ella y la puerta del gabinete inmediato.

—¿Qué significa?... dijo Blanca en francés frunciendo el entrecejo. Espero que no querrá usted impedirme la entrada.

—V. E. me perdonará, balbuceó la camarera confusa, pero sin moverse. La señora está algo indispuesta...

—Pues por eso quiero entrar en su cuarto.

—Vuelvo á pedir á V. E. mil perdones, pero la señora condesa me ha dado orden... me ha dicho...

—¿Quiere usted decir que mi madre ha dado orden á una criada para que me impida entrar á verla?

El gesto con que fueron pronunciadas estas palabras desconcertó á la camarera, que á un nuevo signo aún más imperioso de la duquesita se apartó subyugada dejando libre la puerta.

Blanca, asaltada por vaga inquietud, pero obedeciendo al impulso que la había arrastrado, abrió la puerta y penetró en la cámara inmediata, que era un saloncito que precedía al cuarto tocador de su madre, cuya puerta estaba abierta. En el momento de ir á atravesarle la joven se detuvo. Una voz varonil muy conocida pronunciaba las siguientes palabras que llegaron claramente á sus oídos:

—Laura, no te ablandes. Es preciso obligarla á tomar una decisión.

Súbito fuego tiñó de rubor las mejillas de Blanca, que, volviendo bruscamente sobre sus pasos, como espantada de sí misma, atravesó la puerta por donde había venido, sin hacer

alto en el gesto desconsolado de la camarera. Marchaba sin conciencia de sus propias impresiones, pero con paso rápido, azuzada por el deseo de aumentar la distancia entre ella y el misterioso gabinete, donde un personaje advenedizo y extraño á la familia estaba disponiendo de su porvenir. Lo que hasta entonces no se había presentado á su espíritu sino como doloroso y vago recelo, contra el cual protestaban todos los nobilísimos instintos y purezas de su alma, acababa de adquirir súbitamente forma y certidumbre. Los sentimientos que más la dominaban en aquel instante eran la ira y la vergüenza, y del choque de entrambos, estallaba un vehementísimo y casi irresistible deseo de romper con una situación que le era intolerable.

Caminaba con paso precipitado por una galería, en cuyo extremo estaba la biblioteca, y sus ojos tropezaron con Eduardo, que se hallaba precisamente sentado y absorto en su lectura, frente á la puerta. Verle y sentirse invadida por una idea loca y avasalladora, que no tuvo tiempo, ni en aquel momento tenía libertad para someter á la reflexión, fué todo uno. Se dirigió, pues, con marcha firme y deliberada hacia donde estaba su primo, alta la cabeza y la mirada centelleante. Eduardo, al sentir las pisadas de una persona que se acercaba, alzó los ojos del periódico, y reconociendo á Blanca se levantó para recibirla, pero ésta, al llegar á él, sin darle tiempo á desplegar los labios, le dirigió con voz vibrante esta pregunta á quema ropa:

—Eduardo, ¿quieres casarte conmigo?

El joven perdió el color y se quedó inmóvil mirando á su prima. El asombro y la duda se retrataron en su semblante. La mirada intensa, en la que había algo de suplicante de la joven, no fué parte á sacarle de la terrible perplejidad que se apoderó de su espíritu. A cogerle preparado hubiera contestado en el acto afirmativamente, y en términos capaces de cubrir las susceptibilidades de Blanca, como quiera que en la insólita violencia del hecho creyó ver con claridad los motivos que le habían engendrado; pero cogido de sorpresa, necesitaba tiempo para rechazar la imagen de Luisa, que surgió de repente entre él y su prima, paralizando su voluntad. Breves instantes, mucho menos tiempo del que tardamos en referirlo, duró esta incertidumbre, pero para la joven que en pie y con los ojos fijos en él esperaba una respuesta, fueron toda una revelación.

—¡Blanca! rompió al fin á decir Eduardo, para disimular su confusión. ¿Hablas seriamente?

Blanca continuó mirándole todavía, con expresión que dejaba adivinar los alborotados sentimientos que le agitaban, y luego se dejó caer sobre un sillón cubriéndose el rostro con las manos, y estallando en comprimidos sollozos.

Profundamente agitado y conmovido por aquella escena, Eduardo se sentó á su lado, y cogiéndole una mano, que llevó á su corazón, exclamó en un arranque, que en aquel momento era completamente sincero:

—No atribuyas, por Dios, prima mía, la aparente perplejidad en que me has visto, á que haya querido rechazar la inmerecida y lisonjera oferta que me acabas de hacer. Aquí me tienes esclavo de tu voluntad y dispuesto á consagrarte mi vida. Sí, Blanca; tú eres la más adorable de las criaturas, y lo que ha podido parecerte vacilación, no era más que la confusión que me causaba el no crearme digno de tí, el sentimiento de no merecerte. Me ofreces tus riquezas, me ofreces tu hermosura, me ofreces sobre todo tu corazón, cuyos tesoros me has dejado entrever, ¿qué puedo hacer yo más que aceptar con vivísimo reconocimiento la felicidad con que me brindas? No te aflija ni te humille, prima mía, el haberte adelantado á deseos que yo ni siquiera osaba abrigar, tan fuera de mi alcance los juzgaba, ni necesito que me des explicaciones acerca de los móviles que te han impulsado en esta ocasión, porque esos móviles

yo los adivino. Conozco tu situación y conozco tus ideas y sentimientos. Nada te obliga á que lastimes tu altiva delicadeza, revelándomelos. Si has invertido los usos sociales, es porque contigo se invierten las leyes de la naturaleza. Las lágrimas que he visto ayer brillar en tus ojos han sido para mí un libro abierto, en el cual he leído grandes penas ocultas, y al elegirme á mí, tú, que podrías disponer como reina de la voluntad y del corazón de tantos hombres, tú, rodeada de todos los prestigios y atractivos imaginables, para apoyarte en mi brazo á fin de salir de las dificultades mortificantes que te rodean, me has hecho un honor que no podría pagar con la vida. Si, yo acepto tu mano, Blanca, y considero el ser tu esposo como la mayor felicidad á que puede aspirar un mortal.

En el generoso calor de estas palabras el joven había acabado por hincar una rodilla en tierra y llevar á sus labios la preciosa mano que tenía entre las suyas; pero Blanca la retiró inmediatamente y le obligó á volver á su asiento con un gesto. Todavía no repuesta de la confusión vergonzosa del acto que irreflexiblemente había realizado, ni del punzante desengaño que el visible embarazo de Eduardo en los primeros momentos ocasionó á su corazón, desengaño que las calurosas protestas que acababa de oír no fueron parte á disipar, todavía tuvo que esperar Blanca algunos momentos para procurar algún desahogo á su pecho oprimido por los sollozos.

—No me había equivocado, dijo al fin con voz algún tanto sofocada, pero en la que vibraba una voluntad firme, al juzgarte dotado de nobilísimo corazón. Agradezco, Eduardo, en el alma, el generoso sentimiento que ha dictado las protestas que acabas de hacerme y que pudieran quizá engañarme, puesto que con ellas has procurado engañarte á tí mismo; pero si tú presumes haber leído en mi corazón, yo estoy segura de haber leído claro en el tuyo. A haber tenido un momento para reflexionar, no te hubiera puesto en la precisión de fingir, porque sabe que desde el primer instante en que me hablaste de tu desengaño amoroso, creo que sigues amando á Luisa. Déjame continuar, añadió la joven al ver que su primo quería interrumpirla sin duda para rechazar el supuesto. Si, á pesar de creer esto, di el paso considerado que acabas de ver, y sobre el cual te suplico que echemos la losa del olvido, es porque me hallaba en uno de esos momentos de crisis en que no se ve más que un objeto y se camina hacia él sin conciencia y sin mirar á los lados. Te agradezco que no quieras averiguar los caminos por los cuales he venido á ejecutar un acto tan opuesto á mi educación y á mi carácter; pero ¿qué quieres? me veo encerrada en un círculo angustioso, y, como has dicho muy bien, la idea de libertarme de él apoyándome en un brazo honrado y leal como el tuyo, me sedujo. Soy una grande egoísta por no haber pensado más que en mí misma, al pedirte un albedrío del cual no puedes disponer, porque pertenece á otra. No te canses en querer persuadirme de lo contrario. Tú amas á Luisa, y la sospecha que yo tenía de ello me la acaban de confirmar tus ojos y tu confusión hace un momento.

Eduardo juró y protestó de la sinceridad de sus palabras; aseguró á Blanca que su historia amorosa era una historia pasada; de la que no quedaba ya ninguna huella en su corazón, porque la había borrado el desengaño, pero todo fué inútil. Blanca no se dejó convencer.

—Te suplico, dijo al fin con tono que no admitía réplica, que no volvamos sobre ese asunto. No sólo creo que amas todavía á la heroína del baile, sino que abrigo, además, si no la certeza, al menos la persuasión de que eres amado, y que en la carta que tanto y tan justamente lastimó tu corazón, hay alguna intriga misteriosa, alguna violencia oculta que el tiempo aclarará.

—¿No es verdad? exclamó Eduardo irreflexivamente. Sábetelo que más de una vez se me ha



ocurrido la misma idea. No es posible que, obrando con libertad, Luisa me hubiera escrito aquellos crueles...

Aquí Eduardo se detuvo confuso y miró á su interlocutora, que dijo sonriendo tristemente:

—¿Lo ves? Mal se oculta lo que bien se siente.

—Y bien, sí, tienes razón, repuso el joven arrastrado por la sinceridad de su carácter. A pesar mío, no puedo borrar de mi memoria la imagen de esa ingrata. Es, sin duda, la tiranía de las primeras impresiones. Preciso es que el primer amor tenga la virtud de imprimirse en el alma con caracteres muy tenaces, cuando me ha hecho vacilar ante la perspectiva más seductora que pudiera abrir la felicidad á los ojos de un mortal. Ya ves que hablo con sinceridad, pero con la misma te digo... Está bien, añadió contestando á un gesto de Blanca. Puesto que no quieres que vuelva sobre este asunto, te obedezco; pero no sin jurarte que el secreto de esta conversación morirá dentro de mi pecho agradecido. Y ahora, prima, hablemos de otra cosa; yo no quiero saber tus secretos, pero aspiro á tu confianza y pienso que no has de tener inconveniente en que te pregunte acerca de un asunto que es público entre todos los que habitan esta casa. ¿Es verdad que... tu madre quiere casarte con Iñigo?

Blanca hizo una señal afirmativa.

—Claro está que tú rehusas este enlace.

—¿Te parece que hago mal? dijo la duquesita mirando gravemente á su primo.

—El matrimonio tiene dos aspectos, según que se juzgue ó con la cabeza ó con el corazón, contestó el joven. Aplicando á este caso el raciocinio de la cabeza, no puede negarse que difícilmente hallarías en España un partido más adecuado.

—Tú recetas para los demás, dijo Blanca con un ligero tinte de amargura, lo que rehusas para tí, la amputación del gusto. Mi enlace con Iñigo uniría dos fortunas y dos nombres, pero no uniría dos corazones.

—¡Oh, prima! nada más lejos de mi ánimo que negarte en tan delicada materia una libertad que, como dices muy bien, yo he llevado quizá hasta más allá de los límites de la voluntad misma; pero no te ocultaré que no más lejos que esta misma tarde, cuando yo estaba muy ajeno de prever la conversación que acaba de tener lugar entre nosotros, pensaba en mis adentros, al ser testigo de un hecho del duque, que yo no veo inconveniente en que sepas, que hay, bajo ciertos aspectos, entre tu carácter y el suyo un gran fondo de analogía.

—Pues ¿qué ha pasado? dijo Blanca con distracción.

Eduardo refirió á su prima detalladamente el lance de la tarde. Blanca, que al principio oía sin grande interés, al parecer, la narración, acabó por prestarle una atención no exenta de ansiedad, reflejándose en su rostro expresivo los varios sentimientos que suscitaron en su ánimo las peripecias del drama.

—Sí, por cierto, dijo cuando acabó su primo y como si hablara consigo misma. Iñigo es un carácter heroico, y el contraste de terrible valor y caballeresca cortesía de que hizo alarde, es de los que se ven raras veces.

—Ya sabía yo que su conducta había de provocar tu entusiasmo.

—Poco á poco; yo no comprendo ni apruebo que por una cuestión de amor propio se maten dos hombres, pero supuesto ya el hecho, no he de negar que el papel desempeñado por Iñigo es hermoso. Es una lástima que tales cualidades se apliquen á tan miserables cuestiones, pero los tiempos no ofrecen otras. Ya había tenido ocasión de observar que Iñigo es un carácter de nobilísimo temple.

—Y á pesar de eso...

—A pesar de eso no le quiero para marido, Eduardo. Una vida prematura de disipación ha hecho de él un ser completamente arruinado de cuerpo y de ilusiones. Nada me obliga á este sacrificio que ni él mismo agradecería, puesto que en este asunto no hace más que dejarse llevar de las conveniencias, y prestarse, probablemente sin saberlo, á ser instrumento de la violencia que pretende hacerse sobre mi voluntad. No hablemos, pues, de eso.

—Seguro estoy, Blanca, de que Iñigo ignora por completo que se sirven de su nombre para una intriga que no califico. Si me autorizas á que le haga alguna indicación, me lisonjeo (si, como tú crees y yo sospecho, él no ha hecho en este asunto más que prestarse pasivamente á un proyecto que, bajo todos los aspectos, no podía dejar de parecerle aceptable) de que se opondrá formalmente á figurar como aspirante á tu mano. Sobre que no es fácil encontrar otro candidato de sus condiciones, esto te dará siempre algún respiro.

Blanca, después de reflexionar breves momentos, aprobó la idea de Eduardo, que le pareció susceptible de aflojar un poco el dogal doméstico que la oprimía, concediéndole, además, alguna mayor libertad para tomar un partido; pero no sin encargarle que procediese con gran cautela.

—Descuida, dijo el joven; siento tu situación como si fuese la mía propia, y no me arriesgaré sin explorar antes el terreno. Puedes creer, Blanca, que tus penas son las mías, y que me queda en el alma la espina de que quizá, en el principio de nuestra conversación, ni yo he acertado á explicarme, ni tú...

—¡Basta! dijo Blanca levantándose con aire de reina, pero con un resto de agitación; la manera de que me haga padecer menos la memoria de mi aturdimiento, es que tú aparentes que le has olvidado. Y ahora separémonos. Si nos sorprenden conversando en esta sala solitaria, la murmuración hará su oficio. Conque, ya lo sabes, Eduardo, esta noche no ha pasado nada entre los dos. Te lo ruego; silencio y olvido.

Y, poniendo un dedo en los labios, la joven se alejó, dejando á Eduardo triste y descontento de sí propio, sin saber qué decirle.

Blanca, al retirarse, dejó escapar de su oprimido pecho esta frase desolada:

—¡Sola de nuevo, Dios mío!

(Continuad).



# HISTORIETA

Dedicada á los señores suscriptores á LA ILUSTRACION MODERNA

Moderato giocoso

C. MARTÍNEZ IMBERT

PIANO.

*p* *ligadísimo*

*cresc.*

*p*

*cresc.*

*mf* *ligado* *mf*



This page contains six systems of musical notation for piano, each consisting of a treble and bass staff. The key signature is two sharps (F# and C#), and the time signature is 4/4. The notation includes various dynamics and performance instructions:

- System 1:** Treble staff starts with *cresc.* and *mf*. Bass staff has a long note.
- System 2:** Treble staff has *p* and *f*. Bass staff has *f*.
- System 3:** Treble staff has *mf* and *descrescendo molto*. Bass staff has a long note.
- System 4:** Treble staff has *pp* and *descrescendo*. Bass staff has a long note.
- System 5:** Treble staff has *ligadissimo* and *f*. Bass staff has *cresc* and *p*.
- System 6:** Treble staff has *staccato* and *leggero*. Bass staff has *p misterioso*.

*mf* *cresc. molto*

*mf cresc.* *p*

*p* *ligadissimo*

*cresc.* *p* *f*

*p* *mf ligado* *mf*

This page contains six systems of musical notation, each consisting of a treble and bass staff joined by a brace. The key signature is two sharps (F# and C#), and the time signature is 4/4. The notation includes various musical symbols such as notes, rests, slurs, and dynamic markings.

The systems are marked with the following dynamics and articulations:

- System 1: *cresc.* (crescendo), *mf* (mezzo-forte).
- System 2: *p* (piano), *f* (forte).
- System 3: *descrescendo molto* (decrescendo molto), *pp* (pianissimo).
- System 4: *ligadissimo* (ligadissimo), *p* (piano).
- System 5: *ligadissimo* (ligadissimo), *f* (forte), *p* (piano), *sf* (sforzando).
- System 6: *f* (forte), *p* (piano), *pp* (pianissimo).



## MESA REVUELTA

Un periódico ilustrado de París ha hecho un curioso estudio comparando el precio de los artículos de primera necesidad en diversas ciudades de Europa y de América el día 1.º de Febrero último. De dicho trabajo se deduce que el alimento diario de una persona mayor, tomando por tipo la ración del soldado francés, cuesta en Niza 1'67 francos, en Burdeos 1'57, en Marsella 1'53, en París 1'52, en Lyon 1'42, en Douai 1'36, en Nueva-York 1'42, en Berlín 1'49, en Londres 1'47, en Roma 1'47, en Génova 1'52, en Viena 1'78, en Madrid 1'84, en San Petersburgo 1'90 y en Bruselas 1'26.

\*\*\*

Una hora duerme el gallo,—dos el caballo,—tres el santo,—cuatro el que no lo es tanto,—cinco el peregrino,—seis el teatino,—siete el caminante,—ocho el estudiante,—nueve el caballero,—diez el majadero,—once el muchacho—y doce el borracho.

\*\*\*

Suele decirse hablando, por ejemplo, de los espiritistas, que son «augures que no pueden mirarse unos á otros sin reír,» lo mismo que entre los prestidigitadores, charlatanes, etc. He aquí la explicación del dicho: Entre los romanos, los *augures* estaban encargados de pronosticar el éxito feliz ó desgraciado de los acontecimientos ó de las empresas. Para ello observaban principalmente el vuelo de los pájaros. En Asia Menor y en Grecia hacíase ya eso desde la más remota antigüedad. Se supone que la práctica de los augurios en Roma procedía de Gabies, ciudad en donde, según dicen, se educó Rómulo el primer rey. Primero la enseñanza del arte augural se transmitió por la sola tradición; después, en tiempo del padre de los Gracos, existían ya tratados escritos, verdaderos libros. El *Colegio de los augures* se reunía el día de las *nonas* de cada mes. El *augur* dirigía á los ciudadanos en los asuntos públicos y privados. Como los *augures* eran hombres relativamente superiores, dice Cicerón que, en su tiempo, el paganismo había caído ya en tal descrédito que «dos augures no podían encontrarse sin reír.»

\*\*\*

Cincinato era un patricio romano arruinado que vivía en una pequeña casa de campo, cultivando el mismo su modesta heredad. Cuando los enviados por el Senado romano fueron á ofrecerle el consulado primero, y la dictadura después, siempre le encontraron ocupado en sus faenas agrícolas. Al dejar definitivamente el poder, volvióse á sus campos con la misma tranquilidad de espíritu que si jamás hubiera participado de las dignidades ni de los honores. Los Cincinatos han desaparecido hoy día por completo, y cuando, refiriéndose á algún hombre en análogas circunstancias, se habla actualmente del *arado de Cincinato*, es algunas veces

por aproximación y por buena voluntad, y más á menudo con ironía.

\*\*\*

Aníbal había vencido á los romanos en la batalla de Cannas. Si hubiera sabido aprovecharse de la victoria, dirigiéndose inmediatamente contra la capital, probablemente hubiera acabado con el Estado romano. Pero, desgraciadamente para él, encontró en su camino una ciudad, Capua, cuyo bello clima, frondosa vegetación, bienestar y placeres que ofrecía, le sedujeron y permaneció allí más tiempo del que convenía. Cuando comenzó á darse cuenta de lo fatal que podía serle su inacción y se decidió á conducir su ejército contra Roma, era ya demasiado tarde, pues los romanos, que habían tenido tiempo de rehacerse, le derrotaron por completo. Después los mismos romanos destruyeron Capua, porque se había entregado á Aníbal. Al que descuida lo que le interesa para entregarse al regalo y á los placeres, suele decirse que *se duerme en las delicias de Capua*.

\*\*\*

En la corte de Dionisio, tirano de Siracusa, vivía hacia el año 400 antes de Jesucristo, un cortesano llamado Damocles. Este ponderaba siempre, delante de Dionisio, la dicha de ser rey como la más envidiable de la tierra. Al fin Dionisio determinó un día que su cortesano juzgara por sí mismo de tal dicha. Le cedió su puesto por un día, y mandó á todos que le trataran como rey. Así, pues, Damocles, vestido espléndidamente y rodeado de cortesanos y de hermosas esclavas, no cabía en sí de gozo. Se le preparó un festín espléndido, cediéndole el sitio de honor en la mesa. Cuando con mayor deleite saboreaba los preciosos manjares, Dionisio le suplica que mire hacia arriba; Damocles mira, y ve con terror que sobre su cabeza hay suspendida una espada desnuda, retenida solamente por una crin de caballo. Levántase temblando y suplica á Dionisio que le libre de ser rey y de la espada al mismo tiempo. Cuando una persona está amenazada constantemente de un peligro que puede herirle á cualquier momento, se dice que tiene suspendida sobre sí *la espada de Damocles*.

\*\*\*

Hay en Sartilly (Francia), una feria llamada *del gato*. He aquí el origen de esta denominación. Un colono bastante atrasado, económicamente hablando; no sabía cómo pagar cien francos que debía al propietario de las tierras. Resolvióse por fin á vender una vaca que tenía, conviniéndose el amo en que, cualquiera que fuese la cantidad que se sacara de la vaca, se daría por satisfecho con el producto de la venta. Nuestro labrador entonces se fué al campo de la feria de Sartilly, y además de la vaca llevó el gato de su casa, poniendo la una á la derecha y el otro á la izquierda. A cuantos compradores

preguntaban por el precio de la vaca, respondía: «Por la vaca quiero diez francos, por el gato cien; en la inteligencia que no vendo la vaca sin el gato.» Hubo de encontrarse al fin quién diese lo que el labrador quería por su singular pareja de animales: y el amo de las tierras, que había ido á la feria para asegurarse de lo que se sacaría de la vaca, no pudo menos de celebrar la ocurrencia, y dándose por pagado con los diez francos, firmó recibo de los cien á su colono. El caso fué muy celebrado en la comarca, y desde entonces (hará como unos 200 años) la feria de Sartilly se llama la *feria del gato*.

\*\*\*

En el lugar de... había que sortear un mozo que tocaba dar para la quinta. Contábanse sólo en el pueblo dos mozos que pudieran ser encantados, siendo uno de ellos el hijo del ama del cura, á quien el alcalde quería librar. Con este objeto escribió en dos cédulas la palabra *soldado*, advirtiendo á su protegido Blas, que dejase meter mano primeramente á Diego Tomé, que era el otro mozo, como de mayor edad; con lo cual, sacando éste necesariamente cédula escrita, saldría soldado, quedando luego á cargo del alcalde protector, como á individuo de la mesa, el hacer desaparecer la otra papeleta. Llegó el día del sorteo; reunióse el pueblo con toda formalidad para presenciar el sorteo, y el alcalde, el cura, el ama y Blas se lisonjaban del presunto buen éxito de su enredo. Lee el alcalde la orden que señala á aquel pueblo un mozo para la quinta, y no habiendo más que dos mozos comprendidos, á saber, Blas Intriga y Diego Tomé, manda que éste, como mayor de edad, meta primero mano y saque su cédula. Tomé, que algo llegó á sospechar de trampa, mete mano, saca una cédula, y, sin mirarla ni desarrollarla se la mete en la boca y se la traga, y vuelto á Blas le dice: «Saca ahora la tuya, si fuera blanca, yo seré soldado, y si negra lo serás tú.» El pueblo todo gritó que Blas sacase su suerte, y el pobre diablo cayó quinto, malgrado las intrigas de la mesa.

\*\*\*

El *American Agriculturist*, de Agosto próximo pasado, contiene sobre la siguiente importante cuestión dos consejos de un cultivador antiguo.

La elección de las espigas destinadas para semilla debe principiar lo más temprano posible. Se escogen

desde luego los tallos y plantas más perfectas, cuidándolas especialmente. Por lo general un agricultor inteligente puede proporcionarse así semilla superior á la ofrecida en venta. Según la variedad, se cosechan de 40 á 100 y aun 120 hectólitros por cuadra, de consiguiente no hay otro cereal que más remunere los cuidados dedicados á la elección y cultivo de la semilla capaz de rendir cosechas máximas.

Escogidas las plantas más perfectas, se marcan con un cordel las espigas más llenas, gruesas y mejor formadas, dejándolas madurar en el tallo mismo. Para secarlas después por completo, deben formarse ataditos, colgándolas en un lugar seco y ventilado, y no desgranando las espigas sino poco antes de la siembra, para que los granos no sufran por la sequedad excesiva del aire.

Escogiendo espigas de plantas que llevan dos, tres ó más, contándose las hileras de granos, rechazándose las espigas que tengan menos de doce, y eligiéndose entre estos granos escogidos sólo los más sobresalientes, se puede llegar dentro de breves años á formarse una semilla que llene todos los requisitos de este cereal; el más hermoso y más nutrido de cuantos se cultivan en los países meridionales, dotados de un clima caluroso y luminoso.

Los principios de *In. and. In.* empleados por ingleses para mejorar los animales por la selección de la raza y familia, han sido aplicados con buen éxito por los norteamericanos, en la cosecha de semillas sobresalientes de maíz y sorgo.

\*\*\*

La gracia es la hermosura del movimiento.—LESSING.

\*\*\*

Los vicios son una raza fecunda, no hay uno que no pueda engendrar cien enfermedades, y cuando no tienen más que un hijo, este hijo suele ser la Muerte.—JUSSIEU.

\*\*\*

El placer es como ciertos medicamentos, cuya dosis debe irse aumentando sucesivamente para obtener unos mismos efectos; pero las últimas dosis producen ó la muerte ó el embrutecimiento.—BALZAC.

\*\*\*

En revolución, los revolucionarios hacen el gasto y el pueblo pacífico paga la cuenta.—PETIT SENN.

## RECREOS INSTRUCTIVOS

### XVII

—Este pequeño armario tan viejo estorba: creo que lo mejor será echarlo al fuego: ¡como si no hubiese ya bastantes trastos viejos en casa!

—Á ver, á ver... ¿qué armario es ese, Clarita? pues no me parece tan rematado para la hoguera; viejo es, ¡y lo que habrá servido el pobre! pero si lo convirtiese-

mos en un flamante *bibelot*, y japonés por añadidura, ¿qué me dice usted á esto?

—¿Japonés?

—Así como suena; japonés moderno: de fin de siglo.

—¡Pero si es antiguo!

—Antiguo no, porque entonces tendría mucho valor; lo *antiguo* y lo *viejo* son dos cosas muy diferentes: antiguo es lo que ya cuenta muchísimos años: lo

viejo es de construcción moderna, pero que el uso ha estropeado: en las ferias hay muchas cosas *viejas* y pocas cosas *antiguas*, pero éstas á veces se pagan á peso de oro. Venga ese armario, preparen ustedes lo que les diré, y ya verán qué mueble tan cuco; tanto, que se lo llevan ustedes á Barcelona, de seguro.

—Entonces será usted un mago: pues el pobre está...

—La *Paciencia* y el *Arte* son dos talismanes que convierten en mago á todo el que tiene un poco de habilidad: manos á la obra. Poner el mueble á la luz, para ver bien sus desperfectos ahora con un poco de yeso y cola formamos una pasta para tapar los agujeros y rendijas. Venga el papel de lija núm. 0, y á dejar las superficies bien lisas.



Después que está hecho todo esto, compondremos una mezcla de negro de humo con barniz copal, adicionándole un poco de alcohol para que no sea tan espeso; esta pasta ó falsa laca la extenderemos con paletilla por todas las superficies, cuidando que queden brillantes como charol.

Y mañana, ya seca la *mano negra*, ó sea el color que hoy damos, Sofia calcará cualquiera de los caprichos japoneses que tiene en sus libros de ornamento, y los pintará con purpurina roja mezclada con secante de Harlem; luego daremos los toques brillantes con purpurina *or pâle* y secante, y por encima de estas superficies, con tiempo y paciencia, pintaremos una porción de fruslerías imitando el estilo japonés y mezclando purpurina amarilla en todos los colores para dar más sabor de verdad á la imitación.

Encima de la madera así preparada, se pinta con tanta facilidad como si se tratase del mejor *panneau* de Rowney, y se pueden obtener tonos frescos, brillantes y fijos.

He aquí el proyecto de reforma del resucitado mueblecillo; si lo prefieren ustedes blanco, sustituiremos el negro de humo por el blanco de plomo, pero manejándolo con precaución, pues es venenoso; si les parece mejor que el mueble sea rojo, venga el bermellón de China; los tonos de oro combinan perfectamente con esos tres, escatimando los toques brillantes.

¿Lo ven ustedes? ahora nada más que con la capa de negro-charol ya parece otra cosa el tal mueblecito, condenado al fuego en un momento de irreflexión y que estará mañana vestido de gala, no por arte de magia, sino por la magia del Arte.—JULIÁN.

Solución á la charada anterior:

CA-PA

Solución al logogrifo numérico:

CAROLINA  
ANILINA  
COLINA  
CANAL  
LILA  
OLA  
LA  
R

TRIÁNGULO

• • • • •  
• • • • •  
• • • • •  
• • • • •  
• • • • •  
• • • • •  
• • • • •  
• • • • •  
• • • • •  
• • • • •

1.<sup>a</sup> línea, materia indispensable; 2.<sup>a</sup>, medida superficial; 3.<sup>a</sup>, arma salvaje; 4.<sup>a</sup>, embarcación antigua; 5.<sup>a</sup>, todo lo existente; 6.<sup>a</sup>, letra.

ANAGRAMA

—DÍ ¿NO GANÓ EL DURO?

Con las letras de esta frase formar el nombre de un drama español.

TERESINA.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.<sup>a</sup>*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y á las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados todos los derechos artísticos y literarios.—IMP. ESPASA Y COMP.<sup>a</sup>





ASPECTO DEL PARQUE DE BARCELONA EL DÍA DE LA BATALLA DE FLORES

DIBUJO DE J. CABRINETTY

]  
r  
él  
id  
al  
es  
de  
cu  
Se  
er  
pe  
ex  
rr  
en  
to  
  
di.  
T  
sa  
en  
qu  
sa  
en  
tes  
co



## MEMORÁNDUM

---

**H**ONRAR la memoria de Colón, conmemorar el descubrimiento de América sin asociar á estas solemnidades el sacro monte y la milagrosa imagen de la Santísima Virgen de Montserrat, patrona de Cataluña, hubiera sido dejar un hueco, que por ningún otro medio hubiera podido llenarse en el corazón de los católicos nacidos en el Principado ó que en él viven de largo tiempo, habiendo hecho suyos sus sentimientos y sus aspiraciones. Felicísima idea tuvo, pues, el Excmo. é Ilmo. señor obispo de la diócesis, Dr. D. Jaime Catalá y Albosa, al iniciar las fiestas montserratinas, con motivo del Centenario, y no menos afortunada ha estado la junta de piadosos y distinguidos varones que las organizó bajo la elevada inspección del Ilmo. Prelado. Cataluña toda y Barcelona como pocas de sus ciudades responden siempre cuando se las convoca para ir en romería á Montserrat, para prosternarse á los pies de la Santísima Virgen, para implorar nuevamente de su intercesión misericordiosa, amparo eficaz en las tribulaciones de la vida. Ahora con ocasión del Centenario de América, como en 1880 por causa del Milenario de la invención de la milagrosa imagen, como el día de su coronación excelsa, todas las clases sociales han respondido á la voz de sus prelados y han ido á Montserrat, henchido el corazón de gozo por las fiestas que se hacían, llena el alma de esperanza en la protección nunca desmentida de la patrona de Cataluña, de la madre amantísima de todos los catalanes y de todos los españoles.

Hermoso espectáculo ofrecían la plaza y los alrededores del Monasterio en la tarde del día 5 de este mes, al llegar allí el arzobispo de Tarragona y los obispos de Barcelona, Vich y Tortosa, con la restante comitiva oficial. Al templo acudió en seguida todo el mundo para saludar á la Virgen, y en aquel momento subió al púlpito el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo y en breve y conmovedora oración presentó á la Virgen de Montserrat como estrella del mar que guió á Colón en el descubrimiento del Nuevo Mundo, y alentó al P. Boil y á los demás sacerdotes que le acompañaron para predicar el Evangelio en aquellos remotos países, sumidos en las más oscuras tinieblas de la idolatría. Aquella misma noche las peñas del monte fueron teatro de uno de los más imponentes espectáculos de la naturaleza. La lluvia, que había comenzado al anochecer y que impidió la realización de algunos de los festejos preparados para



la velada del citado día, se convirtió á media noche en tormenta, retumbando el trueno por aquellas hondonadas con tan horrisono estruendo, que hubiera puesto pavor en el corazón más valeroso, si los de todos no hubiesen tenido la certeza de que se encontraban bajo un amparo más poderoso que el poder de la tempestad desencadenada, el cual no había de faltarles nunca y mucho menos en aquellos instantes.

La tormenta del 5 sirvió para que al siguiente día presentase la atmósfera limpidez admirable, se respirase un aire puro perfumado con el aroma del boj y de las plantas silvestres que en grande abundancia allí crecen, y pudiese verse desde el Monasterio el bello panorama que de allí se descubre y que es asombro y encanto de cuantos por vez primera lo contemplan y aun de cuantos lo han contemplado repetidas veces. Todo respiraba fiesta aquel día. Sentíase en la naturaleza, sentíase en los corazones, comunicábanla á los romeros los acordes de la banda municipal de Barcelona tocando la alborada. Millares de fieles, en tanto, acudían á la Sagrada Mesa á recibir el Pan de los Ángeles después de haber escuchado tierna y fervorosa plática del Ilmo. Morgades, obispo de Vich y administrador apostólico de Solsona, quien, con los prelados de Lérida y Tortosa, distribuyó la Sagrada Forma. Hizo notar el señor obispo de Vich, con muchísima oportunidad, que de Montserrat salió en realidad de verdad la civilización que el insigne navegante genovés procuró á la América, puesto que un eremita que había sido de aquel Monasterio fué quien llevó primero la luz del Evangelio á aquellos países. Dijo también, que al separarse las colonias americanas de España, la madre patria, se apartaron asimismo de la Religión Católica, que les había traído la felicidad, y pidió á los fieles reunidos en la grandiosa catedral de las montañas, que rogasen á Dios y á la Virgen para que las naciones americanas volviesen á los verdaderos senderos de la Iglesia.

Todas las ceremonias religiosas adquieren en el templo de Montserrat aspecto imponente que conmueve profundamente los ánimos. Cuando en los Divinos Oficios arden los cirios y ciriales por todo su vasto espacio, iluminándolo con encendidos reflejos; cuando las voces robustas y severas de los monjes en el ritmo solemne del canto gregoriano alternan con las melodías y armonías de la capilla de música, á manera de coros angélicos; cuando la voz del celebrante y asistentes, apagadas por la inmensidad de la nave, resuenan á modo de eco misterioso y divino; cuando en todos los ámbitos de la iglesia nota el fiel que las almas de todos, los pensamientos de todos, los corazones de todos piensan y sienten al unísono alabando á Dios, glorificando á la Santísima Virgen, asociándose con alma y vida á los sublimes actos del incruento Sacrificio; cuando todo esto pasa y todo esto se siente, no hay pecho, por duro que fuere y cerrado á toda creencia religiosa, que no se conmueva, ó por lo menos no se encuentre profundamente impresionado. ¡Qué ha de sucederles á cuantos tienen la fortuna de seguir fervorosamente las enseñanzas de la Fe Católica! Inefables momentos tuvieron, por lo tanto, las personas que concurrieron á los Divinos Oficios de Montserrat, en la mañana del 6 de Octubre, del año del Cuarto Centenario de América. ¡Qué hermoso cuadro ofrecía el presbiterio! El prelado metropolitano ofició de pontifical ocupando el solio del abad, teniendo fronteros, revestidos asimismo de pontifical á los obispos de Barcelona, Vich, Lérida y Tortosa, al P. José Deás, abad del Monasterio, y al P. Antonio Ruera, estos dos ilustres monjes también con mitra y báculo. En el presbiterio se hallaban igualmente el general de brigada señor Molins, en representación del capitán general del Principado, los señores presidente de la Audiencia y fiscal de S. M., el alcalde de Barcelona y una comisión de su Ayuntamiento, y una comisión de la Diputación Provincial. A la fiesta enviaron representantes los PP. escolapios, dominicos, capuchinos y franciscanos. Después del Evangelio ocupó la cátedra el Excmo. é Ilmo. Dr. D. Salvador Casañas, obispo de la Seo de Urgel y Príncipe de Andorra, quien, tomando por tema una frase de S. S. el Papa León XIII, sentó la proposición de que las glorias de Colón son glorias de la Iglesia, é hizo notar que, así como Jesucristo

para extender el Evangelio se valió de doce pobres pescadores, Dios Nuestro Señor, para civilizar el nuevo continente de América, se había valido de un hombre pobre como Cristóbal Colón. Terminados los oficios, el señor arzobispo dió la bendición papal, y el señor obispo de Barcelona leyó en el púlpito una carta del cardenal Rampolla, escrita por encargo de León XIII, y referente á la fiesta que se estaba celebrando. Púsose en seguida la primera piedra de los púlpitos que se construirán en la iglesia de Montserrat, como recuerdo del Centenario, idea cristiana en verdad, en la que podrá emplearse el arte religioso, y que se halla en cabal relación con el hecho de haber sido el P. Boil y sus compañeros quienes por vez primera predicaron en América las doctrinas de Jesucristo y de su Iglesia.

\* \* \*

En la tarde del mismo día 6, bendijo el prelado de esta diócesis el nuevo ferrocarril de cremallera. En una hora se salvará con este camino la distancia que hay desde la estación de Monistrol á la plazoleta del Monasterio, abreviándose mucho, por lo mismo, el tiempo que debía emplearse subiendo la montaña en carruaje. Para nuestro gusto hubiéramos preferido que por años y años se hubiese seguido la costumbre de ir á Montserrat en coche y mejor en caballería. Las vueltas y revueltas de la carretera que lleva al Monasterio desde Monistrol ó del camino de Collbató, con la lentitud con que por ellos tenían que andar carruajes, mulos y borriquillos, iban preparando el ánimo del romero á la santa visita, y abrían su inteligencia y su corazón á las impresiones que causa la mismísima montaña. Todo esto desaparecerá con el camino de hierro, puesto que en breve espacio de tiempo pasará el viajero desde Monistrol á la estación de Montserrat al pie de la plaza de la Fuente. Con todo, los adelantos de la locomoción se imponen, y por ello se ha creído, manifestándolo así el Ilmo. Dr. Catalá en el acto de la bendición, que el ferrocarril de cremallera, construido según el sistema de los que hay en otros países, y sobre todo en Suiza, facilitaría la concurrencia al Monasterio y redundaría en mayor loor y gloria de la Soberana Reina de los Cielos. Creyéndolo también nosotros, deseamos que sea afortunada la empresa que lo ha llevado á cabo, y que la bendición del Señor dada por el obispo y la intervención de la Virgen de Montserrat libre á los viajeros que vayan en sus trenes de los percances, dolorosísimos á veces, que ocurren en todos los ferrocarriles, por mucha que sea la vigilancia de las compañías y de sus empleados.

\* \* \*

Las letras, y singularmente la poesía, se asociaron también á las fiestas colombinas de Montserrat. Hubo en el gran patio de la Basílica una selecta Academia, que abrió el docto catedrático de esta Universidad, doctor don Joaquín Rubió y Lluch, con un discurso gallardamente escrito, en el cual dijo, con palabra elocuente, que la fe convirtió en arco de triunfo las columnas de Hércules al abrir Colón el camino del Nuevo Mundo para gloria de Cristo y engrandecimiento de la patria. Leyerónse delicadas poesías, entre ellas una catalana del inspirado vate Rdo. D. Jacinto Verdaguer, de un exquisito aroma místico é impregnada de sin par dulzura. Cantóse el característico *Virolay de Maria*, letra del mismo Verdaguer, con bella música del maestro Rodoreda, que se premió en la fiestas del Milenario; se tocó por la noche la sardana del *Garín*, de Bretón, que se ha hecho popular, y que acogieron con regocijo todos los presentes, demostrando una vez más que en Cataluña no existen los exclusivismos que se le han atribuido por algunos; y por fin hubo función de pólvora, que fué muy vistosa, porque el teatro de las peñas aumentaba el efecto de los cohetes y fuegos aéreos, y los ecos hacían más estruendoso el reventar de los petardos y de las bombas.

\* \* \*

Las fiestas montserratinas con motivo del Centenario de América ofrecieron, conforme

aparece de nuestro desmañado relato, nueva coyuntura á los habitantes de Cataluña par hacer demostración clara de la devoción que profesan á la Reina de los Cielos, en su advocación de María de Montserrat. Renováronse en cuantos allí fueron, de entre los que habían acudido á las fiestas del Milenario y de la coronación, las dulcisimas emociones que entonces también experimentaron, y por vez primera las sintieron, con viva eficacia, los que no habían concurrido antes á solemnidades parecidas en la histórica montaña y secular Monasterio. Y á los que habían leído el poema *El Montserrat* de Cristóbal de Virués, se les venía á la memoria la estrofa que casi podríamos llamar profecía del capitán poeta:

No habrá nación en todo lo habitado  
do desta santa imagen no se trate;  
no asiento alguno se verá ilustrado  
con monasterio de mayor quilate;  
no verá el sol lugar más celebrado  
que el felice y bendito Montserrat;  
y no habrá invocación en todo el suelo  
por quien mayores gracias haga el Cielo.

B





## ROMERÍA Á MONTSERRATE

### I



SOMAD, asomad á la ventana, bellas niñas; y vosotros engalanad vuestras puertas, porque ya llegan los devotos romeros de la Virgen, y sus banderas coronadas de flores ondean alegremente por encima de los matorrales.

La brisa de la montaña trae el armonioso eco de sus plegarias, interrumpido de cuando en cuando por el de los instrumentos de los que siguiendo la procesión van á visitar á la Virgen.

Bajos los ojos y con el rosario en las manos avanzan devotamente los peregrinos; allí ni esplendor ni riqueza; humilde, muy humilde es su andar, fervientes los rezos que murmuran, y los hay que esmaltan con la sangre de sus pies descalzos las espinas y las piedras de los caminos.

Las niñas, suelta la cabellera que sujeta sólo una guirnalda de flores, responden con voz tímida á las letanías, y las rosas, avergonzadas de sus mejillas y el rubor que baja sus párpados, son la mejor ofrenda que sus corazones inocentes llevan á la Virgen.

Detrás de la clerecía y de los buenos magistrados de la comarca, la turba regocijada marcha al son de las gaitas, y al compás de los cantares, con que sus madres le enseñaron á cantar á la Virgen.

Cerrad, cerrad tras vosotras las puertas de vuestras casas, porque ya la procesión se hunde en los recodos de la falda del monte.

¿No veis cuál asoma en aquel flanco saliente, al pie de la cruz que sombrean peñascos gigantescos? Allí repiten con fervor la plegaria, cuyos últimos sonidos expiran en el aire al doblar aquella punta.

Helos que los divisan del Monasterio, y echan á vuelo las alegres campanas, mientras la muchedumbre de peregrinos, que llenan los claustros, la plaza y la hospedería, alzan confuso murmullo, llamándose y noticiándose la llegada de los nuevos romeros, mientras los magnates hospedados en los aposentos de monseñor abad aparecen curiosos á la ventana, mientras los perros contestan ladrando á los silbidos, y los halcones aletean y lanzan chillidos agudos, posados en el puño de sus amos ó en las sillas de las cabalgaduras.

Entonces el padre dispensero redobla su afán, y grande actividad reina en la cocina, cuyo hogar envía á lo alto densas nubes de humo, porque en verdad jamás visteis hospitalidad como la de estos monjes de Santa María.

Pero ya al pie del Monasterio, antes de apagar los recién venidos su sed en las frescas linfas de aquella fuente, sube al cielo en alas de la devoción una voz general que entona el Virolay de Santa María:

«—Rosa placentera, joya de amor santo, topacio castísimo, claridad sin sombra, tú tiendes una mano compasiva al acongojado, y eres puerto de salvación en la tormenta.

»—Águila caudal, que remontas tu vuelo á lo alto, puerta sagrada del templo, oye nuestra plegaria: defiéndenos y ruega por nosotros.»

Grande, muy grande es el pasmo de los recién venidos al ver tanta muchedumbre; porque ciertamente grande, muy grande es la devoción á la Virgen de Montserrat.

Allí miran á sus hermanos de todas las provincias de España: allí oyen la dulce habla del hijo de Italia á la par de las oraciones del que mora en las márgenes del Sena, tierra fecunda en caballeros, y allí contemplan los dorados rizos y ojos azules del blanco germano, que brillan

junto á la cabellera, negra como las alas del cuervo, del que se adormece al arrullo del mar en Sicilia, ó en las frescas brisas de Sorrento.

¿Oís cuál hondamente resuena el órgano dentro de las sagradas naves, y cómo el eco caprichoso repite los rezos de la comunidad, que con sendos cirios va lentamente bajando del altar á recibir la procesión de los romeros? El venerable abad, que viste los adornos pontificales sobre el hábito de san Benito, aparece en lo alto de las gradas, y con los ojos levantados y las manos extendidas invoca la gracia del cielo sobre los devotos de la Virgen, y con su diestra traza sobre sus cabezas el signo cristiano.

¡Oh! ¡quién pudiera contar las riquezas que allí pasan á los romeros! Sus ojos no aciertan á contar el número de las bellas lámparas, dádiva de los reyes, de los poderosos y también de las buenas y piadosas villas; y al mirar los cirios gigantes que arden perpetuamente:—En verdad, exclaman, la morada es esta de la Virgen.

Y cuando los solícitos sacristanes les abren el tesoro de la sacristía, cuando les

deslumbran los frontales, los tapices y adornos, las joyas, los vestidos, los vasos y candelabros, allí juntan las manos y repiten:—¿Quién tales maravillas vió? En verdad la morada es esta de la Virgen.

Pues al subir trémulos de veneración al camarín de la Madre de Dios, cuando el fuego de la piedad les embarga el uso de sus potencias y hace latir con fuerza sus corazones, al ir á besar la mano á María y á su Hijo, si sus ojos se atreven á mirar aquel divino rostro, bájanse con temor sorprendidos de tanta majestad y magnificencia, heridos por el brillo de las coronas de oro, en que arden millares de diamantes y esmeraldas, mientras ellos en lo hondo de su alma murmuran:—¡En verdad aquí es la morada, y esta imagen la imagen de la Virgen!

Allí se postran sobre las húmedas losas que encierran los restos de los finados; allí les suceden otros romeros que se arrodillan en sus losas todavía calientes, y allí la oración sube al



RESTOS DE VIEJAS CONSTRUCCIONES EN MONTSERRAT

(De fotografía de Joaristi y Marlescurrena)

cielo constante, continua, eterna, como la escala transparente que debe unir la tierra con el cielo.

Entretanto el movimiento no cesa afuera; oyense las voces de despedida de los que regresan á sus casas y de los que llegan, los silbidos de los que se llaman, el ladrar de los perros y el relinchar de los caballos, los gritos del buhonero y la cantinela del pobre ministril, que de cuando en cuando interrumpe con un preludio de su arpa, descolorida por el sol y la lluvia, la balada del ermitaño Garín y de la linda Riquildis, hija del buen conde Wifredo.

Apresuraos, bellas niñas; guiad, guiad vosotros, los gentiles mancebos; el sol tiñe la corriente del Llobregat con el oro del Mediodía, y las ermitas de los pobres solitarios están muy lejos. Visitemos los altos picos, donde el nombre de Dios ha construido su cabaña junto al nido del halcón, y entremos en la cueva del diablo ahora que el reflejo del sol ahuyenta los espíritus, antes que las tinieblas de la noche, ¡Jesús-María! ¡traigan las feas visiones y los gemidos de la doncella degollada!

## II

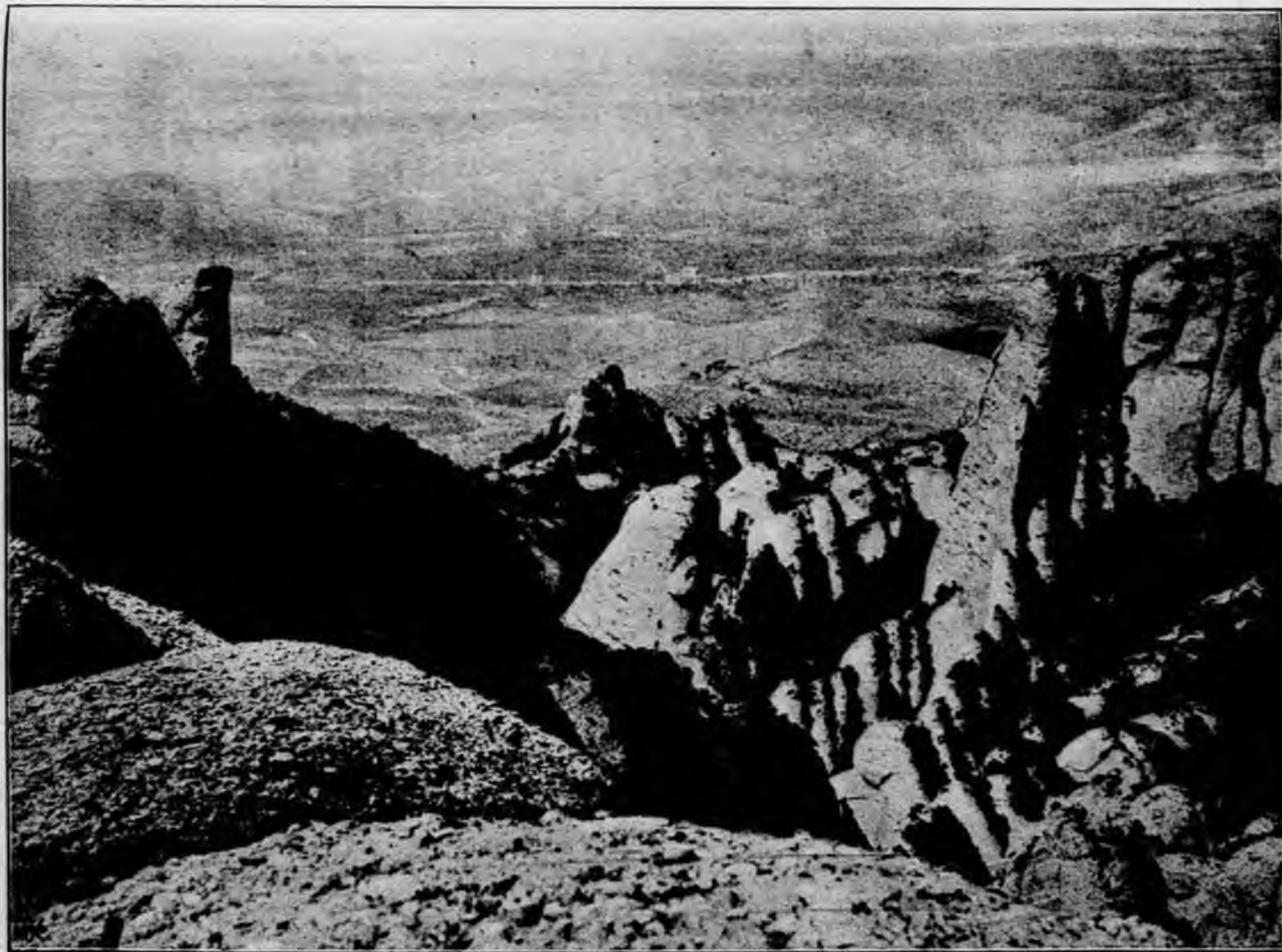
Una naturaleza horrible arredraba á nuestros antepasados que subían á las ermitas por varias sendas y peligrosas escaleras que á ellas conducen: ora como colgados en el aire, miraban con pavor los derrumbaderos, que de pico en pico prolongan sus cabezas; y ora al doblar la punta de una roca, tendíase á su vista un vasto panorama, en cuyo fondo asomaban tal vez cumbres nevadas. El viento traía en sus alas caprichosas armonías del órgano y del canto, cuyos sonos profundos y lejanos cobraban algo de fantástico y temeroso al quebrarse en aquellos colosos fríos de roca, bien como los últimos ruidos del mundo que dejaban atrás, ó por mejor decir, como los acentos intermedios entre el mundo y el cielo á que caminaban. Altas, muy altas aparecían las ermitas; todas en la cima de los peñones, todas aisladas en los aires, como puntos de esperanza; y la senda, como senda de esperanza, ¡ay cuán difícil y trabajosa! Así una imagen vaga, una luz siniestra nos lleva en el mundo de desengaño en desengaño: ora hundido en los negros derrumbaderos, apenas brilla á nuestros ojos; ora entre las tinieblas, lanza una claridad que nos llama tras sí; y bien que siempre huye adelante como un fuego fatuo, ¡infeliz el corazón en que ella no refleja! Tras la pérdida de las ilusiones, el varón fuerte la ve posada tranquilamente en alta cima desgajada, donde no hay vegetación ni vida al parecer; y si sus santos deseos de felicidad hacen que ponga el pie en el áspero sendero, como el soldado arroja las piezas pesadas para subir más ligero al asalto, uno á uno va él arrojando tras sí los objetos que le recuerdan el mundo y de que quisiera rodearse aun en la soledad, pues anchas gotas de sudor bañan su frente, y bien han de menester sus pies del auxilio de sus manos. Mas en cambio, arriba, ¡cuánta serenidad! ¡cuánto sosiego! Desde aquella casucha, desde aquella pelada roca asiste á las escenas más imponentes de la naturaleza: el sol levántase cada día de su lecho de oro sobre el mar lejano; los valles y las cumbres envían á lo alto un murmurio que se difunde á manera de armonía grande y poderosa; y cuando á su vez la luna inunda de un vapor de plata los espacios, y á través de aquel velo resplandecen las estrellas, el concierto de la naturaleza penetra en su corazón; entonces entiende lo que antes no entendía; entonces le suena dentro el pecho una voz suavísima que va adormeciendo sus deseos con cantares de paz, y entonces el ánima desembarazada y limpia recuerda con el divino León aquel que sopló á deshora

. . . . . manso viento  
del espíritu eterno, y enviando  
un aire dulce al alma fué llevando  
la espesa nube que la luz cubría  
dándole un claro y muy sereno día.



Así al pisar el umbral del ermitaño de Montserrat, nuestros antepasados miraban con admiración la santidad, la beatitud y dulcedumbre que por entre las huellas de las vigilijs y ayunos aquellos rostros respiraban. Orar y trabajar, esta era su vida; bien como en el Oriente hundiéronse un tiempo á meditar en los desiertos los Antonios, los Pablos, los Jerónimos, figuras portentosas que asoman y llenan las soledades del Egipto, de la Palestina y de la Tebaida. Si las aves cuidaban de aquellos primeros solitarios, si las fieras les hacían mansa compañía y les cavaban la sepultura; los pintados pajarillos obedecían la voz de los ermitaños de Montserrat; y como si un instinto sobrenatural les revelase la sencillez é inocencia de aquellos hombres inofensivos, bajaban cariñosos á repartir amigablemente la comida que ellos llevaban á la boca, de donde con mucho amor se la tomaban. Las primeras lumbreras de la Iglesia estudiaron al Señor en el claro y sublime libro de la naturaleza, que á sus ojos estaba abierto; y ¡qué idea de Dios, de la inmensidad, de la vida eterna, debieron de tener los solitarios de Montserrat! ¿Cómo no pensar en Dios, cuando les rodeaban sus maravillas? ¿Cómo no abismarse en la inmensidad de Dios, cuando sobre sus cabezas encorvábese inmensa é infinitamente la bóveda de los cielos; cuando contemplaban el curso ordenado de los astros, tan pequeños para aquella grandeza como una navicilla para la atmósfera? ¿Cómo no sentirse inspirados, cómo no cantar al Señor, cuando á su alrededor se formaban las tempestades; cuando mil ecos repetían el retumbo del trueno, estremeciendo aquellas moles grandiosas, que aparecían envueltas en el fuego de los relámpagos; cuando la negra nube desde allí descendía y se extendía como un mar por la llanura, robando á las ciudades y á los campos la luz del sol, que brillaba entretanto más puro para el hombre de Dios? Lo que el maronita siente en las cimas del Líbano, lo que el copto en las arenas de Egipto, lo que el nestoriano en las márgenes del Tigris, lo que el solitario de Abisinia junto á las cataratas del Nilo y á la orilla del Mar Rojo, esto sentía el ermitaño de la Virgen de Montserrat; y si la situación de su retiro no era para consagrar su vida al socorro de los extraviados, como el misionero de América ó el religioso de los Alpes, sus días deslizábanse puros y santos, como los de aquellos anacoretas, y como ellos, después de conversar con los ángeles, volvía á tomar el humilde trabajo con sus manos. Ni el frío sudor del injusto; ni las tristes imaginaciones del ambicioso le conturbaban el sueño; los mismos bramidos de la tempestad y del viento se lo procuraban tranquilo y regalado; sólo los rompía el toque de la campana ó el rezo del coro, que subía entre la oscuridad; y si con las últimas nieblas de la noche, un recuerdo del mundo cruzaba con aspecto seductor por delante de su espíritu; si renovándose las sensaciones de lo pasado, encendían en él trabajosa batalla, un coro de voces infantiles saludaba á poco en el templo la estrella de la mañana que serenaba el cielo y ahuyentaba los vapores, y sus acentos formaban acento celestial que decía:—¡Feliz, feliz el hombre inocente! El ojo complacido de Dios no se aparta de él; los ángeles se miran en su alma; sus días pasan sin ruido y en paz; y cuando es cumplida su edad sobre la tierra, él puede presentarse al trono del Señor con el manto de la verdad y de la justicia, y levantará él sus manos puras y limpias de sangre: ¡feliz, feliz el hombre inocente!

PABLO PIFERRER.



VISTA DE LA MONTAÑA DE MONTSERRAT

(De fotografía de A. Esplugas)



## RECUERDOS DE UN GRANDE HOMBRE

(CONTINUACIÓN)

### II

#### EL ALMUERZO

EN el estrecho recinto de una franciscana celda, cómoda, aunque humilde y pobre, y de extremada limpieza, de la Rábida el prelado con sus dos huéspedes entra, y después que sendas sillas les ofrece y les presenta, abre franco y obsequioso una mezquina alacena, de donde bizcochos saca, una redoma ó botella del vino más excelente que da el condado de Niebla, aceitunas, pan y queso, y tres limpias servilletas, acomodándolo todo en una redonda mesa, no lejos de la ventana que daba vista á la huerta.

En seguida llama al lego, y que al punto traiga, ordena,

huevos con magras adunia, y chanfaina si está hecha.

Encargándole que todo caliente y sabroso venga, que no charle en la cocina, ni se eternice y se duerma.

Dadas sus disposiciones al extranjero se acerca (que por tal le ha conocido en el porte, traje y lengua), con una taza le brinda, y al niño que tome ruega un bizcocho, que le alarga, y lo acaricia y lo besa.

Bebe el huésped, luego bebe fray Juan Pérez de Marchena; y el niño come el bizcocho, toma un sorbo de agua fresca, y con el zurrón que el padre se ha quitado, y puesto en tierra, sacando cuanto contiene vivaracho travesa.

El Guardián varias preguntas hace al extranjero, acerca de su patria, de su estado, y del arte que profesa:

aunque aquellos instrumentos con que la criatura juega, que le son muy familiares, ya casi se lo revelan.

Que es genovés y viudo atento el huésped contesta; que es navegar su ejercicio, y de piloto su ciencia.

Y así como una vasija que está rebosante y llena de un líquido, algo derrama á muy poco que la muevan; dió indicios claros, patentes, en sus fáciles respuestas, de aquel grande pensamiento portentoso que le alienta,



que exclusivo su alma absorbe,  
que es la sangre de sus venas,  
que es el aire que respira,  
que es ya toda su existencia,  
y que causó los extremos  
que delante de la iglesia,  
el mar contemplando, hizo,  
como referidos quedan.

Que el Occidente escondía,  
dijo, riquísimas tierras,  
que era el ancho mar de Atlante  
de la gran Tartaria senda,

y que dar la vuelta al mundo  
para él cosa fácil era;  
con otras raras especies,  
tan inauditas, tan nuevas,

que al escucharle, pasmado  
fray Juan Pérez de Marchena  
(aunque á osados mareantes  
hablaba con gran frecuencia,

por haber muchos en Palos,  
y aunque sabe las proezas  
y raros descubrimientos  
de los mares portugueses);

no acierta si está escuchando  
á un orate ó á un profeta,  
si es un ángel ó un demonio  
el hombre que está en su celda.

Mudo se alza, llama al lego  
y que busque á toda priesa  
le manda á Garci-Fernández,  
que estaba há poco en la iglesia.

No tardó Garci-Fernández  
en presentarse en la escena  
con el lego, que el almuerzo  
colocó sobre la mesa.

Era médico de Palos,  
hombre docto y de experiencia,  
de sagacidad y astucia,  
de malicia y de reserva.

Viejo y magro, pero fuerte,  
mellado, la cara seca,  
calvo, la barba entrecana  
y la tez tosca y morena.

De estezado una ropilla,  
calzas de burda estameña,  
la capa de pardo monte  
y el sombrero de alas luengas,

era su traje. La mano  
y el hábito al fraile besa,  
y al incógnito saluda  
con curiosidad inquieta.

—  
El médico, el extranjero  
y el padre Guardián se sientan,  
dando al almuerzo principio,  
y mutuamente se observan.

Pero el silencio interrumpe,  
después de haber hecho seña  
al sagaz Garci-Fernández,  
fray Juan Pérez, y comienza  
á hablar de navegaciones  
y desconocidas tierras,  
preguntándole á su huésped  
su parecer sobre ellas.

Fué bastante haber tocado  
con sagacidad la tecla,  
la facilidad verbosa  
del genovés se despliega.

Y con aquellas razones

de convencimiento llenas  
con que se sienta y sostiene  
lo que se sabe de veras,  
sus inspiraciones pinta,  
sus observaciones cuenta,  
su sistema desenvuelve,  
sus proyectos manifiesta.

Recorre á sus pergaminos,  
los desarrolla, y enseña  
cartas que él mismo ha trazado  
de navegar, mas tan nuevas,

y según él las explica,  
en cosmográfica ciencia  
demostrándose eminente,  
tan seguras y tan ciertas;

que el pasmo del religioso  
y su indecisión aumentan,  
mientras al médico encantan,  
le convencen y embelesan.

De aquel ente extraordinario  
crece la sabia elocuencia,  
notando que es comprendido,  
y de entusiasmo se llena.

Se agranda, brillan sus ojos  
cual rutilantes estrellas,  
brotan sus labios un río  
de científicas ideas:

no es ya un mortal, es un ángel,  
de Dios un nuncio en la tierra,  
un refulgente destello  
de la sabia Omnipotencia.

Comunica su entusiasmo,  
que el entusiasmo se pega,  
á los que áttentos lo escuchan,  
á los que mudos lo observan.

El médico, el religioso,  
y hasta el lego que á la mesa  
sirve, y ha escuchado inmóvil,  
y con tanta boca abierta,

mas sin entender palabra,  
en entusiasmo se queman:  
y de haber visto aquel día  
dan gracias á Dios sus lenguas.

Y piden que luego, luego,  
se lleve á cabo la empresa,  
y quieren ir y una parte  
tener en las glorias de ella.

Y ya se ven en los mares,  
y ya en ignoradas tierras,  
y ya el asombro del mundo  
con nombre, y con fama eterna.

Formando la celda un cuadro  
digno de que en él hubieran  
ó Zurbarán ó Velázquez  
apurado sus paletas.

—  
Mas ¡ay! pronto de aquel cielo  
de ilusiones halagüeñas  
bajan á lo positivo  
de la miserable tierra;

cuando en sí mismo volviendo  
reconocen su impotencia,  
y los elementos grandes  
que há menester tal empresa.

Se hallan como el desdichado  
que en pobre lecho despierta,  
cuando soñaba que un trono  
era poco á su grandeza.

Pues de un oscuro piloto  
volviendo á entrar en la esfera

el genovés, abatido,  
les refiere su pobreza:  
que no han querido ayudarle  
ni su patria, ni Venecia,  
que la corte de Lisboa  
se burla de sus propuestas;  
que los sabios no le entienden,  
que los ricos le desprecian,  
que los nobles no le escuchan,  
que el vulgo le vilipendia.

Mas como después, añade,  
que aun la esperanza le alienta  
de encontrar grata acogida  
en el rey de la Inglaterra;

donde ya tiene un hermano  
con proposiciones hechas,  
y que el mismo, á acalorarlas,  
ir allá muy pronto piensa;

el amor patrio, más puro  
en las españolas venas  
del médico y del prelado,  
se inflama y súbito truena;

pues unánimes prorrumpen:  
— De España la gloria sea:  
no busquéis lejanos reinos  
cuando el mejor se os presenta;

y el que sediento de gloria  
más imposibles anhela.  
Corred, buscad el apoyo  
de la castellana reina,

de doña Isabel invicta,  
que es la más grande princesa  
que han admirado los siglos,  
y que ha ceñido diadema.—

De los dos el entusiasmo  
también á su vez se pega  
al genovés, y aquel nombre  
pronunciado con tal fuerza  
por el físico y el fraile,  
el alma y pecho le llenan  
de esperanza tan vehemente,  
que sus planes desconcierta.

En sus rutilantes ojos,  
como en su boca entreabierta,  
y en su palpitante pecho,  
y en su animada apariencia,

el sagaz Garci-Fernández  
lo conoce, y — No se pierda  
momento, prosigue; al punto  
id á Córdoba, que es cerca.

Allí encontraréis la corte:  
pues el cielo os la presenta  
tan inmediata, propicia  
la hallaréis, nada os detenga.—

Y fray Juan Pérez añade:  
— Marchad, sí, Dios os lo ordena.  
Carta os daré para el padre  
Hernando de Talavera,  
religioso de valía

que es confesor de la reina  
Y porque ningún cuidado  
vuestra jornada entorpezca,  
este vuestro tierno niño  
aquí en el convento queda,  
de mi seráfico padre  
so la protección inmensa.—

No dijeron más. Escribe,  
dando la cosa por hecha,  
la carta Garci-Fernández,  
fray Juan Pérez de Marchena

la firma; su propia mula  
ensillar al punto ordena,  
y las pródigas alforjas  
preparar en la despensa.

Todo está listo. Y entonces  
cual si alguna oculta fuerza  
le compeliere, el piloto,  
que aun no había dado respuesta,  
de pie se puso y resuelto  
exclama de esta manera:

— A Córdoba, Dios lo quiere,  
su gracia me favorezca.—

Al tierno y precioso niño  
acaricia, abraza y besa,  
no sin lágrimas sus ojos,  
no su corazón sin pena.

A rezar un corto rato  
vase devoto á la iglesia,  
do el escapulario viste  
de la seráfica regla.

De sus dos nuevos amigos  
se despide ya en la puerta,  
cabalga, aguija, y á trote  
de la Rábida se aleja.

DUQUE DE RIVAS.

(Continuará).





## LA RÁBIDA

**P**OCAS visitas de lugares célebres me han impresionado tanto como la que hice al convento de Santa María de la Rábida, á últimos de Enero de 1891; y pláceme recordarla ahora que el nombre de la Rábida brilla con nuevo fulgor de gloria, con motivo del cuarto aniversario secular del faustísimo suceso que, allá, en aquel humilde monasterio de las playas andaluzas, tuvo tan felices augurios y próspero comienzo.

Veníamos de hacer un viaje de zig-zag por el Mediterráneo, recorriendo varios puntos de la costa española y del litoral africano; y como final de tan agradable excursión marítima, una noche, el andarín *Rabat*, de la Compañía Trasatlántica, se fué disparado como una flecha, de Gibraltar á Huelva, y al caer de la tarde del día 26 echaba el ancla en aquella ría de amarillentas aguas, muy cerca de la confluencia del Río Tinto y del Odiel, y al frente mismo del histórico Monasterio.

Arriaron los marineros un bote, y á pocos instantes atracábamos en un sencillo embarcadero de madera, y subíamos silenciosos los cuatro compañeros de viaje por la escueta loma y llegábamos á la plazoleta, en cuyo centro se levanta un pilar sobre unas gradas, coronado por una cruz de hierro. Allí la tradición supone que descansó un momento Cristóbal Colón con su hijo Diego, antes de llamar á la puerta del sagrado asilo, y allí nos sentamos nosotros para recordar la sublime escena.

Parece mentira cómo cambia repentinamente en la imaginación lo que podríamos llamar composición de lugar histórico, cuando uno está en el sitio donde ocurrió el hecho. Millares de veces se me había representado en la mente, enardecido por el relato del historiador, ó por los transportes líricos del poeta, la llegada de Colón á la Rábida; pero al ver la puerta del convento, al respirar aquel ambiente de mar impregnado de fuertes olores, y al contemplar aquel horizonte dilatado como las indomables esperanzas del navegante genovés, no digo recordé, ví, asistí al momento en que el jadeante viajero, de frente espaciosa y mirada soñadora, llamaba á la puerta claustral con aquel campanillazo que en el reloj de los siglos iba á señalar una hora suprema y solemnísima de la Providencia. Las figuras del guardián fray Juan Pérez y del *fraile estrólogo* fray Antonio de Marchena, se me aparecieron súbitamente en aquellos pobres y destartados claustros, suavemente iluminados con los amorosos rayos del sol que iba á trasponer los horizontes de la *Última Thule*, y ví á los hijos del humilde *poverello* de Asís dar el ósculo de paz y bienvenida al que venía á España á ofrecerla un Nuevo Mundo.

Ni el convento de la Rábida, sin ser vulgar, tiene gran interés artístico, ni yo lo buscaba. Seguí uno por uno los aposentos y corredores de la religiosa casa, entré en la iglesia que, sin la antigua imagen de la Virgen del Milagro, me pareció un cuerpo sin alma; visité la celda donde



se supone tenía Colón sus conferencias con los frailes y el buen físico de Palos García Hernández, y encontré allí sobre una mesa un enorme libraco, lleno de firmas y de borrones. Era el consabido álbum de visita, que es, como suelen ser todos los libros de su clase, archivo de necedades y almacén de vanidosas frases. Aquel álbum con sus pomposos ditirambos y poéticas majaderías me sacó de mi ensueño y llevóme á la realidad.

Así somos los españoles: no va allí visitante que no se entusiasme y no deje estampado su entusiasmo en alguna tirada de versos ó en períodos de rimbombante prosa; hemos declarado aquella casa monumento nacional, que suele ser pasaporte seguro para irse á pique; la Diputación de Huelva ha acordado, yo no sé cuántas cosas, para la conservación del edificio; ya en 1846, el gobierno mandó á la junta de venta de bienes nacionales de aquella provincia, que se entregase el convento de la Rábida para «casa de refugio de veteranos inutilizados en el servicio de la marina española,» y con todo esto, si no hubiese sido la munificencia de los duques de Montpensier, ya sería aquello un montón de ruinas y de maleza. Restauróse el

edificio más ó menos bien, y muy en-caladito por dentro y fuera, eso sí, pero muy solitario y casi abandonado lo encontramos entonces, dando la razón á un anónimo que, llevado de santa indignación, escribía en el álbum: «¡Baldón eterno á la España que así abandona sus glorias!»

Dicen que con motivo del Centenario se han hecho en la Rábida obras considerables de restauración y embellecimiento; que se han hallado debajo



de la enjalbegadura curiosas pinturas murales; que se han adornado los alrededores plantando muchas palmeras llevadas allí de Elche, etc., etc.

Todo eso está muy bien; pero es hacer las cosas á medias. Pasarán las fiestas del Centenario, marcharán á sus casas los señores del Congreso de Americanistas que ahora allí va á reunirse, y otra vez el Monasterio se quedará sólo y expuesto á las injurias del humano olvido, que son peores que las del tiempo devorador. ¿Por qué, pues, no pensar en devolver el edificio á los hijos de san Francisco? Yo supongo la orden franciscana proscrita de España, como por luengos años lo había estado; pues bien: aun dada esa ingratitud y locura, en la Rábida deberían quedar los frailes franciscanos á perpetuidad, porque no se concibe la existencia de aquellas paredes, consagradas por grandes recuerdos nacionales, sin los frailes, y le falta la vida y el alma á aquel gran cuadro de historia, que tiene por marco la inmensidad del Océano, sin verse el simpático sayal que llevaron, ennobleciéndolo, los fieles amigos y patrocinadores del Descubridor de las Indias occidentales.

Estas consideraciones hacía, mientras el querido amigo, jefe de nuestra expedición, apuntaba el croquis de la Rábida que hoy publicamos; y á la débil luz del crepúsculo, desde la cubierta del buque que se mecía suavemente con la pleamar, estuve largo rato contemplando aquel blanco edificio de simpática silueta. En la ladera que le sirve de repisa, balanceaba sus ramas una palmera solitaria, único sobreviviente de la selva que en otro tiempo ornaba los alrededores del pintoresco Monasterio. Aquella palmera tan sola, tan abandonada, me recordó los célebres versos del califa poeta de Córdoba, enfermo de nostalgia, y parecíame que con el rítmico movimiento de sus ramas iba diciendo á la brisa del mar y al viento terrenal:

¿Qué, no volverán á la Rábida los frailes?

JAIME COLLELL, PBRO.

Vich, 4 de Octubre, fiesta de San Francisco, de 1892.

## NUESTROS GRABADOS

### ASPECTO DEL PARQUE DE BARCELONA EL DÍA DE LA BATALLA DE FLORES

DIBUJO DE J. CABRINETY

Aunque no pasó de mero ensayo la Batalla de Flores que se verificó en el Parque de Barcelona, no dejó

flores en el pecho las damas ó en el ojal de la levita los caballeros. En Valencia se han dado magníficas batallas de flores, llamando en ellas la atención por sus elegantes, artísticos y exquisitos adornos florales los carruajes de las principales familias de la hermosa ciudad del Turia. Algún coche bien adornado, singularmente una



ALA DE LA CLAUSTRILLA DEL ANTIGUO CONVENTO EN MONTSERRAT

(De fotografía de Joaristi y Mariezcurrena)

de presentar un cuadro muy pintoresco, que ha sabido sacar con exactitud y con toda la animación que ofrecía, el hábil dibujante José Cabrinety, autor de la lámina que forma parte de este número. Niza, ciudad en donde las flores son objeto de esmerado cultivo, se ha llevado la palma en esta clase de diversión, en la cual todo el mundo debe rivalizar en engalanar con flores los carruajes, en arrojar flores y ramilletes á las señoras y señoritas, ó en ostentar por lo menos algunas bonitas

bonita cesta, apareció en el Parque de nuestra capital; mas, como decimos, no pasó la cosa de mero ensayo, que requiere una repetición mejor preparada. Acudió con todo allí la flor y nata de la sociedad barcelonesa, de donde el aire de fiesta que se notaba en aquel sitio; y los lindos cuadros que de él pudieron sacarse y de los que da idea cabal el dibujo de Cabrinety, tomado desde el ángulo de una de las líneas de palcos que se improvisaron en los paseos de los jardines.

### RESTOS DE VIEJAS CONSTRUCCIONES EN MONTSERRAT

La puerta que se ve en esta lámina ha sido derribada hace poco al objeto de levantar los nuevos y desahogados aposentos llamados de San José. Tal como aparece en el grabado era ya un compuesto de partes distintas, resto de los antiguos edificios. El arco cairelado que corona la puerta tiene mucha donosura y con otros trozos se guarda ahora en el museo del Monasterio. Esta vista y la anterior han sido sacadas de excelentes fotografías del señor Mariezcurrena.

### VISTA DE LA MONTAÑA DE MONTSERRAT

Los picachos que se descubren en todos los puntos de la sagrada montaña de Cataluña se ven también en esta vista, sacada igualmente por el fotógrafo señor Esplugas. La formación geológica de Montserrat, el conglomerado de que están constituidas sus peñas tienen un aire tan singular, que al decir de los más célebres geólogos y viajeros no puede confundirse con el de ningún otro monte del mundo, aun cuando alguno tenga con él semejanzas más ó menos marcadas. Quien ha visto una sola vez el Montserrat no olvida nunca la imagen, que queda grabada en su memoria, precisamente por causa de la singularidad á que nos referimos. La vista que publicamos la da á conocer, como descubre también que es el histórico monte una miranda desde la cual se ven á cada paso, á cada revuelta, á cada pico, panoramas bellísimos, dilatados horizontes, ya que es sabido que desde el pico de San Jerónimo con la vista natural, sin antejo, llega á divisarse en el mar la isla de Mallorca.

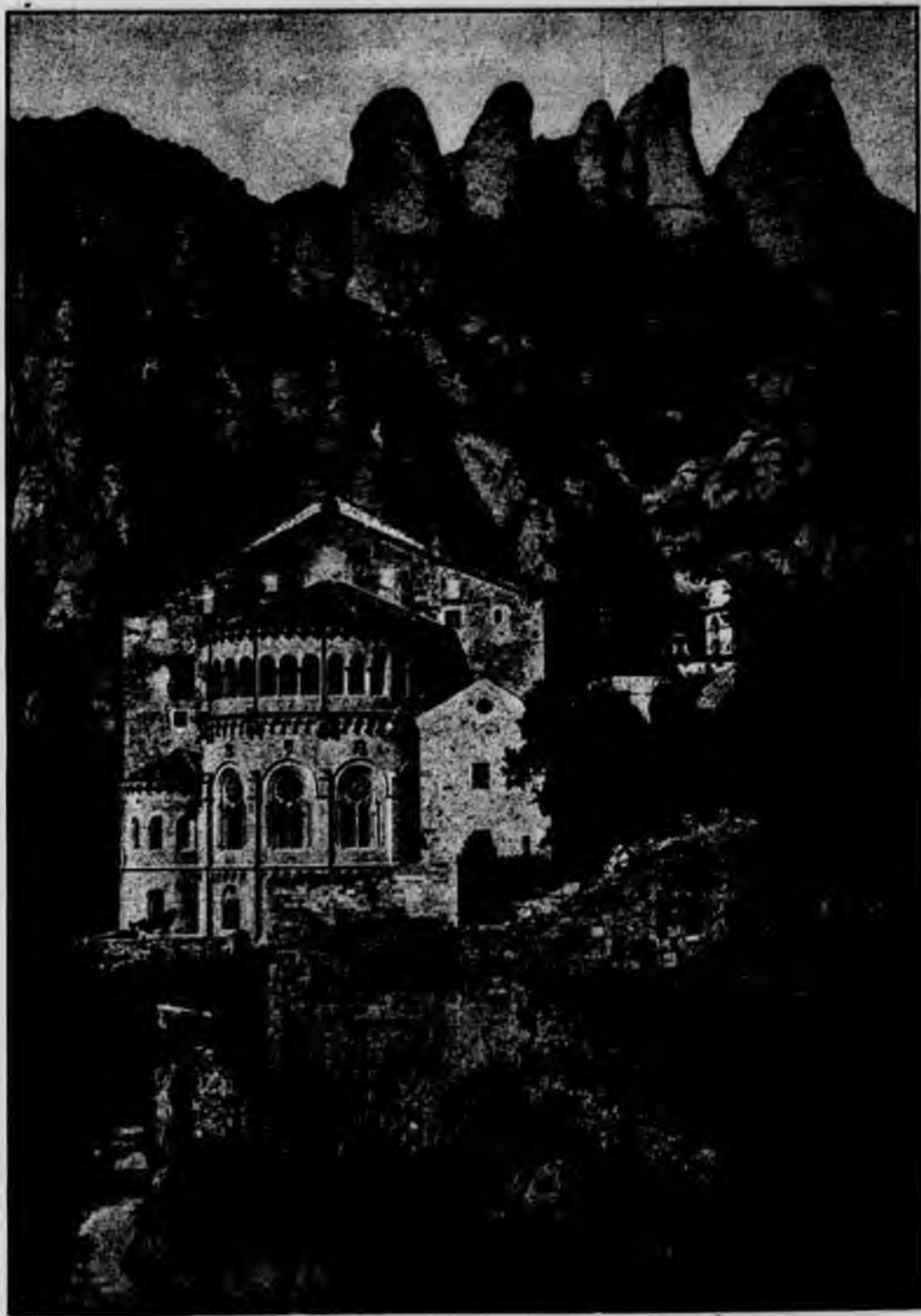
### ALA DE LA CLAUSTRILLA DEL ANTIGUO CONVENTO, EN MONTSERRAT

Siendo abad del Monasterio el famoso Julio de la Rovere levantóse el lindísimo claustro, del que sólo se conserva un fragmento. Es de estilo gótico, severo como lo fué siempre el arte ojival en la Corona de Aragón, pero con una delicadeza en la ojiva y en las columnas que acusa ya los últimos tiempos del mencionado estilo arquitectónico. Lástima que no se conservara entera la fábrica de esta claustrilla, porque el conjunto hubiera aumentado su belleza y el sentimiento de tranquilidad y reposo que se experimenta en aquel sitio, aun en su estado actual de ruina.

### ÁBSIDE MODERNO DE LA IGLESIA DE MONTSERRAT

Sábase que el siglo XI se hallaba habitado Montserrat por monjes del monasterio de Ripoll, tan señalado en la historia de Cataluña. En 1410 Benedicto XIII lo erigió en abadía independiente. De las fábricas primitivas consérvanse restos, pero la iglesia actual es de fecha relativamente moderna. Puede decirse que la principió el abad fray Bartolomé Garriga en 1560, consagrándola con gran solemnidad el obispo de Vich en 1592. El rey don Felipe II costeó el retablo mayor, que labró en Valladolid el célebre escultor Esteban Jordán, pagándole por él 14,000 ducados y siendo uno de los trabajos que le procuró más nombradía. Otras obras de arte y magníficas joyas de orfebrería fué reuniendo el Monasterio, dádivas de la piedad de los fieles, entre quienes se cuentan en número considerable reyes, príncipes, próceres, obispos, prebendados, etc. Las guerras y los trastornos de toda clase destruyeron muchas de esas riquezas, acabando con las que aun quedaban en el Monasterio el incendio que sufrió durante la guerra de los franceses y el saqueo á que fueron entregadas la iglesia y sus dependencias. El estado del templo reclamaba con urgencia una restauración, y ésta se emprendió hace ya algunos años y se va prosiguiendo con laudable empeño. Hizo los planos de la obra el arquitecto don Francisco de P. del Villar y Lozano, quien más tarde, hace poco tiempo, cedió la dirección á su hijo, arquitecto distinguido igualmente, don Francisco de P. del Villar y Carmona. Una de las partes de la iglesia casi concluída es el ábside que en lo interior corresponde al camarín de la milagrosa Imagen. Hay grandiosidad en el proyecto, como lo dice la misma vista que publicamos, perfectamente sacada por el fotógrafo don Antonio Esplugas. No otra cosa reclamaba el aspecto de la montaña, con el cual no se hubiera avenido ninguna construcción afligranada. Domina en la obra nueva el estilo románico, con rasgos modernos bien hallados que le imprimen novedad sin apartarla del tipo tradicional de la arquitectura catalana en los siglos de la Reconquista é inmediatos. El interior del ábside, ó sea el camarín, es de notable riqueza al mismo tiempo, la cual aumentará todavía cuando se hayan realizado los trabajos de decoración que es preciso hacer para dejarlo concluído según el proyecto del arquitecto del Monasterio.





ÁBSIDE MODERNO DE LA IGLESIA DE MONTSERRAT

(De fotografía de A. Esplugas)





# ¡SOLEDAD!

NOVELA ESPAÑOLA

POR

D. C. SUÁREZ BRAVO

## CAPITULO XIV

NEGOCIACIONES

« Muy doliente estaba el Cid,  
de trabajos muy cansado,  
cansado de tantas guerras  
como por él han pasado. »  
(*Romance*).

Eduardo pasó la noche agitado. En su imaginación anduvieron rodando las imágenes de Blanca y de Luisa, é involuntariamente consumió las horas del descanso en compararlas. Comprendiendo que la primera estaba ya irremisiblemente perdida para él por culpa de su indecisión, convencido, además, de que bajo las cenizas de su primer amor había aún fuego, no podía, sin embargo, pensar en la inesperada oferta de Blanca sin experimentar el torcedor de la duda. La mano de ésta era á todas luces un ensueño de ambición y de felicidad, y al considerar que le tuvo al alcance de su deseo y le dejó desvanecerse, buscaba la compensa-

TOMO I. — 83.



ción en el móvil que á pesar suyo le había arrastrado, en Luisa, y se encontraba con un fantasma. Luisa ya no existía para él: la carta fatal era un hecho positivo, al paso que las dudas que flotaban en su espíritu y aun en el de Blanca, acerca de los motivos que la dictaron, eran dudas al fin, meras apariencias, probablemente engañosas. La locura cometida no tenía siquiera la excusa del amor. Había sacrificado una mujer adorable y con ella cuanto puede halagar la imaginación y el gusto, no á otra mujer, sino á un desengaño. Además, se acusaba de haber cometido, al obrar así, casi una mala acción, lacerando un corazón noble y altivo que en momentos de suprema angustia había buscado refugio en el suyo. Se levantó á la mañana siguiente con el mal humor que produce siempre el descontento de sí propio. Jaime entró á la hora de costumbre con el desayuno y le preguntó cómo había pasado la noche.

—He dormido mal, contestó. Sin duda la borrasca de ayer tarde me ha sobrecitado.

—¡Oh! no es extraño, señor marqués, replicó el criado con la sonrisa del que está en autos. Pero no habrá sido la borrasca del cielo, sino la de la tierra. El lance ha sido peliagudo.

—¡Ah! Conque sabes...

—Ya lo creo. En la casa no se habla de otra cosa. Pero ¿quién había de decir que el señor duque, con aquel cuerpecito encorvado y aquella cara de tísico?... ¡Lástima que no tengan sus pulmones el aliento que tiene su corazón! Hay que desengañarse, que estas cosas sólo son capaces de hacerlas las personas de linaje... No hay quién me quite esto de la cabeza.

—No eres tú el único que piensa así, dijo Eduardo con una sonrisa escéptica, recordando la opinión del doctor.

—Seguro. Eso viene con la sangre. Ahí está todo...

—Siendo así, hay que confesar que el pobre Iñigo ha tenido también herencias que ésta no compensa.

—Comprendido, señor marqués, comprendido, dijo el anciano guiñando un ojo. Por ahí es por donde viene la muerte... Se despilfarra la salud y la hacienda como si no tuvieran fin... Sí, sí, también eso se hereda. No es, sin embargo, hacienda lo que le falta al señor duque; no porque él no haya despilfarrado de largo, sino porque recientes sucesiones le han renovado el filón; pero el de la salud ya no puede renovarse. Por ahí se habla de su matrimonio con la duquesita; pero...

—¿Qué piensas tú de eso? dijo Eduardo, como contestando al movimiento de cabeza del anciano doméstico.

—Pienso, con permiso del señor marqués, que no conviene á ninguno de los dos. Bocado tan apetitoso como el de la señorita no es para un estómago que ya no digiere. Barrunto que no falta aquí quién lo desea; pero ¡hum! se me figura que la principal interesada... ¡Usted y ella sí que harían buena pareja!

—¿Estás loco, Jaime? ¡Buen negocio haría Blanca casándose con un pobre empleado en ferrocarriles! ¿No sabes que estoy completamente arruinado?

—¡Bah, bah! ella tiene hacienda de sobra para los dos, y en cuanto al nacimiento, me parece que... Pues no falta entre nosotros quién crea que si el señor marqués alargara la mano...

Eduardo interrumpió al pobre Jaime con un gesto de disgusto, que le obligó á enmudecer. Apenas gustó el desayuno, y después de vestirse se dirigió á la habitación del duque con objeto de enterarse del estado de su salud y entablar con él, á ser posible, la negociación prometida á su prima.

Encontró á Iñigo tendido en un sillón. Tenía al lado un velador con una poción calmante á medio tomar. El ayuda de cámara que le acompañaba se retiró discretamente al ver entrar al visitante.

El rostro de Iñigo revelaba que había pasado mucho peor la noche que Eduardo. Al entrar éste, quiso levantarse á darle la mano, pero el joven le rogó que no se moviera. El duque

estaba envuelto en una bata oscura, que hacía resaltar el color lívido de su rostro, y todo indicaba en él una gran postración de fuerzas.

—Buenos días, dijo á Eduardo con la voz cascada de un octogenario y tendiéndole una mano en la que podían contarse todos los cartilagos, y muchas gracias por haber venido á distraer mi soledad.

—¿Cómo ha sentido el remoión? dijo Eduardo sentándose á su lado. Presumo que no muy bien, y no lo extraño, porque un baño en Abril y en las condiciones en que le tomamos ayer no es de lo más higiénico.

—Ya puede usted asegurarlo, contestó el duque. He pasado toda la noche en una tos, teniendo al fin que recurrir al opio para procurarme un poco de descanso.

—Es que en realidad, mi querido Iñigo, no sólo prodigó usted ayer las fuerzas corporales, sino también las del espíritu. ¡Qué diablos! las cosas de la vida no deben tomarse tan á pecho.

—No digo que no; pero ¿qué quiere usted? las arrogantes provocaciones de ese mancebo en la noche anterior habían despertado dentro de mi pecho no sé qué demonio de raza que llegó á dominarme por completo. No pude resistir al deseo de probarle que si nosotros carecemos de casi todas las nobles cualidades que enaltecieron á nuestros mayores, conservamos al menos la del valor.

—Ya debe estar convencido de ello. ¡Cáspita! Yo he sido soldado y no he dejado de hallarme en trances peligrosos; pero seguro que al verle á usted ayer salir á la cornisa con la pistola en la mano, sentí un escalofrío desagradable.

—No estaba yo sobre almohadones, créalo usted. Es verdad que tuve la precaución de quitarme el monocle, sin el cual no veo un toro á seis pasos de distancia; pero en el breve rato que pasé sobre aquel endiablado sitio, estuve á punto de sentirme completamente dominado por el vértigo, y sin mirar al abismo le veía sin embargo, y me sentía atraído por él. Yo no sé con qué lo vela, pero si dura aquello algunos momentos más...

Aquí interrumpió al duque un fuerte acceso de tos cavernosa, que no se calmó sino después de tomar algunos tragos de la bebida que tenía al alcance de su mano, y prosiguió:

—¿Quiere usted creerlo? Toda la noche, lo mismo despierto que dormido, tuve delante de los ojos aquella endiablada cortadura, y en los oídos el mugir del torrente, sintiendo la terrible atracción del vacío, ni más ni menos que si me hallase encima de la cornisa. Pasé una noche infernal. Ande usted, que pagué á buen precio la victoria alcanzada sobre mí mismo.

Un segundo acceso volvió á cortarle la palabra, obligándole á acudir de nuevo á la poción medicinal. Eduardo, que contemplaba con lástima aquella enérgica voluntad, encerrada en cuerpo tan miserable y arruinado, no quiso decir nada por no obligarle á hacer nuevos esfuerzos para hablar; pero el duque, en cuanto pudo, volvió á anudar el diálogo, aunque con fatiga.

—Este pecho, dijo llevándose la mano á él, ya sirve para muy poco, como usted ve. No tengo derecho á quejarme... Aunque sí debo quejarme de la peligrosa libertad en que se me dejó, en la edad precisamente en que el freno es más necesario. En fin, la cosa ya no tiene remedio... Este es asunto perdido.

—No por cierto, dijo Eduardo con caluroso interés. Usted es todavía muy joven, y en su edad se ven en la naturaleza enérgicas reacciones. Lo que hay es que usted no se cuida, Iñigo, y hoy por hoy no debe usted pensar en otra cosa que en restablecerse. Por ejemplo, añadió, como contestando al movimiento desalentado de cabeza del duque, por ahí se susurra... No quisiera pecar de indiscreto...

—Hable usted con libertad, dijo el duque al ver que Eduardo titubeaba. Somos deudos, lo cual confiere derechos que yo acato siempre, y nuestra amistad, aunque de muy reciente data, es sincera, ¿no es verdad?

Y al decir esto volvió á tender á Eduardo con grave y graciosa cordialidad su mano.

—Pues bien, prosiguió Eduardo, por ahí se susurra que va usted á casarse.

—¿Y no se susurra contra quién? dijo el duque, repitiendo una frase vulgar, que él creyó sin duda especialmente adecuada al caso. ¿Acaso con Blanca?

—Con la misma, contestó Eduardo.

—Los que propalan la noticia, saben más que yo. Es verdad que García me sometió la idea... hace ya algún tiempo...

—¿Y usted la aprobó?

—Por lo menos no me opuse á ella. Dado que entre nosotros los matrimonios son casi siempre asunto de conveniencia, yo no podía dejar de aceptar una candidatura susceptible de satisfacer todas las exigencias, hasta las del gusto más difícil.

—Pero en fin... usted no ha hecho más que prestarse á la negociación, sin tener el corazón interesado...

—¡Pobre Eduardo! Mi corazón está ya tan usado como mi cuerpo. Lejos de eso, después de haber consentido, me arrepentí, considerando el miserable estado de mi salud, pero yo por carácter no vuelvo nunca sobre mi palabra. Ya sé lo que usted va á decirme, y no niego que es sumamente razonable, pero no será Iñigo Atienza el que se vuelva atrás.

—Bien está, dijo Eduardo, que creyó llegado el momento de herir la cuestión en lo vivo; pero un matrimonio es un contrato entre dos, y si bien es cierto que respecto de éste se ha explorado la voluntad de una de las partes, no es seguro que se haya hecho lo mismo con la otra.

—¡Cómo! dijo vivamente el duque incorporándose. Nada de reticencias. ¿Blanca no ha sido también consultada?

—No se contó con su voluntad. Ya me figuré que usted ignoraba esta circunstancia.

—En honor de la verdad, no hice acerca de su consentimiento ninguna pregunta, porque le di por supuesto, pues no pude nunca imaginar que, sin advertírmelo, hubiesen elegido mi persona para violentar y disgustar á Blanca. Ahora lo veo claro. Hay mucha prisa aquí para casarla y se han servido de mí como instrumento para librarse de un testigo importuno. Puede usted decir á su prima (si, como presumo, le ha confiado á usted sus pesares) que desde hoy no volverá á sonar mi nombre en sus oídos, al menos como candidato á su mano. Yo haré entender á quién corresponda que no se juega con mi nombre para mezclarlo en una oscura intriga.

—Ruego á usted, mi querido pariente, que al hacerlo, procure no empeorar la situación de Blanca, harto delicada ya de por sí. Ella, al favorecerme con esta confianza, me ha dicho que estima como nadie las nobilísimas prendas de usted, pero que por ahora no tiene intenciones de sacrificar su albedrío, que desea conservar libre de toda presión de familia. El paso que doy con usted, debe, pues, quedar entre nosotros.

—No tenga usted cuidado. Conozco perfectamente la situación de Blanca, y nada más legítimo que su pretensión de que en un asunto de esta índole se respete su libertad. Pero á mi vez, Eduardo, me permitirá usted que le diga, que semejantes confianzas entre dos jóvenes hacen sospechar un móvil algo más tierno que el del parentesco.

—No siga usted, dijo Eduardo quemando noblemente sus naves. Entre Blanca y yo no existen más lazos que los de la amistad y los de la sangre, y para no dejar ninguna duda en el ánimo de usted, añadiré, que si ella no ha titubeado en abrirme su corazón, es precisamente por haberle confiado yo antes el estado del mío; es porque sabe que amo á otra mujer.

—Todo eso era necesario, dijo el duque mirando á su interlocutor con expresión indefinible, para que yo creyese verosímil que dos personas de las circunstancias de ustedes pudiesen comunicarse secretos sin comunicarse algo más. Bien mirado, lo siento por usted y por ella... Con usted podría ser Blanca feliz, mientras que conmigo no podría ser más que enfermera... Es verdad que no lo sería por mucho tiempo.



—¿Vuelve usted á sus ideas tristes?

—¡Bah! dijo el duque tranquilamente. ¿Le parece á usted que yo necesito volver á ellas?

En esto se levantó del sillón y llamó á su ayuda de cámara.

—Quiero vestirme, le dijo. ¿Qué tiempo hace? ¿Has visto el termómetro?

—Sí, señor duque. Estamos á doce grados, dijo el criado. Me parece que convendrá á vucencia el número cinco.

—Pues venga.

Y volviéndose á Eduardo, en cuyo rostro se pintó la curiosidad al oír tan extraño lenguaje:

—Tengo, dijo, mis trajes y abrigos clasificados y numerados con arreglo á la temperatura. Mi pobre salud me obliga á estas precauciones.

—¡Oh! obra usted muy cuerdamente, contestó Eduardo sonriendo. Pero en ese caso tendrá usted el guardarropa muy bien surtido.

—¿Guardarropa dice usted? No se ha inventado abrigo del cual no tenga yo algún ejemplar. Hay que defenderse de los cambios é influencias atmosféricas, que no por eso dejo de sentir.

—¿Va usted á salir á los jardines?

—No, voy á ver á García. A la hora del almuerzo reanudaremos la conversación.

Eduardo se despidió, y al poco tiempo el duque se dirigió á la habitación de García, ó mejor dicho, á las habitaciones, pues, como puede suponerse, éste se hallaba alojado en el palacio con toda la cómoda holgura á que sus refinados gustos le inclinaban.

García estaba en el baño, pero el duque fué rogado por el criado que salió á abrirle que no se marchase, pues su amo, por hallarse en semejante operación, no acostumbraba á abstenerse de recibir á sus amigos. Aunque el duque pensó que el espectáculo no era para que los amigos tuviesen por gran favor el merecer esta distinción, se dejó, sin embargo, conducir á un saloncito adornado con gran coquetería y enteramente á la moderna. Cuando empezaba á examinar algunos de los cuadros que decoraban las paredes y que no eran más que variaciones del desnudo femenino, la puerta del gabinete contiguo se abrió, y una voz robusta y varonil dijo desde dentro:

—Adelante, ¡higo, adelante. ¿Qué diablos? ¿Cree usted que me voy á ruborizar de que me vea en los menores paños posibles?

El duque penetró en el gabinete y encontró á García sentado en un ancho sillón de cuero y cubierto con una larga camisa ó bata de lienzo, de las que se usan para la salida del baño. Un criado, sin duda experto en el oficio, le arreglaba el cabello, mientras otro acababa de secarle los pies. El fuerte olor de agua de colonia que impregnaba el ambiente indicaba con claridad que acababan de friccionar con ella sus regalados miembros. El gabinete guardaba relación con el saloncito por el carácter del mueblaje, y más que la habitación de un hombre, parecía el *boudoir* de una mundana de alto coturno. Un gran espejo colocado frente al baño, permitía al epicureo contemplarse á su sabor dentro y fuera del agua. Al lado del sillón en que estaba sentado, grande y precioso velador con incrustaciones, reunía toda clase de objetos de tocador, aguas olorosas, jabones, cepillos y lo demás del género, todo indudablemente sacado de los más renombrados mostradores de París. Adornaban también las paredes grabados y pinturas con figuras tan poco vestidas como las del salón y aun menos, como quiera que el lugar parecía más especialmente apropiado á las desnudeces.

—No he querido hacerle á usted esperar, dijo García, suponiendo además que no se asustará usted de ver á un hombre en el traje con que le vistió la naturaleza.

—Usted es el que ha de dispensarme, contestó el duque, si me aprovecho del cortés ofrecimiento, para penetrar aquí, hallándose usted ocupado en cosa para la cual suelen estar de más los testigos.

—¡Oh! le aseguro á usted, replicó García, que yo no experimento contrariedad ninguna de que me vean los amigos en esta indispensable faena. ¿Qué digo los amigos? Los que me tratan saben que en Madrid tengo costumbre de recibir, mientras estoy en el baño, á cuantas personas vienen á verme.

—Supongo que estará excluido el bello sexo. De otro modo podría sucederle á usted lo que á Marat.

—No sea usted malicioso. Bien mirado, el vestido no es más que una convención. ¿Por qué hemos de tener escrúpulo en presentarnos con el natural de nuestras carnes?

—Sobre todo cuando están limpias y bien conservadas como las de usted.

García, sin advertir el ligero tinte de ironía con que el duque pronunció estas palabras, contestó dándose palmadas con evidente satisfacción sobre su pecho robusto y bien nutrido:

—Confieso que la limpieza es mi manía. Cuando por circunstancias de todo punto irremediables paso un día sin bañarme, no puedo remediarlo, me inspiro repugnancia á mí propio.

—¡La fuerza del hábito! dijo el duque en el mismo tono, recordando que el padre de García, honrado menestral de Chiclana, tendría probablemente ocupaciones más apremiantes que la de habituar á su primogénito á pasar la mañana en lavatorios y perfumes como un romano de la decadencia.

—Bien sé que hay quien no se baña más que una vez por semana.

—¡Es posible! exclamó el duque con imperturbable gravedad.

—Y aun más que eso. Jorge Pimentel me confesó días pasados que él no solía bañarse más que una vez al año. ¿Oye usted bien? una vez al año, el grandísimo...

—Deténgase usted, le interrumpió el duque que vió venir el calificativo, porque yo conozco persona que desde hace tres años no ha metido su desdichado cuerpo en el agua.

—¿Pero persona... de nuestra condición?

—De nuestra condición, dijo el duque recalcando ligeramente el pronombre. Ya se entiende que de nosotros para abajo no rige tan imprescindible necesidad. Si nuestros criados, por ejemplo, emplearan la mañana en lavar y friccionar sus carnes, ¿cuándo habrían de ocuparse de las nuestras?

—Pues mire usted, yo obligo á los dos que tengo á mi servicio particular á que se remojen diariamente antes de venir á despertarme. No por ellos, se entiende, sino por mí.

—¡Ah! vamos, ya comprendo. No quiere usted exponerse á que le ensucien al tocarle. Es una muestra de respeto á sí propio que debiera estar más difundida; pero ya irá cundiendo.

—Y antes de que se me olvide, ¿quién es ese conocido de usted que no ha puesto su cuerpo en contacto con el agua desde hace tres años?

—Pues... un servidor de usted, dijo el duque con la misma tranquilidad, ligeramente matizada de la misma ironía, con que había comenzado el diálogo.

García comprendió que había dado un paso en falso.

—Usted, querido duque, se apresuró á decir, es una persona delicada que se abstiene del baño por prescripción facultativa. Usted no hace regla. Fuera de que, como ya he dicho, la afición á la limpieza tiene ya en mí algo de manía.

Aunque el duque opinaba que no era nada limpio limpiarse delante de las gentes, juzgó prudente callárselo para no agriar sus relaciones con García y empeorar la situación de Blanca.

—Manía muy disculpable, dijo, fortalecida en usted por la fuerza del hábito, y además por el convencimiento. Me parece haber oído á usted que el vestido es una convención.

—Ha oído usted perfectamente.

—Aunque usted no lo hubiera dicho, darían de ello testimonio las graciosas pinturas colgadas de estas paredes, en las cuales, por lo que advierto desde aquí, los asuntos y los personajes son una protesta desnuda contra ese y otros convencionalismos que á usted no le gustan.

—¡Oh! ya comprenderá usted, dijo García algún tanto escamado, que esta es una *chambre de garçon*, en la cual sólo entran hombres.

El duque se levantó para examinar de cerca los cuadros y dijo después de haber pasado rápidamente la vista por algunos de ellos:

—Ya veo el género. Son muy expresivos. De seguro, éstos no son de la casa.

—No, dijo García con naturalidad; Laura me autorizó á amueblar estas habitaciones á mi gusto... Los he adquirido en París. Algunos son preciosos... Propios para la habitación de un soltero...

—¡Cáspita! exclamó el duque. No creo que sean la mejor escuela para hacer maridos. Si yo tuviera hijos (es una hipótesis) preferiría que no los vieses. Pero aun no he dicho á usted, añadió cambiando de tono y con objeto de evitar toda discusión, que la visita que hago á usted no es de todo punto desinteresada.

—¡Cómo! ¿quería usted hablarme de algún asunto? dijo García con solicitud.

El duque hizo una señal de asentimiento.

—¿Sin testigos?

—Sería preferible; pero no tengo prisa. Acabe usted de hacer su *toilette*.

García, que durante el diálogo anterior se había ido dejando poner sus ropas interiores, sin el menor escrúpulo de exhibir su cuerpo desnudo cuando la ocasión lo requiriera, se empeñó en hacer salir á los dos criados.

—Yo sé vestirme solo en caso de necesidad, dijo con el aire del que hace una confesión inverosímil.

Y levantándose en calzoncillos con su habitual desembarazo, y colocándose delante del espejo para completar su aliño, invitó al duque á que manifestase el objeto de su visita.

—Usted, amigo García, dijo el duque, haciéndose intérprete de los deseos de una persona que tiene derechos sobre Blanca, exploró hace tiempo mi voluntad acerca de un matrimonio entre ésta y yo. La idea me pareció bien. El partido me convenía bajo todos conceptos, aunque sin disimularme las desventajas que ofrecía para Blanca, y le autoricé á usted para (lo diré en una fórmula hoy muy usada entre los políticos) plantear mi candidatura. ¿No es esto?

—Exactísimo, contestó García mientras se ceñía con esfuerzo un cinto, destinado á contener los conatos de desarrollo de su vientre. Y ahora debo añadir que su candidatura de usted está planteada.

—Lo siento, lo siento muy de veras, repuso el duque. Porque yo después he reflexionado mucho sobre este asunto, y he venido á esta conclusión. Que el matrimonio no nos conviene, ni á ella ni á mí. El estado decadente de mi salud, al paso que me llama á otros cuidados, casi me veda éstos.

García, á quien la cosa contrariaba mucho, procuró echarlo á broma, diciendo:

—¡Inigo, por Dios. Hoy viene usted muy montado á la antigua. El matrimonio de personas de la posición de ustedes es asunto de conveniencia social, que no está sujeto á las mismas reglas que los del vulgo de las gentes. Se aproxima á los matrimonios de los soberanos, que se casan muchas veces sin conocerse, y cuyos enlaces representan más que la unión de dos personas, la unión de dos familias, cuando no la unión de dos Estados. ¿Que ahora se encuentra usted mal de salud? Bien, ya mejorará usted, y sobre todo casado, aun se podrá usted cuidar mejor. Se conoce que esta mañana se ha levantado usted de humor lúgubre. Bien se ve que el valor es una cosa muy relativa. Ayer tan impávido ante una prueba que hubiera hecho retroceder á diez valientes, y hoy tan asustado ante la bagatela de un escrúpulo. Porque desengáñese usted, ese es un escrúpulo y nada más.

Decidido el duque á no entablar polémica acerca de un asunto sobre el cual había tomado una resolución irrevocable, repuso con calma:



—Todo eso es verdad, pero no lo es menos que yo me retiro de la palestra, y deseo que no vuelva á sonar mi nombre como candidato en los oídos de Blanca.

—Quiere decir, que usted retira su palabra.

El duque con evidente disgusto, dijo encogiéndose de hombros:

—¡Palabra! ¡Palabra! Amigo García, no pongamos motes á las cosas, y llamémoslas por su nombre. Aquí no ha habido más que una conversación entre usted y yo, una coincidencia de opinión acerca de un asunto determinado. Ni podía ser otra cosa, tratándose de materia en la que no podía usted intervenir más que á título oficioso. Semejantes compromisos son, por su naturaleza, revocables y yo revoco el mío.

Como queda indicado, la decisión del duque contrariaba mucho á García, que esperaba todavía que Blanca se plegase á la voluntad de su madre, y como además era hombre de carácter, que no acostumbraba á ceder ante las dificultades, dijo mirando á su interlocutor:

—Yo creía que de cualquiera manera, y con cualquier persona que Iñigo Atienza contrajese una obligación, la obligación sería firme é irrevocable, y no ocultaré á usted que habiendo yo intervenido en este asunto (poco importa con qué título), la retirada de usted me pone en una situación muy poco airosa.

Vivamente mortificado el duque, al ver que García le atacaba precisamente por su flaco más sensible, creyó todavía deber inmolar á la situación de Blanca sus susceptibilidades, y replicó sin alterarse:

—Bien mirado, la cosa no es para que usted la tome tan á pechos: mi resolución en poco altera la verdadera situación de este negocio.

—¿Le parece á usted, Iñigo? repuso García con tono en el cual, á pesar suyo, vibraba la irritación. ¿No le he dicho que, mediante la autorización de usted, su candidatura ha sido ya propuesta?

El dilema en que se veía encerrado el duque no tenía más que una puerta y se vió obligado á salir por ella.

—Bien está, dijo levantándose á guisa del que desea abreviar una conversación desagradable. Dice usted que mi candidatura ha sido propuesta; pero á mi vez pregunto yo: ¿Ha sido aceptada?

A pesar de su nativo desparpajo, García se quedó sin saber qué contestar, solamente cuando el duque volvió á reiterar su pregunta, dijo en tono de broma, pero visiblemente forzado:

—Hombre, esa no es puñalada de pícaro. Ya sabe usted lo que son las hijas de Eva, que suelen hacer dengues á lo que más desean... Es preciso darle tiempo á Blanca para reflexionar.

—Pues yo á mi vez, dijo el duque con firmeza, deseo y espero de las personas de quienes esto dependa, que se respete escrupulosamente su voluntad en asunto en el cual hasta la última hija del pueblo tiene derecho á obrar sin coacción; pero de todos modos exijo que no vuelva á pronunciarse en él mi nombre.

Aunque García no era hombre para tolerar que nadie le hablase en tono tan altivo, y mucho menos para darle una lección, comprendió, á fuer de hombre de mundo, que se hallaba sobre muy mal terreno, y que un lance con Iñigo, aparte de la seriedad del adversario con quien tendría que habérselas (circunstancia que los valientes de su género no echan nunca en saco roto), tendría, por la ocasión, el inconveniente de poner en contra suya la opinión de todo el mundo, y comprometer á la duquesa en un escándalo. Así es que contestó tragando saliva lo mejor que pudo:

—Basta, Iñigo, basta. Entre amigos las cosas se arreglan pronto. Yo ignoraba que se contrariase á Blanca, proporcionándole un enlace que parecía indicado por todas las conveniencias. La condesa no me ha dicho... Pero en fin, usted es voto en la materia, y puesto que usted afirma...

—Perdone usted, dijo Iñigo interrumpiéndole, yo de este asunto sé lo mismo que usted.

Sé que Blanca no quiere casarse por ahora, y si como pariente me parecería odioso contrariar tan legítima voluntad, figúrese usted el gusto que podré tener en que se me haga figurar como pretendiente que se impone. Lo hecho hecho está, y ya no tiene remedio; pero conste que mi papel ha concluido.

García, haciendo de necesidad virtud, aseguró al duque, no sólo que no volvería á sonar su nombre en el asunto, sino que interpondría toda su influencia para que la libertad de Blanca fuese escrupulosamente respetada.

—Usted comprende, añadió, que en este segundo punto, mi respuesta no puede tener un carácter decisivo, porque no depende de mí. Yo espero, sin embargo, que la duquesa no ha de extremar los derechos que tiene como madre, á dirigir y aconsejar á su hija.

—Ni mi indicación, contestó el duque, puede tener más alcance que el de un ruego amistoso. No hablemos, pues, más del asunto.

Dicho esto, la conversación giró sobre otras materias, despidiéndose al fin el duque con su habitual cortesía, no sin satisfacción de García, que no deseaba en modo alguno una ruptura con él, pero que se quedó con un humor de Lucifer.

(Continuad).



## LA MODA DE PARIS



Vestido de soirée de  
M.<sup>me</sup> Lipmann

Háblase mucho y mucho se discute en estos momentos acerca de las modas nuevas. El mundo de los volantes se halla en plena discordia. Unas cantan las excelencias del género Luis XIII; saltando otras por los reinados de Luis XIV, Luis XV y Luis XVI, vuelan sin pararse hasta alcanzar á la emperatriz Josefina, ó yéndose aún más allá, con las heroínas de Balzac, evocan las sencilleces del teatro de *Madame*. La mujer, amiga de cambiar de vestidos y caprichosa, se complacerá en realizar en su sola persona todos los tipos en boga.

Por la mañana aparecerá vestida de paño, de una sola tinta ó escocés en que domine el verde ó el color de la dalia, los dos colores hoy predilectos. Por la tarde, á la hora del té, pondráse traje de terciopelo de algodón ó de lana, de dos matices, violado y verde, palo de rosa y oro ó azul y negro mosqueado de verde. Será holgada la falda, las mangas más sopladas cada día, cuerpo adornado de un gran cuello de guipure, largo de talle, modelado sobre el corsé Médicis de M.<sup>me</sup> Josselin, que estrecha el busto, dejándole toda su gracia y flexibilidad. Por la noche adoptará traje de Imperio con talle corto por delante, más dibujado por detrás, moda que estará, de fijo, en favor entre las damas del gran mundo. M.<sup>me</sup> Pelletier Vidal, que nos ha procurado estas noticias, nos ha enseñado preciosos vestidos en estos diversos estilos, pudiendo afirmar que cada uno de sus modelos reviste un sello de elegancia y distinción que sólo una modista hábil puede comunicar á vestidos imitados de tiempos antiguos y á los cuales se hace preciso darles una punta de modernismo para acomodarlos á los gustos del día.

Merced á esto, M.<sup>me</sup> Pelletier Vidal ha sabido encontrar mil variadas guarniciones para las faldas, que resueltamente serán redondas en los vestidos de calle ó paseo. Consisten aquellos adornos en ricos galones, en pequeños trenzados, en bordados poco llamativos, encuadrados muchas veces por pequeñitos marabúes ó por franjas de piel igualmente minúsculas, llamadas *Ton Pouce*. Las pieles se





Abrigos de otoño

pondrán nuevamente en boga, si tenemos el invierno de Siberia que nos pronostican los astrónomos. Con pieles se confeccionarán grandes cuellos ó valonas que llegarán hasta mitad de la falda, principalmente en piel de nutria, esto porque los vestidos de corte se harán imposibles con las mangas enormes que se preparan.

Para los perfumes no existe moda especial. Ordena sólo la etiqueta que sean delicados y discretos, para lo cual basta adquirirlos en casa acreditada. Todas las señoras de gusto fino conocen y emplean el jabón y la pasta *des Prélats*, que así se llama, y que dice haber inventado el monje Dom. del Giorno para embellecer las manos de León X, lo cual *si non e vero e ben trovato*. Usan asimismo el *Anti-bolbos*, que borra las manchas negras é impide que aparezcan, el elixir, los polvos y la pasta dentrífica de los benedictinos de Monte-Majella, productos excelentes los últimos para fortificar las encías, blanquear los dientes y aromatizar deliciosamente el aliento.

El grabado grande de figurines, que publicamos, representa dos abrigos de otoño. Está hecho uno de ellos de terciopelo verde, forma de valona, adornado con franja de felpilla y cayendo sobre el largo chaleco Luis XV. Es éste de damasco de seda, con ramaje de terciopelo, siendo del mismo tejido las mangas, muy anchas en lo alto. Va el cuello recto adornado con plumas.

En el segundo abrigo se emplea el paño pardo, con solapas que se abre sobre un chaleco de terciopelo castaño, rodeado de marta y listado con bordaduras de un tono más claro y con perlas entremezcladas.

El elegante vestido de soirée, para medio luto, que reproduce el grabado del texto, se debe á M.<sup>me</sup> Lipmann, 2, *rue de la Paix*. Está confeccionado en raso duquesa color marfil, velado por completo con muselina negra de seda que lleva al pie punto viejo de Inglaterra. La berta y las mangas en globo tienen el mismo encaje. Un brazal de galón de plata, bordado de perlas, sujeta la manga, estrechándola por sobre el codo. Un galón de la misma clase hace oficio de cinturón.

## DE UNA FERMOsa DAMA É DOS ENNAMORADOS PALADINES

ENDECHA VIVA, POR APELES MESTRES



1.—E sabreis, si non lo sabedes, que era tan grande la fermosura de Donna Florisenda que la fama de atal fermosura llenó las tres partes de la tierra.



2.—E de las tres mentadas partes de la tierra acudían nobles é esforçados paladines para más se esforçar con la vista de sus ojos.



3.—E ovo dos que muy principalmente declararon no aver jamás visto maravilla que serle comparada podiera.



4.—E llenos de amoroso ardimiento quiso cada uno ser solo en ofrecer su mal ferido corazon á Donna Florisenda.



5.—Mas como el Sennor Dios disposiera de trasladarla á su Santa mansión, los que fielmente avían jurado de la amar en vida, juraron de la llorar eternamente despues de fenecida.



6.—E non es cosa de decir que eternamente la lloraron, pero tan bien e tan largamente fizieron guardia al su sepulcro que el un paladín fue tornado ciprés e el otro sauce.



## MESA REVUELTA

Para conservar los tomates se recomiendan varios procedimientos. Tómeselos cuando estén bien maduros y que no estén húmedos de rocío; luego se les chafa y se les va echando en un caldero de cobre estañado que se pone en el fuego. Cuando han hervido bien, por espacio de cosa de tres cuartos de hora ó una hora, se les pasa por un tamiz de clin para quitar las semillas y las películas de la fruta, y después el jugo de los tomates se echa en grandes tarros de tierra para que se enfríe. Cuando está suficientemente frío se lava de nuevo el caldero y se pone á hervir otra vez el jugo hasta hallarse bien cocido, lo cual se conoce porque no queda ya agua en su superficie. Durante todo el tiempo del cocimiento hay que remover el líquido con una larga espátula de madera para tener la seguridad de que ha hervido bien y sin quemarse. Puede añadirse sal y pimienta, pero no es indispensable; los cocineros no los condimentan hasta que deben servirse á la mesa. Cuando se observa que el líquido está bien cocido se le dejará enfriar otra vez en los mismos vasos, y luego puede ponerse en botellas de gollete largo, cuidando de que quede un pequeño espacio de 15 centímetros entre los tomates y el tapón, y atando éste con un cordelito se les vuelve á hacer hervir todos juntos en el mismo caldero lleno de agua, cuyo nivel alcance el del líquido de las botellas y se envuelve luego cada una de éstas con paja para impedir que con el choque se rompan.

Esta operación no dura más de un cuarto de hora. Una vez retirado el caldero del fuego se le deja enfriar junto con las botellas hasta la mañana siguiente. Se pueden embrear los taponés; esto favorece la conservación de aquellas frutas.

Otro de los procedimientos que se emplean es el siguiente: Escójanse los que estén bien maduros y perfectamente lisos en su parte superior. Después de haberles enjugado se les pone en vasos de tierra cocida, vidriados y en hileras. Cada hilera debe estar cubierta con sal de cocina. Como la época en que se hace esta operación suele ser muy calurosa, la sal no tarda en disolverse y convertirse en agua que cubre los tomates y los conserva muy bien de un año para otro. Lo esencial para dicha conservación es que estén bien cubiertos de agua. A medida que se van tomando los tomates para consumirlos, el agua misma que los cubre puede utilizarse como sal.

También pueden conservarse los tomates cogiéndolos perfectamente maduros y colocándolos enteros, sin apretarlos, en tarros de asperón y cubriéndolos completamente con salmuera. Para lograr que permanezcan sumergidos se mete en la vasija un platillo que los mantiene dentro del agua y se tapa la vasija con un corcho bueno.

\*\*\*

La conservación del atún se consigue por medio del

aceite. Al salir el pescado del agua se le corta en pedazos, de los cuales se quita la sangre que contienen por medio de una inmersión en agua fría. Hecho esto, se le hace hervir durante dos horas en agua que contenga un 12 por 100 de sal marina y algunos aromáticos como la pimienta, clavo ú hojas de laurel. Después se le deja destilar y se le pone en vasijas con aceite de oliva. Algunas veces la conserva de atún se consigue encurtiéndola en cajas de hoja de lata.

\*\*\*

Hallándose un gascón en casa de un italiano que le enseñaba sus libros, sus cuadros, su monetario, sus muebles, etc., creyó que estaba en la corteja celebrar y encomiar superlativamente todo cuanto le iba mostrando con placer el amo de la casa; y así es que cuando éste decía que una cosa era bella, él exclamaba:

— ¡Oh, bellissima, signor!

— Este cuadro es divino, decía el italiano; y el gascón respondía:

— ¡Oh, divinissimo!

Al cabo de un rato hubo el gascón de detenerse á examinar un cuadro que no valía nada, y el dueño le dijo irónicamente:

— ¡Este cuadro sí que es excelente! ¿No es verdad?

— ¡Excellentissimo! exclamó el gascón.

Sorprendido el italiano, preguntóle algo amostazado si le tomaba por algún tonto, á lo cual contestó el gascón:

— Tontissimo.

\*\*\*

Cuando las hojas de los árboles ó arbustos se vuelven amarillas es señal de que aquellos vegetales están enfermos; para volverles la salud se aconseja remover la tierra alrededor de árbol enfermo en un radio de metro y medio alrededor del tronco y regarlo con la siguiente composición:

Sulfato de hierro pulverizado. . . . .	525 gramos.
Sal común. . . . .	1500 "
Alún de roca. . . . .	525 "
Agua común. . . . .	40 litros.

El riego se ha de efectuar dos veces al día.

Este método da muy buenos resultados empleado en los nogales, morales, frutales de toda clase, incluso los naranjos. También se emplea con los mirtos y otros arbustos, pero usándole en menor cantidad.

\*\*\*

Para conservar en buen estado las armas se aconsejan tres medios: 1.º frotar el arma con un pedazo de tejido de lana impregnado de tuétano de ciervo y luego secarlo ligeramente; 2.º desleir polvo de alún de roca en vinagre muy fuerte, frotar también con un paño de

lana embebido en la disolución y luego secar el arma ligeramente; 3.º pasar por encima del arma una muñequita de lana untada de unguento mercurial.

\*\*\*

Los que saben mucho se admiran de pocas cosas, y los que no saben nada se admiran de todo.—SÉNECA.

\*\*\*

En revolución nunca se camina más de prisa que cuando se ignora adónde se va.—ROBESPIERRE.

\*\*\*

Es tan fácil engañarse uno á sí mismo sin advertirlo,

como difícil engañar á los demás sin que lo noten.—LA ROCHEFOUCAULD.

\*\*\*

Un ambicioso tiene tantos amos cuantos son las personas que pueden serle útiles.—LA BRUYÈRE.

\*\*\*

Las únicas lágrimas verdaderamente amargas son las que se derraman en la soledad.—LINGUET.

\*\*\*

Los antídotos son un veneno para los que no están envenenados.—MISS EDGEWORTH.

## RECREOS INSTRUCTIVOS

### XVIII

—Puesto que ya empezó á llover y tenemos que relegarnos al interior de la quinta, vamos á ocuparnos del agua, que la materia lo merece.

—¿El agua de lluvia será la mejor, verdad?

—No, Clarita, es la más pura, puesto que se compone de oxígeno é hidrógeno, pero como no ha disuelto las sustancias minerales de los terrenos, no tiene las cualidades químicas que la hacen tan apetecible cuando su composición está justamente ponderada: el agua de lluvia es agua destilada, pero para los usos de alimentación no sirve, pues no es más que el vapor condensado de las nubes.

—Pero es que hay aguas minerales insufribles; por ejemplo, las de Rubinat, Loeches y otras.

—Tienen mal gusto, pero son beneficiosas á pesar de sus efectos algo... anti-estéticos: pero doblemos la hoja: vamos á lo que importa: es posible que nos encontremos con una agua desconocida; sus efectos pueden ser perniciosos y hasta fatales; pues bien, en este caso se ensaya... ¿cómo? por medio del jabón: toda agua que no sea potable, no disuelve bien el jabón y hay que desecharla por nociva.

Pero puede darse el caso de que sea sospechosa el agua y haya necesidad de beberla: entonces se construye un filtro muy sencillo, que es lo que vamos á hacer utilizando la porosidad de las pipas de tierra blanca.

En primer lugar se llena el hornillo de la pipa de polvo de carbón vegetal, bien apretadito, tapando antes la comunicación con el tubo por medio de una pequeña esponjita cortada con las tijeras y bien limpia; luego se ajusta al diámetro del hornillo un tapón de corcho, fino y de poco espesor; y hechas estas operaciones basta sumergir en el agua la bellota de la pipa, dejando el

tubo á manera de canal, unido á un tubo de goma, y



por éste irán destilando gotas de un agua que puede

beberse sin peligro. Como así queda formado un verdadero sifón, hay que chupar en el extremo del tubo una sola vez para establecer una corriente. Existe otro medio para cerciorarse de la presencia del carbonato de cal en el agua; se ponen en infusión de alcohol algunos trocitos de palo campeche, se decanta luego y se obtienen un licor amarillo; ahora bien, el agua pura mezclada á esa solución, no hace cambiar el color; si el agua contiene poca cantidad de carbonato, lo amarillo se convierte en color de rosa; y si es excesiva la cantidad de cal, se convierte el líquido en una especie de tinta violeta. Bueno es saber esto para cuando venga.

—¿Y dígame, esos claveles verdes, no se obtienen verificando una operación parecida?

—No, Sofía; los claveles *camaleones*, que están en moda no sé por qué razón, cambian su color por el



que absorben con sus tubitos capilares: esos colores los da la anilina, y para convencerse de ello, basta condenar una flor blanca cualquiera al baño forzoso; esta botellita de tinta carmín podrá servirnos; ¿veis?... la flor blanca empieza á ruborizarse y pronto adquirirá una tinta rosada tan hermosa como falsa.

—Yo no soy partidaria de cambiar el color de las flores y mucho menos de convertir en verde las hermosas tintas de los claveles.

—Efectivamente, Sofía; todo lo que tiende á falsear la naturaleza es una tentativa tan ridícula como inútil.

JULIÁN.

Solución al triángulo anterior:

CARNES  
AREAS  
REJO  
NAO  
ES  
S

Solución al anagrama:

EL NUDO GORDIANO

### CHARADA

El *todo* sabe muy bien,  
pero al revés pica mucho,  
dando un susto al que es machucho  
y al no machucho también.

*Prima* doble, algo vulgar  
y *segunda* repetida  
es excepción preferida  
que cuesta mucho encontrar.

### SALTO DE CABALLO

par			za
	vi	de	
(32) be	te	ble	te
ve	del	ci	tá
del	es	par	no
que	de	el	re
la	que	la	la
que	da	cer	a
	gra	un	
(1) A			de

Empieza en la casilla 1.<sup>a</sup> y acaba en la 32.

Comunica lo por D. ANGEL SUERO, de Sevilla.

### ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los Sres. *Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y á las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados todos los derechos artísticos y literarios.—IMP. ESPASA Y COMP.<sup>a</sup>



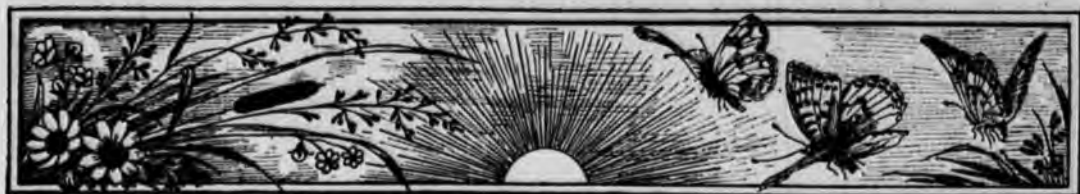




Retratos de S. M. el rey don Alfonso XIII y la reina regente doña María Cristina  
POR FRANCISCO MASRIERA







## MEMORÁNDUM

---

**V**IAJE triunfal ha sido el que han hecho á Andalucía SS. MM. el Rey y la Reina Regente para presidir especialmente las fiestas de Colón que debían verificarse en Huelva, Palos y la Rábida. Los augustos monarcas han sido aclamados por todas partes. *El Conde de Venadito*, buque en que se embarcaron, recibió los saludos de todos los barcos de diversas naciones, que se reunieron en Huelva, presentando aquel puerto aspecto bellissimo, favorecido por un cielo azul y un sol espléndido como lo tienen únicamente las comarcas meridionales. En Palos y en la Rábida se celebraron solemnes funciones religiosas, á las que concurrió S. M. el Rey, con una seriedad que revelaba cuánto comprende ya el augusto niño la importancia del papel que la Providencia le ha confiado para bien de la nación española. Una dolencia del Rey, por dicha pasajera, obligó á SS. MM. á detenerse unos días en Sevilla, antes de dirigirse á Granada. Presidió la Reina la sesión de clausura del Congreso de Americanistas, al cual han asistido sabios de todos los países del mundo. El sueco Nordenskiöld, famoso por sus trabajos de exploración en el Polo Norte, era uno de los asistentes, y en el mismo acto en que se hallaban nuestros Reyes, dió las gracias por la cariñosa acogida que España había hecho á los congresistas.

\* \* \*

Ha terminado, sin incidente alguno desagradable, la parte popular y aparatosa de las fiestas colombinas. Cuando se haya disipado el humo de los cohetes podrá verse si hemos llevado á cabo algo serio y duradero para conmemorar bien la fecha gloriosa del Cuarto Centenario del descubrimiento de América. Muy de temer es que poco ó nada quede en Barcelona de estas fiestas. Para organizarlas se ha luchado con repetidas dificultades. El Ayuntamiento quiso tomar en la tarea una parte mayor de la que podía admitir sin descuidar los servicios municipales. Esto no fué del agrado de personas distinguidas que habían sido nombradas para formar parte de la Comisión organizadora y que ó renunciaron en seguida el cargo ó fueron apartándose de la Comisión paulatinamente. Faltó dirección en el conjunto; aisladamente salieron bien pocos festejos. Hubo precipitación en inaugurar la Exposición de Industrias Artísticas, sin que estuviese ni siquiera arreglada á medias, y el Museo de Historia sin que se hallase terminado el edificio ni estuviesen algo nutridos los escaparates de objetos arqueológicos interesantes. Por su defectuosa organización salió mal la Batalla de Flores, aun cuando

no dejó de ofrecer el Parque hermoso aspecto por haber acudido á él la flor y nata de nuestra sociedad elegante y con ella á la vez las clases populares, por ese sentimiento de democracia práctica tan extendido en Barcelona. En punto á iluminaciones algo recomendable se ha realizado; en la parte oficial se ha llevado la palma el Paseo de Colón adornado con verdadera pompa con ídolos y hermes mejicanos é iluminado por la noche con tederos. En la Rambla resultaba vistosa la iluminación por racimos de globos de gas, y en ella tenían una magnificencia y buen gusto artístico superiores á las decoraciones de mentirijillas los elevados mástiles que allí se alzaron con pendones de la época de los Reyes Católicos y del descubrimiento de América. Los vecinos de la ciudad vieja, en general, rivalizaron en celo por embellecer las calles y asociarse á las fiestas, mereciendo los primeros puestos las calles del Hospital, Puertaferrija, Plateria y Boria. En cambio el Ensanche brilló por su indiferencia. Ni hubo adornos, ni siquiera colgaduras, ni se encendió en ninguna casa un modesto farol japonés. A todos los actos eclipsó la fiesta de la Santa Iglesia Catedral. Adornado el templo con severidad por medio de grandes coronas de hierro forjado y de colgaduras bordadas, dejaba suspenso el ánimo de cuantos en él penetraron durante los Oficios, en los momentos en que ardían miles de luces por los ámbitos del templo, y en que por tal causa brillaba mejor la peregrina pureza de líneas de aquella fábrica ojival, una de las mejores de España. Linda fué igualmente la empavesada de sus torres y bien hallada su iluminación.

\* \* \*

En Francia ha fallecido Ernesto Renán, que lleva unido á su nombre una tristísima celebridad. «De veinte años acá, dice un periódico ginebrino republicano, el hombre que acaba de morir ha dedicado todo su talento á inocular á sus contemporáneos un escepticismo sin pasión, que constituye el fondo de su naturaleza, y que es acaso el más enervante de todos, porque la indiferencia moral, que no cree ni en el bien ni en el mal, que ni ama ni odia, no afirma ni niega, ni aprueba ni se irrita es, como la anemia física, la enfermedad más difícil de curar. Mientras late el corazón, puede reanimarse la vida: si no late, todo ha acabado.

»No constituye la especialidad de Renán el haber sembrado la duda en la tierra, ya que otros, Montaigne entre ellos, lo habían hecho antes que él, sin haber causado de mucho tanto daño. Renán inventó la duda sonriente, la duda satisfecha de sí misma, contenta de no saber nada y gloriándose de ello, como si la vida fuese sólo un juego, como si todos los grandes problemas que preocupan al espíritu humano hace miles de años fuesen entretenimientos, como si fuese cosa divertida averiguar qué será mañana de nosotros, si la tumba se apoderará por entero de nuestro ser, y si las personas queridas que nos precedieron en el eterno viaje nos serán arrebatadas para siempre. En verdad que esto puede ponerse en duda; mas para dudar de ello alegremente y con la sonrisa en los labios es forzoso tener en el pecho otra cosa que un corazón humano.

»He ahí, pues, la obra desconsoladora á la cual este Voltaire dulcemente irónico, más peligroso quizás que el otro, ha dedicado una de las más hermosas y más altas inteligencias que le hayan sido concedidas á un escritor. Si estos maravillosos dones hubiesen sido empleados en este decadente siglo á remontar las almas, á sacarlas de su decrepitud, Francia y Europa llorarían en los momentos presentes la pérdida de un sabio ilustre y de un grande escritor.»

Quisiéronse hacerle solemnes funerales, en los que, por supuesto, no apareció para nada culto religioso alguno; quiso que el pueblo de París acudiese al acto; mas todo se redujo á una fría ceremonia oficial, que no interesó á nadie y que contemplaban los espectadores movidos exclusivamente por la vulgar curiosidad. Pocos de los que la presenciaban habían leído sus obras y aun de éstos la mayoría las habían del todo olvidado. Formaron parte de la ceremonia los discursos fúnebres, que se pronunciaron en número de seis. El Gran Condé, dice un periódico con mucha oportunidad, no tuvo más que una oración fúnebre, si bien la pronunció

el insigne Bossuet. Los racionalistas y librepensadores juzgaron que era ocasión propicia de glorificar al que escarneció á Jesucristo, y que fué, como hemos dicho, un escéptico y un sensualista; mas la indiferencia general se encargó de demostrarles que la inmensa mayoría de Francia no sentía ningún afecto por el hombre que acababa de desaparecer de la tierra.

\* \* \*

Inglaterra ha perdido á lord Tennysson, el más insigne poeta de aquella nación en estos tiempos. Sin poseer la alteza de Milton, ni el vigor de Shakespeare, ni el vuelo lírico de Dryden y Wordsworth acaso se adelantó á todos en la delicadeza clásica, que se notaba en sus obras, dimanada principalmente de la armonía entre el concepto y su expresión. Nada desentonaba en sus poemas, ni en sus versos, por lo general, se advertía descuido alguno. Tenía algo del novelista, que en vez de escribir en prosa lo hiciera en verso. Así sus *Idilios del Rey*, la obra que le ha dado más celebridad y que ha sido más leída, parecen libros de caballería puestos en verso, sin la exageración de aquella clase de narraciones. El rey Artur y los caballeros de la Tabla Redonda son los héroes de la epopeya, apareciendo el primero como modelo de reyes y de caballeros. Lord Tennysson era desde muchos años poeta titular de la Corte ó *laureate poet*. Sus versos le habían procurado una gran fortuna, y á su fama debió que la reina Victoria le ennobleciera concediéndole el título de Lord. Sus restos descansarán en la abadía de Westminster al lado de los más insignes escritores y poetas de la Gran Bretaña.

\* \* \*

En uno de los últimos números hicimos notar el proceder distinto en las cuestiones relativas al capital y al trabajo de los obreros ingleses y de los obreros del Continente. Estos últimos abogan por que se fije, por medio de una ley, el jornal de ocho horas en todas las artes, oficios é industrias, sin excepción de ninguna clase. El que se separa de este criterio es anatematizado por los socialistas, quienes por aquel motivo han puesto en entredicho á las *trades unions* de Inglaterra. Este anatema acaban de recibirlo de nuevo los obreros ingleses, porque los empleados en los ferrocarriles han tenido la audacia de hacer desbaratar por la comisión de su sindicato el jornal de ocho horas obligatorio para su asociación. Por cuarenta y dos votos contra quince se decidió la expresada comisión en favor del jornal de diez horas, «porque los salarios son forzosamente proporcionados á los beneficios de las Compañías, y porque estos beneficios quedarían necesariamente reducidos, si por una disminución demasiado sensible de las horas de trabajo, las Compañías de ferrocarriles se viesan en la precisión de aumentar el jornal.» A esto se llama tener sentido práctico. Si las empresas y los industriales no logran beneficios en sus negocios, los liquidarán sin duda alguna, y quien perderá más será el trabajador. Esto, que es de sentido común, no quieren reconocerlo los obcecados por las predicaciones de gentes que saben muy bien cómo han de manejarse para vivir con holgura á costas del prójimo, sin apurarse por lo que ha de acontecerles mañana á los que incautamente fian en sus palabras y en sus promesas.

B.





Vista general de la Alhambra, en Granada

## VIAJE POR ESPAÑA EN 1492

### I

#### GRANADA



FIGÚRATE, lector amable, que alborea el día 1.º de Enero de 1492 (año venturoso, sin segundo) en la memorable vega de Granada: figúrate aquella vega, fértil y sonriente un tiempo, talada y devastada por el cruel azote de la guerra, y que á la luz pálida y azulada del naciente día ves dibujarse, sobre las tintas grises del valle, los blancos muros de Santa Fe. ¡Santa Fe! El puesto avanzado de la Enseña cristiana; el campamento de los católicos reyes don Fernando y doña Isabel, levantado de fábrica por el tesón castellano, que sólo sabía guerrear con los moros para vencerlos. Ochenta días bastaron para sustituir los escombros del campamento, que fué devorado por un incendio en 14 de Julio de 1491, con aquella plaza fuerte. Buena prueba de lealtad habían dado allí á sus reyes las ciudades de Sevilla, Córdoba, Jaén y Andújar, que fueron las encargadas de tal obra, para cuya traza habían tomado por modelo la villa real de Bribiesca. Figúrate, lector, aquel singular campamento con sus lienzos de muralla almenada, con sus torres cuadradas, sus redondos torreones, sus cuatro puertas, una en cada frente, sus buenos baluartes, todo de piedra, y su ancho foso en derredor; dentro de su espaciosa plaza de armas, los pabellones de piedra que servían de morada á los reyes, á los magnates y capitanes, y las numerosas tiendas para los soldados con muros de

mampostería y tejadillos de ramaje, todo ello en un perímetro rectangular de 400 varas castellanas de largo y 260 de ancho.—De todo esto sólo queda el trazado, la plaza central y en ella el palacio de los Reyes, pues las murallas sirvieron de apoyo á numerosas casas.

Por la vega se dirige á los reales un jinete, con pequeño acompañamiento, y que por la dirección que trae es un moro que viene de Granada, de donde, sin duda, debió partir antes de romper el día, cuando ya ha hecho las dos leguas de camino que separan á la ciudad musulmática de la cristiana. Ese jinete no es otro que el alcaide Aben Comixa, que viene mensajero de Boabdil á traer á los Reyes Católicos dos hermosos caballos, ricamente enjaezados, más un lujoso alfanje, de regalo, y una carta de súplica para que la entrega de Granada se efectúe al siguiente día y no el 6, que era cuando vencía el plazo del convenio ajustado hacía tres meses. ¡A tal extremo habían llevado á Boabdil las algaradas de su pueblo, que le tachaba de traidor y le amenazaba de muerte! ¡Granada estaba rendida! ¡Así comenzaba el año de 1492!

Todo lo concerniente á la entrega quedó concertado en aquel día 1.º Mas no hemos de repetir aquí los detalles de tal suceso ni de los subsiguientes que consigna la crónica. No quiero yo, caro lector, hacerte testigo de los hechos históricos, pues ni tú ni yo tenemos para qué dar fe de ellos, como lo hacen los diligentes cronistas. Quiero yo mostrarte los lugares, los edificios, las casas de entonces para que aprecies el carácter de los tales sucesos que por la historia conoces y puedas así darles vida real en tu imaginación. Pues has de saber, si no lo sabías, que esos restos de lo pasado, en que casi nadie se fija, contienen una enseñanza harto positiva y verdadera de los tiempos y las personas que les dieron el ser; como que son, en suma, los restos tangibles de unos y de otras.

Y puesto que no ignoras que en la noche del 1.º se anunció por pregón que al amanecer del día siguiente se reuniera en la plaza de armas de Santa Fe todo el ejército cristiano, sin que faltara un capitán ni un soldado, pues pena de la vida tenía quien tal hiciera, todo el mundo se presentó vestido de gala, y una vez reunida la gente, tan luego como resonaron en la vega tres cañonazos, que era la señal convenida, disparados en la fortaleza de la Alham-



Vista interior de la Alhambra de Granada

bra, palpitaron llenos de noble júbilo y legítimo orgullo los corazones cristianos, diéronse al aire las banderas, y rompió el ejército vencedor, en número de tres mil infantes y alguna caballería, precedida del gran cardenal de España, don Pedro González de Mendoza, y seguido de los Reyes; que al llegar el cardenal con su gente poco antes del medio día á la explanada de Abahul, salió Boabdil por la puerta de los *Siete Suelos* con cincuenta nobles moros, fué á pie al encuentro del prelado, conversó con él y se despidió, diciéndole aquellas palabras tan tristes como memorables:—«Id, señor, id en buen hora, y ocupad esos mis alcázares en nombre de los poderosos reyes á quienes Dios, que todo lo puede, ha querido entregarlos por sus grandes merecimientos y por los pecados de los musulmanes;»—que, siguiendo su camino el príncipe vencido, encontró poco más abajo á los Reyes, é hizo á don Fernando entrega de la llave de la ciudad, y al conde de Tendilla, gobernador que iba á ser de la misma, dió un anillo, diciéndole:—«Con este sello se ha gobernado Granada; tomadle para que la gobernéis, y Dios os dé más ventura que á mí...»—Puesto que nada de esto ignoras, ni los demás detalles de la entrega, sólo te diré que de aquellas banderas se conservan dos en la catedral de Granada: las dos pequeñas y cuadradas, las dos de seda carmesí con la conocida empresa de los yugos y las flechas, y la leyenda *tanto monta*, bordada en oro.

También te diré que en el retablo de la Capilla Real de Granada, precioso retablo plateado que Felipe de Borgoña trazó y talló en unión, según se cree, de su hermano Gregorio y de dos artistas desconocidos, Sebastián y Bernal, hay en el zócalo, del lado del Evangelio, dos cuadros de relieve, uno junto á otro, que entre ambos componen la escena últimamente citada de la entrega de la ciudad. En el relieve de la derecha se ve la fortaleza de la Alhambra, y la puerta de los *Siete Suelos* abierta; en primer término está Boabdil con corona sobre el turbante, brial, capa cerrada recogida por los brazos, y botas altas, que acaba de apearse del caballo y se dirige hacia los Reyes para entregarles las llaves de Granada, que lleva en la mano derecha; un escudero con adarga le tiene el caballo, y el séquito de caballeros moros, á pie, aparece por la citada puerta. En el otro relieve están el gran cardenal, la reina doña Isabel, el rey don Fernando y un personaje con celada, que quizá quiere representar al conde de Tendilla, todos á caballo, seguidos de otros jinetes, sin duda los famosos capitanes que se distinguieron en la empresa tan gloriosamente coronada, y del ejército vencedor. Estos relieves, que no son muy posteriores al suceso que representan—por cuanto los Reyes Católicos mandaron levantar aquella capilla en 1504 para que les sirviera de panteón, y el retablo se hizo poco después de 1517—difieren, en muchos detalles, de la narración de los historiadores, pues éstos nos dicen que Boabdil halló primero al cardenal, con las tropas, poco más adelante al Rey, y más adelante á la Reina; y dicen, además, que al ver al cardenal se apeó, y al ver al Rey quiso hacerlo, pero que el Rey se lo impidió, según ceremonial que de antemano estaba concertado. ¿Falsearía el artista la verdad por el deseo de representar en un solo asunto todos los personajes de la acción? Lo cierto es que ésta aparece allí tan espontánea, tan solemne y tan verosímil, que á los ojos resulta más verdadera que la crónica.

«Id, señor, en buen hora, y ocupad esos mis alcázares,» había dicho Boabdil al gran cardenal de España. *Alcázares* eran, en efecto, aquel conjunto de castillos fuertes, aquella codiciada Alhambra ó *Aljamrá, la roja*, nombre que por el color de sus muros de ladrillo dieron los escritores árabes del siglo x á la alcazaba, para diferenciarla de otra que de antiguo existía en el *Albaicín*. *Alcázares* eran aquellos recintos en que, guardados por sólidas murallas torreadas é imponentes baluartes, se escondían los palacios más risueños y fastuosos que pudiera soñar la fantasía. Era, por cierto, achaque de los tiempos, tanto entre los moros como entre los cristianos, que los palacios de los reyes fuesen sólidas fortalezas; no eran posibles las dulzuras de la corte sin las garantías de la defensa. ¡Tan caro costaba entonces el derecho de la vida que sólo se compraba con la fuerza!

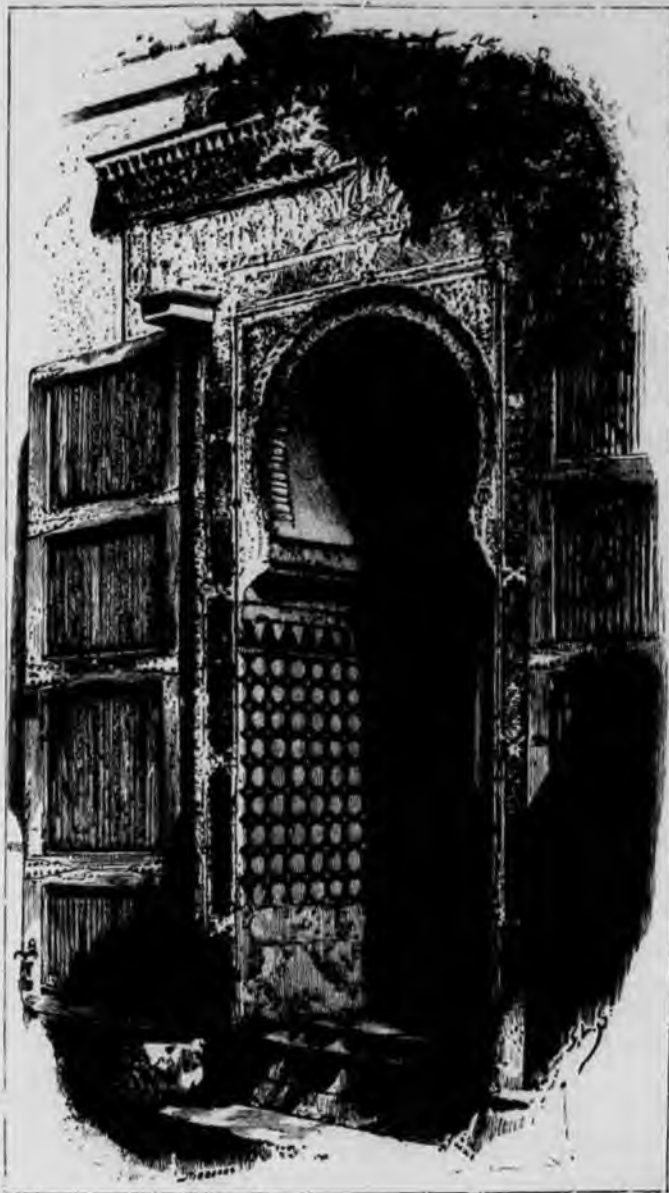
Y como los reyes han de mirar, no tanto por su defensa como por la de sus pueblos,



por eso la Alhambra fué emplazada en lo alto de la colina, á cuyo pie se extendió la Granada musulmana. Tan importante ciudadela comprendía en una extensión de mil cuatrocientos metros de cabo á cabo, al extremo noroeste la imponente alcazaba, que se levanta con su *torre del homenaje* en el paraje más enhiesto, dominándolo todo; hacia el medio, en la depresión del terreno, en la parte más resguardada, mirando á la ciudad, el palacio, con sus verjeles y maravillosos peristilos; en el extremo meridional, donde la colina ofrece otra eminencia, la parte más sólida de la fortaleza. Todo el recinto estaba amurallado, las cortinas interrumpidas por veintiséis torres de defensa y sus seis puertas formando poderosos baluartes.

La puerta de los *Siete Suelos* daba al campo, á la explanada de Abahul, donde se efectuó la entrevista del gran cardenal y del rey moro. Estaba la puerta flanqueada de torres, y su fachada revestida de mármol blanco y decorada con azulejos. No existe ya; pero se saben estos pormenores, y también que, por merced que al rey moro quisieron hacer los reyes conquistadores, fué tapiada, para que por allí, donde aquél salió para siempre de sus dominios, nadie volviera á pasar. Una ó dos torres había por bajo de esta puerta, hacia el Oriente, hasta el extremo de la fortaleza, donde aún se alza la *torre del agua*; y por la parte del sudoeste, estaba el baluarte llamado *de las prisiones*, cuya puerta estaba especialmente destinada para el paso de la caballería. Contando siempre hacia el noroeste, había tres torres, luego la de la *justicia*, que era y sigue siendo la principal, y por último hasta la alcazaba había dos más. Las restantes del recinto amurallado caen al costado septentrional, y entre ellas se cuentan las tan conocidas de las *armas*, de la *tahona*, de Mohamed, la famosa de *comares*, de las Damas, y la que hoy se denomina de la *cautiva*, cerca de la cual levantaron otra y un castillo los Reyes Católicos.

Entró el cardenal Mendoza con el ejército en la Alhambra, y sin duda debió comenzar por distribuir su gente en las torres y baluartes de la fortaleza, en lo cual empleó bastante



Puerta de la Alhambra de Granada

tiempo, pues la crónica nos dice que los Reyes Católicos, que estaban aún fuera, sobre una eminencia, hubieron de aguardar un buen espacio, llenos de impaciencia y aun de zozobra, en medio del silencio verdaderamente sepulcral que reinaba en la ciudad vencida, y que prestaba una solemnidad más imponente al suceso, hasta que vieron brillar en la torre hoy denominada de la *Vela*, que es una de las más importantes de la alcazaba, la santa enseña de la conquista, la cruz de plata que don Fernando y el cardenal habían llevado en triunfo por todo el reino moro de Granada. Irguióse la cruz sobre las almenas del baluarte sarraceno, y junto á ella tremolaron el morado estandarte de Castilla y el pendón de Santiago; los reyes de armas lanzaron el grito victorioso: ¡Granada, Granada por los reyes don Fernando y doña

Isabel! Salvas atronadoras y entusiastas vivas resonaron en todos los ámbitos de la vega; postráronse en tierra los Reyes vencedores para dar gracias al Altísimo por la merced recibida, y poco después se encaminaron á la Alhambra para tomar posesión del palacio musulmán.

Aquella victoriosa cruz de plata ha sobrevivido á los autores de aquella guerra en que sirvió de temido emblema y de glorioso remate: se conserva en el relicario de la catedral de Toledo, donde el cardenal Mendoza supo reunir tantos recuerdos y reliquias preciadas de las guerras con los moros. Es la cruz, en efecto, que sirvió de *guión* ó enseña militar, una insignia arzobispal de plata dorada, con su vara de lo mismo; contiene una reliquia del *ligno crucis* y lleva delicados adornos de gusto ojival. Ya que hemos hablado de la torre de la *Vela*, será bien describirla y decir algo de la *alcazaba* ó fortaleza principal.

La *alcazaba* fué construída por Sawar Alcaysi, en la segunda mitad del siglo ix y reconstruída por el primer rey nazarita Mohammed ben Alhamar. Forma su trazado un polígono, casi un triángulo, interrumpido por las torres



Patio de los Leones en la Alhambra de Granada

que la guarnecen, en el vértice occidental la torre del *homenaje*, que es la más alta de toda la Alhambra; hacia el Norte la torre de las armas, cuya puerta se ofrece en arco de herradura, éste de ladrillo con su archivolta y *arrabá* revestidos de alicatados de azulejo, machones de piedra y dos arcos más, interiores, entre los cuales quedan los canales para dejar paso al rastrillo; á la parte oriental la torre de la *Vela*, que es la que mejor domina la ciudad, con dos estancias, alta y baja, cerradas por bóvedas de ladrillo, y al pie de la cual se extiende la plaza de armas, en el interior de la fortaleza. Por fuera sólo se hallaba el muro de ronda ó *adarve*, que rodeaba la alcazaba; dentro las numerosas cuadras que servían de albergue á los soldados, estando alojada, bajo la torre de las *armas*, la caballería mora, y en la torre del *homenaje* los presos en mazmorras.



BAJO RELIEVES DEL RETABLO DE LA CAPILLA REAL DE GRANADA QUE REPRESENTAN  
LA ENTREGA DE LAS LLAVES DE ESTA CIUDAD Á LÓS REYES CATÓLICOS

(Véase la página 678)



Así que el cardenal y los suyos alzaron la cruz y las banderas sobre la mencionada torre, bajaron á las puertas del recinto para recibir, con el alcaide Aben Comixa, á los Reyes Católicos. No nos dice la crónica por qué puerta se efectuó esta entrada y la ceremonia previa de entregar el Rey las llaves de Granada á la Reina, ésta al príncipe don Juan, éste al cardenal y éste al conde de Tendilla, nuevo gobernador de la ciudad y del alcázar, pero es verosímil y casi seguro que ni esta entrada ni la del ejército con el cardenal al frente debió hacerse por la puerta que sirvió á Boabdil para abandonar sus dominios, sino más bien por la de las prisiones, que era la destinada al paso de la caballería, ó por la de la Justicia, que, según hemos dicho, era la principal.

Recorrieron los Reyes, con su comitiva, aquellos recintos y aquellas mansiones de regalo y de placer. El palacio causó, según decir de los cronistas, singular admiración á tales visitantes, á quienes Gonzalo de Córdoba y otros sujetos, conocedores de la lengua árabe, iban traduciendo los piadosos versículos allí trazados entre los adornos de yesería de las paredes. La entrada principal á los palacios era la puerta llamada modernamente del *Vino*, que fué levantada, como la parte mejor de los palacios, en el siglo xiv por Mohamed V. Seguían varias construcciones y el *mexuar*, con las casas de los dignatarios de la corte mora, en una gran superficie que más tarde vino á ocupar el palacio del emperador Carlos. Luego, esa serie de regias estancias, patios y galerías que aún se conservan, y forman los salones de recibo, por decirlo así, en la parte que rodea el patio de la alberca, y el *harem* en la correspondiente al patio de los leones, pues es de suponer que Boabdil, al sacar del recinto consigo á su familia y á sus servidores, sacaría también las mujeres á quienes dedicara sus amores. Es de creer que esos patios y estancias, esos *cuartos*, como aún se llaman, incluso el salón llamado de *Embajadores*, y los que sirvieron de verdadera morada al rey destronado y á su familia, la parte reservada, que no parece contarse entre lo existente, todo debieron recorrerlo en aquel día memorable los vencedores y debieron hallarlo desierto, triste, á pesar de sus risueños arcos de caladas lacerías; de sus bóvedas estalactíticas doradas y de colores; de sus columnas y pavimentos de mármol blanco, limpio y brillante; de sus muros cuajados de labores de ataurique, también policromos y dorados con sus frisos de alicatados de azulejo de vivos esmaltes con toda la belleza que caracteriza al tercer estilo árabe, que es el más delicado. Triste debieron hallarlo, á pesar de la suave frescura que repartieran las fuentes de los patios y el grato perfume de los arrayanes. Triste debieron hallar los vencedores aquel palacio de delicias y de regalo, porque á pesar del júbilo de haber realizado su más ardiente deseo, cual fué el de clavar la Cruz en la torre de la Vela, no podrían menos de sentir alguna pesadumbre por el que allí había dejado su poder y su gloria, sus placeres y sus riquezas. Aquella soledad debió ser entonces aún más elocuente que hoy.

Que alguna piedad sintieron don Fernando y doña Isabel por los vencidos, lo prueba, aparte de los antecedentes que tenemos de la nobleza de sus sentimientos, el hecho que consigna la historia de que prohibieron á sus soldados que se asomaran á los muros de la Alhambra hacia la parte de la ciudad, para no molestar á los infelices moros que allí abajo lloraban su infortunio.

Sabido es que aquel día no entraron en la ciudad ni los reyes ni su gente. Los reyes regresaron á Santa Fe, y guarneciendo la Alhambra quedó el conde de Tendilla con buena parte del ejército cristiano.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.

(Continuad).



## EL TOCADOR

### III

#### LA BOCA

El principal objeto de la higiene de la boca es conservar el brillo de los dientes sin que su solidez vaya á menos. La dificultad consiste en que los dientes participen del carácter de tejidos vivos, por los vasos que van á parar á ellos, y del de tejidos inorgánicos por el estuche calcáreo que los envuelve. Así, pues, cualquier falsa maniobra puede comprometerles y hacer necesario el arrancarlos. Verdad es que siempre queda el recurso de los dientes artificiales y que, según dicen los que se dedican á colocarlos, no se hace sino ganar en el cambio: pues tales dientes, por la facilidad con que pueden renovarse, son siempre hermosos y fuertes, y siempre iguales en simetría y número. Con la colocación de estas dentaduras se puede también, por medio de hábiles artificios, restituir á las encías su perdido color encarnado, y finalmente en los aparadores se ven estos aparatos moverse por sí solos sin esfuerzo y sin ruido, como haciéndonos entrever que un día el arte nos ahorrará las fatigas de la masticación. Pero prescindiendo de las exageraciones de prospecto y de los portentos de *mise en scène*, la restauración del aparato dental es digno de seria atención.

Y no hay por qué reirse de ello. Rfase en buen hora de la vieja coqueta que pretende hacer pasar por don del cielo lo que le costó su dinero en casa del dentista, pero no se incurra en denigrar sistemáticamente, pues es indudable que el arte dentario, llevado actualmente á gran perfección, presta servicios que le hacen acreedor á nuestro agradecimiento. Por ejemplo, ¿cuántas personas no sufrirían de malas digestiones, efecto de una masticación insuficiente, si no llamaban en su auxilio algunos dientes de refuerzo! ¿Cuántas otras no parecerían viejas antes de tiempo, si piezas hábilmente montadas no vinieran á llenar el vacío de los perdidos dientes! Los labios y los carrillos necesitan un soporte para que la cara conserve su regularidad oval. Además, las mandíbulas han de ser mantenidas á distancia una de otra para que no resulte esa aproximación importuna de la nariz y la barba que da lugar á las caras llamadas por burla de *casca-nueces*, sin contar con los servicios que los dientes postizos prestan realmente á cómicos, oradores, etc., etc.

Sin embargo, hay que confesar que, sean cuales sean los méritos de los dientes artificiales, de ninguna manera pueden reemplazar completamente bien á los naturales. De modo que la conservación de éstos merece toda suerte de cuidados.

No hay nadie que al levantarse por la mañana no empiece por enjuagarse la boca con agua y limpiar los dientes con un cepillo. La temperatura del agua es cuestión de gusto, y no creemos influya gran cosa en los dientes: en principio, parece preferible el agua templada. En cuanto al cepillo, si las encías están bien encarnadas y sangran fácilmente, será bueno un cepillo suave que no las irrite: si están descoloridas será preferible un cepillo algo recio que active la circulación. De manera que en esto gobierna la resistencia y vitalidad de los tejidos.

Para esta limpieza rara vez se emplea el agua pura: casi siempre se añade algo. El agua con jabón es sin duda alguna la preparación que mejor limpia los dientes; pero como el jabón tiene un sabor desagradable, se usa frecuentemente agua con algún elixir alcohólico y aromático que por su composición constituya un dentífrico muy higiénico que fortifica y sana la mucosa bucal. Sin embargo, no limpia tanto como el jabón.

Pero todo puede conciliarse. Se frota de cuando en cuando el cepillo de dientes con cualquier buen jabón aromático, y hasta si se quiere puede usarse jabón en polvo, que ya se prepara para este objeto y es muy cómodo porque hace poca espuma: una vez jabonado el cepillo se frota con él los dientes, acabando por enjuagarse la boca con agua en la que se han mezclado algunas gotas de elixir.

Cuasi á todos los elixires se les da el color rojo por medio de la orcaneta. Es fácil figurarse que dicho color comunicará á las encías un encarnado más vivo. Esto es quizá una ilusión, por otra parte nada peligrosa, pues la orcaneta es una sustancia absolutamente inofensiva, cuya dosis, además, se puede graduar muy fácilmente por la intensidad con que colora el agua en que se vierte.

También se acostumbra á usar polvos dentífricos, muy eficaces para impedir que el sarro se apodere de los dientes y descarnar las encías. Entre estos polvos gozan de gran favor los hechos de una mezcla de carbón y quinquina. Esta última es verdaderamente recomendable por sus cualidades antisépticas, pero el carbón no sólo tiene el inconveniente de dejar un pequeño ribete negruzco en la encía, sino que, además, raya los dientes

y los gasta: su acción viene á ser como la del polvo de esmeril.

Vale más sustituir al carbón la magnesia calcinada ó el clorato de potasa, que se recomienda por su carácter alcalino.

Porque hay que tener presente que los dientes vienen constituidos por dos capas, una exterior que es el esmalte, y otra interior que es el marfil. El esmalte da el brillo y la blancura, el marfil la solidez. Esta superposición puede compararse á la que se encuentra en la llamada *plata Ruolz*. Si dicho metal se frota demasiado, la materia grosera interior acaba por quedar al descubierto. Y lo mismo sucede á los dientes con ciertos dentífricos que atacan el esmalte, y, como éste es de poco espesor, queda el marfil descubierto y el diente rugoso y sujeto al carie.

Los dentífricos que tienen este triste privilegio son principalmente los ácidos, á causa de su gran afinidad con las sales de cal que constituyen en gran parte el esmalte. Recuérdese sino la dentera que á uno le producen los alimentos demasiado cargados de vinagre, que debe su fortaleza al ácido acético. Recuérdese igualmente lo que sucede cuando una gota de cualquier ácido cae sobre mármol, cuyo principal ingrediente es la cal: que allí queda una mancha indeleble. Pues lo mismo les sucede á los dientes con los dentífricos ácidos.

Con relación á lo expuesto hemos de llamar mucho la atención sobre una particularidad que, desgraciadamente, pasa á menudo desapercibida, y es que á veces la saliva se pone ácida espontáneamente. Entonces los dientes sufren graves alteraciones y llegan á perder su brillo si no se ataca pronto la causa. La existencia de ésta puede comprobarse muy fácilmente. Basta poner entre los labios ó sobre la lengua papel azul de tornasol: si el papel se enrojece, la saliva es ácida, si no, es alcalina. El que aprecie en algo sus dientes hará bien en repetir de cuando en cuando este sencillo experimento para, en caso de acidez, recurrir en seguida á los alcalinos.

Todo dentífrico debe ser, pues, alcalino ó neutro; y sin embargo, la mayor parte de los que más circulan son notablemente ácidos. Así los elixires suelen contener un poco de ácido cítrico; los polvos contienen tartratos ácidos de potasa y de sosa, y lo mismo sucede con las pastas ú opiatas, por más que la miel que les sirve de excipiente disimule su acidez.

Vamos á dar las fórmulas de un elixir y de unos polvos dentífricos realmente higiénicos y de fácil preparación. No hablamos de las pastas ú opiatas porque son siempre un mal dentífrico, y hoy están ya pasadas de moda.

#### *Elixir dentífrico*

Alcohol á 80°..	1 litro
Anís verde finamente pulverizado.	30 gramos
Canela de Ceylán	10 »
Clavo de especia	5 »
Cochinilla	2 »

Mézclese todo y téngase en infusión durante quince días; después añádanse 2 gramos de esencia de menta y fíltrese.

#### *Polvos dentífricos*

Clorato de potasa en polvo impalpable.	4 gramos
Ratanía	5 »
Azúcar de leche	30 »
Esencia de menta	1 »

Con estas fórmulas, cuyos ingredientes son probados, hay cuando menos la seguridad de evitar todo ácido en los dentífricos.

La razón de por qué éstos suelen prepararse con ácidos es fácil de comprender. Para halagar al comprador es menester impresionarle con un resultado inmediato, y la verdad es que los ácidos limpian desde luego perfectamente los dientes; demasiado bien por desgracia, pues les dan brillo á expensas del esmalte, según hemos explicado.

DOCTOR CONSTANTINO JAMES.





## RECUERDOS DE UN GRANDE HOMBRE

(CONTINUACIÓN)

### III

#### LA DAMA

**D**e Abderramán la mezquita  
y de Almanzor las murallas,  
y el puente de Julio César,  
y las vividoras palmas,  
que más de dos luengos siglos  
muerto ornato se miraban  
del sepulcro de un imperio,  
ó de una tumba de hazafías;  
como evocadas reviven,  
las musgosas frentes alzan,  
y para Córdoba juzgan  
que una nueva aurora raya.  
Y que renacen los días  
de gloria, poder y fama,  
en que Atenas de Occidente,  
en que Roma musulmana,  
ó ilustró al mundo con ciencias  
ó rindió al mundo con armas,

como de sabios emporio,  
como de guerreros patria.

Los dos católicos reyes  
que son Atlantes de España,  
los que un imperio fundaron  
que ningún imperio iguala,  
á Córdoba han elegido  
para corte, centro y plaza  
de los bélicos aprestos  
que han de triunfar en Granada.

Los grandes y Ricos-homes  
acuden con sus mesnadas,  
y con todo el aparato  
de sus espléndidas casas.

Allá envían sus pendones  
las ciudades más lejanas,  
con sus bravos caballeros  
y con sus huestes gallardas;  
allí los Grandes-Maestres  
sus estandartes levantan,  
y allí Prelados concurren,  
y allí Legados del Papa.

Los personajes de corte,  
los magistrados de fama,  
los más ilustres señores  
y las más apuestas damas.

Y llegan aventureros,  
y soldados de ventaja,  
y jinetes, y peones,  
ballesteros y hombres de armas.

Y cual nube de pardaes  
que viene á la seca parva,  
ó cual reguero de hormigas  
que al costal volcado ataca,  
traficantes, labradores  
y ganaderos se afanan  
en apurar la moneda  
con sus ventas y contratas.

Por ciudad de encantamento  
á Córdoba reputara,  
quien notase su bullicio,  
quien oyese su algazara.

Y al ver llenos sus palacios  
de rica nobleza tanta,  
y sus calles y sus muros  
y sus huertos y sus plazas  
hervir en enjambre inmenso  
de tan diversas comparsas,  
de tan distintos vivientes,  
de ocupaciones tan varias.

A las funciones de iglesia  
suceden las cabalgadas,  
á los consejos de corte  
los alardes y las danzas;  
los saraos á los banquetes,  
á los torneos las farsas,  
á las consultas y audiencias  
festejos, toros y cañas.

Todo es movimiento y vida,  
todo actividad extraña,  
todo bélico aparato,  
todo fiestas cortesanas.

Todo es riqueza y aliento,  
todo brocados y holandas,  
todo confusión alegre,  
todo caprichos y galas.

Córdoba es concilio, corte,  
almacén, campo de armas,  
tribunal, mercado, lonja,  
escuela, taller y sala.

Ya una procesión solemne  
santa por las calles marcha;  
ya los Reyes atraviesan  
con su comitiva y guardias.

Aquí llegan municiones,  
allí grano y vituallas,  
acá se doman corceles,  
allá se adiestran escuadras.

Allí armaduras se bruñen,  
aquí se bordan gualdrapas,  
acá se recaman vestes,  
allá se templan espadas.

Las banderas y penachos,  
los pendoncillos y lanzas,  
las enseñas y divisas  
forman espesa enramada.

El sol chispea en el oro,  
arde en bruñidas corazas,  
y en plumas, telas, recamos,  
vivos colores esmalta.

Ora resuenan clarines,  
ora rimbomban campanas,  
ya redoblan los tambores,  
ya retumban las lombardas.

No hay una persona ociosa,  
no hay sin movimiento un alma,  
ni imaginación tranquila  
ni pecho sin esperanza.

Unos sueñan en despojos,  
otros nombre y lauros ansian,  
quién va á ganar indulgencias,  
quién gloria pide y aguarda.

Y todas estas ideas  
se humillan, aunque tan varias,  
á un gigante pensamiento,  
la conquista de Granada.

Entre el inmenso gentío  
y entre baráunda tanta,  
como en medio de un desierto  
solo y silencioso vaga,

soñador, pobre, abatido,  
sin que sus proyectos hayan  
un solo apoyo encontrado,  
merecido una mirada,  
el genovés navegante  
que á la corte castellana  
desde la Rábida vino  
tras falaces esperanzas,  
y el cual bien puede decirse  
que ha llegado en hora mala  
á aquel abreviado mundo  
aquella Babel de España

Fray Fernando Talavera  
es persona de importancia,  
ve una mitra en perspectiva,  
todo lo demás es nada.

Con desdén ha recibido  
de un fraile oscuro la carta,  
y juzga al recomendado  
un arbitrista sin blanca.

De Estado los grandes hombres,  
que con los reyes trabajan,  
no tienen tiempo, no escuchan,  
sólo de la guerra tratan.

Los cortesanos se burlan  
de una catadura extraña,  
y del humilde atavío  
de la persona más sabia.

Los guerreros nada tienen  
de común con el que habla  
de círculos y de estrellas,  
y de cosas que no alcanzan.

El vulgacho vil se mofa,  
cual de un loco, del que anda  
tan desarrapado, y grave  
ofrece montes de plata.

Y conseguir una audiencia,  
y de los Reyes la gracia  
con tan contrarios auspicios  
en caso imposible raya.

Hace un mes que el extranjero  
rueda por las antesalas,  
siendo burla de los pajes,  
juguete de la canalla,

y aburrido y despedido  
de volver por su hijo trata,  
y de volar á otros reinos  
sin pensar más en España.

Pero acá en el mundo somos  
de la Omnipotencia sabia,  
sólo instrumento, sus miras  
nadie puede penetrarlas;

y por medios tan ocultos,  
por ocurrencias tan raras  
se cumplen, que en vano el hombre  
«Esto, dice, haré mañana.»

En la catedral sombría  
que Guadalquivir retrata,  
aún no del perverso gusto  
cual después, contaminada,  
devoto entra el mareante,  
cuando el son de la campana  
y las vísperas solemnes  
á los fieles convocaba.

Por las más oscuras naves,  
y por las más solitarias,  
siempre huyendo del gentío,  
cruza con incierta planta,

Y en aquel bosque de mármol  
y á su luz tibia y opaca,  
una evocación parece,  
un espectro, una fantasma.

Frente de aquella capilla  
de esmaltes y filigranas,  
que del *Zancarrón* el vulgo,  
y todo Córdoba llama,

á una columna de jaspe  
al cabo apoya la espalda,  
y en hondas meditaciones  
sueña, delira, se extasia.

Cuando acaso una señora,  
sin advertir en él, pasa  
tan cerca, que con el manto  
casi le toca la cara.

Este pequeño incidente  
para volverle en sí basta,  
y sintiéndose arrastrado  
por una violencia extraña,  
por un superior impulso  
de aquellos que no se aguaran,  
sigue, cual can á su dueño,  
maquinalmente á la dama.

Esta, ante un altar dorado  
donde la imagen brillaba  
de la Virgen, se arrodilla,  
abre el manto y se destapa.

Y á la luz de seis candelas  
que el retablo iluminaban,  
deja ver un lindo rostro  
lleno de candor y gracia;  
y de expresión tan devota,  
y de belleza tan rara,  
y de modestia tan grande,  
y de nobleza tan alta,  
como se admira en los rostros  
que dió Murillo á sus santas,  
y que de un ángel del cielo  
pudo tan sólo copiarlas.

El extranjero, encantado,  
sus afanes y sus ansias  
olvida un punto, y los ojos  
en aquel tesoro clava.

Levántase la señora  
al acabar sus plegarias,  
retírase, y el piloto  
sigue absorto sus pisadas  
sin saber qué le sucede,  
sin acertar qué le pasa,  
como sujeto y ligado  
por hechizo, encanto ó magia.

Al patio de los naranjos  
salen ambos, y él se aparta  
al ver que los escuderos  
á la señora acompañan.

Mas aún de lejos la sigue,  
cuando quiso su desgracia,  
mejor diré su fortuna,  
que en la calle se encontrara  
con un tropel de muchachos,  
que de pronto en él reparan.  
Y como de que era loco  
varias especies volaban,  
*¡al loco!* gritan, y empiezan  
con silbidos y pedradas,  
con insultos y con voces  
que suelen pasar por gracia.  
Al estruendo la señora

con curiosidad se para,  
y al ver en tal paso á un hombre  
pobre, mas de noble traza,  
que le den auxilio al punto  
á sus escuderos manda,  
y ella se acerca, y le ofrece  
el amparo de su casa.

Con doña Beatriz Enríquez,  
que es la cordobesa dama,  
tan discreta como hermosa,  
tan buena como gallarda,  
entra el genovés piloto  
en una soberbia cuadra,  
de guadamecí vestida  
con las molduras doradas,  
y un estrado de almohadones  
de terciopelo con franjas,  
y con grandes borlas de oro  
sobre alfombras de Granada;  
mas tan turbado y confuso,  
que no acierta á hablar palabra,  
y tan sólo en que respira  
se ve que no es una estatua.

Tampoco está la señora  
muy en sí; tampoco halla  
aquellas frases precisas  
de quien recibe en su casa.

No ha reparado en la iglesia  
en aquel hombre, y le pasma  
su noble fisonomía,  
que con su traje contrasta.

Y acertando prontamente  
que es el marino, á quien llaman  
unos loco y otros sabio,  
atenta le observa y calla.

Al cabo el hielo rompióse,  
y la primera la dama  
le ruega que tome asiento,  
y ordena le sirvan agua.

Entra obediente al mandato  
una berberisca esclava,  
con búcaros primorosos  
en su salvilla de plata.

Sosegado el extranjero,  
con tal dignidad y tanta  
cortesania le rinde  
por aquel servicio gracias,  
que el parabién la señora  
de ocurrencia tan extraña  
se da á sí misma, y se esmera  
en obsequios y en palabras.

Esta primera visita  
otras produjo más largas,  
y de muy pocas al cabo  
se entendieron sus dos almas.

Ya no piensa el navegante  
en dejar tan pronto á España,  
renueva sus pretensiones,  
torna á rodar antesalas.

De Hernando de Talavera  
la altivez ya no le espanta.  
Insiste en ver á los reyes  
y renueva sus demandas.

Doña Beatriz, afanosa,  
siendo ya depositaria  
de sus planes y proyectos,  
que la envanecen y exaltan,



lo aconseja y lo reanima,  
lo consuela y lo entusiasma,  
y conexiones le busca  
con femenil eficacia.

El mismo en Córdoba logra  
con su permanencia larga,  
que algunos doctos lo escuchen,  
tratar á personas altas.

Y ya sus propuestas toman  
cierto color de importancia,  
y ya con calor y aprecio  
del extranjero se habla.

Alonso de Quintanilla,  
del rey tesoroero, enlaza  
con él amistad estrecha  
y en protegerlo se afana.

Y don Pedro de Mendoza,  
el gran cardenal de España,  
uno de los más ilustres  
varones de nuestra patria,  
afable se le demuestra,  
y con su poder alcanza  
que el mismo rey le conceda  
la audiencia tan deseada.

Frío, suspicaz, severo  
le oye el rey. Pero le llaman  
la atención de aquel piloto,  
la dignidad y la calma,  
el convencimiento firme,

las explicaciones claras.

Y aunque de la inmensa idea  
toda la extensión no alcanza,  
la envidia á los portugueses,  
de dominación el ansia,  
y el carácter de aquel siglo  
caballeresco y de hazañas,

le obligan á que al instante  
dé acogida afable y grata  
al hombre y á su proyecto,  
porque otro rey no lo haga.

Mas los gastos de la guerra  
hacer nuevos le embarazan,  
ni otra empresa empezar puede  
hasta rendir á Granada.

Y cual político astuto,  
por ganar tiempo y dar largas  
su protección y su auxilio  
al piloto ofrece, y manda  
que los sabios eminentes  
de la docta Salamanca  
con detención examinen  
la propuesta extraordinaria.

No contenta al navegante  
tal decisión del monarca,  
mas que con ella se avenga  
doña Beatriz quiere, y basta.

DUQUE DE RIVAS

(Continuará).





*Je pense à toi quand le soleil se lève  
J'y pense encore lorsqu'il finit son cours,  
Pendant la nuit si quelque fois je rêve  
C'est encore toi que je chéris toujours.*

ALFRED DE MUSSET.

**Moderato assai.**

**J. MALATS.**

PIANO.









# ¡SOLEDAD!

NOVELA ESPAÑOLA

POR

D. C. SUAREZ BRAVO

## CAPITULO XV

VISITA INESPERADA

Caló el chapeo, requirió la espada,  
miró al soslayo, fuése... y no hubo nada.  
(Cervantes).

—Estamos perdiendo el tiempo, amigo Ricardo. Consentí en presentarle á usted á la duquesa en esta residencia á la que no vienen más que los íntimos de la familia; pero á condición de que no permaneciéramos en ella más que tres ó cuatro días. Ha pasado una semana y me urge volver á Madrid y volver con usted, á fin de orillar nuestro asunto y saber definitivamente el día en que me he de casar con Luisa. Ya ha visto usted que he cumplido escrupulosamente con la obligación que contraí. De los diez y seis mil duros que

me comprometí á dar á usted, ha recibido usted ya doce. Aquí están los dos mil que le ofrecí darle aquí.

—Vengan. Uno, dos, tres... Diez billetes de cuatro mil reales. Á la cartera y por recibidos.

—Tendrá usted el resto, en cuanto lo necesite.

—No tardará en presentarse la necesidad.

—Con estos, tiene usted ya en su poder catorce mil duros.

—¿En mi poder? ¡Que más quisiera yo!

—¿Tantas eran las obligaciones que pesaban sobre usted?

—Deudas de juego, que ninguna persona decente puede dejar de pagar sin deshonorarse.

—Convenido. ¿Tiene usted acreedores de otra clase?

—Los tengo de todas. Soy muy débil de carácter, y no sé negarme nada.

—Eso es cosa de usted; pero ya es tiempo de que pensemos seriamente en terminar el negocio que traernos entre manos. Don Bruno asegura que Luisa consiente, y eso hasta cierto punto me tranquiliza, porque es hombre poco impresionable y por otra parte no tenía ningún interés en engañarme.

—Ya le he dicho á usted que cuando mi hermana suelta una palabra, es decir, cuando firma un pagaré, se puede esperar el vencimiento con tranquilidad. Dios sabe lo que me ha costado arrancarle la firma...

—Exageraciones de usted.

—No sea usted tonto. La imaginación de Luisa andaba por otros caminos y yo he hecho con ella una bribonada; pero no era cosa de que por un capricho suyo perdiera la ocasión de despejar un poco mi situación financiera, que anda peor que la del tesoro español.

—Pero ya comprenderá usted que yo estoy perdiendo aquí el tiempo. Una vez obtenido su consentimiento, lo natural era que los dos meses que usted ha exigido de plazo, no sé por qué, para hacer la boda...

—Yo sí sé por qué.

—Bien, dejemos eso. Lo natural era, repito, que el tiempo que estoy perdiendo aquí lo ocupara en hacer la corte á Luisa; en hacer lo que hace todo prometido...

—Hombre, ya le he dicho á usted que es preciso dejar algún plazo á Luisa para reponerse. Yo he hecho muchas diabluras en mi corta vida; pero la que acabo de hacer con mi hermana me hace comprender lo que es el remordimiento. Como que hay momentos en que la idea me quita el sueño. Y eso que aquí estoy viendo algo, que hasta cierto punto podría dar á mi acción un carácter casi meritorio... Hay entre los huéspedes de esta casa un caballerito...

—¿Habla usted del marqués de la Puente?

—Del mismo. No sé qué pensar. Por un lado tengo mis motivos para creer, como ya le he dicho, que entre él y mi hermanita hay una historia de amor, nacida no sé dónde... En el baile del palacio de Montilla observé entre los dos un manejo que me pareció sospechoso... Pero por otro, vese aquí al mismo individuo representar al lado de la duquesita un papel que me parece algo más que de pariente...

—¡Calle! ¿Está usted celoso?

—No por cierto. Blanca es una estrella bajo cuya órbita me gusta estar, pero sin que mis aspiraciones suban á mayor altura. Es una cosa particular. No es amor lo que siento por ella, sino admiración. No se ría usted. Es un sentimiento de tal especie, que si ella me ofreciese su mano (es una suposición) la rehusaría persuadido de que no la merezco. La considero como un ser de otra especie. Es mi bello ideal de mujer; pero me conozco; no he nacido yo para ella.

—¿Qué es eso, Ricardo? ¿También se lanza usted á la poesía?

—Diga usted lo que quiera; pero esta es la verdad. Desearía que Blanca encontrase un hombre capaz de ponerse á su nivel.

—Y cree usted que Eduardo...

—¡Qué sé yo! Eduardo es un joven... como todos los demás; excelente, *verbi gratia*, para marido de mi hermana, lo cual no deja de decir mucho en su elogio; pero mi hermana, siendo, como es, un ángel, es otra cosa que Blanca. Mire usted, el duque sería un excelente marido para la duquesita. Me parecen los dos nacidos para respirar en la misma atmósfera.

—El pobre duque ya no puede respirar en ninguna. No tiene pulmones.

—Bien lo veo.

—Por otra parte, presumo que Blanca, menos poética que usted, preferiría la amable y sana juventud de su primo, á la arruinada y enclenque superioridad del duque.

—No digo que no. Así son las mujeres, y Blanca, en este punto, es mujer como todas las demás. Por ahí se dice que está concertado su matrimonio con él...

—Puedo asegurarle á usted de una manera auténtica que no hay nada de eso. Ayer noche oí á su madre asegurar que no se había pensado en semejante matrimonio, y que en este punto la voluntad de Blanca sería escrupulosamente respetada.

—Y respecto del primo ¿no ha oído usted nada á García?

—Diré á usted, siempre que se le ha hablado acerca del particular, ha opuesto la negativa más categórica, alegando que el marqués no tiene más que pergaminos y Blanca no los necesita; pero ayer, cuando la Vallejuncoso, como de costumbre, insistió en sus sospechas de que los dos primos se entienden, mi amigo se encogió de hombros, diciendo: —Pues, mire usted, si ellos se empeñan, por la dispensa de Roma y la de la duquesa no se ha de quedar. —Esto me llamó la atención, porque tenía motivos para creer que el candidato de García era el duque. De modo que es muy posible que Eduardo cargue al fin con la prenda...

—Lo que podría no ser indiferente para usted... No veo, sin embargo, claro en este asunto; porque en la conducta de Blanca y Eduardo observo cosas que no puedo explicarme... Á veces creo, como la marquesa, que los dos se están hurlando de todo el mundo, y á veces que hay entre ambos alguna sombra... ¿No será mi hermana?

—¿Vuelve usted á sus absurdas sospechas?...

—Bien, bien, dejemos eso. Siento que el duque no sea el marido de Blanca, aunque ya veo que el pobre no está para desposarse con nadie más que con la muerte. ¡Es una lástima! Mire usted, yo me creía un hombre; pero le aseguro que al verle sobre aquel tajo endiablado, dominándome con su mirada tranquila, mientras yo luchaba con los terrores del vértigo, me parecía un gigante. Me sentí avasallado por el miedo, mezclado con no sé qué rabia impotente... Pero cuando me tendió generosamente la mano y me ofreció su amistad... ¡Vamos! Me subyugó. Aquello era irresistible. Y eso que yo me he visto en otro lance también muy peliagudo... pero...

—¡Ah, sí! Algo he oído contar... El lance de la barricada... Sé que debió usted la vida á un milagro...

—Sí... á un milagro también en forma de hombre... Los soldados estaban frenéticos, y no les faltaba razón, porque yo les estuve cazando como conejos... Pero de repente se echaron sobre la casa, y aunque quise escapar por los tejados, no me dieron tiempo, y me hicieron presa... Fui arrastrado por la escalera, como puede usted suponer, con muy poca ceremonia, y cuando ya en la calle me rodearon con gritos de muerte, enseñándome las bocas de los fusiles...

—Entonces apareció el hombre...

—No, el hombre estaba allí. Aquello fué como una visión; pero que conservo viva en la memoria... Los soldados iban á disparar... Fué cosa de un instante... Se abrió un balcón, apareció mi hermana, no sé lo que dijo... pero de repente un oficial se lanzó entre los soldados y yo y me cubrió con su cuerpo... los soldados, indisciplinados, resistían; pero el oficial, que era todo un hombre, tendió de un sablazo á uno de los más rebeldes... y me salvó. Parece que le tengo delante de los ojos... ¡Ah!... Espere usted...



Al lanzar esta exclamación Ricardo, que era, como nuestros lectores habrán comprendido, el que sostenía la conversación anterior paseando en los jardines con Camporredondo, se llevó la mano á la frente, como aquel que, por uno de los fenómenos de nemotecnia que son tan frecuentes, fija de repente un recuerdo, que flotaba inseguro en su memoria.

—Sí... sí... continuó como hablando consigo mismo. Ya decía yo que había visto aquella cara otra vez... Es el mismo... Sí, el mismo; no tengo duda... Su traje militar, tan distinto del que ahora usa, hizo que no cayese en un principio... pero ahora estoy seguro de que es él. Esto me aclara una porción de cosas...

Probablemente Camporredondo hubiera pedido á su compañero explicación de frases tan enigmáticas si no llamase en aquellos momentos su atención, como inmediatamente se la llamó á Ricardo, un movimiento desusado al fin de la avenida por la cual venían paseando, que terminaba en la plazoleta delantera de palacio.

Indudablemente algo acontecía extraordinario. Invitados y servidumbre corrían con paso presuroso y levantada la cabeza hacia el mismo punto. Ricardo y Camporredondo precipitaron el suyo, y cuando desembocaron en la plaza participaron de la sorpresa general. Un numeroso pelotón de hombres armados, apoyándose sobre sus fusiles, esperaban al pie del vestíbulo, vueltos hacia la puerta, algo que sin duda habían venido á buscar allí: varios de los huéspedes del palacio les hablaban con grande animación, como si trataran de persuadirles. En los balcones, invitados del bello sexo, mezclados con criados, contemplaban con curiosidad, no exenta en muchos de temor, á los recién venidos.

A la primera ojeada Ricardo reconoció en los hombres armados á voluntarios de la libertad, no todos vestidos de uniforme. Por los que no le llevaban comprendió que no eran de Madrid, cuyo tipo tenía bien estudiado, sino de la inmediata ciudad de G. Deseando saber á qué venían, Ricardo, seguido de su amigo, se dirigía á interrogarles, cuando tropezó con Jaime, que venía del interior de la casa, con aire consternado.

—¿Qué es esto? le preguntó el joven sin dejar de mirar de reojo á los voluntarios. ¿Qué viene á hacer aquí esta gente?

—¿A qué vienen? respondió el anciano con gesto avinagrado. A una friolera. A llevarse preso á uno de los huéspedes del palacio. Son de esos que llaman... voluntarios de la libertad, libertad que no dejan disfrutar á los demás.

—¿Y quién es el huésped? dijo Ricardo.

Pero Jaime, que era algo tardo de oído y que traía su idea en la cabeza, prosiguió sin oírle:

—¡Es una mala vergüenza! Tales cosas no pasaban antes nunca en casas como ésta. Porque en este asunto ha habido un Judas, sí señor, un Judas, que sin agradecer el pan que come, ha ido á soplar á la ciudad las conversaciones que aquí tienen los señores de sobremesa.

—¡Cómo! exclamó Ricardo creyendo comprender... Nuestra reyerta política de la otra noche...

—Sí, sí, la que tuvieron usted y el señor, y que dió lugar... Perdóneme usted, á los criados no nos toca enterarnos de estas cosas; pero el caso es que uno de la servidumbre se ha enterado, y los voluntarios de G. han venido furiosos á apoderarse del pícaro reaccionario... (así dicen ellos), que ha insultado á la revolución.

—¿Es decir... que la persona á quien vienen á prender es al duque de Atienza?

—Al mismo. El jefe ha subido con unos veinte hombres á cogerle. ¡Qué vergüenza! Y se lo llevará, sí señor, como que ahora son ellos los que mandan... Y eso que el duque...

Pero Ricardo ya no le oía. Subiendo las escaleras de dos en dos, llegó al piso principal, donde sabía que estaban los aposentos del duque; pero al enfilarse el corredor que á ellos conducía, se encontró con García, que llegaba de los suyos, y que iba apresurado y con marcadas señales de inquietud y disgusto en el semblante, en la misma dirección.

—¿Sabe usted lo que pasa?... dijo Ricardo con voz breve, deteniéndole.

—¿No lo he de saber? Es un atropello sin ejemplo. Me hallaba en el baño cuando me dieron la noticia, y por eso no llego á tiempo de atajar el paso á esos bárbaros. Vamos corriendo á ver si podemos impedir...

—Un momento, dijo Ricardo, con seriedad en él desusada. Yo conozco á esta gente mucho mejor que usted.

En esto observó que algunos de los huéspedes y criados, que erraban asustados por los pasillos, se acercaron con curiosidad, y cogiendo á García por un brazo le habló breves instantes al oído.

—Tiene usted razón, exclamó García, cuyo semblante inquieto se serenó algún tanto. Voy á dar inmediatamente las órdenes... Pero por Dios, corra usted al cuarto del duque, donde parece que está el jefe, á hacerle comprender que está haciendo una barrabasada.

—Déjelo usted de mi cuenta; pero usted por su parte no pierda el tiempo.

García volvió apresurado sobre sus pasos, y Ricardo, más corriendo que andando, llegó á la puerta de la habitación del duque, enfrente de la cual se hallaban de plantón unos veinte voluntarios, sin duda para prestar auxilio en caso de necesidad al jefe que estaba dentro. Era gente prevenida.

—Compañeros, dijo Ricardo metiéndose en medio de ellos. ¿Qué es lo que ha caído que hacer por aquí?

—¿Compañeros? murmuró uno de los voluntarios, mirándole de reojo.

—Si tú no dispones otra cosa, replicó Ricardo.

—¿En qué bodegón hemos comido juntos? repuso el voluntario con insolencia.

—En el bodegón de la libertad, donde todos los hombres son iguales.

Esta majadería hizo su efecto, como apropiada á las circunstancias de tiempo y lugar. Sin embargo, otro de los voluntarios masculló entre dientes:

—¡Cómo se les apagan los humos á los señoritos cuando tienen miedo!

Ricardo iba á contestar, dejándose arrastrar por el primer impulso; pero se contuvo.

—No perdamos el tiempo en tonterías, dijo para sí.

Y atravesando por en medio de los voluntarios se dirigió á la habitación, dejando caer como al descuido estas palabras y guiñando el ojo á los más inmediatos:

—Abajo hay banquete largo. Platos y vinos de primera. Los camaradas parece que traen buen apetito.

Dicho esto entró, sin que nadie tratara de impedirselo, en una especie de antecámara con honores de salón.

Sólo había en ella dos personas. Un hombre con kepi y sable de caballería, sin más distintivos militares. Su traje era el de un hombre del pueblo, aunque de buena ropa. Estaba reclinado indolentemente sobre un diván, dando frente á la puerta de la cámara inmediata, bajo cuyo dintel se veía como de centinela á Germán, el ayuda de cámara del duque. El rostro pálido y grave del doméstico hacía contraste con el iluminado y cejijunto de aquel mixto de militar y paisano, cuyo ojo único (era tuerto) se fijó con expresión de altanero disgusto en el que entraba.

A la primera ojeada Ricardo comprendió quién era aquel extraño personaje. Sabía que la ciudad de G. estaba enteramente bajo el yugo de una banda de voluntarios, capitaneada por un albardero á quien llamaban el Tordo. El Tordo en aquella sazón, en que la acción de los gobiernos de aventura que se sucedían rápidamente era casi nula, podía considerarse como el señor de vidas y haciendas de toda aquella región. Ricardo tenía acerca del hombre ideas vagas. Le contempló breves instantes; pero cuando iba á dirigirle la palabra le interrumpió la llegada del duque, que salla de su gabinete acompañado de Eduardo.

La mirada tranquila, pero altiva y no exenta de cierto fuego concentrado, del duque,

midió de arriba á abajo al jefe de los voluntarios. Vestía un gabán de pieles (la temperatura era fresca) y llevaba la mano derecha metida dentro del abrigo sobre el pecho. El Tordo se sintió á pesar suyo dominado por la presencia y la actitud del duque, y se levantó maquinalmente.

—Quisiera saber, dijo el duque, con tono frío y reposado, si entre los derechos que ustedes proclaman está el de introducirse en el domicilio de un ciudadano sin su permiso. Me han dicho que viene usted á prenderme. Muéstreme usted el mandato.

El Tordo, desconcertado en el primer momento, se repuso, y contestó con insolencia y en voz alta, sin duda para que le oyesen los que estaban apostados en el corredor:

—Yo no necesito de esos mandatos ni de esas andróminas para castigar á los que insultan al pueblo. Ahora el pueblo es el amo. Dése usted preso.

El Tordo quiso unir al precepto la acción, y dió un paso con la mano levantada, como para ponérsela al duque sobre el hombro, pero de nuevo se sintió cohibido por la mirada de éste, y se paró con mal disimulada confusión, dejando caer lentamente el brazo.

—Repito que para prenderme, dijo el duque con el mismo acento tranquilo, pero en el cual vibraba sordamente la ira, necesita usted un mandato de la autoridad competente. No basta que usted quiera prender á las gentes, para que éstas se dejen prender, y yo por mi parte le anuncio que no estoy dispuesto á darle gusto. Ya le he dicho que me muestre el mandato, en cuya virtud ha penetrado usted como un ladrón en mi domicilio...

—Eso es insultar de nuevo al pueblo, dijo el jefe de los voluntarios, tratando de sobreponerse al involuntario dominio que sobre él ejercía la actitud serena y resuelta del duque. Si no quiere usted venir por voluntad, le llevaré á usted arrastrando.

Y aquí soltó un taco enérgico é irreproducible.

—Le aconsejo á usted que no lo intente, y que use otro lenguaje, repuso el duque.

—¡Retírese usted! exclamó Eduardo, que compartía los sentimientos de Iñigo, y que creyó ya llegado el caso de intervenir en tan arriesgado coloquio. Le advierto á usted que lo que está haciendo le puede costar muy caro.

—Aquí todos somos pueblo, exclamó á su vez Ricardo, que durante el diálogo anterior había estado con el oído atento á lo que pasaba adentro y afuera. Contra el pueblo que hace barbaridades está el pueblo que las corrige. Óigame usted, compañero.

Pero el Tordo, que se encontraba como una fiera acorralada, y que comprendió la necesidad de obrar con prontitud y energía, se lanzó á la puerta y gritó con voz descompuesta:

—¡Aquí, camaradas! ¡Aquí pronto!

Hecho esto se volvió al puesto que ocupaba, y encarándose con sus tres interlocutores, prosiguió rechinando los dientes:

—Ahora veremos si soy ó no soy el pueblo.

El duque y Eduardo, en angustiosa expectativa, pero sin desmentir su actitud enérgica, fijaron los ojos en la puerta, esperando ver entrar por ella á los seides del matachín; pero les llamó la atención la burlona seriedad con que Ricardo desde el quicio de la misma contemplaba al jefe popular, examen que á los breves instantes de inútil espera terminó con una sonora carcajada.

—¿Qué hacen esos?... gruñó el Tordo, soltando una palabra soez, al ver que nadie llegaba y queriendo lanzarse á la puerta.

Pero Ricardo le cerró el paso.

—No se canse usted, dijo extendiendo el brazo, con tono al mismo tiempo de mofa y de amenaza. Los voluntarios están abajo de jolgorio, y preciso será que usted arregle solo con nosotros este pequeño asunto.

El Tordo retrocedió dos pasos, y paseó la mirada por sus tres adversarios. Aunque no era hombre tímido, comprendió que á querer llevar las cosas por la tremenda á él le podía



tocar la peor parte, y como en el fondo de su carácter dominaba la astucia, esperó á ver lo que las circunstancias daban de sí.

—Advierto á ustedes, dijo con voz á pesar suyo insegura, que tengo abajo setenta voluntarios que se dejarán matar por mí.

—No hay necesidad de que arriesguen ni un pelo de la cabeza, contestó Ricardo, guiñando ligeramente el ojo á Iñigo y á Eduardo para que le dejaran obrar. Aquí, lo repito, todos somos pueblo. ¿Quiere usted que hablemos amigablemente?

Esto lo dijo Ricardo adelantándose con familiaridad al hombre, que, sin saber qué hacer, balbuceó, moviendo su ojo de un lado para otro:

—Nosotros nada tenemos que hablar...

—Al contrario, tenemos que hablar y de cosas muy importantes, como usted verá. Pero realmente no tienen para qué molestarse estos dos señores. Usted y yo seremos las partes contratantes. ¿No podrían ustedes, añadió Ricardo volviéndose al duque y á Eduardo, ir á dar una mano á los que están obsequiando á los valientes voluntarios de la libertad y á tranquilizar á las señoras?

El duque pareció vacilar, pero Eduardo, que comprendió que Ricardo tenía su plan y que lo mejor que había que hacer era dejarle llevar á cabo una maniobra que había comenzado ya con tan buen éxito, se apresuró á decir:

—Ricardo tiene razón: las señoras estarán asustadas y debemos ir á tranquilizarlas.

Y cogiendo al duque del brazo, que se dejó llevar no sin visible descontento de abandonar la partida, salieron ambos de la habitación.

*(Continuad).*



## NUESTROS GRABADOS

### RETRATOS DE SS. MM. EL REY

D. ALFONSO XIII Y LA REINA REGENTE D.<sup>a</sup> MARÍA CRISTINA

POR FRANCISCO MASRIERA

Ha sido objeto el salón llamado Consistorio nuevo, en la casa Ayuntamiento, de una inteligente reforma, llevada á cabo bajo la dirección del arquitecto municipal don Pedro Falqués. Conservando éste todas las líneas del antiguo salón en hemiciclo, lo ha dispuesto perfectamente para los fines que ha de llenar, ó sea el que allí se celebren las sesiones del Cabildo municipal. A los dos lados ha abierto desahogadas tribunas, destinadas á la prensa é invitados la que se halla á la derecha, y al público que no posee tarjeta de invitación la que se encuentra en el lado opuesto. Tienen ambas tribunas elegantes barandillas de bronce de excelente dibujo, siendo de mármol rojo las esbeltas columnas que sostienen el cornisamento en cada una. Al pie hay triple fila de sillones, en madera de nogal, muy bien esculpidos, sobrios en la ornamentación, y de carácter apropiado al sitio, con rasgos, así en estos siales como en todo el salón, que revelan un detenido estudio del estilo plateresco español, y talento para modernizarlo, adaptándolo á las necesidades y al gusto de ahora. En el testero dominan los retratos de SS. MM., obra del reputado artista Francisco Masriera, de que hablaremos luego, y los sillones de la presidencia, en los que se ha empleado el cuero con grande acierto y los adornos en metal dorado, resultando en su conjunto severos y ricos al propio tiempo. Unos soberbios candelabros de bronce iluminan el local por medio de la electricidad, combinada con mecheros de gas, para el caso de una deficiencia en la primera. En el techo se han conservado las pinturas alegóricas, de estilo Owerbeck, que ejecutó para dicho Consistorio el renombrado maestro don Claudio Lorenzale, cosa que aplaudirán cuantos guardan buena memoria de este insigne profesor y artista. El salón reformado tiene en su totalidad un aire majestuoso y causa muy buena impresión en cuantos lo visitan, mere-

ciendo por la obra un nuevo aplauso el referido arquitecto don Pedro Falqués.

Los retratos de nuestros augustos monarcas, pintados por Francisco Masriera, atraen la atención apenas se entra en el expresado local. Colocados en un lujoso marco, éste no ofusca en nada la pintura, antes la realza. Masriera no se limitó á pintar con fidelidad los retratos del Rey y de la Reina, que son de un parecido exactísimo, sino que quiso hacer, y ha hecho en realidad, un cuadro con las figuras de don Alfonso XIII y de doña María Cristina. S. M. el Rey, conforme se ve por la exacta reproducción del cuadro que publicamos en este número, está de pie, llevando en la mano un ramo de oliva, símbolo de la paz que dió á España la restauración del malogrado Alfonso XII en el trono de sus mayores. El toisón de oro que pende sobre su pecho señala su elevadísima jerarquía. La Reina demuestra en su actitud, la alta tutela que ejerce en la persona del Rey niño para bien suyo y para la felicidad del Estado. Son naturales las actitudes de los dos soberanos: la expresión de sus rostros es bondadosa, como la tienen siempre en todos los momentos de su vida. La agrupación es feliz, puesto que no resulta sacrificada ninguna de las figuras. Los detalles de ejecución en los trajes son dignos de la habilidad pictórica de Francisco Masriera, que todos reconocen. El vestido de la Reina Regente produce la ilusión de la verdad misma, ¡tan exacta es la copia de la caidad de la seda y de sus cambiantes! Lo mismo ocurre en el del Rey, que es de terciopelo morado oscuro, de una entonación sumamente simpática. Con todo esto el cuadro resulta de un colorido brillante y armonioso, al que contribuye un fondo sencillo, y grandioso al par, de una tinta rojiza mosqueada de motivos heráldicos, y en la que campea el escudo real de España en uno de los lados. Esta obra, pues, honra al artista que la ha pintado, y al alcalde señor Porcar y Tió que le dió el encargo de llevarla á cabo, siendo digna de las augustas personas que en ella aparecen fielmente retratadas.

## SECCIÓN CIENTÍFICA

### LAS NIEBLAS

Las nieblas (de la voz latina *nebula*, que significa lo mismo) son nubes verdaderas, cuya significación no hay necesidad de explicar, habiéndolo ya hecho. La diferencia entre nube y niebla consiste en que la última llena un lugar bajo de la atmósfera, contiguo á la tierra, ya se encuentre ésta en figura de montaña, de colina ó de llanura, ya se halle suspendida sobre la superficie del agua. Lo importante aquí, pues, para comprender la existencia de las nieblas, es indicar la causa ó razón de que no se eleven en la atmósfera á la altura de las nubes, y sean arrastradas como ellas por los vientos.

La falta de aire, más ó menos violento y agitado, es un requisito casi esencial para las nieblas. Así, cuando hay calma en la atmósfera, de ordinario por la mañana ó por la tarde, el vapor de agua, disuelto é invisible en la atmósfera, se enfría por la temperatura de la misma tierra á las horas en que la última comienza á perder ó ha perdido ya parte del calor recibido de los rayos del sol. Esto sucede, naturalmente, por la tarde, después de la puesta del sol, ó desde la desaparición de éste hasta su salida del día siguiente. La tierra y el aire, que la rodea, encontrándose en contacto inmediato, sufren la ley de todos los cuerpos que se encuentran en caso análogo, esto es, que su temperatura tiende á equilibrarse y á adquirir una cantidad igual de calor. Como la tierra, pues, se enfría, el aire que la rodea participa de su temperatura, y cuando ésta es la conveniente, el vapor de agua se condensa y toma forma visible, y, no siendo arrastrado por el viento, se nos presenta en forma de niebla. En la madrugada es cuando la niebla ha perdido más calor, y por esta razón se forman muchas nieblas á la misma hora, son más frecuentes en invierno que en verano, y en los valles y en las superficies de los ríos, no sólo porque se hallan más al abrigo del viento, sino porque la cantidad de vapor de agua, disuelto en el aire, es también mayor.

Siendo lo mismo las nubes que las nieblas, claro es que sus efectos serán también idénticos, y así sucede á la verdad, porque también las nieblas mojan la tierra é impiden el enfriamiento de la misma. Con nubes y con nieblas no es el frío tan intenso como cuando la atmósfera se encuentra libre de unas y otras.

En los ríos, arroyos, lagos y estanques algo extensos, son las nieblas más frecuentes. La superficie del agua se enfría menos que el aire y la tierra, porque á medida que una capa pierde parte de su calorico se precipita en el fondo, y es reemplazada por otra capa más cálida,

de manera que para que toda la masa líquida se encuentre á la temperatura en que estaría, si esas capas no mudaran de posición, es indispensable que toda la masa líquida haya recibido el mismo grado de enfriamiento. Si, pues, la superficie del agua es de ordinario más cálida que el aire y la tierra que la rodean, en virtud de la ley que sigue el calor, y de esa tendencia al equilibrio del mismo sobre los cuerpos contiguos, la capa de aire en contacto inmediato con la superficie del agua toma su temperatura y absorbe gran cantidad de vapor; pero, al elevarse y encontrar aire más frío, toma ese vapor de agua forma sensible y produce la niebla. Como esto se repite continuamente, de aquí la abundancia de nieblas que se observan en los ríos, lagunas y estanques. Se comprende que cuando la capa de aire, en contacto con la superficie del agua, está agitada por la lluvia ó por el viento, su temperatura será sensiblemente uniforme, esto es, que no absorberá gran cantidad de vapor y que no se formará la niebla.

Dedúcese de las razones expuestas que las nieblas pueden ser más ó menos espesas ó compactas, de mayor ó menor extensión y más ó menos profundas; raras en las regiones tropicales; más frecuentes á medida que la tierra se aleja de estas regiones, y casi continuas en las cercanías del polo. En la mar abundan más que en la tierra, porque la evaporación es también mucho mayor, aconteciendo lo mismo en las islas y en las costas, y siendo también igual la razón que las explica. En el Norte de España abundan más que en el Centro y el Mediodía. En Inglaterra constituyen las nieblas una verdadera calamidad, siendo tan densas por los motivos indicados, porque contribuye á oscurecerlas el humo de carbón de piedra de sus innumerables fábricas, y sobre todo por la gran corriente cálida del golfo, que, durante el invierno, y á veces por muchos días, esparcen por todas las islas Británicas esos vapores densísimos, que oscurecen el día, y que la luz del gas apenas llega á disipar.

Hay nieblas también llamadas secas por los sabios, porque no mojan, oscureciendo el resplandor del sol, dando al cielo un colorido pardusco, y llenando el horizonte de espesos vapores. Estas nieblas secas son locales ó generales, en cuyo último caso cubren terrenos inmensos, elevándose á veces poco, y otras ascendiendo á las regiones superiores.

Después de largas discusiones, y no escasas conjeturas, atribuyéndolas al paso entre la tierra y el sol de millones de astros pequeños, ó de polvos de asteroides, ya al aumento de las manchas del mismo sol, se ha



llegado al cabo á averiguar que esas nieblas secas se componen de arena muy fina, arrastradas á inmensas distancias de los desiertos de África por la fuerza de los huracanes; á nubes de polen ó harinilla de los bosques numerosos de pinos y pinabetes del Norte de Europa y América; ó á cenizas muy finas ó humos espesos de volcanes ó de selvas incendiadas. Las de 1863 y 1867 coincidieron con grandes terremotos, en cuya hipótesis podían consistir esas nieblas en cantidades enormes de gases salidos de las entrañas de la tierra.

Estas nieblas secas se han observado el año 45 antes de Jesucristo, el 583 de nuestra era, en 1547, en que el sol parecía color de sangre, y se veían las estrellas sin eclipse al medio día, en 1321, 1822 y 1831. Esta última corrió el Egipto, el mar Negro, París, Nueva York, y, por último el Japón y la China meridional.

Las nieblas en tierra no suelen ser peligrosas, no así en la mar, en donde producen innumerables catástrofes. En alta mar, y á consecuencia de las nieblas, ha habido á veces choques terribles, origen de sensibles desgracias, y cerca de las costas son aún más temibles para los marinos. No les permiten hacer los cálculos necesarios para conocer la longitud y latitud en que se hallan, porque no los dejan observar los astros ni distinguir los objetos á corta distancia del buque, obligándolos á tomar precauciones infinitas, que no siempre son suficientes. En Terranova, adonde acuden tantos buques para la pesca, las nieblas constituyen un riesgo constante, y en los mares del Norte, en medio de las tinieblas

que producen, los buques se hallan amenazados de estrellarse contra islotes de hielo, siendo tanto más temibles en estos parajes por los huracanes que allí reinan y que no pueden disiparlas, y por las corrientes desconocidas que los arrastran. Las nieblas, en ocasiones, han dado la victoria ó la derrota á ejércitos y á grandes escuadras. Este mismo fenómeno da origen también á reflexiones notables en el aire de los rayos solares, tomando la forma de círculos alrededor del sol, ó de la luna, y tiñendo á estos astros de los colores más variados, desde el blanco, al azul ó al rosado.

La igualdad absoluta de la naturaleza de las nubes y de las nieblas la comprueba cualquiera fácilmente si sube á montañas elevadas. Desde lejos, y al pie de la montaña, se ven verdaderas nubes que la rodean á cierta altura. Después, al llegar á ellas, se encuentra el viajero sumergido en una niebla densa que moja sus rostros y sus vestidos, y más arriba de la nube luce el sol esplendente, mientras está lloviendo debajo en las regiones cubiertas por esa niebla, que lo es para nosotros cuando nos hallamos en íntimo contacto con ella, y se transforma en nube mirada á mayor distancia.

Sin embargo, no podríamos subsistir sin nieblas y sin nubes, porque unas y otras forman eslabones importantes de la complicadísima é infinita cadena de la creación, y todos ellos obedecen las leyes de su Creador, y son partes de un inmenso conjunto, cuyo destino sólo Él conoce.

E. DE MIER.



## MESA REVUELTA

En la mayor parte de estos admirables é ingeniosos aparatos que conocemos con el nombre genérico de relojes, el motor del mecanismo es un peso atado á una cuerda arrollada sobre una polea; en el otro extremo de la cuerda hay un contrapeso más pequeño que la mantiene tirante. Si aquel peso se abandonara completamente á la acción de la gravedad, caería con una velocidad acelerada, pero tan pronto como ha recorrido, al bajar, un pequeño espacio, su caída encuentra un obstáculo periódico llamado péndulo. Si éste deja de funcionar, empieza á caer el peso motor para detenerse de nuevo á la misma altura que ha recorrido y á causa del mismo obstáculo; de esta suerte se obtienen una serie de caídas de la misma duración que se cuentan por medio de unas agujas que se mueven sobre la esfera y á las cuales el mismo peso motor les imprime un movimiento especial por el intermedio de otra polea y de varias ruedas. El péndulo es un cuerpo pesado, por ejemplo, un disco de plomo ó de cobre fijado en el extremo inferior de una espiga suspendida, ya por medio de una pequeña plancha metálica delgada y flexible, ya por medio de una especie de cuchillo cuyo filo se apoya entre dos montantes. En los relojes más perfectos, para suspender el péndulo, se emplea un resorte elástico comprimido por dos cuchillos horizontales. Las oscilaciones del péndulo están relacionadas en las caídas sucesivas del peso motor y con la acción de un mecanismo especial llamado escape, cuyo efecto es neutralizar las resistencias opuestas al movimiento constante del péndulo debidas al roce ó al aire.

En los relojes de sobremesa y en los de bolsillo, el peso motor es reemplazado por un resorte en espiral que va desenvolviéndose poco á poco. En los de bolsillo hay además otro resorte muy delicado, también en espiral, que al desenvolvimiento sucesivo del motor se encorva cada vez con una fuerza siempre igual. Este impulso viene regularizado por una rueda sobre cuyo eje está fijado el resorte regulador, y esta rueda va alternativamente á uno y otro lado al mismo tiempo que el repetido resorte regulador.

En la antigüedad el tiempo se medía por cuadrantes solares y por relojes de agua y de arena. Los relojes mecánicos datan de época más reciente; los primeros parece que fueron contruidos en Oriente. En Europa los italianos y los alemanes fueron quienes empezaron á distinguirse en el arte de la relojería. Juan de Doudis, llamado *de gli orologi*, construyó uno para Padua, su patria, en el siglo xiv. El primer reloj que se vió en Francia, movido por un peso, fué el de la Torre de Palacio, y su autor fué Enrique de Vic, relojero alemán que Carlos V atrajo á su corte. Hacia fines del siglo xv el arte de relojería adelantó mucho á causa de su apli-

cación á los cálculos astronómicos. En 1560 Tycho-Brahe poseía ya relojes delicadamente fabricados para señalar los minutos y los segundos. El admirable reloj de Strasburgo data de 1573. De la misma fecha poco más ó menos son los primeros relojes de bolsillo, pues en las cortes de Carlos IX y de Enrique III se veían ya muchos de ellos.

El célebre Huyghens dió gran impulso á la relojería con el péndulo regulador, cuyas leyes acababan de ser descubiertas por Galileo, y por la invención del resorte en espiral. El reloj de repetición fué inventado hacia fin del siglo xvi, por un relojero de Londres.

Actualmente Ginebra, Londres y París son los centros más importantes de relojería. En la Selva Negra y en Suiza existe la especialidad de los relojes de madera con adornos más ó menos artísticos.

\* \* \*

En la ciudad belga de Tongres se conserva aún memoria del terremoto que en 1812 conmovió la ciudad y todos sus contornos. Precedió á la sacudida un ruido sordo y prolongado: luego parecía que un poder infernal renuovía los cimientos de los edificios para sepultar á los habitantes entre las ruinas; mientras que en las calles las paredes se abrían hendidas y muchas chimeneas se derrumbaban con estrépito, en el interior de las casas los muebles chocaban unos contra otros destrozándose, los cuadros oscilaban, las balanzas se movían, las campanas tocaban solas, y por todas partes tenían lugar raros fenómenos, cuya causa ignoraba el vulgo, que los tomaba por prodigios precursores del fin del mundo.

Pero lo que más contribuyó á propagar el pánico y á perpetuar el recuerdo de este acontecimiento fué una escena extraordinaria que tuvo lugar en la catedral. Celebrábanse en ella unos funerales por el alma de una joven que en la víspera había fallecido repentinamente. En el centro de la nave y adornado con gasas y una corona de rosas blancas, veíase el féretro debajo de un riquísimo tímulo funerario. Los parientes y amigos de la joven, y el gran número de curiosos que ordinariamente acuden á estas ceremonias rodeaban á la difunta, cuando de repente los cantos y sollozos quedaron ahogados por el espantoso ruido que retumbó por toda la ciudad. Cristales hechos pedazos rodaban sobre las baldosas del santuario, un finísimo polvo blanco parecido á la nieve caía en abundancia sobre los fieles, eran diminutos fragmentos de cal y de yeso desprendidos de la bóveda al primer sacudimiento. Vióse entonces como todos aquellos rostros, que antes expresaban el dolor profundo ó la indiferencia, se transformaban subitamente dando muestras de la más viva sorpresa, de inquietud y sobre todo de terror á un peligro personal. Pero cuando

el pismo se apoderó verdaderamente de los fieles, fué al ver que el túmulo funerario se movía y que de los dos ángeles que formaban el remate del coro batían sus anchas alas y volaban; hasta el ataúd parecía moverse también, y los candeleros de plata que lo rodeaban, como si hicieran un esfuerzo para salir de su sitio, en presencia de lo cual, los más animosos perdieron la serenidad, los cantos cesaron, los sacerdotes se retiraron como si cedieran su puesto al mismo Dios, y la multitud, que creía iba á ser allí mismo juzgada por el Señor, se arremolinó furiosa hacia las salidas del templo corriendo gran riesgo de hallar en ello la muerte que querían evitar.

Al cabo de algunos minutos se restableció el orden en la naturaleza: el peligro había cesado, pero el terror continuaba. Los sacerdotes se presentaron de nuevo, conmovidos, para terminar sus cantos mortuorios alrededor del féretro medio destrozado. Después de los oficios, y cuando la comitiva llegó al cementerio, no encontró la fosa preparada; con la sacudida, se había llenado de tierra. Cuando ya tenían abierta otra, los curas y el reducido número de parientes que el deber había obligado á acompañar á la difunta, se dieron gran prisa en cumplir las últimas ceremonias, pues temían que al bajar el ataúd en tierra, una nueva sacudida les sepultaría para siempre. En toda la ciudad no hubo más que una persona que no reparó en el terremoto y ésta fué la infeliz madre de la joven que se había quedado en casa, arrodillada y que no cesaba de llorar y rogar por su hija.

\*\*\*

Designábase con el nombre de calendas en el calendario romano el primer día de cada mes. Esta palabra procede del verbo griego *caleo*, que significa «llamo», porque en aquel día los sacerdotes convocaban al pueblo en el Capitolio y publicaban en alta voz la época en que caían las nonas.

Las calendas en Roma eran la época de realizar los pagos; por esto las llamaban tristes é importunas; así es que aún hoy día los pagos que no quieren efectuarse y las promesas que no piensan cumplirse se dice que se aplazan *ad calendas grecas*, porque los griegos dividían el tiempo de distinto modo que los romanos y en sus meses no había calendas.

\*\*\*

Baltasar, último rey de Babilonia, sitiado en su capital por Ciro, rey de Persia, estaba celebrando una orgía con sus mujeres y sus cortesanos. A la mitad del festín, hizo poner en la mesa los vasos sagrados que Nabucodonosor se había llevado del templo de Jerusalén. En el mismo instante una mano misteriosa escribió sobre el muro del salón, con caracteres de fuego, la siguiente inscripción: *Mane, Thecel, Fares*. Baltasar, asustado, hizo llamar al profeta Daniel para que le explicara el significado de aquellas palabras, lo cual éste hizo en los siguientes términos: «¡Oh, rey! tus días están contados: no pesas lo que debieras en la balanza: tu reino será dividido.» Efectivamente, el mismo día

Babilonia cayó en poder de los persas, que mataron á Baltasar, y su reino fué dividido.

Cuando á una nación, á una sociedad, á una persona corrompida se le muestra algo que siniestramente le anuncia su pérdida definitiva, se dice que aquello es su *Mane, Thecel, Fares*.

\*\*\*

Vino á la corte para asuntos particulares un ex individuo de la Diputación provincial de... y quiso visitar al señor N., ex gobernador de dicha provincia, á la sazón cesante y residente en Madrid. El ex gobernador se informó del estado en que se hallaban los varios ramos de la administración pública, las escuelas, los hospicios, los hospitales, etc.; y por último le preguntó: —¿Hay muchos dementes ahora en la provincia?— Algunos, dijo el ex-padre de provincia, pero no tantos como cuando estaba usted...

\*\*\*

Preguntaron á un alguacil de M\*\*\*, especie de imbécil, qué edad tenía su hermano menor, albeitar en el mismo pueblo: —De aquí á dos años, contestó, los dos seremos de una misma edad.

\*\*\*

El doctor C. Paresi, según leemos en la *Gazzeta Medica* de Torino, emplea el siguiente linimento contra la sordera y el dolor de oídos:

Hidrato de cloral alcanforado. . . . .	15 gramos.
Glicerina pura. . . . .	100 »
Aceite de almendras dulces. . . . .	60 »

Este linimento se conservará en un frasco herméticamente tapado.

Para usarlo, se empapa un poco de algodón en rama muy fino en el linimento acústico y se introduce en el oído externo lo más profundamente que se pueda, renovándolo dos veces al día. Este linimento penetra lentamente en el oído y produce inmediatamente su benéfica acción, volviendo este complicado órgano á su estado fisiológico. No es indiferente la presencia de la glicerina y del aceite, porque estas sustancias de fácil mezcla sin descomponerse de acción emoliente y disolvente, reblandecen el contenido del oído, y por su propiedad higrométrica disuelven el cerumen y al mismo tiempo detiene el cloral alcanforado el proceso patológico y quita el dolor inmediatamente y conduce á la curación, ó por lo menos produce una mejoría positiva. Especialmente en la sordera nerviosa con flujo muco-purulento, es en la que da mejores resultados, siendo conveniente friccionarse con el linimento una vez al día detrás de la oreja.

\*\*\*

Se aconseja contra el mareo la siguiente fórmula:

Bromuro de sodio. . . . .	5 gramos.
Bromuro de amonio. . . . .	2'50 »
Infusión de menta. . . . .	200 »

Una cucharada de café antes de cada comida en los tres días que precedan al embarque.



\*\*\*

Para limpiar convenientemente las botellas, métaselas con ceniza en un caldero lleno de agua fresca, y hágasela hervir; luego enjuágueselas cuando ya estén frías. Si las botellas contienen sustancias grasas ó están impregnadas de olor de aceites esenciales, introdúzcanse en ellas algunas cucharadas de serrín de madera de encina ó de residuos de café húmedos aún, es decir, en el momento que se acaba de secar el líquido, con un poco de agua común muy caliente; agítense durante algunos segundos, procurando que la mezcla recorra toda la botella, con lo cual arrastrará consigo los cuerpos grasos que alteran la transparencia del vidrio. Esta operación se repite dos ó tres veces, luego se lava la botella y se la coloca boca abajo.

\*\*\*

Para quitar las manchas de tinta sobre objetos de madera, fróteselas, si aún son frescas, con vinagre blanco ó bien ácido oxálico. Si son ya muy secas y resisten á la acción de estas dos sustancias, es menester empapar la parte manchada con agua hirviendo. Luego se pone un poco de bióxido de potasa y se frota con un trapo; se le añade una pequeña cantidad de cloruro de estaño disuelta de antemano y se frota también. La mancha desaparece.

\*\*\*

¡Es posible que siempre tengamos (principalmente los viejos) bastante memoria para recordar hasta las más mínimas particularidades de lo que nos ha sucedido, y que nunca nos acordemos del número de veces que se lo hemos contado á la misma persona!—LA ROCHE-FOUCAULD.

\*\*\*

Es tan difícil que una mujer sepa que es fea como que ignore que es bonita.—PETIT-SENN.

\*\*\*

La vanidad puede estar unida á un buen natural, pero la envidia supone siempre perversidad en el corazón.—JOUNG.

\*\*\*

Bien analizado todo placer consta de dos sensaciones tristes:—el recuerdo de la privación anterior, y el temor de la desaparición futura.—KARR.

\*\*\*

El exceso es perjudicial en todo, pero sobre todo en la mesa, y lo más cuerdo es de cada cosa quitar lo superfluo —PLINIO EL VIEJO.

## RECREOS INSTRUCTIVOS

### XIX

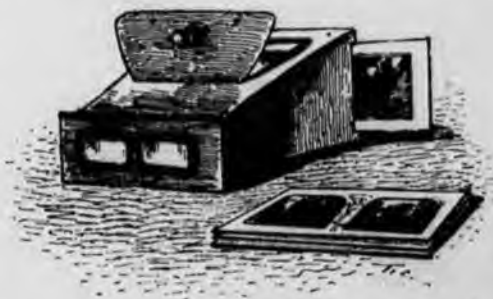
—Supongo que nos contará usted las peripecias á que se refería el otro día, hablando del estereoscopio.

—Con mucho gusto: el estereoscopio es, como ustedes saben, un aparato provisto de dos lentes cuyos rayos convergentes funden dos imágenes diversas del mismo objeto, produciendo por su reunión aparente la ilusión del relieve. Este aparato curiosísimo y muy útil, como que da á las pruebas fotográficas cierto colorido y una luz misteriosa que favorecen el efecto, descansa en la teoría científica del relieve, que es percibido por la concentración de los rayos visuales; es decir, que por la percepción de  $\frac{1}{2}$  de imagen á cada lado se abarca el relieve que forma la ilusión de realidad.

Pero... aquí viene lo bueno; la ley física á que me refiero es fundada y comprobada; es una teoría que explica cumplidamente el efecto de los objetos corpóreos en nuestra retina... y sin embargo, verán ustedes lo que le sucedió á Brewster, gran físico inglés, inventor del estereoscopio.

Durante la primera Exposición Universal del *Cristal Palace*, en Londres, la reina Victoria se entretuvo largo

rato contemplando las dobles vistas en el estereoscopio de Brewster; encargó al físico que le construyese uno de gran tamaño y dotado de todos los perfeccionamientos posibles, y como el pueblo inglés tiene á gloria



imitar á su siempre bella soberana, la boga de la nueva invención creció rápidamente, no sin dejar aurífero rastro en los bolsillos de Brewster.

Mas como saben ustedes bien, la Europa científica admite difícilmente un invento no sancionado por la

Academia de Ciencias de París; sabido esto por propia experiencia, Brewster fué á la capital francesa y recurrió á los buenos oficios de algunos de sus amigos, miembros de tan docta corporación; dirigióse al abate Moigno, presentándole su aparato; desgraciadamente el sabio abate padecía de estrabismo ó deformación de los ojos y no pudo cerciorarse *de visu* de la verdad del invento; renovó Brewster igual tentativa cerca del eminente Arago; pero éste sólo veía con un ojo y tampoco pudo ser útil á su amigo de Ultra-Mancha; parece mentira, pero es lo cierto que igual fracaso experimentó el atribulado físico cerca de dos académicos más, cuyos nombres no se quiso divulgar por ciertos escrúpulos verdaderamente parisienses.

Un químico ilustre halló al fin el modo de presentar la invención á la ilustre asamblea, pero hasta ahora la ciencia no ha dado gran importancia al estereoscopio, el cual sirve más bien de artístico pasatiempo.

En cuanto á mí les diré que, como saben ustedes, dibujo algo y veo perfectamente el relieve de los cuerpos... á pesar de que sólo tengo un ojo útil, como el mismo Arago.

—¡Vaya un chasco!

En las ciencias naturales se encuentra uno muchas veces contrariado de igual manera; ¿no saben ustedes que el caballo ve al hombre como si tuviese un tamaño gigantesco? pues en cambio muchos insectos, á pesar de lo perfecto de los órganos de su visión, no nos ven por entero como pasa con las hormigas.

Pero dejemos á un lado esas disquisiciones y experimentemos algo que no deje lugar á dudas; ¿quieren ustedes construir un buen lente de aumento y poco dispendioso? pues basta para ello llenar de alcohol una de esas bombitas de cristal y obtendremos un foco pequeño; pero muy potente: á la prueba.

Ahora, con un poco más de trabajo, podemos hacer un telescopio bastante claro; para ello bastará escoger uno de los cristales de repuesto que tiene todo reloj en el estuche; siendo plano y algo grueso, tiene como el cristal de roca la propiedad de disminuir el tamaño de los objetos, pero presentando con gran nitidez sus detalles; fijando este cristal al extremo de un doble tubo de cartón para poder guardar las distancias con el foco, y colocando en la opuesta boca un lente de aumento, con-



seguiremos un telescopio sencillo, pero cuya perfección sólo depende del mayor cuidado y paralelismo con que ajusten los lentes; ya verán ustedes mañana las rocas y las matas de las montañas como si á pocos pasos las tuviéramos; y esto sin necesidad de cargar con uno de esos anteojos *trabucos* que fatigan los brazos y cansan la

vista por ser casi imposible mantener el equilibrio de un instrumento tan pesado, guardando una posición tan incómoda.

Vamos, pues, á montar el telescopio y nos lo llevaremos á la ciudad como muestra de nuestras pequeñas industrias semi-indígenas.

JULIÁN.

#### Solución á la charada anterior:

PE-RA

#### Solución al salto de caballo:

Aunque la nobleza vive  
de la parte del que da,  
el agradecerla está  
de parte del que recibe.

#### CHARADA

El *todo* no salta  
más *tres uno* sí;  
*dos uno* sin falta  
dará el carmesí.

El *dos* se interesa  
como el *todo*, ó más,  
y en tamaña empresa  
nunca el fin verás.

TULIPERO.

#### ENTRE-RIOS

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

Poner al extremo de cada línea el nombre de un río cuya inicial componga con las restantes el nombre de un río muy notable.

1, río de Francia; 2, río de India; 3, río de Francia; 4, río de Alemania; 5, río de Siberia; 6, río de Austria; 7, río de China; 8, río de Italia; 9, río de Siberia.

Comunicado por doña B. G., de Barcelona.

#### ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y á las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados todos los derechos artísticos y literarios.—IMP. ESPASA Y COMP.<sup>a</sup>







PAÍS.—U  
CUADRO 1



INTERIO  
URGELL







## MEMORÁNDUM

**H**UBIERON de introducirse modificaciones en el itinerario de la familia Real en su viaje á Andalucía, por causa de la enfermedad que aquejó á S. M. el Rey. Gracias á la Providencia, don Alfonso XIII se repuso pronto, y la nación, que sintió inquietud por algunos momentos, aun cuando no hubiese motivo fundado para tenerla, abrió de nuevo el corazón á la alegría, regocijándose á cada noticia favorable que le trala el telégrafo ó publicaban los periódicos.

\*\*\*

Brillantísimo ha sido el Congreso Católico celebrado en Sevilla en la iglesia del Salvador, al que han acudido ilustres prelados de la Iglesia española. El Excmo. é Ilmo. señor Arzobispo de Sevilla en la sesión inaugural pronunció un elocuente discurso sobre la misión de los congresos católicos, y dijo que la causa de éstos es santa, fecunda y necesaria; santa, porque los bendice Dios; fecunda, porque llevan la semilla de la propagación de la fe en Dios, cuyos resultados no se harán esperar; y necesaria, porque, siendo el Vaticano una verdadera cárcel á la que se han puesto guardias como si estuviese allí encerrado un criminal, conviene la unión de todos los católicos para rescatar al Sumo Pontífice y conseguir para el Papado la soberanía y la independencia que le corresponden por derecho divino y humano, y que le fueron indignamente arrebatadas. Añadió, además, el señor arzobispo, que cuando los librepensadores organizan congresos para negar á Dios, es fuerza que los católicos recojan el reto y que luchen con energía, valor, prudencia y caridad; santas palabras que acogió el Congreso con el aplauso que merecían. El mismo prelado manifestó que era muy justo que los católicos honrasen la memoria de Colón como hijo de la Iglesia, para la cual descubrió un nuevo mundo. Además de haber pronunciado discursos varios obispos y sacerdotes, hicieronlo también algunos seglares, entre ellos los doctos catedráticos don Manuel Durán y Bas, de la Universidad de Barcelona, don Francisco Simonet, de la de Granada, y don Manuel Sánchez de Castro, de la de Sevilla, todos los cuales fueron acogidos con calurosos aplausos, por la solidez de las doctrinas que sustentaron y por la elocuencia con que las expusieron. El espectáculo que ha ofrecido el Congreso Católico de Sevilla servirá de consuelo á los españoles, en su inmensa mayoría, que han visto con profundo disgusto el Congreso de librepensadores de Madrid. Bien hizo el Gobierno en suspender las sesiones de éste, cerrando la boca de los que en él profririeron las mayores blasfemias, dando muestras al par de la más crasa ignorancia, y mucho mejor hubiera obrado el Ministerio no consintiendo que llegara á reunirse el tal Congreso, ni que se anun-

ciasen siquiera sus sesiones. El Congreso Católico de Sevilla, que es el tercero de los de su clase en España, envió su homenaje á S. S. el Papa León XIII, en el cual declaraba que sus individuos aceptan sumisos todas las amonestaciones y decisiones del Vaticano, y que protestarán siempre contra el inicuo despojo de que el Papa es víctima, y trabajarán igualmente para librarle de la innoble servidumbre á que se halla sometido. Los obispos que tomaron parte en el Congreso fueron al Alcázar á ofrecer sus respetos á S. M. la Reina Regente.

\* \* \*

Y á propósito del Congreso Católico, hemos de hacer notar algunas de sus conclusiones, que demuestran una vez más cuán infundadamente los enemigos de la Iglesia han supuesto que era ésta opuesta á los adelantos científicos. Parece imposible que haya habido hombres que hayan sostenido semejante afirmación, cuando no podían ignorar que en todas las épocas el Cristianismo ha trabajado con afán en pro de la verdadera ciencia. ¿Quién en el caos de la Edad Media salvó los tesoros del saber de la antigüedad, sino los conventos cristianos? Léanse los títulos de los códices que figuraron en las bibliotecas monacales, y se verá el amplio criterio que aquellos insignes varones tenían en la admisión de obras. Virgilio figuraba en todas ellas, y fué muy leído en todos los siglos medievales. Siguiendo esta tradición nunca interrumpida, el Congreso Católico de Sevilla ha afirmado que la ciencia astronómica no se halla en pugna con el dogma católico, sino que, al revés, le presta valioso apoyo; ha reconocido que los modernos descubrimientos realizados en la geología, en la antropología y la prehistoria, lejos de oponerse á lo que enseña la Iglesia, confirman la narración mosaica, por lo cual resolvió propagar los estudios prehistóricos, fundando centros científicos y religiosos en cada diócesis. Esto es continuar la obra de sacerdotes tan sabios como los PP. Moigno y Secchi, glorias de la ciencia contemporánea, y de tantos otros que en el libro, en la revista y en la cátedra se dedican al cultivo de la ciencia en todas sus manifestaciones, y en el sentido más elevado y trascendente.

\* \* \*

Las fiestas de Colón en Madrid acabaron en punta, dejándose poco menos que en suspenso para cuando regrese la Corte. Poca fortuna ha tenido Colón en los dominios del arte. No hay ningún cuadro inspirado verdaderamente sobre escenas de su vida; la música ha estado infeliz cuando ha tratado de poner en solfa sus hechos inmortales, y principalmente el descubrimiento de América; los poetas chirles los han sacado en caricatura con sus desdichados partos, y hasta el arte decorativo del cartón y del talco no ha tenido fortuna en las tramoyas que ha arreglado en calles y plazas con ocasión de las fiestas del Centenario. Por dicha, en medio de esta miseria, halló antes el insigne genovés algún poeta de veras que, como el duque de Rivas, supiera cantar su empresa en los *Recuerdos de un grande hombre*, con versos y conceptos dignos de ella. A Colón se le han dedicado fiestas en muchísimos puntos. Aparte de España é Italia, las ha tenido en los Estados Unidos, que ha solemnizado el Centenario con grandiosidad y largueza; en la Isla de Madera, en donde se casó, y en Calvi, isla de Córcega, una de las poblaciones que reivindica la gloria de haber nacido en ella el ilustre navegante.

\* \* \*

Italia pasa por un período electoral para la nueva Cámara de Diputados. Según parece poco diferirá ésta de su antecesora, aun cuando entren en ella 150 diputados nuevos. Los electores muestran poco entusiasmo. Se van cansando de la libertad y del radicalismo que había de traerles maravillas, al decir de ciertos políticos, y que, muy al contrario, les ha conducido á la triste situación interior en que se encuentra aquel Estado. Muchos ayuntamientos, como dijimos ya en otra ocasión, se hallan próximos á la bancarrota; de otros se diría ya que están

quebrados si los asuntos de los cabildos municipales se regulasen por el mismo criterio y por las mismas leyes que se emplean para los negocios particulares; las contribuciones y gabelas de toda especie tienen agobiado á todo el mundo y son causa de mayor pobreza todavía, especialmente en las comarcas y poblaciones rurales. El sufragio universal, que se proclamó como una panacea que había de curar todos los males, ha resultado ser, por lo contrario, una moderna caja de Pandora de donde van saliendo cada día todas las desdichas imaginables.

\* \* \*

Por fin parece cierto que la desgraciada república de Venezuela va á encontrar algún reposo después de los azares de la guerra civil que por tanto tiempo la han afligido. Al fin ha triunfado el general insurrecto Crespo y ha hecho su entrada en Caracas después de haber derrotado completamente á las tropas del gobierno. En el Estado Mayor del general Crespo iban un general alemán y otro italiano. El resultado de que hablamos no se ha conseguido, conforme es de suponer, sin derramamiento de sangre. A la fecha de las últimas noticias no se tenían pormenores precisos del combate que se libró en Los Teques, aldea en el camino de hierro de Valencia, pero se sabía que fué decisivo y que habían sido destruidas ó dispersadas las tropas del gobierno, con pérdida de seiscientos muertos, y dejando, además, numerosos prisioneros. Al llegar á Caracas la nueva de la batalla, huyeron el presidente de hecho, señor Pulido, y los miembros del gabinete, quienes se embarcaron para la Martinica y de allí á París, al objeto de reunirse en este último punto con el ex presidente doctor Palacio, causa de todos esos males por haber querido prolongar su permanencia en el poder, como lo intentó igualmente Balmaceda en Chile. Dícese que Crespo, jefe de la causa *legalista*, es hombre hábil y valeroso.

\* \* \*

La posibilidad de realizar grandes fortunas en la presidencia ó en los ministerios de las repúblicas sud-americanas, explica los trastornos que en ellas ocurren con tanta frecuencia, promovidos por ambiciosos sin entrañas. Un periódico de Buenos Aires cuenta, en apoyo de lo que decimos, que Celman economizó cien millones, suponemos que serán de pesos, en seis años; el general Roca, diez millones en otros tantos años, y que Pellegrini ha podido reunir treinta millones en ocho años. Añade también que el ministro don José Gálvez juntó treinta millones en cinco años. Nuestros lectores harán sobre estas noticias los comentarios que son del caso.

\* \* \*

Los ejércitos de Cataluña y de Aragón verificaron maniobras en la provincia de Lérida en el conflin con las aragonesas. El primero, mandado por el general Blanco, simulaba ser un ejército invasor extranjero, que se encontraba con el segundo, el cual representaba al ejército nacional que contenía la invasión al mando del capitán general de Aragón. Asistieron á las maniobras los generales Azcárraga, ministro de la Guerra, y Martínez de Campos. En todas las operaciones se pusieron de relieve las excelentes condiciones que reúne el soldado español para resistir las fatigas de la guerra. Lleváronse á cabo algunas marchas y se ejecutaron maniobras el 21 y 22 de Octubre, que exigieron gran resistencia en los jefes, oficiales y soldados, habiendo división que salió de sus cuarteles á las seis de la mañana y no volvió á acampar hasta la propia hora de la tarde del mismo día, á pesar de lo cual no contó ningún rezagado. Presenciaron las maniobras algunos oficiales generales extranjeros.

B.



## VIAJE POR ESPAÑA EN 1492

### II

#### GRANADA

(CONTINUACIÓN)



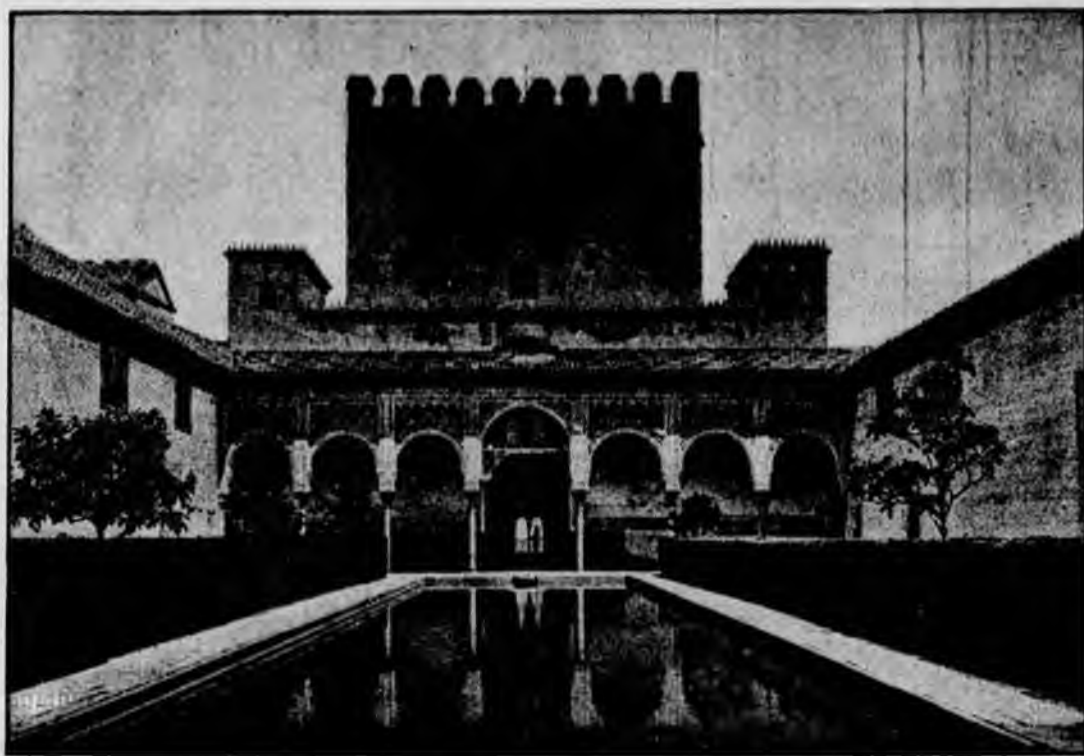
OR las crónicas sabemos que los Reyes Católicos no hicieron su entrada triunfal en Granada hasta el día 6 de Enero, fiesta de la Epifanía, que era cuando vencía el plazo de la entrega, según el convenio hecho en el año anterior con el rey moro. Sabemos también que la entrada revistió inusitada solemnidad, que delante iban seiscientos cristianos, llevando los hierros con que hasta entonces habían estado cautivos, y cantando letanías; detrás un vistoso tropel de caballeros; luego el príncipe don Juan, con el cardenal Mendoza y fray Hernando de Talavera, electo obispo de Granada; después la Reina con sus damas, el Rey con la nobleza, y por último el ejército castellano.

Esta entrada se hizo por la puerta de Elvira, llamada entonces *Bib Hadid* (puerta de hierro), que era la mayor y más importante del recinto de la ciudad, cuyo gran arco de herradura volteaba entre dos torreones de hormigón, material de que estaban hechas todas las murallas. Llamábase de *hierro* la puerta, porque de tal materia eran sus hojas, las cuales giraban entre dos arcos interiores que con el primero abrían paso al correspondiente patio de defensa cerrado por murallas laterales y abierto á la ciudad por otro nuevo arco. Sólo el arco exterior de esta puerta subsiste como recuerdo de aquella entrada solemne.

Los Reyes Católicos y su lucido acompañamiento entraron por la puerta de Elvira, y siguiendo las calles más importantes fueron á la Alhambra; cruzaron la ciudad de occidente á oriente; pero volviendo á cada paso, pues el trazado de la ciudad musulmica parecería caprichoso, si no supiéramos que los árabes huían de las calles anchas y rectas y de las plazoletas, porque no en balde eran hijos del Oriente y sabían por tanto lo que importa resguardarse del sol abrasador en un país meridional. No hacían ellos vida exterior, como los pueblos latinos; no eran para ellos las calles lugar de pasatiempo, sino medio de precisa comunicación. Por iguales razones eran las blancas fachadas de sus casas como rostros dormidos, pues apenas tenían ventanas, y éstas pequeñas y cerradas por celosías. La familia tenía su esparcimiento y su recreo en lo interior de la casa, en el patio, donde no faltaba el aljibe, y en los jardines, si fortuna había para tanto. Tal población no era mucho que los Reyes Católicos la encontraran como desierta, puesto que los moros que no estuviesen llorando su infortunio en los aposentos más recónditos de sus casas, presenciarian aquella toma de posesión á través de las espesas celosías de sus ventanas.

El largo cortejo debió extenderse y avanzar por aquellas calles angostas, serpeando por tan

revueltas sinuosidades, atravesando los varios recintos que marcan todavía los sucesivos ensanches que experimentó la ciudad en sus seis siglos de incesante florecimiento. Debieron dejar á su izquierda el recinto del Albaicín, que es el que se halla más al Norte, cruzar el que contenía la alcazaba *Gidida* ó nueva, y la alcazaba *Cadina* ó vieja, y pasando por alguno de los puentes el caudaloso *Calom*, ese río Darro, cuyas aguas arrastran oro, debieron de atravesar el recinto más antiguo, cerrado por murallas de hormigón con cubos redondos, recinto donde estaba el barrio de los judíos, hasta salir por la puerta de las *Torres bermejas* (así llamadas por el color de su argamasa) al camino de la Alhambra. Aquel conjunto de muros de fortificación, ó mejor de recintos, que se entrecruzaban formando á una y otra margen del río los perfiles de la *granada abierta*, donde el apretado caserío hacía las veces de los granos de la



Patio de la Alberca ó de los Arrayanes, en la Alhambra

fruta; aquellas construcciones con sus jardines, cuyos árboles descollaban por encima de las tapias de cerramiento, con sus portadas y sus arcos angrelados, sus ajimeces calados y sus aleros de madera bien tallada; aquellos panoramas tan pintorescos que ofrecían los edificios, tanto por su desigual amontonamiento como por las desigualdades topográficas de una ciudad que asienta sobre cinco montes... todo ello debió ser grato á los conquistadores, mientras resonaba en sus oídos el victorioso toque de sus clarines cuyos ecos se extendían por toda la ciudad.

Llegados á la Alhambra los Reyes Católicos, ocuparon un solio que en el salón de Embajadores, luego llamado de *Comares*, les tenía preparado el conde de Tendilla, y dieron á besar sus manos á los magnates y nobles castellanos, y á los caballeros moros que quisieron rendirles homenaje. Este salón, donde tales reyes realizaron su primer acto solemne de dominio en la ciudad musulímica, es uno de los más preciosos del palacio de los Alhamares. Se halla al

extremo norte del edificio, y del *patio de la Alberca* contiguo á la *sala de la barca*, y parece haber sido el que los reyes árabes emplearon para recibir á los embajadores extranjeros y á los personajes de su corte. Su construcción afecta al exterior forma de torre; torre cuadrada que gallardea sobre la escarpada vertiente por donde está amenazado de muerte el histórico pabellón y el endeble alcázar nazerita.

Cruzando por el borde de la gran alberca del patio, donde los arrayanes embalsaman el ambiente, se pasa al fin una arquería peraltada y luego un arco estalactítico, que da entrada á la *sala de la barca*, ó sea á la antesala del salón de Embajadores. Esta antesala rectangular, cerrada por bóveda dorada, semicilíndrica, terminada por cuartos de esfera con sus muros cubiertos por adornos de yesería, y en el zócalo por alicatados, mostraba entre su ornamentación curiosas leyendas, entre las cuales se cuenta aquella en que Mohamed V, espléndido constructor de tan maravilloso palacio, recibe un parabién, tan cumplido como pudiéramos darle los admiradores de su obra, en los siguientes versos que se leen en su hornacina: «Has edificado un alcázar que no tiene igual, y que ha reunido en sí la excelsitud, de tal suerte que no hay grado de excelsitud que le aventaje; donde tiene su asiento el califato, de cuyas maravillas se referirán cosas extrañas, que guardarán las páginas de la historia.»—Dos puertas pequeñas daban entrada, por esta sala, una á la escalera que subía á lo alto de la torre, otra á la escalera que conducía á ciertos pasadizos subterráneos, género de comunicación á que fueron muy dados los árabes. En medio de estas dos puertecillas se abre la que da acceso al salón de Embajadores.

Este es cuadrado, de once metros por lado, y alto de diez y ocho metros. Hay en el arco de entrada unas hornacinas con inscripciones. Su techumbre es de lacería de madera, lacería primorosa que forma un peregrino trazado geométrico, el cual forma en su desarrollo una serie de estrellas, con aquella lógica tan positiva y tan admirable que caracteriza las obras de los decoradores árabes. Porque no es de callar que ningún pueblo ha decorado de un modo más sabio, tomando por base la ciencia matemática, de la que casi puede decirse fueron ellos los descubridores. No es, como hoy se cree, un conjunto de caprichosos adornos, la decoración arábiga. Es un problema resuelto siempre con pasmosa precisión, con arreglo á un canon geométrico. No hay hoja ni tallo que no responda á su raíz; no hay cinta ni festón que no esté atada á su generadora. Todo trazado irradia de un centro, armónica y gradualmente, y vuelve sobre sí mismo sin solución de continuidad, como en la Naturaleza todo vuelve al punto y al estado de su nacimiento. En el salón de Comares, arranca la cúpula de una primorosa cornisa de almocárabes pintados; corre debajo de la cornisa una serie de ventanas arqueadas con lindas celosías; extiéndense debajo unas leyendas en que se glorifica al sultán por sus victorias; mézclanse luego lemas y labores de lacería doradas y policromas, y en las paredes, donde campean nuevos trazados geométricos con incrustaciones de piezas vidriadas, álzanse al frente y á los costados tres arcos en cada una, con columnas también vidriadas, que corresponden á otros tantos balcones con celosías de madera que velaban la luz, dando á la rica estancia peregrino misterio. Son tan espesos los muros, que cada uno de estos nueve huecos viene á ser una celdilla por cuyos lados se extiende el decorado. Este es más rico en el hueco que hace frente á la entrada, porque allí se colocaba el trono.

Ningún sitio más propio que aquél para que los Reyes Católicos se manifestaran dueños y señores de la última ciudad musulmica; ningún sitio más propio que aquél, donde los emires habían hecho ostensible su poderío. La torre de *Comares*, empinada en el punto más avanzado de la ciudadela, sobre Granada, era el eterno vigía, era el baluarte de honor desde el cual podía el rey velar por su pueblo.—Por eso nos dice la tradición, que cuando Boabdil andaba ya negociando con los cristianos la entrega de Granada, le dijo su madre Aixa, señalando por una de aquellas ventanas la ciudad: «Mira qué entregas; acuérdate que todos tus antepasados murieron reyes de Granada y que el reino acaba en tí.»



Temple singular debía tener la sultana madre, y grave contraste ofrece con Boabdil. Éste no sólo entregó la ciudad, sino que se entregó él mismo con humildad que delataba su débil espíritu, á pesar de que sólo tenía 30 años. Aixa no sólo no se quiso confesar rendida, sino que, cuando pasados algunos días en Santa Fe, se encaminaron madre é hijo, con los suyos, á la Alpujarra, donde tenían designada su nueva residencia, al ver que su hijo detenía la marcha de su caballo en cierto paraje, que por esto se ha hecho célebre, y daba el último adiós á Granada con suspiros y lágrimas, le reprendió con estas vigorosas palabras: «Haces bien, hijo mío, en llorar como mujer, ya que no has tenido valor para defenderte como hombre.»

De Boabdil se conservan unas armas cuyo excesivo lujo guarda no sé qué misteriosa relación con tan pusilánime espíritu. Por mucho tiempo se han tenido por suyas dos celadas que se conservan en la Real Armería y que no son ni españolas, como puede apreciarse por el carácter veneciano de su forma y de sus labores damasquinadas. Pero en cambio suyas fueron una espada, un estoque y un puñal, que conservan los marqueses de Villaseca, como preciado timbre de su antepasado el alcaide de los Donceles, don Diego Fernández de Córdoba, quien las hubo en el botín apresado, juntamente con la persona de Boabdil, cuando éste sitiaba á Lucena en 1483. Iban esas armas en el equipaje del rey moro, con buenos escudos de los llamados adargas, que eran de ante, y su riqueza dice bien claro que sólo para un fastuoso monarca pudieron labrarse. La espada es de las que se usaban para montar á la jineta. Su empuñadura, de gavilanes caídos y vueltos hacia arriba, con cabezas de dragones, es de oro macizo, toda cubierta de adorno geométrico que forma en la caña, que es de marfil, lazos y cartelas con inscripciones, y en el pomo, que es esférico, con una graciosa punta, y en el *arriaz*, estrellas de ocho y de cuatro picos, alternadas. Todos estos adornos, que se repiten en los cabos de la vaina y en las cantoneras del tahalí, están esmaltados de azul, blanco y rojo, que con el oro forma un conjunto de lo más rico y artístico. Por su estilo, no puede negar esta joya que es obra granadina, pues iguales trazados y colores se ven en las composiciones ornamentales de los muros de la Alhambra, que corresponde al tercero y último estilo del arte árabe español, estilo fastuoso cual ninguno. Espada de corte, más bien que de combate parece, y sin embargo, aparte de las leyendas alcoránicas en que se ensalza y se glorifica á Dios, lleva este expresivo lema:

LOGRA TU FIN EN CONSERVARLE LA VIDA

El *estoque real* tiene más traza de arma de guerra, pues su empuñadura, de figura cilíndrica, es de acero con embutidos de marfil, formando lacerías, y en un tarjetón resalta el conocido lema:

SÓLO DIOS ES VENCEDOR



Espada de Boabdil

El puñal ó *gumia* es de acero, también con embutidos de marfil en el puño, y con labores é inscripciones damasquinadas de oro en la hoja. Versículos alcoránicos son esas inscripciones, menos una en que está la firma del armero que hizo tal joya y dice así: *Labrólo Reduán*. La vaina es no menos preciosa, de terciopelo carmesí bordado de oro, boquilla y contera de plata sobredorada, finamente labradas, y un borlón de cordoncillo de oro y seda carmesí.

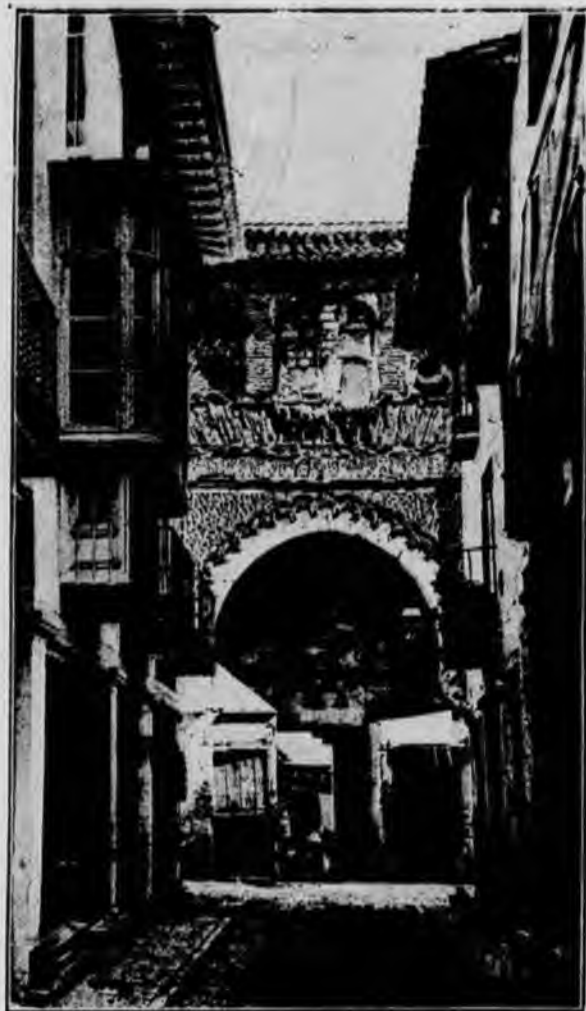
De la entrada de los Reyes en Granada no nos queda resto alguno, como no sea las cadenas de los cautivos, no sólo de Granada, sino de Málaga, Almería, Baeza, Alhama y otras plazas conquistadas á los moros por los Reyes Católicos. Estas cadenas, que se miran como trofeos de tales victorias, se hallan colgadas en los muros exteriores del ábside de la iglesia llamada de San Juan de los Reyes, en Toledo.

Quedaron los reyes don Fernando y doña Isabel instalados en la Alhambra y allí dictaron las disposiciones más importantes que habían de renovar la faz de la España, que desde entonces, realizada la unidad nacional, asombró al mundo con sus empresas y con sus adelantos. Aquellos alcázares dorados que habían sido lecho de muerte para el poder musulmítico, fueron ahora cuna afortunada de las glorias cristianas.— Allí se reunieron en torno de los Reyes las inteligencias más preclaras de la España de 1492.

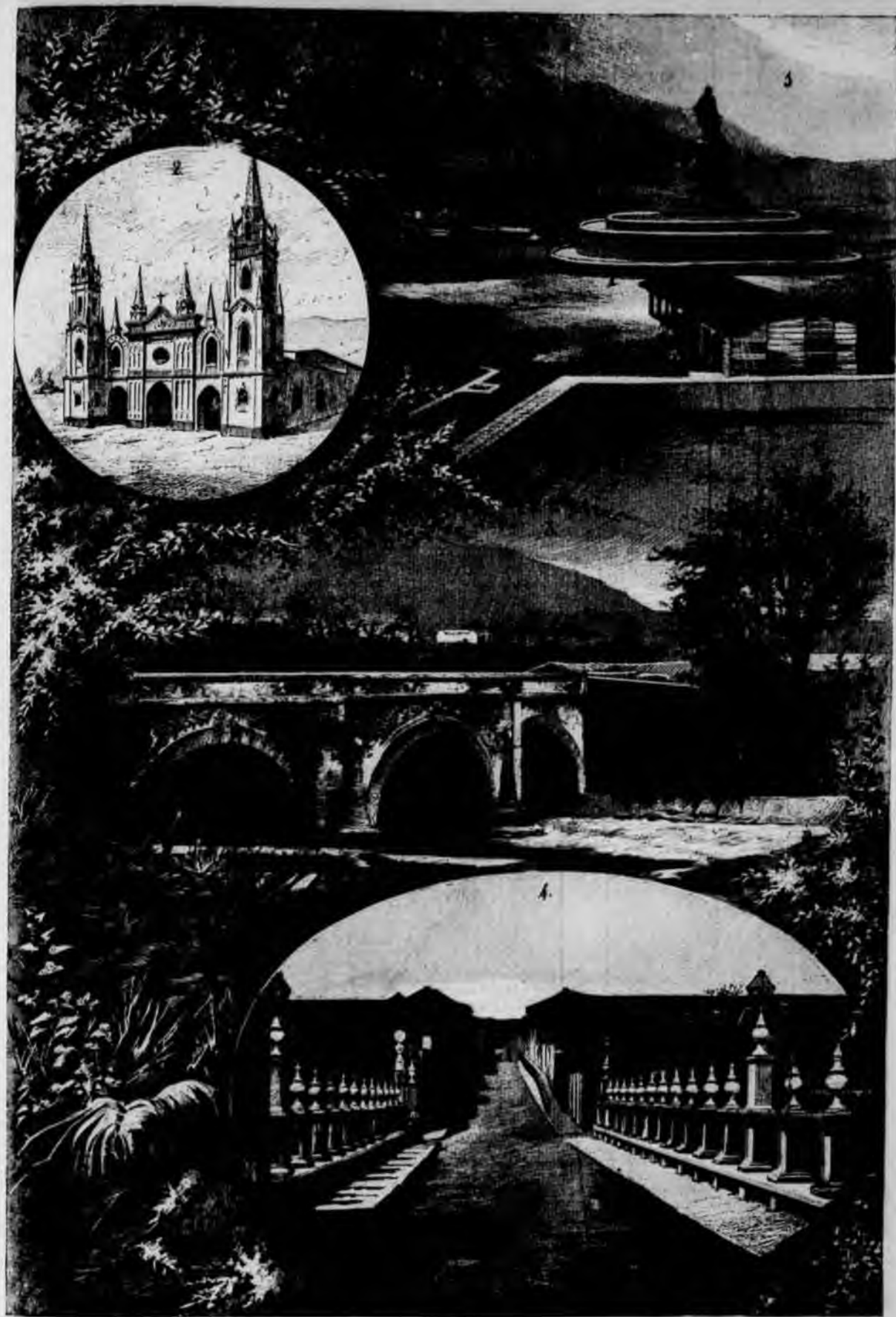
Y por cierto que entre los cortesanos contábase á la sazón un hombre de humildes ropas y de porte extraño, que acaso era el único, entre tantos palaciegos, que no participaba del común entusiasmo por la conquista de Granada.

Aquel hombre, que tenía puesta su inteligencia en cosas más altas, era Cristóbal Colón. Había llegado á Santa Fe á tiempo de presenciar la rendición de Granada, de cuyo hecho dice el mismo en su libro de navegación, *yo lo vide*; lo cual indica que, por lo menos, debió encontrarse en la solemnidad del día 6 y ser uno de los que besaron las manos á los nuevos reyes de la ciudad. Habíanle los Reyes dado espera para escuchar su pretensión hasta consumir aquella empresa. Colón esperaba, y sin duda que el día 6 debió serle grato, porque veía próximo el momento de que le oyeran y le ayudasen. Los Reyes Católicos bendecían á Dios porque les había hecho dueños de un reino; Colón, porque les hiciera dueños de un mundo.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA



La antigua Alhóndiga ó Casa del Carbón, en Granada



1. Paseo de Guzmán Blanco. -- 2. Panteón nacional. -- 3. Puente sobre el río Anaúco, construido en tiempo del gobierno español.  
4. Puente Curamichate





**C**ERRARON SUS OJOS  
que aun tenía abiertos;  
taparon su cara  
con un blanco lienzo;  
y unos sollozando,  
otros en silencio,  
de la triste alcoba  
todos se salieron.

La luz, que en un vaso  
ardía en el suelo,  
al muro arrojaba  
la sombra del lecho;  
y entre aquella sombra  
vefase á intervalos  
dibujarse rígida  
la forma del cuerpo.

Despertaba el día,  
y á su albor primero  
con sus mil ruidos  
despertaba el pueblo.  
Ante aquel contraste  
de vida y misterios,  
de luz y tinieblas,  
medité un momento:  
*«¡Dios mío, qué solos  
se quedan los muertos!!»*

De la casa en hombros  
lleváronla al templo,  
y en una capilla  
dejaron el féretro.  
Allí rodearon  
sus pálidos restos  
de amarillas velas  
y de paños negros.

Al dar de las ánimas

el toque postrero,  
acabó una vieja  
sus últimos rezos;  
cruzó la ancha nave,  
las puertas gimieron,  
y el santo recinto  
quedóse desierto.

De un reloj se oía  
compasado el péndulo,  
y de algunos cirios  
el chisporroteo.  
Tan medroso y triste,  
tan oscuro y yerto  
todo se encontraba...  
que pensé un momento:  
*«¡Dios mío, qué solos  
se quedan los muertos!!»*

De la alta campana  
la lengua de hierro,  
le dió, volteando,  
su adiós lastimero.  
El luto en las ropas,  
amigos y deudos  
cruzaron en fila,  
formando el cortejo.

Del último asilo  
oscuro y estrecho,  
abrió la piqueta  
el nicho á un extremo.  
Allí la acostaron,  
tapiáronle luego,  
y con un saludo  
despidióse el duelo.

La piqueta al hombro,  
el sepulturero

cantando entre dientes  
se perdió á lo lejos.  
La noche se entraba,  
reinaba el silencio;  
perdido en las sombras  
medité un momento:  
*«¡Dios mío, qué solos  
se quedan los muertos!!»*

En las largas noches  
del helado invierno,  
cuando las maderas  
crujir hace el viento  
y azota los vidrios  
el fuerte aguacero,  
de la pobre niña  
á solas me acuerdo.

Allí cae la lluvia  
con un son eterno;  
allí la combate  
el soplo del cierzo.  
Del húmedo muro  
tendida en el hueco,  
acaso de frío  
se hielan sus huesos!...

.....  
¿Vuelve el polvo al polvo?  
¿Vuela el alma al cielo?  
¿Todo es vil materia  
podredumbre y cieno?  
¡No sé; pero hay algo  
que explicar no puedo,  
que al par nos infunde  
repugnancia y duelo,  
al dejar tan tristes,  
tan solos los muertos!

GUSTAVO A. BECQUER (1).

(1) Gustavo Adolfo Becquer nació en Sevilla en 17 Febrero de 1836. Dedes muy niño quedó sin padres, y su madrina se encargó de su educación. Una vocación literaria irresistible le llevó en 1834 á Madrid, donde pasó por todas las amarguras y privaciones de la pobreza, no remediadas con el mezquino sueldo de escribiente de una oficina, en la que estuvo poco tiempo. En la redacción de *El Contemporáneo* encontró el pan de cada día, y la notoriedad que le dieron sus admirables escritos en prosa. En compañía de su hermano Valeriano hizo varios viajes artísticos á Toledo, Soria, Ávila y otras ciudades españolas monumentales, afinándose así su gusto artístico. Murió en Madrid el 22 de Diciembre de 1870 cuando preparaba la primera edición de sus obras, que reimprimas después multitud de veces han dado á su autor una fama póstuma y universal mucho mayor que la que disfrutó en vida.

Según observa el P. Blanco García, de cuya *Literatura española en el siglo XIX* tomamos esta noticia, en Becquer, aunque andaluz de nacimiento, el ensimismamiento y la dulce melancolía que revelan sus obras no son propios de un artista meridional. Para expresar un afecto, sobre todo si tan hondamente radica en el ánimo como los de las *Rimas* (una de las cuales es la que acaban de leer nuestros lectores), no hay forma como la que en ellas se emplea, aérea, vaporosa y delicada, que se filtra imperceptiblemente en el espíritu. Se ha señalado á Becquer como imitador ó como ingenio hermano de Heine. Pero Heine es más grande y Becquer menos irreligioso.



## EL MONTE DE LAS ÁNIMAS

---

**L**a noche de difuntos me despertó á no sé qué hora el doble de las campanas; su tañido monótono y eterno me trajo á las mientes esta tradición que oí hace poco en Soria.

Intenté dormir de nuevo ¡imposible! una vez aguijoneada, la imaginación es un caballo que se desboca y al que no sirve tirarle de la rienda. Por pasar el rato, me decidí á escribirla, como en efecto lo hice.

Yo la oí en el mismo lugar en que acaeció, y la he escrito volviendo algunas veces la cabeza con miedo, cuando sentía crujir los cristales de mi balcón, estremecidos por el aire frío de la noche.

Sea de ello lo que quiera, *ahí va*, como el caballo de copas.

I

—Atad los perros; haced la señal con las trompas para que se reúnan los cazadores, y demos la vuelta á la ciudad. La noche se acerca, es día de Todos los Santos y estamos en el Monte de las Ánimas.

—¡Tan pronto!

—A ser otro el día, no dejara yo de concluir con ese rebaño de lobos que las nieves de Moncayo han arrojado de sus madrigueras; pero hoy es imposible. Dentro de poco sonará la oración en los Templarios, y las ánimas de los difuntos comenzarán á tañer su campana en la capilla del monte.

—¡En esa capilla ruinosa! ¡Bah! ¿Quieres asustarme?

—No, hermosa prima; tú ignoras cuanto sucede en este país, porque aún no hace un año que has venido á él desde muy lejos. Refrena tu yegua, yo también pondré la mía al paso, y mientras dura el camino te contaré esa historia.

Los pajes se reunieron en alegres y bulliciosos grupos; los condes de Borges y de Alcudiel montaron en sus magníficos caballos, y todos juntos siguieron á sus hijos Beatriz y Alonso, que precedían la comitiva á bastante distancia.

Mientras duraba el camino, Alonso narró en estos términos la prometida historia:

—Ese monte, que hoy llaman de las Ánimas, pertenecía á los templarios, cuyo convento ves allí, á la margen del río. Los templarios eran guerreros y religiosos á la vez. Conquistada Soria á los árabes, el rey los hizo venir de lejanas tierras para defender la ciudad por la parte

del puente, haciendo en ello notable agravio á sus nobles de Castilla, que así hubieran solos sabido defenderla como solos la conquistaron.

Entre los caballeros de la nueva y poderosa Orden y los hidalgos de la ciudad fermentó por algunos años, y estalló al fin, un odio profundo. Los primeros tenían acotado ese monte, donde reservaban caza abundante para satisfacer sus necesidades y contribuir á sus placeres; los segundos determinaron organizar una gran batida en el coto, á pesar de las severas prohibiciones de los *clérigos con espuelas*, como llamaban á sus enemigos.

Cundió la voz del reto, y nada fué parte á detener á los unos en su manía de cazar y á los otros en su empeño de estorbarlo. La proyectada expedición se llevó á cabo. No se acordaron de ella las fieras; antes ya tendrían presente tantas madres como arrastraron sendos lutos por sus hijos. Aquello no fué una cacería, fué una batalla espantosa: el monte quedó sembrado de cadáveres, los lobos á quienes se quiso exterminar tuvieron un sangriento festín. Por último, intervino la autoridad del rey: el monte, maldita ocasión de tantas desgracias, se declaró abandonado, y la capilla de los religiosos, situada en el mismo monte y en cuyo atrio se enterraron juntos amigos y enemigos, comenzó á arruinarse.

Desde entonces dicen que cuando llega la noche de difuntos se oye doblar sola la campana de la capilla, y que las ánimas de los muertos, envueltas en jirones de sus sudarios, corren como en una cacería fantástica por entre las breñas y los zarzales. Los ciervos braman espantados, los lobos aullan, las culebras dan horrorosos silbidos, y al otro día se han visto impresas en la nieve las huellas de los descarnados pies de los esqueletos. Por eso en Soria le llamamos el Monte de las Ánimas, y por eso he querido salir de él antes que cierre la noche.

La relación de Alonso concluyó justamente cuando los dos jóvenes llegaban al extremo del puente que da paso á la ciudad por aquel lado. Allí esperaron el resto de la comitiva, la cual, después de incorporárseles los dos jinetes, se perdió por entre las estrechas y oscuras calles de Soria.

## II

Los servidores acababan de levantar los manteles; la alta chimenea gótica del palacio de los condes de Alcudiel despedía un vivo resplandor iluminando algunos grupos de damas y caballeros que alrededor de la lumbre conversaban familiarmente, y el viento azotaba los emplomados vidrios de las ojivas del salón.

Solas dos personas parecían ajenas á la conversación general: Beatriz y Alonso. Beatriz seguía con los ojos, absorta en un vago pensamiento, los caprichos de la llama. Alonso miraba el reflejo de la hoguera chispear en las azules pupilas de Beatriz.

Ambos guardaban hacía rato un profundo silencio.

Las dueñas referían, á propósito de la noche de difuntos, cuentos temerosos, en que los espectros y los aparecidos representaban el principal papel, y las campanas de las iglesias doblaban á lo lejos con un tañido monótono y triste.

—Hermosa prima, exclamó al fin Alonso rompiendo el largo silencio en que se encontraban, pronto vamos á separarnos, tal vez para siempre; las áridas llanuras de Castilla, sus costumbres toscas y guerreras, sus hábitos sencillos y patriarcales sé que no te gustan; te he oído suspirar varias veces, acaso por algún galán de tu lejano señorío.

Beatriz hizo un gesto de fría indiferencia; todo un carácter de mujer se reveló en aquella desdeñosa contracción de sus delgados labios.

—Tal vez por la pompa de la corte francesa, donde hasta aquí has vivido, se apresuró á añadir el joven. De un modo ó de otro, presiento que no tardaré en perderte... al separarnos, quisiera que llevases una memoria mía... ¿Te acuerdas cuando fuimos al templo á dar gracias á Dios por haberte devuelto la salud que viniste á buscar á esta tierra? El joyel que sujetaba la



pluma de mi gorra cautivó tu atención. ¡Qué hermoso estaría sujetando un velo sobre tu oscura cabellera! Ya ha prendido el de una desposada; mi padre se lo regaló á la que me dió el ser, y ella lo llevó al altar... ¿Lo quieres?

—No sé en el tuyo, contestó la hermosa, pero en mi país una prenda recibida compromete una voluntad. Sólo en un día de ceremonia debe aceptarse un presente de manos de un deudo... que aún puede ir á Roma sin volver con las manos vacías.

El acento helado con que Beatriz pronunció estas palabras turbó un momento al joven, que después de serenarse dijo con tristeza:

—Lo sé, prima; pero hoy se celebran Todos los Santos, y el tuyo entre todos: hoy es día de ceremonias y de presentes. ¿Quieres aceptar el mío?

Beatriz se mordió ligeramente los labios, y extendió la mano para tomar la joya, sin añadir una palabra.

Los dos jóvenes volvieron á quedarse en silencio, y volvióse á oír la cascada voz de las viejas que hablaban de brujas y de trasgos, y el zumbido del aire que hacía crujir los vidrios de las ojivas, y el triste y monótono doblar de las campanas.

Al cabo de algunos minutos, el interrumpido diálogo tornó á anudarse de este modo:

—Y antes que concluya el día de Todos los Santos, en que así como el tuyo se celebra el mío, y puedes, sin atar tu voluntad, dejarme un recuerdo, ¿no lo harás? dijo él clavando una mirada en la de su prima, que brilló como un relámpago, iluminada por un pensamiento diabólico.

—¿Por qué no? exclamó ésta llevándose la mano al hombro derecho para buscar alguna cosa entre los pliegues de su ancha manga de terciopelo bordado de oro...

Después, con una infantil expresión de sentimiento, añadió:

—¿Te acuerdas de la banda azul que llevé hoy á la cacería, y que por no sé qué emblema de su color me dijiste que era la divisa de tu alma?

—Sí.

—Pues... ¡se ha perdido! Se ha perdido, y pensaba dejártela como un recuerdo.

—¡Se ha perdido! y ¿dónde? preguntó Alonso incorporándose de su asiento, y con una indescriptible expresión de temor y de esperanza.

—No sé... en el monte acaso.

—¡En el Monte de las Ánimas! murmuró palideciendo y dejándose caer sobre el sitio; ¡en el Monte de las Ánimas!

Luego prosiguió con voz entrecortada y sorda:

—Tú lo sabes, porque lo habrás oído mil veces; en la ciudad, en toda Castilla, me llaman el rey de los cazadores. No habiendo aún podido probar mis fuerzas en los combates como mis ascendientes, he llevado á esa diversión, imagen de la guerra, todos los bríos de mi juventud, todo el ardor hereditario de mi raza. La alfombra que pisan tus pies son despojos de fieras que he muerto por mi mano. Yo conozco sus guaridas y sus costumbres; yo he combatido con ellas de día y de noche, á pie y á caballo, solo y en batida, y nadie dirá que me ha visto huir el peligro en ninguna ocasión. Otra noche volaría por esa banda, y volaría gozoso como á una fiesta; y sin embargo, esta noche... esta noche, ¿á qué ocultártelo? tengo miedo. ¿Oyes? Las campanas doblan; la oración ha sonado en San Juan del Duero; las ánimas del monte comenzarán ahora á levantar sus amarillentos cráneos de entre las malezas que cubren sus fosas... ¡las ánimas! cuya sola vista puede helar de horror la sangre del más valiente, tornar sus cabellos blancos ó arrebatarse en el torbellino de su fantástica carrera como una hoja que arrastra el viento sin que se sepa adónde.

Mientras el joven hablaba, una sonrisa imperceptible se dibujó en los labios de Beatriz, que cuando hubo concluido, exclamó con un tono indiferente y mientras atizaba el fuego del hogar, donde saltaba y crujía la leña, arrojando chispas de mil colores:

—¡Oh! eso de ningún modo. ¡Qué locura! ¡Ir ahora al monte por semejante friolera! ¡Una noche tan oscura, noche de difuntos y cuajado el camino de lobos!

Al decir esta última frase, la recargó de un modo tan especial, que Alonso no pudo menos de comprender toda su amarga ironía; movido como por un resorte, se puso de pie, se pasó la mano por la frente, como para arrancarse el miedo que estaba en su cabeza, y no en su corazón, y con voz firme exclamó, dirigiéndose á la hermosa que estaba aún inclinada sobre el hogar entreteniéndose en revolver el fuego:

—Adiós, Beatriz, adiós. Hasta... pronto.

—¡Alonso! ¡Alonso! dijo ésta volviéndose con rapidez; pero cuando quiso ó aparentó querer detenerle el joven había desaparecido.

A los pocos minutos se oyó el rumor de un caballo que se alejaba al galope; la hermosa, con una radiante expresión de orgullo satisfecho que coloreó sus mejillas, prestó atento oído á aquel rumor, que se debilitaba, que se perdía, que se desvaneció por último.

Las viejas, en tanto, continuaban en sus cuentos de ánimas aparecidas; el aire zumbaba en los vidrios del balcón y las campanas de la ciudad doblaban á lo lejos.

### III

Había pasado una hora, dos, tres; la media noche estaba á punto de sonar, y Beatriz se retiró á su oratorio. Alonso no volvía, no volvía, cuando en menos de una hora pudiera haberlo hecho.

—¡Habrà tenido miedo! exclamó la joven cerrando su libro de oraciones y encaminándose á su lecho, después de haber intentado inútilmente murmurar alguno de los rezos que la Iglesia consagra en el día de difuntos á los que ya no existen.

Después de haber apagado la lámpara y cruzado las dobles cortinas de seda, se durmió: se durmió con un sueño inquieto, ligero, nervioso.

Las doce sonaron en el reloj del Postigo. Beatriz oyó entre sueños las vibraciones de la campana, lentas, sordas, tristesimas, y entreabrió los ojos. Creía haber oído, á par de ellas, pronunciar su nombre; pero lejos, muy lejos, y por una voz ahogada y doliente. El viento gemía en los vidrios de la ventana.

—Será el viento, dijo.

Y poniéndose la mano sobre el corazón procuró tranquilizarse. Pero su corazón latía cada vez con más violencia.

Las puertas de alerce del oratorio habían crujido sobre sus goznes con un chirrido agudo, prolongado y estridente.

Primero unas, y luego las otras más cercanas, todas las puertas que daban paso á su habitación iban sonando por su orden; éstas con un ruido sordo y grave, aquéllas con lamento largo y crispador. Después silencio, un silencio lleno de rumores extraños, el silencio de la media noche, con un murmullo monótono de agua distante, lejanos ladridos de perros, voces confusas, palabras ininteligibles, ecos de pasos que van y vienen, crujir de ropas que se arrastran, suspiros que se ahogan, respiraciones fatigosas que casi se sienten, estremecimientos involuntarios que anuncian la presencia de algo que no se ve, y cuya aproximación se nota, no obstante, en la oscuridad.

Beatriz, inmóvil, temblorosa, adelantó la cabeza fuera de las cortinillas y escuchó un momento. Oía mil ruidos diversos; se pasaba la mano por la frente, tornaba á escuchar: nada, silencio.

Vela, con esa fosforescencia de la pupila en las crisis nerviosas, como bultos que se movían en todas direcciones; y cuando dilatándolas las fijaba en un punto, nada, oscuridad, las sombras impenetrables.

—¡Bah! exclamó volviendo á recostar su hermosa cabeza sobre la almohada de raso azul del lecho; ¿soy yo tan miedosa como esas pobres gentes, cuyo corazón palpita de terror bajo una armadura, al oír una conseja de aparecidos?

Y cerrando los ojos intentó dormir... pero en vano había hecho un esfuerzo sobre sí misma. Pronto volvió á incorporarse más pálida, más inquieta, más aterrada. Ya no era ilusión: las colgaduras de brocado de la puerta habían rozado al separarse, y unas pisadas lentas sonaban sobre la alfombra; el rumor de aquellas pisadas era sordo, casi imperceptible, pero continuado, y á su compás se oía crujir una cosa como madera ó hueso. Y se acercaban, se acercaban, y se movió el reclinatorio que estaba á la orilla de su lecho. Beatriz lanzó un grito agudo, y arrebujándose en la ropa que la cubría escondió la cabeza y contuvo el aliento.

El aire azotaba los vidrios del balcón; el agua de la fuente lejana caía, y caía con un rumor eterno y monótono; los ladridos de los perros se dilataban en las ráfagas del aire, y las campanas de la ciudad de Soria, unas cerca, otras distantes, doblaban tristemente por las ánimas de los difuntos.

Así pasó una hora, dos, la noche, un siglo, porque la noche aquella pareció eterna á Beatriz. Al fin despuntó la aurora: vuelta de su temor, entreabrió los ojos á los primeros rayos de la luz. Después de una noche de insomnio y de terrores, ¡es tan hermosa la luz clara y blanca del día! Separó las cortinas de seda del lecho, y ya se disponía á reírse de sus temores pasados, cuando de repente un sudor frío cubrió su cuerpo, sus ojos se desencajaron y una palidez mortal descoloró sus mejillas: sobre el reclinatorio había visto sangrienta y desgarrada la banda azul que perdiera en el monte, la banda azul que fué á buscar Alonso.

Cuando sus servidores llegaron despavoridos á noticiarle la muerte del primogénito de Alcudiel, que á la mañana había aparecido devorado por los lobos entre las malezas del Monte de las Ánimas, la encontraron inmóvil, crispada, asida con ambas manos á una de las columnas de ébano del lecho, desencajados los ojos, entreabierta la boca, blancos los labios, rígidos los miembros, muerta; ¡muerta de horror!

#### IV

Dicen que después de acaecido este suceso, un cazador extraviado que pasó la noche de difuntos sin poder salir del Monte de las Ánimas, y que al otro día, antes de morir, pudo contar lo que viera, refirió cosas horribles. Entre otras, se asegura que vió á los esqueletos de los antiguos templarios y de los nobles de Soria enterrados en el atrio de la capilla, levantarse al punto de la oración con un estrépito horrible, y caballeros sobre osamentas de corceles, perseguir como á una fiera á una mujer hermosa, pálida y desmelanada, que con los pies desnudos y sangrientos, arrojando gritos de horror, daba vueltas alrededor de la tumba de Alonso.

GUSTAVO A. BECQUER.





## RECUERDOS DE UN GRANDE HOMBRE

(CONTINUACIÓN)

### IV

#### TIEMPO PERDIDO

**D**EJANDO atrás á Granada,  
en cuyas torres el viento  
ya la cruz triunfante adora  
entre cristianos trofeos,  
y dejando atrás la corte  
de los hispánicos reinos,  
donde tristes desengaños  
cogió y amargos desprecios,  
va el genovés navegante,  
va el portentoso extranjero  
en una mula de paso  
hacia Córdoba derecho;  
sin volver atrás los ojos,  
pobre, abatido y enfermo.  
Sale de la hermosa vega  
que le parece el infierno.

Lleva en su faz las señales  
del infortunio y del tiempo,  
que los años y desgracias  
dan con un bronce en el suelo.

Seis años cuenta perdidos  
desde que llegó al convento  
de la Rábida, y el nombre  
quiso hacer de España eterno.

Y sus esperanzas todas,  
y todos sus pensamientos,  
disipadas mira en humo,  
en polvo mira deshechos.

De la insigne Salamanca  
los doctores y maestros,  
más bien que examinadores  
jueces inflexibles fueron,  
y le trataron altivos,  
aunque era más sabio que ellos  
no cual docto que consulta,  
sino cual convicto reo.

Sus geométricas verdades  
por respuesta hallaron textos,  
sus cálculos silogismos,  
sus demostraciones ergos.

Y aunque varios religiosos  
de San Esteban (colegio  
donde fué la conferencia)  
que eran sabios verdaderos,  
si comprender no lograron  
al inspirado extranjero,  
lo escucharon con asombro  
y su importancia advirtieron;  
los más, cual siempre acontece,  
arrollaron á los menos,  
y sobre un hombre tan grande,  
y sobre un tan gran proyecto  
informaron á la corte  
con el más alto desprecio,  
de visionario y de loco  
prodigándole dictérios.

El no entendido más firme  
en sus altos pensamientos,  
de su plan el contradicho  
más convencido y más cierto;

de sí mismo más seguro  
mientras halla más tropiezos,  
y nuevas fuerzas cobrando  
de su propio abatimiento:  
del genovés navegante  
parece el alma de acero,  
escollo inmóvil que arrostra  
siglos, rayos, olas, vientos.

Pero no quiere que España  
acoja ya sus esfuerzos,  
ni que las ventajas logre  
de tales descubrimientos.

Y á Córdoba despedido  
veloz regresó, resuelto  
de irse á buscar á otra corte  
para realizarlos medio.

Mas doña Beatriz Enríquez  
y el fruto inocente y tierno  
de sus plácidos amores,  
detenerle aún consiguieron.

Eslabones más tenaces  
que los de forjado hierro,  
y con que á aquel hombre insigne  
ató á mi patria el Eterno.

—  
El genovés, obligado  
por las prendas de su afecto  
á no abandonar á España,  
buscó en ella rumbo nuevo;  
y partió con gran reserva  
de Santa María al puerto,  
que era del ínclito duque  
de Medinaceli feudo,  
á buscar su patrocinio  
y á ofrecerle ignotos reinos.  
El duque con grandes honras  
le acogió y con sumo aprecio,  
y ya preparaba naves  
propias suyas, y dinero  
con que el hombre extraordinario  
llevase á cabo su intento:  
cuando de la corte tuvo  
aviso de que con ceño  
y con envidia y sospechas  
miraba el rey sus aprestos.  
Suspendiólos advertido,  
y exhortó con noble celo  
al piloto, á que á la corte  
y al rey regresase luego.

—  
A la inexorable suerte  
que sus más vivos anhelos  
contrariaba, y le tenía  
atado al hispano suelo,  
tuvo el genovés constante  
que humillarse con despecho;  
y tornó á la hispana corte  
y en ella á luchar de nuevo.  
El mismo rey don Fernando  
que no quedó satisfecho

del salamanquino informe,  
lo maneja astuto y diestro;  
le halaga con esperanzas  
(que detenerle es su objeto),  
hasta que la infiel Granada  
rinda á sus plantas el cuello.

Siguió aburrido á la corte  
el soñador extranjero,  
de aquella famosa guerra  
presenciando los progresos.

En el asalto de Baza,  
de Málaga en el asedio,  
en otras altas acciones,  
y en muchos duros reencuentros,  
discurrió como perito,  
se mostró cual caballero,  
combatió como cristiano  
y se portó como bueno.

—  
De la opulenta Granada  
rendirse el poder soberbio  
presenció en fin, de Castilla  
y de Aragón al esfuerzo.

Y de las regias ofertas  
llegado el plazo creyendo,  
con más tesón y energía  
llamó la atención de nuevo.

Mas en vano, otras consultas  
y otros plazos le han propuesto,  
que los gastos de la guerra  
tienen el tesoro yermo.

Conque de toda esperanza  
perdidos los fundamentos,  
dejar á España de veras,  
de veras tiene resuelto.

Ni aun de Alonso Quintanilla  
se ha despedido, temiendo  
que elocuente y amistoso  
aun pretenda detenerlo.

Y hacia Córdoba camina:  
seguro de que los ruegos  
de doña Beatriz Enríquez  
no han de hacer mella en su pecho.

Nada ya, nada en el mundo  
le detiene, no hay remedio.  
¡Oh, cuánto poder y gloria  
pierde España con perderlo!

En su acalorada mente  
tanto agravio recorriendo,  
y ansioso ya de encontrarse  
en la corte de otro reino,  
aguija la tarda mula,  
no le permite resuelto,  
ya de Pinos de la Puente  
llega al miserable pueblo,  
y sin detenerse pasa  
el despeñado riachuelo,  
que entre riscos y entre juncias  
va de Genil al encuentro.

Sigue adelante el camino,  
cuando detrás, el estruendo  
de un caballo que galopa  
oye resonar violento,

y alcánzale á pocos pasos,  
en un cordobés overo,  
de sudor cubierta el anca,  
blanco de espumas el pecho,

arrogante y decidido  
un atildado mancebo,  
vestido un rico tabardo  
de carmesí terciopelo,  
con castillos y leones  
de plata y oro cubierto,  
y un penacho rojo y jalde  
volando sobre el sombrero.

Era un paje de la Reina,  
que al punto reconociendo  
á la persona á quien busca  
en el piloto extranjero,

le dice en voz alta: «Amigo,  
atrás volved luego, luego,  
pues de que sin vos no torne  
orden terminante tengo.»

El genovés irritado  
para la mula de presto;  
pone la mano en la espada  
y dice con gran denuedo:

«Antes que la rienda vuelva  
me dejaréis aquí muerto;  
basta, ¡vive Dios! de burlas,  
á España nada le debo.»

Desconcertóse al mirarlo  
tan decidido y dispuesto  
el paje, que le responde:  
«Ni me burlo ni os ofendo;  
pues la Reina, mi señora

me ha mandado deteneros,  
y que á su presencia os lleve,  
ved si obedecerla debo.»

Bastó el nombre de la Reina  
para un trastorno completo  
del navegante ofendido  
hacer en cabeza y pecho,  
que era nombre á quien tan alto  
prestigio dió el mismo cielo,  
que allanara un alto monte,  
que domara el mar soberbio.

Á tal nombre sus agravios,  
todos sus resentimientos,  
todos los años perdidos,  
y todos sus planes nuevos  
el genovés olvidando,  
abre palpitante el pecho  
á tan vehemente esperanza,  
á porvenir tan risueño,  
que le parece aquel paje  
ángel bajado del cielo,  
y en éxtasis delicioso  
queda inmóvil y suspenso.

Jamás conseguido había  
explicar su alto proyecto,  
de la gran Reina delante,  
y ahora ve ocasión de hacerlo.

Por lo que, rompiendo al punto  
aquel rato de silencio,  
lleno de vida el semblante,  
responde al mudo mancebo:

«Pues doña Isabel lo manda  
voy con vos y la obedezco.»  
Y revolviendo la mula  
sigue detrás del overo.

DUQUE DE RIVAS.

(Continuará).





## NUESTROS GRABADOS

### PAIS.—UN CEMENTERIO

CUADRO DE MODESTO URGELL

El laureado autor de *La Oración de la tarde* es un paisajista poeta. Todas sus obras están impregnadas de una dulcísima poesía, que principalmente aparece en

los celajes. En tratarlos es maestro de veras Modesto Urgell. ¡Cómo sabe sorprender las fugaces líneas de las nubes, sobre todo en los crepúsculos matutino y vespertino! ¡Con qué magia de pincel sabe reproducir las variadísimas tintas y los más variados reflejos que el cielo presenta en aquellas horas de la mañana y de la



RETRATOS DE LOS REYES CATÓLICOS EN LA FACHADA DE LOS ESTUDIOS MAYORES  
Ó UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

tarde! ¡Qué potencia de luz en los celajes de sus más celebrados cuadros! ¡Qué ambiente hay en ellos! El paisaje en todos se halla en cabal armonía con el firmamento. En él domina casi siempre una línea, y la sencillez del motivo le imprime grandiosidad, no siendo obstáculo esta sencillez para que el artista haga gala de su habilidad y casi diríamos de su ciencia, en reproducir la tierra, las rocas, el agua, los caseríos, los árboles, etc., con una verdad encantadora y con asombrosa

simplicidad de recursos. Urgell recuerda en algunas ocasiones al famoso paisajista francés Corot; en otras, sus celajes pueden colocarse al lado de los de Millet, el autor de *L'Angelus*, no menos insigne y celebrado. A ninguno de ellos copia no obstante, antes se muestra original y con fisonomía propia, teniendo verdadera personalidad en la pintura española contemporánea.

El cuadro que en este número reproducimos ha de colocarse, á nuestro juicio, entre los mejores que Urgell

ha pintado. Todo en él es imponente. La línea horizontal que domina en el país, la sobriedad de los medios empleados por el artista, la rusticidad conmovedora del modesto cementerio de aldea. Interpretado todo ello con la maestría peculiar del autor, cobra interés por la perspectiva aérea, que es irreprochable, por el celaje lleno de la poesía á que antes hemos referido, como lo está todo el cuadro. Un sentimiento de melancolía aparece en todo, mas de dulce melancolía, que subyuga al ánimo, y le es grata como aquella de que habla el santo autor de *La Imitación de Cristo*, llegando á considerarla pecaminosa, cuando el espíritu se deja vencer demasiado por ella. Despierta el cuadro la idea de la muerte, mas no de la muerte que acaba con todo, según el materialista, sino de aquella que es principio de nueva vida, de aquella que es origen de paz eterna y de luz eterna, como lo dicen los sublimes versículos de la *Prosa de difuntos*. Algo de lo que expresamos sentirán nuestros lectores, si atentamente contemplan la reproducción de *Un cementerio* que forma parte de este número, y que da idea muy exacta de esta interesante obra del distinguido paisajista catalán.

#### CARACAS

Tiene interés de actualidad la lámina que publicamos con vistas de Caracas, la capital de la república de Venezuela, en la que acaba de terminarse la guerra civil que por algún tiempo la ha asolado, impidiendo su desarrollo mercantil é industrial. El paseo de Guzmán Blanco, con el monumento erigido á este hombre público, viene figurado en lo alto de la lámina (n.º 1). El monumento es grandioso y ha de producir imponente efecto en el vasto espacio donde se halla levantado. Vese á un lado el Panteón nacional (n.º 2) de una arquitectura híbrida, como la que domina en los edificios del Sur de América y que ahora van desterrando paulatinamente los arquitectos de aquel país y los extranjeros que llevan allí los conocimientos y el gusto europeo y los propagan hasta donde les es posible. Un puente sobre el río Anaúco, construído en tiempos de la dominación española, aparece representado en el centro del grabado (n.º 3). Los robustos machones del puente, sus tajamares, el mismo aparejo recuerdan las sólidas construcciones de igual clase que se alzaron en España durante el reinado de Carlos III, y que, al modo de los viejos puentes romanos, resisten sin daño alguno el ímpetu de las mayores avenidas. Otro puente, el de Curamichate (n.º 4), pueden contemplar nuestros lectores en la parte inferior, puente abarrocado igualmente, y de un carácter pintoresco

muy acorde con la exuberante fantasía de los pueblos sudamericanos. Estas vistas dan idea de la parte monumental de la ciudad de Caracas, población próspera antes de la guerra y que es de esperar vuelva á serlo si los nuevos hombres políticos y el pueblo todo saben guiarse por los consejos de la razón y de la prudencia.

#### RETRATOS DE LOS REYES CATÓLICOS

EN LA FACHADA

DE LOS ESTUDIOS MAYORES Ó UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Salamanca, una de las ciudades monumentales de España, guarda en su recinto preciosos edificios del estilo plateresco español, de ese estilo en el cual, dentro de las líneas generales del gótico, campean los elementos decorativos del Renacimiento, y que tan genuino es de nuestra tierra. La portada de los Estudios Mayores ó Universidad figura en el número de los aludidos edificios, y á todos quizás se adelanta en primor y prolijidad en las labores, en la riqueza del conjunto y en buen gusto artístico. Lo verán nuestros lectores por medio del fragmento que damos en este número, que comprende algunas cláusulas de aquella rica portada, en las que se ven circunscritos en medallón los retratos de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, en la colocación misma con que se hallan puestos en la dobla de oro y en otras monedas de su tiempo. La vida y la expresión de ambos retratos, que llega á verse hasta en una reproducción diminuta, dícnos que han de ser verdaderos trabajos escultóricos iconográficos, realizados por alguno de los insignes imagineros que á fines del siglo xv y comienzos del xvi enriquecieron con magníficos altares y con admirables sepulcros las catedrales, monasterios, colegiatas é iglesias todas de España. Mirando el medallón se advierte que los dos monarcas están asidos á un cetro único, como emblema sin duda de poder indivisible y de voluntad inseparable. Asegúrase que esta fachada costó treinta mil ducados, y hay quién indica que acaso pudo trazarla y labrarla Enrique de Egas, que en Santa Cruz de Valladolid y en Santa Cruz de Toledo había ya probado su inventiva y la gallardía de su cincel en el estilo plateresco. Los Estudios Mayores de Salamanca se empezaron á levantar de nueva planta en 1415 y se acabaron en 1433, siendo el maestro que los hizo Alonso Rodríguez Carpintero. Reyes y príncipes los favorecieron desde sus comienzos, pero las dádivas de éstos quedan eclipsadas ante la augusta protección que les dispensaron los Reyes Católicos.



# ¡SOLEDAD!

NOVELA ESPAÑOLA

POR

D. C. SUAREZ BRAVO

## CAPITULO XV

VISITA INESPERADA

(CONTINUACIÓN)

Al verse solo con el Tordo, Ricardo le cogió del brazo sin ceremonia, diciéndole:

—Sentémonos, compañero. Este diván, como usted ha visto, es muy cómodo, y los patriotas somos hombres como los demás y nos hallamos mejor sentados que de pie.

El Tordo, dudoso acerca de lo que debería hacer, pero sumamente escamado por el incidente anterior, dijo de mal talante, queriendo dirigirse á la puerta:

—Yo no tengo nada que hablar con usted.

Pero Ricardo, por medio de un movimiento rápido, se adelantó, cerró la puerta y echó la



llave, que se metió en el bolsillo, volviéndose luego tranquilamente al cabecilla, que, asombrado por este acto de audacia, hizo un movimiento como para llevar la mano al sable.

—No seamos niños, dijo el joven, cubriendo con su mirada serena y algún tanto provocativa el contraído semblante del Tordo, que seguía, á pesar suyo, dominado por una situación que no había previsto.

—Parece que estamos de broma... ¿eh? balbuceó con los dientes apretados.

—Nada de eso, contestó Ricardo sin abandonar su actitud de reto. Lo que me propongo es evitarle á usted una majadería. Yo soy, como usted, del pueblo; soy en Madrid uno de los ternos del partido, íntimo del Carreterín...

A este nombre, el ojo del albardero se fijó con recelosa incredulidad en Ricardo.

—Sí, por cierto, continuó éste, el Carreterín y yo somos uña y carne. Yo no he necesitado que usted viniera aquí á hacer una barbaridad para volver por la revolución y por sus defensores. Si á usted le han contado, como parece, lo que pasó aquí la otra noche, no habrán dejado de decirle que no faltó quién saliera con bríos á la defensa del pueblo y de la libertad.

—¡Ah! conquese usted el que...

—El mismo.

—¿Sí? pues abra usted la puerta, dijo el Tordo, que deseaba con ansia verse entre los suyos, y abajo arreglaremos ese asunto.

—Ya le he dicho á usted que tenemos que hablar.

—¡No me provoque usted!... insistió el albardero, fingiendo no advertir que Ricardo lo estaba haciendo desde hacía rato.

—¡Cá, nada de eso! usted es de los míos. Si he echado la llave á la puerta, no ha sido con ánimo de provocar á usted. ¡No faltaba más! —Esto lo decía Ricardo con tono que desmentía por completo sus palabras. —Sería, además, un asno, viniendo á provocar á un hombre que trae un chafarote á la cintura, estando como estoy completamente desarmado. Vea usted.

Al decir esto se echó atrás las solapas de su levita y se tentó los bolsillos como para dar testimonio de sus palabras.

—¿Y si yo quisiera arrancarle á usted la llave?... gruñó el Tordo, á quien la circunstancia volvió algún tanto el ánimo.

—No se lo aconsejo á usted.

El aire con que el joven pronunció estas palabras, volvió á sumir al Tordo en la irresolución. Ricardo, que tenía su plan, dulcificó cuanto pudo su fisonomía.

—Vamos, dijo, usted y yo no debemos reñir. Ya le he dicho que tenemos que hablar, y crea usted que no le pesará oírme. Tomemos asiento y conferencemos.

Y uniendo á la palabra la acción, cogió al Tordo del brazo, que esta vez se dejó llevar maquinalmente como hombre que no dispone de su voluntad, y le sentó á su lado en el diván.

—Usted se encuentra en situación, dijo sin dejar á su interlocutor tiempo para reflexionar, de hacer un negocio ó de hacer una tontería. ¿Por cuál de los dos quiere usted que empecemos?

—Por el negocio... balbuceó maquinalmente el albardero, que procuraba todavía rehacerse contra el influjo que ejercía sobre él Ricardo.

—No, replicó éste, empecemos por la tontería, porque este es el medio de que comprenda usted mejor el negocio. La intención de usted, bien lo veo, es bajar á alborotar á los voluntarios para que lleven á cabo el propósito que les ha traído á ustedes aquí; pero ya debe usted haber comprendido que la cosa no es tan mollar como á primera vista pudo parecerle. Ni el duque se dejará prender, ni nosotros dejaremos que nadie le atropelle.

—¿Y qué podrán ustedes contra setenta hombres armados?

—Mucho, porque cada uno de nosotros vale por diez. ¡Bah! le aconsejo á usted que no haga la prueba. Y sobre todo, camarada, hablemos en plata; ustedes no han venido aquí á

sostener una batalla, sino á pescar á bragas enjutas. Usted, además, cree poder contar con los voluntarios, y aquí hay quién le disputará á usted su influencia sobre ellos. De patriota á patriota no va nada, y ya veremos quién sabe arengarlos con más garbo.

—Donde yo les lleve irán á ojos cerrados. Se dejarán matar por mí.

—Mejor será que no arriesgue usted la experiencia. Pero no es esto sólo. Demos por supuesto que los voluntarios desoyesen la voz de la razón, y por empeñarse en llevar á cabo su atropello, convirtiesen esta mansión pacífica en un campo de Agramante. Es una suposición, porque estoy seguro de que no llegaremos ahí.

—Eso... lo veremos, balbuceó entre dientes el Tordo.

—¿Ha reflexionado usted en la que se iba á meter, camarada? Aquí hay duques, generales, diputados, gente de viso y de influencia que tiene los brazos muy largos. Aunque estamos en tiempos de libertad, el mundo siempre será mundo, y pronto conocería usted la diferencia que va de allanar la casa de un ciudadano cualquiera á allanar la de la duquesa de Montilla, en el momento preciso en que hay en ella peces tan gordos.

Era evidente que la apremiante argumentación de Ricardo producía su efecto en el albardero, el cual, á pesar de su tosco caletre, ya hacia rato que había comprendido que se hallaba metido en un mal paso. Veía, sin embargo, clara la necesidad de sostener su prestigio, y moviéndose de un lado para otro, como aquel que no sabe qué resolución tomar, dijo para dar tiempo á la reflexión:

—Veamos ahora ese... negocio que tiene usted que proponerme.

—¡Oh! exclamó Ricardo, seguro ya de dominar la situación y revistiendo su semblante del tinte de descarada bellaquería que le era habitual. Ese es oro en barras, y lo comprenderá usted á los dos minutos. Porque, desengañémonos, compañero, la libertad es una gran cosa, pero hay algo superior á ella, que es el dinero... Sí, el dinero, continuó el joven como respondiendo al gesto de pudorosa indignación del albardero, porque el dinero es el que nos permite gozar de la libertad. ¡Eh! me parece que he dicho algo. Por ejemplo, ahí está usted sin ir más lejos, un patriota á toda prueba... Porque en Madrid tenemos noticias de usted. Sabemos que usted tenía su capitalito, y le ha gastado todo y aún algo más en conspirar contra la tiranía...

El Tordo apoyó la descarada invención con un movimiento de cabeza aprobativo. Ricardo había dado con la cuerda sensible, y no desperdició el tiempo.

—Sí, por cierto. Usted, ¡como si lo viera! está gastando lo suyo y lo ajeno en sostener el fuego sacro entre sus voluntarios. ¡Caramba! La patria y la libertad no son artículos de comer y beber... A la gente hay que darle algo más positivo. Por ejemplo, seguro estoy de que antes de llegar aquí, los muchachos no habrán dejado de tomar algún bocado y algún trago en las ventas del camino. ¿Y quién ha pagado el gasto? De seguro, usted.

—¡Y cuidado si comen y beben los condenados! dijo el albardero, dando la suposición por inconcusa, y entrando á velas desplegadas en el orden de ideas de Ricardo. El pueblo tiene el estómago donde le tiene todo el mundo. Nadie sabe los sacrificios que me ha costado y me está costando mantener el espíritu de la gente, y ¿qué es lo que hasta ahora he sacado de la patria?

—Nada, como si lo viera. Pero hay siempre maneras de ayudarse. Verbi gratia. La idea de venir aquí no ha sido del todo mala, pero á condición de saber detenerse á tiempo. ¿Eh? Me parece que estamos en camino de entendernos. Mire usted, añadió Ricardo, sacando su cartera, y de ella los billetes poco antes recibidos de Camporredondo, que extendió en forma de abanico ante el deslumbrado ojo del albardero. Aquí tiene usted diez razones de mil pesetas cada una, que invitan á la reflexión. Yo sé hacerme cargo de la situación de los hombres; adivino el compromiso en que usted se encuentra, y soy muy capaz de darle á usted esta suma, para que salga airosamente de él, por los medios que mejor le parezcan.

—Yo no vendo á la patria... dijo el Tordo mascando las palabras, pero sin apartar la vista de los fascinadores papeles.

—La patria no tiene nada que ver en este asunto, compañero. Usted y yo podemos hablar en plata. Por otra parte, usted se encuentra empeñado en una campaña contra los enemigos de la libertad, y yo estoy dispuesto á suministrarle la pólvora. Quizá me ha venido á mí por el mismo conducto. Este no es más que un toma y daca.

—Bien. Venga ese dinero, dijo el Tordo sin poder contenerse, y evidentemente incapaz de resistir á la sugestión que sobre él ejercían los billetes.

—Poco á poco, exclamó Ricardo, conteniéndole con un gesto medio serio, medio burlón. Entre camaradas como nosotros las cuentas deben ser claras, y antes de hacer el traspaso, preciso será que yo le dicte á usted mis condiciones, que no serán nada pesadas, muy al contrario.

—Dígalas usted, murmuró el Tordo subyugado.

—Pues se reducen, á que no haga usted nada. No dirá usted que soy exigente; ó mejor dicho, sí, algo tiene usted que hacer, y es largarse con su gente por donde ha venido.

El jefe de los voluntarios no era tan torpe que no hubiese adivinado desde un principio lo que se quería de él, y sólo dijo por vía de aceptación, y sin abandonar con la vista las arras del contrato:

—¡Oh! no crea usted que yo tuviese intenciones... Sólo me proponía dar un susto al que se había atrevido á...

—¡Tanto mejor!

—Por supuesto; habrá que dar algún refrigerio á la gente...

—Eso ya está hecho. Yo soy hombre prevenido. Estoy seguro que no dirán que usted les hizo perder el tiempo. Hoy tienen comida y bebida de príncipes.

—¡Ya es usted buen pez! dijo el albardero riendo sabrosamente y alargando con impaciencia su ancha mano.

Ricardo, por malicia, se la estrechó con la que tenía desocupada, pero el Tordo, poco satisfecho, creyó deber añadir:

—Venga la prenda.

—Ahí está, dijo Ricardo entregando los billetes. Cuestión zanjada.

—Por supuesto, murmuró el albardero casi al oído del joven. La cosa queda entre nosotros.

—Hombre, no, dijo Ricardo riendo á su vez; usted es el que se queda con ella. Pero todo lo doy por bien empleado con tal de evitar un mal rato al bello sexo.

Al decir esto Ricardo abrió ya la puerta, y cogiendo del brazo á su interlocutor, después que éste acabó de meterse en el último rincón de su bolsillo la moneda fiduciaria, atravesó con él los corredores, conversando y riéndose á carcajadas, hasta que llegaron al vestíbulo del palacio.

Allí se encontraron con un espectáculo más lleno de animación y de algazara de lo que el mismo Ricardo había previsto. Los voluntarios fraternizaban con los huéspedes de la duquesa de la manera más entusiasta y expansiva. Una mesa improvisada, llena de botellas y de fiambres de toda especie, sacadas de la bien nutrida despensa del palacio, era al parecer la motora de las corrientes de atracción que circulaban por aquel recinto, saturado momentos antes de recelos y de temores. Los criados iban de grupo en grupo sirviendo manjares ó escanciando vinos, bajo la inteligente dirección de García, que de cuando en cuando se separaba de la mesa para infundir á los voluntarios, sirviéndose del lenguaje adecuado, sentimientos de todo punto opuestos á los que les habían traído; tarea en la cual le secundó desde los primeros momentos el general, que no quiso declinar su grado por temor, que justificaban los precedentes, de verle desacadado. Otra causa, sin embargo, había influido principalmente en aquel cambio lisonjero.



Los voluntarios, en su mayoría, se habían dejado arrastrar desde un principio, ayudados por su buen natural, y por la benevolencia que siempre inspira una buena mesa, á ideas de concordia, deponiendo su ferocidad, en el fondo más aparente que real. Tomaron parte en la aventura sin más razón que la de seguir á su jefe, el cual ejercía sobre ellos gran dominio, y por algunos otros miembros influyentes de la banda, criaturas de aquél, más duros de pelar, por lo mismo que consideraban la expedición bajo un punto de vista práctico. Pero éstos, sin dejar de comer y beber como los demás, y aun más que los demás, á fuer de gente curtida, se mostraron en un principio reservados, y oyeron sin entusiasmarse las comunicativas arengas de García, que no cesaba de repetir entre los grupos frases de amor patriótico reforzadas de sendos tragos, y enfriaban de cuando en cuando el entusiasmo de los voluntarios, con la temerosa perspectiva de la llegada del jefe. La situación no era del todo tranquilizadora, y aunque multiplicándose para que las corrientes de paz que se habían establecido no sufriesen aquí y allí solución de continuidad, García y los demás huéspedes no dejaban de advertir con inquietud que la partida era todavía de éxito dudoso, y que la llegada del capitán podía hacer cambiar bruscamente la situación de las cosas. Por fortuna el capitán no llegaba, y en su lugar llegó un auxiliar de todo punto inesperado, que forzó la situación é hizo suya á toda la banda.

Blanca, que advirtió un poco tarde lo que pasaba por hallarse retirada en sus habitaciones, á la primera noticia corrió á buscar á su madre, á fin de infundirle ánimo y estar á su lado por lo que pudiera ocurrir; pero la duquesa había huido del palacio, sobrecogida por un pánico irreflexivo, acompañada de la condesa y de dos ó tres individuos de su más íntima servidumbre. Al saber esto, quiso cerciorarse por sí misma de la naturaleza del peligro que de tal modo había impresionado á su madre, y por los informes que le dieron las personas que encontró al paso, pudo formarse de él una idea exacta. Sin vacilar descendió la escalera del palacio para hacer frente al conflicto. Al verla bajar, los voluntarios se fijaron involuntariamente en su esbelta figura y majestuoso porte, corroborando la idea que su aparición les infundió, esta voz que corrió por todo el concurso: *la duquesita*.

García le salió al encuentro y le hizo, en voz baja, alguna observación acerca de lo conveniente que sería que no se mezclase en aquel tumulto, en el cual corría riesgo de que no se le guardasen los respetos que á su clase y á su sexo se debían.

—No estaría bien, dijo Blanca en voz alta y fijando su mirada tranquila en los rostros curiosos que por todas partes la rodeaban, que en el momento en que llegan á esta casa tantos y tan inesperados huéspedes, no fuesen recibidos como corresponde por sus dueños. La duquesa, que ignoraba esta visita, se encuentra momentáneamente ausente, y á mí me corresponde servir á estos señores, en su nombre, la copa de la hospitalidad, según antigua tradición de la casa de Montilla, siempre que hombres de armas traspasan sus umbrales.

Dicho esto, cogió un vaso, y después de hacerle llenar por señas á un criado, se le ofreció al voluntario que le pareció más graduado, con un gesto de graciosa protección. Éste, confuso y entusiasmado, le apuró, y la duquesita fué repitiendo la operación con todos los demás, no sin acompañar su dádiva aquí y allí con frases en que lo amable, sin llegar á los confines de lo familiar, sacó de quicio á aquella pobre gente. Desde aquel momento empezó á reinar en todo aquel concurso, antes alborotado, una atmósfera de simpatía, no exenta de respeto, que volvió la tranquilidad á los huéspedes asustados. La belleza y la gracia aristocrática de Blanca hicieron más impresión en aquellos hombres rudos y sencillos que las adulaciones, inspiradas por el miedo, con que antes se les había acariciado.

—¡Viva la duquesita! gritó uno de ellos, sin poder contenerse, quitándose el kepis y levantándole en alto.

—¡Viva! repitieron todos con su kepis en el aire.

Desde aquel momento Blanca fué dueña de la situación, que no cambió con la llegada del

duque y de Eduardo. Al ver al primero le cogió del brazo y le paseó por todos los grupos, sin que saliera de ninguno de ellos una sola palabra de hostilidad, á pesar de que, al aparecer, una voz salida de no se sabe dónde (voz que nunca falta en casos semejantes) pronunció su nombre, señalándole como la persona á quien venían á prender.

—¿Ese es el duque? se decían unos á otros. ¡Pues si es un señor muy guapo!

—Luego es pariente de la duquesita. ¡Buen pago le daríamos si fuéramos á causarle ese disgusto!

—¡No se prende así á las gentes sin más ni más!

—Sería una barbaridad.

—¡Y á un pobre señor enfermo! ¡Si no hay más que verle!

—Si el capitán se empeña, lo que es conmigo que no cuente. ¡Sería una bajeza!

—¡Qué se ha de empeñar! A señores como éstos no se les prende así como se quiera. Una cosa es pensarlo y otra verlos de cerca.

—Mochila también se ha entregado.

Mochila era el lugarteniente del Tordo. Éste, sin embargo, aunque se había dejado arrastrar como los demás por el irresistible influjo de Blanca, no las tenía todas consigo, y pensaba con recelo en la manera con que el capitán miraría á su llegada aquella relajación de los lazos de la disciplina, ya que no podía dejar de considerar como tal que su gente se opusiera á una resolución dictada por él.

Apremiado por esta inquietud y por la que le inspiraba, además, el haber dejado salir al capitán después que el grupo que le acompañaba le abandonó, cediendo á la irresistible tentación del banquete, trató varias veces, disimuladamente, de explorar la voluntad de algunos grupos haciéndoles participar de los temores que flotaban en su espíritu, pero en todas partes se encontró con ánimos indóciles y resueltos á no turbar la concordia, y sobre todo á no disgustar á la duquesita.

En esto llegaron el Tordo y Ricardo. Al verlos amigablemente del brazo, fué grande la sorpresa, considerando los voluntarios de buen augurio ver á su capitán, ordinariamente hombre de muy malas pulgas y que en aquella ocasión debía lógicamente tenerlas rematadas, pasear, con el rostro alegre como unas pascuas, su ojo complaciente por toda la reunión.

Blanca, siempre del brazo del duque, le salió al encuentro, y reinó involuntario silencio en todo el auditorio para escuchar sus palabras.

—He sabido que, al pasar por delante de esta casa, no ha querido usted seguir su camino sin dar á su gente algún descanso, acogiéndose por breve tiempo á nuestra hospitalidad. ¿No es así?

Segura ya la duquesita de su fuerza, dirigió esta pregunta al capitán con un tono que se diferenciaba bastante del que había usado antes con los voluntarios. Ignorando la disposición de espíritu en que le había puesto Ricardo, creía, como todos, que vendría á imponer su voluntad y le salía al encuentro dispuesta á hacerle frente.

Pero el Tordo en todo pensaba menos en eso. Desconcertado, sin embargo, por el aire de helada cortesía, pero firme, de la joven, no menos que por la gracia altiva de su persona, apenas abrió á balbucear:

—Eso es... Mi intención... ¡pues, ya se ve! sí, era dar algún descanso á los muchachos... Digo... si no hay...

—¿Inconveniente? Ninguno, se apresuró á decir Blanca. La duquesa, mi madre, que en este momento está ausente y que yo represento, tendrá en ello mucho gusto.

—¡Viva el capitán! gritaron los voluntarios, que no las tenían todas consigo, contentísimos al ver el inesperado giro que había tomado el incidente.

—Supongo, dijo el capitán esforzándose torpemente por darse aires de jefe y atrapar su mal parada autoridad, que los chicos se habrán conducido... Vamos... como corresponde, con personas... y en una casa como esta.

—¡Oh! contestó Blanca, que advirtió, como el duque, en la sonrisa jovial y burlona de Ricardo algún misterio. Es toda ella bravísima gente y se han conducido muy bien. A ver. Servir al capitán.

Hecha esta indicación á los criados, Blanca dió la vuelta alejándose con el duque, mientras el albardero, que no era insensible á los buenos vinos y á los succulentos bocados, desprendiéndose del brazo de Ricardo, se entregaba con humor jovial á las satisfacciones del estómago.

El peligro estaba conjurado. Blanca y el duque, á quien molestaba mucho el airecillo fresco que soplaba en el jardín, se retiraron, no sin comunicarse antes sus impresiones.

— Muchas gracias, Blanca, dijo el duque. Ha sido usted la deidad bienhechora que ha apartado el rayo que amenazaba caer sobre mi cabeza.

—No sé qué decirle á usted, contestó la joven. El capitán me tenía con algún cuidado, y yo no hallo ningún motivo racional para atribuirme un influjo que no he tenido tiempo de ejercer sobre él. El traía intenciones hostiles y había subido á prenderle á usted. ¿Qué es lo que le hizo desistir de su propósito?

—El joven Cabañas es el que puede darnos la clave del enigma. Él se empeñó en que Eduardo y yo le dejáramos á solas con el capitán, y no ha podido ser otro el autor del milagro.

—El caso es curioso. Con efecto; en el gesto de mofa con que miraba á su compañero, podían leerse muchas cosas. Debemos á ese joven una grande obligación, pues ha librado á usted de grave peligro y evitado un terrible disgusto á nuestra casa.

—Ya comprende usted, Blanca, que yo no me hubiera dejado prender.

—Lo supongo, ñigo, lo supongo; pero ese era mayor motivo de alarma para todos.

En esto el duque se vió acometido de un penoso acceso de tos, que duró algunos segundos y puso fin á la conversación, retirándose después cada cual por su lado.

En el jardín seguía la fiesta báquica cada vez más encendida. Los voluntarios, á fuerza de probar vinos, se ponían cada vez más alegres, y el capitán, que ya lo estaba por causas independientes del alcohol, llegó, por el influjo de éste, aunque sin perder la cabeza, que tenía muy sólida, á los últimos límites de la expansión y de la familiaridad.

Eduardo, que observaba algo retirado aquel bullicioso cuadro, pensaba para sí que su prolongación no estaba exenta de riesgos, y en un momento en que García, fatigado de los esfuerzos que tenía que hacer para mantener las expansiones de toda aquella turba en un diapasón que no llegase á disonar, se apartó hacia donde él estaba, le dijo en voz baja:

—Me parece que ya sería tiempo de que esa gente se retirase.

—Hace rato que pienso yo lo mismo, contestó García en el mismo tono. Pero se conoce que el capitán ha tomado también gusto á la cosa y será un poco difícil apartarle de los fiambres y de los espirituosos.

En esto Ricardo, que paseaba con las manos metidas en los bolsillos y silbando alrededor de los grupos, examinándolos con la complacencia con que un autor examina su obra, acertó á pasar por cerca de los dos interlocutores.

García le hizo una seña y el joven se acercó, no sin fijar rápidamente sus ojos en Eduardo con gesto indefinible.

—Usted, Ricardito, dijo García con aire agasajador, que ha tenido hoy tan felices ideas, ¿no podría usted encontrar alguna capaz de librarnos cuanto antes de esta incómoda compañía?

—¡Pssé! contestó el joven, la cosa no es imposible.

—¿Cree usted que el capitán?...

—¡Oh! por el capitán no tenga usted cuidado. Aunque con un solo ojo, sabe ver muy bien lo que le conviene, y ahora le conviene mucho que la cosa acabe pacíficamente.

—Pues por lo que toca á los voluntarios... replicó García, aparentando no fijarse en el concepto misterioso que envolvían las palabras de Ricardo.



—¡Oh! no se fie usted. Los pobres no están acostumbrados á festines de este calibre y ha de costar el apartarlos. Dudo que el Tordo, á pesar del dominio que tiene sobre ellos... Con todo. ¿Usted me pedía una idea? Pues ahí vá. Haga usted preparar un carro con buena vitualla, jamones, salchichones, botellas... pero con aspecto muy llamativo, que esté todo bien á la vista.

—Comprendo, comprendo, dijo García riendo. Y cuando esté listo lo hago pasar por aquí...

—Y entonces el capitán, de cuyo concurso respondo, no experimentará gran resistencia en separarlos de este festín, llevando, como llevarán, otro delante en perspectiva.

El plan de Ricardo dió el resultado previsto. En el momento oportuno, el joven hizo un guiño significativo al capitán, que dió la orden de ponerse en marcha, aunque no sin temor de tener que afrontar la resistencia, si no de toda, al menos de una gran parte de la banda. Así fué en efecto, pero los voluntarios se dieron á partido en cuanto vieron desembocar en el jardín aquel carro ideado por Ricardo tan lleno de halagüeñas perspectivas.

Los voluntarios no quisieron, sin embargo, abandonar aquel recinto sin ver á la duquesita, la cual, avisada oportunamente, tuvo que salir al balcón principal del palacio á saludarles con el pañuelo.

La banda se alejó al fin, llenando el aire con sus aclamaciones, y Ricardo, al verla ya á distancia, dijo para sí con aire pensativo:

—Sospecho que ese hombre me ha robado el dinero; pero ¡vamos! no estoy arrepentido. Los dos mil duros se ganaron mal... ¡muy mal! pero se emplearon bien.

(Continuará).



## LA MODA DE PARÍS

Con el otoño y los primeros chubascos la gente ha regresado. Las fricleras parisienses buscan la manera de orientarse por entre las modas nuevas. Sin haberse cambiado en absoluto, ha experimentado ya la *toilette* modificaciones muy visibles. Han ido ya fuera las largas faldas que limpiaban las calles y se han desterrado los vestidos que sujetaban las caderas, viniendo en cambio trajes holgados, ligeramente fruncidos alrededor de la cintura,



redondos, guarnecidos los bajos hasta media falda con lindos adornos, formando círculos, compuestos de marabúes, de pieles, de terciopelo Richelieu, de diagonales en felpilla, de terciopelo Enrique II, argelino, bretón ó Búfalo, cuyas tintas oscuras y graduadas, y sus rayas y cuadros producen efectos preciosísimos. El terciopelo, en sus infinitas variedades, es el rey del día.

M.<sup>ms</sup> Lipman, que dirigen la moda más que la siguen, componen trajes en terciopelo de la mayor elegancia, con adornos de marta zibelina, de zorra ó de *skung*. La capa, de terciopelo también, va realzada con idénticas pieles. En concepto de vestidos para paseo, indicaremos el de Carlos X, novedad que acaban de inventar M.<sup>ms</sup> Lipman y que confeccionan en piel de topo, en zibelina y castor, ó también en tejidos diagonales y en paño doble gris y reseda, castaño y ocre, dalia y oro. Los vestidos de noche, reunión ó teatro nos llevan á los tiempos de las *merveilleuses*, con el pequeño corsé, el talle corto y la tela de vestido cayendo floja. Hemos visto cosas lindísimas en este género en los talleres de aquellas artistas. La mujer que con ellas se vista será personificación de la juventud y la belleza.

Los sombreros son objeto de transformaciones tan importantes como las que sufren los vestidos, á juzgar por las últimas obras que hemos contemplado en los salones de M.<sup>ma</sup> Julia. Sus formas, movidas y caprichosas, se escapan á la descripción; sus adornos, sacados del cuerpo de todos los seres con piel y pluma; sus dimensiones, que van de lo más pequeño á lo más grande, acomodándose así á todos los trajes, hacen del actual sombrero un tocado armonioso que excita la envidia y atrae las miradas de las hermosas visitantes que acuden á aquel *home* encantador en busca de un sombrero inédito.

Con el aire vivo y áspero del otoño se seca y echa arrugas el delicado cutis de nuestras coquetas. Para evitarlo es bueno lavarse la cara varias veces con la *Rosée Orkilia*, porque, merced á sus propiedades higiénicas, suaviza la piel é impide las arrugas. Es excelente también para hacer crecer las cejas y las pestañas. Después de la loción, una chispa de *Poudre Orkidée* preservará la epidermis y le imprimirá brillantez. A los cutis secos, que han de ser tratados de un modo distinto que los crasos, los conservará con toda su pureza una fina untura, hecha todas las noches, con *Crème Orkidée*, salpicada con un poquillo de polvos de arroz.

Representa nuestro grabado un vestido de otoño inventado por M.<sup>ms</sup> Lipman, 2, *rue de la Paix*, hecho de lana turquesa, con la falda lisa, adornada al extremo de un volante con una pequeña pasamanería seda cruda y oro. El cuerpo, fruncido por delante, se halla sujeto al talle por medio de un cinturón de la misma seda cruda y oro, graciosamente cortado por el frente y formando tirantes por detrás. Las mangas, muy sopladas, van sujetas por un largo puño encuadrado por medio de pasamanería seda cruda y oro igualmente.



## MESA REVUELTA

Los viñedos que se cultivan en Europa ocupan una superficie de 9.189,561 hectáreas, mientras que los del resto del globo apenas alcanzan 392,000. Italia es el país que figura en primer lugar por su riqueza vinícola, pues cultiva 3.430,000 hectáreas; Francia sigue en segundo lugar con 1.837,000. En España los viñedos ocupan 1.505,000 hectáreas; en Austria Hungría 655,000, y en Alemania tan sólo 120,000, comprendiéndose en dicha cifra las 34,000 hectáreas que se cultivan en Alsacia y Lorena.

El promedio de producción anual de vino en Europa alcanza muy cerca de 117.311,000 hectólitros, y en las otras partes del mundo se cosechan 4.886,000. Italia produce 31 millones, Francia 27, Austria Hungría 9.841,000, Alemania 2.350,000 y Suiza 992,000. Argelia es el país de más producción vinícola, de los situados fuera de Europa, pues alcanza 2.500,000 hectólitros.

Bajo el punto de vista de la exportación, España figura en primera línea, pues exporta 9 millones de hectólitros, que representan la suma de 300 millones de pesetas aproximadamente. Francia sólo exporta 2.500,000 hectólitros, pero su valor alcanza la enorme suma de 251 millones de francos. Italia ocupa el tercer lugar con 2 millones de hectólitros, que representan unos 70 millones de francos. Los 731,000 hectólitros de Austria Hungría representan 43 millones de francos. Por último, Alemania exporta 193,000 hectólitros y Suiza 21,000.

Desde 1881 hasta 1891 los viñedos franceses disminuyeron en un millón de hectáreas (ó sea de 2.700,000 hectáreas á 1.700,000 aproximadamente). En 1881 la cosecha en Francia fué de 34.900,000 de hectólitros, en 1889 de 23.000,000 y en 1891 de 30.000,000 que valen 1,003,000,000 de francos, ó sea un promedio de 33 francos 60 céntimos el hectólitro.

La exportación de vinos franceses alcanzó en 1881 2.600,000 hectólitros; disminuyó en seguida á 2.100,000 y fué en 1891 de 1.800,000.

La importación en Francia de vinos españoles, portugueses, de Argel y de Túnez desde 1881 hasta 1887 subió de 7.800,000 hectólitros hasta 12.300,000 y en estos últimos años ha alcanzado la suma de 10 á 11 millones.

Por fin, para terminar esta curiosa estadística, diremos que, según cálculos que se han practicado, un español consume 115 litros de vino durante el año, un griego 109, un belga 104, un portugués bebe 96 litros, un italiano 95 y un francés 94.

El suizo consume 61 litros, un rumano 52 y un chypriota 51. En Austria Hungría el consumo alcanzó á 22 litros por individuo, en Alemania tan sólo 6, en

Bosnia 5, en Rusia 3 y en los Países Bajos y la Gran Bretaña 2.

Un danés bebe un litro por año al igual que un noruego; un sueco medio litro ó sea media pinta al año.

\*\*\*

El famoso Pablo Jones, queriendo pagar sus innumerables trampas, empezó por satisfacer las llamadas *deudas de honor*. Preséntase un artesano acreedor con su cuenta, pendiente de hacía meses, y el deudor le dice: —Amiguito, no tengo dinero.—Pues yo sé que esta mañana habéis pagado á otros acreedores cuyos créditos no son por cierto de mejor condición que la cuenta de mis trabajos y sudores.—Ya, pero eran *deudas de honor*.—Pues bien, la mía va á serlo (y esto diciendo tira á la chimenea la cuenta, con el reconocimiento de la deuda que lleva al pie). Luego que acabó de arrojar el papel, dijo Pablo Jones: —Tienes razón; ahora tu deuda es de *honor*. Ahí tienes el importe de tu cuenta.

\*\*\*

Para unir los fragmentos de cristal y los de porcelana se prepara una mezcla de clara de huevo y cal en cantidad proporcionada para constituir un cemento aglutinante, el cual debe ser usado luego en la preparación, pues al poco tiempo se endurece, y por lo tanto pierde sus propiedades aditivas.

\*\*\*

Para perforar el vidrio y el cristal se prepara una disolución de alcanfor en esencia de trementina; se toma una lezna ó una barrenilla, se calienta fuertemente la punta hasta que se enrojezca y se introduce en mercurio, lo cual le da una dureza extraordinaria. Después de esto se introduce la punta en la disolución de alcanfor, y se aplica al vidrio lo mismo que si fuera madera, teniendo cuidado de humedecer la punta de cuando en cuando hasta conseguir el taladro.

\*\*\*

Contra el dolor de muelas ensáyese el siguiente remedio:

Eter sulfúrico. . . . .	8 gramos
Alcanfor.. . . .	30 centigramos
Creosola.. . . .	4 gotas

Mójese algodón en esta mezcla, é introdúzcase en la cavidad de la muela cariada.

\*\*\*

La escena política jamás queda desocupada: bueno

ó malo, el espectáculo no cesa nunca, y este teatro no se cierra, ni suspende sus funciones, ni tiene entre actos: no obstante, sus actores no conocen el cansancio, ni dejan el escenario sino cuando de él se les arroja.—R. B.

\*\*\*

La soledad es al espíritu lo que la dieta al cuerpo.—VAUVENARGUES.

\*\*\*

Nada hagas que tu enemigo no pueda saber.—SENECA.

\*\*\*

Solamente en dos ocasiones has de hablar:

1.º Cuando sepas de fijo lo que vas á decir.  
2.º Cuando no lo puedas excusar. Fuera de estos dos casos, es mejor el silencio que la plática.—ISÓCRATES.

\*\*\*

Fíate siempre más de los que te necesitan, que de aquellos á quienes has hecho favores.—GUICHARDIN.

\*\*\*

Siempre conviene saber la verdad, pero no siempre es prudente decirla á todo el mundo.—PALISSOT.

\*\*\*

Si dices cuanto te acomoda, tendrás que oír cosas que no te acomodarán.—CHILORO (DE LACEDEMONIA).

## RECREOS INSTRUCTIVOS

Solución á la charada anterior:

NA-TU-RA

Solución al entre-ríos:

MARNE  
INDUS  
SENA  
SAAL  
IRTICH  
SAVE  
LANG-TSE  
PO  
ENISSEI

### CHARADA

*Primera* es un hombre inglés;  
*segunda* es género claro,  
además de un mono raro;  
lector, ¿la solución ves?

UN CAROLINO.

RAMONA DUNEVU

Combinar estas letras de modo que formen el nombre de un drama castellano.

M. B.

### MAZACOTE NUMÉRICO

9									
3	9								
4	2	0							
3	2	0	7						
7	3	9	6	7					
0	7	6	4	2	0				
0	7	8	7	0	4	7			
1	2	3	4	5	6	7	0		
8	7	3	8	7	6	4	7	0	
0	9	1	3	9	4	7	3	5	2
1	2	3	4	5	6	7	8	9	0
1	9	6	4	9	6	7	3	5	2
1	3	5	0	4	5	7	6	2	
1	3	5	0	4	5	6	7		
3	9	8	9	6	4	9			
8	9	3	2	6	7				
3	9	5	6	7					
5	6	9	0						
7	6	7							
5	3								
1									

1.ª línea, letra; 2.ª, nota; 3.ª, música involuntaria; 4.ª, mujer y flor; 5.ª, base de muchos edificios; 6.ª, personajes divinos; 7.ª, personaje profano; 8.ª, velos tupidos; 9.ª, minas musicales; 10, factotum; 11 (solución); 12, lo que ha pasado; 13, líquido rojizo; 14, nombre de mujer; 15, alto personaje; 16, ciudad heroica; 17, una mujer excepcional; 18, nombre de virgen; 19, nombre de madre; 20, lo que hacen los peregrinos; 21, letra.

Comunicado por don F. BLANCH, de Barcelona.

### ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los Sres. *Espasa y Comp.ª*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados todos los derechos artísticos y literarios.—IMP. ESPASA Y COMP.ª







H. BONG-15



EL BAILE  
CUADRO DE NEGRO







## MEMORÁNDUM

---

**G**RACIAS á la Providencia ha seguido la mejoría en la salud de nuestro amado Rey don Alfonso XIII. Los jugadores de Bolsa, que no desperdician ninguna ocasión de producir temores en los que poseen fondos públicos, aprovecharon la enfermedad del monarca niño para hacer circular por las Bolsas extranjeras rumores pesimistas, con los cuales consiguieron, por algunos instantes, su intento de hacer bajar los valores españoles. Por dicha pronto pudieron ser desmentidas aquellas alarmantes voces por los periódicos más autorizados de Francia, Inglaterra y Alemania.

\* \* \*

Un percance en el camino de hierro de Andalucía hizo que corriera riesgo la vida del eximio Presidente del Consejo, don Antonio Cánovas del Castillo. Una mala inteligencia ó un descuido del guardaagujas llevó el tren que conducía al señor Cánovas y á su esposa á una vía muerta en la estación de Manzanares, chocando el convoy con cinco vagones de mercancías. Aunque el choque fué muy violento y de él resultó destrozada la máquina, no ocurrieron, afortunadamente, desgracias personales, saliendo el señor Cánovas también ileso del siniestro. El sillón en que estaba descansando se hundió, á pesar de lo cual no recibió daño el Presidente del Ministerio, como tampoco su señora esposa, de lo cual se regocijó la inmensa mayoría de los españoles, que, sean cuales fueren sus opiniones políticas, reconocen las elevadas dotes de inteligencia y de gobierno que existen en el señor Cánovas.

\* \* \*

El Congreso geográfico que se ha celebrado en Madrid ha prestado al referido hombre político nueva ocasión para hacer gala de su elocuencia y de sus vastos conocimientos en la ciencia política. En su discurso de clausura resplandece un criterio firme, que se funda en la observación de las cosas y de los hombres, y que no se deja alucinar por la fantasía que da algunas veces por panaceas infalibles medios que resultan después completamente engañadores. Por esto, al ocuparse en el arbitraje, al par que ponderó sus excelencias en conflictos de susceptibilidad, indicando que por su mediación evitó España graves consecuencias, afirmó

á la vez que el arbitraje universal es imposible, dada la división territorial de Europa, y que jamás por un arbitraje se ha dejado de tomar ó de abandonar un territorio. Estas cuestiones, añadió el señor Cánovas, siempre se han ventilado en el terreno de las armas, y así ocurrirá en lo futuro. El arbitraje imperará y será aceptado mientras no llegue el verdadero *casus belli*; de no ser así, es una ilusión generosa, pero ilusión al cabo, imaginar que en adelante, y sean cuales fueren los progresos que se obtengan en la cultura social, puedan impedirse las guerras.

\* \* \*

El orden que reino en todas las sesiones del Congreso geográfico no brilló de igual modo en las del Congreso pedagógico, también celebrado en Madrid, con ocasión de las fiestas del Centenario. Hubo toros y cañas en una de las sesiones, gritando fuertemente los asistentes contra la presidencia y siendo ésta casi impotente para poner en paz aquel campo de Agramante.

\* \* \*

En Portugal se han verificado elecciones para la Cámara de los Diputados. Temíase que ocurrieran trastornos en algunos puntos, mas no se han realizado estos temores, antes las últimas elecciones han sido de las más tranquilas que han tenido lugar en el vecino reino. Muy felices se las prometían los republicanos, que trabajan allí infructuosamente por implantar sus ideas, imaginando que habían de triunfar en muchos distritos y que llevarían á la Cámara un poderoso contingente. Erraron por completo en sus cálculos, puesto que no pasarán de cuatro á cinco los republicanos que tomarán asiento en el Congreso. En Lisboa, que está muy minada por ellos, conforme sucede en algunas grandes capitales, abrigaban la seguridad de que los candidatos suyos saldrían en mayoría, y no ha sucedido así, puesto que de los cinco, tres pertenecen á los partidos monárquicos y dos al republicano. Contra éstos puede decirse que se libraba la batalla, ya que todos los demás partidos, es decir, los regeneradores ó conservadores y los progresistas, son fieles á la casa de Braganza. Éstos han vencido, según hemos dicho, debiéndose advertir que los datos manifiestan con elocuencia que es monárquica la inmensa mayoría de la nación portuguesa. Muchos electores dejaron de acudir á las urnas, y éstos, conforme acontece en todos los países, pertenecen sin disputa al partido conservador y monárquico, puesto que los electores republicanos y de ideas extremadas no dejan de ir todos á depositar su voto en los días de elecciones, y más aún cuando se les presenta batalla como en el caso de que hablamos. En Portugal se ha dado ahora el caso raro de haber sido derrotado el Presidente del Consejo en el distrito electoral que por espacio de veinte años había venido eligiéndole, con el consentimiento de todos los gobiernos.

\* \* \*

La huelga de Carmaux, que ya se va haciendo histórica, ha pasado por una nueva faz. Al fallo arbitral del Presidente del Ministerio de Francia, M. Loubet, se habían sometido las diferencias entre la Compañía y los trabajadores. Éstos pedían la reposición de M. Calvignac, causa del conflicto, en los talleres; la readmisión de los obreros condenados por el tribunal de Albi, por amenazas de muerte al director y allanamiento de su casa, y la destitución de M. Humblot, director de las minas. Y no pidieron más, porque ya sólo les faltaba exigir que se les pusiera en el puesto de la Compañía. M. Loubet dictó su fallo y en él decidió: 1.º que M. Calvignac fuese repuesto en los talleres, pero que inmediatamente se le diese una licencia por tres años, tiempo que ha de durar su cargo de alcalde; 2.º que la Compañía no tiene obligación de admitir á los obreros, que fueron condenados con justicia, pero sí la de aceptar á todos los demás, y 3.º que no procede la separación del director de las minas.

El Comité de los obreros no aceptó este arbitraje, fundándose en el principio de solidaridad. Todos los obreros, dijo, invadieron el domicilio del director, aun cuando no se haya condenado más que á algunos. Por lo tanto, éstos también deben ser admitidos, pues «todos somos solidarios,» según manifestó textualmente el referido Comité. Mientras esto ocurría, en la Cámara de Diputados protestaban contra el arbitraje MM. Clemenceau, Pelletan y Millebrand, defensores de los obreros, sin embargo de haberlo aceptado el primero de ellos en una de las últimas sesiones. Este proceder irregular se lo han echado en cara M. Basly, socialista, y M. Montel, radical, diciéndoles á aquellos diputados: «Cuando se acepta un arbitraje se tiene el deber de someterse á él sin observación y con mayor motivo sin protesta.» ¿Cómo acabará ahora este tristísimo asunto? Con razón anticipadamente decía acerca del particular el periódico republicano *Le Journal de Genève*:

«Los mineros de Carmaux se han decidido al fin á aceptar el arbitraje aceptado ya por la Compañía y aprobado por la Cámara. Es, empero, una situación bastante insólita y en todo caso difícil y delicada la de un Presidente del Consejo de Ministros encargado de intervenir en un conflicto de orden privado, (pues dígame lo que se quiera de esto se trata), para resolverlo soberanamente á riesgo de descontentar á una ó á otra de las partes y quizás á ambas. Si después de aceptado el arbitraje, una de ellas se niega á someterse á él, ¿empleará la fuerza armada para constreñirle á ello? ¿Acaso no se encontrará entonces comprometida la neutralidad del Estado? Y sobre todo, este precedente alentaría á todos los hombres, que no se entienden de obligaciones dimanadas de contrato, á tomar por árbitro al jefe del Estado, y esto acabaría por transformar su departamento en una oficina de conciliación para las cuestiones económicas y sociales, lo cual, por lo demás, estaría del todo conforme con el programa del socialismo del Estado.»

M. Loubet tuvo por fortuna la suerte de que los mineros resolvieran cesar en la huelga, dejando de seguir los primeros acuerdos del Comité.

\* \* \*

Ha fallecido en Roma el P. Liberatore, de la Compañía de Jesús, que contaba la avanzada edad de ochenta y dos años, y que fué en 1850 uno de los fundadores de la revista *La Civiltà Cattolica*, con los PP. Taparelli, Bresciani y Curci. En sus páginas trabajó sin descanso, dando pruebas de sabiduría en las ciencias teológica y filosófica, con la particularidad de aparecer su firma en el primer número y en el último dado á luz antes de su fallecimiento, en el que insertó un artículo sobre los estudios en los seminarios. El Señor habrá dado al alma del ilustre jesuita el premio reservado á los que pasan la vida defendiendo á la Iglesia.

\* \* \*

Dos acontecimientos artísticos hemos de registrar en esta Crónica. Es uno de ellos la apertura de la Exposición de Bellas Artes de Madrid, que este año tiene carácter de internacional. Miles de obras de pintura y escultura figuran en sus salas, algunas de ellas muy débiles y admitidas sólo por la excesiva benevolencia del Jurado y por la tendencia dominante hoy de dejar al público que falle en definitiva sobre el mérito de las producciones artísticas. Muchos artistas de renombre han dejado de acudir al certamen. Citanse de momento como trabajos salientes *El cardenal Cisneros en Illescas*, de Ferrant; *Cristo anunciando la destrucción de Jerusalén*, de Simonet; *Santa Catalina*, de Nogales; *Una huelga en Bilbao*, de Cutanda; dos paisajes, de Urgell; *Boria Avall*, de Galofre Oller; el grupo escultórico de Parera, *Gerona 1809*; el *San Luis Gonzaga*, de Reynés; el *San Francisco de Asís*, de Fuxá, y las esculturas remitidas por los Vallmitjana, padre é hijo. Es muy probable que en esta Exposición se acentúe la lucha entre los artistas que siguen las tradiciones nacionales y los que van tras del naturalismo, imitando á los pintores franceses é italianos.



Es el segundo acontecimiento artístico á que aludimos, los conciertos dados por la Sociedad Catalana en el Teatro Lírico, bajo la dirección del maestro Nicolau. El gusto por la música clásica se va extendiendo, y la prueba se halla en el religioso silencio con que han sido escuchadas todas las piezas ejecutadas en los expresados conciertos. La página magistral de Wagner, sacada del segundo acto de *Parsifal*, ha producido mayor entusiasmo á cada audición, porque se han ido apreciando mejor sus innumerables bellezas y su grandiosa inspiración. El maestro Nicolau y la sociedad que dirige han alcanzado un merecido triunfo. La cuerda, en particular, ejecutó pasajes con gran maestría, que son augurio de mayores progresos todavía en otras temporadas. Cuando las empresas de teatros abarraganan cada día las aficiones del público con obras gastadas y anticuadas y con interpretaciones desdichadas, es agradable encontrarse con un grupo de artistas que va con fe por camino contrario, fomentando el gusto por la música de los grandes maestros.

B.



## VIAJE POR ESPAÑA EN 1492

### III

#### LO QUE FUÉ REINO MORO DE GRANADA



UANDO el comendador de Santiago, Juan de Vera, fué á Granada por mandado de los Reyes Católicos para estipular una tregua con el rey moro Muley Hacen, con tal de que éste aprontase el acostumbrado tributo de dinero y cautivos, recibió del altivo emir la siguiente respuesta:—*Id y decid á vuestros soberanos que ya murieron los reyes de Granada que pagaban tributo á los cristianos, y que en Granada no se labra ya oro, sino alfanjes y hierros de lanza contra nuestros enemigos.*—Y es fama que nuestro rey don Fernando, como en aquella sazón andaba empeñado en la guerra con Portugal, llevado de su impaciencia por contestar con la fuerza de las armas á aquel denuedo del musulmán, solía exclamar:—*Yo arrancaré los granos á esa Granada, uno á uno.*

Diez años de empeñada guerra costó al rey Católico el cumplimiento de esta promesa; pero la cumplió; como se cumplió también la triste profecía que pronunció un anciano santón cuando en 1481 vió entrar en Granada los cristianos aprisionados en la sorpresa de Zahara, que fué chispa que encendió la guerra.—*¡Ay, ay de Granada!* dijo el santón: *Las ruinas de Zahara caerán sobre nuestras cabezas: plegue á Alá que yo mienta, pero el ánimo me da que el fin del imperio musulmán en España es ya llegado.*

Los reyes Católicos arrancaron uno á uno los granos de la arrogante Granada: Alhama, Alora, Coin, Cartama, Marbella, Loja, Málaga, Baza, Almería, y por fin la famosa corte de los emires. Esta serie de empresas, que pusieron término á la empeñada lucha de ocho siglos, que la España cristiana mantuvo contra los árabes, produjo tan general satisfacción é impresionó tan vivamente, que su recuerdo se ha conservado unido al sentimiento de la independencia de la patria. La poesía cantó los hechos de armas y las hazañas que desde luego alcanzaron celebridad. Las artes plásticas también hallaron fuente de inspiración en aquella epopeya. En la catedral de Toledo existe el mejor monumento que pudo dedicarse á perpetuar el recuerdo y á cantar las glorias de las guerras de Granada. Nos referimos á los relieves que adornan los respaldos de la sillería baja del coro de la Catedral primada, y que representan los asaltos, tomas y entregas de las plazas del reino moro. Es una verdadera historia de aquellos triunfos inspirados por la fe religiosa y alcanzados por la fuerza de las armas y de la política, trazada allí por el escultor con una riqueza de detalles aún más preciosa que los relatos de los cronistas, para quien desee conocer cómo guerreaban, cómo vestían, cuál era el porte y las maneras de vencedores y vencidos. Es una historia viva cuyo interés aumenta cuando sabemos que se hizo siendo arzobispo el gran cardenal Mendoza, actor principalísimo en la epopeya y sin duda

inspirador en la tal obra artística; y que su autor, el *maestre Rodrigo*, dió terminada la sillería en 1495, es decir, tres años después de la rendición de Granada; por lo cual excusamos encarecer la fidelidad de los asuntos y de los detalles de los relieves. El general olvido en que España tiene sus incomparables obras de arte y preocupaciones añejas han sido causa de que casi nadie se haya fijado en esa sillería baja, que corresponde al mejor período del arte ojival, y que es obra de verdadero mérito, por el sentimiento y la finura con que está tratada, y que fué hecha medio siglo antes que la sillería alta, en la que Alonso Berruguete y Felipe de Borgoña immortalizaron sus nombres. Mucho cambió el arte en este medio siglo: como que pasó del estilo ojival, última manifestación del gusto de la Edad Media cristiana, al Renacimiento del arte de la antigüedad pagana. Mas no por esto se piense que la sillería de *maestre Rodrigo*



RENDICIÓN DE MARBELLA. — Relieve de la sillería del coro de la catedral de Toledo

desmerece de la que esculpieron los otros dos famosos escultores, pues aparte de que cada una tiene su mérito dentro del estilo que la inspiró, para hacer el elogio de la primera basta recordar que el diligente investigador don Antonio Ponz, habló de ambas como de una sola y ensalzó el mérito de la obra sin establecer diferencia.

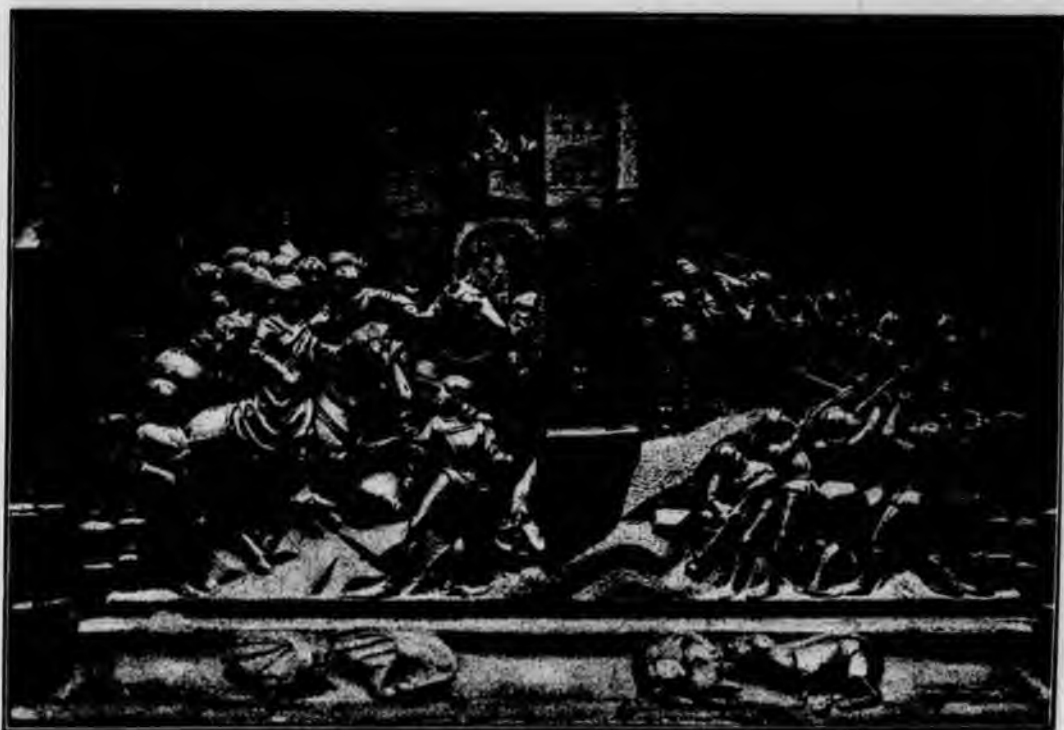
El lector juzgará del buen gusto de los relieves de la sillería por la reproducción de cuatro de ellos que aquí aparecen. Por lo demás, no vamos, por hoy, á considerar al *maestre Rodrigo* sino como émulo de los cronistas de las guerras de Granada, Hernando Pérez del Pulgar, Bernáldez y Pedro Mártir de Anglería.

Los cuadros históricos, tallados por ese artista en los respaldos de las sillas, formando en conjunto un friso de la sillería, son cincuenta y cuatro.—Cada uno de estos relieves, compuestos de numerosas figuras, algunas exentas, está bajo un arco rebajado, sostenido por grupos de columnas y sobre una ancha moldura adornada con animales fantásticos. Cada composición lleva grabado en caracteres góticos el nombre de la plaza cuya toma ó rendición representa;



sólo nueve cuadros carecen de letrero. Éstos, que son allí otros tantos timbres de gloria político-religiosa, proclaman en la parte de la Espítola los triunfos de Altorá, Melis, Xornas, Erejan, Alminia, Baza, Málaga, Salobreña, Almuñécar, Comares, Vélez, Montefrío, Moclin, Illora, Loja, Cazarabonela, Coín, Cartama, Marbella, Ronda, Setenil, Alora y Alhama; y en la parte del Evangelio, Nixar, Padux, Vera, Huesca, Guadix, Purchena, Almería, Rión, Castilferro, Cambril, Zayani, Castul, Gor, Camoria, Maxacar, Vélez el Blanco, Gurarca, Vélez el Rubio, Soreo, Cabrera y Alminia.

Véase en el relieve que representa la rendición de Marbella, cómo aparece el rey don Fernando, joven gallardo y victorioso, vestido de armadura completa de las llamadas *góticas*, que fueron las primeramente usadas, con su corona, recibiendo los homenajes del alcaide y demás



LA TOMA DE LOJA.—Relieve de la sillería del coro de la catedral de Toledo

autoridades de la plaza, que salen á recibirle humildemente á pie con trompeteros; véanse los peregrinos trajes de los moros, consistentes en *tabardos* ó especies de briaes, esclavinas de picos, turbantes con gorros altos y botas holgadas; véase la lucida escolta del rey, compuesta de caballeros armados con celadas aragonesas, uno de ellos consolando á un moro que viene á caballo, montado á la jineta, á diferencia de los cristianos, que iban á horcadas sobre la silla, afianzados sobre los estribos; véase la adarga que trae al brazo diestro el moro caballero, aquellas adargas de cuero que se fabricaban en Fez y ofrecían tan buena defensa para los envites de las lanzas y los tajos de las espadas. Véase cómo todo respira verdad y resucita ante nuestros ojos aquella victoria conseguida en el verano de 1485.

El relieve de la toma de Loja nos muestra la ciudad árabe con su puerta flanqueada de torres cuadradas, su triple cerco de murallas, desde las cuales con lanzas y aun con enormes piedras hostilizan los moros á los ballesteros y mosqueteros del ejército cristiano; mosqueteros, decimos, porque se ven dos soldados apuntando á los moros con cañones *de mano* ó especies de

mosquetes; y entre los ballesteros vestidos de jubones, calzas, zapatos puntiagudos y capacetes, es de notar uno que tiene el pie en la estribera de la ballesta y monta ésta sin gafa ni otro artificio con la mano. Quizá quieran representar estos ballesteros á los que trajo lord Scales, conde de Rivers, de la familia real de Inglaterra, y que con él auxiliaron á los sitiadores. Cerca del lugar de este combate se ven dos moros: uno de ellos acaba de ser herido; es Boabdil, á quien se reconoce por la corona, y que en efecto recibió una herida de los tiradores del marqués de Cádiz. Inútil resistencia es aquella, pues la puerta de la ciudad la está abriendo un atribulado moro, y el rey don Fernando con armadura y manto se precipita con su caballo á franquearla con su séquito de caballeros. Nueve días no más duró el cerco de Loja, que fué una de las empresas realizadas en 1486.

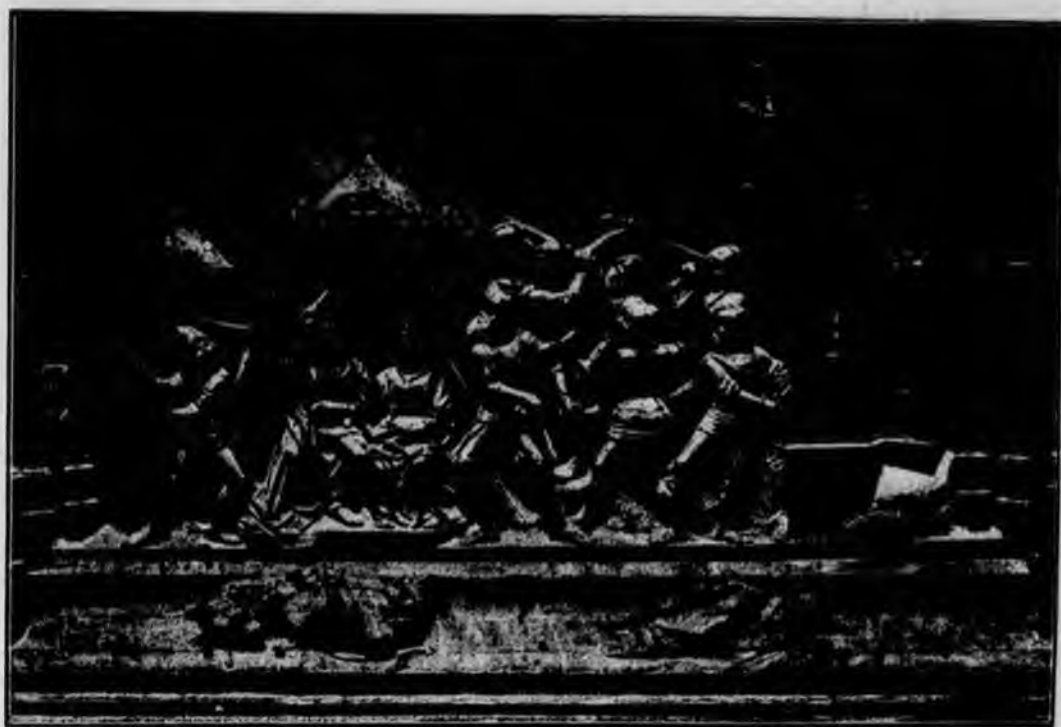


RENDICIÓN DE MOCLÍN.—Relieve de la sillería del coro de la catedral de Toledo

No menos dramática es la escena de la rendición de Moclin, efectuada en Junio de ese mismo año. En este relieve se ve la plaza y á sus moradores siendo víctimas de las llamas: el rastrillo levantado acaba de dejar paso á tres moros, también con amplias vestiduras y altos tocados, como en todos los relieves, demandando cese el bombardeo y el asalto; delante hay un mortero ó bombardita al cual acaba de dar fuego un soldado que aparta el rostro para resguardar los ojos del fogonazo; á la derecha, á caballo, aparecen los reyes don Fernando, en primer término, envuelto en un manto y montando á la jineta; detrás doña Isabel llevando un perrito sobre la falda; á su lado el célebre Gonzalo de Córdoba con birrete; delante de éste el alférez mayor con el pendón castellano; al otro lado está el gran cardenal, también á caballo, como los guerreros nobles que con él marchan al frente del ejército, uno de los caballeros con cota de malla, coraza y adarga morisca. Sin duda tuvo en cuenta el escultor-cronista que en Moclin se reunieron los reyes para proseguir sin descanso sus conquistas.

En dos cuadros distintos está representada la conquista de Málaga en la sillería toledana.

Uno de ellos, que es el aquí reproducido, contiene uno de los pasajes más interesantes de aquella empresa. Sucedió que viendo los moros que lo tenaz del asedio era presagio fatídico de su próximo vencimiento, hubo algunos de ellos que tramaron una conspiración para matar al Rey Católico, y no faltó un fanático, un santón de Guadix, llamado Abraham el Gerbí, alma de la conspiración, que se hizo prender y llevar á los reales del ejército sitiador, y allí pidió ser conducido á presencia de los monarcas. Mandó la Reina que le llevasen á la tienda inmediata, donde estaba la marquesa de Moya jugando al ajedrez con don Álvaro de Portugal, y pensando que éste era el rey se abalanzó á él con un alfanje en la mano y le hirió. El agresor fué preso y luego muerto. En el relieve aparece el moro, dirigiéndose alfanje en mano á los Reyes, que están sentados en un solio bajo su tienda; un grupo de soldados le detiene y levanta



EPISODIO DE LA CONQUISTA DE MÁLAGA.—Relieve de la sillería del coro de la catedral de Toledo

sobre él las espadas, mientras un personaje sale de la tienda inmediata á los Reyes, en actitud de acometer al moro. Viste éste un traje algo extraño, con el que sin duda quiso representar el artista un disfraz del audaz atentador. Desde las murallas de la plaza observan la escena algunos de los sitiados. Las tiendas de campaña, los trajes, las armas, todo ofrece un interés arqueológico que excusamos encarecer.

Buen contraste ofrece con ese moro otro también malagueño, y de los más principales, llamado Dordux, que fué el que intervino en los tratos de la entrega, y á quien el Rey Católico premió con la libertad y la de sus parientes y deudos hasta cincuenta, que fueron los únicos moradores árabes que tuvo Málaga cuando pasó á ser ciudad cristiana.

De todas las ciudades conquistadas, aparte de Granada, Málaga era la más importante por su actividad comercial, mantenida desde los días remotos en que los fenicios eran señores del Mediterráneo. La Málaga árabe estaba por todas partes circundada de murallas, con su ronda de adarve y su foso, sus dos puentes sobre el río Guad-al-Medina, uno en el camino de Ante-



quera y otro más abajo; sus puertas, la de Granada y de San Buenaventura, mirando casi al Norte; la de Antequera al Occidente. A este mismo lado, frente al mar, el castillo hoy llamado Atarazanas; al Oriente, la gran alcazaba; en ella, por el Mediodía, la puerta de *la Caba*; entre ambos fuertes, en un punto avanzado sobre el mar, se juntaban las murallas formando el castillo de *Ginoveses* con la puerta de los siete arcos. Fuera del recinto, frente á la torre del homenaje, en la alcazaba, estaba enclavado en una eminencia el castillo de Gibralfaro. Tenía, además, cuando fué conquistada, dos arrabales, uno en lo llano al Occidente, cercado también de fuertes muros y de torres, y el otro hacia la parte del mar (el Perchel). En este arrabal encontraron los conquistadores *muchas huertas é casas caídas*, según decir del cronista. Huertas hubo por toda la ciudad y sus cercanías.

En la alcazaba había una torre con aposentos suntuosos, semejantes á los de la Alhambra, que servían de morada á los emires cuando iban á Málaga.

Estaba la población dividida en catorce partes y cada oficio reunido en un punto ó calle determinada. Había, como en Granada, una *Alcaicería*, ó sea *lonja de mercaderes*, y junto á ella una mancebía. Había varias *alhóndigas*.

La *morería* era el barrio que después de la conquista se señaló para Ali Dordux y los ciento sesenta moros únicos á quienes se permitió vivir en la ciudad. Pero estaban ya derribadas muchas casas en 1489, amenazando ruinas otras. La casa de este Ali Dordux estaba junto á la mezquita, á la mano izquierda entrando en la morería.

De todas aquellas casas de la ciudad árabe sólo una se conservó hasta hace poco más de unos veinte años. Era de planta rectangular, constaba de dos pisos, tenía su portal, su característico patio rodeado de galerías con arcadas sustentadas por columnas sin basa y al fondo una sala de toda la altura del edificio, decorada con zócalo de azulejos, adornos geométricos é inscripciones y techumbre de madera formando lindas lacerías. Por la fachada, el piso bajo sólo estaba acusado por un hueco: la puerta, que era de arco de herradura, inscrito en un *arrabá* de ladrillo con adornos en las enjutas. Este detalle era bastante para indicar que aquel patio, al cual daban las habitaciones, era la parte más importante de la morada árabe.

Igual suerte que esta casa siguió una casa de baños que se conservaba cerca de *Atarazanas*, y otros restos. De aquella cuádruple corona de muros con que se erguía la alcazaba, sólo quedan restos de dos, algunas torres y una puerta con arco de herradura. Desfigurado se halla el castillo de Gibralfaro y las Atarazanas no existen.

La destrucción de la Málaga musulmánica data de la misma conquista. Una ciudad de tanta importancia comercial no podía, sin embargo, quedar en ruinas y abandonada. Así lo comprendieron los Reyes Católicos, y para repoblarla hicieron aquellos célebres *Repartimientos* cuyas escrituras aún se conservan en el Archivo Municipal. Encargan en los tales documentos los Reyes á sus repartidores «que repartan la dicha Alcayzería á quien entendieren que más prestamente ó mejor las podrán labrar de casas.» Dieron á la ciudad una carta de población y un fuero. Hicieron, en fin, de modo que aquel centro mercantil no muriese.

Famosas fueron, por cierto, las industrias arábicas de Málaga. En su tiempo merecieron alabanzas de Aljathib, Aben-Said y otros escritores árabes. Málaga tenía buenos criaderos de seda y excelentes tintes. Por los *Repartimientos* se sabe que los telares eran numerosos, y por aquellos escritores se sabe asimismo que estos telares producían una tela llamada *Waxi almodza-hab*, que venía á ser tisú de oro y seda, trajes de brocado, telas bastas y tapetes de lana. El conde de Valencia, don Juan, posee una cenefa de algún tapete ó prenda, de seda azul, con una inscripción de tisú de oro, en la que se lee en caracteres y lengua arábigos: *obra malacitana*.

Pero más fama que como tejedores alcanzaron quizá como alfareros los moros malagueños. Hacían de toda clase de obra, desde la de barro tosca hasta la loza vidriada. Favorecía la tierra de la comarca y tenían ellos suma habilidad para producir esmaltes de singular brillan-

tez. De los alfares de Málaga cree alguien que debió salir el magnífico jarrón que se conserva en la Alhambra, decorado con primorosas labores de gusto granadino y con dos antilopes.

Conquistado el reino moro de Granada, los *moriscos*, que al amparo de las benéficas leyes de los conquistadores siguieron viviendo allí, continuaron ejercitando sus industrias y embelleciendo sus productos con la tradición de su arte exquisito.

Muchos moros y moras se convirtieron. En el retablo de la catedral de Granada, que á su tiempo citamos, hay dos relieves que representan el bautismo de algunos de aquéllos: todos se acercan á la pila cubiertos con amplios velos. Así completaron su obra de reconquista los Reyes, á quienes, por estos actos y otros de que pronto nos ocuparemos, dió el Papa el título de *Católicos*.

JOSÉ RAMÓN MELIDA.

(Continuad).



Jarrón arábigo de la Alhambra



## RECUERDOS DE UN GRANDE HOMBRE

(CONTINUACIÓN)

V

LA REINA

**D**EL apartado occidente  
de las ignotas regiones,  
que sólo nuestro viajero  
por revelación conoce,  
ya el sol descendido había,  
dejando estos horizontes  
envueltos en vagas sombras  
de una sosegada noche;

cuando á Santa Fe llegaron,  
sin haber dejado el trote,  
caminando en gran silencio  
el extranjero y el joven.

A las puertas de palacio  
descabalgan, y veloces  
la regia escalera suben,  
sin que las guardias lo estorben.

Pues el paje de la Reina,  
á quien todos reconocen,  
le sirve á su compañero  
de seguro pasaporte.

Llegados á la antesala,  
donde damas y señores  
acaso esperan audiencia  
con distintas pretensiones,  
al piloto dice el paje  
que allí lo espere, y entróse  
á dar parte á su señora  
de estar cumplida la orden.

Vuelve al instante, y llamando  
al genovés, indicóle  
la respetada mampara  
que en cuanto éste entró cerróse.

En un camarín pequeño,  
vestido con pabellones  
de berberiscos damascos  
y una alfombra de colores;  
junto á un cuadrado bufete,  
que rico tapete esconde  
de carmesí terciopelo  
con franjas de oro y borlones;  
enfrente de un oratorio  
de concha, nácar y bronce,  
donde la imagen brillaba  
del Redentor de los hombres;  
y á la luz de dos bujías,  
de aquel breve cielo soles,  
que en candeleros de oro  
daban vivos resplandores;  
sentada en la regia silla,  
con la presencia más noble  
que jamás tuvo matrona,  
que jamás respetó el orbe,  
doña Isabel, la gran reina  
de Castilla y León, mostróse



á los admirados ojos

del genovés sabio y pobre.

Un brial de raso morado  
con castillos y leones,  
de perlas, esmaltes y oro  
en recamadas labores

era su traje. En su pecho  
brillaban, como en la noche  
los luceros rutilantes,  
las cruces que en los pendones  
de las órdenes guerreras  
son de la victoria norte.

Y de flamencos encajes,  
que regia diadema coge,  
una delicada toca  
ornaba su rostro, donde  
formando un todo divino  
de altas celestiales dotes;  
el más claro entendimiento,  
la virtud más pura y noble,  
el esfuerzo más gallardo  
resplandecían conformes.

Doña Beatriz de Galindo,  
que aún hoy conserva el renombre  
de la *Latina*, por serlo  
muy aventajada entonces,  
camarera de la Reina,  
señora de altos blasones,  
y esposa del gran Ramírez,  
del moro en Málaga azote;  
y Alonso de Quintanilla,  
letrado de claro nombre,  
tras la regia silla estaban  
de pie, y con humilde porte.

Todo lo notó el piloto,  
tanto esplendor deslumbróle,  
y en el suelo, de rodillas,  
á tal majestad postróse.

Con una sola mirada  
la Reina vió en aquel hombre  
de la inspiración celeste  
los divinos resplandores.

Y él de una mirada sola  
la grandeza reconoce  
y la inteligencia suma  
de la Reina que le acoge.

Tras de un sublime silencio,  
aunque brevísimo, donde  
la admiración y el encanto  
de entrambos á dos mostróse,  
con grande bondad la Reina  
que alce del suelo mandóle,  
que á la mesa se aproxime,  
y que de su plan la informe.

Obedécela el piloto,  
y con respeto tan noble  
se acerca, y á hablar principia,  
que la atención regia absorbe.

Y con tal convencimiento,  
con tal claridad, tal orden,  
con tan sencilla elocuencia,  
con tan potentes razones,  
sus asombrosos proyectos  
en breve discurso expone,  
que la gran Reina pasmada  
se le figura que oye

á un inspirado, á un profeta,  
á un ángel: y que son voces  
del cielo aquellas que escucha,  
y que en tal pasmo la ponen.

Abarca su entendimiento  
el vasto plan, que doctores,  
reyes, repúblicas, pueblos  
juzgan quimeras informes.

Ve la expedición segura,  
y ya en ignotas regiones  
triunfante la fe de Cristo  
con el castellano nombre.

Ve un torrente de riquezas  
que hacia sus vasallos corre,  
y una gloria y poderío  
que envidiarán las naciones.

Y superior á sí misma,  
del cielo ayudada entonces,  
ve aún más que el mismo piloto,  
aún más alta que él alzóse.

En entusiasmo y fe viva,  
germen de grandes acciones,  
abrasada su alma heroica,  
henchido su pecho noble,  
quítase la alta diadema,  
y de su pecho recoge  
las riquísimas insignias  
de incalculables valores;  
las joyas y pedrería,  
los brazaletes y broches  
que sus brazos y su cuello  
engalanaban, y pone  
aquella breve riqueza  
(breve sí, pero de enorme  
precio) encima del bufete,  
y «—Toma, dice á aquel hombre,  
» toma, emplea este tesoro  
sin que nadie te lo estorbe,  
en cumplir el pensamiento  
que Dios te ha inspirado.— Corre,

» vuela: — en naves castellanas  
mares nunca vistos rompe,  
arrostra las tempestades,  
tu estrella á los vientos dome.

» Lleva á ese ignorado mundo  
los castellanos pendones,  
con la santa fe de Cristo,  
con la gloria de mi nombre.

» El cielo tu rumbo guíe;  
y cuando glorioso tornes,

ó almirante de las Indias,  
duque y grande de mi corte,  
»tu hazaña bendiga el cielo,  
tu arrojo al infierno asombre,  
tu gloria deslumbre al mundo,  
abarque tu fama el orbe.»

En tanto que así decía  
Reina tan ilustre, sobre  
su cabeza colocaba,  
con altas aclamaciones,

un ángel, corona eterna  
de luceros y de soles,  
que mientras más siglos pasan  
adquiere más resplandores.

Con ella la admira el mundo  
y adoran los españoles,  
cuando absortos la recuerdan  
en tan importante noche.

DUQUE DE RIVAS

(Concluirá).





EN EL DÍA DEL SANTO

CUADRO DE A. RICCI



## NUESTROS GRABADOS

---

### EL BAUTIZO

CUADRO DE S. VINIEGRA

Cuando un artista de ingenio produce una obra, tras de ella aparecen muchas otras que pueden llamarse hijas suyas. Esto ocurrió con *La Vicarta* del malogrado Mariano Fortuny, la cual, por su donosura, por la elegancia de su composición y colorido, atrajo al instante las miradas de todos los pintores hábiles de aquende y de allende, quienes se esforzaron por imitarla y por seguirla. ¿A qué otra cosa obedece *El bautizo* de Viniegra que damos en este número? La disposición del cuadro allá se va en lo general con la que se advierte en la obra celebradísima del artista catalán. A la riqueza y garbo de los casacones bordados y de las faldas de raso que hay en *La Vicarta* sustituyen en el que reproducimos el espléndido color de los mantones de Manila y las líneas garbosas del traje de los chulos de ahora y de comienzos del siglo. Viniegra conoce al dedillo las gentes de Andalucía y aquellas que en Madrid compiten con ellas en rasgos genuinamente españoles. *El bautizo* es una escena andaluza, por la escenografía, en la cual figura una reja digna de emparejarse con las del Renacimiento en la catedral de Sevilla, por los personajes, quienes por las líneas del rostro y por su actitud y por su garbo proclaman su origen, más ó menos inmediato al Guadalquivir ó al Darro, y por las mismas flores de que está sembrado el pavimento, por ser la flor compañera inseparable de todos los regocijos y quizás también de todas las tristezas en las comarcas meridionales de nuestra España. Abundancia y facilidad en la composición, vida y expresión en todas sus figuras, elegancia en la factura, y en el color asimismo, puesto que Viniegra, como buen español, es colorista, constituyen los méritos

capitales del cuadro en que nos ocupamos, que ha sido celebrado así en la patria del artista como en el extranjero. A buen seguro que la galería de cabezas pintada en él ha sido sacada por el pintor de la realidad misma, en los barrios populares de Sevilla, Málaga ó Granada. El grabado, primorosamente hecho, es trasunto fiel de la obra pictórica.

### EN EL DÍA DEL SANTO

CUADRO DE A. RICCI

Conmover asunto es, en verdad, el tratado por el artista italiano Ricci en el cuadro que damos grabado en este número. Hay todo un poema de amor y de ternura en los dos viejecitos, marido y mujer, que se acarician como si estuviesen en la luna de miel del matrimonio. Trátase del santo de la esposa, y ¡qué mayor felicitación para ella, por parte del compañero de toda su vida, que la demostración de afecto que le hace al acariciarle la cara, acompañándola con el regalito de un collar de cuentas vistosas, á los que tan aficionados se muestran las aldeanas de Italia! Ricci ha estudiado, sin duda, las clases populares de aquella península, sacando de ellas los rasgos típicos que se ven en los dos ancianos, y buscando en sus costumbres la inspiración que ha sabido hallar para su obra, verdadero cuadro de género, que rebosa verdad y reúne al par un sentimiento noble que habla en pro de la vida de familia. El desempeño pictórico corresponde á la bondad del tema. Las dos cabezas son expresivas en grado superlativo, naturales las actitudes en ambos personajes, éstos bien agrupados, y la escena dispuesta con arte, siendo, á la vez, trasunto exacto de la casa de una familia italiana perteneciente á las clases populares.

# CANCIÓN POPULAR

DEL SIGLO XV

sacada de la obra de Salinas, DE MUSICA LIBRI SEPTEM, armonizada para cuarteto  
y transcrita para piano

POR

FELIPE PEDRELL

Moderato quasi lento.

CANTO.

¿A quién con - ta - ré yo mis  
¿Quién po - drá con - so - lar mis

PIANO.

pe - nas, mi lin - do a - mor?  
pe - nas, mi dul - ce a - mor?  
¿A quién con - ta - ré  
¿Quién po - drá con - so -

yo mis pe - nas, mi lin - do a - mor? ¿A quién  
lar mis pe - nas, mi dul - ce a - mor? ¿Quién po -

*rit. molto* *a tempo*

con - ta - ré yo mis que - jas, si á vos no? ¿A quién  
drá con - so - lar mis pe - nas, quién si vos no? ¿Quién po -

con - ta - ré yo mis que - jas, si á vos no?  
drá con - so - lar mis pe - nas, quién si vos no?





# ¡SOLEDAD!

NOVELA ESPAÑOLA

POR

D. C. SUAREZ BRAVO

## CAPITULO XVI

CLARO DE LUZ

Habla pues, ten por seguro,  
por malo que seas, señor,  
que nunca serás peor  
de lo que yo me figuro.  
(AYALA).

Cuando, libre ya el Sotillo de los importunos huéspedes, volvió la duquesa, ésta, que no tenía ganas de pasar otro susto, resolvió poner fin á la *vilaggiatura* primaveral y dar la vuelta á Madrid. Cuando cundió la noticia entre los invitados, todos juzgaron la resolución razonable. Era verosímil que los voluntarios, no acostumbrados á tan espléndidos recibimientos, hubiesen tomado gusto á la cosa; y como no les habían de faltar pretextos para repetirla, suponiendo que los necesitasen, la resolución más prudente era quitarles la ocasión. Blanca no opuso ningún reparo. Una vez pasada la aventura, en la que no dejó de representar un papel importante, volvió á su silenciosa pasividad y no se la vió más que á la mesa. Allí los comen-

sales, dando rienda libre á sus emociones, la abrumaron á lisonjas, pero ella habló lo menos posible, sólo lo necesario para que su silencio no degenerase en descortesía.

Al dejar los manteles, Eduardo, que, como nuestros lectores deben comprender, sentía involuntario embarazo, desde la escena de la biblioteca, en comunicarse con su hermosa prima, creyó que no se podía excusar de decirle algo alusivo á la ocurrencia.

—¿Sabes, Blanca, le dijo, que casi deberíamos desear los huéspedes de tu casa la repetición de lances como el de hoy?

—¿Y por qué, primo mío? contestó la joven fijando en él una mirada tranquila, pero con un eco de voz en el cual Eduardo creyó notar cierta interna vibración de tristeza.

—Porque es siempre agradable ver el rayo de sol que disipa la tormenta.

—¿Crees realmente que yo fui ese rayo de sol?

—Sí, por cierto. Nosotros difícilmente hubiéramos podido dominar á esa turba de hombres extraviados, por medio de la resistencia armada; pero tú lo conseguiste sin emplear otras armas que las de la belleza y el misterioso influjo con que Dios dota á algunos caracteres.

—Exageras, Eduardo. Aquella pobre gente era de buen natural, y nada más fácil que lo que yo he hecho, que ha sido conquistarla por medio de una bondadosa y hospitalaria acogida. De todos modos, si victoria ha habido en el asunto, sospecho que no he sido yo el general que la ha ganado.

—No lo creo así. Cuando llegó el capitán, la partida era ya nuestra. Es verdad que él venía ya vencido, según las apariencias. No sé cómo se hizo el milagro.

—Ese joven... el hermano de Luisa, es el que debe saberlo. Arrastraba al capitán como quien arrastra á un lobo domesticado.

—¿Y qué hubieras hecho, Blanca, en el caso de que la fiera hubiese llegado enseñando los dientes?

—Hacerla frente. No debía consentir que un huésped cobijado bajo nuestro techo, y un huésped como Iñigo, fuese víctima de tan brutal atropello. ¿En dónde estamos? Yo hubiera sido la primera en dar la señal de la resistencia.

Después de pronunciar estas palabras con acento firme, la joven dió un paso para alejarse.

—¿Te vas? dijo Eduardo.

—Sí, me siento algo fatigada. Te ruego que des las gracias en mi nombre á ese... ¿cómo se llama?

—Ricardo Cabañas.

—Sí, sí, es verdad. He modificado algo la idea que tenía acerca de él, y espero que á tí te pasará otro tanto. Creo que debéis entenderos. Las apariencias engañan mucho. ¿Quién sabe si él tiene la clave del enigma que te atormenta. ¿Cuándo piensas marchar?

—Mañana á primera hora, si no ordenas otra cosa. ¿Y tú?

—Supongo que la noche de mañana será la última que pasemos aquí. Mi madre tiene prisa de dejar el Sotillo. Adiós. Se entiende que en Madrid nos veremos á menudo.

Eduardo se inclinó, estrechando la mano que le tendió Blanca. Alrededor de los límpidos ojos de la joven observó como un ligero surco que parecía huella trazada por una sorda batalla interior. Cuando la vió de espaldas internarse en la galería por donde se comunicaban los diferentes departamentos de la casa, nuestro héroe ahogó un suspiro y sintió su corazón algo oprimido.

Mientras contemplaba distraído como el gallardo bulto de la duquesita se perdía en la penumbra, sintió que un brazo se enlazaba con el suyo y se encontró con el duque.

—Tenemos que hablar, le dijo empujándole suavemente en la misma dirección.

Eduardo con paso maquinal echó á andar, sosteniendo la vacilante marcha de su pariente, el cual continuó:

—Ya se sabe con qué clase de argumentos consiguió Cabañas cambiar los belicosos propósitos del capitán.

Aquí el duque refirió á Eduardo la conferencia celebrada por los dos en su habitación. El ayuda de cámara, que se había quedado dentro, como recordarán nuestros lectores, se la refirió á su amo con todos sus pelos y señales.

—Ese endiablado muchacho, añadió el duque, conocía mucho mejor que nosotros las teclas que había que pulsar, y la verdad es que yo le debo una grande obligación. Le ofrecí mi amistad en la ocasión que usted sabe, pero estaba muy lejos de imaginar que él se apresurase tanto á merecerla.

—La verdad es, dijo Eduardo pensativo, que el rasgo no deja de sorprenderme, porque revela un fondo que yo no sospechaba en él. Por otra parte, dados sus hábitos de disipación, no le creía con medios de ejecutar semejantes gallardías.

—Pues precisamente sobre eso quería consultarle á usted. Mi situación es un poco difícil. Ha sacrificado delicadamente dos mil duros, (y digo delicadamente, porque lo probable es que en aquellos momentos no sospechaba que hubiese quién tuviese aplicado el oído á la cerradura de la puerta), y si por un lado sería en mí una grosería querer devolvérselos, por otro me escuece aceptar en silencio esta deuda de gratitud. De todos modos, ¿no le parece á usted que el asunto exige que tengamos acerca del particular una explicación? He venido á la mesa preocupado con esta idea, á pesar de que desde la endiablada mojadura del otro día, mis pulmones me sirven todavía peor que de costumbre, y estoy muy necesitado de descanso; pero antes de hablar á Ricardo me ha parecido oportuno consultar el caso con usted.

—La obligación en todo caso sería general, observó Eduardo.

—No, dijo el duque interrumpiéndole. Yo era la única persona amenazada. A mí es á quien venía á prender la banda, y habiendo, como hay sin género de duda, obligación, á mí exclusivamente compete pagarla ó agradecerla.

—Pues ahí tiene usted á Ricardo, solitario y entretenido en mirar al techo; actitud mediatunda bien ajena á sus hábitos inquietos. Diríase que está buscando la solución de algún problema.

Así era la verdad. Al cruzar paseando por la galería, vieron en uno de los gabinetes de la izquierda á la persona aludida, tendida sobre un sillón, con las piernas cruzadas y en la postura indicada. Estaba solo y la ocasión era propicia. Eduardo quiso discretamente retirarse.

—No, venga usted, murmuró el duque: usted representó un papel en el prólogo de la aventura y natural es que asista al epílogo.

Ricardo, al ver á los recién venidos, clavó en ellos su vista inquieta y pareció contrariado y un si es no es confuso. El duque, sin advertirlo, se acercó con aire que no carecía de solemnidad y se sentó á su lado. Eduardo le imitó, aunque con disgusto de tener que intervenir en la conferencia.

—Me alegro mucho, señor Cabañas, dijo el duque, que se haya presentado esta ocasión de que hablemos sin testigos, no porque yo no tenga mucho gusto en que todo el mundo sepa la gratitud que le debo, sino porque en los medios por usted empleados para apartar el peligro que me amenazaba, hay algo que puede obligar al amigo, y, ya sabe usted que yo lo soy suyo, y muy sincero, á pedirle que le permita hablar del asunto.

—¡Niño, no le comprendo á usted, contestó el joven, mirando á sus dos interlocutores con gesto que parecía más receloso de lo que la circunstancia exigía. Todo se reduce á que pude convencer á ese ignorante de capitán, metido de patas en un mal negocio, de que lo que intentaba era una barbaridad. Claro es, añadió al notar la sonrisa incrédula que se dibujó en el rostro del duque, que esto no dejó de exigir de mi parte alguna maña... Pero yo conozco un poco el género... sé hablar á esa gente en su lenguaje...

—Ya lo creo, dijo el duque jovialmente, y añadiendo después con seriedad al notar el aire



escamado del joven. Le advierto á usted que su conversaci3n con el Tordo ha tenido un testigo invisible, mi ayuda de c3mara. Sé todo lo que ha pasado y á qué precio compr3 usted la conversi3n del capit3n.

—Bien, ¿y qué? El que se propone un fin, tiene naturalmente que poner los medios. El albardero es hombre positivo, y hubo necesidad de acudir con él á argumentos positivos tambi3n. Yo le prometí que la cosa quedaría entre los dos, y aunque él se qued3 con ella, no por eso estoy menos obligado á la reserva. No se hable, pues, del asunto.

—Perdone usted, dijo el duque sonriendo, vengo precisamente para que hablemos de él.

Ricardo clav3 sus ojos en el duque, tiñ3 vivo rubor sus mejillas, y dijo levant3ndose con la voz alterada:

—Supongo, señor duque, que no vendrá usted con intenci3n de devolverme los dos mil duros.

—¡No, por mi vida! se apresur3 á decir el duque visiblemente complacido, al ver la noble actitud del calavera, que parecía cada vez m3s lanzado en el buen camino. Para demostrarle que considero á usted como uno de mis verdaderos amigos, pasar3 por encima de esa friolera consider3ndola como corriente y natural entre nosotros. Pero á condici3n de que, si por cualquier contingencia se viera usted en la necesidad de un auxilio de la misma clase, me dar3 usted el desquite, permitiéndome que á título tambi3n de amigo, haga en obsequio de usted lo mismo que acaba usted de hacer en obsequio mío.

—¡Oh, eso no tiene duda! dijo Ricardo tranquilizado y no sin experimentar alguna confusi3n al recibir tan expresivas muestras de aprecio de una persona como Iñigo. Estas cosas son corrientes entre amigos... como usted y yo.

El duque, sin advertir la tímida reticencia que envolvían estas palabras, se apresur3 á decir:

—Comprenda usted en el número á Eduardo, que lo es de los dos.

Ricardo se turb3 visiblemente al oír esto y fij3 la vista en Eduardo con expresi3n de angustia y confusi3n. Aunque éste hubiera deseado permanecer completamente ajeno á la explicaci3n, por motivos que el lector adivinará, no pudo dejar de sorprenderse al ver el embarazo en que puso á Ricardo la observaci3n de su pariente, y presintiendo vagamente el motivo, aguard3 con fría reserva la respuesta del joven.

Por breves momentos éste pareci3 vacilar, como si dos sentimientos opuestos batallasen dentro de su ánimo. Movi3 los labios dos ó tres veces, y por fin dej3 escapar estas frases ahogadas:

—No... no es posible que el marqués de la Puente sea mi amigo. Hay entre los dos...

—¿Qué hay, explíquese usted? dijo entonces Eduardo saliendo de su apatía, en vista de aquella actitud que justificaba sus vagos recelos.

El duque miraba á uno y otro, comprendiendo que había puesto involuntariamente en comunicaci3n dos corrientes, susceptibles de producir el choque eléctrico.

—Y bien, dijo Ricardo, dando salida á los sentimientos que avasallaban su coraz3n. Hay entre los dos una historia, que le da á usted el derecho de tratarme como al último de los miserables. ¿Quiere usted que le diga m3s?

En la manera arrebatada con que el joven dej3 escapar esta confesi3n, había algo que templaba las sensaciones tumultuosas que despert3 en el ánimo de Eduardo, pero dudando éste todavía si la historia á que aqu3l aludía era la relacionada con la catástrofe de sus amores, dijo afectando m3s tranquilidad de la que sentía:

—Si se refiere usted á una antigua historia de familia, en la cual por otra parte no pudo usted representar ning3n papel, y por lo tanto contraer ninguna especie de responsabilidad, crea usted que yo la tengo completamente olvidada, y no sería nunca en su examen m3s escrupuloso que lo fu3 mi padre.

—No, no es eso, replicó Ricardo levantándose, presa de viva agitación. Se trata de una historia reciente... de una miserable intriga dirigida contra usted... y lo que es todavía peor... contra Luisa... contra mi pobre y angelical hermana... Intriga que me inspiró no sé quién... el demonio del juego, ó mi propia maldad. Ya estaba yo poco contento de mi habilidad y no dormía á gusto; pero cuando esta mañana, recordando cierto tremendo lance de mi vida, caí en la cuenta de que el valeroso oficial que me salvó en él de una muerte inevitable... y usted eran la misma persona... Porque no tengo duda... Era usted... Mi corazón desagradecido trajo demasiado tarde el recuerdo á mi memoria... Todos estos días sentía mi ánimo trabajado por no sé qué gusano interior... que me atormentaba... Aquí me encontré en contacto con personas y ejemplos que me ponían cada vez más descontento de mí propio... Sentía vagos conatos, ¿por qué no he de decirlo? de ser hombre de bien; pero al convencerme esta mañana, como digo, de que había estado tejiendo infames ardides contra el hombre precisamente á quien tenía obligación de servir de rodillas, perdí toda esperanza de rehabilitarme. ¡Soy un miserable! Sí, ¡un miserable!

Ricardo, al decir esto, se paseaba como hombre que no puede ejercer dominio sobre sus impresiones. Si por un lado Eduardo, ante aquellas elocuentes muestras de arrepentimiento, sentía algún tanto desarmada su ira, no dejaba por otro de experimentar vivos deseos de conocer los pormenores de aquella negra intriga tramada contra él y contra la inocente Luisa.

—Hable usted, dijo con mal disimulado ímpetu. Ya que ha levantado usted la punta del velo, acabe de descorrerle por completo.

Conmovido el duque al ver la situación de ánimo de Ricardo, y comprendiendo la necesidad de ayudarle en el difícil paso en que le veía metido, le dijo con bondad:

—Hable usted sin recelo, Ricardo. Tanto Eduardo como yo tenemos bastante experiencia de la vida para no admirarnos de que haya usted pegado, por irreflexión ó por fogosidad de sangre, algún tropezón de los que hacen gemir á la moral. Lo que le distingue á usted de un modo evidente de los miserables con quienes se compara, es que éstos no experimentan nunca pesar por el mal que hacen, ni el deseo de repararle, mientras que usted nos está dando pruebas elocuentes de lo contrario. Hable usted sin empacho. No hay falta que no pueda borrar un noble arrepentimiento.

—Yo no puedo negar nada á ninguno de los dos, exclamó el joven con decisión, pero sin atreverse á mirar á Eduardo. Siento un frío de terciaria al pensar en la confesión que va á salir de mis labios, pero no retrocederé.

Ricardo, paseándose á ratos, deteniéndose en otros, hizo la dolorosa narración de la trama que nuestros lectores conocen, sin buscar atenuaciones, sin ocultar ningún detalle, y presentándose valerosamente á sus dos oyentes tal y como le hemos visto en los variados incidentes de esta narración. Aunque Eduardo, en algunos momentos, arrastrado por la fogosidad de las impresiones que el relato producía en su ánimo, le interrumpió con bruscas exclamaciones, en las que vibraba el dolor y la ira, Ricardo siguió adelante. Una ó dos veces, sin embargo, las interrupciones demasiado vivas de Eduardo estuvieron á punto de provocar un violento retroceso en sus propósitos; pero la intervención del duque, que ejercía un influjo evidente sobre su ánimo, le ayudó á contener las sugerencias de su demonio familiar, propenso á los arrebatos, y acabó su difícil relato, cubierta la frente de sudor y con la mirada ansiosa del que después de arrojarle voluntariamente á una sima busca con angustia quién le ayude á levantarse.

Eduardo, sin poder definir bien las sensaciones que le dominaban y las ideas que acudían en tumulto á su cabeza, no pudo dejar de sentirse conmovido ante aquella mirada que solicitaba la suya, y respondiendo á un gesto mudo, pero elocuente del duque, dijo con acento de compasiva sinceridad:

—Perdone usted, Ricardo, si alguna vez al oírle he podido con mis palabras agravar las asperezas de la confesión que con tan noble entereza acaba de hacernos. Yo no me creo con derecho á ser con usted más severo de lo que ha sido usted mismo. Usted acaba de rechazar, de un modo que le honra mucho, un pasado del cual no debemos ya ocuparnos, sino para remediar en lo posible sus consecuencias. Al hombre nuevo tengo yo mucho gusto en tenderle mi mano de amigo, deplorando que no pueda ser algo más que de amigo...

—De usted depende que sea de hermano, dijo Ricardo apresurándose á estrechar la mano de Eduardo, y con visibles muestras de enternecimiento.

—¡Bravo! exclamó el duque echando un brazo sobre los hombros de Ricardo. Se ha portado usted valerosamente, y este rasgo añade nuevos quilates á nuestra...

Pero Eduardo, á quien las últimas palabras de Ricardo habían abierto horizontes que creía cerrados para él, horizontes que comenzaron ya á tomar luz con los incidentes del relato, que ponían en claro la certidumbre del amor de Luisa, interrumpió al duque exclamando con los ojos fijos en el joven:

—Dice usted que de mí depende que seamos hermanos. ¿Sabe usted lo que esa frase significa para mí?

—Y lo repito, Eduardo; pero temo que usted haya lanzado su voluntad por otros caminos... Temo que ya mi pobre hermana no ocupe en el corazón de usted el lugar que antes ocupaba.

—Se equivoca usted. Amo á Luisa desde el día que usted ha recordado hace poco, y no he dejado de amarla. La narración de usted me la hace todavía más querida.

—¿De veras? dijo Ricardo visiblemente complacido, pero sin atreverse á manifestarle todo su pensamiento. ¿No ha tropezado usted después con alguna otra mujer capaz de eclipsar á mi hermana?

—No, mil veces no, dijo Eduardo con firmeza, comprendiendo la alusión de Ricardo. Aunque esa mujer existiera, y lo que es todavía más difícil, aunque hubiera fijado en mí sus miradas (contesto á la inverosímil suposición de usted), mi corazón no era libre. Luisa no dejó de ser dueña de mi albedrío, ni aun cuando yo creía que ya no me amaba. Pero, teniendo su palabra empeñada, ¿podrá retirarla?

—¿Pues no ha de poder? exclamó Ricardo. Yo no sé cómo... pero un empeño contraído sin libertad, no obliga ni puede obligar á nadie. Yo le diré toda la verdad... Bien veo que la red tejida por mí es diabólica... pero la romperé... ¡Pues no faltaba más! Hay de por medio, es verdad, compromisos de dinero...

—Ya sabe usted, dijo el duque interrumpiéndole, que está usted ligado conmigo por un pacto solemne... No creí que se presentase tan pronto la ocasión de tomar mi desquite. Los compromisos de dinero con dinero se deshacen.

—Me ha cogido usted, y por mil motivos no me creo con derecho á rehusar su generoso concurso. Mi padre se apresuraría ciertamente á saldar este triste déficit, pero deseo, á ser posible, no atormentarle ni darle nuevos disgustos.

Ya en este terreno, la conversación siguió muy animada por espacio de más de una hora, hasta que el duque, que sentía ya gran fatiga, tuvo que ponerla fin. Eduardo, al despedirse de Ricardo, le abrazó con gran placer de éste, no exento de confusión, y acompañó luego al duque hasta su habitación.

Al verse solo el joven, en vez de dirigirse á las habitaciones donde se hallaban los demás huéspedes, bajó la escalera principal y salió al jardín á refrescar su cabeza. Sentía necesidad de estar solo, de dar movimiento á su cuerpo y gozar en medio de la naturaleza, de la deliciosa certidumbre de ser amado. La memoria de Luisa, que en aquellos días flotaba en su imaginación envuelta en los tristes vapores de la duda y del desengaño, volvía radiante á enseñorear todo su ser, realizada por el sacrificio. Eduardo se acusaba de injusto y cruel por haber dudado



de ella, y hubiera querido volar por los aires para caer á sus pies y pedirle perdón de haberla acusado de ingrata. Todos aquellos deliciosos fantasmas del primer amor, que embellecieron su soledad, tomaban de nuevo con ímpetu posesión de su alma, que llenó exclusivamente la imagen de Luisa, de la suave deidad de los sueños de su juventud, de Luisa, de su primero y único amor.

—¡Me ama! ¡Me amó siempre! se decía á sí mismo, mientras caminaba sin conciencia por las grandes arboledas suavemente agitadas por la brisa de la noche. ¡Y pude dudarle ni un solo momento! Mujeres como Luisa no engañan nunca. Las apariencias contrarias, que tanto me atormentaron, son una prueba de las delicadezas de su alma. ¡Cuánto ha debido sufrir para imponerse voluntariamente un sacrificio tan grande y tan penoso! ¿Qué pensará á estas horas de mí, que, obedeciendo á un sentimiento de despecho, me alejé, dejándola sola y entregada á las amarguras de su inmolación, sin dar ni siquiera un paso por acercarme á ella? Pero ¡qué diabólica trama la que se urdió para separarnos! Yo, sin embargo, no debí caer en el lazo; me hallaba en la obligación de acercarme á ella, de pedirle explicaciones. Pensará, con razón, que el verdadero amor no se desalienta al primer tropiezo, y me acusará de alma fría y sin consistencia.

Abismado en estos pensamientos, Eduardo había subido con paso maquinal la escalinata del gran terrado, en el que débiles rayos de luna, atravesando una gasa de nubes, luchaban trabajosamente con las sombras que invadían todo el recinto. El joven detuvo repentinamente su marcha, y una sensación indefinible oprimió su corazón. De uno de los balcones salían reflejos de luz artificial, que se perdía sobre los violados matices de las hortensias. Aquel balcón daba á una de las habitaciones de Blanca, á la misma en la cual, la noche de su llegada, la sorprendió cantando la solemne y triste cavatina de *Norma*. Detrás de los cristales se hallaba sin duda Blanca. ¡Qué pensamientos ocupaban en tal momento el corazón de aquella alma solitaria y atormentada!

Eduardo, como si sintiera remordimiento de la media hora de felicidad egoísta á que se había abandonado, volvió apresuradamente el paso, pareciéndole, al bajar la escalera, que sentía vibrar en las tristes ondas nocturnas aquellas notas suaves y tristes que cantaban perdiéndose dulcemente entre los altos árboles:

manda in terra quella pace,  
che regnar tu fai nel cel.

(Continuad.).



## COLOMBINAS

**C**OLÓN fué un gran hombre. ¿Quién se atreverá á dudarlo? Pero ¡caballeros! los que llevamos más de un año abriendo los periódicos á diario y no encontramos más noticias que las referentes al ilustre genovés y su centenario, merecemos bien de la patria, por lo menos tanto como los Pinzones hermanos.

Hemos llegado á la saturación en eso del centenario.

Hace pocas noches, al empezar una partida, preguntó un jugador de billar á su contrincante:

—¿Cuál bola quieres, la *pinta* ó la *niña*?

Y al poco rato decía el otro, relleno de centenario:

—Ya te llevo ocho carabelas de ventaja; te daré la revancha, no á carambolas, sino á puerto de Palos.

Los que así hablaban debían ser parientes de Juan de la Cosa, seguramente.

¡Pobre Colón! ¡Cómo le estarán silbando los oídos! Especialmente el izquierdo, del cual debe habersele roto el tímpano; tal intensidad debió tener el zumbido, cuando un reciente fabricante de frases dijo que Colón *hizo brotar de las aguas un mundo nuevo*.

Este escritor merece otro centenario. Si no se le hace, cúlpese á la competencia que le hace otro *frasista* del género cursi.

Véanse algunas muestras:

«La flauta; *ese* barquillo relleno de armonía musical.»

«El granizo; bombones celestes que saltan sobre el entarugado, *ese* techo de las alcantarillas del gas.»

—¡A *ese*! diría yo.

Me parece que me he escurrido.

He llamado cursi á este género y me retracto.

Mi parecer es bien poco atendible ante el inmenso público que lee extasiado esas cosas sin coger la escopeta y salir en persecución de malhechores.

Son descubridores, no sólo Colón, sino su nombre.

A su recuerdo *brotan* eminencias por todas partes.

El que no ha figurado como miembro de la comisión del engrudo para pegar los carteles-programas, ha tenido el encargo de dorar los cascos de los caballos para la carroza que ha de representar las aduanas de Cuba.



Otros han tenido todo el mes pasado la sartén al fuego y se han dedicado á la fabricación de versos, loas, apropósitos y despropósitos para dispararlos al público en aquellos días de río revuelto.

Unos días antes de la cabalgata histórica se me presentó en casa un peón de albañil, que me honra con su amistad, á pedirme un loro disecado.

—Yo no tengo loros, le dije. ¿Para qué necesitas tú eso?

—Pues me está haciendo más falta que un traje de invierno. Aquí donde usted me ve estoy apuntado para ir en la cabalgata de Colón en calidad de indio zaragateca. Lo cual que nos dan tres pesetas por barba, con la condición de presentarnos con loro ó cosa que lo parezca.

—Es muy barato ese servicio.

—Y tan barato. El loro solamente vale los doce reales. Luego el frío que vamos á pasar; ya ve usted que nos piensan poner por todo traje una mano de pintura al temple en el pilón de la Cibeles.

—Siento no poderle complacer.

—Yo he venido á molestarle porque había oído decir que usted había estado en *el moro*.

—Sí; estuve en Tánger; pero allí no hay loros. ¿Y cómo te las vas á arreglar?

—A falta de otra cosa, voy á llevar al tinte un mochuelo vivo que tengo en casa, para que lo metan en el cuevo de lo verde.

—Bien pensado; y si no te quieres molestar, te presentas con una lechuga debajo del brazo; la cuestión es llevar algo verde.



Hemos tenido congresos de todo cuanto nos pudiéramos imaginar, incluso de nodrizas para casa de los padres, de espiritistas y de librepensadores.

El de estos últimos se chafó al comenzar. Hubo bronca, que decimos, y en verdad que lo he sentido, bien lo sabe Dios, pues quedan, así, sin dilucidar una porción de asuntos por demás interesantes y difíciles, sobre los cuales se hubiera hecho luz por medio de la discusión. Son entre otros:

«Influencia de los mirones en el juego del tresillo.

»Inconvenientes de casarse en martes ó en viernes.

»Desgracias que sobrevienen al que en ayunas se encuentra con un tuerto.

»Conveniencia de comer las aceitunas en número par.

»Sota, rey detrás, y si miente, caballo ó siete.»





Y otras cosas en que creen esos señores descreídos.

Por ser lo más socorrido, hemos tenido procesiones cívicas por todas partes. Los que en ellas han figurado son personas que de ordinario se ocupan en algo.

Mayor interés despertaran las tales procesiones á estar compuestas de todos aquellos que viven de mala manera.

Ninguna hubiera echado la pata á la de Madrid; ratas, espadistas, tomadores, blasfemos, ganchos, *croupiers*, chulapos, maletas, sablistas y demás gentecilla que forma la gran corporación de vagos y bohemios.



Hubiera tenido que ver.

Sitio para organizar tal procesión la plaza de los toros.

Curso, los centros y casinos en los cuales se haya probado ser cierto cuanto se delata en el «Manual del jugador.»

Hay que ir pensando en otro centenario, otra estatua ú otro monumento á alguien.

Estas cosas motivan la exhibición de concejales, alcaldes y otros señores que pasarían desapercibidos.

Un amigo mío, alcalde en grado mínimo, buena persona, aunque comerciante en aceite á la menuda, se hacía cruces al oír hablar de una Exposición retrospectiva. Él había oído hablar de la artillería de retrocarga, y por ahí, deducía que en dicha Exposición iban sólo á figurar objetos de los que se usan en la parte posterior, como

baticolas, maletinas de grupa, cogoterías, mochilas, polisones, coletas de torero y furgones de cola.

Una cosa práctica se ha conseguido con el centenario á Colón.

Ilustrar á las masas.

Y si no, vean ustedes la escena que sorprendí entre aguadores en una fuente pública:

—Oye, Farruguiñu, ¿sabes tú dónde está esu de la América? preguntaba uno.

—Sí, hombre, contestóle el que actuaba de disertante.

Tomó un trozo de carbón, trazó un círculo en la pared, diciendo:

—Este es el mundu, pongu pur acamparación,—y trazando un punto fuera del círculo, añadió:—pues aquí está la América.

MELITÓN GONZÁLEZ.

## MESA REVUELTA

La plata es un metal blanco cuyo peso específico es 10,40, algo más elástico y sonoro que el oro y se funde á la temperatura de 1,000 grados. Después del oro es el más dúctil y el más inalterable de todos los metales, se le puede reducir á hojas tan delgadas que 8,000 de ellas apenas tienen el espesor de 2 milímetros y medio, y de un gramo puede sacarse un hilo de 2,540 á 2,550 metros de longitud. La plata completamente pura es mucho más dura que el oro, si bien no lo es tanto todavía como el cobre; por eso cuando se quiere que las monedas, alhajas, utensilios y vasos que se fabrican con este metal puedan conservar su forma y resistir por mucho tiempo el uso que de ellas se haga, hay necesidad de mezclarla con una cantidad de cobre.

La plata se encuentra en la naturaleza bajo distintas formas, ya más ó menos pura, ya combinada con el azufre, ya con esta sustancia y el antimonio, ya con el cloro, bromuro, oro, arsénico y antimonio y el mercurio. Las minas de plata más célebres y ricas se hallan en Méjico (la de Guanajuato es la más rica del mundo), en el Perú, en Chile, en los Estados Unidos y en Colombia. En Europa las hay también muy importantes, en Hungría, Transilvania, Noruega, Westfalia, etc., etc. Con todo, el Nuevo Mundo provee cerca de las nueve décimas partes de la plata que circula en el comercio.

Este metal se extrae comunmente de su sulfuro, pero se encuentra también en algunas minas de otros minerales. Los procedimientos para la extracción varían según la naturaleza de las minas, su riqueza y el lugar en que se hallan situadas. Estos procedimientos casi todos consisten en reducir la plata al estado de metal, cuando no se halla en aquel estado y con un metal conveniente formar una aleación fusible, que pueda separarse por razón de su densidad y de las gangas en que se halla envuelto aquel metal.

Es inalterable á la acción del aire y del agua, por esta razón la designaban los antiguos con la palabra *noble*. Pierde el brillo á causa de la presencia accidental del hidrógeno sulfurado: este gas produce entonces un sulfuro de plata que tiene un color negruzco. Esto se observa particularmente en los objetos de plata que se hallan expuestos á la acción de las emanaciones de las letrinas. Las cucharas de aquel metal también toman un color particular si se ponen en contacto de huevos ú otros alimentos que contienen azufre. Para que vuelvan á tomar el brillo natural basta frotarlas con un poco de aceite ó de greda, ó bien con un tejido fino mojado con amoníaco; si á pesar de ello el color negro no desapareciera, lo mejor es sumergirlas un instante en ácido

clorhídrico hirviendo ó en una disolución de permanganato de potasa.

La plata se conoce desde la más remota antigüedad. Los alquimistas la designaban con el signo de la Luna ó de Diana á causa de que su color se parece al brillo de nuestro satélite.

\* \* \*

La mujer de un pobre leñador tenía la costumbre de ir cada día á cortar leña en lo más poblado de los bosques que cubren la cima de los Vosgos; este modo de vivir le bastaba para atender á sus necesidades y á las de su familia. Al salir para recorrer el bosque, confiaba el hijo que criaba á unos hospitalarios matorrales.

Pero privada de su querido niño ¿es posible que prolongue la ausencia? Una hora es para la amorosa madre un siglo de impaciencia. ¡Quién sabe si, presa de un súbito sobresalto, extiende el tierno infante sus débiles brazos en busca de su madre, llamándola á gritos, y con los labios secos espera en vano el pecho que ha de alimentarle!

Ya llena de angustia acelera el paso para llegar cuanto antes al sitio donde descansa el tierno infante entregado á un dulce y tranquilo sueño; ya se recrea pensando en los tiernos besos que va á prodigarle; pero he ahí que, en vez de su hijo, un terrible lobo con los ojos encendidos y la boca abierta se le presenta delante. No sabe lo que le pasa; el frío horrible de la muerte invade todos sus miembros por el temor de que la fiera no hubiese devorado ya su presa. ¡Loado sea Dios! un débil grito le anuncia que su hijo respira aún y que descansa sano y salvo en su cuna de hojarasca. La hambrienta fiera, no obstante, se precipita sobre su víctima, que va á ser devorada; ¡pero qué fuerzas tan maravillosas da á una madre el inminente peligro de su hijo! Se interpone valerosa entre el terrible lobo y el matorral y hace de su cuerpo una muralla para defender al niño. Al ver lo cual el lobo rugiente olvida la presa que antes esperaba y se dirige con furor contra la nueva víctima que se le presenta, la coge, la desgarrá y se sacia con su sangre. Mientras que aquella infeliz mujer lucha desesperadamente con la fiera, recuerda que lleva envuelto entre las faldas un cuchillo que puede salvarle la vida, y de pronto cobra nuevas fuerzas, que ya le faltaban, y hunde en el corazón del terrible animal el punzante acero. La fiera espira lanzando un espantoso aullido, mientras la madre, demasiado débil para tan tremendo esfuerzo, cae al lado del vencido lobo, exclamando: ¡*Salvad mi hijo!*

Sus planideros gemidos habían atraído á varios leñadores, los cuales se presentan para auxiliarla, y ven á su infeliz compañera tendida en el suelo y ensangrentada. Durante el horroroso combate, el niño (¡oh edad feliz, que no conoces los peligros!) ignorante del grave riesgo que había corrido su madre había entregado de nuevo al tranquilo sueño.

Entonces aquellas buenas gentes trasladaron á los dos á su cabaña, prodigando á la madre todos los cuidados que pudieran volverla en sí; pero sus esfuerzos son inútiles; está helada por el frío de la muerte.

Cuando ya nadie esperaba salvar á aquella generosa víctima de la ternura maternal, á alguien se le ocurrió poner la cara de la criatura junto á la de su madre; ésta hace entonces un ligero movimiento, su rostro se anima, abre los moribundos ojos y siente que un suave calorillo se esparce por sus extenuados miembros; reconoce al niño, le estrecha entre sus brazos, sin poder, empero, saciar su ternura. Es verdad que la terrible imagen de la fiera se le aparece, pero pronto la olvida, puesto que vive su hijo.

\*\*\*

Penélope, mujer de Ulises, rey de Itaca, acababa de dar á luz á Telémaco cuando su esposo marchó á la guerra de Troya. Su ausencia duró veinte años, y los pretendientes á la mano de Penélope, que eran numerosísimos, la apuraban para que eligiera á uno de ellos por esposo. No sabiendo cómo librarse de tantos importunos, manifestóles que no se casaría hasta que hubiese terminado un gran sudario destinado á envolver el cuerpo de Laerte, padre de Ulises. Empezó á tejer la tela, pero por la noche deshacía lo que había hecho por la mañana.

\*\*\*

El doctor Dauet aconseja para combatir el hipo rebelde la siguiente fórmula:

Valerianato de zinc. . . . .	5 centigramos.
Extracto de belladona. . . . .	1
blando de quina. . . . .	C. S.

para una píldora. Se tomará una cada hora.

\*\*\*

Para conservar los huevos destinados al uso doméstico, se puede emplear el medio de cubrirlos con aceite de linaza y colocarlos luego en un sitio resguardado de la humedad, sobre una capa de arena bien seca.

También puede seguirse el procedimiento siguiente: disolver nueve litros de yeso en medio barril, de tamaño regular, de agua, y colocados los huevos en una vasija ó tonel, verter encima la disolución y taparlo con un paño, que se cubre luego con yeso, y encima se vierte agua, que todas las semanas se renueva.

\*\*\*

—No daría yo por tí cuatro pesetas (decía un andaluz á un gallego que se paseaba por la plaza).

—La capa que llevo vale más, contestó el gallego.

—¡Es que ya cuento la capa, seor farruco! repuso el andaluz.

\*\*\*

A cierto seminarista ordenado, que tenía el vicio de contestar con un *distingo*, pegase ó no pegase, quiso el obispo ponerle en apuros en el examen, y le preguntó:

—¿Se puede bautizar con caldo del puchero?

—*Distingo*, ilustrísimo señor.

—¿Cómo *distingo*!

—Sí; con el caldo del puchero de V. S. I. no se puede bautizar, pero con el que nos dan en el seminario sí se puede.

\*\*\*

Un andaluz emigrado, residente en un pueblecito de Holanda, donde se hubiera muerto mil veces de hambre sin el apoyo de un criado muy listo que hablaba el castellano y el holandés, decía á otro andaluz viajero que acertó á pasar por aquel pueblecito:

—Paizanito, no puede usted figurarse lo borricos que son en esta tierra; hace unos veinte años que estoy en ella y todavía no entienden el castellano.

\*\*\*

Oyendo un farruco tocar la gaita á cierto sujeto andaluz, le dijo con el mayor candor: «¡Señuritu, osté *ha sido* gallego!»

\*\*\*

El estúpido es un necio que calla, y bajo este punto de vista es más soportable que el necio que habla.—SÉNECA.

\*\*\*

El que da hace una buena acción: el que presta hace un mal negocio.—PETIT-SENN.

\*\*\*

La *paciencia* es la fuerza del débil, y la *impaciencia* es la debilidad del fuerte.—\*\*\*

\*\*\*

Si amas la vida, economiza el tiempo, porque de tiempo se compone la vida.—FRANKLIN.



## RECREOS INSTRUCTIVOS

—No estaría mal que hablásemos un poco del dibujo: es materia muy importante, y, créanme ustedes, no tan preferida en los estudios como ser debiera; el color impresiona más los ojos y ahoga con sus esplendores la obra lenta, poco brillante, pero verdaderamente científica del dibujo, que es con relación al Arte lo que el esqueleto con relación al ser humano.

—[Hablar de esqueletos, don Segundo! por Dios, no los nombre usted ni por asomo.

—¿Y por qué, Clarita? su abanico y su sombrilla ¿podrían sostenerse sin armazón? Esta casa tan lujosa, por muchos tapices y objetos suntuarios que tuviese, de nada serviría si antes no se hubiesen trabado los materiales humildes y utilísimos que, como los huesos, se componen también de cal y otros minerales: el esqueleto da miedo, no puedo negarlo, pero es precisamente cuando ya no sirve; *ergo*, como diría un polemista de las antiguas universidades, mientras sirve no debe producir miedo, y sí admiración, que va desde tan perfecta máquina hasta el Supremo Ser que la ideara.

Pero si se trata de calmar susceptibilidades, le llamaré armazón; pues bien, el armazón del Arte es el dibujo, y el eje del dibujo es el raciocinio preparado por la memoria y ayudado por la imaginación.

Sofía sabe bien que el tiempo que se invierte pintando sin dibujar es tiempo perdido.

He visto que habíais comprado ustedes unos jarrones de loza con adornos en relieve, y además los colores especiales á prueba de fuego; con esos elementos se obtiene fácilmente un buen resultado, pero estéril, porque todo el mundo puede decorar jarrones y platos, y en casa de todas las amigas se hallarán dentro de poco los mismos productos de su paciencia, pero no de su ingenio. Yo trato de que ustedes decoren platos, jarros, placas y hasta frisos de pared, más que sea de un modo original y que haga honor á su gusto artístico: para ello es preciso preceptuar un poco: recuerden ustedes bien los siguientes aforismos que una larga práctica me ha sugerido:

1.º Todo objeto natural ó artificial puede convertirse en tema decorativo.

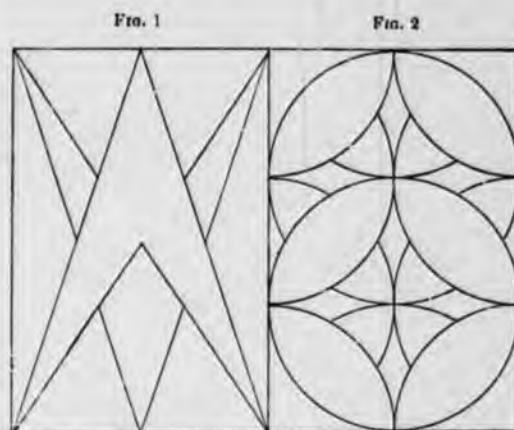
2.º La verdadera decoración consiste en *ocupar* el espacio sin *llenarlo*.

3.º Los temas deben ser siempre sencillos y bien acabados.

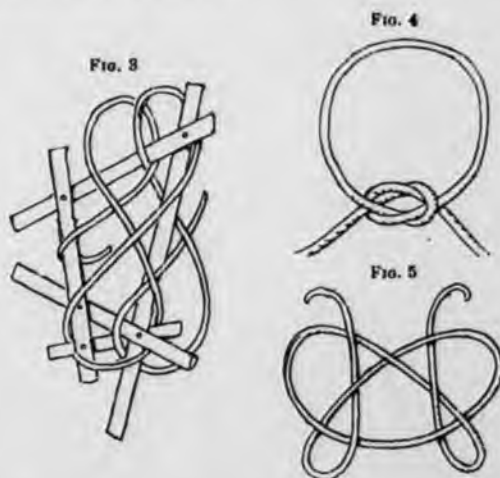
4.º El tono general de los detalles decorativos debe ser mate, y los toques brillantes muy escasos y acertados.

Pasemos á demostrar esas teorías.

Dada la forma geométrica que se quiera decorar, puede ocuparse con solas líneas rectas ó con círculos: la base de toda ornamentación geométrica está explicada con las figs. 1 y 2.



Dividido el perímetro en cuadrados iguales, se juntan líneas rectas formando triángulos ó se combinan círculos hasta lo infinito.



El sistema de decoración por medio de círculos se presta á muchas combinaciones, pero es difícil emplearlo en superficies convexas: cuando se trata de decorar con ellos un plato, por ejemplo, se dibujan sobre papel vege-

tal los dos círculos concéntricos de la parte plana y se calcan por separado de la parte cóncava. Así, pues, si las líneas bastan para decorar, ¿cómo no bastarán los objetos por insignificantes que parezcan?

El ejemplo está en las figs. 3, 4 y 5: las combinaciones de cuerdas, cintas y tiras dan enlaces muy curiosos como los de la ornamentación celta. Si se agregan á las curvas de enlace las líneas rectas de pajas, cañas ó palitroques, se obtienen efectos muy raros y tan naturales como se quiera.

De la fig. 6, que representa un helix terrestre ó cara-



FIG. 6



FIG. 7

col, se deriva una multitud de volutas, espirales, *rincaux*, arabescos y otras combinaciones de la línea espiral.

—¿Y esta otra figura, de qué se deriva?

—A ver si lo adivinan ustedes.

—De los cuernos de un carnero.

—De los ojos de un buho.

—Pues de dos caracoles unidos por la boca.

—Nada de esto; la forma que ven ustedes, y que realmente se asemeja á los dos cuernos de un carnero, de los que, según es fama, se compuso en su origen el capitel jónico, se deriva de un objeto animal que han visto muchas veces ustedes, sin ocurrírseles aplicar su simetría original á la ornamentación. Es la forma geométrica de la nariz de un perro.

—¡Canastos! nunca lo hubiera adivinado.

—Esto dimana de la poca atención que prestamos á lo que más inmediatamente nos rodea: no hay en el mundo nada caprichoso ni anómalo; y por consiguiente, siendo todo razonado y correcto, de todo puede el Arte extraer como de un crisol inmenso, la quinta esencia de la Natura; otro día continuaremos nuestras disquisiciones sobre el referido tema.

JULIÁN.

Solución á la charada anterior:

MAN-DRIL.

Solución al mazacote numérico:

E  
RE  
TOS  
ROSA  
ARENA  
SANTOS  
SAGASTA  
CORTINAS  
GARGANTAS  
SECRETARIO  
CORTINAGES  
CENTENARIO  
CRISTIANO  
CRISTINA  
REGENTE  
GERONA  
REINA  
INÉS  
ANA  
IR  
C

Solución al rompe cabezas:

UN DRAMA NUEVO

ENIGMA CIFRADO

A ver si sacas la cuenta  
que pongo en cifras cabales;  
*Mil, Cien*, dos veces *Cincuenta*  
y si cruda se presenta  
añádele tres *vocales*.

De esta cuenta original  
hallarás por resultado  
el nombre de un animal  
que en la región oriental  
es con justicia apreciado.

Comunicado por D. J. A. de Mataró.

ROMBO

. . .  
. . .  
. . .  
. . .  
. . .

Sustituir los puntos por letras de manera que leído vertical y horizontalmente den: 1.ª línea, vocal; 2.ª, en el mar; 3.ª, nombre de mujer; 4.ª, id.; 5.ª, vocal.

## ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.ª*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados todos los derechos artísticos y literarios.—IMP. ESPASA Y COMP.ª



LA BENDICIÓN DE LOS CAMPOS

CUADRO DE LAUREANO BARRAU







## MEMORÁNDUM

**E**REYÓ el Gobierno, con plausible criterio, que después del dictamen emitido por los facultativos de la Real Cámara sobre el estado de S. M. el Rey don Alfonso XIII, no debía ir la Corte á Granada, que era una de las etapas señaladas en el itinerario del viaje de SS. MM. á Andalucía. Dijeron los médicos que era buena la salud del Rey niño, pero que, convaleciente de una enfermedad, y en época del año en que son frecuentes las variaciones atmosféricas, no debía exponérsele á que su salud se resintiera de nuevo por estas causas y por las inevitables molestias de un viaje. Esto, que debían elogiar con entusiasmo todos los buenos españoles, fué, no obstante, causa de que se despertaran las iras de algunos vecinos de Granada y que estallasen en una lamentable asonada. Quemóse el palco levantado para inaugurar el monumento á la Reina Católica construído en aquella ciudad; fué incendiado un arco que se había arreglado para las fiestas, y pagaron también su parte á escote las casillas de consumos, para las cuales está siempre pronta la tea incendiaria, en cualquier algarada, sea por el motivo que fuere. Hubo gritos y hubo silbas á las autoridades, y por consecuencia de todo lo que allí pasó, los tres Ministros de la Corona, que debían presidir las fiestas, suspendieron su viaje. Sabe Dios en el fondo de todo lo que ocurrió quién llevaba la batuta. A buen seguro que escarbando algo se descubriría que los promovedores, los directores y hasta los autores mismos de la asonada obedecían á móviles políticos mezquinos, al modo de ciertas silbas que se le dieron al actual Presidente del Consejo en otra época no lejana. ¿Cómo no había de ser así? ¿Quién que de monárquico se precie y tenga en realidad de verdad sentimientos monárquicos, había de querer que se expusiese la salud y la vida del Rey don Alfonso XIII para dar gusto á unas cuantas docenas de personas amigas de zambras, deseosas de hacer negocio ó afanosas por farolear? Lo prudente, lo racional era lo que hizo el Gobierno, esto es, renunciar al viaje á Granada de SS. MM. el Rey y la Reina Regente. Muy reciente ha de estar en la memoria de los españoles de claro juicio lo que pasó con el malogrado Rey don Alfonso XII. Llevado éste de su ánimo varonil, de sus ímpetus generosos, no habiendo temido jamás ni á las balas ni á las inclemencias mayores del tiempo, fuése á Granada, en ocasión de los terremotos que affligieron á aquel reino, pasando por entre nieve, á caballo, horas y más horas, y contrayendo entonces la terrible enfermedad que privó á España de su Rey y á Europa de uno de sus más nobles y

mejores monarcas. ¿Queríase ahora que se repitiese en el hijo lo sucedido en la persona del padre? Alma de hierro tendrían los que esto anhelaban, sin que nunca semejantes deseos puedan excusarlos siquiera los fines políticos, por levantados que éstos fueren.

\* \* \*

Motín, mal dicho motín, algarada solamente, hubo también en Madrid con ocasión de las fiestas del Centenario. Da grima pensar en lo fútil del pretexto. ¡Porque no tocaron en la serenata una ó más de las bandas de música que debían hacerlo! Nos acercamos á los tiempos del Bajo Imperio, y con la impunidad en que ahora se les deja, se convierten ya los alborotadores en émulos de las fracciones de los azules y de los verdes de Bizancio. Es probable, empero, que también en el fondo de lo que ocurrió en Madrid hubiese algo que no era asunto de música. Es de suponer que alguien aprovechó la coyuntura para producir un nuevo conflicto y crear mayores dificultades al Ministerio, por si habla medio de llegar á una crisis y lograr su caída, que á esto aspiran siempre en España, por desgracia, los políticos de oficio cuando los suyos no ocupan el poder. Si á estos desahogos populares no se pone coto con mano enérgica, saldremos á motín por día, la autoridad á cada uno de ellos se dejará un jirón de su uniforme, y una anarquía mansa será el estado constante de la sociedad contemporánea. La debilidad, y á veces la indiferencia de los gobiernos, ante semejantes hechos, mal común hoy día á toda Europa, ha de traer días de luto si con tiempo no se produce una reacción saludable en el ánimo de cuantos intervienen en la dirección de los Estados.

\* \* \*

Carmaux es ejemplo de la anarquía á que nos referíamos. Dijimos ya en otro número lo que había ocurrido en aquel distrito minero, cómo había sido recibido el fallo arbitral de M. Loubet, al principio, y el cambio que se había realizado después en la conducta de los operarios. Este cambio obedeció á una debilidad del Ministerio francés. Los mineros condenados por el tribunal de Albi por haber allanado la casa del director de las minas, corriendo gran peligro la vida de éste, lograron del Gobierno el indulto que para ellos pedían sus compañeros. El efecto ha de ser terrible y las consecuencias las tocará muy en breve la industria francesa, y por lo tanto los mismísimos obreros de la nación vecina. Cuando los industriales comprendan que no pueden encontrar en el Estado amparo eficaz para el ejercicio libre y ordenado de su industria, antes que exponerse á dolorosas contingencias preferirán cerrar sus fábricas y talleres, liquidar su comercio, reunir lo poco ó mucho que su capital represente y vivir ignorados y tranquilos en cualquier rincón de su patria ó quizás del extranjero. De ahí á la pobreza nacional y á la miseria del pueblo no hay más que un paso.

\* \* \*

Agitáronse los ánimos en los Estados Unidos de América por causa de las pasadas elecciones presidenciales. De Mr. Harrisson y Mr. Cleveland, los dos candidatos en lucha para alcanzar aquel codiciado puesto, ha triunfado el segundo. Como allí todo se traduce en dinero, los partidarios de uno y de otro cruzaron formidables apuestas. La friolera de sesenta mil duros apostó uno de ellos hace poco en pro de Cleveland. A pesar de todo, se advierte en la actualidad una languidez mayor en los espíritus de la que aparecía en pasadas elecciones. También los *yankees* empiezan á sentirse cansados de estas luchas, máxime con el carácter que han tomado de algunos años acá en aquella República. La frecuente repetición, además, de las contiendas electorales es nueva causa de aburrimiento, por todo lo cual entienden los periódicos más sesudos que ha llegado la hora de introducir cambios en aquellas prácticas, á fin de devolverles el carácter serio que han perdido, y que es asunto igualmente de prolongar la duración del cargo de presidente para evitar al país esas repetidas crisis periódicas que turban su tranqui-



lidad y sus intereses, ya que cada una de estas fechas acusa una paralización de la actividad comercial que importa millones de dollars.

\* \* \*

«La vida es triste, el arte sereno,» dice una sentencia que oímos en boca de un insigne profesor catalán, y en la actualidad lo pregonan las Exposiciones históricas que se han abierto en Madrid, con el aplauso caluroso y unánime de tirios y troyanos. Sereno es en realidad el cielo del Arte, produciéndose en él repetidamente esos efectos de plácida armonía que se han atestiguado en la corte con motivo de las mentadas Exposiciones. No auguramos malamente al predecir que habrán de ser una fiesta de la inteligencia y del buen gusto. Todos dicen que las salas de las Exposiciones históricas son maravillas de riqueza y de saber artístico. La Reina Regente, como en todas las ocasiones en que puede hacerlo, ha enviado allí los más preciados ejemplares de la Real Casa, los cuales constituyen uno de los mayores ornamentos de las Exposiciones. Las catedrales y cabildos hállanse representados también por objetos de subido valor y de extraordinario interés arqueológico, aun cuando sólo sean en mínima, muy mínima parte, los tesoros que las iglesias de España han remitido á Madrid, sin duda por el natural y fundado temor de los peligros que con la traslación habían de correr necesariamente. Estas Exposiciones pueden traer resultados doblemente provechosos, si de ellas queda algo permanente en la forma de colecciones de fotografías, de reseñas ilustradas asequibles para todas las fortunas, de la publicación, en una palabra, por cuantos medios ofrece hoy la tipografía, de los ejemplares más sobresalientes entre los que figuren en sus catálogos. Esta obra de popularización sería el complemento fructífero de las Exposiciones históricas, por las cuales recibirá muchas y merecidas felicitaciones el señor Cánovas del Castillo, que fué su iniciador y que no ha cejado nunca en la tarea de llevarlas á cabo de la manera más acabada posible.

B.





## SILUETAS MODERNAS

### JULIÁN ROMEA

**S**ON de ayer y parece que vivieron hace un siglo. Apenas se ha extinguido el eco de los aplausos que un público entusiasta les prodigaba, y sus nombres van cayendo en la fosa del olvido.

Romea, Arjona, el mismo Valero, que acaba de bajar al sepulcro, Salas, Fernando Ossorio, Matilde Díaz, Mariano Fernández...

Pero, ¿qué más? Caltañazor, Teodora Lamadrid, viven todavía y yacen olvidados, recordando acaso sus glorias como un sueño, y asistiendo, por decirlo así, á su propia posteridad.

No es extraño. Los mismos poetas de su tiempo, á pesar de que han dejado en sus obras el testimonio de su genio, casi no viven ya más que en las bibliotecas, y la generación presente

va olvidando sus nombres, y á duras penas escucha las comedias y los dramas que hace treinta años oíamos con deleite y hasta con entusiasmo.

¿Cómo no ha de suceder lo mismo á los que interpretaron aquellas creaciones?

El artista dramático no deja ningún rastro de su talento. El que no le ha visto representar ha de atenerse á lo que le digan los que han asistido al espectáculo, y aun creyéndolos bajo su palabra, difícilmente podrá formar idea exacta de sus errores y de sus aciertos.

Cuando leyendo el *Otelo* encontramos aquello de

¿El color de mi rostro me ha impedido  
que mostrara el esfuerzo de mi brazo?  
Llámanme el moro, y para mí este nombre,  
lejos de vituperio, es un aplauso...

todos sabemos que el poeta escribió cuatro endecasílabos menos que medianos.

Pero cuando nos dicen que al recitarlos Isidoro Máiquez levantaba una tempestad de aplausos, los que no hemos alcanzado al gran actor trágico, ni tenemos idea de su voz, ni de su entonación, ni de su ademán, ni de su manera de expresar y de sentir, no podemos imaginar cómo los decía, ni adivinar de qué modo buscaba y encontraba el efecto.

Otro tanto se puede decir de Romea. ¡Cuántas obras dramáticas, unas buenas, muchas medianas, algunas malísimas, debieron á su inspiración grandes éxitos! Los que hoy leen un gran número de ellas, y no han alcanzado al eminente artista, no pueden comprender cómo el público llenaba el teatro una y otra noche para oírlas. Y lo cierto es que cuando él estaba en escena nadie se atrevía ni á respirar siquiera para no perder ni una sílaba.

A excepción de la tragedia, cultivó todos los géneros y sobresalió en todos. El drama, la alta comedia, la comedia de costumbres, el sainete, todo lo abarcaba. Vencía las dificultades tan sin esfuerzo, que puede decirse que para él no existían.

A la tragedia no llegó nunca. No tenía temperamento. Cuando en los últimos años de su vida representó *La muerte de César*, estuvo muy lejos de conseguir un triunfo, lo cual para él equivalía á un fracaso. Verdad es que ya le aquejaba la terrible enfermedad que le llevó al sepulcro, y también es cierto que la compañía de que era jefe no contaba con elementos apropiados para semejante empresa; pero yo tengo por seguro, que aunque su salud hubiera sido perfecta y los actores encargados de secundarle fueran otros, el resultado no hubiera variado mucho.

Julián no se conformó con el fallo del público, y escribió el folleto *Los héroes en el teatro*, en que demostró que tenía mucho talento, cosa que todos sabían, pero no logró demostrar que tenía razón. Su tesis era que, siendo los héroes hombres como los demás, debían hablar como todos. No es cierto; los héroes no lo son por lo que les iguala al vulgo de los mortales, sino por lo que les diferencia de ellos. Napoleón I tomaba rapé, pero á nadie se le ha ocurrido pintar al vencedor de Wagram aplicando los dedos á las narices ó sonándose con un pañuelo de hierbas. Quien tal hiciera, pintaría á un droguero en lugar de pintar al Capitán del siglo. La noche de la derrota de Waterloo, aquel genio de la guerra entró á descansar algunas horas en un miserable casucho de una aldea. Berthier, su jefe de Estado Mayor y su amigo, estuvo con él breve rato, y como al retirarse de la habitación reparara que encima de la mesa había un par de pistolas, quiso llevárselas disimuladamente. Napoleón, adivinando su pensamiento, le dijo:

—Podéis dejarlas. Yo no he de morir como un peluquero que riñe con su novia.

Tenía razón. Las grandes figuras de la historia no piensan, ni sienten, ni proceden como los hombres vulgares, y por consiguiente no pueden hablar como ellos. La entonación que conviene á Luis en *El hombre de mundo* no es á propósito para representar á Julio César en una tragedia, siquiera sea como la de Ventura de la Vega, en que el autor no quiso ajustarse por completo al molde clásico.



Pero fuera de este error pasajero ¡cuántos aciertos en la vida artística de Julián Romea!  
¡Qué encantadora naturalidad en la comedia! ¡Qué calor en el drama! ¡Qué elegancia en la apostura! ¡Qué sobriedad en los ademanes! ¡Qué exactitud en los detalles!

Romea, de aventajada estatura, fornido sin ser grueso, de aspecto varonil, no era guapo de cara; pero tenía un rostro expresivo, como pocos, y unos ojos pardos llenos de fuego que comunicaban al auditorio sus propios sentimientos.

No le gustaba pintarse, porque decía que era lo mismo que declamar con una careta. Vestía con singular elegancia, sin caer jamás en la afectación, y tenía el porte y las maneras de un gran señor. Era uno de los pocos actores á quienes no estorbaba el sombrero, y así como la mayor parte de sus compañeros, en cuanto entran en escena lo primero que buscan es un mueble donde dejarlo, él sabía conservarlo en la mano durante todo un acto con una naturalidad que demostraba estar familiarizado con los usos de la buena sociedad en que había nacido.

Tenía en el teatro no sólo el arte de decir, sino el de escuchar, y en su animado semblante se retrataban á maravilla las impresiones que le causaban las palabras de su interlocutor, de tal manera, que muchas veces se adivinaba la réplica antes de que la formularan sus labios. Este era uno de sus triunfos.

No era un gran director de escena, no por falta de inteligencia, que la tenía grandísima, sino por descuido ó quizás por un exceso de confianza en sí propio.

En el seno de la amistad solía explicar este abandono, diciendo á sus compañeros: «A los que tienen talento no hay necesidad de decirles nada, y á los que no lo tienen es inútil decirselo.»

El círculo de sus amigos era muy reducido, y á esto se debe que sus relaciones con la generalidad de los poetas dramáticos fuesen poco cordiales. Le daba pereza conocer gente y tenía un exclusivismo injusto para admitir comedias, cosa que le valió no pocas enemistades.

En su tertulia íntima, á la que asistíamos nada más que seis ó siete escritores, era delicioso. No he conocido á nadie que supiera más cuentos, ni que los contara con mayor expresión ni con tanta gracia.

Tenía gran partido con las mujeres, no sólo con las de teatro, sino con las damas del gran mundo, entre las cuales hizo no pocas víctimas, y cuando hablaba de esto solía decir que aquellos no eran triunfos personales sino escénicos, porque lo que buscaban en él las mujeres no era á Julián Romea, sino á Gloucester, á Sullivan ó al galán de *El Tejado de vidrio*.

He dicho que le costaba gran trabajo admitir comedias nuevas. En cambio una vez admitidas las estudiaba con grandísimo cariño y no perdonaba medio para hacerlas aplaudir. Cuando había que verle era en las obras que no gustaban. Nunca incurrió en la falta, tan común entre sus compañeros, de abandonar una comedia que se ve caer, recitarla de cualquier modo para salir del paso y hasta ponerla en ridículo para congraciarse con la concurrencia. Julián decía que pasarse al partido del público en el momento de la derrota era una indignidad. Y no la cometió jamás. Yo le he visto arrostrar las iras, y, lo que es más difícil, las chanzonetas de los espectadores, sin perder la gravedad, sin descomponerse y sin dejar de representar su papel con el mismo cuidado y con igual entusiasmo que si se tratara de una obra de gran éxito. Alguna vez, en medio de un temporal deshecho, consiguió arrancar un aplauso con uno de aquellos rasgos de inspiración que en él eran frecuentes ó con uno de los detalles delicadísimos con que solía esmaltar las comedias.

Aunque tenía una instrucción muy vasta, ignoro si sabía aritmética. En todo caso es lo cierto que no hacía números. Ganó mucho dinero, lo gastó lo mismo que lo ganaba, vivió oscilando entre la opulencia y la miseria y murió pobre.

Madrileño neto, por nada del mundo hubiera dejado de celebrar las fiestas populares. Antes hubiese empeñado el reló que dejar de comer besugo y cenar leche de almendras el día

de Noche Buena, ó prescindir de obsequiar á sus amigos con dulces y buñuelos el día de Todos los Santos.

No hablaba nunca de política, pero era un moderado con puntas y ribetes de absolutista. El que tanto amó el aplauso detestaba todos los demás ruidos. Y la libertad le molestaba por demasiado ruidosa.

EDUARDO ZAMORA CABALLERO.

## UN SUSPIRO

NOCHE serena, del dolor amiga,  
¡cómo tu encanto y apacible calma  
bajan del cielo, y la congoja dura  
templan del alma!

Ese de estrellas tachonado manto,  
con que tus hombros colosales prendes,  
sobre la tierra de sufrir cansada  
mágico tiendes.

Ya de la luna cariñoso rayo  
brilla en la fuente que su luz retrata:  
leve riela, y tembladoras finge  
cintas de plata.

Blando el murmullo del arroyo limpio  
suena pasando entre las flores rojas:  
mansas las auras con amante beso  
mecen las hojas.

Hora que calla la dormida tierra,  
muda gozando tu feliz sosiego,

noche serena del dolor amiga,  
oye mi ruego.

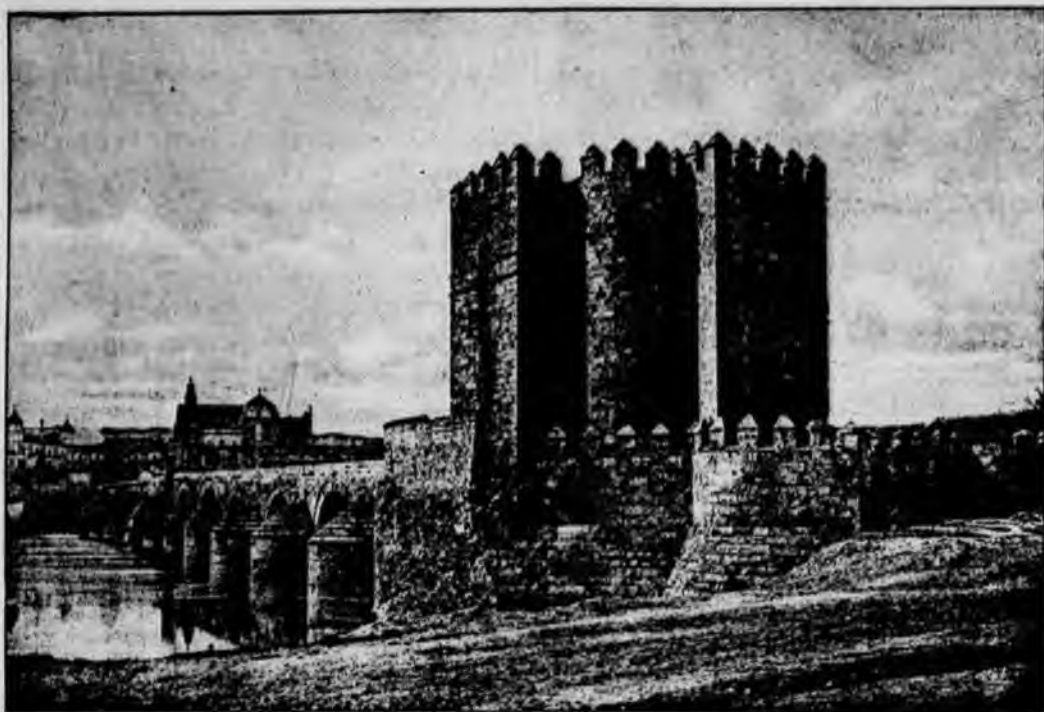
Lleva en las alas de tu dulce brisa  
llévale al ángel que adorando admiro  
este del alma enamorado y tierno,  
hondo suspiro.

Pero que ruegues á tu brisa blanda,  
plácida noche, el corazón quisiera  
que llegue á Elvira, y por sus dulces labios  
pase ligera.

Mira que horribles en el alma amante  
celos del día que la alumbra siento;  
mira que tengo, si sus rizos mece,  
celos del viento.

Deja el suspiro, y sin decir se aparte  
que es de mi pecho ni que yo le envío;  
no temas, noche, que al sentirle Elvira  
dude que es mío.

JULIÁN ROMEA.



CÓRDOBA.— Vista del puente romano y fuerte de la Calahorra

## VIAJE POR ESPAÑA EN 1492

### IV

#### CÓRDOBA



EMAMOS á los reyes don Fernando y doña Isabel en Granada atendiendo á los cuidados que pedían sus reinos, especialmente el acabado de conquistar. Entre los varios negocios que se les ofrecían ninguno tan difícil y tan incierto como el que les proponía aquel extranjero navegante, pocos años hacia tachado casi de hereje y de visionario en la asamblea de Salamanca. Nunca habría menos razón que hoy para recordarte, lector benévolo, lo que á fuer de español revive ahora en tu mente con satisfacción y con orgullo.—Harto sabes que tras de aquellos sinsabores de Colón, ocasionados por las dilaciones que daban al logro de sus esperanzas los recelos que despertaban sus promesas; cuando vió desechadas por exorbitantes sus pretensiones, desalentado, negándose á toda transacción y dándolo todo por perdido, se partió de Santa Fe (adonde la corte residía aún, sin duda en espera de que se habilitase para el objeto el alcázar de los emires) á principios de Febrero, con dirección á Córdoba y con ánimo de ir á ofrecer al rey de Francia aquella su idea, de la cual dice el mismo, al referir su primera entrevista con los reyes de Castilla y Aragón: «Pensando en lo que yo era me confundía mi humildad; pero pensando en lo que

llevaba me sentía igual á las dos coronas.»

Prestos debieron andar los amigos de Colón, el contador mayor de Castilla, Alonso de





CABEZA DE ESTUDIO

CUADRO DE GABRIEL MAX



Quintanilla, y el secretario racional de la corona de Aragón, Luis de Santángel, en hablar á la



Puerta de la catedral de Córdoba

Reina con palabras resueltas y convincentes en favor de Colón, hasta conseguir que la Reina,  
TOMO 1.—98.



comprendiendo entonces en toda su grandeza el proyecto de que se trataba, ofreciese tomarlo á cargo de su corona de Castilla, y tras esta oferta pronunciase aquellas memorables palabras: *Yo tomaré esta empresa á cargo de mi corona de Castilla y cuando esto no alcanzare, empeñaré mis alhajas, para ocurrir á sus gastos.* Prestos debieron andar la petición y la gracia, porque el correo que acto continuo se despachó para buscar á Colón y hacerle tornar, hubo

de encontrarle á dos leguas de Granada en el puente de Pinos.

Colón volvió á Santa Fe, aceptáronse sus proposiciones y el convenio fué firmado en Santa Fe misma por los Reyes en el memorable día 17 de Abril. El 30 del mismo mes, ya en Granada, en la Alhambra, firmaron la carta de privilegio en que le daban por adelantado la dignidad de Virrey, el título de Almirante y el tratamiento de *Don*, entonces solamente usado por los magnates; y al fin el 12 de Mayo, que era sábado, pudo Colón proseguir su viaje á Córdoba con muy distintos ánimos que en Febrero.

A Córdoba se había dirigido y á Córdoba iba ahora, porque allí le atraía, antes de poner manos en su empresa, el amor que le tenía y que le inspiraba una mujer y el cariño que profesaba á un niño. Ella era doña Beatriz Enríquez; el niño, que sólo contaba cuatro años, don Fernando Colón, fruto de estos amores, y con el tiempo hombre de mérito y de recto juicio.

Debió ofrecerse á Colón

el bello panorama de la ciudad de Córdoba por la parte meridional, donde el Guadalquivir la limita y el fuerte de la *Calahorra*, levantado por los árabes á la cabeza del puente romano, la defiende. Debió ofrecérsele cercada aún de sus pétreas murallas arábigas, fortalecidas por las torreadas puertas que tres siglos antes forzara el santo rey Fernando III. La *Calahorra*, con sus tres torreones cuadrangulares, dispuestos á la manera de los brazos de una cruz, y sus dos cuerpos cilíndricos en los intermedios; con su barbacana poligonal almenada, toda de piedra, se alza imponente en la margen izquierda del río, como llave del puente y centinela perpetuo de la ciudad. Por aquel fuerte avanzado y por aquel sólido puente de ojos



Interior de la catedral de Córdoba

semicirculares de severa traza y de recios estribos semicilíndricos de remate cónico, entraría sin duda Colón en la que fué corte de los califas, afamado centro religioso de los musulmanes y emporio de los adelantos en el segundo tercio de la Edad Media. Atestiguando estaban este pasado esplendor á los ojos del viajero que por el puente fuera, á la derecha la famosa mezquita, y á la izquierda el vetusto alcázar con sus jardines que descollaban sobre la muralla.

Colón era buen cristiano, y como tal, así que pasara el arco que entre el alcázar y la mezquita abría entrada á la ciudad, debió apearse de su cabalgadura y penetrar en el grandioso edificio, émulo un tiempo de la *Kadba* de la Meca, y convertido luego por san Fernando en templo cristiano. No pudo Colón, aunque extranjero, ser indiferente á la nombradía que como centro piadoso tenía entre los españoles la catedral cordobesa. En ella dieron gracias al Todopoderoso los Católicos Reyes, en 1488, por haber conseguido arrancar al poder musulmán las plazas de Loja, Illora, Moclin y otras no menos importantes. ¿Cómo Colón, al llegar á aquel primer puerto de sus afanes, antes de abrazar á su hijo, no había de entrar en aquel lugar santo, para dar también gracias al cielo por las que él acababa de recibir de los hombres?

Conservaba la catedral su disposición y trazado general de cuando había sido mezquita: conservaba sus recios muros de piedra, almenados, con sus torres albarrañas; por su fachada Norte el alto *alminar* á que se asomara el *muecín* para convocar á los fieles, torre cuadrada reconstruida y desfigurada en el siglo xvii; el gran patio, cuyo ambiente embalsaman los naranjos, rodeado por tres lados de galerías con arcadas, con sus cuatro pilas para las abluciones en los extremos, y sus dos aljibes, uno de ellos en el centro. En el interior, en aquel inmenso bosque de más de quinientas columnas que recuerda las salas hipostilas de los templos egipcios, columnas labradas y pulidas con sin igual esmero en ricos mármoles de la sierra, coronadas por capiteles de severo estilo árabe, cuando no son restos de los edificios romanos y visigodos por los árabes derruidos; en aquel fantástico juego de arquerías enlazadas, compuestas de dovelas de piedra y de ladrillo, alternadas, en aquellas techumbres de alfarje, decoradas con labores pintadas (después, y en mal hora, sustituidas por bóvedas); en los adornos de tracería y en las labores de *josefesa*, policromos y dorados, que visten las *arrabás* de los arcos y los muros que sirven de fondo á los intercolumnios, fastuosa decoración abrigada por los rayos del sol que traspasan las celosías; ante aquella oleada de la pompa oriental y aquel tesoro de la opulencia cordobesa: allí está la historia del Califato. Hállase primero lo que fué primitiva mezquita, la que levantó Abd-er-Rahman I, en la que palpita toda la rudeza del siglo viii y también toda la grandiosidad con que se anunciaba el proceso histórico de los árabes españoles. Detrás corre, de Este á Oeste, la ampliación de siete



Tras altar mayor de la catedral de Córdoba

naves que hizo Abd-er-Rahman II en el siglo ix, aun sobria y severa, cual corresponde á aquellos tiempos de azarosa lucha. Más detrás, la soberbia ampliación de Al-Haken II, el califa que conquistó la paz de que había menester el reino moro, y á favor de ella hizo desplegar en aquella especie de nueva mezquita, con su portentoso *Mihrab*, donde tantas generaciones de creyentes adoraron al *zancarrón* del Profeta; hizo desplegar, decimos, todas las galas y

bellezas decorativas con que se anunció en el siglo x el apogeo del arte arábigo cordobés. Las ocho naves que á la parte occidental corren de Norte á Sur, formando una ampliación lateral de la mezquita, y la última que recibió, fué obra, no diremos de Hixen II, sino de aquel su famoso y temido *hagib*, Almanzor, que continuó allí los esplendores artísticos del califa anterior.

Pero Colón no pudo, no digamos ver, sino soñar, como soñamos hoy, aquel recinto de setenta y cinco mil novecientos codos cuadrados, en su integridad musulmana; vióle desfigurado ya por la mano conquistadora; vióle con las arquerías rotas por los miembros de otra arquitectura, la arquitectura ojival, que perpetuó su espíritu cristiano en la capilla mayor, la cual es allí como un monumento del triunfo de la fe cristiana sobre el poder islama. Cuatro años hacía que el obispo don Iñigo Manrique había levantado aquella capilla en sustitución de la primera, hecha en tiempo de san Fernando, del cual datan



CÓRDOBA. — Portada del Hospital de Niños Expósitos

otras varias capillas. Tal ha sido siempre la suerte de las personas y de las cosas en las luchas del poder, y más aún en las luchas de las ideas: el vencedor ha impreso su huella en el vencido. Lo que en el terreno de las creencias es un triunfo legítimo, en el de las artes es una profanación. Y á este propósito no podemos menos de recordar, sin salir en nuestras referencias de la catedral de Córdoba, aquellas memorables palabras del nieto de los Reyes Católicos, el emperador Carlos V, cuando vió las nuevas obras que en su tiempo se hacían en el centro de la antigua mezquita: «Si yo tuviera noticia, dijo, de lo que hacíades, no lo hiciérades: porque lo que queréis labrar hallarás en muchas partes, pero lo que teníades, no lo



hay en el mundo.»—No se diría hoy más, ni cabe elogio más exacto del monumento levantado por los califas.

Lástima que, aun desfigurado, no conserve restos tan evidentes de su pasado el alcázar ó palacio de éstos, que, como hemos dicho, está inmediato. Como la *Alhambra*, debió ser un conjunto de edificios. Colón hubo de alcanzarlo modificado, puesto que allí se aposentaban los Reyes cuando iban á Córdoba. Aún debía conservar entonces toda su vasta extensión, con sus jardines á la parte occidental, al nivel de los adarves del muro. Hoy sólo queda la fortaleza cuadrada que reformó Alfonso XI, algunos torreones y restos del alcázar antiguo en lo que es palacio episcopal. El alcázar nuevo, hoy cárcel, se halla completamente abandonado.

No sólo los monumentos, sino la ciudad toda estaba desfigurada; y el mismo Colón, si no hubiese llevado su mente ocupada con los ensueños de las exploraciones que iba á emprender en el Océano, quizá hubiese exclamado, como exclamamos hoy: ¡Córdoba fué! Hay en las poblaciones, como en las personas, una edad de apogeo, de pujanza y de felicidad, que, pasada, nunca vuelve. Córdoba fué en Europa la Atenas del segundo tercio de la Edad Media; en el mundo islamita, la rival de Damasco, y, más aún, el centro religioso á que acudían en peregrinación los creyentes desde los puntos más extremos. Allí los sabios matemáticos, botánicos, alquimistas y médicos, de quienes irradió á toda Europa el perdido saber; allí los poetas y los artistas, maestros en la decoración. Conquistada Córdoba, los reyes cristianos contaron con un reino más, pero no con un emporio.

Aruinadas estaban, cuando la conquista, las iglesias de los *moğárabes*, ó sea los cristianos que hasta entonces habían vivido al amparo de los califas. Fué menester reconstruirlas, y para este trabajo se emplearon los *mudéjares*, ó moros que en recíproca compensación quedaron viviendo al amparo de los reyes cristianos. Hasta catorce parroquias se contaron, obra de los mudéjares, siete en la Ajarquía y otras tantas en la Almedina, con techumbres de lacerías primorosas y detalles mil del arte arábigo, que se mezclaba con el estilo ojival y se acomodaba á los nuevos usos, perdiendo su pristina pureza y su vigoroso carácter. El siglo de los Reyes Católicos sólo nos ha dejado la iglesia de Santa Marta y el Hospital de Niños Expósitos, cuya graciosa portada muestra todas las delicadezas de ejecución y los primores del estilo ojival en su último período, tanto en el trazado general de arcos y nervaduras, como en los calados, festones y doseletes, grumos y figuras, hojarascas y pináculos.

Tal es, con escasas diferencias, la Córdoba que alcanzó Cristóbal Colón, desde 1486, que fué cuando estuvo allí por vez primera, hospedándose en el convento de mercenarios, hasta 1492, cuando fué á compartir con seres queridos la dicha de haber alcanzado el apoyo que requería su arriesgada empresa.

Aparte del trazado de aquel laberinto de calles angostas y tortuosas, que delatan el origen árabe de la ciudad, debían existir entonces, aunque se emplearan para otros usos, algunas de aquellas 900 casas de baños públicos, de que habla la leyenda, y de las cuales sólo quedan hoy restos de dos.

De aquella casa á que Colón encaminaba sus pasos, como primer cuidado, antes de dirigirse á través de los mares en busca del Imperio del gran Kan, sólo queda el incierto recuerdo de que estaba en la calle Pedregosa, subiendo desde la catedral hacia el centro de la ciudad.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.

(Continuad).



## RECUERDOS DE UN GRANDE HOMBRE

### VI

#### CONCLUSIÓN

Bajo un cielo borrascoso  
que jamás mortal alguno  
visto había, en un inmenso  
mar encrespado y sañudo,  
do jamás altiva nave  
osó abrir incierto sulco;  
en una región extraña  
parte ignorada del mundo,  
una frágil carabela,  
casi imperceptible punto,

con grandes peligros lucha,  
y sin amparo ninguno

Las olas como montañas  
atajar quieren su curso,  
ya la arrojan contra el cielo,  
ya la hunden en el profundo;  
ya en sus costados se estrellan  
volando en espuma y humo;  
ya la anegan en torrentes  
de amargo espeso diluvio.

El huracán de otra parte,  
y no menos iracundo  
brama entre las rotas velas,  
cruje en sus mástiles rudos,  
silba en su jarcia deshecha,  
la arrastra con recio impulso;  
y la vuelca y la levanta,  
y combátela sañudo.

No se ve la faz del cielo,  
por el espacio confuso  
los relámpagos deslumbran,  
cruzan los rayos trisulcos,  
retumban y estallan truenos  
cual si reventara el mundo,  
y envuelto en cárdenas nubes  
el sol parece difunto.

Mas la frágil carabela  
sigue pertinaz su curso,  
y en tan espantoso caos  
lleva hacia occidente el rumbo.

Sin duda que se confía

en el talismán seguro  
del pabellón castellano  
que en su osada popa puso,  
pabellón que en aquel siglo  
al Omnipotente plugo,  
hacer de rara fortuna  
y de excelsas glorias nuncio.

Un mortal extraordinario,  
tenaz, inflexible, duro  
más que el bronce, el gran piloto  
genovés tranquilo y mudo,  
en la brújula ambos ojos,  
en el timón ambos puños,  
gobierna la dócil nave  
sin mostrar su frente susto.

Mas ¡ay! no tiene su temple  
de la ciega chusma el vulgo;  
y aunque esforzados, se postran  
los marineros robustos,

rendidos y amedrentados  
de tantos horrores juntos,  
de navegación tan larga,  
de porvenir tan confuso;

recuerdan la dulce España  
de su familia el arrullo,  
y recuerdos y temores  
abortan ciego tumulto.

«—Si vive desesperado  
este advenedizo iluso,  
y busca la muerte, muera,  
pero él solo.» Dicen unos.

«—¡Muera, pues, repiten otros,  
es un hechicero, un brujo,  
que aquí á perecer nos trajo,  
por sus designios ocultos!»

«—¡Muera, gritan todos, muera,  
y atrás volvamos el rumbo!  
¡A España! ¡A España!...» Y osados  
trocando en furor el susto,

á la popa se abalanzan,  
esgrimiendo el hierro agudo  
contra el heroico piloto,  
que desprecia sus insultos.

Y que, con serena frente,  
aunque con semblante adusto,  
«—¿Qué queréis? les grita osado,  
sin temor os lo pregunto.

«¿Qué queréis?» — ¡España, España!  
suenan en gritos furibundos,  
y el piloto les responde:

«—Con indignación lo escucho.

«Gente sin fe ni esperanza,  
cuando á coger vais el fruto  
de tanto valor y arrojo,  
de tanto peligro y susto,

«¿queréis tornarle la espalda?  
Que en vos volváis os conjuro,  
y el nuevo sol, os lo afirmo,  
será de ventura nuncio.»

La turba, como agitada  
por un satánico influjo,  
«—¡Muera!» repite, y desoye  
su acento noble y augusto.

El gran hombre ya resuelto  
deja el timón, y ceñudo  
avanzándose les grita:

«—Llegad, pues, matadme al punto;

«pero sabed, insensatos,  
que de vosotros, ninguno  
puede, desde estas regiones,  
hallar de la patria el rumbo:

«y que á mí tan sólo es dado,  
porque así á los cielos plugo,  
el dominar estos mares  
y el hallar puerto seguro.

«Matadme, pues, ¿qué os detiene?»  
La chusma en espanto mudo,  
no responde, y se deshace  
en terrorizados grupos.

Torna al timón el piloto,  
torna la nave á su curso,  
y todos á la obediencia  
aunque á despecho y disgusto.

Con la noche la borrasca  
cedió de su fuerza mucho,  
amansáronse las olas,  
más blando el viento se puso.

Y al rayar en el oriente,  
tras de los mares cerúleos,  
la nueva luz, ve el piloto  
á su frente un leve punto  
que alzándose lentamente  
de las olas, forma el bulto  
de azul monte, en cuyas crestas  
brilla el sol cual oro puro.

Se cerciora de que es tierra,  
y hacia el trono del Ser sumo  
ojos, corazón y brazos  
alza y le rinde el tributo  
de gratitud. Y en seguida,  
«—Mirad,» les dice á los suyos,



enseñándoles el monte  
con noble y triunfante orgullo.

La chusma, que ve la tierra,  
que ve el fin de tantos sustos,  
y en aquel piloto un ángel,  
convierte la rabia en culto.

Y arrojándose á sus plantas,  
del entusiasmo al impulso,  
grita, y acordes repiten  
cielo, tierra y mar profundo:  
*¡Viva Colón, descubridor de un mundo!*  
DUQUE DE RIVAS.





LA VIRGEN CON EL NIÑO JESÚS

CUADRO DE E. VAN HOVE

## NUESTROS GRABADOS

### LA BENDICIÓN DE LOS CAMPOS

CUADRO DE LAUREANO BARRAU

Siente Barrau particular cariño por la comarca de Olot en nuestro Principado, sin duda por ser una de las que conservan todavía con cierta pureza el aire antiguo y las costumbres típicas de Cataluña. Olot y sus inmediaciones le han proporcionado repetidos temas, en los cuales ha hecho alarde de su rara destreza en copiar el natural y de una ejecución franca y desahogada, que dió ya á conocer en su celebrado cuadro sobre la rendición de Gerona en 1809. Barrau sigue las huellas de los modernos naturalistas, y como ellos ha procurado en sus últimos lienzos tratar asuntos que pueda contemplar por vista de ojos, que pueda copiar directamente de la realidad misma. Barrau, empero, tiene sobrado buen gusto para no caer en ciertas exageraciones de la que se llama novísima escuela, y por ello evita siempre temas desagradables y más aún los repugnantes, no haciendo servir tampoco el arte de la pintura para la propaganda de ideas demoledoras. Muy al contrario, se encanta, conforme lo hemos indicado, con las costumbres tradicionales y con aquellas figuras que más se avienen con el carácter de Cataluña y de los catalanes en pasados siglos. De ahí que pinte cuadros, como el de *La bendición de los campos*, que damos en este número, en el cual la pintura de género llega á la idealidad, siendo muy verdadera y muy exacta, por virtud del sentimiento que domina en toda la escena y en cada uno de sus personajes. Tiene grandiosidad, la que ha reproducido en su cuadro, y en los sacerdotes, en el pueblo, en todo aparece un sentimiento delicado, religioso, que es el alma de la poética y cristiana costumbre de implorar los favores del cielo, bendiciendo los campos, en determinada época del año. En la comarca de Olot, como hemos indicado, la presenció Laureano Barrau, hizo profunda impresión en su mente y en su corazón, y le inspiró este cuadro pintado con gran desembarazo, vigoroso en la pincelada y en el color, y lleno de delicadeza que se descubre hasta en el mismo grabado que publicamos.

### CABEZA DE ESTUDIO

CUADRO DE GABRIEL MAX

El artista alemán, autor de esta pintura, es maestro en el arte de presentar una testa femenina con aire

ideal y con peregrina elegancia. Gabriel Max ha tratado en sus cabezas de estudio los tipos más variados, desde los vigorosos rostros de las morenas napolitanas á las vaporosas testas de las bellezas septentrionales. A las últimas pertenece la que publicamos en este número, hábilmente grabada. Es una suerte de Ofelia moderna con algo de la delicadeza de la poética creación de Shakespeare y con la misma rubia cabellera, que era su mayor adorno y que lo es también de las más hermosas mujeres de los países del Norte.

### LA VIRGEN CON EL NIÑO JESÚS

CUADRO DE E. VAN HOVE

Dijimos en otra ocasión que en Inglaterra y en Bélgica había un grupo de artistas de superior talento, á los cuales se daba el nombre de *pre-rafaelistas*, porque buscaban la inspiración en los maestros anteriores á Rafael y en los coetáneos de este famoso artista en su primera época. Diestros todos ellos en el dibujo, dando á éste capital importancia, los aludidos pintores ingleses y belgas han ejecutado obras de un cierto carácter arcaico, pero llenas de poesía y de bellezas en el desempeño. Un sentimiento delicado resplandece en los cuadros mejores del grupo á que nos referimos. Este sentimiento se advierte en *La Virgen con el niño Jesús*, que va en este número, obra del belga E. van Hove, y que parece nacida del estudio de los pintores italianos del siglo xv y acaso principalmente del lombardo Bernardino Luini, uno de los artistas que por manera más sentida ha pintado á la Santísima Virgen y al niño Jesús. A Luini—de quien no se había hablado hasta muy recientemente con el entusiasta encomio que merece—estudió probablemente van Hove, y con él al Perugino, al Francia y á otros no menos ilustres pintores italianos. Dióle felicísimo resultado este estudio, conforme lo prueba el delicioso cuadro que reproducimos, en el cual las imágenes de la Virgen y de su divino Hijo están tratadas con admirable corrección en el dibujo, con profundo sentimiento y sin el menor recurso exagerado para producir efecto. Es una obra la de E. van Hove, al pie de la cual deberían ponerse los versos más inspirados que la Edad Media en sus poetas cristianos dedicó á la gloriosa Madre del Salvador de los hombres.





# ¡SOLEDAD!

NOVELA ESPAÑOLA

POR

D. C. SUAREZ BRAVO

## CAPITULO XVII

NO HAY CIELO SIN NUBECILLA

Mil celosas fantasías  
que del esperarse engendran,  
á Melisendra combaten  
en la torre de Sansueña.

(Romancero).

Los acontecimientos debían precipitarse; pero no con la rapidez que Eduardo esperaba y el impetuoso Ricardo se prometía.

Éste, ya en Madrid, lo mismo que todos los demás personajes de la historia que vamos

narrando, pensó primero que en ninguna otra cosa en desligarse por completo del triste compromiso contraído con Camporredondo. Creyó esto tanto más urgente, cuanto que el estado en que encontró á su hermana acusaba una situación á la cual la valerosa joven no podría hacer frente por mucho tiempo. Aunque sin señales externas en el rostro, Luisa padecía de espasmos nerviosos, que exigían con frecuencia la venida del médico; éste había aconsejado ya, como de costumbre, el cambio de aires; pero la estación no era propicia, y por otro lado los padres, que estaban en el secreto, no tenían gran fe en el remedio.

Ricardo, al día siguiente de su llegada, afrontó resueltamente la cuestión con su antiguo cómplice; pero Camporredondo no se dió á partido. Todas las reflexiones del joven se estrecharon en la resistencia fría del especulador.

—Yo me precio de hombre formal, dijo con tono resuelto, y no me gusta perder el tiempo. Tengo la palabra de Luisa y no pienso soltarla.

—Pero usted sabe muy bien por qué medios le ha sido arrancada.

—Eso no es cuenta mía, sino de usted. El matrimonio me conviene. Yo he cumplido con usted todos mis compromisos.

—Sí, usted me ha dado dinero que estoy pronto á devolverle. He vendido á mi hermana como Judas; pero lo que hace el dinero lo puede deshacer el dinero.

—Eso se dice fácilmente, amigo Ricardo; pero no creo que de ayer á hoy le hayan á usted puesto los caprichos del tapete verde en posición de poder soltar diez y seis mil duros.

—Lo veremos, dijo Ricardo.

En efecto, al día siguiente el joven volvió á la carga con dinero en mano; pero ni por esas. Camporredondo se negó obstinadamente á recibirlo, manifestándose decidido á no transigir.

—Pero, ¿no comprende usted... le dijo Ricardo impaciente, que yo puedo deshacer esta intriga, diciéndola á Luisa lo que ha pasado? ¡Poco gusto tendrá ella en retractar una promesa que le ha sido arrancada por el fraude!

—Eso lo veremos, dijo Camporredondo con cinismo. Si su hermana de usted ha cedido al miedo de que se hicieran públicas ciertas historias, puede pensar que éstas no se librarían de la publicidad por el hecho, bien inverosímil, de haberle á usted acometido escrúpulos de conciencia.

Esta era la razón precisamente que había movido á Ricardo á no cortar el nudo y á considerar como preliminar indispensable el desistimiento de Camporredondo. Presumía, con razón, que su hermana, aun después de conocer la odiosa intriga, no se atrevería á retirar su palabra sin estar segura del silencio de don Bruno y de su hijo.

Irritado al ver la calculada tenacidad de su cómplice, estuvo á punto de echarlo todo á rodar; pero reflexionó que se exponía á comprometer el éxito de un asunto que era aún la prenda de su rehabilitación, y se contuvo.

Acudió entonces á don Bruno; pero don Bruno era tan duro consigo propio como débil con su hijo. Había hablado ya con éste y se negó en seco á secundar los planes de Ricardo.

—Mi hijo es un mentecato, dijo, pero está empeñado en este negocio: yo he dado por él los pasos decisivos, y no porque usted se vuelva atrás me creo obligado á hacer lo mismo. Ya he dicho que en el caso de Eleuterio no tentaría la aventura. El dinero vale mucho; pero el matrimonio no es un negocio como los demás y hay en él otras cosas que mirar. Pero mi hijo es sin duda más fuerte que yo y no da importancia á estas cosas. Le he predicado mas que un fraile dominico; pero él sólo ve los millones de su hermana de usted, y yo, sin compartir su opinión la comprendo. No tengo más hijo, y no quiero en mi vejez contrariarle en materia tan importante. A lo hecho, pecho: no se canse usted.

Ricardo, desalentado, fué á ver al duque. Ocupaba éste su palacio de familia, uno de los más hermosos y aristocráticos de la corte, citado, además, por su lujo patricio, por su guarda-

arnés y por su numerosa y bien disciplinada servidumbre. Al atravesar los salones, por medio de aquellos lacayos fornidos, de lujosa librea, que automática y respetuosamente conducían al visitante hasta la cámara del duque; y al ver á éste, enteco, pálido, acurrucado en un sillón al lado de una inmensa chimenea y rodeado de maravillas de arte y de lujo, aunque poco filósofo, Ricardo no pudo abstenerse de pensar en los originales contrastes de la vida.

Recibió el duque á Ricardo con afable cordialidad, y oyó con grave sonrisa la relación que le hizo el joven de sus pasos fracasados.

—¡Bah! dijo el magnate después de un momento de reflexión. No hay que desalentarse. Este es uno de aquellos asuntos que no pueden dejar de tener arreglo. Ruego á usted que lo deje á mi cargo. Eduardo está impaciente también y es preciso hacerle feliz.

—Ahí tiene usted, añadió Ricardo presentando al duque un paquete de billetes, los diez y seis mil duros que ha tenido la bondad de adelantarme.

—Bien está, dijo el duque acentuando más su sonrisa, y dejando el paquete sobre una mesa. Veo que usted no los necesita, lo que celebro por usted y siento por mí. Pero recuerdo á usted lo que me ha prometido. De otro modo creería que usted no quiere á sus amigos más que para hacerles este género de servicios y no para recibirlos.

Ricardo protestó que para nada necesitaba ya de aquel dinero, tanto más cuanto que se había hecho á sí propio promesa formal, no sólo de no volver á jugar, sino de no parecer siquiera por los sitios en que se jugaba.

Alentóle el duque en su loable propósito.

—Por lo demás, añadió, espero poder sacar á flote la negociación que en manos de usted ha naufragado. Venga usted mañana á comer conmigo, y quizá podré participarle el feliz resultado que deseamos.

Apenas se marchó Ricardo, el duque escribió á Camporredondo rogándole, en términos que él sabía que habían de halagarle, que se pasase por su casa, ya que él, por el mal estado de su salud, no podía ir á la de Camporredondo.

Este recibió la misiva en el Congreso, y aunque la sesión, más que interesante era tempestuosa, pues entonces, como hemos visto, corría la política uno de sus más agitados y tumultuosos períodos, se apresuró á acudir al llamamiento, no sin soltar como al descuido á los amigos que encontraba al paso estas ó parecidas palabras:

—Tengo que ir al palacio de Atienza, porque Iñigo, que está enfermo, me da una cita para un asunto urgente. La amistad antes que la política.

Las magnificencias de la morada del duque, que no conocía más que de fama, no menos que la disciplinada y ceremoniosa compostura de la servidumbre, produjeron sobre el ánimo del vanidoso hijo de don Bruno la más viva y agradable impresión, tanto que, al penetrar en el gabinete de Iñigo, parecía aún más orondo que de costumbre.

El duque, que había sondeado al personaje antes de entrar en materia, le hizo mil agasajos y se entretuvo respondiendo á las extasiadas admiraciones del visitante, que, como hemos visto, seguía las corrientes de la moda, haciendo gala de aficiones artísticas, en mostrarle algunos de los preciosos y costosísimos objetos de arte que abundaban en su gabinete, ya heredados, ya adquiridos á altos precios por él en sus dilatadas excursiones por el mundo. Camporredondo estaba hechizado. El duque le rogó que aceptase, como memoria de su primera visita, uno de los objetos que más le entusiasmaron, sin saber por qué, con lo cual llegó á su más alto punto la satisfacción de nuestro hombre.

Por fin el duque, que sin haber salido de su gabinete se sentía fatigado del oficio de cicerone, volvió jadeando al lado de la chimenea, y dejándose caer en un sillón, mostró cortésmente otro á Camporredondo, y abordó sin ceremonia la cuestión.

Aunque carecía de sentido moral, Camporredondo no dejaba de comprender que el papel representado por él en aquella intriga no era de los más airosos, y le mortificó que Iñigo estu-



viere en el secreto. Así es que su primera actitud involuntaria fué la de buscar excusas y atenuaciones á su conducta. El duque se aprovechó hábilmente de este descuido.

—¡Oh! ¡ya lo decía yo! exclamó interrumpiéndole con la mayor gravedad. No es posible que un hombre de mundo, un joven de las prendas físicas de Camporredondo, que ocupa además una posición distinguida en la sociedad, con medios propios, por lo tanto, para obtener el corazón de cualquiera mujer, haya consentido en tomar parte en una trama indigna cuyo objeto es violentar la voluntad de una joven que no dispone ya de su albedrío, colocándola entre el sacrificio de su amor y la deshonor de su nombre y de su familia. O Camporredondo no tiene cabal idea del triste papel que se le hace representar, ó ha consentido por debilidad, que yo excuso hasta cierto punto, pues sé lo que tiranizan los lazos de la amistad...

—¡Oh! ciertamente... ciertamente... balbuceó Camporredondo, moviéndose en su asiento como quien no se encuentra á su gusto.

—Por otra parte, prosiguió Iñigo, que no quería darle tiempo para rehacerse; Camporredondo es una persona instruída, que ha viajado mucho, que, aunque joven, ha tenido ocasión de estudiar el mundo, y no puede ignorar que un casamiento realizado en tales condiciones le haría la fábula de Madrid; porque estas historias trascienden siempre, y la maledicencia las abulta, viniendo á resultar, que lo que aparentemente debía servir para consolidar su posición social y política, sería, por el contrario, una rémora para todas sus legítimas ambiciones.

—Le diré á usted, Iñigo... hasta cierto punto... dijo Camporredondo, que no sabía cómo librarse de aquel chaparrón y que comprendía la urgente necesidad de llevar la conferencia por otros caminos.

Pero el duque, á quien interesaba, por el contrario, cerrarle todas las salidas, prosiguió con su calma habitual, pero con tono apremiante y ligeramente irónico:

—Eso sin contar (razón de más para creer que usted se ha visto comprometido en este asunto casi inconscientemente) con que el artificio ideado para forzar la voluntad de Luisa es de tal modo pueril, que no podría afrontar la experiencia. Trátase de una historia que saben de memoria cuantos conocen á don Gabriel, que tiene numerosos ejemplares en nuestra sociedad, y que, si bien ha podido, por de pronto, forzar el consentimiento de una niña inexperta y excesivamente delicada, á quien se le ha hecho creer que de su sacrificio dependía la salvación del honor de su padre y de su familia, carece de la consistencia necesaria para producir los efectos prácticos que de ella se esperan. No había de faltarle á Luisa persona que, antes de ir al altar, la pusiera en autos, enterándola de que se inmolaba inútilmente y que el decantado secreto era lo que llaman los franceses el secreto de Polichinela. Y esa persona, á falta de otras (pues le aseguro á usted que habría más de una), sería yo mismo, por razones de amistad y parentesco con quien tiene, desde hace tiempo, contraído con Luisa un compromiso de amor, y que está igualmente dispuesto á no dejarse arrebatar, por una intriga, lo que cree la felicidad de su vida; con la circunstancia de que el matrimonio de este pariente mío con Luisa consolidaría la fortuna de don Gabriel, dándole la sanción de la única persona capaz de legitimarla. Por eso, al ver comprometido en esta escabrosa historia una persona como usted, á quien considero tanto, y que, lo repito, no ha podido prestarse á ello sino por excesiva condescendencia amistosa ó por ignorancia de todos sus particulares, me he tomado la libertad de dar este paso, seguro, segurísimo, de que una vez enterado, se apresurará usted á dar por rota esta tenebrosa, al par que infantil maquinación.

Camporredondo se encontró acorralado. Aunque de entendimiento poco sutil, realmente algunos de los argumentos del duque ya le habían pasado más de una vez por el magín, pero la codicia, que suele cegar á los hombres de talento, le había puesto á él desde el primer momento una venda en los ojos. Prosiguió, pues, por el camino de buscar paliativos á su conducta, que era tanto como batirse en retirada. El duque siguió aprovechando hábil-

mente esta ventaja, hasta conseguir que el hombre se rindiese al fin á discreción. Sobre que las últimas razones del duque le hicieron ver con claridad los riesgos prácticos del negocio en que se había metido, no se sintió con fuerzas para hacer ostentación de su cinismo habitual con quien negociaba rodeado de aquel fausto aristocrático y cuya entereza de carácter había tenido ocasión de apreciar. El teatro y la persona ejercen siempre grande influjo en estos asuntos, y Camporredondo, como muchos hombres positivos, tenía el flaco de la vanidad y tomó por moneda corriente las hábiles salvedades y los agasajos del duque.

Pero como había prenda pretoria soltada, de la mejor manera que pudo aludió á los miles de duros entregados á Ricardo. El duque, que estaba ya preparado, le devolvió su dinero (que aseguró haber recibido de Ricardo) en una preciosa cajita, obra del buril de un famoso artista florentino, con lo cual Camporredondo acabó de entregarse.

En suma, que el asunto quedó en su conjunto y en sus pormenores tan definitivamente arreglado por el hábil y aristocrático negociador, que al día siguiente don Gabriel recibió el siguiente billete que leyó con asombro y regocijo á su mujer:

«Amigo Gabriel: no hay nada de lo dicho. Eleuterio, con mucho gusto mío, ha comprendido al fin, que, habiendo, como hay mujeres de sobra en el mundo, él, menos que nadie, se hallaba en el caso de esclavizar la palabra de quien al parecer no la ha soltado de buen grado. Queda, pues, roto el compromiso y tu hija libre de casarse con otro ó meterse monja.

»Tu afectísimo,

»BRUNO.»

Don Gabriel dejó la carta á su mujer para que comunicase á Luisa, con los miramientos que el estado impresionable de la joven exigía, tan fausta é inesperada nueva.

Ricardo, que tuvo de ella conocimiento por otros conductos, como nuestros lectores pueden suponer, voló á participársela á Eduardo. Éste llevaba unos días devorado por la impaciencia y en la incertidumbre de lo que debería hacer. El duque le había aconsejado que esperase, antes de dar ningún paso, á saber el resultado de las negociaciones entabladas; pero una vez conseguido el que se deseaba, ya no había consideración que pudiera detenerle, y resolvió presentar su petición formal á la mano de Luisa. Ricardo aprobó con calor su resolución.

—De buena gana, le dijo, iría á mi casa á ganar las albricias de esta buena noticia; pero me parece preferible que sea usted el que presente á mi pobre Luisa y á mis padres al nuevo Ricardo, ya que del antiguo tienen hartos motivos para desconfiar.

Al siguiente día, y á la hora que consideró más oportuna, Eduardo llegó á la puerta de la casa del banquero, palpitante y deseoso de acabar de fijar su situación. La sorpresa del pobre Santiago, al verle, fué grande.

—¿Cómo van las cosas por aquí, Santiago? dijo el joven después de las primeras exclamaciones de sorpresa.

—No sé qué decirle á usted, señor marqués, contestó el anciano; pero algo anda por el aire desde ayer, después que se recibió una carta, que yo mismo entregué al amo, y cuyo sobrescrito le hizo fruncir el ceño y hasta creo que ponerse pálido. Al poco tiempo, la señora y don Gabriel anduvieron en cuchicheos.

—De modo que tú crees que el contenido de la carta debió ser desagradable.

—Apostaría lo contrario, porque vi salir á doña Elena del despacho de su marido con una cara de pascua, que ya la pobre no usaba desde los sucesos que usted sabe. ¿Qué carta sería esa?

—Ya lo sabrás, Santiago.

—¿Luego usted lo sabe? Ya decía yo que el papel se refería á nuestro asunto. El caso es que después, doña Elena y la señorita tuvieron una larga encerrona, y que yo oí á la señorita sollozar... sollozar... Pero no... no se aflija usted, mi amo... la carta no ha debido empeorar la situación... al contrario... La señorita estuvo después menos triste que de costumbre... casi alegre...

—¿Casi, nada más?

—Por algo se empieza.

—Mira, Santiago, necesito hablar con tus amos, pero desearía empezar por doña Elena, ya que por Luisa tú no podrías...

—Avisaré á la señora, dijo sonriendo Santiago. Espere usted en el salón.

Eduardo penetró en el que ya conocen nuestros lectores, é involuntariamente, como impulsado por no lejanos recuerdos, dirigió la vista á la imagen de su antecesor, el terrible don Farfán. ¿Sería ilusión? Esta vez la fisonomía del comendador mayor de Santiago le pareció menos severa y conminatoria, como si no se sintiese ya con ánimo de arrojar al infiel mandatario de lo alto de los torreones de Uclés.

Transcurridos algunos minutos, Santiago abrió la puerta del fondo é introdujo á Eduardo en una sala contigua en la que esperaba doña Elena. Estaba la madre de Luisa más conmovida aún que Eduardo. Éste, pasado el embarazo de los primeros saludos, le abrió su corazón con abandono, encareció la vehemencia y sinceridad de su amor, aludió á la odiosa intriga que se había atravesado entre Luisa y él, manifestó que la intriga estaba ya deshecha, gracias al sincero arrepentimiento de Ricardo. En tal situación, él, que no había dejado de amar á Luisa, ni aun cuando las apariencias la acusaban, ahora, después de la dolorosa prueba, la creía más necesaria que nunca á su felicidad.

—Mi posición desgraciada, dijo el joven, y escrúpulos sin duda injustificados, pero de origen respetable, pusieron en los primeros momentos algún freno á la impetuosidad de mis deseos; pero después de lo que ha pasado, debo á Luisa, debo á ustedes y me debo á mí mismo no dilatar más el cumplimiento de votos tan caros á mi corazón, y vengo á pedir la mano de Luisa, poniendo mi suerte en manos de ustedes.

Doña Elena oyó las calurosas palabras de Eduardo con una complacencia que no creyó necesario disimular.

—Crea usted, Eduardo, que su pretensión tiene ya, desde hace tiempo, ganada nuestra voluntad. Yo, que siempre le he mirado á usted como á un hijo...

—Tengo pruebas de ello, dijo Eduardo besando cariñosa y respetuosamente la mano, que al decir esto, le alargó la noble señora.

—Figúrese usted, continuó doña Elena, si desearé que lo sea usted en realidad. Lo mismo digo de mi marido.

—¿Y de Luisa?

—De Luisa, continuó sonriendo la esposa de don Gabriel, sabe usted mejor que nosotros cuál será su contestación.

—Perdóneme usted, señora; será impaciencia, será egoísmo de amante, pero no quisiera marcharme sin oírla de sus labios.

—No sea usted niño, Eduardo. Creo conocer el corazón de mi hija, y en este punto puede usted estar completamente tranquilo. Si no la llamo, para que asista á esta entrevista, es precisamente por un motivo que debe ser satisfactorio para el egoísmo del amante. La pobre niña ha padecido mucho, el sacrificio que valerosamente aceptó ha sido cruel, y temo que en el estado de excitación nerviosa en que se encuentra, la visita de usted, sin preparación, puede determinar una crisis; usted sabe que en ciertas situaciones de espíritu la alegría exige, como el dolor, sus precauciones. Deje usted este asunto á mi cargo. Ya le avisaré á usted. Creo que no tendrá usted mucho que esperar.



Eduardo se vió obligado á rendirse ante razones tan prudentes y tan bien inspiradas, y la conversación se prolongó por bastante tiempo, íntima, y como de madre é hijo. La alegría de doña Elena subió de punto al enterarse de las pruebas inequívocas de arrepentimiento dadas por Ricardo.

—Ya habíamos notado algo de extraño en sus maneras desde que volvió del Sotillo, pero no nos atrevíamos á atribuirlo á un cambio tan feliz en sus sentimientos. Gabriel va á tener un gran consuelo en cuanto lo sepa, y para Luisa será un nuevo motivo de regocijo.

Cuando Eduardo atravesó la antesala para salir, Santiago, que le estaba esperando lleno de curiosidad, al ver la alegría pintada en su rostro, dijo sonriendo:

—Veo, señor marqués, que ahora sale usted de esta casa en disposición de ánimo muy distinta á la de hace un mes. Tenía usted un gesto, que ni el de don Farfán.

—La suerte está echada, Santiago. Era mi destino. Voy á ser de la familia, dijo el joven en voz baja y con aire confidencial.

—¡Bendito sea Dios! exclamó el anciano gozoso. Le aseguro á usted que no las tenía todas conmigo, ni aun cuando le ví á usted hoy volver y hablar con la señora... Desde que leí aquel maldito periódico...

—¡A ver, á ver! le interrumpió Eduardo alarmado. ¿Qué decía ese periódico?

—Pues hablaba de las fiestas del Sotillo y le incluía á usted en el número de los huéspedes... Y si fuera eso sólo...

—¿Pues qué más decía? preguntó Eduardo presintiendo la respuesta.

—Que se hablaba entre los huéspedes del enlace de usted con la duquesita.

—Dime, ¿y tu señorita se enteró de esa... paparrucha?

—¡Hum!... Sería coincidencia; pero aquella noche debió pasarla muy mal, pues se mandó á llamar al médico á la mañana siguiente y hubo su ataque de nervios...

—¡Malditos periódicos!... En todo se meten y todo lo sacan de quicio.

—Pero en fin, mi amo, eso ya ha pasado, dijo el anciano. La señorita se va á poner ahora como una rosa.

—¿Se ha desmejorado, Santiago?

—Un poco... pero casi diría que está más bonita... con aquellos ojazos tan tristes; pero tan dulces y tan...

—¡Y pensar que me voy sin verla!... murmuró el joven, dirigiendo la vista ansiosa hacia las habitaciones interiores, con la esperanza de vislumbrar á Luisa en alguna parte. ¡Vamos! prosiguió haciendo un esfuerzo sobre sí mismo; no lo echemos todo á perder por ligereza.

El día siguiente pasó sin recibir el deseado aviso de doña Elena, y el otro... y el otro. Eduardo estaba en brasas, sin saber á qué atribuir aquel silencio. No salió de su casa en los tres días, con el oído atento á la puerta, esperando á cada momento algún mensaje. Ya en el cuarto día, no pudiendo dominar la inquietud, fué al casino en busca de Ricardo; pero éste no parecía ya por aquellos sitios. ¿Qué hacer? La duda, la desconfianza, las mil sospechas y cavilosasidades que asaltan á todo corazón verdaderamente enamorado en circunstancias semejantes no le permitían esperar con calma los sucesos. Después de las seguridades que le había dado doña Elena, aquel silencio de cuatro días no tenía plausible explicación, y no podía dejar de atribuirle á la resistencia de Luisa. Este pensamiento le daba escalofríos. Pero, ¿era posible que Luisa hubiese cambiado de sentimientos en tan poco tiempo y sin causa? Pero, ¿no podía ser causa el indiscreto suelto del periódico? Eduardo procuraba agarrarse á los celos de Luisa, para mitigar la aspereza de los suyos, pero en el fondo de su espíritu flotaba la desconfianza. La idea de poner fin á tan cruel incertidumbre se apoderó de él de un modo irresistible, y se dirigió deliberadamente á la casa de su amada, resuelto á pedirla una explicación, y si no á su madre, á don Gabriel, al primero que encontrase.

Caminaba á paso apresurado y casi maquinalmente, cuando al atravesar una encrucijada, en la que tenía comienzo la casa habitada por Luisa, tuvo que detenerse para dejar pasar un coche en cuyo interior echó una mirada distraída. ¿Sería alucinamiento de su fantasía? En aquel coche iban Blanca y Luisa. Seguro de lo que había visto y con la emoción que justificaba lo insólito del encuentro, se lanzó en seguimiento del carruaje, que á la mitad de la calle se detuvo á la misma puerta de la casa de don Gabriel. Luisa descendió y se volvió para dar el último apretón de manos á la que quedaba dentro, y el carruaje partió. Pero la joven, al ir á entrar en el portal, vió á Eduardo que, á paso apresurado, descendía la calle y se dirigía hacia ella ansioso de aprovechar aquel momento de hablarla, y de resolver el cruel enigma que pesaba sobre su destino. La joven pareció vacilar en el primer momento, pero luego se quedó inmóvil y esperó á que llegase Eduardo, á quien tendió su mano. Éste se apoderó de ella y ambos entraron con las manos enlazadas en el portal, sin haberles permitido la emoción más que pronunciar cada cual el nombre del otro.

—¡Luisa!

—¡Eduardo!

El rostro de la joven pasaba alternativamente del pálido al sonrosado; pero Eduardo la encontró más hermosa que nunca y leyó en sus ojos, que brillaban de felicidad, lo que bastaba para disipar todas sus incertidumbres y sospechas.

—¿Viene usted á ver á mi madre? dijo Luisa con la voz insegura.

—Porque no esperaba verla á usted, contestó Eduardo empezando ya á subir la escalera.

—Vamos á verla los dos. ¿Quiere usted?

El aire con que Luisa pronunció estas palabras acabó de desvanecer el último recelo del corazón de su amante y le transportó á las nubes.

—Venía á saber, dijo Eduardo, lo que usted, mejor que ella, puede decirme. Lo que he estado esperando durante cuatro días de angustia; venía á saber si había muerto la Luisa de mis sueños, la Luisa del balcón y del baile... y sólo quedaba la Luisa de aquella carta cruel...

—¡Oh! Eduardo, echemos á un lado esas tristes memorias...

—Sí, sí, tiene usted razón, añadió el joven arrepentido de haber tocado tan dolorosa cuerda.

—Sé que ha estado usted á pedir mi mano.

—¿Y bien?

—¡Ingrato! contestó la joven ruborizándose y con encantadora sonrisa. Pues, ¿no la tiene usted?

Con efecto, Eduardo tenía todavía entre las suyas la preciosa mano que la joven le tendió en la calle y la llevó con pasión á sus labios.

Retiróla Luisa avergonzada á tiempo que la puerta se abría.

La sorpresa de Santiago al ver á los dos jóvenes pueden suponerla nuestros lectores; pero no fué menor la de doña Elena, que sin duda estaba esperando á Luisa, y que al sentir que se abría la puerta salió hasta la antesala á recibirla, como impaciente por saber las impresiones que la joven traía.

—Su hija de usted no llega sola, dijo Eduardo adelantándose y abrazándola enternecido. Le trae á usted un nuevo hijo.

—Pero ¿qué es lo que ha pasado? exclamó doña Elena sorprendida, si bien correspondiendo cariñosamente á la demostración del joven.

—¡Oh! yo no lo sé, contestó éste sonriendo, aunque no puede dejar de ser bueno lo que ha tenido tan feliz resultado.

Madre é hija se abrazaron también, y mientras cuchicheaban, mezclando risas y lágrimas, Santiago tiró al joven de la levita y le dijo con aire entre burlón y conmovido:

—Mi amo, ¿le parece á usted que retiremos el retrato de don Farfán?

—No, Santiago, dijo el joven en el mismo tono. Dejémoslo como ejemplo de la diferencia que va de lo vivo á lo pintado.

Don Gabriel fué avisado y acudió á tomar parte en el regocijo de toda la familia, de toda... pues el hijo pródigo, Ricardo, que estaba también en casa, como si previera lo que iba á suceder, llegó también á pedir un abrazo á su futuro hermano, que se lo dió muy apretado y muy cariñoso.

—¿Quiere usted explicarme, le dijo aparte Eduardo aprovechando la primera oportunidad, lo que acaba de suceder? ¿Qué parte ha tomado Blanca en este asunto?

—¿Blanca? contestó Ricardo sonriendo con el tono de persona que está en autos. ¿Cómo sabe usted?

—Blanca iba en el carruaje del cual acaba de bajar Luisa. La he visto.

—¿Qué quiere usted? La pobre Luisa estaba en una situación de espíritu... muy delicada. No había forma de convencerla de que el corazón de usted no se hubiese rendido á discreción á la duquesita...

—¿Ignoraba que había venido á pedir su mano?...

—No... pero lo atribuía á los sentimientos hidalgos de usted... á lástima... ¿qué sé yo? *Eduardo se sacrifica*, decía; *no es posible que me prefiera á Blanca*. Yo comprendí que sólo ésta podía vencer sus escrúpulos... quizá sus celos... Luisa, al fin, es una mujer como las demás.

—¿De modo que fué usted quien?...

—La verdad es que yo no me atrevía á hablar á Blanca... la cosa era peliaguda; ¡y á una mujer como ella!... Pero por una ó dos palabras que se me escaparon involuntariamente... ella se puso al cabo de todo... Ella fué la que arregló la entrevista... ¡Y por las señas lo hizo en regla! ¡Qué corazón!

Eduardo calló, una ligera nube de tristeza pasó por sus ojos, y apretando la mano de Ricardo dió fin al coloquio.

Los preparativos de la boda se hicieron con premura, como acontece con todo aquello que se desea. Eduardo, que se abstenía de ver á Blanca, á pesar de la recomendación que ésta le hizo al despedirse de él en el Sotillo, se creyó ya en la forzosa obligación de presentarse en su casa á darles parte á su madre y á ella de su próximo enlace. Este deber de familia, al cual le obligaban, además, consideraciones de otra índole, quizá más apremiantes, le era por todo extremo embarazoso; pero no podía excusarlo. Llegó, pues, á la casa, avasallado por una emoción que hacía vanos esfuerzos por dominar. Le recibió la condesa, á quien participó la noticia; pero al preguntar con voz no muy firme por Blanca, supo que ésta había salido la noche anterior precipitadamente de Madrid al lado de su tía, la princesa de Vanderhamer, que se hallaba en peligro de muerte. Dificilmente hubiera podido él explicar si la impresión que le produjo la nueva fué de desahogo ó de tristeza.

La amorosa novela de Luisa y Eduardo tuvo el más vulgar, pero el más feliz de los desenlaces, se casaron; y como la dicha sin contratiempos sólo tiene interés para los que la gozan, dispensamos á nuestros lectores los detalles. En uno de aquellos primeros momentos de intimidad, que no tienen semejantes en la vida, cuando los recién casados se aman, como se amaban Luisa y Eduardo, éste aludió á la entrevista con Blanca.

—¿Qué es lo que te dijo mi prima, preguntó el segundo á Luisa, que tan pronto consiguió disipar tus dudas acerca de la sinceridad de mi cariño?

—Me abrió su corazón, Eduardo, contestó la joven con aire pensativo y melancólico.

—Es que no se trataba de su corazón, sino del mío.

—Razón tienes; pero después de haberme hecho adivinar muchas cosas, que ella tal vez no se ha atrevido todavía á decirse á sí misma, me refirió una escena...



—¿La escena de la biblioteca? exclamó Eduardo.

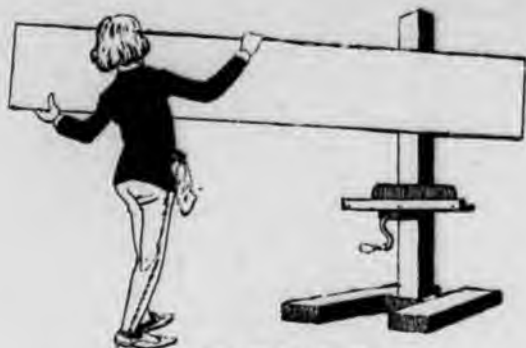
—¡Qué heroísmo en una mujer como Blanca! ¡Oh! te aseguro que no se necesitaba menos para calmar los celos que me atormentaban, al compararme con ella. ¡Cuánto has perdido en el cambio, Eduardo mío!

—Oye, Luisa. Blanca, en efecto, realiza el más puro y noble ideal á que puede aspirar un hombre; pero al encontrarse conmigo, tropezó con quien ya tenía enajenado su albedrío. Se ha llevado mi admiración, pero mi corazón no ha podido llevárselo, porque eras tú dueña de él. Como te dije en el baile, no hay encantos, por grandes que sean, que sobrepujen á los de la mujer amada.

*(Concluírá).*



## LA PUCHERA EN EL ARTE



1. — Inspiradme, musas,



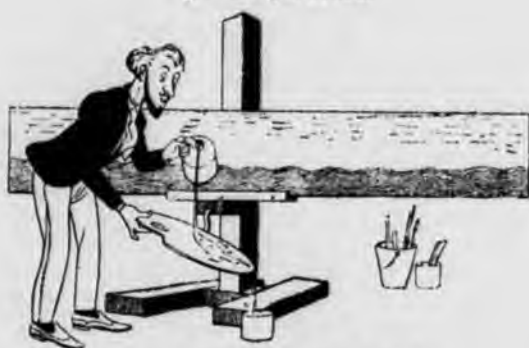
2. — porque tengo que comer.



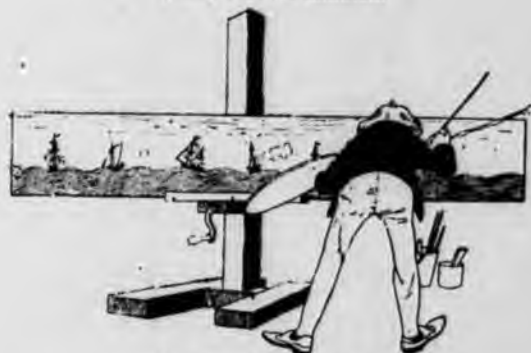
3. — El agua es azul



4. — y el cielo también.



5. — Trabajo ocho horas diarias



6. — y me lo haré pagar.



7. — Concluído de un tirón,



8. — ¿A cuánto cada uno?

## MESA REVUELTA

Acaba de publicarse un cuadro geográfico-estadístico de las diversas redes de ferrocarriles de las cinco partes del mundo. Es el estado exacto de todos los ferrocarriles que existen en explotación en el presente año.

El total general de kilómetros en explotación alcanza la cifra de 617,285, de los cuales 268,409 están comprendidos en los territorios de los Estados Unidos de América, lo que es, en verdad, maravilloso. La línea del Pacífico, que une New-York y San Francisco, tiene una extensión de 5,427 kilómetros y la duración del viaje no es más que de seis días y medio; y aun tomando el *tren reldmpago* se recorre el trayecto en tres días. Es, pues, el mayor esfuerzo humano que ha podido realizarse. Es verdad que no todas las líneas son tan maravillosas, porque las hay rudimentarias, pero el caso es que son verdaderos caminos de hierro. El trayecto está trazado, la vía abierta al público y las mejoras son tan sólo obra del porvenir.

Llama poderosamente la atención el desarrollo inmenso y fabuloso que han alcanzado en América los medios de transporte, tanto fluviales como por vías férreas; y si se atiende, además, a la inagotable producción agrícola de este inmenso continente, se comprenderá cuán temible es su concurrencia para la vieja Europa.

En el mismo continente americano el Dominión del Canadá, el Salvador y los distintos territorios anexos tienen 22,533 kilómetros de vía férrea. Siguen en orden de importancia Méjico, los Estados Unidos Brasileños y la República Argentina; cada uno de estos países tiene más de 9,000 kilómetros en explotación. Por último, hay que tener en cuenta que de cinco a seis años a esta parte el aumento de vías férreas en las veintitrés naciones de América, ha sido considerable.

En cambio en Europa andamos mucho más despacio. Por orden de importancia figura en primer lugar Alemania, que tiene en explotación 42,869 kilómetros; sigue luego Francia con 38,895; la Gran Bretaña é Irlanda con 36,297; Rusia con 30,957 y así sucesivamente hasta la isla de Manó, que tiene unos 20 kilómetros.

Wurtemberg, la Alsacia, la Lorena y Dinamarca son los países que menos vías férreas han construído durante el periodo comprendido desde el año 1866 á 1892.

Noruega se mantiene estacionaria con sus 1,562 kilómetros.

En Asia tan sólo pueden enumerarse los ferrocarriles en las posesiones inglesas del imperio de las Indias con 27,000 kilómetros, Ceilán con 308 y el Japón con 2,333.

Una línea de 1,433 kilómetros de extensión atraviesa el territorio transcaspio ruso y une Michalowsk junto al Caspio con Samarcanda en el Turquestán y debe prolongarse hasta Taschkend, para unirse con una línea transiberiana en proyecto.

La China tiene 200 kilómetros; Persia 30; las Indias portuguesas, Goa, etc., 54; Pondichery, Saigón y Tonkín un total de 105.

Las colonias holandesas cuentan 1,361 kilómetros.

En el África existen ferrocarriles en nueve regiones del continente: Argelia y Túnez tienen 3,104 kilómetros; la colonia inglesa del Cabo 3,000; Egipto 1,547; el Estado de Natal 546; el Estado libre de Orange 237; la República Sud-Africana 120; Angola, Senegal y Mozambique 500.

En Australia la construcción de vías férreas ha tomado considerables proporciones: Victoria cuenta con 4,325 kilómetros; la Nueva Gales 3,641; Queensland 3,435; la Australia del Sur 3,000; la del Oeste 825; la Tasmania 643, y la Nueva Zelanda 3,120.

\*\*\*

Los turcomanos, nación pobre y despreciada, habían pagado por espacio de mucho tiempo al sultán Khorassan un tributo de veinticuatro mil corderos. Hartos al fin de tantas vejaciones y estorsiones, despidieron á los oficiales que cobraban el impuesto y se amotinaron declaradamente contra el sultán. Este era un tal Sangiar-el-Seldjucida, uno de los más fieros y poderosos monarcas del Asia. Salió al frente de un poderoso ejército, resuelto, según dijo, á exterminar aquellos insolentes pastores, pero su ejército quedó destrozado y el califa cayó en poder de los vencedores.

Éstos, á pesar de su grosería y sencillez, creyeron que debían tratar con mucho respeto un prisionero de guerra de tanta importancia y custodiarle con muchas precauciones. Así fué que construyeron, á su manera, un magnífico trono que adornaron con lo que tenían por más precioso. Cada día, muy de mañana, hacían subir en él al príncipe prisionero y le hacían permanecer allí sentado hasta al caer el día. Los personajes más ilustres de aquella nación, vestidos con pieles de cordero, estaban de pie junto al trono, guardando un profundo silencio, con los ojos bajos y las manos cruzadas sobre el pecho.

Al anochecer se arrodillaban delante del sublime sultán, se despedían de él, y para tener completa seguridad de encontrarle al día siguiente, le encerraban en una jaula de hierro que era bastante grande para que el sultán pudiera en ella acostarse y moverse á su gusto. Hay quién asegura que se encontraba mucho mejor allí que en su trono.

\*\*\*

Para purificar la manteca rancia se prepara una disolución de bicarbonato de sosa en que entre de doce á quince gramos de esta sal para cada kilogramo de manteca. Con ella se lava bien la manteca y se deja sumergida en dicho baño durante una ó dos horas. Des-



pués se lava de nuevo en agua pura, y sin más queda este producto de la leche con sus condiciones primitivas de olor y sabor.

¡Cuántas veces nos avergonzaríamos de nuestras más bellas acciones, si el público viese los motivos íntimos que nos han decidido á practicarlas!—LA ROCHEFOUCAULD.

Cuando la cosas no quieren conformarse con nosotros, nosotros debemos conformarnos con ellas.—FONTENELLE.

El hombre que se tiene por más independiente, aun es esclavo del aire que respira.—M.<sup>re</sup> NECKER.

## RECREOS INSTRUCTIVOS

### XXI

—Decíamos el otro día que podía obtenerse un tema decorativo de cualquier objeto con tal de observarlo detenidamente.

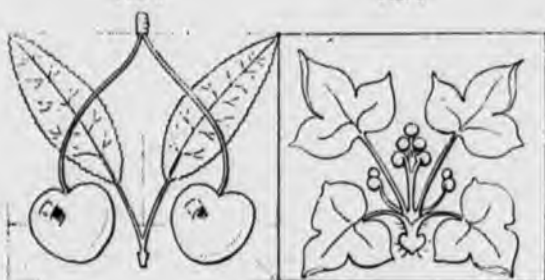
He aquí dos temas sencillísimos y que no pueden ser más naturales.

El uno representa dos cerezas en contraposición con dos hojas, y el otro un sencillo florón compuesto de las hojas, tronco y frutos de la hiedra.

Estos temas, pintados con tonos simpáticos y repetidos

FIG. 8

FIG. 9



en líneas rectas, combinados en estrellas y rosetones, salpicados sobre espacios en forma de losanges y aun espaciados *ad libitum*, pero con gusto y oportunidad, bastarían para decorar el objeto más complicado con sólo variar su situación y sus colores.

He aquí el tema 8 desarrollado con más amplitud; y en la fig. 11 otro motivo no muy complicado que, alternando en espacios que equivalgan próximamente á 4 veces su perímetro, y cambiando las uvas negras en blancas alternativamente, puede por sí solo decorar un friso de comedor; el espacio me falta, que no las razones y los medios, para que lleguen esas comprobadas teorías hasta los últimos confines de la inteligencia. Para dar una idea de lo que son susceptibles de combinación los cuerpos sueltos, mirad un buen rato en un kaleidóscopo; veréis cómo en los triángulos del cristal se combina la misma forma, sólo con sobreponerse á otras ó variando de dirección. Un kaleidóscopo bien construido es instrumento utilísimo: y pues los que venden no tienen todas las condiciones requeridas para dar

idea de combinaciones, os indicaré un medio fácil para convertir tales instrumentos en verdaderos *vade-mecum* del ornamentista incipiente. Basta para ello quitar el cristal que se aplica al ojo, vaciar los fragmentos de que se compone su material variable, y poner en su lugar fragmentos de hostias transparentes, de todos los colores y todas las formas: no estará de más alguna plumita

FIG. 10



microscópica, y granitos minúsculos de vidrio; luego se vuelve á colocar el lente ocular, y vengan combinaciones, que hasta el día del juicio pueden durar sin repetirse nunca.

El compás también tiene una imponderable utilidad para la busca de temas decorativos: pueden variarse las intersecciones y las coincidencias lineales de un modo asombroso: ya saben ustedes cómo manejaban los árabes las combinaciones de líneas, formando arabescos y guirnalda dignas de un palacio de hadas; es una demostración más de que, merced al ingenio, todo se convierte en arte, hasta las áridas y al parecer severas matemáticas.

—¿Y por qué los árabes no pintaban ó esculpían personajes y animales?

—El Corán habla en contra de las representaciones

animadas, y así sólo por excepción se atrevieron algunos artistas en Córdoba á representar personajes, y en la Alhambra á copiar toscamente leones en la fuente del patio principal. Á esa prohibición, que aquí no

humilde materia; tomaremos jarrones y platos de barro y los convertiremos en *bibelots* del mejor gusto, para cuya tarea nos habrán servido mucho las anteriores consideraciones.

JULIÁN.

FIG. 11



debo discutir, se debe la magnífica originalidad del arte árabe, persa y mudéjar. Pero volvamos á nuestro cuento.

Ya saben ustedes que los japoneses no desdennan ningún tipo en la ornamentación: si saben trazar magníficos faisanes con oro y nácar en las plumas, también representan monos, murciélagos, grullas y hasta sapos!

—¡Qué horror! ¿quién pierde el tiempo retratando un sapo? ¡japonés había de ser!

—No, Clarita, que en cuadros muy celebrados de nuestras antiguas escuelas se ven perdidos en los rincones de la tabla los animales más feos y raros de la creación. Sólo de la naturaleza puede el hombre extraer los elementos del arte, pues la más fogosa imaginación es incapaz de crear un ser nuevo.

—¿Sabe usted lo que pienso, don Segundo? que vamos á entregarnos este invierno á una tarea de transformación. La del armarito me ha vuelto los sesos, y ahora tengo un furor por transformarlo todo.

—Poco á poco, no vayamos á platear el oro: hay cosas que, siendo antiguas y hasta desvencijadas, perderían mucho con disfrazarlas de nuevas. Así vemos tantos templos profanados *artísticamente* por un mal entendido celo. En la iglesita de un pueblo donde pasé la infancia, existían varios retablos del siglo xv, tan antiguos como buenos, que no es poco decir: pues no sé á quién se le ocurrió aserrar uno de los retablos para hacer una escalinata inverosímil; y los otros retablos se libraron de ser repintados para *aprovechar* la tabla, por la oportuna y salvadora intervención del señor Obispo, que prohibió tales transformaciones.

Así, pues, debemos aplicarnos sobre todo á decorar lo que sin nuestro trabajo tendría el solo aspecto de su

Solución al enigma cifrado:

CAMELLO

Solución al rombo:

E  
O L A  
E L E N A  
A N A  
A

## CHARADA

En la música se estima,  
*prima.*

Es artículo que abunda,  
*segunda.*

Adverbio que desespera,  
*tercera.*

Y por ser ave ligera  
de pico corto y delgado  
todo el mundo la ha llamado  
*prima segunda tercera.*

Comunicado por PA. SA. MA. de Valladolid

## LOGOGRIFO NUMÉRICO

4  
7 8  
7 8 6  
4 2 6 8  
4 8 1 3 1  
1 8 4 2 6 8  
4 3 1 2 6 7 2  
1 2 3 4 5 6 7 8  
2 1 4 2 6 7 2  
4 2 1 3 6 8  
7 2 1 7 8  
1 2 6 2  
8 1 8  
4 3  
5

1, consonante; 2, nota musical; 3, un río; 4, parte del cuerpo; 5, verbo; 6, extranjero; 7, apellido; 8, nombre de varón; 9, nombre de mujer; 10, carrera; 11, arma antigua; 12, animal; 13, metal; 14, nota musical; 15, vocal.

Comunicado por D. FERNANDO VALLAURE COTO, de Oviedo.

## ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los Sres. *Espasa y Comp.<sup>ª</sup>*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y á las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.







SAN LUIS GONZAGA  
IMAGEN ESCULTÓRICA DE JOSÉ REYNÉS





## MEMORÁNDUM



UNA nueva y espantosa hazaña de los anarquistas puso en consternación la ciudad de París, la nación francesa y el mundo entero. El terror producido por Ravachol se ha renovado ante la explosión de la horrible máquina dirigida, según todas las probabilidades, contra el barón de Reille, uno de los individuos del Consejo de administración de las minas de Carmaux. Por este medio inicuo querían los socialistas ó los anarquistas, que en sus procedimientos todos son unos, vengarse de la entereza que el barón había demostrado en todas las cuestiones de la famosa y malhadada huelga. Conforme sucede casi siempre, sus tiros no dieron en el blanco á que se dirigían, sino que de ellos fueron víctimas personas que nada tenían que ver con lo ocurrido durante la citada huelga. Un dependiente de la oficina de Carmaux, Emilio Garin, llevó el terrible bulto desde la calle de los *Bons Enfants*, donde se encuentran establecidas en París aquellas oficinas, á la Comisaría de policía de la propia calle. Allí la bomba hizo explosión con horrisono estruendo y con resultados que ponen pavor en el corazón más empedernido. Los techos se vinieron abajo, las ventanas se hicieron añicos y las seis víctimas de la explosión quedaron hechas pedazos, lanzados éstos á considerables distancias y convertidos algunos en una verdadera pasta de carne humana! ¡Tan grande era la potencia explosiva de los elementos empleados por el autor de este tremendo desastre! Murió Garin, el dependiente; murieron M. Pousset, secretario de la Comisaría, y M. Froutat y otras varias personas hasta el número que hemos indicado. ¿Cómo se produjo la explosión? Sobre esto se han hecho diversas conjeturas y suposiciones, opinando unos que al volcar la marmita, que tal era la forma de la bomba, se inflamó el fulminante y estalló, y no faltando quién cree que acaso esto mismo se produjo por medio de un aparato de relojería metido dentro de la bomba. La indignación que causó este hecho, vivo aún el recuerdo del crimen de Ravachol, se tradujo en enérgicas interpelaciones hechas al Gobierno en la Cámara y en artículos de la prensa parisiense, en que se exponía la necesidad absoluta de adoptar disposiciones eficaces para impedir estos delitos, y en la excitación del vecindario clamando también para que se concediera, por parte de los gobernantes, un amparo, que no resulte ilusorio, como ahora, á todos los ciudadanos honrados. Inútil será, con todo, cuanto se haga, si no se contiene el desbordamiento de la prensa, si se permite, como lo hemos hecho notar en diferentes ocasiones, la propaganda demoledora que se está llevando á cabo por medio del libro y del periódico. El escritor francés Ernesto Caro, en uno de sus sustanciosos estudios, ha dicho con verdad incuestionable que la tinta empleada en defender ideas destructoras, aparecía después en las



calles y en las barricadas convertida en balas y en cadáveres. Esta tinta se convierte hoy en la dinamita y en la melinita que los socialistas y anarquistas emplean para hacer volar el restaurant *Very* ó las oficinas de las minas de Carmaux.

\* \* \*

Esta propaganda va dando también sus naturales frutos en Inglaterra, y á pesar de que esta nación se halla en condiciones muy diversas de las que tienen los pueblos del continente europeo, porque en ella predominan mucho más el buen sentido y la cordura en el pueblo, las agitaciones socialistas, comunistas y anarquistas no dejan de inspirar serio cuidado, máxime ante la debilidad ó la complacencia del ministerio radical presidido por Mr. Gladstone. La plaza de Trafalgar, en el barrio más rico y lujoso de Londres, ha sido teatro recientemente de un *meeting* monstruo, en el cual los oradores radicales predicaron desaforadamente contra la propiedad y contra todo cuanto forma la base de la sociedad y de la familia. Los anteriores ministerios no habían consentido nunca que se verificasen reuniones populares en aquella plaza, disposición cuerda que ha sido derogada por el actual ministro del Interior, Mr. Asquit. Con esta reunión ha coincidido la huelga de los trabajadores de hilados de algodón en Lancashire. La depresión que se advierte en Inglaterra en los negocios mercantiles é industriales ha obligado á aquellos fabricantes á introducir una rebaja en los salarios de los hiladores. Éstos no la han admitido, y en número de 40,000 se han declarado en huelga. Como en todos los actos de esta especie, las víctimas, en último término, serán los mismos obreros, sintiendo también los perjuicios la nación en general, porque con la paralización de los trabajos de filatura se originarán enormes pérdidas que trascenderán á muchas industrias del Reino Unido. Hoy se cree allá que la huelga colosal de los *Docks* de Londres ha sido causa de la baja considerable que se experimenta en el comercio, porque muchos barcos de diferentes naciones han dejado de acudir á aquel puerto, ante el aumento que por consecuencia de la misma huelga tuvieron los gastos que han de satisfacer los buques mercantes.

\* \* \*

En Bruselas se abrieron las Cámaras con la presencia del Rey, verificándose manifestaciones populares á los gritos de «¡viva el sufragio universal!» pero no pasando nada más. «Los que se proponen demostrar turbando la tranquilidad en la calle, dice un periódico republicano suizo, cuán preparados están ellos y sus amigos para practicar el *self government*, han aplazado su gran representación para el 20 de Noviembre, día en que no se omitirá nada para que se presente todo con grande aparato.» Bélgica tiene, por fortuna, un gobierno fuerte; mas la agitación que se nota en aquel laborioso país está ganando terreno, y si en breve no se la contiene, las consecuencias pueden ser muy deplorables. La revisión de la Constitución ha hecho aparecer los gérmenes levantiscos que existían más ó menos latentes; se va ahora al sufragio universal, como camino, en la intención de los revolucionarios, para llegar, más tarde ó más temprano, á la supresión de la monarquía y á la consiguiente proclamación de la república con todos sus aditamentos. El Rey, en su discurso, manifestó la esperanza de que las Cámaras darán pruebas de concordia y de progreso. El mismo periódico á que hemos aludido dice con gran seso: «El resto del discurso de la Corona trata del asunto que está hoy de moda, es decir, de las cuestiones sociales ó, lo que es lo mismo, de las reformas obreras, por las cuales, como todos los soberanos y jefes de Estado de su época, muestra el rey Leopoldo gran voluntad. Por desgracia la voluntad es poca cosa cuando se abriga el propósito de resolver problemas que, no bien se someten al análisis, se resuelven por sí mismos en imposibilidades y con frecuencia en monstruosidades. Para esas enfermedades, como para otras, los remedios de curandero valen aún más que esas medicaciones de sabios que nunca han curado al enfermo, y que, en cambio, á menudo le han originado convulsiones.»

\* \*

Conforme lo anticipamos en el número anterior, las elecciones presidenciales en los Estados Unidos han proporcionado el triunfo á Mr. Cleveland, candidato del partido democrático, que luchaba en competencia con Mr. Harrison, presidente actual y candidato del partido republicano. Uno y otro son republicanos, porque en aquel país no hay quien aspire á cambiar la forma de gobierno. La diferencia entre los dos partidos estriba en que el democrático, allá, como en la Confederación Helvética, es el partido conservador, es decir, el que respeta los principios y las leyes, ama la libertad para todos y quiere realizar toda clase de progresos, legalmente, sin violencias ni sacudidas. El partido republicano es el radical, y en los Estados Unidos, lo propio que en Suiza, es lo mismo que el partido jacobino en Francia. De grado ó por fuerza trata de imponer á la nación sus principios, acomodándose ó no á las leyes, según se le antoje, y gobernando por lo mismo despóticamente y con el odio siempre hacia sus adversarios. En los Estados Unidos se acentúa la opinión de prolongar la estancia del Presidente en su sitial, es decir, que los mismos republicanos, dando mayor duración al cargo de jefe del Estado, se acercan á los monárquicos, buscando la estabilidad de la institución real. En la actual elección se ha puesto sobre el tapete si en definitiva lograrán el triunfo los proteccionistas ó los librecambistas, si se mantendrá el *bill* Mac Kinley ó se modificará con disposiciones que tiendan á facilitar la entrada en el país de los productos extranjeros.

\* \*

SS. MM. los reyes de Portugal, don Carlos y doña Amelia, han sido festejadísimos en Madrid por parte de nuestros Reyes, Real Familia y del Gobierno, y también por la del pueblo, en todas sus clases, que les ha dado pruebas de simpatía. SS. MM. Fidelísimas han logrado, asimismo, cautivar los corazones de todos. Con su presencia se inauguraron, con inusitada solemnidad, las Exposiciones históricas europea y americana, que se habían abierto sin aquella ceremonia oficial.

\* \*

La Exposición histórica europea ha dado ya un resultado útil á la ciencia y al arte. El cabildo de Toledo había presentado una bandera indicando que procedía de Orán. Teniéndola en las manos y examinándola un reputado orientalista notó que la bandera llevaba pegadas unas fajas de seda verde, de carácter más moderno que lo demás del tejido. Picóle esto la curiosidad, y mirando y remirando advirtió que las tiras eran sobrepuestas, y que debajo existía la tela antigua con una leyenda en caracteres arábigos. Leyólos el aludido orientalista y arqueólogo, y con asombro y contento halló por la leyenda que la bandera en cuestión era ni más ni menos que la enseña cogida á los moros en la batalla del Salado.

B.

# EL LORO

## I



«El piso me conviene, dije á la portera que me iba acompañando, pero, ¿está seco de veras? porque no puedo ver la humedad.

—¿Si está seco? Mire usted, hace diez y ocho meses que los obreros salieron de él dejándolo completamente concluido. En fin, dos personas diferentes están á punto de tomarlo, pero si usted se decide, quito el rótulo en seguida...

—Bueno, bueno, quítelo usted...

Y diciendo esto, puse en manos de mi futura carcelera algunos luises, que ella embolsó con un aire de suprema indiferencia.

Mi instalación fué rápida: en pocos días me deshice de tapiceros, lamparistas, ebanistas, etc., etc., no sin haber averiguado en este corto tiempo que la casa, en punto á sonoridad, era un verdadero stradivarius.

Debajo de mi habitación vivía una joven pareja, cuya vida matrimonial venía embellecida ya por la presencia de dos niños de tierna edad: el mayor estaba echando los dientes, y se pasaba la noche en un grito; el pequeñín, recién nacido, no cesaba de llorar en todo el día.

—¡Paciencia!... pensaba yo, ¡en París mueren tantos niños!...

En el piso de arriba habitaba una señora que daba lecciones: historia por la mañana, y geografía por la tarde. Pregúntenme ustedes por los hijos de Clodoveo ó por las poblaciones principales de la isla de Sumatra, y oirán ustedes cosa buena. Desgraciadamente no alcancé más que hasta la desmembración del imperio de Carlomagno en cuanto á historia, y en cuanto á geografía ni siquiera llegué á penetrar en los Estados europeos. Además, abajo en el patio había unos caballos, y unos coches, y unos cocheros que llevaban la limpieza hasta la exageración, y que cuando habían concluido con sus lavados se entretenían en tocar la trompa. Afortunadamente la trompa es un instrumento que siempre me ha sido simpático: de los gustos de doña Sol (la del *Hernani*) este es el único que he llegado á comprender.

Una mañana, á la hora precisa en que el mayor de los angelitos había cesado de gritar y en que el más chiquito no había empezado todavía, me despertó un ruido infernal más cercano que los otros, junto á mi oído, puede decirse. Comprendí que unos nuevos vecinos venían á establecerse á mi lado. La cosa duró poco tiempo; se conocía que el mobiliario no era de gran importancia.

A los ocho días llegaron los vecinos y, sin ser indiscreto, supe luego que la familia se componía de tres personas: el padre, sordo (la única cosa sorda que había en toda la casa), cajero de un Banco muy importante; la madre, mujer de una vulgaridad verdaderamente deplorable; y la hija, necia á no poder más. La única criada que tenían, primero se llamaba Irma: y digo primero, porque la cambiaban tan á menudo que á estas horas ya habrá pasado por allí todo el calendario. Los verdaderos nombres de la madre y de la hija no logré averiguarlos: los padres llamaban á la niña Bebel, y Evaristo daba familiarmente á su mujer el



nombre de Papol. Dicha familiaridad no tenía secretos para mí, porque el santuario conyugal lindaba con mi dormitorio; de manera que al cabo de un mes conocía yo al dedillo los más insignificantes detalles de la manera de vivir de aquella buena gente; pues eran lo que se suele decir una buena gente.

—Ya se te ha escurrido otra vez el pañuelo de la cabeza y la humedad de estas paredes te va á constipar, oía yo á menudo repetir á la esposa dirigiéndose al marido.

Así acabé por figurarme á éste calvo, un poco grueso y propenso á congestiones.

A las siete y media de la mañana Irma, ó la que fuera, traía el café con leche á mis vecinos: regularmente la mujer despertaba al marido, y entonces los dos cónyuges hablaban de sus asuntos, cuyo aspecto, es menester decirlo, no era precisamente brillante. Siento mucho tener que añadir que la causa principal de sus desazones era Bebel, la cual manejaba á la familia á su antojo, y con su endiablada coquetería y sus ganas de aparentar, había impulsado á su padre á tomar aquel piso demasiado caro para su posición, y había exigido á su madre que tuviera un día de recibo, el jueves; y esto trajo consigo el tener que tomar un criado *extra* para dicho día, y vestirle de frac y corbata blanca: todo ello además del té, y de los bizcochos, y de las flores, y del tocado á propósito. Es verdad que una vez por semana iba una costurera á la casa y que las señoras no se desdeñaban de enarbolar la aguja y las tijeras para ayudarla. Porque, eso sí, Bebel tenía unos dedos de plata, y sabía endilgar un sombrero tan bien como la mejor modista de París. Ahora, en cuanto á corsés y á calzado, quería proveerse en los establecimientos de más alto vuelo; porque, lo que ella decía:—El pie y el talle son lo mejor que tengo, y quiero lucirlos.—Y en dando por ahí, se las tenía muy tiesas con sus señores padres, que venían á ser los borricos de carga, según la popular expresión que á menudo empleaba el desventurado Evaristo.

De todo esto oía yo dolerse á aquella pobre gente á la hora del café con leche, así como me enteraba también de su deseo más vehemente: casar á Bebel lo más pronto posible. Pero esto era más fácil decirlo que verlo realizado. Dos matrimonios se le habían frustrado ya á la chica: el primero por culpa de su dote, ó mejor dicho, por culpa de la falta de dote, á lo que pude comprender; el segundo por sus *imprudencias*. Evaristo era quien siempre sacaba á conversación este escabroso tema, pero Papol le tapaba en seguida la boca:

—¿Qué quieres, amigo mío? lo hecho, hecho está.

Y nunca pude saber más. Pero cuando un padre conviene en que su hija ha sido imprudente, todo el mundo sabe lo que esto quiere decir.

Y ahora ha llegado el momento de participar á mis lectores que yo era soltero, como sigo siéndolo gracias á Dios... y á mi loro. Este animal y una vieja sirvienta constituían todo el personal de mi casa. El loro, con esta facultad de imitación que caracteriza á los de su especie, no tardó en asimilarse y en repetir las frases que más á menudo oía al través del tabique; de manera que al cabo de un mes doscientas cincuenta veces al día decía:

—Evaristo, ¿quieres abrir?

—¿Eres tú, Papol?

Efectivamente, todas las mañanas estas dos preguntas se cruzaban al través de la puerta del cuarto tocador de mis vecinos: y era cosa divertida (las cuatro ó cinco primeras veces) oír al pájaro repetir con la voz de falsete de la señora:

—Evaristo, ¿quieres abrir?

Y luego copiar exactamente el timbre abaritonado, y un poco nasal del marido para contestar:

—¿Eres tú, Papol?

Adviértase que yo no había entrado para nada en ese juego; pero ¿quién les quitaba de la cabeza á mis vecinos que eso era una broma mía de mal gusto? Bebel, sobre todo, estaba exasperada, y cuando por la mañana entraba en el cuarto de sus papás, nunca dejaba de exclamar:

—¡Mala bestia! á cada imitación del animalito; el cual, naturalmente, no tardó en poder decir: «¡Mala bestia!» con una voz tan exactamente igual á la de aquella señorita, que cerrando los ojos, cualquiera podía hacerse la ilusión de que la joven, olvidando todas las conveniencias, se había aventurado á penetrar en los lares de un joven casadero.

Un día Bebel no pudo aguantar más, y dijo á su padre:

—Este caballero es un bromista de mal género y debería usted quejarse al portero.

—Ya lo he hecho, hija mía; pero parece que el maldito pajarraco está en un piso de la casa contigua y, naturalmente, nuestro portero nada tiene que ver con ella...

—Pero ¿cómo es posible que las paredes intermedias sean tan poco espesas?

De eso me quejaba yo precisamente, porque me parece que dos mujeres gritando con todas sus fuerzas para hacerse oír de un sordo son algo peor que un loro. A mis observaciones y á mis quejas se había contestado que las dos casas formaban parte de un cuerpo de edificaciones construídas por una sociedad, en quiebra por más señas, como todas las de índole semejante. (No sería por no haber economizado en las paredes medianeras).

A todo esto había llegado el mes de Junio: mis vecinos de arriba se habían ido al campo; los caballos de abajo, con sus cocheros, y éstos con sus trompas también; en una palabra, la casa se iba convirtiendo en un verdadero paraíso; no quedaban más que las lecciones, el loro y mis vecinos de al lado.

Verdad es que éstos se habían puesto imposibles. Era cosa de volverse loco: excepto echarse los muebles á la cabeza, aquella gente hacía todo lo que puede hacerse en una casa donde reina la discordia. A Bebel se le había metido en la cabeza «ir á alguna parte como todo el mundo;» deseo muy legítimo, pero que la falta de dinero hacía irrealizable, al decir de don Evaristo.

—¡Repito que no tengo dinero! exclamaba el buen señor. El Banco va mal, han rebajado mi sueldo en un diez por ciento, y ya empezamos á contraer deudas.

Después de tres días de lucha el desgraciado quiso hacer una concesión: irían á Tréport. A este nombre Bebel se le echó á reír en las barbas:

—¡Tréport! ¿Por qué no más cerca? ¿Quién iba ya á Tréport?

En fin, ella tenía veintitrés años, y puesto que sus padres no miraban por ella, ella estaba en el caso de buscarse marido por su cuenta.

—Empieza por buscar dote, dijo el padre por fin indignado.

—Tiene sesenta mil francos, se aventuró á decir la madre, que se ponía continuamente entre el yunque y el martillo.

Evaristo se rió de una manera que hacía daño.

—¡Sesenta mil francos! ¡mi fianza! Bien sabes que si la retiro, ¡adiós empleo! Y además, retirarla, quién sabe si lo conseguiría estando los negocios como están.

No quiero repetir la contestación de Bebel: decididamente aquella muchacha no tenía corazón; así es que, cuando después de una escena capaz de crispar los nervios al más indiferente, el loro repitió: «¡Mala bestia!» no pude abstenerme de asentir:

—¡Una mala bestia, sí señor!

Afortunadamente la hora de la marcha había llegado también para mí: dejé *Jacquote* (el loro), al cuidado de mi vieja servidora, y me puse en camino, regocijado con la idea de no saber de mis vecinos en cuatro ó cinco meses.

## II

Primero viajé por Suiza, pasé tres semanas en la Engadina, regresé por Coire y Zurich y me detuve en Lucerna. En esta población, ó mejor dicho, en el hermoso lago á que la misma da nombre, me esperaba el amor.

La vi por primera vez en un vaporcito de los que recorren el lago. Viajaba sola con su madre, señora de aspecto distinguido y melancólico, tanto, que de momento la creí viuda. Me arreglé de manera que pudiese hospedarme en el mismo *hôtel* que ellas, y al cabo de tres días ya había hecho su conocimiento (fué en el ascensor, lo recuerdo bien), no tardando en saber su nombre y su historia.

La señora de Monsenpuelle no era viuda, sino que su marido, retenido por importantes negocios, no había podido acompañarlas en aquella excursión de un mes, que la salud de la niña había hecho indispensable. En cuanto á ésta me gustaba muchísimo, me gustaba, ¡ay! demasiado. Era el verdadero tipo de una señorita *comme il faut*: morena (en nada pretendo rebajar á las rubias, pero no cabe negar que el color moreno tiene algo de más... ¿qué sé yo?... ) morena, sí, con ojos negros, profundos, altivos, castos y tiernos. La hubiera preferido un poco menos tímida, porque la timidez es también uno de mis defectos. Pero, tímida ó no, su madre no la perdía de vista como quien guarda un tesoro, ó mejor, como quien guarda una hija adorada; porque se adoraban.

Por lo demás, Isabel era una sensitiva: por cualquier cosa sus ojos se humedecían, y un día creí que iba á romper en sollozos por una sencilla observación de su madre, á propósito de una sombrilla que había dejado olvidada en el Righi-Kulm, cuya ascensión habíamos hecho juntos. Precisamente esta sombrilla fué la que (si puedo expresarme así) rompió el hielo entre nosotros. Al día siguiente, al despuntar la mañana, ya estaba yo otra vez en camino del Kulm, y á las cinco de la tarde, gracias á la prisa que me di y también al ferrocarril de cremallera, la señorita de Monsenpuelle volvía á estar debajo de su sombrilla. Me tendió la mano y me dijo con una voz... (¡oh cielos!)

—¡Cuán bueno es usted!

Besé aquella mano, y hasta creo que de momento la madre y la hija encontraron la cosa un poco fuerte; pero bien comprendían que de todos modos yo era un hombre de cierta delicadeza, y quién sabe si mi naciente amor no era ya un misterio para ellas. Las mujeres son tan perspicaces en estas cosas, según dicen.

Pasamos quince días en Lucerna sin separarnos apenas; así es que yo podía lisonjearme de conocer á Isabel mejor que haciéndole dos meses la corte en París. (Para el estudio de caracteres no hay como viajar). Era hija única y se conocía que la familia gozaba de buena posición, y estaba montada con cierto tren, pues en la conversación dejaban escapar inadvertidamente los nombres de sus modistas, de sus proveedores, de las personas que las visitaban, y estos nombres eran para mí muy elocuentes. No tenían carruaje, y decían con mucha sencillez:

—En París, cuando no se tienen sesenta mil libras de renta, hay que contentarse con abonarse á una cochería.

Para un futuro yerno una frase así vale tanto oro como pesa, y yo me consideraba ya, si no como un futuro yerno, como un yerno posible.

Pero fué menester separarse: cada mañana llegaban cartas del señor de Monsenpuelle reclamando á su esposa y á su hija: no podía comer, no podía dormir. ¡Lo que es una familia bien avenida! Las señoras me permitieron acompañarlas hasta Dijon. Allí me despedí de ellas y me fuí á Borgoña á cazar.

No volví á París hasta Octubre: llegué un jueves á las diez de la mañana, y como el jueves era precisamente el día en que recibían los señores de Monsenpuelle (según me había dicho la señora al invitarme), á las tres de la tarde me dirigí apresuradamente á la dirección indicada, que era el mismo barrio mío.

Como ya me había figurado, la casa era suntuosa, la escalera de excelente aspecto, gran patio interior, y la habitación sencilla, pero decorada con cierta elegancia: no, aquella no era la morada de un advenedizo: el criado vestido de negro me hizo buena impresión; vamos, ni una nota discordante.



Las señoras me recibieron con los brazos abiertos, por decirlo así. Aseguro á ustedes que Isabel me pareció más bonita que en Suiza, y comprendí que tampoco ella me encontraba cambiado de una manera desventajosa. Hablamos con toda intimidad, pues no había otra visita alguna.

Al levantarme, dije:

—¡Cuánto siento, señora, no haber podido tener el gusto de conocer hoy al señor de Monsenpuelle!

—A esta hora, repuso ella, está siempre en su banca; pero uno de estos días irá á invitarle por si usted se digna venir á comer con nosotros. Entretanto que no le conoce usted personalmente, voy á enseñarle su retrato hecho al lápiz por la niña.

—¡Pero, mamá!... dijo Isabel haciendo mimos, ¡si está tan mal!...

—¡Bah! el señor es un amigo de confianza; además, tú no tienes pretensiones de artista...

Se abrió una puerta y me introdujeron en una pieza que evidentemente era el cuarto conyugal. Colgado de la pared se veía el retrato del señor de Monsenpuelle, pero no puedo decir si era bueno ó malo, porque en el instante en que iba á examinarlo, oí al través de la misma pared una voz chillona que gritaba:

—Evaristo, ¿quieres abrir?... ¿Eres tú, Popol?

¡Me hallaba en casa de mis vecinos! ¡En aquel infierno!... ¡y á punto de ser pescado por Bebel, por aquella furia!!

Pero tuve la suficiente presencia de ánimo para no hacerme traición, y aparenté no haber oído nada.

Inútil es añadir que no he vuelto á poner los pies en casa de las Monsenpuelle. Pero por razones sobre las que me permitirán ustedes no insistir, aquella habitación casi en común con la susodicha familia era muy penosa para mi amor propio. Me trasladé al mes siguiente, y aseguro á ustedes que si en París hay un loro cuidado con tierno reconocimiento, éste es el de su seguro servidor

LEÓN DE TINSEAU.





SEVILLA. — Torre del Oro

## VIAJE POR ESPAÑA EN 1492

### V

#### SEVILLA

**P**ARA ir Colón á Palos, desde Córdoba, debió pasar por Sevilla hacia el 20 de Mayo. Quizá se detuviera para descansar; quizá pasara de largo. No pensaría que aquella privilegiada tierra, á la sazón engalanada con todos los colores y perfumes de la primavera, que embalsama los blancos patios de las casas y endulza el aire de las estrechas calles, había de ser el dichoso emporio de las expediciones españolas á las Indias Occidentales. Pero en 1492 no era todavía más que la ciudad impregnada del espíritu artístico de los árabes, que mantenían vivo los mudéjares, suscitando la emulación de los cristianos que no en balde respiraban aquel ambiente sutil en el que parecen estar los gérmenes del donaire y de la gracia.

Vivo estaba en Sevilla el recuerdo de la entrada solemne que hizo la reina doña Isabel en la ciudad, en 1477, á *jueves vispera de Santiago veinticuatro de Julio*, según declara el acta capitular del *cabildo* celebrado diez días antes por los regidores sevillanos para acordar los festejos que con tal motivo debían hacerse. Aquel día memorable acudió á la risueña campiña que se extiende entre las puertas del Osario, de la Macarena y de *Bib-Ragel*, un inmenso gentío de curiosos de todas edades, sexos y condiciones, poseídos del mayor entusiasmo; gentío que invadió todos los puntos á propósito para presenciar la entrada, especial-

mente la parte de muralla romana (aquella muralla tan fuerte que al mismo Julio César admiró) inmediata á la puerta de la Macarena, que era donde estaba dispuesto el altar con el libro de los privilegios de la ciudad para que la Reina los jurase. Allí estaban los Jurados y los Grandes, el Aguacil mayor con el Pendón de la Ciudad, el Cabildo eclesiástico y las comunidades religiosas, los obreros y maestros de las Atarazanas y del Alcázar, los escuderos del Hospital Real, con sus sayos blasonados de castillos y leones, la aljama de los moros y judíos, los juegos y danzas que salían en la procesión del Corpus y todos los negros que había en la ciudad, á quienes se había dado orden expresa de que asistieran.

Llegó la Reina, acompañada del cardenal Mendoza, de algunos grandes y señores de su



SEVILLA. — Alcázar

Consejo con el séquito de reyes de armas, trompeteros, pajes, cinco de ellos con antorchas, y demás servidores. Dió-le la bienvenida la ciudad, por medio de un razonamiento que había redactado don Alonso de Velasco, y terminadas aquellas primeras ceremonias, fué conducida bajo un palio de brocado carmesí con flecos bermejos (cuyas ocho varas, pintadas y doradas, llevaban otros tantos regidores engalanados con trajes de terciopelo de un solo color), atravesando así la ciudad, que estaba toda ella vestida de fiesta, con toldos y guirnaldas, perfumada por juncias y arrayanes, y en cuyas plazas corrían fuentes de agua y vino, á la Iglesia Mayor, para que diera gracias al Altísimo, y después al Real Alcázar, donde tenía dispuesto su aposentamiento.

Era entonces el Alcázar el monumento más importante de Sevilla, pues las obras de la Catedral aún estaban atrasadas. De los alcázares propiamente arábigos, aquellos que encomian los escritores musulmanes, sólo subsistía un resto que el conquistador de Sevilla, Fernando III, convirtió en monasterio

de religiosas bajo la advocación de san Clemente; pues el sitio que ocupara otra parte de tales moradas era donde el rey castellano don Pedro, afamado por sus extremadas *justicias*, también calificadas de *crueldades*, había hecho construir á artífices mudéjares el nuevo Alcázar donde ahora se aposentaba la reina doña Isabel. Once años tan sólo, de 1353 á 1364, bastaron para levantar y dejar terminado tan suntuoso edificio, que no sólo por su estilo y su magnificencia, sino por su disposición, patios y jardines, emulaba los palacios de los reyes moros. Allí los trazados geométricos, llenos de menudos adornos de yesería, pintados y dorados; allí los techos de alfarje formando graciosas lacerías; allí los frisos de mosaico de aliceres, esmaltados de vivos colores en los alfares de Triana; allí los mármoles de Córdoba y de Valencia, de fábricas derruidas en Sevilla ó de las ruinas del famoso palacio de Medina Az-Zahrá. Los artífices mudéjares dejaron en los muros del Alcázar gallardas muestras del estilo afiligranado y exuberante que á la sazón imperaba en la España musulmana, y cuyo monumento típico es

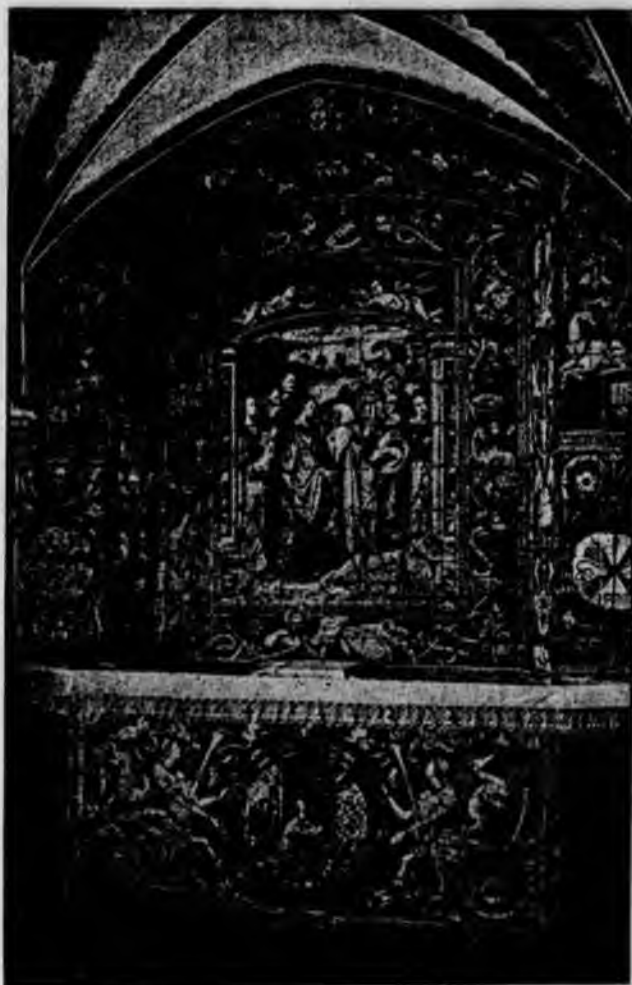


la Alhambra de Granada. Supieron hermanar sus delicados adornos con los blasones del rey castellano, y con las letras monacales que en los altos frisos dan testimonio de la fecha y circunstancias de la edificación.

Mas, por desgracia, pocos monumentos sufrieron tanto como el Alcázar sevillano. En 1464 un violento huracán, de que da cuenta el escritor Alonso de Palencia, derribó una parte, justamente la que acostumbraba habitar el Rey, y arrancó de raíz muchos naranjos. Esta circunstancia debió de contribuir sin duda á que en los reinados siguientes se hicieran incesantemente obras de reforma ó nuevas construcciones en el recinto de los *Alcázares* (que así se designan en la aludida inscripción); tanto que á todos los artistas, carpinteros de *lo blanco*, pintores, herreros, torneros, entalladores, soladores y azulejeros, que bajo la dirección de los maestros mudéjares hacían aquellos trabajos, se les dió el nombre de *francos*, porque estaban exentos de pagar ciertos tributos y de contribuir con sus personas á la guerra, privilegios que los reyes, especialmente don Juan II, les concedieron y confirmaron. ¡Extraña cosa, que prueba el mérito de los artistas arábigos y el aprecio que de ellos hacían los reyes de Castilla, mientras el arte cristiano estaba en el período más brillante de sus prodigiosos adelantos!

Los Reyes Católicos fueron quienes más impulso dieron á aquellas obras, y luego su nieto, el emperador Carlos V. Con tales aumentos no es mucho que entre las primorosas yeserías y lindos alicatados se hallen algunos trozos de gusto artístico diferente. En la

parte alta del palacio hay un salón con techumbre artesonada y grandes tirantes, que descansan sobre un hermoso *arrocabe*, en el que los escudos, los emblemas de yugos y flechas y el mote *tanto monta*, atestiguan que aquello es obra de los Reyes Católicos. Comunica este salón, por la izquierda, con una cámara cerrada por artesonado octogonal de la misma época, y de esta cámara se pasa á una galería en cuyo término está el oratorio de dichos reyes, habitación rectangular, con bóveda rebajada, de estilo ojival. Este oratorio nos ofrece un resumen de la historia del arte bajo los Reyes Católicos; pues en el espacio que le precede, hay una entrada partida por una columna con capitel mudéjar, de la que arrancan los arcos; y en las bovedillas que cubren ese espacio campean dos tarjetas circulares con las iniciales F é Y; síguese luego



Retablo y altar de la capilla de los Reyes Católicos, en el Alcázar de Sevilla

el espacio cubierto con la bóveda rebajada, cuyas nervaduras arrancan de repisas llenas de primorosas hojarascas, y se entrecruzan luego, dando motivo á calados rosetones que cubren los puntos de intersección; y por último, el retablo nos muestra una de las más gallardas obras del Renacimiento. Consiste este retablo en un cuadro de azulejos policromos de colores azul, verde, amarillo y negro, sobre baño blanco, que representa la Visitación de la Virgen á Santa Isabel, con una historiada cenefa, cuya parte inferior ocupa el patriarca José, de cuyo pecho salen por cada lado dos ramas del árbol genealógico de la Madre del Salvador, sustentando cada tallo alguno de los ascendientes de ésta. Peregrinos grutescos entre los que destacan á los



SEVILLA. — Portada del convento de religiosas de Santa Paula

lados los yugos y las flechas simbólicas de Fernando é Isabel, llenan el resto del hueco, todo ello pintado en azulejos, como el frente del altar, donde entre sirenas y roleos campea una medalla que contiene, en figuras pequeñas, el misterio de la Anunciación. La elegancia y sentimiento con que están dibujadas las figuras, aún impregnadas del espiritismo del siglo xv; lo gracioso de los adornos, en que se manifiesta el nuevo estilo llamado en España *plateresco*, todo revela una influencia del país que estaba haciendo la revolución artística de Europa. Por si no bastara para testificar un origen italiano el buen gusto de la composición, al pie de la Virgen se lee: *Niculoso Francisco me fecit*; y por si cupiera duda del tiempo en que se efectuaba en España ese feliz matrimonio de la tradición cristiana y los motivos de la decoración itálica, en la pilastra simulada á la izquierda del asunto principal, se lee: 1503. Era el Niculoso Francisco un pisano, discípulo del famoso ceramista italiano *Lucca della Robbia*. De aquél debe ser el adorno; de un maestro, educado en el gusto anterior, deben ser las figuras.

El retablo en cuestión, aun con esa mezcla de estilos que no nacieron en Sevilla, es por su manufactura y su aspecto una de las obras más sevillanas que pueden citarse. En otra localidad hubiérase esculpido ese retablo en alabastro ó en madera; en Sevilla se pintó en loza. Sevilla es la patria del azulejo. Por eso, sin duda, acudió allí el maestro pisano, del cual se conserva otra obra análoga é importante, también del tiempo de los Reyes Católicos.

Queremos hablar de la portada del convento de religiosas, que en 1475 fundó la venerable madre Ana de Santillán, bajo la advocación de santa Paula. Es la portada otro monumento genuinamente sevillano, pues aunque está construída conforme al gusto ojival, es de ladrillo como las torres mudéjares, y la archivolta de la arcada tiene un revestimiento de azulejos, en los que, sobre un fondo del mismo tono que los ladrillos, se desarrolla una composición decorativa, policroma, campeando los colores azul y blanco, con medallones, cerrados por guir-

naldas, y dentro de ellos, sobre la clave, la representación del Nacimiento en figuras esmaltadas de blanco sobre fondo azul, en el estilo de *Lucca della Robbia*, y en los demás de imágenes de santos y santas, esmaltadas en brillantes colores. Lindas fantasías platerescas llenan los espacios exteriores. Igual revestimiento de azulejos tienen las enjutas y el tímpano; en aquéllas aparecen pintadas unas figuras de ángeles y en el tímpano el escudo, resaltado, de los Reyes Católicos con los yugos y flechas y el lema *tanto monta*. Esta preciosa decoración lleva también la firma



SEVILLA. — La Giralda

del ceramista italiano Niculoso Francisco; y es de notar que aquí también el estilo de las figuras, que participan del gusto alemán, se aparta del de los adornos; diferencia que explica cumplidamente el nombre del *imaginero* Pedro Millán, trazado en caracteres góticos dentro de uno de los medallones, indicando que fué obra de este artista el modelado de aquéllas, y del maestro italiano el resto.

Pero la tradición de las obras de ladrillo y de los revestimientos de azulejo venía en Sevilla desde el tiempo de los moros. Pregonándolo estaban los antiguos *alminares*, á la sazón torres



de las iglesias, como la torre de San Marcos, correspondiente á los tiempos de la dominación almohade, que ostenta en uno de sus ajimeces los primeros *aliceres* ó frisos de azulejos sevillanos; las de Santa Catalina, Santa Marina, *Omnium Sanctorum* y otras varias, todas ellas del estilo que se denomina árabe mauritano, decoradas con labores de alicatado. A todas las torres sevillanas aventajó en magnificencia la llamada *del Oro*; á todas en gallardía la sin par *Giralda*. La *Torre del Oro* no lo fué de mezquita sino que formó parte de las obras de defensa del Alcázar, sirviendo de puesto avanzado sobre el río. Hizola construir en 1220 el gobernador de Sevilla Cid-Abú-el-Olá, y tuvo hasta el segundo tercio un revestimiento de azulejos, á cuyo aurífero brillo debe la torre aquel nombre. Tan lucido revestimiento ocultaba una robusta construcción defensiva, tanto, que la *Torre del Oro* sirvió para guardar sus tesoros al rey don Pedro y de prisión á varios personajes.

La *Giralda*, el ornato más bello y característico de Sevilla y al propio tiempo el monumento más típico del estilo árabe mauritano, fué el *alminar* de la famosa *aljama* ó mezquita que en el siglo XII levantó Jacobo-Abu-Juseph-Almanzor. Comenzóse aquella fábrica en 1184 de nuestra era y se terminó en 1196. En sus cimientos emplearon los alarifes almohades numerosos restos de monumentos romanos y visigodos: una lápida romana aparece entre los sillares de su zócalo; basas y capiteles visigodos se ven en las arquerías de ataurique de los muros. A toda ponderación excede la belleza decorativa de aquel conjunto de labores de alicatado que se extienden por los recuadros, interrumpidos por elegantes ajimeces y gentiles arquerías. El siglo XVI desfiguró esta torre con un segundo cuerpo que permitiera colocar las campanas y poner por coronación la figura de bronce que ha dado nombre á la torre. El Rey Sabio nos la describe diciendo que coronaba el cuerpo principal un antepecho de almenas dentelladas y sobre éstas se alzaba un segundo cuerpo rectangular que tenía por remate cuatro grandes manzanas de metal. No las conoció en tal estado doña Isabel, pues un terremoto acaecido en 1355 conmovió la torre de modo que cayeron las cuatro manzanas; y el huracán que tantos destrozos causó en el Alcázar en 1464, derribó lo alto de la torre, que, según el cronista Zúñiga, «pareció ser cortada como con un cuchillo.» Desmochada debía estar en 1492, y sin duda ya se pensaba en reconstruir aquel segundo cuerpo.

No debían quedar tampoco en aquel tiempo otros restos de la mezquita que los lienzos de muralla que corren desde la puerta de la Catedral, llamada *del Perdón*, hasta la *Giralda*, en el Patio de los Naranjos, que fué patio del templo musulmán. Aquella fué la única parte respetada por los cristianos, al levantar en el sitio que ocupó la mezquita, siguiendo la costumbre de los tiempos, su iglesia mayor. En 1401 fué cuando el Cabildo determinó sustituir la primera iglesia, que se hallaba ruinosa, con otra cuya magnificencia había de ser tal, que, según la expresión de uno de los congregados, *habían de tener á éstos por locos los que la vieren acabada*. En algo se cumplió este deseo, pues la profusión de los adornos, que corresponden al brillante período en que el estilo ojival florido desplegó sus mejores galas, y lo atrevido de la construcción, que al dar igual altura á las naves rompió aquellas tradiciones inspiradas en el misticismo septentrional, bien claro dicen que aquello fué un alarde propio de la imaginación sevillana. Ni cuando estuvo la Reina Católica, ni en 1492, cuando debió pasar por Sevilla Cristóbal Colón, estaba aún terminada la Catedral, pues en 1496 hubo que tomar providencia respecto de los encontrados pareceres de los arquitectos en cuanto al modo de cerrar tan arrogantes naves.

Bien á las claras dicen todos los monumentos sevillanos, tan originales y peregrinos, cuál ha sido siempre la viveza de espíritu de la gente de aquella tierra. Esta misma viveza fué la que motivó entre los magnates las discordias que fué á aplacar la Reina Católica, tan afanosa en mermar á la nobleza sus antiguas demasías; esa misma viveza fué la que dió á Sevilla ardor y constancia para secundar más tarde la obra que iba á emprender Cristóbal Colón.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.

(Continuad)

## UN PAR DE ZAPATILLAS



se caballero deslucido que pasea triste y solo por los jardinillos de Recoletos y por los soportales de la Plaza Mayor, luciendo el brillo resplandeciente de su americana bruñida y los gloriosos repujados de su sombrero, ese es don Liberato, el *sablaista* de á peseta, cuyas estrecheces le oprimen por todas partes menos por los pies, ya que los lleva calzados con anchas y desfilachadas zapatillas. Cuando se le ve cruzar la plazuela de los Mostenses con su barba crecida y el rostro chupado, suelen decir los tenderos y las porteras:— Ahí va un hombre que tenía sus buenos cuartos, y se ha quedado sin plumas y cacareando tras de la chifladura de su hotel.

Y en este punto, el apreciable vulgo de mostrador y portal se equivoca, por más que no ande muy lejano de la verdad. La gente ha oído campanas, pero no sabe dónde. El origen verdadero de la ruina de don Liberato está en un par de zapatillas; precisamente las que lleva puestas para sus excursiones á través de la capital.

Érase don Liberato, allá, cuando quería Dios, un ciudadano tranquilo que vendía garbanzos «como manteca,» según afirmaba el rotulillo del escaparate, y demás géneros llamados ultramarinos. La tienda estaba situada en el cogollo de aquel distrito burgués, que años atrás se llamó el barrio de Maravillas. Vive allí hecho una piña el Madrid viejo de los covachuelistas, y el cocido castellano humea de doce á una en todas las mesas de aquel hormiguero. Don Liberato tenía gran venta de sus garbanzos «como manteca;» de sus latas eran, además, el aceite y el petróleo con que se iluminaban las tiendas, talleres y escritorios del barrio; de sus barricas manaban el vino y el aguardiente con que se festejaban los guapos. Y así de cuarterón en cuarterón, de azumbre en azumbre y de cortadillo en cortadillo, amén de las sisas, el buen hombre fué cubriéndose el riñón, de suerte que un día, hallándose ya con un capital bastante, cerró el establecimiento y compró obligaciones del Norte, echándose á rentista y poniéndose á descansar honestamente de sus pasados trajines. Su cuartito era modesto, de módico alquiler, en el mismo barrio burgués que le había hecho rico; y lo amuebló, sin dispendios imprudentes, con el propio ajuar que había decorado el entresuelo sombrío de la tienda.

Vivía el sujeto como el pez en el agua cuando no hay pescadores. Pero el calendario trae una fecha, que es la del diez y siete de Agosto, y en ese día conmemora la Iglesia los méritos y virtudes de san Liberato, abad, y con ocasión de ser éste su santo titular, el tendero jubilado tenía el gustazo de celebrar su poquito de *gaudeamus*, reuniendo á parientes y amigos en su casa, donde se comía arroz y gallo muerto y se bailaba por la noche á los sonos de un piano mecánico, alquilado por un hortera inteligente.

Don Liberato contaba, entre sus relaciones íntimas, á una ahijada, discípula sobresaliente de un colegio de la vecindad, y de la cual se sentía el hombre muy satisfecho. Y empezó la ahijada, un año, cuando los calores fuertes anunciaban la proximidad de san Liberato, á soltar medias palabras y alusiones respecto de un presente soberbio con que se proponía sorprender al padrino. ¡Qué será!... ¡qué no será!... Llegó el día de la fiesta, y el presente consistió en un par de magníficas zapatillas.

Pero ¡qué zapatillas! Una obra de arte; no había salido otra mejor de la clase de labores del colegio de la ahijada. Aquello era un macizo de sedas, estambres y lentejuelas. Dos rosas que estaban hablando, y unos hilos de oro, y capullos, y hojitas verdes. Un calzado de lujo, digno del primer premio en la Exposición de Artes y Oficios.

Don Liberato se sintió más complacido que si le hubiesen regalado la mula pontificia. Una semana duró la exposición de las zapatillas, puestas en una bandeja sobre la camilla, en el centro del gabinete. Transcurrida la semana, don Liberato se las calzó. ¡Qué satisfacción la suya! Todo el día estuvo con la vista clavada en aquellos cuajarones de flores y tembleques que le envolvían los pies. Ya no se quitó las maravillosas zapatillas. Dejó sus horas de paseo, olvidó su tertulia de todas las tardes en la Lotería de la calle Ancha. Se quedó perpetuamente en casa, porque con sus zapatillas puestas decía él que no había quién le descalzase.

¡Pobre don Liberato! No sospechaba que metidos en aquel calzado sus pies le conducían a la perdición. Un día se puso á comparar el lujo de las zapatillas con la modestia de la americana de color ceniciento que se ponía para estar en casa, y se dijo á sí mismo con la más profunda convicción:—Esto es un pegote; á tales zapatillas corresponde otro vestuario.—Y se fué á la sastrería de Isern, donde le proveyeron de una bata insultante: paño inglés, de color de hoja seca con vueltas de raso encarnado, y toda acolchada, con borlas, con alamares, con botones, una apoteosis. No ha habido marqués de comedia que presentara más ostentoso continente.

Y caten ustedes á don Liberato hecho un Narciso delante del tocadorcito de su alcoba, contemplándose, admirándose y prendado del espectáculo que ofrecía su persona. Mas cátenle ustedes también, lanzando miradas de humillación y enojo sobre aquel económico menaje, procedente de las ebanisterías de la calle de Tudescos, que le rodeaba hablándole del entre-suelo y de la tienda, y de los garbanzos como manteca. Para un caballero tan bien trajeado no era propia decoración la que formaban el sencillo canapé chapeado de caoba y con rehenchidos de algodón, la cómoda panzuda, la camilla verde y los cuadros del Hijo Pródigo.

—Hay que adecentar esta casa; he de barrer toda esta pobreza. Aquí debe traerse un espejo de cuerpo entero, en el cual me vea desde el casquete hasta las zapatillas. Aquí faltan poltronas de tapicería, cama con pabellón y alfombras.

Su bolsillo no se lo negaba; el ex comerciante llevó á su casa, en menos de quince días, un ajuar bastante para amueblar un palacio ducal.

Pero ¡ya se ve! ¡Lucido papel hacían las butacas, los espejos, la mesa de ministro, el aparador y las lámparas, todo metido como en almacén, estivado dentro del humilde cuartito con doce piezas, la cocina inclusive, plebeyo domicilio de doce duros mensuales y al que se llamaba después de las nueve de la noche, dando tres golpes y repique! Aquello era un tugurio; papel de dos reales en las paredes, manzanas y berengenas pintadas en el comedor, la portera metiéndose á charlar con las visitas, en el piso de encima una máquina de coser... Imposible; don Liberato se creía en una celda de la Cárcel Modelo.

Comenzó á darle vueltas por el seso, como una bola de ruleta, el pensamiento de construirse una casa... ¿Y por qué no un hotel? Allí, hacia las Ventas, cerca de la Plaza de Toros... Dinero, tenía, ¿quién se lo vedaba? Compró un solar, llamó á arquitectos, examinó planos. Acá un pretil, acullá un mirador; que la puerta ha de ser con tallados, que las baldosas de mármol; y la verja dorada al fuego, y el frontis con esgrafiados, y antojo sobre antojo, deseo tras deseo, talega tras talega, estrujáronse hasta el último ochavo los dineros de los garbanzos. A seguida de eso, la hipoteca del hotel antes de haberle estrenado; luego los vencimientos, detrás el embargo, el remate, los buitres repartiéndose el despojo, los muebles ricos á la prendería, y don Liberato empobrecido, la bata vieja y las zapatillas rotas.

Todos los días recorre el pobre hombre medio Madrid; huye de sus recuerdos y busca la peseta. Hace una jornada diaria de treinta kilómetros. Para en medio de la calle á sus antiguos conocidos, se les echa á llorar, les pide el socorro del día, y cuando ya le ha favorecido un bienhechor, se sienta en un banco de cualquier plaza con jardín, estira las piernas y aguarda la noche contemplando en sus pies los restos de aquel par de zapatillas, que después de haberle ofuscado el juicio, ahora le sirven para salir á implorar una limosna.

JOSÉ FELIU Y CODINA.





# ¡SOLEDAD!

NOVELA ESPAÑOLA

FOR

D. C. SUAREZ BRAVO

## EPÍLOGO

BAJADA DEL CIELO

E l' avvió, pei flóridi  
Sentier de la speranza,  
Nei campi eterni, al premio  
Che i desiderii avanza,  
Dov' é silenzio e ténebre  
La gloria che passó!

(MANZONI).

Nos hallamos en Francia, en pleno mes de Diciembre del año 1870, mes doblemente frío para nuestros vecinos, porque el aire helaba los cuerpos y los sucesos helaban los espíritus. Cruzamos un país desolado por la guerra, en las antes apacibles y risueñas llanuras situadas entre el Loire y sus afluentes, y en días de los cuales conservarán todavía por mucho tiempo terrible é indeleble recuerdo aquellas comarcas.

Es decir, no somos nosotros los que le cruzamos, sino una joven pareja, que, acurrucada, más bien que sentada en una especie de tartana ó carricoche de los que usan los labradores acomodados en Francia para transportarse á los mercados, contemplaba melancólicamente, envuelta en abrigos cuya factura y estofa revelaban que ambos pertenecían á la clase rica, el cuadro que ofrecía aquel país devastado en toda su extensión y mostrando recientes huellas de una gran catástrofe. Tiraban del vehículo dos jamelgos viejos y estropeados, que azuzaba casi desde la lanza un rapazuelo campesino como de catorce años.

No hay necesidad de que hagamos entrar á nuestros lectores en relaciones con los dos viajeros, porque ya los conocen. Eran Luisa y Eduardo. La causa que les obligaba á atravesar aquel territorio en tan aciaga coyuntura debía ser de naturaleza apremiante. Lo era, en efecto, como se verá por esta breve explicación.

Al poco tiempo de estallar la guerra franco-prusiana, Ricardo desapareció de Madrid,

TOMO I.—103.

dejando á su padre una carta en la que le participaba que iba á entrar de voluntario en las filas francesas. Causó el suceso en la familia verdadero sentimiento, porque el nuevo Ricardo era el reverso del antiguo; pero los caracteres no se doman fácilmente, y el de Ricardo, inquieto y necesitado de acción, no se avenía con la monótona tranquilidad del hogar. Como esta calaverada, al fin de cuentas, se diferenciaba bastante de las otras y revelaba el propósito de dar noble empleo á sus facultades, don Gabriel y demás miembros de la familia hubieron de consolarle. Ricardo volvió á escribir que se había alistado en el batallón de voluntarios del Oeste á las órdenes del coronel Charrette. Su padre procuró proveerle abundantemente de dinero. El joven escribió todavía alguna que otra vez. Su última carta estaba fechada en el campamento que ocupaba más allá de Orleans el ejército del general Chanzy. La inquietud en la familia fué vivísima, porque se sabía que este ejército estaba empeñado en una lucha heroica, pero desastrosa, con legiones nutridas, disciplinadas y envalentonadas por la victoria. Los últimos partes autorizaban ya la presunción de un completo desastre militar. No tardaron en verse confirmadas las tristes previsiones de la familia por la siguiente lacónica misiva, que no llegó á su destino sino después de ocho días de andar traqueteada de estafeta en estafeta y que fué leída con lágrimas.

«Por si la familia del joven español, Ricardo Cabañas, desea recoger su último suspiro, tengo el dolor de participarle que éste, á consecuencia de heridas recibidas bizarra y gloriosamente en el campo de batalla el día 2 de este mes, se encuentra en grave peligro de entregar muy en breve su alma á Dios.»

Venían en seguida las señas. La carta estaba firmada por el cura de L...

Después del natural tributo pagado al sentimiento, no se pensó en otra cosa que acudir al triste, y quizá tardío llamamiento. La edad de don Gabriel no le permitía arrostrar las fatigas de un viaje, que el estado del país que debía recorrerse presentaba erizado de tropiezos y contingencias. Eduardo era á quien incumbía el desempeño de tan triste deber, y, como puede presumirse, se dispuso á ello desde el primer momento; pero Luisa se empeñó en acompañarle. Fueron inútiles los ruegos de su marido y de sus padres y las reflexiones más apremiantes. Era preciso penetrar en el teatro de la guerra, quizá sin medios de transporte y corriendo el riesgo de verse envueltos en una batalla. Todo se estrelló en la firme resolución de la joven.

—No, Eduardo, contestaba. Quizá el pobre Ricardo viva todavía. Yo soy la única persona de su sangre que puede ir á dulcificar sus últimos instantes. Es un deber que cumpliría yo sola si tú no pudieras acompañarme. Además, no quiero dejarte.

No hubo más remedio que ceder. El viaje hasta Burdeos, sede de la delegación del Gobierno de la defensa nacional, no ofreció ninguna dificultad. Allí Eduardo, que iba provisto de recomendaciones oficiales, obtuvo un pase firmado por el mismo Gambetta, con encargo expresivo á todas las autoridades militares y civiles, y á los alcaldes, de prestar á los viajeros cuanta ayuda y asistencia necesitaran. Poco antes de Orleans el ferrocarril se encontraba interrumpido. Con grandes fatigas y derramando el dinero, Eduardo pudo hacerse con un carricoche y con dos caballos, dejados como inservibles por la requisa. La completa carencia de hombres válidos, ocupados todos en las filas, les obligó á llevar de guía al jovenzuelo de que antes hablamos, que, á pesar de su edad, mostró tener alguna pericia en el oficio.

La aldea designada en la carta se encontraba á pocas leguas; pero había que atravesar un territorio castigado por recientes encuentros militares, y al que llegaban todavía tristes manifestaciones de la lucha empeñada más lejos, en vastísima escala. No se oía el rumor de los cañones; pero de cuando en cuando aparecían por las colinas grupos, á veces muy numerosos, de soldados sin armas, con el uniforme desgarrado y que caminaban volviendo con frecuencia la vista hacia atrás como dominados por el pánico. Cuando alguno de estos pelotones, que avanzaban en desorden, pasaban por delante del carricoche atravesando la carretera, la mayor parte de los fugitivos bajaban los ojos como avergonzados. Sólo de tanto en tanto, alguno, ó de

inferior educación ó de más bajos sentimientos, se acercaba á pedir algo que comer. Iban hambrientos. Luisa, al ver aquellas figuras descompuestas, de siniestra mirada, se apretaba temerosa contra su marido, que les alargaba algunas monedas. En el momento de alejarse, el rapaz, que guiaba el carricoche y que sentía enérgicamente, dejó escapar más de una vez la palabra ¡Cobardes! pero los fugitivos fingían no oírla.

—¡Prudencia! dijo Eduardo al muchacho. Mira que va á aquí una señora y nos expones á un lance desagradable. Sin duda por ahí bajo las cosas no van bien.

—Quince días hace que no cesa este trajín, contestó el rapaz apretando los dientes. Si los fugitivos que hemos visto pasar en todo este tiempo hubieran cumplido con su deber, ya estaríamos en París. Pero mientras unos se baten como leones, los otros... No es el miedo el que les obliga á volver la espalda... El francés no conoce el miedo.

Y aquí pegó un latigazo á los jamelgos, lanzando al mismo tiempo uno de aquellos gritos agudos peculiares de los aurigas del otro lado del Pirineo.

—Se conoce que los pobres van hambrientos, dijo Luisa.

—Sí, señora; hambrientos y cansados. Pero en la guerra no hay parada y fonda cuando se quiere, sino cuando se puede, y ahora andan las cosas tan mal, que se puede muy pocas veces.

—¿Dónde se baten las tropas?

—Dicen que allá, hacia el Mans; pero la verdad es que nadie sabe nada á punto fijo. Todos los días llegan noticias de victorias obtenidas por los nuestros; pero los soldados huyen y esto no está claro... ¿verdad, señor?

Eduardo, en quien se fijó al decir esto la expresiva fisonomía del muchacho, inclinó tristemente la cabeza.

Por todas partes el paisaje ofrecía huellas de desolación. Las mieses, pisoteadas por infantes y caballos, no levantaban en ningún sitio sus verdes tallos; la artillería había trazado profundos surcos sobre el terreno; veíanse aquí y allí granjas destrozadas por las granadas y por el incendio, grandes manchas y rastros de sangre; las aldeas aparecían casi desiertas, con las paredes de las casas agujereadas por las balas; en cualquier dirección que se llevase la vista ofendían los ojos señales elocuentes de porfiados combates, con esa porción de objetos y despojos infectos que dejan siempre las multitudes armadas en los lugares en donde acampan ó donde disputan el terreno al enemigo.

El día, como hemos dicho, era frío, pero el cielo estaba despejado y la limpidez de la atmósfera permitía á la vista extenderse hasta los últimos límites del horizonte. Detrás de unas colinas venían otras, con monótona regularidad; pero al cabo de dos ó tres horas de camino y á no lejana distancia, se descubría un terreno ya más accidentado y cubierto de alta vegetación.

—Allí está la aldea de L..., dijo el guía señalando algunos puntos blancos sobre fondo verde al pie de una extensa colina aplanada cubierta de árboles.

Luisa mudó de color.

Al notarlo Eduardo y al sentir al mismo tiempo el ligero estremecimiento que recorrió el cuerpo de la joven, procuró darle ánimo.

—¡Oh! bien sé, dijo Luisa con voz temblorosa, que hay poco que esperar y que lo probable es que mi pobre hermano haya muerto. Doce días han pasado, desde la fecha de la carta en que se nos anunciaba su próximo fin, y comprendo que sería insensato abrigar esperanzas; pero ¿qué quieres, Eduardo? Tiemblo al pensar que está tan cercano el momento de tocar la fría realidad. La duda era para mí un gran consuelo.

Eduardo, para evitar á Luisa las consecuencias de una probable decepción, procuró desvanecer las vagas esperanzas que, á pesar suyo, apuntaban en sus palabras.

—Estoy ya preparada, no temas, replicó la joven. Sabes que hace días que lloro á mi hermano por muerto; pero á veces... ¿quién sabe?

Ya se distinguían claramente las blancas casas del pueblecillo, con su iglesia un poco



separada del caserío, y su cuadrada torre casi desmochada por la artillería. Dominaba toda aquella zona, á la izquierda, una colina prolongada en forma de meseta, cubierta de árboles verdes y enanos que, según el guía, eran acacias. El combate por aquellos sitios debió ser fieramente encarnizado, porque las huellas y los destrozos se multiplicaban á medida que iban avanzando los viajeros.

Eduardo deseaba, por Luisa, salir de incertidumbres, porque el espíritu sobrelleva con más fortaleza las desdichas consumadas que las inciertas.

En esto el rapaz, que tenía buena vista, dijo, señalando un bulto que salía del pueblo y avanzaba por la carretera:

—Allí viene un zuavo de Charrette.

Al oír este nombre Luisa se sobresaltó. Eduardo le tomó la mano y dijo, dirigiéndose al muchacho:

—El coronel Charrette, ¿no es el que manda los voluntarios del Oeste?

—El que los mandaba, porque, según cuentan, casi todos han quedado allí, y el chico señalaba el bosque de acacias. El que viene ahí es un oficial.

Eduardo, apretando más la mano de su compañera, que temblaba, vió venir, en efecto, á su encuentro una figura militar, que rápidamente se fué diseñando, á medida que por una y otra parte se disminuía la distancia. Era un joven que caminaba cojeando, apoyado en un palo. Indudablemente un herido en convalecencia. Al llegar á él, Eduardo dió orden al cochero de pararse y se bajó con Luisa. El militar comprendió que querían hablarle y detuvo también su marcha. No había duda, aunque muy joven, era un oficial. En la manera cortés y desembarazada con que, á pesar de su cojera, se apresuró á ayudar á Luisa á bajar de la incómoda tartana y en el saludo que dirigió á la pareja, esperando lo que Eduardo se disponía á decirle, se advertía que no era persona vulgar. Sus facciones, pálidas y fatigadas por el sufrimiento, tenían el sello distinguido que sólo da la educación.

—Perdone usted, señor oficial, dijo Eduardo con voz á pesar suyo conmovida, si interrumpo su paseo; pero ese muchacho me ha dicho que pertenecía usted á los voluntarios de Charrette...

El oficial se inclinó, confirmando la exactitud de la indicación.

—En ese caso, continuó Eduardo, puede usted sacarnos ahora mismo de la triste perplejidad de que hemos de salir necesariamente al llegar á esa aldea. El mal trago pasarlo pronto. Somos españoles, y mi esposa hermana del que es... ó fué compañero de armas de usted. De Ricardo Cabañas.

Una nube de tristeza pasó por los ojos expresivos del joven oficial, pero rehaciéndose inmediatamente exclamó, dirigiéndose á Luisa é inclinándose con respeto:

—Saludo á la hermana de un héroe.

—¿Ha muerto? dijo con voz sofocada la joven.

El oficial enmudeció y dirigió á Eduardo una mirada expresiva.

Luisa ocultó su rostro, sollozando, en el pecho de su marido, que la abrazó, prodigándole los consuelos que son y serán eternamente los mismos en casos iguales, entre corazones que sienten bien.

Pasada la primera expansión del dolor, el oficial, que se había retirado conmovido, se acercó al leer en la mirada de Eduardo el deseo de reanudar la conversación.

—¿Hace muchos días, señor oficial? le preguntó, mientras Luisa enjugándose las lágrimas volvía á cogerse de su brazo.

—Hará como unos siete ú ocho... Pero sirva de consuelo á esta señora que, á pesar de lo triste de las circunstancias, mi bizarro compañero de armas murió muy bien asistido. El señor cura no se separó un momento de su lado.

—¡Dios le bendiga! murmuró sollozando la joven.

—Además (y digo esto persuadido de que ha de ser lenitivo á su dolor) en la mañana del día en que recibió sus gloriosas heridas, comulgó con el general y con algunos de sus compañeros, entre los cuales tuve la suerte de contarme, en la misma iglesia en que lo hizo Juana de Arco, la víspera de la batalla de Patay.

Por el relámpago de regocijo que brilló en los ojos humedecidos de Luisa, comprendió el oficial de zuavos que su instinto no le había engañado y que pisaba terreno propio.

—Siento gran consuelo al oírle á usted, dijo la joven, pero me aflige el pensar que el cuerpo de mi pobre Ricardo estará ya confundido con otros muchos, en lugar del cual no será posible extraerle. No habrá ni una señal, ni una indicación del sitio en que reposa, y del cual podamos, á su tiempo, sacarle para conducirlo á España.

—Así debía ser, en efecto, y así lo creía yo; pero tengo el gusto de participar á usted, que, por una intervención que no me explico, esos restos, para usted tan queridos, no han caído en la fosa común. Ayer fui á dar una vuelta por aquellos lugares, dijo el oficial melancólicamente señalando el bosque de acacias, donde yacen amontonados tantos amigos y hermanos de armas, y advertí, con sorpresa, que Ricardo Cabañas tiene un enterramiento especial con una cruz encima y en ella escrito su nombre.

—¿Es posible? exclamó Luisa dulcemente conmovida. Sin duda el señor cura, adivinando lo que había de suceder, ha tenido tan delicada atención.

El oficial se encogió de hombros con gesto de duda.

—¡Oh! yo quiero ir á rezar sobre su tumba; vamos, Eduardo. Señor oficial, ¿sería abusar de usted rogarle que nos acompañase, para indicarnos el sitio en que reposa?

—Tendré en ello mucho gusto, señora.

Eduardo dió orden al joven auriga de que fuera á esperarles con el coche á la puerta de la casa rectoral y advirtiese al señor cura su inmediata visita. Al volverse advirtió que llegaba á la misma, por el lado opuesto á la carretera, una especie de fúrgón, tirado también por dos caballos, y en cuyo pescante se velan flotar las blancas tocas de algunas hermanas de la caridad. El oficial, en respuesta á una mirada interrogativa de Eduardo, les dijo que aquel carruaje venía á recoger, de entre los muchos heridos que había aún en la rectoría, los que se encontraban ya en estado de ser transportados al hospital de V...

Los dos esposos siguieron al oficial que, saliendo de la carretera, les hizo tomar una senda que se empinaba dando vueltas sobre sí misma por el flanco de la colina, por cuya cima, en forma de meseta, se extendía el gran bosque de acacias que dominaba la vasta planicie.

Los tres iban silenciosos, hasta que Luisa, después de terminar la subida y al internarse en el bosque, rogó al oficial, que había hecho la ascensión, no sin alguna fatiga, á causa de su cojera y de su debilidad, que le refiriese las circunstancias, que á su conocimiento hubieran llegado, acerca de la muerte de Ricardo.

—¡Oh, señora! contestó el oficial. Nadie como yo en situación de poder llenar los piadosos deseos de usted. Juntos peleamos, su hermano de usted y yo, todo el día, y juntos caímos, no lejos de aquí.

—¿No sería mejor, dijo Eduardo interviniendo temeroso del efecto que pudiera causar la relación en el organismo excitado de Luisa, que dejáramos esta explicación para cuando estuvieras más tranquila?

—No, Eduardo, contestó la joven. Te aseguro que, por el contrario, me servirá de consuelo.

—Lo que yo puedo referir á esta señora, me parece más bien ocasionado á templar su dolor que á exacerbarle. Siendo la muerte un accidente vulgar en la vida del soldado, no podría ambicionar Ricardo ninguna más gloriosa ni más propia para levantar el espíritu de los que lloran su pérdida.

(Concluírá).

## ORIENTAL (1)

De la luna á los reflejos  
 á lo lejos  
 árabe torre se ve,  
 y el agua del Darro pura  
 bate oscura  
 del muro el lóbrego pie.  
 Susurra el olmo sombrío  
 sobre el río  
 dando al oído solaz,  
 y en los juncos y espadañas  
 y en las cañas  
 susurra el aura fugaz.  
 Se abre en la arena amarilla  
 de la orilla  
 vertiendo aroma la flor,  
 y las plumas de colores  
 en las flores  
 estremece el ruiseñor.  
 Vierte en gotas cristalinas  
 peregrinas  
 el rocío su cristal,  
 y en cada perla de plata  
 se retrata  
 el alcázar oriental.  
 Descorridas las sombrías  
 celosías  
 del calado torreón,  
 está en la árabe ventana  
 la sultana  
 murmurando una canción.  
 Y en la atmósfera serena  
 libre suena  
 la melancólica voz,  
 y abajo en la hierba verde  
 al fin la pierde  
 con la ráfaga veloz.  
 Y al compás de su garganta  
 rauda canta  
 contestando el colorín,  
 saltando entre los galanes  
 tulipanes  
 del espléndido jardín.  
 Y al rumor del dulce trino  
 peregrino  
 de arpa, bella y ruiseñor,  
 oído prestan atento  
 agua, viento,  
 olmo, alcázar, campo, flor.  
 Así la mora decía,  
 y respondía  
 en la rama el colorín,  
 y esto el moro la escuchaba  
 que velaba  
 receloso en el jardín:

«— Danme el ánima de un moro  
 perlas y oro  
 y coronas en la sien;  
 díme, flor, á mi ventura  
 y hermosura  
 lo que falta en el harem!  
 Danme chales los califas  
 y alcatifas,  
 y guirnalda en la sien;  
 díme, huerto, á mi ventura  
 y hermosura  
 lo que falta en el harem!  
 Danme baños y festines  
 y jardines  
 que me mienten el Edem;  
 díme, río, á mi ventura  
 y hermosura  
 lo que falta en el harem!  
 Transparentes como espumas  
 danme plumas,  
 y atan velos á mi sien;  
 ruiseñor, dí á mi ventura  
 y hermosura  
 lo que falta en el harem!  
 Nada al fin que les dé enojos  
 ven mis ojos,  
 nada que arrugue mi sien;  
 díme, luna, á mi ventura  
 y hermosura  
 lo que falta en el harem!—  
 Llegaba aquí, y una sombra  
 en la alfombra  
 la lámpara dibujó:  
 á su lado en la ventana  
 la sultana  
 con el sultán se topó.  
 «— Tienes torres, dijo el moro,  
 perlas y oro  
 y guirnalda en la sien;  
 díme, hermosa, á tu ventura  
 y hermosura  
 lo que falta en el harem.  
 ¿Qué hay en el huerto sombrío  
 y en el río,  
 y en el ave y en la flor,  
 que al rayar el claro día,  
 ¡vida mía!  
 no te traiga tu señor?  
 Dí, ¿qué falta á tu belleza,  
 á tu riqueza  
 ó á tu loca voluntad?»—  
 —« Señor, esos ruiseñores  
 en las flores  
 tienen *aire y libertad*.»—

JOSÉ ZORRILLA.

(1) La popularidad del señor Zorrilla le viene de sus obras dramáticas y de sus leyendas, en que no tiene rival. De sus poesías puramente líricas, se consideran como mejores las *Orientales*. Don José Zorrilla nació en Valladolid el 21 de Febrero de 1817; fué hijo de un elevado funcionario de Fernando VII, y estudió en el *Seminario de Nobles*, pasando después á seguir la carrera de leyes en Toledo. De allí se escapó á Madrid y empezó á darse á conocer entre los literatos con su famosa composición á la muerte de Larra, á la que siguieron muchas otras del género lírico ó del legendario, hasta que con el tiempo se consagró á la dramática con la misma portentosa y desbordada fecundidad. *El Zapatero y el Rey*, *Don Juan Tenorio* (1844) y *Traidor, Inconfeso y Mártir* (1849), representan una serie de triunfos memorables que terminaron con su viaje á París, donde compuso y publicó su *Granada*. En 1855 partió para América, adonde iba precedido de un renombre inmenso, que se aumentó con su permanencia en Méjico, terminando ya casi por completo las turbulencias de su vida, y siendo condecorado en 1885 con la medalla de la Academia Española, que mucho tiempo antes le había nombrado individuo de número. El día 22 de Junio de 1889 se sancionó definitivamente su gloriosa carrera, con la corona de oro del que arrastra el río Darro, ceñida á las sienes del gran poeta en el palacio de Carlos V, de Granada.



## NUESTROS GRABADOS

### SAN LUIS GONZAGA

IMAGEN ESCULTÓRICA DE JOSÉ REYNÉS

Admirablemente ha interpretado el escultor José Reynés, en la imagen que va reproducida con suma fidelidad en este número, el inclito individuo de la Compañía de Jesús san Luis Gonzaga. Edad, rasgos fisionómicos, actitud, expresión, todo corresponde con lo que se lee en las vidas que se han escrito del Santo, uno de los que con mayor devoción veneran los fieles católicos de todos los países del orbe. Hijo fué san Luis de don Fernando de Gonzaga, marqués de Castellón, y de doña Marta de Tana, perteneciente esta señora a una de las familias más nobles de Chieri, en el Piamonte. El marqués, soldado de profesión y de carácter, creyó descubrir en la viveza de su hijo indicios de que sería también apto para la noble carrera de las armas, que entonces seguían con especial predilección muchos hijos de familias aristocráticas como la de Gonzaga, ilustre entre las ilustres de Italia. De niño mostró Luis gusto por los ejercicios militares, lo cual era asimismo del agrado de su padre. Sucedió que hallándose en Casal cargó por sí mismo una pieza de artillería de campaña, que estaba en la muralla, y le dió fuego sin haber tomado las precauciones necesarias. Retrocedió la cureña, y poco se le faltó para que no destrozase al Santo el brusco empuje de las ruedas. Estas aficiones belicosas pronto, empero, se desvanecieron, aumentándose las señales de que el Señor llamaba a Luis Gonzaga por otros caminos.

Nada le sedujo ni le apartó de los senderos de la virtud y de la gracia. Lleváronle a las cortes del gran duque de Toscana y del duque de Mantua, este último

cercano pariente suyo, mas ni le deslumbraron ni le atrajeron siquiera por breves momentos los esplendores de Florencia y de Mantua, ni la brillantez de la sociedad fastuosa de aquellas ciudades. Luis continuaba dedicado a Dios, con prácticas de mortificación, con ejercicios espirituales que purificaban más y más su alma privilegiadísima. Pasábase largas horas en oración, sumido en

dulce éxtasis, momento escogido por el escultor Reynés para presentar su hermosa imagen. Hallándose en España tomó la resolución de abrazar el estado religioso, inclinándose primero a las órdenes de los capuchinos y de los carmelitas descalzos, para decidirse al fin en favor de la Compañía de Jesús. Difícil le fué obtener el permiso de su padre, pero a la postre éste se lo dió gozoso notando la ardiente vocación del virtuoso joven. Su presencia en la Compañía fué motivo de edificación en todas partes, hasta el punto de que mucho antes de su muerte el pueblo le designara ya con el apelativo del Santo. Afligió a Italia por aquellos tiempos una enfermedad que tomó aires de epidemia, y en el socorro de los infelices atacados se distinguió en alto grado la caridad de los PP. de la Compañía. Erigió ésta en Roma un hospital a sus costas en el que el mismísimo Padre general servía a los enfermos. Todos los PP. siguieron este hermoso ejemplo y

a todos se adelantó en fervor Luis Gonzaga. El cual, por voluntad de la divina Providencia, cayó enfermo del contagio, y aunque sanó de la enfermedad fueron las consecuencias de ella quedar el glorioso Santo con una calentura hética que acabó con su vida, prolongándosele algo sólo para que diese nuevas muestras de su santidad admirable. Colmado de favores del cielo murió san Luis en Roma la noche del 21 de Junio de 1591, en



LA VIEJA ENCAJERA

FOTOGRAFÍA DEL NATURAL, POR ANTONIO BORRELL VIDAL

que cayó aquel año la octava del Corpus, á los veintitrés y meses de su edad y seis de su entrada en la Compañía.

El espíritu de Dios, la mística devoción que tanto resplandecieron en san Luis Gonzaga ha conseguido José Reynés que apareciesen en la imagen que modeló con gran cariño y que esculpió en mármol con la misma delicadeza para un colegio de señoritas, por encargo de una piadosa señora barcelonesa, cuyas manos no están nunca cerradas para la caridad y las buenas obras. La cabeza del Santo es fruto de una inspiración verdadera y potente. ¡Qué ardorosa expresión de amor divino se ve en la mirada, en los labios, en todas las líneas del rostro de la imagen! ¡Qué bien se acuerda esta ideal cabeza con el resto del cuerpo, en que lo material desaparece, semejando la sotana del jesuita envoltura terrestre de un ser que no tiene nada de común con las miserias de este mundo! ¡Qué hábil sencillez en el modo de tratar el hábito, manera holgada, grandiosa, apartada de los efectos naturalistas, pero existiendo sin embargo en ella la verdad que puede exigir quien más prendado se halle de esta cualidad en las obras artísticas! El *San Luis Gonzaga* de Reynés recuerda las esculturas devotas que en siglos pasados tallaron en madera ó esculpieron en piedra los artistas cristianos españoles de más sonado

renombre. Hay en ella, como en las de los aludidos maestros, la verdad real, pero esta verdad transfigurada por el sentimiento religioso, por el misticismo, por el ideal que inspiró la mente y guió la mano de los más insignes imagineros de nuestra patria.

#### LA VIEJA ENCAJERA

FOTOGRAFÍA DEL NATURAL, POR ANTONIO BORRELL VIDAL

Habla la anciana mujer que está haciendo encaje y que se ve en la página 823. Respira vida su rostro, su actitud, todo el cuadro, porque tal ha de llamarse á la plancha sacada por la máquina fotográfica. El dar los retratos, los paisajes, los monumentos con verdad admirable ha sido uno de los resultados ventajosos para el arte del utilísimo invento de la fotografía. Por esto no creemos fuera del caso reproducir en este semanario una prueba tan bien sacada y tan interesante como la de *La vieja encajera*. Acaso al examinarla vea algún artista de ingenio los muchos elementos que puede encontrar en Cataluña para componer cuadros, para sacar sus figuras características, ayudando con esto á la literatura en el trabajo idéntico que llevan á cabo algunos distinguidos novelistas.

## LA MODA DE PARIS



Vestido de soirée de Worth

Como los teatros son en los actuales momentos los únicos puntos de cita de la sociedad elegante, mientras se aguarda la reapertura de los salones, el sello original de la moda se marca especialmente en el tocado y en el sombrero. En la Ópera privan las flores, las joyas, los lazos coquetamente puestos sobre el cabello, peinado ligeramente al modo del Imperio, ó bien un grupo de plumas que recuerda los graciosos penachos de las damas de la ciudad en el siglo XVIII. En los demás teatros el sombrero es de rigor, y nunca se habían visto sombreros más grandes que en la presente estación. Al visitar en los últimos días una de esas colmenas parisienses, de las que salen á la manera de mariposas, hemos podido anotar algunos detalles interesantes.

Volvemos á los *bavolets* de nuestros abuelos, pero á un *bavolet* inédito, que Virot compone con fino garbo valiéndose de una chispa de encaje, de un pedazo de terciopelo, de casi nada, agregándolo al tocado, con lo cual le añade una nueva coquetería. Sus elementos principales son el terciopelo, las felpas con cambiantes de pedrería, el fieltro, las pieles, las piedras preciosas y las hojas esmaltadas con reflejos de camaleón. Por lo que hace á lo múltiple de sus formas y á las tintas sacadas de la flora otoñal y del invierno sólo podría indicar la gracia y los imprevistos efectos el pincel de una mujer artista.

Para el teatro diríase que se trata de encantadores bonetillos, entre los cuales se señala uno de terciopelo naranja, bordado en oro, formando dos pequeñas orejas que caen á modo de *bavolet* y que tienen en lo alto, por delante, un marabú sujeto por un lazo musgo. Otro de ellos, de forma rara, asombrosamente original, hállase confeccionado en seda vieja, bordado de oro de distintos tonos, con dos orejas rematadas en un adorno de aza-

bache. He de citar aún una pequeña capota, terciopelo peonía, realzada de un manojito de ramitas esmaltadas, sujetado por agujas de esmeraldas. Lindísimo es también este sombrerito de visita con su aire antiguo, pero coquetón, fruncido, en terciopelo musgo con cambiante



glicina y fondo de seda tornasolada, formando un ligero *bavolet*, guarnecido de marta zibelina, cuya cabeza, arrollada con la cola, forma plumero. El manguito adecuado, perfumado de violeta, es también muy coquetón, con el bolsillo para el pañuelo y dos orejas sujetadas por una hebilla artística. Los sombreros redondos, de mediana dimensión, son igualmente embellezadores, y el Luis XV y sombrero marqués harán muchas conquistas.

Previendo los días fríos, ha imaginado Virot deliciosos tocados de terciopelo y encajes, sujetos por medio de rosas ó de terciopelo dalia forrado de zibelina. Un manguito hecho adrede redondea la elegancia de estos accesorios de la *toilette* en nuestras damas frioleras.

Con las fiestas de los castillos ha reaparecido el vestido de reunión más hermoso, más hechicero que nunca, al soplo inspirador de Worth, el gran artista suntuario. Se ha hablado mucho de que volvíamos á las modas Luis XIII, Imperio ó Luis Felipe, y á la verdad es imposible negar la influencia de estas épocas en las actuales modas. Pero si Worth se ha inspirado en estos tiempos pasados ha sido para crear tipos absolutamente nuevos, en los cuales apenas se encuentra la impresión del primer pensamiento, porque corte, adornos y formas son del todo diferentes. Tomemos, por ejemplo, la soberbia *toilette*, género Luis XIII, en lampas oro viejo, con las mangas abiertas sobre fondo de damasco blanco bordado de oro, terminando en el codo con unas vueltas mosquetero, gran cuello de guipure, recordando el aire del vestido el elegante atavío de Ana de Austria, sin que, por lo demás, nada se le parezca en los pormenores, porque todo es moderno y muy moderno, hasta el cinturón que sujeta el talle. Citaré, por fin, un magnífico vestido de brocado dalia sembrado de perlas.

Merece hablarse asimismo de un vestido de recepción, de un sello particular, cortado en seda de color oliva, con larga cola y cuerpo corto por detrás. Un gran cuello Luis XIII se destaca sobre un transparente color de rosa. Terminaré con un vestido que recuerda el Imperio, en seda, dibujando el busto, bordado en todas las costuras y subiendo hasta el pecho el que sostiene un pequeño corsé completamente bordado. Con estos vestidos, de un carácter nuevo, las prendas de debajo han sufrido una transformación, puesto que el vestido solo no da la gracia de la figura, sino que ésta se debe también al corsé y á los refajos. Es punto muy esencial que estas prendas tengan buen corte, de manera que no han de descuidarse estos detalles esencialísimos en la moda.


M.<sup>me</sup> Josselin, que no descansa para adornar y embellecer la más frívola mitad del género humano, ha sabido comunicar á las indicadas prendas la gracia mayor que pueda tener el vestido femenino. Su corsé *Luis Felipe*, sencillo, coquetón, marcando el busto y las caderas que, según la moda, no han de ir aprisionadas, es el tipo verdadero del corsé moderno. El asunto del refajo no es menos importante, debiendo ser largo y que arrastre, y de tinta clara para la noche, y más corto, y de un color más oscuro, para las horas de día, dándole los adornos más desarrollo abajo. Hay un bonito modelo compuesto de una falda de faya botón de oro con entredoses de Chantilly abajo formando abanico. Otro de ellos está hecho de seda brochada negra y hortensia, puesta sobre un grupo de volantes malva rosa recubiertos de



Vestido y sombrero para señorita de  
M.<sup>me</sup> Thirion

chantilly. Su lencería, tan elegante por las formas y la ornamentación, merecería un extenso capítulo. Hoy sólo podemos citar una camisa *stola*, invención deliciosa, y la bonita camisa Imperio con pantalón adecuado.

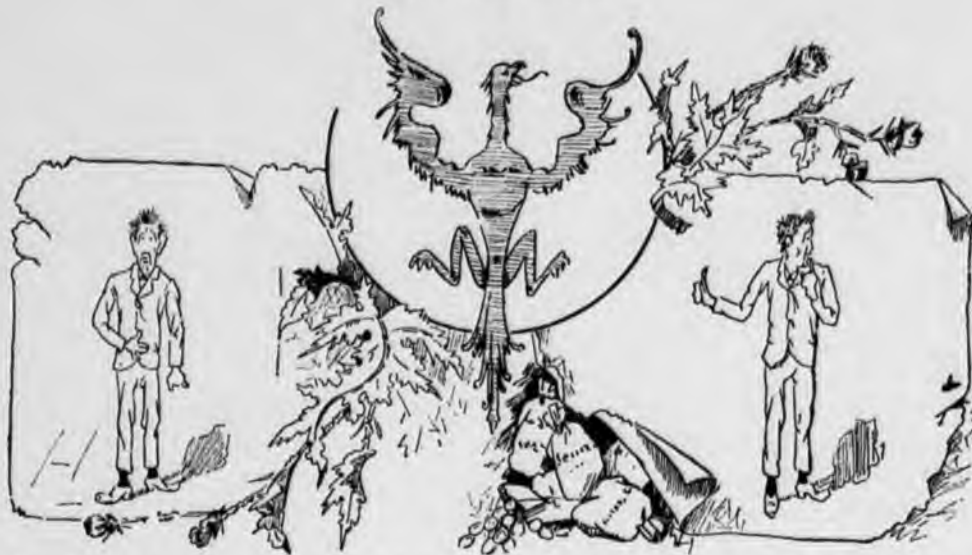
Las modas infantiles, aunque menos sujetas á variaciones, realizan una evolución digna de ser notada. Bajo la inspiración de M.<sup>me</sup> Thirion, los vestidos han adquirido aire más suelto, corte más elegante, y á la vez se adaptan mejor á la necesidad propia de los niños y niñas de correr y brincar. Las faldas largas y los abrigos molestos son, por lo tanto, desechados, lo cual no sentirán nuestros chiquitines. He ahí algunas de las *toilettes* que acaba de crear la expresada modista. Empezaré por un vestidito de *bebé* en veludillo azul pálido, realzado por una doble berta, orlada de pasamanería azul y plata. La camiseta es de surah blanco con manguitas sopladas y adornada de valenciennes. Otro traje, precioso, va adornado de entredoses en guipure dispuestos en cuadrado, del que sale un volantito que cae sobre la espalda: el mismo volante adorna la falda. Es muy elegante un vestido de niña, seda rosa pálida, con falda 1830, rodeada de volantes minúsculos dispuestos en tres hileras hasta media falda. Van en el cuerpo un adorno en forma de berta y mangas muy sopladas. Otro traje en paño palo de rosa es una invención elegantísima. Nuestro dibujo da la silueta de una *toilette* para niña crecidita, compuesta por M.<sup>me</sup> Thirion. Por lo que toca á los sombreros son sobrado numerosos para citarlos, y además sus formas se resisten á toda descripción. Exceptuemos, empero, la capota *Luis Felipe*, el sombrero en fieltro rosa, adornado de un lazo de terciopelo verde de hoja forrado de rosa, y mil lindos vestidos y gentiles faraláes que ofrecen extraordinario atractivo para las mamás jóvenes.



# DE LAS DOCE A LA UNA...

FOR

R. MORAL



1.—Don Camilo era un hombre á quien la avaricia lo hacía desconfiado.

2.—Poseía grandes tesoros, de los cuales no se atrevía á gozar.



3.—Siempre se le veía triste y meditabundo, encerrado en las habitaciones más solitarias de la casa, cuyas puertas se hallaban convenientemente reforzadas con gruesos candados.



4.—Como no disfrutaba del mundo ni sus placeres, se entretenía pasando revista á sus millones.

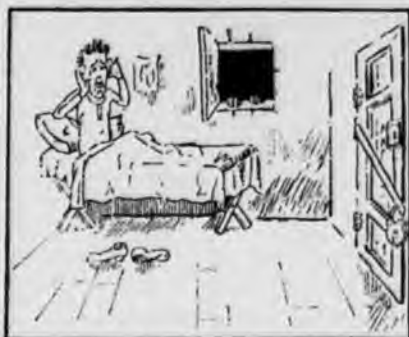


5.—Una noche se les ocurrió á unos rateros hacerle una visita á don Camilo.



6.—Sin pensar que éste, como desconfiaba hasta de su sombra, pasaba las noches en vela.





7.—Dando la última campanada de las doce, don Camilo sintió un ruido algo lejano que le puso en expectativa.



8.—A las doce y media sintió dos golpecitos en la puerta, y no creyéndola segura, corrió á ponerle la barra de hierro.



9.—Pero antes de llegar á ella, se abrió de pronto y apareció, envuelto en una densa niebla, un fantasma.



10.—Entran los ladrones, garrote en mano buscando los duros de don Camilo, y se horrorizaron al ver la nueva inquilina de la habitación...



11.—que era nada menos que la Muerte, que venía á cumplir un deber sagrado llevándose á don Camilo á dar un pasetto

## MESA REVUELTA

Las campanas son ordinariamente de bronce (78 partes de cobre y 22 de estaño); el badajo es de hierro y el sitio donde éste golpea es de más espesor. Dentro de la parte superior, ó *cerebro*, hay un anillo, del cual está pendiente el badajo, y un poquito más abajo las asas que permiten mover la campana. Las campanas más notables por sus dimensiones y peso, son: la de Moscou, que pesa 66,000 kilogramos; la de Pekín, que pesa 60,000 kilogramos; la de San Esteban, en Viena; la de Nuestra Señora de París, la de San Jaime de Compostela y la de Jorge d'Amboise, en la iglesia de Nuestra Señora de Ruán, que pesaba 18,000 kilogramos, y fué fundida durante la Revolución francesa, aunque después reemplazada por otra igual.

Las campanas eran conocidas de los hebreos, egipcios y romanos, pero el uso de las mismas en las iglesias, para anunciar los divinos oficios, no se extiende más allá del siglo vi ó vii. Créese que san Paulino, obispo de Nola, fué el primero que las introdujo en las iglesias. Con todo, nadie antes de Béde, que vivía á últimos del siglo vii, hace mención de semejante uso. La costumbre de bendecirlas ó, como se dice vulgarmente, de *bautizarlas*, fué establecida por el papa Juan XIII. Después de exorcizar y bendecir la sal y el agua, el obispo lava con el hisopo la parte de afuera y la de adentro de la campana; hace siete unciones, en forma de cruz, con el óleo sagrado en la parte exterior y cuatro en la interior con el santo crisma; luego pronuncia el nombre del santo bajo cuya advocación se ha bendecido la campana. Se da incienso á la misma, se canta el Evangelio y el celebrante termina la ceremonia haciendo sobre ella la señal de la cruz.

\*\*\*

El hipo es una contracción espasmódica y rápida del diafragma, á causa de una brusca sacudida en las cavidades torácicas y abdominales, acompañada de un ruido áspero especial y de una compresión súbita de la laringe que intercepta la inspiración. En estado de salud puede originarse el hipo por la ingestión brusca de alimentos pesados y compactos, por el exceso de bebidas espirituosas ó por el tránsito brusco de un lugar caliente á uno frío. Se presenta á veces entre los atacados de enfermedades nerviosas ó abdominales, en cuyo caso es una señal funesta. También se observa en los moribundos.

Comunmente no es más que una indisposición pasajera, que desaparece bebiendo un poco de agua fría, ó al recibir una sorpresa, ó reteniendo todo lo posible la respiración. Se han visto, sin embargo, algunos casos en los cuales dura algunos días y constituye por fin una verdadera enfermedad. En este caso se combate por medio de bebidas heladas y por la aplicación de sinapismos activos sobre la boca del estómago.

\*\*\*

El poderoso Harum-al-Raschid empezaba á sospe-

char que su gran visir Giafar no era acreedor á la confianza que le había dispensado; todas las mujeres de Harum, los vecinos de Bagdad, los cortesanos y los derviches le censuraban amargamente. El califa amaba á Giafar y no quería condenarle tan sólo por las quejas de la ciudad y de la corte. Recorrió el imperio y vió que por todas partes la tierra estaba bien cultivada, la campiña alegre y fecunda, las aldeas opulentas, las artes útiles muy prósperas y los jóvenes alegres y satisfechos. Visitó las plazas fuertes y los puertos de mar, y vió muchísimos buques que amenazaban las costas de África y de Asia, los guerreros disciplinados y contentos, y que éstos, junto con los marineros y el pueblo, exclamaban: — ¡Oh gran Dios, bendecidnos y conceded largos años de vida á Harum-al-Raschid y á su visir Giafar; ellos conservan en el imperio la paz, la justicia y la abundancia! Tú nos muestras, Señor, el amor que nos tienes, al darnos un califa como Harum y un visir como Giafar.

Conmovido el califa con estas exclamaciones, entra en una mezquita, y arrodillándose exclama: — ¡Poderoso Señor, te doy gracias por haberme concedido un visir tan censurado por mis cortesanos y tan bendecido por mi pueblo!

\*\*\*

Tántalo, rey de Lidia, hijo de Júpiter y de la ninfa Plota, y padre de Pelops y de Niobé, fué arrojado á los infiernos á consecuencia de varias fechorías cometidas contra el autor de sus días.

Una vez, según cuenta Píndaro, robó del Olimpo el néctar y la ambrosía, y esto fué causa de un hambre de veinticuatro horas en el Emptreo.

Otra vez no se contentó con robar la ambrosía, que le había parecido insípida, sino que robó á Ganimedes, que desapareció de la misma región de Júpiter. El rey de los dioses se encolerizó y mandó á su factótum Mercurio en busca de Ganimedes, á quien halló por fortuna sano y salvo al cabo de ocho días.

Por fin, en otra ocasión, y esta fué su última hazaña, cuando ya el tiempo había hecho olvidar sus primeras faltas, invitó á los dioses á un banquete, y al objeto de probar su presciencia, él mismo les sirvió á la mesa su propio hijo Pelops, á quien había degollado.

Los dioses olímpicos al principio no lo advirtieron; Tántalo les preguntó si sabían lo que acababan de comer, á lo que contestaron los dioses cada cual de un modo distinto. El rey de Lidia les explicó, de una manera clara y sencilla, su modo de preparar la comida. En vista de tan ingenua explicación, los dioses mudaron el semblante y se agitaron víctimas de horribles convulsiones.

El rey de los dioses, á buen seguro nada hubiera dicho si se hubiese tratado de su esposa Juno, pero sentía una irresistible inclinación hacia la madre de los amores, así es que, al ver las angustias de la infeliz

mujer, conmovióse y sintió gran compasión por ella. Con ademán terrible y frunciendo el entrecejo hizo una señal y precipitó á Tántalo á los infiernos.

El desgraciado rey de Lidia cayó en un lago en el que se le condenó á permanecer atado á un árbol cuyas raíces estaban sumergidas en el agua. Suculentos platos llenos de riquísimos manjares y frutas exquisitas se le presentaban de continuo á su alcance, pero al momento que intentaba recogerlas con la mano, desaparecían milagrosamente.

Por esto se llama *suplicio de Tántalo* al que se ve condenado á perder lo que ansiaba cuando está á punto de alcanzarlo.

\*\*\*

Los que padecen de insomnios pueden remediarlo siempre de una manera fácil y práctica, que sobre todo no ofrece peligro alguno y que les permite descansar. Véase uno indicado por el *Herald of Health*:

Se coloca sobre la nuca, al acostarse, un pañuelo de hilo doblado en cuatro partes, suficientemente empapado en agua fría, envuelto en un trapo espeso y seco para proteger la almohada. Se obtiene así un sueño perfecto.

Se puede retirar al cabo de algunos días, teniendo cuidado de volverlo á colocar en caso de insomnio.

En los primeros días téngase cuidado de renovar el agua durante la noche si el sueño está algo rebelde.

\*\*\*

A un rico propietario de Castilla preguntáronle en cierta tertulia de Madrid, qué edad tenía:

—No lo sé á punto fijo, contestó, pero podré tener como veintiocho á treinta años.

—¿Es posible que no sepa usted la edad que tiene? le replicaron.

—Sí, señores, es muy posible; yo cuento mis rentas, mis cabezas de ganado, mi dinero; pero nunca me acuerdo de mis años, porque estoy seguro que no he de perder ninguno, ni me los han de robar.

\*\*\*

De una confidencia á una indiscreción no hay más distancia que la del oído á la boca.—PETIT SENN.

\*\*\*

No te des prisa á adquirir nuevos amigos, ni á dejar los que tengas.—SOLÓN.

\*\*\*

Cada virtud sólo necesita un hombre; pero la amistad necesita dos.—LA BRUYERE.

## RECREOS INSTRUCTIVOS

### XXII

—Las montañas nos despidieron ya con viento fresco; y por efecto de esos soplos, ya estamos otra vez en la ciudad; he aquí realizados los ensueños de Clarita: ahora podrá ir de paseo y ver gente bien vestida.

—Me alegro de estar en la capital ¿á qué negarlo? pero no tenía impaciencia por salir del campo: esta es la verdad: y diga usted, don Segundo, ¿cómo vamos á componérselas ahora, si queremos proseguir nuestras sesiones de *magia blanca*?

—Será forzoso realizar en otra forma nuestros experimentos: pues ya no es posible disponer del tiempo como en la quinta, y nuestras habitaciones respectivas están muy separadas; creo que lo mejor será que yo les envíe unas notas y ustedes harán ó no lo que teóricamente vean explicado; y para no causarles quebraderos de cabeza, continuaremos nuestra serie en la forma indicada que titularía ahora *experiencias de salón*.

—Aprobado.

—Antes de separarnos, les propondré un experimento de química. Y será una aplicación de las *tintas simpáticas*.

—El nombre no puede serlo más.

—Simpáticas se llaman por su extremada sensibilidad respecto de las variaciones atmosféricas, sean naturales ó artificiales; del principio de simpatía hubo quien

intentó sacar partido formando un telégrafo de caracoles.

—¿De caracoles?...

—Terrestres; aprovechando la débil corriente magnética que existe entre individuos de la misma familia de caracoles, quiso utilizar dicha simpatía, pero el experimento no pasó de curioso. El nuestro será de seguro efecto; primeramente pintaremos sobre cartulina recia un



paisaje lavado con tinta china; este paisaje representará la Natura durante el letargo invernal en que los árboles no tienen hojas y el campo se halla sin hierbas, ocupando su espacio la nieve; una vez seco el paisaje pintare-



mos con tinta simpática á base de cloruro de cobalto, las hierbas y las hojas en los sitios que deberían ocupar si fuese primaveral el paisaje; con otra tinta de parecida



composición pintaremos los celajes; y cuando se sequen estos dos últimos lavados, quedará sólo visible el paisaje hecho á tinta china.

—¿Pues si queda invisible, á qué?...

—Calma, Clarita, que aquí está el *truc*; mientras que Sofía pinta el paisaje mandaremos al laboratorio de farmacia de un químico amigo mío, para que nos prepare estas dos fórmulas.

1.<sup>a</sup>

	Partes
Cloruro de cobalto. . . . .	1
Gelatina. . . . .	20
Agua.. . . .	100

2.<sup>a</sup>

Cloruro de cobalto . . . . .	1
Gelatina . . . . .	20
Óxido de níquel. . . . .	75
Cloruro de cobre . . . . .	25
Agua.. . . .	200

Con la primera solución se pintan el cielo y el agua; con la segunda las hojas de la vegetación.

—¿Y... después? ¿no se ve nada?

—Después basta acercar al calor de una bujía el paisaje nevado para que se cubran de hojas los árboles, de fresca hierba los campos, y aparezca en el horizonte el puro azul de la atmósfera en un día de primavera.

—¡Qué bonito! vale la pena de ensayarlo.

—Se ha hecho ya y el éxito no ofrece ninguna duda; y no crean ustedes que esta sea la única y más curiosa de las aplicaciones de las tintas simpáticas. Hay otras sustancias que permanecen invisibles sobre el papel, á la temperatura ordinaria, reapareciendo bajo la acción del calor; por medio de una disolución de tanino, pasada con un pincel encima de los manuscritos ilegibles, se aviva la tinta y reaparece con el vigor suficiente para ser inteligibles los caracteres. Ya ven ustedes si merecen el calificativo de simpáticas unas tintas que truecan el invierno en primavera, que se esconden á voluntad y aparecen al primer mandato, y que contribuyen á que se haga justicia á los que por estar sumidos en el polvo de los siglos no pueden defenderse.

JULIÁN.

Solución á la charada anterior:

MI-LA-NO

Solución al logogrifo numérico:

RAIMUNDO

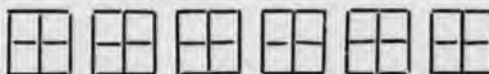


### LOGOGRIFO

Seis letras dan combinadas grandes cosas y pequeñas; hondas grutas inundadas de mil rarezas pobladas; pajarracos cual cigüeñas. Verbo, aunque dulce, espinoso; adornos del bosque umbrío; un fantasmón horroroso, una letra, y un faccioso morazo cruel y bravío. El todo es un funcionario sucio, que lo sucio quita; con un traje estrafalario se pasea de ordinario no lejos de la mezquita.

Comunicado por J. B.

### CUADROS DE LÍNEAS



Eliminando 13 líneas y 6 medias de las 36 de que se componen estos 6 cuadros, transformense en letras, de modo que resulte un nombre de varón, y alterando el orden de colocación de las letras erario público.

Comunicado por D. ANGEL SUERO, de Sevilla.

### ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

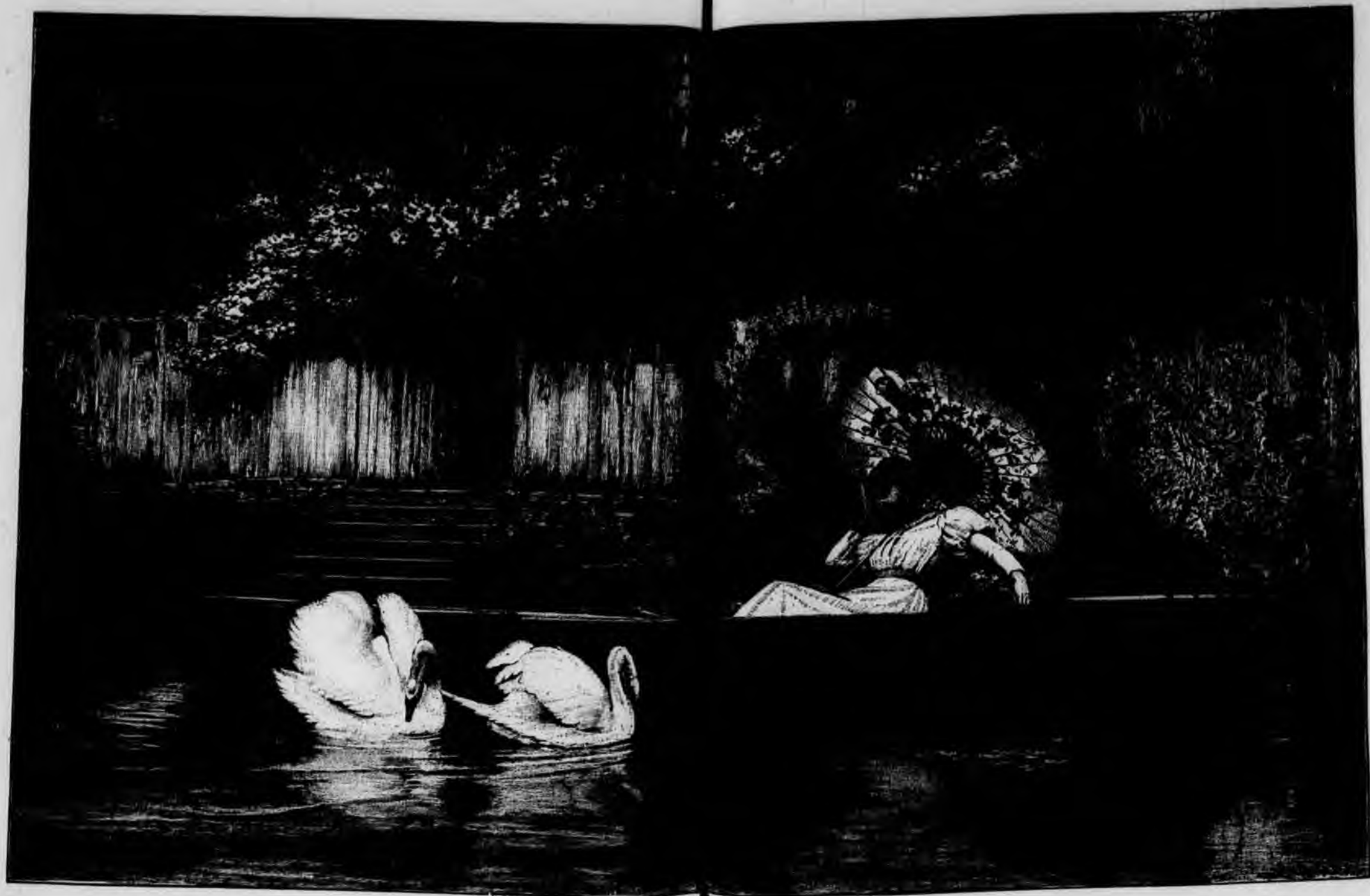
Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.<sup>ta</sup>*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y á las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.





TOMANDO EL FRESCO EN VERANO  
CUADRO DE L. NICHINGALE







## MEMORÁNDUM

---

**E**l sentimiento monárquico, que tan encarnado se halla en el corazón del pueblo español, y del que es reflejo su literatura en todos los tiempos, y sobre todo su portentoso teatro, se ha mostrado otra vez potente con ocasión de la estancia en Madrid de los Reyes de Portugal, don Carlos y doña Amelia. Las predicaciones de los contrarios del Trono no han logrado apagar el fuego que arde en el pecho de los naturales de España y que se traduce en amor á sus Reyes, siempre que se presentan ocasiones propicias para demostrarlo. El Rey y la Reina Regente, que tanto entusiasmo despertaron en Sevilla, han sido en los últimos días, en la Corte, objeto de repetidas manifestaciones de cariño, de esas manifestaciones que arrancan de lo más profundo del corazón, de la parte más noble del ser humano. De ellas participaron los monarcas portugueses, que conservarán agradable recuerdo de su visita á la corte de las Españas. Y como el buen ejemplo se propaga también, los súbditos de aquellos Reyes quisieron probarles que no cedían en sentimientos monárquicos á los españoles y aprovecharon la coyuntura del regreso á la bella ciudad de Lisboa de SS. MM. FF. el Rey don Carlos y la Reina doña Amelia para hacerles una recepción calurosa, que no dejará de influir en la marcha feliz de un Estado que hace tiempo lucha por arreglar su administración y restaurar su abatida hacienda. La visita de los Reyes de Portugal, acompañados de varios ministros de su Consejo, se ha aprovechado para acordar las bases de un convenio comercial entre las dos naciones de la Península. Provechoso puede ser este acuerdo para los dos países, ya que, según parece, se sentaría en él que las mercancías españolas puedan atravesar el reino vecino para su embarque, como de tránsito y sin pago de derecho alguno, y que otro tanto se haga con las mercancías portuguesas que se envíen á Francia.

\* \* \*

Asuntos batallones son desde algún tiempo, y lo han sido más recientemente, los relativos á las administraciones municipales de Madrid y Barcelona. En la capital del Reino dejó la alcaldía el señor Bosch y Fustegueras y le reemplazó el marqués de Cubas, arquitecto de tan privilegiado ingenio en su arte como administrador inteligente y honradísimo. Aquí cesó el alcalde señor Porcar y Tió y le reemplazó el señor Martí y Gofau, que hasta ahora había desempeñado la primera tenencia. En ambos Ayuntamientos se están verificando inspecciones gubernativas. En los dos finca el mal mayor en el desbarajuste financiero. Aparte de lo censurable que pueden arrojar determinados expedientes, cuyo fondo verdadero será difficilísimo depurar, en Madrid como en Barcelona los presupuestos han sido una pamplina y la gestión económica del Municipio ha marchado como nave sin timón, en medio de encontrados vientos. De ahí las anomalías que en uno y otro aparecen en todo cuanto se refiere á la parte económica, y de ahí también que se encuentre ésta en situación deplorable, y por los suelos el crédito de las Corporaciones, siendo así que ninguna de ellas tiene una Deuda que deba abrumar á las respectivas ciudades y que éstas cuentan con elementos de vitalidad para llegar á la

nivelación cabal de sus presupuestos. En Madrid y en Barcelona se requiere un hombre de voluntad enérgica, que no se deje vencer por amigos ni por camarillas, ni por miserias políticas, y que sea, aunque en parte mínima, de la pasta de los Bravo Murillo, de los Mon, de los hacendistas, en una palabra, que fundaron y reorganizaron la Hacienda de España.

\* \* \*

El efecto de la explosión ocurrida en la calle de los *Bons Enfants* de París ha aparecido en el proyecto de ley presentado por el Ministerio para restringir la libertad de la prensa. Lo que hoy impera no es libertad sino licencia, y por lo tanto la represión es lógica y resultado preciso del deber que tiene la sociedad de defenderse cuando se la amenaza y se la ataca, como la amenazan y la atacan los socialistas y anarquistas. El Ministerio francés se habrá convencido, siquiera en parte, de que el castigo de los criminales, si se logra descubrirlos, no sería bastante para contener la propaganda y la acción demoledoras de los que comparten sus ideas. Si se permite á los radicales de todos los matices predicar conceptos disolventes é infiltrarlos en el ánimo del pueblo, todos los castigos resultarán ineficaces ó no producirán por lo menos el efecto bienhechor que se desea conseguir para el orden social. Suprimanse las lecturas socialistas y anarquistas; extiéndase la enseñanza religiosa cristiana en todas las clases, y desaparecerán muy pronto los espantables peligros que en el día tienen asustada á la vieja Europa.

\* \* \*

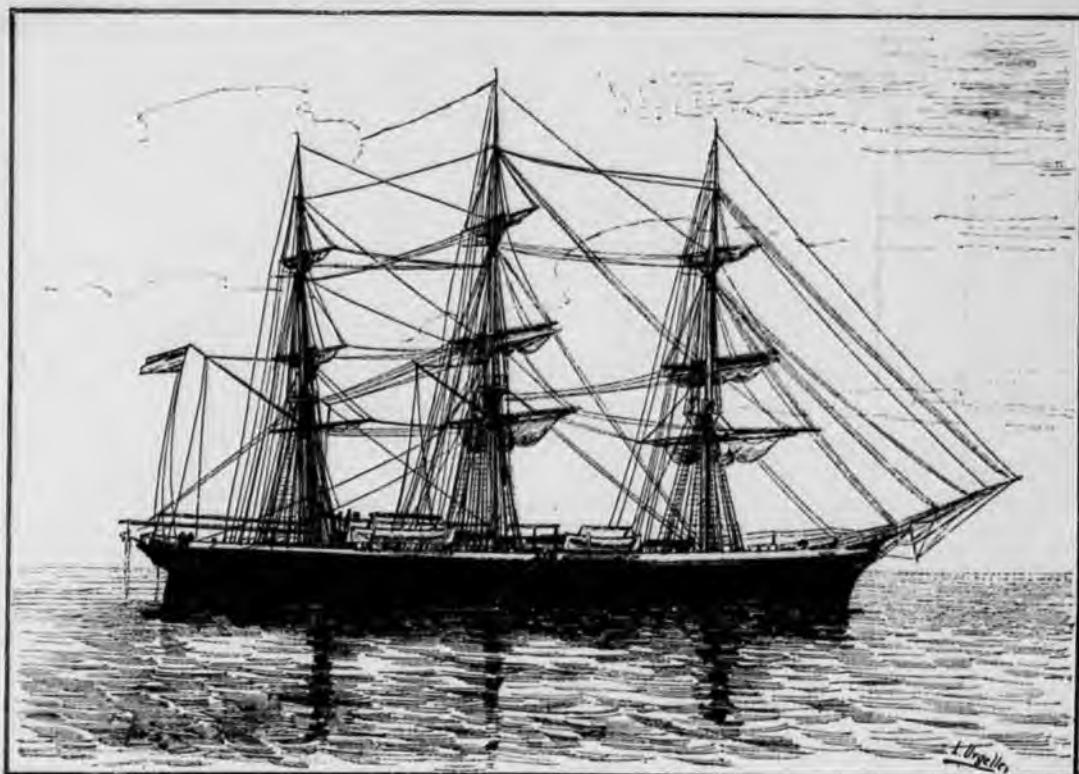
Porque no es sólo en Francia donde hacen camino las ideas antisociales, sino que, conforme lo hemos dicho en otras ocasiones, también empieza á conmoverse á su estrépito la fortísima Inglaterra. Se ha permitido, y se consiente ahora más que nunca por el gabinete liberal de Mr. Gladstone, que se celebren *meetings* en los que se reúnen por millares las gentes del pueblo, y que allí los agitadores les prediquen el comunismo y lo que se llama la revolución social, ¿y no se quiere que las masas, seducidas por promesas que suenan halagüeñas para sus oídos, aunque sean engañosas y falsas, acaben por sacar en la práctica las consecuencias de lo que se les predica en teoría? Véase lo que ha dicho Mr. Quelch en el último *meeting* de *Trafalgar Square*, y dígasenos si han de consentirse tamaños desafueros en una nación bien gobernada. Aquel orador proclamó el derecho de los trabajadores á apoderarse de las propiedades y de todos los bienes de los ricos y acomodados, y si bien dijo que esto debía llevarse á cabo constitucionalmente, la afirmación en pie quedó, y es lógico que cuantos la acepten por buena la realicen, si á esto alcanzan, por la violencia, ya que por otra senda no podrían nunca obtenerla. Cuarenta mil oyentes escucharon estos discursos, que dejarían de seguro, si no en todos, en la gran mayoría, una levadura cuyos desastrosos efectos se tocarán á no tardar, si no se promueve en Inglaterra una reacción poderosa contra tales desahogos, á pesar del carácter distinto que tienen los naturales de aquel país y de su buen seso y buen sentido, comparados con los de otros Estados europeos.

\* \* \*

El ansia por los grandes negocios, y en el fondo el afán de colosales fortunas, va á ser causa de que hayan de comparecer ante los tribunales franceses, bajo el peso de acusaciones criminales, dos hombres que se habían hecho populares en aquella nación. Es uno de ellos M. Fernando de Lesseps, quien, no contento con la gloria y con el provecho que le trajo la felicísima empresa de la apertura del canal de Suez, que cambió la faz del comercio en el mundo, quiso cortar otro istmo, el de Panamá, realizando una obra gigantesca, muy ardua y de extraordinario coste. El canal de Panamá fué acogido en los comienzos con calor en el mundo de los negocios, y sus acciones y cédulas de fundador realizaron primas magníficas; mas pronto vino la desilusión, parte por los obstáculos que ofrecía la magnitud del intento, parte por desaciertos y por vicios en la dirección y administración de las obras. Para responder de ellas habrán de comparecer M. de Lesseps y sus colegas ante los tribunales de París. Lo



propio habrá de hacer M. Eiffel, por la misma empresa del Panamá y por idénticas causas. Es M. Eiffel el afamado ingeniero que convirtió en europeo su nombre con la construcción en el Campo de Marte, en los terrenos de la Exposición Universal de París de 1889, de la llamada *Torre Eiffel*, colosal construcción de hierro, como no ignoran nuestros lectores, con la que no se resolvió ningún problema estático ni de otro orden en la ciencia, pero que por su altura y por su masa se impuso á las multitudes. También la *Torre Eiffel* ha sido uno de esos negocios que se abren brillantemente y acaban en punta. Durante la Exposición procuró la Sociedad constructora pingües ingresos, pero al cerrarse el certamen se acabaron los ingresos, y hoy la Torre se va convirtiendo en una especulación ruinosa, si ya no lo es por completo. Así acaban



MARINA ESPAÑOLA DE GUERRA.—CORBETA «NAUTILUS»

ESCUELA DE GUARDIAS MARINAS

las fantasías y las grandezas de los hombres, por grande que fuere el ingenio de éstos, cuando no se asientan en la base firme de la experiencia.

\*\*\*

Hermoso viaje va á realizar el barco escuela de guardias marinas, la corbeta *Nautilus* de nuestra Real marina. Saldrá del Ferrol, tocará en las Palmas de la Gran Canaria, refrescará los víveres en Bahía, de donde irá al Cabo de Buena Esperanza y luego se encaminará al sudoeste de la Australia, tocando en Melbourne, en donde no se ha visto desde muchos años ningún barco de la marina de guerra de España. De Melbourne irá la *Nautilus* á Sidney, atravesará el Pacífico hasta California, recalará en el Callao y en Valparaíso, y remontando el Cabo de Hornos entrará en el Océano Atlántico hasta llegar á la isla de Santa Elena, la tumba de Napoleón I. Del hemisferio sur pasará al del norte, fondeando en Nueva York, y de allí marchará á Plymouth, Falmouth, el Havre y Cherburgo, rindiendo viaje en el Ferrol ó en San Sebastián.—B.



## EL ÁNGEL BUENO Y EL ÁNGEL MALO

### I

**J**UAN es un trabajador inteligente y robusto. Ama á su mujer, joven como él, y á sus dos pequeñuelos. Cuando vuelve del taller, éstos le esperan invariablemente á la puerta de su pobre pero limpia vivienda. Juan les coge en brazos, les acaricia y se presenta con esta hermosa carga delante de su mujer, que le sale al encuentro sonriendo.

En su casa no falta nunca lo indispensable, que rara vez deja de proporcionar el trabajo combinado con la economía, y su mujer cuida que reine en ella el orden y la limpieza, que son el lujo del pobre. Su comida se compone de manjares ordinarios, pero, acostumbrado á ellos desde la niñez, los saborea con el mismo placer con que saborea el gastrónomo los productos más raros y succulentos. El trabajo corporal y una buena conciencia son, además, dos grandes aperitivos.

Al retirarse del taller á su casa, Juan ve pasar á su lado los lujosos carruajes de los afortunados del mundo, sin que le ocurra la idea de entrar en comparaciones. El trabajo y los goces del hogar doméstico no dejan espacio á su imaginación para retraerse sobre sí misma. Después de las rudas fatigas del día se entrega con delicia al descanso, iluminado por el amor.

No atormentan á Juan ni la ambición, ni la envidia, ni el hastío, terribles verdugos de la riqueza ociosa y disipada, y hasta cierto punto es dichoso, porque no tiene tiempo para ser desgraciado.

Su padre, artesano como él, le enseñó que esta vida pasajera está llena de espinas, y que en la eterna, que viene después, obtienen los buenos lotes los que llegan con los pies más ensangrentados.

Su instrucción se reduce á saber leer y escribir, y su ciencia al Catecismo.

¿Qué más necesita para ser buen padre, buen ciudadano y trabajador laborioso y honrado?

El domingo, después de cumplir con el precepto religioso, sale la familia vestida de fiesta á disfrutar los placeres del descanso al aire libre. María lleva preparado y aderezado el festín campestre. Los niños brincan y saltan; Juan hace lo mismo que ellos, gozando de su alegría. La joven esposa contempla con amorosa satisfacción aquel cuadro, cuya memoria embellece todas sus fatigas de la semana. ¡Día hermoso que hace llevadera y dulce la existencia casi mecánica de la familia del bracero! ¡Rayo de luz que alegra la larga semana del trabajador!

Preguntadle á Juan si es feliz y probablemente os mirará con asombro. Como no lee

novelas, ignora que hay una literatura empeñada en convertir este valle de lágrimas en edén de placeres, y una economía política que para mejorar la condición del artesano empieza por quitarle sus días de fiesta y de reposo. Pero preguntadle, en cambio, si es desgraciado y os contestará resueltamente que no. En efecto, Juan ama á Dios, ama á su esposa, ama á sus hijos, y el amor es el contrapeso de todas las miserias de la vida.

## II

Pero María empieza á inquietarse, porque empiezan también á alterarse los hábitos y costumbres de su marido. Juan se detiene á veces horas enteras en el camino del taller á su casa, que antes recorría en línea recta y sin pararse. Sus hijos, cansados de esperarle muchos días en el umbral de la puerta, pierden ya la dulce costumbre de entrar colgados de sus hombros en el hogar en que María prepara los sencillos agapes de la familia. El rostro abierto y tranquilo de Juan se muestra á veces contraído y duro. Ya en varias ocasiones ha dirigido á su esposa palabras acerbos y ha rechazado bruscamente las inocentes caricias de sus niños. Ya no juega con ellos en torno del hogar, ni les ayuda á balbucear las oraciones nocturnas, ni les cuenta historias de hadas y encantamientos para dormirlos. Mientras María, con el corazón oprimido, desempeña sola estos dulces deberes, él se absorbe en la sombría lectura de papeles impresos que trae, no se sabe de dónde. Juan empieza á pasar parte de las noches fuera de su casa y vuelve á veces muy tarde, cargado siempre de mal humor y aun, de cuando en cuando, de vino.

Pero no se pierden de repente y de raíz los hábitos de una vida honrada y de un corazón cariñoso. Las suaves reconvenciones de su esposa hacen á veces mella en el ánimo conturbado de Juan, y vuelve al dulce redil de la familia para volver á caer de nuevo y con mayor intensidad en sus distracciones.

Una cosa alarma muy especialmente á la atribulada esposa, y es que Juan ya no reza con ella, ni la acompaña á oír la misa de los días festivos: además, de cuando en cuando se escapan de su boca blasfemias que la llenan de espanto y de aflicción. Aquellos domingos consagrados á las dulzuras de la religión y á las risueñas expansiones de la familia, van haciéndose cada vez más raros. María se ve obligada á salir sola con sus hijos, y para alegrarlos tiene que devorar sus lágrimas.

La desolada joven quiere saber quién le robó la felicidad, robando la fe al corazón de su marido y con ella el amor. No tardó en averiguarlo.

## III

Desde la época en que empezó á notarse aquel cambio extraño en las costumbres y en la manera de ser de Juan, tiene éste por compañero de taller á un artesano que no se parece á los de su clase. Es un joven cetrino, de barba larga y de ojos que brillan con el fuego oculto de todas las concupiscencias. Lleva pantalón abundante, levita corta y sin talle, y sombrero de alas anchas de forma extranjeriza. Es un obrero político que ha pasado algún tiempo en la emigración y que ha vuelto á su patria convertido en agente ciego y misterioso de un poder oculto. Ha traído un repertorio de frases implas contra Dios y la Iglesia, que han desconcertado la fe sencilla de Juan. Una vez despojada el alma del artesano de este preservativo, no era ya difícil que penetrase en ella el venenoso y mortífero aguijón de la envidia. Las sugerencias de la serpiente le han encendido en deseos de morder el fruto prohibido. Por primera vez ha hecho comparaciones y ha tenido lástima de sí mismo, escandalizándose de su propia tranquilidad.

Su Mefistófeles le ha conducido á misteriosos antros, en donde otros muchos artesanos como él trocaron la fe de sus padres por esperanzas irrealizables de soñadas riquezas y goces.



Al ver limitado su horizonte á esta vida terrena, Juan sintió que le faltaba el punto de apoyo y se encontró lanzado en los negros abismos del odio.

El instinto de María adivinó este drama secreto y terrible, en cuyo desenlace veía la muerte de todas sus esperanzas. Su marido odiaba. El espectáculo de la riqueza iluminaba sus ojos con rápidos destellos de ira y de concupiscencia. De sus labios brotaban, como brota el humo de un volcán, frases amargas y amenazadoras.

Juan era desgraciado, profundamente desgraciado. Estaba descontento de los demás y aun más descontento de sí mismo. Había momentos en que penetraba en su corazón, fría como la hoja de un puñal, la sospecha de que iba á dejar de amar á sus hijos y á su esposa, y se irritaba al verlos, porque su presencia le parecía una acusación y un remordimiento.

#### IV

Su vida se fué haciendo de día en día más irregular: trasnochaba mucho y las horas que consagraba al descanso descansaba mal. Al paso que sus ideas se pervertían, su corazón, ingénitamente bondadoso, estaba oprimido y acongojado. Su existencia desordenada no encontraba en sus nuevas doctrinas suficiente absolución.

María oraba sin descanso á fin de recobrar al esposo que había perdido. Dios escuchó sus palabras y puso término á su tribulación. He aquí de qué modo.

El desequilibrio moral y físico en que vivía alteró al fin la salud de Juan. Un catarro pertinaz, exacerbado por los desarreglos de su vida, le postraron en cama.

Los escasos ahorros, laboriosamente amasados en sus buenos días, se habían consumido durante el período borrascoso que acabó con la paz de su hogar. Sin recursos para subvenir á los gastos de su enfermedad y á las necesidades de la familia, desprovisto de la suprema esperanza de la religión, que hace llevadera la cruz del dolor y de las privaciones, Juan estuvo á punto de abandonarse á la desesperación.

Pero allí estaba María, la dulce compañera de su vida. El trabajo y la caridad proporcionaron á la amante esposa lo necesario para aliviar el cuerpo y sostener el alma más enferma todavía de su marido. María, en medio de su inquietud y de su dolor, casi bendecía la triste contingencia que había puesto á Juan bajo su yugo suave y amoroso, arrebatándole al influjo del ángel malo del taller.

La fe de Juan había experimentado un profundo sacudimiento; pero su mujer no perdió la esperanza, porque el amor que Dios bendice no se desalienta nunca.

A fuerza de cuidados Juan pudo levantarse del lecho; pero los médicos opinaron que para completar la curación de sus pulmones, gravemente resentidos, necesitaba tomar las aguas de Panticosa. Escuchó el enfermo con triste y amarga sonrisa la costosa prescripción, pero la animosa María no se lo hizo decir dos veces, y tanto y tan activamente trabajó con amigos, parientes y personas caritativas, que reunió al fin la suma indispensable para aquella expedición, que emprendió valerosamente con su marido, después de dejar sus dos tiernos niños al cuidado de una hermana.

Llegaron los dos esposos á Panticosa á mediados de Julio. Sus exiguos recursos les obligaron á refugiarse en una casa destinada para los enfermos pobres. Desde los primeros días se sintió Juan notablemente aliviado con el tratamiento de aquellas aguas; pero su llaga moral se encontró con el contacto inmediato de las personas ricas, cuya existencia, relativamente cómoda en aquellos parajes, contrastaba con las privaciones y asperezas á las cuales él y su esposa se veían reducidos. Sentíase Juan profundamente humillado de vivir de la caridad, y de cuando en cuando prorrumpla en hondas imprecaciones que llenaban de inquietud el corazón de su mujer.

## V

Vivía con ellos en el mismo hospital de pobres un joven capuchino que residía en un convento situado en la frontera francesa. Era español, tendría como unos treinta y dos á treinta y cuatro años, y bastaba fijarse una sola vez en su tez transparente, en su nariz afilada, en el brillo de sus ojos y sobre todo en el sonido de su voz, para comprender que se hallaba seriamente atacado de la terrible enfermedad para la cual no encuentran los médicos otro remedio en última instancia que el problemático de aquellas aguas.

Desde que le vió, María sintió por él cariño y veneración. Enterado por ella el capuchino de la enfermedad moral del artesano, procuró con inteligente caridad ganar su confianza á fin de ir poco á poco restaurando la fe en su corazón; pero en cuanto tocaba esta fibra dolorosa, la fisonomía de Juan se alteraba y prorrumplía en palabras irritadas que no estaban en armonía con la templanza y bondad de su corazón.

Afligíase María; pero no así el capuchino, que comprendía por estas señales que en el alma del joven batallaban todavía, y por lo tanto vivían, los buenos instintos.

Una tarde que paseaban juntos los tres por el camino de Jaca, vieron acercarse á la cuenca en donde brotan los salutíferos manantiales una lujosa silla de posta. Venía en ella casi tendido un hombre como de cuarenta años y en el testero un joven que podría contar de diez y ocho á veinte. En el pescante, al lado del cochero, venían dos hombres que parecían criados.

Al pasar por delante del capuchino, el viajero tendido se incorporó como movido por resorte y ordenó con voz imperiosa al cochero que parase.

Sus ojos se fijaron en el capuchino con sorpresa: éste á su vez contempló al desconocido, en cuyo rostro eran visibles las terribles y profundas huellas de la tisis, con dolorosa compasión mezclada de cariño.

—¿Tú aquí, Gabriel? dijo el viajero.

—Como tú, Antonio, respondió el capuchino con dulzura.

—Sí, los dos llegamos arrastrando la cadena hereditaria. Pero no esperaba verte en estos sitios.

—Mis superiores me han obligado á venir. ¿Cómo te encuentras, Antonio?

Un acceso de tos cavernosa y convulsiva, que dejó al del coche lívido como un cadáver, respondió con elocuencia á esta pregunta.

—Ya lo ves, dijo el viajero con voz sofocada. Supongo, Gabriel, que vendrás á hospedarte conmigo, tengo habitaciones encargadas.

—Ya sabes que no puedo: mi regla me prescribe vivir de la caridad.

Al oír esto el desconocido lanzó al capuchino una mirada furiosa, y gritando al cochero con ronco acento «¡Anda!» desapareció levantando polvo.

El capuchino inclinó la cabeza y de sus ojos expresivos se escapó una lágrima.

—Padre, preguntó Juan, que había presenciado admirado aquella escena extraordinaria; ¿quién es ese recién venido?

—Es mi hermano, contestó el capuchino con acento conmovido.

—¡Hermano de usted, padre Gabriel! ¡Un señor que viaja con servidumbre y en silla de posta!

—Puede hacerlo. Es marqués y sumamente rico.

La admiración de Juan iba en aumento.

—Y ¿por qué siendo usted de familia rica y titulada le han obligado á hacerse capuchino?

—No me ha obligado nadie, contestó reposadamente el padre Gabriel. Yo elegí libremente el estado religioso contrariando los deseos de mis parientes, sobre todo de mi hermano mayor,

que es el que acaba usted de ver, y que no ha querido nunca perdonarme el haber preferido el sayal á la opulencia. Es muy extraño que hoy haya consentido en reconocermé.

—¿Tiene familia?

—No, es soltero. No ha querido exponerse á legar á sus hijos la triste herencia que llevamos en la sangre. De una numerosa familia, sólo quedamos él y yo.

—¿De modo que es usted su único heredero?

—Ya sabe que yo no puedo ni quiero serlo, y eso es lo que más le irrita contra mí. Ha prohiado á un joven pariente, que es el que le acompaña, y que, por lo que veo; no esperará mucho tiempo la herencia.

El capuchino ahogó un suspiro al pronunciar estas últimas palabras.

—Pero, padre Gabriel, replicó Juan más y más asombrado; teniendo usted en su mano el ser un poderoso de la tierra ¿por qué se resigna voluntariamente á la humillación y á las privaciones de la pobreza?

—La pobreza, hijo mío, es un título de merecimiento, es el blasón más ilustre del reino de Dios. Ya estás viendo lo que es la vida. En ella es inevitable la cruz. ¡Dichosos los que la llevan voluntariamente por el amor de Jesucristo!

El capuchino calló. La vista y el estado de aquel hermano que amaba tiernamente y su brusca despedida habían conturbado su ánimo.

Juan se encontraba también agitado y apretaba involuntariamente el brazo de María, que le dirigía miradas furtivas impregnadas de amor y de esperanza.

## VI

Aquella misma noche el padre Gabriel fué llamado á toda prisa por su hermano, que se hallaba en la agonía, y permaneció á su lado.

En la tarde del siguiente día los dos esposos le vieron llegar jadeando por el camino que serpentea desde la aldea de Panticosa á los baños; venía de acompañar el cuerpo de su hermano al cementerio del pueblo.

Juan y María volaron á su encuentro. Las emociones y la fatiga le hubieran dado el aspecto de un cadáver, á no ser por el fuego dulce y tranquilo que resplandecía en sus ojos.

—¿Y bien, padre Gabriel? le preguntaron á un tiempo los dos jóvenes.

—Todo se acabó; contestó el capuchino. Murió en mis brazos, y espero por la misericordia de Dios que no tardaremos en encontrarnos donde no nos separaremos nunca.

—No será tan pronto, padre Gabriel.

—Sí, muy pronto, hijos míos. Yo parto mañana al amanecer. Tengo que despedirme ahora de vosotros, porque las horas que me restan necesito dedicarlas al descanso y á la oración.

—¿Nos deja usted?

—Sí, voy á morir á mi convento entre mis hermanos. Siento que Dios me ha de dar fuerzas para llegar allí, á fin de que mis huesos reposen á la sombra de mi querido santuario.

—Bendígame usted, padre, dijo Juan, cayendo á los pies del santo capuchino con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Con toda mi alma! respondió el capuchino enternecido. ¿Estás curado?

—Sí, padre mío, de alma y de cuerpo.

—¡Bendito sea Dios! exclamó María cayendo también trémula de gozo á los pies del padre Gabriel y estrechando una de sus manos que abrasaba la fiebre.

El padre Gabriel levantó la otra y, fijando sus ojos extasiados en el cielo, bendijo á los dos esposos.

C. SUÁREZ BRAVO.



# VIAJE POR ESPAÑA EN 1492

## VI

MOGUER — LA RÁBIDA — PALOS



LA RÁBIDA.— Imagen de Ntra. Sra. de los Milagros

El martes 22 de Mayo de 1492 llegó Colón á Palos, que á la sazón era puerto de sus afanes y que poco más tarde había de serlo de su partida en busca del imperio del Gran Kan. No poseemos detalles de este viaje de Colón; pero claro es que para ir á Palos pasaría por Moguer, puerto rodeado de viñedos y de pinos que los naturales utilizaban para construir sus barcos. Tampoco sabemos si Moguer conservaba entonces, como Niebla, recuerdos de la dominación arábiga. En cambio la dominación cristiana, y especialmente el señorío de los Portocarreros, marqueses de Villanueva, condes de Palma, se reconocía, entre otros monumentos, en el *convento de monjas de Santa Clara*, fundado en la primera mitad del siglo xiv por el almirante don Alonso Jofre Tenorio y su mujer doña Elvira Álvarez, á quienes heredaron los Portocarreros. Una rara circunstancia diferencia á ésta y á otras construcciones ojivales de Andalucía de las que se hacían en el corazón de Castilla, y es que no se empleó en ellas piedra sino ladrillo, lo cual parece como que se aviene con la tradición arábiga que en aquella comarca mantenían los mudéjares. Es de notar tam-

bién que en el estilo de la iglesia de Santa Clara, de Moguer, como en otras de Andalucía, no se manifiesta el ojival puro y formado que vemos en el resto de España, sino que aparece aún con reminiscencias del estilo románico, cual si las tradiciones de éste, después de haber pasado los Pirineos para servir de norma y de gala á las construcciones de los reinos cristianos durante dos siglos, se hubiesen refugiado á producir sus postrimeros frutos en el medio y el clima más extraños á su carácter romanesco y septentrional. Todo esto advertirá quien mire despacio la iglesia de Santa Clara de Moguer, con su ábside poligonal, reforzado al exterior por estribos cuadrados, perforados por ventanales ojivos, coronados por canecillos, sin un arbotante, sin un pináculo, sin una crestería; con sus tres naves cerradas por bóvedas de crucería, cuyas nervaduras de piedra arrancan, en la nave mayor, de unas ménsulas sencillamente ornamentadas, unidas á impostas, en las que apoyan las columnillas sobre que voltean unos arcos adosados á los muros y adornados con moldura de puntas de diamante; sin trepados, ni labores caladas, ni rosetones.

En cambio los enterramientos de la familia de Portocarrero ostentan todos, menos uno, el carácter del estilo ojival, que en la Península imperaba en el siglo xv. Uno de estos enterramientos, que se alza en el medio de la capilla mayor, es lecho sepulcral de cinco estatuas yacentes marmóreas; las dos de los extremos de hombre, ambas con armadura, y las tres de en

medio de mujer, efigies (según declara la inscripción que corre por el borde del sepulcro) del almirante don Martín Fernández de Portocarrero, señor de la villa de Moguer, su esposa doña Elvira Lara de Velasco, y doña Marina, doña Beatriz y don Alfonso, hijos, acaso, de aquel matrimonio. En el frente del lecho sepulcral destaca, esculpido en mármol, un escudo con los blasones de Portocarrero y de Henríquez.

Los otros dos enterramientos se hallan uno á cada lado del presbiterio. El del lado del Evangelio, formado por un arco conopial florenzado, con su grumo florido, ostentando en las enjutas sendos escudos, uno con iguales blasones que el indicado y otro con las armas de los Cárdenas, escudos que se repiten en el frente del arca sepulcral; con su crestería y sus follajes, sus finas molduras y sus esbeltas columnas apretadas en haces; con las estatuas yacentes de don Pedro Portocarrero y su esposa, denota haber sido labrado en tiempo de los Reyes Católicos. El del lado de la Epístola ofrece reminiscencias ojivales entre la riqueza de líneas y de detalle propia del Renacimiento. Pero no debió labrarse antes de 1492, sino bastante después, pues otro don Pedro Portocarrero, que parece ser el representado en la estatua yacente, no murió hasta el reinado del emperador Carlos V.

Aún se conserva en aquella iglesia un cuadro pintado en tabla representando á la Virgen con el Niño Dios en los brazos, rodeada de ángeles, ante la cual es fama que oró Colón la tarde antes de embarcarse para realizar su empresa. Este cuadro es, en efecto, obra del siglo xv, mas no española sino italiana; así lo atestiguan no sólo la corrección del dibujo sino el manto de brocado, de muy característica labor, que viste la Virgen. Ésta se halla representada bajo la advocación de *la Granada*, pues tal es la fruta que tiene el Niño en la mano. ¿Se detendría Colón en Moguer el 22 de Mayo para visitar en la iglesia de Santa Clara la imagen de *Nuestra Señora de la Granada*? La afirmación se presenta con grandes visos de verosimilitud; si Colón oró ante la imagen en los críticos momentos de despedirse del continente europeo para lanzarse á los peligros de un viaje por el *mar tenebroso* en busca de tierras desconocidas, sin duda lo hizo porque era devoto de ella, y en este caso debió rendirle gracias al momento de su llegada, en Mayo, como debió pedirle esperanzas cinco meses antes, cuando se encaminó á Santa Fe, para probar fortuna por vez última, y como se habría encomendado á ella en circunstancias anteriores, puesto que aquella comarca extrema de España era donde tenía el extranjero pretendiente su consuelo y su asilo.

La inmediata villa de Palos es otro de los que podemos llamar *santos lugares* de la odisea de Colón, y con tanto más motivo cuanto que el único monumento que allí conserva el recuerdo del Almirante es la única iglesia de Palos, de la cual pronto nos ocuparemos. No debió Colón detenerse mucho en Palos el día 22, pues sus afecciones le llamaban al convento de la Rábida; allí tenía á su hijo legítimo, Diego; allí tenía favorecedores y amigos, que no poco habían contribuido al logro de sus deseos; allí, en fin, tenía su alojamiento. ¡De cuán distinto modo llegó Colón á la Rábida, por vez primera, atribulado, pobre y desconocido, en 1484, llevando de la mano á su hijo, y llegaba ahora, triunfador de la ignorancia, enaltecido y con medios para poner en práctica aquel soñado viaje, que no se le ocultaba debía ser el más trascendental y provechoso en resultados de cuantos hasta entonces se intentaron! Su hijo Diego había sido nombrado por los Reyes, el día 8, paje del príncipe don Juan. Él venía á fletar sus naves y abandonar el continente.

Aquel humilde convento, enclavado sobre una colina, solitario y como olvidado del mundo, debió sonreír á Colón el 22 de Mayo entre la exuberante cortina de palmeras, almendros y naranjos que á la sazón le ocultaba. Apropiado para retiro era aquel paraje donde en los días del paganismo hubo un templo á Proserpina, luego una *rábitha* (ermita ó convento fuera de poblado), luego una mezquita, luego iglesia mozárabe, y por fin convento de franciscanos reedificado en el siglo xv. Estos sucesivos destinos no podían menos de haber dejado huella en el monumento que á los ojos de Colón se ofreció ya como conjunto heterogéneo de

construcciones, aunque no tanto como hoy le vemos: aquellos muros de ladrillos, lisos, con tal cual ventana pequeña, y en la parte alta alguna galería formada por arcos de medio punto; la iglesia con sus exiguas torres, y en el inmediato cuerpo saliente la puerta de arco peraltado, que da entrada al convento. Colón debió saludar con religioso respeto la cruz de piedra (hoy sustituida por una de hierro) que ante la entrada servía de faro á los menesterosos.

Franqueada la puerta atravesaría el zaguán pavimentado con ladrillos puestos de canto y, pasando bajo el arco conopial que da paso al interior, iría á buscar el claustro del siglo xv, claustro sencillo, con sus arcadas de medio punto volteadas sobre recios machones, todo ello de ladrillo agramilado, y obra mudéjar como la decoración pintada del zócalo de los muros, que forma una serie de recuadros con escudos, imitando los adornos de alicatado de azulejo (pinturas hasta hace poco tapadas), para buscar una estrecha escalera que conducía á la celda del padre guardián fray Juan Pérez, amigo, valedor y apoyo primero y constante del animoso marino desde que llegó á España en demanda de protección. La celda del padre guardián sólo se diferencia de las demás en que es algo mayor y en que tiene dos ventanas en vez de una. La estancia más espaciosa del convento, designada por la tradición como celda de fray Pérez, era la sala capitular; estancia de muros blancos, baja de techo, y éste de *alfarje*, pero sencillo.

La iglesia de la Rábida es de una sola nave también, con techumbre de *alfarje*, con un arco ojivo en la entrada del ábside y á los pies el coro, de madera, sustentado por dos columnas, uno de cuyos capiteles, de estilo latino bizantino, debe proceder de la primitiva iglesia cristiana ó quizá de la mezquita, en la que fuera un elemento aprovechado de alguna construcción visigoda.—En esta iglesia ya existía en los tiempos en que Colón la visitaba una imagen conocida con el nombre de *Nuestra Señora de los Milagros*. Tiene esta imagen su leyenda, que la supone obra de san Lucas, traída de Jerusalén á la Rábida en el siglo iv; y tiene su historia, según la cual en el siglo xiii (que es la época de que data la figura) fué traída del convento de franciscanos que había en la isla de Saltés al de la Rábida. Es una escultura de mármol blanco, pintada, que representa á la Virgen, en pie, vestida de túnica y velada con manto, llevando al Niño Dios, también vestido de túnica, sobre el brazo izquierdo. La expresión de la Santa Madre es dulce y todo su semblante apacible. El Niño, que lleva en la mano izquierda una granada ó un mundo, es quizá obra posterior y su rostro bastante expresivo.

En esta iglesia, y quizá ante esta imagen, debió orar Colón en la mañana del 23 de Mayo antes de partir con el padre fray Juan Pérez á la villa de Palos para dar el primer paso en el arriesgado negocio que iba á acometer.

Era en 1492 la iglesia de Palos una construcción nueva, de ladrillo, como la de Santa Clara de Moguer, y, como es consiguiente, de gusto ojival, construcción humilde y sencilla, de muros lisos, reforzados por fuertes estribos; con su torre cuadrada á manera de *alminar*, que en días posteriores á los que nos ocupan fué adicionada con un cuerpo y un chapitel de muy diferente gusto; con una buena portada de piedra, del lado de la Epístola, y otra, de ladrillo, aun más linda y peregrina, á la parte del Evangelio. La portada de piedra está formada por una serie de arcos ojivos, concéntricos, que son otros tantos junquillos, interrumpidos á cada lado por una imposta que se extiende al exterior, donde por todo adorno de coronamiento corre una moldura sostenida por canecillos. La otra portada, conocida hoy con el nombre de *Puerta de*



PALOS.—Puerta de los Novios



*los Novios*, es obra mudéjar, caracterizada por tres arcos también ojivos, concéntricos, pero más robustos que los de la primera; embellecidos por la combinación alternada de ladrillos rojos y amarillos en las dovelas, y por la primorosa labor que llena las enjutas y encuadra el *arrabald*, produciendo su conjunto bellissimo efecto, por las buenas proporciones, la gallardía, lo peregrino de la composición y por la nota risueña que da al conjunto sobrio y severo del monumento, atestiguando á la vez el mérito y la pericia con que aún ornamentaban y construían los decalados mudéjares en el siglo xv.

Otra puerta tiene la iglesia, y hoy la única practicable, á los pies de su nave, puerta ojiva también, pero humilde, y al presente desfigurada. La nave está cubierta por techumbre de *alfarje*, mudéjar; los muros y los retablos son de tiempos posteriores á los que nos importan. Allí fué donde el día 23 de Mayo se leyó en el púlpito, ante los pobres marineros de la villa,



Celda del padre guardián fray Juan Pérez, en la Rábida

la pragmática expedida por la reina doña Isabel el 30 de Abril, disponiendo que dichos vecinos de Palos facilitaran á Colón las dos carabelas con que, según sentencia del Consejo, debían servir por doce meses á su costa por ciertas *cosas fechas é cometidas en deservicio de los Reyes*.

Las zozobras, los sinsabores, las inquietudes que pasó Colón en aquellas tierras durante los dos meses siguientes, consignados están en las páginas de la historia, y por tanto sería ocioso repetirlas. Los claustros, la celda prioral y la sala capitular de la Rábida, hoy mudos y solitarios, guardan los recuerdos de aquellos coloquios y secretas conferencias habidas entre Colón y sus amigos, el guardián fray Juan Pérez, el fraile *astrólogo* Antonio de Marchena, el físico de Palos Garci Fernández, el viejo marino Pedro Velasco y el armador Martín Alonso Pinzón, hombres providenciales, que sirvieron al Almirante de medio para conseguir por fin zarpar del puerto de Palos en la madrugada del 3 de Agosto, para realizar el más grande de los descubrimientos, el hecho más trascendental después de la Encarnación del Verbo, como ha dicho uno de los más verídicos historiadores de Indias.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.

## EPÍSTOLA (1)

**D**ESDE las tristes márgenes del Sena,  
cubierto el cielo de apiñadas nubes,  
de nieve el suelo, y de tristeza el alma,  
salud te envía tu infeliz amigo,  
¡á tí más infeliz!... Y ni le arredra  
el temor de tocar la cruda llaga,  
que aun brota sangre, y de mirar tus ojos  
bañarse en nuevas lágrimas... ¿Qué fuera  
si no llorara el hombre?... Yo mil veces  
he bendecido á Dios que nos dió el llanto  
para aliviar el corazón, cual vemos  
calmar la lluvia al mar tempestuoso.

Llora, pues, llora: otros amigos fieles,  
de más saber y de mayor ventura,  
de la estoica virtud en tus oídos  
harán sonar la voz; yo que en el mundo  
del cáliz de amargura una vez y otra  
apuré hasta las heces, no hallé nunca  
más alivio al dolor que el dolor mismo;  
hasta que, ya cansada, sin aliento,  
luchando el alma y reluchando en vano,  
bajo el inmenso peso se rendía...

¿Lo crearás, caro amigo?... Llega un tiempo  
en que gastados del dolor los filos,  
ese afán, esa angustia, esa congoja,  
truécense al fin en plácida tristeza,  
y en ella absorta, embebecida el alma,  
replégase en sí misma silenciosa,  
y ni la dicha ni el placer envidia.

Tú dudas que así sea: y yo otras veces  
lo dudé como tú; juzgaba eterna  
mi profunda aflicción, y grave insulto  
anunciarme que un tiempo fin tendría...  
y le tuvo: de Dios á los mortales  
es esta otra merced; que así tan sólo,  
entre tantas desdichas y miserias,  
sufrir pudieran la cansada vida.

Espera, pues; da crédito á mis voces,  
y fíate de mí; ¿quién en el mundo  
compró tan caro el triste privilegio  
de hablar de la desdicha?... En tantos años,  
viste un día siquiera, un solo día,

en que no me mirases vil juguete  
de un destino fatal, cual débil caña  
que el huracán arranca, y por los aires  
la remonta un instante, y contra el suelo  
la arroja luego y la revuelca impío?

Lo sé: contra los golpes de la suerte,  
cuando sólo en nosotros los descarga,  
el firme corazón opone escudo;  
mas no acontezca así... ¿Y acaso piensas  
que no he perdido nunca á quien amaba  
más que á mi propia vida?... Si un momento  
te da tregua el dolor, vuelve los ojos  
á un huérfano infeliz, enfermo, triste,  
solo en el mundo, sin tener ya apenas  
á quien llorar... que á todos en la tumba  
unos tras otros les hundió la muerte.  
En la misma estación (¿ves? tu desgracia  
ha vuelto á abrir mi dolorosa herida)  
perdí una madre tierna, idolatrada,  
mi dicha y mi consuelo; tras sus huellas  
mi triste padre descendió á la tumba;  
y abrazados bajaron, de consuno  
pronunciando mi nombre, que á lo lejos  
sonó en mi corazón, no en mis oídos...  
Corrí, volé, llegué; mas ya fué en vano:  
la fatal losa á entrambos cobijaba;  
y para colmo de pesar y angustia,  
¡aun encontré la tierra removida!

Tú has hallado, si es dable, más consuelos  
en tu grave aflicción... Aunque rebelde  
se vuelva contra tí tu pena misma,  
por fuerza has de escuchar mi voz severa,  
que no aduló jamás á la fortuna,  
ni ahora adula al dolor.—Tú en tu desgracia  
hallaste mil consuelos, que la suerte  
cruelmente me negó; viste á tu esposa  
y la cuidaste en su dolencia extrema;  
tú recibiste su postrer suspiro;  
tú estrechaste su mano; tú la viste  
tender á tí los brazos, y cual prenda  
en los tuyos dejar su amada hija...

(1) Esta epístola, dirigida al Excmo. Sr. Duque de Frías con ocasión de la muerte de su esposa, y el canto épico *A Zaragoza*, fueron los que mayor fama dieron á Martínez de la Rosa, sin que por eso lograra colocarse en primera línea entre los poetas líricos. Quizás rayó más alto como poeta dramático, siendo feliz imitador de Moratín y Cienfuegos. Según la noticia que de la vida del mismo da el P. Blanco en su obra *La literatura española en el siglo XIX*, don Francisco Martínez de la Rosa nació en Granada el 10 de Marzo de 1787. A los veinte años desempeñaba una cátedra de filosofía moral, que abandonó por las agitaciones políticas al estallar la guerra de 1808. Enviado en comisión á Gibraltar y á Londres para obtener el concurso de Inglaterra en la lucha de España contra Napoleón, regresó á Cádiz en 1811, y representó á su ciudad natal en las Constituyentes de 1812. Destruido al África por Fernando VII, diputado segunda vez en 1820 y representante de la reacción dentro del liberalismo, hubo de huir en 1823 á Francia, donde residió ocho años. La Reina Regente doña María Cristina le puso al frente del Gobierno en Marzo de 1834; Martínez de la Rosa publicó el *Estatuto Real* y abandonó el ministerio en Junio del año siguiente. Fué embajador de España en París (1839), y en Roma (1842-43), ministro de Estado con el gabinete Narváez, embajador de nuevo en Roma (1847-51), presidente del Congreso, secretario y presidente del Consejo de Estado, individuo de las Reales Academias Española y de la Historia, falleciendo en Madrid el 7 de Febrero de 1862.

Pero yo propio, sin querer, ahondo  
el puñal en tu pecho, renovando  
ante tu vista la funesta imagen  
de la noche fatal en que aun luchaba  
la vida con la muerte... Ya sus penas  
para siempre acabaron; ella misma,  
vuelto al cielo los piadosos ojos,  
se lo rogó en su angustia, y la esperanza  
brilló al morir en su serena frente.

¡Oh! ¡si nos fuera dado del sepulcro  
penetrar los arcanos!... ¡Cuántas veces  
nuestro acerbo dolor se templaría!  
En este mismo instante en que lamentas  
de tu mísera esposa el fatal hado,  
¿quién te ha dicho, infeliz, que más dichosa  
no esté gozando de eternal ventura?  
¡Callas, y sobre el pecho la cabeza  
dejas caer!... No calles, no, responde;  
sondea, si te atreves, el abismo  
que de tu amada esposa te separa;  
cruza la eternidad, y luego dime  
en dónde está, si es mísera ó dichosa,  
si pide luto ó parabién.

No ha mucho  
(¿tú contarle puedo; alegres otros  
ríeran ¡ay! de mi triste desvarío)  
hallándome en la orilla encantadora  
del mar Tirreno, la ciudad dejaba  
madre de los placeres, y á Pompeya  
la débil planta absorto dirigía...  
Fuentes, jardines, quintas y palacios  
á mis ojos brillaban; mas la mente  
penetraba más hondo, y poco á poco  
se iba estrechando el corazón... las flores  
entre lava nacían; y esos pueblos  
hoy ricos, florecientes, ocultaban  
otros pueblos felices algún día,  
labrados sobre otros que ya fueron.

Llegaba al fin á divisar los muros  
de la ciudad desierta, y ya anunciaban  
que fué un tiempo morada de los hombres  
los sepulcros que orlaban la ancha vía:  
á su arrimo descansa el pasajero,  
que ellos le dan sombra y reposo... Al cabo,  
á las puertas tocaba, y en su linde  
el vacilante pie se detenía,  
cual si temiese profanar osado  
la mansión de los muertos.—Ni un acento,  
ni una voz, ni un murmullo... hasta parece  
que el eco está allí mudo, y no responde.  
Cruzaba lento las estrechas calles  
sin huella humana; pórticos y plazas  
sin un solo viviente; en pie los muros;  
desiertos los hogares; y en los templos  
sin víctimas las aras... y aun sin Dioses.

¡Qué pequeño, qué mísero y mezquino  
el mundo ante mis ojos parecía

cuando me hallaba allí!... Sonrisa amarga  
asomaba á mis labios, recordando  
la ambición de los hombres, sus venganzas,  
sus proyectos sin fin: un breve soplo  
sus bienes y sus males como el humo  
disipa; y la ceniza á cubrir basta  
una inmensa ciudad cual leve polvo  
cubre un vil hormiguero...

Así abismado  
en tristes reflexiones, recorría  
aquel vasto recinto silencioso,  
cual una sombra vaga entre sepulcros;  
los lazos que me ataban á la tierra,  
aflojarse sentía; y libre el alma  
lanzabase, dejando atrás los siglos,  
al espacio sin límites... ¡Si vieras  
lo que es la triste vida comparada  
á aquella inmensidad! De cierto, amigo,  
cuajadas en tus ojos quedarían  
las copiosas lágrimas que viertes;  
y en la tierra fijándolos, tú propio  
allí vieras el término á los males,  
el descanso y la paz, de que ya goza  
la que tú lloras; tú que por el suelo  
arrastras como yo la dura carga.

Mas en tanto que el cielo te concede  
volverte unir á tu adorada esposa,  
consagra á su memoria los instantes  
que de ella ausente estés, y su recuerdo  
tu corazón anime, y en tus labios  
resuene siempre su apacible nombre...  
¡Ni cómo de tu esposa olvidarías  
el claro ingenio, el alma generosa,  
la divina beldad; dotes preciados  
que rara vez el mundo admiró unidos!

Mas ya te veo hacia el opaco bosque  
de cipreses y adelfas caminando,  
pendiente de tu diestra una corona  
de tristes siemprevivas; y los ojos  
apenas alzas, descubrir temiendo  
el monumento de perpetua pena  
que de tu esposa las cenizas guarda...  
Tanto infeliz como acorrió piadosa,  
tanto huérfano pobre y desvalido,  
de que fué tierna madre, los que un día  
su bondad y sus prendas admiraron,  
en largas filas, silenciosos, mustios,  
tus pasos lentamente van siguiendo,  
y cercan su sepulcro... ¿No los oyes?  
Suyos son los tristes sollozos,  
suyas las quejas y el confuso llanto  
que interrumpen las fúnebres plegarias...  
Yo aquí no tengo, para ornar su tumba,  
ni una flor que enviarte: que las flores  
no nacen entre el hielo; y si naciesen,  
sólo al tocarlas yo se marchitaran.

FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA.



## TAPUJO, ESTROPAJO Y DONALD

### CUENTO CÉLTICO

ÉRANSE dos colonos apodados, respectivamente, Tapujo y Estropajo. Ambos tenían muchas aves en sus corrales, mucho ganado en las tierras altas é innumerables vacas en la pradera, á lo largo del río. Sin embargo, no eran dichosos, porque entre las dos granjas que cultivaban había una misera cabaña habitada por un infeliz llamado Donald, el cual posela un pequeño prado que apenas le producía para alimentar su única vaca, Margarita, que literalmente estaba muriéndose de hambre, de modo que raras veces podía su amo sacar de ella una taza de leche ó una cucharada de manteca.

Sin duda pensaréis al oír esto que ningún motivo tenían los dos colonos para estar celosos de aquel cuitado; pero tal es la naturaleza humana, que cuanto más tenemos, más apetecemos, y así los vecinos de Donald pasaban muchas noches en vela, cavilando cómo podrían lograr apoderarse de su pequeño prado. En cuanto á Margarita, maldito si se acordaban de ella.

¿Para qué querían aquel saco de huesos?

Un día Tapujo encontró á Estropajo y pusiéronse al punto á conversar sobre su tema favorito: ¿Cómo lo haríamos para arrojar á ese maldito Donald de la comarca?

—¡Si matásemos á Margarita! exclamó Tapujo. Si esto no le hace tomar las de Villadiego, renuncio á verle partir de esta tierra.

Dicho y hecho. Aún no había cerrado la noche cuando los dos tunantes se encaramaron al cobertizo en donde la pobre vaca se hacía la ilusión de rumiar la hierba que no había comido. Cuando Donald fué á ver si estaba bien dispuesta para pasar la noche, el pobre animal no tuvo tiempo sino para lamerle la mano y exhaló el postrer aliento.

Pero Donald, que era muy listo, á pesar del disgusto que le causó este contratiempo, echóse á pensar qué partido podría sacar de aquella desgracia. Mucho rato estuvo meditándolo hasta que, al amanecer del día siguiente, salió de su choza cargado con el pellejo de Margarita y haciendo sonar en sus bolsillos las pocas monedas que poseía. Antes de llegar á la feria, á la cual iba dirigiéndose á buen paso, tiró varias cuchilladas al mencionado cuero poniendo un penique en cada una de las aberturas y luego fué á alojarse en la mejor posada de la ciudad, con tal desenfado que no parecía sino que acababa de entrar un millonario, colgando el pellejo de un clavo que vió en la pared junto á la mesa á la cual se había sentado.

—Traed el mejor aguardiente que tengáis, dijo con tono imperioso al posadero.

Y como éste no parecía hacer gran caso de sus palabras, añadió:

—¿Teméis por ventura que me falte dinero para pagaros? Perded cuidado, tengo aquí un pellejo de vaca que me proporciona todo el que necesito.

Así diciendo, golpeó el pellejo con el bastón y cayó un penique. El posadero abrió cada ojo como una puerta cochera.

—¿Cuánto queréis por ese pellejo? preguntó en el acto.

—¿Quién os ha dicho que está en venta? replicó malhumorado el muy bellaco de Donald.

—Os doy por él una pieza de oro, añadió el otro.

—Y yo os repito que no quiero venderlo, replicó haciendo que se enojaba el labriego. Ese pellejo es mi fortuna.

Así diciendo, sacudióle otro palo y cayó otro penique.

Por acabar de una vez, allí dejó Donald el prodigioso pellejo. Aquella misma noche fué á llamar á la puerta del codicioso Tapujo.

—Buenas noches, Tapujo, exclamó en cuanto le abrieron, ¿podrías prestarme unas buenas balanzas?

Tapujo le miró con ojos atónitos, pero le prestó las mejores balanzas que tenía. En cuanto estuvo Donald en su cabaña sacó del bolsillo sus monedas de oro y empezó á pesarlas. Tapujo había puesto un poco de manteca en el fondo del platillo y cuando Donald devolvió las balanzas había quedado pegada en él una moneda de oro.

Con esto subió de punto el asombro de Tapujo, el cual, no bien hubo vuelto Donald las espaldas, corrió á casa de Estropajo y dijole:

—Pásmate, amigo mío, ese tunante de Donald ha encontrado un tesoro.

—¡Qué me cuentas!

—Lo que oyes. Ha llegado de no sé dónde con unas talegas repletas de oro.

—¿Cómo lo has sabido?

—Me ha pedido unas balanzas para pesarlo y ha quedado una moneda pegada al platillo. Mírala.

Sin pérdida de momento fueron los dos camaradas á llamar á la puerta de Donald, el cual precisamente estaba acabando de apilar sus monedas echando de menos la que había quedado en la balanza. Metiéronse de rondón en la cabaña sin esperar la venia de su dueño, el cual les recibió con mucho agrado, diciéndoles:

—Buenas noches, amigos míos. Quisisteis jugarme una mala pasada y ¡vive Dios! que no sois capaces de hacerme un obsequio más señalado en vuestros días. Cuando encontré muerta á mi pobre Margarita, dije para mí sayo: he de ver si me dan algunos cuartos por su pellejo. Fuí al mercado y resultó que valía más oro que pesaba.

Miráronse los dos visitantes haciéndose una seña de inteligencia y despidiéronse de Donald con sumo afecto.

Al día siguiente no quedaba una vaca ni una ternera en las granjas de los dos codiciosos camaradas, que, con los pellejos de las sacrificadas reses, llenaron el carro mayor de Estropajo, unciendo á él los dos caballos más robustos que tenían.

En cuanto llegaron á la feria, cada uno de ellos cargó con un pellejo poniéndose á gritar con todas sus fuerzas:

—¡Cueros! ¿quién compra?

Acercóseles un curtidor y preguntóles:

—¿A qué precio los vendéis?

—A peso de oro.

—Temprano se os ha subido el mosto á la cabeza, respondió el curtidor volviéndoles las espaldas.

—¡Cueros! ¿quién compra? seguían gritando ellos.

Salió de su tienda un zapatero remendón y preguntóles:

—¿A qué precio los vendéis?

—A peso de oro, respondieron.

Sulfuróse el zapatero y largó á Tapujo un bofetón que le hizo ver las estrellas en mitad del día, diciendo:

—De mí nadie se burla.

Tapujo puso el grito en el cielo. Estropajo increpaba al violento maestro de obra prima; éste vociferaba como un energúmeno, y al oír tal concierto de voces desaforadas acudió la gente en tropel, para enterarse de la causa de aquel bullicio.

—¿Qué ha de ser? respondía muy enojado el zapatero, ese par de borrachos que andan

por ahí burlándose del pueblo con la pretensión de venderle á peso de oro unos cueros que traen.

—¡Detenedlos! ¡Detenedlos! gritó en esto saliendo de la posada un hombre muy obeso que, queriendo correr, bufaba como una foca; apostaría que el uno de ellos es el tunante que ayer me timó treinta monedas de oro por un cuero que no vale tres ochavos.

Tras esto llovió sobre los dos cuitados tal diluvio de mojicones y puntapiés que hubieron de echar á correr como alma que lleva el diablo, sin poder detenerse un momento, porque todos los perros del pueblo iban en pos de ellos mordiéndoles los talones, azuzados por la gritería de la irritada muchedumbre.

Ya podéis figuraros cuánto contribuiría esta desagradable aventura á aumentar la ojeriza que tenían á su malicioso vecino.

Cuando éste les vió llegar llorando á lágrima viva, con los sombreros apabullados, los vestidos hechos jirones y los rostros llenos de cardenales, preguntóles con interés:

—¿Qué os ha pasado, amigos míos? ¿habéis tenido una reyerta ú os ha apaleado la policía?

—Buen polizonte estás tú, que nos has engañado causándonos un disgusto con tus embustes.

—¡Yo! exclamó con cándido asombro el astuto labriego, ¿por ventura no visteis el cro con vuestros propios ojos?

Pero ellos no estaban de humor para discusiones. Cogieron á Donald, metiéronle en un saco de harina vacío que casualmente estaba sobre la mesa, lo ataron suspendiéndole de un palo, que cargaron sobre sus hombros, y echaron á andar hacia el Lago Oscuro.

La distancia era muy larga, el camino estaba lleno de polvo y Tapujo y Estropajo rendidos de cansancio. Por último, viendo un mesón junto á la carretera, díjole Tapujo á su compañero:

—Entremos ahí, estoy muy cansado y tengo una sed que me abrasa.

Estropajo participaba en un todo de sus sentimientos. En cuanto á Donald, nadie se cuidó de pedirle su parecer, dejándole sus raptos arrimado á la puerta cual si fuera un saco de patatas.

—Ahí te quedas, grandísimo canalla, díjole Estropajo; aguarda y verás.

Donald no respondió; mas al cabo de un rato, oyendo el choque de los vasos y la voz de Tapujo cantando que se las pelaba, púsose á gritar:

—¡No la quiero! ¡Os digo que no la quiero!

Pero nadie prestaba atención á sus palabras.

—¡No la quiero! ¡Os digo que no la quiero! repitió Donald esforzando la voz.

Mas nadie se fijó en sus gritos.

—¡No la quiero! ¡Os digo que no la quiero! repitió Donald vociferando con todas sus fuerzas.

—¿Qué es lo que no quieres? preguntó un colono que acertó á pasar por su lado con una manada de vacas.

—La hija del Rey. Me están fastidiando empeñados en que me he de casar con ella quieras que no.

—¿Y eso os apura? Ya quisiera yo encontrarme en vuestro lugar.

—Claro está que os gustaría casaros con una princesa cubierta de oro y pedrerías.

—¡Pedrerías! exclamó el rústico deslumbrado cual si las estuviera viendo. ¿No podríais llevarme en vuestra compañía?

—Veo que sois un buen hombre, y como yo no quiero casarme con la princesa, aunque es hermosa como el sol y está cubierta de pies á cabeza de perlas y piedras preciosas, os cedo gustoso mi puesto. Deshaced el nudo de este saco en que me han aprisionado para impedir mi fuga.

Obedecióle el rústico, salió Donald del saco y metióse en él su sustituto, á quien dijo el muy bellaco:

—Ahora estaos quieto y no hagáis caso de las sacudidas que experimentéis por el camino, que pronto llegaréis á las gradas del palacio. No hagáis caso de los improperios que os dirijan



por el camino, pues están muy enojados conmigo porque desprecio la mano de la princesa. Vaya, no podéis quejaros de mí, que os procuro un buen negocio.

—Tomad en cambio mis vacas, respondió el otro enternecido por tanta bondad.

Ya comprenderéis que á Donald no se le cocía el pan hasta verse lejos de la posada, y que tan pronto como hubo metido en el saco al incauto colono salió de ella más que de prisa, llevando por delante las vacas á tan poca costa adquiridas.

Al cabo de un rato salieron sus raptos del comedor, cargaron con el saco y dijo Tapujo:

—¿Sabes que me parece que ha engordado ese tuno? ¡Cuerpo de Dios y cómo pesa! ni que fuera de hierro.

—No te apures, repuso Estropajo, el Lago Oscuro no dista mucho de aquí.

—¡Ya la quiero! ¡Ya la quiero! voceó el colono desde el fondo del saco.

—¡La tendrás, hombre, la tendrás! replicó Tapujo dándole un palo.

—¡Ya la quiero! ¡Ya la quiero! repitió el colono con voz más fuerte y espantada.

—Vaya, ya hemos llegado, dijo por último Estropajo.

Y arrojaron el saco al lago.

—No volverás á alabarte de haberte burlado de nosotros, exclamó Tapujo.

—Amigo Donald, añadió Estropajo, en mal hora viniste á pedirme las balanzas.

Tras esto fuéronse muy contentos para sus casas, creyendo haber acabado para siempre con su odiado vecino. ¡Cuál no fué su sorpresa al verle á pocos pasos de su cabaña rodeado de sus vacas paciando la hierba del prado y retozando muy alegre!

—¡Cómo! ¿Sois vos, Donald? Habéis vuelto más de prisa que nosotros, le dijeron llenos de asombro.

—Permitid, Estropajo, que os dé las gracias por el bien que me hicisteis: la intención era mala, pero el resultado del viaje ha sido para mí excelente. Ya habréis oído como yo que el Lago Oscuro conduce á la Tierra de Promisión. Aunque algunas veces os haya engañado, ahora podéis creerme, porque tenéis la prueba ante vuestros ojos. ¿Qué os parecen estas vacas?

Miróle Tapujo maravillado, y Estropajo quedóse con tanta boca abierta, pues en efecto eran unas reses soberbias.

—Pues mirad, aún me he llevado las peores, dijo el pícaro de Donald; las otras estaban tan gordas que apenas podían andar y no había medio de hacerlas llegar hasta aquí en un año. No es de extrañar. ¡Si vieseis qué prados aquellos, qué hierba más dulce y jugosa! ¡Si parece manteca!

—Oye, Donald, dijo entusiasmado Estropajo, ya sabes que siempre hemos sido amigos. Tú eres un buen muchacho y vas á enseñarnos el camino de ese país maravilloso.

—¿De veras? ¿Y por qué no he de guardar para mí ese magnífico ganado que allí queda?

—Bien dicen los que dicen que la riqueza endurece el corazón. Ea, vecinito, ¿qué harás de tanta opulencia? ¿No vale más que todos seamos dichosos?

—Mira, Tapujo, no debiera yo hacerlo si recordase vuestro comportamiento conmigo; mas para que veáis que soy generoso, voy á acompañaros á esa tierra de Jauja.

Diciendo y haciendo echó á andar y siguiéronle sus vecinos apretando el paso estimulados por la codicia. Cuando llegaron á la orilla del lago, el cielo estaba cubierto de blancas nubecillas que se reflejaban en las aguas.

—Miradlas, exclamó Donald señalando las ondas del lago. Ahí las tenéis.

—¿En dónde? preguntó Tapujo.

—Aguárdame, codicioso, gritó Estropajo.

Y ambos se precipitaron de un salto en el abismo.

Este no devolvió su presa. Es de creer que el agua que se sorbieron debió de engordarlos como las ambicionadas vacas que fueron causa de su desventura.

Donald, en cambio, vivió muchos años contento y tranquilo y rodeado de numerosos rebaños.

Traducido de la obra *Celtic fairy tales*, de JOSEF JACOBS, por

JOSÉ COROLEU



# ¡SOLEDAD!

NOVELA ESPAÑOLA

POR

D. C. SUAREZ BRAVO

---

## EPÍLOGO

BAJADA DEL CIELO

(CONCLUSIÓN)

Dicho esto, el oficial se volvió á Eduardo, como en demanda de lo que debía hacer, y traduciendo la mirada de éste por asentimiento, continuó:

—Después de un combate encarnizado, que duró toda la mañana, el general en jefe, viéndose aplastado por el número y teniendo roto su centro y sus dos alas comprometidas, quiso salvar el ejército, y confió al general S., que nos mandaba, el glorioso honor de cubrir su

retirada. La empresa era poco menos que desesperada. El general, antes de avanzar sobre la aldea ocupada ya por los prusianos, al frente de su pequeña división, que iba por momentos disminuyendo, porque era preciso batirse uno contra mil y el pánico cundía en los batallones, llamó á nuestro jefe y le dijo:—Coronel Charrette, es preciso desalojar al enemigo de este bosque, que es la clave de la posición. Es el único medio de contener á los prusianos y salvar al ejército.—No somos más que trescientos; pero lo intentaremos, mi general,—contestó Charrette; y formándonos en columna nos lanzó sobre la colina, cuyos flancos escalamos á la bayoneta. Este rasgo de heroica audacia hizo retroceder en los primeros momentos á los prusianos, y avanzamos por el bosque afrontando un fuego de artillería y de fusilería infernal. Pero el enemigo, al ver nuestro escaso número, que las balas iban haciendo más exiguo por momentos, volvió sobre sí y nos acometió de frente y de flanco. Todos hablamos hecho ya, mentalmente, el sacrificio de nuestra vida, y por espacio de una hora disputamos denodadamente el paso, batiéndonos de árbol en árbol y dejando el terreno cubierto de nuestros cadáveres.—¡*Rendios!* gritaban desde lejos algunos prusianos, conmovidos al ver nuestra valerosa obstinación.—¡*Nunca!* contestaba Charrette, que peleaba en primera fila.—Entretanto nuestro general, que después de una lucha estéril y heroica llegó á verse completamente abandonado por sus batallones, que huían en desorden, se nos vino á unir, con los cuatro ó cinco oficiales que le quedaban, prefiriendo morir con nosotros á confundirse con los fugitivos. Apenas se pone á nuestro frente, cae con la pierna izquierda destrozada por un proyectil. El abanderado cae en seguida, agitando todavía, en las convulsiones, la gloriosa enseña del batallón, que yo me apresuro á recoger, adelantándome á Ricardo, que estaba un poco más lejos y corría á hacer lo mismo.—Después de mí, compañero,—le grité enarbolando la bandera; pero á los pocos momentos siento que vacila una de mis piernas y caigo de rodillas. Próximo á desfallecer, porque la sangre corría en abundancia de mi herida, le hago una seña y acude á tomar de mis manos el estandarte; pero en el momento mismo otra bala rompe el asta. Ricardo coge el glorioso trazo y se lo arrolla al cuerpo. Yo vine al suelo desvanecido ya por la pérdida de la sangre; pero parece que le estoy viendo, en medio de las sombras del desmayo que empezaban á turbar mis ojos, dirigir con voz vibrante palabras de aliento á los pocos que quedaban y volar al encuentro del enemigo, que ya se precipitaba en masas cerradas sobre nosotros. Nuestro compañero estaba hermoso, y un momento así basta para embellecer toda una vida. Todavía alcancé verle caer. Algunos instantes después nos pasaba por encima todo el cuerpo de ejército del duque de Meklemburgo. De los trescientos zuavos, quedamos tendidos en este bosque ciento noventa y ocho (1).

El oficial enmudeció, como oprimido por el recuerdo de aquella terrible hecatombe. Luisa lloraba, pero sin amargura. La relación había hecho vibrar las cuerdas heroicas de su alma.

—¿Y se salvó el ejército? preguntó Eduardo entusiasmado al cabo de unos instantes.

—Se salvó, gracias á nuestra porfiada resistencia... á nuestro sacrificio. Cuando los prusianos advirtieron la retirada, ya la noche se echaba encima, y el general Chanzy pudo replegarse con orden y establecer su segunda línea de defensa.

—Pero... ¿y ustedes? preguntó Luisa con ansiedad. ¿Cómo se pasó aquella terrible noche? ¿Cuándo fueron ustedes recogidos?

—Yo volví en mí, como de un sueño, cerca del amanecer. Una capa de nieve cubría á muertos y heridos, y á la pálida luz de las estrellas vislumbré algunas cabezas que se levantaban gritando con voz débil:—¡*La ambulancia!* ¡*La ambulancia!*

—¿Vió usted á Ricardo?

—Como había caído cerca de mí, me pareció distinguir su bulto, que no se movía. Yo le creí muerto.

—¡Oh! ¡qué terrible es la guerra! exclamó la joven. ¡Pobre hermano mío!

(1) Histórico.



—Consuele á usted el saber que él no sintió nada; pues, según después averigué, perdió el conocimiento á los pocos instantes de recibir sus heridas. Después lo recobró á intervalos, pero de escasa duración.

—¿Y el socorro llegó pronto?

—Mucho más pronto de lo que verosímilmente podía esperarse, pues el terreno había quedado por los prusianos; pero una de las ambulancias pasó, á pesar de eso, gracias al ascendiente y al influjo de sor Rosalía...

—¿Y quién es sor Rosalía?

—Pues, sor Rosalía... es... Ya lo sabrá usted, señora, porque lo que yo pueda decir á usted ha de darle de ella una idea muy imperfecta. ¿Pero es posible que hayan llegado ustedes aquí sin haber oído hablar de la intrépida hermana de la caridad que lleva ese nombre? Apenas amaneció la vimos aparecer, como el ángel de la resurrección, en este lugar de muerte, seguida de la ambulancia. Su semblante, su voz y sus palabras, que era preciso haber visto y oído en medio de aquel cuadro, alentaron nuestro espíritu más que los cordiales con que procuró restaurar nuestras fuerzas. Ella fué la que, secundada por el santo párroco de L., dirigió la traslación de los heridos á la rectoría y á la aldea.

—¿Ricardo entre ellos?...

—Sí, por cierto. Se le colocó en la cripta de la iglesia al lado del general y de nuestro coronel, que están allí retenidos por la gravedad de sus heridas.

—¿Y allí fué donde Ricardo?...

—Allí se extinguió al tercero ó cuarto día dulcemente...

Nuevos momentos de silencio en que sólo se oyeron los sollozos de Luisa.

—¿Y sor Rosalía? dijo Eduardo. ¿No podremos tener el consuelo de dar las gracias á ese ángel de la caridad?

—¿Dónde la encontraremos, señor oficial? exclamó Luisa. Yo quisiera besar su hábito.

—¡Oh! Sor Rosalía estará donde haya peligro y vidas que disputar á la muerte.

—Es francesa, por supuesto.

—Habla nuestra lengua con el más puro acento francés; pero, según parece, también habla, con la misma perfección, el alemán. Hay quien dice que es una princesa extranjera... Que ella ha venido de arriba, no cabe duda, pues en la misma sencillez de sus maneras se advierte un no sé qué...

—Pero ¿no se sabe de dónde ha venido?

—No. Muchos de nuestros soldados dicen que ha bajado del cielo, porque, en efecto, descendió en nuestro campamento de un globo expedido desde París.

En este punto llegaron los tres interlocutores á un lugar del bosque, que fijó desde el primer momento las miradas de Luisa y Eduardo. La tierra estaba removida, como si se hubieran abierto en ella recientemente grandes zanjas. Muchos árboles tronchados por las granadas daban testimonio de que aquel sitio había sido teatro de encarnizada refriega. El oficial se quitó el kepi al pasar por encima de aquel terreno, sepulcro de tantos valientes, y parándose enfrente de un pequeño cuadrilongo que se elevaba desigualmente como medio pie sobre la superficie plana y encima del cual había una cruz, pronunció estas palabras con voz grave, volviéndose á Luisa:

—Aquí está el cuerpo de su hermano de usted.

Con efecto, en la tosca cruz de madera blanca una mano piadosa había escrito el nombre de

RICARDO CABAÑAS

Luisa cayó de rodillas y su marido hizo lo mismo. El oficial se retiró algunos pasos, y paseando una mirada en torno suyo, murmuró también fervoroso rezo por el eterno descanso

de los hermanos de armas que yacían amontonados debajo de aquel campo que hollaban sus plantas.

Eduardo se levantó al poco tiempo dejando que Luisa acabase de desahogar su alma y aliviar su dolor con la oración, y se puso á conversar en voz baja con el oficial acerca de aquel combate, que, por el número de los zuavos que resistieron á las falanges prusianas, recordaba el de las Termópilas.

En esto vieron venir hacia ellos, por el lado de la aldea, á un hombre que vestía el hábito eclesiástico y que se adelantaba con paso breve.

—Es el santo párroco de L..., dijo el oficial. Él ha sido el padre espiritual, el hospedador, el médico, el enfermero, la Providencia, en fin, de todos nosotros. Más que la vida es la caridad la que le alienta, y parece imposible como un cuerpo tan débil ha podido soportar tan prodigiosa fatiga física y moral.

El cura era, en efecto, un manojo de nervios y tendones, pero su rostro, enjuto y pálido, que representaría apenas unos cincuenta años, estaba iluminado por dos ojos llenos de brillo y de energía, no exenta de dulzura. Antes de llegar, Eduardo salió á recibirle, quitándose el sombrero y le besó la mano, que el cura le alargó con aire natural y bondadoso.

—Sabiendo que habían ustedes llegado, dijo después de saludar con familiar y cariñoso movimiento de cabeza al oficial, me dirigí á este sitio seguro de encontrarles en él. Celebro infinito su venida, pues deseo entregarles el dinero y los papeles del bizarro joven que tan gallardamente dió su vida por el servicio de nuestra causa. Ya, en vista de su tardanza, estaba pensando en la manera de librarme, cuanto antes, de este incómodo depósito.

Eduardo le explicó las causas del retraso y le dió las gracias con acento sincero y conmovido.

—Bien sé, señor cura, dijo, que actos como el de usted sólo se ejecutan para que los agradezca el único que puede premiarlos dignamente; pero viva usted seguro de que su nombre será siempre bendecido en el seno de la familia de Ricardo Cabañas.

El digno eclesiástico iba á contestar; pero al ver á Luisa que, advertida de su llegada por los ecos de la conversación, venía hacia él movida de amoroso reconocimiento, se adelantó á su encuentro. La escena entre los dos fué tierna.

—¡Oh! no sabe usted, dijo la joven después de haber desfogado sus sentimientos de gratitud con frases que sólo saben encontrar, en ocasiones semejantes, los corazones amantes y sinceros, cuánto nos ha conmovido, padre mío, la delicada previsión de usted, á la que debemos el consuelo de saber dónde reposa el cuerpo de Ricardo y la esperanza de poderlo trasladar á la patria, para que descanse entre los suyos. Gracias á ella, he podido rezar sobre su tumba con gran descanso de mi corazón oprimido.

—¡Cómo! exclamó el párroco sorprendido. ¿Sabe usted dónde se encuentra el cuerpo de su hermano?

Luisa señaló el rústico túmulo que estaba á pocos pasos, y el cura, con viveza característica, se dirigió á él, le examinó, leyó el nombre escrito sobre la cruz y se quedó pensativo.

—Mi querida señora, dijo después de breves instantes de reflexión, reconozco la delicadeza del rasgo; pero yo no puedo atribuirme el mérito. Después de una batalla, como la que aquí se ha librado, hay que cumplir en montón con la obra de misericordia de enterrar á los muertos, y no se puede pensar en sepulcros particulares. Bajo nuestros pies yacen confundidos oficiales y soldados, nobles y plebeyos, amigos y enemigos, ni el tiempo ni las circunstancias permitían otra cosa.

—Sin embargo, señor cura, observó Eduardo...

—Sí, sí, ya veo, y lo celebro mucho, que ha habido privilegio para el joven español. ¿Ha intervenido usted en el asunto, señor vizconde? preguntó el párroco al oficial.

Éste hizo un signo negativo y el párroco prosiguió:

—Vuelvo á mi idea. Esto es cosa de sor Rosalía.

La sorpresa que se pintó en el rostro de los dos esposos, y la manera con que repitieron el nombre de la hermana de la caridad, parecieron llamar la atención del cura, que se apresuró á preguntar:

—Pero ¿no la conocen ustedes?

—Nada más que para bendecirla, exclamó Luisa.

—Pues es muy extraño. Ella fué la que me dió la dirección para escribirles. Presumo también que debía conocer á Ricardo, porque en los días en que éste se encontró entre la vida y la muerte, vino dos veces á verle y se enteró con especial interés de su estado.

—¿Le habló?

—No, porque el herido estuvo casi constantemente sin conocimiento. Pero una de las veces, mientras le contemplaba con aire de profunda y tierna compasión, la oí pronunciar estas palabras en español: — ¡Pobre Cabañas!

Luisa y Eduardo se miraron como si á los dos se les hubiera ocurrido súbitamente la misma idea.

—¡Pero, Dios mío! exclamó la joven; ¿es posible que no se sepa de dónde ha venido esa hermana á quien tanto debemos?

La pálida fisonomía del sacerdote se iluminó con un relámpago de entusiasmo.

—Ya lo habrá usted oído, señora, ha bajado del cielo, y á fe que su figura y sus obras no parecen de criatura terrestre.

—¡Oh! yo necesito verla; necesito dar esta satisfacción á mi alma. ¿Dónde la podremos encontrar, padre mío?

—¡Oh! no tiene usted necesidad de andar mucho. Sor Rosalía está aquí.

Eduardo se inmutó.

—¿Es posible? ¡Qué dicha! exclamó Luisa.

—Está aquí, prosiguió el párroco. Ha venido con otras hermanas á recoger los heridos que se hallan ya en estado de ser transportados al hospital de V... En mi iglesia y en mi casa hay todavía demasiados y no pueden recibir la asistencia y los cuidados que necesitan. Pero si quieren ustedes verla, démonos prisa, porque ya se preparaban á marchar.

Luisa, cogiéndose del brazo de su marido, echó andar con paso rápido y el cura les precedió. El oficial, aunque hizo lo posible para no apartarse del grupo, tuvo que quedarse rezagado á causa de su cojera. Después de caminar breve rato por entre los árboles, llegaron á los límites del bosque encima de la misma aldea. Descendieron en seguida un sendero en zig zag y se encontraron en una plazoleta formada por la iglesia, la casa rectoral y cortada por la carretera, en la que se veía ya el carruaje de la ambulancia pronto á partir. Dos hermanas ocupaban ya el pescante. Del otro lado un grupo de mujeres, ancianos y niños de la aldea, presenciaba el transporte de los heridos. En el momento de llegar, otra hermana de la caridad, vuelta hacia el carruaje, ayudaba á subir á él á un herido, que parecía oficial, con la cabeza vendada y el brazo en cabestrillo. Luisa y Eduardo fijaron su atención en ella desde el primer instante, porque las señas de las dos acomodadas en el pescante no concordaban con las de sor Rosalía. Estaba ésta, como acabamos de indicar, vuelta de espaldas. Su talle, aunque disimulado por burdo paño y el corte intencionadamente desgarrado del hábito, debía ser gallardo y esbelto, y en la firmeza y soltura de sus movimientos se adivinaba la juventud.

—Ahí está sor Rosalía, dijo el cura dejando á la joven pareja que se adelantase.

Luisa y Eduardo volvieron á cambiar otra mirada. A pesar de la ancha toca y del hábito casi recto, aquella figura confrontaba bien con la que, sin comunicárselo, traían ambos en la mente. Inexplicable emoción se apoderó de ellos al oír una voz argentina, á ninguna otra parecida, pronunciar estas palabras:

—Señor capitán, ahora va usted bajo mis órdenes. Obediencia estricta. Manténgase usted, por Dios, muy quietecito. El viaje no será largo.



Hecha esta recomendación sor Rosalía se volvió.

—¡Blanca! exclamaron Luisa y Eduardo.

Las inmensas fatigas de la caridad no habían alterado la belleza, siempre un poco ideal, de la duquesita, y el hermoso óvalo de su rostro se destacaba sobre el fondo liso y blanco de la toca, con el mismo brillo que sobre las rubias trenzas y la deslumbrante diadema del baile. La austera sencillez del atavío contribuía á realzar la expresión de sus ojos y el firme y elegante perfil de sus rasgos. Por lo que había en su belleza de espiritual y por el tocado, traía, sin copiarla, inmediatamente á la memoria la santa Isabel del famoso cuadro de Murillo. Tenía, si cabe, su rostro, mayor atractivo que antes, porque el constante ejercicio de la caridad había derramado sobre él un tinte de bondad franca y comunicativa que dulcificaba su nativa severidad aristocrática.

Al ver á los dos esposos se fué á ellos y les alargó la mano, exclamando con cariñoso regocijo:

—¡Os esperaba, primos míos, y ya vuestra tardanza empezaba á darme inquietud acerca del paradero de la carta!

Luego añadió, estrechando con ternura entre sus dos manos la de Luisa:

—Veo, por las huellas de tus mejillas, que ya lo sabes todo. ¡Ah! pero no te aflijas, Ricardo ha tenido un fin envidiable. La muerte de un héroe. Además; supongo que te lo habrán dicho. En la mañana misma del combate...

—¡Sí, sí, me lo han dicho! exclamó Luisa con efusión.

—¡Qué consuelo! ¿no es verdad? y en el altar en que comulgó la santa heroína de Orleans, la vispera de Patay... Te digo que no es tu hermano para llorado, sino para envidiado... Mucho gozo siento al veros. Y en... mi casa, Eduardo, ¿hay novedad?

En la involuntaria omisión que encerraba la frase, no menos que en la ligera vacilación con que la articularon sus labios, se encerraba toda una historia.

—Aunque no pude ver á tu madre, dijo Eduardo incapaz de dominar por completo el embarazo que sentía delante de su prima, embarazo agravado en aquellos momentos por la conmovedora novedad de la situación, sé que goza de buena salud. Si yo hubiese sabido que íbamos á tener este feliz é inesperado encuentro...

—¡Oh! no había necesidad. Tengo de allá frecuentes noticias... ¿Y el pobre Iñigo?

—¿Pues qué? ¿no sabes?...

—Sí, sé que murió en Panticosa. ¡Qué lástima! A su nacimiento y á su carácter hubieran convenido mucho mejor un fin como el de Ricardo. Pero hay que respetar los juicios de Dios.

—Sor Rosalía, se hace tarde y el relente de la noche no conviene á los heridos, dijo una de las hermanas desde el pescante.

—Sí, sí, es verdad. Allá voy.

En esto el párroco y el oficial se acercaron para despedirla, el párroco con afecto familiar, como de padre, y el joven militar con el respeto con que hubiera despedido á una reina.

—¡Tan pronto nos dejas, Blanca! ¿Cuándo te volveremos á ver? exclamó Luisa.

—¡Quién sabe! ¡Quizá pronto!... ¡Oh! yo no os perderé de vista.

Blanca, al decir esto, se iba ya acercando al furgón; pero Luisa, incapaz de dominar los sentimientos que en tumulto se le subían del corazón, se abalanzó á una de sus manos, que besó entre sollozos, exclamando:

—¡Blanca! ¡Blanca mía! ¡Que Dios te bendiga! ¡Que Dios te bendiga!

Enternecida Blanca la estrechó entre sus brazos y la dijo estas palabras al oído:

—Eres feliz, ¿no es verdad?

—Sí, gracias á ti, Blanca. ¿Y tú?

Blanca se desprendió suavemente de los brazos de Luisa y dijo alzando sus hermosos ojos al cielo con expresión indefinible:

—También. ¡Ya no estoy sola!

La pobre gente de la aldea al ver que Blanca se preparaba á marchar, cruzó por delante del furgón para despedirla con palabras sencillas y amorosas.

—Sor Rosalía, ¡que la Virgen la acompañe á usted! ¡No nos olvide usted! ¡Vuelva usted pronto!

—Ya veis, continuó Blanca completando su pensamiento. Tengo una familia numerosa, la de los desgraciados. ¡Oh! ¡Cómo se pierde el tiempo en el mundo, prima mía!

Dicho esto dió apresuradamente el último apretón de manos á Luisa y á Eduardo, subió ligera como un pájaro sobre el pescante, desde allí dirigió un gracioso saludo á todos y el carruaje partió.

La joven pareja, inmóvil, siguió con la vista al coche hasta que desapareció en una curva de la carretera y se desvaneció en el horizonte la flotante toca de Blanca.

Luisa, dominada por una emoción dulce y solemne á la vez, alzó los ojos hacia su marido y vió el rostro varonil de éste cubierto de lágrimas. Quiso Eduardo volver la cabeza para ocultarlas, pero Luisa, inclinando la suya hacia él, le dijo ó más bien suspiró estas palabras á su oído:

—Deja correr tu llanto sin cuidado, Eduardo mío. ¡Los ángeles no inspiran celos!



## NUESTROS GRABADOS

### TOMANDO EL FRESCO EN VERANO

CUADRO DE L. C. NIGHTINGALE

Siéntese la imaginación, al contemplar esta dichosa pintura, transportada á uno de esos días de verano en que tras de calor intenso, empieza á soplar un aircillo

Sólo los blancos cisnes, las poéticas aves de las leyendas del Norte, surcan el agua cabe la barquilla, y al hacerlo mueven un manso ruido que hace resaltar todavía más la quietud del sitio y de la hora. Árboles en flor esparcen su aroma para recrear más los sentidos, y sus bonitas líneas embelesan la vista y despiertan en la

### Haciendo el tema

Dibujo de Carlos Fröschel



inteligencia el sentimiento de lo bello, manantial de goces purísimos en la vida. Todo esto en mayor ó menor grado, hubo de experimentar el pintor inglés Nightingale, cuyo apellido significa ya «ruiseñor» al concebir el asunto de su interesante cuadro y al desarrollarlo con la maestría que revela en todos sus pormenores. Es una pintura basada en la realidad, pues de fijo el artista sacó del natural el lugar de la escena, mas la inspiración delicada que en ella domina, el sentimiento exquisito que respira, no la sacó de la realidad sino de su alma de poeta que le elevó á los espacios ideales, á las serenas regiones en donde impera el verdadero arte. Estudió en la naturaleza, pero la poesía dirigió su pincel, y que hay poesía en el cuadro que reproducimos, lo proclamará quien lo contemple y no tenga el corazón cerrado á los inefables goces que procura al hombre el apartarse de la baja zona terrenal para remontarse á las regiones de que hablamos en los anteriores párrafos.

### HACIENDO EL TEMA

DIBUJO DE CARLOS FRÖSCHEL

Mírese cuán atentamente escribe la linda niña dibujada por el artista alemán Carlos Fröschel. Toda su alma pone en el papel para que le salga sin errores el tema que está haciendo para la escuela, en una mesita estudiantil. En el rostro de la jovencita está pintada de una manera cabal la atención con que lleva á cabo su tarea. La actitud encanta por lo natural y verdadera. Aplicada tiene que ser la niña que le sirvió de modelo á Fröschel

fresco que apenas agita las hojas, que niá rizar llega la superficie del lago, pero que conforta y vigoriza el cuerpo y temple asimismo el alma. El aroma de las plantas al caer de la tarde completa la suave impresión que en los sentidos causa la atmósfera halagadora de un día de verano. Nada se mueve, nada turba la especie de ensueño en que se mece, al casi insensible cunco de la barquilla, la elegante dama que momentos antes ha tenido que resguardarse de los rayos del sol con la sombrilla japonesa que ahora deja caer indolentemente.

chel y juiciosa también como lo revela su hermosa cabecita, en la cual parece que han hecho ya asiento los pensamientos serios, convirtiendo á la niña en mujercita que comprende la importancia del estudio para utilizarlo luego en la casa y ser una hija hacendosa primero y una perfecta casada más adelante. Por el asunto es, pues, en alto grado simpático este dibujo, y como trabajo artístico quizás se le adelante todavía, porque admira en él la facilidad con que lo trazó el lápiz del artista, la donosura de la línea y la distinción que se advierte en todo.



# CANTOS MISTERIOSOS

POR

JUAN GAY

Dedicado á los señores suscriptores á LA ILUSTRACION MODERNA

**Andantino.**

PIANO.

The musical score is written for piano and consists of four systems of music. The key signature is B-flat major (two flats) and the time signature is 6/8. The first system begins with the tempo marking 'Andantino.' and the dynamic 'pp legato'. The second system continues the melodic and harmonic development. The third system includes dynamic markings 'cresc.' (crescendo) and 'dim.' (diminuendo). The fourth system concludes with the marking 'mf calmato' (moderato feroce calmato). The notation includes treble and bass staves with various musical symbols such as notes, rests, slurs, and dynamic markings.



# LA ÓPERA

**U**N buen hombre, natural de Pastriz, de donde apenas si había salido, estuvo un invierno en Zaragoza y asistió á la representación de varias óperas italianas del repertorio que pudiéramos llamar de provincias.

Para dar á su familia y amigos una idea de ese género de espectáculo, así se explicaba cierta noche sentado bajo la campana del hogar, al amor de la lumbre, y acompañado de los ronquidos del gato y del puchero donde cocía la cena:

—Á mi me gusta el cantar tanto como el primero, pero ya tanto, tanto, enfada.

En la ópera too es cantao, lo mesmo si tienen que reir como si tienen que llorar ú morirse, too lo hacen cantando al compás de una música de violines grandes y pequeños, y de enstrumentos de toda clase, menos guitarras, bandurrias y panderetas.

Cantan en latín, me paice que me dijeron, por eso me quedé en ayunas, porque el latín lo entiendo malejamente.

Lo que sí es cierto y verdad, es que toas las óperas tienen el mesmo fundamento, sobre poco más ó menos. Allí sale

uno que le llaman el tinor y se enamora de la voz de la tiple; el barítono lo toma á mal y no quiere que canten coplas á duo; el bajo casi siempre está del lado de la tiple; y los coros, ya sabéis lo que pasa cuando se reúne mucha gente, son unas veces de uno y otras del otro; del último que las canta, como hacemos aquí en el pueblo cuando las elecciones.

La tiple es una moza guapetona, con una voz muy fina, y tiene la albeliá de hacer con la garganta unos chirridos lo mesmo que la puerta del corral cuando se abre. Sale de blanco con la cola arrastras, y para que no se la enganche al pasar por la puerta, se ve una mano que se la coge. Nunca sale á las tablas si antes no se la llama con reclamo. El reclamo para hacerla salir consiste en un solo de arpa ó de flauta. No tocando uno de estos enstrumentos no sale ni á empujones.

Al salir mira pa todos lados, como los gatos cuando entran en una habitación por primera vez, y echa á cantar, se conoce que para que la oiga su cortejo.

El tinor es siempre el más señorítico de la compañía, y tiene una voz fresca como la del Royo del rabal de Zaragoza.

Lo mesmo en verano que en invierno, anda de capa y sombrero, pero no canta con estas prendas puestas así lo maten.





Lo primero que hace al salir es quitarse la capa, y buscar una percha por todo el escenario y, como no la encuentra, la deja en el santo suelo, expuesta á que se la quiten ó, si es de noche, á no encontrarla, ó coger una pulmonía. Luego se quita el sombrero y lo deja sobre la capa, pero too muy despacico, como si no le importara nada de la tiple que le espera allí en medio. Se pasa la mano por la frente, se arregla el pelo, mira para toos lados y se agarra á las manos de la tiple.



Empiezan á cantar muy flojico, pero luego gritan tanto que el baritono, que esté siempre á la retentiva, sale con cuatro soldados y un cabo y me los pillan como á dos pajaricos.

El baritono es el más guapetón y fachendoso de todos, con el pelo como una escarola y su barba en punta. Tiene una manerica de andar como el gallo nuestro y, cuando se para, se queda con un pie en el suelo y otro casi en el aire, como las grullas.

Como ya sus hi dicho, es el que no oye con buenos oídos las coplas de la tiple ú del tinor, y se empeña en convencer á la tiple de que tiene mejor voz que el otro. Es hombre de muchos pares de mulas y de gran influencia, porque siempre tiene á su disposición la fuerza armada pa pillar al tinor y cortar la cabeza, afusilarlo ó darle jicarazo.



El bajo, como es el más viejo, hace de hombre bueno, y con las mejores palabras quiere poner paz, pero no lo consigue, pues el baritono y el tinor no dan su brazo á torcer.

Viste de negro, y gasta peluquín y barbas de cáñamo.

Los coros son muy considerados y tienen muchas atenciones con la tiple, el tinor, el baritono y el bajo; siempre que alguno de éstos ha de cantar le forman corro y lo dejan en medio pa que esté más ancho y cante más á gusto.

En el último acto sale muy poca gente.

No sale más que el tinor ó la tiple á morir.

Y, miá tú lo que son las óperas; cuanto peor están de salud más fuerte cantan, hasta que echan un grito que ya no pueden más y dan la voltereta como un conejo.

Si es la tiple la que le toca morir, antes de caer se desata el moño y se queda con el pelo extendido.

Después cae el telón despacico, la música arrea unos cuantos lampreazos á too vapor; el de la batuta echa los brazos y las piernas por el aire; guardan los atriles y las solfas, y cada músico se va á su casa con el enstrumento debajo del brazo, inetido en un saco verde.



MELITÓN GONZÁLEZ.

## MESA REVUELTA

Entre los romanos se llamaba *plagiario* al que robaba los hijos ó esclavos de otro. En sentido figurado se llama *plagiario* en nuestros tiempos, al que roba á otros sus pensamientos, que en el orden moral son también hijos ó esclavos. Generalmente se cree que este feo vicio es defecto exclusivo de literatos y poetas; mas hoy, merced á la intervención de la prensa periódica en todos los asuntos, y á su asombrosa propagación, el plagio se ha hecho general. El periodista practica en grande escala y sin rebozo la máxima de Molière, quien decía excusando sus latrocinios literarios: *je prends mon bien où je le trouve*, con lo cual sentaba el principio de la comunidad de bienes en el dominio de las ideas. Hoy que todo el mundo se ha echado á politiquer y á pronunciar brindis y discursos, no hay brindis ni discurso que no sea una capa de estudiante confeccionada con retazos de otros brindis, discursos y artículos de periódicos que ya se confeccionaron por el mismo procedimiento. Esto no es plagiar sino cotorrear, repetir sartas de palabras aprendidas de memoria sin conocer su verdadero significado, y aplicándolas generalmente á ojo de buen cubero.

Entre los políticos la cosa viene de lejos: nuestros oradores del año 1810, del 1820 y del 34 para acá, apenas hicieron otra cosa que plagiar á los oradores franceses, quienes á su vez habían plagiado á los griegos y á los romanos. Es preciso reconocer, no obstante, que nuestros padres lo hacían con más ingenio y más gracia que se hace en nuestros días, y que entonces les excusaba la afición general á la declamación y á las figuras retóricas, hoy pasadas de moda. Y no eran sólo los oradores de tercera y cuarta fila los que incurrían en el pecado de plagio, sino también, y muy particularmente los de primera. Si los oradores del tiempo de la revolución francesa reclamaban lo que les pertenece á nuestro don Joaquín María López, el insigne tribuno se quedara como el grajo de la fábula. Muchos podríamos citar que incurrieron en igual falta; pero, para no ser pesados, nos limitaremos á dos, que fueron astros de primera magnitud en sus respectivos partidos.

En 1834, cuando don Carlos de Borbón penetró en España después de escaparse clandestinamente de Inglaterra, los más optimistas del partido de la Reina comprendieron que aquel suceso iba á dar nuevos bríos á sus compatriotas. Martínez de la Rosa, presidente del Consejo, para quitar importancia al asunto dijo en el Parlamento: «Don Carlos en España es sólo *un faccioso más*». Esta frase se considera plagio de otra muy parecida que se atribuye al conde de Artois, cuando la vuelta de los Borbones á Francia en 1815. M. de Vaulabelle explica el caso en los siguientes términos:

«El *Monitor* del día 13 debía publicar la relación oficial de la entrada del príncipe y el texto de los discursos pronunciados con este motivo. Este trabajo correspondía á M. de Beugnot, ministro interino del Interior, y, como tal, encargado de la dirección de la policía

y de la prensa. M. de Tayllerand le envió copia de la frase inventada por él. Como el conde de Artois no había pronunciado más que algunas palabras sin ilación, era imposible recordar su respuesta, pero se necesitaba una para los periódicos y para el público. «Inventadla», le dijo el príncipe de Benevento al ministro. Éste puso manos á la obra y redactó una especie de discurso, del cual borró la mayor parte, no dejando más que el final. Al día siguiente se leía en el *Monitor*:

«He aquí, á poca diferencia, lo que se ha retenido de la contestación de *Monseñor* al discurso del príncipe de Benevento:

«Señores miembros del gobierno provisional: doy gracias á ustedes por todo cuanto han hecho por la patria. La emoción que me embarga me priva de expresar lo mucho que siento. No más divisiones: ¡la paz y la Francia ante todo! Hoy que vuelvo á verla, en nada la encuentro cambiada sino que hay en ella *un francés más*.»

Como se ve, este es el origen indudable de la frase del señor Martínez de la Rosa, bien que éste le diera distinta aplicación.

Una célebre frase del jefe de los progresistas, don Salustiano de Olózaga, que tuvo gran resonancia en la historia contemporánea, tiene el mismo origen francés. Pocos españoles de alguna edad habrán olvidado que el 20 de Mayo de 1843, el señor Olózaga, en el final de un discurso de ruda oposición al gobierno del general Espartero, terminó con la siguiente frase: «¡Dios salve al país; Dios salve á la Reina!» Por este motivo durante muchos años se le llamó irónicamente *el hombre de la salve*; prescindiendo de esta inocente ironía, es indudable que aquellas palabras precipitaron la caída de Espartero. Pues bien, la célebre frase no es más que la traducción casi literal del título de un artículo de M. Esteban Béquet en el *Diario de los Debates* que contribuyó á la revolución de Julio de 1830. Aquel título se repetía también al final del artículo, y dice literalmente: *Malheureuse France; malheureux roi!*

Ahora que tanto se estila decorar con mármoles gran número de muebles como asimismo las portadas de las tiendas, aparadores, salones y casi todos los establecimientos públicos, y que no escasean en los mármoles los dorados, tanto para fondos de letras como para todo género de dibujos, creemos muy del caso dar á conocer un sencillo procedimiento para dorar esta hermosa piedra.

Para dorar el mármol, se toma un pedazo de bol de Armenia, lo más fino posible; se le muele, mezclándole con aceite de linaza secante; se unta con la mezcla el sitio que se desea dorar, y antes de que la capa se haya secado, se pone el oro sobre ella, el cual se adapta y se adhiere de una manera permanente.

Una revista profesional dice que para aliviar el do-

lor de muelas, da muy buen resultado introducir en la caries un algodón impregnado en caliente con un líquido compuesto de

Cera blanca ó esperma de ballena.	20 gramos
Ácido fénico cristalizado.	10 »
Hidrato de cloral.	10 »

que se derriten bajo la acción de un calor suave. En este líquido se introduce algodón en rama para empa-

parlo, luego se deja secar y de él se hacen las bolitas para introducirlas calientes en las muelas dañadas.

Encubrir una falta por medio de un embuste, es abrir un agujero donde no había más que una mancha. — PETIT SENN.

Una revolución es la demencia de muchos en provecho personal de unos pocos. — \*\*\*

## RECREOS INSTRUCTIVOS

### UN NUEVO ACGRAZADO

Puede construirse con poquísimo dispendio y sin necesidad de vastos astilleros: las primeras materias cierto que vienen de lejos, pero están al alcance de todo el mundo.

Con cartulina bristol bien fuerte se construye una pequeña embarcación sólidamente adherida en sus ángulos con lacre: varios alfileres unidos con un cordoncillo negro figurarán la barandilla: puede ponerse alrededor del que constituye la caña del timón, una paleta movable para que el nuevo aparato náutico pueda tomar todos los rumbos que se quiera y moverse en el agua con cierta gracia verdaderamente ic-tológica.

En el centro de gravedad del tondo de la nave se fijan dos pequeños soportes de madera ligera, y encima de ellos se coloca media cáscara de huevo, conteniendo una esponjita impregnada de alcohol.

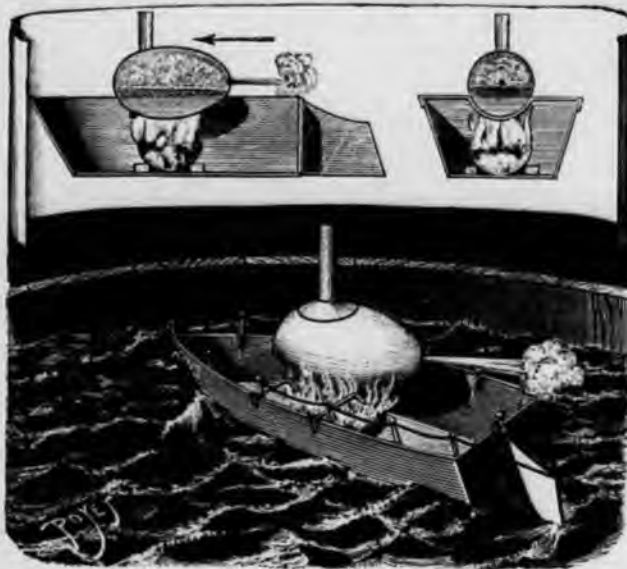
Encima de ese fogón, y apoyada sobre dos alambres perpendiculares á las bandas del navío, se encaja una cáscara de huevo, entera, vaciando antes su contenido por un agujerito practicado en el polo menor del esferoide animal, según puede verse en el grabado: en el polo opuesto un cañón de pluma, fijado con goma y papel de seda, simula una chimenea para completar la ilusión, pero esa chimenea es puramente decorativa como los perros de *fayence*.

Lléñase de agua el huevo por el agujerito, sin que el nivel alcance la altura del orificio, y se enciende el fogón, suponiendo ya figurado el Océano y sus olas por el agua de una cubeta grande; desarrollándose el vapor rápidamente en el alvéolo del huevo, llena la cavidad superior, y no encontrando otra salida que la del ori-

ficio, es expelido con fuerza, y por efecto del retroceso de ese impulso, la nave anda. Ya se ve que el acorazado no puede causar grandes destrozos, y además está desprovisto de artillería, pero ésta puede suplirse con

pequeños cañones de pluma, colocados sobre cureñas microscópicas á babor y estribor por la parte de la popa.

Este juego es muy sencillo y de un agradable efecto, sobre todo si no se descuida ningún detalle; para evitar que se calienten demasiado las paredes de la nave, se pueden revestir interiormente de una capa de disolución de alumbre que la hace incombustible; y si se desbaratan las calderas, cámbiense pronto por otras, que en el gallinero hay establecida una caldere-



ría fina, barata y continua. — JULIÁN.

### Solución al logogrifo:

MAR, « MARABÚ, » AMAR, RAMA, BU, BU-AMAMA

### Soluciones á los cuadros de líneas:

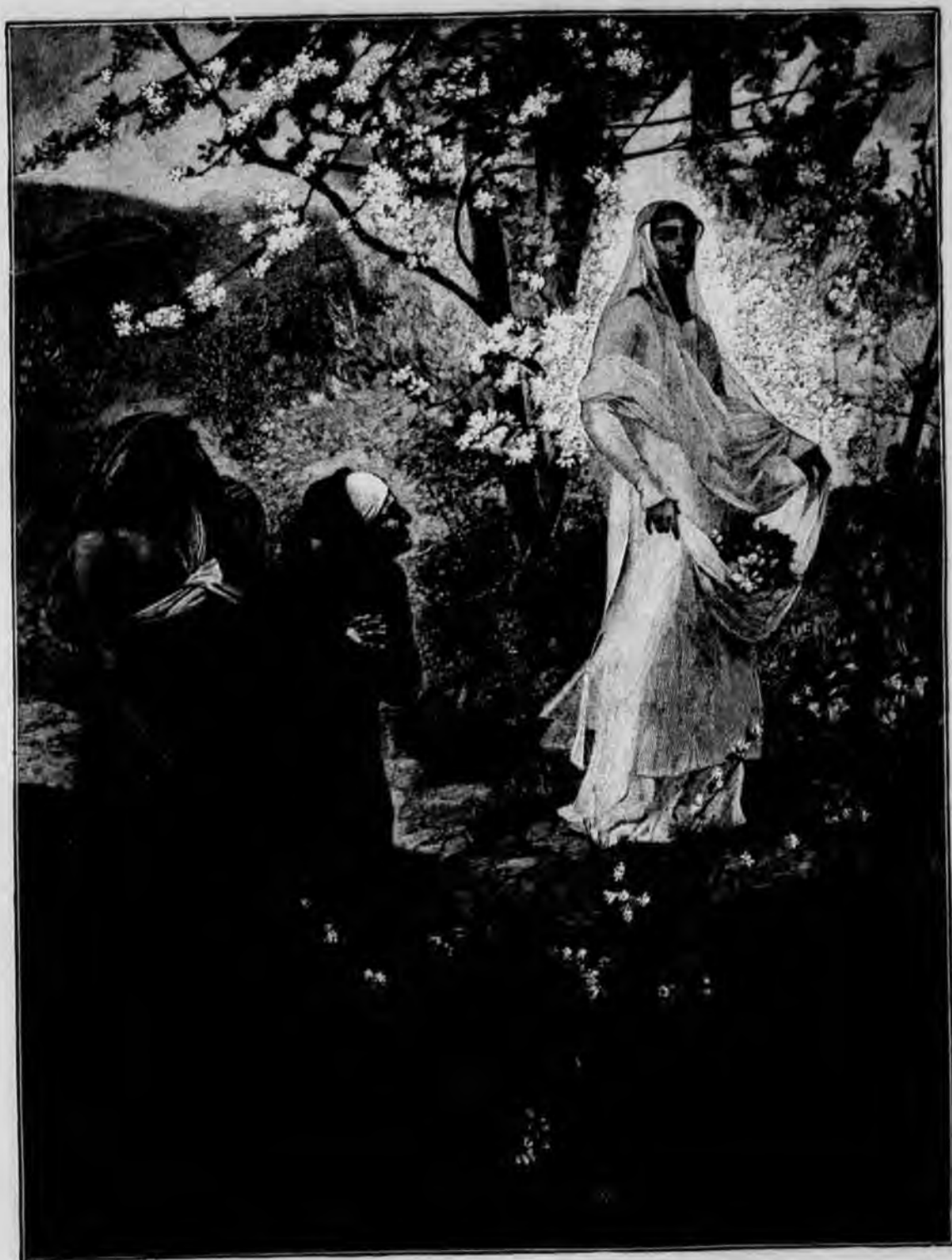
SOTERO  
TESORO

### LOGOGRIFO NUMÉRICO

1	2	3	4	5	6	7	8	9	Nombre de hombre
4	2	3	9	6	7	8	2		» de mujer
1	2	3	7	2	8	9			» de varón
3	2	1	7	3	9				» de varón
6	7	3	7	9					» de flor
6	7	8	9						» de varón
9	3	9							» de metal
3	5								Nota musical
8									Consonante

Comunicado por D. Luis Rivé, de Reus.





ENCUENTRO DEL DANTE Y MATILDE

CUADRO DE ALBERTO MAIGNAN





— Louis Carlsch.

## MEMORÁNDUM

---

**S**IGUEN dando que hablar los anarquistas. En uno de estos días debe verse ante el Tribunal de los Assises de París una causa que descubre hasta qué punto tienen el corazón de hiena los que están fanatizados por aquellas ideas. Se le denomina el proceso del «pequeño pastelero,» por ser este el oficio del joven Brisson, asesinado, con circunstancias horribles, por dos anarquistas llamados Hugot y Roussel. Acusábanle éstos de haber denunciado á algunos anarquistas á la policía, y para vengarse le embriagaron una noche en Saint Denis, y cuando le vieron perturbado por los vapores del vino lo llevaron á orillas del Sena. Con refinada crueldad, y para impedir que huyese, le dieron una cuchillada en la pierna y en seguida le pasaron una cuerda por el cuello, le hicieron poner de rodillas y, parodiando un juicio, le condenaron á muerte, lo cual ejecutaron dándole una cuchillada en el corazón, que le dejó sin vida. Ataron luego el cadáver y lo arrojaron al río. Aquellos dos malvados fueron descubiertos y debían ser juzgados, siendo de esperar que la justicia francesa será inexorable con ellos y que expiarán su crimen con castigo proporcionado á la misma refinada maldad que se advierte en todos sus pormenores.

\* \* \*

Otro anarquista habrá de comparecer ante los tribunales franceses. Es este el llamado François ó Francis, á quien se cree complicado en la explosión del restaurant Very, y que logró escapar á Inglaterra, donde, merced á las pesquisas combinadas de las policías francesa é inglesa, se le pudo descubrir y se logró detenerle. Poniase en duda si los tribunales de la Gran Bretaña concederían la extradición que había pedido el Gobierno de la nación vecina. Es cierto que impera á veces en aquella nación un criterio que es algo de ancha manga para ciertos criminales; mas el crimen de que se acusa al cómplice de Ravachol es de aquellos que tienen alarmadas á todas las naciones y para los cuales no cabe la indulgencia, y menos el criterio que por muchos años habían aplicado los Estados Unidos á los delincuentes que se refugiaban en su territorio. Por ello el juez que entendió en el proceso de extradición la acordó, aplaudiendo su resolución los periódicos ingleses de mayor circulación y de más importancia. El *Daily Telegraph*, hablando de ello, publicó los siguientes enérgicos párrafos:

TOMO I.—109.



«Sir John Bright, magistrado inglés, ha cumplido su deber concediendo la extradición de Francis. Tengan bien entendido los dinamitistas por este veredicto que Inglaterra no es un asilo para los infames que conspiran contra los gobiernos extranjeros é inmolan á inocentes víctimas. El anarquista que crea que la humanidad avanzaría más sin leyes, ni gobierno, ni fe, ni familia, ni trabajo, guarde su creencia para sí; pero si la practica por medio de asesinatos, se convierte en perro rabioso de la sociedad y debe perseguirse y aniquilársele.»

Razón tiene el sesudo periódico inglés. Los hombres que no reparan en causar la muerte de innúmeras personas por medio de horribles sustancias explosivas, utilizando los medios que ponen en sus manos los modernos adelantos de la química, han de ser tratados como perros rabiosos, y, como se hace con éstos, perseguirlos sin descanso ni compasión hasta aniquilarles ó reducirles á la impotencia.

\* \* \*

A contrarrestar los esfuerzos de los socialistas, de los anarquistas y de los mismos radicales tiende la *Comisión de la Liga de propaganda católica y social* establecida en Francia. Difundiendo las doctrinas religiosas que la Comisión sustenta y que tan elocuentemente defendió en la Cámara hace pocos días el conde Alberto Mun, se lograría dentro de plazo más ó menos largo dejar en cuadro las huestes del comunismo y del socialismo, conforme lo hemos sostenido en otras ocasiones, al lamentarnos de los daños que está causando la prensa antisocial, inmoral é irreligiosa. Recuérdese á este propósito la famosa frase de Ravachol: «Si yo creyera en Dios no hubiera hecho lo que he hecho.»

\* \* \*

Hablamos de la compra de votos en los Estados Unidos, en donde los procedimientos yankees favorecen los vicios del parlamentarismo; pero en Europa hemos de exclamar, repitiendo el viejo adagio: en todas partes cuecen habas y en mi casa á calderadas. A cuanto se sabía ya respecto de compra-venta de votos en diversos países, porque tal vez ninguno escapa á la infección que domina en la política, hay que añadir las nuevas curiosas que ha publicado un periódico suizo sobre las últimas elecciones para diputados en Italia. Según el diario aludido, nunca había habido en aquel Estado tanta corrupción, ni se habían comprado tantos electores como esta vez. Uno á uno compraron los votos el Gobierno y los candidatos de los dos partidos, especialmente de los pueblos rurales. Se vendían al mejor postor, en pública subasta, ni más ni menos, de la manera más descarada. Aparte de esto, y conforme se hace en todos los países, los electores, en muchos pueblos, fueron obsequiados con buenos almuerzos y abundantes cenas, refocilándose á costas de los candidatos y sacando la tripa de mal año por espacio de algunos días. En un municipio de la Italia del Norte, un candidato liberal encargó que se comprara á los electores, pagándolos al precio de dos francos por cada voto. A los dos días llegó el emisario del candidato conservador y ofreció tres francos por voto, pero los electores se portaron honradamente contestándole: «Habéis hecho tarde, puesto que hemos vendido ya nuestras papeletas por dos francos.» ¡Valiente sufragio y valiente manifestación de la opinión y de los sentimientos del país!

\* \* \*

El malhadado asunto del Canal del Panamá ha producido ya una víctima. El barón Reinach murió en París, según unos, por causa de una congestión cerebral que le ocasionó la irritación que en él produjeron las noticias relativas al acuerdo adoptado por la Cámara, y según otros suicidándose por el efecto que en su ánimo causaron estas mismas noticias después de la mucha parte que el barón había tomado en los negocios de aquella Compañía. Las revelaciones que sobre este particular hizo M. Delahaye en la Cámara, espantan y revelan un fondo

de corrupción que pone miedo al hombre más valeroso y le hace desesperar de la sociedad de nuestros días. Habló aquel diputado, en medio de las furiosas interrupciones de la izquierda, de 300,000 francos exigidos por un ministro á la Compañía del Canal, de un periódico parisiense vendido por 200,000 á la propia Compañía, por un ministro también, y con frases veladas señaló á un diputado, cuyo nombre todos adivinaron, que formó parte de la última Comisión parlamentaria encargada de examinar la cuestión relativa al empréstito del Panamá, y el cual vendió su voto por la friolera de otros 200,000 francos. M. Delahaye concluyó afirmando que estaban allí presentes cien diputados que podrían probar lo que él estaba sosteniendo. Con motivo dicen los periódicos más formales y repite la gente de seso que está carcomida la actual situación en Francia, y que el episodio Wilson-Grevy fué sólo un ligero preludio de lo que se prepara con ocasión del famosísimo canal. ¿Se hará al fin luz sobre lo ocurrido? Razones hay para dudar de ello, porque son muchos y son poderosos los que están interesados en que todo permanezca oscuro, y en que, por lo tanto, no se pueda llegar á depurar la responsabilidad de cuantos intervinieron en que desaparezca, como el agua echada en la arena, la suma colosal de mil millones de francos. ¡Si por lo menos lo ocurrido con esta empresa hiciera más cautos para lo sucesivo á los que emplean en acciones y obligaciones los ahorros de largos años de trabajo! Es de temer, empero, que nadie escarmiente, y que si más adelante, desvanecida la turbonada de ahora, se anuncia una nueva Compañía, por quiméricos que fuesen sus proyectos, y se cotizan con prima sus títulos, acudan los incautos al señuelo y vuelvan á dejar en ella el fruto de sus vigiliyas y sudores.

\* \* \*

Los prelados que asistieron al Congreso Católico de Sevilla han elevado á S. M. la Reina Regente, según lo acordaron, un Mensaje para rogarle que tome parte en la empresa católica y santa de devolver la libertad al Romano Pontífice. Firmado en Sevilla empieza con estas palabras:

«Señora: los Prelados reunidos en esta noble y católica ciudad para presidir el tercer Congreso Católico nacional, y que han tenido la alta honra de ser obsequiados por S. M., no quieren separarse para volver cada uno á sus respectivas diócesis y consagrarse de nuevo á las tareas de su sagrado ministerio en bien de los pueblos que les han sido confiados, sin dejar consignados en humilde y sincero mensaje los sentimientos de profundísimo respeto y lealtad que han distinguido siempre al Episcopado español, su cordial agradecimiento á V. M. que, honrando á los Obispos, ha dado nuevo y solemne testimonio de su acendrada piedad y amor á la religión, y la firme esperanza que abrigan de que serán atendidas las instancias del Episcopado elevadas á V. M. y á su gobierno en el Congreso de Zaragoza, y la que han resuelto elevar al mismo en este de Sevilla.»

Recuerdan luego los reverendísimos Arzobispos y Obispos que es base fundamental de la sociedad española la Santa Religión que la hizo tan grande, respetada y gloriosa en pasados siglos; exponen su esperanza de que aquellas glorias refulgieran en el reinado del rey Alfonso XIII, viéndose realizados, con el auxilio de la Reina, los votos ardentísimos de todos los españoles.

«Objeto principal de éstos,—añaden los Prelados,—es la liberación é independencia del Romano Pontífice, cuya situación, como él mismo ha dicho repetidas veces, es por demás angustiosa é intolerable. Esto oprime dolorosamente el corazón de los católicos de todo el mundo, que en cuantos congresos celebran en todas las naciones, protestan contra la opresión, y claman por la restauración del poder temporal, necesario para el ejercicio del poder espiritual del Supremo Jerarca.

»Si la situación del Vicario de Cristo en la tierra aflige hondamente á los católicos, muy bien comprende V. M. cuánta mayor amargura produce en el corazón de los Prelados de la Iglesia, que ocupan un lugar preferente entre los hijos del Padre común de los fieles.

»Temblamos, Señora, pensando en las eventualidades de una guerra internacional, y en los peligros á que por ella podría verse expuesto el venerable anciano León XIII, inermes, aislado, y encerrado en el Vaticano sin defensa y sin protección ostensible de las naciones católicas. La prensa periódica ha agitado esta cuestión no hace muchos días, porque á nadie se ocultan las complicaciones á que podría dar lugar una lucha en que tomase parte la Italia.

»Consideramos, pues, un deber de Obispos católicos suplicar á V. M. que tanto ama al Romano Pontífice, que se interese vivamente para que se le asegure la libertad é independencia, y para que en cualquier evento quede garantizada la inviolabilidad de su morada y de su augusta persona. ¿Será V. M. la escogida por la Providencia para llevar un consuelo eficaz al atribulado Pontífice, y calmar la ansiedad angustiosa de los hijos todos de la Iglesia Católica preparando lo que tan justamente desean y piden á todas horas?

»Empresa es esta digna de V. M., Reina católica, que en nombre de su Augusto hijo rige los destinos de esta gran nación; acrecentaría el respeto y el amor que á V. M. profesan los españoles por sus egregias virtudes, atrayéndole multiplicadas bendiciones de todos los católicos y del venerable Pontífice, que con tanto gozo de su alma quiso ser Padrino de S. M. el Rey don Alfonso XIII.»

B.





## VIAJE POR ESPAÑA EN 1492

### VII

#### TOLEDO



MIENTRAS en Palos y en toda la comarca sudoeste de España traían en actividad y aun en sobresalto á las gentes los aprestos de Colón para su temerario viaje, en todo el reino, especialmente en las poblaciones que en el lenguaje de hoy podríamos llamar centros mercantiles, advertíanse también señales evidentes de un grave suceso. Era ello que en 31 de Marzo habían dictado los reyes don Fernando y doña Isabel un edicto, disponiendo que en el término preciso de cuatro meses salieran de sus dominios todos los judíos no bautizados, sin que pudieran llevar consigo oro, plata ni otra especie de moneda. Medida tan fuerte, cuyas consecuencias están consignadas en la Historia, justificaba el espíritu público de entonces, que pedía la unidad

religiosa como complemento de la unidad nacional que acababa de realizarse con la conquista de Granada. Una de las ciudades en que más vivamente se dejó sentir aquella novedad fué en Toledo, donde la raza judaica gozaba de arraigo y prestigio desde los primeros días del cristianismo, cuyos concilios ya hubieron de fijarla un barrio especial de la ciudad: *la Judería*, que en tiempo del rey Wamba quedó dentro de los muros, donde se mantuvo y creció hasta á aquellos terribles cuatro meses de 1492.

Aún nos quedan de aquella famosa judería toledana dos monumentos típicos, dos sinagogas. Ambos revelan la condición mercantil de los hebreos, que al igual de sus congéneres antepasados, los industrioses fenicios, no tuvieron arte propio, y cuando le habían menester se valían para sus construcciones de los árabes. El arte arábigo, arte ornamental, exento de todo símbolo ó emblema religioso, al contrario del arte cristiano, que por fuerza les era odioso á los judíos, era el único que podía acomodarse á su estética y á las necesidades de su vida. —La más antigua de las dos sinagogas es, además, un vivo testimonio de la enemiga constante, que tantas veces provocó luchas sangrientas, mantenida entre cristianos y judíos durante los siglos medios. —El odio que engendra la diferencia de religión ha sido, en ciertas épocas, más fuerte que el odio de raza. Mil veces los cristianos viejos tiñeron con sangre de judíos las calles de Toledo. En 1405, predicaba san Vicente Ferrer en la iglesia de Santiago, y enardecidos con sus predicaciones los cristianos del arrabal de la ciudad fueron á la Judería y se apoderaron de dicha sinagoga, que luego convirtieron en iglesia bajo la advocación de *Santa María la Blanca*.

Esta peregrina fábrica de ladrillo, al exterior desfigurada, pero sencilla en su origen; en su interior con sus cinco naves, la central más espaciosa y más alta que las otras; con sus pilares octógonos revestidos de blanco estuco, coronados de peregrinos capiteles de *ataurique*, compuestos de lacerias terminadas en volutas y de elegantes piñas; con sus arcos de herradura, cuyas enjutas están adornadas con rosetones de geométrica labor; con sus frisos

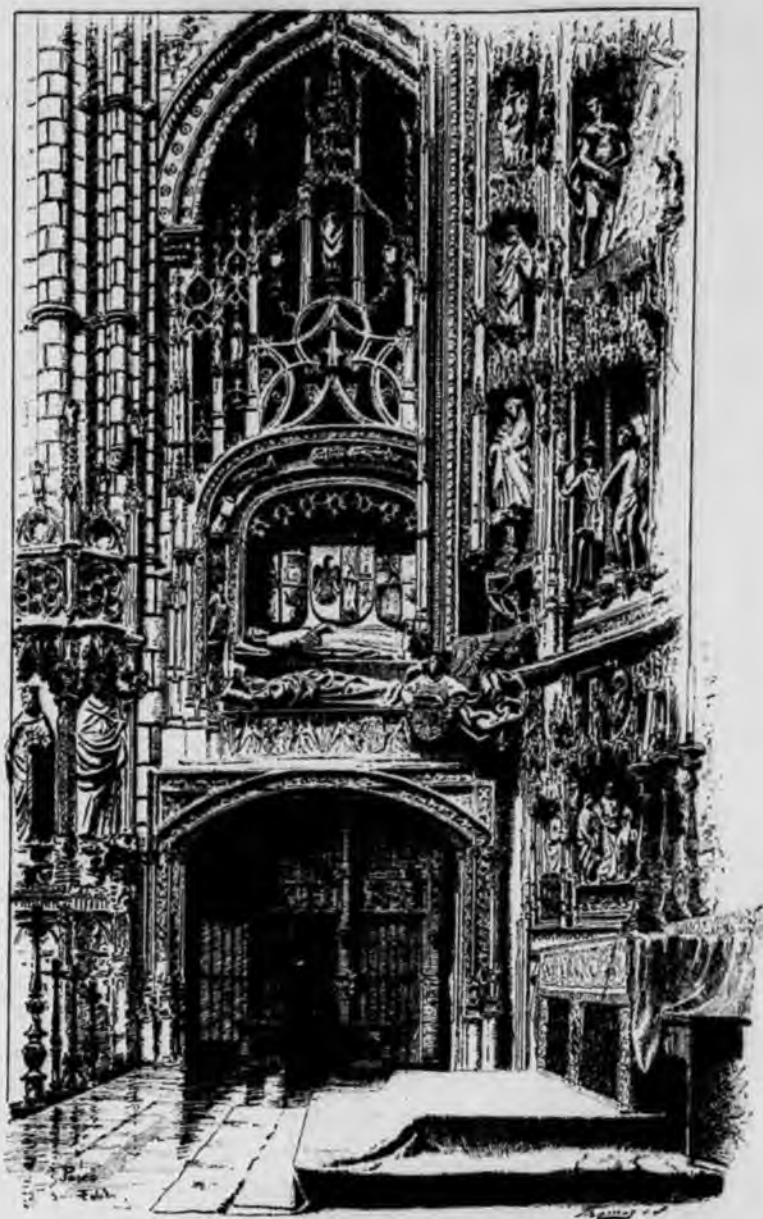
y arquerías de arcos entrelazados, que debieron ser otras tantas ventanas con celosías de dibujos



TOLEDO. — Santa María la Blanca

primorosos y con su techumbre de madera, responde al estilo arábigo de transición, pues á pesar de la originalidad del monumento, se advierte en él un recuerdo de las naves y las

arcadas de herradura de la catedral de Córdoba y ciertos vislumbres de la graciosa decoración árabe-granadina. Estos caracteres indican que debió construirse hacia el siglo XII, pues la ausencia de toda inscripción (que hasta 1300 no se acostumbró ponerlas en las sinagogas) impide precisar su fecha de otro modo.



TOLEDO. — La catedral, interior de la capilla Mayor

El despojo de tan importante mezquita debió ser para los judíos triste presagio de la amenaza de expulsión que desde hacía tiempo se mantenía latente en las ideas cristianas de aquellos siglos.

En mejores tiempos habían alcanzado hasta la protección de ciertos reyes cristianos. Tal medió en los días del famoso don Pedro de Castilla, cuyo tesorero era el opulento judío



Samuel Leví, á cuyo favor con el monarca debió la *Judería* de Toledo la otra de las dos sinagogas indicadas. Fué construída en 1366, bajo la dirección del hebreo Meir Abdell, y es también una fábrica de ladrillo, revestida en su interior de estuco, prolijamente labrado, conforme el gusto exquisito y afiligranado del estilo granadino que campea también en el sevillano Alcázar del rey don Pedro. En aquel recinto, salón rectangular, de gran elevación, con su zócalo de azulejos de brillante policromía, que desarrollan un vasto motivo de geomé-



TOLEDO.—San Juan de los Reyes, ábside

tricos enlaces; con sus tribunas laterales de madera, tras de cuyas celosías oraban y presenciaban recatadamente las ceremonias las mujeres judías, y por encima de cuyas tribunas se extiende un friso de decoración vegetal alternada con los escudos de Castilla y de León, que pregonan allí la rara munificencia del monarca castellano, alternados con unos lirios, que acaso fueran el blasón de la reina doña Blanca; entre aquellos muros, en fin, en los que dejó su huella la inagotable fantasía de los artífices mudéjares toledanos; bajo aquella techumbre de alerce, cuya bella tracería

forma un peregrino artesonado; á la luz tamizada por las peregrinas celosías de variada labor geométrica, de los huecos formados por las arquerías que corren sobre los frisos indicados, resonaron las últimas plegarias que los judíos elevaron en España á Jehová en 1492.—En el muro oriental, todo él cuajado de bellos y delicados ornatos de almocárabe, aún está el nicho ó hueco central, y estaba ante éste la cátedra ó púlpito de madera tallada, desde donde los rabinos leían al pueblo los versículos del Viejo Testamento. Allí debieron leerse, en aquellos días de terrible infortunio, los lastimeros salmos del rey David (algunos de los cuales se leen también en las orlas de los indicados frisos que decoran los muros, de igual modo que los versícu-

los del Korán bordean también las composiciones ornamentales arábigas), y las sentencias admirables de Salomón, que debían fortalecer en la adversidad á los espíritus de los oprimidos.

Sin duda que el primer impulso de los judíos toledanos, al tener noticia del edicto que les condenaba á la expulsión, á la ruina y tal vez á la muerte, debió ser congregarse en aquella sinagoga de Samuel Leví, para implorar del cielo la piedad y el favor que les negaban los hombres. Y sin duda que los ecos de sus ayes y sus lamentos, sus himnos y sus plegarias, hubieron de mezclarse con los ecos que partieron de la inmediata iglesia de Santa María la Blanca, antigua mezquita, ecos de los cánticos y oraciones que los cristianos elevarían al

Crucificado en acción de gracias por haber inspirado á los Reyes Católicos tan deseada justicia, causa de júbilo universal en la España cristiana.

La hora de la expulsión había sonado.

Harto lo delataban en la misma Toledo los magníficos edificios religiosos con que los reyes castellanos habían engrandecido su ciudad predilecta.

Desde don Alfonso VI, el reconquistador de Toledo, que reparó las murallas y el castillo de San Servando, que se alza en la eminencia fronterera al puente de Alcántara; que convirtió en ermita cristiana del legendario *Cristo de la Luz* una de las mezquitas, monumento exiguo, pero elocuentísimo de aquella España árabe, cuyo mejor recuerdo es la *aljama* de Córdoba; desde aquel santo Rey don Fernando, que con el arzobispo don Rodrigo Jiménez de Rada, colocó la primera piedra de la catedral primada el 14 de Agosto de 1227, hasta los Reyes Católicos, en cuyo año de 1492 se estaba terminando tan admirable monumento y asimismo el bellissimo monasterio de San Juan de los Reyes, que don Fernando y doña Isabel levantaron para conmemorar la preciada victoria que por el favor del cielo alcanzaron en la batalla de Toro, siempre mantuvieron en Toledo los cristianos el poderío de la Cruz.

La catedral primada ofrece en compendio todas las manifestaciones del estilo ojival, desde sus comienzos en el siglo XIII, que es cuando aparece aún mezclado con el románico, revestido de la robustez y la simplicidad de éste, luego en todo su grandioso desarrollo durante el siglo XIV, hasta la época de los Reyes Católicos, que es cuando las nervaduras de piedra adquieren aspecto más aéreo y gentil, y cuando todos los miembros de la construcción se revisten de las primorosas galas ornamentales de donde viene á ese estilo el sobrenombre de *florido*. Bajo aquellas severas naves ojivas está la historia y los sucesivos progresos de la civilización cristiana, que con su incesante poderío anunciaba la expulsión de judíos y de moros.—En los días de aquel acontecimiento, mejor dicho, de aquella victoria de los cristianos sobre los judíos, estaban acabándose de cerrar las atrevidas bóvedas, cuya obra dirigía el incomparable maestro Juan Guas, y no quedó terminada hasta Enero de 1493, como también la pintura de las vidrieras de una parte del crucero y de la nave principal, que ejecutaba el artista Pedro Bonifacio. Pocos años hacía que estaba terminada la portada principal, donde está la *puerta del Perdón*, dividida por un pilar sobre el que aparece la imagen del Salvador, coronada por figuras de ángeles, profetas y patriarcas; concluida estaba también la gallarda torre de las campanas con la triple corona de su chapitel; concluido el claustro, que comenzó el arzobispo don Pedro Tenorio en 1389, sobre el terreno, que al efecto compró, de la *Alcana* ó mercado de los judíos; concluidas la mayor parte de las capillas, inclusa la de *Reyes Viejos*, donde estaba sepultado don Sancho el Bravo y otros personajes de sangre real, y que ocupaba parte de lo que hoy es Capilla Mayor; y en fin, casi concluida estaba la portada lateral, entonces llamada de la *Alegría* y hoy de los *Leones*, por los que se esculpieron y colocaron allí dos siglos después. En el interior, aquel interior lleno de solemne misterio, con sus enormes haces de columnas que en lo alto se dividen para formar los arcos y las bóvedas apuntadas de las cinco naves; con las arquerías de gusto árabe que forman la galería del deambulatorio en la nave mayor, prueba evidente del arraigo de los *mudéjares* en Toledo; con el trascoro lleno de primorosos adornos y relieves esculpidos en el siglo XIV; á la luz teñida de los vivos y variados colores de las historiadas vidrieras y peregrinos rosetones: en aquel interior palpita todo el espíritu religioso español del último tercio de la Edad Media.

San Juan de los Reyes es, á nuestros ojos, el monumento de los *Reyes Católicos*. Éstos le hicieron levantar, según queda indicado, en recuerdo de la victoria alcanzada en Toro sobre las armas portuguesas, victoria que aseguró en el trono de Castilla los legítimos derechos de Isabel I; pero lo fué de sus glorias inmarcesibles y la expresión fiel del gusto delicado de su tiempo. Encomendaron su construcción á su *maestro menor* Juan Guas, *maestro mayor* de la catedral, que concluyó la parte más principal, ó sea la iglesia y casi todo el claustro en 1476.

Juan Guas supo coronar dignamente con este monumento sin par el proceso glorioso de la arquitectura hispanocristiana; supo representar toda una época. Nada más bello que aquella construcción que se anuncia al extremo de la ciudad por los elegantes pináculos florenzados y las graciosas cresterías del ábside poligonal y de la cúpula; nada más bello y característico que aquella iglesia de una sola nave, cerrada por bóvedas de crucería, con su volada cornisa, recamada de floridos festones, ilustrada con leyendas en elegantes caracteres alemanes y coronada con tribunas de calada barandilla, donde campean las iniciales de los egregios fundadores, cuyos blasones de Castilla y Aragón, sustentados por arrogantes leones y abrazados por el águila rumbada del evangelista San Juan, se destacan de relieve en los muros del crucero, entre el amoroso emblema de la unión de ambas coronas, los yugos y las flechas y sinnúmero de estatúillas sobre repisas y primorosos doseletes. Nada más bello, en fin, que aquel claustro con sus calados ventanales, susafiligranados pilares y doseletes, arcos y cenefas de exquisita ornamentación de follaje mezclada con animales tomados de la realidad é inventados por la exuberante fantasía de los escultores; con sus gentiles estatuas religiosas y las leyendas que declaran cómo mientras se construía el monumento, los fundadores *ganaron el reino de Granada y destruyeron la herejía, y lanzaron todos los infieles, ganaron todos los reinos de Sicilia (?) y de Indias.*

No fué esta leyenda el único timbre de sus gloriosas empresas que en San Juan de los Reyes, andando el tiempo, dejaron don Fernando y doña Isabel, pues hicieron colgar al exterior del ábside, cual digno trofeo de sus victorias, las cadenas de los cautivos cristianos liberados en el reino moro de Granada. Y al título de *Católicos*, que por tales empresas merecieron, no faltó en Toledo mismo otro hecho muy propio del espíritu de aquellos tiempos, cual fué el de convertir en iglesia cristiana, bajo la advocación del *Tránsito*, en 1493, la sinagoga que fundara Samuel Leví.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.

(Continuad).





FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA

## LAS SEÑORAS DEL CAFÉ

---

**S**ERENAS resbalan las horas en el café de vecindad; amena y jovial se desliza la existencia en el *Asiático*, donde se sirven cenas succulentas, así de *gallina en pepitoria* como de *caracoles á la marinera*. Refrescos, *leche amerengada*, *queso y quesitos*; pastelillos y *anisado del Mono*; *sopa de hierbas ó de almendra*, y especialidad en *tostadas*.

¿Y qué me dicen ustedes del servicio? Hay, para cien parroquianos, dos camareros con sus correspondientes *echadores* que hablan dialectos cántabros y otras lenguas. El local es chico, pero le ensanchan dos espejos mayúsculos de luna opaca. ¡Y qué lujo! Mesas imitando mármol sanguíneo, diez lámparas de petróleo como diez soles; banquetas donde podría uno estar sentado toda la vida, y techo floreado de papel de dos reales y bajito para que la música no se pierda en los espacios. *Billar*, *tresillo*, *lotería*, *mus* y otras distracciones elegantes. Fósforos, papeles públicos y billetes de rifas; piano diario hasta las tantas de la noche; bolero coreado y *cante* de andaluzas y patrióticas dos veces á la semana. También se dieron un año

conciertos matutinales, pero hubo que suprimirlos por exceso de concurrencia gratuita y porque el director del cuarteto tuvo que empeñar el fraque que le había mandado hacer el dueño del café, y no pudo volver á presentarse.

Desde entonces la escogida concurrencia que atesta el local, compuesta de lo más selecto de los barrios centrífugos, se halla suspensa de las armonías que derraman los dedos del profesor de piano y organillo expresivo, joven bastante reputado, y de los talones de la bolera, siempre firme, aunque un tanto entrada en años. Llámense estos artistas Pepito Tarín y la Felipa, y no se sabe qué admirar más, si el compás del primero ó el jaleo de la segunda.

¡Lo que allí se goza! Las paredes tienen miel, el cafetero la adhesión de todas las clases; los camareros, acreedores de cenas al fiado, furiosas simpatías; el pianista y la bailarina, una clac que parece una caja de truenos. Comienza una sesión ordinaria, es decir, sin baile ni coplas, y en ella se dan á conocer los abonados.

El *Asiático* está en su plenitud de once á doce de la noche. A esta hora se atropella la concurrencia, y sus tertulias principales son: estudiantes de medicina, gente alegre y dicharachera que no todos toman; cesantes de varios ramos; comerciantes que viven de la quiebra; grupos de músicos que no tocan pito; reunión política de sujetos de profesión desconocida, presididos por una peinera y su edecán el peinero; caballeros de medio pelaje forman otras secciones. En varias mesas, militares de reemplazo y carabineros en activo servicio. Un sujeto aislado, que asiste puntual y cotidianamente á tomar una botella de cerveza, sin que apenas se haya oído el metal de su voz, ni se sepa quién es ni cómo se llama. El mozo le tiene por mudo, pero una noche le pisó un callo y el aludido no calló. Hay otros muchos parroquianos menos consecuentes; otros de asistencia tercianaria; abundan los transeuntes y se distingue, por lo bullicioso y favorecido, el velador donde brilla y consume gratis la Felipa, y otro inmediato donde sienta sus reales Tarín, cuyos tertulios aseguran que se han dado casos de venir gente de fuera de Madrid expresamente á oír al maestro.

Para completar el pintoresco cuadro falta lo principal, las señoras del café, el bello sexo encantador que allí mantiene el espíritu sociable de estos tiempos. A la hora convenida empieza la exhibición: todas vienen compuestas y emperejiladas al culinario templo, y se colocan en las mesas próximas á las de los jóvenes incautos, desplegando la astucia del cazador de lazo ó del pescador de red.

Dos jamonas forman la avanzada exploradora; huerfanitas que, según dicen, *hase veinticinco* años que perdieron á mamá y papá en Marbella. Más de dos tercios de siglo suman sus edades, y todavía son coquetas; en el café se las conoce por las *francesillas* por llevar el pelo teñido de color de oro; sus fées de bautismo las nombran Nemesia y Casta, y cualquiera de ellas, al hablar de la otra, dice «la niña.» Al presentarse saludan con majestad de reina á los consocios:

—*Felises*, Remigio.

—Buenas noches.

—Abur, don *Sesilio*.

—Señores...

—Señoras...

—¡Jesús, qué *calórico*!

—Abur, Tarín.

Y alzando el codo á la altura de la vista dan á éste un apretón de mano de golpe y porrazo. Aparece Domingo, mozo de su confianza.

—Abur, Domingo. Limpie usted un poquito. ¡Qué *susiedad* la del *Asiático*! ¡Uf, qué humo! Está esto hoy abrumador. ¿Hay agua fresca? ¡Pero, por Dios, que no sea del *Losoya*! Por ahora no queremos más.

Siéntanse con la mayor dignidad posible, y se quitan las toquillas con madroños que

traen sobre el promontorio superior, donde forman una *montaña rusa*, desperdicios de crepé, caprichos de pelo atirabuzonado, lazo de cintas amarillas y verdes, una dalia de papel rojo, dos mariposas de concha imitada y otros accesorios de belleza. Las *francesillas* atisban á los aprendices de *gomoso*, á los médicos en agraz y á los carabineros; envidian á la peinera; tosen cuando alguno entra ó sale; se sonríen con un prestamista, y estudiando sus posturas y aquel mirar de ojos tan zaragatero, *toman varas*, cuando no hallan otra cosa más sustanciosa que tomar.

De pronto miran con mal disimulado enojo á la puerta, por la que acaban de entrar sus émulas, las señoritas de Perogordo. Cuatro hermanas, á cual más pizpireta, que vienen seguidas de su mamá. Éstas no la han perdido todavía, afortunadamente, y de ello deben felicitar, porque si son necesarias las madres á todas las hijas de la gran familia social, menos que todas pueden verse privadas de ellas las señoritas de café, que aspiran á casarse y necesitan fuerza moral.

Nemesia, al verlas, dice á su hermanita:

—Ya están ahí las reventantes de las *Perogordas*.

Y Casta replica:

—Valientes *salameras*: *cursilonas* que vienen aquí á su *negosio*.

Las *Perogordas* ya están sentadas. Hanse arrellanado en un diván frontero al de las *francesillas* y colindante con la mesa filarmónica de Pepito: unas y otras se saludan enseñando la caja de los dientes, con risita de conejo.

Doña Espectación, viuda de Caña, cuyo marido falleció el día que contaba nueve hijas, presenta un físico incapaz de hacer traición al apellido de su esposo. Sus niñas, las cuatro que le quedan, pues se llevó el Señor cinco, pensaron un día que el apellido de Caña no era propio de una familia de delgadas, y resolvieron sustituirle con el de *Perogordo*, que es el de la mamá. Firmanse desde entonces así, y desde entonces las señala el vulgo con el dictado de las *Perogordas*. Doña Espectación, con su voz vagamente aguda y decalda por los padecimientos físicos y morales, nos dará á conocer sus caracteres, atractivos y nombres, delicia de los aficionados y cursantes en la escuela de Cupido, que en torno de su mesa han ido arrastrando las banquetas, después de los saludos y llamadores de manos correspondientes.

—Vamos, niñas, aunque todavía es pronto, ya podéis ir pensando lo que vais á tomar.

Y añade por lo bajo:

—Hoy tomamos todas.

Lo cual significa que no piensa pagar lo que consuma; pues cuando el gasto ha de satisfacerse de su bolsillo, se pide de lo más barato y quedan sin ración las bocas á quienes, según el más riguroso turno, toca ayunar. En ocasiones se ceden los turnos y toman dos veces seguidas las que tienen más sed ó más gana; otras, piden todas agua con unas gotitas de cualquier cosa y azucarillos: lo más usual es que se asigne á cada una lo que ha de tomar, obligándose las agraciadas de aquel día á hacer tres ó cuatro finezas á las bocas de reserva, para no dar á entender que la patria está oprimida.

Con un «beso á usted su mano» han saludado á coro las niñas á Tarín. Sus abrigos se han metido, hechos un lío, debajo de la mesa; los dedos de cada niña han aderezado sus tocados; sus rostros ostentan una espesa capa de *blanco cera de Matilde*, vulgo harina de costal, y toma la palabra doña Espectación:

—¡Es mucho el afán de estas hijas por no faltar al *Asiático*! Más de dos horas se han estado vistiendo y casi vienen sin vestir; María Dolores, está delicada de los sabañones; María Francisca se entretuvo leyendo el folletín del *Cencerro*; María Rosa... Niñas, no me hagáis señas, quería acabarse ese *fichú*, y al fin no se le acabó, y María Cruz tiene días de murria ó *esplíne*, y hoy ha sido uno de ellos. ¡Pobrecitas! ¡Si vieran ustedes qué alhajas son! No es porque estén delante, pero ni con la linterna de *Ydiogeno* se encuentran cuatro chicas más



cabales. Cruz, para el bordado á la cadeneta; Paquita, para la plancha, pues, ¡riza hasta allí! *Doloritas*, para la máquina, y María Rosa, para el *canto* y para otras chucherías, pues hace *suspiros* mejores que los de las monjas de Pinto, *buñuelos de garbanzo* y *calandrajos*.

Los contertulios sueltan una carcajada subversiva al oír tal nombre, y la mamá continúa:

—¡Calandrajos! ¡Pues ahí es nada! Sin duda ustedes no los han probado nunca; pues, hijo, son una cosa exquisita y muy á propósito para tomar una copa de *cura-asao* ó de cosa semejante. En casa los hacía la abuelita; después los hizo mamá, luego yo, ahora mis niñas. Por un *calandrajo* me casé yo con mi esposo; pues me *sosprendió* un día con la masa entre los dedos, y cuando se le dió á catar aquel bollo tan rico y tan doradito se quedó que no parecía sino que se había comido un pavo *trupé*. Aquel día se enamoró Caña perdidamente de mí, y á los siete años justos de *relaciones*, me llevó al altar... ¿Pero no tomamos, niñas? exclama en brusca transición la señora de los calandrajos, llevándose la mano á la boca para contener furtivo bostezo. Yo he comido á disgusto, hijas, y estoy resentida del estómago.

—Yo tampoco he comido bien, dice el joven Ezequiel, alumno de administración militar, por lo cual voy á acompañar á ustedes.

—Sí, sí, *Zequiel*, tome usted lo que guste.

—Donato, la lista, grita el joven intrépido.

Y un murmullo general anuncia que Tarín se ha sentado al piano.

Revélese la impaciencia en miradas é interrogaciones: todos dicen:

—¿Qué tocará?

Y las *francesillas*, colgándose la servilleta, sonrien diciendo: —Nuestra es la jornada; —mientras el Thalberg nocturno del *Asiático*, después de algunas escalas *tropeçantes*, entra en materia.

—¡Jesús! ¿Qué es eso? exclaman las *Perogordas*. Música macarrónica. Eso es *Trovador*.

—¡Cá! dice Cruz, *Hugonotes*.

—¡Qué atrocidad, hijas! añade Rosa: *Hernani*.

—Te digo que no.

—Te digo que sí.

—¿Qué apostamos á que es el aria de tiple de *Hernani*?

Doña Espectación, que empezaba ya á entornar los párpados, se enfada:

—¡Callad! ¿Qué importa que sea aria de doble ó de *triple*?

—Pero, mamá, ¡si digo que son *Hugonotes*!...

—¡Pues yo que es *Hernani*!...

—Pero, señor, repite doña Espectación, ¿qué más dará *Monotes*, que *Hernández* ó *vice-verça*?

Llega el mejor momento del aria, cuando Nemesia y Casta empiezan á engullir dos torti-llas á las finas hierbas, que este es el refresco con que suelen atemperarse.

—¡Ya están atracando aquéllas! murmuran sus antagonistas. Y eso que hoy no tienen quién pague.

—Ya saldrá el primo, refunfuña la mamá.

Las *francesillas* conocen que se habla de ellas, y dicen con retintín:

—Hija, hoy está esto muy *cursilón*.

—¡Qué *atrosidad*! ¡parese que estamos en la *Plaza de la Sebada*!

Tarín zurra las teclas, y cuando la pieza está en su mayor brillantez, asoma en el salón la peinera y habla así al peinero:

—¡Qué bien cantaba esto Ronconi! ¿Te acuerdas, Melitón?

En tanto Ezequiel lee la lista en alta voz:

—Jamón frito con tomate, 6. Idem con huevos, 6. Idem en dulce, 6. Idem á la granadina, 8. Idem á la portuguesa, 10.

Rompe la concurrencia en un estrepitoso aplauso al pianista, y Ezequiel dice al mozo:

—Café con media tostada de abajo.

Suena otro aplauso más fuerte y exclama doña Espectación:

—Hijas, ¡qué aplausos tan *nutritivos*! Conque, ¿qué vamos á tomar?

Una de las niñas:

—Con *la* calor no sé qué hacer. ¿Hay sorbete de *flor*?

—Se ha acabado.

—Pues, Donato, tráigame usted menudillos al natural.

—A mí, dice otra, chocolate con picatostes grandes.

—A mí, ternera en salsa, si la hay del día, y si no una *riñonada frita*.

Y la cuarta, no queriendo tomar nada, pide leche caliente y pan con manteca de Flandes, á reserva de pedir luego lo demás.

Faltaba la mamá: las chicas y los muchachos la animan á que cene sin duelo.

—Bien lo necesito, caramba, porque tengo una dejadez y una pena tan grande en el estómago que es por demás. ¡Siento una bulla interior que ya, ya! Pero no sé qué tomar, ¡estoy vacilando entre las dos cosas: *chuletas ó caracoles*, y me parece que me decido por las dos! Mira, Donato, tráeme caracoles y chuletas, con vino, una ración cumplidita de sardinitas de *endenantes* y un quesito.

—¿Helado?

—No, hombre, de bola.

Y el mozo parte como un rayo hacia el mostrador, mientras Ezequiel no le llega la camisa al cuerpo, porque, según su cuenta, no lleva en el bolsillo más que unos siete reales, en vista de lo cual se entabla entre los amigos este diálogo á la sordina:

—Remigio, ¿tienes dinero?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Cinco reales.

—¡Me has muerto!

—¿Pues cuánto quieres?

—Lo menos un duro, para pagar.

Remigio se vuelve á Paco Zancas:

—Dame un duro.

—No tengo más que tres reales, en perras.

—Pues pide con disimulo á López.

Consultado López, declara no tener un ochavo, y aquí empiezan los apuros y los sudores de aquellos abonados á la *cuarta pregunta*.

María Rosa pide un papelito de cigarro y un lápiz, y escribe lo siguiente:

«Amigo Tarín: es *ustex* un pícaro que no *ciere* tocarnos el *bolero de las visceras*. *Sulla afeñtisima* María Rosa.»

Donato, que acaba de llegar con la opipara cena, se encarga de llevar al pianista esta misiva, advirtiéndole que ya ha tenido varias exigencias, pues don Pepito está siempre muy solícito. A todo esto doña Espectación se ha engullido una chuleta de padre y muy señor mío, y se entretiene en chupar caracoles, exclamando á cada soberano pellizco de panecillo y á cada mojada en salsa:

—Donde me ven ustedes, estoy comiendo sin gana, porque tengo perdido el estómago.

—Pues el día que usted le encuentre, contesta Ezequiel, ya se puede preparar el cocinero.

Otro se acerca y dice:

—Las *francesillas* están quemadas, porque Tarín no toca la *Traviata*.

Pero en este instante el piano preludia aquello de:

*¡Gran Dio, morir si giovine!*

y las *Perogordas* braman de indignación al ver el desprecio que se hace de la música clásica.

Observemos á la peinera, que devora un *grande de limón*, porque dice que tiene bilis con las cosas del gobierno. Un estudiante de medicina la ha rogado que saque la lengua para cerciorarse del verdadero estado de su salud, y ella abre la boca de par en par para que los contertulios se fijen en sus blancos dientes. Melitón, el peinero, les guiña el ojo, dándose á entender que va á hacerla hablar, y la presidenta de aquel embrión de club se expresó así:

—Hay que desengañarse: salimos de Herodes y entramos en Caifás: estos son los mismos perros con distintos bozales. La nación está trinando; nadie tiene una peseta, ni nadie hace caso del comercio, y sino que lo diga éste que no vende ni un mal cuerno. ¡Qué tiempos! Y la culpa la tienen los liberales por ser tontos. Yo me he pasado la mano por la cara y ya no soy la que era, porque esto está visto y hay que arrimarse á la gente que gasta peinetas de concha. Gato constipado huye del agua caliente, y ya saldrán las que hay en casa guardaditas, que á peso de oro las hemos de vender! Callen ustedes por Dios, que da náuseas ver que ya nadie se peina ni se lava la cara. ¡Pobres artistas! Figúrense ustedes que en ocho días hemos despachado por junto una lendrera! Claro, para alguno de la situación, porque todos traen que rascar. ¿No he de tener bilis? ¡Y tanto como decían estos hombres que íbamos á atar los perros con butifarras!... ¡Pinturas y nada más que pinturas! Del dicho al hecho hay gran *techo*!

Llega el fatal momento de la liquidación en las mesas de las *Perogordas*, y Ezequiel palidece. El mozo, cuando nadie se acordaba del santo de su nombre, ha dicho: «¿Llamaban ustedes?» y esto es tanto como decir: «¿Me pagan ustedes, ó no?» Doña Espectación, por debajo de la mesa, toca en la rodilla á Ezequiel; éste baja la mano, y la viuda de Caña deposita en ella una moneda de veinte reales, con el busto de cualquier rey cesante. La dignidad del muchacho parece inclinada á resentirse, y ella le dice con disimulo:

—Hombre, no sea usted niño. Lo he comprendido todo; ¡hoy por ti y mañana por mí!

—¡Qué rasgo! piensa Ezequiel.

—¿Cuánto es todo, Donato?

—Ocho pesetas y diez céntimos, señorito.

Ezequiel, que estudia matemáticas, echa esta cuenta: de 27 á 32, van 5.

—No tengo bastante.

—Te equivocas; esto no debe importar más que veintisiete reales.

El mozo rectifica:

—Lo mismo da.

—Pues toma; y le entrega cuanto tenía en el bolsillo.

—Este duro no es duro, replicó Donato con gravedad, es de 19. Napoleón... ¡y ya andan pocos!

—¡Napoleón! exclaman todos sorprendidos.

Y Crucecita, con sumo candor, añade:

—Pues mamá tenía uno, pero falso.

Doña Espectación se atraganta con una corteza de queso de bola; bebe agua y se le va por las narices. Ezequiel se aturrulla. Donato ha sonado y examinado el napoleón, y dice con sorna:

—Pues éste también es falso.

En aquel difícil momento, preludia Tarín una nueva pieza, y varias voces que ahogan la del mozo, vienen en socorro de Ezequiel:

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Música! ¡Música!

Y las niñas repiten:





LA VIRGEN DE LOS CONCELLERES

RETABLO DE LUIS DALMAU



— ¡Música! ¡Música!

Y la mamá añade:

— ¡Música! ¡Música! ¡Música!

En tanto llega, reventando de gozo, Telesforo Dávila, otro imberbe contertulio de las *Perogordas*, que acaba de ganar veinte duros de un golpe, y grita descompuesto:

— ¡Hola, mamá! ¡niñas! ¡señores!... Donato, devuelve ese dinero á escape, que aquí no paga nadie esta noche, y tráeme jamón, merluza, salchichón de lenguas, vino de Rueda, dulce de guinda, café, ron y habanos de los mejores.

— ¿Pues cómo es eso? dicen todos alegremente sorprendidos.

— Toma, porque me ha tocado...

— ¿El qué? pregunta una niña.

— ¡Aquello!

— ¿Qué es aquello?

— Las niñas, la interrumpe doña Espectación, no son curiosas. Él paga y no nos importa lo demás.

Y dice á Dávila al oído:

— ¿La ruleta, eh?

Y Dávila insiste en que han de tomar todos un *plus-café*. Las niñas le piden puro y con poco azúcar. Mamá demanda una copita de *aniseta de Bordón* y los amigos una ronda de coñac y marrasquino.

Tarín toca la *Lucrecia*, y el auditorio de la mesa de las *Perogordas* se indigna porque no le llega su turno á Meyerbeer.

— ¡Noche prosaica! exclama María Rosa.

Las *francesillas* repican en un vaso con el cuchillo, y nadie responde.

— ¡Qué servidumbre la del *Asiático*! murmura Nemesia.

Y vuelve á estrellar su mal humor en el cristal.

El timbre del mostrador se agita; acude gruñendo el mozo á la mesa donde tocan á rebato y dícele Casta:

— Domingo, nos retiramos; porque la niña está fatal de la cabeza y yo también estoy algo echada á perder. Distraída me he venido sin un *séntimo*. Mañana pagaremos. ¿Cuánto se le debe á usted?

— Con lo atrasado, quince duros y dos reales.

Nemesia pega un bote.

— ¿Quinse duros?

Y añade Casta:

— ¿Está usted en su *juisio*?

— Diez y siete cenas; nueve almuerzos; un té; siete reales de fósforos; ocho de periódicos y tres duros á préstamo; trescientos dos justitos.

— Domingo, esto es *ferós*, no puede ser.

— ¿Deber nosotras *quinse* duros? ¡Ni en mi vida ni en mi alma!

— Nosotras, berrea la *francesilla* mayor, pagamos casi siempre al contado; y lo que no, lo abonan los amigos que se sientan en nuestra mesa. Ya ve usted qué *desensia* sería que nos dejaran pagar cuando *conosemos* á tantas personas finas.

El mozo va á hablar y Casta se lo impide.

— Calle usted, hombre, calle usted, que ya no puede venirse á este *establesimiento*. Los tres duros sí *hase*mos memoria de habérselos pedido á usted un día que nos salimos de casa distraídas; las *senas* también es posible nos las hayamos *senado*, y los *almuerzos* pasen; ¡pero lo demás!... ¡Y el caso es que los que lo oigan, podrán creer que!... *Cabayero*, añade dirigiéndose á un *gomoso* pedazo de almidón, nuevo en aquella plaza, que oye la cuestión desde la



inmediata mesa. Sea usted *jues*: este *moso* está trascordado y se empeña en abochornar á dos señoras. Yo soy Casta Venera, y mi hermanita, huérfana también, Nemesia Venera, servidoras de usted. Papá,—de Dios *gose*,—fué Contralor; y como nos ven solas... ¿usted comprende? se ataca á nuestra *reputación*. *Cabayero*, debemos á usted ciertas *explicaciones* sobre lo de los *quinse* duros, y estamos dispuestas, la niña y yo, á dárselas, porque esto no puede quedar así. Haga usted el *orsequio* de venirse con nosotras, y se lo explicaremos todo.

—Sí, *cabayero*, añade Nemesia, sentimental; venga usted un momento á la calle de *Peligros*; nosotras quedaremos en el lugar que nos *pertenese* y usted tomará posesión de su casa.

—¡Muchacho! dice el tranquilo don Quijote, arrojando una moneda de cinco duros sobre la mesa, cóbralo todo.

—¿Y lo atrasado?

—Eso otro día, ¡por Dios! repone Casta.

Las *francesillas* recogen; el relamido, por ir de prisa, se chamusca la lengua con el último sorbo de café, y se levantan cuando empieza el piano la *Rondalla de Zaragoza*.

—¡La *Rondalla*! ¡la *Rondalla*! exclama Nemesia entusiasmada, y la hermanita contesta:

—Niña, vámonos, que esta noche nos piden dinero.

Y de prisa y corriendo, y á medio abrigar, y tomando al descuido los terrones de azúcar que se dejó su acompañante, deslízanse presurosas las *francesillas*, entre las toses, risas y maliciosos murmullos de aquella sociedad.

La peinera guiña el ojo á las *Perogordas*, como diciendo: «ésas ya pescaron;» y la chismografía y el movimiento aumenta con la entrada de las señoras llamadas de *última hora*. Una vieja de pañuelo de hierbas á la cabeza, entra con una niña de sombrero de plumas de gallo. La primera pide vino y carne; la segunda leche con bizcochos; el proveedor que traen al margen toma chica gaseosa. Luego aparecen dos lagartos disfrazados de mujer, que esperan que sea más tarde para refrescar, y eso que el reloj señala la una y media. Y á este tenor vanse reproduciendo las figuras de este cuadro.

Acabóse la *Rondalla* y los disparos de fusilería imitados por Tarín con las yemas de los dedos, y éste cierra el piano de golpe en señal de que la *soirée* filarmónica ha dado fin. Al estrépito, despiértase doña Espectación, que hacía rato no *espectaba*. Las niñas interrumpen sus diálogos parciales y efervescentes, con cada uno, y al advertir que el petróleo de las lámparas se ha retirado, quedando sólo un par de mecheros de centinela, levanta el campo la comitiva de la calle del Olmo, no sin haber satisfecho Dávila cuarenta y cinco reales y uno de propina, importe del festín.

—¿Quieren ustedes más? dice el derrochador.

Y la mamá *Perogorda* exclama:

—¡Jesús! Me he quedado *interpuesta* y se me olvidaba lo principal. Donato, haga usted el favor de darme un mojicón. Si no tomara algo antes de acostarme, me podrían hacer daño los caracoles. Vamos, niñas, vamos, que mañana es domingo y hay que madrugar para ir á *Misa de dos*. Taparse bien, que puede cogerlos un aire. Debe ser muy tarde; ya está apagado el *Asiático*. ¿Veis? Ya apenas quedamos señoras.

—Cójase usted, *mamaita*, dice Ezequiel. No me ha dado usted mal susto con el napoleón falso.

—Hijo, ¡qué quiere usted! No sabíamos cómo salir del atasco; y dije: puede que pase.

—¡*Andiamo*! gritó Dávila enlazando mano y brazo con los de María Cruz. Y detrás marchaban en doble hilera, y unidos de manera tan expresiva, María Dolores con Paco Zancas, María Francisca con López, y con Remigio, María Rosa. Todos llevan en la boca un palillo de los dientes, como los héroes antiguos ostentaban sus trofeos de victoria, y doña Espectación, al salir, saluda al pianista con estas frases, acompañadas de un suave empellón.

—Abur, bribonazo; al fin nos vamos sin que nos toque usted las *Antorchas*. Taparse, chicas, taparse. Écheme usted encima el embozo de su capa, *Zequiel*, que hoy vengo algo ligera.

Y al poner el pie en la calle exclama la buena señora:

—¡Behrrr!... ¡qué noche tan *frigola*!

En amena y sabrosa plática de entre gallos y media noche, se transportan á su casa, delanteras á cuatro ó cinco varas de distancia de su tarda madre, aquellas cuatro Marías, residuos de la letanía del difunto Caña. Su viuda va colgada del brazo de Ezequiel, y si pronuncia alguna palabra entrecortada, es soñando, pues desde que acabó de cenar está dormida. Llegado á su término aquel tren humano de recreo, tocan redoble de apretones de manos entre los asociados, y doña Espectación derrama lágrimas de gratitud, por efecto de la helada que cae. Niñas y almibarados mozalbetes llaman gritando al sereno, en escalas y variadas tesituras:

—¡Ceferino! ¡Ceferino! ¡Ceferino!...

Mas como la mamá no se halla suscrita á este funcionario, saca un descomunal manajo de llaves que trala en la faltriquera, exige la contribución de fósforos para subir la escalera de las nubes, que los amiguitos se apresuran á satisfacer, á pesar de que hay luna, y la sociedad ambulante se disuelve, despidiéndose hasta la noche siguiente.

Los amigos hacen coro al sereno, que canta las dos y cuarto, y conviniendo en que todavía es temprano para retirarse, vuélvense al café *Asiático*, donde ha aparecido otra estrella: la Felipa, ondina de Lavapiés, digna de ser descrita si no fuera tan tarde. Allí comparte el imperio de la madrugada con la peñera; y mientras destripa dos ó tres botellas en compañía de varios *amateurs* de la aristocracia populachera, la impertérrita oradora proclama las excelencias de la mujer libre, los derechos que la igualan al hombre bajo los múltiples aspectos de ciudadana, individua del *club* de la *salvación pública*, directora de huelgas, y parroquiana del *Café Asiático*, terminando su *speech* al anunciarse las burras de leche, con este apóstrofe:

—¡Paso á las señoras! ¡Paso al *café*! ¡La mujer vela! La mujer madruga, y... ¡ay del hombre que trate de ponerle la ceniza en la frente, porque: Á río revuelto ganancia de *pecadoras*!

FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA (1).

(1) Don Fernando Martínez Pedrosa, fallecido en Madrid reciente y prematuramente, era un literato que, aunque no considerado como de primera fila entre los contemporáneos, ocupa un sitio muy distinguido en el género satírico y de cuadros de costumbres, que cultivó con preferencia. En sus mocedades escribió también para el teatro, y no sin lucimiento, pero su vocación era decididamente ir por donde habían ido Larra, Mesonero Romanos y Selgas, cuyas huellas siguió sin perjuicio de su originalidad y personalidad literaria. Buena prueba dió de ello en multitud de trabajos de aquella índole esparcidos en periódicos y revistas, y muy especialmente en la colección de ellos que con el título de *Perfiles y colores* publicó en Barcelona, en los que revela mucho espíritu de observación y gran fuerza expresiva realizada por un lenguaje sumamente castizo y correcto. Uno de los cuadros más felizmente observados y mejor descritos de los que forman parte de dicha colección, es el titulado *Las señoras del café*, que hoy reproducimos para deleite de nuestros lectores.

## Porvenir de las almas

A. R... EN LA MUERTE DE SU HIJA

**S**i de vuestra hija fué estrella  
dar tan niña el alma á Dios,  
¡ay, feliz mil veces vos!  
¡dichosa mil veces ella!  
pues ya huella  
las celestiales alturas,  
no halle en vos nunca lugar  
el pesar,  
porque para almas tan puras  
*morir es resucitar.*

¿Para qué lloráis perdida  
esa prenda de amor tierno,  
si por un lugar *eterno*  
dejó un lugar de *partida*?  
Si es la vida  
caos de dudas y penas,  
¿quién la muerte, al que bien quiere,  
no prefiere,  
si el que vive, vive apenas,  
*y resucita el que muere?*

Siempre, llena de consuelo,  
viendo á un ser puro sin vida,  
la multitud de fe henchida  
prorrumpe: — ¡Ángeles al cielo! »  
¿Ni á qué duelo

es mostrar, cuando la carga  
de la existencia maldita

Dios nos quita,  
si tras de una vida amarga  
*muriendo se resucita?*

No dé á vuestra alma afligida  
la más leve pesadumbre  
esa negra incertidumbre  
del *mas allá* de la vida.

Si es mentida  
la fe de ulterior solaz,  
al menos, los que viviendo  
van gimiendo,  
en otro mundo de paz  
*resucitarán muriendo.*

Ya habita, aunque el desconsuelo  
os haga implacable guerra,  
un *triste* menos la tierra  
y un *dichoso* más el cielo.

De su vuelo  
iréis vos, muriendo, en pos  
sin cesar,  
pues para justos cual vos  
*morir es resucitar.*

RAMÓN DE CAMPOAMOR.



# PARSIFAL

DE

RICARDO WAGNER

## PRÓLOGO

*Parsifal*, considerado como obra dramática, no musical, se propone en primer término representar en esta forma, y personificada en el héroe del mismo nombre, la influencia maravillosa y benéfica que en el corazón humano ejerce el santo amor de la caridad. Para lograrlo, no traza los rasgos de un personaje ilustre, sabio é inteligente, sino, al contrario, los de un hombre sencillo, ignorante, sin educación ni trato del mundo, y, más que todo esto, casi insensato ó estúpido, sin duda para demostrar que, si en vez de tales condiciones, produce tamaños prodigios, mayores y más fructuosos deben ser sus efectos en quienes están adornados de prendas más relevantes.

El poeta, para conseguir su fin, se ha abstenido con mucho juicio de buscar un tipo de esta especie en el mundo que lo rodea, porque sería difícil hallar, y, juntas en una sola persona, tanta sencillez y tan profunda fe. Los alemanes, por otra parte, no tan extraviados como otros pueblos, no ignoran su pasado casi por completo, aun habiendo sido grande y esclarecido, ni dan pruebas repetidas de despreciarse á sí mismos, acudiendo á las invenciones modernas de otros países para encontrar argumentos apropiados á sus proyectos dramáticos, ni desatienden riquísimos tesoros ignorados de esta especie, que son su patrimonio nacional.

En la segunda mitad del siglo XII, y á principios del XIII, floreció en Alemania un célebre poeta, llamado Wolfram de Eschembach, que brilló extraordinariamente en esa edad poética y en la corte del landgrave Herman de Turingia, por su imaginación y por su ingenio, por su inventiva en la forma y en el fondo de sus composiciones, y por su maestría en el manejo de la lengua. Una de sus obras, quizás la más notable, es un poema titulado *Parçival*, origen



Teatro de Munich

y fundamento esencial de esta obra de Wagner (1). El *Parzival* de Wolfram de Eschembach provenía á su vez de otro poema de un provenzal llamado Guiot, que vivió á fines del siglo XII, destinado á ensalzar y divulgar la leyenda del Graal, escrito en la lengua francesa del Norte, y tomado, según asegura su autor, de un manuscrito árabe, hallado por él en Toledo, y de una crónica latina del país de Anjou. La historia de *Parzival* es una de las insertas en el último poema citado. La palabra *Gral* ó *Greal* parece de origen céltico, y designa un vaso de la forma de un plato. Estaba formado este vaso de una sola piedra preciosa, y eran singulares sus virtudes para santificar y dar la vida, habiéndolo traído los ángeles del cielo á la tierra, y confiado su guarda á los Templarios, que velaban constantemente en su defensa en una montaña inaccesible y en un castillo fortificado, que tenía la apariencia de un templo (*burgo*).

Supónese que esta leyenda, mezcla confusa de elementos orientales y cristianos, nació á principios del siglo XII en España y en el Mediodía de Francia, á consecuencia de las guerras de moros y de cristianos. Algo más tarde se modificó esta leyenda con las del rey Artur y la Tabla redonda, significando el santo Graal el plato en que comió Jesucristo el cordero pascual cenando con sus discípulos, y que José de Arimatea se llevó consigo, después de la muerte de nuestro Redentor, depositando en él, al sepultar su Divino Cuerpo, sangre y agua que había corrido de sus heridas y de su costado. De aquí el nombre de *Sang Real* ó *San Greal*, Sangre Real ó Sangre del Señor. José

se encaminó luego á Inglaterra con esta preciosa reliquia, y la cedió á uno de sus sobrinos, después de convertir al cristianismo á todo el país. Perdida más tarde, muchos caballeros se propusieron encontrarla, y de aquí la relación de sus innumerables aventuras, que forman un ciclo completo de novelas y poesías de la Edad Media. Con estos ligeros antecedentes se explican y comprenden el lugar de la acción en montañas entre la España gótica y árabe, el traje de los caballeros, la impresión que en ellos hace la contemplación de esa reliquia sagrada, y las virtudes maravillosas que se le atribuyen, hasta conservar la vida de Titurel, encerrado en su féretro.

La acción ó fábula de este poema, dividido en tres actos, supone que, antes de comenzar, un caballero perverso y ambicioso, llamado Klingsor, había intentado en vano entrar en esta Orden. No habiéndolo logrado, y lleno de despecho, vengóse apelando á la fuerza de los



Exterior del teatro de Baireuth

(1) Quien desee más detalles acerca de este poema y de su mérito, puede consultar la obra de Gervinus, titulada *Handbuch der Geschichte der poetischen National-Literatur der Deutschen*,—Paris.—Baudry's *Europäische Buchhandlung*, 1843, páginas 58, 60, 62, 64, 71 y 100, ó la titulada *Geschichte der deutschen National-Literatur*, von A. F. C. Vilmar.—Erster Band. Giebente vermehrte Auflage.—Marburg. Elmer's akademische Buchhandlung, 1875, tomo primero 167—180.

encantos, por cuya virtud Amfortas, hijo de Titurel, el último maestre, en cuyo cargo le sucedió, se dejó vencer de la concupiscencia sensual, gravísima falta para estos caballeros, que habían de distinguirse por su castidad, arrastrado ó seducido por una mujer bellísima (Kundry), dócil instrumento en las manos de Klingsor. Con el vaso del Graal se guardaba también otra preciosa reliquia: la lanza con que fué herido Nuestro Señor. Esta lanza, cometida la falta de Amfortas, fué robada por Klingsor, mientras yacía aquél en los brazos de la encantadora, siendo también herido con ella por el traidor. Como la pagana de Telefo era también, aplicada á la herida, su único remedio. La fábula comienza, pues, exponiendo la situación aflictiva de Amfortas, deseoso de recuperar la salud, y apelando á los recursos ordinarios en tales casos, esto es, á buscar en todas partes medicamentos eficaces, ya bálsamos traídos de países remotos por diversos servidores del maestre, entre los cuales se cuenta la mensajera Kundry, bajo otra forma, no con la seductora que lo hizo sucumbir, y baños que toma en una



Interior del teatro de Baireuth

laguna próxima al burgo. El acto primero empieza, pues, con los preparativos indispensables para este baño, con cuyo motivo se hace la exposición de lo que va referido, y se dan á conocer los principales personajes de la fábula, como Gurnemanz, compañero de armas de Titurel, padre de Amfortas, caballero digno por su edad, por sus virtudes y por sus hazañas del respeto de sus compañeros, y Kundry la mensajera, condenada por su desprecio al Redentor á vivir eternamente presa de agudos remordimientos sin disfrutar del consuelo del llanto, y sin expiar su pecado, hasta que tropezase con un hombre puro y casto que afrontara sus encantos y seducciones. Personifica el amor de los sentidos, sus errores y sus

faltas y el influjo predominante que suele tener en la vida humana. Fácil es comprender que, viviendo entre los caballeros bajo dos formas, esto es, como mensajera de los mismos, y cuando intentaba probarlos con otra bellísima y en nada semejante á la primera, fácil es de suponer, repetimos, que muchos de sus dueños pecaran como Amfortas y como había pecado antes el mismo Klingsor.

Durante el baño del Maestre llega un cisne silvestre del lago, y cae herido en la escena por una flecha de Parsifal, que ignoraba la prohibición de matar los animales de este lugar sagrado. Gurnemanz, viendo su sencillez, y sabiendo que, en virtud de una profecía, la herida de Amfortas había de curarse por la virtud de un hombre sencillo y puro, sabio ó prudente, por la compasión ó por la caridad, lo protege y lo reserva, á fin de utilizarlo con dicho objeto, aprovechando la solemnidad, que se celebra en este acto, del descubrimiento del Graal, y de su adoración por los caballeros. Parsifal, sin embargo, no corresponde á sus esperanzas, quejándose sólo del dolor que siente en el corazón al contemplar la herida de Amfortas, por lo cual es expulsado de la asamblea de los caballeros por el mismo Gurnemanz, aconsejándole que se abstenga en lo sucesivo de tirar flechas contra los cisnes, y preferir á los gansos ó á los ánades silvestres.

Klingsor, en el acto segundo, evoca á Kundry para emplear sus artificios y su hermosura contra el inocente Parsifal que se acerca á sus dominios. Este encantador y mal caballero había



transformado un terreno árido y desierto en magníficos jardines, en donde se levantaba su castillo. El héroe, que da nombre á esta obra, penetra, en efecto, en los dominios de Klingsor, siendo atacado por varios caballeros defensores de los mismos, compañeros de aquél, tan pervertidos como él, y coparticipes de los favores de diversas bellezas que lo pueblan. Parsifal vence á todos, maltratando é hiriendo á algunos, y los pone en vergonzosa huida. Sus amadas, acorren, pues, para ver y seducir al extranjero intruso y batallador, y ponen á prueba su castidad, porfiando todas por llevárselo, y quedando frustrado su deseo, Kundry se presenta entonces, y extrema sus infinitos recursos y su extraordinaria hermosura en seducir y corromper á Parsifal. Lo domina breves instantes, lo besa y lo estrecha contra su seno, pero el héroe al fin se sobrepone á una tentación tan temible, y entonces lo maldice, pide socorro, y aparece Klingsor amenazando al sencillo mancebo con la famosa lanza de Amfortas. Al querer herirlo con ella se queda suspendida en el aire sobre la cabeza del amenazado, que extiende su mano, la coge, y haciendo con la punta en el aire la señal de la cruz, desbarata el encanto, húndese el castillo, transfórmanse en desiertos los jardines, llénase el suelo de flores marchitas (las doncellas que quisieron seducir á Parsifal), y Kundry se desmaya dando gritos. Al llegar á lo más alto de la muralla, se detiene el protagonista un instante, mira á Kundry, dícele que lo busque en donde puede encontrarlo, levantándose ella á medias y siguiéndole con los ojos, y cae el telón.

El lugar de la escena varía también en el acto tercero, y el día, en que se supone ocurrir lo expuesto en él, no es uno cualquiera, sino el Viernes Santo. Gurnemanz, triste y desalentado, viendo que no se curan las heridas del Maestre, ni florecen los caballeros por sus virtudes y sus hazañas, sino todo lo contrario, desesperando ya del remedio de estos males, se ha hecho ermitaño, abrumado por el peso de la edad, y aguarda de esta manera algún suceso imprevisto ó algún milagro, que restituya á la Orden su vigor y brillo anterior. Al salir de su choza cree oír un gemido ahogado, y encuentra á Kundry, rígida y casi exánime, oculta en un matorral. Conserva el traje fantástico de mensajera, sin la belleza y los encantos fascinadores de la mágica, con los cuales seducía y ponía á prueba la castidad de los hombres; se ha despojado por completo de su carácter feroz y de su extraño lenguaje; se transforma, en suma, en una criada de Gurnemanz. Parsifal se presenta entonces armado de pies á cabeza con una armadura negra y con lanza y escudo. Gurnemanz no lo conoce. Hasta parece ignorar los deberes más vulgares de la cortesía, y el día augusto y solemne para la cristiandad, en que encuentra de nuevo á su antiguo protector; pero la alegría de éste al averiguar que trae la lanza tan deseada, y las reflexiones que hace á Parsifal, despiértanlo de su letargo, y por último, es llevado por Gurnemanz y por Kundry junto á una fuente sagrada, en donde lo despojan de sus armas, le lavan los pies, rocían su frente con agua bendita, y al fin es ungido por ambos con el contenido de un frasco, que lleva Kundry en su pecho. Parsifal, entonces, cumple su primer deber de maestre del Graal bautizando á Kundry, que llora por primera vez copiosamente. Esta escena es de las más bellas y de las de mayor efecto. Al sonar la hora del medio día, Gurnemanz se adorna con su manto de caballero del Graal, y él y Kundry visten lo mismo á Parsifal, y los tres desaparecen, cambiándose la decoración y reapareciendo el salón del Graal como en el primer acto. Los caballeros se adelantan con el féretro de Titurel, trayendo otros la litera de Amfortas, precedida de la urna cubierta del Graal. Al abrirse el féretro de Titurel, y contemplar su cuerpo inanimado, prorrumpen los circunstantes en gemidos y gritos lastimeros; Amfortas se desespera, pide la muerte y exhorta á los caballeros á dársela. El conflicto inevitable y su apariencia de imposible resolución, termina al cabo de una manera inesperada, presentándose Parsifal, confundido hasta entonces entre los demás caballeros, tocando con su lanza el costado de Amfortas, que se ve libre de sus dolores, y adorando todos esta arma milagrosa, mientras Parsifal sube las gradas del altar, toma en sus manos el Graal, se arrodilla y se abisma contemplándolo en profunda oración mental. El Graal resplandece con todo su

brillo, desciende de la cúpula una paloma blanca, que se cierne sobre la cabeza de Parsifal, Kundry se desmaya lentamente y cae inanimada en tierra, y Amfortas y Gurnemanz, de rodillas, rinden homenaje á Parsifal, que mientras tanto mueve el Graal solemnemente, y bendice á toda la asamblea, que ora con la mayor devoción.

De todo lo expuesto se deduce que el *Parsifal* de Wagner, sin proponerse la resolución de ninguna de esas mal llamadas cuestiones sociales, que no existen en este concepto, puesto que todas han sido ya decididas antes de ahora completamente por nuestra Religión, desenvuelve una verdad moral de tan innegable trascendencia como indisputable utilidad. Es una creación alemana bajo todos sus aspectos, opuesta á las francesas, y cuyo objetivo es la piedad y la fe, cuando en las últimas suele serlo el ateísmo y la incredulidad. Su fuente ha sido la poesía nacional alemana, no la extranjera, porque los alemanes, que con razón se creen valer mucho, prefieren los materiales propios á los ajenos, y enseñan así á otros pueblos, que por desgracia hacen lo contrario. La distribución de sus actos y la de las escenas de éstos está trazada en absoluto con acierto y con sobriedad, sin perder nunca de vista que el enredo, los personajes, las pasiones y las situaciones dramáticas, han de acomodarse á las exigencias de la música. Los efectos están bien calculados, y hay algunas escenas de belleza extraordinaria, sobre todo en el acto segundo y en el tercero. Los personajes, aunque no tienen esa vida particular y característica de las grandes composiciones dramáticas, defecto casi general en nuestros poetas, no la necesitan tampoco, porque no es lo mismo el libreto de una ópera que una tragedia ó una comedia, y en cuanto lo demanda la índole de esta clase de obras, conservan su carácter propio y son consecuentes consigo mismos. Por lo demás, tratándose de un poema de estas condiciones, abundan en él, como es natural y hasta necesario, los elementos teatrales indispensables para producir el efecto deseado; esto es, procesiones públicas, comidas comunes, grandes y augustas solemnidades, soberbias y variadas decoraciones, que recrean la vista y prestan mayor gravedad al espectáculo, y mucha frescura, mucha originalidad y no escaso buen gusto en sus pormenores ó detalles.

E. DE MIER.

(Continuad).

## NUESTROS GRABADOS

### ENCUENTRO DEL DANTE Y MATILDE

CUADRO DE ALBERTO MAIGNAN

Fuente de inspiración para los artistas de todas las épocas ha sido el maravilloso poema *La Divina Comedia* de Dante Alighieri. La ciencia de la Edad Media, hallase condensada en sus tres partes y singularmente en el Paraíso y vestida, además, con las más sólidas y al par las más esplendentes galas de la poesía. Dante reunió en su obra inmortal los elementos dispersos de su época, teología, ciencia, filosofía, sucesos de la historia, tradiciones, y de todo formó un conjunto de una unidad portentosa, imprimiendo mayor vida y mayor significación á todos aquellos asuntos. Es, pues, la *Divina Comedia* cifra y compendio de una época, que ha sido denigrada sistemáticamente, ó por los que no la conocían en absoluto ó por los que llevaban el oculto propósito de rebajar á la Iglesia Cristiana, ya que á ella se debió por entero el vuelo que tomaron las ciencias filosóficas y la inspiración de los artistas desde la caída del Imperio de Roma hasta el período llamado del Renacimiento. El poema del Dante, y la misma figura de su autor, han dado motivo, conforme lo decimos en el comienzo de estas líneas, á creaciones bellísimas en todas las artes, y singularmente en la pintura y en la escultura. Artistas impregnados de modernismo, como se dice ahora, no han vacilado en acudir á los tercetos del Dante á fin de buscar asunto para sus producciones. En este número se halla el francés Alberto Maignan, quien á la vez que trataba temas de actualidad, inspirábase en el *Purgatorio* para elevar su pincel á regiones de mayor sublimidad y grandeza. Las tiene el tema del *Encuentro del Dante y Matilde*, en el canto xxviii, de la segunda parte de la *Divina Comedia*. Dice allí el poeta florentino:

*E là m' appare, sì com egli appare  
Subitamente cosa, che disvia  
Per meraviglia tutt'altro pensare,  
Una donna soletta, che si gia  
Cantando ed isciogliendo fior da fiore,  
Ond'era pinta butte la ma via.*

«Y allí se me apareció, presentándoseme de improviso y apartándose por maravilla de todo otro pensamiento, una mujer sola que se alejaba cantando y cogiendo una á una las flores de que se hallaba sembrado su camino.» ¡Hermosa visión que preludia ya, en los últimos cantos de *Purgatorio*, las inefables dichas y los esplendores del *Paraíso*! Alberto Maignan ha impreso en su cuadro la idealidad poética contenida en los tercetos. Firme en el dibujo, teniendo sus figuras mas cuerpo del que ofrecen en otros ilustradores del Dante, mostrando algo de terreno en determinados pormenores, el conjunto de la pintura resulta no obstante nobilísimo y digno del poema que inspiró á su autor. Por esta causa y para mostrar á nuestros lectores cómo trata la escuela moderna aquella clase de asuntos, tan menospreciados por los naturalistas intransigentes,

hemos publicado el grabado que va en este número y cuyo interés no debemos encarecer á nuestros lectores.

### FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA

Véase *Las señoras del cast.*

### LA VIRGEN DE LOS CONCELLERES

RETABLE DE LUIS DALMAU

Guárdase la interesante pintura, que publicamos, en el Archivo Municipal de Barcelona. De ella han hablado diferentes escritores con peregrino encomio, á causa de las muchas bellezas artísticas que contiene y por ser curiosa manifestación de la influencia del flamenco Van Eick en el arte pictórico de Cataluña. Pintó Luis Dalmau en 1445, y á pesar de que en el contrato firmado por él se obligaba á poner los fondos de oro, al modo gótico, no lo hizo en el retablo sino que siguió ya las corrientes del Renacimiento, empleando exclusivamente el oro en la corona de la Santísima Virgen. «Dalmau, como hace notar muy á cuento don Francisco Suárez Bravo en su erudita obra *Estudios sobre el Renacimiento en España*, no sigue los principios de ninguna de las escuelas italianas contemporáneas, como parecería natural, dada la posición geográfica y las relaciones políticas de Barcelona, sino que busca su inspiración en el primitivo arte flamenco, acaso en el mismo taller de Juan Van Eick. Como la historia procede al azar, nunca las relaciones comerciales entre las plazas de los Países Bajos y el puerto más importante de la corona de Aragón en el Mediterráneo nos dan la única explicación aceptable de esta singular anomalía.»

El estado de conservación de esta tabla es excelente. Los concellers que en ella figuran son Juan Lull, Ramón Zavall, Francisco Llobet, Antonio de Vilatorra y Juan Junyent, quienes fueron elegidos en 30 de Noviembre de 1442. Los Concelleres están en actitud de adorar á la Santísima Virgen y al niño Jesús, que ocupan el centro del cuadro, presentando á aquellos magistrados de la ciudad sus patronos Santa Eulalia y San Andrés. «Hasta ahora—dice el alemán Justi en la pequeña monografía de este retablo, incluida en la obra de Suárez Bravo—no se ha encontrado otro cuadro que lleve la firma de Dalmau, ni hay noticias de ninguno suyo ó de algún discípulo; lo cual extraña, pues pinturas del siglo xv no son raras en Cataluña.» «La única pintura de un catalán del mismo siglo—añade más adelante—que en el empleo exclusivo de los colores y en el paisaje concuerda con Dalmau, es la que vimos en la rectoría de San Cucufate del Vallés, único resto del retablo de la iglesia, cuyo autor fué Maese Alfonso (1473) y que representa el martirio de San Medín.» De todo lo cual aparece con evidencia que la pintura de *La Virgen de los Concelleres*, es una obra interesantísima del siglo xv y que reúne mérito positivo. Por estas razones la hemos reproducido en grabado, que ha llevado á cabo el hábil artista señor Sadurní, ajustándose al original todo cuanto le ha sido posible.



## LA MODA DE PARIS

París, cuya temperatura invernal es relativamente suave, consume las pieles en cantidad prodigiosa. A pesar de que se diga lo de «piel que cambia de bestia,» la parisiense gusta de adornarse con ellas y su fino palmito metido en sus ondas aterciopeladas encuentra un lindo marco que se armoniza á maravilla con su esbelta y graciosa figura.

Merced al capricho de las elegantes, será la marta zibelina la piel que reinará este año, encontrándose así momentáneamente destronado el zorro azul que gozó de tanto favor en los pasados inviernos. El color de la marta, que va del negro al castaño rojizo, determina su precio, que es fabuloso muchas veces. Se ha citado la capa de pieles con que se envuelve en invierno Mme. Adelina Patti, que se estima en 60.000 francos y que le ofreció en San Petersburgo un grupo de admiradores. Valen pequeñas fortunas las pieles de la condesa de Greffulhe, de Mme. de Bernadaki, de la duquesa de Leuchtenberg y de Mme. Mackay. Las que la duquesa de Edimburgo heredó de su madre la emperatriz de Rusia son de un valor inestimable. La actual emperatriz posee también pieles admirables que le fueron regaladas en la época de su coronación. Todos estas pieles las ha procurado la casa Grunwaldt.

Hoy día las pieles figuran en todas las canastillas de boda, porque el abrigo y la capa de nutria han reemplazado la antigua y clásica cachemira de nuestras abuelas. Los abrigos de nutria ó de astracán ofrecen la ventaja de poderse transformar, adaptándolos á las variaciones de la moda. Los peleteros parisienses poseen grande habilidad para cortar y arreglar las pieles que los extranjeros de todos los países acuden á buscar entre nosotros, pues lo cierto es que nuestros peleteros poseen las más hermosas muestras de pieles y las más ricas prendas de lo mismo. Nues-

tras hijas de Eva sienten predilección por la nutria, cuyos sombríos reflejos cuadran bien al color de su tez. Así las vemos aparecer, en los días crudos del invierno, con chaquetas de nutria, algo largas, ceñidas al talle, modelando su busto de abeja, ó con abrigos de forma recta con pliegues Watteau y mangas enormes. Para los paseos por el Bosque prefieren el largo



Capa de M.<sup>me</sup> Pelletier-Vidal  
Capota Virot



Vestido de M.<sup>me</sup> Pelletier-Vidal  
(detrás)

capa de armiño, adornada de marta ó zorrillo, el suave abrigo predilecto de las parisienses frioleras, que se envolverán en ella, arrostrando así los rigores del invierno.

La boga de las pieles se ha aumentado, porque se le emplea en el adorno de las prendas del traje, así cuando se trata de los vestidos de calle y de *soirée*, como de los vestidos caseros.

Los abrigos de fantasía, en paño ó terciopelo, ofrecen vasto campo á la originalidad. Confeccionados en paño zibelino, verde oscuro, azul real ó rojo pompeyano sirven para realzar los tipos más coquetones de la moda. El modelo Imperio dibujado por nuestro colaborador M. Guérin da la nota dominante en los actuales momentos. M<sup>me</sup>. Pelletier-Vidal ha creado algunos tipos, de los que reservamos dos ejemplos. Uno de ellos está hecho de zibelina verde oscuro, género flotante, realzado por un rico bordado con brillantes azabaches que cubre los hombros y la espalda, indica las líneas del cuerpo y viene á juntarse delante en el talle. El cuello es muy alto y confeccionado con marta zibelina. Es el otro un elegante abrigo de teatro, en paño rojo viejo, con cuellecito de terciopelo negro, bordado de oro y gran cuello, bordado asimismo, cortado en forma de mitra y que rodea la nuca y las orejas.

La cuestión magna se cifra en el vestido, cuyo corte ha cambiado en absoluto. Entiéndase que las mangas y los adornos del cuerpo

abrigo suave de nutria, realzada por zibelina, que forma como una pelerina que cae por delante y teniendo el cuello muy alto á fin de preservar las orejas del aire vivo.

El abrigo de astracán, con mangas sopladas, será la prenda clásica de las salidas por la mañana. Para las visitas predominará la capa de astracán muy holgada ó de nutria orlada de labrador. La manteleta de zorrillo quedará reservada para las excéntricas. Las damas más elegantes han abandonado ya el boa, por haberse apoderado de él todo el mundo. Uno de nuestros artistas peleteros ha imaginado reemplazarlo por una especie de pelerina, con cuello muy alto y que caiga por delante hasta el extremo de la falda. Hecha de marta sale esta pieza muy elegante, no siéndolo menos en zorrillo ó en cabra de Mongolia. Por lo que hace al manguito, quíerenlo enorme algunas señoras, porque esta excentricidad les sienta á maravilla; otras, menos atrevidas, lo adoptan de dimensiones regulares, adornado con la cabeza del animal y teniendo una bolsita para colocar en ella el ramito de flores naturales. Por la noche será la



Vestido de M.<sup>me</sup> Pelletier-Vidal (delante)  
Sombrero Imperio de Virot

han de ensanchar los hombros y que el talle ha de ser largo para los vestidos de ciudad, pareciendo más delgado por el ancho de la falda que resueltamente no está cortada al bias por detrás. He ahí un lindo modelo firmado por Pelletier-Vidal. El traje es de paño gris con adornos de terciopelo. Un ancho cinturón del mismo sujeta el cuerpo, que tiene graciosas vueltas bordadas de plata, por delante y por detrás, y se abre sobre una camisa plana de terciopelo. La falda toca el suelo y va adornada con una tira de terciopelo abollado. Las mangas, de terciopelo asimismo, tienen largas vueltas cruzadas de paño gris.

Otro lindo vestido, género Imperio, es de raso mosaico, fondo glicina con reflejos verdes, rodeado abajo por un pequeño adorno de terciopelo, envuelto en un galón de perlas de oro y azabache. El cinturón de terciopelo, alto por detrás, se anuda por delante sobre el pecho, cayendo rectos los cabos del lazo. Las mangas son muy voluminosas y de terciopelo asimismo. A este traje le va muy bien el sombrero Imperio, de Virot, que es de terciopelo esmeralda con penacho de plumas y un ramito de rosas. Algunas señoras, de perfil fino y rasgos delicados, preferirán acaso el Depoix, lindo sombrero de fieltro realzado por dos choux

de terciopelo azul pálido y musgo que sostienen pequeñas plumas en *aigrette*. Las damas de aire más arrogante se irán tras del *Interlaken*, sombrero encantador, de terciopelo bordado, al que sujetan grandes agujas con colgantes de azabache. Por fin, las aficionadas á

la originalidad optarán por el *Wilhelmina*, cuya embelesadora singularidad escaparía á toda descripción.

Mas hablemos de los *bebés*, á quienes las mamás se complacen en engalanar. Necesitan éstos, en primer término, vestidos ligeros y de abrigo al par, que no les embaracen. Así lo ha entendido M.<sup>me</sup> Thirion, la cual nos ha enseñado una colección de gentiles vestidos, de monísimos abrigos y de pequeñas capelinas, que por su forma y por lo que abrigan han de proclamarse el último punto de la elegancia para los niños. Para una niñita rubia hay un hermoso traje de bengalina azul pálido, forrado de faya blanca. La falda va pegada á un corsé cinturón que sostiene el cuerpo escotado, adornado éste de una doble berta de bengalina guarnecida con un galoncito en pasamanería salpicado de plata. Añádase á lo dicho un abrigoito en *matelassé* crema, adornado de una original pelerina cruzada y con un pequeño fruncido de bengalina crema, y un vestidito en terciopelo crema, con pelerina dentellada guarnecida de armiño, modelo que también puede hacerse en surah *piqué*, rosa y crema, con guarnición de castor.



Vestido de bebé de M.<sup>me</sup> Thirion



Capa y sombrero para niño de M.<sup>me</sup> Thirion

Merece también citarse un precioso dormán para niño, en paño azul ruso, con cinturón, cuello



y puños de paño musgo, ligeramente bordados de seda azul. Para la cabeza han de recomendarse unas lindas capelinas de surah, con pompón de cinta y cubiertas de encaje, ó bien pequeñas capotas para las criaturitas más pequeñas.

Damos en este número un modelo de capa y de sombrero, y otro de un vestido para *bebé*, sacados de las últimas creaciones de Mme. Thirion, 1, bulevar de la Magdalena. El trajecito está hecho en bengalina englantina, la falda lisa va arrugada en el cuerpo que se cruza delante y detrás, un cinturón, de bengalina también, adornado de punto ruso, va sujeto delante por una hebilla. Una berta muy graciosa de encaje crema con forro de bengalina adorna el cuerpo. Las mangas muy holgadas se hallan sujetas por un paño bordado á punto ruso.

La capa Imperio es de paño trenzado, café con leche, montado con canesú de lo mismo, bordado con trencillas. Una tira de castor orla el canesú y forma el cuello, y los puños en las mangas, que son muy anchas y fruncidas en la muñeca. El sombrero que acompaña á este lindo vestido es de fieltro café con leche, forma Imperio, adornado por un solo lazo de cinta de raso crema, dentellada. Una cinta de lo mismo más estrecha sirve para atarlo.

De los otros dos dibujos representa uno de ellos un vestido de invierno y el otro una capa estilo Imperio, de Mme. Pelletier-Vidal, 19, calle de la *Paix*. El vestido muy bonito, es de lana cardenal, mosqueada de terciopelo negro, cortado en funda, muy ajustado al talle y cayendo recto por delante. Un corpiño Imperio va formado por una cinta que se ajusta á la espalda y se ata delante. Las mangas son muy sopladas.

El sombrero Imperio, que forma parte de este traje, es una creación de Viroi. Está confeccionado en terciopelo esmeralda, con ancha ala empenachada con plumas, estrechándose por detrás á fin de que puedan salir los rizos del peinado. Debajo del ala hay colocadas dos rosas.

La capa Imperio, muy elegante, será adoptada para visitas por gran número de señoras. Esta capa, de mayor abrigo que la manta, es muy de moda porque sus anchas mangas permiten ponerla con facilidad sobre cualquier vestido. La que damos en nuestro dibujo es de terciopelo negro del Norte y va montada en un canesú orlado de un bordado de azabache. Unas solapas en forma de berta, enteramente bordadas, adornan los hombros. Las mangas enormes terminan con un largo puño del mismo terciopelo bordado.

La capotita de visita hecha por Viroi es de terciopelo bordado de oro, atada con cintas también bordadas de oro. Dos ramitas de rosas negras con el botón amarillo están sujetas por delante, surmontadas por una *aigrette* de marabú, sembrada de agujas con cabezas de piedras preciosas.

## MESA REVUELTA

El uso de los anillos se remonta á la más grande antigüedad, puesto que ya los usaban los egipcios, hebreos, persas y griegos, de cuyo último pueblo pasaron á los romanos. En algunos países se llevaban anillos hasta en los pies. En Roma los anillos servían para distinguir las diferentes categorías entre los ciudadanos; en los primeros tiempos de la república tan sólo á los senadores estaba permitido el uso de anillos de oro, pero más tarde se hizo extensivo este privilegio á los caballeros, luego á las otras clases de ciudadanos, dejando de ser por fin una distinción especial. El anillo de hierro, no obstante, fué siempre la señal característica de los esclavos.

Los anillos servían á menudo como hoy día para sellar (*annuli sigillarii*); el marido, el día de las bodas, daba uno á su mujer (*annulus nuptialis* ó *sponsalis*), y esta costumbre se ha conservado hasta nosotros; al morir se dejaba el anillo á la persona que se quería designar por heredero ó menor.

El anillo, junto con el báculo, constituyen el símbolo del poder episcopal; lo da el Papa á los obispos, arzobispos y cardenales; ordinariamente es de oro y en el centro hay incrustada una amatista. El anillo del pescador es un anillo ó sello con el cual sella el Papa los breves apostólicos. Lleva como emblema la imagen de san Pedro sentado en una barca. El uso de este anillo se remonta á los primeros siglos de la Iglesia. El anillo debe romperse á la muerte de cada Pontífice.

Un infeliz persa, llamado Ali-Baba, hallábase en cierta ocasión en el extremo de un bosque, y notó que á poca distancia unos cuarenta sujetos penetraban furtivamente en el mismo. Movido por la curiosidad, determinó seguirlos con el mayor disimulo, escondiéndose detrás de los árboles. Al cabo de poco tiempo vió que aquellos hombres se detenían delante de una cueva cuya entrada estaba cerrada por medio de una puerta que se abrió en cuanto el jefe, ó que tal parecía, pronunció estas palabras: *Sésamo, abrete*. Ali-Baba se fijó mucho en ellas, y cuando vió salir á los cuarenta individuos de la cueva, pronunció aquellas mágicas palabras, y la puerta se abrió para darle paso. Entonces penetró en ella y quedó maravillado del gran número de riquezas que había allí amontonadas por los ladrones; pues aquellos cuarenta hombres eran ladrones que encerraban allí su botín. Añade la historia que Ali-Baba encontró el medio de deshacerse de aquellos malhechores y de apoderarse de sus riquezas, convirtiéndose por su parte en ladrón.

Por eso al hablar de un nombre que uno puede usar en un momento dado, de un documento que se posee y ante cuyos objetos se allanan todos los obstáculos, se dice: Tengo el *Sésamo abrete* de todos los favores.

Para limpiar la franela sin que se encoja, se la coloca, para lavarla, en un bargeño, y se cortan sobre ella pedacitos de jabón de Marsella. Se vierte agua hir-

viendo de modo que llene el vaso, se agita con fuerza, se cogen con un palo las franelas y se introducen tres ó cuatro veces en esta agua jabonosa sin frotarlos, y en seguida se aclara en agua fría.

Un médico ruso aconseja un remedio muy eficaz para la curación de la gota, que consiste en tomar por la mañana y por la noche una ó dos cucharaditas de polvo de la planta *serracenia purpurea*, cuyo tratamiento, por demás sencillo, asegura la curación de tan dolorosa enfermedad.

En la época que los astrónomos con sus telescopios acababan de descubrir las manchas del sol é iba corriendo esta nueva por toda Europa, preguntó uno á otro:

—¿Qué se dice de nuevo por Madrid?

—Amigo mío, contestó el interrogado, corren muy malas noticias del sol.

Estaba un día de centinela un quinto á la puerta del Buen Retiro, con la consigna de no dejar entrar á nadie en aquel real sitio. Preséntase un fulano.

—¡No se entra! dijo el quinto.

—Ya; pero si yo no quiero entrar, sino salirme del Prado.

—¡Ah! entonces, pase usted adelante.

Un barbero, parlanchín infatigable, fué á afeitar por primera vez al rey Arquelao, y viendo que este príncipe no le decía una palabra, rompió el barbero:

—Señor, yo afeito de varias maneras; ¿cómo queréis que os afeite?

—Sin decir una palabra, contestó el rey.

Puesto que la Iglesia es tan benévola y condescendiente, ¿no hubiera podido dividir la Cuaresma en cuatro partes, ordenando diez días de ayuno al principio de cada estación del año?

—Sí, hubiera podido, contestó el papa Benedicto XIV al que le hacía esta pregunta; pero no debió hacerlo, entre otras razones, porque entonces habría podido suceder muy bien que hubiese habido cuatro carnavales y ninguna cuaresma.

Por muchas personas que mandéis sacrificar nunca lograréis dar muerte á vuestro sucesor. Esto decía Séneca á su discípulo el cruel Nerón.

El que vive de esperanzas, se expone á morir de hambre.—FRANCKLIN.

El que sabe leer, sabe ya la más difícil de todas las artes.—DUCLOS.

La falsa ciencia es una verdadera ignorancia adquirida.—HELVECIO.

\*\*\*  
Si los pícaros fuesen capaces de conocer las ventajas que hay en ser hombre de bien, serían hombres de bien por picardía.—FRANCKLIN.

\*\*\*  
El viejo muere en cada una de las personas que-

ridas que pierde; y con él mueren una infinidad de personas que sólo vivían ya en su memoria.—A. FÉE.

\*\*\*  
La verdadera y única riqueza de los pueblos es la sobriedad: el lujo es la pobreza de los magnates.—BONALD.

## RECREOS INSTRUCTIVOS

### EL SIFÓN

Vaciar una botella por medio de una copa, esto lo hace todo el mundo; es más original vaciar una copa valiéndose de una botella, y esto se consigue fácilmente aplicando el principio del sifón, basado en la presión atmosférica.

He aquí cómo debe practicarse este experimento: agujereando el tapón de corcho por medio de una lima



circular de las que llaman *rabo de ratón*, se introducen dos pajas de cebada de las que sirven para tomar sorbetes; una de las pajas debe tener la dimensión de la profundidad de la copa que ha de servir para el experimento, y la otra, doble dimensión que la primera.

Se cierra el orificio de la paja corta con un poco de cera ó miga de pan, y se introduce la otra en el agua que contiene la botella, hasta que salga por el tubo mayor improvisado.

Basta entonces invertir la botella, introducir el pequeño brazo del sifón en la copa llena de agua, cortar la paja en su extremidad obturada con la cera, y po-

niendo todo el aparato encima de una cubeta, se verá como la botella vacía hasta la última gota del agua de la copa, que saldrá toda por el brazo mayor del improvisado sifón.

Este experimento está, como hemos dicho, fundado en la presión atmosférica que actúa sobre el agua de la copa y la empuja hacia el pequeño vacío formado en la botella. Se hace más curioso el experimento mezclando alguna materia colorante al agua de la copa, y entonces se la ve circular por la botella y caer en la cubeta presentando un color mucho más claro, por haberse disuelto más al pasar por un volumen de agua superior al de la copa.—JULIÁN.

Solución al logogrifo numérico anterior:

MARCELINO

### CHARADA

Artillero y jugador  
usan la *prima tercera*,  
y si visten *tres primera*  
resisten mucho mejor.

Por *dos tres*, el italiano  
jura, aunque ídolo es,  
y más de uno y más de tres  
le adoran con vaso en mano.

Si *tres tres* agarra un mico  
y lo asesta con descoco,  
á cualquiera vuelve loco  
y hasta le rompe el hocico.

La envidia, caro lector,  
tiene *dos dos* maldecida,  
y á su mancha, nuestra vida  
le debe más de un dolor.

El *todo* es un ser enteco  
que á cualquiera pone flaco;  
da lumbre, rellena un saco,  
forma colchón y hasta fleco.

RAFAELA.

### PROBLEMA

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

Sustituir los puntos por cantidades de manera que, sumados vertical y horizontalmente, den el mismo resultado.







MALA NOTICIA  
CUADRO DE G. MANTEGAZZA







## MEMORÁNDUM

---

**E**l asunto del canal de Panamá, que se va haciendo famosísimo, produjo la caída del ministerio francés presidido por M. Loubet. Los rumores referentes á haber muerto envenenado el barón Reinach, que tanta parte tuvo en aquella desgraciada especulación, fueron acentuándose en París, circulando junto con noticias absurdas sobre su repentino fallecimiento. En la Cámara fué interpelado el Gobierno respecto de las circunstancias que habían mediado en la muerte del barón, y ante respuestas evasivas de los ministros, M. Brisson presentó una orden del día con la petición de que se verificase la autopsia del cadáver del expresado banquero. M. Loubet no la aceptó en esta forma, sino que quiso que se votara la orden del día pura y simple, la cual fué rechazada por 302 votos contra 209, aprobándose en seguida la propuesta por M. Brisson. Esto significaba la derrota del ministerio, y en efecto, en seguida los ministros anunciaron que iban á presentar sus dimisiones al presidente de la República. Aceptadas éstas, confió á M. Brisson la formación de ministerio. Habiendo fracasado sus gestiones para constituir uno en que estuvieran representadas todas las fracciones republicanas de la Asamblea, M. Brisson ha renunciado el encargo, que M. Carnot ha confiado á M. Casimiro Perier. Éste fué tan desgraciado como su antecesor; pero por fin M. Carnot pudo reformar el anterior ministerio bajo la presidencia de M. Ribot y reemplazando los ministros de Gracia y Justicia y de Comercio.

Aun concediendo que haya muchas exageraciones y mentiras en cuanto se ha dicho respecto de la muerte del barón judío, no puede menos de reconocerse que se nota en todo el suceso una cierta oscuridad, que da pie á las más terribles suposiciones. Está fuera de duda que el citado personaje manejó el tinglado, conforme suele decirse, en los agios de la sociedad de Panamá; que él fué quien, provisto de cheques, ganó la voluntad y el voto de algunos diputados, y que arbitró recursos ingeniosos para vencer á los que deseaban no comprometerse en el negocio y embolsar al par algunos miles de francos. Fuera el barón, habiendo desaparecido libros y papeles, hacer luz en tales manejos será cosa difficilísima, y de ahí que se crea en la posibilidad de que se le hiciera desaparecer violentamente de la escena. La autopsia lo aclarará: si bien acaso no pueda revelar si el banquero se suicidó por medio del veneno ó si éste le fué propinado por los que tenían interés en que no pudiese declarar cosa alguna. Todo

este conjunto de cosas, que descubre el cieno en que se revuelve la actual situación en Francia, ha quebrantado en gran manera el régimen que allí impera, siendo muchas las personas que vuelven otra vez los ojos á la monarquía. Desgraciadamente esta solución no se columbra ni siquiera por los que más ardientemente la desean.

\*\*\*

Francia ha perdido en el cardenal Lavigerie á un prelado insigne, digno de la gratitud del género humano. Monseñor Lavigerie, arzobispo de Argel, de carácter muy resuelto y atrevido, trabajó con gran ahinco para abolir en el África la trata de esclavos, para lo cual recorrió los principales Estados de Europa, predicando en este sentido, organizando asociaciones, procurándose recursos y llegando á crear una especie de guardia que sostuviese por las armas á los misioneros enviados á las distintas comarcas africanas con el expresado intento. Algo consiguió el cardenal Lavigerie, si bien estuvo muy lejos de ver coronados por el éxito sus cristianos esfuerzos. Hace poco tiempo sus declaraciones en favor de la república en Francia promovieron grande alboroto, y sin disputa hubieron de agradecerse los partidarios del actual régimen en dicho país. A las declaraciones de monseñor Lavigerie se opusieron varios prelados franceses.

\*\*\*

Mucho se ha comentado en los últimos días, sobre todo por la prensa extranjera, lo dicho por el príncipe de Bismark respecto del telegrama de Ems, causa ocasional de la guerra de 1870. El actual canciller Caprivi puso las cosas en su punto en el *Reichstag* ó Congreso de Alemania. Caprivi leyó en la tribuna el texto oficial del expresado telegrama, y del contenido de este célebre documento resulta que Bismark, por el afán que tiene de hacer hablar de su persona, por pasar, aun á costa de una censurable acción, como único autor de la guerra de 1870, se ha alabado indebidamente de haber corregido por su cuenta el telegrama para que estallase aquel conflicto. El telegrama no agravó las cosas poco ni mucho. La verdad es que entonces, lo mismo en Berlín que en París, se quería la guerra, y que por ambas partes existía el propósito de precipitarla, á fin de que se entablase de nuevo el proceso pendiente desde Sadowa. «El texto del parte telegráfico leído en el *Reichstag* por el actual canciller imperial de Alemania, dice un periódico de Ginebra, muestra las cosas tales como las contó la prensa alemana de aquellos días y tales como las popularizó la caricatura en dicha época. En aquel texto Guillermo I no oculta la mortificación que sentía por la insistencia de Benedetti en obtener una garantía suplementaria que él no podía ni quería dar, y sobre todo por la forma de dicha gestión, hecha en un lugar público é interrumpiendo el paseo del rey, quien, al referir la escena á un ministro, le llamó la atención sobre la conveniencia de darla á conocer al pueblo alemán con todas sus circunstancias. Es probable que al hacerlo le diera cuenta cabal del alcance que dicha publicidad podía tener. De manera que cuando Bismark hizo publicar aquella comunicación no agravando, como él dice, sino por el contrario, suavizando sus términos, no hizo otra cosa más que cumplir las órdenes de su señor. Por lo mismo, cuanto se ha escrito referente á la supuesta falsificación, no tiene valor alguno.»

\*\*\*

El señor don Antonio Cánovas del Castillo ha demostrado nuevamente, conforme dijimos el otro día, que es un orador de primer orden, en los discursos que ha pronunciado en las sesiones celebradas por los distintos congresos que ha habido en Madrid con ocasión de las fiestas del Centenario de América. El señor Cánovas tiene la sobriedad de los grandes oradores ingleses, y posee la verdadera elocuencia, la que se funda en la claridad, profundidad y alcance de objeto, y no en imágenes aparatosas, en periodos de relumbrón y en *clichés* que se repiten por todos los oradores de escasa talla. Uno de los discursos del señor Cánovas, que

ha llamado especialmente la atención por el interés del asunto, es el que pronunció en la clausura de las sesiones del Congreso militar, en el cual habló de los puntos capitales que se relacionan con el ejército y á la vez con la marcha política de las naciones.

«Sin una constitución militar sólida—dijo con gran tino político—que sea el primer interés y la primera preocupación de cada país, hay que renunciar á toda constitución nacional, porque toda constitución nacional se crea, se engendra, se desarrolla alrededor de la constitución militar.

»Estas han sido siempre, estas son ahora mis ideas, y repito que no es sólo con aplicación á nuestro país, sino también con aplicación á todos los países que, por su origen y circunstancias, se encuentran en parecidos casos.

»Claro es que nada de esto puede existir, ni siquiera una constitución militar sólida, donde no hay robustez en el país, donde el país no crezca constantemente, donde el trabajo, la industria y la inteligencia no se desarrollen cada día con más fuerza; porque, en último término, la constitución militar es una combinación, una reunión, una acumulación de fuerzas, y los países que tienen esas fuerzas de todo género son aquellos á quienes les es más fácil establecer una robusta constitución militar.»

\* \* \*

La cuestión del ayuntamiento de Madrid, otra de las batallas en el día, produjo la dimisión del ministro de la Gobernación, señor Fernández Villaverde. Entendió el señor Cánovas, después de haber estudiado aquel asunto, que la información abierta no arrojaba suficientes motivos legales para decretar la suspensión del ayuntamiento de la corte, opinando que sólo puede hacerse esto en el caso de que todos los partidos políticos estuviesen de acuerdo para formar un nuevo cabildo con personas de reputación irreprochable, pertenecientes á todos los partidos, y que no pudiendo hacerse esto, el resultado sería un ayuntamiento peor, conforme lo había probado la experiencia. El señor Fernández Villaverde insistió en pedir la suspensión, pero como todos los demás ministros se pusieron al lado del presidente, no le quedó más recurso que presentar su dimisión, que le fué admitida. Fué nombrado en seguida ministro de la Gobernación el señor Danvila, primer vicepresidente del Congreso, y, como es de suponer, circularon al instante rumores de que presentaban también la renuncia el señor Dato, subsecretario de aquel ministerio, que llevó á cabo la información, y el alcalde de Madrid, señor marqués de Cubas, que debía su nombramiento al ministro cesante, y que hubo de considerar todo lo sucedido como una derrota de aquél y una censura más ó menos clara de su conducta en la cuestión del ayuntamiento, y, por tanto, de la de aquellos también que se habían colocado frente á frente del antiguo alcalde señor Bosch y Fustegueras y de los concejales. Llevada esta cuestión al Parlamento, se pusieron de manifiesto las divisiones que existían más ó menos latentes en el seno del partido conservador, lo que obligó al señor Cánovas á presentar la dimisión del ministerio y aconsejar á la Reina la llamada de los liberales al poder, consejo que siguió la augusta Señora.

B.



## EL PREMIO GORDO



En tiempo de Godoy, el caudal de los Torres-nobles de Fuencar se contaba entre los más saneados y poderosos de la monarquía española. Fueron mermando sus rentas las vicisitudes políticas y otros contratiempos, y acabó de desbaratarlas la conducta del último marqués de Torres-nobles, calaverón despilfarrado que dió mucho que hablar en la corte cuando Narváez era mozo. Próximo ya á los sesenta años, el marqués de Torres-nobles adoptó la resolución de retirarse á su hacienda de Fuencar, única propiedad que no tenía hipotecada. Allí se dedicó exclusivamente á cuidar de su cuerpo, no menos arruinado que su casa; y como Fuencar le producía aún lo bastante para gozar de un mediano desahogo, organizó su servicio de modo que ninguna comodidad le faltase. Tuvo un capellán que, amén de decirle la misa los domingos y fiestas de guardar, le hacía la partida de brisca, burro y dosillo (tales sencilleces divertían mucho al ex conquistador), y le leía y comentaba los periódicos políticos más reaccionarios; un mayordomo ó capataz que cobraba á tocateja y dirigía hábilmente las faenas agrícolas; un cochero obeso y flemático que gobernaba solemnemente las dos mulas de la carretela; un ama de llaves silenciosa, solícita, no tan moza que tentase ni tan vieja que diese asco; un ayuda de cámara traído de Madrid, resto y reliquia de la mala vida pasada, convertido ahora á la buena como su amo, y discreto y puntual ahora y antes, y, por último, una cocinera limpia como el oro, con primorosas manos para todos los guisos de aquella antigua cocina nacional, que satisfacía el estómago sin irritarlo y lisonjeaba el paladar sin pervertirlo. Con ruedas tan excelentes, la casa del marqués funcionaba como un reloj bien arreglado, y el señor se regocijaba cada vez más de haber salido del golfo de Madrid á tomar puerto y carenarse en Fuencar. Su salud se restablecía; el sueño, la digestión y demás funciones necesarias al bienestar de esta pobre túnica perecedera que sirve de cárcel al espíritu, se regularizaban, y en pocos meses el marqués de Torres-nobles echó carnes sin perder agilidad, enderezó algo el espinazo, y su sano aliento indicó que ya la feroz gastralgia no le roía el estómago.

Si el marqués vivía bien, no lo pasaban mal tampoco sus servidores. Para que no lo dejasen les pagaba mejores soldadas que nadie en la provincia, y además los obsequiaba á veces con regalos y mimos. Así andaban ellos de contentos: poco trabajo, y ese, metódico é invariable; salario crecido, y de cuando en cuando sorpresitas del dadivoso marqués.

El mes de Diciembre del año antepasado hizo más frío de lo justo, y la dehesa y término de Fuencar se envolvieron en un manto de nieve como de una cuarta de grueso. Huyendo de la soledad de su gran despacho, bajó el marqués de noche á la cocina del cortijo, y buscando por instinto de sociabilidad invencible, la compañía del hombre, se arrimó al hogar, calentó la palma de las manos castañeteando los dedos, y hasta se rió de los cuentos que con chuscada andaluza referían el capataz y el pastor, y reparó que la cocinera tenía muy buenos ojos. Entre otras conversaciones más ó menos rústicas que le divirtieron, oyó que todos sus criados proyectaban asociarse para echar un décimo á la lotería de Navidad.

Al día siguiente, muy temprano, el marqués despachaba un propio á la ciudad próxima, y

anochecía cuando el bondadoso señor penetró en la cocina blandiendo unos papeles y anunciando á sus domésticos, con suma benignidad, que había cumplido sus deseos tomando un billete del sorteo inmediato, billete en el cual les regalaba dos décimos, quedándose él con ocho, por tentar también la suerte. Al oír tal, hubo en la cocina una explosión de alegría con vivas y bendiciones hiperbólicas; sólo el pastor, viejo cano, zumbón y sentencioso, meneó la cabeza, afirmando que el que echaba con señores «espantaba la suerte», de lo cual le pesó tanto al marqués, que condenó al pastor á no llevar ni un real en los décimos consabidos.

Aquella noche el marqués no durmió tan á pierna suelta como solía desde que Fuencar le cobijaba; le desvelaron algunos pensamientos de esos que sólo mortifican á los solterones. No le había gustado pizca la avidez con que sus criados hablaban del dinero que podía caerles. —¡Esa gente—decíase el marqués—no aguardaría sino á llenar la bolsa para plantarme! ¡Y qué planes los suyos! ¡Celedonio (el cochero) habló de poner taberna... para beberse el vino sin duda! ¡Pues la pazguata de doña Rita (era el ama de llaves) no sueña con establecer una casa de huéspedes! ¡Digo, y lo que es Jacinto (era el ayuda de cámara) bien se calló, pero miraba con el rabo del ojo á esa Pepa (la cocinera), que, vamos, tiene su sal... Juraría que proyectan casarse. ¡Bah! (al exclamar ¡bah! el marqués de Torres-nobles dió una vuelta en la cama y se arropó mejor, porque se le colaba el frío por la nuca); en resumidas cuentas, ¿qué me importa todo ello?... El premio gordo no nos ha de caer, y así... tendrán que aguardarse por las mandas que yo les deje.—Y á poco rato el buen señor roncaba.

Dos días después celebrábase el sorteo, y Jacinto, que era más listo que Cardona, se las compuso de modo que su amo tuviese que enviarle á la ciudad en busca de no sé qué provisiones ú objetos indispensables. La noche cala, nevaba á más y mejor, y Jacinto aún no había vuelto, á pesar de salir muy de madrugada.

Estaban los criados reunidos en la cocina, como siempre, cuando sintieron las opacas pisadas del caballo sobre la nieve fresca, y un hombre, en quien reconocieron á su compañero Jacinto, entró como una bomba. Estaba pálido, temblón y demudado, y con ahogada voz acertó á pronunciar:

—¡El premio gordo!!!

Hallábase á la sazón el marqués en su despacho, y, las piernas arrebuñadas en tupida manta, chupaba un habano mientras el capellán le leía la *política menuda* de *El Siglo Futuro*. De pronto, suspendiendo la lectura, ambos prestaron oído al estrépito que venía de la cocina. Parecióles al principio que los criados disputaban, pero á los diez segundos de atender se convencieron de que no eran sino voces de júbilo, tan desentonadas y delirantes, que el marqués, amostazado y teniendo por comprometida su dignidad, despachó al capellán á informarse de lo que ocurría é imponer silencio. No tardó tres minutos en regresar el enviado, y dejándose caer sobre el diván, pronunció con sofocado acento: «¡Me ahogo!» y se arrancó el alzacuello y se desgarró el chaleco por querer desabrocharlo... Corrió en su auxilio el marqués, y abanicándole el rostro con el *El Siglo Futuro*, logró oír brotar de sus labios una frase entrecortada:

—¡El premio gordo... nos ha tocaa... ado el prem...!

A despecho de sus ataques, brincó hasta la cocina el marqués con no vista ligereza, y llegando al umbral detúvose atónito ante la extraña escena que allí se representaba. Celedonio y doña Rita bailaban no sé si el jaleo ó la cachucha, con mil zapatetas, saltando como monigotes de saúco electrizados; Jacinto, abrazado á una silla, walsaba rauda y amorosamente; Pepa hería con el rabo de un cazo la sartén, haciendo desapacible música, y el capataz, tendido en el suelo, se revolcaba, gritando, ó mejor dicho, aullando salvajemente: «¡Viva la Virgen!» Apenas divisaron al marqués, aquellos locos se lanzaron á él con los brazos abiertos, y sin que fuese poderoso á evitarlo, lo alzaron en volandas, y cantando y danzando y echándose los unos á otros como pelota de goma, lo pasaron por toda la cocina, hasta que, viéndole furioso, lo

dejaron en el suelo; y aún fué peor entonces, pues la cocinera Pepa, cogiéndole por el talle, quieras no quieras le arrastró en vertiginoso galop, mientras el capataz, presentándole una bota de vino, se empeñaba en que probase un trago, asegurando que el licor era exquisito, cosa que él sabía á ciencia cierta por haber trasegado á su estómago casi toda la sangre de la bota.

Así que pudo el marqués soltarse, refugióse en su habitación con ánimo de desahogar su enojo refiriendo al capellán la osadía de sus criados y platicando acerca del premio gordo. Con gran sorpresa vió que el capellán salía envuelto en su capote y calándose el sombrero.

—¿Adónde va usted, don Calixto, hombre de Dios? exclamó el marqués admirado.

Pues, con su licencia, don Calixto iba á Sevilla á ver su familia, á darle la alegre nueva, á cobrar en persona su parte de décimo, un confite de algunos miles de duros.

—¿Y me deja usted ahora? ¿Y la misa? Y...

En esto asomó por la puerta su hocico agudo el ayuda de cámara.—Si el señor marqués le daba permiso, él también se marcharía á recoger lo que le tocaba.—El marqués alzó la voz, diciendo que era preciso tener el diablo en el cuerpo para largarse á tales horas y con una cuarta de nieve, á lo cual respondieron unánimemente don Calixto y Jacinto que á las doce pasaba el tren por la estación próxima, que hasta ella llegarían á pie ó como pudiesen. Y ya abría el marqués la boca para pronunciar:—«Jacinto se quedará, porque me hace falta á mí,»—cuando á su vez se encuadró en el marco de la puerta la rubicunda faz del cochero, que sin pedir autorización y con insolente regocijo venía á despedirse de su amo, porque él se largaba ¡ea! á coger esos monises.

—¿Y las mulas? vociferó el amo. ¿Y el coche quién lo guiará, vamos á ver?

—Quien vucencia disponga... ¡Como yo no he de cohear más!... respondió el auriga volviendo la espalda y dejando paso á doña Rita, que entró, no medrosa y pisando huevos como solía, sino toda despeinada, alborotadiza y risueña, agitando un grueso manojo de llaves, que entregó al marqués advirtiéndole:

—Sepa vucencia que ésta es de la despensa... ésta del ropero... ésta del...

—¡Del demonio que cargue con usted y con toda su casta, bruja del infierno! ¿Ahora quiere usted que yo saque el tocino y los garbanzos, eh? Váyase usted al...

No oyó doña Rita el final de la imprecación, porque salió pitando, y tras ella los demás interlocutores del marqués, y en pos de éstos el marqués mismo, que les siguió furioso al través de las habitaciones y estuvo á punto de alcanzarles en la cocina, sin que se atreviese á seguirles al patio por no arrostrar la glacial temperatura. A la luz de la luna, que argentaba el piso nevado, el marqués les vió alejarse; delante don Calixto, luego Celedonio y doña Rita de braceró, y por último Jacinto, muy cosido á una silueta femenina que reconoció ser Pepa la cocinera... ¡Pepilla también! Tendió el marqués la vista por la cocina abandonada, y vió el fuego del hogar que iba apagándose, y oyó una especie de ronquido animal... Al pie de la chimenea, muy esparrangado, el capataz dormía la mona.

A la mañana siguiente el pastor, que no quiso «espantar la suerte,» hizo para el marqués de Torres-nobles de Fuencar unas migas y un ajo molinero, y así pudo este señor comer caliente el primer día que se despertó millonario.

Me parece excusado describir la suntuosa instalación del marqués en Madrid; lo que sí no debe omitirse es que tomó un cocinero cuyos guisos eran otros tantos poemas gastronómicos. Se sospecha que los primores de tan excelso artista, saboreados con excesiva delectación por el marqués, le produjeron la enfermedad que le llevó á la tumba. No obstante, yo creo que el susto y caída que dió cuando se desbocaron sus magníficos caballos ingleses, fué la verdadera causa de su fallecimiento, ocurrido á poco de habitar el palacio que amuebló en la calle de Alcalá.

Abierto el testamento del marqués, se vió que dejaba por heredero al pastor de Fuencar.

EMILIA PARDO BAZÁN.



## EL ARENQUE

**F**OSFORESCENTES fulgores vagan y se cruzan debajo las ondas, «es el *relampagueo* de los arenques,» el tradicional aviso que corre á un tiempo hacia todas las barcas. De lo más profundo del mar, un mundo entero, palpitante, sube majestuoso y aparece en la superficie de las aguas ansioso del calor y de la luz del día; el pálido y dulce reflejo de la luna deleita á los tímidos seres y el astro de la noche es el faro que protege su fiesta amorosa. Suben sin cesar, unidos, sin que ni uno siquiera quede atrás, y sólo se les ve juntos, pues la sociabilidad es la ley de esta raza. Juntos viven envueltos en las más profundas tinieblas; juntos aparecen por la primavera á participar de la dicha universal, á ver la luz, gozar y morir; estrechamente apretados y navegando en compactos bancos parece que no están nunca bastante cerca unos de otros. «Es lo mismo que si nuestras dunas, (dicen los flamencos) bogasen debajo las olas;» entre Escocia, Holanda y Noruega se diría que se levanta una inmensa isla, que todo un continente está próximo á nacer en el mar; parte de la inmensa mole se separa hacia el Este y se interna hacia el Sund, llenando la entrada del Báltico, de tal suerte que en algunos puntos no es posible remar, el mar es sólido. Millones de millones, millares de millares, ¿cómo es posible fijar su número? Cuéntase que tiempo atrás un solo pescador de las cercanías del Havre encontró una mañana ochocientos mil en sus redes, y en un puerto de Escocia pescaron en una sola noche ocho mil barriles.

Como ciego y fatal elemento marchan sin que les arredre la destrucción, y hombres, peces, todo lo sostienen; andan y navegan sin cesar; pero no debe sorprendernos su continuo viaje, porque navegando aman, y cuanto más se destruyen tanto más se reproducen y multiplican en su marcha incesante; compactas y profundas columnas de común electricidad flotan impulsadas hacia la dicha de la vida; la gran masa sólo se mueve á impulsos de las olas y de las corrientes eléctricas. Tomad parte al azar de la inmensa mole y encontraréis arenques fecundos, otros que lo han sido, otros que ya quisieran serlo. No conocen unión fija, y siendo para ellos el placer una aventura, tan sólo un viaje el amor, esparcen en su camino torrentes de fecundidad. A dos ó tres brazas el mar desaparece bajo el abundante derrame maternal en donde flotan los huevos del arenque. ¡Qué inmenso espectáculo cuando al salir el sol se ve, en todo cuanto alcanza la vista, blanca la mar con la lechada de los arenques! Espesas, grasas y viscosas ondas, en las que rebosa y fermenta la vida, por doquier se extienden á centenares de leguas en derredor, como volcán fecundo cuya erupción inunda el mismo mar, y si este poderosísimo elemento de destruc-

ción no fuese cruelmente combatido por la terrible unión de toda suerte de destrucciones, el mismo mar, á cuya superficie esparcen el movimiento y la vida estaría lleno por completo de aquellos animales. Téngase tan sólo en cuenta que cada arenque contiene 40, 50 y hasta 60 mil huevos; á no remediarlo, pues, la muerte violenta, y multiplicándose por término medio hasta 50 mil, y éstos á su vez hasta igual número, en pocas generaciones llegarían á colmar, á solidificar el Océano ó bien corromperle, suprimiendo al mismo tiempo toda raza y convirtiendo en un desierto el globo que habitamos. La vida reclama, pues, imperiosamente la asistencia, el indispensable socorro de su hermana la muerte; y el combate que se traba entre ellas, esta lucha inmensa, sólo es armonía que produce el general bienestar.

En la universal persecución contra esta raza condenada, los gigantes del mar se encargan de reducir é impedir su propagación, impeliéndola al propio tiempo hacia las costas. La ballena y los cetáceos, que no desdeñan esta caza, la siguen, se sumergen en los bancos, se introducen entre la palpitante multitud, y con sus inmensas bocas absorben por toneladas la interminable presa, que, sin disminuir por eso, huye hacia las costas donde le aguarda una destrucción no menos espantosa. Por de pronto, los peces más pequeños de entre los pequeños tragan el boliche, y los huevos del arenque se sacian de germen y disminuye de este modo la propagación; por lo que hace al arenque ya desarrollado, existe una especie de animales glotones que con ojos desviados apenas ven y no hacen más que comer; son tan sólo estómagos; me refiero á la glotona tribu de los gados (pescadilla, abadejo, etc.). La pescadilla se rellena, se sacia de arenques y engorda; el abadejo se sacia de pescadillas y engorda también.

Al igual que los peligros del mar, el exceso de fecundidad se presenta aquí más temible aún, pues el abadejo, que en esto deja muy atrás al arenque, produce hasta ¡nueve millones de huevos! un abadejo de 50 libras de peso contiene 14 de huevos, ó sea una tercera parte. Añádase á esto que este animal de terrible maternidad está en celo nueve meses durante el año; ¡éste sí que pondría en peligro el mundo! Para combatirle son menester flotas enteras; tan sólo Inglaterra envía en su persecución veinte ó treinta mil marineros. ¡Qué diremos de América, Francia, Holanda y el resto de la tierra, donde la pesca exclusivamente del abadejo ha creado colonias y ha fundado factorías y ciudades! Su preparación constituye un verdadero arte, y este arte tiene un idioma especial, un tecnicismo propio tan sólo de los pescadores de aquel pescado.

En vista de esto, ¿qué le es dable hacer al hombre?

Bien sabe la naturaleza que nuestros débiles esfuerzos, nuestras flotas, nuestras pesqueras de poco ó de nada nos servirían, pues el abadejo vencería al hombre... No se fia en manera alguna de nosotros y se vale de fuerzas destructoras incomparablemente más eficaces. Del fondo de los ríos llega al mar uno de los más activos y decididos comilones, el esturión, que, habiendo permanecido en ellas durante la época del celo, sale enflaquecido, hambriento y áspero, y entra con grandísimo apetito en el banquete del mar. Gran dicha es para el devorador esturión hallar el gordo abadejo que se ha asimilado grandes cantidades de arenque; fortuna sin igual es para él encontrar allí concentrada la sustancia que necesita, dar con carne rolliza y compacta. Este intrépido destructor de abadejo, si bien no tan fecundo, lo es aún bastante, pues produce un millón quinientos mil huevos. Un esturión de mil cuatrocientas libras contiene cuatrocientas cincuenta de huevos. Ya se presenta, pues, de nuevo el peligro; el arenque ha amenazado con su prodigiosa fecundidad, el abadejo ha amenazado también y el esturión amenaza á su vez.

Es indispensable que la naturaleza invente un devorador supremo, comedor prodigioso, y por otra parte pobre en la producción, de digestión sin igual y avaro en la generación. Este monstruoso y terrible auxiliar en la destrucción, que corta de una vez la onda invencible de fecundidad siempre creciente por medio de un grandioso esfuerzo de absorción, que traga indistintamente todas las especies, los muertos y los vivos, en una palabra, todo cuanto halla á su paso, este *gran comedor* de la naturaleza, este comedor privilegiado es el tiburón.

Pero tan terribles destructores son de antemano vencidos; verdad es que su voracidad es extraordinaria, pero, en cambio, se reproducen poco. El esturión, como se ha dicho, es menos fecundo que el abadejo, y el tiburón resulta estéril comparado con cualquier otro pescado; no se prodiga en torrentes fecundos como los demás, en todo el mar. Vivíparo como es, produce en su seno el joven tiburón, su feudal heredero, que nace terrible y perfectamente armado.

J. MICHELET.





Decoración del acto primero de *Parsifal*, en el teatro de Baireuth

# PARSIFAL

DE

RICARDO WAGNER

## PERSONAJES

AMFORTAS  
TITUREL  
GURNEMANZ

PARSIFAL  
KLINGSOR  
KUNDRY

Caballeros y escuderos del Graal. — Doncellas encantadas de Klingsor.

Lugar de la acción: *Monsaivat* en el burgo y en el territorio de los caballeros del Graal; paisaje semejante á las montañas septentrionales de la España gótica. Después, castillo encantado de Klingsor en la falda meridional y arábica de las mismas montañas. — El traje de los caballeros y escuderos del Graal casi igual al de los templarios: sobrevesta de guerra y manto blanco; en vez de la cruz roja una paloma volando, emblema de su escudo y bordada en el manto.

## ACTO PRIMERO

Selva sombría y magnífica, pero no oscura.

Terreno peñososo. Un claro en el centro. A la izquierda, ascendiendo, se divisa el camino del castillo. Hacia el centro del fondo se observa una pendiente profunda en donde yace un lago. — La hora del alba. — Gurnemanz (anciano vigoroso), y dos escuderos (de tierna edad juvenil) aparecen dormidos bajo un árbol. — Del lado izquierdo, esto es, del burgo, se oye el toque solemne de diana.

GURNEMANZ

(*Despertando y sacudiendo á los escuderos*). ¡Eh! ¡hola! ¿Vosotros, los guardas de la selva? Guardianes más bien del sueño, despertad ya: es de día. (*Los dos escuderos se levantan sobresaltados y se arrodillan llenos de vergüenza*). ¿No oís la llamada? Ahora dad gracias á Dios, á quien debéis oír. (*Arrodillase también, y los tres, en silencio, dirigen sus oraciones al cielo: al cesar las trompetas se levantan todos*). Ahora, escuderos, visitad el baño; llegó la hora de esperar allí al rey; ya veo á lo lejos la litera del enfermo y los mensajeros, que le

preceden, acercándose á nosotros. (*Preséntanse dos caballeros que vienen del burgo*). ¡Salve, amigos! ¿Cómo se siente Amfortas? Muy temprano anhela hoy el baño. ¿Ha mitigado sus dolores la hierba milagrosa, que, á á fuerza de astucia y de osadía, se proporcionó Gawan há poco? Lo deseo, aunque lo dudo.

1.º CABALLERO

¿Lo dudas tú, que todo lo sabes? Sus dolores, que lo dejaron un instante, le acometieron de nuevo más intensos: su aguda dolencia, privándole del sueño, lo ha obligado á pedirnos ansioso el baño.

GURNEMANZ

(*Moviendo tristemente la cabeza*). ¡Locos nosotros, que esperamos alivio cuando sólo una medicina puede lograrlo! Por todo el mundo se buscan con empeño bebidas y hierbas saludables: sólo una cosa puede aliviarlo... sólo una.

1.º CABALLERO

¿Cuál es?



GURNEMANZ

(Sin hacerle caso). Vigila el baño.

1.<sup>er</sup> ESCUDERO

(Volviéndose con el segundo hacia el fondo, y mirando á la derecha). ¡Mirad allí á la salvaje cabalgando!

2.<sup>o</sup> ESCUDERO

¿No veis cómo vuelan las crines diabólicas de su caballo?

1.<sup>er</sup> CABALLERO

¡Sí! Allí está Kundry.

2.<sup>o</sup> CABALLERO

¿Traerá nuevas importantes?

1.<sup>er</sup> ESCUDERO

El caballo tropieza.

2.<sup>o</sup> ESCUDERO

¿Vuela acaso por el aire?

1.<sup>er</sup> ESCUDERO

Ahora roza ligeramente la tierra.

2.<sup>o</sup> ESCUDERO

Con sus crines humedece ahora el musgo.

1.<sup>er</sup> CABALLERO

Ya se apeó de un salto la hechicera. (*Kundry aparece de improviso, y atropelladamente, casi tropezando. Vestidos extraños ceñidos muy arriba; cinturón de pieles de serpiente, que cuelga hacia abajo; cabello negro y flotante con trenzas sueltas; su tez morena oscura y rojiza; ojos negros y penetrantes, á veces extraviados, y con más frecuencia parados é inmóviles. Actéase ligera á Gurnemanz, y le ofrece un frasco pequeño de cristal.*)

KUNDRY

¡Tómalo!... ¡Bálsamo!

GURNEMANZ

¿De dónde lo traes?

KUNDRY

De un lugar más lejano de lo que puedes imaginar: si este bálsamo no sirve, la Arabia no guarda ya en su seno medicina alguna para él... No me preguntéis más... Estoy cansada... (*Tírase al suelo. Caballeros y escuderos, que traen y acompañan á la litera, en donde viene Amfortas recostado, llegan al teatro por la izquierda. — Gurnemanz se aparta de Kundry y mira al cortejo que se acerca.*)

GURNEMANZ

(*Mientras llega á la escena el acompañamiento*). Ya llega, pero en hombros ajenos... ¡Ay de mí! ¡Cómo soportar la presencia de este caudillo, de linaje tan favorecido por la victoria, en la arrogante flor de su vida y esclavo de tan mísera dolencia! (*A los escuderos*). ¡Cuidado! ¿No oís los suspiros dolientes del rey? (*Deténese el acompañamiento, y dejan en tierra la litera.*)

AMFORTAS

(*Que se levanta ligeramente*). ¡Así; está bien!... ¡Gracias!... ¡Leve descanso! Después de una noche insoporable de dolores, ahora la magnificencia del alba en la selva; sólo anhelo encontrar algún alivio en las ondas de este lago sagrado: mis ayes se calmarán, y el sol alumbrará á su vez esta triste noche... ¡Gawan!

1.<sup>er</sup> CABALLERO

Gawan, señor, viendo que la virtud de su hierba, á pesar de sus trabajos para adquirirla, ha defraudado tus esperanzas, no vaciló un instante en proseguir sus indagaciones.

AMFORTAS

¿Sin permiso?.. ¡Plegue á Dios que expie su desobediencia á las leyes del Graal! ¡Ay de él, tan atrevido como obstinado, si llega á caer en las garras de Kling-sor! Nadie turbe mi tranquilidad; aguarde lo prometido. «La compasión infundirá ciencia...» ¿No era así?

GURNEMANZ

Tales fueron sus palabras.

AMFORTAS

«Al inocente insensato,» me parece recordar... ¡ojalá que pudiera llamarle la muerte!

GURNEMANZ

Pero antes probemos esto. (*Le presenta el frasco*).

AMFORTAS

(*Examinándolo*). ¿De dónde viene este frasco misterioso?

GURNEMANZ

Lo han traído de la Arabia.

AMFORTAS

¿Quién?

GURNEMANZ

Esa mujer salvaje, que está allí... ¡Arriba, Kundry! ¡Ven aquí! (*Ella no hace caso*).

AMFORTAS

¿Tú, Kundry? ¿Esto más he de agradecer á tí, servidora animosa é incansable?... ¡Sea en buen hora! Probaré también este bálsamo; tu fidelidad merece mi gratitud.

KUNDRY

(*Inquieta y sin levantarse*). ¡Gratitud no!... ¡Ya, ya! ¿De qué servirá? ¡Gratitud no!... ¡Adelante! ¡Al baño! (*Amfortas da la señal de partida; el acompañamiento se aleja, y desaparece en el fondo. — Gurnemanz y Kundry, el primero mirando al cortejo tristemente, la segunda sin moverse y siempre en tierra, se queda en la escena — Escuderos van y vienen.*)

3.<sup>er</sup> ESCUDERO (*Mancebo joven*)

¡Hola! ¿tú aquí? ¿Qué haces ahí como una bestia salvaje?

KUNDRY

¿No son aquí sagradas las bestias?

3.<sup>er</sup> ESCUDERO

Sin duda, pero no sabemos si tú eres ó no sagrada.

4.<sup>o</sup> ESCUDERO. (*También mancebo joven*)

Con sus mágicos brebajes, según sospecho, acabará al fin con el Maestre.

GURNEMANZ

¡Quitad allá!... ¿Os hizo alguna vez daño? Cuando todos irresolutos vacilaban ignorando la manera de comunicarnos con hermanos que luchan en países remo-

tos, ¿sabíais algo vosotros? ¡Decidlo!... ¿Quién, acaso, antes que lo pensarais, corre y vuela, y vuelve con tanta lealtad como fortuna, y cumple esta difícil misión? Ni vosotros le dais el sustento, ni ella se acerca á vosotros, ni nada os es común; y, sin embargo, cuando en el momento del peligro hay necesidad de ayuda, su celo la impulsa á atravesar ligera los aires, sin pedirnos siquiera vuestra gratitud. Decidme, pues, ¿es acaso ofensa consultar vuestro bien?

3.<sup>er</sup> ESCUDERO

¡Pero nos aburre!... ¡Vedla sino; ved la malignidad de sus ojos!

4.<sup>o</sup> ESCUDERO

Es pagana, es mágica.

GURNEMANZ

Bien, aunque sea maldita, hoy vive aquí, quizás arrepentida, y habiendo expiado faltas anteriores, no olvidadas en otros lugares. Si paga, pues, sus culpas de este modo, y es benéfica para nuestros caballeros, ¿quién reprobará su conducta, si ayudándose á sí misma nos sirve á nosotros?

3.<sup>er</sup> ESCUDERO

Quizás esas faltas tuyas sean la causa de algunos desastres nuestros.

GURNEMANZ

¡Sí! Cuando estaba muy lejos de nosotros, nos visitó también grave desdicha. Largo tiempo hace que la conozco, y más tiempo todavía la conocí antes Titurel. Cuando consagró ese burgo, la encontró en los matorrales de la selva, inmóvil, exánime, casi muerta. Tal era también su estado al verla yo no hace mucho, reciente todavía la desventura que sufrimos con tanta vergüenza nuestra, del criminal que habita allende la montaña... (A Kundry). ¡Hola, tú!... escucha y dime: ¿en dónde vagabas cuando perdió la lanza nuestro señor?... (Kundry calla). ¿Por qué no nos ayudaste en aquella ocasión?

KUNDRY

Yo no ayudo jamás.

4.<sup>o</sup> ESCUDERO

Ella misma lo dice.

3.<sup>er</sup> ESCUDERO

Si tanta es su lealtad y su osadía, ¿por qué no busca la lanza perdida?

GURNEMANZ

(Con triste acento). ¡Eso es otra cosa!... Nadie puede... (Con énfasis). ¡Oh lanza sagrada, y maravillosa por sus heridas! yo ví la mano profunda que te blandía. (Abismándose en tristes recuerdos). Armado con ella Amfortas, harto atrevido (¿quién podía manejar armas bastante poderosas para afrontar al encantador?), ya cerca del castillo, desapareció este héroe de nuestra vista: una mujer temible por su belleza lo sedujo: embriagado de amor en sus brazos, abandonó la lanza; un grito de muerte... Yo corrí sin vacilar... y ví á Klingsor que desaparecía riéndose, después de arrebatarse la sagrada lanza. Yo, peleando, favorecí la huida del rey; una herida, sin embargo, lo abrasaba, herida que no se ha cerrado después.

3.<sup>er</sup> ESCUDERO

¿Entonces conocías tú á Klingsor?

GURNEMANZ

(A los escuderos 1.<sup>o</sup> y 2.<sup>o</sup> que vienen de la parte del lago). ¿Cómo está el rey?

ESCUDERO 2.<sup>o</sup>

El baño le refresca.

ESCUDERO 1.<sup>o</sup>

El bálsamo alivia su dolor.

GURNEMANZ

(Después de una pausa). La herida es de las que no se cierran jamás.

ESCUDERO 3.<sup>o</sup>

Sin embargo, dínos ¡oh padrecito! lo que sepas, sin ocultarnos nada: tú conoces á Klingsor... ¿Cómo puede ser esto? (El escudero 3.<sup>o</sup> y el 4.<sup>o</sup> se han sentado mientras tanto á los pies de Gurnemanz; los otros dos los imitan).

GURNEMANZ

Bien lo conocía Titurel, el héroe piadoso. Cuando enemigos feroces, astutos y fuertes amenazaban al imperio de la fe sincera, mensajeros celestiales de nuestro Salvador lo visitaron una noche tan santa como solemne: después de su postrer banquete, le dió la copa consagrada, la sacrosanta y sublime copa, en donde vertió crucificado su divina Sangre, dándole también el hierro de la lanza que la derramó... Preciosísimas reliquias del Redentor de los hombres, concedidas para la guarda de nuestro rey. Un santuario para venerar tan ricas joyas, edificó él. Vosotros, los consagrados á su servicio, que recorréis la senda no hollada por ningún pecador, sabéis que sólo una conciencia inmaculada ha de ser patrimonio exclusivo de los hermanos, que han de ostentar fuerzas sobrenaturales para defender el emblema sublime del santo Graal: de aquí que este don fuera rehusado á Klingsor, por quien preguntáis, y que viviese desarmado, endurecida el alma con sus culpas. Allá lejos, en el valle, moraba solitario; país fértil de paganos se dilata por allí: ignoro cuáles puedan ser los pecados que lo manchan, pero él deseaba expiarlos y santificarse, á ser posible. Incapaz de purificar su alma, se hirió con su mano culpable para apoderarse del santo Graal, rechazando con desprecio á su verdadero defensor; rabioso delirio se enseñoreó de Klingsor, y en su vergonzosa impotencia llamó en su auxilio pérdidas encantos, y al cabo los encontró...: transformó desiertos en jardines deliciosos, poblados de beldades tan extraordinarias como diabólicas, esperando allí á los caballeros del Graal para seducirlos con placeres prohibidos, y condenarlos al fuego eterno: pervierte á cuantos se le acercan, y muchos se cuentan ya de este número. Así Titurel, abrumado por su avanzada edad, al dejar el mando á su hijo Amfortas, no excusó medio ni diligencia para esconderlo contra las asechanzas mágicas. Vosotros sabéis cuál ha sido su resultado: Klingsor es ahora dueño de la lanza; hasta á bienaventurados hiere, y se lisonjea, confiado en ella, de arrebatarnos el santo Graal. (Kundry no descansa un instante, presa de la mayor inquietud).

ESCUDERO 4.<sup>o</sup>

Lo más importante ahora es que la lanza vuelva á nuestro poder.

ESCUDERO 3.<sup>o</sup>

¡Ah! dicha y fama eterna acompañarán al que la traiga.

GURNEMANZ

(Después de una pausa). Despojado el santuario de su gala más preciada, Amfortas yace en el lecho del

dolor, anhelando ardientemente su rescate: abandonó al Graal el resplandor del cielo, y sólo un sueño milagroso repitió a su oído una vez estas palabras clarísimas: «aguarda a mi elegido, un insensato inocente, cuya inteligencia se despejará por obra de la compasión.» (Los cuatro escuderos las repiten con el mayor fervor). (Oyense gritos hacia el lago, y voces de

## CABALLEROS Y ESCUDEROS

¡Ay de nosotros!... ¡Qué desventura!... ¡Ah!... ¡Arriba!... ¿Quién es el culpable?... (Gurnemanz y los cuatro escuderos corren hacia el lago y se vuelven horrorizados... Un cisne salvaje se acerca con tarde vuelo de la laguna; viene herido, se mantiene en el aire con trabajo, y cae al fin en tierra moribundo.)

## GURNEMANZ

¿Qué es esto?

## 1.º ESCUDERO

¡Allí!

## 2.º ESCUDERO

¡Aquí! ¡Un cisne!

## 3.º ESCUDERO

¡Un cisne salvaje!

## 4.º ESCUDERO

¡Está herido!

## OTROS ESCUDEROS

(Viniendo en tropel del lago). ¡Ay de nosotros! ¡Qué desastre!

## GURNEMANZ

¿Quién ha tirado al cisne?

## 2.º CABALLERO

(Presentándose). Saludábalo el rey como a feliz presagio: cruzaba un cisne por el lago: voló una flecha...

## OTROS ESCUDEROS

(Trayendo a Parsifal). ¡Ese ha sido! ¡Ese tiró! Suyo es el arco!... ¡Mirad la flecha, igual a las tuyas!

## GURNEMANZ

(A Parsifal). ¿Eres tú el matador de ese cisne?

## PARSIFAL

¡Sin duda! Al vuelo acierto a lo que vuela.

## GURNEMANZ

¿Lo has hecho tú? ¿No temes el castigo de tu delito?

## LOS ESCUDEROS

¡Que pague su pena el culpable!

## GURNEMANZ

¡Acción inaudita! ¿Cómo osas matar aquí, en esta selva sagrada, en donde sólo se respira el silencio y la paz? ¿Las fieras de estas umbrías no se acercaban a ti mansas, como si te saludaran, inspiradas por el amor y la piedad? ¿Qué te decían los pajarillos, cantando entre las ramas? ¿Te ha ofendido acaso ese cisne inocente? Velaba buscando a su compañera para cruzar con ella el lago, y consagrando así solemnemente su saludable virtud. ¿Cómo no te detuviste en vez de dejarte arrastrar de esa afición pueril y salvaje de matar a flechazos las aves?... Para nosotros era sagrado: ¿qué es ahora para ti? Ahí, míralo, ahí lo hirió tu saeta: hielase su sangre, y sus alas inmóviles cuelgan; a la blanca nieve

de su plumaje deslustranla oscuras manchas y sus ojos no brillan como antes. ¿Puedes acaso mirarlo? ¿tienes conciencia de tu grave falta? (Parsifal lo escucha con creciente admiración: después rompe su arco, y tira las flechas). Habla al fin: ¿Confías tu grave culpa? (Parsifal pasa la mano por los ojos). ¿Cómo pudiste cometerla?

## PARSIFAL

Nada sabía.

## GURNEMANZ

¿De dónde eres?

## PARSIFAL

No lo sé.

## GURNEMANZ

¿Quién es tu padre?

## PARSIFAL

No lo sé.

## GURNEMANZ

¿Quién te ha encaminado aquí?

## PARSIFAL

No sé.

## GURNEMANZ

¿Cuál es tu nombre?

## PARSIFAL

Tenía muchos, pero ya no me acuerdo de ninguno.

## GURNEMANZ

¿Nada sabes, pues? (Aparte). (Sólo a Kundry he encontrado hasta ahora tan estúpido como éste...) (A los escuderos, cuyo número se ha aumentado mientras tanto). Andad; cuidad al rey mientras se baña... Ayudadle... (Los escuderos, con el mayor respeto levantan al cisne, y se alejan con él hacia el lago.—Volviéndose Gurnemanz a Parsifal). Dime ahora: nada sabes de lo que te pregunto: dí tú mismo ahora lo que sepas, porque algo has de saber.

## PARSIFAL

Yo tenía madre; llamábase Corazón Traspasado: ambos vivíamos en las selvas y en los despoblados.

## GURNEMANZ

¿Quién te dió el arco?

## PARSIFAL

Yo mismo lo hice para ahuyentar las feroces águilas del monte.

## GURNEMANZ

Noble parece tu porte, y preclara tu alcurnia: ¿cómo no te enseñó tu madre a manejar mejores armas? (Parsifal calla).

## KUNDRY

(Que recostada en un ángulo de la selva, mira con grande atención a Parsifal, y exclama al fin con voz ronca:) Muerto Gamuret peleando, la madre dió a luz a su hijo póstumo; para preservar al hijo de igual desdicha, tan prematura como heroica, la loca lo educó en los desiertos, extraño al ejercicio de las armas, para ser también un insensato. (Ríese).

## PARSIFAL

(Que la ha escuchado con el mayor ahínco). ¡Sí! Y cuando espléndidos caballeros, sentados en hermosos



animales, atravesaron los linderos del monte, deseé en el alma igualarlos. Se refan y cazaban. Corrí en su seguimiento, pero no pude alcanzarlos; subiendo cerros y bajando valles atravesé vastas soledades; muchas veces me visitó la noche; muchas les sucedió el día, y de las fieras y de los hombres de elevada estatura hubo de guardarme un arco.

KUNDRY

(Con vehemencia). ¡Verdad es! Gigantes y salteadores probaron su valor: todos ellos cobraron miedo á tan fiero campeón.

PARSIFAL

¿Quién me temía? ¡Dilo!

KUNDRY

¡Los malvados!

PARSIFAL

¿Eran malvados los que me amenazaban? (Gurnemanz se sonríe). ¿Quién es bueno?

GURNEMANZ

(Con solemnidad). Tu madre, de quien huiste, inquieta y solícita sólo por tí.

KUNDRY

Sus penas terminaron: su madre murió.

PARSIFAL

(Aterrado). ¿Mi madre... muerta? ¿quién lo dice?

KUNDRY

Pasaba yo á caballo á su lado, y la ví expirar: pidióme que, en su nombre, á tí, que eres un insensato,



Decoración del acto primero de Parsifal, en el teatro de Baireuth

diese su último adiós. (Parsifal acomete furioso á Kundry, y oprime su cuello).

GURNEMANZ

(Conteniéndolo). ¡Desventurado! ¿Otra vez la violencia? ¿otra vez? ¿Qué te ha hecho esta mujer? Decía la verdad. Kundry nunca miente, aunque ha visto muchas cosas. (Después que Gurnemanz ampara á Kundry, Parsifal queda largo tiempo como anonadado. Luego tiembla convulsivamente).

PARSIFAL

Yo... ¡me siento morir!... (Kundry corre sin detenerse á una fuente de la selva, trae agua en un vaso de cuerno, rocía con ella el rostro de Parsifal, y se lo presenta después para beber).

GURNEMANZ

¡Bien, bien! Así se obtiene la gracia del Graal; quien paga con beneficios ahuyenta la maldad.

KUNDRY

(Volviéndose con tristeza). Nunca hice á nadie bien...

sólo quiero descansar. (Mientras Gurnemanz cuida á Parsifal paternalmente, Kundry, á hurtadillas de ambos, se desliza en un matorral). ¡Sólo descanso!... ¡Descanso! ¡ay de mí! ¡á quien tanto lo anhela!... ¡Dormir!... ¡oh! ¡que nadie me despierte! (Levantándose sobresaltada). ¡No, no puedo dormir!... el terror me domina. (Prorrumpe en gritos ahogados, y tiembla todo su cuerpo; después deja caer lánguidamente los brazos, inclina la cabeza, y vacila á un lado y á otro, abrumada de cansancio). ¡Arma inútil! ¡llegó el plazo fatal! ¡Dormir!... ¡dormir!... ¡necesito dormir!... (Cae detrás del matorral, y sigue así sin ser notada.—Hacia el lago se observa movimiento de gentes, y allá en el fondo se destaca acercándose la litera de Amfortas, con su acompañamiento de caballeros y escuderos).

GURNEMANZ

El rey regresa del baño; el sol brilla en lo alto: deja ahora que te lleve á gozar de un banquete piadoso; porque si eres inocente, el Graal hartará tu hambre y apagará tu sed. (Rodea dulcemente su cuello con el brazo de Parsifal, y lo sostiene con los suyos, y de esta manera andan ambos, con lentitud).

PARSIFAL

¿Quién es el Graal?

GURNEMANZ

No puede decirse; pero si tú eres el elegido para su gloria, te importa poco saberlo... ¡Mira! pareceme que te reconozco. Ningún camino atraviesa este país, y ningún mortal, sin merecerlo, podía hollarlo.

PARSIFAL

Apenas ando... y, no obstante, me imagino alejarme mucho.

GURNEMANZ

Ya ves, hijo mío, que el tiempo se trueca aquí en espacio. *(Insensiblemente, mientras Gurnemanz y Parsifal caminan, mudase la escena de izquierda a derecha: desaparece la selva, abre una puerta por la cual parece que entran ambos; luego se presentan en diversos corredores que, siempre ascendiendo, cruzan en distintas direcciones. —Escúchase a lo lejos sonido reposado de trompetas, y más cerca, aproximándose, ruido de campanas. —Llegan al fin a un salón suntuoso, que termina en una cúpula sostenida por una elevada bóveda, por la cual penetra sólo la luz. —El ruido va aumentando desde lo alto de la cúpula).*

GURNEMANZ

*(Volviéndose a Parsifal, que parece encantado).* Atiéndeme bien ahora, y déjame considerar si eres insensato e inocente, qué linaje de sabiduría podrá también convenirte... *(Abrese una gran puerta en los dos costados del fondo. Por la derecha entran solemnemente los caballeros del Graal, colocándose mientras se escucha el canto que sigue, poco a poco, junto a las dos mesas, largas y cubiertas, dispuestas de suerte que ocupen desde el fondo al proscenio paralelas a los costados, dejando libre el centro: sólo hay copas en ellas, no vajilla).*

CABALLEROS DEL GRAAL

En la refacción postrera de cada día, símbolo de nuestro amor fraternal, como si fuera la última de la vida, regocíjese el bueno y el puro; se renovará este goce en su honor, y participará de él el favorecido de los dones celestiales.

MANCEBOS

*(Cuyas voces se oyen como si viniesen de la mitad de la altura del salón).* Como derramó un día su sangre, sufriendo innumerables dolores, por rescatar los pecados del mundo, derrámese, si es preciso, la mía, llenándome de gozo, para ensalzar al Dios de nuestra redención. Su muerte hace vivir en nosotros al cuerpo, que por nuestros pecados sacrificó.

CORO DE JÓVENES

*(Desde la parte más elevada de la cúpula).* La fe vive; vuela la paloma, santa mensajera del Salvador. La sangre de vuestras venas se reanimará con este vino y con este pan que da la vida. *(Por la puerta de enfrente entra Amfortas en una litera, sostenida por escuderos y por hermanos de servicio: precedente jóvenes, que traen una urna cubierta con paño de púrpura. Este acompañamiento se dirige hacia el centro de la escena, en el fondo, en donde se eleva un lecho de parada debajo de un solio, en el cual desciende Amfortas de su litera; delante se ve una mesa larga de mármol, semejante a un altar, en la cual depositan los jóvenes la urna después de descubrirla... Terminado el canto, y después de ocupar los caballeros los asientos inmediatos a la mesa, hay una pausa muy pro-*

*longada... Oyese de lo más profundo del fondo de un nicho abovedado, detrás del lecho de Amfortas, la voz, que parece salir de un sepulcro, del anciano*

TITUREL

Amfortas, ¡hijo mío! ¿Desempeñas el cargo de maestro? *(Silencio).* ¿Veré hoy el santo Graal? *(Silencio).* ¿He de morir, acaso, sin salvador que me acompañe?

AMFORTAS

*(Con acento de la más profunda desesperación).* ¡Ay de mí! ¡horrible tortura!... Todavía, ¡oh padre! eres tú el agraciado con este honor. ¡Vive! ¡vive, y déjame morir!

TITUREL

Vivo yo en este sepulcro por misericordia de nuestro Salvador; grande es mi flaqueza para servirlo: tú expías ahora tu culpa... ¡Descubrid el Graal!

AMFORTAS

*(Haciendo a los escuderos gestos negativos).* ¡No, no lo descubráis!... ¡Oh!... que ninguno, que ninguno deje de presenciar este tormento, que despierta en mí una reliquia que tan poderosamente os extasia. ¿Qué es la herida ni mis intolerables dolores, comparados con la pena de verme condenado a ejercer esta dignidad?... ¡Funesta herencia, que me ha tocado en suerte a mí, pecador solo entre todos: guardar el santuario más sagrado, para que sus bendiciones se derramen sobre las almas inmaculadas. ¡Oh! castigo sin igual del desventurado, ¡ay de mí! doliente, favorecido en otro tiempo de la gracia!... Su presencia, su salutación divina he de anhelar yo con todo mi corazón, y con la contrición más profunda he de acercarme a él: la hora se aproxima: el rayo de luz ilumina la preciosa reliquia; su cobertura cae: el líquido divino del sagrado vaso arde ya con fulgor extraordinario; dolor mezclado con divino placer de donde brota la sangre más pura, se desliza sensiblemente en mi corazón; pero las alborotadas olas de mi propia sangre, manchada con la culpa, me inundarán en breve con sus torbellinos, arrastrándome sañudas a las riberas del pecado...: abre de nuevo la fuente de donde manan, y abrasa mi herida, semejante a la suya, abierta por la misma lanza, que hirió en otro tiempo a nuestro Salvador. Arrancando lágrimas de sangre a su Divino Rostro, cuando en su misericordia infinita deploraba la afrenta, que los hombres le inferían... y ahora corre también enardeciendo mis venas impías en este cargo augusto, defensor de esa divina reliquia, depositario de ese bálsamo de consuelo, renovando perpetuamente mi pena, y sin medio ¡ay de mí! de lograr la expiación. ¡Misericordia! ¡misericordia! ¡Señor misericordioso, compadécete de mí! ¡Toma mi herencia y cierra mi herida, que yo fenezca santamente, libre de pecado! *(Cae desmayado).*

CORO DE MANCEBOS

*(Desde la cúpula).* «La compasión infundirá sabiduría al insensato inocente: espéralo, lo he elegido yo.»

CABALLEROS

*(Con dulzura).* Espera confiado, y cree en la profecía. Hoy desempeña tu cargo.

LA VOZ DE TITUREL

¡Descubrid el Graal! *(Amfortas se ha levantado en silencio. Los mancebos descubren la urna de oro, sacando el Graal (una copa antigua de cristal), cuya cubierta quitan, y la presentan a Amfortas).* ¡La bendición! *(Mientras Amfortas, orando mentalmente, se inclina*

*hacia la copa, se extiende poco á poco en la escena mayor oscuridad).*

LOS MANCEBOS

*(Desde la cúpula).* ¡Tomad mi sangre, testimonio de nuestro amor! ¡Tomad mi cuerpo, para que os acordéis de mí! *(Un rayo de luz deslumbradora ilumina desde arriba la copa que brilla á su vez con mayor fuerza, ostentando un color transparente de púrpura. Amfortas, con rostro placentero, levanta en alto el Graal, y lo inclina suavemente en todas direcciones. Al oscurecerse la escena, hincanse de rodillas todos, y miran devotamente al Graal).*

LA VOZ DE TITURIEL

¡Oh placer celestial! ¡Cuán claramente nos saluda hoy el Señor! *(Amfortas deja el Graal en su sitio, palideciendo paulatinamente el color de éste, mientras se disipa á su vez la oscuridad: los mancebos guardan otra vez la copa en la urna, y la cubren como antes.—Al reaparecer la claridad del día, se ven distintamente las copas de la mesa, llenas de vino, y un pan junto á cada copa. Prepáranse todos para comer, y también Gurnemanz, que ha dejado un asiento vacío inmediato al suyo, é invita con sus gestos á Parsifal á tomar parte en la comida. Parsifal, sin embargo, permanece á su lado atónito y mudo, como asombrado de lo que ve. Canto alternado durante la cena).*

CORO DE JÓVENES

*(Desde lo alto).* Pan y vino del último banquete, en virtud del amor y de la misericordia, traspasaba el Señor del Graal en la sangre, que derramaba, y en el cuerpo que ofrecía.

CORO DE MANCEBOS

*(Desde la mitad de la altura).* Sangre y cuerpo, ofrendas de su sacrificio, os dispensa hoy para consuelo vuestro el Salvador, que adoráis en el vino, que ahora bebéis, y en el pan, que hoy coméis.

LOS CABALLEROS

*(Primer semicoro).* El pan, que tomáis, acrecerá pronto vuestra fuerza y vigor corporal; fieles hasta la muerte y con valor esforzado, practicad las obras que el Salvador os ordenó.

*(Segundo semicoro).* El vino, que gustáis, transformese en breve en sangre, fuente y de calor de vida para que, alegres y unidos, como fieles hermanos, luchéis con ánimo piadoso. *(Levántanse solemnemente, y se dan unos á otros las manos).*

TODOS LOS CABALLEROS

¡Bienaventurado el que cree! ¡bienaventurado el que ama!

LOS MANCEBOS

*(Desde la mitad de la altura).* ¡Bienaventurado el que ama!

LOS JÓVENES

*(Desde la parte superior).* ¡Bienaventurado el que cree! *(Durante la comida, en que no toma parte, Amfortas decae poco á poco de su primer entusiasmo: inclina la cabeza y aplica sus manos á su herida. Los jóvenes se acercan á él; sus gestos indican que se ha renovado la sangre de la herida: cuidan á Amfortas, le acompañan otra vez á la litera, y todos se preparan para salir, llevando á Amfortas y á la santa urna en el orden en que entraron. Los caballeros y escuderos se colocan en sus puestos respectivos, para servir de solemne acompañamiento, y abandonan lentamente el escenario, del cual desaparece también poco á poco la luz anterior del día. Las campanas han sonado otra vez.*

*Parsifal, al oír los quejidos más lastimeros de Amfortas, se lleva de repente la mano al corazón, y parece temblar un largo rato; después se queda inmóvil y como anonadado. Cuando los últimos abandonan la escena, y se cierran de nuevo las puertas, Gurnemanz se aproxima cénudo á Parsifal, y le sacude el brazo).*

GURNEMANZ

¿Qué haces ahí en pie? ¿Sabes lo que has visto? *(Parsifal mueve un poco la cabeza).* Tú no eres, pues, más que un insensato. *(Abre una puerta pequeña de escape).* Véte, pues, y sigue tu camino. Sin embargo, Gurnemanz te aconseja que en lo sucesivo dejes en paz á los cisnes; y ya que eres tan rústico, busca á los gansos. *(Empuja fuera á Parsifal, y de mal humor cierra después la puerta con estrépito. Mientras sigue á los caballeros, cae el telón).*

Traducido directamente del alemán, por

E. DE MIER.

*(Continuará).*



## LA CENA JOCOSA

EN Jaén, donde resido,  
vive don Lope de Sosa,  
y diréte, Inés, la cosa  
más brava de él que has oído.

Tenía este caballero  
un criado portugués...  
pero cenemos, Inés,  
si te parece, primero.

La mesa tenemos puesta,  
lo que se ha de cenar junto,  
las tazas del vino á punto;  
falta comenzar la fiesta.

Comience el vinillo nuevo,  
y échale la bendición;  
yo tengo por devoción  
de santiguar lo que bebo.

Franco fué, Inés, este toque;  
pero arrójame la bota:  
vale un florín cada gota  
de aqueste vinillo aloque.

¡De qué taberna se trajó!  
Mas ya... de la del Castillo:  
diez y seis vale el cuartillo,  
no tiene vino más bajo.

Por Nuestro Señor que es mina  
la taberna de Alcocer:  
grande consuelo es tener  
la taberna por vecina.

Si es ó no invención moderna,  
vive Dios, que no lo sé;  
pero delicada fué  
la invención de la taberna.

Porque allí llevo sediento,  
pido vino de lo nuevo,  
mídenlo, dánmelo, bebo,  
págolo, y voyme contento.

Esto, Inés, ello se alaba,  
no es menester alaballo:  
sólo una falta le hallo,  
que con la priesa se acaba.

La ensalada y salpicón  
hizo fin, ¿qué viene ahora?  
La morcilla, gran señora  
digna de veneración.

¡Qué oronda viene y qué bella!  
¡Qué través y enjundia tiene!  
Páreceme, Inés, que viene  
para que demos en ella.

Pues, sús; encójase y entre,  
que es algo estrecho el camino...  
no echas agua, Inés, al vino,  
no se escandalice el vientre.

Echa de lo trasañejo,  
porque con gusto me comas;  
Dios te guarde, que así tomas,  
como sabía, el buen consejo.

Mas dí: ¿no adoras y precias  
la morcilla ilustre y rica?  
¿Cómo la traidora pical  
tal debe tener especias.

¡Qué llena está de pifones!  
Morcilla de cortesanos,  
y asada por esas manos  
hechas á cobar lechones.

El corazón me revienta  
de placer: no sé de tí.  
¿Cómo te va? Yo por mí  
sospecho que estás contenta.

Alegre estoy ¡vive Dios!  
Mas oye un punto sutil;  
¿No pusiste allí un candil?  
¿cómo me parecen dos?

Pero son preguntas viles,  
ya sé lo que puede ser:  
con ese negro beber  
se acrecientan los candiles.

Probemos lo del pichel,  
alto licor celestial;  
no es el aloquillo tal,  
ni tiene que ver con él.

¡Qué suavidad! ¡qué clareza!  
¡qué rancio gusto y olor!  
¡qué paladar! ¡qué color!  
todo con tanta fineza.

Mas el queso sale á plaza,  
la moradilla va entrando,  
y ambos vienen preguntando  
por el pichel y la taza.

Prueba el queso, que es extremo,  
el de Pinto no le iguala,  
pues la aceituna no es mala  
bien puede bogar su remo.

Haz, pues, Inés, lo que sueles,  
daca de la bota llena  
seis tragos: hecha es la cena,  
levántense los manteles.

Ya, Inés, que habemos cenado  
tan bien y con tanto gusto,  
páreceme será justo  
volver al cuento pasado.

Pues sabrás, Inés hermana,  
que el portugués cayó enfermo...  
Las once dan, yo me duermo,  
quédese para mañana.

BALTASAR DE ALCÁZAR (1).

(1) Don Baltasar de Alcázar nació en Sevilla por los años 1530, de familia noble y esclarecida. Diósele educación correspondiente á su clase, dedicándolo particularmente al ejercicio de las armas, donde consiguió grandes ventajas, pues — dice su biógrafo don Vicente de Avilés — que era muy esforzado y de gentil disposición, militando mucho tiempo en las naves y galeras del mayor marino de su siglo, don Álvaro de Bazán, donde se granjeó la reputación de gran soldado, alcanzando singulares victorias contra los franceses, los que lo hicieron una vez prisionero, y al ver su valor y aspecto le dieron desde luego la libertad. Fué también muy estudioso y adquirió vastos conocimientos en ciencias naturales y lenguas vulgares y clásicas. Retirado á su patria se casó y vivió con mucho honor y estimación desempeñando elevados cargos. Fué al mismo tiempo que celebrado poeta diestro músico y hábil compositor, poniendo en música algunos de sus propios madrigales: dibujaba también con gusto y corrección. Tuvo por amigos los más doctos y sabios varones de su tiempo, entre ellos Gutierre de Cetina, Fernando de Herrera, los dos Pachecos, etc., que lo celebraron con singulares alabanzas. Murió el 16 Enero de 1606 á los 76 años de edad con admirable resignación y disposición cristiana. La *Cena jocosa* — dice el humanista y pintor Francisco Pacheco — es una de las más lucidas obras que compuso: en ella se revela como en ninguna el estilo y personalidad de su autor.

## EL TOCADOR

### IV

#### EL ROSTRO

**L**AS aguas de Colonia y los vinagres son agradables cosméticos que resumen en sí casi todas las aguas llamadas de tocador, y en las que no entra agente alguno venenoso. Ni unas ni otros se emplean nunca puros, pues todo el mundo se contenta con echar algunas gotas de ellos en el agua; así, pues, obran más por su aroma que por su composición.

Pocas elegantes hay que no se sirvan de estos cosméticos, sobre todo en las lociones de la mañana. Las rubias, por lo mismo que su piel suele ser fina y esponjosa, buscan cosméticos más bien astringentes; así es que prefieren los vinagres. Al contrario, las morenas, cuya piel tiene tonos más vivos, necesitan cosméticos en armonía con esa mayor actividad, y prefieren el agua de Colonia. Así se cree haberlo observado, pero si esta regla parece plausible en principio, en la práctica admite muchas excepciones; porque la verdad es que lo que domina mucho en la elección de cosmético es el gusto y la moda.

Las personas que usan habitualmente esas aguas de tocador, especialmente la de Colonia, acostumbran á prepararlas ellas mismas con recetas que se comunican unas á otras. No todas estas recetas son higiénicas, y por tanto, más adelante daremos alguna digna de toda confianza.

Pero se nos dirá ¿por qué no lavarse simplemente con agua pura? Porque se pretende que el agua pura endurece la piel y llega á arrugarla. Y lo cierto es que las personas obligadas por su profesión á tener las manos metidas en agua por mucho tiempo, como las lavanderas, generalmente tienen la piel en estado deplorable.

Tampoco es indiferente la temperatura del agua con que uno se lava. En general el agua tibia es preferible á la completamente fría, primero porque limpia más, y después porque predispone menos la piel á arrugarse. Decimos que limpia mejor, pues quita más fácilmente las impurezas atmosféricas ó de cualquier otra procedencia que se fijan en la superficie de la piel; pero fría ó caliente, nunca podrá por sí sola disolver esta especie de barniz sebáceo que proviene de la secreción de las folicúlas y que es lo que más ensucia; y por consiguiente con agua sola la cara mejor lavada será siempre una cara mal limpiada.

Para restituir á los tegumentos su limpieza, su brillo, su transparencia natural, no hay como el jabón; es el sólo cosmético que limpia de veras. Y sin embargo,

todos los días se oye decir con tono sentencioso: «Yo nunca me lavo la cara más que con agua pura.» Ganas nos dan de contestar: «Pues no envidio á usted el gusto.» Aconsejamos, pues, que al lavarse se pase el jabón por la esponja y después la esponja por la cara y en seguida abundantes lociones de agua clara: entonces la tez, según la comparación de Ovidio, queda más tersa que el espejo que la refleja.

Para convencerse de la superioridad del lavado con jabón, recomendamos el siguiente experimento: No hay más que lavarse cada mañana un lado de la cara con jabón y la otra con agua sola. Antes de ocho días los dos lados de la cara presentarán un contraste tal como el que se observa en cualquier cuadro antiguo mitad restaurado y mitad no.

No negaremos que ciertas clases de epidermis son tan sumamente sensibles á la acción de cualquier cosmético, que el mismo jabón hace salir manchas en ella. En este caso recomendamos el uso de la glicerina jabonosa de Pinar.

No cabe, pues, vacilación. Y nótese que el empleo del jabón no excluye en manera alguna el uso de aguas de tocador para mayor embellecimiento. Cuando se ha limpiado bien una tela, no hay inconveniente en que se le dé brillo: lo mismo sucede con la piel. ¿No viene en justificación de esto el ejemplo de los dioses del Olimpo? Homero dice: «Cada vez que Minerva quería agradar y deslumbrar al soberano de los Dioses, bañaba su rostro en una esencia divina cuya nombre es sinónimo de belleza, porque realmente es fuente de ella. Esta misma esencia es la que Venus desparramaba por su cuerpo, cuando, la sien ceñida de inmortal corona, iba á mezclarse en las danzas de las Gracias y las Musas. Entonces su piel adquiría una deslumbrante blancura, al lado de la cual parecía empañado el marfil recién pulido.»

Tras las diosas las reinas. ¿Quién no ha oído hablar del agua de la reina de Hungría? He aquí las circunstancias que dieron lugar á que recibiera este nombre, según las crónicas:

«Isabel, reina de Hungría, había recibido de un alquimista la receta de cierta agua que, según él, la libraría de envejecer. Realmente los años iban pasando sobre la cabeza de Su Majestad sin dejar huella de su paso. La mejor prueba de ello es que acababa de cumplir setenta primaveras cuando fué pedida en matrimonio por Charobert, gran duque de Lituania, que se había enamorado perdidamente de ella: verdad es que él no tenía entonces más que diez y ocho años, y esta edad explica muchas cosas. Pero, sea como sea, el casamiento se celebró, y la reina, entonces, en celebración de su alegre boda, dió á conocer su secreto, recibiendo

el agua aquella el nombre de *agua de la reina de Hungría*.

Vamos á dar la receta de la misma, rejuvenecida á su vez por nuestros modernos perfumistas.

#### AGUA DE LA REINA DE HUNGRÍA

Espíritu de vino rectificado. . . . .	1 litro.
Esencia de romero de Hungría. . . . .	15 gramos.
» de corteza de limón. . . . .	8 »
» de menta. . . . .	2 »
Espíritu de rosas. . . . .	14 centilitros.
» de flor de naranjo. . . . .	12 »

Mézclese y fíltrese.

El *agua de la reina de Hungría* no es más, en definitiva, que un agua de Colonia de calidad superior. Por esto, cumpliendo la promesa que hicimos, hemos dado ahora esta receta. Ahora con esta se puede

formar otra del vinagre de tocador. He aquí la fórmula:

#### VINAGRE DE TOCADOR

Agua de la reina de Hungría. . . . .	1 litro.
Tintura de benjuí. . . . .	10 gramos.
Vinagre radical. . . . .	50 »

Mézclese y fíltrese.

Esta mezcla da un excelente vinagre que puede competir con cualquier otro, así en calidad como en olor.

Ahora bien; aquella agua y este vinagre ¿conservarán las propiedades rejuvenecedoras que tan maravillosos efectos se dice obraron sobre la reina de Hungría? Contestar á esta pregunta es cosa muy delicada: así es que preferimos abstenernos de dar contestación á ella.

DR. CONSTANTINO JAMES.







## LO QUE HACE VIVIR Á LOS HOMBRES

FOR EL

CONDE LEÓN TOLSTOÏ (\*)

I

Vivía un zapatero en una aldehuela con su mujer y los hijos. Había en casa de un mujik, porque no tenía ni casa ni campo, y ganaba apenas con qué mantener á los suyos. El pan estaba caro, el trabajo mal retribuido: lo que ganaba se lo comía y para él y su mujer poseía únicamente una sola *chouba* (1) que por añadidura se cala á pedazos. Y hete ahí que había llegado ya el segundo año en que el zapatero andaba buscando cómo comprar algunas pieles de carnero para hacerse una *chouba* nueva.

Allá por el otoño había juntado algún dinerillo, de modo que había tres rublos en papel en el cofre de la *baba* (2). Además le debían en la vecina aldea cinco rublos y veinte kopeks. Cierta mañana decidió el zapatero irse á mercar las pieles. Púsose el chaquetón en nankin acolchado de la *baba*, por abrigo un caftán de paño, metió los tres rublos en el bolsillo, cogió el bastón y cádate el hombre en marcha tras de haber almorzado.

(\*) El conde León Tolstoï, autor de la narración que empezamos á publicar, figura entre los más notables novelistas rusos de nuestra época. Su imaginación poderosa le inclina á exagerar las doctrinas de amor al prójimo, que constituyen el fondo de sus novelas, cayendo en una suerte de socialismo cristiano, cuyas últimas consecuencias serían perturbadoras para la familia y la sociedad. Estando el lector prevenido contra estas exageraciones, que se notan poco en *Lo que hace vivir á los hombres*, las obras de Tolstoï le procurarán un agradable entretenimiento, sin daño alguno, porque el autor es maestro de veras en la descripción de costumbres y en la pintura de los tipos característicos del pueblo ruso contemporáneo.

(1) Piel de carnero.

(2) La mujer de casa.

—Cobraré los cinco rublos del mujik, decía para sus adentros, añadiré los tres míos y compraré pieles para una *chouba*.

Al llegar á la aldea fuése en derecha á la casa del mujik, que no se encontraba en ella. La *baba* prometió que su marido iría á entregar el dinero por toda la semana, mas no le dió nada.

En otra casa se le dijo que no tenían con qué pagarle y le dieron veinte kopeks para unas medias suelas. Esperaba el zapatero poder comprar las pieles al fiado, pero el mercader no quiso abrirle crédito.

—Trae el dinero, le dijo, y escogerás entonces las mercancías que se te antojen, porque sabemos por experiencia cuán difícil cosa es lograr que nos paguen.

El zapatero no hizo buenos negocios. Aparte de los veinte kopeks para las medias suelas, consiguió sólo que le entregasen un par de *valenki* (1) para que las arreglase.

Fuése muy tristón á la taberna para beberse los veinte kopeks, y luego se puso en marcha sin las pieles. Por la mañana sintió frío; mas después de haber bebido tenía calor, aunque no llevase *chouba*. Trota que es un gusto, da con el bastón en el suelo helado, divertíase haciendo voltear los *valenki*, y mientras tanto se decía:

—Tengo calor sin la *chouba* porque he bebido un poco, el vino corre por mi vientre; ¿de qué me serviría una *chouba* nueva? Ando ahora, olvidando mi miseria: tal es el hombre y así soy yo. ¿Qué me importa lo demás? Puedo vivir sin *chouba* y sin ella me pasará toda la vida. Ocurre, no obstante, una cosa: la *baba* se afligirá y con razón. Uno trabaja por ellos; os hacen correr y sudar esos mujiks. «Espera un poco, os dicen, no traes dinero, pues adiós y véte á paseo...» ¿A qué viene entregar sólo veinte kopeks? ¿Qué puede hacer uno con veinte kopeks? Bebérselos en la taberna y punto final. Entonces hablan de miseria. ¡Tu miseria! pues ¿y la mía? Tú tienes casa y ganado y todo, y yo no tengo más que á mí mismo. Tú comes el pan que produce tu campo y yo he de comprar el mío, cueste lo que cueste, y necesito para él tres rublos por semana. Cuando llego á casa el pan está ya comido. He de gastar todavía un rublo y medio. Deme, pues, lo que se me debe.

Así hablando llegó el zapatero cerca de la capilla, al revolver del camino, y vió tras de ella una cosa blanca. Érase el caer de la tarde y el zapatero no distinguía los objetos con claridad.

—¿Qué hay allá? Pues, Señor, en aquel sitio no había ninguna piedra blanca. ¿Será una vaca? No, porque no se parece á esta bestia. ¡Calla! pues por la cabeza diríase que es un hombre; mas ¿por qué es blanco? y ¿por qué hay aquí un hombre?

Siemen se acerca y ve más claro. ¡Milagro! es un hombre; ¿vivo ó muerto? Está sentado y desnudo, apoyado en el muro de la capilla y no se menea. Al zapatero le entra miedo.

—Han muerto á alguien, piensa, lo han desnudado y lo han arrojado aquí. Si me acerco, esto sólo me faltaba para que no tuviesen fin mis desdichas.

Da vuelta á la capilla y luego no ve al hombre. Algunos instantes después advierte que se ha separado de la pared, que se mueve y que parece mirarle fijamente. Más asustado que nunca, persignase el zapatero y se pregunta si es asunto de desandar lo andado ó de escapar.

—Si me acerco á él, piensa Siemen, puede sobrevenirme algún infortunio. Sabe Dios quién es este hombre. Su presencia aquí lo hace sospechoso: se me echará al cuello y tal vez no podré sacudírmelo, y si no me ahoga, por lo menos no dejará de causarme daño. ¿Qué voy á hacer con un hombre desnudo? No quiero desnudarme para vestirle, dándole mi único vestido. Dios me deje huir.

Y apretó el paso, mas de repente paróse en el camino.

—¿Qué haces, Siemen? se dijo, ¿qué haces? Un hombre se muere y tú cobras miedo y escapas. ¿Temes que te despoje de tus tesoros? ¡Siemen, tú no te portas bien!

(1) Botas de fieltro para el invierno.

## II

Siemen vuélvese hacia la capilla y va flechado al hombre.

Cuando estuvo cerca de él lo examinó. Era el hombre joven y robusto; no había señal alguna de violencia ó de golpes en su desnudo cuerpo, pero se hallaba transido de frío y tenía el aire asustado. Sentado cabe el muro no miraba á Siemen, porque al parecer la postración no le permitía alzar los párpados.

Siemen se inclinó hacia él y el hombre se reanimó. Apenas el zapatero hubo fijado la vista en su mirada, que ya le amó. Echó al suelo los *valenki*, soltóse el cinturón y quitóse el caftán.

—Veamos, dijo, fuera palabras vanas. Vístete de prisa: vamos á ver.

Y cogió al infeliz con sus brazos, lo levantó, lo puso de pie, contempló su cuerpo finísimo y blanco, y su rostro suave.

Siemen le echó el caftán en los hombros, pero el hombre no podía meterse las mangas. Siemen lo hizo, le abotonó el caftán, le ató el cinturón y se sacó la gorra para ponerla en la cabeza del hombre, mas sintió frío y pensó:

—Yo soy calvo mientras que él tiene largos cabellos rizados.

Y volvió á encasquetarse la gorra.

—Mejor será que le ponga botas.

Y arrodillándose ante el hombre le calzó los *valenki*, y luego, alzándole, le dijo estas palabras:

—Vamos, hermano, menéate un poquillo, entra en calor. Aquí nada tenemos que hacer y podemos marcharnos.

Pero el desconocido permanecía de pie, sin hablar, mirando á Siemen con dulzura. No podía articular una sola palabra.

—Pues, bien, ¿por qué no hablas? No podemos invernar aquí; es preciso regresar á casa. Ahí tienes mi bastón, apóyate en él si no tienes fuerzas. Arranquemos de aquí ¡en marcha!

Y el hombre anduvo, y no se quedó rezagado.

Caminaban juntos y Siemen dijo:

—¿De dónde eres?

—No soy de aquí.

—Ya conozco yo las gentes de este país. ¿Cómo caiste allá, detrás de la capilla?

—No puedo decirlo.

—¿Alguien te había hecho daño?

—No, nadie me ha maltratado. Dios me castigó.

—Sabido es que todo viene de Dios, pero también viene siempre de alguna parte. ¿Adónde te dirigías?

—No me importa, me es indiferente.

Siemen quedóse pasmado. Este hombre no tiene el aire de un bromista malvado, su voz es suave, pero nada ha dicho acerca de él. Piensa Siemen que hay muchas cosas inexplicables, y dice al hombre:

—Pues bien; vén á casa y te calentarás un poco en el hogar.

Siemen anda y el otro no se queda atrás sino que va á su lado. Se ha levantado viento que atraviesa la camisa del zapatero. Pasado el calor del vino, desaparece la embriaguez y empieza á helarse. Soplando marcha al trote y se dice para sus adentros:

—Bien estoy. Ya tengo la *chouba*. Sali de casa para comprar y vuelvo sin tener el caftán siquiera y trayendo á un hombre desnudo. Matrena no me felicitará por ello.

Matrena es la *baba*. Al acordarse de ella, se pone Siemen malhumorado; pero al volver la vista al hombre recuerda la mirada que éste le dió detrás de la capilla, y el corazón le brinca de gozo en el pecho.



## III

La mujer de Siemen ha arreglado la casa muy de mañana. Ha cortado leña, ha traído agua, ha dado de comer á los chicos y ha comido ella también, después de lo cual se ha echado á soñar. Sueña en el pan. ¿Se habrá de cocer hoy ó mañana? Queda todavía un buen bodigo en el armario: si Siemen ha comido en la aldea, si no cena esta noche, quedará aún pan suficiente para mañana. Mira ella y remira el bodigo.

—No coceré pan hoy, porque no tengo bastante harina. Tiraremos hasta el viernes.

Después de haber guardado el pan, Matrena se sienta junto á la mesa para remendar la camisa de su marido. Cose y piensa en Siemen que se ha ido á comprar pieles de carnero.

—Con tal de que el mercader no le haya engañado, porque es tan bonachón mi hombre. No engañará él nunca á nadie, y un chiquillo podría jugársela... Ocho rublos es dinero: se puede comprar una excelente *chouba*, no de primera calidad, pero vamos, una *chouba* al fin y al cabo. El pasado invierno fué tan crudo y no la teníamos: era imposible ir á lavar al río sin pieles. Y se marchó, habiéndose puesto mi chaquetón acolchado. ¿Puedo salir de casa con este pelaje?... Mucho tiempo ha empleado: podría estar de vuelta. ¿Si habrá hecho estación en la taberna?

Apenas acababa de pensar en Siemen, cuando resonaron sus pasos en el umbral. Matrena dejó su labor y allá se fué. Vió entrar á dos hombres, á Siemen y á otro mujik, desnuda la cabeza y calzado con valenki.

Por el aliento advirtió al instante Matrena que Siemen había bebido.

—Estoy segura, dijo ella.

Al verle sin caftán, vacías las manos, silencioso y como intimidado, desfalleció el corazón de la pobre mujer.

—Se ha bebido el dinero, ha ido á la taberna con algún pícaro y lo ha traído. No falta nada. Dejélos que entrasen en el isba y Matrena les siguió callandito.

Vió á un hombre, joven, flaco, pálido, que llevaba un caftán, sin camisa por debajo de esta prenda y sin bonetillo. Así que el hombre hubo entrado quedóse inmóvil, con los ojos bajos. Y Matrena pensó:

—Será una buena pieza y tiene miedo.

Fuése á la chimenea, enfadada y gruñendo, á esperar qué sucedería.

Quitóse Siemen la gorra y se sentó en el banco como un buen muchacho.

—Y bien, le dijo á Matrena, ¿nos darás de cenar? Estoy en ayunas.

Sin volver la cabeza, Matrena refunfuñó, paróse ante la chimenea, y sin moverse dirigió sus miradas al uno y al otro meneando la cabeza. Siemen adivinó que la *baba* estaba furiosa, mas ¿qué hacer? Como quien nada hace cogió de la mano al forastero.

—Siéntate, hermano, dijo, y cenemos.

El otro se sentó en silencio.

—Pues bien, mujer, ¿no has cocinado esta noche?

La cólera se apoderó de Matrena.

—Sí, que lo he hecho, mas no para tí que has bebido hasta reventar... Has ido en busca de una *chouba* nueva y vuelves sin caftán, y traes, por añadidura, á un vagabundo desnudo. No tengo cena para vosotros, borrachines.

—Basta, Matrena. No emplees la lengua para decir sandeces. Mejor obrarías preguntándome primero quién es ese hombre.

—Comienza por decir dónde perdiste el dinero, repuso la *baba*.

Siemen metió mano en el bolsillo y sacó de él tres rublos.

—He ahí el dinero. Trofimov no me ha pagado y ha prometido que lo haría mañana.

Encendióse más en cólera Matrena. Nada de *chouba* y el último caftán sobre los hombros

de un vagabundo desnudo, que para colmo de desdichas ha traído consigo. Cogió ella el dinero y fué á guardarlo, diciendo:

—No tengo cena. No puede una alimentar á todos los borrachos desarrapados.

—¡Matrena! Ten la lengua y atiende á lo que voy á decirte.

—¿Escuchar yo las tonterías de un imbécil que está bebido? ¡Cuánta razón tuve en hacerme de rogar para casarme contigo! Dióme vestido mi madre y tú te lo bebes: vas á mercar una *chouba* y te la bebes también.

En vano probó Siemen de contarle que sólo había gastado veinte kopeks en la bebida y de referirle cómo encontró al hombre, porque Matrena no le deja proferir una sola palabra, mientras ella dice dos al mismo tiempo y le echa en cara todo cuanto le ha pasado de diez años acá. Habla, y habla y habla Matrena, y á la postre coge á Siemen por la manga:

—Devuélveme la chaqueta, porque no tengo otra, me la has tomado y la tienes sobre tus espaldas, perro sucio. Así el diablo se te lleve.

Siemen intenta quitarse la chaqueta: tira de ella su mujer y las costuras se descosen. Al fin Matrena se apodera de la chaqueta, se la echa á la cabeza y se encamina hacia la puerta para marcharse, mas de pronto se detiene, llena de ira. Quisiera desahogarse con alguien y saber quién es aquel hombre.

## IV

De pie en el umbral, dijo Matrena:

—Si fuese un hombre honrado no iría desnudo, tendría camisa por lo menos. Si hubieses hecho alguna acción buena, me hubieras contado de dónde sacaste á este elegante.

—Pero si me muerdo por decírtelo. Pasaba cerca de la capilla y allí he visto á este joven medio helado y desnudo, y á la verdad que no estamos en tiempo de calor. Dios me llevó á él, pues de lo contrario hubiera muerto esta noche. ¿Qué hacer? Le vestí y le he traído á casa. Cálmate, Matrena, que lo que haces es pecado. Un día ú otro se ha de morir.

Abrió Matrena la boca para replicar, mas de pronto echó una mirada al forastero y callóse. Sentado en el banco permanecía inmóvil. Su pecho se levantaba, ahogábase, las manos cruzadas sobre las rodillas, inclinada la cabeza, los ojos bajos, como si sintiese una opresión. Matrena no habló palabra, y Siemen le dijo nuevamente:

—Matrena, ¿Dios no está ya en tu corazón?

Al oír estas palabras vió la *baba* á la vez que el forastero alzaba los ojos hacia ella y se enterneció su corazón. Abandonó el umbral y fué al fogón á preparar la comida, puso la fuente en la mesa, trajo el último pedazo de pan y el *kvass* (1).

—¡Come, pues! dijo ella.

—Acercaos, mozo.

Cortó el pan, lo mojó y se puso á comer. Matrena sentóse á uno de los ángulos de la mesa y apoyando los codos, con las manos en la barba, miraba al forastero. Y la conmiseración se apoderó de ella y empezó á estimar á aquel desgraciado, con lo cual en seguida se puso más alegre el forastero y alzando la cabeza miró á la pobre mujer sonriendo. Terminada la cena, limpió la *baba* la vajilla y dijo:

—¿De dónde vienes?

—No soy de aquí.

—¿Cómo aquí te encuentras?

—No puedo decirlo.

—¿Quién te despojó?

—Dios me ha castigado.

—¿Y permanecías así, desnudo?

(1) Sidra.

—Desnudo permanecía; me estaba helando. Siemen me ha visto y ha tenido lástima de mí, me ha puesto su caftán y me ha dicho que le siguiese. Tú, tú has tenido compasión de mi miseria y me has dado de comer y de beber. ¡Que Dios os bendiga!

Levantóse Matrena, abrió un cofre y sacó de él la vieja camisa de Siemen, que acababa de repasar para el día siguiente, cogió un par de viejos pañales y, dándolos al forastero, le dijo con dulzura:

—Toma, veo que ni siquiera tienes camisa, vístete y acuéstate donde quieras, en el banco ó cabe la chimenea.

El forastero se quitó el caftán, se puso la camisa y pañales y se tendió en el banco. Matrena mató la luz, cogió el caftán y se acostó junto á la chimenea al lado de Siemen. Tapóse con un extremo del caftán é intentó dormir, mas no pudo lograrlo. El extranjero la tenía preocupada, y luego soñó que se habían comido todo el pan que quedaba, que no tendrían pan al día siguiente y que además habían sido dadas la camisa y las bragas de Siemen. Púsose triste é inquieta, pero al recordar la sonrisa del forastero, inundóse de alegría su alma. Por largo tiempo Matrena no consiguió dormir, y lo mismo le pasaba á Siemen, que tiraba del caftán por su lado.



—¡Siemen!

—¿Qué hay?

—Nos hemos comido todo el pan, porque hoy no he cocido. ¿Qué haré mañana? ¿Le pediré á la comadre Melania que me preste un poquillo?

—Viviremos y tendremos de qué comer.

Y hubo un rato de silencio.

—Ese hombre tiene aire de bueno, ¿por qué, pues, nada nos descubre acerca de él?

—Sin duda que lo tendrá prohibido.

—¡Siemen!

—¿Qué hay?

—Nosotros damos y nadie nos da nada.

Siemen no supo qué contestar.

—Hemos charlado bastante, dijo volviéndose del otro lado.

Y los dos se durmieron.

(Continuad).



## NUESTROS GRABADOS

### MALA NOTICIA

CUADRO POR G. MANTEGAZZA

El pintor milanés G. Mantegazza ha presentado en este animado cuadro una escena, que lo mismo pudo ocurrir en los tiempos en que dominaban en Italia los

españoles, en el siglo xvi, como en cualquiera población de los tiempos que corremos. Trátase de un duelo que acaba de celebrarse y en el que ha salido herido uno de los contendientes. Así lo revela claramente el caballero que se descubre en el fondo con el brazo en cabestrillo sostenido por dos amigos, uno de los cuales lleva las dos espadas que sirvieron para el desafío. La



RICARDO WAGNER

mala nueva de haber sido herido, acaso gravemente, uno de los desafiados lo comunica á su esposa, que tal parece ser la dama desolada del primer término, un caballero que fué tal vez testigo del lance ó en él hubo de tomar parte principalísima. La desesperación se apodera de la dama al oír la triste nueva, y doloridos y turbados se hallan, asimismo, por igual causa cuantos se hallaban en la estancia. El anciano, que con viva inquietud adelanta el cuerpo para mejor oír las palabras del mensajero, muestra en la expresión que es próximo deudo del caballero herido, acaso su padre ó el padre

de su esposa. Tranquilamente jugaba al ajedrez cuando les sorprendió la infausta noticia. El artista, para dar mayor interés á su obra, ha puesto la acción en el siglo xvi, en Italia, porque los elegantes y ricos trajes de entonces y la fastuosa decoración de las casas aristocráticas la prestaban mayor campo que los vestidos y las moradas de hoy para hacer gala de efectos brillantes en el color y de galanura en la composición y en todas las líneas de la pintura. Esta elegancia y galanura las reúne, sin disputa, el cuadro de G. Mantegazza, uno de los más afamados pintores italianos de nuestra época, que

reproducimos y de cuyo asunto hemos dado sucinta idea en las anteriores líneas.

#### RICARDO WAGNER

El famoso compositor Ricardo Wagner nació el 22 de Mayo de 1813 en Leipzig y murió el 13 de Febrero de 1883, en Venecia, en el hermoso Palacio Vendramin, por consecuencia de un ataque de la enfermedad en el corazón que padecía. Cuán discutidas han sido las obras musicales de Wagner, lo saben todos nuestros lectores, y no es esta ocasión de hacer su crítica, que exigiría largo tiempo y largo espacio. Pero sea cual fuere la opinión que las personas de sesudo juicio de todos los países del mundo tengan de las óperas del insigne autor alemán, todas reconocen en él una elevación admirable que se traduce en los legendarios asuntos de sus poemas, escritos por él mismo, y en la riqueza é inspiración de la música que compuso para cada una de ellas. Ricardo Wagner ha sido el más entusiasta sostenedor del *leit motiv*, del que hay ya señales evidentes en Mehul, en Beethoven, en Meyerbeer, el Marcelo de los *Hugonotes*, y sobre todo en Berlioz, á quien tanto se denigró en vida y que tan celebrado ha sido y aplaudido después de su muerte. El *leit motiv*, llamado también melodía motriz, consiste en una frase melódica que representa, por decirlo así, el personaje de un drama. «Modulada, transformada de mil maneras, dice un moderno historiador de la música, en su ritmo, en su instrumentación, en su melodía, esta armonía cambia de expresión, de sentido, de color, según las peripecias de la acción, según las diversas pasiones y los diferentes sentimientos del héroe del cual es, en cierto concepto, la personificación musical, quedando siempre la misma, de manera que puede reconocerla bien quien tenga el oído algo educado.»

Ricardo Wagner no ha sido un innovador, como se ha querido suponer: Ha impreso sí, en todos sus dramas musicales, que así los titula, el sello propio de una personalidad original y potente. Como él mismo lo dice, nada ha inventado, limitándose á continuar la obra de Gluck, el autor del delicioso poema *Orfeo*, y de Beethoven. Bajo la influencia italiana todavía escribió *Rienzi* (1842), y después con *El buque fantasma* (1843) cambió de rumbo, señalándose ya su estilo peculiar y la valentía

de su inspiración. *Tannhäuser* (1845) lo escribió del todo según la idea que tenía del drama lírico, ó sea la de unir en lazo indisoluble la poesía y la música, como en mayor ó menor grado lo hicieron los griegos en las inmortales tragedias de sus poetas. En las leyendas francesas y alemanas de la Edad Media supo encontrar Wagner un manantial fecundo de inspiración poética. Comenzó, conforme hemos dicho, en *El buque fantasma* y *Tannhäuser*, á los que siguió *Lohengrin* (1850), que rebosa de melodía, en contra de lo que han pretendido sus sistemáticos detractores. En 1865 apareció *Tristán é Iseo*, un dúo de amor sacado de un poemita bretón del siglo XIII. Wagner descansó en 1868 del poema épico para componer *Los maestros cantores de Nuremberg*, ópera cómica llena de poesía y de gracia, al decir de los primeros críticos ingleses y franceses. En 1870 se representó en el teatro de Munich, bajo la protección del desdichado rey de Baviera, su entusiasta protector y fiel amigo, *La Walkiria*, que era una parte solamente de la gran tetralogía musical sacada del poema de *Los Nibelungos*. En 1876, en Baireuth, en el teatro construido según los planos del maestro, y del cual hemos publicado algunas vistas, se verificaron las representaciones de las cuatro óperas que forman *El anillo de los Nibelungos*. En la primera, *El oro del Rhin*, el Nibelungo arranca el anillo á las hijas del río, lo cual forma una especie de prólogo. En la segunda, *La Walkiria*, el oro del Rhin lleva la inquietud hasta los mismos dioses; en la tercera, *Sifrido*, el hombre lucha victoriosamente contra las fuerzas sobrenaturales; y en la cuarta, *El crepúsculo de los Dioses*, desaparecen las viejas divinidades ante el poder nuevo. *Parsifal*, que se representó en 1882, pertenece al ciclo de *Lohengrin* y es una obra impregnada de sentimiento místico que encierra páginas de admirable poesía. Muchos de nuestros lectores oirán el precioso trozo de *Parsifal* que ejecutó en el teatro Lírico la Sociedad Catalana de Conciertos, y que movió á todos los oyentes á la admiración y al aplauso. De la belleza del poema podrán formar concepto por la traducción que publicamos, á la que le seguirán otros de los dramas de Ricardo Wagner. El retrato que damos en este número se tiene por uno de los más parecidos entre los muchos que se han publicado del insigne maestro en Alemania.

# ANTIGUO CANTO DE LA SIBILA

Sacada de un libro de la parroquia de Manacor (Baleares)

ARMONIZADO POR

FELIPE PEDRELL

*Lento.*

CANTO.

ÓRGANO  
ó  
ARMONIUM

El

jorn del ju - di - ci

*dim.*

*sforz.*

*Pausa*



*dim. poco cresc.*

Pa - - - rrá el qui no hau - rá fet ser - -

vi - - - - - ci

Estrofa 1.ª

Je - - - - - su - - - Christ Rey

*cresc.*

u - - ni - ver - sal

*dim.*

ho-mo y ver Deu e - - ter - nal del

*f* *affret* *dim.*

cel vin - drá pe - ra jut - já y

ca - - - da un lo just da - - rá

*molto dim.*

4

## MESA REVUELTA

Comunmente se cree que la luna tiene, en determinados meses, influencia en los fenómenos de los vegetales. Los jardineros dan el nombre de *luna rusa* á la que, empezando en Abril, llega á llena, ya sea al fin de este mes, ya, lo que es más frecuente, entrado el de Mayo. En su opinión, durante estos meses ejerce perniciosa influencia en los retoños de las plantas; algunos hay que aseguran haber observado durante la noche, cuando el cielo está despejado, que las hojas y las yemas expuestas á la luz de la luna enrojecen, es decir, se hielan, y esto, aunque el termómetro se mantenga algunos grados sobre cero; añadiendo, además, que si las nubes detienen los rayos de aquel astro, impidiendo, por lo tanto, que lleguen hasta las plantas, todos estos fenómenos no se verifican bajo unas condiciones de temperatura completamente parecidas. Estos fenómenos parecen indicar que la luz de nuestro satélite tiene cierta propiedad frigorífica, y sin embargo, cuando se han dirigido lentes de gran potencia y grandes reflectores hacia la luna, colocando luego en el foco termómetros de gran precisión, nada ha podido apreciarse que viniera á corroborar tan singular hipótesis.

Antes de Wells, nadie había imaginado que los cuerpos terrestres, excepción hecha en caso de rápida evaporización, pudieran alcanzar una temperatura distinta de la de la atmósfera que los rodea; hoy este hecho está demostrado. Si se colocan al aire libre pequeñas cantidades de algodón, plumón, etc., se observa que su temperatura es de 6, 7 y hasta de 8 grados centígrados más baja que la temperatura de la atmósfera que las envuelve; los vegetales se hallan en el mismo caso. No conviene, pues, juzgar del frío de una planta, sólo por las indicaciones del termómetro suspendido en el aire; la planta puede estar completamente helada, y, á pesar de ello, el termómetro señalar constantemente varios grados sobre cero.

Las diferencias de temperatura entre los cuerpos sólidos y la atmósfera alcanzan 6, 7 y 8 grados en el termómetro centesimal, si la atmósfera está perfectamente despejada y serena; si está nublado, desaparece aquella diferencia ó llega á ser insensible.

¿Es preciso admitir la existencia de ciertas relaciones entre este fenómeno y las opiniones de los agricultores sobre la *luna rusa*?

Durante las noches de los meses de Abril y Mayo, la temperatura de la atmósfera no llega á más de 4, 5 ó 6 grados centígrados sobre cero. Pues bien, cuando esto acontece, las plantas expuestas á la luz de la luna, ó sea bajo un cielo despejado, pueden, á pesar de las indicaciones del termómetro, helarse, y si, por el contrario, aquel astro no brilla en el horizonte, si el cielo está

cubierto, la temperatura de las plantas no baja más que la de la atmósfera, y no habrá helada, á menos que el termómetro señale cero.

Es indudable, pues, como creen los jardineros, que en circunstancias termométricas muy parecidas, el que una planta pueda ó no estar helada, depende de que la luna esté visible ó bien envuelta en las nubes; en lo único que se equivocan es en la conclusión que de tal hecho deducen, ó sea atribuyendo este efecto á la luz que nos viene de aquel astro. La luz lunar no es más que la señal de una atmósfera despejada, y la congelación de las plantas se opera á causa de la pureza del aire, sin que el satélite influya para nada absolutamente, pues tanto si éste se halla como no en el horizonte, el fenómeno se realiza del mismo modo. La observación de los jardineros era, pues, incompleta, y sin razón se la suponía falsa.

\*\*\*

De una estadística sobre el número de viajeros transportados por los ferrocarriles, resulta que los ingleses son los que más viajan, pues el término medio anual de viajes por habitante en la Gran Bretaña es de 22, mientras que en Bélgica es de 10, Suiza 8, Francia, Alemania y Estados americanos 5, y en Rusia tan sólo corresponde un viaje cada dos años por habitante.

Para el transporte de tan gran número de viajeros, posee Inglaterra 15,552 locomotoras, Alemania 12,811, Francia 9,747, Rusia 9,591, Austria 4,610, Italia 2,286, Bélgica 2,332, los Estados Unidos 29,398 y la India 3,234. Existen, pues, en el globo cerca de 104,000 locomotoras, de las cuales 61,000 se hallan en Europa y 43,000 en los demás países. Además hay que tener en cuenta que tan sólo la mitad de dichas locomotoras sirve para el transporte de viajeros.

Según una reciente estadística dirigida por la Comisión Comercial, en los Estados Unidos, las locomotoras para trenes de carga (hay cerca de 15,000) arrastran 35,000 toneladas, y las de trenes de pasajeros 60,000 personas.

En Inglaterra cada habitante expende, por término medio, anualmente 7 toneladas de mercancías; en Alemania 3 y en Francia 2 y media.

\*\*\*

—Hace usted mal en beber tanto, le decían á un borracho de profesión, porque á cada paso tropieza usted, y acabará por caer.

—En beber no hago mal, señor mío, contestó el



aludido frunciendo el gesto: ¿sabe usted en qué hago mal? en andar cuando he bebido.

\*\*\*

Para mortificar la vanidad de un hidalgo muy en-  
greído con su título de *Don*, compuso un chusco la si-  
guiente redondilla epigramática:

Vuestro *Don*, señor hidalgo,  
es el *don* del *algo-dón*,  
el cual, para tener *don*,  
necesita tener *algo*.

\*\*\*

Viendo un labrador inglés á lord T. Dextée mon-  
tado á caballo y usando una sola espuela, le preguntó:

—¿Por qué no lleva su señoría dos espuelas?

—¿Qué necesidad hay de llevar dos? le replicó el  
lord. ¿No ves que si logro hacer andar el un costado  
del caballo, el otro costado no se ha de quedar atrás?

\*\*\*

Eran dos amigos, el uno tejedor y el otro sastre:  
vinieron por tiempo á ser enemigos, de tal manera, que  
el sastre decía en ausencia del tejedor mucho mal, y el  
tejedor mucho bien en ausencia del sastre. Visto por  
una señora lo que pasaba, preguntó al tejedor qué era  
la causa que decía bien del sastre, diciendo el otro tanto  
mal de él. Respondió:—Señora, porque mintamos en-  
trambos á dos.

\*\*\*

Preguntado Ricardo por qué se retraía tanto de fre-  
cuentar la sociedad, contestó:—Porque ya no amo á  
las mujeres, y conozco demasiado á los hombres.

\*\*\*

Para hacer desaparecer las manchas de las pecas,  
lávese por la noche la cara con agua fresca, y después  
de haberla enjugado, se frota ligeramente con un lienzo  
embebido de leche de almendras. Haciendo esto con  
frecuencia desaparecerán las manchas.

\*\*\*

Para destruir las orugas, háganse hervir en una  
azumbre de agua dos libras de potasa, y cuando esta  
lejía quede reducida á la mitad, pásese por un lienzo y  
déjese en reposo por espacio de dos ó tres días. Al cabo  
de este tiempo se obtendrá claro el líquido, y se le  
añadirán seis onzas de aceite común agitándolo fuerte-  
mente hasta formar una especie de opiata blanquizca.

Para la aplicación de este método se calentará dicha  
mezcla, se mojará en ella un lienzo atado al extremo de  
una pértiga, y cuantas orugas se tocarán con él morirán  
al instante.

\*\*\*

Importa mucho menos enriquecer una nación que  
alimentarla. Lo que ella necesita no es tener abundan-  
cia de hermosas monedas, sino simplemente subsistir.  
Cambiad, si podéis, las arenas del desierto en oro puro:  
el oro no se convierte en alimentos ni salva de la muer-  
te al hambriento. Los pueblos pueden muy bien vivir  
sin dinero, pero ni un solo día pueden vivir sin los  
frutos de la tierra.—LOU-TOUB (mandarín del siglo II de  
nuestra era).

\*\*\*

Los pueblos que tienen buenos gobernantes no su-  
fren de hambre ni de frío. Y eso, no porque los mo-  
narcas alimenten y vistan á la nación, sino porque ani-  
man y protegen al cultivador por medio de buenas  
leyes.—TAHO-SOI (consejos á Venti-Ti, siglo II antes de  
Jesucristo).

\*\*\*

Las buenas intenciones son numerosas, numerosas  
las inspiraciones generosas, en cambio hay poca reso-  
lución y aun menos perseverancia. Veo inteligencias  
cultivadas, voluntades rectas, pero pocos caracteres. Lo  
que acabo de decir se refiere á los hombres de bien.—  
OZANAM.

\*\*\*

En el gran teatro del mundo el apuntador es el amor  
propio.—\*\*\*

\*\*\*

Bueno es pensar en sí; pero odioso el no pensar más  
que en sí.—SAY.

\*\*\*

Los hombres son tan simplones, que el que quiere  
engañar, siempre encuentra alguno que se deja.—MA-  
QUIAVELO.

\*\*\*

Difícil es hallar la verdad; pero más difícil todavía  
hacerla comprender y admitir.—SAY.

## RECREOS INSTRUCTIVOS

EL HALLESTERO

Tirar al blanco valiéndose de agujas de las más finas de Birmingham, de esas que cosen por un lado la



tela y por el otro extremo la fina epidermis de las niñas laboriosas que han perdido el dedal, parece cosa imposible, ó cuando menos muy difícil, y sin embargo, nada tiene de particular ni es preciso ser mago para realizar tal prodigio.

Basta para conseguirlo enhebrar un hilo de seda á la aguja, de manera que le sirva de contrapeso y, en el momento de hacer partir el dardo improvisado, produce en la aguja el mismo efecto que las plumas que van adheridas á la contera de las flechas, y gracias á las cuales se vence la resistencia del aire como si tuviesen alas. Establecer un tiro de blanco sirviéndose de agujas no será costoso y con ello puede pasarse algún rato de la velada; lo que conviene es tener cuidado en que no se encuentre nadie dentro del radio del tiro, porque una diversión degenera pronto en peligrosa si, animándose gradualmente los que á ella se entregan, acaban por olvidar toda prudencia, y de allí se originan disgustos inesperados.

En el dibujo figura, además, otra clase de flecha compuesta de una pluma de acero semidespuntada y cuatro aletas de papel á guisa de plumas; esta arma arrojada se emplea con un éxito deplorable en los colegios y no aconsejamos su uso; demasiado daño

hacen las plumas mal dirigidas y no hace falta ninguna aumentar el arsenal de armas arrojadas: sólo á título de curiosidad se consignan aquí estas dos aplicaciones del principio físico á que deben los salvajes su arma favorita, el arco y las flechas, y que es tan antigua como el hombre.

JULIÁN.

Solución á la charada anterior:

TA-BA-CO

Solución al problema anterior:

1	3	5	7	9	25
3	5	7	9	1	25
5	7	9	1	3	25
7	9	1	3	5	25
9	1	3	5	7	25
25	25	25	25	25	

### CHARADA

*Una dos tiene buen pico  
y es ave del Ecuador;  
dos una es historiador  
de buena pluma y no rico.*

Comunicada por J. P.

### LOGOGRIFO NUMÉRICO

- 1 consonante
- 5 4 verbo diligente
- 1 2 4 parte de nuestro planeta
- 4 5 1 2 en el verso
- 1 2 4 5 2 nombre de mujer
- 1 2 3 4 5 6 capital muy importante
- 1 2 1 2 4 hacen los recién nacidos
- 4 2 4 2 cualidad
- 3 2 4 verbo difícil
- 1 5 nota musical
- 6 consonante distinguida

Comunicado por don JUAN OSTEA, de Gijón.

### ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

A las señoritas firmantes de la carta que hemos recibido refiriéndose al *telescopio*, agradeceremos se sirvan indicarnos su domicilio para contestar á su carta particularmente, por no sernos posible complacerlas en otra forma.

Reservados todos los derechos artísticos y literarios.—IMP. ESPAÑA Y COMP.<sup>a</sup>



## MEMORÁNDUM

---

CONFORME anunciábamos ya en el número anterior, realizóse en nuestra patria el cambio político que ha conducido al partido liberal al poder. El señor Sagasta, tras de entrevistas y conferencias con los posibilistas, que hicieron probable en algunos momentos la entrada en el ministerio de los señores Abarzuza y Almagro, constituyó al fin gabinete, en el cual figuran, entre otros ministros, el marqués de la Vega de Armijo en Estado, Montero Ríos en Gracia y Justicia, Gamazo en Hacienda y López Domínguez en Guerra. Ante la división originada en el partido conservador, el señor Cánovas del Castillo quiso reunir las huestes con que podía contar al intento de reorganizar el partido, cuya dirección en tales momentos guardaba más que nunca. Los señores Silvela y Villaverde, que habían sido causa inmediata de la escisión—porque la mediata arranca del reingreso del señor Romero Robledo en el partido capitaneado por el señor Cánovas—manifestaron que renunciaban los cargos que se les habían conferido en el Círculo, y expusieron además, con mayor ó menor claridad, su propósito de renunciar á la política. Las consecuencias de lo ocurrido no pueden tocarse ahora, pero á buen seguro se tocarán en lo venidero. Aparte de las dificultades que hayan de vencerse para dar fuerte cohesión al partido conservador, todo el mundo ve ya los embarazos con que habrá de luchar el señor Sagasta para llevar adelante sin tropiezos la nave del Estado. Quedaban pendientes del acuerdo de las Cortes la ley de aumento de las tarifas en los ferrocarriles, de suma necesidad para que estas útiles empresas no se encuentren en situación apurada de la cual les sea difícilísimo salirse, y además la aprobación del empréstito, más indispensable todavía para regular la situación financiera, que tal como se halla puede traernos graves compromisos. Necesitábase pronto el empréstito, pero como el señor Sagasta tendrá que disolver las Cortes, antes que se reunan las nuevas después de las elecciones consiguientes, se pasarán forzosamente algunos meses. ¿Cómo arreglará todo esto el jefe del partido liberal? El tiempo nos lo dirá; pero entretanto, ajenos á las pasiones políticas, no podemos menos de lamentar que por una serie de concausas se haya producido una crisis que nada bueno puede procurar á los verdaderos intereses nacionales.

\* \* \*

Por todos lados se siente agitada esta vieja Europa. Alemania, que había sido hasta muy recientemente una de las naciones más tranquilas, con vida casi patriarcal, experimenta hoy



también la fiebre que agota las fuerzas de todos los pueblos. Por un lado, cuestiónase allí por causa de la ley militar; por otro, las revelaciones de Ahlwardt descubren que la podredumbre también se ha desarrollado en aquel poderoso imperio. La ley militar, que ha de producir el aumento del contingente en el ejército, es muy combatida por los que, teniendo en cuenta que desde 1870 Alemania ha gastado doce mil millones para su ejército, entienden que es ocasión de poner término á estos espantables gastos. A esto oponen los defensores del proyecto, que, según es sabido, cuenta con la aprobación del emperador Guillermo II, que la próxima guerra es lo desconocido para todo el mundo, que no se puede juzgar de sus resultados probables por los que dieron las guerras pasadas, hechas en condiciones muy distintas, y que ninguna potencia tiene el derecho de contar con una superioridad moral imaginaria para dormirse sobre sus laureles. Los que tal sostienen, añaden que el único factor con el cual puede contarse es el número de soldados. Pues bien, dado que la triple alianza tiene, en pie de paz, menos hombres que Rusia y Francia reunidas... la conclusión se saca por sí misma. En realidad la amenaza persistente de la guerra es la causa de que hayan de sostenerse ejércitos permanentes que acabarán con los recursos de las naciones más ricas. Mientras la situación europea no se despeje, y trazas lleva de que tardará mucho en despejarse, es excusado pensar en reducir los gastos por ejércitos y material de guerra.

\* \* \*

La cuestión Ahlwardt apasiona igualmente los ánimos en Alemania, como lo hemos indicado antes. Ahlwardt, antisemita, denunció que de los 400,000 fusiles Løve adquiridos para el ejército alemán, mucho más de la mitad de ellos eran inservibles, por las malas condiciones de fabricación. El denunciador apoyó su aserto aduciendo el testimonio de jefes del ejército que manifestaban la inutilidad ó poco menos de aquellos fusiles. Imagínese el escándalo que esto produjo, ya que en realidad de verdad acusaba un fondo de corrupción de que se había librado hasta ahora el imperio alemán. En esto Ahlwardt se presentó candidato para el *Reischtag*, y fué elegido por gran mayoría, mientras que por sus denuncias se le llevaba ante los tribunales, que á la postre le condenaron á algunos meses de prisión. Un periódico de Roma dice á este propósito: «El caso del antisemita revolucionario Ahlwardt se considera en toda Alemania como un escándalo y como un signo de decadencia moral. Ahlwardt no es un mero antisemita, es un demagogo. En todos los partidos, en Francia, en Austria, en Hungría y en Rusia, el antisemitismo es una de las formas de la cuestión social y una reacción contra la organización del día, y esto explica su prestigio y su popularidad. Por medio de Ahlwardt el antisemitismo se convierte en Alemania en servidor de la anarquía, de la corrupción y de una ambición malsana. Pues bien, este caso demuestra que el pueblo está descontento, que sufre por razón de los impuestos y de las cargas militares y que el gobierno le parece duro é inexperto. Es una rebelión tácita contra el militarismo y contra la confusión. De ahí que unos se lancen al socialismo, y otros menos radicales al antisemitismo. Es el preludio de la descomposición de todos los partidos puramente políticos.» Lo que dice de Alemania el periódico romano ¿no podría aplicarse á otras varias naciones? Añadamos, para probar la trascendencia, que tarde ó temprano ha de tener el asunto Ahlwardt, que éste, en una de las audiencias del tribunal que había de juzgarle, presentó seis documentos, en apoyo de su denuncia, sobre cuyo carácter oficial dijo el fiscal que no podía abrigarse duda alguna, y que sólo podían haber llegado á manos del acusado por un marcado abuso de confianza. Dijose después que eran cartas de elevados personajes sobre el asunto Løwe, cartas sustraldas por los amigos de Ahlwardt; mas fuese cual fuese el carácter de los documentos, se deduce con bastante claridad que ha existido irregularidad en la fabricación y adquisición de aquellos fusiles.

\* \* \*

Y sigue apareciendo á la superficie en lo del canal de Panamá el cieno que hasta ahora había podido mantenerse oculto. Dióse con la lista de los cheques que para ganar á distintos personajes en favor de la Compañía se distribuyeron á su tiempo, algunos de la friolera de un millón de francos y otros de 150,000, 100,000 80,000, etc. Diputados, senadores, periodistas, según ya dijimos, cobraron aquellas sumas y no tuvieron escrúpulo en ensalzar una empresa que fué siempre una quimera, y en atraer á los incautos á quienes cegó el cebo de ganancias considerables. Por cierto que con esta información se ha dado un caso, que á ser cierto, y á la verdad hasta ahora no ha sido desmentido, no puede ser más edificante ni más doloroso para la reputación de la prensa parisiense. M. Arturo Meyer, israelita y director de *Le Gaulois*, incoó un proceso contra M. Rossignol, por haber expresado éste ante la Comisión de información que el citado periódico sólo había recibido 15,000 francos de la Compañía de Panamá. «*Le Gaulois* recibió mucho más—dijo—y equivale á rebajar el valor de mi periódico el afirmar que había recibido tan poco, mientras que *Le Figaro* recibió, según se indica, 150,000 francos.» Tras de lo cual M. Arturo Meyer reclama de M. Rossignol 20,000 francos en concepto de daños y perjuicios. Es el colmo del cinismo. ¡Desdichada sociedad la que ha de vivir en medio de semejantes hombres y de semejantes cosas!

\* \* \*

La popularidad, algo efímera, del ex-alcalde de Madrid marqués de Cubas, movió al alcalde de Aguilar, Córdoba, á remitirle una letra de quinientas pesetas con súplica de que las invirtiera en un billete de la lotería de Navidad, «teniendo en cuenta lo que representaba el nombre de la primera autoridad municipal de la Corte.» El señor marqués de Cubas se apresuró á satisfacer los deseos del alcalde andaluz, quien imaginaría haber asegurado con tal intervención que le caería el premio gordo. En él habrán soñado estos días la mayoría de los españoles, y aún no pocos extranjeros, como ocurre todos los años en la misma época. No es malo nunca encontrarse con un piquillo inesperado, pero es cosa de no dejarse tentar por la lotería, que al fin es juego y no otra cosa. Sin que dejemos de desear á nuestros lectores la fortuna material, quisiéramos para todos ellos en las Navidades de 1892 bendiciones colmadas del Cielo, que procuran de veras la tranquilidad, el bienestar y la dicha.

B.



# LA NOCHEBUENA DEL POETA

« En un rincón hermoso  
de Andalucía,  
hay un valle risueño...  
¡Dios lo bendiga!  
Que en ese valle  
tengo amigos, amores,  
hermanos, padres. »  
(De *El Látigo*).

## I



ACE muchos años—¡como que yo tenía siete!—que, al oscurecer de un día de invierno, y después de rezar las tres Ave-Marías al toque de oraciones, me dijo mi padre con voz solemne:

—Pedro: esta noche no te acostarás á la misma hora que las gallinas; ya eres grande, y debes cenar con tus padres y con tus hermanos mayores. Esta noche es Nochebuena.

Nunca olvidaré el regocijo con que escuché aquellas palabras.

¡Yo me acostaría tarde!

Dirigí una mirada de desprecio á mis otros hermanos, más pequeños que yo, y me puse á discurrir el modo de contar en la escuela, al otro día del de Reyes, aquella primera aventura, aquella primera disipación de mi vida.

## II

Eran ya *las Ánimas*, como se dice en mi pueblo.

¡En mi pueblo: á noventa leguas de Madrid; á mil leguas del mundo; en un pliegue de Sierra-Nevada!

¡Aún me parece veros, padres y hermanos!—Un enorme tronco de encina chisporroteaba en medio del hogar; la negra y ancha campana de la chimenea nos cobijaba; en los rincones estaban mis dos abuelas, que aquella noche se quedaban en casa á presidir la ceremonia de familia; en seguida se hallaban mis padres; luego nosotros, y entre nosotros los criados...

Porque, en aquella fiesta, todos representábamos la *casa* y á todos debía calentarnos un mismo fuego.

Recuerdo, sí, que los criados estaban de pie, y las criadas acurrucadas ó de rodillas. Su respetuosa humildad les vedaba ocupar asiento.

Los gatos dormían en el centro del círculo, con la rabadilla vuelta al fuego.

Algunos copos de nieve caían por el cañón de la chimenea, ¡por aquel camino de los duendes!...

¡Y el viento silbaba á lo lejos, hablándonos de los ausentes, de los pobres, de los caminantes!

Mi padre y mi hermana mayor tocaban el arpa, y yo les acompañaba, á pesar suyo, con una gran zambomba que había fabricado aquella tarde con un cántaro roto.



¿Conocéis la canción de los *Aguinaldos*, la que se canta en los pueblos del lado oriental del picacho de Veleta?

Pues á esa música se redujo nuestro concierto.

Las criadas se encargaron de la parte vocal, y cantaron coplas como la siguiente:

Esta noche es Nochebuena,  
y mañana Navidad;  
saca la bota, María,  
que me voy á emborrachar.

Y todo era bullicio, todo contento; los roscos, los mantecados, el alajú, los dulces hechos por las monjas, el rosoli, el aguardiente de guindas circulaban de mano en mano... Y se hablaba de ir á la Misa del Gallo á las doce de la noche, y á los *Pastores* al romper el alba, y de hacer sorbete con la nieve que tapizaba el patio, y de ver el *Nacimiento* que habíamos hecho los muchachos en la torre...

De pronto, en medio de aquella alegría, llegó á mis oídos esta copla, cantada por mi abuela paterna:

La Nochebuena se viene,  
la Nochebuena se va,  
y nosotros nos iremos  
y no volveremos más.

A pesar de mis pocos años, esta copla me heló el corazón.

Y era que se habían desplegado súbitamente ante mis ojos todos los horizontes melancólicos de la vida.

Fué aquél un raptó de intuición impropio de mi edad; fué un milagroso presentimiento; fué un anuncio de los inefables tedios de la poesía; fué mi primera inspiración... Ello es que ví con una lucidez maravillosa los tristísimos destinos de aquellas tres generaciones allí reunidas y que constituían mi familia. Ello es que mis abuelas, mis padres y mis hermanos me parecieron un ejército en marcha, cuya vanguardia entraba ya en la tumba, mientras que la retaguardia no había acabado de salir de la cuna.

¡Y aquellas tres generaciones componían un siglo! ¡Y todos los siglos habían sido iguales! ¡Y el nuestro desaparecería como los otros, y como todos los que vinieran después!...

La Nochebuena se viene,  
la Nochebuena se va...

Tal es la implacable monotonía del tiempo, el péndulo que oscila en el espacio, la indiferente repetición de los hechos contrastando con nuestros leves años de peregrinación por la tierra...

¡Y nosotros nos iremos  
y no volveremos más!

¡Concepto horrible, sentencia cruel, cuya claridad terminante fué para mí como el primer aviso que me daba la muerte, como el primer gesto que me hacía desde la penumbra del porvenir!

Entonces desfilaron ante mis ojos mil *Nochebuenas* pasadas, mil hogares apagados, mil familias que habían cenado juntas y que ya no existían; otros niños, otras alegrías, otros cantos perdidos para siempre; los amores de mis abuelas, sus trajes abolidos, su remota juventud, los recuerdos que les asaltarían en aquel momento; la infancia de mis padres, la primera *Nochebuena* de mi familia; todas aquellas dichas de mi casa anteriores á mis siete años... Y luego adiviné, y desfilaron también ante mis ojos mil *Nochebuenas* más, que vendrían, periódicamente, robándonos vida y esperanza; alegrías futuras en que no tendríamos parte todos los allí presentes;—mis hermanos, que se esparcirían por la tierra; nuestros padres, que, naturalmente, morirían antes que nosotros; *nosotros* solos en la vida; el siglo xix sustituido por el

siglo xx; aquellas brasas hechas ceniza; mi juventud evaporada, mi ancianidad, mi sepultura, mi memoria póstuma, el olvido de mí; la indiferencia, la ingratitud con que mis nietos vivirían de mi sangre, reirían y gozarían cuando los gusanos profanaran en mi cabeza el lugar en que entonces concebía todos aquellos pensamientos...

Un río de lágrimas brotó de mis ojos. Se me preguntó por qué lloraba; y como yo mismo no lo sabía, como no podía discernirlo claramente, como de manera alguna hubiera podido explicarlo, interpretóse que tenía sueño y se me mandó acostar...

Lloré, pues, de nuevo con este motivo, y corrieron juntas, por consiguiente, mis primeras lágrimas filosóficas y mis últimas lágrimas pueriles, pudiendo hoy asegurar que aquella noche de insomnio, en que oí desde la cama el gozoso ruido de una cena á que yo no asistía por ser demasiado niño (según se creyó entonces), ó por ser demasiado hombre (según sospecho yo ahora), fué una de las más amargas de mi vida.

Al cabo debí de dormirme, pues no recuerdo si quedaron ó no en conversación la Misa del Gallo, la de los Pastores y el sorbete proyectado.

## III

¿Dónde está mi niñez?

Paréceme que acabo de contar un sueño.

¡Qué diablo! ¡Ancha es Castilla!

Mi abuela paterna, la que cantó la copla, murió hace ya mucho tiempo.

En cambio, mis hermanos se casan y tienen hijos.

Aquel arpa de mi padre rueda entre los muebles viejos rota y descordada.

Yo no ceno en mi casa hace algunas *Nochebuenas*.

Mi pueblo ha desaparecido en el océano de mi vida, como el islote que se deja atrás el navegante.

Yo no soy ya aquel Pedro, aquel niño, aquel foco de ignorancia, de curiosidad y de tristeza que penetraba temblando en la existencia.

Yo soy ya... nada menos que un hombre, un habitante de Madrid, que se arrellana cómodamente en la vida, y se engríe de su amplia independencia, como soltero, como novelista, como voluntario de la orfandad que soy, con patillas, deudas, amores y tratamiento de *usted!!!*

¡Oh! Cuando comparo mi actual libertad, mi ancho vivir, el inmenso teatro de mis operaciones, mi temprana experiencia, mi alma templada y descubierta como un piano en noche de concierto, mis atrevimientos, mis ambiciones y mis desdenes con aquel rapazuelo que tocaba la zambomba hace quince años en un rincón de Andalucía, sonrío por fuera, y hasta lanzo una carcajada que considero de buen tono, mientras que mi solitario corazón destila en su lóbrega caverna, procurando que no la vea nadie, una lágrima pura de infinita melancolía.

¡Lágrima santa, que un sello de franqueo lleva al hogar tranquilo donde envejecen mis padres!

## IV

Conque vamos al negocio, pues, como dicen los muchachos por esas calles de Dios:

Esta noche es Nochebuena  
y no es noche de dormir,  
que está la Virgen de parto  
y á las doce ha de parir.

¿Dónde pasaré la noche?

Afortunadamente, puedo escoger.

Y si no, veamos.

Estamos á 24 de Diciembre de 1855 en Madrid.

Conocemos por sus nombres á los mozos de los cafés.

Tratamos tú por tú á los poetas aplaudidos—semidioses, por más señas, para los aficionados del lugar.

Visitamos los teatros por dentro, y los autores y los cantantes nos estrechan la mano entre bastidores.

Penetramos en la redacción de los periódicos, y estamos iniciados en la alquimia que los produce.

Hemos visto los dedos de los cajistas tiznados con el plomo de la palabra, y los dedos de los escritores tiznados con la tinta de la idea.

Tenemos entrada en una tribuna del Congreso, crédito en las fondas, tertulias que nos aprecian, sastre que nos soporta...

¡Somos felices! Nuestra ambición de adolescente está colmada. Podemos divertirnos mucho esta noche. Hemos tomado la tierra. Madrid es país conquistado. ¡Madrid es nuestra patria! ¡Viva Madrid! Y vosotros, jóvenes provincianos, que al crepúsculo de la tarde, en el otoño, solitarios y tristes, sacáis á pasear por el campo vuestros impotentes deseos de venir á la corte; vosotros, que os sentís poetas, músicos, pintores, oradores, y aborrecéis vuestro pueblo, y no habláis con vuestros padres, y lloráis de ambición, y pensáis en suicidaros... vosotros... ¡reventad de envidia, como yo reviento de placer!

## V

Han pasado dos horas.

Son las nueve de la noche.

Tengo dinero.

¿Dónde cenaré?

Mis amigos, más felices que yo, olvidarán su soledad en el estruendo de una orgía.

—¡La noche es de vino! exclamaban hace poco.

Yo no he querido ser de la partida. Yo he atravesado ya, sin ahogarme, ese mar rojo de la juventud.

—La noche es de lágrimas, les he contestado.

Mis tertulias están en los teatros. ¡Los honrados madrileños celebran la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo oyendo disparatar á los comediantes!

Algunas familias, en las que soy un extranjero, me han querido dar la limosna de su calor doméstico convidándome á comer, ¡porque ya no cenamos!... Pero yo no he ido; yo no quiero eso; yo busco mi cena pascual, la colación de Nochebuena, mi casa, mi familia, mis tradiciones, mis recuerdos, las antiguas alegrías de mi alma... ¡la religión que me enseñaron cuando niño!

## VI

¡Ah! Madrid es una posada.

En noches como esa se conoce lo que es Madrid.

Hay en la corte una población flotante, heterogénea, exótica, que pudiera compararse á la de los puertos francos, á la de los presidios, á la de las casas de locos.

Aquí hacen alto todos los viajeros que van de paso al porvenir, al reino fantástico de la ambición, ó los que vuelven de la miseria ó del crimen...

La mujer hermosa viene aquí á casarse ó á prostituirse.

La pasiega deshonrada á criar.

El mayorazgo á arruinarse.

El literato por gloria.

El diputado á ser ministro.



El hombre inútil por un empleo.

Y el sabio, el inventor, el cómico, el gigante, el enano; así el que tiene una rareza en el alma, como el que la tiene en el cuerpo; lo mismo el monstruo de siete brazos ó de tres narices, que el filósofo de doble vista; el charlatán y el reformador; el que escribe melodías y el que hace billetes falsos, todos vienen á vivir algún tiempo á esta inmensa casa de huéspedes.

Los que logran hacerse notar, los que encuentran quién los compre, los que se enriquecen á costa de sí mismos, se tornan en posaderos, en caseros, en dueños de Madrid, olvidándose del suelo en que nacieran...

Pero nosotros, los caminantes, los inquilinos, los forasteros, nos damos cuenta en esta noche de que Madrid es un vivac, un destierro, una prisión, un purgatorio...

Y por la primera vez en todo el año conocemos que ni el café, ni el teatro, ni el casino, ni la fonda, ni la tertulia son nuestra casa.

Es más: ¡conocemos que nuestra casa no es nuestra casa!

## VII

La *casa*, aquella mansión tan sagrada para el patriarca antiguo, para el ciudadano romano, para el señor feudal, para el árabe; la *casa*, arca santa de los penates, templo de la hospitalidad, tronco de la raza, altar de la familia, ha desaparecido completamente en las capitales modernas.

La *casa* existe todavía en los pueblos de provincia.

En ellos, nuestra casa es casi siempre nuestra.

En Madrid, casi siempre es del casero.

En provincias, cuando menos, la casa nos alberga veinte, treinta, cuarenta años seguidos.

En Madrid se muda de casa todos los meses, ó cuando menos todos los años.

En provincias, la fisonomía de la casa siempre es igual, simpática, cariñosa; envejece con nosotros, nos recuerda nuestra vida... conserva nuestras huellas...

En Madrid, se revoca la fachada todos los años bisiestos, se visten las habitaciones con ropa limpia, se venden los muebles que consagró nuestro contacto.

Allí nos pertenece todo el edificio; el hierboso patio, el corral lleno de gallinas, la alegre azotea, el profundo pozo, terror de los niños, la torre monumental, los anchos y frescos cenadores...

Aquí habitamos medio piso forrado de papel, partido en tugurios, sin vista al cielo, pobre de aire, pobre de luz.

Allí existe el afecto de la vecindad, término medio entre la amistad y el parentesco, que enlaza á todas las familias de una misma calle...

¡Aquí no conocemos al que hace ruido sobre nuestro techo, ni al que se muere detrás de nuestra alcoba, y cuyo estertor nos quita el sueño!

En provincias todo es recuerdos, todo amor local: en un lado, la habitación donde nacimos; en otro, la en que murió nuestro hermano; por una parte, la pieza sin muebles en que jugábamos cuando niños; por otra, el gabinete en que hicimos los primeros versos... y en un sitio dado, en la cornisa de una columna, en un artesonado antiguo, el nido de golondrinas al cual vienen todos los años dos fieles esposos, dos pájaros de Africa á criar una nueva prole...

En Madrid se desconoce todo esto.

¿Y la chimenea? ¿Y el hogar? ¿Y aquella piedra sacrosanta, fría en el verano y durante las ausencias, caliente y acariciadora en el invierno—en aquellas noches felices que ven la reunión de todos los hijos en torno de sus padres, pues hay vacaciones en el colegio, y los casados han acudido con sus pequeñuelos, y los ausentes, los hijos pródigos han vuelto al seno de su familia? ¿Y ese hogar?... decidme... ¿Dónde está ese hogar en las casas de la corte?









*¡Santa noche!*

CUADRO DE J. SCHRADER



¿Será un hogar acaso la chimenea francesa, fábrica de bronce, mármol y hierro, que se vende en las tiendas al por mayor y al por menor, y hasta se alquilaría en caso necesario?

¡La chimenea francesa! ¡He aquí el símbolo de una familia cortesana! ¡He aquí vuestro hogar, madrileños! ¡Hogar sujeto á la moda; que se vende cuando está antiguo; que muda de habitación, de calle y de patria: hogar, en fin, (y esto lo dice todo), que se empeña en un día de apuro!

## VIII

He pasado por una calle y he oído cantar sobre mi cabeza, entre el ruido de copas y de platos y las risas de alegres muchachas, la copla fatídica de mi abuela:

La Nochebuena se viene,  
la Nochebuena se va,  
y nosotros nos iremos  
y no volveremos más.

—He ahí—me he dicho—una casa, un hogar, una alegría, un amor, una sopa de almen-  
dra y un besugo que pudiera comprar por tres ó cuatro napoleones.

En esto, me ha pedido limosna una madre que llevaba dos niños: uno en brazos, envuelto en su deshilachado mantón, y otro más grande, cogido de la mano. Ambos lloraban, y la madre también.

## IX

No sé cómo he venido á parar á este café, donde oigo sonar las doce de la noche, la hora del Nacimiento.

Aquí, solo, aunque bulle á mi alrededor mucha gente, he dado en analizar la vida que llevo desde que abandoné la casa paterna, y me ha horrorizado por la primera vez esta penosa lucha del poeta en Madrid, lucha en que sacrifica á una vana ambición tanta paz, tantos afectos.

¡Y he visto á los vates del siglo xix convertidos en gacetilleros; á la Musa con las tijeras en la mano despedazando *suelos*; á los que en otros siglos hubieran cantado la epopeya de la patria, zurcir hoy *artículos de fondo* para rehabilitar un *partido*, y ganar cincuenta duros mensuales!...

¡Pobres hijos de Dios! ¡Pobres poetas!

Dice Antonio Trueba (á quien dedico este artículo):

«Hallo tantas espinas  
en mi jornada,  
que el corazón me duele,  
me duele el alma!...»

¡He aquí mi *Nochebuena* del presente, mi *Nochebuena* de hoy!

Luego he tornado otra vez la vista á las *Nochebuenas* de mi pasado, y, atravesando la distancia con el pensamiento, he visto á mi familia, que en esta hora patética me echará de menos; á mi madre, estremeciéndose cada vez que gime el viento en el cañón de la chimenea, como si aquel gemido pudiera ser el último de mi vida: á unos diciendo: «¡Tal año estaba aquí!»; á otros: «¿Dónde estará ahora?...»

¡Ay! ¡No puedo más! ¡Yo os saludo á todos con el alma, queridos míos! Sí: yo soy un ingrato, un ambicioso, un mal hermano, un mal hijo!... Pero ¡ay! otra vez y ¡ay cien mil veces! Yo siento en mí una fuerza sobrenatural que me lleva hacia adelante y que me dice: «¡Tú serás!» ¡Voz de maldición que estoy oyendo desde que yacía en la cuna! ¿Y qué he de ser yo, desdichado? ¿Qué he de ser?

Y nosotros nos iremos,  
y no volveremos más.



¡Ah! Yo no quiero irme, yo quiero volver; inmoló demasiado en la contienda para no salir victorioso; triunfaré en la vida y triunfaré de la muerte. ¿No ha de tener recompensas esta infinita angustia de mi alma?

Es muy tarde.

La copla de la difunta sigue revoloteando sobre mi cabeza.

La Nochebuena se viene...

¡Ah! ¡sí! ¡Vendrán otras *Nochebuenas*! — me he dicho, reparando en mis pocos años.

Y he pensado en las *Nochebuenas* de mi porvenir.

Y he empezado á formar castillos en el aire.

Y me he visto en el seno de una familia venidera, en el segundo crepúsculo de la vida, cuando ya son frutos, las flores del amor.

Ya se había calmado esta tempestad de amor y lágrimas en que zozobro, y mi cabeza reposaba tranquila en el regazo de la paciencia, ceñida con las flores melancólicas de los últimos y verdaderos amores.

¡Yo era ya un esposo, un padre, el jefe de una casa, de una familia!

El fuego de un hogar desconocido ha brillado á lo lejos, y á su vacilante luz he visto á unos seres extraños que me han hecho palpar de orgullo.

¡Eran mis hijos!...

Entonces he llorado...

Y he cerrado los ojos para seguir viendo aquella claridad rojiza, aquella profética aparición, aquellos seres que no han nacido.

La tumba estaba ya muy próxima... Mis cabellos blanqueaban...

Pero ¿qué importaba ya? ¿No dejaba ya la mitad de mi alma en la madre de mis hijos? ¿No dejaba la mitad de mi vida en aquellos hijos de mi amor?

¡Ay! En vano quise reconocer á la esposa que compartía allí conmigo el anochecer de la existencia...

La futura compañera que Dios me tenga destinada era desconocida de mi porvenir, me volvía la espalda en aquel momento...

¡No, no la veía!... Quise buscar un reflejo de sus facciones, en el rostro de nuestros hijos, y el hogar empezó á apagarse.

Y cuando se apagó completamente yo seguía viéndolo...

¡Era que sentía su calor dentro de mi alma!

Entonces murmuré por última vez:

La Nochebuena se va...

Y me quedé dormido... quizá muerto.

Cuando desperté se había ido ya la *Nochebuena*.

Era el primer día de Pascua.

PEDRO A. DE ALARCÓN.

Madrid, 1855



Puente de piedra sobre el Ebro

## VIAJE POR ESPAÑA EN 1492

### VIII

#### ZARAGOZA

**A**SENTADOS los negocios de Andalucía, expulsados de España los judíos, los Reyes Católicos se decidieron á abandonar el reino de Granada y pasar al de Aragón, donde reclamaban su presencia la entrega que el rey de Francia debía hacerles de los condados del Rosellón y Cerdeña, según con él tenían estipulado.

Detuviéronse los Reyes en varias ciudades para resolver algunos negocios, y el 8 de Agosto llegaron á Borja con sus hijos, el príncipe don Juan y las infantas, acompañados de los duques de Nájera y de Medinaceli, y del conde de Castro. Tuvieron allí junta de la *Hermanidad* del Reino de Aragón, en la cual ordenaron nuevos estatutos para facilitar la persecución de malhechores, y luego partieron para Zaragoza, donde fueron recibidos, cual correspondía á los triunfadores de Granada, con grandes fiestas y singulares demostraciones de júbilo, «un sábado, dice el cronista, á diez y ocho de Agosto.»

Cruzando el puente, sobre el Ebro (puesto que venían de Borja), entraron en Zaragoza los Reyes, y antes de atravesar la población sin duda se apearon ante la venerada capilla de Nuestra Señora del Pilar, que allí mismo, á la terminación del puente existía, donde, según la sagrada leyenda, la fundó el apóstol Santiago. Nunca más obligados que entonces, los vence-

dores de los moros y expulsadores de los judíos, para dar gracias á la milagrosa Patrona del Reino de Aragón, cuyos hijos los recibían con aclamaciones y festejos.

Era la capilla una construcción de estilo románico, en la que se veían claros reflejos del gusto bizantino. Consistía en un espacio cuadrado, rodeado de arcadas, con sus columnas de poca altura y de robusto aspecto, sobre las cuales se alzaba una arquería menor, y de la clave



Fachada y torre de la Seo

de cada uno de estos arcos pendía una lámpara de plata. Tan peregrino monumento había sufrido varios reparos, no tanto para remediar las injurias del tiempo, sino para quitar las huellas de un voraz incendio ocurrido en 1434, del que milagrosamente salió libre la Imagen y el muro del primitivo templo, que estaba detrás de ella. Por estas causas, y porque los devotos arrancaban trozos de este muro legendario para llevárselos como reliquias, veíase el mismo y otras partes del recinto revestidas con molduras y relieves de mármol que representaban



asuntos alusivos á la venida de la Virgen á Zaragoza, y los escudos de los Torreros, ricos vecinos de la ciudad que costearon la obra.

En tal estado conocieron los Católicos Reyes don Fernando y doña Isabel la capilla del Pilar, capilla pobre y reducida, como había sido desde que la fundara el apóstol, pero grande desde aquel momento por su renombre de milagrosa, que no osaron profanar los árabes en los tiempos de su dominación en la ciudad.



ALJAFERÍA: Puerta de la mezquita

Un hijo del rey don Fernando, el arzobispo don Alonso de Aragón, fué quien en 1515 levantó junto á la capilla suntuoso templo, dedicado á Santa María la Mayor y del cual subsisten el retablo del altar mayor y el coro, en la iglesia actual. En cambio, la catedral de *La Seo*, que se halla enfrente, no sólo existía sino que ya mostraba casi todas las maravillas de arte que hoy la avaloran. Mostraba sus tres naves imponentes por el oscuro granito de sus sillares, severas por la elevación de sus bóvedas y la sobriedad de sus ornatos, airosa por su elegante cúpula, á la cual el fundador don Pedro de Luna, aquel antipapa que se llamó Bene-

dicto XIII, cuyos blasones se ven esculpidos en las enjutas de los arcos torales, hizo dar forma de tiara; cúpula de tracería ojival, en forma de estrella, tachonada de florones dorados, con su cimborio ó linterna de piedra por dentro y por fuera de ladrillo, embellecida con primorosos alicatados y sus cuerpos coronados con almenas, obra de mudéjares.

Pocos años hacía que el maestro Arús había concluido el soberbio retablo de la capilla mayor, esculpido en alabastro, cuya obra había comenzado el imaginero Pere Johan, de Tarragona, á quien la muerte no se lo dejó terminar. Este retablo, con su basamento adornado con un friso de cuatro relieves, representando escenas milagrosas, alternados con tres celosías de calada labor, y á los lados puertas conopiales en cuyas hojas aparecen de relieve San Valero y San Vicente, con sus tres composiciones, de relieve también, en el cuerpo principal; el Nacimiento en el centro, á la izquierda la Transfiguración y la Ascensión del Señor á la derecha, cada uno de estos cuadros coronados por tres airoso doseletes, que parecen altísimas torres, llenas de arquerías y de calados, de grumos y de pináculos, de hojarascas y de florones, destacando en el centro el hueco circular del Sagrario; con sus haces de columnillas sobre las que destacan imágenes sagradas sobre caladas ménsulas y bajo doseletes florenzados, es una de las maravillas que produjo la escultura en España, en el período más brillante de la arquitectura ojival.

En esta misma capilla mayor verían los Reyes Católicos, en el muro del lado del Evangelio, los sepulcros de doña María, hija de don Jaime el Conquistador, y del arzobispo don Juan de Aragón, hermano de don Fernando V, que murió en 1475.

No sólo el arte cristiano, sino el árabe, contribuyeron á embellecer la catedral de la Seo. Al exterior, entre los ventanales ojivos del tiempo del antipapa, y alguna ventana de estilo románico, resto de la iglesia construída á raíz de la reconquista de Zaragoza por Alfonso I, y consagrada en 1119, se ven muros enteros de ladrillo, obra de mudéjares que supieron desarrollar, por medio de alicatados, lindas arquerías entrelazadas y peregrinas composiciones de lacería, mezcladas con frisos de azulejos cuyos esmaltes avivan y centellean poderosamente el conjunto.

No es esta la única fábrica de Zaragoza en que los árabes nos muestran el arraigo y el delicado gusto con que allí trabajaron, pues aparte de las iglesias de San Pablo, Santa María Magdalena, y San Juan y San Pablo, cuyas gallardas torres de ladrillo con primorosos alicatados, son suficientes para mostrar la perfección que alcanzaron los alarifes mudéjares, sin contar la mejor de las torres zaragozanas (de la cual no podemos acordarnos ahora sin lamentar el vandalismo moderno), porque ésta no se levantó hasta días después de conquistada Granada y descubierto el Nuevo Mundo, cuando la reina doña Isabel, alma de estas empresas, había pasado á mejor vida, es de admirar el castillo de la *Aljafería*, verdadero alcázar de la Zaragoza musulmana y después palacio de los reyes cristianos, donde, por lo tanto, moraban los reyes vencedores de Granada durante su permanencia en la ciudad. Aquel vasto edificio, centro de todos los recuerdos históricos del reino de Aragón, levantado en las afueras de la ciudad, á la parte occidental, entre el río y la puerta del Portillo, como seguro baluarte, debe su nombre, á lo que parece, al de su fundador el rey moro Aben-Aljofe ó Aben-Alfanje, cuyo reinado se fija entre los años 864 y 890.—De varias y muy diversas partes debía componerse el alcázar, que con el andar de los tiempos sufrió numerosas modificaciones y aditamentos, pues entre sus cámaras cuenta una octógona, pero de lujosa decoración, que sirvió para otro uso muy diverso que las demás del edificio. Esta habitación octógona era una mezquita. Esta mezquita recuerda los primeros tiempos de la dominación árabe en España. A cada lado del octógono se abre un arco sustentado por columnas marmóreas; los arcos, menos dos, recuerdan los arcos conopiales, pero se diferencia de éstos en que son agudos y en que por abajo rematan en herradura, y traen á la memoria los de las arquerías que decoran los frisos de Santa María la Blanca en Toledo. De herradura son los otros dos arcos, y uno de ellos, por la severidad de sus líneas

y por la decoración de su frente, acusa evidente parentesco con los de la catedral de Córdoba. Este arco da ingreso al recinto á manera de nicho, cubierto por bóveda estriada que simula una concha, que era el *Mihrab*, sitio principal de adoración y culto en toda mezquita. La riqueza ornamental de los muros y del conjunto, con la serie de arcos lobulados que se cruzan en el friso superior, acreditan á los artistas árabes zaragozanos de hábiles decoradores.

En el patio, y en otros lugares del alcázar, campeaban (y aún subsisten restos) unos arcos lobulados, en extremo caprichosos, formados por peregrinas lacerías, á manera de una confusa mezcla de partes arquitectónicas, puesto que los motivos que van formando las cintas al entrelazarse son arquerías lobuladas, dispuestas en sentido diagonal, á veces con sus columnas correspondientes, y con algunos lóbulos calados en torno del arco principal. Tan caprichoso conjunto acusa una decadencia prematura del estilo árabe de transición producida por exceso de fantasía en los últimos días del emirato de Zaragoza.

Pero no fueron éstas las últimas obras que los árabes hicieron en tan importante monumento, pues, convertido éste en palacio, los reyes cristianos le acrecentaron con nuevas construcciones y decorados que encomendaban á los artistas mudéjares. Los Reyes Católicos nos han dejado en la Aljafería gallarda muestra de lo que en sus días gloriosos sabían hacer aún los mudéjares y los cristianos, que no pocas veces trabajaban unidos, aunque dichos mudéjares debían ser ya conversos en religión, no en el arte. Ya en la escalera principal, cuya techumbre ostenta los yugos y las flechas, juntamente con el emblema *tanto-monta*, se reconoce el consorcio de los dos estilos. Pero donde éste se manifiesta en toda su pujanza es en los techos artesonados de las salas y aposentos levantados sobre el piso en que se halla la mezquita. Mudéjar es todo el trazado de estos techos, todas aquellas lacerías cuya base es el repetidísimo motivo de la llamada estrella de Salomón, de ocho puntas, formada por elegantes molduras; y todo el adorno que llena los casetones, hojarascas de delicado gusto y finísima ejecución, ricos florones terminados en piñas, escudos de Aragón coronados con el yelmo que lleva por empresa la quimera de San Jorge y los yugos y flechas con la tarjeta del *tanto-monta*, es del bellissimo estilo ornamental cristiano del tiempo de los Reyes Católicos. Negro es el fondo de los casetones, dorada la labor; y dice la tradición que en esta obra se empleó oro del que trajo de América Cristóbal Colón. En las salas pequeñas, entre ellas la llamada de Santa Isabel, porque allí es fama que nació esta infanta en 1271, corren por las escocías unas leyendas latinas en elegantes caracteres monacales.

A todos estos techos excede en severidad y en buen gusto el del salón principal llamado del trono. Sus profundos casetones ochavados, con florones, de cuyo centro penden elegantes piñas, están formados por una labor de lacería con preciosas estrellas en los puntos de intersección, y en vez de escocia, completando la decoración del techo, se extiende por los muros una galería formada por arcos conopiales y con calado antepecho, por bajo de la cual corre una moldura revestida de graciosas hojarascas, y, por fin, una ancha escocia con inscripción, como las antedichas.

Con tan magníficas obras coronaron los Reyes Católicos el magnífico palacio de la capital del Reino de Aragón, y no fué ésta la única obra que en Zaragoza hicieron, pues también se les debe la reconstrucción del convento de Santa Engracia, que por azares de los tiempos fué destruido y en ruinas se halla.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.





### En la Natividad de Cristo

Las palmas de la fértil Idumea  
más que cedros del Líbano han crecido;  
ejércitos del cielo han parecido  
en valle, en monte, en risco y en aldea.

La noche más que el día hermosea,  
y en el aire estas voces se han oído:—  
«Id, pastores, al niño que ha nacido;  
ved al que cielo y tierra señorea.»

Apriesa vienen y á Bethlem llegados,  
es el portal de ángeles un coro  
de música, de gloria y armonía.

Adoran por el suelo derribados  
al sacro santo y virginal tesoro,  
al poderoso Infante y á María

RAMÍREZ PAGÁN.









## El viejo músico



## El viejo músico







Decoración del acto segundo de *Parsifal*, en el teatro de Baireuth

## PARSIFAL

DE

RICARDO WAGNER

(CONTINUACIÓN)

### ACTO SEGUNDO

Castillo encantado de Klingsor. — Mazmorra interior de una torre abierta por lo alto; peldaños de piedra llevan á las almenas exteriores de la torre; oscuridad en el fondo, mirando desde las obras exteriores de la muralla, representadas por el suelo del escenario. Instrumentos mágicos y aprestos nigrománticos. — Klingsor aparece en un lado de la parte exterior de la muralla, sentado delante de un espejo metálico.

KLINGSOR

¡Cumplióse el plazo!... Mi castillo encantado atrae ya á los insensatos que, dando gritos de júbilo como los niños, se aproximan á mi vista desde lejos... Mi maldición la encadena en un letargo mortal, que, cuando quiero, trueco yo en torturas y angustias corporales... ¡Arriba, pues! ¡á trabajar! (*Bájase hacia el centro de la escena, y enciende allí perfumes, que llenan en seguida con un vapor azulado una parte del fondo. Después torna á su anterior puesto, y con gesto misterioso evoca el Abismo*): ¡Arriba!... ¡aquí!... ¡Acércate á mí! Llámame tu dueño, Sin nombre, esposa la más antigua del Infierno! ¡Rosa de las tinieblas! ¿Eras Herodías, y lo eres todavía? ¡Gundrigia allí, Kundry aquí: hacia acá, hacia acá, pues, Kundry! ¡Anda! ¡acércate á tu dueño! (*La forma de Kundry aparece en el vapor azulado. Prorrumpe en un grito horrible, como el de una persona medio despierta de una angustiosa pesadilla*).

¿Despiertas? ¡Ya! ¡Hoy, en ocasión conveniente, obedecerás de nuevo mi mandato! (*La figura de Kun-*

*dry hace oír un aullido lastimero, que comienza con inusitada violencia, y termina en gemidos inarticulados*). ¿Dónde en dónde vagabas de nuevo? ¡Ya! Allí, en los conciliábulos de los caballeros, en donde consientes que te traten como á una bestia. ¿No te agrada más vivir conmigo? Cuando te apoderaste en mi provecho de su Maestre... ¡ja! ¡ja!... del defensor inocente del Graal... ¿qué te obligó á abandonarme otra vez?

KUNDRY

(*Con trabajo y tartamudeando, como si intentara recobrar el habla*). ¡Ay de mí!... ¡ay de mí!... ¡Noche oscura!... ¡delirio!... ¡Oh!... ¡rabia!... ¡Oh dolor!... ¡sueño!... ¡sueño!... ¡sueño profundo!... ¡muerte!...

KLINGSOR

¿Te despertó otro? ¿Oyes?

KUNDRY

(*Como antes*). Sí... mi maldición... ¡oh!... ¡suspirar!... ¡suspirar!...

KLINGSOR

¡Ja! ¡ja!... ¿Allí en busca de castos caballeros?

KUNDRY

¡Allí!... ¡allí!... te servía!

KLINGSOR

¡Ya! ¡ya! ¿Sin enmendar el daño que tu maldad les había causado? No te ayudan: todos se venden, si se

les ofrece justo precio. El más fuerte cae, y se abandona en tus brazos: y así también cayó la lanza, que yo mismo sustraje á su Maestro... Ahora hay que contrastar al más peligroso: ampara el escudo de la insensatez.

KUNDRY

¡Yo!... no quiero... ¡Oh!... ¡oh!...

KLINGSOR

Bien querrás, porque no puedes otra cosa.

KUNDRY

Tú... no puedes... obligarme.

KLINGSOR

Pero sí forzarte.

KUNDRY

¿Tú?

KLINGSOR

¡Tu maestro!

KUNDRY

¿Con qué poder?

KLINGSOR

¿Con qué poder? Porque el tuyo sólo conmigo es impotente.

KUNDRY

(*Riéndose á gritos*). ¡Ja! ¡ja!... ¿Eres casto?

KLINGSOR

(*Furioso*). ¿Por qué me lo preguntas, mujer maldita! (*Quédase abismado en un furor sombrío*). ¡Terrible necesidad!... Así se burla ahora de mí el demonio, porque anhelé un día contarme entre los santos. ¡Terrible necesidad!... ¡Castigo de una ambición desapoderada!... Horrible é infernal aguijón, que, llenándome de pavor, me fuerza á guardar mortal silencio... ¿Se burla, y se ríe ahora de mí en voz alta por tu causa, esposa del ángel de las tinieblas? ¡Guárdate, pues! Uno ha expiado su burla y su desprecio: el orgulloso, que, escudado en su santidad, me separó un tiempo de su lado, verá ahora que su raza, ya en mi poder, que el defensor de los santos languidecerá sin rescate por mi obra; y pronto, según presumo, yo mismo seré el defensor del Graal... ¡Ja! ¡ja!... ¿Te agradaba mucho Amfortas, ese héroe, tu compañero de placeres?

KUNDRY

¡Oh!... ¡Ay de mí!... ¡ay de mí!... Débil él también. ¡Débiles... todos! ¡todos caen por la virtud de mi maldición!... ¡Sueño eterno, única salud! ¿cómo... cómo poseerte?

KLINGSOR

¡Ya! Quien te resistiera, te libertaba: ensáyate ahora con ese mancebo, que se acerca.

KUNDRY

¿Yo?... ¡no quiero!

KLINGSOR

¡Ahora trepa ya hacia el burgo!

KUNDRY

¡Oh! ¡ay de mí! ¡ay de mí! ¿Despertar yo para esto? ¿Debo yo?... ¿lo debo?...

KLINGSOR

(*Que ha subido á la muralla de la torre*). ¡Hola! ¡apuesto es el mancebo!

KUNDRY

¡Oh!... ¡oh!... ¡ay de mí!

KLINGSOR

(*Toca un cuerno, volviéndose hacia fuera*). ¡Alerta! ¡alerta!... ¡Centinelas! ¡caballeros! ¡héroes!... ¡Arriba!... ¡Los enemigos se acercan!... (*Oyense fuera voces y estrépito de armas*). St... ¡Cómo acorren á la muralla los juramentados caballeros para defender sus bellos demonios!... ¡Así... con valor... con valor!... ¡Hola!... No los teme... al héroe Ferris ha arrancado las armas, y acomete con ellas al escuadrón de combatientes. (*Kundry comienza á reírse á carcajadas*). ¡Poco sirve á los torpes su celo! A uno hiere en los brazos... á otro en el muslo... ¡Hola!... Ceden... huyen... retiranse todos heridos... ¿Cómo consentirlo yo? ¡Ojalá que todo el linaje de los caballeros se degüellen así unos á otros!... Vedlo cuán orgulloso se detiene en las almenas... ¡Cuán risueñas parecen las rosas de sus mejillas al recorrer sus miradas inocentes ese jardín solitario!... ¡Eh! ¡Kundry!... (*Vuelvese entonces Kundry, presa de una risa convulsiva, prorrumpiendo al cabo en un grito de dolor, también convulsivo; su figura desaparece de repente; la luz azulada se extingue; en el fondo, oscuridad completa*). ¿Cómo? ¿En la obra ya?... ¡Hola! Bien conocía yo el encanto que te asociaba fatalmente á mi servicio... ¡Tú allí, tierno renuevol! ¡Sea cual fuese... la profecía... has caído en mi poder, demasiado joven y demasiado torpe... de mí depende sólo arrebatarte tu inocencia! (*Desaparece lentamente con la torre, y la escena se transforma en un jardín encantado. Vegetación tropical; abundantísimas flores; las almenas de las murallas del burgo limitan el fondo, observándose en uno de sus lados las obras avanzadas del castillo, de estilo árabe puro, con azoteas ó terrazas*).

*Parsifal aparece en la muralla, mirando absorto al jardín. — Hermosas doncellas acuden de todas partes en tropel, así del jardín como del palacio, aisladas y sin orden al principio, y después en mayor número: sus vestiduras son ligeras, como si despertasen asustadas del lecho.*

DONCELLAS

(*Que vienen del jardín*). ¡Aquí el estrépito, las voces descompuestas, el ruido de las armas!

DONCELLAS

(*Que vienen del castillo*). ¡Ay de mí! ¡Venganza! ¡Socorro! ¿En dónde está el criminal?

UNA DE ELLAS

¡Herido mi amante!

OTRA

¿Dónde está el mío?

OTRA

¡Desperté sola! ¿Adónde huyó?

OTRAS, QUE LE SUCEDEN

Allá en el salón... llenos de sangre... ¡ay de mí! ¿Quién es su enemigo? ¡Vedlo! ¡Vedlo! ¿La espada de mi Ferris? Lo ví atacar el burgo... ó el cuerno del Maestro. Mi héroe acudió allí, vinieron todos, y á todos recibió llenando de sangre sus armas. ¡El atrevido! ¡el enemigo! Todos huyeron... ¡Tú allí! ¡tú allí! ¿Por qué nos traes tal aflicción? ¡Maldito, maldito seas! (*Parsifal penetra más en el jardín*).

LAS DONCELLAS

¡Atrevido! ¿te atreves á desafiarnos? ¿Por qué has herido á nuestros amantes?

PARSIFAL

(*Lleno de admiración*). ¿No me he visto obligado á herirlos, bellas niñas? Oponíanse á que llegara hasta vosotras, que sois tan lindas.

LAS DONCELLAS

¿Nos buscabas á nosotras? ¿Nos habías visto ya?

PARSIFAL

Jamás había visto criaturas tan bellas. ¿No tengo razón al llamaros así?

LAS DONCELLAS

(*Pasando de su admiración á la calma*). ¿No quieres, pues, ofendernos?

PARSIFAL

¡De ninguna manera!

LAS DONCELLAS

Sin embargo, nos has ofendido mucho; has herido á nuestros amantes. ¿Quién jugará ahora con nosotras?

PARSIFAL

Yo, con la mejor voluntad.

LAS DONCELLAS

(*Riéndose*). Si eres tan bueno, no te alejes de nosotras, y si no nos engañas, nosotras te recompensaremos: no jugamos por ganar oro, sino el premio del amor: si deseas consolarnos, antes has de merecerlo. (*Algunas, que se han refugiado entre los matorrales, se presentan ahora como vestidas de flores ó pareciendo serlo*).

LAS DONCELLAS COMPUESTAS

(*Aisladamente*). ¡Dejad á ese mancebo!... ¡A mí me pertenece!... ¡No!... ¡No!... ¡A mí!... ¡A mí!...



Decoración del acto segundo de *Parsifal*, en el teatro de Baireuth

LAS OTRAS DONCELLAS

¡Ah! ¡las taimadas!... Se han compuesto en secreto. (*Éstas desaparecen también, y regresan en seguida adornadas también con flores*).

LAS DONCELLAS

(*Dando vueltas alrededor de Parsifal, como juegan las niñas, y rozando suavemente sus mejillas y su barba*). ¡Vén! ¡Vén, lindo mancebo! ¡Sólo florezco para tí! Mi amoroso anhelo te llenará de placer.

PARSIFAL

(*Tranquilo en medio de ellas*). ¡Qué perfume tan grato! ¿Sois acaso flores?

LAS DONCELLAS

(*Ya una á una, ya muchas juntas*). El Maestre nos siega en la primavera, llevándose los aromas y la gala de este jardín; crecemos aquí al sol del estío, y para servirte de deleite. Sé benigno para nosotras, muéstrate

nuestro amigo, y no seas avaro en dar su premio á las flores; si tú no nos amas y enamoras, nos marchitaremos y moriremos.

1.<sup>a</sup> DONCELLA

¡Oprímeme contra tu pecho!

2.<sup>a</sup> DONCELLA

¡Déjame refrescar tu frente!

3.<sup>a</sup> DONCELLA

¿Podré tocar tus mejillas?

4.<sup>a</sup> DONCELLA

¿Me permites besar tus labios?

5.<sup>a</sup> DONCELLA

¡No, yo! ¡Yo soy la más bella!

6.<sup>a</sup> DONCELLA

¡Acércate á mí! ¿No es más grato mi perfume?



PARSIFAL

(Defendiéndose dulcemente de sus ataques). Guirnalda de flores tan osada como bella, si he de jugar con vosotras, ¿cómo me estrecháis de esta manera?

LAS DONCELLAS

¿Por qué te enfadas?

PARSIFAL

Porque vosotras disputáis.

LAS DONCELLAS

¿Por tí, nuestro galardón!

PARSIFAL

Renunciad á esa lucha.

1.<sup>a</sup> DONCELLA

(A la segunda). ¡Véte! ¿No ves que me prefiera á todas?

2.<sup>a</sup> DONCELLA

¡No, á mí!

3.<sup>a</sup> DONCELLA

¡Más bien á mí!

4.<sup>a</sup> DONCELLA

¡No, á mí!

1.<sup>a</sup> DONCELLA

(A Parsifal). ¿Me aborreces, acaso?

2.<sup>a</sup> DONCELLA

¿Tienes miedo de mí?

1.<sup>a</sup> DONCELLA

¿Eres cobarde con las mujeres?

2.<sup>a</sup> DONCELLA

¿No confías en tus propias fuerzas?

MUCHAS DONCELLAS

¡Qué tímido! ¡qué frío! ¡qué cobarde eres!

OTRAS DONCELLAS

¿Consentirás que luchen las flores por una mariposa?

PRIMERA MITAD

¡Dejad á ese insensato!

UNA DONCELLA

¡Por perdido lo doy!

OTRAS

¡Para nosotras está destinado!

OTRAS

¡No, para nosotras!... ¡No, para mí!... ¡También para mí!... ¡Vén, vén!...

PARSIFAL

(Que de mal talante intenta huir, ya por aversión, ya por timidez). ¡Dejadme! ¡No os apoderaréis de mí! (Al lado de un bosquecillo de flores se oye la voz de

KUNDRY

¡Parsifal... quédate allí! (Las doncellas se asustan, y se detienen. Parsifal, admirado, guarda silencio).

PARSIFAL

¿Parsifal?... Así, una sola vez, me llamó soñando mi madre...

LA VOZ DE KUNDRY

¡Detente ahí, Parsifal!... El placer y el supremo bien te aguardan... ¡Apartaos de él, rivales infantiles: flores tan pronto marchitas, ¡ese juego no era para vosotras! Regresad á vuestras moradas á curar los heridos: algunos héroes os aguardan solitarios.

LAS DONCELLAS

(Alejándose de Parsifal lentamente y con temor). ¿Abandonarte?... ¿Huir de tí?... ¡Ay de mí! ¡cuán grande es mi pena! ¡De todos quisiera yo separarme, y estar sola contigo! ¡Adiós! ¡adiós! ¡adiós, hermoso mancebo!... ¡Adiós, mancebo orgulloso!... ¡Adiós... insensato! (Al pronunciar las últimas palabras se retiran hacia el castillo sin dejar de reirse).

PARSIFAL

Todo esto... ¿lo he soñado ahora? (Vuelve con timidez hacia el lugar, en donde suena la voz. Una mujer joven, de singular hermosura, se presenta allí al descubrirse el bosquecillo.—Kundry, en forma muy diversa, ofrécese á la vista en un lecho de flores, vestida ligeramente con un traje fantástico, parecido á los de traza árabe).

(Todavía lejos). ¿Me llamas cuando no tengo nombre?

KUNDRY

Fal... parsi... te llamaba yo, insensato inocente... Parsifal, inocente insensato. Así llamaba Gamuret, cuando desapareció en la Arabia, al hijo á quien apeló moribundo con este nombre, todavía en el seno de su madre. Esperábase aquí para decirlo: ¿qué puede traerte á este lugar sino el deseo de saberlo?

PARSIFAL

Nunca ví, nunca soñé siquiera lo que ahora veo, y lo que llena mi alma de inquietud. ¿Despojaste de sus más bellas galas á esta floresta?

KUNDRY

No, Parsifal, insensato inocente! Lejos, muy lejos está mi patria... sólo me he detenido aquí para hablarte. Yo vengo de muy lejos, en donde he visto muchas cosas. Yo ví al niño en el regazo de su madre, y todavía resuena en mi oído, con deleite, su primer llanto; ¡cómo, llena de aflicción, sonreía también Corazón Traspasado, cuando la alegría de sus ojos aliviaba también sus dolores! Recostado suavemente en el blando musgo, dormíalo encantada con sus caricias, y, á pesar de sus penas, madre cariñosa, celaba su sueño, despertándolo por la mañana el tibio rocío de las lágrimas maternales. Llorar era su destino, y sufrir tormentos infinitos por el amor que tenía á tu padre, y por su triste muerte; precaverte de igual fin era sólo la ley que presidía á sus acciones: anhelaba alejarte del ruido de las armas, de las luchas y de la rabia de los hombres, no siendo otro su afán ni su cuidado. El temor y la inquietud, ¡ay de mí! eran su único alimento: tú no debías saber nada. ¿No escuchas, acaso, todavía sus quejas cuando te alejabas de ella y regresabas tarde? ¡Cuánto era su deleite, cuánta su alegría al encontrarte después de sus fatigas! Cuando sus brazos te estrechaban, á pesar de tu enojo, ¿te afligían acaso sus besos?... Tú ignorabas sus padecimientos y los extremos de su pena, cuando te ausentaste para siempre, y se perdieron por completo tus huellas: esperaba noche y día, y muda ya su garganta, y acallados sus dolores con su anhelo, sólo pedía una muerte tranquila: tales torturas destruyeron su pecho, y al fin... murió... Corazón Traspasado...

PARSIFAL

*(Más y más pensativo, cae al fin en tierra a los pies de Kundry, agobiado por estos recuerdos).* ¡Ay! ¡ay de mí! ¿Qué hice? ¿en dónde estaba yo? ¡Madre mía! ¡Tierna y cariñosa madre mía! Tu hijo, tu hijo, ¿había de ser tu asesino? ¡Oh insensato! ¡estúpido, temerario insensato! ¿En dónde, pues, vagabas olvidado de ella? ¡Olvidado de ti, de ti, madre tan amante como cara!

KUNDRY

*(Siempre recostada, se inclina sobre la cabeza de Parsifal, toca con dulzura su frente, y abraza cariñosamente su cuello).* El dolor era para ti desconocido, y las caricias consoladoras aún no habían aliviado tu dolor: la pena, que te atormenta, el arrepentimiento de tu falta, truécalo ahora en cariño, truécalo en amor.

PARSIFAL

*(Turbado).* ¿Podría yo olvidar a mi madre? ¡Ay de mí! ¿Cómo no olvidarlo todo? ¿Qué podré yo recordar? Una insensatez estúpida se alberga sólo en mi alma. *(Déjase caer más).*

KUNDRY

El arrepentimiento borra la culpa y sus huellas. La conciencia de la propia falta transforma al estúpido en sensato: aprende ahora lo que es amor, la pasión de Gamuret, cuando el fuego de Corazón Traspasado lo abrasaba y lo hacía feliz: de ella recibiste el cuerpo y la vida, presa de la locura y de la muerte; pero hoy te ofrece... postrer emblema del cariño maternal... su bendición y el último adiós... y el amor... ¡su primer beso! *(Apoya su cabeza en la de Parsifal, y oprime largo tiempo sus labios dándole un ardiente beso).*

PARSIFAL

*(Se levanta de improviso, expresando el horror más profundo. Su postura indica un cambio terrible en su interior; apoya fuertemente la mano contra el corazón, como si se lo desgarrara intenso dolor, al fin dice:)* ¡Amfortas!... ¡la herida!... ¡la herida!... ¡me abrasa el corazón!... ¡Oh! ¡lamento, lamento, terrible lamento, da voces desde lo más recóndito de mi ser! ¡Oh!... ¡oh!... ¡miserable!... ¡el más digno de lástima!... ¡Yo vi sangrar la herida!... ahora me sangra a mí también... ¡aquí!... ¡aquí!... *(Mientras Kundry lo mira fijamente asustada y atónita, prosigue Parsifal dominado por su emoción).* ¡No! ¡no! ¡no es la herida, aunque la sangre corra a raudales! ¡Aquí... aquí siento el fuego, en el corazón!

¡Angustia, angustia formidable que se apodera de mis sentidos, y los tortura sin piedad! ¡Oh!... tormentos del amor. ¡Cómo se estrema todo! ¡cómo tiembla y se agita, estimulado por concupiscencias pecadoras!... *(Con lentitud, y como horrorizado).* Su mirada fija en el vaso de salvación... la sangre divina bulle... afán de rescate, placer celestial se enseorea de todas las almas: sólo aquí en el corazón no se alivia el dolor. Ahora oigo yo los lamentos del Salvador, la queja ¡ay de mí! la queja, eco de la inocencia vendida por el pecado... «rescátame, sálvame de estas manos culpables.» Así resuenan en mi alma, llenándome de pavor, los lamentos divinos. ¿Y yo? ¡el loco, el cobarde! yo fui en pos de groseros placeres juveniles. *(Arrodillase desesperado).* ¡Redentor! ¡Salvador! ¡Señor, digno de todo homenaje! ¿cómo, pecador, expiaré yo tan grave crimen?

KUNDRY

*(Cuya admiración se ha trocado en éxtasis apasio-*

*nado, intenta acercarse tímidamente a Parsifal).* ¡Héroe ilustre, aparta de ti esa sospecha! ¡Muéstrate benévolo con quien, acercándose a ti, te adora!

PARSIFAL

*(Que, siempre inclinado, mira a Kundry con fijeza, mientras ésta se aproxima a él, y hace gestos de cariño, que él comenta de este modo:)* ¡Sí! esta voz. Así lo llamaba;... esta mirada la reconozco con toda claridad, y al otro, a quien tan odiosamente sonreía. Los labios;... sí, con ellos lo engañaba;... así se inclinaba también su rostro;... así alzaba osado su cabeza;... así flotaban sus cabellos juguete del viento;... así oprimía su cuello con los brazos;... así lo provocaban sus mejillas... presa de todos los dolores, aspiraba de su boca la salud del alma... ¡Ah! ¡este beso!... *(Levantase lentamente al pronunciar las últimas palabras, y al cabo con un ademán violento, rechaza a Kundry con energía).* ¡Seductoral ¡alejate de mí! ¡Siempre! ¡lejos siempre de mí!

KUNDRY

*(Con profunda pasión).* ¡Cruel!... ¡ay!... Si tú sólo sientes en tu corazón los dolores ajenos, aprecia también los míos. Si tú eres redentor ¿qué impide ¡oh malvado! que seas también para mí puente de salvación? ¡Tiempo eterno hace... que te espero, ya que, ¡ay de mí! es demasiado tarde para aguardar al Salvador despreciado antes por mí con sobrada osadía... ¡Oh!... Si supieras qué maldición me persigue, despierta y dormida, muerta y viva, triste y risueña, atormentándome siempre bajo nuevas formas, y penetrando al fin en lo más íntimo de mi ser?... Lo ví... lo ví... y... sonrió... Sus ojos me traspasaron... Todo mi anhelo es ahora correr de un mundo a otro para encontrarlo: en tan extrema angustia imaginaba que sus ojos se acercaban a mí, que sus miradas se fijaban en mí sin descanso;... su sonrisa siniestra encontraba luego tan sólo... otro pecador descansaba de nuevo en mis brazos. Por eso se sonrió... por eso sonrió... sin poder nunca llorar: sólo dar voces, encolerizarme, alborotar, delirar, en suma, en una noche de torturas siempre renovadas, de la cual nunca puedo despertar satisfecha... Déjame llorar en el seno de quien ha de aliviar mis sufrimientos mortales, de aquel a quien reconozco, de aquel a quien desprecie estúpidamente; déjame una sola hora unirme a ti, y ya que Dios y el mundo me rechazan, expiar contigo mis pecados, y ser al fin rescatada por ti.

PARSIFAL

Eternamente te condenarías conmigo, si en tus brazos seductores olvidase mi misión una sola hora... Vengo también para salvarte, si puedes despojarte de tus deseos. El remedio de tu dolor no lo hallarás en la fuente de donde mana: jamás te salvarás, si no se agota aquella. Hay otra... otra ¡ay de mí! que buscaba yo triste con inextinguible ardor, allí, en donde hermanos en horrible lucha se atormentan y perecen. Sin embargo, ¿quién puede conocer la onda límpida y clara, origen de todo bien? ¡Oh desdicha! ¡destino funesto de toda redención! ¡Oh sombras, que envolvéis los pensamientos humanos! Con ansias ardientes de lograr el sumo bien, sólo buscamos la raíz de nuestro mal.

KUNDRY

¿Debes acaso a mi beso el contemplar tan claramente las cosas humanas? ¿La influencia de mi amor inagotable te impulsa a desear la divinidad? Tú eres hoy quien rescata el universo... erígete en Dios una sola hora, y déjame a mí condenada para siempre, y cuidate poco de mi eterna herida.

PARSIFAL

A tí también ¡oh mujer culpable! ofrezco yo la salvación.

KUNDRY

Deja que yo te ame, que eres mi Dios, y sólo entonces me salvarás.

PARSIFAL

Amor y redención habrá para tí... si me indicas el camino para encontrar á Amfortas.

KUNDRY

*(Dominada por la ira.)* ¡Jamás... lo encontrarás! Deja morir al caído, al malaventurado, ávido de placeres, á quien yo despreciaba. ¿Acaso es ya suya la lanza que ha de curarlo?

PARSIFAL

¿Quién se atreverá á herirlo con un arma consagrada?

KUNDRY

Él, él... el que castigó un día mi sonrisa: su maldición ¡ay de mí! me dió su fuerza. Contra tí mismo esgrimiré yo mis armas, si honras al pecador con tu compasión... ¡Qué locura!... ¡Misericordia, misericordia para mí!... Sólo una hora mío... sólo una hora tuya... y en el camino... no faltará quien te guíe. *(Intenta abrazarlo.)*

PARSIFAL

*(Rechazándola energicamente.)* ¡Véte, desventurada!

*(Concluírá.)*

KUNDRY

*(Desgarrándose el pecho y gritando delirante.)* ¡Socorro! ¡socorro! ¡Aquí! ¡Detened al culpable! ¡aquí! ¡Defended el camino! ¡Defended la senda!... Y tú, huye, seguro de que podrás encontrar todos los caminos del mundo, excepto el que buscas, porque éste no lo hallarás jamás... Las sendas ó los caminos, que han de separarte de mí, los maldigo por tu amor. Vaga, vaga por ahí... cuando confiabas en que yo... te sirviera quizás de guía. *(Klingsor se presenta en las murallas, las doncellas acuden corriendo, é intentan acercarse á Kundry.)*

KLINGSOR

*(Blandiendo una lanza.)* ¡Alto ahí! Yo te detendré con el arma predestinada: para los insensatos, esta lanza de su Maestre. *(Despide la lanza que se queda suspendida sobre la cabeza de Parsifal, apoderándose de ella y blandiéndola, con gestos que indican su entusiasmo, y haciendo la señal de la cruz.)*

PARSIFAL

Con este signo deshago yo tus encantos: como cierre la herida que abriste con ella, tu poder engañoso se desvanecerá como una nube, y se transformará en llanto sin gemidos. *(El castillo desaparece como si se lo tragara un terremoto; el jardín se torna en desierto, y las doncellas, como flores marchitas, llenan el suelo.—Kundry cae también dando gritos, y Parsifal se dirige á ella desde lo alto de las murallas, diciendo:*

Ya conoces el único lugar en donde podrás verme otra vez. *(Desaparece, cayendo rápidamente el telón.)*

Traducido directamente del alemán, por

E. DE MIER.



## NUESTROS GRABADOS

### ESPERANDO LA PROCESIÓN

CUADRO DE JOSÉ LLOVERA

Damos á nuestros suscriptores con este número la cromotipia *Esperando la procesión*, sacada de un cuadro de José Llovera, en cumplimiento de lo que ofrecimos en el prospecto de este semanario. Del mérito del trabajo no hemos de hablar nosotros: hartos lo verán nues-

tros lectores. La pintura de Llovera está copiada con la fidelidad que permiten los modernos sistemas de reproducción. El asunto reúne extraordinario interés. Llovera parece haber vivido con los personajes que pintó Goya en sus incomparables cartones para tapices, ó que retrató don Ramón de la Cruz en sus deliciosos sainetes. Goya aplaudiría con entusiasmo el balcón pintado por nuestro paisano, porque en él vería que han sido estudiados



### Dios y el hombre

Niño Dios, ¿quién os da guerra?  
¿quién os hace así llorar?  
—Amores me han de matar;  
por ellos vengo á la tierra.  
—Si venís preso de amor,  
¿cómo estáis, mi Dios, llorando?  
—Estoyme considerando  
las ansias del pecador.  
—Muy gran misterio se encierra,  
mi Dios, en vuestro llorar.  
—Sí, que amor me ha de matar,  
y por él vengo á la tierra.  
—Frio, lágrimas, nobleza  
tenéis, mi Dios, soberano.

—Por dar al linaje humano  
calor, placer y riqueza.  
—Amor, mi Dios, os destierra,  
amor os trajo á pensar,  
amor os hace llorar,  
amor os tiene en la tierra.  
—Por amor vengo del cielo,  
do estoy con mi tierno Padre,  
y de la Virgen mi Madre  
por amor nazco en el suelo.  
Amores me hacen guerra,  
y me hacen tanto amar,  
que al cabo me han de matar,  
pues me han traído á la tierra.  
ÚBEDA.

sus lindos cuadros de *La merienda*, *El puesto de cacharros*, *La gallina ciega* y otros de los que se tejieron en la Real Fábrica de tapices de Madrid y cuyos originales se admiran actualmente en el Museo del Prado. La vieja reverenda, la joven pizpireta, el mozo devoto y el pretencioso, el señor de campanillas que aguardan la procesión, son todos figuras de los últimos años del siglo XVIII ó de los comienzos del presente, gallardas como las que pintaron y retrataron aquellos dos ingenios españoles, y como las suyas españolas de pura sangre, castizas y no

pareciéndose, por lo tanto, en cosa alguna á las que tienen en su historia los demás países del mundo. De nuestra España procede también la casa en donde el balcón se halla, el ángulo de ella con el nicho y el santo y la labrada palomilla de hierro, la historiada baranda y el tapiz colgado para darle al balcón el boato y la autoridad que requerían la importancia y significación del acto religioso. De la elegancia y galanura desplegadas por el artista en su obra, también podemos excusarnos de hacer elogios, porque bien patentes las verán cuantos

están dotados de buen gusto artístico. Este cuadro, por el conjunto y por los detalles, ha de ponerse en el número de los más afortunados que su autor ha pintado.

### ¡SANTA NOCHE!

CUADRO DE J. SCHRADER

Al Señor en el portal de Belén y la adoración de los Reyes representa, en el cuadro que reproducimos grabado, el artista alemán J. Schrader, con un vigor en las figuras y una fuerza de luz que recuerdan á la vez las obras pictóricas de Rubens y de Rembrandt. ¿Qué podemos decir del inefable suceso conmemorado en esta pintura? Cedemos la palabra á uno de los escritores clásicos de la literatura castellana, el P. Pedro de Rivadeneira, de la Compañía de Jesús, quien en su *Vida y misterios de Cristo Nuestro Señor* escribe lo siguiente:

«En aquella misma hora bienaventurada en que nació el Señor, se hizo fiesta en el cielo, y todos los ángeles vinieron á adorarle y reconocerle por su Príncipe y Señor y reparador de sus sillas y de las quiebras que los malos ángeles habían hecho en su caída. Y luego uno de ellos apareció á los pastores, que estaban velando sobre su grey, cabe una torre que se llamaba Heder, donde Jacob había apacentado sus ovejas, como una milla de Belén hacia Oriente, y les dió la regocijada nueva de la venida del Salvador del mundo y del lugar en que había nacido y donde le hallarían y las señas para conocerle. Ellos fueron al pesebre con gran presteza y alegría, y le hallaron y adoraron y contaron á los otros sus compañeros lo que habían hallado y visto. También al mismo punto nació una estrella en las partes de Oriente, que significaba haber nacido la estrella de Jacob, profetizada por Balaán, para que los Reyes Magos, por la vista de una, se moviesen á buscar la otra que estaba encubierta en el portal de Belén; para que á los judíos y á los gentiles, á los pastores y á los reyes, á los pobres y á los ricos, á los que estaban cerca y á los que estaban lejos, fuese manifestado el que nacía para todos, y le juntasen en la misma piedra angular las dos paredes que estaban tan apartadas y tan divisas. No falta quién contemple que otro ángel fué al limbo á anunciar á los Santos Padres que en él estaban el nacimiento del Señor; aunque esto no lo dice el Sagrado Evangelio, pero sí dice que con aquel ángel que dió la nueva á los pastores se juntaron otros innumerables

ángeles, cantando por los aires himnos y alabanzas al Rey nacido, y diciendo aquellas palabras tan llenas de misterios: *¡Gloria sea á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!* para darnos á entender la gloria que se había de seguir á Dios por haberse tanto abatido y humillado, y la paz que habían de conseguir y de tener los hombres que de corazón y de grado se abrazasen con el Pacificador del mundo y debajo de su imperial bandera hitiesen guerra á su carne, al pecado y al demonio. De esta manera celebró le cielo y la tierra la Sacrosanta Natividad del Señor, porque era muy justo que todas las criaturas se regocijasen con la venida de su Criador, pues tanto por ella las había ennoblecido; y asimismo para que el hombre conociese que aquel niño que parecía tan chiquito, tan tierno y tan flaco á los ojos de la carne, era Dios verdadero y Rey eterno, y por lo uno sacase la caridad y humildad del Señor y se la agradeciese é imitase; y por lo otro su soberana Majestad y Omnipotencia, y le temiese y se admirase; viendo que había sabido juntar en uno dos extremos tan distantes, como son Dios y hombre, Virgen y madre, eternidad y tiempo, cielo y tierra, muerte y vida y fe de tan incomprensibles misterios en corazón humano.»

### EL VIEJO MÚSICO

La Nochebuena lo es de regocijo en todos los países cristianos. Cantares tiernísimos óyense en ciudades y pueblos para glorificar al Señor de cielo y tierra en su nacimiento. La zampoña deja oír sus acordes en las aldeas, con el caramillo y los instrumentos pastoriles, mientras los vecinos se entregan al esparcimiento y acuden presurosos á oír la Misa del Gallo. El viejo músico tan hábilmente dibujado en la lámina que publicamos, acompañaría á buen seguro coplas y fervorines á los chicos que con él corren de casa en casa y de puerta en puerta para felicitar las Navidades á todos y sacar buenos aguinaldos de los más caritativos y rimbosos. ¡Con qué afición sopla el buen músico para sacar de su difícil instrumento los graves sonidos que tan á maravilla sirven para darle el tono y llevar el tiempo á un coro de monaguillos ó de capilla! Su expresiva cara descubre que no se ocupa en tocar el fagote por mero oficio, sino que le atribuye la importancia que reviste por el altísimo fin en que se emplea.



## LO QUE HACE VIVIR Á LOS HOMBRES

FOR EL

CONDE LEÓN TOLSTOÏ

(CONTINUACIÓN)

V

**S**IEMEN despertó de mañana; los chicos dormían aún; la *baba* había salido para pedirle pan á la vecina, y sólo el extranjero seguía tendido en el banco, los ojos vagarosos y con el rostro más tranquilo que en la víspera.

Y Siemen dijo:

—Ahora bien, amigo mío, el vientre nos pide pan y el cuerpo vestido. Es fuerza que uno se baste á sí mismo y que se alimente. ¿Sabes trabajar?

—No sé nada.

Siemen abrió unos ojazos enormes y exclamó:

—Uno aprende lo que quiere cuando no le falta buena voluntad.

—Todo el mundo trabaja y yo haré como los demás.

—¿Cómo te llamas?

—Mikhaïl.

—Pues bien, Mikhaïl, no quieres decirme nada de tí y esto es asunto tuyo, pero es indispensable comer. Si haces lo que voy á decirte yo te alimentaré.

TOMO I.—120.



—¡Dios te ampare! Enséñame lo que ignoro.

Siemen tomó cáñamo y se puso á retorcer el hilo.

—Esto no es difícil, mira.

Mikhaïl miró, cogió el cáñamo y se puso también á retorcer el hilo en seguida. Siemen le enseñó á cortar, á coser, á manejar la lezna, á poner las suelas y á picar las costuras. Al tercer día Mikhaïl comprendía al momento cualquiera labor que se le explicase, y con tanta pulcritud trabajaba que parecía haber estado haciendo botas por espacio de un siglo. No perdía un minuto, comía poco, y acabada la obra quedábase en un rincón, los ojos al cielo y silencioso; hablaba poco, no reía nunca, no salía nunca, y únicamente una sola vez se le había visto sonreír, la primera noche cuando la *baba* le sirvió la cena.

## VI

Un día tras otro día, una semana tras otra semana, pasóse un año, y Mikhaïl continuaba viviendo y trabajando en casa de Siemen. El obrero se hizo famoso: nadie hacía botas tan pulcras y tan sólidas como Mikhaïl, el oficial de Siemen. Conociábase á veinte leguas á la redonda y su amo comenzó á enriquecerse.

Cierto día de invierno trabajaban juntos el maestro y su oficial cuando un *voşok* (1) tirado por tres hermosos caballos, cuyos cascabeles sonaban alegremente, se detuvo á la puerta de la isba. Un lacayo saltó del pescante y abrió la portezuela, por la que saltó del *voşok* un *barine* (2) envuelto en una *chouba* y subió los escalones de la tienda. Matrena abrió la puerta de par en par. Agachóse el *barine*, entró en el isba y se irguió de nuevo: con la cabeza tocaba casi el techo y él solo llenaba un ángulo de la sala. Siemen le saludó asombrado. Nunca había visto un hombre semejante. Siemen era rechoncho, Mikhaïl delgaducho y Matrena parecía un leño seco. Aquel hombre tenía aire de venir del otro mundo y su cara rojiza y ancha y el cuello de toro le daban el aspecto de un ser construido en bronce.

Después de haber echado un resoplido, el *barine* tiró su abrigo de pieles, se sentó en un banco y preguntó:

—¿Quién de vosotros es el maestro zapatero?

Siemen se adelantó.

—Soy yo, señor, le dijo.

El *barine* llamó al lacayo.

—Jedke, tráeme el cuero.

El doméstico vino con un paquete que dejó sobre la mesa.

—Desata este paquete.

Y así lo hizo, enseñando el *barine* el cuero á Siemen.

—¿Ves bien este cuero, zapatero?

—Sí, señor.

—¿Conoces qué clase de mercancía es?

Siemen tocó el cuero y dijo:

—La mercancía es de primera calidad.

—Así es, es buena, imbécil: no has visto tú jamás semejante mercancía; es cuero de Alemania ¿entiendes? Cuesta este cuero veinte rublos.

Siemen, intimidado, contestó:

—¿Dónde podríamos nosotros ver todo esto?

—Es cierto. ¿Puedes hacerme unas botas con este cuero?

—Sí á la verdad, señor.

(1) Coche con tres caballos.

(2) Señor de respeto.

El *barine* repuso:

—¡Sí á la verdad! ¿Comprendes para quién vas á trabajar, y con qué mercancía? Hazme unas botas que duren un año, que pueda llevarlas un año sin que se me rompan. Si puedes hacerlo, coge este cuero, y de lo contrario niégate á ello. Por adelantado te advierto que si las botas se rompen antes del año te meto en la cárcel, y si me sirven todo el año cuenta con diez rublos para tí.

Siemen, asustado, vacilaba y no sabía qué responder. Miró á Mikhaïl, le tocó con el codo y le preguntó qué debía decir ¿es cosa ó no de aceptar?

Mikhaïl le hizo un signo afirmativo y Siemen aceptó, comprometiéndose á entregar unas botas que no se descoserían, ni se romperían hasta de un año de usarlas.

El *barine* llamó al criado, tendió el pie y dijo:

—Adelante, pues. Tómame la medida.

Tan grande era su pie que se hizo preciso cortar un segundo pedazo de papel, aun cuando no pecase de pequeño el primero. Siemen tomó la medida de la planta, del tobillo, y quiso medir la pantorrilla, mas el papel no bastó á darle la vuelta, porque era grande como una viga. Mientras Siemen tomaba la medida el *barine* miraba á todo el mundo, y al reparar en Mikhaïl, preguntó:

—¿Quién es éste?

—Es mi oficial, el que hará las botas, contestó Siemen.

—¡Ojo alerta! que duren un año.

Siemen dirigió la vista hacia Mikhaïl y advirtió que éste ni siquiera miraba al *barine*, sino que miraba arriba, á los lados, como si viese algo. Mikhaïl miraba y miraba cuando de pronto sonrió con serenidad.

—¿Por qué te ríes, imbécil? dijo el *barine*. Mejor fuera que cuidases de que mis botas estuviesen listas á tiempo.

Mikhaïl respondió:

—Vuestras botas estarán prontas en el instante preciso.

—Así lo entiendo, repuso el *barine* poniéndose la *chouba*.

Encaminóse á la puerta, mas como olvidara bajarse dió con la frente en la viga. Gritó, encolerizóse, y luego irguiéndose, se frotó la cabeza y subió en su *voşok*.

Así que se hubo marchado, dijo Siemen:

—He ahí á un hombre fuerte como el pedernal. Ha roto la viga y se ríe de ello.

A lo cual Matrena añadió:

—Pues con la vida que lleva ¿cómo no ha de ser un arrogante hombre? Fundido en bronce no le agarrará tan fácilmente la muerte.

## VII

Siemen se dirigió á Mikhaïl:

—Hemos aceptado este encargo y quiera Dios que no nos produzca algún disgusto. El cuero es caro, el *barine* violento. ¡Con tal de que no nos equivoquemos! Tienes tú mejor vista y más segura la mano; ahí van las medidas, córtame el cuero, que yo haré tu trabajo mientras tanto.

Obedeció Mikhaïl, cogió el cuero, lo desarrolló y se puso á cortar. Matrena le contemplaba, y aunque acostumbrada al oficio, admirábase notar que el oficial cortaba el cuero de una manera distinta de lo que requerían unas botas. Quiso hablar, pero pensó:

—Acaso no habré comprendido yo qué género de botas necesita el *barine*: Mikhaïl sabe mejor que yo lo que se hace. No quiero, por lo tanto, meterme en el asunto.

Mikhaïl hizo un par de zapatos que cosió al modo de los que confeccionan sandalias.

Asombrábase Matrena al advertirlo, pero nada quiso decir, y Mikhaïl prosiguió cosiendo. Llegó la hora de la comida. Levantóse Siemen y vió que Mikhaïl había hecho con el cuero unas sandalias en vez de unas botas, ¡él que en nada se equivocaba! y lanzó un ¡ah! de sorpresa.

—Perdida está la mercancía. ¿Qué diré al *barine*? ¿Dónde encontraré cuero igual? ¿Qué has hecho, amigo mío? Me has perdido. El *barine* me encargó unas botas y ¿qué has hecho tú?

Apenas pronunciadas estas palabras sonó un fuerte golpe en la puerta. Miraron por la ventana y vieron al criado del *barine* que arrendaba el caballo á la anilla. Abrióle Siemen y el mozo, sin poder respirar, exclamó:

—Buenas tardes, maestro.

—Buenas tardes, ¿qué quieres?

—La *barinia* (1) me manda á buscar las botas.

—¿Las botas?

—Sí, el *barine* no las necesita ya: no llevará más botas. La *barinia* desea que viváis luengos años (2).

—¡Cómo!

—Ni siquiera entró vivo: murió en el *vozok*. Llegamos, abro y le veo tendido en el fondo y tieso. Con harta pena se logró sacarle del carruaje. La *barinia* me envía á vuestra casa.

—Vé, dile al zapatero que haga sandalias para un muerto en lugar de las botas que el *barine* fué á encargar, dejando el cuero para ellas. Que se dé prisa y tráete contigo las sandalias.

Mikhaïl cogió las sandalias y el cuero que había sobrado, envolviólo todo limpiamente y entregó el paquete al criado.

—Adiós, con la compañía. ¡Que la hora os sea propicia!

### VIII

Pasó un año, pasaron dos, y así se llegó á los seis desde que Mikhaïl entró en la casa de Siemen. Las cosas llevaban siempre igual tren; no salía de la tienda, hablaba apenas y sólo había sonreído dos veces; la primera cuando la *baba* le dió de comer; la segunda á la vista del *barine*. Siemen no sabía cómo alabar á su oficial, y no le preguntó más de dónde venía. Sólo temía una sola cosa; que Mikhaïl se le marchase.

Cierto día hallábanse todos reunidos; brincaban los chicos y se encaramaban á los bancos, cerca de las ventanas; Matrena calentaba las planchas; Siemen movía la lezna y Mikhaïl clavaba un tacón. Uno de los chicos fué á apoyarse en el hombro de Mikhaïl, que estaba junto á la ventana, y le dijo:

—Mira, tío Mikhaïl, viene una mercadera con dos hijitas, se dirigen hacia acá y una de las niñas es cojita.

A estas palabras del muchacho, Mikhaïl dejó el trabajo y miró afuera, con asombro de Siemen, porque nunca le había visto hacerlo y ahora estaba clavado al vidrio. Siemen miró á su vez por la ventana y vió, en efecto, á una mujer decentemente vestida, que llevaba dos niñas, envueltas en un abrigo de pieles y con pañuelo en la cabeza. Las niñas se parecían tanto que era imposible distinguir las, pero una de ellas cojeaba, arrastrando la pierna.

La mujer detúvose á la puerta, alzó la falleba y penetró en el isba, precediéndola las niñas.

—Buenos días, maestro.

—Bienvenida, ¿qué deseáis?

Sentóse la mujer y las niñas se pegaron á ella tímidamente.

(1) Señora.

(2) Locución popular rusa para anunciar la muerte de alguien.



—Necesito zapatos para mis hijas.

—Nunca los hemos hecho tan pequeños, mas uno hace lo que quiere, y lo ensayaremos. Pueden hacerse ribeteados, ó con forro de lienzo, ¿cómo los queréis? Mikhaïl, mi oficial, es muy diestro.

Siemen volvió la cabeza y notó que Mikhaïl devoraba á las niñas con la vista.

Nuevo asombro de Siemen, pues si bien es cierto que las chicas son hermosas, frescas, con mejillas rosadas y ojos negros, y que les sientan bien los abrigos y son elegantes los pañuelos, no puede comprender por qué Mikhaïl las mira con tantísimo interés, como si ya las conociera. Siemen habla con la mujer y toma las medidas.

La mujer coloca á la cojita sobre sus rodillas diciendo:

—Toma, maestro, dos medidas para ésta; hazle un zapato para el pie de que cojea y tres para el otro. Tienen ambas los pies iguales; son gemelas.

Después de haber tomado la medida, Siemen preguntó señalando á la coja:

—¿Por qué se encuentra de esta manera? ¿Nació así?

—No, su madre la estropeó.

Matrena se metió en la conversación por curiosidad:

—¿Quién eres tú? preguntóle á la mujer, ¿quiénes son estas muchachas? ¿No eres tú su madre?

—No soy su madre, ni parienta suya, buena mujer; son hijas adoptivas mías.

—¿No son de tu sangre y las quieres tanto?

—¿Cómo no he de quererlas? Alimenté á las dos con mi leche. Tuve un hijo también, que Dios se me llevó, y no le mimaba tanto como á ellas.

—¿De quién son hijas?

(*Conchuidá*).



## MESA REVUELTA

El doctor Lagnau acaba de presentar á la Academia de Ciencias morales y políticas de Francia una Memoria acerca de las víctimas que han causado las guerras sostenidas por Francia desde la revolución de 1789.

Los datos que ofrece este estudio son interesantes y nuevos, pues hasta ahora no se había hecho estadística de exactitud aproximada acerca de la materia.

Según los datos reunidos por el doctor Lagnau no son las balas las que causan mas víctimas en la guerra. Por cada soldado que perece á consecuencia de sus heridas mueren siete u ocho á consecuencia de las enfermedades adquiridas en la campaña. Así, en la guerra de Crimea, de los 309,268 hombres del ejército expedicionario sucumbieron 95,615, de los cuales sólo 10,240 perecieron bajo el fuego de los rusos.

En el período que media desde 1791 á 1800 fueron llamados á prestar servicio militar, durante las continuas guerras sostenidas entonces, 2,080,000 hombres; cuando se hizo el censo en 1800 sólo quedaban 677,598. De manera que las guerras de la primera república costaron la vida á 1,400,000 hombres.

El consulado y el imperio fueron aún más lejos. Los historiadores más moderados calculan las víctimas en dos millones, otros las estiman en dos y medio, y Mr. Ch. Richet en tres.

Broca y Thiers calculan en un millón el número de muertos franceses, suponiendo que el resto correspondía á los aliados que sirvieron bajo las águilas del imperio. Pero, prescindiendo de la nacionalidad, la cifra de las víctimas resulta la misma.

Desde 1800 á 1814 fueron llamados á prestar el servicio militar 4,556,000 franceses, y, como decía el general Foy, se entraba entonces en el ejército para no salir vivo.

Durante la restauración, la monarquía de Julio y la segunda república, Francia tuvo una época relativamente pacífica.

El segundo imperio abrió un nuevo período militar. Aunque se había fundado con el lema «El imperio es la paz,» lo cierto fué que no dejó un momento de hacer la guerra en Crimea, en Italia, en China, en Méjico, en todas partes, hasta llegar á la catástrofe de 1870.

La campaña de Italia, á pesar de las grandes batallas de Magenta y Solferino, no fué de las más sangrientas. Perecieron durante esta guerra unos 20,000 soldados, la mitad de ellos en los campos de batalla y la otra mitad en los hospitales.

La expedición á Méjico causó muchas víctimas, pero no puede determinarse con exactitud su número, pues el gobierno imperial ocultó cuidadosamente los datos rela-

tivos á aquella funesta empresa que tanto debilitó á Francia.

En suma: puede decirse que las guerras del segundo imperio, sin contar la francoprusiana, hicieron morir á más de 300,000 hombres.

No es fácil tampoco determinar la cifra de las víctimas que ocasionó la terrible *débâcle* del imperio. Se calcula que más de un millón de hombres sucumbió durante esta guerra.

\* \* \*

Un mozo empleado en el matadero de cierta capital de provincia escribió á su familia una carta en la cual se leía el siguiente parrafito:

«Os escribo estas cortas líneas para deciros que el amo está muy contento de mí; ya me ha hecho sangrar varias veces, y por San Juan me hará desollar.»

\* \* \*

Consultando un rey su horóscopo, vió que debía morir de un bostezo. El buen príncipe no deseaba emprender el viaje de ultratumba, porque la muerte lo mismo espanta á los grandes que á los chicos, y para evitarlo, prohibió por medio de la ley especial, á todos los que tenían el honor de rodearle, el bostezar y el tener ganas de dormir. Así es que en la corte, todo el mundo estaba siempre despierto; la fogosa y alegre juventud desempeñaba los cargos más elevados é importantes. El buen humor se propagó gradualmente y animaba la capital, sus provincias y los campos. No más pereza ni indolencia; el andar, los gestos, las palabras; todo en una palabra, era vivo y animado; todo respiraba actividad y alegría. Un poeta que, gracias á su ingenio, había sabido conquistarse las simpatías del soberano, presentóse á la corte y leyó (¡oh fatalidad!) delante del rey una tragedia que había compuesto; el rey bostezó y dejó de existir para siempre. El poeta quedó detenido y más tarde, habiéndosele juzgado muy á la ligera, fué condenado á perder la cabeza como culpable del delito de lesa majestad contra el soberano. Indignado, como es natural, no tan sólo por el suplicio que le aguardaban, sino también por la injusticia que cometían juzgando de aquel modo á su obra, sostenía que alguna causa extraña había ocasionado la desgracia que se le imputaba. Creyóse, por fin, conveniente instruir un proceso, y dióse al efecto orden de leer el fatal poema ante el tribunal. El mismo autor fué quien lo leyó: los ministros de Themis olvidan la gravedad de sus funciones, su semblante, de serio pasa á ser risueño y sus carcajadas resuenan por toda la sala.

—'Tiene razón, exclamaron todos á una; nada hay tan divertido como esta tragedia, es imposible que sea la causa del bostezo de Su Majestad.

En su consecuencia, el poeta fué declarado inocente.

\* \* \*

Cierta ciudad hizo enormes gastos en fiestas é iluminaciones para obsequiar al rey en su tránsito. El mismo rey quedó sorprendido.

—La ciudad de... no ha hecho más que lo que debe, dijo un cortesano adulator.

—Es verdad, repuso con intención otro de la comitiva del rey, porque está debiendo todo lo que ha hecho.

\* \* \*

Por qué se dijo.—*Ni la una ni las dos.*

Una mujer de un rústico labrador tenía amores con un licenciado, el cual era compadre de su marido. Y el labrador convidó un día á un par de perdices. Como la mujer las hubiese asado, y se tardasen, y á ella le creciese el apetito, se las comió. Venidos á comer, no tuvo otro remedio, sino dar á su marido la cuchilla que la amolase. Estando amolando acercóse al licenciado, y díjole:

—Idos presto, señor, porque mi marido ha sabido de nuestros amores, y os quiere cortar ambas orejas: ¿no veis cómo está amolando la cuchilla?

Él entonces dió á huir. Dijo la mujer:

—Marido, el compadre se lleva las perdices.

Saliendo el labrador á la puerta con la cuchilla en la mano, decía:

—Compadre, á lo menos la una.

Respondió el licenciado:

—Ni la una ni las dos.

\* \* \*

Por qué se dijo.—*Aun no me han dado la carne, ¿y ya me pides los huesos?*

Un colegial del colegio del Arzobispo de Sevilla, estando comiendo á la mesa, el racionero iba repartiendo sus raciones á cada uno: descuidóse de dar carne al dicho colegial; él, no sabiendo de qué manera pedirla, vido que un gato le estaba maullando delante. Él entonces dió á altas voces, que el mismo racionero lo oyese: —¿Qué diablo me estás maullando y moliendo? El racionero aún no me ha dado la carne, ¿y tú te abalanzas con priesa á demandarme los huesos?

\* \* \*

Un estudiante fué á bañarse al río, y por poco se ahoga. Asustado del peligro que había corrido, dió á sus camaradas que juraba no volver á meterse en el agua sin haber aprendido á nadar.

\* \* \*

Para preservar de la humedad de las paredes nuevas de yeso, hágase hervir aceite, dése un baño á las paredes construídas nuevamente, repitiendo esta operación cada tres días por dos ó tres veces; es decir, que se dé el segundo baño cuando esté seco el primero; y se harán pintar en seguida las paredes al óleo del color que se quiera. El aceite hirviendo, insinuándose en los poros del yeso, los tapa de manera que, no encontrando salida, la humedad queda concentrada en la pared y no puede producir los malos efectos de su exhalación.—Si la pared se pintara solamente al óleo, sin darle dichos baños, el color al óleo formaría á la verdad una capa que podría retener la disipación dañosa de la humedad, pero no estando aplicado más que sobre la superficie de la pared, la humedad se insinuaría á lo largo entre ésta y la capa de color, lo desencolaría y se resquebrajaría, dejando salir exhalaciones tan perjudiciales como las que se querían evitar.

Cuando se ha hecho uso del indicado preservativo, no debemos exponernos á habitar desde luego el aposento, sino esperar que el aceite esté bien seco. Sabido es cuántos accidentes ocasionan las pinturas al óleo cuando son frescas; pero necesitan poco tiempo para secarse, y mejor aun si el aceite es bueno y se deja correr el aire por el aposento. Puede también apresurarse la desecación del aceite y la disipación del olor fuerte é incómodo que despiden, haciendo quemar heno en medio de los aposentos pintados.

\* \* \*

Para destrucción de las hormigas, dése un baño de jarabe á muchos vasos, y colóquense boca abajo encima de los hormigueros; cada día se encontrarán millares de estos insectos pegados en los vasos, que se destruirán echándolos en agua hirviendo.

\* \* \*

La simpatía es un principio de fascinación, de hombre á hombre conduce á la amistad; de hombre á mujer conduce al amor.—Entre dos personas simpáticas no hay por lo común semejanza de figura, ni de carácter, sino más bien desemejanza ó una especie de *armonía de oposición*. Dos literatos, dos poetas, dos hombres de talento, dos mujeres bonitas.... rara vez simpatizan entre sí; al contrario.—Sucede en el orden moral lo que en el físico: los cuerpos cargados de una misma electricidad (positiva ó negativa) se repelen, y los cargados de electricidad distinta se atraen.—A. FEE.

\* \* \*

Si el hombre no quisiese otra cosa que ser feliz, lo lograría con facilidad; pero quiere ser más feliz que los otros, y esto ya es muy difícil, porque cree que los otros son más felices de lo que realmente son.—MONTESQUIEU.



\*\*\*

Adquirir el conocimiento de sí mismo es hacer provisión de indulgencia para los demás.—PETIT-SENN.

\*\*\*

Muchas veces la lengua corta la cabeza.—PROVERBIO ÁRABE.

\*\*\*

El hombre es rico desde el momento que ha sabido familiarizarse con la escasez.—EPICURO.

\*\*\*

Hay ciertos oradores que después de hablar mucho

sólo han probado una cosa; y es... que no debían haber hablado.—PETIT-SENN.

\*\*\*

Los más de los hombres tienen, como las plantas, propiedades ocultas que sólo la casualidad descubre.—LA ROCHEFOUCAULD.

\*\*\*

Nadie debe avergonzarse de preguntar lo que no sabe.—MÁXIMA DE LOS ORIENTALES.

\*\*\*

A los perezosos siempre les oiréis decir que tienen ganas de hacer algo.—VAUVENARGUES.

## RECREOS INSTRUCTIVOS

Solución a la charada anterior:

TU-CÁN

Solución al logogrifo numérico:

MADRID

### CHARADA

Primera es un río histórico,  
segunda un giro retórico  
y el todo será, sin falta,  
animal joven que salta.

T. V. O.

### ROMBO



Leer vertical y horizontalmente: 1.ª línea, vocal; 2.ª, lo tienen todos los perros; 3.ª, río de Bosnia; 4.ª, nombre de mujer; 5.ª, ciudad de Holanda; 6.ª, clase de embutido; 7.ª, Estado del Asia; 8.ª, una inmensidad; 9.ª, letra.

Comunicado por R. M.

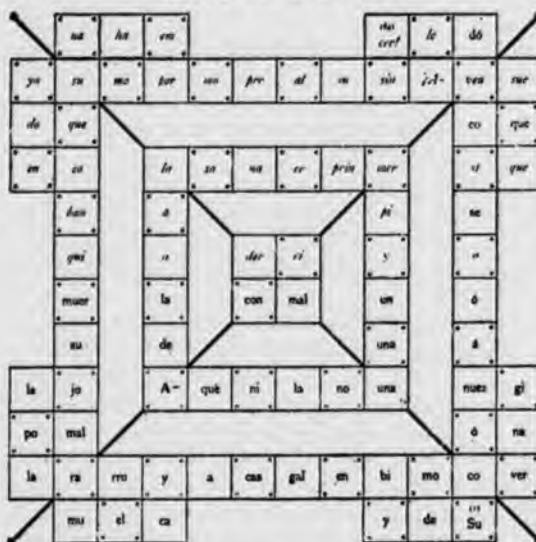
### ANAGRAMA

SERENO

Combinando estas letras de distinto modo ha de resultar el nombre de una provincia española.

Comunicado por J. SAFETTI, de Madrid.

### SALTO DE CABALLO



Principia en la 1.ª casilla y termina en la 84.

Comunicado por D. ANGEL SUERO, de Sevilla.

### ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en **La Ilustración moderna**, siempre que a nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios a precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse a los Sres. **Espasa y Comp.ª**, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y a las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados todos los derechos artísticos y literarios.—IMP. ESPASA Y COMP.ª





EL ÚLTIMO ENSAYO  
CUADRO POR T. DE MARGITAY







## MEMORÁNDUM

**E**s singular la situación de Europa en las últimas semanas. Crisis y dificultades se suceden en todas partes, en el Centro y en el Mediodía. Francia, después de haber visto caer el ministerio Loubet, ha tenido que sacrificar á uno de los ministros del nuevo gabinete, y ha de ver que sigue en aumento la ola invasora de los escándalos del canal de Panamá. Italia lucha con obstáculos diversos: tiene en crisis á la mayoría de los grandes municipios, y ha de mirar con espanto los progresos del socialismo y del anarquismo. El gabinete de Austria se encuentra en un equilibrio inestable, á punto de caer, á pesar de la habilidad desplegada por el conde Taaffe, decano de los presidentes de Consejo de Ministros. En Alemania, pasado ya el hervor producido por el telegrama de Ems, la agitación ha tomado forma distinta, con motivo de los fusiles Lœwe, de que hablamos, y de la causa de Ahlwardt y proclamación de éste por el Parlamento. Turquía, que gozaba de una paz relativa, va á verse en la necesidad de arreglar sus cuentas con Rusia, y Dios sabe en qué podrá parar este asunto, preñado siempre de truenos y rayos. Bulgaria y Servia luchan, asimismo, con dificultades interiores; Portugal se halla con un ministerio que vive por misericordia de los partidos y que se derrumbará al menor tropiczo; y por fin, en España se ha verificado el cambio político de que tienen noticia nuestros lectores, y que no dejará de causar perturbaciones sensibles en la marcha de la gobernación del Estado.

\* \* \*

En el Norte de Europa, en Inglaterra, los Países Escandinavos y Rusia las crisis, por si acaso existen en el fondo, no asoman á la superficie, de manera que aquellos países han de ser objeto de envidia por parte de los que hemos citado. De esto último deducen algunos periódicos ingleses que la paz está asegurada y que las relaciones internacionales no habían pasado de largo tiempo un periodo tan pacífico como el actual. Es cierto que no se nota en el horizonte ninguna complicación europea; mas la guerra, si ha de venir algún día, será por manera inesperada. Una cosa insignificante, un fútil pretexto serán bastantes para que la actual paz armada, que agota las fuerzas económicas de las naciones, se convierta en una conflagración espantosa, mucho más terrible que la ocurrida en 1870.

TOMO I.—121.

\* \* \*

Hemos hablado ligeramente de la situación embarazosa en que se encuentra el imperio de Austria-Hungría. La oposición entre los dos Estados es cada día más viva, y se ha hecho patente de nuevo al discutirse en el Parlamento el caso de la municipalidad de Keichenber, que fué destituida por haber hecho manifestaciones alemanas que rayaban en traición. Era difícil encontrar mejor asunto para lanzarlo como tea de discordia entre los partidos que votaron juntos contra el ministerio. Los alemanes defendieron la autonomía de los municipios y censuraron al conde Thun, gobernador de la provincia, por su conducta, al paso que los tcheques clamaron contra la opresión ejercida sobre los esclavos alemanes, en las ciudades en donde los últimos, que son unos intrusos, según el criterio tcheque, se encuentran en mayoría. Comentando estos sucesos dice *Le Journal de Genève*: «Un diputado, el doctor Luegen, ha manifestado en un momento de indignación que de continuar por este camino «los pueblos» acabarán por arrojar á palos de sus bancos á los diputados. Ya los alemanes se tragan á los tcheques, ya éstos devoran á los alemanes, y por último, á fin de variar algo, comemos judíos de vez en cuando.» Ha concluido diciendo que no puede durar semejante estado de cosas. Por desgracia, dura ya demasiado tiempo, y para decir la verdad completa, no es sólo en Austria en donde obrarían bien los electores arrojando, si no á palos, á puro de votaciones, á los diputados que comprometen la dignidad y los intereses del país con sus perpetuas y estériles disputas. Todos los pueblos, si fuesen sensatos, harían bien en desembarazarse de la bulliciosa clase de los politicastros y de la tutela de los comités para buscar alrededor suyo á los hombres que merecen sus preferencias y á quienes irían á consultar si se tratase de sus asuntos propios. Esos son sus buenos mandatarios y todos los conocen sin necesidad que se los indiquen. Así se haría una buena Cámara. De este modo, sin concertarse, se nombró la Asamblea elegida en Francia, á raíz de la guerra, y desde entonces no ha podido encontrar aquella nación nada que valiese tanto como la expresada Asamblea, y es que ésta la hizo el buen sentido y la espontánea confianza del país.» Sóbrale la razón en cuanto manifiesta el diario ginebrino. Pero ¿de dónde nos vendrá el remedio? Los males y vicios del parlamentarismo son ya los mismos en todos los países, y de ellos se originan los escándalos que hoy se dan en Europa y el malestar que se siente en todas partes. Bueno fuera que se hiciese lo que señala el periódico de donde hemos traducido los anteriores párrafos, mas por desdicha, en todas las naciones la parte más sensata del cuerpo electoral se halla presa de la indiferencia y del escepticismo político. No confía lograr nada y por esto no quiere entrar en la lucha. Se considera impotente para destruir la máquina de los comités y muñidores electorales y se cruza de brazos. Tarde ó temprano, no obstante, habrá de entrar en liza, y entonces la refriega será más dura y sin disputa más dolorosa de lo que lo fuera en el día, aprovechando el movimiento de la opinión, que se pronuncia contra los abusos del parlamentarismo.

\* \* \*

El caso famosísimo de la sociedad del canal de Panamá, sobre el cual hemos de volver forzosamente, serviría de eficaz ayuda para una reacción en el sentido que indicamos. Se ve de un modo claro que los hombres metidos en la política activa, que hacen de ésta su ocupación, y acaso su medio de subsistencia, han sido los que tomaron parte principal en una serie de actos que acusan la desmoralización más profunda, conforme lo decíamos en uno de los números anteriores. Son muchos los diputados comprometidos en el negocio, junto con ministros y otros personajes cuyos nombres suenan diariamente en la vida política de la nación vecina. Hoy es Antonino Proust, que fué director de Bellas Artes, que aspiraba á ser ministro del ramo, republicano caracterizado, quien ha de renunciar al cargo de presidente del Comité artístico de



Chicago, porque se le acusa de haber recibido acciones del Panamá para apoyar la empresa; mañana la acusación alcanza al propio ministro de Hacienda Rouvier, el hombre predilecto de la Bolsa de París, y ante la avalancha, este personaje se encuentra en la precisión de renunciar á su cartera. Clemenceau, que se había dado por puritano, anda también metido en los agios y enredos del celeberrimo canal, y no parece dudoso ya que tomó parte en conferencias y practicó gestiones nada á propósito para creerle incorruptible. La Cámara silba á Rouvier cuando éste intenta defenderse y casi al mismo tiempo periódicos de París asestan sus tiros contra M. de Freycinet por idéntico motivo. Y mientras tanto ocurre el hecho singularísimo de que la Comisión de investigación, este nuevo Comité de salvación pública en el seno de la Cámara, olvide pedir al banquero M. Thierré las matrices de los veintiséis cheques, de que tanto se ha hablado, y que se encontraron en su casa. Pidióselas después, y Thierré contestó que las había quemado hacía algunos días. ¡Singular coincidencia, que hace desaparecer los nombres de las personas á cuyo favor se extendieron los cheques! ¿Qué pasó luego para ordenar el ministro de Justicia la detención de los administradores del Panamá? Todo es turbio en el asunto; mas lo cierto es que el 16 de este mes fueron detenidos y conducidos á la cárcel de Mazas MM. Carlos de Lesseps y Fontanes, administradores del canal, y M. Sans Le Roy, ex-diputado, buscándose á M. Cottu, otro de los administradores. En resumen, la situación en Francia es tirante, y como dicen muy á cuento algunos diarios ingleses, la tormenta es tan fuerte y desencadenada que bien podría acabar por barrer el régimen que, en el fondo, es la causa primordial de tanta confusión, desbarajuste y escándalo.

\* \* \*

Dióse el primer paso para la reorganización del partido conservador en nuestro país con la reunión de senadores y diputados convocada en el Senado por el señor Cánovas del Castillo. Notóse, como era de esperar, la ausencia de personas muy distinguidas que se han colocado resueltamente en la actualidad al lado del señor Silvela. El señor Cánovas explicó la última crisis y expuso de nuevo su opinión sobre los partidos políticos. Dijo que en todos los Parla-mentos ha habido representantes independientes, que si por algo se han distinguido ha sido por su esterilidad, y de ahí la necesidad de formar partidos políticos unidos por principios fundamentales comunes y acordes en todas las cuestiones de conducta. Añadió que por eso había entendido siempre que cuantos se hallaban conformes con los principios de la mayoría de su partido podían permanecer en actitud independiente, pero que dentro del partido era preciso mantener una cohesión perfecta para adaptarlo al régimen constitucional y parlamentario. El señor Cánovas manifestó que estaba convencidísimo de que nadie había de creer que fuese débil en perseguir la inmoralidad, declaración que se recibió con muchos aplausos.

\* \* \*

Ha causado profundo disgusto entre los católicos de Madrid, que forman la inmensa mayoría de su vecindario, la construcción de un templo protestante, con fachada á la calle, lo cual se opone al espíritu de nuestra legislación, que no permite manifestación ninguna exterior por parte de las sectas religiosas toleradas en nuestra patria. Tristísimo es lo que ocurre, pero es consecuencia lógica de la apatía ó de la indiferencia que nos corroe, ya que el templo protes-tante no se habrá construido en un abrir y cerrar de ojos y há tiempo que se podía haber previsto y visto lo que ahora se ha advertido. De todos modos es necesario que los católicos hagan valer los derechos que legalmente les asisten en un Estado cuya religión es la Católica, Apostólica y Romana.

B.



## ARTURO

**H**ACE ya algunos años que vivía yo en un pabelloncito de los Campos Eliseos, en el pasaje de las Doce Casas. Figúrense ustedes un apartado rincón del suburbio, metido entre aquellas grandes y aristocráticas avenidas tan frías y desanimadas, que no parece sino que sólo deben atravesarse en coche. No sé si era por raro capricho del propietario ó por manía de algún avaro ó viejo extravagante, pero el caso es que, á pesar de que aquellos terrenos formaban el centro, el corazón, como si dijéramos, del barrio, permanecían en tan deplorable estado, con sus jardincitos enmohecidos por el tiempo, sus casas bajas edificadas en línea irregular, con las escaleras en la parte exterior y las galerías llenas de ropa blanca puesta á secar, de jaulas con conejos, de miserables gatos y de cuervos domesticados. Allí habitaban muchas familias de obreros, pequeños propietarios, algunos artistas (á éstos se les encuentra en todo sitio donde quedan en pie algunos árboles), y por último, había también dos ó tres casas de huéspedes de aspecto ruín, llenas de mugre de varias generaciones de gente pobre y miserable. Alrededor el bullicio y el esplendor de los Campos Eliseos, el ruido sordo y continuado de los coches, el choque de los arreos de las caballerías y de los pasos de los transeuntes, las puertas de los carruajes cerrándose majestuosas, las carretelas haciendo retemblar los pórticos de los palacios, los confusos sonidos de algún piano, los violines de *Mabille*, y en el fondo, perdiéndose en el horizonte, las grandes y silenciosas viviendas de los ricos, con sus redondeadas esquinas, sus cristales nublados por cortinitas de transparente seda y sus inmensos espejos por donde asoman dorados adornos de candelabros y las flores raras de las jardineras...

La oscura callejuela de las Doce Casas, tan sólo iluminada por un farol que en su extremo había, semejava un bastidor de magnífica decoración que la rodeaba. Todo lo aparente, lo falso de aquel lujo deslumbrador venía á refugiarse en aquel sitio: por eso se veían allí libreas con entorchados, calzoncillos de clown, palafreneros ingleses que formaban una clase aparte: caballerizos del Circo, los dos pequeños postillones del Hipódromo con sus jacas gemelas y sus anuncios, el carruaje tirado por cabras, los polichinelas, los vendedores de barquillos, y por último las tribus de ciegos que por la noche regresaban con sus sillas de tijera, acordeones y rastras. Mientras yo habitaba en aquel pasaje, uno de estos ciegos, celebrando sus bodas, nos proporcionó, durante toda la noche, un fantástico concierto de clarinete, oboes, órganos y acordeones. Aquello parecía el desfile de todos los puentes de París con todas sus distintas salmodias... Y sin embargo, la callejuela era de suyo tranquila, porque los que vagaban por las calles no regresaban fatigados hasta el anochecer; tan sólo los sábados, cuando Arturo cobraba el salario, se metía algún ruido.

Arturo era mi vecino. Una pequeña pared terminada por un enrejado separaba mi pabelloncito del cuarto que junto con su esposa aquél habitaba. Así es que, muy á pesar mío, la

vida de Arturo estaba en íntima relación con la mía, y cada sábado no tenía más remedio que oír, sin perder una palabra, el terrible drama, muy parisiense por cierto, que se desarrollaba en aquella familia de obreros. Siempre empezaba de la misma manera; la mujer andaba atareada por la casa, con los niños agrupados á su alrededor, y preparaba la comida conversando cariñosamente con ellos. Daban las siete, las ocho, nadie llegaba... A medida que se iba haciendo tarde, el tono de su voz cambiaba, se ponía nerviosa y el llanto anegaba sus ojos. Los niños, acosados por el frío y por el hambre, chillaban. Por fin, como el marido no solía comparecer, cenaban solos. Al cabo de un rato, acostados ya los chiquillos, silencioso aquel gallinero, se asomaba al balcón de madera y la oía murmurar entre sollozos:

—¡Oh! ¡el grandísimo pillo!

Al retirarse á sus casas encontrábanla los vecinos y se compadecían de la infeliz.

—Váyase usted á la cama, señora. Ya sabe usted que no vendrá esta noche, puesto que es día de cobro.

Luego venían los consejos y las habladurías de comadres:

—Yo, en su lugar, haría esto... ¿Por qué no se lo avisa usted á su amo?

Cuanta más lástima inspiraba á las buenas gentes, tanto más copioso era su llanto; pero, con todo, persistía en su esperanza, se consumía aguardando con tenacidad, y á pesar de que las puertas continuaban cerradas y de que no ignoraba que estaba sola, permanecía allí, la mente fija en una idea, hablando en alta voz consigo misma de sus amarguras, con aquella sencillez propia del pueblo que se pasa siempre la mitad de la vida en la calle. Fácil era averiguar las causas de sus pesares; los alquileres atrasados, los tenderos que la asediaban, el panadero que ya no quería fiarle el pan... ¡Y cómo salir del paso, si el marido volvía sin un cuarto! Por fin, cansada de acechar los pasos retardados de los trasnochadores y de contar horas se metía dentro. Al cabo de mucho rato, y cuando ya pensaba yo que la cosa había concluido, oía toser muy cerca de mí, en la galería; la infeliz estaba otra vez en el mismo sitio, atraída por la inquietud, no cesando de mirar y remirar en la oscura callejuela, no viendo en todas partes otra cosa que su aflicción.

Cerca de la una ó las dos, á veces más tarde todavía, oíase cantar en el extremo del pasaje, señal evidente de que llegaba Arturo. La mayor parte de las veces se hacía acompañar por algún camarada suyo hasta la puerta.

—Vén, hombre, vén, solía decirle.

Y hasta en el umbral, vagaba indeciso, como si una fuerza superior le impidiera retirarse, sabiendo bien lo que le esperaba. Al subir la escalera, el silencio que en ella reinaba á aquellas horas hacía sus pisadas más ruidosas; esto le causaba cierto disgusto, una especie de remordimiento. Hablaba solo y en voz alta, parándose delante de cada uno de aquellos escondrijos, diciendo:

—Buenas noches, señora Weber... buenas noches, señora Mathieu.

Y si por desgracia no le contestaban, soltaba una retahíla de palabrotas injuriosas que duraba hasta que todas las puertas y ventanas se abrían para devolverle sus maldiciones. Y esto era precisamente lo que él quería, porque cuando estaba borracho movía mucho alboroto. Además, como estas pendencias le enardecían, montaba en cólera y no temía tanto la entrada en casa.

Su regreso era terrible.

—Abre, soy yo... gritaba.

Y desde mi aposento sentía las pisadas de su pobre mujer, que andaba descalza sobre el frío suelo, y el frote de los fósforos. Nuestro hombre desde que entraba tartamudeaba siempre la misma excusa: «los amigos, el dejarse arrastrar por sus flaquezas... Fulano, sabes... Fulano... aquel que trabaja en el ferrocarril.» La mujer no le prestaba ninguna atención.

—¿Y el dinero? le preguntaba.



—No tengo, decía Arturo.

—¡Mientes!...

Y en efecto, no decía la verdad, pues con todo y estar borracho siempre se guardaba algunos cuartos, previendo la necesidad de beber que el lunes tendría. Se trataba, pues, de quitarle de encima tan sólo el resto de la paga, y el hombre se resistía diciendo:

—¿Pues no te digo que *me lo he bebido*? decía á gritos.

Y su mujer, sin contestarle, indignada, le asía con todas sus fuerzas, le sacudía, le registraba y volvía sus bolsillos. Al cabo de un breve instante rodaba el dinero por el suelo y la mujer se arrojaba sobre él riéndose con aire de triunfo.

—¡Ah! ¿ves cómo tienes?...

Al poco rato oíanse blasfemias y un sordo ruido de golpes... el borracho tomaba su venganza, y una vez comenzada la paliza, ya no se contenía. Lo más perverso y destructor que pueden contener los asquerosos vinos de las tabernas se le subía á la cabeza y pugnaba por salir. La mujer gritaba; los muebles de aquella zahurda, hechos astillas, volaban por el aire; los niños despertaban sobresaltados y lloraban de miedo. Las ventanas del callejón se abrían y todo el mundo, decía:

—¡Es Arturo, es Arturo!...

Algunas veces el suegro, que era un viejo traperero del cuarto vecino, venía en socorro de su hija; pero Arturo se cerraba con llave para que no le estorbasen en su tarea. Un repugnante diálogo se entablaba entonces al través del cerrojo, entre suegro y yerno: oíamos cosas horripilantes:

—¿Aún no tienes bastante con los dos años de cárcel, bandido? prorrumpía el viejo.

Y el borracho, en tono altanero, replicaba:

—Sí, estuve dos años en la cárcel... ¿Y qué?... Por lo menos yo he pagado mi deuda á la sociedad... Procura pagar la tuya.

Esto era para él la cosa más sencilla; he robado y se me ha metido en la cárcel; estamos en paz... Pero si el viejo insistía mucho sobre este punto, Arturo, perdiendo por fin la paciencia, abría la puerta, y como Polichinela, se arrojaba sobre el suegro, la suegra, los vecinos y zurraba á todo bicho viviente.

Y con todo no era un mal sujeto. Cuantas veces al llegar el domingo, ó sea el día siguiente de una de estas tremendas peloterías, apaciguado y sin el dinero con que ir á la taberna, se pasaba todo el día en casa. Sacábanse sillas al balcón y en él se instalaban la señora Weber, la señora Mathieu y todos los huéspedes, charlando amigablemente. Arturo entonces se esforzaba por parecer amable y culto. No parecía sino uno de estos obreros modelos que asisten á las clases de noche. Ponía la voz dulce y melosa y hablaba en tono declamatorio, expresando ideas incompletas recogidas en todas partes, sobre los derechos del obrero y la tiranía del capital. Su infeliz mujer, ablandada por la paliza del día anterior, no era la única que le contemplaba llena de admiración.

—«¡Oh, lo que es Arturo si quisiera!» murmuraba entre suspiros la señora Weber. Después aquellas mujeres le hacían cantar... Cantaba *Las Golondrinas*, de M. de Bélanger, con voz de garganta, extraña afectación y el ridículo sentimentalismo de los obreros... En aquella única galería cubierta de papel embreado y de andrajos tendidos, por entre los cuales brillaba el puro azul del celaje, toda aquella repugnante gentuza, ávida del ideal á su modo, volvía emocionada los ojos al cielo.

Todo lo cual no impedía que el sábado siguiente Arturo tirase su salario, pegase á su mujer, y que en aquella zahurda existiese un rimero de Arturitos que sólo esperan llegar á hombres para malbaratar, al igual que sus padres, el salario y pegar á sus respectivas mujeres... ¡Y es esta la raza que quiere dominar el mundo!... ¡Ah! ¡qué locura!

ALFONSO DAUDET.



## PARSIFAL

DE

RICARDO WAGNER

(CONCLUSIÓN)

### ACTO TERCERO

En el territorio del Graal.

Paisaje descubierto y adornado con todas las galas de la primavera, con prados de flores, que suben suavemente hacia el fondo. El proscenio figura el límite de la selva, que se extiende hacia la derecha. En la misma parte, y en el lindero del bosque, una fuente; frontera á ella, aunque algo más interior, una choza miserable de ermitaño, apoyada en un peñasco. Comienza á amanecer. — Gurnemanz, ya agobiado por la edad, y ermitaño, revestido sólo con la ropa interior de los caballeros del Graal, sale de la ermita y escucha.

GURNEMANZ

De allí viene ese gemido... Ningún animal se lamenta tan tristemente, y menos en una mañana tan santa como esta... No me parece desconocida esta voz lastimera. *(Oyese un gemido ahogado, como el de alguna persona acometida de una pesadilla. — Gurnemanz corre á abrir un matorral de espinas que habrá en un lado, muy espeso, separando sus ramas con trabajo; después se detiene de repente).* ¡Ah! ¿Otra vez ella aquí? Las secas espinas del invierno la ocultan por completo. ¿Cuánto tiempo hará ya?... ¡Arriba, Kundry, arriba! Pasó el invierno, y le ha sucedido la primavera. Despierta, despierta á su soplo... ¡Fría... y rígida!... Lo que es ahora parece bien muerta: sin embargo, suyo era el lamento que llegó á mis oídos. *(Saca á Kundry, exánime y rígida, del matorral, llevándola á un montículo próximo de césped, refregándole con fuerza las manos y las sienes, infundiéndole su aliento, y esforzándose por todos los medios en reanimarla. Despierta al fin. Como en el primer acto, lleva*

*el traje extraño de mensajera del Graal. Su rostro parece más pálido, y de sus gestos y porte ha desaparecido el aire salvaje. Mira á Gurnemanz largo tiempo, sin separar de él los ojos. Levántase luego, arregla sus vestidos y su cabello, y se conduce en todo como una sirvienta).*

GURNEMANZ

¿Estás loca? ¿Ni una sola palabra me dices? ¿De este modo agradeces que te despierte de nuevo de tu sueño mortal?

KUNDRY

*(Que inclina lentamente la cabeza. Después, con voz ronca y entrecortada, exclama:)* Servir... servir...

GURNEMANZ

*(Moviendo la cabeza).* Leve será tu trabajo. Nadie te ocupará ya en mensaje alguno: cada cual buscará las hierbas y las raíces que necesite, como nos enseñan los animales silvestres. *(Kundry, que ha mirado alrededor mientras tanto, ve la ermita y penetra en ella).*

GURNEMANZ

*(Mirándola admirado).* ¡Cuán distinto es su paso! ¿Será obra de este día tan santo? ¡Oh! ¡día de gracia incomparable! Seguramente, para salvarla, he logrado hoy arrancar á la desventurada de su sueño mortal. *(Kundry vuelve de la ermita; trae un cántaro de agua y se dirige con él á la fuente. Mientras espera que se llene mira á la selva y observa que viene hacia ellos una persona: vuélvese hacia Gurnemanz indicándoselo por señas).*

GURNEMANZ

(*Mirando a la selva*). ¿Quién se acerca a la sagrada fuente? Su armadura sombría denota bien que no es ninguno de los hermanos. (*Kundry se aleja lentamente hacia la choza con el cántaro lleno, como para ocuparse allí en sus quehaceres*). — Gurnemanz se aparta un poco, como para observar al desconocido. Parsifal sale del bosque. Su armadura es enteramente negra. Con el yelmo cerrado y la lanza baja camina, inclinando la cabeza, como ensimismado en sus reflexiones, con tardo paso, sentándose en el montecillo de césped que hay junto a la fuente).

GURNEMANZ

(*Examinándolo largo tiempo y acercándose luego a él*). ¡Dios te guarde, huésped mío! ¿Te has extraviado, y debo mostrarte tu camino? (*Parsifal mueve suavemente la cabeza*). ¿No correspondeste como debes a mi saludo? (*Parsifal baja la cabeza*). ¡Hola! ¿cómo así? Si tus votos te obligan a callar, fuérame el mío a decirte lo que te conviene. Este es un lugar sagrado, impropio, por tanto, para venir a él armado con yelmo, lanza y escudo. ¡Hoy más que nunca! ¿No sabes, pues, qué santo día es hoy? (*Parsifal mueve la cabeza*). ¿Cómo! ¿de dónde vienes, pues? ¿Entre qué paganos has vivido para ignorar que hoy es Viernes Santo? (*Parsifal baja más la cabeza*). ¡Fuera las armas! No ofendas al Señor, que hoy, sin arma ninguna, ofreció su sangre divina en rescate de los pecados del mundo. (*Parsifal se levanta después de otra pausa. Clava la lanza en tierra delante de sí, deposita a su pie el escudo y la espada, abre el yelmo, se lo quita y lo coloca junto a las demás armas, arrodillándose después delante de la lanza, como haciendo oración mental*). Gurnemanz lo considera conmovido y admirado. Llama por señas a Kundry, que sale entonces de la ermita. Parsifal, lleno de devoción, levanta sus ojos hacia la punta de la lanza).

GURNEMANZ

(*Con voz baja a Kundry*). ¿Lo reconoces? Es el que mató un día al cisne. (*Kundry hace una leve señal afirmativa*). ¡El es ciertamente! El insensato a quien yo rechacé lleno de ira. ¡Ah! ¿Qué senda encontró al cabo?... La lanza... ¡la conozco bien! (*Con mucha emoción*). ¡Oh santísimo día en que debo hoy despertarlo! (*Kundry ha vuelto su rostro*).

PARSIFAL

(*Después de terminar pausadamente su oración, mira satisfecho a su rededor, reconoce a Gurnemanz, y lo saluda ofreciéndole dulcemente la mano*). ¡Bienaventurado yo, que te encuentro de nuevo!

GURNEMANZ

¿Me conoces también tú? ¿Me reconoces, tan agobiado de tristeza y de pena? ¿Para qué vienes hoy aquí? ¿De dónde?

PARSIFAL

Recorrí la senda del error y de las desdichas; pero ahora, libre de ella, oigo otra vez el susurro de esta selva, y te saludo de nuevo ¡oh anciano bondadoso! ¿Me engaño acaso? ¡Qué transformación en todo tan completa!

GURNEMANZ

Dime, pues: ¿a quién buscas tú ahora?

PARSIFAL

A aquel, cuyos profundos lamentos oí yo cierto día, llenándome de insensata sorpresa. Y ahora me atrevo a pensar que he sido elegido para sanarlo. Sin embargo...

¡Ay de mí!... una maldición extraña se oponía a que encontrase la senda que había de guiarme, extraviándome en terrenos nunca hollados por los mortales. Innumerables desastres, contratiempos y batallas me apartaban de esa senda, y me impedían conocerla. La desesperación se apoderó de mí, viendo que yo, sano, no hallaba esa fuente de salud, y para conseguirlo, recibí heridas de todo linaje de armas. Porque yo no osaba llevar esta lanza salvadora del Graal en mis contiendas; y aunque sin deshonrarla, siempre me acompañaba, y aquí la ves ahora tal cual es, resplandeciente sin detrimento.

GURNEMANZ

¡Oh milagro de la gracia! ¡Salud suprema! ¡Oh maravilla! ¡maravilla tan sagrada como profunda! (*Después de reponerse*). Señor, si hubo una maldición que te apartó de la senda recta ¡créelo! ya no existe. Tú estás aquí; este es el territorio del Graal y sus caballeros te esperan. ¡Ay de mí! Harto necesitan de esa salud, que tú les traes... Desde el día que pasaste por aquí, su aflicción, que presenciaste entonces, sus tormentos crecieron en inmensa proporción. Amfortas, desgarrado por los dolores de su herida y por las torturas de su alma, sólo pedía la muerte en su loca obstinación. Ni las súplicas, ni las desdichas de sus caballeros, movieron ya a desempeñar su sagrada dignidad. El Graal continúa guardado en su urna largo tiempo hace: su defensor, pecador y arrepentido, cree que no morirá si lo contempla, lisonjeándose de esta manera de llegar pronto al término de su vida y de acabar con ella sus sufrimientos. La santa comunión no nos consuela ya; los manjares ordinarios son sólo nuestro alimento, y así enflaquece el vigor de nuestros héroes y no llegan aquí mensajeros de otros países, llamándonos a tomar parte en luchas sagradas; la caballería, débil y sin caudillos, vaga por aquí desalentada y miserable. Yo, solitario, me he refugiado en este rincón de la selva, esperando tranquilo la muerte como mi antiguo compañero de armas Titurel, héroe sacrosanto, que, privado de la contemplación salvadora del Graal, murió... como todos los hombres.

PARSIFAL

(*Agobiado por su profundo dolor*). Y yo... ¿yo causa de tantas desdichas? ¡Ay de mí! ¿Qué pecados, qué delitos hubieron de abrumar a este insensato, cuando ninguna expiación, ningún arrepentimiento podía arrancar la venda de mi ceguera, y, aunque elegido para esta obra salvadora, vagaba perdido é ignorante, sin encontrar la senda recta, término de mi afán? ( *Parece a punto de desmayarse*). Gurnemanz lo sostiene y lo sienta a su lado en el montecillo de césped. Kundry ha traído agua mientras tanto, para refrescar a Parsifal).

GURNEMANZ

(*Separando a Kundry*). ¡No así! La misma sagrada fuente aliviará el mal de nuestro peregrino. Sospecho que le está reservada hoy una obra importante, y ejercer una dignidad augusta: sea, pues, inmaculado y que esta agua bendita lave hoy el polvo acumulado en su larga peregrinación. (*Parsifal es llevado por ambos a la orilla de la fuente. Mientras Kundry lo despoja de la martin-gala, y luego lava sus pies, Gurnemanz le quita a su vez el peto*).

PARSIFAL

(*Dulcemente y como cansado*). ¿Me guiará alguno hoy a ver a Amfortas?

GURNEMANZ

(*Mientras se ocupa en lo dicho antes*). Seguramente, puesto que nos esperan los habitantes del burgo sagrado;



los fúnebres oficios de mi amado señor llámanme también allá. Menester es, asimismo, descubrir hoy el Graal, y cumplir ese deber, tan largo tiempo abandonado... Para santificación del augusto padre, que sufrió la culpa de su hijo, y que éste querrá también expiar, nos elige á nosotros Amfortas.

PARSIFAL

(Mirando atónito á Kundry). ¿Me lavas los pies?... Rocía también con esa agua la cabeza de mi amigo.

GURNEMANZ

(Sacando agua de la fuente con la mano y rociando con ella la cabeza de Parsifal). ¡Bendecido seas tú, hombre puro, por otro que lo es también! Que toda culpa, pues, se aleje afligida de tí. (Kundry, mientras tanto, saca del pecho un vasito de oro, y después de rociar con su contenido los pies de Parsifal, los enguja con sus cabellos, soltándolos rápidamente).

PARSIFAL

(Apoderándose del vasito). Si tú me unges los pies, que haga lo mismo con mi cabeza el hermano de armas de Titurel, para que hoy me salude como su rey.

GURNEMANZ

(Que vierte el frasco por entero en la cabeza de Parsifal, restregándola luego suavemente). Como se nos había prometido, bendigo tu cabeza para saludarte rey.

Tú... hombre puro, paciente, lleno de caridad, sabio bienhechor, por haber sufrido los dolores del que nos redimió, borra de su alma la última mancha.

PARSIFAL

(Que, sin ser notado, saca agua de la fuente, inclínase hacia Kundry, todavía arrodillada, y humedece su cabeza). Así cumplo yo mi primera obligación... recibe el bautismo, y creer en el Redentor. (Kundry, baja la cabeza hasta tocar la tierra, y parece llorar copiosamente).

PARSIFAL

(Que se vuelve, y mira con dulce entusiasmo á la selva y á los prados). ¡Cuán bellos me parecen hoy estos campos! Flores admirables encontraba yo aquí, que parecían elevarse ambiciosas hasta mi frente: sin embargo, nunca me parecieron tan agradables y risueñas las mieses, las plantas y las flores, y nunca despidieron perfumes tan gratos ni me hablaron en su lenguaje con tanto cariño.

GURNEMANZ

Es el encanto de este día glorioso, señor.

PARSIFAL

¡Ay de mí! El día del dolor más profundo. Cuanto florece, pues, según presumo, cuanto suspira, vive y renace, sólo debía hoy ¡ay de mí! lamentarse y llorar.

GURNEMANZ

Ya ves que no es así. Las lágrimas de arrepentimiento del pecador humedecen hoy con su santo rocío los prados y los campos, y los hacen prosperar. Ahora todas las criaturas se regocijan de seguir las huellas santas del Redentor y le consagran sus oraciones. No pueden contemplarlo en la misma Cruz, pero lo ven en la humanidad rescatada; siéntese ésta libre de las angustias y tormentos del pecado, puri-

TOMO I.—122.

ficada y bendita por el sacrificio que hizo Dios por su amor: las hierbas y las flores de los campos notan que hoy no las huella ni las ofende la planta de los hombres, sino que así como Dios, con paciencia celestial, se apiadó de él, y por él sufrió, así hoy el hombre, rindiéndole homenaje piadoso, las contempla á su vez caminando con solícito cuidado. Y lo agradecen todas las criaturas, lo que florece y pronto muere, ya que la naturaleza, libre de pecado, disfruta hoy del premio de su inocencia. (Kundry levanta mientras tanto lentamente la cabeza, y contempla con ojos llenos de lágrimas, melancólica y orando en silencio, á Parsifal).

PARSIFAL

Ví marchitarse también las que me sonrieron. ¿Anhelen hoy su redención?... Tus lágrimas serán rocío del cielo: tú lloras... mira, los campos sonríen... (Bésala suavemente en la frente. Sonido lejano de campanas, que se aumenta con mucha pausa).

GURNEMANZ

El medio día... esta es la hora... concédeme, señor, que tu escudero te guíe. (Gurnemanz se cubre con la túnica de armas y el manto de caballero del Graal; él y Kundry visten lo mismo á Parsifal. El paisaje se transforma muy lentamente, como en el primer acto, pero de derecha á izquierda. Parsifal empuja solemnemente la lanza y, con Kundry, sigue poco á poco á Gurnemanz que los guía. Después que la selva se ha transformado por completo, y que se han abierto las puertas de una caverna, en la cual están los tres sin ser notados, se columbra, en medio del ruido que aumenta pausadamente, la procesión de los caballeros con trajes de luto, que se adelantan por corredores abovedados.—Por último aparece de nuevo el gran salón del primer acto, sin las mesas del banquete. Luz más oscura. Abrense de nuevo las puertas. De un lado vienen caballeros con el fúnebre de Titurel. Por el otro se presenta Amfortas, en su lecho de dolor, precediéndole la urna cubierta del Graal. En medio se ha levantado un catafalco en donde se halla el sitio de preferencia, con solio, en el cual Amfortas es depositado). (Canto de los caballeros á la entrada).

PRIMERA PARTE DEL ACOMPAÑAMIENTO (Con el Graal y Amfortas)

Nosotros acompañamos, para cumplir un deber sagrado, al santo Graal, encerrado en su urna: ¿á quién acompañáis vosotros, también en urna más sombría, con signos de dolor?

PARTE SEGUNDA (Con el fúnebre de Titurel)

Tan triste envoltura encierra á un héroe, depositario de nuestra fuerza y de nuestro poder: y elegido por Dios para misión tan augusta: aquí traemos á Titurel.

PRIMERA PARTE

¿Qué desdicha sufrió el amparado por Dios, el defendido por su Majestad Divina?

PARTE SEGUNDA

El fardo mortífero de la edad, desde el momento en que dejó de contemplar el santo Graal.

PRIMERA PARTE

¿Quién se opuso á que contemplara el Graal y le rindiera homenaje?

PARTE SEGUNDA

El acompañado por vosotros, el defensor culpable.

## PRIMERA PARTE

Hoy lo acompañamos, porque hoy también... por última vez... desempeñará su cargo.

## PARTE SEGUNDA

¡Ay! ¡ay de mí! ¿Tú defensor de la salud? Por última vez te exhortamos á ejercer tu dignidad. *(El féretro es depositado en el catafalco, y Amfortas en su lecho de descanso).*

## AMFORTAS

¡Sí... ¡Ay! ¡ay de mí! ¡miserio yo!... exclamo también con vosotros: con más placer recibí de vuestra mano la muerte, expiación la más dulce de la culpa. *(Abrese el féretro. Al contemplar el cadáver de Titurel prorrumpe en todos en grandes lamentos).*

## AMFORTAS

*(Levantándose de su lecho y dirigiéndose al cadáver).* ¡Padre mío, el más bienaventurado de los héroes, el más puro, ya que los ángeles te visitaron un día! Yo, que sólo ansiaba morir, á tí, á tí te dí la muerte. ¡Oh! ya que ahora contemplas al mismo Redentor en su Gloria celestial, suplícale que su sangre bienaventurada, que su bendición, si alguna vez ha de consolar á los hermanos, infundiéndoles nueva vida, me alcance también... y me dé la muerte... ¡la muerte!... ¡morir!... única gracia. Que la horrible herida, como la ponzoña que corrompe lo que toca, suspenda los latidos de mi corazón. ¡Padre mío! A tí... clamo; clama tú á Él: ¡dame, oh Redentor, el descanso!

## LOS CABALLEROS

*(Acercándose en tropel á Amfortas y diciendo entre sí:)* ¡Descubre la urna!... ¡cumple tu deber! ¡Exhortate tu padre! ¡hazlo, hazlo, pues!

## AMFORTAS

*(Levantándose, víctima de desesperación delirante, y precipitándose contra los caballeros, que retroceden).* ¡No!... ¡ya no!... ¡ay de mí!... Siento que me cercan las sombras de la muerte... ¿Y he de vivir otra vez? ¡Insensato! ¿Quién me forzará á vivir? ¿Podéis, acaso, darme la muerte? *(Arráncase los vestidos).* ¡Aquí estoy yo...

aquí la herida abierta! ¡Esta, mi ponzoña!... ¡de aquí corre mi sangre! ¡Sacad las armas, desenvainad vuestras espadas; hundidlas en mí hasta la empuñadura! ¡Ánimo, héroes; matad al pecador con su tormento, para que el Graal, por sí mismo, resplandezca de nuevo! *(Todos se apartan de él horrorizados. Amfortas se queda solo en éxtasis amenazador. Parsifal, acompañado de Gurnemanz y de Kundry, se ha deslizado entre los caballeros sin ser sentido, y se presenta ahora extendiendo la lanza, con cuya punta toca el costado de Amfortas).*

## PARSIFAL

Un arma sólo sirve, sólo una lanza cierra la herida que abre. *(El rostro de Amfortas expresa un placer celestial. Parece vacilar admirado. Gurnemanz lo sostiene).* Sana, reconciliado con Dios por la expiación. Yo desempeñaré ahora tu dignidad. Bienaventurado tu dolor, por cuya virtud la compasión más profunda, y la fuerza y el vigor de la sabiduría más pura, se enfiorecieron del alma de un insensato respetuoso.

¡Yo os traigo la lanza consagrada! *(Todos miran atónitos á la lanza, levantada en alto, mientras Parsifal, contemplando su punta, prosigue lleno de inspiración).* ¡Oh! ¡qué dicha tan maravillosa y tan suprema! Vosotros veis la lanza, que puede cerrar tu herida, y yo correr la sangre divina, anhelante por encontrar una fuente humana, que corre allí en el seno del Graal. ¡Ya nunca más se agotará! ¡descubrid el Graal!... ¡abrid la urna! *(Los escuderos la abren: Parsifal saca de ella el Graal, y lo mira arrodillado con éxtasis, haciendo oración mental. El Graal resplandece. Una luz gloriosa se refleja en todos los presentes.—Titurel, reanimado con este espectáculo, se levanta del féretro bendiciéndolo.—De la bóveda baja volando una paloma, que se posa en la cabeza de Parsifal. Este presenta dulcemente el Graal á todos los caballeros. Kundry, sin separar de Parsifal sus ojos, cae exánime y á sus pies lentamente. Amfortas y Gurnemanz, arrodillados, rinden homenaje á Parsifal).*

## TODOS

*(Con voces que suenan desde la mitad de la altura, así como del extremo de la misma, apenas perceptibles).* ¡Maravilla augusta de santidad: redención para el Redentor!

*(Cae el telón)*

Traducido directamente del alemán, por  
E. DE MIER.

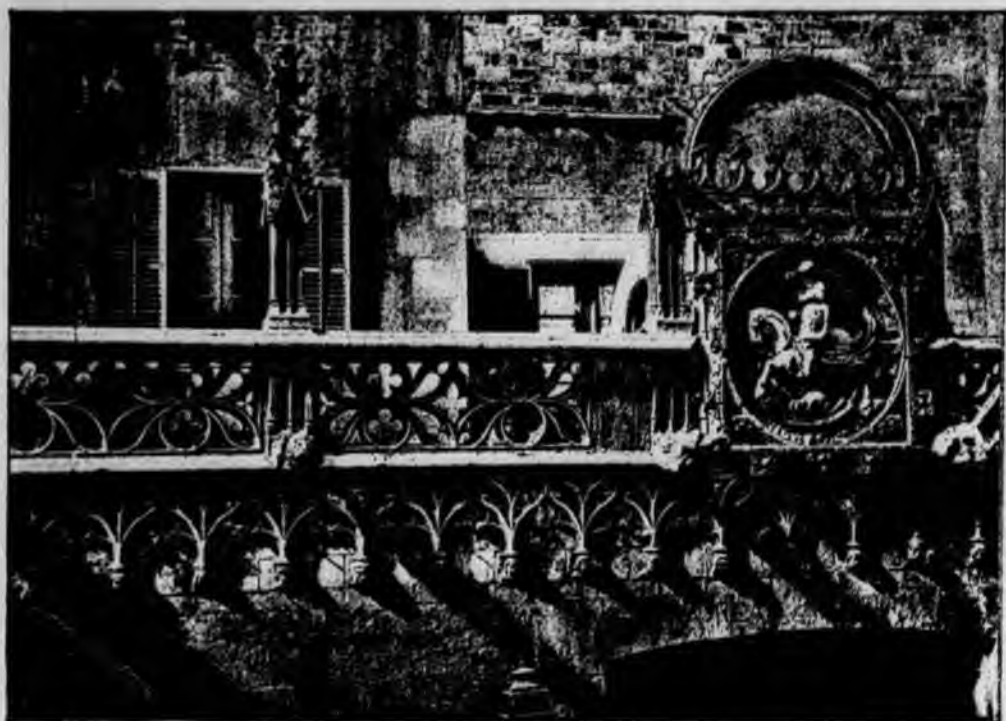
## VILLANCICO

**A** la hé, que estas jocundo;  
dí, ¿qué has visto, Pascualejo?  
—Anoche ví un zagalejo  
el más garrido del mundo.  
—Cuéntame esas maravillas,  
que me da gusto el oílo.  
—Yo le ofrecí un corderillo,  
y Antón, leche y mantequillas;  
él es blanco y rubicundo,  
y limpio como un espejo;  
nunca se vió zagalejo  
tan garrido en todo el mundo.  
Quedé tan embelesado  
mirando el lindo doncel,  
que me estuviera á par dél  
un mes sin comer bocado.  
¡Quién fuera entonces facundo  
á cantar un rabelejo,  
festejando al zagalejo  
el más garrido del mundo!  
Si vieras al Niño, Gil,  
te prendaran sus amores;  
nunca ví prado de flores  
tan lindo por medio Abril.  
Es como verjel fecundo;  
dueleme que de él me alejo,  
porque cierto es zagalejo  
el más garrido del mundo.  
Tanto holgaba en su presencia  
de ver garzón tan bonito,  
que dí de amores un grito  
al hacelle reverencia.  
De alaballo me confundo,  
no hay en mí tal aparejo  
para alabar zagalejo  
que es hermosura del mundo.  
Diga agora Juan Serrano  
cuán gracioso el Niño es,  
pues que le besó los pies  
y es zagal más palanciano.  
En misterio tan profundo,  
Carillo, falta consejo,

por ser este zagalejo  
el más garrido del mundo.  
Cuando contemplé aquel niño  
ví en Él tanta perfección,  
que me abrasa el corazón  
cuanto más dél escudriño.  
No tiene par ni segundo;  
en prendas la alma le dejo;  
que es tan lindo el zagalejo,  
que no le hay más en el mundo.  
Tiene de oro los cabellos,  
la frente blanca y hermosa,  
las mejillas como rosa,  
los ojos matan en vellos.  
Es lo de acá todo inmundo,  
si á este Niño lo cotejo;  
tal beldad de zagalejo  
jamás se vido en el mundo.  
Los labios como coral  
que está de nieve cercado;  
un niño tan acabado  
cual nunca vido mortal,  
mas ¿para qué me difundo?  
Era cielo el portalejo,  
pues el tierno zagalejo  
es Dios que gobierna el mundo.  
Vime como nave en calma  
mirando esta nueva estrella,  
diciendo: «Niño, si es bella  
tu carne, ¿cuál será el alma?»  
Este es piélago profundo,  
no son las ondas de Tejo,  
ver hecho á Dios zagalejo,  
y luz y vida del mundo.  
Y si en el pesebre admira,  
y á los pechos de su madre,  
¿qué hará á la diestra del Padre,  
al que por su amor sospira?  
En tí mis riquezas fundo,  
con la esposa y santo viejo,  
pues nunca tal zagalejo  
que fuese Dios tuvo el mundo.

FRAY ARCÁNGEL DE ALARCÓN.





BARCELONA.—Fachada antigua de la Audiencia

## VIAJE POR ESPAÑA EN 1492

(CONCLUSIÓN)

### IX

BARCELONA

CUMPLIDOS los negocios que á Zaragoza llevaron á los Católicos Reyes don Fernando y doña Isabel, partieron éstos de aquélla el día 5 de Octubre, con dirección á Barcelona. Detuviéronse en varias villas del tránsito y llegaron por fin á la histórica ciudad de los condes el 18 de aquel mismo mes.

Aún conservaba Barcelona su cerco de murallas levantado en el siglo anterior, con sus cortinas almenadas, sus recios cubos y sus altas torres cuadradas, cuyo foso, á la parte meridional, corría por el sitio que andando el tiempo había de ser la Rambla. Sólo por la parte oriental, el caserio en su incesante crecimiento había roto la muralla para avanzar hacia el mar.

Conservaba en su recinto numerosos testimonios de su pasada grandeza en los días de sus condes, soberanos independientes, y muestras preciosas de la munificencia con que siempre la habían enaltecido y adornado los Reyes de Aragón. Al extremo noroeste existía el antiquísimo monasterio de San Pedro de las *Puellas*, fundado por el conde de Barcelona Sunyer I, á mediados del siglo x; en el cerro legendario, donde acampó con sus tropas el rey de Francia Ludovico Pío, cuando vino á arrancar la ciudad del poder mahometano, en el año 801; allí existía, con su iglesia latino-bizantina, cuyos arcos torales aún descansan sobre columnas de capiteles toscamente labrados; con su imafronte terminado en ángulo, á manera de frontón, con su vetusto campanario cuadrado, todo de piedra. Extramuros, pasadas las tierras de labor que se extendían por la parte meridional, entre algunas casas de reciente construcción, cerca del alto cerro que dominaba al mar con la atalaya que le servía de coronamiento,

y que más tarde había de ser castillo de Montjuich, se divisaba otro monumento latino bizantino, construido también en el siglo x por el conde Wifredo II. Era *San Pablo del Campo*, monasterio de benedictinos, con su claustro de robusta arquitectura, cuyos recios arcos trilobulados aún descansan sobre columnas pareadas con historiados capiteles, y su iglesia en figura de cruz griega, con fachada decorada con sencillas arquerías y su portal embellecido con arcaicas imágenes y peregrinas molduras.

El poderío de los Reyes de Aragón manifestábase en edificios religiosos y civiles, más bellos y risueños, como concebidos y ejecutados bajo la inspiración del gusto ojival que á la sazón se mostraba en toda la efusión de sus prodigiosas imagerías y de sus elegantes galas. Contábanse en la ciudad conventos tales como el de Santa Ana y el de Montesión, con sus graciosos claustros; el de Santa Santa María de Junqueras, con su iglesia de severa nave, que los atrevidos hombres del progreso habían de trasladar piedra á piedra á otro paraje, sin dejar en el de la fundación más que una gallarda, pero solitaria palmera de la huerta de las monjas.

Contábanse iglesias tan suntuosas como Santa María del Mar, levantada en el siglo xiv, á costa de los piadosos y acaudalados comerciantes del barrio oriental,

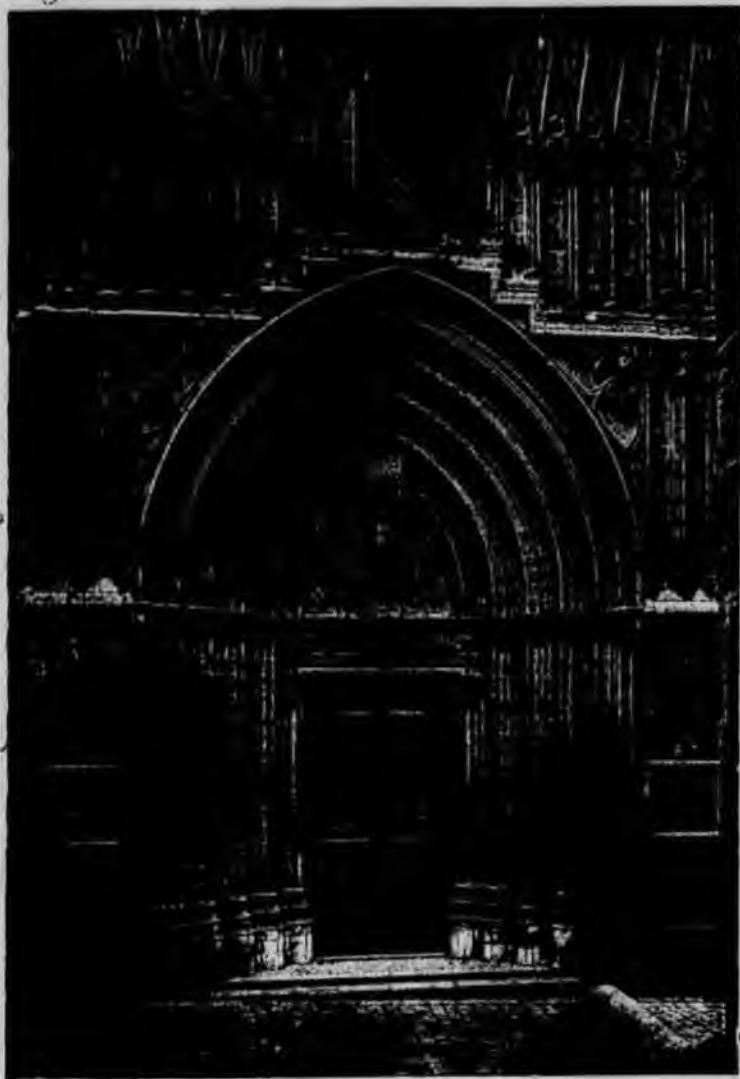
centro entonces de activo y floreciente comercio; severa, grandiosa, con sus contrafuertes y sus ventanales ojivos, sus portadas, formadas por haces de columnillas y de elegantes nervios en la archivolta, la principal, adornada con las estatuas de san Pedro y san Pablo, en cuyo modelado se advierte la influencia de los escultores franceses coetáneos; su interior de tres naves, cuyas bóvedas de crucería descansan sobre pilares octógonos; Nuestra Señora del Pino, templo pequeño, de una sola pero elegante nave, que parece más diáfana por los rasgados ventanales que perforan sus muros; con su portada que ostenta un enorme rosetón y su imponente torre, guar-



BARCELONA.—Fachada de Santa María del Mar

necida, en lo alto por arquerías, demostrando hasta qué punto llegó, á mediados del siglo xv, la elegancia en el arte de construir.

Casi en el medio de la ciudad, en la parte más alta, en lo que fué acrópolis romana, de la que dan testimonio los restos de puerta fortificada, subsistentes en la plaza Nueva, y las columnas del templo dedicado á Hércules, que se irguió en la cúspide, erguíase ahora sobre todo



BARCELONA.—Puerta de la Catedral, llamada de San Ivo

el caserío la imponente catedral con sus enhiestas torres, sus elevadas naves, y pétreos muros de sombrío aspecto. Pocos templos, en verdad, causan más profunda impresión, sobre todo cuando, al penetrar en su interior, llevando en la pupila los vivos reflejos de los rayos solares que reverberan en la escalinata, se contemplan aquellas tres naves, cuya robusta sencillez tiene aún todo el sabor del estilo románico cuando éste se extingula en el siglo xiii, y en medio de aquel ámbito oscuro, con sus haces de columnas que se alzan á manera de corpulentos árboles de piedra negra y dividen sus ramas para cerrar las bóvedas, se ven destacar brillantes, con todos los colores del iris, los rosetoncillos del ábside y las ventanas del crucero. Hay que avanzar, sin pararse en las capillas cerradas por verjas de hierro forjado, coronadas con florones de gusto ojival, del siglo xv, para contemplar el arrogante

crucero y extender la absorta mirada por el coro, que ocupa el centro de la nave central, coro admirable por la delicada talla de sus sitiales y más aún de los calados doseletes llenos de pináculos y florenzados festones que los cobijan, y cuya obra dió por terminada en 1483 el artista Matías Bonafé; hay que bajar por la escalera de piedra que se abre al frente, ante la capilla mayor y conduce á la misteriosa cripta donde se conserva el cuerpo de la virgen barcelonesa, la mártir santa Eulalia, depositada en un sepulcro sustentado por ocho columnas.

Aquel hermoso templo, lleno de maravillas y de recuerdos históricos, ofrece todas las



manifestaciones del estilo ojival. Su claustro, lleno de capillas con sus verjas florenzadas y sus retablos pintados en talla abiertas al patio, donde los árboles contribuyen á embellecer la obra de los hombres, y con su fuente bajo un gallardo templete, sólo hacia cuarenta y dos años que le dió por concluído el maestro Andrés Escuder.

No debieron dispensarse los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel de visitar á su llegada la catedral, en cuyo presbiterio habían jurado los fueros y constituciones de Barcelona en 1481.

Bien próxima á la parte lateral que tiene el templo, por el crucero, en el lado del Evangelio; —la puerta de San Ivo, una de las mejores decoradas,—estaba el Palacio mayor, edificio antiguo, como que mucha parte de él databa del siglo XII, es decir, del conde Ramón Berenguer I, que el rey don Jaime el Conquistador engrandeció en el XIII, y sus sucesores don Juan I y don Martín acrecentaron después. Tenía su entrada este palacio por la calle de los Condes de Barcelona, á la que desemboca la catedral por aquella puerta; y tenía fachadas á la Bajada de la Canonja y á la Plaza del Rey, cuyo fondo corresponde á lo que era salón de audiencia de los Reyes y cuyo costado derecho lo cierra la Capilla Real de Santa Águeda, obra del siglo XIII, con techumbre



BARCELONA.—Exterior de Santa Águeda

de madera, en la que destacan, pintadas, las barras de Aragón, y coro alto con dos escaleras, una para los caballeros y otra para las damas. Esta capilla comunicaba con el salón, y al exterior, en el ángulo que forman en la plaza estos dos edificios, hay una escalinata en figura de cuarto de círculo, que fué teatro de un importante suceso que no debemos omitir.

Introdujeron los Reyes Católicos la costumbre de algún día de la semana administrar por sí mismos justicia en la ciudad donde se hallaren. Ese día prefijado fué en Barcelona los viernes. El viernes, 7 de Diciembre, vigilia de la Concepción, asistió por la mañana el Rey al

juicio, y en éste se detuvo hasta medio día, á cuya hora salió del salón de audiencia por la Capilla Real para salir á la plaza, acompañado de los jurados y muchos caballeros y ciudadanos. Y fué el caso, que cuando don Fernando echaba el pie para comenzar á bajar la escalina-

nata, un sujeto, que sin duda acechaba la ocasión en la puerta de la capilla, gritándole: *¡Devolvedme la corona... es mía!* le asestó



BARCELONA. — Escalera que da al patio de la Audiencia

por detrás una estocada que sin duda le dirigió al cuerpo, pero que, por el movimiento de descenso del Rey y por lo que impensadamente

estorbara una de las personas del acompañamiento, le dió en el cuello. Volvióse el Rey, sobresaltado y temeroso de que aquello fuese movido por alguna conspiración contra su persona; armóse el consiguiente tumulto; un sujeto llamado Ferriol, que ejercía en palacio empleo de trinchante, púsose delante del Rey para cubrirle con su cuerpo de un nuevo golpe; los del acompañamiento corrieron, con Alfonso de Hoyos, sobre el malhechor, y le dieron

tres estocadas, y le hubieran muerto, á no haber dicho el mismo don Fernando que le dejaran.

A todo esto el Rey, ya repuesto del sobresalto, habíase vuelto al conceller *en cap* Pedro Bussot, que vestía la ropa talar y la toca encarnadas, y le dijo: «Ya ves lo que me dan en esta tierra cuando vengo á visitarla.» Y el conceller, herido del reproche, contestó: «Lo que en esta tierra dan los locos, danlo, en la tierra de donde venís, los cuerdos, los infantes reales y los hermanos.» Referíase con esto al fratricidio de don Pedro el Cruel. Entendiólo así don Fernando, y luego supo que el que había atentado contra su vida, era, en efecto, un loco, labrador, natural de Cañamás, llamado Juan, que del Hospital se había escapado con la manía de tenerse por rey.

Fué don Fernando á su palacio, y al subir las gradas, movido á clemencia, sin duda porque el pueblo se había apoderado del Juan y pretendía matarle, le otorgó su perdón. Pero no bastó esto para aplacar la ira popular, que, al propalarse el suceso por la ciudad, aumentó de modo que todo fué correr por las calles los hombres en son de amenaza y en ánimo de venganza, las mujeres en duelo, dando furiosos alaridos, pues creían muerto al Rey. Una parte del pueblo llevó al loco á la *Puerta Nueva*, y, por fin, lo entregaron á la Inquisición; otra parte acudió al palacio, y allí clamaba por saber de cierto si el Rey vivía.

Grande sobresalto hubo también en palacio, pues la Reina participó de los mismos temores que el pueblo, hasta que vió al herido. Pero éste tenía el ánimo tan sereno y tan resuelta la voluntad, que así que le hubieron practicado la primera cura, quiso salir para mostrarse al pueblo, y con efecto, montó á caballo y recorrió las calles principales, para que, viéndole vivo y dueño de sus facultades, se consolaran de su dolor las mujeres y aplacaran su encono los hombres.

Cabalgaba el Rey entre la apiñada multitud, que le aclamaba con entusiasmo, por aquellas calles que aún conservan la fisonomía de lo que fué la ciudad del siglo xv; aquellas calles estrechas y formadas por casas de fachadas de piedra con ventanas cerradas por arcos conopiales con grandes portalones, donde se ve la escalera, al descubierto, como en las casas italianas; aquella calle de la Piedad, donde cae el ábside de la catedral, con sus contrafuertes en figura de estrella, que enfila con la bajada de la Canonja y conduce á la Plaza del Rey; la inmediata calle del Obispo, donde está el palacio de éste, que fué donde espiró el rey don Juan II, padre de don Fernando, y más arriba el magnífico edificio de la Audiencia, cuya fachada, coronada con un calado pretil primorosamente labrado en aquel tiempo, ostenta en el medio la arrogante figura de San Jorge, y cuyo patio, que se descubre desde esta puerta, nos ofrece, con su escalera al aire libre y con su galería de arcos apuntados sobre delgadísimas columnas, la muestra más gallarda del estilo ojival barcelonés. Y dado este paseo, regresó el Rey á su morada.

Curó pronto, aunque la herida fué grave. La Reina, dando cuenta de ella á su confesor en una carta, decía: «Hízolo Dios con tanta misericordia, que parece se midió el lugar por donde podía ser sin peligro, y salvó todas las cuerdas, y el hueso de la nuca y todo lo peligroso.» Á continuación refiere el hecho de haber salido el Rey á caballo después que le hicieron la primera cura. En cuanto al loco, dijéronle al Rey que había fallecido en la cárcel; pero algún cronista indica la sospecha de que le ayudaron á morir.

No acabó aquel año memorable, á través de cuyos sucesos hemos procurado hacer viajar al lector, sin que quedase concluido el tratado que los comisarios de nuestros Reyes negociaron con Francia, y en virtud de lo cual fueron restituidos á España los condados de Rosellón y de Cerdeña.

De este modo terminaron sus gloriosas conquistas los Reyes Católicos en 1492. Y aún les faltaba saber que aquel animoso navegante, que partió de Palos en Agosto, había ya aumentado los dominios de España allende los mares. No lo supieron hasta el año siguiente, que fué cuando regresó Colón, á quien los Reyes, según cuentan la tradición y algunos historiadores, recibieron con inusitada pompa en Barcelona, en aquella misma Plaza del Rey donde ocurriera el atentado de regicidio, y donde, para aquel efecto, se levantó un estrado, á fin, sin duda, de que todo el pueblo presenciara la llegada del descubridor del Nuevo Mundo. — JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.



## SECCIÓN CIENTÍFICA

### LA NIEVE

El agua tiende por su propia virtud á recobrar su estado natural, que es el gaseoso; y ya se encuentre en estado sólido, como el hielo, ó bajo el aspecto líquido y general con que la conocemos, propende sin cesar á evaporarse, persistiendo en esta situación mientras no la obliga á cambiar una fuerza ó una presión exterior suficiente. Si esa fuerza es el calor, el agua se evapora, y si después de convertirse en vapor sufre un frío inferior á cero, esos vapores no se condensan y caen en forma de lluvia, bajo el influjo de una temperatura superior á cero grados, sino que se cristalizan en finísimas agujas de hielo, que por el roce y la presión de unas con otras, y por la atracción mutua que ejercen entre sí, constituyen aglomeraciones de ellas más ó menos compactas, que caen en la tierra por su propio peso, y obedeciendo á la ley de gravedad, en figura de lo que llamamos vulgarmente copos de nieve.

No se crea que la forma irregular de los copos está compuesta de partes aglomeradas, irregulares también en sus contornos. Sucede justamente lo contrario, porque si nieva en tiempo de calma, esto es, sin vientos fuertes, y se recibe la nieve en un paño oscuro, se observa á la simple vista ó con la ayuda de un lente una variedad infinita de figuras hexagonales, ó de seis ángulos, semejando pequeñísimas y blancas estrellas, de una simetría maravillosa, de una diversidad infinita y bellísimas sobre toda ponderación. Baste decir que su número asciende á muchas centenas, y que, aumentadas convenientemente, ofrecen modelos curiosísimos que imitarían con provecho los ornamentistas.

La nieve cae en copos más ó menos grandes ó más ó menos numerosos, aunque su tamaño no es siempre signo de su dureza, ya que en los países septentrionales y hacia el polo, en donde es más frecuente la lluvia menuda, es también más dura y persistente.

A la caída de la nieve precede de ordinario una temperatura inferior á cero, aunque puede suceder que reine en ciertas alturas esa misma temperatura, bastante para formar la nieve, y que no llegue á la proximidad de la tierra. En este caso la nieve se derrite en cuanto toca el suelo, y, en muchas ocasiones, antes de llegar á él, encuentra en su trayecto una capa de aire más cálido que la deshace.

El aire mezclado con el vapor de agua, al cristalizarse éste, conserva el lugar que antes llenaba, y de aquí el peso ligero de los copos de nieve, el color blanco que la distingue y la propiedad que tiene de sufrir contracciones ó compresiones enormes, si una fuerza exterior aproxima más sus diversas partes.

Como la causa de la nieve, ó de la cristalización del agua, es el frío á una temperatura inferior á cero, claro está que la nieve se formará siempre que el vapor de agua de la atmósfera esté sometido á su influjo. Esto puede suceder, ó porque la temperatura de la atmósfera, más ó menos próxima á la tierra, baje á ese límite, ó porque esa misma atmósfera, á cierta distancia de la tierra, sufra á su vez el efecto de la misma causa. Si desde el Ecuador ó del centro exterior de la tierra más expuesto á los rayos del sol se camina hacia los polos ó hacia los centros más fríos de la misma tierra, se nota que la temperatura baja un grado por cada ciento ochenta kilómetros. Si, por el contrario, se eleva un globo desde la tierra, á cada ciento ochenta metros baja otro grado la temperatura; y como un metro es la milésima parte de kilómetro, resultará que la temperatura baja desde la tierra á las alturas un millar de veces más rápidamente que la de la superficie de la tierra desde el Ecuador hasta los polos. Se han hecho por los aeronautas y por los físicos muchas observaciones que lo comprueban; pero, aun prescindiendo de ellas, y sin ser físicos ni aeronautas, sabemos todos que hay nieves perpetuas en las cimas de la montañas más altas. En los Alpes este límite alcanza una altura de dos mil setecientos metros; pero como los Alpes están en un clima templado, su temperatura ha de ser más baja en las regiones ecuatoriales, en donde ese límite llega á cinco mil metros en los Andes y en el Asia ecuatorial, y á cuatro mil en la vertiente Sur de los montes Himalayas.

Masas de nieve existentes en las altas montañas ruedan á veces por distintas causas, van aumentando de volumen por la unión sucesiva de varias capas, que se les van adhiriendo en su trayecto, y rompiendo ó arrancando los árboles que encuentran á su paso, y arrasando también consigo peñascos enormes, caen al fin en los valles aplastando las casas y sepultando los hombres y los animales que no han podido huir de la catástrofe. A este fenómeno se le da el nombre de avalancha.

En los Alpes, la caída de estas masas de nieve y la acumulación de las mismas, en una época en que los ferrocarriles eran desconocidos, ofrecían grandes riesgos á los caminantes en ciertos pasos. Raro era el año en que no perecían muchos de éstos, y de aquí la creación del hospicio del Monte de San Bernardo, orden religiosa fundada en el siglo x por Bernardo de Mentón. El convento, que cuenta ya nueve siglos, está edificado en lo alto del Gran San Bernardo, sirviéndose los monjes, en sus penosas y caritativas investigaciones, de una raza vigorosa de perros, que recorren de noche las montañas, llevando colgado del cuello un cesto con pan y vino.

Cuando descubren algún vestigio, aullan para atraer á sus dueños en la dirección debida.

Hay un proverbio español, según el cual, «año de nieves es año de bienes,» porque la nieve, en efecto, es un beneficio para la tierra donde cae. Sirve de abono por su composición íntima, porque arrastra en su caída infinita variedad de polvos atmosféricos que fertilizan el suelo, porque lo empapa gradualmente y por igual, lo mismo en los terrenos desiguales que en los llanos, no como el agua torrencial que sólo pasa por los planos más ó menos inclinados de la tierra, humedeciéndolos superficialmente y acumulándose en las partes más bajas, de suerte que estas últimas pueden recibir demasiada humedad, y muy poca las más elevadas. Por último, la capa de nieve, si es algo espesa, equivale á una especie de pantalla que se opone á la irradiación nocturna, esto es, á que la tierra pierda parte de su calor, compartiéndolo con la atmósfera, siempre más fría, cuya pérdida puede ser tan grande que enfríe el terreno hasta destruir las plantas delicadas y los renuevos tiernos de los árboles.

Experiencias hechas por sabios han demostrado evidentemente que la temperatura del suelo bajo la nieve, es siempre más alta que la superior á ella en algunos grados.

Las nieves en las montañas, constituyen depósitos naturales, que alimentan constantemente á los ríos y á los arroyos, cuando su fusión es lenta y gradual, no así cuando es rápida, en cuyo caso baja á los valles en forma de torrentes que producen inundaciones desastrosas. La blancura de la nieve, reflejada por el sol, ofende los ojos y hasta puede producir la ceguera, como lo experimentaron muchos franceses en Rusia cuando la deplorable campaña de 1812.

No se crea que, aun siendo proverbial la blancura de la nieve, sea éste su único color, habiéndolas rosadas, de un efecto admirable, ya por las arenas finísimas que el viento arrastra, ya principalmente por la existencia de un hongo microscópico de este color, que crece y se desarrolla en la nieve, muy común hacia el polo, y conocido también en nuestros climas, sobre todo en el Monte de San Bernardo.



PRIMERA LECCIÓN DE LECTURA.—CUADRO DE F. DEFREGGER

## NUESTROS GRABADOS

### EL ÚLTIMO ENSAYO

CUADRO DE T. MARGITAY

Hasta que se ejecuta una obra lucha el músico con la duda acerca de la impresión que pueda producir en el auditorio. Así es que aun aquellos más seguros de su inspiración y más diestros en el contrapunto conceden valor grande al último ensayo, porque de él pueden ya predecir el efecto que haya de causar su obra. Es, pues, para todos los maestros, cuestión de vida y muerte el efecto del último ensayo. Según resulte, vienen luego los cortes y los retoques para mejor asegurar el éxito, así se trate de una composición que haya de cantarse en lugar sagrado con el recogimiento de la iglesia, como de la que deba interpretarse ante el público turbulento de algún teatro. La inquietud que el ensayo origina en el compositor la traduce admirablemente en su cuadro T. de Margitay. Febril, decaído en sus fuerzas, hallase el maestro clavado en el sillón siguiendo los compases de la partitura, mientras la cantan sus intérpretes, recogiendo él todas las notas, todas las melodías, todas las armonías para pesar su valor musical, para corregirlas, modificarlas o suprimirlas según conviniera. La escena es interesante en sumo grado. La atención del que examine la lámina que damos, reproducción del cuadro al óleo, irá flechada primero al maestro para dirigirse luego a los cantores, cuya expresión en lo verdadero corre parejas con la del personaje principal de la pintura. Hasta las figuras secundarias son felicísimas en tal concepto, según lo prueba el caballero del fondo, de aire meditabundo, en quien se descubre al crítico pronto a analizar la producción artística y a poner de relieve sus bellezas lo mismo que sus defectos.

### PRIMERA LECCIÓN DE LECTURA

CUADRO DE F. DEFREGGER

Una aldeana que no será muy fuerte en letras, pero cuyo talento se aguza por el deseo de instruir a su hijo, da a éste la primera lección de lectura. La madre sigue con atención los esfuerzos del chiquillo para grabar en

su memoria las formas de las letras del alfabeto, y el muchacho contempla atónito aquellos garabatos, cuya importancia no acierta a adivinar, si por acaso piensa en ello. Verdad y sentimiento hay en las dos figuras, dibujadas con mucho arte por el autor del cuadro, uno de los muchos que en Alemania se dedican a sorprender los hermosos espectáculos de la vida de familia, a fin de hallar, como hallan, para sus pinturas, temas que sirvan para una honrada propaganda social.

### LA NOCHEBUENA EN CATALUÑA

CUENTO CON FIGURAS, POR APELES MESTRES

Hacer sudar el leño es una vieja tradición de nuestro Principado, regocijo de la gente menuda y distracción de los mayores en noche de Navidad. Golpean los chicos desesperadamente el leño que medio arde en el hogar, y de él, por arte de birlibirloque, salen turronecillos, silbatos, mermelada y otros dulces y chucherías. Es de ver el regocijo con que se acogen estos juguetes y golosinas, mientras se cantan coplas y villancicos al nacimiento de Nuestro Señor. Esta costumbre cuenta siglos de abolengo, y más ó menos directamente se halla relacionada con los árboles de Navidad de las comarcas septentrionales de Europa. Dicen todas que la Nochebuena es noche tan maravillosa, que con ella hasta las ramas secas y los árboles cortados producen frutos asombrosos, porque la naturaleza en aquel día obra prodigios en conmemoración del inefable hecho de haber tomado Dios carne mortal para redimir al género humano. Y como en nuestro país el leño no suda, es decir, no da juguetes ni dulces, si los niños que lo golpean no han sido buenos, Apeles Mestres ha enlazado en su lindo cuento las dos cosas, y por la desobediencia de los niños al abuelo, lo termina quedándose los chicos sin leño y sin turronecillos, y sin silbatos ni pelotas, en castigo de no haber seguido fielmente los mandatos del anciano jefe de la familia. Cariatocedidos se encuentran los tres muchachos al ver defraudadas sus esperanzas llorando de veras y pensando sin duda en enmendarse para lo venidero, en el último cuadrado del cuento que encierra su moraleja.





## LO QUE HACE VIVIR Á LOS HOMBRES

FOR EL

CONDE LEÓN TOLSTOÏ

(CONCLUSIÓN)

### IX

**M**ATRENA se puso á charlar con la mujer que le refería estas cosas.

—Há seis años que son huérfanas. Enterróse al padre un martes y la madre murió el viernes: huérfanas de padre antes de nacer, la madre no sobrevivió ni siquiera un día á su nacimiento. Vivía yo entonces en la aldea con mi marido; éramos vecinos y fronteras nuestras puertas. El padre trabajaba sólo en el bosque, un árbol se le vino encima, le aplastó, saliéronle fuera del cuerpo las entrañas, de modo tal que de vuelta á su casa entregó el alma á Dios. Su mujer dió á luz tres días después estas niñas. Pobre, solitaria, no tenía alma viviente á su alrededor, ni comadrona ni criada. Sola parió. Fui á verla por la mañana; la ví, pobre mujer, y la encontré ya fría. Al morir había caído sobre una de las pequeñitas y le había estropeado el pie. Reuniéronse los vecinos, se la alzó del suelo, se la amortajó, se la mandó hacer un ataúd y se la sepultó en la tierra. Los vecinos son todos buenas gentes. Quedaban solas las niñas, ¿dónde colocarlas? Era yo entonces la única nodriza de la aldea y hacía ocho meses que criaba á mi primer hijo. Las tomé por algún tiempo.

Los mujiks se reunieron y trataron de lo que se haría de las niñas, y hête ahí lo que me

dijeron: «María, guarda á estas criaturas; mientras tanto aliméntalas á tu pecho y danos tiempo para que nos pongamos de acuerdo.» Había dado la teta á una, mas nada á la otra, á la pobrecilla estropeada. Me lo reproché á mí misma, y, como gimiese, inspiróme piedad. ¿Por qué ha de padecer este angelito de Dios? Acerquéme al pecho y los tres se alimentaron en él: el mío y las huerfanitas. Era yo joven y fuerte, comía bien y tuve leche en abundancia, porque el Señor me colmó de beneficios. Tenía á mis pechos dos de las criaturas y esperaba la tercera; cuando las dos se daban por satisfechas tocábale el turno á la otra que aguardaba. Dios me hizo la gracia de que pudiese criarlas. El niño murió dos años después y Dios no me dió otros hijos. Hemos ganado dinero y vivimos ahora en el molino, en la casa de un mercader. Sacamos buenos salarios, la vida se nos hace fácil, pero no tenemos hijos. ¿Qué sería de mí si no tuviese estas niñas? Estaría sola. ¿Cómo, pues, no he de quererlas y de mimarlas? Son la alegría de mis ojos, la cera de mi cirio (1).

La buena mujer estrechó á las niñas contra su corazón, besó á la cojita y se secó los ojos llenos de lágrimas.

«Se vive sin padre ni madre, pero no se vive sin Dios,» dice el proverbio.

Así hablaron las dos, y la mujer iba á marcharse, mas cuando los amos le acompañaban á la puerta, volvieron la vista hacia Mikhaïl y le vieron con las manos cruzadas sobre las rodillas, los ojos en alto y sonriente.

# X

Siemen se le acercó y le dijo:

—¿Qué haces, Mikhaïl?

Éste se levantó, dobló la labor, quitóse el delantal, saludó al patrón y á la patrona y les dijo:

—Perdonadme, patrón. Dios me ha hecho gracia; hacédmela vos también.

Y los esposos vieron que una luz emanaba de Mikhaïl. Siemen, entonces, alzóse, saludóle y exclamó:

—Veo, Mikhaïl, que no eres un hombre como los demás y que yo ni puedo retenerte por más tiempo ni interrogarte. Dime únicamente, ¿por qué estabas tan sombrío, tan espantado cuando te traje á mi casa? ¿por qué se serenó tu rostro cuando mi mujer te invitó á que comieras? Sonreíste entonces, te tranquilizaste. Más tarde, cuando el barine vino á encargar las botas, sonreíste de nuevo y te serenaste aún más, y ahora, cuando esta mujer ha llegado con las niñas, has sonreído por tercera vez y te has puesto radiante. Dime, Mikhaïl, ¿por qué te rodea una aureola y por qué has sonreído tres veces?

Y Mikhaïl respondió:

—Despido esta luz, porque Dios me ha castigado y ahora me perdona. He sonreído por tres veces, porque debía aprender tres palabras divinas y las he aprendido. He aprendido la primera cuando tu mujer se ha compadecido de mi desnudez y he sonreído por vez primera. He sonreído por segunda vez cuando el barine se ha presentado en tu isba, porque en aquella ocasión me fué revelada la segunda palabra; y ahora, viendo á las niñas, he aprendido la tercera palabra divina y he sonreído por tercera vez.

Y Siemen le preguntó:

—Dí, Mikhaïl, ¿por qué te castigó Dios y cuáles son estas palabras, para que yo también las sepa!

(1) Locución popular rusa.

Y Mikhaïl le contestó:

—El Señor me castigó por mi desobediencia. Era un ángel del cielo y desobedecí. Era un ángel del cielo, me envió el Señor á la tierra para buscar un alma, el alma de una mujer. Descendí á la tierra y vi á una mujer en cama, enferma, que acababa de dar á luz dos niñas. Sollozaban las recién nacidas junto á la madre, sobrado débil para que pudiera darles el pecho. Al verme comprendió que Dios pedía su alma: lloró y suplicó.

—Angel de Dios, mi marido ha sido muerto, tres días hace, por la caída de un árbol en el bosque: no tengo madre, ni hermana, ni tía; mis huerfanitas sólo me tienen á mí! No tomes mi pobre alma; déjame criar mis hijas hasta que estén crecidas, porque las criaturas no pueden vivir sin padre ni madre.

Escuché á la mujer, puse á una de las niñas en su pecho y la otra en el brazo, subí al cielo, me presenté ante Dios y le dije:

—No he podido traer el alma de la recién parida. El padre ha muerto desgraciadamente, tiene dos hijas gemelas y me ha rogado que le conceda el tiempo necesario para criarlas, porque no pueden vivir sin padre ni madre. No he podido, pues, traer aquella alma.

El Señor me respondió:

—Vé y tráeme el alma de aquella madre y un día conocerás tres palabras divinas. Aprenderás *lo que hay en los hombres, lo que no le ha sido dado al hombre y lo que hace vivir á los hombres*. Cuando habrás aprendido estas tres palabras, volverás al cielo.

Volví á la tierra y me llevé el alma de la pobre madre. Las hijas dejaron el seno materno, el cadáver cayó hacia el lado izquierdo aplastando el pie á una de las niñas. Mientras me elevaba por encima de la choza para llevar el alma al Criador, me envolvió un torbellino, volviéronse pesadas mis alas y cayeron. El alma, sola, subió hacia Dios y yo quedé tendido en el suelo, á la vera de un camino.

## XI

Y Siemen y Matrena adivinaron entonces á quién habían vestido y alimentado, quién había vivido en su hogar. Lloraron de alegría y de emoción, y el ángel les habló de nuevo:

—Quedé solo en el camino, solo y desnudo. No había conocido hasta entonces ninguna de las miserias humanas, ni el frío ni el hambre. Convertíme en hombre, y tuve hambre y frío, y no supe qué iba á ser de mí. Vi una capilla dedicada al Eterno, quise refugiarme en ella, pero la puerta estaba asegurada con cerrojos. No pudiendo entrar, sentéme en el umbral, procurando abrigarme del viento. Vino la noche, tuve frío, tuve hambre, sufrí y temblé, el dolor se apoderó de mí por entero. De pronto, oí pasos en el camino, y vi á un hombre que venía hacia mí, llevando unas botas y hablando consigo mismo. Por vez primera contemplé la faz mortal del hombre, después que yo era también hombre, y me inspiró miedo su rostro. Volví la cabeza y le oí que entre dientes decía:

—¿Cómo dar de comer á mi mujer y á mis hijos? ¿Cómo en el invierno podremos abrigar nuestros cuerpos ateridos por el frío?

Y pensé yo:

—Muero de frío y de hambre, y este hombre que pasa piensa sólo en él y en sus necesidades: no me socorrerá.

El hombre me vió, frunció el entrecejo, tomó un aire terrible y fuése... Desesperé entonces de ser socorrido. De pronto sentí que volvía, miréle y no le conocí: había tenido la muerte en



el rostro, y al presente era un viviente, y ví en él la imagen de Dios en su cara. Acercóseme, me vistió, me cogió por la mano y me llevó á su casa. Su mujer se hallaba en el umbral del isba y habló. Era más terrible que el hombre: el aliento de la muerte salía de sus labios, el aliento mortal de sus palabras cortóme la respiración y desfallecí. Quería enviarme otra vez al frío, á la agonía, á la muerte, y comprendí que ella misma moría cuando me expulsaba. De pronto su marido le habló de Dios y la mujer se transformó, me hizo comer, y, como me mirase, fijé los ojos en ella. La muerta estaba viva y conocí á Dios en su rostro y recordé las palabras del Señor «Conocerás lo que hay en los hombres.» Supe entonces que en los hombres hay el amor. Dichoso por poseer la revelación de una de las sentencias divinas, sonreí por vez primera. Mas no logré saberlo todo de una vez. Ignoraba todavía «lo que no le ha sido dado al hombre» y «lo que hace vivir á los hombres.»

Viví con vosotros un año. El barine vino á encargarse las botas que durasen un año sin agrietarse ni estropearse. Le miré y ví á su lado á uno de mis compañeros, el ángel de la muerte, á quien nadie vió más que yo. Sabía, pues, que el sol no estaría en el ocaso cuando el alma del barine habría dejado su cuerpo, y pensé:

—El hombre acumula para un año y no sabe que ha de morir antes de la noche.

Y recordé la segunda sentencia de Dios: «Conocerás lo que no le es dado al hombre.» «Lo que es el hombre» lo sabía ya, y entonces aprendía «lo que no le es dado al hombre,» el cual no puede saber qué le falta á su cuerpo. Sonreí por segunda vez.

Ignoraba aún y no comprendía «lo que hace vivir á los hombres.» Así viví aguardando la revelación del Creador, la última sentencia divina. Al sexto año, la mujer trajo las niñas gemelas, las conocí y aprendí cómo habían sobrevivido. Todo lo supe entonces y pensé:

—La madre imploraba caridad para sus hijos y escuché á la madre; creí que las huérfanas estaban destinados á perecer y hete ahí que una mujer, una extranjera, los alimenta y los recoge.

Y cuando esta mujer llora de ternura, hablando de aquellas criaturas que acariciaba y mimaba, ví en ella la imagen de Dios y comprendí «lo que hace vivir á los hombres.» Adiviné que Dios me había revelado la última palabra y que me concedía su perdón, y entonces sonreí por tercera vez.

## XII

Y el ángel se despojó de la terrenal vestidura y se revistió de luz. Los ojos humanos no pudieron soportarle. Alzó la voz que semejaba no venir de él, sino del cielo, y dijo:

«—Y comprendí que el hombre no vive sólo para sus necesidades, sino que vive por el amor.»

«No le estaba dado á la madre saber qué haría vivir á sus hijas ni al barine lo que le faltaba. Ningún hombre puede saber si necesitará por la noche botas estando vivo, ó sandalias por haber muerto.»

«Siendo yo hombre quedé con vida, no por el cuidado que tomé de mí mismo, sino por el amor que había en el corazón de un viandante y de su mujer: tuvieron piedad de mí y me amaron. Las huérfanas vivieron porque una mujer tuvo el amor en su corazón. Los hombres viven, no porque se ocupen en ellos, sino porque existe el amor en el corazón de los hombres.»

«Sabía antes, que Dios había dado la vida á los hombres y que quería que viviesen. Ahora he comprendido que Dios no quiere que el hombre viva solo, y que por esto le oculta á

cada uno lo que necesita. Quiere que cada uno viva por los demás, y por ésto le revela lo que le es útil á él y á los otros.»

«Comprendi entonces que los hombres que juzgan que viven por su propio cuidado, deben, en verdad, al amor la vida. El que está en el amor, éste vive en Dios y Dios vive en él, porque Dios es el amor.»

Y cantó el ángel las alabanzas de Dios. Su voz hizo temblar el isba, cuya techumbre se abrió, elevándose una columna de fuego de la tierra al cielo. Siemen, su mujer y sus hijos se prosternaron en el suelo. El ángel extendió sus grandes alas y se remontó á los cielos.

Cuando Siemen volvió en sí, el isba había recobrado su aspecto, y no había allí ninguna otra persona más que él y los suyos.



## LA MODA DE PARIS



14

Adorno y sombrero de visita de M.<sup>me</sup> Julia

Mientras que en este siglo todo se democratiza, el gran mundo procura, por el contrario, aristocratizarse más cada día.

La señora de alta alcurnia siente profundo menosprecio por todo lo que pertenece ya al público y se desdén de aparecer en los sitios que no se hallan reservados á un grupo de gentes privilegiadas, por lo cual también aguza su ingenio para hallar puntos en los que no pueda penetrar el profano. Para las

Exposiciones tiene el día del *vernissage*; en el Bosque de Bolonia, el Club de los Patinadores, que en todas las épocas del año atrae á lo más selecto del mundo femenino. En los teatros se han creado días de moda que alcanzan grande éxito.

Las salas de espectáculo, cita de los privilegiados, ofrecen un hermoso golpe de vista. Las señoras, vistiendo lujosos trajes, deslumbran con las joyas y los diamantes. Allí se encuentran, allí hacen sus visitas, de modo que con frecuencia los palcos se convierten en salas de recibo, en donde se coquetea y se charla durante los entreactos mientras se toma un sorbete ó se saborea un dulce.

Nuestras señoras elegantes van allá con vestidos cuya originalidad recuerda los atavíos de las épocas más galantes. Son vivos los colores, como los querían los pintores del siglo pasado, y las combinaciones, atrevidas á veces, imprimen picante novedad al conjunto del traje. Difícil sería precisar su estilo, porque lo forman una mezcla de líneas y de adornos coquetones. Por lo demás las épocas de transición, como la nuestra, presentan la particularidad de no serles propio nada y de que puedan coger en el pasado aquello que más les place. Así vemos reaparecer las bertas para adorno de los cuerpos, las cuales en encaje ó en guipure, son siempre

graciosas. Vienen luego las mangas Luis XIII, más enormes cada día, terminando en el codo para los vestidos de reunión y permitiendo en tal caso el uso de un largo guante Suecia claro.

He ahí dos hermosos ejemplos de trajes para teatro. Uno de ellos en soberbia seda de Parma, lleva un corpiño Elisabeth, adornado de punto viejo de Inglaterra, dispuesto en la espalda de modo que caiga sobre la holgada manga de terciopelo, estrechándose hasta perderse en el ancho cinturón de terciopelo viola claro. El otro de los aludidos vestidos es de terciopelo esmeralda, falda redonda, fruncida por detrás y sujeta al talle por un cinturón Imperio de



veludillo negro. El cuerpo, fruncido también, va adornado de una berta en encaje de Venecia. Estos lindos vestidos, firmados Lippman, dan la nota exacta de los elegantes trajes con que se engalanan ahora las parisienses. Para vestidos de visita, aquellas artistas de la seda y de los encajes, preparan en estos momentos *toilettes* de terciopelo de superior elegancia, que tienen como complemento una linda manteleta del propio terciopelo, bien forrada y adornada de pieles. El cuello, que está en gran predicamento y que es complemento de las grandes mangas, sirve asimismo para abrigo y es muy práctico. Para las señoras que, á pesar de todo, prefieran el abrigo con mangas, la toga del juez es un feliz invento. Se hace de paño aceituna, adornado de una valona de terciopelo bordado, prolongándose por la espalda, teniendo mangas inconmensurables, sujetas por un puño con vueltas de terciopelo bordado.

Al lado de estos vestidos, aquellas hábiles modistas siguen inventando un caudal de monadas, de *deshabillés*, de refajos, de abrigos, de piezas de uso interior en seda ó en telas brochadas, guarnecidas con encajes Imperio de incomparable elegancia.

Pero volvamos á los trajes de visita para mencionar los tocados originalísimos que acaba de crear M.<sup>me</sup> Julia, con motivo de los *five ó clock* que se reanudarán en Enero. Casi todas las señoras adoptan la capota que M.<sup>me</sup> Julia, con su impecable gusto de parisiense, convierte en coquetona y apropiada al rostro, adornándola con estofas variadas, una chispa de guipure y pompón de cinta. Por una joya en su género ha de tenerse una capota de terciopelo incrustada de perlas de oro, guarnecida con lacitos de cinta pistache y rosa, con dos alitas de guipure antiguo delante y dos pequeños lazos verdes detrás para sujetar las cintas con que ha de atarse. Lindísima es otra de ellas con un fondo de perlas mates y de perlas de azabache y con imitaciones de piedras preciosas. Una tercera está hecha de terciopelo pardusco con cibelina, y realzada por dos remates de violetas surmontadas por dos alitas de guipure con marabú. Por fin, nada hay más gracioso sobre una bonita cabeza que el sombrero Imperio en terciopelo real, con una hebilla artística que sujeta el casco, las cintas para atarlo y un penachito de plumas.

En esta época del año en que las carreras y las visitas obligan á las señoras á vivir mucho tiempo fuera de sus casas, creemos útil para ellas comunicarles un secreto de tocador. Todas las coquetas sueñan con tener hermosas manos. La mano es uno de los encantos de la mujer: blanca y bien modelada se considera signo de aristocracia, pero con el aire vivo y frío, se agrieta y se pone encendida, por lo cual juzgamos conveniente indicar un medio de indisputable resultado para conseguir en breve aquel signo de distinción tan ansiado. El medio es fácil y consiste en hacer un uso diario de la Pasta de los Prelados. Suave y tonizante, la descubrió un sabio monje y produce en la piel efectos admirables, dando á las manos una finura



Abrigo de M.<sup>me</sup> Lippman.—Sombrero de M.<sup>me</sup> Julia



*Toilette de baile de M.<sup>me</sup> Lippman*

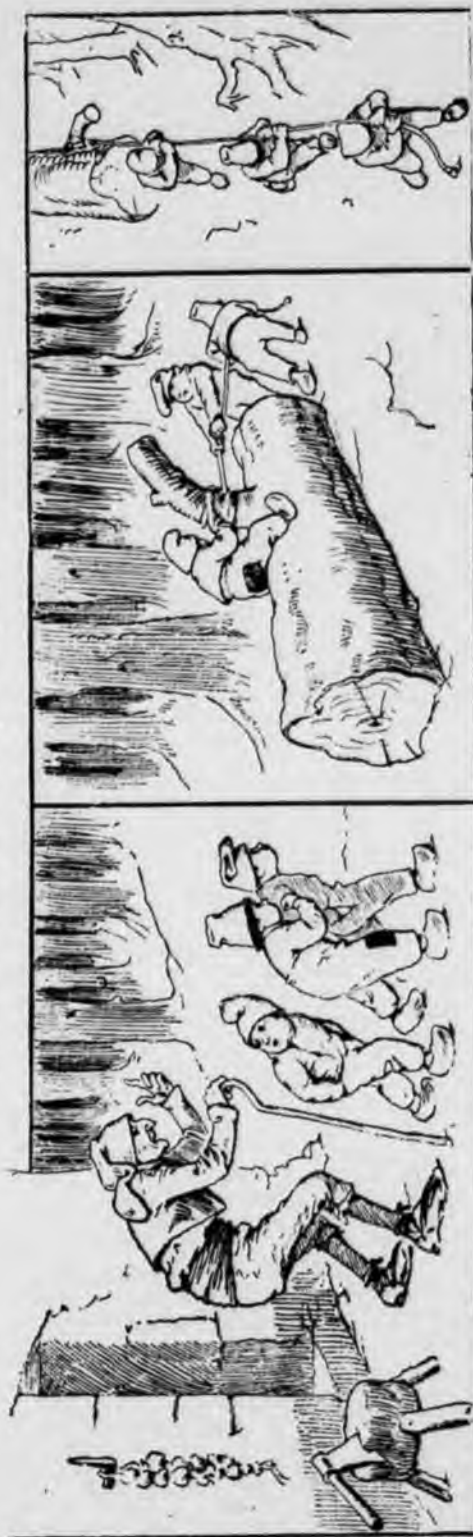
incomparable. Usada junto con el Jabón de los Prelados, preparado con los mismos medios, evita las grietas y las arrugas. Las uñas, como el cutis, exigen también cuidado especial, á lo que muchas señoras no atienden. Deben cortarse en forma de almendra, y si presentan un color gris y sucio, se les devolverá la brillantez empleando la Ungulina de los Prelados, de la que, lo propio que de los anteriores preparados, es hoy día el único propietario el director de la Perfumería Exótica, 35, calle del Cuatro de Septiembre.

El figurín que damos en el primer grabado, es debido á M.<sup>me</sup> Julia, la modista del mundo elegante, 7, boulevard des Capucines. Por delante y por detrás lleva astracán, adornado en lo alto de las mangas con terciopelo guarnecido de un bordado de perlas de azabache. En los hombros figuran lazos de cinta de raso negro. El manguito es de terciopelo con astracán, teniendo la cabecita del animal y un bolsillo abierto en el terciopelo para poner en él un ramito de violetas. La capota es de terciopelo, con una bonita diadema de azabache que hace más ligero este tocado, el cual tiene, además, dos plumas en *aigrette* y un pequeño grupo de plumas que se enredan con los rizos del cabello.

Los otros dos figurines representan un lindo abrigo y una elegante *toilette* de baile de M.<sup>me</sup> Lippman, 2, rue de la Paix. La *toilette*, debida á una de nuestras elegantes parisienses, está confeccionada con cendal chineco, azul celeste, ajustada la falda con larga cola, y llevando abajo volantes fruncidos. El cuerpo, en forma de berta, va adornado con encaje de oro, siguiendo el escote, encaje que se pone asimismo en el bajo del vestido y en la cola. Es de terciopelo jacinto con cambiante azul, lo propio que las mangas elegantemente plegadas y muy anchas.

El abrigo tiene mucho carácter. Puede hacerse de gamuza, con doble cara pardusca y amarilla y gran cuello con dobles vueltas cruzadas por delante, la una pardusca y amarilla la otra, sobresaliendo esta última. Las mangas, muy holgadas también, terminan en vueltas á lo mosquetero.

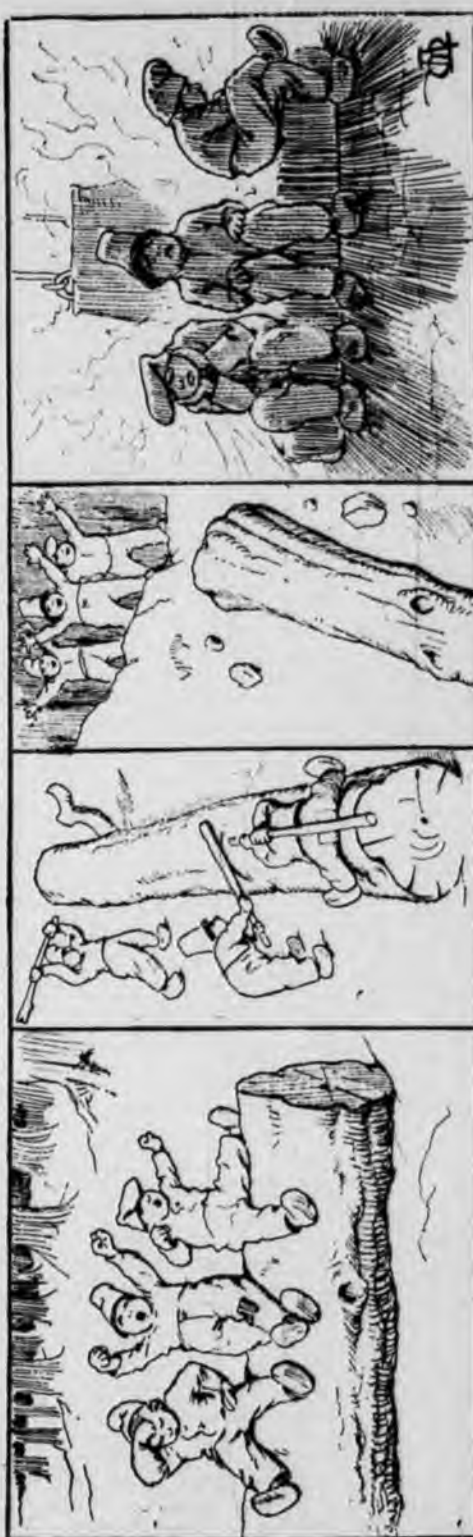
## ¡Nochebuena en Cataluña, por Apelos 'Mestres



«Mañana es Navidad—les dice el abuelito a los muchachos.—Id al bosque y traed un leño para que lo hagamos sudar esta noche a la hora en que nació el Redentor.» (\*)

Llegados al bosque, los muchachos se apoderan de una encina que yace derribada sobre la nieve...

Y tirando con todas sus fuerzas se precipitan cuesta abajo.



Llegados a un rellano descansan; y como el ocio no engendra pensamiento bueno, se les ocurre hacer sudar al leño antes de tiempo. «¡Valiente atracón de turrón vamos a darnos!»

Y poniendo en obra tan nefastas ideas, empiezan a aporrearlo sin piedad.

Agotadas, en vano, las pocas fuerzas que les quedan: «¡lévete el diablo!» exclaman furiosos, y arrojan el leño a las barrancas.

...Y aquella noche — ¡triste Nochebuena! — como gracias a la desobediencia no hubo leño, no hubo turrón. Y la Nochebuena sin turrón es la peor de las noches.

(\*) Véase la pag. 980.



## MESA REVUELTA



Entre las reformas propuestas por el Congreso de Washington y que se podrían llevar á cabo fácilmente y con grandes ventajas, bajo el punto de vista práctico, hay una nueva máquina para contar las horas del día. En la vida civil, desde la antigüedad, se acostumbra á dividir el día, no en veinticuatro horas, como se cree vulgarmente, sino en dos veces doce, lo que es muy distinto por cierto. Con efecto, estando las horas numeradas tan sólo desde cero hasta

doce, hay dos momentos durante el día que llevan el mismo nombre, y cuando, por ejemplo, se habla de las *ocho*, es indispensable advertir si se trata de la *mañana* ó de la *tarde*. Esto da lugar á muchas equivocaciones; y para no citar más que un caso, ¿quién de nuestros lectores, al consultar un indicador de los caminos de hierro, no ha perdido mucho tiempo y no ha estado á punto de meterse en una gran confusión á causa de tener que buscar en lo alto de las columnas las palabras *mañana* y *tarde*?

Pues bien, un medio sencillísimo de evitar estos inconvenientes sería el de contar las horas á partir desde media noche, de cero hasta veinticuatro, y esto esp recisamente lo que aconseja el Congreso de Washington y puede hacerse con facilidad. Según este sistema, los nombres de las horas correspondientes hasta las doce de la mañana no sufrirían ningún cambio, pero la una de la tarde ya tomaría el nombre de las trece; las ocho de la noche, las veinte, y así sucesivamente, ó sea añadiendo á las horas de la tarde hasta las doce de la noche, el número doce. Al objeto de arraigar lo más pronto posible este modo de contar, bastaría disponer los relojes públicos del modo representado en el grabado; los números correspondientes á las horas serían los correspondientes de uno hasta veinticuatro, colocados sobre dos círculos concéntricos; las horas del círculo interior serían las correspondientes al día (de las seis á las diez y ocho) y las del círculo exterior las de la noche. Este nuevo procedimiento no exige ninguna modificación en los movimientos de los relojes. Entre los astrónomos existe ya la costumbre de contar por este medio las horas, ó sea de cero hasta veinticuatro; pero el día

astronómico empieza á las doce del día, ó sea doce horas más tarde que el civil. El Congreso de Washington ha pedido á los astrónomos que tomaran como punto de partida las doce de la noche, al objeto de establecer la uniformidad. Tenemos la confianza de que en la vida civil no se opondrán obstáculos á esta reforma y que se aceptarán, como ya la han aceptado los hombres de ciencia. Al poco tiempo de introducida nadie podrá negar las positivas ventajas que reportará este modo de contar las horas.

\*\*\*

El príncipe de Condé sitiaba la ciudad de Lérida. La plaza no valía nada, pero don Gregorio Brice valía mucho. Era uno de aquellos antiguos españoles de buena cepa, batallador como el Cid y valiente como todos los Guzmanes juntos. Dejó acercar al enemigo varias veces á la plaza, sin dar la más pequeña señal de vida. El general de Grammont, cuya máxima era la de que un gobernador que mete mucho ruido desde un principio y que quema los arrabales para hacer una gran defensa, comunmente la hace muy mala, no consideraba de buen agüero la finura con que nos trataba Gregorio Brice; pero el príncipe, cubierto de gloria, envalentonado con las campañas de Rocroy, Nordingue y Fribourg, con el fin de insultar á la plaza y al gobernador, hizo tomar por asalto en pleno día la primera trinchera por su regimiento, marchando á la cabeza del mismo veinticuatro violines como si se tratara de celebrar unas bodas.

Al llegar la noche todos hacían mil burlas groseras, los violines tocaban aires patéticos, y por todas partes se bromeaba y metía bulla: Dios sabe las pullas que se echaban al pobre gobernador y á la estacada del fuerte que pensaban tomar antes de veinticuatro horas. Mientras esto ocurría en la trinchera, oyóse un grito, nada halagüeño por cierto, que salía de la fortificación, y repitió dos ó tres veces: «¡Alerta, á la muralla!» seguido de una salva de un cañonazo y de varios disparos de mosquetería; á cuya señal hicieron los enemigos una salida muy enérgica, y después de arrojar de la trinchera á los sitiadores, los batieron é hicieron retroceder hasta llegar al sitio que ocupaba su vanguardia.

A la mañana siguiente, Gregorio Brice mandó, por conducto de un corneta, varios regalos, consistentes en pastelillos y frutas, al señor príncipe, suplicándole humildemente á su alteza que le dispensara si no tenía violines con que contestar á la serenata, que había

tenido la amabilidad de darle; pero que si sentía gran placer por la música de la noche anterior, probaría de que ésta durara todo el tiempo que su alteza permaneciera delante de la plaza. Y el muy tuno cumplió lo ofrecido, pues cada vez que se oía la voz de *Alerta, a la muralla!* ya podía darse por seguro una salida que barrenaba las trincheras, terraplenaba los trabajos y mataba lo mejor de los oficiales y soldados del ejército sitiador. Tan grande fué el enojo que esto produjo en el príncipe, que á pesar del disgusto que con ello ocasionaba á los oficiales generales, se obstinó en continuar un sitio que por poco destroza todo su ejército, y que al fin se vió obligado á levantar precipitadamente.

Al retirarse nuestras tropas, don Gregorio, lejos de darse el tono que suelen darse los gobernadores en caso parecido, hizo una salida con el único objeto de cumplir respetuosamente al príncipe.

\*\*\*

Por qué se dijo: — *No hará sino cenar y partirse.*

Concertó con un pintor un gentilhomme, que le pintase en un comedor la cena de Cristo, y por descuido que tuvo en la pintura pintó trece apóstoles, y para disimular su yerro, añadió al treceno insignias de correo. Pidiendo, pues, la paga de su trabajo, y el señor rehusando de dársela por la falta que había hecho en hacer trece apóstoles, respondió el pintor: — No reciba pena vuestra merced, que éste que está como correo no hará sino cenar y partirse.

\*\*\*

Una revista profesional dice que para aliviar el dolor de muelas, da muy buen resultado introducir en la muela cariada un algodón impregnado en caliente con un líquido compuesto de

Cera blanca ó esperma de ballena..	20 gramos
Ácido fénico cristalizado..	10 "
Hidrato de cloral..	10 "

que se derriten bajo la acción de un calor suave. En este líquido se introduce algodón en rama para empapararlo, luego se deja secar, y de él se hacen las bolitas para introducir calientes en las muelas dañadas.

\*\*\*

Para reemplazar á la goma en el encolado de las etiquetas, anuncios, etc., se recomienda la siguiente preparación:

Dextrina..	2 partes
Ácido acético..	1 "
Alcohol..	1 "
Agua..	5 "

Todo mezclado en el baño de maría ó sobre un fuego lento.

\*\*\*

Tan vergonzoso es saber ciertas cosas como ignorar otras. — CRISTINA DE SUECIA.

\*\*\*

Nunca se expone más la vida que cuando hay más vida que perder. — DUCLOS.

\*\*\*

Para ser un buen padre basta ser hombre; para ser un buen hijo es preciso ser hombre de bien. — BLANCHART.

\*\*\*

Los hombres casi tanto aman sus defectos como sus buenas cualidades. — CRISTINA DE SUECIA.

\*\*\*

El ingrato está muy cerca de ser traidor. — \*\*\*

## RECREOS INSTRUCTIVOS

### PERSONAJE MISTERIOSO

Al presente llama la atención en este país, siendo el tema obligado de todas las conversaciones, la presencia de un personaje cuyo origen y nacionalidad se ignoran. Viste una estofa de tan ricos y variados colores, dispuestos con tal primor y perfección, que es imposible pueda llegar á tanto el arte humano. Su porte es un verdadero

contrasentido, pues al paso que marcha con la dignidad de un soberano, ni aspira á honor alguno ni hace aprecio del dinero, llevando su excentricidad al extremo de andar siempre descalzo y no desprenderse un solo instante de la peregrina corona de color de fuego con que adorna su cabeza. Aún hay más: con todo y que nunca se le ha visto montar á caballo, continuamente calza espuelas, siendo lo más notable que ni siquiera con una

señal se ha dignado contestar á los que le preguntan de qué proviene tan singular costumbre. En sus comidas hace uso solamente de manjares por demás frugales: ni come carne, ni bebe vino; jamás se le ha visto dormir en el lecho, ni aun descansar en él, siendo lo más notable que á veces, en las altas horas de la noche, cuando todo reposa en el más profundo silencio, levanta los brazos, fija en el cielo sus ojos penetrantes y prorrumpe en cantos estridentes, que parecen anunciar acontecimientos fatídicos ó eventos inesperados. En fin: para que sea todo extraordinario, con tal que se refiera á ese personaje, añadiremos, que el mismo vicario de Jesucristo se conmovió, hasta el extremo de derramar lágrimas, en cuanto oyó su voz.

Como no se comprende el idioma en que se expresa, no ha sido posible deducir de sus palabras su procedencia, sólo ha podido averiguarse que los adjuntos caracteres contienen su nombre, mas ¿quién podrá descifrarlos?



Facsimil de un antiguo manuscrito

Solución á la charada anterior:

PO-TRO

Solución al rombo:

A  
AMO  
BOSNA  
MARTINA  
AMSTERDAM  
CHORIZO  
INDIA  
MAR  
M

Solución al anagrama:

ORENSE

Solución al salto de caballo:

Subió una mona á un nogal  
y cogió una nuez verde,  
en la cáscara la muerde  
con que la supo muy mal.  
Arrojóla el animal  
y se quedó sin comer.

*Así suele suceder  
á quien su empresa abandona,  
porque halla como la mona  
al principio que vencer!*

CHARADA

*Dos una es cosa menguada  
y tercera, generosa;  
Una tres, ¡valiente cosa  
para ser tan ensalzada!  
Una repetida alegra  
y es de Baco algo pariente,  
y por mi todo la gente  
pasa la pena más negra.*

PICACHO.

CUADRADO

• • •  
• • •  
• • •  
• • •

Leer vertical y horizontalmente lo que sigue: 1.<sup>a</sup>, animal roedor; 2.<sup>a</sup>, verbo; 3.<sup>a</sup>, objeto de billar; 4.<sup>a</sup>, juguete en plural.  
Comunicado por R. M.

### ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Ilustración moderna*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sres. Espasa y Comp.<sup>a</sup>*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Reservados todos los derechos artísticos y literarios.—IMP. ESPASA Y COMP.<sup>a</sup>



HEMEROTECA  
MUNICIPAL

Ayuntamiento de Madrid